



**EL GOBIERNO ARZOBISPAL DE SEVILLA EN LA EDAD
MODERNA (SIGLOS XVI-XVII)**

Tesis doctoral presentada por:

José Antonio Pineda Alfonso

Dirigida por:

Dr. D. Carlos Alberto González Sánchez

Presentada en el Departamento:

Historia Moderna de la Facultad de Geografía e Historia

Universidad de Sevilla

Octubre, 2015

DEDICATORIA

A mis padres, a Pilar, Ángela y Pili

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que de alguna manera me ayudaron estos años a construir esta investigación. A los archiveros y archiveras por su inestimable ayuda, especialmente de la Institución Colombina, del Archivo Municipal, del Archivo Histórico Provincial de Sevilla y del Archivo de Simancas. A los miembros del Tribunal por acceder a leer y evaluar mi trabajo, cosa que me honra. A mi Director de Tesis, por confiar estos años en mí.

EL GOBIERNO ARZOBISPAL DE SEVILLA EN LA EDAD MODERNA (SIGLOS XVI-XVII)

1.- INTRODUCCIÓN	6
1.1.- Planteamiento teórico, objetivos, fuentes y metodología de la investigación ..	6
1.2.- Un dispositivo para la vigilancia y el control	14
2.- EVOLUCIÓN DE LA ESTRUCTURA DEL GOBIERNO ARZOBISPAL ...	23
2.1.- La organización diocesana en época medieval: el caso sevillano	23
2.2.- La multiplicación de las tareas y los oficios: siglos XVI y XVII	42
2.2.1.- <i>La primera mitad del siglo XVI</i>	42
2.2.2.- <i>La segunda mitad del siglo XVI</i>	51
2.2.3.- <i>La maquinaria al completo: primer tercio del siglo XVII</i>	59
3.- EL CENTRO DEL APARATO DEL GOBIERNO ARZOBISPAL: EL CONSISTORIO Y CORTE	66
3.1.- El Gobierno político: El Palacio y la <i>familiatura</i> , la Secretaría de Cámara y la Consulta	66
3.1.1.- <i>El Palacio y la familiatura</i>	66
3.1.2.- <i>La Secretaría de Cámara y la Consulta</i>	76
3.2.- El Gobierno Judicial	92
3.2.1.- <i>Los oficiales del Consistorio: fiscales, notarios y oficiales menores</i>	94
<i>El Fiscal del Consistorio</i>	94
<i>Los notarios mayores</i>	108
<i>El Secretario de la Audiencia</i>	112
<i>Los procuradores</i>	115
<i>Los notarios y los oficiales menores</i>	120
3.3.- La Audiencia del Provisor: organización y competencias	134
3.3.1.- <i>Las competencias del Juzgado del Provisor</i>	138
3.3.2.- <i>El reparto de competencias entre los oficios</i>	148
3.3.3.- <i>Es una impiedad trastornar el orden</i>	156
3.3.4.- <i>Las ordenaciones en el Arzobispado de Sevilla en la Edad Moderna</i>	173
3.3.5.- <i>El disciplinamiento eclesiástico</i>	201
3.3.6.- <i>El Provisor juzgando a los prebendados de la Catedral</i>	221
3.3.7.- <i>Los pecados públicos y los delitos de fuero mixto</i>	261
<i>Los delitos contra la castidad</i>	276
<i>El pecado de usura</i>	294

<i>Adivinos, sortílegos y agoreros</i>	297
<i>Mesoneros, vagabundos y holgazanes</i>	306
3.3.8.- Los incumplimientos de los preceptos de la Iglesia	308
3.3.9.- El disciplinamiento de las devociones	336
3.3.10.- La censura de libros	366
3.3.11.- La caridad y las limosnas	370
3.3.12.- El control de la administración de los sacramentos y la acción pastoral ..	376
3.3.13.- Los oratorios: la privatización de la religión	392
3.3.14.- Los enterramientos	397
3.3.15.- Los conflictos de jurisdicciones y de precedencia: el lugar del conflicto ...	403
3.3.16.- Los aranceles y derechos de los oficiales y ministros	420
<i>La rebelión de los capellanes</i>	423
3.3.17.- Bulas y Letras Apostólicas	435
3.3.18.- La provisión de dones	438
<i>La provisión de beneficios y dignidades en la Catedral</i>	440
<i>La provisión de oficios y beneficios en las iglesias</i>	460
<i>La provisión de capellanías</i>	462
<i>La provisión de vicarios y curas</i>	466
3.3.19.- El Mayordomo Mayor de Fábricas y el Oficio de Fábrica	485
3.4.- El Juez de la Iglesia	505
3.4.1.- Los negocios y competencias del Juez de la Iglesia	505
3.4.2.- Las inmunidades de la Iglesia y los retraídos	513
3.4.3.- Los pleitos decimales	522
3.4.4.- Los pleitos matrimoniales	527
3.5.- El Juez de Suplicaciones, Testamentos y Obras Pías	544
3.6.- La Colecturía General de Misas	588
3.7.- El brazo ejecutor: El Alguacil Mayor y la cárcel arzobispal	609
3.8.- El Gobierno económico: la Mesa Arzobispal	621
3.8.1.- Las rentas de la Mesa en la primera mitad del siglo XVI	621
3.8.2.- La contabilidad del Mayordomo Francisco Gutiérrez de Cuéllar	639
3.8.3.- Las rentas de la Mesa en el último tercio del siglo XVI	666
4.- LA PERIFERIA DEL GOBIERNO ARZOBISPAL	678
4.1.- El Gobierno Temporal de los lugares arzobispaes	678
4.2.- El Gobierno eclesiástico de la periferia	691
5.- LA CONEXIÓN ENTRE EL CENTRO Y LA PERIFERIA	712
5.1.- Los visitadores Generales del Arzobispado	712

5.2.- El Visitador de Fábricas y Hospitales	758
5.3.- El Visitador de Monjas	762
5.4.- La redundancia del control: La Visita de Residencia	770
 6.- LOS PODERES SUPERIORES: LA CORONA Y EL PAPADO	 780
6.1.- La jurisdicción real y la jurisdicción eclesiástica: del conflicto al entendimiento	780
6.2.- La disputa por las rentas en sede vacante	804
 7.- CONCLUSIONES	 821
 8.- BIBLIOGRAFÍA	 836

1.- INTRODUCCIÓN

1.1.- Planteamiento teórico, objetivos, fuentes y metodología de la investigación

Esta investigación se inscribe en el paradigma del disciplinamiento social, que junto con la confesionalización se han convertido en instrumentos para explicar el magno proceso por el cual se configuraron e impusieron, por parte de las instancias de poder hegemónicas, determinados modelos de conducta social en la Edad Moderna.¹ Esta corriente es deudora de las teorías de la racionalización y la modernización de Max Weber, y de las ideas y análisis clásicos de Norbert Elías sobre el proceso civilizatorio en la Europa Moderna.² También se puede rastrear el influjo de Michel Foucault y Pierre Bourdieu, que llevó a los etnógrafos y antropólogos a interesarse por este tema y a los historiadores a adoptar la perspectiva y los métodos etnológicos, antropológicos y psicológicos.³ Según Mantecón Movellán, dentro de la historiografía se ha definido el disciplinamiento social desde dos puntos de vistas interpretativos distintos, la tradición germánica y las perspectivas foucaultianas. Ambos coinciden en considerar el disciplinamiento social como un componente en el paso de la sociedad tradicional preindustrial a la contemporánea y liberal, pero la primera pone un mayor énfasis en los procesos por los que las élites indujeron el cambio social, y la segunda pone el foco del análisis en las disciplinas ejercidas por el poder sobre los cuerpos y las mentes de los sujetos.⁴

En la tradición germánica, las categorías de análisis desarrolladas por los historiadores alemanes Gerhard Oestreich, Wolfgang Reinhard y Heinz Schilling entre 1960 y 1980, se refieren a dos procesos paralelos e interdependientes, el disciplinamiento social y la confesionalización. Ambas categorías históricas han prevalecido sobre otras perspectivas de análisis, como la delumeuniana, y su recepción en el ámbito ibérico se ha producido a través de la historiografía italiana, fundamentalmente por los estudios de Paolo Prodi y Adriano Prosperi⁵.

De acuerdo con Federico Palomo, el primero (Oestreich) formuló el concepto de disciplinamiento social para referirse al conjunto de procesos políticos, sociales y culturales liderados por los sectores preeminentes de la sociedad en época moderna, en concreto por el Estado, que transformaron las mentalidades y las costumbres de la población y, en consecuencia, sus formas de organización política. Sus estudios sobre la filosofía neoestoica de J. Lisipo y su influencia en el proceso de construcción del Estado

¹ Véase la revisión completísima que realiza PALOMO, F. "Disciplina christiana. Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la historia religiosa de la alta edad moderna". *Cuadernos de Historia Moderna*, 0.0 18, Servicio de Publicaciones. Universidad Complutense. Madrid, 997 (p. 119-136); REINHARD, W.: "Disciplinamento sociale, confessionalizzazione, modernizzazione. Un discorso storiografico", en PRODI, P. (ed.). "Disciplina dell'anima, disciplina del corpo e disciplina della società tra medioevo ed età moderna. Bolonia. II Mulino, 1994, p. 111.

² ELÍAS, N.: *El proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

³ SCHILLING, H.: "El disciplinamiento social en la Edad Moderna", p. 26, en FORTEA, J.I., Juan E. GELABERT, J.E. y MANTECÓN, T.A. *Furor et rabies, violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2002.

⁴ MANTECÓN AVELLÁN, T.A. (2010): "Formas de disciplinamiento social, perspectiva histórica". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 2, n. 14, (p. 263-295), p. 264

⁵ *Ibidem*

Absolutista son deudores asimismo de los estudios de Weber y Elías y de algunos historiadores de las instituciones como Otto Hintze.

Aunque el disciplinamiento social es una categoría política que se ha utilizado fundamentalmente para comprender el proceso de construcción del Estado, en los últimos años de la mano de los trabajos pioneros de W. Reinhard y Heinz Schilling se ha analizado el papel de las diferentes confesiones e instituciones religiosas, poniendo de manifiesto la estrecha relación que existió entre aquellas y el poder político en el citado período histórico⁶. En efecto, todo parece indicar que el Estado moderno utilizó el elemento religioso como instrumento subsidiario para el desarrollo de un proceso de control de los súbditos.

Esto implicaba interiorizar la disciplina en un proceso de aceptación de la autoridad del soberano y de las leyes del Estado, en la línea de lo que planteaba Weber. En este sentido, el concepto de coerción y punición (disciplinamiento) sería insuficiente desde el punto de vista explicativo y habría que pensar en mecanismos de consentimiento o de consenso de tipo persuasivo (confesionalización)⁷. Así, los príncipes no sólo serían gobernantes de la República, también serían curas de almas obligados a trabajar para hacer buenos y virtuosos súbditos.⁸

Este proceso ha sido definido como el intento de conformar un nuevo modelo de individuo, una nueva identidad de súbdito cristiano, y esto implicaba conformar un estilo de comportamiento fundamentado en principios morales que obedeciesen a la autoridad política (disciplinamiento) y religiosa (confesionalización) con el objetivo de instaurar el control social⁹. Ahora bien, las distintas perspectivas historiográficas señalan que las prácticas del disciplinamiento social son dialécticas y se producen tanto en la imposición desde las élites, *desde arriba*, como en su legitimación por la ética, las costumbres y la cultura popular, *desde abajo*. Algunos estudios han mantenido que el disciplinamiento no es un proceso dirigido desde arriba sino un proceso de autorregulación y sociabilidad de las conductas en las comunidades.

Esto supone conciliar la investigación sobre el disciplinamiento social en la doble perspectiva micro y macro de Gerald Chaix y Herman Roodenburg. En esta línea se inscriben los trabajos sobre el “uso de la justicia” como forma de expresar conflictos en la comunidad, independientemente del resultado en forma de sentencia.¹⁰ La justicia como forma de control social no debe ser entendida solo desde arriba, también como forma de autorregulación y sociabilidad, como modalidad más burocratizada e institucionalizada de dirimir conflictos.¹¹

⁶ AMOR LÓPEZ, S. (2007): “Contra-Reforma em Portugal, 1540-1700”. Ressenyes. *Manuscripts*, 25, p. 279. Se trata de una reseña de la obra de PALOMO, F.: *A Contra-Reforma em Portugal, 1540-1700*. Lisboa, 2006: Livros Horizonte.

⁷ QUEIRÓS, M.H. A Contra-Reforma em Portugal 1540-1700, Nota crítica á obra, Revista Via Spiritus, Pregaços e Espaços penitenciais, 16, 2009,

⁸ Cf. Ronald Po-Chia HSIA, Disciplina social y catolicismo [...], art. cit., 35.

⁹ MORENO MENGÍBAR, A. (2009): “Disciplinamiento social y reformismo moral los orígenes de Don Juan”, *Varia Bulletin Hispanique*, p. 265-280.

¹⁰ DINGES, M.: “El uso de la justicia como forma de control social en la Edad Moderna”, en FORTEA, J.I., Juan E. GELABERT, J.E. y MANTECÓN, T.A. *Furor et rabies, violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2002, p. 49-50.

¹¹ *Ibidem*, p. 54.

Ahora bien, tanto unos como otros han puesto el énfasis en la idea de que el disciplinamiento y la confesionalización han sido un motor de modernización o civilización, y que el tipo de sociedad europea actual no es concebible sin estos procesos. Incluso, algunos han planteado que lo que los investigadores que se mueven en este paradigma exponen nos informa de en qué condiciones debe basarse el hombre si, en este presente y hacia un futuro, quiere decidir actuar adecuadamente, sea en la política o en la sociedad.¹²

Como señala Federico Palomo, aunque en los últimos años se han desarrollado investigaciones sobre la acción de los prelados postridentinos, señalando el proceso de burocratización y ampliación de la jurisdicción eclesiástica en la segunda mitad del siglo XVI, en realidad en este ámbito se ha estudiado la actividad de corrección de los tribunales inquisitoriales y apenas se empiezan a investigar otras instituciones como las administraciones diocesanas.¹³ Si bien son numerosos los estudios sobre los Cabildos, nuestro conocimiento sobre los tribunales episcopales es escaso.¹⁴ En este sentido, nuestro estudio sobre el Gobierno Arzobispal de Sevilla, y en concreto sobre el aparato de gobierno y los tribunales episcopales en los que recaía la jurisdicción espiritual y temporal del Arzobispo pretende ser una aportación en este campo.

Así pues, este trabajo pretende describir y analizar la maquinaria de gobierno arzobispal de Sevilla en la Edad Moderna. En este empeño, hemos seguido, por una parte, un criterio cronológico, con un rastreo de sus orígenes medievales, su evolución durante el siglo XVI, para desembocar en los inicios del siglo XVII, en los que, según hemos podido comprobar en la documentación consultada, aparece la maquinaria arzobispal con sus órganos y funciones al completo, tal como continuará, con ligeras reestructuraciones, el resto del siglo. En este momento se asiste a una auténtica eclosión de la documentación relativa a su funcionamiento, pues la multiplicación de los asuntos llega a su cénit. Por otra, hemos seguido un criterio temático y descriptivo, identificando y caracterizando los distintos órganos e instancias del aparato de gobierno y sus competencias, tratándolas separadamente.

Un tercer criterio ha sido el topológico o territorial, y esto porque hemos percibido que la tensión centro-periferia era una constante en el funcionamiento de la

¹² SCHILLING, H.: “El disciplinamiento social en la Edad Moderna”, en FORTEA, J.I., Juan E. GELABERT, J.E. y MANTECÓN, T.A. *Furor et rabies, violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2002, pp. 17-47.

¹³ PALOMO, F. “Disciplina christiana. Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la historia religiosa de la alta edad moderna”. *Cuadernos de Historia Moderna*, 0.0 18, Servicio de Publicaciones. Universidad Complutense. Madrid, 997 (119-136).

¹⁴ Federico Palomo cita en el ámbito italiano los trabajos de C. DONATI (1997), “Vescovi e diocesi d'Italia dall'età posttridentina alla caduta dell'antico regime”, en ROSA, M. (cd.). *Clero e società nell' 'Italia moderna*. Roma-Bari, Laterza; y los trabajos monográficos realizados sobre algunas diócesis por ZARDIN, O. (1994): “La struttura della curia arcivescovile al tempo di Carlo Borromeo”, *Studia Borromaeica*, 8, pp. 123-152; PRODI, P. (1960): “Lineamenti dell'organizzazione diocesana di Bologna durante l'episcopato di Gabriele Paleotti (1566-1597)”, en BENZONI, O. y PREGARI, M. (eds), *Problemi di vita religiosa in Italia nel '500*, Padua, p. 32~3-394. En lo que al ámbito ibérico se refiere, véanse los trabajos de PALOMO, F. (1995): “La autoridad de los prelados tridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotonio de Braganza en el Arzobispado de Evora (1578-1602)”, *Hispania Sacra*, 47, pp. 587-624; PAIVA J.P. (1991): “A administração diocesana e a presença da Igreja. O caso da diocese de Coimbra nos séculos XVII e XVIII”, *Lusitania Sacra*, 2ª série, 3, pp. 77-110; M. GUTIÉRREZ BRAZALES (1983): “El Consejo de La Gobernación del Arzobispado de Toledo”. *Anales Toledanos*, XVI, pp. 63-138.

organización. Esto ha supuesto distinguir entre las funciones y los oficios instalados en el lugar central del aparato, esto es, el Palacio Arzobispal, donde residía el Prelado, su Secretaría de Cámara y su Consistorio y Corte, fuente originaria de la que emanaba toda la potestad jurisdiccional, y aquellos repartidos por el territorio del arzobispado. Y como no, los oficiales y los procedimientos de inspección y visita que conectaban los lugares periféricos con el Centro político, económico y judicial. Todos estos elementos se desenvolvían en un equilibrio dinámico, pues, además de las tensiones entre los distintos focos del poder arzobispal, el centro del aparato de gobierno en Sevilla dependía de otras instancias centrales de la monarquía y del papado, como la Chancillería de Granada, el Consejo de Castilla o la Nunciatura en Madrid y la Corte Romana. Un último criterio, relacionado con el análisis del discurso que sostenía la jurisdicción y el poder arzobispal, ha sido de carácter intepretativo, en la línea de los paradigmas metodológicos cualitativos que pretenden la descripción densa de un fenómeno o una cultura.¹⁵

En este aspecto la única vía de penetración es la palabra, pues el discurso latente que subyace a las expresiones estereotipadas y ritualizadas nos ofrece algunas pistas. Nos proponemos el análisis de expresiones repetidas de manera ritual en el discurso religioso, ya sea en los memoriales para la reformación, en el lenguaje jurídico o en las cartas y correspondencia entre los diversos miembros de la maquinaria del gobierno arzobispal. A menudo consideramos a estas como pura basura textual, frases carentes de significado, meras fórmulas repetitivas del lenguaje jurídico carentes de valor para el historiador. Sin embargo, estas expresiones pueden representar fragmentos de realidad fosilizada, encapsuladas, y por tanto aisladas del resto del discurso como un cuerpo extraño, la labor del investigador consistiría en realizar una arqueología del lenguaje para llegar a desentrañar su verdadero significado. El lenguaje jurídico y en general el sometido a procedimientos predeterminados construye a menudo este tipo de expresiones que suponen la racionalización y el aislamiento de las palabras de la carga emocional que en su origen llevaban aparejadas.

Las primeras noticias sobre la organización arzobispal sevillana se pueden rastrear en fuentes indirectas, básicamente crónicas impresas, como los Anales de Sevilla de Ortiz de Zúñiga, la Historia de Sevilla de Luis Peraza, el Episcopologio de Alonso Morgado, los Anales de Garci-Sánchez o las distintas historias de la ciudad y de su Iglesia de Rodrigo Caro, Espinosa de los Monteros, Francisco de Ariño o Sánchez Gordillo. Así como en otras posteriores del siglo XVIII de Fermín Arana y Varflora o de Justino Matute y Gaviria o incluso en las Curiosidades de Sevilla de José Gestoso, ya del siglo XIX. Otra fuente indirecta impresa han sido los manuales destinados a la instrucción de notarios, regidores, abogados y otros oficiales seglares y religiosos, como la de Castillo de Bobadilla, Juan Arias, Covarrubias, Bernardino de Montalván, Delgado Torrenyera, González de Torneo, Monterroso y Alvarado, Valdepeñas, Ortiz de Salzedo, etc. En su mayor parte fueron escritas en el siglo XVI y pueden consultarse en el apéndice bibliográfico.

Dentro de estas fuentes indirectas también podemos situar una serie de opúsculos manuscritos depositados en distintos archivos en los que aparecen datos sobre la historia eclesiástica y secular del arzobispado, en forma de memorias, relaciones, etc. Entre estos cabe destacar el escrito por el teólogo y canonista don Manuel Díaz Coronado,

¹⁵ Véase GEERTZ, C. (1991): La Interpretación de las culturas. Editorial Gedisa: Barcelona.

Visitador General del Arzobispado en tiempos de don Felipe Antonio Gil de Taboada, que describe de manera bastante detallada el gobierno arzobispal de Sevilla, y aunque fue escrito en 1720, se basaba en su dilatada experiencia anterior y en la documentación a la que tuvo acceso.¹⁶ Se trata, en realidad, de una serie de cartas en las que, tras largos años de servicios, describe la maquinaria del Gobierno Arzobispal de Sevilla y algunas vicisitudes de su funcionamiento. Dicha información permite hacernos una idea de la organización y funcionamiento de lo que denomina el *gobierno judicial, político y económico del Arzobispado* a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII.

Otra fuente de información indirecta han sido los sínodos y concilios del arzobispado. Las constituciones que emanaban de ellos configuran una fuente preciosa, pues la labor legislativa eclesiástica estaba muy pegada a las necesidades reales de gobierno de la archidiócesis. A través de los *testes sinodales* y de los distintos peones a pie de distrito, curas, vicarios, o incluso seglares *cristianos celosos*, llegaban las noticias que avisaban al visitador de los distintos abusos que se cometían. Por tanto se legislaba sobre lo que ocurría, para *remediar los males, descargar las conciencias y reparar las culpas*. En este sentido, podemos decir que las constituciones recogen fielmente las denuncias y demandas de los distintos agentes del sistema de vigilancia.

Se trataba de un método basado en la observación de la conducta cotidiana de los súbditos, que se plasmaba en expresiones del tipo *porque somos informados que...* y la consiguiente respuesta normativa que pretendía atajar las conductas desviadas que pudiesen suponer un peligro de alteración del sistema. Esto supone que se realizaban sobre un material de partida recogido por los informantes sobre la realidad cotidiana de los pueblos y ciudades. Y tiene un gran valor, pues las faltas, los delitos, los abusos e irregularidades, tan difíciles de cuantificar y de valorar en su justo término, pasaban de ser excepciones a adquirir el rango de conducta desviada, repetida y tendencial. Este hecho queda además abonado por la frecuente repetición e insistencia en condenar las mismas faltas y delitos, pues a pesar de haber sido legislado en constituciones anteriores se seguía cometiendo el mismo abuso, obligando a mejorar la vigilancia y frecuentemente agravando las penas.

Dentro de las fuentes indirectas, cabe destacar también las relaciones o advertencias, que a menudo enviaban al Prelado *cristianos celosos*, o también oficiales del gobierno arzobispal, informándole de algunas cuestiones. Hemos procurado contrastar la solvencia de estas noticias con las fuentes directas, pues a menudo las encontramos dirigidas por las rivalidades, la adulación interesada, la ambición y el deseo de poder, elementos consustanciales al funcionamiento de cualquier institución. O

¹⁶ (A)rchivo (G)eneral del (A)rzobispado de (S)evilla. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Se trata de un documento manuscrito contenido en un cuadernillo de 26 páginas sin foliar del que Juana Gil-Bermejo García publicó en 1985 en Archivo Hispalense, Tomo 68, una versión que encontró en el Archivo Parroquial de Olivares. Según la autora Díaz Coronado cumplimentaba un mandato del Cardenal Alberoni interesado en disponer de información sobre el Arzobispado de Sevilla el cual le había sido ofrecido por Felipe V. Don Manuel Díaz Coronado fue teólogo, canonista y Visitador General del Arzobispado en tiempos de don Felipe Antonio Gil de Taboada. A principios del siglo XVIII realizó este opúsculo manuscrito en el se refiere a la grandeza de la ciudad, en la que dice que *había numerosas y delectables fuentes, jardines, hermosos palacios i antiguas casas de los señores grandes de España muchísimo mexicanos que las que en Madrid viven y en fin es todo un conjunto en donde parese llegó la emulación a competir entre la magestad y lo delectable*. Tras largos años como visitador, describe de manera bastante detallada la maquinaria del Gobierno Arzobispal de Sevilla y algunas vicisitudes de su funcionamiento.

también por el deseo de cambio y el sincero sentimiento de estar sirviendo a una causa trascendente. Un caso paradigmático puede ser el del Secretario Gaspar Aragonés, que en 1600 envía distintas cartas y memoriales al nuevo Prelado que llega a la ciudad poniéndolo al día de los asuntos de gobierno y administración del Arzobispado. En este caso, sus informes han sido cotejados con las fuentes directas, de lo que ha resultado ser un informante veraz y bien documentado.

Así pues, el *servicio de Dios* o de la comunidad, equivalentes en el discurso religioso, generó una serie de *memoriales para la reforma*, en los que la continua insatisfacción y el afán de muchos eclesiásticos y legos por la mejora del control y la eficacia del gobierno arzobispal se constituye en una fuente inapreciable en la que hemos encontrado la denuncia de abusos, irregularidades y desviaciones de los distintos agentes del aparato administrativo y judicial. Estos memorialistas pueden muy bien ser considerados auténticos arbitristas religiosos, pues preocupados por los pecados y por el descargo de sus conciencias pretenden la reforma de la moral pública.

Además de esta visión crítica de los memoriales y advertencias, la repetición y la rutina de los procedimientos nos ha legado asimismo una fuente inestimable de información. La mayor parte de los datos que hemos utilizado se derivan de fuentes directas, y una buena parte de éstos de la casuística judicial y administrativa. Se trata de pleitos, licencias, cartas, autos, y en general documentación emanada o recibida por las distintas audiencias y órganos del gobierno arzobispal. Esto ha supuesto pasar por el cedazo miles de papeles para, la mayor parte de las veces, recolectar algunos pocos datos. Un laborioso trabajo a partir de las diligencias que practicaban los notarios, los jueces, los secretarios de las audiencias, los contadores o los alguaciles, para identificar y definir las funciones y competencias de los oficiales implicados así como los procedimientos que se seguían. Este trabajo también nos ha permitido establecer la relación entre las distintas instancias judiciales y de gobierno, y reconstruir una estructura u organigrama de los distintos cargos e instituciones que formaban la organización del gobierno arzobispal.

El grueso de estas fuentes directas se hayan en el Archivo General del Arzobispado de Sevilla (A.G.A.S). En concreto, los 9 legajos de Asuntos Despachados de la Sección de Gobierno han sido revisados sistemática e íntegramente. Estos documentos llegaban o emanaban de la Secretaría de Cámara del Prelado, en el lugar central del gobierno arzobispal, en forma de memoriales, relaciones, cartas, mandamientos, licencias etc. De este mismo archivo han sido de gran utilidad los documentos de la Sección Justicia, tanto los pleitos criminales como los ordinarios.

Igualmente se ha realizado un rastreo intensivo de tercer nivel¹⁷ en los índices del Oficio 19 del Archivo Histórico Provincial de Sevilla, Sección Protocolos, desde el legajo más antiguo, de 1544, hasta el año 1626. El Oficio 19 estaba situado en la Punta del Diamante, frente a las gradas de la Catedral, y su titular, durante una buena parte del período que hemos estudiado, fue Gaspar de León, escribano público de Sevilla. En este oficio se solían hacer las escrituras de todos los oficios del arzobispado, tanto de las

¹⁷ Véase CHAUNU, P.: “Un nouveau champ pour l’histoire sérielle: le quantitatif troisième niveau”, en *Méthodologie de l’histoire et des sciences humaines*, París, 1967, pp. 216-217; GONZÁLEZ-CRUZ, D.: *Religiosidad y ritual de muerte en la Huelva del siglo de la Ilustración*. Huelva, 1993, pp. 21-22 y GONZÁLEZ SÁNCHEZ, C.A.: *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en Las Indias en los siglos XVI y XVII*, Sevilla, 2001, p. 26.

iglesias como de los monasterios o de cualquier lugar eclesiástico, aunque el Arzobispo don Cristóbal de Rojas pasó de pagarle derechos por cada escritura a incorporarlo a la nómina de oficiales con un salario anual por su trabajo en el Consistorio, ahorrando una buena cantidad de dinero a la Mesa. Los canónigos en sede vacante decidieron en octubre de 1581 volver a la situación anterior, pagándole por cada escritura, sin duda una fórmula más ventajosa para el escribano.

Los Autos Capitulares en Sede Vacante en el Archivo de la Catedral han sido también una fuente valiosa a la hora de rastrear la institución desde finales del siglo XV y durante todo el siglo XVI. El Cabildo de canónigos de la Catedral se hacía cargo de la jurisdicción ordinaria del Arzobispado a la muerte del Prelado y hasta la llegada de su sucesor. A partir de 1571 están catalogados, aunque los anteriores ha sido necesario buscarlos entre los Autos Capitulares del Cabildo Pleno. De este modo, hemos podido hallar en los papeles de la sede vacante del Cardenal don Pedro González de Mendoza (1482), de don Íñigo Manrique (1485), del Cardenal Hurtado de Mendoza (1503)¹⁸, de don Juan de Zúñiga (1504)¹⁹, de fray Diego de Deza (1505-1523)²⁰, de Alonso Manrique (1524-1538)²¹ y de García de Loaysa (1546)²² interesantes noticias sobre la organización y funcionamiento del gobierno arzobispal de Sevilla. Para antes de estas fechas, como vimos, sólo nos quedan las referencias escasas y fragmentarias de los cronistas. A partir de aquí, aunque empieza a aparecer documentación abundante de fuentes directas, pleitos, autos y diligencias, también tenemos estos autos capitulares como información complementaria, y a veces de contraste. Se trata de los autos capitulares de las sedes vacantes de Gaspar de Zúñiga (1571)²³, Cristóbal de Rojas (1580-1581)²⁴, Rodrigo de Castro (1600-1601)²⁵, Fernando Niño de Guevara (1609)²⁶ y Pedro de Castro y Quiñones (1623-1624)²⁷.

A partir de 1627 se han utilizado los libros de Registro y Nombramientos de la Dignidad, en los que el Secretario de la Dignidad va tomando nota diariamente de las decisiones de gobierno que tomaba el Arzobispo. Así pues, para describir los órganos, las funciones, y las competencias de los oficiales, así como los procedimientos y diligencias practicados, hemos usado una doble vía, por una parte un análisis de tercer nivel en base al análisis de la casuística recogida en los documentos, y por otra hemos realizado catas cronológicas en diversas secciones de distintos archivos y utilizado documentos de gobierno en los que aparecen relaciones o narrativas de éstos extremos.

¹⁸ (A)rchivo de la (C)atedral de (S)evilla. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza.

¹⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. 1504.

²⁰ *Ibidem*, folio 342-373. Sede vacante de don Fray Diego de Deza.

²¹ *Ibidem*, Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539).

²² *Ibidem*, Libro 18. Sede vacante del Cardenal García de Loaysa.

²³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga, 1571.

²⁴ *Ibidem*, Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1580-81).

²⁵ *Ibidem*, Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601).

²⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara (1609).

²⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones (1623-1624).

Del resto de secciones de estos archivos, así como de la documentación revisada en otros archivos complementarios se han realizado revisiones exhaustivas de los índices, y catas en los legajos correspondientes al siglo XVI y primer tercio del XVII. En concreto, nos ha resultado de gran valor, por el amplio abanico de la casuística judicial que contiene, la Sección III del AGAS, así como la Sección de Justicia del Archivo de la Catedral de Sevilla.

La documentación del Archivo Diocesano de Huelva ha resultado complementaria de todo esto, pues procede en realidad del Sevilla. Las secciones en las que está dividido este archivo se corresponden básicamente con la ordenación temática del archivo sevillano y constan de pleitos y asuntos:

- 1) Civiles y ordinarios
- 2) Fábrica
- 3) Capellanías, patronatos, y obras pías
- 4) Nulidades
- 5) Colecturía
- 6) Hermandades
- 7) Obvenciones
- 8) Beneficios
- 9) Anotaciones libros de matrimonios, dispensas, etc.
- 10) Testamentos

También en este archivo hay un Índice en los que podemos encontrar documentación ordenada por poblaciones, aquí además encontramos pleitos criminales que no aparecen en las 10 secciones citadas. Finalmente se han realizado búsquedas en distintos archivos, tanto locales como nacionales, como el Archivo Municipal de Sevilla, Archivo de Simancas, Biblioteca Capitular de Sevilla, Biblioteca Colombina, Catálogo de Papeles Gestoso, Biblioteca del Arzobispado de Sevilla, Biblioteca General de la Universidad de Sevilla, British Library, etc. Con todos esta información se ha intentado reconstruir una imagen de la institución, que esperamos pueda ser útil a otros investigadores, amén del propio valor que pueda tener la descripción de la organización y funcionamiento del Gobierno Arzobispal de Sevilla en sí misma.

1.2.- Un dispositivo para la vigilancia y el control

El Arzobispado de Sevilla abarcó en época moderna la diócesis de Sevilla, conformada por los territorios de las actuales provincias de Sevilla, Huelva, parte de Cádiz y algunas localidades de la provincia de Málaga y Badajoz, y los obispados sufragáneos de Cádiz, Málaga y Canarias. Para el gobierno espiritual, y en algunos casos temporal, de este vasto territorio fue necesaria una maquinaria de gobierno que hiciera efectivos los privilegios eclesiásticos, cobrando diezmos, impartiendo justicia, concediendo licencias y provisiones de cargos y oficios, y, en definitiva, controlando y disciplinando al ingente ejército de los eclesiásticos y a través de ellos, como vigilantes y modelos de comportamiento, al resto de la población seglar.

Sólo en la ciudad de Sevilla, núcleo y cabeza de toda esta maquinaria institucional, se contaban 25 iglesias parroquiales, sin contar las 4 dependientes del Cabildo Catedral como capillas suyas. Según un informe de 1581 había 812 capellanías, medias capellanías y memorias, 690 en las iglesias parroquiales, 80 en los monasterios de frailes y monjas y 42 en hospitales. En toda la diócesis pasarían de 1.600, pues este informe recoge cifras de algunas poblaciones: 292 en Écija, 164 en Jerez, 70 en Carmona, 92 en Utrera, 62 en Marchena, 62 en Aracena y 56 en Huelva.²⁸ Las visitas *Ad Limina* de 1602 y 1604 arrojan la cantidad de 600 beneficios simples servideros, prestameras y pontificales, que percibían una renta anual de 150.000 ducados (56'5 millones de maravedíes).²⁹

Un siglo más tarde, según un texto de 1717, en todo el Arzobispado había unas 200 iglesias parroquiales, 78 conventos de frailes y monjas, 217 cofradías y hermandades y 714 capellanías. En la ciudad, además, se contaban 35 cofradías, 324 capellanías y 82 patronatos de legos -esto supone una cantidad de 1.120 capellanías y patronatos, una cifra sensiblemente inferior a las 1.600 del informe del año 1581. También había 16 colegios, algunos fundados por algunas de estas órdenes regulares, y, tras la reducción de 1586, 18 hospitales *para curar a los pobres de todas las enfermedades, algunos sujetos a la jurisdicción ordinaria*.³⁰

Junto con su Iglesia Matriz, la segunda en importancia en la Monarquía hispánica, y gobernada por su Deán y Cabildo, poseía una Iglesia Colegial de Nuestro Señor San Salvador con 10 canónigos y un Priorato que valía 500 ducados por quinquenio. Todo esto hacía necesaria una trama institucional de gobierno con sede en el Palacio Arzobispal y cúspide en el Prelado que ejercía la jurisdicción ordinaria por comisión y que se extendía por el territorio a través de los vicarios foráneos, curas más antiguos de las parroquias, visitadores y notarios cometidos por el poder central, tratando de

²⁸ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: "Un informe sobre el estado de la sede hispalense en 1581", *Hispania Sacra*, 6, 1953, pp. 181-195.

²⁹ Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La diócesis de Sevilla entre finales del siglo XVI y principios del XVII. Las visitas *Ad Limina* de don Rodrigo de Castro de 1597 y de don Fernando Niño de Guevara de 1605". *Revista Isidoriana*, 1, 1992.

³⁰ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 5, *De las Fundaciones de Regulares y Extravagantes*.

asegurar el cumplimiento de las decisiones emanadas desde el centro. El asunto se complicaba por la ya conocida multiplicidad de jurisdicciones del mundo moderno, sólo en Sevilla se contaban 28 tribunales de justicia eclesiásticos y seculares. Entre ellos estaban no sólo los de las audiencias del Prelado, sino también los jueces conservadores de las órdenes, jueces sinodales de apelaciones, jueces de la Inquisición y de la Real Audiencia, etc. Esta multiplicidad implicaba inmunidades, a las que habría que añadir la de los colegiales de la Universidad, con su propio fuero, la de la Casa de Contratación de Indias, la del Seminario de Pilotos y Reales Aduanas, y otras.

En su descripción de la maquinaria arzobispal, el visitador general Díaz Coronado se remonta a los tiempos de la conquista de Sevilla y a la primera organización del Gobierno Arzobispal por sus prelados. Según él, desde los orígenes, tras la reconquista cristiana, el primer Arzobispo, Infante don Felipe, hijo del santo Rey don Fernando *hizose cargo del peso de la mitra que si en lo material para ponerla en la cabeza es necesario dos manos son necesarias en lo formal muchas para sustentarla*. Y para atender los asuntos del Arzobispado organizó una maquinaria:

i dispuso el gobierno que pareció conveniente por entonces, creando distintos jueces para diversos tribunales para que sin molestia ni demora se dieran los expedientes a las partes litigantes, de suerte que no siendo posible pudiera un solo Juez todas las dependencias que ocurren despacharlas, a sido siempre preciso en este Arzobispado aia tres distintos Jueces para otros tantos Juscados, que lo son el Juscado Provisoral, Juscado de la Iglesia i Juscado de Testamentos, aplicando a cada Juscado destos las dependencias que paresció según buenas reglas de derecho.³¹

Por tanto, según Díaz Coronado, desde los orígenes la Curia Diocesana de Justicia en el Arzobispado de Sevilla fue tripartita. Compuesta por un Provisor y Vicario General, que era jerárquicamente superior a todos, aunque independiente de los otros tribunales y en cuyos asuntos no se podía inmiscuir; de un Juez de la Iglesia, Oficial y Vicario General, y de un Juez de Testamentos, que hasta principios del siglo XVII recibía el nombre de Juez de Suplicaciones y Testamentos, y que, como veremos, también realizó funciones de apelación de los asuntos del Juez de la Iglesia. Desde mediados del siglo XVII, según las distintas reestructuraciones y repartos de poder realizados por los prelados, unas veces el Juzgado de Testamentos funcionó como Audiencia independiente y otras se integró en la Audiencia del Provisor o del Juez de la Iglesia. La separación de competencias quedaba así establecida, así como la imposibilidad de apelar de unos tribunales a otros, pues los tres jueces lo eran en primera instancia, con la excepción citada del Juez de Suplicaciones y Testamentos que fue suprimida a principios del siglo XVII. La Audiencia del Provisor, la Audiencia del Juez de la Iglesia y la Audiencia del Juez de Testamentos conformaban, pues, las audiencias del Consistorio.

Cada Audiencia estaba presidida por un Juez, poseía un Secretario de Audiencia y a veces un Teniente de Secretario, notarios mayores y menores, procuradores y oficiales. Los tribunales actuaban con independencia en sus decisiones judiciales pero en conexión con otros órganos del Gobierno Arzobispal. Según un documento de 1634, el Prelado ejercía su jurisdicción ordinaria por dos vicarios generales, el primero llamado Provisor y el segundo Juez de la Iglesia, que tenían sus audiencias con partición

³¹ *Ibidem*.

de competencias, pero ambos tenían *in solidum* la jurisdicción.³² Esto es, se podían sustituir mutuamente en caso necesario, pues ambos eran vicarios generales del Prelado, aunque el Provisor ejercía cierta superioridad jerárquica sobre el resto de los oficiales.

En el momento de mayor desarrollo del Consistorio, ambos jueces tenían dos notarios mayores y un fiscal cada uno, doce notarios receptores, procuradores, porteros y otros ministros. El Juez de Apelaciones, Testamentos y Obras Pías era Juez Ordinario y privativo de Sevilla pero no era Vicario General; por tanto no intervenía en las causas apeladas de los obispados sufragáneos. La maquinaria central se completaba con tres visitadores generales del Arzobispado que recorrían sus veredas, y además un Visitador de las parroquias de Sevilla, uno de Conventos de Monjas de Sevilla sujetas a la obediencia del Prelado, y otros dos de las monjas de fuera de Sevilla. Finalmente los vicarios foráneos de las 46 vicarías aseguraban la red de control periférico de la diócesis. Estos mismos datos, a los que se añade la presencia del Colector General de Misas del Arzobispado, se recogen en otro documento posterior.³³

En efecto, además de las audiencias, otros órganos tenían su sede en el Palacio. La Colecturía General de misas, fundada por don Cristóbal de Rojas en 1572, se encargaba de la contabilidad de las misas alcanzadas en los recuentos efectuados por los visitadores para su posterior libramiento o reparto. El Mayordomo Mayor de Fábricas era el vértice jerárquico de las mayordomías de las iglesias del arzobispado, del que dependían en numerosos asuntos. El Alguacil Mayor del Arzobispado era el portador de la vara del Arzobispo, simbolizando y ejerciendo su poder coactivo en el lugar central del Palacio y la ciudad de Sevilla, pues en la periferia existían alguaciles eclesiásticos de las vicarías. Bajo su mando estaban los Alguaciles de los diez, que actuaban haciendo detenciones y secuestros de bienes y participando en las diligencias judiciales en las que fuese necesario el uso de la fuerza.

La Secretaría de Cámara estaba compuesta por el Secretario de Cámara, ejecutor ordinario de los actos de gobierno del Prelado, que representaba a éste en los negocios más importantes, servía a menudo de enlace con los tribunales y actuaba en los asuntos en los que el Ordinario más directamente intervenía, como en las ordenaciones de clérigos o en la concesión de licencias y dispensas.³⁴ Era la instancia de gobierno por excelencia, representaba al Prelado en negocios en Madrid, y a veces en Roma, actuando en asuntos de gobierno del Arzobispado. En Sevilla solía haber dos secretarios, uno particular del Prelado que llevaba su correspondencia y otro que actuaba como enlace entre el Prelado y el Provisor y Vicario General.

Los negocios exclusivos del Arzobispo se canalizaban desde el Secretario de Cámara al Provisor. Así que, entre el Prelado y su Vicario General estaba, como órgano ejecutivo, la Secretaría de Cámara. Dentro de esta Secretaría de Cámara también estaba la Mesa de los Examinadores Sinodales, presidida por el Teólogo de Cámara, que expedía las cédulas de examen de los clérigos para ordenarse, y el Maestro de Ceremonias, que era la máxima autoridad en este tema y examinaba a los ordenantes

³² CARO, R.: *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorografía de su Convento Jurídico o Antigua Chancillería* (1634). Sevilla: Alfar, 1982, p. 55.

³³ Véase ARANA DE VARFLORA, F.: *Compendio histórico de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*: en la Oficina de Vázquez, Hidalgo y Compañía, Sevilla, 1789. Segunda Parte. Capítulo 1. Tribunales eclesiásticos de Sevilla, p. 3.

³⁴ Véase RUBIO MERINO, P.: *Archivística eclesiástica*. Sevilla: Guadalquivir, 1999. Sección Gobierno.

sobre la ceremonia de la misa. En el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval encontramos además una instancia nueva de carácter colegiado. Se trata de la Consulta, órgano del que formaban parte los tres jueces, el Secretario del Prelado y algunos oficiales y abogados. Federico Palomo nos describe una Mesa de la Consulta en el Arzobispado de Évora que tenía carácter consultivo y se encargaba de aplicar la gracia del Arzobispo, interviniendo exclusivamente en asuntos de carácter administrativo.³⁵ La Consulta sevillana tenía, sin embargo, funciones consultivas y de maduración de los asuntos, y también decidía en los negocios y dictaba sentencias.

Como una Junta *ad hoc* en la que los jueces se reunían bajo la presidencia del Provisor o Prelado para deliberar y decidir y en la que en cada caso se llamaba a distintos oficiales, según los asuntos a tratar. El modelo parecía ser la Consulta del Arzobispado de Toledo. Sólo muy de vez en cuando aparece citada la Consulta, es posible que los prelados la utilizasen, en la intimidad de su Palacio y Cámara, como una instancia de deliberación al margen del estrépito forense de las audiencias. Finalmente, la Mesa Arzobispal era un órgano con funciones económicas que se gestionaban en la Contaduría Mayor, en la que el Mayordomo de la Mesa asistía con el Tesorero. Toda la contabilidad de la Dignidad Arzobispal dependía de este órgano, el cobro de los diezmos y su gestión, los pagos, las contabilidades de las audiencias, los ingresos por gastos de justicia, los censos y tributos, etc.

El sistema de vigilancia y control era complejo. La célula básica, que se encontraba en la periferia, era el párroco, sacerdote-policía en su parroquia, que daba fe pública en ausencia de notarios y realizaba multitud de diligencias y actos de gobierno eclesiástico, amén de los propios de la administración de los sacramentos. Buena parte de esta labor de control consistía en el registro escrito de bautismos, matrimonios y entierros. Pero además velaba por la vida de sus feligreses, controlaba sus costumbres y el cumplimiento de los preceptos religiosos y cuando hacía falta denunciaba a sus superiores cualquier falta o pecado público que conviniese remediar. Desde tiempo inmemorial el sacerdote fue más un notario que daba fe pública de las uniones matrimoniales, de los contratos de compra-venta o arrendamiento o de los testamentos, que un ministro que administraba sacramentos. Pero a partir del Concilio de Trento se estableció, por decreto de noviembre de 1563, que todas las parroquias debían disponer de libros de registro sacramental, incluido el padrón de confesión y comunión pascual. Con esto se daba el impulso definitivo a la centralización y burocratización del aparato eclesiástico.³⁶

Su superior jerárquico era el Vicario foráneo, que auxiliado por su brazo ejecutor, el Alguacil eclesiástico de la vicaría, tenía jurisdicción sobre una amplia serie de cuestiones en su ámbito territorial, supervisaba y controlaba las distintas parroquias y tenía jurisdicción limitada para abrir causas, tanto a eclesiásticos como a seglares, pues era el responsable del gobierno espiritual de la feligresía. Además estaba asistido por el Notario de la vicaría, por los curas más antiguos para la realización de multitud de diligencias, y por los mayordomos de las iglesias, verdaderos gobernadores en todo lo relacionado con la gestión de los asuntos de las fábricas. Finalmente, en el gobierno

³⁵ Véase PALOMO, F.: “La autoridad de los Prelados postridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotonio de Braganza en el Arzobispado de Evora (1578-1602)”, en *Hispania Sacra*, 96, 1995. pp. 595-596

³⁶ KAMEN, H.: *Cambio cultural en la sociedad del Siglo de Oro. Cataluña y Castilla siglos XVI-XVII*. Madrid: Siglo veintiuno, 1998, p. 153.

temporal de los feudos pertenecientes al Arzobispo, se situaban los alcaides y alcaldes mayores de los lugares; así como los regidores, alcaldes y demás oficiales del gobierno municipal, nombrados por el Prelado o por su Provisor.

Como elementos móviles, los visitadores, vigilaban y controlaban el cumplimiento de ambos, así como el de los mayordomos de las iglesias y resto del clero de su distrito. Recorriendo sus veredas aseguraban la conexión entre el lugar central de la toma de decisiones en el Palacio Arzobispal, la Secretaría de Cámara, el Consistorio, la Mesa y la Colecturía General, con las distintas instancias de la periferia del territorio, remitiendo al Provisor, al Juez de la Iglesia o al Juez de Testamentos, según quien tuviese la competencia del asunto, las causas que abrían en los numerosos asuntos del gobierno temporal y espiritual de las iglesias en los que entendían. Aunque la mayor parte de las competencias las acumulaba la Audiencia del Provisor, en su Oficio de Fábrica y en los Oficios Primero y Segundo, donde se sustanciaba todo lo relacionado con la corrección de los clérigos, también entendían con la Colecturía General para los recuentos y contabilidades de misas que estaban encargadas en los testamentos. Y con la Mesa para todos los temas relacionados con el cobro de diezmos y otras rentas de las fábricas, aunque todo esto pasó a ser dependencia del Oficio de Fábrica a partir del pontificado de don Cristóbal de Rojas. Esta red burocrática periférica cubría todo el territorio de la diócesis y ejercía el control sobre la sociedad por delegación del Prelado, formando una estructura administrativa que llegaba a todos los lugares, incluso a aquellos en los que la presencia de la Corona era débil, actuando de esta manera como aparato subsidiario en la acción disciplinadora del Estado.³⁷

Por si fallaba este vasto sistema de vigilancia y control que se extendía como una red por el territorio de la diócesis, estaban las inspecciones periódicas de la Visita de Residencia, que debía realizarse al menos cada tres años, como última *ratio* para afianzar el control y asegurar la jurisdicción. En ella cualquier persona, clérigo o seglar, tenía la obligación de denunciar ante el Juez de Residencia y sus notarios, nombrados al efecto, las irregularidades y abusos cometidos por cualquier oficial del Gobierno Arzobispal. La desconfianza en la propia institución y la obsesión por la vigilancia dieron lugar a otro elemento de control externo. En los sínodos se nombraban *testes sinodales* con la misión de observar el cumplimiento de las constituciones e informar de todo aquello que fuese necesario remediar. Para tal fin recababan información de los distintos agentes de la maquinaria de control y de individuos, *cristianos celosos*, no adscritos al sistema de manera oficial pero útiles para denunciar todo tipo de irregularidades. Esta figura no era nueva, ya en las Decretales de Gregorio IX encontramos testigos públicos o sinodales dando testimonio sobre pleitos y se dice de ellos que debían ser desechados *si erraren diziendo su testimonio*, pero si se enmendasen a tiempo no serían *enfamados ni culpados*, aunque en lo sucesivo no debían ser creídos.³⁸ En los sínodos diocesanos de Sevilla que celebró don Cristóbal de

³⁷ PALOMO, F.: “Disciplina Cristiana. Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la Historia Religiosa de la Alta Edad Moderna” en *Cuadernos de Historia Moderna*, 18, 1997; y del mismo autor: “La autoridad de los Prelados postridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotónio de Braganza en el Arzobispado de Evora (1578-1602)”, en *Hispania Sacra*, 96, 1995, p. 589: *Los príncipes católicos tendrían en el episcopado un instrumento valiosísimo para la consecución de una política religiosa que, a través de esa labor de disciplinamiento y homogeneización confesional, favorecería el propio crecimiento del poder político del príncipe.*

³⁸ MANS PUIGARNAU, J. M.: *Decretales de Gregorio IX: versión medieval española*. Barcelona: Universidad, 1942. Vol. II. Título XXI, De los testigos, como deven ser constreñidos, Capítulo VII, Celestino III, p. 140.

Rojas y Sandoval en 1572, y don Fernando Niño de Guevara en 1604, aparece la figura del testigo sinodal:

Los santos Padres, movidos con el zelo del aprovechamiento y salvación de las almas, queriendo proveer para que los Prelados a cuyo cargo está el gobierno de ella, pudieren tener e tuvieren particular noticia y cuenta de las cosas que tenían necesidad de remedio, visto que no podían personalmente asistir en todos los lugares de su diócesis... constituyeron que en cada diócesis estuvieren señaladas e diputadas algunas buenas e idoneas personas por testes synodales que pudieren tener e tuviesen razón y cuenta en cada un lugar de las cosas que en el hubiese necesidad de remediarse y reformarse, en las costumbres y excesos que en el clero y pueblo hubiese e que inquiriesen y se informasen de todo ello y diesen relación al Prelado, y si en el Sínodo se les pidiese cuenta de su oficio también la diesen, para que se pusiese remedio que conviniese y satisfaciendo a esta constitución tan santa al descargo de nuestra conciencia.³⁹

Después, el Provisor del Prelado recababa informes de los distintos candidatos, para averiguar la virtud y rectitud de las personas que realizarían este ministerio, *confiando en su rectitud y conciencia y que procuraran servir en ello a nuestro señor con la fidelidad que deben*;⁴⁰ finalmente se pasaba a nombrar a los testigos sinodales para cada vicaría. En el Sínodo de 1572 se nombró un testigo para cada vicaría de la diócesis, cuatro para la ciudad de Sevilla, dos beneficiados y dos prebendados de la Catedral, el Arcediano de Écija y el canónigo Gil de Cevadilla (que había sido Provisor del Arzobispo Fernando Valdés), y para Triana otros cuatro, entre ellos el bachiller Luis de Morales, presbítero de Santa Ana. En el de don Rodrigo de Castro de 1586 se nombraron como testigos sinodales de Triana a los beneficiados Francisco Medina y Juan Flórez y en el de Fernando Niño de Guevara de 1604 lo fue el licenciado Salazar. En el Sínodo de 1604 se mandó que en el plazo de un mes desde que acabase el Sínodo debían jurar, en manos del Provisor, por sí mismos o por sus procuradores, hacer bien y fielmente su oficio. Algunos de estos testigos eran los mismos vicarios, curas o beneficiados de las parroquias y en ocho casos vecinos seglares; pero siempre se trataba de personas residentes en otro lugar distinto del que debían informar, para asegurar de esta forma su imparcialidad.

A la vez estaban obligados a dar cuenta anual, y siempre que fuesen requeridos para ello, siguiendo las instrucciones correspondientes del Prelado o su Provisor e *inquiriendo* y haciendo relación de las cosas que era necesario remediar y reformar en los lugares donde vivían y en la iglesia en la que eran parroquianos. Especialmente de todo lo relacionado con el ejercicio de los oficiales en sus funciones, jueces, notarios, procuradores, alguaciles y cualquier otro ministro, recabando sus culpas y defectos, y de los vicarios y curas, cómo vivían, con quién trataban y conversaban, cómo hacían sus oficios, etc. Se daba especial importancia a la información que debían dar sobre los vicarios y curas, de cómo administraban sus oficios y si informaban y denunciaban los males y pecados públicos del lugar, como era su obligación, o los *disimulaban*. Y si servían con decencia y *ornato* la iglesia y asistían a ella regularmente, especialmente los días de fiesta.

³⁹ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. *Synodo Diocesano quel ilustrísimo y reverendísimo señor don Cristóbal de Rojas y Sandoval celebró en su Iglesia Metropolitana*. Sevilla, 1572. Capítulo 15. De los Testes Synodales.

⁴⁰ *Ibidem*.

También debían informar sobre los mayordomos de las fábricas y la administración que hacían de sus bienes, si los aprovechaban para su uso personal o no los gastaban convenientemente. Y si los demás clérigos y ministros de la iglesia, sacristanes y oficiales menores, servían con decencia sus oficios, así como todo lo referente a su vida privada, qué conversaciones mantenían y qué costumbres tenían. Con respecto a los seglares, se les encargaba que supiesen los pecados públicos y escandalosos que había en el lugar, informándose por testigos y haciendo relación y memoria de todo para dar aviso al Provisor. Otro de los ámbitos de control de los testigos sinodales debían ser los confesores, indagando si administraban bien sus oficios y con qué asistencia y cuidado, si confesaban en lugares públicos o en confesionarios cerrados, en las iglesias o en lugares particulares y si lo hacían a horas indebidas. También vigilaban si los alguaciles eclesiásticos de las vicarías se concertaban con los labradores y oficiales para dejarlos trabajar los domingos y fiestas *componiéndose* con ellos por dinero u otras cosas.

Por supuesto toda esta labor la realizaban de manera extra-judicial, como meros vigilantes e informantes, pues no tenían jurisdicción alguna, para después llevarlo al Sínodo diocesano dando cuenta de las personas acusadas y de los testigos que pudiesen declarar. A tal fin tenían comisión especial del Prelado para poder *compeler* a cualquier persona para que le declarase lo que conviniese y para que nadie les pusiese impedimento alguno, ni siquiera los oficiales del aparato arzobispal, vicarios, visitadores o curas. Para cumplir con su obligación se les pagaba diez reales diarios para gastos de sustento. Los *testes sinodales* vigilaban el correcto desempeño de los distintos oficiales, aunque éstos a su vez tuviesen como misión la vigilancia y control de sus subordinados eclesiásticos o seglares. Se trataba, por tanto, de una figura de vigilancia redundante, con la cual se pretendía el re-aseguramiento del control central sobre la maquinaria de gobierno arzobispal.

Según el citado Sínodo de 1572, los testigos sinodales eran *oficio de mucha consideración y confianza por descansar en los tales la conciencia de los Prelado para las cosas que deben reformarse en la diócesis*.⁴¹ El *descargo de la conciencia* parecía ser una constante subyacente en todo el quehacer del gobierno arzobispal. El Prelado llevaba sobre sus espaldas el peso de las culpas de todos los fieles que les habían sido encomendados y se descargaba cometiendo a sus subordinados el control y vigilancia de éstos. Así que era de suma importancia que las personas sobre las que el Prelado descargaba su conciencia no traicionaran la alta misión que les había sido encomendada, pues en última instancia, en el supremo momento del Juicio, él sería el responsable de todo su rebaño.

Muchos de los *memoriales para la reformatión* del Arzobispado iban firmados por estos *testes sinodales*, hombres buenos elegidos en los sínodos que debían servir de testigos de cómo se cumplían las disposiciones constitucionales. Uno de ellos, el licenciado Juan Bautista Aldrete⁴², escribía una carta al Arzobispo desde Carmona el 11 de mayo de 1611 en la que advertía de innumerables abusos cometidos en el Arzobispado tanto por eclesiásticos como por seglares:

⁴¹ MATUTE Y GAVIRIA, J.: *Aparato para escribir la Historia de Triana y de su Iglesia Parroquial*. Sevilla, 1818. Edición facsímil de la Sociedad de Bibliófilos andaluces, 1977, p. 53.

⁴² A.C.S. Sección VIII. Libro 122. Fue nombrado Testigo Sinodal para la Vicaría de Carmona en el Sínodo Provincial celebrado por don Fernando Niño de Guevara en 1604.

Considerando el cargo de testigo sinodal que se me dio por el illmo y revmo cardenal antecesor de v s illma con la obligación de venir a otra que se celebrara a dar cuenta de cómo e visto cumplir las constituciones y de los inconvenientes e impedimentos que huviere auido y de lo de mas a ello concerniente, me a parecido no cumpliría con mi conciencia ni obligación si dilatase tanto el dar a vuestra señoría ilustrísima cuenta de algunas cosas que e advertido por los daños que en el entretanto se seguirán, para que siendo particularidades dignas de remedio v. s. i. como tan santo y celoso pastor lo ponga, advirtiéndolo como suplico a v. s. i. lo note que no es mi intento capitular a alguien en particular ni obligarme a mas de lo que el descargo de la conciencia me obliga informando a v. s. i. en casos generales para que de ellos se baxe a los particulares por que muchas vezes aun ofreciéndoseles a los que tienen obligación sierran los ojos para no vellos por sus instintos y favores especiales y yo no los pongo en esto mas que en el servicio de dios y de v. s. i. y bien común para que siendo cosa tales que requieran la autoridad de v. s. i. conforme a su voluntad que es de que en sus iglesias aya orden y en sus ministros la decencia que se requiere por el exemplo que son al demas pueblo la interpongan y siendo este mi blanco y fin acompañado con buenos deseos el premio que de ello pido y suplico a v. s. i. es que este mi papel sea solo para v. s. i. y supla las faltas sino fueren cosas de que se deba hazer cuenta atendiendo a mi animo y le parece justo y obligatorio advertir las siguientes...⁴³

Se trataba de llamar la atención al nuevo Prelado que llegaba, don Pedro de Castro, para que pusiese remedio a estos males y abusos. Y aunque decía que podría citar casos particulares, señalaba la dificultad de probar los delitos, sobre todo cuando se producían en entornos locales donde las complicidades mutuas y el miedo a las represalias acallaban cualquier delación:

si no temiera que queriéndose averiguar con testigos, aunque son verdades ciertas y casos manifiestos deducidos en juicio, avia de aver incertidumbre en la probanza por que todos se retraen de testificar en perjuicio del tercero por los daños que temen, y así vemos cada día no poderse castigar ni remediar cosas por falta desta prueba.⁴⁴

Otras veces las informaciones llegaban de clérigos locales que pretendían de buena fe contribuir a remediar los males, o simplemente de algún seglar celoso del cumplimiento de sus obligaciones para *descargar sus conciencias y servir a dios nuestro señor*. En otros casos se trataba de informes interesados para desprestigiar a determinadas personas; pero tanto unos como otros pretendían ganar crédito y mostrar las prendas de fidelidad y servicio al Prelado que le abrieran las puertas de los apetecidos cargos. Estos informes solían ir con la advertencia final de que se guardase discreción y el anonimato del que lo suscribía, pues temían las represalias de las personas a las que denunciaban. Ya fuese delación interesada o hecha a impulsos del *deber cristiano*, lo cierto es que demuestran un deseo de control y supervisión del estado eclesiástico por parte de las instancias del poder central, así como una constante insatisfacción y deseo de superación de las limitaciones e irregularidades por parte de las autoridades religiosas del Arzobispado.

Finalmente, habría que añadir que esta estructura con cabeza en Sevilla y tentáculos por el territorio arzobispal dependía a su vez de decisiones emanadas de la Corte Romana y de la Corte de Madrid, ante el Nuncio y ante su Majestad el Rey y su

⁴³ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Carta sin foliar firmada por el Ldo. Aldrete el 11 de mayo de 1611.*

⁴⁴ *Ibidem.*

Consejo. Con ambas instancias hubo alternancia de cooperación y tensión. Para la defensa de la jurisdicción ordinaria del Prelado a menudo hizo falta la asistencia de un agente que promoviese los negocios en uno y otro lugar, pues los litigios fueron frecuentes y a menudo pasaron en grado de apelación por la Chancillería de Granada, o por el Tribunal del Nuncio o del Consejo en Madrid, adonde frecuentemente se enviaban procuradores para seguirlos.

En la segunda mitad del siglo XVI se impulsa la centralización y reorganización de toda esta maquinaria, especialmente con el reforzamiento de la figura del Provisor y Vicario General, que a veces era nombrado Gobernador del Arzobispado y que actuaba como depositario de la jurisdicción ordinaria del Prelado. Esto explicaría los frecuentes choques con el Cabildo Catedral que se iniciaron en tiempos del Arzobispo Valdés y que continuaron y se recrudecieron con don Rodrigo de Castro y don Pedro de Castro. A menudo estos conflictos se plasmaron en asuntos de precedencia y protocolo, como es el caso de la Presidencia del Sínodo de 1586 que el Cabildo disputó al Provisor.⁴⁵ En este Sínodo don Rodrigo de Castro mandó que el Provisor se sentase a su derecha, y los demás diputados del Cabildo a un lado y otro consecutivamente. Los canónigos se agraviaron e hicieron protestas y apelaciones, no quisieron sentarse y se salieron del Sínodo. El Cardenal mandó prenderlos y llevarlos presos y el Sínodo se hizo sin ellos, pero los pleitos por este conflicto duraron hasta 1590.

Parte importante de este reforzamiento de la autoridad de los prelados se debió sin duda a las reformas administrativas y judiciales en las que la oficialidad del gobierno arzobispal adquirió protagonismo frente a las diversas instancias religiosas presentes en la diócesis: cabildos catedralicios y colegiales, órdenes monásticas y militares, Inquisición, patronatos de legos, etc. Y sobre todo al hecho de que tanto los oficiales del gobierno central como los de la periferia empezaron a ser nombrados y separados de sus funciones a la discreción del Prelado o de su Provisor, perdiendo autonomía y pasando a depender directamente de las decisiones del Ordinario, sin que mediara título o dignidad vitalicio, reforzando su jurisdicción frente a los títulos y dignidades del pasado. A tal efecto también fue de suma importancia el empeño en conseguir que los prelados residiesen en sus diócesis. Pero mejor dejemos hablar a nuestros informantes, con su ayuda trataremos de orientarnos en el dedalo de las funciones y órganos que formaban la maquinaria del Gobierno Arzobispal de Sevilla en la Edad Moderna.

⁴⁵ Según nos cuenta Federico Palomo, en el Arzobispado de Évora ocurrió otro episodio similar cuando don Teotonio de Braganza intentó que los principales oficiales de la Curia Arzobispal precediesen a los miembros del Cabildo a la hora de presidir el Sínodo: *no pretendía sino afirmar su autoridad como Prelado, señalando jerárquicamente el papel que le cabía en el gobierno de la diócesis a la oficialidad que directamente dependía de él...frente al protagonismo que durante la Edad Media les cupo a las instancias capitulares en la administración de los Obispos.* Op. Cit., p. 594.

2.- LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRUCTURA DEL GOBIERNO ARZOBISPAL

2.1.- La organización diocesana en época medieval: el caso sevillano

Desde el siglo IV la organización territorial de las diócesis estuvo basada en la figura del Arcipreste, que solía ser un canónigo que residía en la Catedral y que, en ausencia del Obispo, lo sustituía como presidente del presbiterio. El Arcipreste y los vicarios perpetuos visitaban el estado de las iglesias y las cuentas de las fábricas. Cada Arciprestazgo se componía de un conjunto de parroquias, mientras que las vicarías se constituyeron en distritos más pequeños dentro del Arciprestazgo, a cuyo frente se situaba un vicario cometido y controlado directamente por el Obispo. Éstos tenían jurisdicción limitada en su vicaría y cumplían un papel esencial en la recaudación de los diezmos.⁴⁶

A partir del siglo VI, por la presidencia que los arciprestes tenían sobre los demás clérigos, se comenzó a encomendarles el cuidado de las parroquias tanto urbanas como rurales, *así creció tanto su poder que apetecieron la dignidad incluso los hijos de los Grandes*.⁴⁷ Algunos Fueros municipales exigieron que los arciprestes fueran de la villa - *alcalde, neque merino, neque archipresbyter non sit nisi de villa-*, y nos lo presentan ejerciendo en su Tribunal.⁴⁸ Como los prelados empezaron a frecuentar las cortes de los reyes, los arciprestes gobernaron sin contar con el Obispo, aumentaron su poder usurpando la jurisdicción eclesiástica, crearon párrocos y comenzaron a ejercer los cargos episcopales. Así que, a partir del siglo XI, los obispos hicieron depender a los arciprestes de los arcedianos, a cuyo conocimiento cometieron el cuidado de la diócesis dejando al Arcipreste sin jurisdicción alguna. En el esquema general de la organización eclesiástica medieval las diócesis estaban divididas en arcedianatos, dirigidos por los arcedianos, representantes del Obispo en su ámbito territorial.⁴⁹ A partir de este momento se le encargó al Arcipreste completa sumisión al Obispo y a su Arcediano: *cuncta tamen referant ad episcopum, nec aliquid contra ejus decretum ordinare praesumant*.⁵⁰

Desde entonces, tanto el Arcediano como el Arcipreste realizaron funciones de visita en sus respectivos distritos. El Arcipreste tenía jurisdicción espiritual en lo relativo al cuidado de las almas pero no tenía jurisdicción temporal. Obedecía al Arcediano y al Obispo y debía estar *en la iglesia cotidiana mientras e decir missa*

⁴⁶ PEREZ-EMBED WAMBA, F.J.: *El Cabildo de Sevilla en la Baja Edad Media*, Madrid: Instituto "Enrique Flórez", 1977, p. 45.

⁴⁷ CAPARRÓS, J. J. *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y última del Santo Concilio de Trento*. Madrid: Imp. de Norberto Lorenci, 1847. Tomo I. De los Arquipresbíteros o Arciprestes, p. 40.

⁴⁸ MUÑOZ ROMERO, T.: *Colección de Fueros y Cartas Pueblas*. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1852. Fuero de Santiago, Siglo XIV, p. 284.

⁴⁹ Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: "Geografía eclesiástica de España". En *Miscelánea de Trabajos de Investigación dedicados al Profesor don Vicente García*. Sevilla (s.n.), 1982.

⁵⁰ *Ibidem*.

*quando el Obispo non fuere en el lugar en su vez o aquel a qui él mandare.*⁵¹ Era una jurisdicción litúrgica y administrativa en lo relativo a la bendición, administración de los sacramentos y preeminencia en los actos de culto. En la cuarta decretal se define al Arcipreste rural como inspector de su decanía. También aparecieron otros distritos más pequeños, las vicarías, dirigidas por el Vicario. Por fin, al frente de la parroquia se hallaba el cura beneficiado a quien se le asignaba la cura de almas y los beneficiados simples servidores que atendían el culto de la iglesia. El beneficiado más antiguo era el que regía la iglesia y la feligresía de la parroquia. En el Obispado de Córdoba se le denominaba *Rector* y en Jaén recibían el nombre de *Prior*.⁵²

El Arcediano debía ser Maestro en Teología, doctor o licenciado en Derecho Canónico, el primero entre los diáconos y las *manos y ojos* del Obispo, como coadjutor suyo.⁵³ En su nombre visitaba las parroquias y ejercía la labor pastoral, vigilando las costumbres de los fieles, informándose de los que aspiraban a recibir órdenes, dirimiendo pleitos menores, distribuyendo las rentas y oblaciones y cuidando de los pobres, viudas y huérfanos en nombre del Obispo. En el Concilio de Coyanza (1.050) aparecen los arcedianos haciendo las veces del Obispo en su arcedianato, llamando a la penitencia y amenazando de excomunión a los adúlteros, incestuosos y otros criminales.⁵⁴ En España aparecen citados en el Concilio de Jaca (1060) administrando justicia junto al Obispo y en las Partidas se les denomina *vicario del Obispo en su territorio*. Todo esto hace suponer que desde el siglo XI al siglo XIV los arcedianos tenían a su cargo la jurisdicción contenciosa en casi todas las diócesis de España. En las Decretales se declara la superioridad del Arcediano como juez nato al lado del Obispo y con jurisdicción sobre el Arcipreste. Era Vicario del Obispo y tenía jurisdicción en todos los asuntos de las iglesias, proveyendo clérigos en el obispado y vigilando la vida que hacían, con autoridad sobre el Deán y el Arcipreste: *debe dar razón delante de Dios daquellos que peccan, debe visitar de tres en tres annos, e deve entender aquellas cosas que fueren de enmendar en vez de su Obispo*.⁵⁵

El territorio del arcedianato se dividió en arciprestazgos, dirigidos por los arciprestes, cargo similar al Arcediano y nacido de su desdoblamiento. Con la multiplicación de las parroquias apareció el Arcipreste rural que visitaba las parroquias dentro de su arciprestazgo. Aunque, como hemos visto, en el origen el Arcediano se ocupaba de los asuntos económicos mientras el Arcipreste atendía la liturgia, en el siglo XIV los arcedianos se dedicaron a la visita de su territorio y a mantener la disciplina de los clérigos, mientras que los arciprestes visitaban las fábricas de las iglesias. Sabemos que en las diócesis del Reino de León era costumbre *que los arcedianos visiten a los*

⁵¹ MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX: versión medieval española*. Barcelona: Universidad, 1942. Concilio de Toledo. Libro I. Título XXIV. Del Oficio de Arcipreste. Capítulo I.

⁵² Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: “La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII y XIV” en *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba: Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1979.

⁵³ Véase ALONSO MORGADO, J.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla: Tipografía de Agapito López, 1906, p. 181.

⁵⁴ GOMEZ ZALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Madrid: Imprenta de Gómez Fuentenebro, 1877. Tomo II, Los Visitadores eclesiásticos.

⁵⁵ MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX: versión medieval española*. Barcelona: Universidad, 1942. Vol. I. Título XXIII, Del Oficio de Arciniano, p. 176.

*clérigos de sus arcedianazgos e los arciprestes las fábricas de las iglesias*⁵⁶. Según este documento el Arcediano en su visita reunía al pueblo y clérigos y realizaba una predicación en la que inquiría si sabían el catecismo, los sacramentos, los artículos de la Fe, las obras que debían hacer y los pecados que debían evitar, qué penas tendrían por las malas obras y qué glorias por las buenas.

Seguidamente, entre los clérigos y laicos presentes, elegía unos cuantos a los que entregaba un cuestionario para que lo contestaran. En él preguntaba a los clérigos si tenían edad legítima para estar ordenados, cuál era el título por el que poseían su beneficio, si residían, si servían bien, si conocían las palabras del canon de la misa y de los otros sacramentos, si cobraban por la administración de los sacramentos o si eran simoníacos, concubinarios, homicidas, tahúres, taberneros o *peleadores*, y si los hijos espirituales del sacerdote (por haber sido bautizados por él) contraían matrimonio con sus hijos naturales en grado de consanguinidad prohibido. Sobre los laicos inquiría si había en la parroquia excomulgados, sacrílegos, usureros, casados en grados prohibidos, públicos concubinarios, hechiceros, sortílegos o magos, si confesaban y comulgaban anualmente, asistían a misa los domingos y festivos, pagaban los diezmos y cumplían las mandas pías hechas en los testamentos a favor de la parroquia o de la Catedral. Terminada la investigación se imponían las penas correspondientes y se corregían todas las faltas encontradas, tomando nota en el Libro de Visita y dando cuenta de todo al Obispo.⁵⁷ En definitiva, se trataba de una visita tal como la realizarían más tarde los Visitadores Generales del Arzobispado, aunque éstos no como dignidades vitalicias canónicamente instituidas sino como delegados del Obispo, nombrados por el tiempo que fuese su voluntad y con las competencias que quisiese cometerles. También podemos observar el catálogo de *pecados públicos*, o de incumplimiento de los preceptos, que con posterioridad van a conformar las competencias de los tres jueces del consistorio arzobispal.

Este esquema de división y organización, formado por arcedianos, arciprestes, mayordomos, vicarios y ecónomos, es el que estuvo vigente en las diócesis leonesas y castellanas hasta el siglo XIV, y suponía que muchos arcedianos, así como arciprestes y deanes tuviesen tribunales independientes del Obispo con la grave dispersión de jurisdicción que esto representaba. Sin embargo, desde fines del siglo XIII, agobiados los obispos por la multitud de negocios, y ofendidos por la acumulación de poderes y jurisdicción que habían usurpado los arcedianos, los fueron retirando gradualmente a las iglesias catedrales y empezaron a sustituirlos por oficiales eclesiásticos⁵⁸ y por vicarios o procuradores generales⁵⁹, a los que transfirieron las competencias que aquéllos tenían, encargándoles el despacho de los negocios de su diócesis. En este proceso de cambio los obispos también retiraron a los arciprestes y los sustituyeron por vicarios foráneos.⁶⁰ En las Decretales se explica el origen de los vicarios generales. Los arcedianos y deanes

⁵⁶ Según el Manuscrito n° 2292, fol. 158 de la Biblioteca de la Universidad Literaria de Salamanca citada por SÁNCHEZ HERRERO, J.: *Las diócesis del Reino de León. Siglos XIV-XV*. León: Centro de Estudios e Investigación "San Isidoro", 1978. División de tareas entre arcediano y arcipreste, p. 70.

⁵⁷ SÁNCHEZ HERRERO, J. *Ibidem*.

⁵⁸ ESTANYOL I COLOM, J.: *Instituciones de Derecho Canónico. Compendio de las lecciones de esta asignatura explicadas por José Estanyol i Colom*. Barcelona: Imprenta y Litografía de José Cunill y Sala, 1893. Libro I del Sexto de las Decretales, título XIII, Capítulo 1 y 2.

⁵⁹ MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX: versión medieval española*. Barcelona: Universidad, 1942. Libro I, Título XXXVIII, Cap. 9.

⁶⁰ LOPEZ DE AYALA, I.: *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento, Roma 1565*. Barcelona: Edición a cargo de Latre, M., 1847. Sesión 24, Cap. III de reform. In genere.

adquirieron jurisdicción ordinaria y empezaron a ser *contumaces* con los obispos.⁶¹ Ante esto, los obispos crearon nuevos oficiales a quienes les encargaron la jurisdicción ordinaria, no para siempre, sino por el tiempo que a ellos *pluguiese*.

Esta costumbre empezó en el siglo XII pero el uso de vicarios generales se generalizó a partir del IV Concilio Lateranense, bajo Inocencio III, en el que se exhortó a los obispos a que eligiesen presbíteros que *hicieran sus veces* para descargarse de negocios y le ayudaran a gobernar la diócesis. La práctica se hizo general después de este Concilio. Los obispos crearon estos oficiales y les cometieron el conocimiento de las causas eclesiásticas⁶² con facultad para imponer penas a los clérigos delincuentes.⁶³ Inocencio IV limitó estas competencias y mantuvo una serie de asuntos reservados a los obispos para que la creación de tales ministros no les exonerase de su cargo, que era nato. Los obispos debían velar y conferenciar con los oficiales y vicarios generales sobre las causas mayores.

Por esto no aparecen los vicarios generales en el Decreto de Graciano ni en la Compilación Gregoriana de las Decretales, pues aunque en ellas se habla de vicarios se refieren a los de los curas perpetuos y temporales. Y aunque en algunas iglesias se hizo una diferenciación entre los primeros, a los que pertenecía la jurisdicción contenciosa, y los segundos a los que pertenecía la voluntaria o de gracia, a partir de Trento desapareció esta diferenciación.⁶⁴ Tan sólo en el Sexto de las Decretales se explica el oficio de vicario que ya estaba en uso y se dedica un capítulo a los vicarios en el que se pide que sea mayor de 25 años, doctor o licenciado en Derecho Canónico, clérigo al menos tonsurado, aunque por necesidad podía nombrarse a un seglar con autorización del Papa, nacido de matrimonio legítimo, y no casado.

El título o letras de su nombramiento se solía presentar al empezar el cargo en el Capítulo de la Iglesia Catedral. Las Decretales le adjudican dignidad, jurisdicción y prerrogativa de honor, pues preside los sínodos y procesiones, y tiene silla preferente a los demás canónigos en el Coro. No ejercía el oficio por título perpetuo, pues concluía su mandato a la muerte del Obispo, si perdía el Obispado por cualquier causa, o por revocación del mandato hecha por el Obispo si renunciase a su cargo. También se refieren las Decretales a las necesarias cualidades morales que debía poseer, pues los vicarios generales debían ser varones idóneos y versados en ambos derechos o al menos en el canónico, que no estuviesen tildados de avaros y que por amor a la justicia y paz ejerciesen el oficio entre los fieles. No debían elegirse para vicarios generales los naturales de la diócesis, los regulares de las órdenes mendicantes, los clérigos casados o bígamos, los menores de 25 años ni los parientes del Obispo. Se pedía que tuviesen aversión a las fórmulas y estrépito forense, que no se dejasen enredar en ellos y que actuasen obligados e inducidos por amor a la justicia.⁶⁵

⁶¹ CAVALARIO, D.: *Instituciones del Derecho Canónico*. Valencia: Librería de Mallen y sobrinos, 1837. Tomo III, p. 67 y ss.

⁶² Concilio IV de Letrán. Cap. Inter Caetera de Officio Judic. Ordinarii; Tit. V De Office. Vicar. In VI. p. 91-94. Cit. CAPARRÓS, J. J. *Op. Cit.* Cap. XVII, p. 91.

⁶³ Conc. Ravenat. An. Año 1314. Conc. Narbonense, 1609. Cit. CAPARRÓS, J. J.: *Op. Cit.* Cap. XVII, p. 92.

⁶⁴ AGUIRRE, J.: *Curso de Disciplina eclesiástica general y particular de España*. Madrid: Est. Tip. de Saavedra y Cía, 1871. Tomo II, p. 247.

⁶⁵ Véase CAVALARIO, D.: *Op. Cit.*

Tal como había ocurrido con los arcedianos, los vicarios generales y sus oficiales fueron acusados desde el principio de su institución de avaricia e inclinados a los enredos y astucias. Pedro de Blois, escritor del siglo XII, criticó que el sustituto del Obispo se dedicase a hacer lucro y fomentar pleitos con dilaciones y engaños, y relataba sus malas costumbres:

toda la intención del vicario es la de en nombre del Obispo y para utilidad de este despojar, sacar el dinero y maltratar a las ovejas miserables encargadas a su jurisdicción, estos pues son unas sanguijuelas del Obispo que vomitan la sangre ajena que han bebido. También se lamentaba de las sutilezas y engaños, como si hubiesen sido instituidos más que para hacer justicia para perderla: en el día el oficio de los vicarios es confundir los derechos, suscitar pleitos, impedir las transacciones, enlazar las dilaciones, ocultar la verdad, favorecer la mentira, buscar los intereses, vender la justicia, desear la cobranza, y continuar en sus astucias han bebido.⁶⁶

En realidad eran las mismas acusaciones que se habían hecho contra los arciprestes y los arcedianos en el pasado. Sabemos que desde el principio los obispos tuvieron la hostilidad del pueblo por sus decisiones de gobierno, sobre todo de los que se sentían perjudicados por sus sentencias, que luego los denunciaban y difamaban. Con la creación de los vicarios generales, o del Provisor o Gobernador, en el caso sevillano, éste actuaría como un auténtico valido, *alter ego* del Prelado, su doble o primer ministro atrayendo sobre sí las críticas y soportando las culpas derivadas del ejercicio del poder arzobispal.

La palabra vicario designa a la persona que ejerce un oficio que compete a otro por derecho ordinario. El vicario tiene jurisdicción ordinaria y sólo puede apelarse de su sentencia a otro superior jerárquico porque su tribunal es el mismo que el del Obispo, a quien por derecho corresponde la jurisdicción. Distintos son los jueces delegados, pues no constituyen un mismo tribunal con el Juez Ordinario y sus sentencias se pueden apelar al Juez delegante, o sea, al Ordinario, aunque también se pueden apelar al Juez superior.⁶⁷ El Juez Delegado no ejerce la jurisdicción por derecho propio sino por mandato de otro. El Obispo no podía revocar los actos del Vicario General cuando se trataba de asuntos judiciales porque formaban un mismo tribunal con el Obispo.

El Vicario General era una misma persona con el Obispo o Arzobispo, a él se le cometía el conocimiento de todas las causas que competían al Ordinario, y no se podía apelar de él al Obispo sino al Arzobispo y superior. En el caso de Sevilla, como sede metropolitana, las sentencias de los provisores de los obispados sufragáneos se podían apelar ante el Provisor del Arzobispo, pero las sentencias de éste no se podían apelar ante el Arzobispo, puesto que ambos eran una misma instancia. En España se dispuso que los vicarios de los obispos fuesen eclesiásticos por no ser decoroso que los seculares conociesen y juzgasen las causas eclesiásticas⁶⁸, y en las Sinodales de Tarragona y de Tortosa se estableció que, para obtener semejante oficio, fuesen ordenados *in sacris* y de lo contrario fuesen sus actas nulas.⁶⁹

⁶⁶ BLANCO, P. L.: *Respuesta pacífica de un español a la carta sediciosa del francés Gregorie que se dice Obispo De Blois*. Madrid: en la Imprenta Real por Don Pedro Peryra, 1798. Carta 25.

⁶⁷ COVARRUBIAS LEYVA, D. Arzobispo: *Practicorum Quaestionum*, Salmanticae: Excudebat Andreas à Portonarijs..., 1556, Liber unus, cap. 4º, n. 8.

⁶⁸ TEJADA Y RAMIRO, J.: TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio de Lérida, Canon X, p. 750

⁶⁹ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Op. Cit.* Sínodo de Tarragona II. An. 1414. Sínodo de Tortosa. An. 1429.

Las Decretales declaraban al Arcediano Vicario General nato del Obispo, pero tras su retirada como Dignidad capitular a la Iglesia Matriz, el Concilio de Trento les dejó su autoridad para visitar la diócesis y juzgar donde conservase su jurisdicción. El Concilio también declaró que los arcedianos debían hacer por sí mismos la visita llevando un notario con consentimiento del Obispo, pero sólo en las iglesias en las que se acostumbraba ejercer legítimamente esta visita.⁷⁰ Sin embargo se suprimieron los tribunales inferiores, arciprestal, decanal y archidiaconal y todas las causas del foro eclesiástico pasaron a ser vistas en primera instancia por el Obispo diocesano y sus jueces ordinarios.⁷¹

El Vicario General solía ejercer la jurisdicción voluntaria del Obispo y el Juez Oficial la jurisdicción contenciosa, pero en Sevilla no se dio esta distinción que operaba generalmente en las demás sedes españolas. Así que, en el arzobispado de Sevilla, tanto el Provisor como el Juez de la Iglesia se titulaban Juez Oficial y Vicario General. El Vicario General ejercía la jurisdicción ordinaria del Prelado, y, por eso, su Audiencia se consideraba una misma con la del Obispo o Arzobispo. Pero el Prelado se reservaba una serie de competencias relacionadas con el sacramento del Orden, como la concesión de dimisorias para ordenarse. En algunas sedes, el Prelado también se reservaba el conocimiento de las causas criminales y matrimoniales, la concesión de beneficios, la convocatoria de sínodos, la absolución de los casos de conciencia reservados y la dispensa por irregularidad.

El Vicario General tenía las mismas atribuciones que el Obispo pero no podía conocer los asuntos relacionados con la potestad del Orden, como confeccionar el Crisma y administrar los sacramentos de la Confirmación y el Orden, ni consagrar las iglesias y altares y reconciliarlas cuando se hubiesen *impurificado*. El Vicario General, aunque se hallaba revestido del orden episcopal, no hacía las veces del Obispo en la potestad del Orden sino en la jurisdicción ordinaria. El Obispo podía separar al Vicario General mediando alguna causa justa, pues si la separación era arbitraria cabía recurso ante la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares y esta podía obligar al Obispo a reponer al Vicario destituido.⁷² Las causas justas podían ser: si se habían presentado muchas quejas contra él, si no tenía la circunspección y prudencia necesarias, si desobedecía las órdenes de las Sagradas Congregaciones, si se rebelaba contra el Obispo, y, por último, si se excedía en las atribuciones que le estaban confiadas. En la práctica esto suponía que el Prelado podía cesarlo a su discreción. Si el Vicario delinquía como persona privada podía castigarle el Obispo, pero si era en el ejercicio de su autoridad debía ser castigado por el Metropolitano.⁷³

Las palabras Provisor y Gobernador son de uso exclusivo español. Desde finales del siglo XIII encontramos numerosas referencias a los provisos y vicarios generales

⁷⁰ LOPEZ DE AYALA, I.: *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*, Roma 1565. Barcelona: Edición a cargo de LATRE, 1847. Sesión 24, Cap. III de reform. In genere y capítulo 12.

⁷¹ Véase BENLLOCH POVEDA, A.: "Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: el proceso", p. 131 y PÉREZ-PRENDES MUÑOZ-ARRACO, J.M.: "El Tribunal Eclesiástico", pp. 159-169. En *Instituciones de la España Moderna*, Coordinado por MARTÍNEZ RUIZ, E. y DE PAZZIS PI, M. Madrid Actas, 1996.

⁷² Sagrada Congregación de Obispos y Regulares de 3 de julio de 1601 y 7 de septiembre de 1649. Cit. JUSEU Y CASTANERA, J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Valencia: Domenech, 1899.

⁷³ Sagrada Congregación de Obispos y Regulares de 26 de febrero de 1642. Cit. GÓMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Op. Cit.*

en el Arzobispado de Sevilla, actuando cometidos por el Prelado en distintos negocios. Tras la reconquista se estableció la nueva planta, pues se implantó la organización en la que el Arcediano era un mero cargo honorífico como Dignidad Capitular en la Iglesia Matriz⁷⁴ y el Prelado se valía de oficiales y vicarios generales, llamados provisoros, para delegar las tareas de gobierno del Arzobispado. La diferencia a nivel organizativo era notable, pues el Arcediano era un cargo que conllevaba dignidad vitalicia y los nuevos oficiales eran nombrados a la discreción del Prelado, tanto en cuanto al tiempo que ejercían sus funciones como en cuanto a las competencias que les cometía. En Sevilla, como segunda sede en importancia de la Monarquía, el Prelado solía desempeñar funciones políticas y formaba parte del Consejo, así que su ausencia era frecuente; por esto las competencias de sus jueces eran mucho más amplias.

Las primeras noticias acerca de los oficios de la jurisdicción arzobispal sevillana se remontan al tiempo de la conquista de la ciudad por Fernando III. El Papa Inocencio IV envió a su Legado Desiderio con una Bula a 30 de Marzo de 1248 exhortando al rey de Castilla y León y a su hijo Alfonso a la perseverancia contra los infieles y a dotar a las iglesias y obispados que conquistasen con toda magnificencia. En la toma de la ciudad lucharon con sus huestes el Prior de la Orden de San Juan de Jerusalén, el Prior de los Templarios, los Maestres de las Órdenes de Santiago, de Alcántara y de Calatrava, don Juan Arias, Arzobispo de Santiago, en compañía de sus caballeros gallegos, los obispos de Córdoba, don Gutierre, de Toledo, de Astorga, de Palencia, de Ávila, de Marruecos, y el de Coria, don Sancho, y muchos regulares de San Benito, Santo Domingo y San Francisco, *porque la empresa sagrada ponía la espada en la mano a los Prelados con justo motivo*.⁷⁵

En tan prolongada guerra, en los momentos de abatimiento y desasosiego, cuando el sitio de la ciudad parecía pasar por las mayores dificultades para los cristianos, Ortiz de Zúñiga refiere que el Rey escribió a las ciudades pidiendo socorro de gente y dinero, pero *con mayor confianza a las Iglesias y Religiones, pidiendo rogativas y plegarias a la piedad divina*. Según el analista, el mismo Rey, luego santo, elevaba su espíritu con fervorosas oraciones acompañadas de ayunos, disciplinas y cilicios. Los eclesiásticos participaron de forma capital en la empresa, aportando su dinero, sus hombres, y su inapreciable discurso religioso. A cambio fueron recompensados con numerosas donaciones y privilegios.

Tras la conquista, en un primer momento, el Rey destinó a su hijo, el infante don Felipe, como primer Arzobispo de Sevilla, pero mientras recibía las órdenes sacras nombró a don Remondo, su confesor, Canciller Mayor y Obispo de Segovia, como Gobernador del Arzobispado de Sevilla. El infante don Felipe fue electo en 1255, pero dejó la mitra para casarse con la infanta doña Cristina, hija de los reyes de Dinamarca, y don Remondo le sucedió, estableciendo en 1261 la primera organización del gobierno arzobispal y el primer Estatuto y Constitución de la Iglesia Catedral. Parece que el

⁷⁴ La relación de arcedianatos y vicarias de Sevilla se encuentra en el Archivo de la Catedral de Sevilla. Libro Blanco de 1411.

⁷⁵ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*. Madrid: Imprenta Real, 1795. Ed. facsímil, Sevilla: Caja de Ahorros San Fernando, 1985. Tomo I, p. 31 y ss.

Infante Felipe dispuso ya de un Vicario General que le sustituyera en el gobierno arzobispal en la persona del canónigo Martín García.⁷⁶

En los Estatutos de la Santa Iglesia de 1261 aparecen citados cinco arcedianos del Arzobispado de Sevilla. Parece que conforme al ritual se formaba una cruz imaginaria de Oriente a Poniente y de Septentrión a Mediodía, de manera que los cuatro lugares formasen una cruz cuyo centro, en memoria de Cristo, representaba la Catedral.⁷⁷ En el Arzobispado de Sevilla pusieron el Arcedianato de Écija a Oriente, el de Niebla con Sanlúcar, Benalcázar y Tejada a Poniente, el de Reina-Constantina con Almonaster y Aracena al Septentrión, y el de Jerez a Mediodía. Es muy posible que con posterioridad las veredas de los visitantes saliesen de esta división territorial.

Según una Concordia firmada entre don Remondo y don Pelay Correa, Gran Maestre de la Caballería, por la que se ponía orden en la disputa por los lugares de la Orden de Santiago, al norte del Arzobispado, se establecía que, en señal de reverencia, cada iglesia de los citados lugares le daría al Prelado sevillano un maravedí de moneda nueva cada año y medio maravedí al Arcediano. Cuando visitare el Arzobispo le darían *tres procuraciones con 40 bestias en el lugar que quisiere*.⁷⁸ Y si la visita la hiciese el Arcediano tendría tres procuraciones con seis bestias, pero el año que visitase el Arzobispo no lo haría el Arcediano. La Orden tenía derecho de presentación de capellanes de los lugares al Arzobispo, o al Arcediano si aquel estuviese ausente de la diócesis, y los recibiría si fuesen idóneos, dándoles el Arzobispo la cura de almas, y en su ausencia el Arcediano u otro delegado suyo. El Arzobispo, el Arcediano y el Vicario General cuando fuesen a visitar los lugares tendrían: el primero cincuenta cabalgaduras, ocho el segundo y tres el Vicario. Se desprende de esto que el Arcediano tuvo funciones de visita en el Arzobispado de Sevilla, y que el oficio de Vicario General convivió con la jurisdicción del Arcediano y ambos tuvieron competencias en el gobierno arzobispal.

Además de esto, el Arzobispado de Sevilla poseía cuatro prioratos, mandados por un Prior, cargo de presentación regia sujeto a un régimen peculiar de derechos, obligaciones y rentas. El Priorato de Aroche y el de Aracena, ambos de la Orden de San Juan, el Priorato de El Puerto de Santa María de la Orden de Santa María de España, y el Priorato de La Algaba, de la Orden de Santiago o de los Caballeros de San Juan de Setefilla.⁷⁹ Al mismo tiempo, la división territorial tomó como base la vicaría, dirigida por un Vicario, y dentro de estas las parroquias, en las que a diferencia de otros arzobispados no existían curas propios sino que el Prelado era *cura general* en todo el Arzobispado, nombrando curas delegados suyos y no existiendo en las parroquias más que beneficiados. Los vicarios tampoco tenían títulos canónicos vitalicios sino que hacían las veces del Ordinario por el tiempo que fuese su voluntad, como delegados permanentes suyos y con las competencias que libremente les concediera.⁸⁰

⁷⁶ Véase MUÑOZ TORRADO, A.: *La Iglesia de Sevilla en el siglo XIII*. Sevilla: Lib. e Imp. de Izquierdo, 1914. Siguiendo el Libro Blanco de la Catedral de Sevilla

⁷⁷ CARO, R.: *Antigüedades y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorografía de su Convento Jurídico*. Sevilla, 1634, fol. 198. Citado por MUÑOZ TORRADO, A.: *Op. Cit.* p. 29.

⁷⁸ MUÑOZ TORRADO, A.: *Op. Cit.*. Cita la Concordia firmada el 4 de abril de 1274 y que se hallaba en el Archivo de la Catedral de Sevilla C.60 L.2 N.7.

⁷⁹ Véase LADERO QUESADA, M. A. y GONZALEZ JIMENEZ, M.: *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el Reino de Sevilla. 1408-1503*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1979.

⁸⁰ SANZ SANCHO, I.: *La Iglesia y el Obispado de Córdoba en la Baja Edad Media (1236-1426)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1989. Vol. 1, pp. 121-124.

En el marco de la pugna entre las distintas iglesias metropolitanas por el estatus de Iglesia Primada también encontramos referencias a la organización del gobierno arzobispal. El primer conflicto de preeminencias se verificó en 1260 entre el Prelado de Sevilla y el Arzobispo de Santiago, don Juan Arias, cuando éste entró en Sevilla mostrando como signo de superioridad la cruz alta o primacial, como acostumbraba a llevarla por todas partes.⁸¹ Este tipo de intentos se repitieron en 1266, y 1267, y siempre encontraron la oposición del Prelado sevillano que llegó incluso a poner entredicho a la Corte, que se encontraba en Sevilla, en su afán de defender la jurisdicción y los privilegios de su sede⁸².

En 1292 vinieron al asedio de Tarifa muchos prelados de las iglesias, entre ellos don fray Rodrigo, Arzobispo de Santiago, en el momento en el que el de Sevilla estaba ausente. Y aprovechando la circunstancia entró de nuevo con la cruz primacial alta, a lo que se opuso el Deán y Cabildo y los provisosores del Prelado. Encontramos aquí por primera vez la figura del Provisor o provisosores sustituyendo al Prelado, y cometidos por él ejerciendo y defendiendo la jurisdicción del Ordinario, esto es, haciendo las veces del Prelado ausente. Pues una de las más altas competencias del Prelado, y del Provisor en su nombre, era la defensa de su jurisdicción ordinaria frente a las intromisiones, y en este caso frente al intento del Arzobispo de Santiago de ostentar la Primacía de su sede. La oposición de los provisosores poniendo de nuevo entredicho a la ciudad hizo que el Rey interviniese y que el Arzobispo de Santiago se retractase e hiciese una declaración de no haber sido su intención perjudicar los derechos de la Iglesia de Sevilla, y se insertó el instrumento en lengua latina que su predecesor don Juan de Arias había otorgado en 1260.⁸³

En este momento tenemos los nombres de los cinco provisosores del Arzobispo don García⁸⁴: el Arcediano de Sevilla Juan Rodríguez, el Chantre don Jayme, el Tesorero Aparicio Sánchez, el Canónigo Arnaldo y el Racionero Juan Gil, contradiciendo la versión de la forma tripartita originaria del Consistorio dada por Díaz Coronado. Estos autorizaron al convento de San Agustín a dar sepulturas en sus iglesias, pues habían obtenido Bula de Urbano IV en 1262. En el ámbito de los enterramientos, tanto de legos como de clérigos, tendrá el Provisor amplias competencias, dando licencias para enterrarse en lugar sagrado, o autorizando el traslado de los huesos de los difuntos a otros lugares.

En los Estatutos de la Santa Iglesia de Sevilla de 1261 aparecían citados cinco arcedianos, por lo que es posible que estos cinco provisosores sustituyesen de alguna manera la jurisdicción que antes poseían aquéllos.⁸⁵ O lo que es lo mismo, que los

⁸¹ Véase ALONSO MORGADO, J.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla: Tipografía de Agapito López, 1906, p. 252.

⁸² ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Op. cit.* Tomo I, p. 199 y p. 226 y ss.

⁸³ Una copia de las Concordias se encuentra en el Archivo Municipal de Sevilla (A.M.S). Sección XI, Papeles del Conde del Águila, Libro 9 en folio, documento 13. Según este documento los originales de las Concordias se encuentran en el Archivo de la Catedral de Sevilla, Caxon 10, legajo número 16. En el mismo Archivo y en la misma Sección, en el doc. 15, “Cartas autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico” se remite a un documento en latín que está en el Caxon 42, Legajo 1 del Archivo de la Catedral: *Cruce elevata veniremus.... praedecessoris nostris cuius pottentem litteram in causa simili cum sigillo suo pendentem vidimus.*

⁸⁴ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Op. cit.* Tomo I, p. 328.

⁸⁵ MUÑOZ TORRADO, A.: *Op. cit.* p. 29.

arcedianos, que eran dignidades en la Iglesia Catedral, fuesen nombrados provisos. Conocemos algunos de los vicarios generales que tuvo el Arzobispo don García durante su pontificado: el canónigo Alfonso Ruiz, Aparicio Sánchez, el Prior Arnalt, Juan Pérez de Berlanga, don Jayme y Martín Bono, que fue Tesorero y Vicario General e hizo donación al Cabildo de una Bodega en la Collación de Santa María.⁸⁶

Pero desconocemos si el Consistorio tenía en este momento un solo Vicario General al mismo tiempo o más de uno, y si éste recibía el título de Provisor. Lo que sí parece evidente es que todos los oficiales del Prelado, ya fuesen provisos, vicarios generales o jueces oficiales eran beneficiados de la Catedral y preferentemente dignidades. Posteriormente fue costumbre que el Arzobispo de Sevilla nombrase a dos de sus jueces como vicarios generales suyos en lo espiritual y en lo temporal, el Provisor y el Juez de la Iglesia, pero en 1292 encontramos cinco oficiales, llamados todos provisos, y no se especifica cuál de ellos era además Vicario General, si es que alguno lo era. Es de suponer que ya existía algún reparto de competencias entre los jueces aunque no podemos corroborarlo con fuentes directas.

El 25 de septiembre de 1295, electo don Sancho González, pero todavía sin confirmar, el Arcediano de Sevilla don Jayme se titulaba, ahora sí, Oficial y Vicario General del Arzobispo, y aparece recibiendo una dotación de la capilla de San Miguel de doña Teresa Pérez de Ayala junto con el Deán y Cabildo. La dotación se verificó por carta firmada en Sevilla el 15 de septiembre de 1295 por los escribanos Antón Pérez y Juan García, en virtud de la cual se les reconocía a ella y a sus descendientes el derecho de sepultura en esta capilla.⁸⁷ Sabemos de otros dos vicarios generales de don Sancho, el canónigo Alvar Pérez y el Maestre Martín. A la muerte de don Sancho le sucedió don Almoravit, y, antes de estar confirmado ni tenido en la Curia Real por electo, tenía vicarios generales que gobernaban en su nombre. A 26 de noviembre de ese año el Maestrescuela Fernán Martínez, y el canónigo Martín Bono, se llamaban vicarios y oficiales generales del Arzobispo electo, y sentenciaron un pleito entre el Cabildo eclesiástico y un notable local, don Andrés Díaz de Villalpando.

Hasta finales del siglo XV no vamos a encontrar dos vicarios generales del Prelado en lo espiritual y en lo temporal, uno el Provisor y otro el Juez Oficial, posteriormente denominado Juez de la Iglesia. Pero es muy posible que los dos vicarios generales de don Almoravit citados fuesen ya el antecedente de estos dos oficiales y el título de Provisor y el de Vicario General se usasen como sinónimos y tuviesen la misma consideración y dignidad, sustituyendo al Prelado en el ejercicio de la jurisdicción ordinaria. Pues es evidente que habría algún reparto de competencias y cierta jerarquía interna, acerca de lo cual no tenemos ninguna noticia en este momento.

A partir del siglo XIV las noticias sobre los oficiales del Arzobispado son más abundantes y esto nos permite ir delineando algunas figuras. En este momento no aparece todavía una diferencia jerárquica clara entre el Provisor y el Oficial y Vicario General, pues se emplean ambos términos de manera indistinta. En 1304 el nuevo Arzobispo, don Fernando Gutiérrez, tenía a un sobrino suyo, don Fernán Gutiérrez, Arcediano de Sevilla y canónigo, hijo del Alguacil Mayor Rui Gutiérrez Tello, como Oficial y Vicario General del Arzobispado. Después continuó en su cargo con su

⁸⁶ *Ibidem*, p. 149. Basándose en el Libro Blanco del Archivo de la Catedral que compuso en 1411 el racionero Diego Martínez.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 83. Basándose en el Libro Blanco del Archivo de la Catedral.

sucesor don Juan, que en 1324 concedió indulgencias al Hospital de Nuestra Señora del Pilar, y en su nombre Fernán Gutiérrez mandó a todos los vicarios y curas de la ciudad y diócesis que exhortasen a los fieles a su devoción.⁸⁸ También ordenó varios estatutos para que no se aumentase el número de curas y clérigos asignados a las parroquias, y para que los curas parroquiales ejerciesen como vicarios del Arzobispo en la administración de los sacramentos y cura de almas, distinguiéndose de esta manera de los beneficiados.⁸⁹

Todas estas competencias serán luego, por su importancia para el gobierno arzobispal, de exclusividad del Provisor, mientras que el Oficial y Vicario General, llamado a partir del siglo XVI Juez de la Iglesia, tendrá competencias delimitadas en otros asuntos. También tenemos noticias de que Alonso Fernández de Mendoza, canónigo de Sevilla y Arcediano de Jerez, fue Provisor y Vicario General con don Juan y más tarde con don Nuño.⁹⁰ El 2 de julio de 1345 el Arzobispo don Juan y el Deán y Cabildo, que a menudo actuaban juntos, dieron licencia, casas y tierras a algunos moros para que poblasen la villa de Cantillana que estaba *muy menoscabada* de población.⁹¹ La ejecución quedó a cargo de Alonso García, Arcediano y Canónigo, Oficial General del Arzobispado. Aquí sí observamos que se establece una distinción entre los oficiales: Fernán Gutiérrez era Oficial y Vicario General y Alonso García sólo Oficial General, es decir, juez ordinario sin capacidad para sustituir generalmente al Arzobispo, y jerárquicamente dependiente del primero.

Así pues, tenemos a los provisos y vicarios generales, actuando cometidos por el Prelado o bien sustituyéndole en el Gobierno Arzobispal en su ausencia. También aparece a menudo el Arzobispo, o sus provisos, junto con el Deán y Cabildo dando licencias, pleiteando por las preeminencias de la Iglesia sevillana, otorgando escrituras con sus estatutos a pobladores para dar vecindad en lugares despoblados y tomando decisiones sobre diezmos, como un poder bicéfalo, pues el Deán y Cabildo tienen en este momento casi tanto poder como el Prelado. Incluso la modificación de las Constituciones de la Santa Iglesia Catedral de tiempos del Arzobispo don Nuño se hicieron de común acuerdo entre Prelado y Deán y Cabildo: *Nos, Nuño por la compasión divina Arzobispo de la Santa Iglesia de Sevilla, y el Deán y Cabildo de la misma Iglesia examinando prudentemente los estatutos....*⁹²

Además de estos vicarios generales, con poder para sustituir al Prelado de manera general y en asuntos de todo el Arzobispado, y situados en el lugar central del poder del Ordinario, el Palacio Arzobispal, sabemos por el primer Concilio Provincial después de la conquista, que celebró el Arzobispo don Nuño en 1352, que el poder arzobispal ya disponía en algunos lugares del Arzobispado de vicarios foráneos que hicieran sus veces, en Carmona, Jerez, Niebla, y Tejada. En las actas de este Concilio, perdidas pero citadas en concilios posteriores, los obispos sufragáneos se hicieron representar por sus vicarios generales y los jueces eclesiásticos ordinarios trataban ya de hacer valer sus competencias en materia matrimonial, pues nos dice el analista que en este concilio se

⁸⁸ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Op. cit.*, Tomo II, p. 59.

⁸⁹ ALONSO MORGADO, J.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla: Tipografía de Agapito López, 1906, p. 285.

⁹⁰ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Op. cit.*, Tomo II, p. 251.

⁹¹ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Op. cit.*, Tomo II, p. 98.

⁹² A.C.S. Sección I. Secretaría. Constituciones. Libro 373, año 1351.

*remediaron algunos abusos en la celebración de los matrimonios*⁹³, y se limitaron a cuatro el número de compadres en los bautismos, pues su proliferación suponía un grave problema por el parentesco espiritual que se establecía, y que luego era un impedimento para los matrimonios. También se concedió a los beneficiados parroquiales la tercera parte de las ofrendas de los fieles a las fábricas de las iglesias por honor de sus sepulturas, a pesar de que los mayordomos de las fábricas se resistían a obedecer el mandato.⁹⁴ Asimismo tenemos algunas noticias sobre la justicia de la iglesia y el disciplinamiento eclesiástico, que trataremos en un capítulo aparte.

El 10 de agosto de 1367, año de sede vacante, tenemos como Oficial y Vicario General, por el Cabildo sede vacante, al canónigo de Sevilla y Deán de Córdoba Rodrigo Álvarez, sentenciando algunas causas entre el Cabildo y el convento de San Agustín como resultado de un antiguo pleito. El 14 de mayo de 1371, estando ausente el Arzobispo don Pedro, Diego García, Chantre de Badajoz, canónigo de Sevilla y Oficial y Vicario General, sentenció un pleito sobre diezmos del donadío de don Juan Mathe.⁹⁵ Posteriormente será el Juez de la Iglesia el que tenga las competencias en esta materia, así que este Oficial y Vicario General puede ser un precedente del posterior Juez de la Iglesia y Vicario General. A éste le sucedió como Oficial y Vicario General Alonso Fernández de Quintanilla, que el 6 de noviembre de este mismo año con el Deán y Cabildo hizo ciertos depósitos de contribuciones debidas al Pontífice.⁹⁶ En tiempos del Arzobispo don Fernando, año 1375, los jueces del Prelado perseguían los delitos de sacrilegio y los matrimonios ilícitos, y las sustanciosas penas que estos dejaban se dedicaban, en conformidad con el Deán y Cabildo, para las reparaciones de la Iglesia Catedral muy dañada por los terremotos, incluyéndose en los Estatutos de la Iglesia:

E por que Nos vemos verdaderamente, que la Santa Egleſia de Sevilla de la Virgen Santa Maria, Madre de nuestro ſeñor Jeſu Chriſto, del tiempo del terrae motus, fue muy damnificada e deformada a non ſe puede reparar ſin las limosnas de los fieles Chriſtianos.⁹⁷

También se añadieron los tercios que pertenecían al Arzobispo de los testamentos en todo el Arzobispado, y dice Ortiz de Zúñiga: *creo entenderse de las ofrendas y otras gracias*. El tercio de los testamentos se refiere, según el analista, a los gastos de entierro, ofrendas y donaciones a la iglesia. Pero podría ser un precedente del *quinto por el alma del difunto* o quinta parte de la herencia que la Iglesia consideraba que todo testador debía dedicar a obras pías. Más tarde, el Juez de Testamentos se encargaría de su gestión y de su reclamación de oficio en los muertos sin testar o abintestatos. Desde tiempo inmemorial los beneficiados parroquiales habían sido albaceas de sus feligreses y no podía quedar memoria alguna ni temporal ni perpetua que no fuese a su cargo.⁹⁸ Aunque no tenemos constancia todavía de la existencia de un Juez de Testamentos, es posible que ya el Ordinario tuviese poder sobre una parte de los testamentos en concepto de obras pías. Sin embargo, sí tenemos algunas noticias de jueces delegados por el Prelado para conocer de causas pías. Juan Sánchez, canónigo y Juez subdelegado del Arzobispo don Fernando, sentenció el 10 de febrero de 1319 una demanda del Cabildo a propósito de la dotación de la Capilla de San Lucas que dotó el canónigo Rui

⁹³ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Op. cit.*, Tomo II, p. 112.

⁹⁴ *Ibidem*, Tomo II., p. 119.

⁹⁵ *Ibidem*, Tomo II, p. 160.

⁹⁶ *Ibidem*, Tomo II, p. 163.

⁹⁷ *Ibidem*, Tomo II, p. 169.

⁹⁸ MUÑOZ TORRADO, A.: *Op. cit.*, p. 49.

García de Santander.⁹⁹ Puede que este Juez Delegado de Causas Pías fuese el precedente del que más tarde iba a ser el Juez de Testamentos y Obras Pías. Finalmente tenemos noticias de que en la sede vacante del año 1378 fue Vicario General el canónigo Pasqual García.¹⁰⁰

En 1409 el Arzobispo Alonso de Exea fue a Perpiñan a visitar al Pontífice Benedicto y dejó el gobierno de la Iglesia a su Deán don Pedro Estebañez.¹⁰¹ En junio de 1417 se celebró en la Iglesia el aniversario de la muerte de don Alonso de Exea, Patriarca de Constantinopla y Administrador perpetuo de la Iglesia de Sevilla, y el Cabildo sede vacante le nombró después Provisor y Vicario General.¹⁰² A partir de aquí las cosas empiezan a estar más claras, pues el Provisor aparece como Vicario General y además ambos títulos aparecen junto al de *Gobernador*, figura de amplios poderes y auténtico *alter ego* del Prelado en su ausencia. En este tiempo ocurrió un conflicto de jurisdicciones, que nos ofrece algunas pistas acerca de la existencia y competencias del Juez Oficial o de la Iglesia, cuando el juez eclesiástico procedió contra seculares encarcelándolos y secuestrando sus bienes en reclamación de las rentas y diezmos que no habían pagado.¹⁰³

Aunque el Cabildo de canónigos era el Administrador de los diezmos de su Mesa Capitular, era el Juez Oficial cometido por el Arzobispo el que tenía la competencia en los litigios que sucedían en su cobro. Acabamos de ver cómo en 1371 el Oficial y Vicario General por el Arzobispo don Pedro sentenciaba un pleito sobre diezmos. Más tarde, este juez se denominará Juez Oficial o Juez de la Iglesia. Suponemos que las quejas contra el Cabildo eclesiástico fueron por ser la parte denunciante y los responsables de la administración de los diezmos, pues la competencia en los litigios que se producían en su cobro y la potestad coactiva para imponer penas, incluida la reclusión en la cárcel, correspondía al juez ordinario del Arzobispo. La cuestión es que ya el cobro de los diezmos originaba resistencias por parte de los legos, y hacía necesario el nombramiento de un Juez eclesiástico y el uso de medidas de fuerza para asegurar la jurisdicción. Más tarde, el Alguacil Mayor del Arzobispado dispondrá de los *Alguaciles de los diez* para ejecutar las sentencias en la ciudad de Sevilla. Esta potestad coactiva de la jurisdicción eclesiástica produjo no pocos roces con la jurisdicción real.

Tras la deposición del Arzobispo don Diego de Anaya Maldonado en 1431 se diputó por la Sede Apostólica, para el gobierno y administración de la Iglesia, a fray Lope de Olmedo, religioso de San Jerónimo, y aparecen como procuradores, provisos y vicarios generales suyos, en lo temporal y en lo espiritual, el canónigo Juan Martínez de Vitoria y el racionero Juan Ruiz de Herrera.¹⁰⁴ Seguidamente el Administrador Lope de Olmedo nombró como Vicario General al Arcediano de Écija y canónigo don Pedro Cabeza de Vaca, hijo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

El 16 de septiembre de 1433 se declaró de nuevo la sede vacante y la Iglesia fue proveída en don Juan de Serezuola, Obispo de Osma y hermano uterino del condestable don Álvaro de Luna. Después, aparecen nombrados oficiales por el Cabildo, y, por

⁹⁹ ORTIZ DE ZÚIGA, D.: *Op. cit.* Tomo II, p. 277.

¹⁰⁰ *Ibidem*, Tomo II, p. 172.

¹⁰¹ ORTIZ DE ZÚIGA, D.: *Op. cit.*, Tomo II, p. 272.

¹⁰² *Ibidem*, Tomo II, p. 299.

¹⁰³ *Ibidem*, Tomo II, p. 313. año 1424.

¹⁰⁴ *Ibidem*, Tomo II, p. 320.

primera vez, claramente diferenciados, los dos oficios principales del organigrama del gobierno arzobispal: Provisor, el Chantre don Antonio Vernal, y Juez de la Iglesia, el racionero Gonzalo García, ante los cuales y el Notario Apostólico Martín González de Grado, se fulminó el proceso a petición del conde de Niebla y sus procuradores por la privación del Convento de San Isidro a los Monjes del Císter, que seguían demanda ante el Pontífice.¹⁰⁵ En 1435, de nuevo declarada la sede vacante, escribió el Rey el 30 de abril al Deán y Cabildo para que hiciesen Provisor al Arcediano de Écija don Pedro de Vaca y así fue obedecido.¹⁰⁶ El 30 de septiembre el Arcediano de Écija y el canónigo Fernán Castaño, provisos por el Cabildo sede vacante, dieron un mandamiento al clero de la villa de Palos.

En 1440 el Arzobispo don Gutierre Álvarez de Toledo estaba en la Corte tratando una Concordia entre el rey de Navarra y el infante don Enrique, y dejó por Gobernador al doctor Gil Fernández de Fontiveros, a quien sucedió en 1442 el bachiller Diego Gómez de la Carrera, canónigo de la Iglesia. El Arzobispo envió desde Alba de Tormes algunas órdenes a su Provisor sobre los problemas con el Tesorero don Pedro Gonzáles de Medina, canónigo de la Iglesia de Sevilla, para extinguir las discordias de la nobleza, pues los bandos eclesiásticos se habían alineado con los nobles en lucha y el Prelado actuaba como mediador intentando un acuerdo. El Tesorero pertenecía al linaje de los Medina *que estando muy copioso de adelantados jóvenes sobresalía en briosos efectos*.¹⁰⁷ Se hallaba la ciudad de Sevilla muy agitada por las luchas nobiliarias y los capitulares de su Iglesia tomaban parte en los disturbios *hasta el extremo de haber convertido la Torre de la Catedral en fortaleza que estaban muñidas de gente que velaban con vocinas como si fuesen castillos fronteros, lo cual escandalizaba a los vecinos*.¹⁰⁸

Don Pedro González de Medina *que por su estado y edad tenía obligación a mas sosiego, no sólo se mezclaba en sus quimeras, pero aún ocasionaba profanidad a su iglesia*¹⁰⁹, se dedicaba a hacer de la Torre de la Catedral sede de su bando, haciendo acopio de armas. El Prelado hizo varios mandatos y el Cabildo autos para corregirlo hasta proceder contra su persona y embargarle el fruto de sus prebendas. En el Cabildo eclesiástico se reproducían las luchas de bandos nobiliarios que se daban en la ciudad, pues lo componían en su mayor parte clientes y parientes de unos y otros. Dice el analista que eran infelices tiempos pues *por el propio arbitrio de los que sobresalían en poder, tan sin freno se desbocaban y eran motores de inquietud los que debían ser medianeros del sosiego público*. Pues en efecto la misión del eclesiástico parecía ser la de mediador de los conflictos sociales, elaborando y difundiendo discursos de fraternidad y de concordia.

A la muerte de don Gutierre la sede vacante eligió como Provisor y Vicario General al bachiller en decretos Gonzalo Fernández de Soria, *sujeto de mucha prudencia y letras*¹¹⁰. Este siguió desempeñando el oficio a partir de 1445 con el siguiente Arzobispo, don García, que con mandato del Rey intentó mantener la quietud del nuevo duque de Medina Sidonia en las luchas nobiliarias que menudeaban. En el

¹⁰⁵ *Ibidem*, Tomo II, p. 323 y ss.

¹⁰⁶ *Ibidem*, Tomo II, p. 336-337.

¹⁰⁷ *Ibidem*, Tomo II, p. 346.

¹⁰⁸ ALONSO MORGADO, J.: *Op. cit.*, p. 346.

¹⁰⁹ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Op. cit.* Tomo II, p. 348 y ss.

¹¹⁰ *Ibidem*, Tomo II, p. 349.

año 1453 tenemos la primera noticia clara sobre la existencia de un Juez de Testamentos en el Arzobispado de Sevilla. Se trataba del canónigo Pedro Ruiz de Porras, que intervino en el cumplimiento de la parte piadosa del testamento del Cardenal Juan de Cervantes.¹¹¹ Tras la muerte de éste, el lunes 26 de noviembre de 1453, el Deán y canónigos *in sacris* de la Santa Iglesia nombraron a los oficiales de la sede vacante:

y aviendo cido nombrado en Juez de Testamentos el canónigo Pedro Ruiz de Porras licenciado en Decretos pasó a las casas arzobispales y ante los mismos testigos que firmaron el otorgamiento del testamento referido lo abrió y reconoció y hizo que los testigos reconociesen sus firmas y depuciesen lo havia otorgado ante ellos el señor cardenal y asi declaro el testamento por cierto legal y verdadero.¹¹²

Después del Cardenal Cervantes vino el pontificado de don Alonso Fonseca, muerto el 17 de mayo de 1473, y a éste le siguió el Cardenal don Pedro González de Mendoza. A la muerte del Cardenal Fonseca encontramos un pleito pendiente sobre el reparto de su herencia, cosa que va a ser frecuente en los sucesivos pontificados. En enero de 1478, siendo ya Arzobispo el Cardenal don Pedro González de Mendoza, el sobrino de don Alonso Fonseca, un noble caballero del mismo nombre y señor de las villas de Cabra y Alahoras, tenía en su poder unos libros y joyas que le dejó el Cardenal Cervantes a su tío, y había un pleito entre él y el Cabildo Catedral, del que resultó excomulgado.¹¹³ El 8 de febrero el Cabildo cometió al Deán, al Arcediano de Sevilla, al Tesorero, al Arcediano de Écija y al Arcediano de Jerez para que entendiesen con el Contador de la Mesa Arzobispal sobre los familiares del Cardenal.

Años más tarde, el Cardenal don Pedro González de Mendoza, Canciller Mayor de los Reyes Católicos, nombró Gobernador y Provisor General del Arzobispado a don Pedro Fernández de Solís, Obispo de Cádiz. El Arzobispo llegó por primera vez a Sevilla acompañando a la Reina, que vino a pacificar la ciudad agitada por las luchas de los bandos nobiliarios de los Guzmanes y los Ponces de León, y dispuso que su Provisor pidiera a la Reina piedad y compasión en favor de algunos de los delincuentes condenados en estos enfrentamientos. Finalmente la Reina accedió a conceder un perdón general.¹¹⁴

El Cabildo, como administrador de sus diezmos, tenía en los vicarios de los lugares un elemento importante para el cobro y la reclamación de los impagos. A veces incluso los vicarios eran nombrados *facedores* de las rentas en el ámbito de sus vicarías, así que los canónigos tenían un especial interés en su nombramiento. En el año 1481 oyeron en Cabildo la proposición del canónigo Joan de Saavedra sobre los vicarios que había que poner en Écija y el que habían puesto en Carmona, pero los canónigos dijeron que poner vicarios no era competencia suya sino de los oficiales del Cardenal. Y que habían rogado a Francisco Pérez, Provisor y Vicario General de don Pedro González de Mendoza, pues a él correspondía esta competencia, que nombrase vicario de Écija al racionero Juan Molina.¹¹⁵

¹¹¹ *Ibidem*, Tomo II, p. 372 y ss.

¹¹² (A)rchivo (M)unicipal de (S)evilla. Sección XI. Libros en Folio. A, Tomo 5, Arzobispos de Sevilla. Memoria de los Arzobispos de Sevilla sacada de la Notaría de Fábrica de la Santa Iglesia, corregida por una copia de letra de Argote de Molina en que dice la sacó de la librería del insigne Ambrosio de Morales y se halló en la del señor Duque de Alcalá.

¹¹³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 1, p. 5.

¹¹⁴ ALONSO MORGADO, J.: *Op. cit.* p. 371.

¹¹⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, año 1481, fol. 60.

En junio de 1482 se declaró la sede vacante, pues el Cardenal don Pedro González de Mendoza había sido nombrado Arzobispo de Toledo¹¹⁶ y los canónigos eligieron a los diputados para ir a la Congregación de las Iglesias de España que se iba a celebrar en Córdoba para decidir sobre la *deuda u subsidio*. Esta institución, tan mal conocida, representaba a las iglesias catedrales de Castilla y León y se reunía esporádicamente para tratar asuntos *de la organización interna del Estado eclesiástico y del cobro de los impuestos que pesaban sobre él*.¹¹⁷ Aunque en el siglo XVI hay abundantes noticias sobre asambleas de la Congregación para tratar negocios relacionados con las peticiones de ayuda económica por parte del poder real y muy especialmente del Subsidio y Excusado, esta reunión de Córdoba la cita Domínguez Ortiz como la más antigua que se conoce y de ella encontró rastros en el Archivo de Simancas.¹¹⁸

Esta es la primera sede vacante de la que tenemos noticia por los autos capitulares y podemos observar a los canónigos tomando una serie de decisiones propias del Ordinario. Los canónigos nombraron vicario del Puerto de Santa María al bachiller Juan Pérez de Morales y un racionero de la Catedral fue nombrado *facedor de rentas*.¹¹⁹ También mandaron que se pagase al Verdugo y alguaciles de la Mesa Arzobispal doce reales por la prisión y tormentos que dieron al platero que hurtó la plata de la Virgen de Nuestra Señora de la Antigua. Aquí vemos a los alguaciles de los diez, ejerciendo el poder coactivo del Arzobispo, y al Verdugo, como ministro de la Mesa a las órdenes de los alguaciles, aplicando tormento en un caso de sacrilegio, pues se trataba del robo de objetos sagrados.

Tenemos también las primeras noticias sobre el Cabildo sede vacante actuando como Ordinario. Por ejemplo como Tribunal de Apelación de las sentencias dictadas por sus oficiales, pues un vecino de Coria, Alonso Jiménez, se presentó en grado de apelación de una sentencia del Alcalde de Umbrete, feudo del Arzobispo. Después, tomaron una serie de decisiones concernientes al gobierno económico del Arzobispado, que se sustentaba en la Mesa Arzobispal. Mandaron a Diego Sánchez que de la renta de la Escribanía del Consistorio pagase 4.000 maravedís para la reparación del molino de Guadayra donde se hacía el pan de la Mesa Arzobispal. En este momento los escribanos y notarios del Consistorio eran oficios que se arrendaban y sus rentas pertenecían a la Mesa Arzobispal. El viernes 12 de agosto dieron un mandamiento al vicario de Sanlúcar para que diese a Juan de Ávila dos mil maravedís para el reparo de la *cilla* de este lugar. En este mismo día remataron un *cahiz* de trigo de los molinos del Arzobispo. Y absolvieron al vicario de Gibraltón, que había sido acusado por el Regidor de la villa, Diego Fontiveros, en nombre de su señor el Duque de Plasencia, mandando que fuese restituido como vicario en su oficio. Días más tarde vieron de nuevo este caso y decidieron despojarlo de su oficio, instándole a que alegase en su defensa y nombrando como vicario a Cristóbal Martín hasta que se supiese la verdad del caso. Finalmente, trataron el negocio de los límites del Arzobispado de Sevilla y de Ronda, y cometieron el asunto al Maestrescuela, al licenciado de Porras y al bachiller de Logroño para que lo viesen e hiciesen las diligencias oportunas.¹²⁰

¹¹⁶ *Ibidem*. 19-6-1482, fol. 96.

¹¹⁷ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad española en el siglo XVII*. Granada: Universidad de Granada, 1992. Tomo II, p. 14.

¹¹⁸ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: Op. cit. p. 14. Cita el Archivo de Simancas. Diversos de Castilla, 281.

¹¹⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Mayo de 1485, Libro 3, fol. 23.

¹²⁰ A.C.S. *Ibidem*, 26-8-1482.

En enero de 1485, en la sede vacante de don Iñigo Manrique de Lara, los canónigos nombraron Receptor de las rentas de la Mesa Arzobispal al Jurado Mateo Sánchez, vecino de Sevilla, que era además Notario de la Mesa.¹²¹ Y le arrendaron la cobranza de las rentas del Arzobispado de ese año por 20.000 maravedíes y un par de gallinas por cada millar. El arrendador se obligó a sí mismo y a sus bienes de pagarlo a principios de año, y las gallinas 15 días antes de Navidad. Para lo cual firmaron un contrato *fuerte y firme* y juró en manos del Deán sobre el signo de la cruz ante los testigos, los honrados varones Antón Lobato, Sochantre, y el Pertiguero. Meses más tarde el Receptor de las rentas dijo que *por cuanto él había arrendado el oficio a los canónigos por un año y había perdido* dejaba el oficio en manos de los señores canónigos.¹²² Así que tenemos a un Jurado del Cabildo seglar de Sevilla arrendando la cobranza de las rentas de la Mesa Arzobispal y curiosamente desistiéndose más tarde porque no le había sido rentable el negocio.

El Arcediano de Jerez fue cometido para arrendar los oficios de notarios del Consistorio, de alguaciles y demás oficiales de la Mesa Arzobispal y para que entregasen sus fianzas y se obligasen. También se arrendaban los alguacilazgos de los lugares; en este momento trataron sobre el arrendamiento del alguacilazgo de Cantillana.¹²³ Además del importe del arrendamiento los oficiales debían entregar una fianza proporcional a la importancia de su cargo, para responder de cualquier uso fraudulento del oficio que pudieran hacer. A cambio, se resarcían de la inversión cobrando, además de las penas pecuniarias por los delitos y faltas cometidos por los feligreses, los derechos estipulados en los aranceles.

En febrero de 1485 tenemos noticias de una carta del Cabildo sevillano en sede vacante, como administrador de la jurisdicción ordinaria del Arzobispo, contra el doctor Pedro de Rojas, Provisor de la Iglesia y Obispado de Cádiz, por haber incurrido en ciertas penas y censuras, pues como sufragáneo debía responder ante el Metropolitano de Sevilla. También ordenaron al Mayordomo de la Mesa, el Jurado Juan de Lugo, que hiciese diligencias para cobrar los maravedíes que debía el vicario de Écija, hasta poner entredicho a la ciudad. Después mandaron alzar el entredicho puesto por 15 días y tomaron preso a Juan Jiménez, fiador del arrendador de las rentas. Vemos que el Mayordomo de la Mesa, que gestionaba todas las rentas de la Dignidad Arzobispal, era un Jurado del Cabildo seglar de Sevilla.

Para ejecutar los mandamientos de los jueces y oficiales del gobierno arzobispal, sobre todo los relativos al cobro de los diezmos, decidieron que se enviasen alguaciles a los lugares, pero con una limitación: que sólo pudiesen hacer una ejecución por cada deuda, registrándolas el lugarteniente del Alguacil y evitando de esta manera el abuso en el cobro de derechos por las ejecuciones. El 24 de marzo nombraron vicario de Écija a Juan Alfonso, beneficiado de la iglesia de Santa María¹²⁴ y el sábado 26 mandaron al Arcediano de Jerez a la Corte, a Valladolid, para gestionar *la confirmación de los privilegios de la Mesa y Fábricas de la Iglesia de Sevilla*, y el Mayordomo le libró 15.000 maravedíes para los gastos. Veremos con posterioridad alegar estos privilegios

¹²¹ A.C.S. *Ibidem*, 26-8-1482.

¹²² A.C.S. *Ibidem*, fol. 39.

¹²³ A.C.S. *Ibidem*, año 1485, fol. 9.

¹²⁴ A.C.S. *Ibidem*, año 1485, fol. 20.

en cuanto al gobierno de la sede vacante, sobre todo en lo referente al derecho de nombramiento de oficiales y al reparto de las rentas entre las partes acreedoras.

También tenemos constancia en esta sede vacante del nombramiento de curas y de la provisión de licencias para confesar y administrar sacramentos, competencias que serían asumidas por el Provisor. El miércoles 6 de abril de 1485 nombraron cura de la Capilla de San Clemente, al cual dieron poder *ad confesiones et administrationes sacralibus*.¹²⁵ El viernes 8 de abril nombraron *facedor* de las rentas de la ciudad de Écija, con el salario acostumbrado, a su conbeneficiado Luis de Ormaza, y también a algunos oficiales subalternos de la Mesa, al Maestro de Carpintería de las Fábricas y a dos obreros que le ayudasen. Después, dieron censuras contra el convento de monjas de Santa Inés porque no querían obedecer al General de su Orden. El Provisor sede vacante, racionero bachiller Francisco Pérez, presentó e intimó las Letras de excomunión y censuras dadas a instancias de don Lope, Chantre de la Iglesia Catedral de Évora, en los Reinos de Portugal, que fue especialmente diputado por la Santa Sede para conocer en la causa por contumacia y rebelión de la señora Abadesa doña María Ortiz, monjas y Monasterio de Santa Inés de Sevilla contra el Ministro General de la Orden de San Francisco y de Santa Clara, padre fray Francisco Sansón, y contra el Ministro Principal de Castilla.

En las Letras de censuras se mandaba a los canónigos sede vacante que procediesen contra la Abadesa y monjas teniéndolas por públicas excomulgadas, agravadas, anatematizadas y entredichas en la Iglesia de Sevilla y en todas las iglesias parroquiales de la ciudad, *tañendo campanas e matando candelas y nombrándolas por sus nombres hasta que expresasen la obediencia debida a los dichos reverendos señores Ministro General y Provincial y no se aparten agora ni en ningún tiempo*.¹²⁶ Leídas las Letras, decidieron por votos verbales que obedecerían los mandamientos del Juez Apostólico don Lope y mandaron a su Provisor que denunciase e hiciese las diligencias para excomulgar a las susodichas. Después, mandaron al racionero Juan de Ávila hacer las rentas del pan de Jerez, Lebrija, Arcos, Sanlúcar de Barrameda y el Puerto de Santa María.¹²⁷ En este mes también mandaron dar sepultura en la Capilla de Santa María de Pilas, *a la mano derecha en los altares*¹²⁸, a Martín Fernández, Mayordomo del Arcediano de Sevilla, porque dejó dos mil maravedíes de renta para una capellanía, para que se dijese misa en la dicha Capilla por su alma, y asimismo diez mil maravedíes para la Fábrica, quedando a salvo que el Cabildo pudiese dar la Capilla a quien mejor la dotase.

En la Mesa Arzobispal aparece el Contador de la Mesa (1478), más tarde el Receptor de las Rentas de la Mesa (1485) y finalmente el Mayordomo de la Mesa (1485), creemos que los distintos nombres se corresponden con una misma figura, el gestor de las rentas arzobispales en el lugar central del Palacio. En las vicarías realiza estas funciones el *Facedor de las Rentas*, que a veces era el mismo vicario, y como oficiales subalternos el Notario de la Mesa, el Maestro de Carpintería, el Maestro de las Fábricas y dos obreros ayudantes (1485).

¹²⁵ A.C.S. *Ibidem*, año 1485, fol. 21.

¹²⁶ A.C.S. *Ibidem*, año 1482, fol. 27.

¹²⁷ A.C.S. *Ibidem*, fol. 28.

¹²⁸ A.C.S. *Ibidem*, fol. 30.

Este conjunto de informaciones nos aportan evidencias de una evolución del Consistorio y Corte Arzobispal de Sevilla hasta finales del siglo XV que, a grandes rasgos, presenta un organigrama y un reparto de competencias entre los oficiales que se va a mantener en lo fundamental durante el siglo XVI. Esta organización está basada en la nueva planta, en la que el Ordinario nombra discrecionalmente, por tiempo y con competencias limitadas, dos vicarios generales, uno denominado Provisor, y a veces también Gobernador, y otro Juez Oficial o Juez de la Iglesia. El tercer juez, que en principio aparece como Juez Delegado de Causas Pías, terminará siendo el Juez de Testamentos y Obras Pías. Completan el cuadro oficiales subalternos como los escribanos y notarios, los alguaciles eclesiásticos y el Verdugo.

En cuanto a la organización periférica, desde muy pronto aparece la figura del vicario, de nombramiento del Prelado o su Provisor, con competencias limitadas en su vicaría y especialmente en el cobro de las rentas eclesiásticas. Al vicario le asiste el alguacil eclesiástico de la vicaría y, como particularidad de la sede sevillana, los beneficiados simples, pues el Prelado era cura general del arzobispado y nombraba curas delegados suyos en las parroquias. En cuanto a la conexión entre el centro y la periferia, todavía no tenemos noticias de los visitadores, pues aparecen los arcedianos realizando funciones de visita en sus arcedianatos.

La mayor parte de las fuentes utilizadas para este período han sido indirectas, crónicas e historias eclesiásticas, aunque desde 1478 tenemos unas fuentes más fiables: los autos capitulares de Cabildo Pleno, así como, los autos capitulares de sede vacante de don Pedro González de Mendoza (1482) y de don Íñigo Manrique de Lara (1485). A partir de aquí disponemos no sólo de los autos capitulares de sede vacante de todo el siglo XVI sino también de fuentes directas que nos proporcionan informaciones sobre la organización y funcionamiento del gobierno arzobispal de Sevilla en el siglo XVI y XVII.

2.2.- La multiplicación de las tareas y de los oficios: siglos XVI y XVII

2.2.1.- La primera mitad del siglo XVI

A la muerte del Cardenal don Diego Hurtado de Mendoza (1482-1502), acaecida en Tendilla a finales de 1502, se constituyó el Cabildo de canónigos sede vacante el 13 de enero de 1503¹²⁹ y se nombraron los oficiales del gobierno arzobispal. Al Cardenal Hurtado de Mendoza le sucedió don Juan de Zúñiga que tuvo un corto pontificado, pues el viernes 2 de agosto de 1504, tras su muerte, encontramos de nuevo constituida la sede vacante.¹³⁰ Después le siguió fray Diego de Deza, que rigió los destinos del Arzobispado desde 1505 hasta 1523.¹³¹ A través de los autos capitulares de estas tres sedes vacantes podemos obtener alguna información acerca de los oficios, competencias, salarios de los oficiales, y, en fin, de algunas vicisitudes del funcionamiento de la maquinaria de gobierno arzobispal. El primer y más importante acto en el ejercicio de la jurisdicción ordinaria por parte del Cabildo en sede vacante era, sin duda, el nombramiento de oficiales, y tenemos un período de 1482 a 1523 en el que aparece una nómina y organigrama del gobierno arzobispal homogéneos, sin cambios apreciables de un pontificado a otro. Además, en todo el período, los salarios y derechos de los oficiales fueron prácticamente los mismos, pues el único cambio apreciable fue el aumento de 10.000 a 15.000 maravedíes en el salario del Juez de Testamentos y Suplicaciones.

En las tres primeras sedes vacantes del siglo se produjo el nombramiento del Provisor por unanimidad, *previa plática*, pero sin contradicciones ni votaciones. El resto de los oficios se repartieron entre los canónigos por antigüedad de canonjía. El Obispo nombrado para ejercer los actos pontificales en ausencia del Prelado fue el Obispo de Marruecos con un salario de 20.000 maravedíes. En el Consistorio tenemos, en el pontificado del Cardenal Hurtado de Mendoza, como Provisor y Vicario General con salario de 15.000 maravedíes anuales, al canónigo Sancho Matienzo¹³²; a su muerte, en la sede vacante¹³³, los canónigos nombraron al Deán como Provisor y Vicario General, y en la de don Juan de Zúñiga al Arcediano de Reyna don Rodrigo de Santaella, que continuó siéndolo en la de don Diego de Deza (1523).

Junto al Provisor aparece, en ambas sedes vacantes, un Oficial y Vicario General del Arzobispado con otros 15.000 maravedíes de salario. En las dos primeras sedes vacantes del siglo fue además *Oficial para las causas judiciales* el canónigo Pedro de Fuentes, que era Juez de la Iglesia y Vicario General. En efecto, en un documento de 29 de mayo de 1503 podemos leer que el Cabildo le encomienda que *de aquí adelante dé*

¹²⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 13 de enero de 1503.

¹³⁰ Véase A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. año 1504, fol. 68.

¹³¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5, fol. 342 y ss. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. 1 de Agosto de 1523, fol. 342-373.

¹³² Véase GUICHOT, J.: *Historia de la ciudad de Sevilla y pueblos importantes de su provincia*. Sevilla: Imp. de Gironés y Orduña, 1875-1886.

¹³³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 13 de enero de 1503.

*sus requisitorias para la cobranza de los diezmos y rentas desta santa iglesia.*¹³⁴ Esta era una de las competencias más importantes del Juez Oficial o Juez de la Iglesia, todas las causas *dezimales* que concernían al cobro de los diezmos. Esta denominación nos sugiere algún reparto de competencias entre ambos oficiales mayores, el Provisor tendría preferentemente la jurisdicción llamada *de gracia*, administrativa o de gobierno, y el Juez de la Iglesia la contenciosa o de justicia. Sin embargo, este reparto que se daba en otras sedes no continuó en Sevilla, donde veremos al Provisor ejerciendo también como juez en diversos tipos de causas.

En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza aparece un Juez de Testamentos y Suplicaciones, el doctor Pedro de León, con 10.000 maravedíes de salario anual, y en la de don Juan de Zúñiga lo fue el canónigo Lope de Madrigal, con 15.000 maravedíes. Esto era una auténtica novedad, pues este Juez asumía entre sus competencias el conocer en grado de apelación las causas sentenciadas por el Juez Oficial o Juez de la Iglesia. De esta forma cualquier persona que se sintiese agraviada por dicho Oficial podía acudir ante el Juez de Suplicaciones y Testamentos. El Rey mandó por carta de 22 de diciembre de 1502 quitar esta Audiencia, pues era contraria a derecho y a las costumbres del Reino.¹³⁵ Desde luego era totalmente irregular que un tribunal de primera instancia conociera las apelaciones de otro tribunal de primera instancia, pues ambos, Juez Oficial o de la Iglesia y Juez de Testamentos, pertenecían a una misma instancia de la jurisdicción ordinaria. Asimismo, se constituía al Provisor en Inquisidor Apostólico en representación del Ordinario, para que asistiese y viese los procesos que pendían ante los inquisidores *tocantes a la herética pravedad*. Aunque, algunas veces, debido a la carga de asuntos y negocios que atendía el Provisor, se le encargaba esta tarea al Juez Oficial, pues ambos eran Vicarios Generales y se podían sustituir mutuamente en sus oficios. Así, en la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza constituyeron al Juez de la Iglesia, el canónigo Pedro de Fuentes, para que asistiese en la Inquisición *como Provisor* para ver los procesos que pendían ante los inquisidores.

Por tanto, tenemos ya aquí por primera vez descrita la forma tripartita del Consistorio, aunque el Juez de la Iglesia recibía el nombre de Juez Oficial. Es evidente que se trata del mismo oficio con nombre distinto, pues las competencias eran las mismas. Ya vimos cómo en época medieval se conformaron las competencias de los distintos jueces y oficiales del arzobispado, que ahora en el siglo XVI van a quedar más claramente definidas y delimitadas. En concreto, entre las competencias del Juez de la Iglesia (o Juez Oficial) aparece todo lo relacionado con los pleitos relacionados con el cobro de los diezmos y con los matrimonios y divorcios. Pero no es hasta el siglo XVI que vamos a tener fuentes directas y explícitas en las diligencias judiciales, autos y sentencias que confirmen este hecho.

También existía un Alguacil Mayor que llevaba la vara del Arzobispo, y representaba el poder coactivo de la potestad jurisdiccional del Ordinario. En cada vicaría había un alguacil eclesiástico que tenía esta misma potestad en el ámbito de su jurisdicción. En este momento fue Alguacil Mayor del Arzobispado Rodrigo de Padilla,

¹³⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 29 de mayo de 1503.

¹³⁵ FERNÁNDEZ GÓMEZ, M. y OSTOS SALCEDO, P.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Tomo XI (1502-1503). Madrid: Fundación Ramón Areces, 2001, doc. VI-148, 22 de diciembre de 1502: “que se quiten el Juez de Suplicaciones. El Rey”.

con salario de 30.000 maravedíes al año. Parece que fue costumbre que ostentase la vara un seglar, noble o caballero de la ciudad, permaneciendo el oficio en manos de algunas familias durante largos períodos de tiempo. En 1503 y años posteriores encontramos como Mayordomo Mayor de Fábricas al canónigo Pedro Pinelo; era su responsabilidad todo lo relacionado con el gobierno de las fábricas del Arzobispado. Su figura representaba la cúspide jerárquica de los mayordomos de las iglesias y por sus manos pasaban en última instancia las contabilidades de las rentas de las fábricas.

En las dos primeras sedes vacantes fue Alcalde de las Torres de la Iglesia el canónigo Juan Mexía, como responsable del estado, reparación y limpieza de las Torres, sustituyendo en el oficio al racionero Diego Arano. Su salario era de 3.000 maravedíes anuales. Los canónigos le rogaron que dejara vivir allí a Rodrigo de Padilla, Alguacil Mayor, por ser *persona pobre*.

En cuanto a la Mesa Arzobispal, en la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza nombraron al Maestrescuela como Administrador de la Mesa, equivalente a Contador Mayor, aunque previamente se tuvo que descargar del oficio de Alcaide de Cantillana que tenía y lo ocupó el canónigo Alonso Álvarez. Además de este Administrador hubo cinco contadores, los canónigos Alonso de Ayora, Martín de la Campana, el bachiller Lope Rodríguez de Madrigal, Pedro de Yenens y el racionero Marcos de Luzio, con poder para hacer las rentas de la Mesa y arrendar las heredades pertenecientes a ella. En algunos documentos se les llama también receptores de los frutos y rentas de la Mesa Arzobispal, y su salario era de 17.000 maravedíes anuales a prorrata el tiempo que hubiesen ejercido el oficio. En la sede vacante de don Juan de Zúñiga aparecen delimitados ambos oficios, los contadores, que fueron el Chantre y el Maestrescuela, y los receptores, los canónigos Pedro Rovins y Martín de la Campana. En lo sucesivo los contadores solían ser dos con 50.000 maravedíes y 200 fanegas de pan de salario a repartir entre ellos. En la sede vacante de fray Diego de Deza aparece también la figura del Tesorero o Depositario de las rentas de la Mesa, que fue un seglar, el señor Manuel Castaños.

En los albores del siglo XVI encontramos la visita dividida en cuatro veredas, con otros tantos visitadores generales del Arzobispado.¹³⁶ En 1503 el Visitador de la ciudad de Sevilla fue el Arcediano de Reina, don Rodrigo de Santaella. El Visitador de Sevilla lo era también de monjas de todo el Arzobispado, y con mayor rango, pues recibía 35.000 maravedíes para repartirlo entre sus *visitadores*, a los cuales dirigía. El Visitador del Condado de la Sierra de Aroche fue el Arcediano de Niebla.; el de Carmona, Ecija y la Sierra de Constantina, el Chantre; y el de Marchena, Osuna, Jerez y la Tierra Moruna fue Gonzalo Bravo, Prior de Magacela. Tenemos, por tanto, cuatro veredas, cada una con su jurisdicción, y cada visitador con 10.000 maravedíes de salario anual.

En la sede vacante de don Juan de Zúñiga (1504) nombraron igualmente uno de la ciudad y tres de fuera. Visitador de la ciudad fue el doctor Sancho Matienzo, que además era Visitador de monjas y daba licencias a las beatas para fundar casas de religión, Visitador de Carmona y su Vicaría con Marchena y Utrera fue el canónigo Alonso de Ayora, Visitador de Jerez con Arcos, la Tierra Moruna, Sanlúcar y El Puerto con toda aquella comarca el canónigo Fernando Alfaro, y Visitador de la Vicaría del

¹³⁶ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libros 6 y 5 respectivamente. Sedes vacantes del Cardenal Hurtado de Mendoza y de don Juan de Zúñiga.

Condado con la Sierra fue el canónigo Alonso Alemán. Cada uno tenía un salario de 10.000 maravedíes, costando la visita en total 40.000 maravedíes a la Mesa Arzobispal.

Para el Gobierno Temporal de los lugares que pertenecían al Arzobispo, como feudos entregados en el repartimiento tras la conquista, nombraron a otros tantos canónigos. Se nombraban alcaides de las fortalezas, alcaldes mayores y ordinarios e incluso regidores, escribanos y otros oficiales de menor cuantía. A veces los alcaides eran también alcaldes mayores, otras veces aparecen segregados ambos oficios. En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza el Maestrescuela fue Alcaide de Cantillana con 5.000 maravedíes de salario anual, y en la de don Juan de Zúñiga el canónigo Pedro Pinelo con 17.000 maravedíes; el doctor Diego López de Cortegana fue Alcaide de Almonaster con 20.000 maravedíes en ambas sedes vacantes; Alcaide de Zalamea, con 5.000 maravedíes, fue el canónigo Fernando Alfaro en la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza y en la de don Juan de Zúñiga lo fue el canónigo Fernando Ramos; Alcaide de Brenes con 5.000 maravedíes fue el canónigo Francisco de Morats; el canónigo Fernández fue Alcaide de Villaverde con 5.000 maravedíes; en la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza fue Alcaide de Umbrete y Rianzuela con 5.000 maravedíes el canónigo Alonso de Ayora, y el Deán en la de don Juan de Zúñiga.

En cuanto a los alcaldes mayores y alcaldes ordinarios, en la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza el Alcalde Mayor de Umbrete y Rianzuela, con 5.000 maravedíes de salario, fue el Chantre, y el Alcalde Mayor de Cantillana fue el canónigo Alonso Álvarez con otros tantos maravedíes. Como Alcalde de Cantillana aparece un seglar, Diego de Vadilla, con 12.000 maravedíes de salario anual.

Para la guarda y custodia de las Casas Arzobispales nombraron como Alcaide al canónigo Gonzalo Ortiz, con 3.000 maravedíes y 10 fanegas de pan de salario. Finalmente señalaron Notario de los autos capitulares de la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza a Cristóbal de Huelva y en la de don Juan de Zúñiga al canónigo Luis Ordóñez, ambos con 6.000 maravedíes de salario. En la primera sede vacante hubo además un Notario de los autos capitulares de la Mesa Arzobispal con el mismo salario, lo cual nos indica que se celebraban sesiones capitulares separadas, unas para los asuntos de gobierno económico de la Mesa y otras para los asuntos de gobierno general político y judicial del Arzobispado. Esto parece que cesó a partir del pontificado de don Juan de Zúñiga. Con el reforzamiento de las competencias del Provisor, la Mesa fue perdiendo protagonismo y quedó subsumida, como una instancia más, en el Consistorio.

Por lo que respecta a los notarios, procuradores y demás oficiales menores poco tenemos en este momento, excepto alguna referencia aislada. Parece que cada Audiencia solo tenía un Notario del Consistorio, según se desprende de una carta de los Reyes en la que se interesan por el cumplimiento de los aranceles en el cobro de los derechos. También se refiere el mismo documento al carcelero de la cárcel arzobispal, insistiendo asimismo en que no se excediese en el cobro de derechos y que se ajustase al arancel de los oficiales reales.¹³⁷

Tampoco encontramos referencias a secretarios de las audiencias, ni a cursores, relatores, ni receptores. Por tanto, la maquinaria de gobierno arzobispal no debía ser

¹³⁷ FERNÁNDEZ GÓMEZ, M. y OSTOS SALCEDO, P.: *Op. cit.*, doc. VI-147. 12-1-1503.

muy numerosa ni compleja todavía. Después del nombramiento de los oficiales se les daba poder, tal como lo hacían los prelados, para usar y ejercer bien y con lealtad sus cargos, y administrar sus oficios *de la manera como lo habían hecho sus predecesores y por el tiempo que quisiese el Arzobispo*, fórmula con la que se significaba la discrecionalidad en los nombramientos y ceses, que podían realizar con o sin motivo, y en definitiva la ausencia de cesión de poder, pues todo permanecía intacto en el depositario de la potestad del Ordinario, ya fuese el Prelado, un Administrador del Arzobispado o el Cabildo sede vacante a la muerte del Arzobispo. Tras esto, los oficiales debían jurar sus cargos, si eran ordenados in sacris con la mano en sus pechos, y si no lo eran, poniéndolas en las manos del Presidente del Cabildo, que solía ser el Deán.

A fray Diego de Deza le sustituyó don Alonso Manrique, y a su muerte se constituyó la sede vacante el 28 de septiembre de 1538. En ésta aparecen algunas novedades, cambios en las veredas de las visitas, cuyo reparto daba lugar a crónicas disputas, y adición de algunos oficios, suponemos que por el lógico crecimiento de la maquinaria de gobierno, que hacía necesario segregar competencias y crear nuevos cargos. En la sede vacante de don Alonso Manrique aparece como Provisor y Vicario General el Arcediano de Sevilla:

platicando en la nobleza, letras, e virtudes del dicho Arcediano de Sevilla, y en los servicios que ha hecho y espera hacer a esta iglesia, le nombraron e señalaron por Provisor e Vicario General en lo espiritual y temporal de Sevilla y su Arzobispado, e le dieron entero cumplido bastante poder para usar el dicho oficio según y de la manera que lo han usado todos los Provisores.¹³⁸

Así que, el Provisor, como oficial de mayor rango, era elegido por los canónigos, pero en este momento surgió un pequeño incidente. Se trataba del canónigo Hernando de la Torre, que pidió que se guardase la costumbre antigua, según la cual, el oficial nombrado se saliese del Cabildo para que éste pudiese hablar libremente de la nominación, y que no se votase estando presente el candidato, de lo contrario contradecía la nominación. Estaba claro que la unanimidad no era tan absoluta y que ya había discrepancias sobre los nombramientos, aunque todavía no suponían un motivo de discordia importante. Como Secretario de los Autos Capitulares de la sede vacante nombraron al racionero Alonso de Esquivel, con 20.000 maravedíes de salario al año. El 28 de septiembre de 1538 hicieron Obispo para ejercer los actos pontificales al *reverendo y magnífico señor* don Baltasar del Río, Obispo de Scala, con 50.000 maravedíes de salario anuales. Más tarde tuvo que ir a negocios fuera del Arzobispado y nombraron a don Juan de Moripalco, Obispo de Albariña.

Provisor y Vicario General en lo espiritual y temporal fue el Arcediano de Sevilla, con un salario de 60.000 maravedíes, pagados por la Mesa Arzobispal, como todos los salarios de los oficiales. El Juez de la Iglesia fue el Deán y canónigo licenciado Tello de Sandoval, con otros tantos 60.000 maravedíes de salario anual. Fue Juez de Suplicaciones, Apelaciones, Testamentos y Obras Pías, el canónigo doctor Hernando Ramírez Suárez, con 40.000 maravedíes de salario cada año.

¹³⁸ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539), 28 de septiembre de 1538, p. 60.

Señalaron también cuatro visitantes, aunque parece que hubo algunos cambios en las veredas, pues aparece un Visitador del Condado, Juan de Herrera; otro de Sevilla y su partido, Hernando de la Torre; otro de Jerez y su partido, Gonzalo de la Fuente; y un último de las dos Sierras, el doctor Egidio. Cada uno con 30.000 maravedíes de salario y con sus notarios de la visita, que eran los mismos que lo fueron durante el pontificado anterior. De esta forma, la Sierra de Aroche, que antes se incorporaba a la vereda del Condado, y la Sierra de Constantina, que formaba parte de la vereda de Carmona y Écija, formaban ahora una vereda denominada *de las dos Sierras*. Además, crearon un Visitador de los Monasterios de Monjas de Sevilla y su Arzobispado con el mismo salario, segregándolo, pues hasta entonces había quedado incluido en la visita de Sevilla. Es posible que el auge de las fundaciones de monasterios hiciera necesaria la creación de este nuevo oficio y vereda.

Señalaron como Alguacil Mayor del Arzobispado al noble Diego Solís de Farfán, con 30.000 maravedíes de salario al año, y asimismo nombraron 10 alguaciles bajo su mando para las ejecuciones y cobros de las rentas eclesiásticas y para la realización de cualquier otra diligencia que implicara el uso de la coacción o la fuerza, como detenciones, secuestro de bienes, imposición y cobro de multas o penas pecuniarias, etc.

Como Alcaide de las dos Torres (la Torre Mayor y la del Aceite) nombraron al canónigo Juan Rodríguez Luzero, con 8.000 maravedíes de salario y los derechos de entrada de mercancías pertenecientes a las Torres, pues estas funcionaban a manera de aduanas, cobrando peajes por las mercancías que entraban. También proveyeron Alcaide de la Cárcel Arzobispal, con 10.00 maravedíes de salario. Para el Gobierno Temporal de los lugares pertenecientes al Prelado nombraron Alcaide y Alcalde Mayor de Cantillana, con 50.000 maravedíes de salario, de Almonaster con 30.000, de Zalamea con 25.000, de Umbrete con 25.000, de Villaverde con 25.000, y de Brenes con otros 25.000. Asimismo nombraron Alcaide y Guarda de las Casas y Palacio Arzobispal con 15.000 maravedíes de salario anual. En la Mesa Arzobispal pusieron dos contadores, como era costumbre, los canónigos Diego Vázquez de Aldrete y el licenciado Pedro de Santillán, con 60.000 maravedíes, 50 fanegas de trigo y 50 de cebada, a repartir entre los dos. También, conforme al uso, hicieron dos receptores, los canónigos Juan de Medina y el doctor Gascó, con 30.000 maravedíes de salario a repartir entre ellos.

Además, en este momento aparece el nombramiento de un oficial menor, el Portero y Pregonero del Consistorio, Mesa Arzobispal y rentas eclesiásticas. Para este cargo nombraron a Diego Sánchez, que era también Pregonero Mayor de Sevilla, y mandaron a todos los oficiales del Consistorio y Mesa (Provisor y vicarios generales, contadores, notarios de las audiencias y de la Mesa Arzobispal, “y a otras cualesquier personas”) que por tal portero y pregonero lo tuvieran. Su función era hacer los pregones, autos y remates de los bienes de la Mesa o de bienes embargados por los jueces eclesiásticos. También mandaron a los oficiales que le acudiesen con sus derechos y que no consintieran que otra persona se entrometiese en su oficio.

En cuanto a los notarios tenemos constancia de que en este momento había dos en la Audiencia del Provisor, Juan Zuarez y Juan de Zayas, que realizaban sus funciones en las dependencias centrales del Palacio Arzobispal, lo cual puede ser indicativo de un aumento de la maquinaria burocrática y de la cantidad de los negocios que se sustanciaban en los tribunales ordinarios del Arzobispado. También encontramos

notarios en las vicarías, oficios que se solían arrendar a notarios apostólicos a cambio de una cantidad de maravedíes.

Al mediar el siglo XVI, en tiempos de don García de Loaysa, encontramos como Obispo para los autos pontificales en ausencia del Prelado a don Pedro de Torres. Y en el Consistorio de nuevo al Deán como Provisor y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado en lo espiritual y temporal; como Juez Oficial y Vicario General al Chantre, don Juan de Medina, y como Juez de Testamentos y Suplicaciones, al canónigo Luis de Soria.¹³⁹ El Provisor y el Juez Oficial compartían los notarios de las audiencias con cargo de firmas, Juan Zuárez e Íñigo López lo fueron durante todo el pontificado y sede vacante. El Notario con cargo de firmas era el equivalente al oficio de Notario Mayor o Secretario de la Audiencia que encontraremos más tarde. Éstos, entre otras funciones, eran responsables de firmar al pie todos los documentos, junto al Juez que dictaba los autos, sentencias y provisiones.

En esta sede vacante hallamos una decisión del Cabildo por la que cometen al Provisor para que hable con el Juez Oficial y le comunique que en la judicatura del Consistorio Arzobispal no podía haber más que un Juez y que fuese letrado. Y que el Provisor pudiese nombrar a la persona que le pareciere que tuviese las habilidades *para la buena y justa expedición de la justicia que se requiere*, comunicando al Cabildo su decisión para darle poder. Este mandato nos habla de que el Juez Oficial eventualmente nombraba un Teniente, Juez delegado o Coadjutor y que esto no era bien visto por el Cabildo, pues sólo el Ordinario o su Provisor tenían potestad para nombrar jueces delegados, ayudantes o coadjutores. Y además nos ofrece una imagen clara de la supremacía del Provisor, como *alter ego* del Prelado, o de quien ostentase su jurisdicción ordinaria, pues sólo a él se le daba poder para nombrar jueces. Ahora bien, en última instancia el poder lo seguía otorgando el depositario de la jurisdicción, en este caso el Cabildo sede vacante como Administrador de la jurisdicción ordinaria del Prelado.

Como visitadores nombraron a los canónigos Gonzalo de la Fuente, Diego de Sevilla, doctor Gascó y Jerónimo Manrique, y a cada uno le dieron poder cumplido y les señalaron sus partidos. Al primero le señalaron la cuarta parte de Sevilla con Carmona y su partido; al segundo la cuarta parte de Sevilla con Jerez y su partido; al tercero la cuarta parte de Sevilla y el condado y al cuarto la cuarta parte de Sevilla con Écija y su partido. Como Visitador de Monjas de Sevilla y su Arzobispado sujetas al Prelado, nombraron al licenciado Diego Ribera. Este reparto de los partidos era una novedad, pues se dividía el de Sevilla por cuartas partes entre los visitadores. Es de suponer, y, posteriores disputas así nos lo indican, que hubiese discordias por el reparto, pues todos pretendían el partido de Sevilla, por ser el principal, el que más derechos generaba y el más cercano a su residencia en la capital.

En los feudos pertenecientes al Prelado colocaron al canónigo Luis de Peñalosa como Alcaide y Alcalde Mayor de Cantillana, al canónigo Juan de la Cuesta como Alcaide y Alcalde Mayor de Almonaster, en Zalamea pusieron al canónigo Diego Rodríguez Luzero, en Umbrete al canónigo Francisco Pamanedo y en Villaverde al canónigo Sebastián de Monzón. En el reparto de las rentas arzobispales y pago de salario a los oficiales, el Nuncio mandó que se librasen 60.000 maravedíes para pagar a

¹³⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 18. Sede vacante del Cardenal García de Loaysa. Miércoles 21 de abril de 1546.

los Alcaldes de los lugares arzobispales, al de Cantillana a razón de 30.000 maravedíes al año, al de Brenes, 15.000, y al de Villaverde, otros 15.000.¹⁴⁰ Como Alcaide de las Casas Arzobispales nombraron al canónigo Pedro de Almonte, para cuidar las casas y mantenerlas limpias. Y como Alcaide de las cárceles arzobispales al canónigo Alonso de Esquivel.

En el Alguacilazgo Mayor del Arzobispado de nuevo señalaron al noble Diego Solís de Farfán para que llevase la vara como símbolo del poder de la jurisdicción ordinaria del Prelado. Parece que siguió siendo tradición que la vara la ostentase un noble sevillano, siendo precisamente un seglar el oficial del gobierno arzobispal que tenía la potestad de usar la fuerza para ejecutar las decisiones emanadas de la Curia Arzobispal. De esta forma se evitaba que un eclesiástico *pusiese manos*, en ejecución de sentencias, sobre un reo seglar y así se reproducía a escala interna el sistema de reparto de funciones, la *relajación al brazo seglar* de los reos en aplicación de penas corporales entre la jurisdicción eclesiástica y la secular.

Además, el hecho de ser noble le otorgaba ciertas inmunidades y le ponía a salvo de ser preso por deudas. Así vemos que en 1543, Pedro de Monsalve, Alguacil Mayor del Cardenal don García de Loaysa, fue preso por la justicia seglar por una deuda que le reclamaba el médico Juan de la Cueva. Aquel reclamó que, por ser hijodalgo, hermano del jurado Hernán Pérez de Vaena, y exento de la *blanca de la carne*, no pudiese ser preso por deudas. Y en efecto, de las averiguaciones hechas por el Teniente de Asistente Calderón, se siguió que era hijo de Diego Álvarez, regidor e hijo a su vez del veinticuatro Hernando Pérez de Vaena, y los testigos declararon que *lo han tenido por hijodalgo y han tenido muy buenos caballos e mulas y esclavos*.¹⁴¹

Alcaide de las Torres, Mayor y del Aceite, fue el canónigo Pedro de Almarán. Secretario de la sede vacante fue Alonso de Esquivel y Notario de los autos capitulares el canónigo licenciado Méndez. En la Mesa Arzobispal nombraron tesoreros y contadores de la Mesa Arzobispal, probablemente ambos términos indicasen el mismo oficio, pues a continuación tenemos como tesoreros de las rentas al canónigo Zambrano y a Diego Godo de Mexía.¹⁴² En esta sede vacante vemos actuar a Pedro Valdés como Procurador del Cabildo para sus pleitos en un litigio con la Duquesa de Béjar.

De la sede vacante del Inquisidor Valdés no hemos podido hallar los autos capitulares, pero nos quedan algunas noticias sobre la actuación de los oficiales del Prelado durante su pontificado contenidas en los Autos Capitulares de Cabildo Pleno, y, sobre todo, el poder otorgado a su Provisor por el Prelado, que analizaremos en el capítulo correspondiente a las competencias del Juzgado del Provisor. El 19 de julio de 1549 se recibió una carta del Deán y Cabildo de la Iglesia de Toledo para que la de Sevilla enviase procuradores de las iglesias y estado eclesiástico de los Reinos de España al Concilio.¹⁴³ Los canónigos mandaron a su Secretario que fuese a Cantillana, donde estaba el Arzobispo Valdés, y le llevase la carta. Sabemos que el Provisor y

¹⁴⁰ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 18, p. 70, miércoles 21 de abril de 1546.

¹⁴¹ (A)rchivo de la (R)eal (A)udiencia de (S)evilla. Legajo 42.543, año 1546. El Teniente de Asistente contra Pedro de Monsalve.

¹⁴² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 18. Sede vacante del Cardenal García de Loaysa. Miércoles 21 de Abril de 1546.

¹⁴³ Véase A.C.S. Sección I, Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 21, 19 de abril de 1549.

Gobernador fue el licenciado don Gaspar Cervantes de Salazar, que aparece recibiendo las Bulas y privilegios de un jesuita, el padre Juan Suárez, enviado por Francisco de Borja para la fundación del instituto. También le vemos otorgando licencias para confesar y predicar.¹⁴⁴

Sin embargo sí que tenemos un documento depositado en el Archivo de Simancas que nos ofrece información valiosa sobre la nómina de oficiales del Arzobispado y sus salarios en 1569¹⁴⁵:

- Un Provisor y Vicario General de todo el Arzobispado con 160.000 maravedíes, 60 fanegas de trigo y 40 fanegas de cebada de salario anual
- Un Juez del Consistorio arzobispal, con 50.000 maravedíes y 50 fanegas de trigo y 30 de cebada
- 4 visitadores generales del arzobispado, con 40.000 maravedíes y 20.000 de ayuda de costa cada uno
- Gobernador de Cantillana, Brenes y Villaverde con 40.000 maravedíes de salario y 20.000 de ayuda de costa
- Gobernador de Almonaster y Zalamea con 30.000 maravedíes de salario y 20.000 de ayuda de costa
- Limosnero del Arzobispo que vive en Sevilla con 37.500 maravedíes de salario anual
- Alguacil Mayor con 30.000 maravedíes de salario, cuatro cahizes de trigo y tres de cebada
- Alcaide de la cárcel arzobispal con 15.000 maravedíes de salario y 24 fanegas de trigo
- Dos abogados del Arzobispo que residen en Sevilla con 6.000 maravedíes de salario cada uno
- Un solicitador del Arzobispo y los pleitos tocantes a la Mesa con 40.000 maravedíes de salario, 24 fanegas de trigo y 20 de cebada
- Procurador de pobres de la Audiencia del Provisor con 1.000 mrs de salario
- Un contador y Mayordomo Mayor de la Mesa de Sevilla con 430 ducados, cien fanegas de trigo y cien fanegas de cebada.
- Un Notario de la Mesa Arzobispal con 30.000 maravedíes de salario, tres cahizes de trigo y cuatro de cebada, sin otra ayuda de costa
- Tres oficiales que asisten en la Mesa Arzobispal con 30.000 maravedíes de salario cada uno y 18 fanegas de trigo cada uno
- Tres Escribientes de la Mesa con 18.000 maravedíes de salario cada uno y doce fanegas de trigo
- Un Cursor de la Mesa con 12 ducados de salario y doce fanegas de trigo cada año
- Portero de la Casa Arzobispal con 6.000 maravedíes de salario y seis fanegas de trigo
- Jardinero de las Casas Arzobispales con 3.000 maravedíes de salario y 6 fanegas de trigo
- Cañero que repara los caños de agua de las Casas Arzobispales con 2.000 maravedíes de salario anual
- Procurador en lo seglar con 3.000 maravedíes de salario
- Medidor del pan de las Casas Arzobispales, con un ducado de salario mensual
- Mayordomo de los olivares de la Mesa Arzobispal con 6.000 maravedíes de salario anual

¹⁴⁴ Véase ALONSO MORGADO, D.: *Op. cit.*, p. 425.

¹⁴⁵ (A)rchivo de (S)imancas. Sección VII. Patronato eclesiástico. Legajo 1, doc. 1-62. Relación de los oficiales de Sevilla y su arzobispado. Cuadernillo manuscrito sin foliar.

- Casero de Lopas y guarda de los montes con 4.000 maravedíes de salario anual

2.2.2.- La segunda mitad del siglo XVI

El 22 de junio de 1569 era preconizado Gaspar de Zúñiga y Avellaneda al Arzobispado de Sevilla, tomando posesión el 13 de octubre por medio de Alonso de Revenga, Arcediano de Santiago, al cual nombró Gobernador en su ausencia. Éste se negó a pagar el salario de uno de los visitadores de la pasada sede vacante, pues el Cabildo había nombrado a cinco visitadores no siendo costumbre que hubiese más que cuatro. Asimismo hubo discrepancias sobre el salario del Secretario sede vacante; para ambas cuestiones el Cabildo cometió a dos canónigos para que hablasen con el Gobernador.¹⁴⁶ Esta figura no era nueva, anteriores prelados habían otorgado amplios poderes a su Provisor como Gobernador del Arzobispado.

El 2 de enero de 1571, cuando venía de camino hacia Sevilla, murió en Jaén el Prelado recién nombrado y el sábado 6 de enero de 1571 se reunió el Cabildo para nombrar de nuevo oficiales, esta vez hubo diferencias sobre si se debían proveer por orden de sillas o por antigüedad de canonjías.¹⁴⁷ Una de las cuestiones fundamentales y que más problemas ocasionaba en estos *períodos de orfandad*, en los que el poder superior y moderador del Prelado faltaba, era sin duda el reparto de oficios, pues inesperadamente los canónigos se encontraban con un botín de poder para repartirse. En este caso se eligió al Provisor, como al resto de los oficiales, por antigüedad de canonjía y no por nominación unánime o votación. El oficio *primero y principal que es de Provisor y Vicario General en lo espiritual y temporal*¹⁴⁸, recayó en don Gerónimo Manrique, Arcediano de Écija, como canónigo más antiguo. Nos consta que en la sede vacante anterior del Inquisidor Valdés ya hubo problemas con el sistema de elección de los oficios, pues las *nominaciones unánimes*, sobre todo si no eran votaciones secretas, habían dado lugar a luchas y conflictos, con la consiguiente formación de bandos.

La lucha se planteaba entre las dignidades y el resto de los canónigos. Los primeros, representados por el Obispo de Esquilache, que como Arcediano de Sevilla era la Dignidad primera y más antigua de la Iglesia y a la que tocaba presidir el Cabildo en ausencia del Deán, pretendía que él debía ser nombrado Provisor, el oficio más eminente y que acumulaba mayores potestades y prerrogativas, y por tanto el más codiciado. Sin embargo, el resto de los canónigos que no ostentaban Dignidad aducían que los oficios se debían repartir por antigüedad de canonjías, porque el Cabildo sede vacante constaba de canónigos *in sacris*, y allí no estaban como dignidades sino como canónigos, *y estaba claro que si los señores dignidades no fuesen canónigos no estarían en el Cabildo*. Hicieron votos secretos sobre esto y salió, por mayoría de votos, pues las dignidades eran minoría, que la provisión de los oficios de la sede vacante se hiciese por antigüedad de canonjías. Esta decisión fue contradicha por don Alonso de Fajardo, Obispo de Esquilache, que apeló y protestó el auxilio de la fuerza. Fueron testigos de su

¹⁴⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 30. 10 de julio de 1570.

¹⁴⁷ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de don Gaspar de Zúñiga, sábado 6 de enero de 1571.

¹⁴⁸ *Ibidem*.

apelación los canónigos Alonso de Zamora y don Luis Ponce. A esta contradicción y apelación se allegaron los demás dignidades, don Cristóbal de Morales, canónigo y Arcediano de Jerez, el Chantre y canónigo don Gonzalo Briceño, el Maestrescuela y el Arcediano de Reina y canónigo don Alonso de Porras. En su apelación exponía sus argumentos: que como Arcediano y Presidente del Cabildo (en ausencia del Deán) tenía el *lugar primero e más preeminente* y que las dignidades en todo tenían preeminencia, y había de usar el oficio de Provisor como *siempre estuvieron los presidentes mis antecesores*, y no era justo que se hiciera novedad, pues en todas las sedes vacantes la preeminencia, así en los asientos como en las presidencias, y en todas las cosas, no se consideraba por la antigüedad de los canónigos sino por la dignidad.

En realidad esta disputa ya se había planteado en la sede vacante tras la muerte de don Fernando Valdés, en la que hubo un intento por parte de los canónigos de cambiar el sistema de elección de los oficios, relegando a las dignidades y estableciendo el gobierno de los canónigos por su antigüedad de canonjía. Pero el intento no llegó a buen fin porque fue apelado por las dignidades ante Su Santidad y declarado nulo como *injusta novedad* y en perjuicio de las dignidades y de sus preeminencias. En esta ocasión fue proveído el oficio de Provisor en el Deán, reverendo don Cristóbal de Padilla, por ser Deán y Presidente del Cabildo, y no el canónigo más antiguo. Es cierto, y podemos observarlo desde muy antiguo, que el Deán, como Presidente del Cabildo, solía ostentar a la muerte del Arzobispo el título de Provisor. Ya vimos cómo en el período medieval el Deán y el Prelado actuaban a menudo de común acuerdo tomando decisiones a manera de una bicefalía. Así que, a la muerte del Prelado, se nombraba por unanimidad al Deán como Provisor, a veces sin votación, pues no se ponía en duda la tradición y la preeminencia, y el resto de los oficios se repartían por antigüedad de canonjías.

Ahora este cambio suponía la toma del poder en sede vacante por los canónigos frente a las dignidades, que habían ostentado poder en el pasado pero que en época moderna sólo quedaron en títulos honoríficos sin poder efectivo. Tras la escenificación de esta contienda entre el poder de las dignidades, muchos de ellos miembros de importantes linajes nobiliarios, y los canónigos, se procedió a proveer los oficios por antigüedad de canonjías.

El Obispo de Esquilache volvió a apelar ante Su Santidad y su Santa Sede Apostólica y si se le negaba la apelación protestaba el auxilio de la fuerza. Mientras tanto, los canónigos seguían tomando decisiones sobre el gobierno arzobispal; así, mandaron que los oficiales que fuesen elegidos y nombrados ejercieran solo su oficio sin entrometerse en los otros. Esta advertencia fue muy repetida, tanto en los sínodos como en los memoriales, mandamientos y provisiones de los prelados, pues era una constante la intromisión de los oficiales en los asuntos ajenos para ganar poder y cobrar derechos y aranceles. También se reservaron las provisiones de gracia, otra advertencia que encontraremos innumerables veces, pues se trataba de impedir que los oficiales nombrados hicieran reparto a su vez de cargos y prebendas que no les correspondían. Esta cuestión también planteó conflictos, ya que era una tentación el nombrar oficiales y adjudicar licencias a los parientes y miembros de la propia clientela, haciendo uso de una potestad distribuidora de gracias que sólo correspondía al Ordinario.

Otra de las reservas que solía hacer el Cabildo sede vacante era que los jueces nombrados no conociesen de las causas contra los beneficiados de la Santa Iglesia.

Sobre este tema siempre hubo disputas, pues el Prelado y su Provisor entendían que pertenecía a su jurisdicción ordinaria y el Cabildo defendía los derechos adquiridos en sus Estatutos de nombrar diputados o jueces adjuntos para que juzgasen a los prebendados con el Provisor. Los prelados consideraban esto como una intromisión intolerable del Cabildo en su jurisdicción y los canónigos lo consideraban una costumbre inmemorial recogida en sus Constituciones, pues, según ellos, los adjuntos siempre habían actuado con equidad cuando habían tenido que juzgar a alguno de sus compañeros.¹⁴⁹ Después se procedió al nombramiento de los oficiales siguiendo el orden de antigüedad de canonjías.

El oficio primero y principal, el de Provisor y Vicario General en lo espiritual y temporal, recayó en don Gerónimo Manrique, Arcediano de Écija y canónigo; como Juez de la Iglesia, Oficial y Vicario General, nombraron al canónigo Diego Rodríguez, por su antigüedad de canonjía, y como Juez de Testamentos y Suplicaciones al canónigo Alonso Mudarra, por la antigüedad de su canonjía y por haber renunciado otros canónigos más antiguos que él. El Cabildo se reservó las provisiones de gracia y el conocimiento de las causas de los beneficiados de la Santa Iglesia, para todo lo demás dieron poder para poder usar sus oficios, y, asimismo, se reservaron todas las provisiones de gracia y el conocimiento de las causas de los beneficiados. Posteriormente le concedieron al Juez de la Iglesia el conocimiento de las causas de los beneficiados con los diputados o adjuntos nombrados por el Cabildo, cosa poco habitual pues solía ser el Provisor el que conocía de estos delitos.

Como visitadores de Sevilla y su Arzobispado nombraron, cada uno en su vereda, a los canónigos Diego Godo Mexía, Hernán de Hojeda, Juan Martínez Alvarado y Antonio Gonzáles por la antigüedad de sus canonjías y renuncia de otros tres canónigos. Visitador de Monjas eligieron al canónigo y Chantre don Gonzalo Briz, para que visitara los monasterios de monjas sujetos al Ordinario; aceptó el oficio por renuncia de otros canónigos más antiguos. En este momento aparece también la figura de un Visitador de los Emparedamientos, que se acumuló al oficio de Visitador de Monjas. Éste debía velar porque en estos lugares de recogimiento de mujeres se guardara la *decencia* y se respetara la clausura, y daba licencias para estar en ellos.

A continuación pasaron a nombrar los oficios temporales en las villas que estaban bajo el señorío del Prelado. Pues éste, además de la jurisdicción ordinaria eclesiástica en su Arzobispado, poseía la jurisdicción temporal en las villas y lugares que le fueron concedidos como señoríos eclesiásticos. En Cantillana eligieron Gobernador, Alcaide y Alcalde Mayor, al canónigo doctor Balthasar de Esquilache. En Almonaster eligieron para estos oficios al canónigo Luis de Lezana, por su antigüedad y renuncia de otros canónigos. En Umbrete eligieron al canónigo Juan de Urbina, en Zalamea al canónigo Andrés Méndez; en Villaverde al canónigo Hernando Mohedano y en Brenes al canónigo Melchor de Matamoros. Después, como correspondía por señorío eclesiástico, eligieron oficiales para este año de los lugares de Villaverde y Umbrete. Para el Concejo de la villa de Umbrete pusieron a Alonso Domínguez y a Alonso Sánchez como alcaldes ordinarios, a Francisco Martín como Alguacil, a Juan García de Arias, Benito García, Sebastián Sánchez Barrera y Esteban Díaz como regidores, a Juan García de la Fuente *el mozo* como Mayordomo del Consejo y a Juan Sánchez, yerno de Alonso Domínguez, y a Bartolomé Martín, como alcaldes de la Hermandad, y a Alonso

¹⁴⁹ *Ibidem*.

Sánchez y Alonso Martín los nombraron como cuadrilleros de la misma. Finalmente mandaron que los admitiesen en los oficios, dándoles poder y facultad para ejercerlos y usarlos, guardándose sus preeminencias y derechos para que fuesen obedecidos como lo fueron los otros jueces y oficiales de la villa, bajo las penas *en que caen e incurren los rebeldes e inobedientes* y les mandaron dar las varas de sus oficios. Asimismo, dieron poder al canónigo Hernando Mohedano, nombrado Alcaide y Alcalde Mayor de Villaverde para que pudiese nombrar Escribano del Concejo, con tal que fuese una persona natural del pueblo, habiendo allí alguno suficiente para el cargo, y que no fuese Cristóbal López Geja, con el que hubo problemas en el pasado.

En Brenes eligieron a Diego Pérez Paguillo y a Juan Sánchez Gallego por alcaldes ordinarios, a Bartolomé Rodríguez Clavijo, Juan Pérez del Guiso, Acencio Rodríguez y Francisco Hernández Cabrera como regidores, a Juan Gallego Rico y a Bartolomé Mejía como alcaldes de la Hermandad y a Juan Fernández Cabrera como Alguacil, y dejaron por Mayordomo del Concejo al que estaba. En Zalamea pusieron a Diego Delgado de la Juliana y a Alonso Pérez León como alcaldes ordinarios, a Juan Seslano, de la calle Tejada, por Alguacil, y a Juan Seslano, de la cal de la Iglesia, Alonso García Ovejero y a los hermanos Pedro, Juan y Alonso González Calvo como regidores; a Bartolomé Alonso Moreno por Mayordomo del Consejo, a Andrés López y a Bartolomé García Beato como alcaldes de la Hermandad y se les dio su provisión en forma, como de costumbre.

Eligieron como Secretario de la sede vacante al canónigo don Hernán Pérez de Sauzedo, y le señalaron 30.000 maravedíes de salario. También mandaron llamar para elegir al Alcaide de las Casas y Palacio Arzobispal. En la Mesa Arzobispal nombraron Tesorero y contadores de las rentas de la Mesa. Como Alguacil Mayor nombraron al noble caballero don Cristóbal de Biedma, que era también Pertiguero del Arzobispo, y le dieron todos los derechos pertenecientes al alguacilazgo. El 23 de enero mandaron que de los alguaciles de los Diez que estaban bajo el mando del Alguacil Mayor, el Mayordomo del Cabildo eligiese a dos para que se ocuparan en la cobranza de los diezmos. También se le dio otro Alguacil al Receptor de Fábrica, para el cobro de los diezmos de la Dignidad. Alcaide de las cárceles arzobispales fue el canónigo don Alonso Muñiz de Zamora, por su antigüedad y renuncia de otros canónigos más antiguos.

Sabemos que en esta época el Alcaide de la cárcel ya solía tener un Teniente o coadjutor, que fue en este caso Sebastián Rodríguez, que era el que le sustituía y ejercía de facto las funciones y que presumiblemente pagaba un arrendamiento al dueño del oficio, el canónigo antes citado. Como Alcaide de las Torres y del Aceite nombraron al canónigo don Luciano de Negrón, por renuncia de otros más antiguos. El canónigo don Juan Bautista de Montoya fue nombrado Mayordomo Mayor de Fábricas, por renuncia del canónigo don Antonio del Corro. Este último prefirió el oficio de Juez de Pecados Públicos, que aparece por vez primera en el organigrama arzobispal y del que no hemos encontrado otro rastro documental, aunque le suponemos un Juez delegado por el Provisor para todo lo relacionado con los delitos o pecados llamados públicos, es decir, que provocaban *escándalo y murmuración* entre los parroquianos. Esto incluiría una serie de delitos de *mixti fori*, como los amancebamientos o la usura y otros relacionados con los incumplimientos de los preceptos de la Iglesia. Lo cual nos hace pensar que el Provisor, que tenía amplísimas competencias, tanto de gracia (administrativas) como

contenciosas (judiciales), se descargaría de parte de sus tareas delegando en este Juez un conjunto de competencias eminentemente judiciales.

Nombraron como Prior de la Ermita de los Remedios al canónigo Antonio de Eraso y confirmaron todo lo que había hecho el Provisor don Gerónimo Manrique en los negocios de las ermitas, pues a él le correspondía hacer justicia en este asunto. En este momento encontramos una serie de nuevos cargos relacionados con los negocios de fábricas. Posiblemente estuviesen bajo las órdenes del Mayordomo Mayor de Fábricas, aunque posteriormente se constituirá un Oficio de Fábrica dentro de la Audiencia del Provisor para encargarse de todos los asuntos relativos a las fábricas de las iglesias del Arzobispado. Como Abogado de Fábricas fue elegido el señor don Alonso de Reina, Arcediano de Reina y canónigo. Depositario de Fábricas fue elegido el canónigo don Luis Ponce. Asimismo aparece por vez primera en esta sede vacante el nombramiento de una serie de oficiales subalternos, como el Carpintero de Fábricas, que fue Alonso Ruiz, el mismo que era Carpintero de la Santa Iglesia Catedral, y Albañil de Fábrica que fue Juan Ortiz.

Los notarios de las audiencias del Provisor y del Juez de la Iglesia fueron confirmados en sus oficios, así como Sebastián Rodríguez, Teniente de la cárcel arzobispal. Finalmente hicieron un llamamiento para que si algunos oficios menores quedasen por nombrar que acudiesen los oficiales para ser confirmados o removidos de sus cargos. Como días de cabildo sede vacante se fijaron los martes, jueves y sábados que no fuesen fiestas de guardar, a las horas acostumbradas, es decir, a las ocho de la mañana. Terminada la elección de oficiales, de nuevo don Alonso Fajardo de Villalobos, Obispo de Esquilache, presentó ante el Secretario un escrito de requerimiento, contradicción y apelación de los autos de nombramiento de los oficiales sede vacante por antigüedad de canonjía.

Y siguiendo una estrategia de impugnación y contradicción de cada decisión que tomasen los canónigos también contradijo y apeló la decisión de darles poderes a los oficiales para que pudiesen sustituir en sus oficios, es decir, nombrar tenientes o coadjutores, excepto el Provisor y los visitadores. Finalmente, nombraron al Obispo de Esquilache para ejercer los actos pontificales en ausencia del Prelado, y éste dijo que lo aceptaba *atento la necesidad que tiene la Iglesia*, sin perjuicio del derecho a sus apelaciones. Como consecuencia de las apelaciones del Obispo de Esquilache el pleito terminó en vía de fuerza en la Real Audiencia, que mandó un requerimiento al Cabildo para que remitiese los autos que tenía apelados el Obispo. Los canónigos cometieron a dos de los suyos, Antonio Gómez y Juan Baptista Montoya, para que en su nombre se ocuparan del negocio, y a tal fin les dieron poderes.

De nuevo nos encontramos al Cabildo sede vacante, como depositario de la jurisdicción ordinaria del arzobispado, haciendo las veces de tribunal de apelación. Se trataba de un vecino de Cantillana, Diego Pérez, que en febrero de 1571 acudió con una petición al Cabildo. Como se trataba de un feudo de la Dignidad el Ordinario se constituía en tribunal de apelación de las sentencias que hubiesen dictado los alcaldes ordinarios de la villa. El Cabildo cometió al Gobernador de la villa, el canónigo Baltasar de Esquivel, para que proveyese justicia en su nombre.

En 1574 tenemos a Domingo de Leso, como canónigo y Administrador General del Arzobispado en nombre de don Cristóbal de Rojas¹⁵⁰, y al año siguiente aparece como Provisor Francisco de Valdecañas y Arellano y como Juez y Vicario General el licenciado Martín de Acosta, que junto con el Notario Mayor del Consistorio Arzobispal, Fernando de Cervantes, dieron poder a los procuradores de la Real Chancillería de Granada, Gonzalo de Palma y Juan Pérez de Cisneros para la defensa de los pleitos del Arzobispado que se dirimían allí.¹⁵¹

El 25 de septiembre de 1580, tras la muerte de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, se reunieron los canónigos, excepto los familiares del Arzobispo muerto que quedaban excluidos, para proveer, ordenar y nombrar oficiales, tanto espirituales como temporales, de la sede vacante. En esta sede vacante no se arrendaron los oficios de notarios, fiscales y alguaciles del Arzobispado, como se acostumbraba, pues por leyes del Reino y provisión del Consejo Real, y como se había ordenado en el Concilio de Trento y en los concilios provinciales de Toledo y Santiago, se había prohibido. Ya el Arzobispo don Cristóbal de Rojas, desde 1575, había dejado de arrendar los oficios, pero ahora en sede vacante el Subcolector del Nuncio los había vuelto a arrendar con la protesta de los que litigaban, pues para compensar y recuperar lo que pagaban de arrendamiento no se contentaban con los derechos establecidos en los aranceles reales y ordinarios y les llevaban más derechos.¹⁵²

A continuación proveyeron los oficiales advirtiéndolo de la distinción y los límites de sus jurisdicciones, para que no se entremetiesen los unos en los oficios de los otros. Concretamente se vio la queja que presentó el Mayordomo Mayor de las Fábricas, el canónigo Antonio González, contra el Provisor, pues según él se entremetía en su oficio. Los canónigos trataron este tema y mandaron que se saliesen fuera los dos, cometiendo al Prior don Pedro Vélez de Guevara para que hablase con ambos. Esta queja tiene su sentido, pues en el pontificado de don Cristóbal de Rojas se creó el Oficio de Fábrica dentro de la Audiencia del Provisor, y éste asumió algunas competencias y la capacidad de supervisión de otras que antes habían pertenecido al Mayordomo Mayor de Fábricas.

De nuevo encontramos la reserva de las provisiones de vicarías, capellanías y gracias, y la referencia a la potestad de conocer el Cabildo en grado de apelación de cualquier querrela de los oficiales o de cualquier agravio que alguno pretendiese que le habían hecho. Esta vez *platicaron* para proveer los oficios y acordaron elegir por votación verbal los dos oficios principales del Gobierno Arzobispal, es decir, el Provisor y el Juez de la Iglesia, ambos vicarios generales, y el resto por antigüedad de canonjías, volviendo a la forma que se había establecido en las sedes vacantes anteriores a la de Gaspar de Zúñiga. Pero mandaron al Secretario de la sede vacante que no escribiese los votos que sacasen los candidatos nombrados en ninguno de los escrutinios que hubiere, sino solamente cuando saliese hecha la elección, poniendo el que saliese nombrado por mayoría. Y esto para evitar la formación de parcialidades y la compra de votos en el Cabildo.

¹⁵⁰ (A)rchivo de (P)rotocolos (N)otariales de (S)evilla. Legajo 12.420, fol. 289.

¹⁵¹ A.P.N.S. Legajo 12.429, fol. 150.

¹⁵² A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Aguila. doc. 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 309: "Un documento de 1580 de pleitos ante Negrón".

Votando el primero y principal de los oficios salió por mayoría de votos: Provisor y Vicario General del Arzobispado en lo espiritual y temporal el señor Deán y canónigo don Alonso de Revenga, *como tal canónigo*, y le dieron su poder cumplido, reservándose como de costumbre las provisiones de gracia. En su juramento el nuevo Provisor no sólo se comprometió a administrar justicia y ejercer bien y fielmente su oficio, sino también a no llevar ducados excesivos y a *procurar disminuirlos y dar en todo buen exemplo*. Se refería al cobro de los derechos por las diligencias practicadas que, aunque establecidos en los aranceles, a menudo no se respetaban, con el consiguiente abuso. Asimismo por votos verbales salió electo como Juez de la Iglesia y Vicario General en lo espiritual y lo temporal don Alonso Fajardo de Villalobos, Obispo de Esquilache, canónigo y Arcediano de Sevilla, *como tal canónigo*, y le dieron su poder reservándose las provisiones de gracia.

Después pasaron a nombrar los demás oficios por antigüedad de votos y asientos, aceptando algunos los que le venían por su orden y dejándolos pasar adelante otros o llegando a acuerdos para que los gozara algún compañero canónigo. Así nombraron por Juez de Testamentos y Suplicaciones a don Baltasar de Astudillo, Arcediano de Jerez y canónigo, *como tal canónigo*. Esta coletilla se iba a repetir cada vez que se tratase la elección de un canónigo que además ostentase alguna Dignidad, para reafirmar la decisión tomada en la sede vacante anterior con respecto a la primacía de la antigüedad de canonjía sobre la preeminencia de las dignidades. De esta forma se dejaba constancia de que se elegía en cuanto canónigo y no en cuanto Dignidad. De hecho la rivalidad entre las dignidades y el resto de los canónigos continuó, pues el 5 de noviembre de este año el Deán se quejó al Secretario de que en las cabezas de los autos y provisiones de la sede vacante no pudiese *Deán y Cabildo de canónigos*, sino sólo *Cabildo de canónigos* y que él presidía en Cabildo por su Dignidad y costumbre.

Visitador de los Monasterios de Monjas hicieron al canónigo doctor Pedro Zumel y Mayordomo Mayor de Fábricas al canónigo don Antonio González, al que dieron licencia para dar poderes a los mayordomos de las fábricas de las iglesias de las parroquias del Arzobispado para sustituirle en los pleitos de las fábricas. Como visitadores generales del Arzobispado pusieron a los canónigos Fernando Mohedano de Saavedra, doctor Luciano de Negrón, Alonso de Zamora y don Luis Ponce de León. Alcaide de las Torres nombraron al canónigo don Pedro Sarmiento, Juez de Pecados Públicos hicieron al canónigo doctor Isidro de Cuevas y le dieron licencia para que pudiese nombrar Teniente que hiciese el oficio y le sustituyese. Alcaide de las Casas Arzobispales al canónigo Lorenzo de Ortega y Alcaide de las Cárceles Arzobispales al doctor Alonso de Hojeda. En la Mesa Arzobispal nombraron como contadores a los canónigos Andrés Salcedo y Gerónimo Costilla. Secretario, al canónigo Pedro Fernández de Castro y Alguacil Mayor al noble caballero Cristóbal de Biedma, Pertiguero.

En el gobierno temporal de los lugares pusieron al canónigo don Juan Bautista de Montoya, y al Arcediano de Niebla como Alcalde Mayor de Umbrete, pues el resto de los feudos habían sido vendidos durante el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval. En el reparto de los bienes entre don Remondo y el Cabildo hecho el 24 de mayo de 1285 correspondieron al Arzobispo Brenes, Almonaster, Zalamea, Rianzuela, Lupas y Aguazul. En esta Concordia se separó la Mesa Arzobispal de la Mesa Capitular, de tal forma que en lo sucesivo el Cabildo no tenía parte en los diezmos de

los lugares del Arzobispo ni el Arzobispo en los del Cabildo.¹⁵³ Posteriormente se unieron a estos feudos los de Cantillana, Albaida y Umbrete. El Papa Gregorio XIII concedió una Bula en el año 1574 a Felipe II para que se enajenasen los bienes de los pueblos que pertenecían a las jurisdicciones de los prelados y de las iglesias hasta la cantidad de 40.000 ducados.¹⁵⁴ Sin duda los apuros de la Hacienda Real no eran ajenos a esta decisión. El Arzobispo de Sevilla perdió las villas de Zalamea, Cantillana, Brenes, Rianzuela, Almonaster y Albaida, conservando únicamente Umbrete.¹⁵⁵

El 20 de octubre de 1580 leyeron las cartas del Rey y del Duque de Medina Sidonia, *por cuanto Su Magestad quería entrar personalmente en Portugal*, y para ello el Arzobispo don Cristóbal de Rojas le había ofrecido gente para la guerra que se avecinaba. Ahora escribía el Rey pidiendo socorros, para que se le sirviese con la mitad, y el Cabildo mandó que se respondiese a las cartas diciendo *como este arzobispado ya no tenía pueblos ningunos sujetos por averse vendido* y el Prelado no había dejado alistada ni pagada ninguna gente. Sólo quedaba Umbrete con 500 vecinos como lugar de señorío del Prelado y además en sede vacante la administración y cobranza de las rentas pertenecía a Su Santidad y las hacía el Colector de la Cámara Apostólica. Así que no tenían jurisdicción para reclutar hombres, excepto en Umbrete, ni capacidad para socorrer con dineros: *que sin hacienda y vidas sirviéramos como obedientísimos criados de v md con aumento demás Reynos y señoríos como los vasallos de v md deseamos desealla de ntro Cabildo*.¹⁵⁶

Después mantuvieron al Colector General de Misas, cargo que había sido creado en el Sínodo que celebró el Arzobispo don Cristóbal de Rojas en 1572 y cuya misión era el control y reparto de las misas dotadas en los testamentos y obras pías. El sábado primero de octubre de 1581 eligieron a don Gaspar de Torres, Obispo de Medauros, para ejercitar los actos pontificales en ausencia de Prelado. También mandaron que todas las escrituras públicas de todos los oficios, tanto de las iglesias como de los monasterios dependientes del Ordinario, se hiciesen ante Gaspar de León, Escribano público de Sevilla, cobrando sus derechos pero cesándole en el salario que se le daba, pues el Arzobispo don Cristóbal de Rojas le quitó los derechos por las escrituras que hacía y lo incorporó a la nómina de oficiales con un salario por su trabajo en el Consistorio, ahorrando a la Mesa una buena cantidad en concepto de escrituras. Los canónigos sede vacante lo sacaban ahora de la nómina de oficiales y le volvían a pagar sus derechos, sin duda mucho más lucrativo para el Escribano público, que era el titular del Oficio 19, situado en la Punta del Diamante, frente a las gradas de la Catedral. Ahora bien, decidieron que si el Arzobispo que viniese nombrado no le diese sus derechos por las escrituras, que volviese a tener su salario.

Tras la renuncia del Deán al oficio de Provisor, pues tenía que ir a la Corte para gestionar algunos negocios, eligieron al Obispo de Esquilache, don Alonso Fajardo de Villalobos, y le advirtieron que se reservaban las provisiones de gracia, de vicarías y de

¹⁵³ MUÑOZ TORRADO, A.: *La Iglesia de Sevilla en el siglo XIII*. Sevilla: Lib. e Imp. de Izquierdo, 1914, p. 36.

¹⁵⁴ Véase ALONSO MORGADO, D.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla: Tipografía de Agapito López, 1906, p. 441.

¹⁵⁵ SÁNCHEZ HERRERO, J.: *Los Arzobispos de Sevilla*. En ROS, C., (dir.), *Historia de la Iglesia de Sevilla*. Sevilla, 1986. p. 149.

¹⁵⁶ A.M.S. Sección XI. Libro 9. doc. 13. p. 137. Papeles de la sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, año 1580.

capellanías. Y mandaron que ejerciese el oficio por sí mismo, sin nombrar sustituto sin previa autorización del Cabildo. Aceptó y se apartó del oficio de Juez de la Iglesia y Vicario General que antes tenía.¹⁵⁷ El oficio de Provisor era el único al que no se le permitía ejercerlo por sustitutos o *tenientes*, suponemos que por ser el más preeminente y el que acumulaba competencias más importantes.

El Cabildo dio poder al Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos para que nombrasen notarios, fiscales y demás ministros de sus audiencias, dándoles los oficios libres, sin arrendamiento ni pago alguno de dinero.¹⁵⁸ De nuevo se reprodujo la disputa con la Cámara Apostólica por el nombramiento de los contadores de la Mesa, Alcaide del Palacio Arzobispal, notarios de los juzgados y ministros para la administración y cobro de los frutos del arzobispado.¹⁵⁹

2.2.3.- La maquinaria al completo: primer tercio del siglo XVII

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro de nuevo se planteó el modo de repartir los oficios y salió por mayoría que se hiciese por antigüedad de canónjías.¹⁶⁰ Y así se eligieron los oficios de Provisor y de Juez de la Iglesia, constituyendo definitivamente la antigüedad de las canónjías en el único criterio para el reparto de los oficios y negando cualquier preeminencia a las dignidades en el gobierno de la sede vacante. El doctor Luciano de Negrón, como más antiguo, pidió ser Provisor y Vicario General y don Luis Ponce pidió el oficio de Juez de la Iglesia, ambos con 15.000 maravedíes de salario y el trigo y cebada que se les solía dar. Andrés de Saucedo pidió el oficio de Mayordomo Mayor de las Fábricas, el doctor Juan Hurtado pidió ser Visitador de Monjas, don Íñigo de Villalobos, Juez de Testamentos y Apelaciones, y Jerónimo Gudiel de Espina y Jerónimo de Zúñiga pidieron el oficio de Visitadores Generales de Sevilla y su Arzobispado.

Don Luis Manuel pidió el oficio de Alcalde Mayor de Umbrete, don Juan de Medina Villavicencio Secretario de la sede vacante, Pedro de Santander y Diego Tamayo Visitadores Generales, Hernando Mejía Alcaide de las Torres, Tesorero el canónigo don Fernando Gallinato, Visitador de los Hospitales don Luis Ponce, Alcaide de la cárcel el doctor Juan Hurtado y Alcaide de Las Casas Arzobiscales Íñigo de Villalobos. Después, nombraron Visitador del convento de monjas de Santa Justa y Rufina que fundó el Obispo de Esquilache; Juez de Pecados Públicos fue Fernando Gallinato, que después fue sustituido por el canónigo Navarrete; Alguacil Mayor fue el noble caballero Cristóbal de Biedma, y el doctor Perea, Obispo de Medauros, Auxiliar para los actos pontificales con poder para nombrar su Notario particular para todo lo relativo a las órdenes.

Sin embargo ignoramos por qué tuvieron que cometer al Chantre para que escribiese a un canónigo de Córdoba, el doctor Priaño, para que viniese a Sevilla el Obispo don Sebastián Quintero para hacer la consagración del óleo, ofreciéndole 1.500

¹⁵⁷ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1580-1581), sábado 1 de abril de 1580.

¹⁵⁸ *Ibidem*, lunes 27 de septiembre de 1580.

¹⁵⁹ A.M.S. Sección XI. Libro 9. doc. 13. Memorial de Negrón.

¹⁶⁰ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601), martes 19 de Septiembre de 1600.

reales.¹⁶¹ Todos los canónigos juraron sus oficios, los presbíteros *in verbo sacerdotis* y los que no lo eran con la señal de la cruz. En este momento encontramos una nómina más extensa de oficiales menores, lo cual nos indica un aumento de la complejidad del aparato y una multiplicación de los oficios y de los asuntos. Es probable que esta evolución hubiese empezado antes, en el pontificado de don Cristóbal de Rojas, Prelado de gran celo reformador e impulsor de la creación de nuevos órganos en el gobierno arzobispal como la Colecturía General de Misas.

El 23 de septiembre nombraron fiscales de los jueces y señalaron los salarios de los oficiales. También nombraron algunos oficios subalternos en el Oficio de Fábrica, como el Maestro Mayor de Fábricas, el Aparejador y el Carpintero de Fábricas. Finalmente mandaron al Provisor que trajese una relación de todos los oficios de notarios y oficiales que había que proveer y las personas que *serán más a propósito para ello* y nombraron a los notarios, secretarios de las audiencias, alguaciles de los diez y del Arzobispado, procuradores de los tres jueces y del Mayordomo Mayor de Fábricas y todos los demás oficiales menores de la sede vacante, y mandaron que el Provisor les diese sus títulos, *todo lo cual hizo el Cabildo en confirmación de sus derechos*.¹⁶² Ahora vemos por primera vez el oficio de Secretario de Audiencia, también podemos observar que los procuradores, notarios y fiscales no son compartidos sino que cada Audiencia va configurando su propia nómina de oficiales más extensa y especializada.

El sábado 16 de junio de 1601 el licenciado don Andrés de Alva, de la Santa Inquisición y Arcediano de Sevilla, como Procurador del Arzobispo electo, presentó al Cabildo un poder y Bulas de don Fernando Niño de Guevara¹⁶³, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y del Consejo de Estado, por las cuales Su Santidad Clemente VIII le hacía merced del Arzobispado de Sevilla. En la carta en la que otorgaba sus poderes decía el Cardenal que por la enfermedad de peste no podía enviar sus oficiales, y para que siguiesen usando sus oficios de la sede vacante declaraba no perjudicar a los tales para la familiatura. Con esto prorrogaba las funciones de los oficiales nombrados en sede vacante pero sin considerarlos familiares, para que no se viesen perjudicados tras su muerte. El 18 de junio entró en el Cabildo don Andrés de Alva y se realizó la toma de posesión con el despliegue ceremonial y solemnidad acostumbrado, que expresaba el deseo del Cabildo de que el Cardenal, a través de su Procurador, jurase guardar los Estatutos de la Santa Iglesia poniendo a salvo sus privilegios. En primer lugar se mostraba el acatamiento y obediencia al Deán o Presidente del Cabildo *estando hincado de rodillas a los pies del dicho Presidente*, después se apelaba, por una parte, al derecho positivo *-y en virtud del poder-*, y, por otra, se sacralizaba la palabra mediante el juramento por Dios:

juró por dios y por la señal de la Cruz y por los Santos Evangelios que estaban escritos en una tabla que había en la Sala Capitular para estos juramentos, en que ponía las manos corporalmente que el dicho Cardenal Niño de Guevara guardaría los Estatutos, preeminencias y loables costumbres de la dicha Iglesia y lo pidió por

¹⁶¹ *Ibidem*, lunes 26 de marzo de 1601.

¹⁶² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 23-9-1600.

¹⁶³ Véase ALONSO MORGADO, D.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla 1906, p. 480.

testimonio para guarda del derecho de su parte, lo cual juró antes que se le diese la posesión.¹⁶⁴

Continuó la escenificación con una serie de gestos simbólicos en los que el Procurador, en nombre del Cardenal, tomaba posesión *corporal*, realizando una serie de actos propios de su dignidad y oficio. El lugar que se ocupaba entre los demás, la silla o escaño, eran representativos de la dignidad de la que se investía, así que el Secretario fue con el Procurador del Cardenal al Coro y *lo hizo sentar en la silla donde se sentaban los Obispos*. Una de las características del Prelado era su carácter paternal, caritativo y distribuidor de gracias, así que la ceremonia incluía un ritual que simbolizaba este aspecto y *allí derramó moneda entre la gente que estaba presente e hizo otros actos de quieta y pacífica posesión del Arzobispado*. Finalmente en virtud de su poder *tomaba y aprehendía y tomó y aprehendió y lo pidió para guarda del derecho de su parte*.¹⁶⁵ La *quieta y pacífica posesión* significaba que ninguna persona se había opuesto o había pretendido contradicción de aquella toma de posesión. En un mundo altamente litigante en el que las disputas por las mercedes, honores y privilegios eran moneda corriente era importante dejar constancia de este hecho.

La ceremonia combinaba a partes iguales el derecho positivo de tradición romanista, los testimonios o documentos escritos, realizados por un Notario al amparo de la ley, y los actos propios de la tradición y la costumbre propios de la tradición germana, que implicaban la presencia física y la toma de posesión *corporal* mediante la realización de una serie de actos representativos del derecho y de las obligaciones que se contraían: *después de lo cual entró en el Cabildo se sentó en una silla que estaba para que se sentasen los Arzobispos y lo pidió por testimonio*. Estos actos y gestos de la tradición, en clave simbólica, y de representación o actuación de los privilegios, terminaban por testimonio ante Notario. De esta manera el ceremonial de la tradición quedaba sancionado y escrito, adquiriendo permanencia y legalidad. Terminada la ceremonia, salió del Cabildo, y el Provisor y Presidente doctor Luciano de Negrón y los demás oficiales de la sede vacante dijeron que aceptaban hacer sus oficios conforme al poder y auto de la familiatura.

Tras la muerte del Cardenal Guevara, el domingo 11 de enero de 1609 por la tarde, se reunió un Cabildo extraordinario y proveyeron los oficios de jurisdicción trayendo lo que se había proveído en las sedes vacantes anteriores. El Deán propuso el modo como se proveerían los oficios de Provisor y Juez de la Iglesia y se determinó que se votase por habas si se haría por elección o por antigüedad de canónigos; la haba blanca que fuese por elección y la negra por antigüedad de canonjía. Esta vez salió que los dos oficios principales se proveyesen por elección y el resto por antigüedad, volviéndose al método mixto, y reservándose como siempre el Cabildo las cosas de gracia y el poder para remover a los oficiales con causa o sin ella. El Deán salió electo por Provisor y don Luis Melgarejo como Juez de la Iglesia. Los demás oficios se escogieron por antigüedad de canonjías: don Francisco de Velasco escogió el oficio de Visitador de Monjas de Sevilla y su Arzobispado; don Luis Manuel Mayordomo Mayor de Fábricas, don Juan de Villavicencio Juez de Testamentos, el canónigo Pedro de Santander como uno de los cuatro Visitadores, Gaspar Vélez de Alburquerque Secretario de la sede vacante, el Arcediano de Carmona, don Mateo Vázquez, Visitador

¹⁶⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Secretaria 287(3). Autos Capitulares en Sede Vacante de Rodrigo de Castro, 1600-1601, Lunes 18 de junio de 1601.

¹⁶⁵ *Ibidem*.

de los Hospitales reducidos del Arzobispado y el canónigo doctoral e Inquisidor, don Pedro de Villagómez, Alcalde Mayor de Umbrete y lugares anejos a la Dignidad Arzobispal.

Los otros tres visitantes fueron Alonso Buján, Fernando Arias de la Hoz y Fernando Gallinato. Fernando Mejía fue Alcaide de las Torres, Pedro de Valdivieso Alcaide de las Casas Arzobispales, Luis de Tapia Alcaide de las Cárceles arzobispales, el canónigo Medrano Juez de Pecados Públicos, el Obispo Juan de la Sal fue nombrado para los actos pontificales, el Pertiguero, Juan de Oña y Solis, Alguacil Mayor del Arzobispado, y Manuel Sarmiento y Serafino de Acosta Examinadores de la Mesa. Era la primera vez que estos oficiales se incorporaban con carácter permanente a la nómina de oficiales del Arzobispado, pues con anterioridad las funciones de Examinador se habían realizado de manera esporádica y temporal por personas nombradas *ad hoc*. El Maestrescuela don Luis Ponce, el Prior de las Ermitas, el doctor Olalla de Rojas y el doctor Checa dijeron que no querían oficios, pues ya ocupaban alguno.

El miércoles 20 de diciembre de 1623 murió el Arzobispo don Pedro de Castro y Quiñones y el sábado siguiente por la tarde se reunía el Cabildo, presidido por el Deán don Francisco de Monsalve, para proveer los oficios de gobierno y administración del Arzobispado. De nuevo se planteó la lucha por el reparto de poder; después de algunos requerimientos y protestas, salió por mayoría de votos que los dos oficiales mayores, Provisor y Juez de la Iglesia, se nombrasen por votación con cédulas secretas y todos los demás oficios por antigüedad de canonjías, manteniendo el procedimiento mixto de elección y antigüedad de canonjía. Después de los mandamientos de rigor para las honras fúnebres del Cardenal muerto se dio comisión por las *preces* que se habían de hacer en todo el Arzobispado por la elección del nuevo Prelado, como mandaban los cánones, y mandaron que el Provisor diese orden para que se imprimiesen y repartiesen por todas las iglesias y lugares.

Como de costumbre se constituyeron en Tribunal de Apelación de cualquier querella o queja contra cualquier oficial de la sede vacante y se reservaron los nombramientos, colaciones e instituciones de cualquier beneficio que vacare, y los nombramientos y diputaciones de los examinadores, visitantes y demás oficiales de la sede vacante, de sus ministros y de los de las audiencias, así como la facultad de conocer de las causas de sospecha que contra ellos se pusiesen y de cometer tales causas a otros. Y advirtieron al Provisor que no aprobase para confesores, ni para cualquier beneficio, sin previo examen de los examinadores del Cabildo y que los oficiales no pudiesen por ausencia o enfermedad sustituir la jurisdicción ni delegar causa alguna.

En esta ocasión no sólo se reservaron todas las provisiones de capellanías, vicarías y gracias sino también las dispensas en los casos de conciencia, en las ordenaciones en los *intesticios*, en las tres amonestaciones de los matrimonios, en la habilitación de frailes expulsos y en el recibir nuevos conventos de religiones. Finalmente mandaron que se pusieran todas las reservas en los títulos de los oficiales que se nombrasen. A partir de este momento las reservas de competencias por parte del Cabildo en sede vacante se ampliaron y generalizaron y sobre todo se pusieron de forma explícita en los documentos de otorgamiento de poderes a los oficiales y en sus títulos. Y esto para evitar abusos pasados, pues los períodos de sede vacante se habían ido convirtiendo para muchos en oportunidad para conseguir *gracias* y *excepciones*.

En 1624 el Cabildo proveyó los oficios de notarios y receptores de las audiencias del Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos, y aumentó las plazas que había en el Tribunal del Provisor nombrando por procuradores a Francisco de Soto, a Alonso Cortés y a Francisco Osorio, con lo cual ascendía el número a nueve procuradores.¹⁶⁶ Después, nombraron a los oficiales de la sede vacante a los cuales les pagaba su salario la Cámara Apostólica. Habiendo votado por cédulas secretas salió por Provisor el canónigo don Luis Manuel, con 22 votos sobre 29, por Juez de la Iglesia, con 17 votos, el canónigo licenciado don Tomás de Ayala, ambos con 15.000 maravedíes de salario. El resto fue escogiendo oficio por antigüedad de canonjía: don Manuel Sarmiento de Mendoza pidió el oficio de Visitador de Monjas de todos los conventos de Sevilla y su Arzobispado sujetos al Ordinario, con un salario anual de 82.000 maravedíes, 19 fanegas y nueve almudes de trigo y once fanegas y nueve almudes de cebada. Los cuatro Visitadores Generales, con el mismo salario que el de Monjas, fueron el doctor Joan Checa, con la primera Visita General, don Pedro de Villagómez, con la segunda Visita, don Joan González, con la tercera, y Fernando de Andrada, con la cuarta. Don Diego de Guzmán fue Juez de Testamentos, con un salario de 75.000 maravedíes y 19 fanegas y nueve almudes de trigo y otros tantos de cebada.

Hernán Sánchez Álvarez fue nombrado Juez de Pecados Públicos con 20.000 maravedíes de salario, don Diego Hever de Medrano pidió el oficio de Secretario de la sede vacante con 73.000 maravedíes, 19 fanegas y nueve almudes de trigo y otros tantos de cebada, don Francisco de Melgar tuvo la Alcaldía Mayor de Umbrete con 24.000 maravedíes, 19 fanegas y nueve almudes de trigo y otros tantos de cebada, a Diego Arias de Mendoza le correspondió la Alcaldía de las dos Torres con 16.000 maravedíes de salario, Diego Gómez Barrasa fue nombrado en la Alcaldía de la Cárcel Arzobispal con 10.000 maravedíes, Joan Pichardo en la Alcaldía de las Casas Arzobispales con 10.000 maravedíes, y don Gregorio Sarmiento de Mendoza y don Antonio Laynes fueron nombrados como Examinadores del Arzobispado con 20.000 maravedíes cada uno.

Alguacil Mayor sería el noble caballero don Joan de Oña y Fontecha, su Pertiguero, con todos los derechos pertenecientes al Alguacilazgo Mayor y 34.000 maravedíes, 24 fanegas de trigo y 12 de cebada. El Sochantre fue nombrado como Examinador de Canto con un salario de 7.480 maravedíes. Además nombraron a Luis de Tapia como Mayordomo Mayor de Fábricas, a don Alonso Luján como Visitador de los Hospitales de Sevilla y su Arzobispado, a Joan Manuel Suárez como Administrador del Hospital del Espíritu Santo, a Gerónimo de Figueroa como Letrado de Fábricas y a Fernando de Quesada Juez de Residencia de Sevilla y su Arzobispado. Esta es la primera vez que aparece en la nómina de la sede vacante este oficio. Pues aunque en teoría la visita de residencia se debía realizar cada tres años, y muy especialmente a la llegada de cada nuevo Prelado, en la práctica son pocas las noticias sobre su realización.

Los visitadores, jueces y otros oficiales de la sede vacante tenían potestad a su vez para nombrar oficiales menores en sus dependencias. El martes 24 de enero de 1624 el Cabildo les advertía que no nombrasen frailes para ningún oficio y si lo hiciesen serían cesados y el Cabildo nombraría otros en su lugar. Finalmente, el lunes 26 de febrero de 1624, el Secretario de los Autos Capitulares, don Diego de Herver de Medrano, canónigo y Arcediano de Carmona, acompañado de varios canónigos, fueron a Madrid a

¹⁶⁶ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones (20-12-1623), martes 2 de enero de 1624.

dar la enhorabuena a don Luis Fernández de Córdoba que había sido nombrado nuevo Prelado para la sede sevillana. Y el 21 de mayo el Deán presentaba unas Bulas y poder del ilustrísimo don Luis Fernández de Córdoba, del Consejo de su majestad, por las cuales Su Santidad Urbano VIII le hacía gracia y merced del Arzobispado, por presentación del Rey.

A partir del Arzobispado de don Diego de Guzman (1625), observamos que el Prelado trata asuntos prácticamente a diario con sus Secretarios de Cámara, despacha títulos, edictos, mandamientos y licencias. Y lo que es también muy significativo, todo se registra de manera estricta en un Libro Índice de la Secretaría de Cámara minuciosamente. Desde enero de 1627 tenemos un registro exhaustivo de los nombramientos, primero de los tres jueces, el Provisor, Luis Venegas de Figueroa¹⁶⁷, el Juez de la Iglesia, doctor Eugenio de Chiriboga, y el Juez de Testamentos, así como del Colector General de misas del Arzobispado.¹⁶⁸

En 1637 fue Secretario de Cámara de don Gaspar de Borja y Velasco don Alonso Carrillo¹⁶⁹ y en 1642 el licenciado Pedro Gil Durán. El Provisor fue el doctor don Jacinto de Sevilla, colegial de Alcalá de Henares, racionero de la Santa Iglesia de Sevilla e Inquisidor Ordinario del Arzobispo, el licenciado don García de Sotomayor y don Pedro Cristóbal fueron letrados de la Dignidad y don Cristóbal de Bustos Fiscal del Provisor y del Arzobispado.¹⁷⁰ En este momento, vemos que, aunque el Provisor seguía siendo Inquisidor Apostólico del Arzobispado, sin embargo se nombraba un oficial para que asistiese a los negocios y casos del Santo Oficio que ocurriesen en las villas y lugares del Arzobispado del distrito del Santo Oficio de Córdoba. En 1627 lo era un canónigo de Córdoba, el licenciado Martín López de Murillo, que por su cercanía a la vicaría de Écija podía asistir a los casos que ocurriesen allí.¹⁷¹

También aparece un Juez de Testamentos de la ciudad de Jerez y su partido, con poder para visitar los testamentos. Esto es una novedad, pero como veremos en el capítulo correspondiente, la multiplicación de asuntos y la vigilancia exhaustiva en todos los rincones de la diócesis del cumplimiento de las mandas pías de los testamentos obligó a nombrar jueces de testamentos por comisión del de Sevilla en los distritos. En 1636 aparece nombrado como Provisor y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado el doctor Dionisio de Monsarrate, que nombró como uno de sus notarios receptores a Fernando de Palomares.¹⁷²

También se despacharon títulos de Vicario, de Alguacil eclesiástico y de Notario de las vicarías, y de Receptor del Provisor a Juan Gonzáles, Diego Delgado, Juan de Castro, Juan Méndez, Baltasar Méndez, Sebastian López, Luis de Celada y Alonso de Medina. En cuanto a los visitantes tenemos un Visitador de Monjas sujetas al Prelado, tanto de la ciudad como de fuera de Sevilla, un Visitador de las parroquias de Sevilla, un Visitador General, que en 1627 fue Alonso Jofre de Loaysa Visitador General, y un Visitador de Jerez que es una novedad en la nómina de los oficiales del Arzobispado.

¹⁶⁷ A.G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16.452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 148.

¹⁶⁸ A.G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16.452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 20 y ss.

¹⁶⁹ *Ibidem*. fol. 98

¹⁷⁰ *Ibidem*. fol. 147.

¹⁷¹ *Ibidem*. fol. 44.

¹⁷² *Ibidem*. fol. 82.

Además también aparece el oficio de Notario Secretario del Visitador de los Monasterios de Monjas sujetos al Prelado, y del resto de los visitadores, así como el Mayordomo del Hospital del Amor de Dios, el Administrador y Rector del Hospital de Nuestra Señora de la Antigua, y el vicario de los conventos de la vicaría de Osuna.

En la Mesa se nombró un Terorero de las rentas arzobispales, que en 1627 fue Juan de Villa y Soria, y le dieron poder para recibir y cobrar de los mayordomos, alguaciles ejecutores y de todas las demás personas, las rentas, juro, tributos, pan y maravedíes de la Mesa Arzobispal y dar carta de pago o finiquito.¹⁷³ En Palacio había un Maestro de obras que también lo era de los conventos, así como un Alcalde y un obrero de las Casas Arzobispales.¹⁷⁴ En Umbrete el Prelado seguía nombrando al Gobernador, al Teniente de Gobernador y a los alcaldes, regidores y demás oficiales de la villa.¹⁷⁵

En el Juzgado del Juez de la Iglesia aparecen los nombramientos de Receptor a Francisco Ortiz, Matheo Téllez, Dionisio Riquelme, Francisco Fernández, Cipriano Mesa, Diego de Moya, Alonso Sánchez, Pedro Hurtado, Diego Hipólito y Juan Armellones.¹⁷⁶ Como Procurador de la Audiencia Arzobispal en el tribunal del Juez de la Iglesia aparecen Agustín de Guillada, Justino de Sigüenza, Pedro Romana, Juan de Carvajal, Miguel de la Plaza y Alonso Godo Mejía, al que sustituyó Juan Arias de Riva.¹⁷⁷

También aparece el nombramiento del Mayordomo, y del Colector de misas, de las fábricas de distintas iglesias, así como del Examinador General del Arzobispado, que fue el canónigo Gonzalo de Córdoba, y los examinadores que fueron el doctor Camargo, el doctor Tamariz, el doctor Dionisio Granados y el doctor Jofre de Loaysa, para examinar a los aspirantes a obtener licencias para confesar y predicar y para ordenarse.¹⁷⁸ El Maestro bordador para el bordado de la Capilla de Palacio y Oratorio del Prelado, tanto en lo rico como en lo llano, así como de las fábricas de las iglesias del Arzobispado fue Marcos Maestre, que además era el Veedor de las Obras de las Fábricas

A partir de aquí, según aparece en el resto de sedes vacantes del siglo XVII y en el resto de la documentación que hemos consultado, no encontramos cambios sustanciales en la nómina y organigrama del gobierno arzobispal, así como en el reparto de competencias entre sus oficiales. A través de este recorrido cronológico hemos pretendido ofrecer una panorámica de la evolución de la maquinaria de gobierno arzobispal de Sevilla desde sus orígenes en la Edad Media hasta el momento de máximo desarrollo en el primer tercio del siglo XVII. En los capítulos que siguen entraremos en el detalle de la descripción de las competencias de los oficiales, los procedimientos que se seguían y la casuística de los abusos e irregularidades que se cometían. Junto a esto, consideramos de especial relevancia el análisis del discurso generado para mantener esta maquinaria de poder y coacción.

¹⁷³ *Ibidem.* fol. 35.

¹⁷⁴ *Ibidem.* fol. 43.

¹⁷⁵ *Ibidem.* fol. 49.

¹⁷⁶ *Ibidem.* fol. 23.

¹⁷⁷ *Ibidem.* fol. 24.

¹⁷⁸ *Ibidem.* fol. 25.

3.- EL CENTRO DEL APARATO DEL GOBIERNO ARZOBISPAL: EL CONSISTORIO Y CORTE

3.1.- El Gobierno político: El Palacio y la *familiatura*, la Secretaría de Cámara y la Consulta

3.1.1.- *El Palacio y la familiatura*

El Palacio Arzobispal era el espacio físico donde se realizaban las tareas del Gobierno Arzobispal. El lugar central desde donde se tejía una red de control del territorio de la diócesis recorrido por vigilantes que recorrían las veredas, los visitadores, y vigilado por vicarios y curas, elementos fijos a modo de pivotes del poder en el ámbito territorial de sus vicarías y parroquias. Ambos eran emisarios del poder central que emanaba del Palacio, pero también representaban fuerzas centrífugas, sobre todo los vicarios, pues poseían *jurisdicción limitada* en el ámbito de sus territorios. Del Palacio nos dice Díaz Coronado:

...es capas i mui desente aunque viniera a ocuparlo el Rey y su familia, tiene dos puertas principales una al mediodía i otra al poniente i tiene 4 patios contiguos mui capaces, en el primero entrando por la puerta de poniente esta el Juzgado de Testamentos, la Colecturía general, y la Contaduría de Fabricas, Hospitales i extrabagantes.¹⁷⁹

Las primeras noticias que tenemos de las Casas Arzobispales se remontan al 6 de enero de 1254 a través del instrumento de donación que realizó la Corona a favor del primer arzobispo, don Remondo:

Otorgo a don remondo obispo de Segovia et mio Notiario unas casas en sevilla que son en la plaza de santa maria con su bodega et con su cozina et con su establia et con una huerta que es dentro en las casas, estas casas vos dó et vos otorgo que las ayades libres et quitas pra siempre por juro de heredar vos et quantos de vos vinieren pra dar o para vender o para cambiar o para empeñar o para facer dellas todo lo que quisieredes como de lo vuestro.¹⁸⁰

El Palacio se iría ampliando con la compra, el 17 de diciembre de 1274, de unas casas que pertenecían al Chantre Gonzalo García y que lindaban con las casas de García Martínez, con las del canónigo Isidoro González, con las del racionero don Rodrigo y con las calles del Rey.¹⁸¹ Después, por otro instrumento depositado en el mismo archivo, sabemos que el Arzobispo don Nuño hizo un trueque con el Deán y Cabildo de una parte de las casas que pertenecían a la Mesa Arzobispal por otra que pertenecía al

¹⁷⁹ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. “Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla”. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 3, Del Palazio Arzobispal.

¹⁸⁰ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Aguila, doc. 15, Cartas autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su archivo, p. 323 y ss. Según esta carta el documento se hallaba en el Archivo de la Catedral de Sevilla en el Caxón 37, Legajo 7, núm. 8.

¹⁸¹ *Ibidem*. Archivo de la Catedral de Sevilla, Caxon 27, legajo 7.

Cabildo, y en la que vivía don Fernán Pérez, Arcediano de Écija, para incorporarla al Palacio.¹⁸²

Desde principios del siglo XVI tenemos noticias de las obras de mantenimiento y reparaciones del Palacio Arzobispal de Sevilla y del Palacio y Molino de Umbrete. El viernes 12 de mayo de 1503 se mandó reparar el Molino del Arzobispo y se pagó de la Mesa la mitad de lo que costó montar los caños para traer el agua a las Casas Arzobispales y a la Catedral. El sábado 3 de junio se libraron 616 maravedíes y medio para pagar la obra de hacer traer el agua del caño a las Casas Arzobispales y mandaron pagar al Deán 258 maravedíes que gastó en una sogá para el jardín y 36 *cangalones*¹⁸³; 35 maravedíes por atar los *cangalones* en la sogá y 68 maravedíes al maestro que echó la sogá y ató los *cangalones*. El sábado siguiente continuó la obra y se puso la *anoria* en el jardín. Para esto la Mesa libró en los receptores un ducado de oro.

El Cardenal Hurtado de Mendoza solía tener un albañil a salario de la Mesa para las reparaciones de las Casas Arzobispales. En la sede vacante (1503) continuó prestando sus servicios, aunque ahora el Cabildo pretendió que les pagase el Subcolector del Nuncio de la parte de las rentas que pertenecían a la Santa Sede. También trabajó en las obras de las Casas Arzobispales Juan de Morales, clérigo de la veintena, al que se le pagaron 1.600 maravedíes por *adobar* el jardín, e hizo trabajos de jardinería con cañas, hilo y esparto, para adornar y ordenar las plantas. Las reparaciones continuaron en 1504 y así vemos a los contadores dando cargo al clérigo Juan Morats para que hiciese unas obras, dándole una cámara en la Casa para vivir y todo lo que necesitase. Finalmente dieron orden para que el carpintero Diego de Medina reparase la Sala Alta de la Casa y terminara las obras de las Casas Arzobispales, y que los receptores pagasen todos los salarios y gastos de las reparaciones.¹⁸⁴

Parece que algunas dependencias de las Casas Arzobispales estaban la mayor parte del tiempo deshabitadas y de esto se derivaban algunos inconvenientes. No sólo por el deterioro de la Casa, que hacía precisas continuas reparaciones, sino también porque algunas personas de no muy buena fama la ocupaban. En 1504 tenemos noticias de que *algunos malfiours rrofians* se juntaban en las Casas Arzobispales. Parece que eran amigos del joven Alguacil del Arzobispo, Rodrigo de Padilla.¹⁸⁵ Entonces los canónigos mandaron al Alguacil que tuviese echada la *pojentamiento* de encima de la puerta, que la cerrase a sus amigos y que no consintiera estar en las Casas Arzobispales ni en la puerta a personas de malas artes y *rofianes*. Después ordenaron a los contadores de la Mesa Arzobispal que juntamente con el Alcaide de la Casa buscaran personas de buena vida que la habitaran. Y se les señalaron los aposentos donde moraban los familiares del Cardenal Hurtado de Mendoza, para que no los molestaran.

¹⁸² A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde del Águila, Cartas autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su archivo, doc. 15, p. 323 y ss, se remite al Archivo de la Catedral de Sevilla, Caxón 29, legajo 5, numero 25.

¹⁸³ Según el Diccionario de Autoridades: Cangilon. s. m. Vaso de barro cocido, o de metal, hecho de varias figuras, y principalmente en forma de cántaro, para traher, o tener agua, vino, o otro liquor. Algunas veces, dice Covarr. que sirve de cierto género de medida, estando marcado: y saca su etymología del Congius Latíno, que significa medida de cosas líquidas.

¹⁸⁴ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. 1504, martes 24 de diciembre de 1503.

¹⁸⁵ *Ibidem*.

En 1523 de nuevo hubo que echar de las Casas Arzobispales a vecinos y moradores que la habían ocupado y para esto se cometió al Tesorero con el canónigo Francisco de Aceves.¹⁸⁶ De nuevo se mandó visitar las Casas Arzobispales por los señores Luis Lucero y el tesorero Luis Flores, para ver las reparaciones necesarias.¹⁸⁷ Al año siguiente el Cabildo sede vacante mandó que el albañil que labró las Casas Arzobispales con fray Diego de Deza trajese a los contadores las condiciones en que se hizo la obra, para que lo viesen los alarifes y pagar lo que fuese conveniente para terminarla.¹⁸⁸ El Alcaide de la Casa y Palacio se encargaba de supervisar las obras y la limpieza y pagaba a las personas que lo hacían. De hecho, en 1538, al jurar su cargo, dijo que *hará que esté limpio e guardado e mejorará en los reparos que fuere menester*.¹⁸⁹ Los caños que traían el agua hasta el Palacio necesitaban mantenimiento y limpieza continuas, por eso se encargó ese año a Juan Fernández del cuidado y limpieza de los caños, con el salario que le solía dar el Cardenal Alonso Manrique.

También se dio orden al Alcaide y Guarda de las Casas Arzobispales para que llevase maestros de albañilería y carpinteros que visitaran, viesen y apreciaran las reparaciones necesarias. Y juramentados los maestros, hicieran testimonio público firmado por los albañiles, carpinteros y el Alcaide, de la cantidad necesaria para las reparaciones, para concertarlo con los contadores de la Mesa y que se librasen los maravedíes necesarios. Todo esto se producía como consecuencia del reparto de las rentas de la sede vacante en dos partes, una para el Colector de su Santidad y otra para el Arzobispo y sus herederos. Se trataba de gastar en reparaciones lo necesario para que no se perdiese en el reparto. Las reparaciones corrían a costa de la parte del Arzobispo y sus herederos, y los salarios de los oficiales correspondían a la parte de la Cámara Apostólica. Por esto mandaron que en la vista y apreciación de las reparaciones necesarias estuviese presente Juan Antonio Picolomini, que fue Mayordomo Mayor, sobrino y heredero del Cardenal Alonso Manrique.¹⁹⁰

A la muerte del Cardenal Manrique, el canónigo Cristóbal de Arcos, como Alcaide y Guardador de la Casa y Palacio Arzobispal, pidió a Juan Antonio Picolomini, que pues hacía seis semanas que había fallecido el Prelado se fuese a su casa, desocupando su aposento en el Palacio, pues el Cabildo se lo había dado al canónigo Francisco Tello, nombrado Juez Oficial y Vicario General, porque hacía falta para el buen despacho de los negocios de la ciudad y Arzobispado. A la vista de que no desocupaba el aposento, quizás porque estaba a la espera de recibir su parte de la herencia, como único heredero del Cardenal, se repitieron los mandamientos amenazándolo con acudir al Juez Ordinario.

Finalmente el martes 12 de noviembre de 1538 le dieron 15 días para que desocupara el aposento, difiriendo el mandamiento que se había dado, con tal que prometiese desocuparlo en ese día, y que se trasladase a otro aposento que no fuese de los arzobispales¹⁹¹. También mandaron al Alcaide que se trasladara el licenciado

¹⁸⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5, folio 342 y ss. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. Lunes, 23 de mayo de 1524.

¹⁸⁷ *Ibidem*.

¹⁸⁸ *Ibidem*.

¹⁸⁹ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539), lunes, último día de septiembre de 1538.

¹⁹⁰ *Ibidem*.

¹⁹¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539). 12 de noviembre de 1538.

Sandoval, que también había sido familiar del Cardenal, a otro aposento que no fuese de los *aposentos arzobispales*. Por tanto los jueces y altos oficiales tenían su vivienda en Palacio, pero también otros criados del Arzobispo de menor rango, así como sus capellanes y pajes. Ahora bien, suponemos cierta jerarquía espacial, pues vemos cómo se traslada a un oficial que había sido familiar del Arzobispo a otro aposento que no era *aposeno arzobispal*.

Esta suposición queda confirmada por un documento en el que don Cristóbal de Rojas mandó hacer un aposento para su Provisor cuando era Obispo de Córdoba. Lo justifica porque era de mucha utilidad para el Obispo, sus criados y su familia, para que viviesen en una buena y competente morada y porque el que tenía no era lugar conveniente para su morada ni para los expedientes de los negocios. Este nuevo aposento constaba de tres piezas muy bien reparadas de albañilería y carpintería, y esto era muy necesario porque estaba en lo más principal y público, pues ya había otros aposentos de criados en otras dependencias.¹⁹² Así pues, el Provisor tenía su residencia en el Palacio, en 1546 sabemos que el cabildo sede vacante dio orden al Alcayde de las Casas Arzobispales, que era el canónigo Pedro de Almonte, para que desalojase al *Colegio de los niños de la doctrina cristiana* de una estancia que estaba junto a la puerta de las Casas Arzobispales, y que le diese posada allí al nuevo Provisor, el Deán de Sigüenza.¹⁹³ En un documento de 1575 también aparecen el Provisor, licenciado Baldecañas, y el Juez de la Iglesia, Martín de Acosta, con sus aposentos en las Casas Arzobispales, donde fueron notificados por el procurador Alonso de Ávila para que no se entrometieran haciendo informaciones ni secuestrando los bienes de su parte.¹⁹⁴

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas cometieron a don Juan Bautista Montoya para que se encargase de las reparaciones que necesitaban las Casas Arzobispales¹⁹⁵ y en la de don Rodrigo de Castro, nombraron al doctor Juan Hurtado como Alcaide de las Casas Arzobispales.¹⁹⁶ A pesar de las distintas ampliaciones de las Casas Arzobispales, hubo un intento de menoscabarlas para ensanchar la calle Abades, pues el jueves 3 de noviembre de 1580 los diputados de la ciudad vinieron al Cabildo sede vacante e hicieron una petición para que esta calle, que estaba a las espaldas del Palacio, *quedase ancha por el útil que sería a la ciudad, ofreciéndose a la costa de ello*¹⁹⁷, los canónigos cometieron a don Baltasar de Astudillo, Arcediano de Jerez y canónigo, a don Pedro Vélez de Guevara, Prior y canónigo, a Antonio González y al doctor Cuevas, canónigos, para que lo tratasen con los diputados de la ciudad e informasen al Cabildo.

El Palacio reunía el espacio privado, el aposento dedicado a la vivienda, y el espacio público, las audiencias dedicadas al despacho de los negocios. Espacio privado y espacio público, familia y negocios, no tenían fronteras bien delimitadas, y si éstas existían se procuraba sortearlas. Esto podemos observarlo en el juicio contra el clérigo Pedro de Vallecillo en 1554, que se hizo públicamente sobre un cadalso construido

¹⁹² A.P.N.S. Oficio 19. Legajo 12.411, año 1572, fol. 955.

¹⁹³ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo eclesiástico, año 1546.

¹⁹⁴ A.P.N.S. Oficio 19. Legajo 12.426, año 1575, fol. 968.

¹⁹⁵ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1580-1581).

¹⁹⁶ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601).

¹⁹⁷ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1580-1581).

hacia la calle desde la ventana de Palacio donde vivía el Provisor. Desde el aposento, saliendo por la ventana al cadalso salieron el licenciado Cervantes Gaete, Provisor del Inquisidor Valdés, dos obispos, el Asistente con el resto de justicias seculares y otras personas *de calidad* de la ciudad.¹⁹⁸ O en 1596, cuando don Diego de Ulloa, sobrino y Gobernador del Cardenal don Rodrigo de Castro, obtuvo la licencia para hacer un pasadizo desde una casa de la calle Abades, propiedad del veinticuatro Pedro Caballero de Yllescas, en la que vivía la sobrina del Arzobispo, condesa de Lemos, y comunicarla con el Palacio Arzobispal.¹⁹⁹

Así pues, además de la vivienda, los jueces y altos oficiales del Consistorio y Corte Arzobispal tenían en Palacio sala separada con las dependencias de sus judicaturas para celebrar las audiencias. En el segundo patio, que daba a la puerta de mediodía, estaba el Juzgado Provisorial donde estaban todos los notarios y procuradores, también aquí estaba la Contaduría Mayor, las cárceles y las viviendas baja y alta de los señores Provisor, Juez de la Iglesia y Teólogo de Cámara. En el tránsito que mediaba entre el segundo y tercer patio estaba la escalera principal de la vivienda del Arzobispo, que iba a caer hacia el oriente, y parte al norte y mediodía, era la escalera de piedra jaspe rosada y blanca con remates y barandas torneadas de la misma piedra, *mui primorosa y selecta*, que fue idea del Arzobispo Paino. En el tercer patio estaba la vivienda baja y alta del Arzobispo, y hacia la parte occidental había una vivienda para toda la familia, según su empleo. En el cuarto patio estaba la vivienda de los pajes y sus maestros y de aquí se pasaba a las oficinas de los comestibles. Además había otros diversos sitios para secretarías, archivos, trojes, cocheras y caballerizas, *de suerte que esta tan bien dispuesto el Palacio que debaxo de una llave puede quedar toda la familia i quanto es necesario a la Dignidad*.²⁰⁰

Tenemos evidencias, por tanto, de que los jueces del prelado tenían su aposento en Palacio, igual que el resto de los altos oficiales del gobierno arzobispal, y que eran denominados *familiares* del Arzobispo, pues vivían en su Casa y eran servidores suyos. El lugar que se ocupaba y la relación personal estaban indisolublemente unidos al estatus, los que vivían en Palacio y servían al Prelado formaban la *familiatura*. La *familia* del Prelado, era un concepto laxo e indeterminado, aunque no fuese un órgano de gobierno en sí mismo constituía una pequeña corte formada por consejeros y oficiales cercanos que vivían en el Palacio Arzobispal.

Para Díaz Coronado la familia del Prelado estaba formada no sólo por el Provisor y los demás jueces sino también por otros oficiales menores, capellanes y pajes. En definitiva, como en tantas otras cosas en la Corte Arzobispal no había regla fija, unos prelados gustaban de mucha y otros de poca. Este informante señala que por lo menos solían ser entre ocho y diez pajes y otros tantos capellanes, que además servían otros ministerios, sin ser incompatible con ser capellanes de la Dignidad. En cuanto a su manutención también hubo variedad, el Arzobispo Palafox solía comer con toda su familia de capellanes y pajes en un *refetorio* que tenía al efecto, asimismo rezaba el

¹⁹⁸ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Leg. 4473. El Fiscal contra Pedro Vallecillo. Cit. PINEDA-ALFONSO, J.A. "La justicia en el imaginario de la Edad Moderna". En *Testigo del tiempo, memoria del universo: cultura escrita y sociedad en el mundo ibérico (siglos XV-XVIII)*. coord. por M. FERNÁNDEZ, C.A. GONZÁLEZ-SÁNCHEZ y N. MAILLARD ÁLVAREZ, 2009, pp. 485-511.

¹⁹⁹ A.M.S. Sección III. Expedientes, memoriales y documentos de ambas escribanías del Cabildo, siglo XVI, A.-B, Tomo 3º- Arzobispos, doc. 41.

²⁰⁰ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 3, Del Palazio Arzobispal.

oficio en su Oratorio con ellos, *dando a su familia pasto espiritual y temporal*. Daba a los pajes todo lo necesario para vestirse y a los capellanes también, pero con austeridad, *no cosa que tocara a ser vestuario de seda*, pues fue un Prelado del cual *con verdad pudo decirse que fue un gran héroe*.²⁰¹ Sin embargo el Cardenal Arias solía dar una ración de 9 reales cada día a los capellanes además de las limosnas de misas de las que ocurrían en la Colecturía General, y a los *caballeros pajes* les daba de comer y vestuario, en invierno de lana y en verano de seda.²⁰²

En la documentación consultada aparece una amplia nómina de *criados* del Arzobispo. Algunos con una función concreta, como su *camarero*, que en 1544 era Gonzalo de Cisneros, canónigo de San Salvador y Capellán perpetuo de las capellanías de San Hipólito en Santa Marina, al que vemos arrendando el corral del baño de San Isidro.²⁰³ En 1573 el *camarero* era Simón de Gaztelu que aparece pagando la paga de junio de una pensión sobre los frutos y rentas de la dignidad arzobispal de Sevilla.²⁰⁴ En 1566 tenemos noticias del *limosnero* del Arzobispo Valdés, que era Andrés del Barco, reclamando un beneficio de cuarta prestamera que tenía en la villa de Gibraleón.²⁰⁵ Y en 1572 aparece un *guardarropa* del Arzobispo don Cristóbal de Rojas, concertándose para casarse con una doncella de la villa de Sahagún.²⁰⁶

En 1573 tenemos a Sebastián de Ribera como *comprador* del Arzobispo don Cristóbal de Rojas, presentándose ante la justicia de Valencina para demostrar que estaba casado legítimamente con Bárbola de la Cruz.²⁰⁷ Y en 1574 María catalana, *conservera* del Arzobispo, dando poder para que en su nombre cobrasen en la Villa de Arévalo, de donde era natural, una cantidad a los albaceas de María Vázquez, que fue también criada del Arzobispo don Cristóbal de Rojas.²⁰⁸ El *botiller* Francisco Guillen preparaba las bebidas heladas del Arzobispo, y lo tenemos en 1574 recibiendo del Tesorero de las doncellas de la Cofradía de la Santísima Veracruz, Francisco Rodríguez, 7.500 maravedíes para pagar el casamiento de dos doncellas.²⁰⁹ El *provehedor* del Arzobispo era en 1575 Sebastián de Ribera, al que tenemos dando por libre a un preso que le debía dinero, porque le había pagado.²¹⁰

Del *Vehedor* de la casa del Arzobispo tenemos varias informaciones, en 1577 era Pedro de Velliza, que traspasó sus derechos sobre un esclavo mulato llamado Bartolomé Cruz a Mateo Alemán.²¹¹ También aparece dando poder al cura de Tordesillas para arrendar y cobrar las rentas de sus tierras, heredades, casas, viñas y tributos en la villa.²¹² En otro documento aparece recibiendo por poderes 27.000 maravedíes del encabezamiento de las alcabalas de Tordesillas que pertenecían al corregidor Francisco de Aviles.²¹³ Y en otro caso lo tenemos recibiendo 1.818 reales de plata del soldado

²⁰¹ *Ibidem*.

²⁰² *Ibidem*.

²⁰³ A.P.N.S. Legajo 12.315, año 1544, fol. 364.

²⁰⁴ A.P.N.S. Legajo 12.414, año 1573, fol. 738.

²⁰⁵ A.P.N.S. Legajo 12.384, año 1566, fol. 99.

²⁰⁶ A.P.N.S. Legajo 12.384, año 1566, fol. 618.

²⁰⁷ A.P.N.S. Legajo 12.415, fol. 698.

²⁰⁸ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 823.

²⁰⁹ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 157, fol. 925.

²¹⁰ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1575, fol. 301.

²¹¹ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 174.

²¹² A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 209.

²¹³ A.P.N.S. Legajo 12.438, año 1577, fol. 1078.

Juan Díaz Temprano, del Galeón San Bartolomé, que los dio en las Bahamas para entregarlo a doña Ana de Castro.²¹⁴

En 1584 el Secretario del Arzobispo, Bernardino Escalante, pidió que las justicias de la ciudad no molestasen al *tabernero* del Arzobispo, Antón de Góngora, que cocinaba y daba comer a la servidumbre interior de Su Eminencia, *acemileros*, *mozos de caballos*, y demás *oficiales menores* a los que les daba su ración de carne, pan y vino en una casa accesoria a la del Cardenal, pues éstos, por razón de su trabajo, acudían a comer a distintas horas.²¹⁵ A uno de estos *azemileros* del Arzobispo lo tenemos en una escritura de perdón por una cuestión que tuvo con Antón francés a las puertas de las Casas Arzobispales, y en las que éste salió con tres heridas en la cabeza y dos en los brazos. Parece que algunas personas de influencia mediaron para que retirase la denuncia contra el siervo del prelado: *por muchas e buenas personas que en ello han entendido y sobre todo por dios nuestro señor... otorgo que perdono.*²¹⁶

Además tenemos algunas informaciones de una serie de *criados* del Arzobispo Valdés como Diego de Valdés y Juan de Pineda²¹⁷, y sobre todo de Cristóbal de Rojas, sobre los que no se especifica ocupación concreta. Como Francisco Guillén Lorduy, que aparece arrendando unas casas a Juan Péres Valenzuela, canónigo de Córdoba.²¹⁸ Es muy probable que fuese pariente de Miguel de Lorduy, que desde 1569 fue *camarero* del Obispo don Cristóbal de Rojas en Córdoba; en unas diligencias declara que pertenecía a la Cámara del Obispo, gestionaba las limosnas de las bulas y a su cargo estaban los libros de salarios y acostamientos del obispado²¹⁹, se reunía con el Vicario General Domingo de Leso en su aposento para darle cuentas, y conocía a todos los criados.²²⁰ Domingo de Leso, racionero, administrador y obrero de la fábrica de la Iglesia de Córdoba vino con don Cristóbal de Rojas a Sevilla como Provisor²²¹, y con él tenemos a Miguel de Lorduy en 1575 como criado y Contador de la Mesa del Arzobispo.²²² Finalmente fue Tesorero del Cardenal don Rodrigo de Castro, y aparece entregando, por un libramiento del Arzobispo, 67.500 maravedíes a Gerónimo de León, Jurado de Sevilla y Mayordomo de la Mesa Capitular del Dean y Cabildo²²³. Otro miembro de esta saga es Diego de Lorduy contador del estado del Marqués de Denia, hermano de don Cristóbal de Rojas.²²⁴

Otro de estos criados fue el clérigo Juan de Nogales, Mayordomo de la Fábrica de la Iglesia de San Alfonso, vecino de El Almendral, al que tenemos dando poder a su padre para cobrar la renta de una huerta que tenía arrendada en esa villa.²²⁵ También aparece como *criado* del Arzobispo Pedro Guzties, en una escritura recibiendo 6.161 maravedíes en nombre de Juan Fernandes Villalobos, gobernador de la villa de

²¹⁴ A.P.N.S. Legajo 12.440, año 1577, fol. 871.

²¹⁵ A.M.S. Sección III. Escribanía del Cabildo (siglo XVI), doc. nº 37, Memorial de Bernardino de Escalante.

²¹⁶ A.P.N.S. Legajo 12.414, año 1573, fol. 4.

²¹⁷ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 175-179.

²¹⁸ A.P.N.S. Legajo 12.420, año 1574, fol. 823.

²¹⁹ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1.575, fol. 476.

²²⁰ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²²¹ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²²² A.P.N.S. Legajo 12.417, año 1573, fol. 572; Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²²³ A.P.N.S. Legajo 12.505, año 1587, Libro 1, fol. 686.

²²⁴ A.P.N.S. Legajo 12.425, año 1.575, fol. 169.

²²⁵ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1.575, fol. 749.

Lerma.²²⁶ Muchos de estos criados aparecen cobrando las pensiones que le dejaron sus señores en su testamento, como Gutierre Meisin, que declara que fue criado del Arzobispo Valdés y lo tenemos recibiendo de Juan Fernandes de Espinosa, del Consejo de Hacienda y Tesorero General de la renta de la alcabala de Sevilla, 5.000 maravedíes del último tercio del año 1578 de los 15.000 maravedíes de renta y juro anual que le dejó el difunto Arzobispo situados sobre las alcabalas de Sevilla.²²⁷

En otro caso tenemos a un capellán, *criado* del Arzobispo don Cristóbal de Rojas, Juan Malo, yendo a Berbería para rescatar a Gonzalo Chacón, sobrino del Arzobispo, que estaba *cautivo de los infieles de la santa fe católica*.²²⁸ Por el testamento de éste, sabemos que era cura de la Iglesia de San Pedro en la villa de Almenar, en el Obispado de Osma, y que dejó por albacea a su hermano Francisco Malo y mandó que se entregasen a su criada María 10.000 maravedíes como dote para que se pudiese casar.²²⁹ También aparece este capellán dando poder para que se cobrara una mula *razia* que entregó a un vecino de Antequera para que se la llevara a Córdoba al canónigo Velasco.²³⁰ Otros que aparecen como *criados* del Arzobispo don Cristóbal de Rojas son Hernán Rodríguez, Pedro de Carranza²³¹, Juan de la Vallina, y Pedro Solís.²³²

Muchos de estos criados declaran que residían en la Casa del Arzobispo y que lo conocían desde hacía muchos años; Juan Malo, de 47 años, conocía al prelado desde hacía 28 y llegó con él desde Córdoba, y declara que tenía mucha amistad y conversación con otros criados y oficiales de Palacio.²³³ Otro criado del Arzobispo, Ambrosio Adriano, presbítero beneficiado de San Julian, también lo conocía desde hacía 19 años, y le sirvió en Córdoba.²³⁴ O el citado Miguel de Lorduy, de 34 años, que conocía a don Cristóbal de Rojas desde hacía mas de 20 años y también declara que vivía en la Casa del Prelado, tanto en Córdoba como en Sevilla; su hermano, el notario de la Mesa Diego de Lorduy, también aparece en Córdoba haciendo diligencias en negocios eclesiásticos junto a otro notario, Gaspar Aragonés.²³⁵

Observamos cómo la mayor parte de los familiares y criados de don Cristóbal de Rojas vienen con él desde Córdoba, donde fue Obispo, a su nuevo destino. Esta pequeña corte estaba formada por parientes y *familiares*, que acompañaban a su señor en sus distintos destinos, que vivían con él en Palacio y que habían trabado una relación personal que en algunos casos se remontaba a la niñez. Así su criado Juan de la Vallina, de 40 años, que era vecino de Córdoba, conocía al Arzobispo desde niño, hacía 30 años, fue su criado en Córdoba, vivió en Palacio y vino con él a Sevilla, aunque en 1575 era criado del Almirante Diego de Alcega, hermano del Arzobispo. Juan de la Vallina decía conocer a los criados modernos y antiguos del Arzobispo don Cristóbal de Rojas, *pues entre los criados de un señor se dice los criados que ha tenido*.²³⁶

²²⁶ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 256.

²²⁷ A.P.N.S. Legajo 12.451, año 1579, fol. 76.

²²⁸ A.P.N.S. Legajo 12.451, año 1579, fol. 798.

²²⁹ A.P.N.S. Legajo 12.451, año 1579, fol. 798.

²³⁰ A.P.N.S. Legajo 12.451, año 1579, fol. 820.

²³¹ A.P.N.S. Legajo 12.422, año 1574, fol. 719.

²³² A.P.N.S. Legajo 12.420, año 1574, fol. 646.

²³³ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²³⁴ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²³⁵ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²³⁶ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

De entre los oficiales mayores tenemos al licenciado Martín de Acosta, Juez, Vicario General y Administrador de la Santa Iglesia de Sevilla y su Arzobispado que había servido también a Rojas desde hacía más de 10 años, primero en Córdoba, donde era racionero de la Santa Iglesia y Vicario General, y después en Sevilla. Pedro de la Rosa, de 39 años, era el Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal de Cristóbal de Rojas en 1575²³⁷, y también estuvo a su servicio en Córdoba y residía en su Casa.²³⁸ Pedro Vasques de Cepeda se declara Alguacil Mayor y criado del Arzobispo, lo conocía desde hacía 47 años y vino con él desde Córdoba, donde residía en su Casa.²³⁹

Tenemos noticias de uno de estos criados del Arzobispo al que vemos envuelto en un pleito. El sábado 22 de noviembre de 1597 el Provisor, licenciado don Luis Melgarejo, fue informado por el Notario Mayor de la Audiencia, Fernando de Cervantes, que la noche anterior después de las nueve y antes de *dexar* la queda el Alcalde de la Justicia hubo un escándalo y alboroto y ciertos excesos junto a las Casas Arzobispales. En este altercado se vio envuelto el cochero del Cardenal, un joven de 30 años llamado Joan Rodríguez, que estaba, según su versión, junto a Valdés, criado del doctor Sobrino, médico del Arzobispo, a la puerta de un bodegón o taberna que estaba en la entrada de la Borciguenería con un vaso de vino en la mano. A esto llegaron los criados del Alcalde de la Justicia y dijeron *qué gente* y respondió Valdés *gente de paz señor*, y un criado del Alcalde alzó una espada y le quebró el vaso y le derramó el vino. Entonces Valdés, destocado con el sombrero en la mano, se quejó al Alcalde diciéndole *señor como permite v md que sus criados en su presencia de v md maltraten de esta manera que yo no he hecho agravio ni descomedimiento ninguno*²⁴⁰.

El Alcalde de la Justicia les preguntó quiénes eran y Valdés respondió que el criado del doctor Sobrino, médico del Cardenal, y el Alcalde

con mucha colera le asió de los cabecones y dixo por eso por que soys criado del cardenal a vos os quiero y con un broquel que llevaba el dicho alcalde le dio con el por la cara de golpes y lo tuvo arrimado a una pared mientras se los dava y le quito la espada y así asido de los cabecones lo llevo a la carcel casi arrastrando y dándole de empellones.²⁴¹

Como testigos se presentaron Joan Fernández, trabajador, que residía en Casa del Cardenal, y al que denominaba, *mi señor*, que dijo que el Alcalde respondió:

que se me da a mi a vos quiero por que soys criado del cardenal os tengo de llevar preso y arremetio con el y le quito la espada y lo arrimo a la pared y con un broquel que llevaba este tesetigo le vido que le dio el dicho alcalde de la justicia al dicho baldes un golpe no sabe si le alcanco en la caveza o en la cara y este tº vido que le dio muchos mojicones en el rostro con la mano y así lo asieron y a rempujones y casi arrastrando lo llevaron a la carcel y que este testigo se hallo presente a todo lo susodicho desde el principio que paso por que acaso se hallo alli en el dicho bodegón y que este testigo no vido que el dicho baldes se le descomediese al dicho

²³⁷ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1.575, fol. 476.

²³⁸ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²³⁹ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450.

²⁴⁰ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471, año 1597, Informacion fecha para averiguar unos excesos que el alcalde de la justicia hizo... documento sin foliar.

²⁴¹ *Ibidem*.

alcalde ni le diese ocasión para tratallo como lo trato y que esto es la verdad y por el juramento fecho y que es de 25 años y no firmo por no saber.²⁴²

Otros testigos fueron Joan Rodríguez, cochero del Arzobispo, y Francisco de Pozos, de 30 años, *proveedero* del Arzobispo, que dijo que vio a Valdés con la cara llena de sangre y noo firmó su declaración porque dijo que no sabía. Todos afirmaron residir en *la Casa del illmo. Cardenal, mi señor*. Podemos inferir cierto espíritu de grupo o de cuerpo en estos familiares o criados del Arzobispo, que departían juntos en la taberna, y cierta hostilidad por parte de los oficiales de la justicia seglar, que decían maltratarlo precisamente porque eran criados del Arzobispo y pretendían estar por encima de la jurisdicción civil.

Como algunos de los oficiales y familiares del Prelado eran también canónigos de la Catedral se establecía un conflicto de fidelidades entre el Deán y Cabildo y el Arzobispo, y así eran frecuentes las disputas para que saliesen del capítulo cuando se discutían asuntos de la jurisdicción del Arzobispo. Conforme a los Estatutos y a la costumbre inmemorial, cuando se trataba en el Cabildo algún negocio perteneciente al Prelado o a algún familiar suyo o persona dependiente de él todos los beneficiados familiares o dependientes del Arzobispo debían salir para que se deliberase y votase sin impedimento y con entera libertad. Esto solía ocurrir a la hora de elegir jueces adjuntos para entender con el Provisor en las causas contra beneficiados de la Catedral o bien cuando el Provisor pedía diputados contra algún beneficiado. También en las provisiones y nombramientos de oficiales de la sede vacante, y en la colación de raciones, medias raciones y canonjías.

Así lo vemos en la sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539), cuando algunos canónigos pidieron que Cristóbal de Arcos saliese del Cabildo, pues lo consideraban criado del Cardenal muerto.²⁴³ Después de discutido y votado decidieron que no saliese pues no hallaban que dicho canónigo fuese familiar del Arzobispo ni hubiese tenido salario de él, ni debía ser contado entre los criados que se solían echar del Cabildo cuando había sede vacante. En estas disputas entre *familiares* del Prelado y Deán y Cabildo de canónigos de la Catedral, unos y otros acudían a las distintas instancias judiciales, reales y eclesiásticas, buscando el amparo de sus intereses. Así, en 1545, un grupo de canónigos, el Maestrescuela don Sebastián Ponce, el Prior licenciado Juan Fernández Tremiño, el Arcediano de Carmona don Sebastián de Obregón, el Obispo de Marruecos don Gerónimo Manrique, y el licenciado Pedro del Corral, y los racioneros Maestro Antonio de Moya y Bachiller Juan Pérez Espina, apelaron ante el Consejo Real porque el Deán los había hecho salir del Cabildo. El Deán aducía que eran familiares del Cardenal Manrique, que había muerto, y que no podían estar presentes para votar la nominación de una ración, y les quitó las horas como castigo, negándole las apelaciones y excomulgándolos.²⁴⁴

El Deán don Diego de Carmona, en respuesta a la provisión real, dijo que el rey no había sido informado pero que ellos habían apelado ante Su Santidad y por un Breve habían nombrado Juez Apostólico al Prior del Monasterio de Nuestra Señora del Carmen de Sevilla, dictando una inhibición bajo penas y censuras y por eso la justicia

²⁴² *Ibidem*.

²⁴³ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539), p. 60.

²⁴⁴ A.P.N.S. Legajo 12.320, fol. 3.833.

real no se podía entrometer la Audiencia de Granada. Meses más tarde se repitió el conflicto en la provisión de una ración, de una capellanía y de una canonjía vacante que perteneció a un familiar del Arzobispo Manrique. Los canónigos acudieron a la Audiencia Real de Granada diciendo que las constituciones y la costumbre de más de 60 años era que los familiares podían asistir al Cabildo si el Arzobispo hubiese muerto.²⁴⁵ En 1545, en el pontificado de don García de Loaysa, de nuevo se repitió al conflicto en la elección del contador Juan de Medina, de nuevo se produjo un conflicto, pues el Deán don Diego de Carmona mandó salir del Cabildo a don Gerónimo Manrique porque decía que era sobrino del Arzobispo Alonso Manrique en contra de la provisión real.²⁴⁶

Además de estos criados, familiares y oficiales del Arzobispo, también encontramos a menudo *solicitadores* o procuradores con poderes del Arzobispo presentándose en su nombre a pleitos y diligencias en distintas instancias de la jurisdicción eclesiástica y seglar. El Arzobispo utilizaba a veces oficiales del Consistorio para estos menesteres, confundiéndose sus negocios privados con los asuntos propios del aparato de gobierno arzobispal. Como en el caso de Gaspar Aragonés, a la sazón Notario Mayor o Secretario del Consistorio, que aparece con poderes generales haciendo probanzas e interviniendo en pleitos del Arzobispo²⁴⁷.

A Josepe de Acuña y Antonio Maldonado, familiares del Arzobispo don Gaspar de Zúñiga, los vemos, con poder otorgado por el Gobernador del Arzobispado, nombrando a Gonzalo de Palma y a Juan Pérez de Cisneros, procuradores de causas en la Audiencia Real de Granada, para que representasen en esta instancia los intereses del Arzobispo²⁴⁸. Algunos de los criados solicitadores de don Cristóbal de Rojas fueron los procuradores Diego de Brihuela²⁴⁹, Francisco Giménez, Francisco Mejía, Gerónimo Melgarejo y Lope Ortiz²⁵⁰. Francisco Jiménez aparece con poderes para presentarse ante cualquier justicia.

3.1.2.- La Secretaría de Cámara y la Consulta

En Palacio también residía la Secretaría de Cámara, instancia de gobierno político por excelencia. El Secretario de Cámara tenía una estrecha relación con el Prelado, despachaba a diario cuando éste se encontraba en Sevilla y tenía amplios poderes para actuar cometido por él. Según Díaz Coronado, en Sevilla siempre hubo dos secretarios de Cámara, ambos sacerdotes, uno para las *cosas graves*, que asistía a la Consulta, y otro que atendía la correspondencia del Prelado y llamaban de *cartas*. Ambos tenían sus oficinas y sus oficiales.

El Secretario de Cámara del Arzobispo, a diferencia de los otros secretarios de las audiencias que no gozaban de tanta consideración, entraba a despachar en el mismo gabinete del Prelado y actuaba como brazo ejecutor en muchos asuntos por delegación

²⁴⁵ A.P.N.S. Legajo 12.320, fol. 4.768.

²⁴⁶ A.P.N.S. Legajo 12.320, fol. 5069.

²⁴⁷ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 450; Legajo 12.415, año 1573, fol. 345.

²⁴⁸ A.P.N.S. legajo 12.399, fol. 193-195.

²⁴⁹ A.P.N.S. Legajo 12.423, fol. 255.

²⁵⁰ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1.575, fol. 476.

del Prelado.²⁵¹ Dirigía la visita y presentaba los informes, llamados *relaciones*, al Arzobispo, informando del estado en que se encontraba y las dificultades e inconvenientes que surgían. Toda la documentación generada por el Secretario de Cámara, como ejecutor de los actos de gobierno del Prelado, pasaba a engrosar la Sección de Gobierno del Archivo de Palacio. Dentro de esta documentación estaría la correspondencia activa y pasiva del Arzobispo con las distintas instancias, con la Santa Sede, con el Consejo Real en Madrid, con otros obispos o arzobispos, etc. Así pues, entre el Prelado y sus vicarios generales estaba la Secretaría de Cámara, verdadero enlace o correa de transmisión de las decisiones de gobierno del Arzobispo.²⁵²

Es posible establecer ciertas similitudes con los secretarios reales, éstos custodiaban con fidelidad la correspondencia del monarca y la registraban. Ya Alfonso X definió esto en las Partidas, y después Juan II en las Cortes de Valladolid de 1447 y Enrique IV en las de Toledo de 1462. Se trataba por tanto de una persona de entera confianza y cercanía al Prelado, departía con él y era el garante del registro de toda la correspondencia en asuntos y negocios de suma importancia para la Dignidad y para la jurisdicción eclesiástica.²⁵³ Más tarde, en las reuniones de la Consulta, veremos cómo el Prelado manda publicar sus edictos, sellado con el sello de sus armas y firmado de su mano y del Secretario de la Dignidad.²⁵⁴ En este sentido, el Secretario de Cámara actúa como verdadero Canciller, depositario del sello de la Dignidad y por tanto con capacidad para firmar y sellar como si fuese el mismo Prelado.²⁵⁵

El Secretario de Cámara también actuaba como agente con poderes del Prelado en gestiones y litigios que se sustanciaban en Roma, ante la Cámara Apostólica, o en la Corte, ante la justicia real en los Consejos o ante la justicia eclesiástica del Nuncio. Podríamos decir que el gobierno arzobispal pasaba por sus manos en muchos asuntos. El Secretario de Cámara era un oficial de la máxima confianza del Prelado, sabemos que don Cristóbal de Rojas trajo a su Secretario Antonio de Alguivar desde Córdoba, aunque en realidad provenía de Castrojeriz, donde dejó a su madre a cargo del cobro de las prebendas y beneficios eclesiásticos que allí tenía.²⁵⁶

Los secretarios del prelado, como familiares y criados de confianza, también aparecen haciendo gestiones ante otras jurisdicciones, y en negocios privados del Arzobispo y de otros jueces y oficiales del Arzobispado. Como cuando Antonio de Alguivar intervino en la compra y venta de esclavos en nombre del Arzobispo²⁵⁷, o Gaspar Aragonés, que aparece en 1574 en la Corte como albacea de Domingo de Lezo²⁵⁸, y al año siguiente actuando ante el Consejo de la Santa Inquisición y ante las inquisiciones de Llerena y Sevilla por una denuncia por blasfemias contra Fernando de

²⁵¹ Véase GOMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V. *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al Tratado Teórico-práctico*. Tomo II. Madrid, 1877. Jurisdicción ordinaria en su grado inferior o de primera instancia.

²⁵² Véase RUBIO MERINO, P.: *Archivística eclesiástica*. Sevilla: Guadalquivir, 1999.

²⁵³ (A)rchivo de (S)imancas. Sección IX. Catálogo de la Sección Patronato Real, p. 167. Hay un inventario general de la Sección Registro del Sello y de Corte. En las Partidas Ley 8, Título 19, Partida III.

²⁵⁴ G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 148, 20 de abril de 1642.

²⁵⁵ CLAVERO, B. *Ordenanzas de la Real Audiencia de Sevilla*. Sevilla, 1995, p. 12.

²⁵⁶ A.P.N.S. Legajo 12.414, fol. 725; *Ibidem*, Legajo 12.399, fol. 193-195.

²⁵⁷ A.P.N.S. Legajo 12.423, fol. 844.

²⁵⁸ A.P.N.S. Legajo 12.422, año 1574, fol. 912.

Paz, que había terminado en un pleito en la Real Audiencia.²⁵⁹ También observamos este hecho con Bernardino Escalante, que sería Secretario del Arzobispo don Rodrigo de Castro.²⁶⁰

Otro de los secretarios de cámara del prelado que nos ha dejado abundantes rastros documentales es Gaspar Aragonés. En un memorial que escribió en 1601, una vez recibida la noticia en Sevilla de la provisión de la silla arzobispal en la persona de don Fernando Niño de Guevara y a la espera de la llegada del nuevo Prelado, Aragonés informa al Provisor y al Juez de la Iglesia en sede vacante de las cosas que deben advertir al Cardenal tocantes a la Santa Iglesia, audiencias y Arzobispado. Además, suplica a éstos que:

se sirban proponer mi persona a su señoría ilustrísima, significándole que serví al dicho Arçobispo Cristóval de Roxas diez años, que fue Obispo de Córdoba do soy natural y me traxo aquí do le serví nueve años hasta que murió y todos los signodos que celebró en Córdoba y el postrero en presencia del Rey don Felipe que este en el cielo, y del emperador que oy es, y los que celebros aquí fueron ante mi, cuya horden yo rregistro tengo, y todos los autos consulta y govierno de aquel tiempo, fuy secretario della y tube a mi cargo todos sus pleitos de rroma y corte y aquí, y los del Duque de Lerma su sobrino a que fui muy de hordinario a Madrid y Valladolid, y el cardenal don Rodrigo de Castro me llamo para este oficio del consistorio do le serví y en los negocios que me mandó 14 años con la fidelidad y diligencia a que vuestas mercedes pueden testificar, será para mi mucha merced que su señoría illma me la haga deste oficio y me mande en quanto fuere servido que lo haré aquí y en corte y donde mas mi persona fuere a propósito con las veras y fidelidad que devo y e ussado y principalmente quiero que su señoría ilustrísima entienda que soy muy umilde y obediente de que se puede informar en general.²⁶¹

Su humildad, obediencia y experiencia durante más de 30 años como Secretario de Cámara en los pontificados de don Cristóbal de Rojas en Córdoba y en Sevilla y de don Rodrigo de Castro en Sevilla, avalaban las informaciones y *advertencias* que Aragonés hacía al nuevo Prelado que llegaba a la ciudad. Suponemos que Aragonés pertenecía a una familia de oficiales con tradición en los empleos burocráticos, tanto reales como eclesiásticos, pues el 6 de abril de 1498 tenemos un licenciado Aragonés como Examinador de los médicos del Cabildo de la ciudad de Sevilla. Ante él se presentaron *físicos e cirujanos e ensalmadores e boticarios e especieros*²⁶² para ser inspeccionados. El 13 de agosto de 1564 encontramos a un clérigo, notario apostólico, llamado Francisco Aragonés, leyendo por orden del Rey desde el púlpito de la Catedral en la misa solemne y en presencia del Prelado los decretos del Concilio de Trento²⁶³, y

²⁵⁹ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 744.

²⁶⁰ A.M.S. Sección III, Escribanía del Cabildo (siglo XVI), núm. 37, Memorial de Bernardino de Escalante.

²⁶¹ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. Memorial del Secretario Gaspar Aragonés. *Lo que se ofrece que será necesario advertir al ilustrísimo cardenal don Fernando Niño de Guevara*. Cuadernillo sin foliar.

²⁶² FERNANDEZ GOMEZ, M., OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRIGUEZ, M. L.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Madrid, 2001. Tomo IX (1499-1501). Carta de 6 de abril de 1498.

²⁶³ Véase ALONSO MORGADO, D.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla, 1906, p. 425.

el sábado 2 de diciembre de 1564 encontramos a un clérigo, notario del Provisor, del mismo nombre intimando al Cabildo un mandamiento con censuras.²⁶⁴

En la lucha de jurisdicciones y en los pleitos que se sustanciaban en Madrid y en Roma tenían un gran protagonismo los Secretarios de Cámara del Prelado como hombres de confianza. Tenemos un conjunto de cartas enviadas desde Roma al Secretario de Cámara en las que observamos al doctor don Luis Álvarez de Andrada, presbítero y Secretario Mayor de la Audiencia y Corte Arzobispal, y a Jerónimo de Leyva, Secretario de Cámara del Prelado, con poderes para ir a Roma a entender de asuntos pendientes allí. Se trata de documentos de tiempos de don Pedro de Castro, conocido por su pleitismo y por mantener diversos litigios con su Cabildo.

El 28 de febrero de 1618 enviaba Leyva una carta desde Roma dando cuenta de un pleito de impetra puesto a instancias de otro agente del Prelado en Roma, Mirabal, que según Leyva *lo escribió con sus entrañas no demasiado limpias*. Como había varios agentes y se cruzaban las cartas, Leyva se defendía de acusaciones diciendo que *soy hombre de bien quien me conoce por tal no debiera de creer ni dudar de ello... pues no he venido a Roma a dar disgustos al Arzobispo de Sevilla sino a deshacer un agravio que le hicieron*. Y continuaba abonando su persona, con argumentos como que no tenía otro caudal más que su honra de ser hombre de bien, y que si el *arzobispo mi señor supo algo contra mí*, era porque Mirabal, *que no es tenido por mi amigo ni él me trata por tal*, se la tenía jurada desde que lo metió en la cárcel, cuando era cura del Sagrario, por una *desobediencia desvergonzada*.²⁶⁵

Leyva recomendaba a Luis Álvarez para los negocios de Roma, *si tuviese salud*. Aunque en ese momento se encontraba en Nápoles con el Virrey, *con la mayor privanza del mundo*, el cual decía de él que era *el mayor privado que ha tenido príncipe*. Sin embargo, debido a sus problemas de salud quería volverse a España, y aunque el Virrey le había hecho muchas instancias para que se quedara, él no quería, así que le había dado dos galeras y estaba negociando con ocho o diez capitanes. Finalmente, informaba de su éxito en conseguir una manutención en el pleito contra los beneficiados, gracias a un arbitrio que había remitido la Signatura del Papal.

El 1 de abril, de nuevo informaba Leyva de sus negocios en la Rota sobre oblacones y preeminencias, y el lunes 6 decía que había conseguido su objetivo de que no fuese oído su enemigo *super eisdem* en la causa de las primicias. En el negocio de Antonio Covarrubias, le dijo el Juez de la Rota que había dado una comisión *pro capientis inditys* contra él pensando *que le hacía amistad*, pues se trataba de otro delito y no sobre el que se le juzgaba. Y de nuevo defendía su buen hacer, diciéndole al Prelado que:

no tenga cuidado porque si algunas manos pueden quitar estos negocios a v s i el cuidado puedo presumir que son las mias por que en voluntad fidelidad inteligencia y diligencia y ser bien oido en esta corte no hallo quien me pueda aventajar: y si embargo soy el que tengo de agradecer y estimar en mucho que v s i se quiera servir de mi.²⁶⁶

²⁶⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 28. sábado 2-12-1564.

²⁶⁵ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cartas firmadas por Gerónimo de Leyva. 28 de febrero de 1618. Cuadernillo sin foliar.

²⁶⁶ *Ibidem*.

En carta de 19 de mayo de 1618 decía que el negocio más grave de los que había pendientes era el de los curas, por su gran utilidad, aunque su defensa no era fácil, porque distintas personas de influencia, *no mal inclinadas*, le habían dicho que saldría descalabrado de estos pleitos. Otra cuestión sobre la que insistía Leyva era que el Prelado le aseguró que le daría, para gestionar los negocios en Roma, título de ministro y no de simple agente, y esto lo publicó y dijo a cardenales, auditores, al Datario, y a toda la Corte Romana. Y en el pleito de Covarrubias el Datario se lo había dicho al Papa, el cual lo aprobó como acción muy prudente del Arzobispo. Sin embargo habían escrito desde Sevilla personas graves y amigos del Arzobispo diciendo que todo había sido vanidad e invención, *habiendo pensado que yo había perdido el juicio y teniéndome compasión*.²⁶⁷

Ante esto, Leyva se quejaba de que el Arzobispo le había hecho caer en la mayor deshonra e indignidad *que jamas espero tener ni la puede esperar un hombre que sea el deshecho del mundo*. Y decía que dejaría Roma y los negocios y se daba por despedido por no *dejallos desamparados*, porque tenía que disputar cinco Dubios de importancia y con su celo y cuidado los daba todos por ganados y le daba lástima dejarlos. Ahora bien, amenazaba con irse a Nápoles y a Milán, *si no viniese lo que digo*, pues entraban las vacaciones y no se perjudicarían los pleitos hasta que viniese otro a gobernarlos.

Parece que Luis Álvarez instó a Jerónimo de Leyva a hacerse cargo de estos negocios pero éste puso como condición que había de ser con tratamiento de ministro del Prelado, porque era capitular de la Iglesia de Sevilla y no era decente ser agente y tomar negocios contra ella, y esto no podía ser sin tratamiento de criado del Arzobispo. Aunque decía no tener ambición por oficios, pues cuando se ofreció como Provisor solo trataba de disponer su persona *para servillo por que para servir a v s i sin oficio lo havia de hacer y haré siempre*, y se jactaba de que podía tener muchas agencias de negocios en Roma.

Según Leyva, Luis Álvarez, sabiendo su necesidad, publicó el tratamiento de ministro en toda Roma, diciéndolo a cardenales y tribunales y todos lo tenían por hecho. Incluso el Papa, *que el lunes pasado alabó la prudencia de v.s.i. en haberme vuelto a su servicio*, lo sabía. Ahora bien, Leyva aseguraba al Arzobispo que atendería los negocios con cuidado, sin esperar premios, *no como un solicitador destos que esperan albricias de las victorias*. A pesar de que gastaba mucho dinero en Roma, *tanto que espantaría a v.s.i.*, porque era menester para tener el lugar que demandaban los negocios, lamentándose que se hubiese reparado con él en intereses tan pequeños cuando se ganaba mucho en la brevedad de los negocios *por que ni trato de alargallos por mi interes y se como se han de tratar para acaballos con brevedad*.²⁶⁸

Con respecto a lo que decían, que no había agente de Prelado que cobrase más de 1.500 ducados, Leyva decía: *como si yo huviese de ser gobernado como los demas agentes y como si ellos puedan pedir diez dende yo pido ciento, y como si las obras no lo merecieran*. Y según él sus amigos le decían que tenía la culpa por no haber firmado *lo que le tocaba* antes de encargarse de los negocios, y que si lo hizo fue por la falta de salarios que tenía y la necesidad de aceptarlos.

²⁶⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cartas firmadas por Gerónimo de Leiva. 19 de mayo de 1618. Cuadernillo sin foliar.

²⁶⁸ *Ibidem*.

Jerónimo de Leyva, en sus cartas, a menudo se atribuía conocimiento y maña para resolver los asuntos en Roma.²⁶⁹

digo a v s i que si en algunas manos pueden quitar estos negocios a v s i el cuidado puedo presumir que son las mias, por que en voluntad fidelidad, intelligencia, y diligencia y ser bien oido en esta corte, no hallo quien me pueda aventajar; y sin embargo soy el que tengo de agradecer y estimar en mucho que v s i se quiera servir de mi.²⁷⁰

Se refería al negocio de los curas, que según él era el más grave por su utilidad para el gobierno espiritual del arzobispado, y pronosticaba una victoria con brevedad, a pesar de que tenía en contra a Lancelloto que favorecía a los beneficiados, y *es muy suyo el Juez*, aunque Manzanedo era Juez de una causa grave de un sobrino de Lancelloto, y *ay casos donde el favor puede entrar sin ofensa de la justicia... y donde ay interes se puede temer sin temeridad*.²⁷¹

En cuanto al negocio de Matute, Leiva escribió a Luis Álvarez para que lo concertara, pues, *por su condición y otra gentecilla que aquí tiene no ara otra cosa*, y él pediría después remisoria. En este pleito de los servidores de beneficios, la Universidad de beneficiados, dirigidos por Sánchez Gordillo, habían hecho *junta y juramento* para seguir los pleitos en todas las instancias. Y esto, según Leyva, era una desvergüenza porque se hacía para dar pesadumbre al Prelado, aunque no era punible porque lo justificarían con que ellos tenían justicia porque eran usufructuarios y no dueños absolutos de los beneficios.

En cuanto a los negocios que había pendientes informaba que el de las *primicias* esperaba el Dubio aunque los contrarios procuraban dilatar para que llegasen las vacaciones a primeros de julio *por que en la Rota es fácil de alcanzar dilaciones por que su estilo es dar satisfacción a los que pierden mas de lo que parece justo algunas veces*. En cuanto al litigio por el nombramiento de sacristanes y organistas, que denominaba *juris nominandi sacristas et organistas*, los beneficiados tenían manutención y una sentencia a su favor desde hacía más de 20 años, que la pronunció el Cardenal Seraphino, antiguo Auditor. Y se tenía poca esperanza de ganarlo, aunque propuso un Dubio, porque la costumbre que decían los beneficiados que tenían de nombrar sacristanes y organistas debía ser por cuarenta años para ser válida, *quadragenaria*, y no la tenían. Pero el mismo Juez había declarado que la costumbre pretendida por los beneficiados no era *contra ius sed preter*, y en este caso bastaba la costumbre decenal, y ésta sí la tenían. Y después de consultar a cuatro abogados propuso *valientemente* al tribunal que se viese, y salió *non liquet*, es decir que había tantos a favor como en contra, y ordenó la Rota que se viese de nuevo el pleito. Y decía Leyva que esperaba que se resolviese favorablemente porque *de los nuevos jueces que lo haran de vistar tengo algunos seguros a mi juicio por haberles oydo hablar en la materia, que aqui se ha habla claro*, aunque el Juez de la causa era Phanphilio, *que no lo tengo por muy seguro en inclinación*.

²⁶⁹ *Ibidem*. 28 de mayo de 1618.

²⁷⁰ *Ibidem*.

²⁷¹ *Ibidem*. 28 de mayo de 1618.

Con respecto al pleito entre el Arzobispo y Cabildo por el nombramiento de los curas del Sagrario decía que, no obstante la costumbre que tenía el Cabildo, el Prelado pretendía que pertenecía al Ordinario el examen y aprobación del nombramiento de estos curatos, sin embargo el Cabildo pretendía que su aprobación bastaba. El Prelado había nombrado como cura del Sagrario a Juan Torres argumentando que hacía falta para el servicio y que como el Cabildo no nombraba a nadie hacía negligencia. Con respecto al pleito de los beneficiados sobre la celebración de misas, *celebrationis misaris*, según Leyva le había dicho Mirabal que los curas no tenían justicia y que era un pleito perdido. En el pleito sobre el proceso y prisión contra Juan de Vergara, *attentatorio*, que se hizo sin los adjuntos, el Cabildo se daba mucha prisa en concluirlo, sobre el pleito *mercedis*, que llevaba Matute informaba que se celebraría la siguiente semana.²⁷²

En el pleito *voti*, sobre los familiares del Arzobispo, que también lo llevaba Matute, aunque Luis Álvarez hizo mucho desde Nápoles, ya no se podía hacer nada hasta después de *vacantes*. Este mismo día, 28 de mayo de 1618, salía Luis Álvarez desde Nápoles para España, según le había escrito. En galeras a Florencia y desde allí a Génova, donde Melosin de Borja, hermano del Cardenal, lo llevaría por la costa de Denia. Decía Leyva que mucho le debía el Prelado a Luis Álvarez, por lo mucho que había hecho desde Nápoles a través de la influencia del Virrey, y siempre se destacó por su prudencia, buen gobierno y *limpieza de manos*.²⁷³

En otro conjunto de cartas, Leyva describe las condiciones de su contrato y su salario, y explícitamente donde se establecía que *se tratara bien en roma trayendo a su costa coche propio o caballo aderesado y criados lo que mejor le pareciera para su lusimiento y mejor expedicion de los negocios y sustentarlo del dicho salario*.²⁷⁴ En otra carta, enviada desde Roma el 20 de enero de 1619, y recibida en Sevilla el 9 de marzo, de nuevo se refiere al pleito de don Antonio Covarrubias con el Chantre *por que las cossa andan por alla alborotadas debe ser este alboroto sobre la competencia de don antonio covarruvias con el chantre sobre que ni el ni otra persona me ha escrito solo ha sabido algo de cartas de prebendados bien inclinados y de luis alvarez*. Covarrubias era Juez de don Pedro de Castro y había entablado un pleito con el Cabildo Catedral en el que había utilizado las excomuniones y desobedecido los mandamientos de jueces apostólicos. Jerónimo de Leyva, decía en estas cartas que en Roma se veía muy mal que no se hubiese obedecido a los jueces apostólicos, especialmente al Nuncio, pues *parece peor y no se gana nada con esto no dejo de confesar que ay casos tales que el ordinario no solo puede sino debe oponerse pero hasta cierto termino que el negocio por parte del ordinario no se haga mas bravo y de actor se haga reo*.²⁷⁵

También encontramos un conjunto de cartas de los negocios en Roma en las que Leyva informa de los que estaban pendientes. Las anotaciones de los pleitos comienzan con las siguientes marcas²⁷⁶:

²⁷² *Ibidem*. 28 de mayo de 1618.

²⁷³ *Ibidem*. 28 de mayo de 1618.

²⁷⁴ En lo que sigue nos basamos en un conjunto de cartas sin foliar depositadas en el A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. Cartas de Luis Alvarez.

²⁷⁵ *Ibidem*. 20 de enero de 1619.

²⁷⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cartas de Jerónimo de Leyva. Cuadernillo sin foliar.

- No se use de los poderes.
- Ordenarse por suficiencia.
 - Frailes trinitarios.
- Familiares que el cabildo excluye.
- Y de lo que de ello se sigue en servicio de dios.
 - El remedio que avia de tomarse.
 - Pidan declaración los familiares.
 - Si es costumbre racional.
- Pleitos entre el cabildo y prelados. Las informaciones de los abogados.
 - Crimen de herejia en los edictos.
- Cabildo de la iglesia no ayuda en nada al prelado.

En este mismo cuadernillo se encuentran las instrucciones para el doctor don Luis Álvarez para los negocios en Roma, en las que podemos leer a propósito del litigio del nombramiento de beneficiados curados en las parroquias:

Que los beneficiados hagan el oficio de cura y que el prelado les pueda obligar pues hay costumbre inmemorial. Pruevase por los libros de visita que al principio pone el visitador quantos beneficiados ay y quienes son, y si los sirven por sus personas o por servidores o si hacen oficio de cura. Pruebase tambien por los libros de bautismo y belaciones. Pruevase por las cartas de cura que se an conferido hasta oy, en las que estan juntos los ministerios que pertenecen al cura y los que pertenecen al beneficiado, sin distinción, y por al memoria de hombres de antiguo y por el lenguaje comun y que a todos se llaman curas... algo desto tiene articulado el conde de olivares en sus probanzas, en el pleyto de la baluacion por los actos que hazen los beneficiados en el jueves santo en las consagraciones de los olios y los actos que se hacen de bendición, de ramos, y de candelaria y que los pone por actos de cura (en carta de Matute). Que la llave del sagrario jueves santo la piden los beneficiados.

Que el prelado les puede obligar por que en el titulo y licencia van juntos el cura y el beneficiado... consta tambien por el Libro Blanco de la santa iglesia que dice que el cura esta en mano del prelado que la puede encomendar a quien quisiere, quien sea beneficiado y quien no, y por el tiempo de su beneficio. Vease por las cartas que el Arzobispo mi señor ha escrito al canonigo Joan de Matute. La carta de 19 de julio de 1611, la de 3 de enero de 1612, la de 28 de febrero de 1612, la de 9 de octubre de 1612, y las de 26 de marzo, 15 de mayo y 20 de agosto de 1613. An asistido los beneficiados al santo oficio el jueves santo, en carta de 20 de agosto de 1613. Vease instrucción que se imbio a Roma, o memorial que trata en particular deste articulo, aunque de camino trata de otros, está en las cartas de 9 de octubre 1612.²⁷⁷

Como ya se dijo, otro de los agentes que don Pedro de Castro mantuvo en Roma en sus negocios fue el canónigo Matute, al que envió poderes e instrucciones. Una de las primeras diligencias que realizó Matute al servicio de don Pedro fue presentar la información de calidades del Arzobispo para ser promovido a la sede sevillana. Para ello se examinaron testigos que depusieron sobre la habilidad y suficiencia de quién, en ese momento, era Arzobispo de Granada. Algunas de las preguntas eran relativas a si había sido buen pastor de su iglesia y había estado en ella con mucha paz y quietud, con buen ejemplo de vida y costumbres ejemplares y corrigiendo y castigando los vicios y

²⁷⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cartas de Gerónimo de Leyba. Cuadernillo sin foliar, nº 1. Instrucción al doctor don Luis Aluarez para los negocios de Roma.

pecados publicos y *haziendo guardar la inmunidad de la iglesia y personas eclesiásticas y haziendo muchas limosnas ordinarias y extraordinarias digan los testigos lo que cerca desto saben*. En una de las cartas Matute informa de los nuevos requerimientos que establece la sede romana para la provisión de prelados, pues ha recibido una carte de Francisco de Heredia el 23 de marzo de 1610 en la que le avisa que los testigos los ha de examinar el Obispo de Guadix:

que le han detenido en Roma el pasar la iglesia de canaria por no yr la informacion del electo como alla quieren que cada dia tenen nobedades... se sirba hacer nuebamente los articulos por donde se han de examinar los testigos, sino que se los pida al sr. Obispo de guadix... y el ha de dar los articulos que se han de preguntar a los testigos... se podran añadir los siguientes: el de las reliquias

Así pues, los secretarios de cámara del Prelado tenían un gran protagonismo en el gobierno político del arzobispado, ya fuese en Sevilla, donde recibían la correspondencia y transmitían las instrucciones del Prelado a los agentes de los negocios, o desplazándose ellos mismos como agentes a Roma o a Madrid. Ahora bien, el *lugar* o instancia de gobierno desde donde se coordinaban las actuaciones y se trababan las competencias de los distintos jueces no era otro que la *Consulta*, órgano colegiado o Consejo que instituyó el Arzobispo don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1571-1580), que presidió su Provisor y Administrador General del Arzobispado, doctor Leso, y al que asistían el Juez de la Iglesia, el Juez de Testamentos, el Secretario de Cámara del Prelado, los visitadores que se hallasen en Sevilla y los abogados cuando fuese necesario. En esta Consulta se trataban las causas del Provisor y del Juez de la Iglesia, y si tenían dudas en los pleitos que ante ellos se litigaban los sometían a consulta y deliberación y se resolvían, especialmente en materia de gobierno. Si las partes litigantes tenían alguna sospecha de los jueces, pedían en la Consulta que se trajese allí el proceso y lo determinasen. Y el Provisor tenía allí voto en los negocios del Juez de la Iglesia y el Juez en los negocios del Provisor, y de esta manera se evitaban recusaciones y sospechas, y el resultado de la deliberación y votos se llevaba al Arzobispo.

Como los arzobispos eran del Consejo de Su Majestad, es posible que aprendiesen las maneras de gobierno de la Corte y las reprodujeron en sus obispados y arzobispados. La Cámara nació de la costumbre, sin solemnidades legales ni reglamentarias, para asesorar al Monarca en la resolución de una serie de asuntos. Se reunían en una cámara de Palacio los consejeros de confianza del Rey, reservándose el conocimiento privativo de una serie de asuntos, llamados de Cámara²⁷⁸. En la jurisdicción eclesiástica, la Secretaría de Cámara era la instancia de los asuntos de cámara, y quizás la Consulta fuese una forma de institucionalizarlos, aunque dado su carácter informal tenemos muy poca información de sus reuniones.

Es muy probable que el modelo de la Consulta sevillana fuese un órgano similar que existía en el Arzobispado de Toledo desde el siglo XIII. Aunque era un cuerpo consultivo procedía gubernativamente en diversos asuntos en los que mantenía competencia privativa y en los que no podían entender los vicarios generales, foráneos,

²⁷⁸ Véase ALTAMIRA, R. *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona, 1914.

visitadores ni jueces del arzobispado.²⁷⁹ En el Arzobispado de Évora también existían órganos colegiados, la Mesa de la Consulta y la Relación del Arzobispado, con competencias similares, de tal modo que el Provisor y los demás jueces quedaban supeditados a estos en algunas de sus tareas.²⁸⁰

El Secretario de Cámara de don Rodrigo de Castro (1580-1600), Gaspar Aragonés, nos cuenta que el libro y los preceptos que se tuvieron en la Consulta estaban en su poder, como secretario que fue de ella, y entregó copia al Cardenal seis o siete meses antes de morir éste, para la última consulta que hizo en los últimos meses de su vida; y dirigiéndose al nuevo Prelado que llegaba, don Fernando Niño de Guevara (1600-1609), añadía: *y en esto su señoría ilustrísima en quien concurren tantas letras prudencia y experiencia mandara lo que fuere servido que queriendo escusar esta Consulta en su Cámara se le puede comunicar qualesquier cosas o mandar a cada uno lo que fuese servido.*²⁸¹

Por tanto la Consulta era un órgano a la discreción de los prelados sevillanos, que podían deliberar con sus jueces, visitadores, abogados y secretario, en su Cámara, o bien usar de esta fórmula, según proveyesen. Aparte de esta descripción de Aragonés apenas hemos encontrado unos pocos rastros documentales de la existencia de la Consulta en el siglo XVI. Es posible que al tratarse de una instancia de deliberación en un ámbito privado, la Cámara del Arzobispo, no generara documentación específica, sino que los asuntos que trataba volvían a los jueces o al Prelado, que determinaban. Si bien esto no quiere decir que los prelados posteriores prescindieran de las deliberaciones con sus jueces y visitadores, es posible que continuaran informalmente sus funciones y quedara subsumida en la Secretaría de Cámara del Prelado.

Tenemos de nuevo noticias de la Consulta en el pontificado de don García de Borja y Velasco. En abril de 1642 se celebraron tres consultas en las que estuvo presente el Provisor, así como el canónigo y Arcediano de Reina, Jerónimo Zapata, y el canónigo don Alonso Gómez de Tojas, que habían sido nombrados diputados para el caso. Se trataba de una deliberación sobre si la festividad de la aparición del glorioso Arcángel San Miguel sería o no precepto. Tras la decisión real, El Provisor Jacinto de Sevilla, que era colegial de Alcalá de Henares, racionero de Sevilla e Inquisidor Ordinario por el Arzobispo, hacía saber el siguiente Edicto:

atendiendo a los aprietos que ste reyno padece por la deslealtad de sus vasallos revelados y de otros principes que sean aliado con ellos reconociendo como piadoso y catolico monarca que mexor suceso de la justa defensa: que hace con rreales armas a menester implorar el favor y auxilio divino a legido para alcanssarlo por su abogado y intercessor al glorioso Arcangel San Miguel principe de todos los espiritus celestes y patron universal de la iglesia y para mas obligar al serafin supremo mando su magestad que el reyno junto en cortes votase guardar la fiesta de la aparicion del glorioso arcangel que es ocho de mayo y la vispera de

²⁷⁹ GOMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V. *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al Tratado Teórico-práctico*. II Tomo. Madrid, 1877. Los metropolitanos por disciplina general. Tribunales metropolitanos en España. p. 38.

²⁸⁰ PALOMO, F. “La autoridad de los prelados postridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotónio de Braganza en el Arzobispado de Évora (1578-1602)”. *Hispania Sacra*, 1995. p. 595-601.

²⁸¹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara*. Cuadernillo sin foliar.

ayuno y el mismo día se hiciese procesion general pidiendo el socorro divino que su mag necesita para conseguir la felicidad de sus reales intentos...²⁸²

Por tanto, estando el Arzobispo en las Casas Arzobispales, reunido en su Consulta, mandaba que se publicase este Edicto, sellado con el sello de sus armas y firmado de su mano y del Secretario de la Dignidad, para todos los cabildos de las iglesias catedrales anunciaran el ayuno de precepto en la víspera y en las demás vigili- as, con fiesta, misas, sermón y procesión general. Dejando a la prudencia y disposición de los vicarios en las ciudades, villas y lugares para que fijasen el Edicto en las puertas.

El primero de diciembre de 1642 de nuevo tenemos noticias de la Consulta, el Secretario de Cámara del Prelado, el licenciado Pedro Gil Durán, registró en el Libro Índice de la Secretaría de Cámara el llamamiento del Arzobispo a su Provisor, don Jacinto de Sevilla, para que mandase reunir la Consulta. A esta asistieron, además del Prelado y su Provisor, don García de Sotomayor y don Pedro Cristóbal, letrados de la Dignidad, el Secrtario de Cámara y el Fiscal de la Audiencia del Provisor, don Cristóbal de Bustos. Se trataba de deliberar y determinar, en presencia del Prelado, sobre el Edicto que habían publicado los jueces de la Cruzada para que todos el que supiera manifestase, bajo pena de excomunión, los bienes que habían dejado los portugueses que habían huído después de la rebelión de Portugal. Los letrados opinaron que ésta medida tocaba a la Dignidad Arzobispal y a su jurisdicción y propusieron que el Fiscal del Provisor se querellase contra los que habían leído el Edicto, que se recogiesen los edictos ya publicados, y que se mandase con censuras que no se leyesen más, pues no tenían licencia del Provisor.²⁸³

Dentro de la Secretaría de Cámara se encontraba la Mesa de los Examinadores Sinodales, a ella pertenecían las *cédulas de examen*. Los examinadores sinodales eran sujetos *muy condecorados en virtud y letras*²⁸⁴ y su número también fue aumentando durante el siglo XVI y XVII. Solían ser tres pero a veces se nombraban dos y llegaron a un máximo de ocho a principios del siglo XVIII. Presidía la Mesa el Teólogo de Cámara, que solía ser un familiar del Prelado y vivía, como el resto de los familiares, en el Palacio Arzobispal, para lo que se ofreciere. Para su manutención se le daba la Cátedra de Moral, que se leía en la Catedral y adonde concurrían los estudiantes. Por ser el examinador de los ordenantes tenía el respeto y la consideración de los estudiantes y además poseía autoridad moral para terciar en las *pendencias* y *pesadumbres* que se generaban entre los eclesiásticos, pues se encargaba de las *chimeras* extrajudiciales de todos los clérigos y curas del arzobispado. Tenía, por tanto, además del examen, una función de reconciliación de las rencillas entre clérigos, para evitar pleitos y resolver los conflictos de manera extrajudicial, conforme a los mandatos evangélicos.

La Junta de teólogos también intervenía en las consultas en casos de duda, como en el caso de la validez del bautismo de un sacerdote, pues su nacimiento resultó de un parto difícil y al nacer *sacó un pie y en él le hechó la partera agua diciendo yo te*

²⁸² G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 148, 20 de abril de 1642.

²⁸³ G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 147, primero de diciembre de 1642.

²⁸⁴ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo único del Gobierno Político.

*bautizo y retiró el pié y luego nació.*²⁸⁵ Lo llevaron a la iglesia y suponiendo que estaba bautizado no se le echó el agua. La partera tenía potestad para, en peligro de muerte, bautizar al neonato, pero en este caso vivió después de recibir el agua bautismal en un pie. Se trataba de saber si el primer sacramento purificador había tenido eficacia, pues de lo contrario no serían válidos el resto de los administrados, incluido el del orden.

Ante la duda se consultó a la Junta de Teólogos sobre la validez de este bautismo, y en 1640 se acordó rebautizarlo y reiterar las órdenes. Todo se hizo en una mañana en el Oratorio de la Casa Arzobispal; el Auxiliar del Arzobispo, señor don Luis Camargo, Obispo de Centuria, lo bautizó *sub conditione*, luego dijo misa y en ella le dio todas las órdenes *sub conditione*, y sin extra témpora ni dar cuenta al Papa. En otro caso se trataba de un mozo que se fue a Indias y en Sevilla murió la mujer de otro, que estaba también en Indias, y que tenía el mismo nombre y apellido, de tal forma que oyó decir en Indias que su mujer estaba muerta y un amigo le remitió la fé donde no se expresaba el nombre del marido. Se ordenó de sacerdote, volvió a Sevilla en 1670 y un día se encontró a su mujer en la Puerta de los Palos de la Catedral, avisó al Provisor y se reunió la Junta de Teólogos. Como la mujer no quiso retirarse a un convento, y él dijo que era pobre y no tenía con qué mantenerse, se permitió que usase ambos estados y que viviesen juntos pero que él no dijese misa.²⁸⁶

Los examinadores sinodales solían ser dos e intervenían en las ordenaciones aprobando a los candidatos. Tenemos algunas noticias al respecto, en 1624 el examinador don Gregorio Sarmiento estuvo enfermo y sólo examinó el doctor Laynes, así que el Cabildo mandó que don Luis Melgarejo fuese también examinador y señalasen lugar y día para examinar. Después enfermó también el doctor Laynes, y como había muchos ordenantes pendientes, el Cabildo nombró al canónigo doctor Lucas Soria y al coadjutor Roque Aldrete para que juntos examinasen.²⁸⁷ Asimismo mandaron al Provisor que diese orden para que los ordenantes fuesen aprobados por los dos examinadores, y de lo contrario no se les diese licencia. Y se les advirtió que se juntasen dentro de la Iglesia y señalasen día y hora para examinar, pues lo estaban haciendo cada uno por separado, y se pretendía que haciéndolo juntos y examinando los dos a todos los candidatos se hiciese más difícil conseguir *excepciones*.

En esta Mesa de los Examinadores tenemos también al Maestro de Ceremonias, que examinaba de ceremonias de misa a los ordenantes y solía ser un capellán de la Dignidad. También gozaba de un gran respeto, pues era docto en su materia y los que iban a examinarse lo hacían *sino con miedo al menos con cuidado y que también lleven algo savido del examen.*²⁸⁸ El Maestro de Ceremonias debía velar por la uniformidad y adecuación a los cánones, conforme al misal, de todas las ceremonias religiosas. Para esto oía las misas y en su caso advertía a los clérigos para que no se apartasen de *todo lo que conviene a la decencia de los altares para que se cumpla devidamente este ministerio.*²⁸⁹

²⁸⁵ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, Rollo 48, Libros en folio, A, Tomo 1º. Sacerdote bautizado.

²⁸⁶ *Ibidem*.

²⁸⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 20-12-1623.

²⁸⁸ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. “Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla”. Cuadernillo sin foliar. . Capítulo único del Gobierno Político.

²⁸⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara.*

En el Arzobispado de don Diego de Guzman (1625), observamos que el Prelado trata asuntos prácticamente a diario con sus Secretarios de Cámara, despacha títulos, edictos, mandamientos y licencias. A partir de enero de 1627 tenemos un registro exhaustivo de los nombramientos; el Prelado da poder a su Provisor, don Luis Venegas de Figueroa, para que en su nombre concorra simultáneamente con el Deán y Cabildo en las nominaciones, provisiones y colaciones canónicas en la Santa Iglesia Catedral. A menudo estos nombramientos recaen en familiares del Arzobispo, su camarero, un capellán de la dignidad, etc. Todos los nombramientos los registraban y firmaban los secretarios de Cámara del Prelado, que a partir de 1627 lo fueron Salvador de Chavarria y Joan de Berrocana.

Y lo que es también muy significativo, todo se registraba de manera estricta y minuciosa en el Libro Índice de la Secretaría de Cámara. Entre los documentos que aparecen en este libro tenemos cédulas para confesar, para celebrar misas, cartas para servir oficio de cura, y para despachar los títulos de los distintos agentes del gobierno arzobispal, empezando por los jueces, en las distintas dependencias, tanto en el centro como en la periferia.

En este momento vemos por primera vez de manera explícita la importancia que se le atribuye al Sello del Prelado, que es la garantía de autenticidad de las expediciones y registros. Así, se mandaba con pena de excomunion que no se llevasen despachos sin el sello de las Armas del prelado:

despachos que se suelen dar como colaciones de capellanias así de jure deboluto como de patronatos o de otra cualquier dispensaciones, licencias de oratorios y de pedir limosna, recomendatorias, titulos y todas las demas cosas sin que primero se sellen con el sello de nuestras armas y por la persona que para ello tenemos señalada y so la dicha pena mandamos a todos los notarios y demas ministros de ntras audiencias arzobispaes o adviertan a las partes y ellos no las acaben de despachar sin que las lleven selladas.²⁹⁰

Por este Libro Índice nos constan las ordenaciones de corona que realizaba el Prelado en su capilla de Palacio, como la de don Rodrigo Téllez Girón, hijo ilegítimo del Duque de Osuna, en febrero de 1627, al que dispensó antes de ordenarse de la ilegitimidad para que pudiese tener una prebenda en la Colegial de Osuna con un beneficio o pension. Los despachos para dispensas de ilegitimidad los tramitaba el Secretario de Cámara y las concedía el Prelado.²⁹¹ También aparecen diversas reverendas de evangelio y misa para algunos que se iban a Roma y otras ordenaciones de epístola y misa, con reverendas de otros obispados. Otras veces la dignidad ordenaba a su obispo auxiliar que fuese a alguna población alejada a ordenar de epístola o evangelio o de misa,²⁹² o al Visitador para que examinase a un clérigo para ver si era suficiente para el oficio de ayudante de cura.²⁹³

²⁹⁰ A.G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16.452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, folio 20-25, empieza el 20 de enero de 1627.

²⁹¹ A.G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16.452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 82

²⁹² *Ibidem*. fols. 21 y 22.

²⁹³ *Ibidem*, fol. 29.

Además de la expedición y despacho de títulos, nombramientos y ordenaciones, también se registraban otras decisiones y mandamientos de gobierno. Al doctor Bartolomé Caballero le despacharon en título de Notario Secretario del Visitador de los Monasterios de Monjas de Sevilla y su arzobispado sujetos al Prelado, que eran: San Leandro, El Socorro, La Concepcion de San Miguel y La Paz, y de los Monasterios de Monjas de Jerez, Cazalla, Arcos, Aracena, Escacena y Huelva. Y se mandaba que todos los autos y pleitos que debiese conocer el visitador pasasen ante el Notario Secretario de la Visita. Éste, por supuesto, debía hacer antes el juramento de fidelidad acostumbrado ante el Provisor o el Visitador de los Conventos.

También aparecen despachos y colaciones de beneficios vacantes ²⁹⁴ y nombramientos de mayordomos de fábricas de distintas iglesias con su poder para administrar los bienes inmuebles y raíces, así como para dar en arrendamiento las propiedades, revocando cualquier otro poder que hubiesen dado los visitadores o provisos. Eso sí, que jurasen ante el Provisor y diesen las fianzas acostumbradas. Asimismo se mandó hacer el nombramiento de los jueces para las causas eclesiásticas nombrados en los sínodos, o jueces sinodales, por muerte de los que había.

Otros mandamientos destacables fueron que los confesores tuviesen copia de los casos reservados sobre las excomuniones ²⁹⁵, y que ningún confesor recibiese dinero para misas, ceras u otras cosas de los que se fueren a confesar con ellos, aunque fuese en cumplimiento y satisfaccion de la penitencia, bajo pena de excomunion mayor. ²⁹⁶ También encontramos un mandamiento para que cuando bautizaran las comadres a alguna criatura le preguntase el cura a quien la bautizó qué agua le echaron, qué cantidad y en qué parte del cuerpo y si hallase algún defecto substancial en la forma o en la absolución que volviese a bautizar como si no le hubiese echado el agua, y si fuese dudoso que lo bautizase *subconditione*. Y si no estuviese claro, que no procediese con la ceremonia y remitiese la criatura a su casa. En caso de que la comadre hubiese bautizado correctamente debía el cura escribir en el libro de bautismo el examen y las diligencias que hizo para averiguar que fue un bautizo válido.

También observamos decisiones relativas al disciplinamiento eclesiástico, como el mandamiento que establecía que los clérigos, estudiantes y gente eclesiástica no llevasen armas de día ni de noche, y que no rondasen con dagas encubiertas ni llevasen trajes ni vestidos profanos, ni bigotes y guedejas, bajo pena de excomunion mayor y que no se ordenase a quien lo pretendiese. ²⁹⁷ O el mandamiento, hecho por el Prelado *en su Palacio*, para que los canónigos, ministros y otros clérigos de la Colegial de San Salvador de Jerez, que habían desobedecido al Visitador *con gran alboroto y escandalo*, se sometiesen al Visitador General que enviaba el Prelado, Alonso de Loaysa, y se averiguase la verdad de lo que había pasado. ²⁹⁸

Con respecto a los monasterios sujetos al Prelado, aunque había un Visitador, observamos que el Prelado, a través de su Secretaría de Cámara sigue muy de cerca todo lo relativo a éstos, dando licencias para recibir monjas, para dar la profesión a una monja que había estado cuatro meses fuera del convento, también nombraba al

²⁹⁴ *Ibidem*, fol. 35.

²⁹⁵ *Ibidem*. fol. 25.

²⁹⁶ *Ibidem*. fol. 26.

²⁹⁷ *Ibidem*. fol. 26.

²⁹⁸ *Ibidem*. fol. 40, 2 de noviembre de 1627.

Administrador y Rector del Hospital de Nuestra Señora de la Antigua, y a los vicarios de los conventos de monjas de las vicarías.

Sobre el gobierno de los conventos de frailes y monjas sujetos al Prelado encontramos muchas decisiones de gobierno. Como la comisión dada al Juez de la Iglesia, doctor Eugenio de Chiriboga, para que diese licencia a los capuchinos para que pudiesen tener el santísimo sacramento, para fundar un convento de carmelitas descalzas en Sanlúcar de Barrameda.²⁹⁹ También vemos cómo en este libro de registro aparecen las comisiones que el Arzobispo daba a sus jueces, como la que dio al Provisor doctor don Luis Venegas de Figueroa para que visitase el lugar donde estaban las monjas mercenarias descalzas para ver donde estaba el santísimo sacramento, y si estaba con decencia y cumplía los requisitos necesarios, le diese licencia para que se fundase el convento. Y para que hiciese información secreta de testigos para ver si convenía que se fundase un convento de capuchinos en Ardales, y averiguar si se podría sustentar con las limosnas sin gravar a los vecinos, si era útil para el *mayor servicio de nuestro señor*, y si habría perjuicio para alguna persona o comunidad. Otro de los mandamientos que dio don Diego de Guzman fue que los colectores y mayordomos de las iglesias no diesen misas a frailes. En todos estos mandamientos, por supuesto, se añade la coletilla ritual: *le encargamos la conciencia para el descargo de la nuestra*.³⁰⁰

En 1627 encontramos al Prelado eligiendo a los visitadores de los conventos de religiosas sujetas al Arzobispo, y de nuevo aparece el *descargo de conciencia*:

Procurando cumplir con las obligaciones que tenemos de acudir al gobierno de nro arzobispado y en particular en lo tocante a los conventos de religiosas sujetas a nra obediencia hemos hecho eleccion de las personas que nos han parecido mas a proposito y que mejor puedan ayudarnos a descargar ntras conciencias principalmente de visitadores de cuyo proceder tenemos la satisfaccion que nuestra voluntad y nuestros preceptos y ordenanzas que partieren se guarden y executen con mucha puntualidad y las preladas lo executen y nos daremos por muy satisfechos y acudieremos en sus necesidades y de hacer lo contrario para hacer el castigo mas conveniente mandamos a todas las comunidades obedezcan al visitador³⁰¹

También observamos mandamientos a los mayordomos de las fábricas de las iglesias, como al de Rota para que socorriese a la fabrica de la iglesia parroquial de Sanlúcar por habersele caído la nave principal y no tener hacienda para repararla, así como comisiones a los vicarios y mayordomos para que hiciesen reparaciones necesarias. Otro mandamiento del Prelado se refería a que cualquier persona que tuviese papeles relativos a los niños expósitos los entregase a los diputados que se habían nombrado para gestionar este asunto.

Y sobre las devociones, que se prosiguiese con las gestiones para la canonización del rey San Fernando,³⁰² pero que se respetase la veneración que tenían en Sanlúcar al mártir San Estacio y que se les permitiera que ese día fuese fiesta de guardar.³⁰³

²⁹⁹ *Ibidem*, fol. 148, 20 de abril de 1642.

³⁰⁰ *Ibidem*, fol. 29.

³⁰¹ *Ibidem*, fol. 43.

³⁰² *Ibidem*, fol 47-48.

³⁰³ *Ibidem*, fol. 35.

Haciendo compatible de esta manera el culto monárquico y la uniformidad en las devociones con las particularidades de los sentimientos y las devociones locales.

El Libro de Índices continúa así, y nos muestra un mismo patrón de actuación de la Secretaría de Cámara con los sucesivos prelados, con don Gaspar de Borja y Velasco y sus sucesores en la década de los 40 y de los 50 del siglo XVII.³⁰⁴ Tenemos, por tanto, algunas evidencias de que a partir de don Diego de Guzmán se subió un peldaño más en la escalera de la progresión de la centralización y el control del aparato arzobispal. A partir de aquí el Secretario de Cámara, y por ende el Prelado en su Palacio con su Consulta, gestionaron más de cerca asuntos que antes decidían de manera más autónoma los jueces, sobre todo el Provisor.

³⁰⁴ A.G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16.452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 148 y siguientes.

3.2.- El Gobierno Judicial

Desde principios del siglo XVI el Cardenal fray Diego de Deza había tratado de poner orden en los Juzgados del Palacio Arzobispal, estableciendo un horario de audiencia pública de mañana y tarde para evitar el absentismo de los jueces y oficiales, advirtiéndole que se evitaran los frecuentes altercados y riñas, así como el llamado *estrépito forense*, que se consideraba poco adecuado tratándose de jueces eclesiásticos, y para que en ellos se procurara *fazer tener silencio et buena orden en las audiencias, multando et penando a los que las perturbaren*.³⁰⁵ También procuró la brevedad y diligencia de los pleitos, para evitar molestias y gastos a los litigantes y ocasiones de abusos a los oficiales de los Juzgados.

En realidad, el deseo de establecer un proceso abreviado, venía gestándose desde el *Corpus Iuris Canonici* de Clemente V (1314) que estableció que los jueces eclesiásticos procedieran *simpliciter et de plano ac sine strepitu iudicii et figura*. La Constitución *Saepe* completó la reforma limitando la duración de los procesos ordinarios y estableciendo como suficiente la mera citación, la publicidad del proceso y la sentencia sin solemnidad, procediendo *sola rerum veritate inspecta*. Además, para mayor agilidad se prohibieron las apelaciones dilatorias: *apellationes dilatorias et frustatorias repellendum...testiunque superfluum multitudinem refrenando*. Todas estas medidas establecieron junto al proceso solemne para las causas mayores, el proceso sumario para las menos importantes, que junto al tercer tipo de proceso, el ejecutivo germánico, fueron incorporados por los estados. Con respecto a éste último don Rodrigo de Castro estableció, y el Cardenal Guevara lo reafirmó, que en las causas civiles ejecutivas de menos de dos ducados no se hiciera proceso escrito sino que se resolviese *brevemente i sumariamente, sabida la verdad sin otra orden de juicio*.³⁰⁶

Finalmente, el Concilio de Trento reiteró a los ordinarios que procurasen acelerar los procesos y terminar las causas con la mayor brevedad posible, oponiéndose a los artificios de los litigantes con sus dilaciones, fijando términos, o por otros medios competentes.³⁰⁷ Al hablar de los concubinarios establecía la posibilidad de juzgarles por el procedimiento sumario *sin estrépito ni forma de juicio, atendiendo sólo a la verdad de los hechos*.³⁰⁸ Durante todo el siglo XVII la jurisprudencia de la Rota Romana creó una serie de procedimientos sumarios que agilizaron enormemente los procesos eclesiásticos dándole a los jueces una mayor capacidad para dirigir y valorar el curso del proceso.³⁰⁹ Todo esto se justificaba para evitar las solemnidades que hacían los juicios interminables y las dilaciones interesadas que perjudicaban a los pobres e iletrados.

Don Rodrigo de Castro estableció para el Provisor y Juez de la Iglesia que hicieran audiencia todos los días no feriados, en invierno de diez a once y en verano de

³⁰⁵ A.C.S. Sección IX. Legajo 42. Documento 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza. 1512. La orden que han de tener los Jueces eclesiásticos en hazer sus Audiencia.

³⁰⁶ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Capítulo XVIII.

³⁰⁷ El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión 13 y Sesión 24.

³⁰⁸ Véase BENLLOCH POVEDA, A.: "Jurisdicciones eclesiásticas en la Edad Moderna: el proceso", p. 138. En *Instituciones de la España Moderna*, Coord. M. MARTINEZ RUIZ y M. DE PAZZIS PI: Madrid, 1996.

³⁰⁹ Véase BENLLOCH POVEDA, A. *Ibidem*.

nueve a diez de la mañana, despachando peticiones y expedientes. El Cardenal Niño de Guevara recogería esto en su Constitución de 1604³¹⁰, legislando a fondo sobre la organización de los tribunales eclesiásticos del Arzobispado, ordenando que los notarios y oficiales que prestaban sus servicios en las audiencias tuviesen títulos en forma, como mandaba el Concilio de Trento, y estableciendo que los presentasen al juez con quien los tuviesen que usar, haciendo juramento de usar bien y fielmente su oficio³¹¹. Como los excesos verbales eran frecuentes en las audiencias mandó que los oficiales de los tribunales no jurasen el nombre de dios en vano y el que lo hiciese que pagara ocho maravedíes de multa para los pobres de la cárcel, nombrando una persona que cobrase la pena y llevase memoria de ella en un libro.³¹²

También se estableció que los jueces tuviesen cuidado de refrenar y castigar con rigor las palabras injuriosas, las riñas y pendencias que hubiese entre sus oficiales, procurando que en sus tribunales se despachasen los negocios *con rectitud, fidelidad, i diligencia, con quietud, i silencio, que es parte de justicia, sin que aya muchas bozes, i ruido, castigando a los que en esto erraren i excedieren*.³¹³ Parece que el ambiente de las audiencias solía ser bastante tenso y tumultuoso, tanto por la competencia y disputa entre oficiales, que a veces formaban bandos enfrentados, como por las pasiones que desataban los litigios, obligando a los prelados a legislar repetidamente para evitar este tipo de espectáculos que producían grave *escándalo*, pues la justicia eclesiástica se consideraba distinta y moralmente superior a la seglar y por tanto exenta de estrépitos y apasionamientos.

Hasta tal punto era preocupante el ambiente en las audiencias que se dispuso que ningún oficial pudiese portar armas ofensivas ni defensivas en los tribunales mientras se celebraba audiencia, so pena de prendimiento de las armas, las cuales se repartirían entre el Alguacil Mayor, encargado de desarmar al infractor, el denunciador y los pobres de la cárcel.³¹⁴ Para evitar abusos y corruptelas se estableció también que no se pudiesen acumular dos oficios en la misma persona³¹⁵, so pena de perder los dos y que ningún juez eclesiástico cobrase ni directa ni indirectamente por asesorar a las partes, sino que determinara los procesos sin exacción alguna, *breve y derechamente so pena que allende las penas del derecho buelvan con el doblo a las partes lo que les llevaren*.³¹⁶

Los Reyes, informados por sus oficiales en la ciudad de los abusos cometidos por los ministros eclesiásticos, habían mandado por carta a los provisos y vicarios de la Iglesia que, ni ellos ni sus asesores, llevasen *vistas* a las partes por los pleitos que se tratasen ante ellos. En la cuestión del cobro de aranceles siempre hubo intervención real para que los eclesiásticos se rigiesen por los aranceles de las instituciones seculares, por ejemplo en el Ordenamiento de Alfonso XI de 1337 ya se disponía que los oficiales y escribanos de la justicia del Arzobispo llevasen lo mismo que los alcaldes mayores y

³¹⁰ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Capítulo XX.

³¹¹ *Ibidem*. Capítulo XXXII. Que a los oficiales que no los tuvieren se den títulos.

³¹² *Ibidem*. Capítulo XXXIII. Los oficiales no juren en los tribunales.

³¹³ *Ibidem*. Capítulo XXXIV Escusense las riñas y pendencias en los Tribunales.

³¹⁴ *Ibidem*. Capítulo XXX. Los oficiales no entren con armas en las Audiencias. Capítulo XXX. Los oficiales no entren con armas en las Audiencias.

³¹⁵ *Ibidem*. Capítulo XXIX. Que ningún oficial tenga ni use dos oficios en nuestros tribunales.

³¹⁶ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Que no se lleven asesorías por los Jueces eclesiásticos.

sus escribanos.³¹⁷ También prohibieron que los jueces eclesiásticos se descargasen de trabajo dando las causas a letrados de su audiencia para su vista, pues suponía un agravio a los litigantes. En realidad esto ya se había prohibido en tiempos de don Diego de Deza (1512), y se repitió en el Sínodo de don Rodrigo de Castro de 1586³¹⁸, aunque el Cardenal Guevara (1604) lo actualizó e impulsó aclarando que no llevasen derechos por *ver los procesos ni por determinarlos*³¹⁹, sino que los determinasen sin exacción alguna y con la mayor brevedad, bajo pena de que devolviesen a las partes el doble de lo cobrado.

Algunas de las disposiciones de las constituciones eclesiásticas para corregir los abusos de los oficiales las encontramos también en las Ordenanzas de la Real Audiencia de Sevilla de 1603, siendo Regente el Licenciado Aldrete.³²⁰ Existe un gran paralelismo entre las dos jurisdicciones en las disposiciones sobre organización, procedimientos y estructura institucional, así como en las disposiciones sobre aranceles para evitar los abusos, corruptelas y cohechos en los tribunales de justicia.

3.2.1.- Los oficiales del Consistorio: fiscales, notarios y oficiales menores

El Fiscal del Consistorio

La Audiencia del Provisor disponía de un Fiscal que debía ser eclesiástico, y recibido de abogado *por que siendo muchas las cosas de jurisdicción es bien sea eclesiástico quien pase a defenderlas a los Tribunales Reales*.³²¹ También las leyes reales establecieron que los prelados nombrasen fiscales y que fuesen de orden sacra: *mandamos que los Obispos y perlados de nuestros reinos pongan por fiscales personas de orden sacro, que sean personas cuales convengan para ello, y tengan especial cuidado de se informar de como han usado y usan de estos oficios*³²², y que vigilasen cómo desempeñaban su oficio, pues los conflictos con la jurisdicción real eran frecuentes. El Concilio de Toledo de 1565, celebrado para la admisión del de Trento, exigía que los promotores fiscales fuesen sacerdotes o por lo menos clérigos que pudiesen ordenarse *in sacris* en los seis meses siguientes a su nombramiento.³²³

Desde el siglo XVI fueron presbíteros, como lo exigía la gravedad e importancia del cargo, y era costumbre que fuesen juristas. Los canonistas recomendaban que tuviese otras cualidades morales como la *energía* y *valor para no sucumbir a la*

³¹⁷ A.M.S. Sección XVI. Catálogo de la Sección Diversos (1280-1515), 18.- IV.- Ordenamiento de Alfonso XI, Sevilla, 6 de julio de 1334, fol. 19 v.

³¹⁸ *Constituciones Sinodales del Arzobispado de Sevilla*. Liber Secundus. Titulo de Iudicis, et Officio Ordinarii et Vicarii. Art. 6. Sevilla, 1587.

³¹⁹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Capítulo XVII. No lleven los jueces asesorías.

³²⁰ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. O Tomo 44. Ordenanzas de la Real Audiencia de Sevilla, impresas en Sevilla en 23 de junio de 1603.

³²¹ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 2, Juzgado del Provisor.

³²² *Novísima Recopilación de las Leyes de España dividida en 12 Libros*. Madrid, 1805, p. 205 y s. Ley 13, Tit. 1, Lib. 2, dada por el emperador Carlos V y doña Juana en la Cortes de Segovia de 1532, petición 57, y en las Cortes de Valladolid de 1548, petición 25.

³²³ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Tomo V, p. 233. Concilio de Toledo, 1565, sesión 2ª, canon 11. Que los fiscales sean sacerdotes o que dentro de un año lleguen a serlo

*intimidación y sugerencias de los litigantes y criminales a quienes acuse, prudencia, independencia de carácter e integridad de costumbres.*³²⁴ También se le exigía que fuese capaz de hablar con *enérgico decoro* al mismo juez eclesiástico con quien, en teoría, no siempre estaría de acuerdo, y apelar sus autos y resoluciones cuando fuesen necesarios. Pero lo cierto es que en todos los pleitos criminales que hemos podido leer³²⁵, fiscal y juez se comportan prácticamente como una misma instancia, en perfecta armonía en sus actuaciones.

La figura del fiscal representaría exclusivamente el intento de aparentar la diferenciación de funciones entre acusador y juez, y esto por el respeto formal al derecho romano, pues en el Digesto y en los clásicos griegos y romanos esta distinción supone una de las bases del proceso penal. Con esto se creaba la ficción de la imparcialidad del juez y del equilibrio entre las partes. Si a esto añadimos la presunción de culpabilidad como elemento básico, *la normativa contradictoria*³²⁶, que permitía que conviviesen normas contrarias quedando a la discrecionalidad del juez aplicar una u otra, y la institucionalización de la sospecha elevada a la categoría de prueba, el resultado era la creación de un dispositivo formado por los elementos formales del derecho romano, que en el fondo encubría una justicia basada en la autoridad de un omnipotente y carismático juez eclesiástico.³²⁷

Una de las funciones más importantes del Fiscal era la defensa de la jurisdicción eclesiástica del Ordinario de las intromisiones de la justicia seglar o de otras jurisdicciones eclesiásticas privativas. El 4 de junio de 1554 vemos al Fiscal de la Audiencia Arzobispal, Alonso Gómez, en la puerta de la Alcaicería de los traperos presentando un requerimiento en presencia de un escribano público y testigos, y con un poder del Provisor Gaspar Cervantes Gaete. Se trataba del sastre Roque Núñez Mendes y del lencero Miguel Pérez que, como fiadores del canónigo regular frai Diego de San Salvador, que había salido en fiado de la cárcel arzobispal por los muchos y graves delitos que había cometido, se habían comprometido a devolverlo para ser juzgado cuando se les pidiese. Ambos fiadores se opusieron aduciendo que la escritura de fianza no era válida porque el reo era fraile y tenía el privilegio de no estar sometido a la jurisdicción del Provisor.³²⁸

Tenemos un testimonio del clérigo Cristóbal Ruiz, que había sido Fiscal del Consistorio, que nos puede arrojar alguna luz sobre el carácter del oficio y su funcionamiento una década antes de la llegada de don Cristóbal de Rojas.³²⁹ En mayo de 1561 se presentó ante el muy noble señor Francisco Basques, Alcalde Ordinario, para que le diese un testimonio ante el escribano Juan de la Coba de cómo había sido Fiscal del Consistorio durante diez años. En éste declararon cinco testigos, entre ellos Marcos de la Coba, Notario del Consistorio, Andrés de Ayala, Alcalde de la Cárcel Arzobispal, y Francisco Destrada, Portero de las Casas Arzobiscales, que conocían de primera mano el funcionamiento del gobierno arzobispal y los entresijos del Consistorio, y habían compartido experiencia en los juzgados con el fiscal acusado.

³²⁴ DE LA FUENTE, V. y GÓMEZ SALAZAR, F.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo I. Madrid 1868. Título de Promotor Fiscal.

³²⁵ Hemos revisado 126 pleitos de la Sección III, Justicia Criminal del A.G.A.S.

³²⁶ Véase MEREU, I.: *Historia de la Intolerancia en Europa*. Barcelona 2003.

³²⁷ Véase MEREU, I.: *Historia de la Intolerancia en Europa*. Barcelona 2003.

³²⁸ A.P.N.S. Legajo 12.352, año 1554, fol. 1144: Fiscal de la Audiencia arzobispal Alonso

³²⁹ A.P.N.S. Oficio 22, Legajo 15.042, fol. 2.360.

Cristóbal Ruiz se quejaba de que le habían quitado el cargo de fiscal *sin aver causa a lo menos que bastante fuese*. Y aunque se decía que tuvo cierta cuestión y enojo con el Alguacil Mayor del Arzobispo afirmaba, para que constase al Arzobispo, que eran amigos y que le había remitido de cualquier culpa y cargo. Se empeñaba en demostrar que, en el ejercicio de sus funciones, él había hecho *todo aquello que buen sacerdote y fiscal era obligado de hacer, sin favor de mengano ni corrupciones*. Y que por los pocos derechos y aprovechamientos que tenía el cargo, pues no tenía salario situado y ninguna ayuda de costa, había quedado pobre y endeudado con sólo una pitanza de misa para sustentarse. Sobre todo insistía en que además de todo lo que estaba obligado por su oficio de fiscal hacía todo lo que le mandaba el Juez de la Iglesia, así de día como de noche, *sin que hubiese fraude ni engaño ni colución ni encubierta en todo lo que el juez le mandaba*. Además, lo que era más grave, afirmaba que cuando acudía a notificar cartas y mandamientos que el Juez de la Iglesia daba contra las justicias seculares, cuando éstos detenían a algún eclesiástico, había sido maltratado de diversas formas y le habían dicho palabras afrentosas. Y según él esto era porque procuraba hacer bien su oficio, como estaba obligado, y no por interés o caudal.

Observamos en este caso que en 1561 todavía sigue existiendo un sólo Fiscal del Consistorio para las tres audiencias; que, a pesar de las quejas de Cristóbal Ruiz, los nombramientos eran a discreción del prelado o su gobernador y el cese con o sin motivo. Que las relaciones con el Alguacil Mayor no debían ser fáciles, porque éste ejercía la vara y el poder coactivo que tantos problemas causaba con los seculares. El Juez de la Iglesia parece ser una de las fuentes de sus problemas, porque algunas de las competencias fundamentales de éste eran la defensa del fuero eclesiástico de los clérigos de corona y los conflictos de jurisdicción en casos como los *retraídos* en lugares sagrados que huían de la justicia secular. Parece como si el hecho de haber sido despojado del oficio se asociase a la circunstancia de haberlo ejercido con integridad, y como consecuencia de esto haberse granjeado la oposición y la hostilidad de muchos, hasta el punto de haber sido maltratado e insultado por los jueces seculares. Además, como consecuencia de esta integridad, de no haber sucumbido a los fraudes y componendas con las partes, tan frecuentes en los oficiales de justicia y sobre todo en este oficio sin salario y con derechos tan bajos, había quedado pobre y endeudado. Su queja se podría formular con una pregunta retórica: ¿Cómo es posible que la rectitud en el desempeño del cargo tuviese como consecuencia quedar pobre y enemistado con todos?

En la sede sevillana el Fiscal del Consistorio fue el mismo para los distintos jueces hasta el pontificado de don Cristóbal de Rojas (1571-1580), y denunciaba tanto las causas criminales como las de obras pías o testamentos. A partir de aquí cada audiencia pasaría a tener su propio fiscal. El Provisor solía dar poderes al fiscal de su Audiencia, aunque en algún caso vemos al Arzobispo dándolo directamente. Como don Cristóbal de Rojas y Sandoval que le dio poderes a Bartolomé Rodríguez, Fiscal de la Audiencia del Provisor³³⁰, y éste a su vez dio poderes a los procuradores Gregorio Valla, Melchor de los Olivos y Francisco Ximénez para que siguiesen los pleitos del Fiscal ante la Santa Sede y su Cámara Apostólica, su Majestad y su Consejo, y los presidentes y oidores de las reales Chancillerías.³³¹ De este Fiscal hemos encontrado algunos rastros en el Archivo de Protocolos Notariales de Sevilla, sabemos que era

³³⁰ A.P.N.S. Legajo 12.416, año 1573, fol. 206.

³³¹ A.P.N.S. Legajo 12.421, año 1574, fol. 619.

capellán perpetuo de una capellanía que instituyó el Jurado Mateo Jiménez en San Juan de la villa de Marchena, y le vemos arrendando a un Jurado de la localidad un cortijo para sembrar perteneciente a la capellanía³³² y dando poderes a un vecino para cobrar las rentas.³³³ Era vecino de la collación de San Vicente de Sevilla, en la calle Redes, donde arrendó unas casas de su propiedad por 37 ducados al año que lindaban con las que él vivía³³⁴, y que en el año 1574 compró un esclavo.³³⁵ En 1575 el Arzobispo Cristóbal de Rojas revocó el poder que le dio a su Fiscal Bartolomé Rodríguez para que actuara en un pleito con el Cabildo³³⁶, y en 1577 aparece dando poderes a un procurador de causas y a un canónigo de Córdoba para que se presentasen ante el Provisor de esa ciudad en un pleito con unos vecinos por la capellanía que tenía en Marchena.³³⁷

En algunos consistorios se nombraba un *Fiscal de Vara* con amplias atribuciones y capacidad no sólo para perseguir y denunciar los delitos de oficio sino también con poder coactivo y potestad para utilizar la fuerza por medio de sus alguaciles. De esta forma se desdoblaba la figura apareciendo junto al Fiscal de Vara un Promotor Fiscal que tenía funciones exclusivamente judiciales en los estrados de las audiencias eclesiásticas. Esta duplicidad tenía sentido porque el Fiscal de Vara tenía que ser un seglar en buena lógica del mantenimiento del discurso según el cual un eclesiástico no debía utilizar la fuerza. El desdoblamiento estaba servido porque el Promotor Fiscal debía ser necesariamente un eclesiástico, para la defensa de la jurisdicción y porque muchos de los pleitos en los que intervenía eran contra clérigos. En Sevilla no se daba este fenómeno de desdoblamiento porque la función coactiva recaía en un seglar, el Alguacil Mayor del Arzobispado, al mando de sus diez alguaciles.

Aunque durante el siglo XVI todavía se acostumbraba denominar a este oficio Promotor Fiscal o también Fiscal del Consistorio las funciones eran las de un Fiscal, representaba a la Iglesia y sus derechos impidiendo que se le agraviase en ellos, perseguía de oficio o a petición de parte todos los delitos cuya competencia correspondiese a su juzgado, Audiencia del Provisor, Juez de la Iglesia o de Testamentos, impidiendo que se faltase a la ley y que se dejase impune lo que se debía castigar. Cada juez nombraba a su fiscal por comisión del Prelado de manera discrecional (*por el tiempo que fuere nuestra voluntad*)³³⁸, y lo podía separar, como a los demás oficiales de su audiencia, con o sin motivo. Esto aseguraba que no se produjese cesión de jurisdicción en los nombramientos, pues los oficiales actuaban *cometidos*, es decir haciendo las veces de su superior jerárquico.³³⁹ Antes de usar el oficio debían hacer el juramento de fidelidad ante el juez correspondiente, aunque en Sevilla con el tiempo el juramento acabó haciéndose ante el Secretario de Cámara que hacía las veces del Prelado: *juren cuando fueren recibidos en manos de nuestro Secretario que usaran bien su oficio i fielmente mirando el servicio de dios nuestro*

³³² A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 75.

³³³ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 404.

³³⁴ A.P.N.S. Legajo 12.430, año 1575, fol. 323; Legajo 12.437, año 1577, fol. 426

³³⁵ A.P.N.S. Legajo 12.420, año 1574, fol. 336.

³³⁶ A.P.N.S. Legajo 12.430, año 1575, fol. 155.

³³⁷ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 1183.

³³⁸ Véase ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625.

³³⁹ DE LA FUENTE, V. y GÓMEZ SALAZAR, F.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo I. Madrid 1868. Título de Promotor Fiscal.

*señor y provecho de las almas i nos guardarán fidelidad i defenderán la libertad e inmunidad de las iglesias i sus bienes y ministros y nuestro Secretario no les dé título hasta que ayan hecho este juramento ni nuestros juezes los admitan al uso y ejercicio de sus oficios hasta que les conste por testimonio escrito en las espaldas del título como lo han hecho.*³⁴⁰

En la carta de poderes que acompañaba al nombramiento se hacían constar las competencias que se le atribuían y las condiciones y limitaciones del cargo. El Promotor Fiscal tenía competencia para denunciar cualquier delito y pecados públicos contra cualquier persona eclesiástica o seglar y seguir la causa en todas las instancias, tanto eclesiásticas como seculares. Esto incluía seguir el pleito cuando se apelaba a un tribunal superior, sobre todo si se trataba de reincidentes que trataban de escapar a la justicia ordinaria y quedar sin castigo. En este caso el fiscal debía dar cuenta al juez o al prelado para que se proveyese lo necesario para que el delito no quedase impune.³⁴¹ El catálogo de sus competencias venía determinado por la audiencia en la que prestara sus servicios, pues cada juez tenía unas atribuciones distintas y limitadas. Con carácter general se le mandaba que defendiesen la jurisdicción y dignidad arzobispal, y a tal fin que hiciesen las diligencias necesarias incluso ante tribunales seculares, denunciando a las personas tanto eclesiásticas como seculares que fuesen necesarias. Esto incluía hacer ejecuciones, pagos, embargos, depósitos e inventarios en los pleitos por deudas o por mala administración de instituciones, pues también intervenían en causas civiles y ejecutivas.

Antes de empezar a ejercer el oficio solían depositar las fianzas acostumbradas, para responder de los daños e intereses causados a las partes que se pudiesen ocasionar por la culpa o negligencia del fiscal. En Sevilla no era costumbre que lo hicieran pues se acostumbraba nombrar un fiscal *abonado*, es decir, que fuese de garantía. Debía ser un cargo retribuido y se le permitía tener un Abogado Fiscal para que le auxiliara en el despacho de los negocios y con facultad para actuar en el tribunal en representación suya cuando estuviese agobiado de negocios o por razones de salud. Para evitar las frecuentes ausencias de las audiencias públicas de los fiscales, ocupados en otros negocios, se estableció una pena pecuniaria por cada falta y la obligatoriedad de pedir licencia a los jueces para ausentarse, así como la prohibición de dejar sustitutos sin su aprobación excepto cuando tuviesen que salir de la ciudad para acudir a algún negocio del juzgado eclesiástico al que pertenecían.³⁴²

Así pues, con licencia del juez podían nombrar uno o más tenientes fiscales clérigos, personas beneméritas y de confianza que en su ausencia o enfermedad pudiesen ejercer el oficio. Para fuera de la ciudad podían nombrar más de un teniente pero para dentro sólo uno. Esta cláusula era a voluntad del Prelado y siempre con aprobación del Provisor o Vicario General y se hacía constar en el título de fiscal. Cuando no se les otorgaba esta facultad el Provisor o juez nombraba a los tenientes en su ausencia o enfermedad y durante ella y no más. En sede vacante el fiscal solía responder a la autoridad del Cabildo de canónigos en los negocios importantes. En la de don Cristóbal de Rojas vemos al fiscal persiguiendo los delitos de clérigos por orden del Cabildo y en la sede vacante de don Rodrigo de Castro tenemos al Fiscal del Provisor

³⁴⁰ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Título de Procuratore Fiscali. Capítulo II. Juren en manos del Secretario que guardaran lo aquí contenido.

³⁴¹ *Ibidem*, Cap. IV. Las diligencias que han de hacer para seguir las causas en grado de apelación.

³⁴² *Ibidem*, Cap. V. Asistan los fiscales a las audiencias públicas.

poniéndole *capítulos* (relación de cargos) al licenciado Aldrete, beneficiado de Ecija, en razón de la mayordomía que había ejercido y de la que al parecer se derivaban irregularidades.

Además, el Fiscal era asesor nato del Juez y emitía dictámenes sobre numerosos asuntos de su competencia cuando se le solicitaban por el Prelado, Provisor o Cabildo sede vacante. A veces el Juez ponía a cubierto sus responsabilidades apoyándose en los dictámenes de su Fiscal. El 21 de enero de 1609, ante las dudas que suscitaba el asunto, el Provisor cometió al Fiscal para que viese las bulas de la coadjutoría del racionero Velasco a favor de su sobrino Tomás de Velasco y dio su dictamen favorable.³⁴³ Para el oficio de Fiscal, igual que para los demás del gobierno arzobispal, se recibían *peticiones* cuando quedaban vacantes y de entre los candidatos se elegía al que parecía *más idóneo*. En 1600 el Cabildo sede vacante, tras recibir peticiones, nombró Fiscal del Provisor al licenciado Marques³⁴⁴, y en 1624 se recibieron *peticiones* para los oficios de fiscales, notarios, procuradores y notarios receptores del Consistorio y nombraron por fiscal al licenciado Diego del Corral por el tiempo de la voluntad del Cabildo.³⁴⁵

En las múltiples tareas en las que intervenía el Fiscal del provisorato eran frecuentes los roces con la justicia real, por esto debía ser eclesiástico, para asegurar la defensa del fuero. Una parte importante de sus competencias consistían en guardar las prerrogativas de la Iglesia frente a la intromisión de otros poderes y jurisdicciones, ya fuesen señoriales, municipales o reales, porque junto a la colaboración con la justicia real será frecuente observar los conflictos de competencias e incluso la lucha abierta entre jurisdicciones. La defensa del fuero eclesiástico frente al seglar fue tan tenaz que podemos preguntarnos hasta qué punto no fue ésta una de las razones del incremento del aparato judicial eclesiástico durante la Edad Moderna. El Fiscal, según el visitador Díaz Coronado, era un cargo muy importante, pues *las cosas que pertenecen a este oficio son muchas por que debe el fiscal denunciar de cualesquiera pecados públicos, así de eclesiásticos como de seculares, hacer acusaciones, y seguir las causas hasta sentencia definitiva*.³⁴⁶ Como acusador público, el Fiscal tenía la grave responsabilidad de perseguir los pecados públicos de eclesiásticos, pues le correspondía por jurisdicción; y de seculares, configurando lo que se denominaban delitos de fuero mixto o *mixti fori*, en el que ambas jurisdicciones, seglar y eclesiástica, tenían competencia.

Las denuncias provenían de los curas cuando entregaban los padrones de confesión y comunión anual o a través de los edictos de pecados públicos, de los testes sinodales, nombrados en los Sínodos como confidentes y vigilantes en cada vicaría, otras veces eran los vicarios o visitadores los que iniciaban el proceso y otras un vecino, cristiano celoso, que con su delación daba el aviso. En la Constitución del Cardenal Guevara se establecieron las formas de hacer las averiguaciones de los delitos: *anse de informar los curas de las parroquias (i por todas las vías que pudieren, con prudencia i diligencia) de los que estuvieren en pecados públicos, usureros, logreros, casados dos veces, amancebados, apartados del matrimonio sin el juicio de la Iglesia, jugadores,*

³⁴³ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara, 1609.

³⁴⁴ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601).

³⁴⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 20-12-1623.

³⁴⁶ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. “Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla”. Cuadernillo sin foliar. *Capítulo 2, Juzgado del Provisor*.

*tablajeros, blasfemos, renegadores, descomulgados, sacrílegos i otros delincuentes.*³⁴⁷ Y en general cada fiscal denunciaría los delitos y negocios que pudiera conocer su juez, siendo solícitos en denunciarlos y en seguir las causas *de manera que no aya remisión alguna ni dilaciones maliciosas i y para esto se estableció que debían dar cuenta a los Jueces cada sábado del estado de los pleitos so pena de un ducado de multa aplicado a gastos de justicia.*³⁴⁸

Además mandaba que cada juez, Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos, tuviese un libro abecedario donde se llevasen las causas que seguía el Fiscal de su audiencia y otro libro de denuncias para que los fiscales diesen cuenta cada sábado de todas las que hubiesen hecho y del estado en que estaban las causas, para que no quedase ninguna por sentenciar, bajo pena de un ducado al fiscal que no lo hiciere.³⁴⁹

Tras el aviso del delito, el fiscal realizaba las averiguaciones iniciales o *sumaria información*, en la que inquiría a los vecinos y testigos que declarasen lo que supiesen. Una vez asentada la sospecha, el fiscal presentaba su denuncia instando al juez a *cometer* a un notario receptor para que hiciera las informaciones y tomase declaración de los testigos. Un memorial dirigido al Cardenal Guevara recomendaba sin embargo que fuesen los visitadores de Sevilla y su Arzobispado por sus propias personas quienes hicieran las informaciones, porque los notarios receptores a menudo eran legos y *de esto resultaban muchos inconvenientes*, pues se suponía que no tendrían el mismo celo en la persecución de los pecados y serían más proclives al arreglo y la componenda con los reos para evitar la condena a cambio de dinero o favores.³⁵⁰

Además, si las informaciones eran contra clérigos debían hacerla notarios eclesiásticos *por el honor de este estado*. Esto es, para asegurar la inmunidad del eclesiástico, al cual el lego no debía *tocar*, jurisdiccionalmente hablando. Esta fue una queja repetida por parte de los eclesiásticos en las distintas advertencias y memoriales para la reformación del arzobispado. Y en realidad acabó prevaleciendo la idea, ya que desde principios del siglo XVII la mitad de los oficiales de los tribunales ordinarios del Arzobispado terminaron siendo clérigos, y así se recogía en una constitución del Cardenal Guevara. Según ésta, era cosa *mui indecente que las informaciones de las causas criminales de los clérigos, principalmente cuando son por alguna flaqueza, passen ni se hagan por Receptores i Notarios legos.*³⁵¹ Y consecuentemente mandaba que en adelante las informaciones sobre clérigos de orden sacro se hicieran ante alguno de los receptores que había en los tribunales y que lo eligiese el juez que conociera la causa. Se trataba de mantener el status eclesiástico separado y superior, y no permitir que un lego, aunque fuese cometido por un juez eclesiástico, pusiese *manos* sobre un clérigo.

³⁴⁷ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Título de Procuratore Fiscali. Cap. III. Las diligencias que han de hacer para averiguar los delitos.

³⁴⁸ A.C.S. *Ibidem*.

³⁴⁹ *Ibidem*, Cap. III XXVIII. Aya otro libro donde se asienten las condenaciones de las causas fiscales.

³⁵⁰ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara.*

³⁵¹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara. 1604. Tit. de rescriptis. Cap. X. Háganse las informaciones contra clérigos en las causas criminales por receptor clérigo.

Las *flaquezas* a las que se refería eufemísticamente la constitución eran los frecuentes amancebamientos de clérigos, bien documentados por otra parte en numerosos trabajos³⁵². En esta misma constitución se establecía que los denunciadores de clérigos amancebados con mujeres casadas lo hicieran ante notario clérigo *que para este efecto procuraremos que aya en los dichos tribunales*³⁵³, y con mucho secreto, de manera que los maridos no tuvieran noticia más que del adulterio pero no del estado al que pertenecía el adúltero, pues era una constante el intento de ocultación del delito cometido por clérigos, especialmente cuando suponía una quiebra tan flagrante del discurso religioso que lo presentaba como ejemplo de vida en la renuncia, la continencia y el sacrificio.

Asimismo se mandaba que se guardase el secreto del nombre de la adúltera, dando fe el notario en todas las diligencias que el nombre era el mismo, aunque no se escribía en los autos, excepto en el caso de que el marido lo supiese y consintiese el delito, entonces *asusenlos a todos i procuren con cuidado se castigue*.³⁵⁴ Frecuentemente las mancebas de los clérigos eran condenadas a destierro para apartarlas de sus compañeros, las constituciones advertían al fiscal que tuviese cuidado de avisar de las sentencias a los vicarios de los distritos de donde fuesen naturales o adonde saliesen desterradas, enviándoles informes para que la conociesen y colaborasen en su cumplimiento, avisando en caso de incumplimiento con pena de un ducado por cada vez que no lo hicieran.³⁵⁵ Existía, por tanto, una preocupación por mantener el secreto en los delitos cometidos por clérigos, pues la persecución de los *pecados públicos* de eclesiásticos suponía una gran parte del trabajo de los fiscales. Por esto, los memoriales insistían en que los clérigos que fuesen acusados por primera vez de amancebamiento fuesen citados, y tomada su confesión, diesen poder al procurador con quien se hiciesen los autos y no fuesen obligados a volver a la audiencia hasta la notificación de la sentencia, dictándose ésta en secreto y no en la cárcel como se solía hacer.³⁵⁶ Y todo para que *no se ynfamen sus personas*, ni la del estamento por supuesto, pues la imagen del clero era un elemento fundamental que había que mantener a salvo.

Así pues, el fiscal iniciaba los procesos con la *denunciación*, y a menudo, según la gravedad del delito, pedía prender a los reos para continuar y *acusarles mas en forma* cuando estuviesen en prisión. Una vez en la cárcel arzobispal les tomaba sus confesiones, pero ocurría a menudo que dilataba la presentación de la acusación para mantenerlos muchos días en la cárcel y *hacerlos padecer*. Una vez recibidos los pleitos a prueba solían también dilatar la presentación del interrogatorio y la realización de éste, y así las partes eran *bejadas y gastan sus haciendas*.³⁵⁷ El mantenimiento del reo en la cárcel durante el proceso, en las condiciones en que vivían allí, suponía una humillación y una afrenta que formaba parte del castigo por los delitos que pudiera haber cometido, independientemente del resultado final de la causa. En realidad la

³⁵² Véase por ejemplo CANDAU CHACÓN, M. L.: *Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del XVIII*. Sevilla, 1993.

³⁵³ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Título de Procuratore Fiscalí. Cap. VI. Las denunciaciones de clérigos amancebados las hagan ante Notarios clérigos guardando la forma aquí contenida.

³⁵⁴ *Ibidem*.

³⁵⁵ *Ibidem*, Cap. VIII. Quando algún clérigo fuere condenado en suspensión, reclusión o destierro haga la diligencia aquí contenida.

³⁵⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Casos en que ay necesidad de reformatión. Documento manuscrito contenido en un cuaderillo sin foliar*.

³⁵⁷ A.G.A.S. *Ibidem*.

simple denuncia suponía una falta para el reo, y como tal conllevaba su castigo, pues la presunción de culpabilidad de los denunciados estaba presente en todo el proceso.

Nuestro memorialista, que pedía mantenerse en el anonimato para evitar represalias (*y solo es para vuesa merced y no lo vea otra persona y se guarde en esto el secreto*)³⁵⁸, insistía en la reforma de los abusos y en concreto recomendaba que los fiscales denunciasen tanto a los amancebados pobres como a los ricos *que por ser pobres están muchos amancebados*. Pues era obligación del Prelado el remedio tanto de las almas de los pobres como de los ricos, por tanto los notarios receptores debían escribir las causas y los fiscales seguirlas *poniendo los ojos en el bien de las almas y no en el interés*.³⁵⁹ Se trataba de la idea de la equidad, omnipresente en el discurso judicial eclesiástico y correlato de la supuesta superioridad moral de los detentadores del poder eclesiástico. Esta equidad no suponía una justicia conmutativa sino distributiva *a cada uno según su dignidad*.³⁶⁰ Según San Isidoro, la ley debía redactarse no para el bien particular sino para la común utilidad de los ciudadanos y debía ser justa y honesta.³⁶¹ La opinión general entre los pensadores católicos era que la ley humana civil tenía fuerza y eficacia para obligar en conciencia³⁶², y se remitían a San Pablo: *quien resiste a la autoridad se opone al orden divino*, y los que se oponen atraerán sobre sí una *condenación*, y a San Pedro: *estad sujetos a toda humana criatura por Dios, ya sea al Rey....por que esta es la voluntad de Dios*. De estos textos se concluía que si el legislador civil era ministro de Dios y recibía el poder de él, la ley humana obligaba en conciencia y su trasgresión suponía una ofensa e injusticia contra Dios.

En su opúsculo, Díaz Coronado se refiere al Fiscal, del cual dice que debe ser: *no sólo inteligente sino de buena conciencia y desinteresado pues con facilidad puede sanar o matar si es llevado de codicia o de mala inclinación*³⁶³. Como si la conciencia de poder de la justicia eclesiástica fuese tal que considerase al Fiscal un verdadero *amo*, con poder sobre la vida y la muerte, que podía sanar o matar dependiendo de sus buenas o malas inclinaciones. Así como el Relator debía tener *fidelidad e inteligencia*, el Fiscal debía tener *buena conciencia y desinterés*, todo se resumía a la calidad moral de los detentadores del poder judicial eclesiástico, en ausencia de otros frenos. Y efectivamente, ante la falta de garantías procesales y la presunción de culpabilidad previa de todo denunciado, sólo quedaba como última *ratio* frente a la arbitrariedad e impunidad del poder la calidad moral de los jueces y fiscales, y habría que añadir de notarios y otros oficiales, que también poseían capacidad para torcer los pleitos a favor de las partes. La Iglesia otorgaba dones pero no reconocía derechos, así que el reo quedaba al total arbitrio de los oficiales y jueces de la justicia eclesiástica, pues en realidad sólo contaba su destino ultraterreno del que la Iglesia era responsable.

³⁵⁸ A.G.A.S. *Ibidem*.

³⁵⁹ A.G.A.S. *Ibidem*.

³⁶⁰ SANTO TOMÁS.: *Summa Teológica*. Tomo I. Teología o Ciencia Sagrada. Madrid 1880. Esta es una idea repetida en los tratadistas de derecho canónico, también aparece en DE SOTO, Domingo O.P., *De Iustitia et Iure*, Prólogo al Volumen I, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1967.

³⁶¹ Véase SUÁREZ, F.: *Tratado de las Leyes y del Dios legislador*. Tomo II. Instituto de Estudios Políticos. Madrid 1967.

³⁶² Véase SUÁREZ, F.: *Tratado de las Leyes y del Dios legislador*. Tomo II. Instituto de Estudios Políticos. Madrid 1967. Suárez cita una larga lista de autores católicos que mantienen ésta opinión: Santo Tomas, San Antonino, Castro, Soto, Salmerón. Belarmino, Turriano, Covarrubias, Azpilcueta, Felino, Juan Andres de Ancharano, Juan Calderino, Tiraqueau.

³⁶³ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. "Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla". Cuadernillo sin foliar. *Capítulo 2, Juzgado del Provisor*.

Es curioso que se constataste que de su condición moral dependía la *salud* o la *muerte* de los acusados; con esto se ponía de manifiesto la indefensión de los reos. Un fiscal llevado de codicia o mala inclinación podía causar graves daños, pues los procedimientos y garantías procesales de los acusados eran tales que los reos quedaban a merced del aparato judicial eclesiástico. En los tratados para la práctica de los notarios y oficiales también se hacía hincapié en las cualidades morales de los ministros. La necesidad no sólo de experiencia y ciencia, citada en el Concilio de Trento (*cum ex notarium imperitia plurima damna, et multarum litium occasio oriatur*), sino de la buena conciencia y del temor de Dios: *initium sapientia timor Domine*, pues sin ella cualquier oficio era peligroso y *más el de la pluma*³⁶⁴. Efectivamente eran oficios de mucho peligro, pues de la mala imagen de escribanos, notarios, alguaciles y jueces tenemos sobrada constatación en la literatura española del Siglo de Oro³⁶⁵.

Se consideraba que con estos oficios los notarios no sólo cobraban buena fama, honra y sustento para su casa y familia sino lo principal, servían a Dios, y cuando cometían falsedad pervertían el juicio de Cristo. Entre las tentaciones a las que estaban sometidos los notarios estaban la venganza y el odio, y debían procurar que *las valanças anden iguales*, porque el oro y las dávidas apartaban del bien y se terminaba cometiendo falsedad por temor de alguna persona poderosa, por deseo de premio, por odio a los enemigos o por amor a los amigos y parientes. Quitar, añadir, enmendar y variar algo en los autos e instrumentos era la falsedad más corriente. Al notario le iba la honra en todo esto y más valía morir que caer en la infamia y adolecer de la fama, pues era preferible perder la hacienda e incluso los ojos a la fama³⁶⁶. Las leyes seculares también establecían las calidades morales que debían tener los jueces: que fuesen leales, de buena fama y sin codicia, y que tuviesen sabiduría para juzgar los pleitos *derechamente por su saber y por su seso y que sean mansos y de buena palabra a los que vinieren ante ellos a juicio*³⁶⁷. Que tuviesen temor de Dios y de los señores que los ponían y les daban el oficio, *por que si a Dios temieren, guardarse han de pecar y harán justicia con piedad, y si temieren a Nos y a los señores que los pusieren habrán miedo y vergüenza de errar pues que tienen sus lugares para juzgar derecho*. En otro lugar se prohíbe que los jueces reciban dones de los litigantes porque *la codicia ciega los corazones de algunos jueces y de la torpe ganancia deben huir los buenos jueces, por que escrito es que buena es la sustancia donde el pecado no es en la conciencia y es muy fea la codicia y mayormente en aquellos que gobiernan la cosa pública*³⁶⁸.

En los tratadistas encontramos que la virtud de la justicia se consideraba *vástago legítimo de la fe*, sostén de la esperanza, sierva de la caridad y guía esplendorosa de las demás virtudes. Era la que *agrupaba entre sí a los hombres, animales sociables, los*

³⁶⁴ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid 1625. Prólogo al Lector.

³⁶⁵ EXTREMERA, M.: "El delito en el Archivo. De Escribanos, falseadores y otras gentes de mal vivir en la Castilla del Antiguo Régimen". *Hispania*, LXV/2, núm. 220 (2005), p. 465-484.

³⁶⁶ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Licencia de impresión.

³⁶⁷ *Novísima Recopilación de las Leyes de España dividida en 12 Libros*. Madrid, 1805. Tomo V, p. 169. Ordenamiento de Alcalá. Libro XI, De los Jueces Ordinarios, Título 32, Ley 41.

³⁶⁸ *Ibidem*, Tomo V, p. 169. Ordenamiento de Alcalá. Libro XI, De los Jueces Ordinarios. D. Alonso en Valladolid año 1325, Ley VII.

*ampara contra las injusticias, los une por el amor, los mantiene en paz, los ennoblece con virtudes y finalmente con la ayuda de Dios los eleva a la bienaventuranza eterna*³⁶⁹. Sin embargo, frente a esta virtud de la justicia, el capricho humano, por la maldad de los tiempos *introduce todos los días nuevas maneras de engaño, para que cada uno pueda satisfacer su insaciable ambición contra lo que es justo y permitido*. Los hombres que formaron parte de los tribunales eclesiásticos ordinarios, como no podía ser de otra manera, no estuvieron a salvo de las codicias y malas inclinaciones de las que habla nuestro visitador. En el fondo latía el eterno conflicto con el manejo de las pulsiones humanas, ese gran mal a combatir y que podía afectar tanto a reos como a fiscales o jueces.

Así pues, como requerimientos de los fiscales aparecían a menudo las calidades morales junto a los conocimientos del Derecho y la experiencia en los estrados. En la Constitución del Cardenal Guevara se pedía que fuesen *hombres de buena vida y fama i letrados graduados en cánones o en leyes i expertos platicos en el estilo de las Audiencias i ordenados de orden sacro*³⁷⁰. Una parte importante de esta calidad moral que se demandaba de los oficiales quedaba de manifiesto en los intereses materiales implicados en el cobro de derechos y en los abusos que a menudo se producían, así se establecía repetidamente en los memoriales para la reformación y en las constituciones, y concretamente en la del Cardenal Guevara en la que se apostó firmemente por la erradicación de estas corrupciones: *no pidan ni reciban en manera alguna derechos de los reos hasta que aya avido condenación, según se les manda en el Título De Iudicis et Officio ordinarii*³⁷¹. Se pretendía de esta forma evitar los pagos por adelantado que podrían considerarse una forma de soborno.

En esta misma constitución se estableció que los notarios, jueces, ni ningún otro oficial, llevasen a los reos derechos por las escrituras y autos que se presentaren por parte del Fiscal, si no era habiendo condenación en costas y esto después de la sentencia y no antes, conforme a lo que se tasare, y si no había condenación en costas que no cobrasen nada. Parece que el impartir justicia se iba convirtiendo en un negocio y de este modo se producía un alejamiento de la doctrina originaria, un progresivo distanciamiento del discurso según el cual el Juez eclesiástico era un buen componedor que procuraba la *corrección fraterna* y buscaba ante todo la reconciliación a través de la equidad. Además, se prohibió a los jueces recibir *dádivas* de los litigantes, ni siquiera de los que *probablemente* se esperase que lo fueran, ni de los oficiales de las audiencias u otras personas interpuestas, aunque fuesen *cosas de comer o dinero prestado ni fianzas en contratos, ni se sirvan de personas sin les pagar su trabajo so pena de excomuniación*³⁷², y que fuesen obligados a restituir lo que hubiesen recibido.

Lo mismo se establecía para el resto de oficiales de las audiencias incluidos jueces, fiscales y notarios mayores, que guardasen los aranceles en el cobro de derechos y no recibiesen dádivas ni cohechos aunque fuesen cosas menores de comer o dadas espontánea y voluntariamente por los pleiteantes bajo cualquier pretexto, so pena de

³⁶⁹ Véase DE SOTO, D., O. P.: *De la Justicia y del Derecho (De Iustitia et Iure)*, Tomo I, Prólogo. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1967.

³⁷⁰ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Título de Procuratore Fiscali. Cap. I. Las partes y calidades que han de tener los Fiscales.

³⁷¹ *Ibidem*, Cap. VII.

³⁷² A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Capítulo XV y XVI.

excomunión y que fuesen obligados a restituirlo. También se les prohibía tratos en vender y comprar con los litigantes. Para que nadie se excusase con ignorancia mandaba el Sínodo que se pudiese el Arancel en una Tabla en las audiencias³⁷³. En esa Constitución estableció el Cardenal unas penas muy severas para combatir estos incumplimientos, hasta el punto que muchos conllevaban la excomunión. Posteriormente, el Cabildo sede vacante a la muerte de don Fernando Niño de Guevara moderó las penas y quitó las excomuniones de varios delitos, entre ellos: *que los jueces y oficiales no reciban dádivas ni presentes de los litigantes y que los Notarios Mayores y menores guardasen el arancel*.³⁷⁴ Es interesante observar las razones que adujeron los canónigos para esta moderación de las penas: *lo cual parecía tener muchos y graves inconvenientes i ser cosa digna de que el Cabildo las moderase, por ser antes lazo i ocasión para incurrir en las dichas excomuniones que remedio para la guarda de las cosas dispuestas*. Es decir, ante la reiteración de los incumplimientos y la imposibilidad de corregirlos, se optó por la benevolencia para no tener que soportar el espectáculo de jueces, notarios y oficiales excomulgados, con la pérdida de credibilidad que esto suponía para la justicia eclesiástica.

También los Reyes intervinieron para atajar este problema, mandando que *por los derechos desordenados que se llevan en vuestros oficios*³⁷⁵, se hiciera un Arancel de los derechos que se habían de llevar por las escrituras. En 1494 el Concejo, justicia, caballeros veinticuatro, jurados, escuderos, oficiales y *omes buenos* de la ciudad de Sevilla se quejaron a los Reyes de que los vecinos de la ciudad recibían agravio por parte de los notarios apostólicos y escribanos del Consistorio puestos por los jueces eclesiásticos de las audiencias, porque llevaban derechos excesivos por los procesos, autos y escrituras. Los Reyes respondieron con una carta en la que mandaban a los provisores, vicarios y otros jueces eclesiásticos que no consintieran que sus oficiales llevasen más derechos de los que llevaban los escribanos de los jueces seculares, conforme a la ordenanza y arancel que tenía la ciudad.³⁷⁶ Así que el Arancel eclesiástico estaba hecho a instancia real y conforme al Arancel de los jueces seculares, puesto que los oficiales del Rey mostraban las mismas tendencias al abuso en el cobro de los derechos que los eclesiásticos. Así el 30 de enero de 1500 los Reyes hacían saber por carta que les habían informado cómo en las ciudades y villas los corregidores, alcaldes, alguaciles y escribanos reales llevaban los *derechos doblados*³⁷⁷, mandando por pragmática que no se hiciera.³⁷⁸

La prevención contra los excesos y arbitrariedades cometidos por los oficiales del gobierno arzobispal era una constante, pero a pesar de esto seguían repitiéndose las disposiciones contra tales abusos. La importancia de la calidad moral de los jueces y oficiales eclesiásticos era tal que Díaz Coronado la prefería al conocimiento del

³⁷³ A.C.S. Sección VIII, Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. XXIX. Guarden los oficiales en el llevar de los derechos el arancel so las penas aquí contenidas.

³⁷⁴ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Auto del Cabildo sede vacante de 26-1-1609 en razón de las censuras que se moderan.

³⁷⁵ FERNANDEZ GOMEZ, M., OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRIGUEZ, M. L.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Madrid, 2001. Tomo V (1489-1492), doc. III-410.

³⁷⁶ *Ibidem*, doc. IV-181. 31 de enero de 1494.

³⁷⁷ *Ibidem*, doc. V-386.

³⁷⁸ Esto mismo se repitió en numerosas ocasiones, sin ir más lejos en septiembre de este mismo año: *Ibidem*, doc. V-521. 20-9-1500.

derecho. Porque en definitiva el sentido de la equidad y de la justicia se consideraban prendas naturales que no se adquirirían con el estudio de las leyes, y eran fundamentales para el mantenimiento del buen gobierno de los hombres. Los textos nos hablan de esta cuestión y Díaz Coronado lo expresa de esta manera:

siempre tube entendido ser el Judicial Gobierno la clave principal u maestra que hase uniforme el (ilegible) de la acorde racional armonía de los hombres, pues siendo los humanos genios tan discordes o tan por exceso o por defecto todos se ajustan arreglados al movimiento desta, con que guardando equidad i proporción la qual en cada cosa es consiguiente, que a de dar el derecho judicial a cada uno aquello que le toca.³⁷⁹

Y continúa:

Muchas vezes suele experimentarse lo contrario, a causa de no encontrarse a quien con acierto rija aquesta clave, i esto es mui regular de suceder quando no se abienen vien en sujeto las prendas adquiridas con las naturales, i así siempre e sido de dictamen que en caso de no concurrir en sujeto testos i testa, tengo por mejor testa sin testos que testos sin testa, i las rrazones porque el intento del gobierno de poco puede servir que el entendimiento sea gigante si es el juicio pigmeo, donde ni podrán igualarse ni valansearse el peso, de que vendrá a resultar que hallándose sin fuerzas el Juicio, obrará sin dictamen el entendimiento. Solo la experiencia es capaz de darle punto fijo a este misterio, quien en la clase practica de sus experiencias confirma i califica las prendas que constituyen a un Juez en todo perfecto; no con poco las humanas i divinas leyes nos encargan la elección de aquestos porque de sus buenas o malas resoluciones siempre abrá de resultar el bueno o mal gobierno. Bien parece tuvieron presente este dictamen los antiguos señores.³⁸⁰

Como se ve, en síntesis, todo un tratado de *buen gobierno judicial*. Para Díaz Coronado no era suficiente el conocimiento de las leyes (*los testos*), eran incluso más importantes las cualidades morales, el sentido de la justicia, las prendas naturales (*la testa*). Este sentido de la justicia era el que constituía a un Juez en perfecto, y de él dependían las resoluciones del buen o mal gobierno. La justicia era para él la clave u obra maestra del gobierno de los hombres, pues permitía *la racional armonía de genios tan discordes* como los humanos. Y el sentido profundo de esta justicia no sería otro que la equidad, la proporción, en definitiva dar a cada uno lo que le pertenece. Era el misterio de lo intangible, pues sólo con las leyes no se hace la justicia. Y sólo la experiencia terminaba decantando ese equilibrio, para que no ocurriese encontrarnos con un entendimiento de las leyes (*testos*) gigante y una capacidad de impartir justicia (*testa*) pigmea, pues si esto ocurría, el juicio se hallaría sin fuerzas y *obrará sin dictamen el entendimiento*. Así pues, este balance tenía que resolverse con la proporción y el equilibrio. Pero el énfasis estaba en ese sentido de la justicia que interpretamos como la equidad, la predominancia de la *testa*, término que alude a lo privativamente humano, a la cabeza, aunque en ausencia de juegos de palabras quizás se hubiese correspondido más con la *razón*.

³⁷⁹ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. *Capítulo Primero, Del origen que tubo el Gobierno Judicial del Arzobispado de Sevilla*.

³⁸⁰ A.G.A.S. *Ibídem*.

El concepto de razón está muy presente en la escolástica. Fray Domingo de Soto cita a Santo Tomás para referirse a la ley como una *ordenación de la razón, promulgada para el bien común por quien desempeña el gobierno de la sociedad*.³⁸¹ De esta forma la ley se asentaba en el entendimiento, y la regla y medida de los actos humanos era la razón: *imponer la ley es oficio de la razón, la ley procede de la razón y radica en el entendimiento*, pues Santo Tomás afirmaba que mandar era un acto que realizaba el entendimiento por medio de la prudencia³⁸², *por que gobernar es propio de quien tiene luz y puede dirigir y la luz no está en la voluntad que es una potencia ciega, sino en el entendimiento*.³⁸³ Este discurso basado en la cadena de significantes prudencia-entendimiento-razón, como esencia de la virtud de la justicia y necesario para evitar el delito, procedía en última instancia de Aristóteles y Cicerón. Según la teoría ética aristotélico-tomista, la razón permitía discernir lo debido o lo indebido. En los siglos XII-XIII se elabora una teoría moral que parece alejarse de la dependencia divina y en el siglo XIV Guillermo de Ockam de nuevo hace depender el orden moral de la decisión divina. Para él un acto contrario al dictado de la conciencia es indebido porque *se produciría en contra del precepto y de la voluntad divina que quiere que un acto se produzca en conformidad con la recta razón* (III, Sentencias, 13). Aunque en apariencia parecen dos teorías morales, en el fondo la conciencia o la razón representan la ley interiorizada. Las obras contra la razón o contra la conciencia son obras contra el mandato divino, de aquí que el buen cristiano deba ser *temeroso de Dios y de su conciencia*.

El humanismo introdujo una nueva concepción filosófica racionalista de la persona que tuvo sus repercusiones en el derecho, en el sentido de que no es la conciencia sino la ley la que determina el concepto de verdad o de justicia³⁸⁴, pero en la justicia eclesiástica parece seguir vigente la superioridad del orden moral sobre el jurídico, pues al Juez se le exige algo más que conocimiento de la ley (testos), se le exige *testa*. Esto suponía confiar el proceso a un tribunal de jueces-sacerdotes situados, en virtud del carisma divino, por encima de la relatividad de la verdad humana que se pudiese obtener de la confrontación de las partes. La superioridad moral de los jueces eclesiásticos suponía el recurso a un mito de la justicia, en la que ésta sólo podía alcanzarse gracias a un Juez poseedor de la verdad, la ley, el desinterés, el amor a la justicia y en definitiva la salvación del alma. Este cambio implicaba sustituir el proceso basado en la prueba por el juicio de autoridad, motivado por la sospecha.³⁸⁵

³⁸¹ Véase DE SOTO, D.: *De Iustitia et Iure*, Volumen I, De la Ley en General, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1968. Citando a Santo Tomás, 1-2, 90.

³⁸² SANTO TOMÁS.: *De la Ley en general*, 1-2, q. 17, art. 1 y q. 57, art. 6. Esta doctrina se halla en ARISTÓTELES, *Ethica* VI, 9 (DII, 72).

³⁸³ ARISTÓTELES.: *Politica*, I, cap. II (D I, 486); CICERÓN, *De legibus*, I, 6: “la ley es la razón suprema impresa en la Naturaleza”.

³⁸⁴ Véase BENLLOCH POVEDA, A.: “Las Jurisdicciones. Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna. El Proceso”, p. 121. *Instituciones de la España Moderna*, Coord. E. MARTINEZ RUIZ y M. DE PAZZIS PI. Madrid 1996.

³⁸⁵ Véase Véase MEREU, I.: *Historia de la Intolerancia en Europa*. Barcelona 2003.

Los notarios mayores

A principios del siglo XVI encontramos un Escribano Mayor del Consistorio³⁸⁶, Pedro de Moguer, que hacía las veces de Notario Mayor, y otro Notario Menor, pues todavía no existía la multiplicidad de oficios que encontramos en el siglo XVII. Este Escribano Mayor era el depositario de los maravedíes que se cobraban por el arrendamiento de las escribanías a los distintos escribanos y notarios del Consistorio, así como de las cantidades que se cobraban en concepto de derechos por los oficiales, y el Provisor le pedía cuentas periódicamente de las rentas a su cargo. La Escribanía del Consistorio agrupaba a los escribanos de los tres jueces y tenía una renta anual aproximada de 50.000 maravedíes. En 1503 los canónigos en sede vacante mandaron al Escribano Mayor que se *sobreseyese* de esta renta anual, pues el período de sede vacante no coincidía con años naturales, y que cobrase por sus *tercias* (trimestres). Y cuando se le tomase la cuenta que se viese lo que se había *menoscabado* la renta y se le descontase lo que se le debiese.

En 1547 el Contador y Mayordomo Mayor de la Mesa, Francisco Gutiérrez de Cuéllar, arrendó el oficio de Escribano Mayor del Consistorio a Iñigo López, notario apostólico vecino de Santa María Magdalena.³⁸⁷ En 1552 encontramos un Escribano Mayor del Consejo y Corte Arzobispal de la Santa Iglesia de Sevilla, el notario público apostólico Antón de la Coba, vecino de Santa Cruz, interviniendo en un pleito de inmunidades por un retraído que fue sacado de una ermita, y en 1564 actuando en una información sobre legitimidad de matrimonio y generación legítima.³⁸⁸

Juan de Arcimega, beneficiado a la iglesia de San Llorente y de San Alfonso y vecino de la collación de Santa María, aparece en numerosos negocios con poder del Arzobispo, y sustituyéndose en Francisco Gutiérrez de Cuéllar, arrendando al notario apostólico Andrés de Tarifa una de los dos notarias y Escribanías Mayores del Consistorio y Corte Arzobispal desde primeros de enero de 1557 hasta diciembre de 1559, por 119.669 maravedíes anuales, a pagar de cuatro en cuatro meses. A cambio, Andrés de Tarifa se llevaba todos los derechos y provechos según los aranceles del Consistorio. En la escritura de arrendamiento se hacía saber que tenía que dividir todos los asuntos con el otro Notario Mayor, Antón de la Coba, y que en cuanto a tener criados y escribientes en el Oficio siguiera el orden que llevaba Antón de la Coba y que le fue dado por escrito en una hoja por el Provisor e Inquisidor licenciado Juan de Ovando y por el Juez del Consistorio doctor Juan de la Coba, el documento original lo tenía el Notario de la Mesa y de las rentas, Alonso Devides.

Una de las condiciones del contrato era que al finalizar entregase por inventario todos los registros, procesos y escrituras que hubiese en su poder y que recibiría de Iñigo López, Notario que le precedió en el Consistorio, y de los demás predecesores, bajo pena de 500 ducados de oro mas los intereses por los daños. A la voluntad del Prelado y su Provisor quedaba el aumentar en uno o dos notarios y en ese caso que Andrés Tarifa lo admitiese y pagase la rata de lo que hubiese residido hasta el día que aumentasen los notarios. Otra condición era que los autos, procesos, escrituras y

³⁸⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 7 de marzo de 1503.

³⁸⁷ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 2.222.

³⁸⁸ A.G.A.S. Sección I. Vicaría General. Expedientes matrimoniales. Legajo 2348. Información sobre legitimidad de matrimonio, 1564.

diligencias de la Mesa Arzobispal, tanto los cobros de rentas y mandamientos, los hiciera con toda diligencia y sin cobrar derechos, pues como lo hacían los Escribanos Mayores anteriores estos derechos los llevaba el Notario de la Mesa, Alonso Devides. Asimismo se advertía que los oficiales no llevasen dinero a los negociantes por buscar escrituras y procesos, ni por firmar las costas y mandamientos y demás diligencias, bajo pena de pagar el cuatrotanto los oficiales y Andrés de Tarifa.

En este contrato además se separaba la Notaría de las Ejecuciones, que hasta este momento había pertenecido, con sus rentas, a la Notaría y Escribanía Mayor del Consistorio, que habían tenido en los años anteriores Rodrigo Marques bajo el mando de Antón de la Coba, ahora quedaba fuera y Juan de Arcimega podía arrendarla y cobrar sin que por ello Andrés Tarifa pudiese hacer descuento por esto. También se establecía que en los negocios, autos y pleitos sobre los beneficios que el Prelado diese a sus deudos y criados no les cobrase derechos, pero sí a las partes contrarias en los pleitos. En los pleitos que venían en apelación de los obispados sufragáneos seguiría el estilo y la costumbre y lo que mejor le pareciere al Juez del Consistorio.

El arrendador en nombre del Arzobispo, Juan de Arcimega, cobraría los derechos de quince al millón de lo que montaren los tres años y se incluía, como de costumbre, la cláusula que advertía de que los riesgos del negocio caían de parte del arrendatario, *ya fuese por pestilencia como de mudanza de esta dicha audiendia a otra ciudad... o por entremeterse las audiencias e juzgados seglares en causas de las que el Juez eclesiástico a acostumbrado conocer o por otra causa pensada o no pensada.*³⁸⁹

En 1569 a Antón de la Coba se le denomina Notario Mayor del Consistorio Arzobispal y aparece aceptando los bienes de la herencia de su suegro, el candelero Diego Halcón.³⁹⁰ Es muy posible que ambas denominaciones fuesen equivalentes, Escribano Mayor, o Notario Mayor, del Consistorio, o del Consejo, y Corte Arzobispal. Finalmente, en 1571 le vemos interviniendo en una escritura de poder que su cuñada, Ana Gómez, viuda del escribano público Juan de la Coba, hermano de Antón, otorgó, como tutora de sus hijos, al procurador López Polanco.³⁹¹

En 1571 ya nos consta el nombramiento de dos notarios mayores, el del Provisor y el del Juez de la Iglesia, es posible que el de Testamentos, por ser una Audiencia pequeña, compartiera con estas sus oficiales. Desde luego no hemos encontrado información sobre los notarios del Juzgado de Testamentos para esta época. En 1572 los dos Notarios Mayores del Consistorio y Corte Arzobispal eran Gaspar Aragonés y Hernando de Cervantes, y les tenemos junto a Francisco Montero, uno de los alguaciles de los diez nombrados por el Arzobispo, dando poder al Fiscal del Provisor Bartolomé Rodríguez para que se presentase ante los alcaldes del crimen de la Real Audiencia de Sevilla.³⁹² En otro documento de 1572 se vuelve a utilizar la denominación Escribano Mayor, y aparece Hernando de Cervantes, casado con Isabel Batista y vecino de Santa Catalina, haciendo negocios junto a sus padres y sus suegros, vecinos de San Román, y tomando cédulas y letras de cambio por 78.750 maravedís de Matías de Fano para la feria de octubre de 1570.³⁹³

³⁸⁹ A.P.N.S. Legajo 12.358, año 1557, fol. 317-322.

³⁹⁰ A.P.N.S. Legajo 12.399, año 1570, fol. 840.

³⁹¹ A.P.N.S. Legajo 12.403, año 1571, fol. 306.

³⁹² A.P.N.S. Legajo 12.409, año 1572, fol. 281.

³⁹³ A.P.N.S. Legajo 12.410, año 1572, fol. 472.

En 1577 Hernando de Cervantes aparece haciendo negocios con María Vasques de la Vega, vecina de Santa María, a la que debía 59.840 maravedíes por la compra de 800 camisas de Ruan, a razón de 17 reales y medio cada una, cuatro camisas de mujer a 57 reales cada una y 4 de lana a 33 reales cada una.³⁹⁴ Y en otro documento, junto con un socio portugués llamado Alvaro Rodriguez, y con los mercaderes de seda Juan de Ribera y Juan de Alfaro, entregando 200 reales como carcelero comentariense de Gaspar Dias que estaba en la cárcel real por deudas como cesionario del veinticuatro Hernando de Almansa.³⁹⁵ Finalmente, en 1587, le tenemos en un documento notarial haciendo tratos y comprando 50 cahizes de cal.³⁹⁶

Es muy probable que en el pontificado de don Cristóbal de Rojas (1571-1580) apareciese la forma tripartita de los oficios dentro de la Audiencia del Provisor, con una oficina denominada Oficio de Fábricas, en la que su Notario Mayor estaba señalado sólo para las dependencias de las fabricas, esto es, las iglesias. A éste le asistía un Oficial Mayor y otro Menor y sus competencias eran todas las relativas a la administración y gobierno de las iglesias. A los otros dos Notarios Mayores les estaban repartidas todas las dependencias que ocurrían fuera de las fabricas. Las oficinas de éstos se denominaban Oficio Primero y Oficio Segundo del Juzgado Provisoral, y entre estos dos oficios estaban repartidos todos los lugares del Arzobispado y parroquias de Sevilla por mitad, y cada Notario tenía su Oficial Mayor y su Oficial Menor. Así pues, tenemos un Notario Mayor de Fábricas, un Notario Mayor del Oficio Primero y un Notario Mayor del Oficio Segundo. La Audiencia del Provisor, por las numerosas competencias que atendía, quedó definitivamente dividida en tres oficios con repartimiento de la carga de trabajo entre ellos.

En el pontificado de don Rodrigo de Castro (1580-1600) se mandó que cuando las partes preguntasen a los notarios mayores o a alguno de los demás oficiales los derechos que se les debían que lo dijese *clara i abiertamente*³⁹⁷, conforme al arancel, sin remitirse *a su cortesía i a lo que les quieran dar*, so pena de dos ducados de multa la primera vez, el doble la segunda y que fuese privado del oficio la tercera, ejecutándolo todo *irremisiblemente* en la visita de residencia. También se estableció el número de oficiales que cada Notario Mayor del Consistorio podía tener y en el Sínodo del Cardenal Guevara de 1604 se reiteraron estas disposiciones. Los notarios mayores del Oficio Primero, del Oficio Segundo y del Oficio de Fábricas del Juzgado del Provisor tendrían en adelante un máximo de cinco oficiales cada uno, contando con el Notario de *caxón* y el escribiente del Oficio. Todos los demás se mandaba que fuesen *expelidos i no se admitan otros de nuevo sin nuestra lizencia o de nuestro Juez de la Iglesia, procediendo examen de la persona i suficiencia*.³⁹⁸ Además, se advertía que si estos oficiales no hiciesen bien su oficio los notarios mayores debían dar noticia al Juez de la Iglesia para que proveyese el remedio. Así pues, el Juez de la Iglesia tenía competencias en el disciplinamiento de los oficiales del Consistorio, aunque desconocemos el alcance de éstas.

³⁹⁴ A.P.N.S. Legajo 12.441, año 1577, fol. 51.

³⁹⁵ A.P.N.S. Legajo 12.442, año 1577, fol. 792.

³⁹⁶ A.P.N.S. Legajo 12.508, año 1587, fol. 899.

³⁹⁷ Recogido de nuevo en el Sínodo del Cardenal Guevara: A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. XXII. Los notarios i oficiales digan los derechos que conforme al arancel se les deven.

³⁹⁸ *Ibidem*, Cap. I y II. Al margen se anotó que esto ya se había establecido en el Sínodo de don Rodrigo de Castro.

Los notarios mayores poseían las llaves de los archivos y custodiaban una documentación preciosa que escondía los secretos de multitud de personas y de luchas de intereses contrapuestos. En las visitas de residencia se inspeccionaban los documentos y los libros de registro de pleitos y ellos eran los responsables de que todos los expedientes y procesos aparecieran en su lugar. Según el procedimiento establecido, los jueces despachaban los negocios a los notarios mayores y éstos a su vez los remitían a sus oficiales mayores y menores; en el Sínodo de don Rodrigo de Castro y después en el de don Fernando Niño se mandó que se respetase este proceso *por que así conviene al buen gobierno de nuestros tribunales*.³⁹⁹ En el Sínodo de don Rodrigo de Castro se estableció que todas las informaciones de divorcios y nulidades de matrimonios, así como los *depósitos de mujeres* que eran sacadas del poder de sus padres o esposos, debido a la gravedad de las diligencias, se hiciesen ante los oficiales mayores de los notarios mayores sin que los notarios receptores *ni otra persona alguna* se entremetiese en hacerlas. También se estableció que en el caso de negocios de gravedad, o por la calidad de las personas afectadas, el Juez podía decidir que no se repartiese el pleito por turno, como se hacía por costumbre desde finales del siglo XVI, sino que se hiciese la información ante los notarios mayores.⁴⁰⁰

Ahora bien, si el Juez no decidía nada en contrario, los notarios mayores no debían quitar a sus oficiales mayores ni a sus notarios receptores las informaciones y autos que les pertenecían por turno, bajo pena de cuatro ducados cada vez que lo hicieran aplicados para los pobres de la cárcel y para el denunciador a partes iguales, y que serían castigados en la Visita de Residencia con mayor rigor.⁴⁰¹ Además, se les advertía a los notarios mayores que no llevasen parte de los derechos de las probanzas y escrituras que hacían los receptores y oficiales, como solían hacer⁴⁰², so pena de devolver el cuádruple de lo que llevasen. Los notarios mayores despachaban a sus notarios y oficiales las comisiones para los distintos negocios por orden del Juez de la Audiencia. Las constituciones mandaban que los notarios mayores no quitasen las comisiones a los notarios de número a quienes se las encargó el Juez para dársela a otro, ni que se hiciera con la excusa de que el negocio era de tanta importancia que convenía que fuera otra persona. Y cuando se considerase que la calidad del negocio pedía otra cosa, primero que se consultase al Juez, así que los notarios mayores no debían despachar comisiones para otra persona sin el mandato especial del Juez o del Prelado bajo pena de cuatro ducados de multa.⁴⁰³

En 1610 vemos al Provisor haciendo relación de todos los oficios de notarios y oficiales que había que nombrar en su tribunal para cotejarlas con las peticiones de los aspirantes y nombrar a los que fuesen *más a propósito*. Lo mismo se hizo con la Audiencia del Juez de la Iglesia y del Juez de Testamento, y con el oficio del Mayordomo Mayor de Fábricas.⁴⁰⁴ En el Memorial del licenciado Calderón de 1610 citado mas arriba se advertía que no se admitiesen oficiales ni escribientes negros, mulatos ni moriscos. Y esto por la *quietud y honra de los oficios*, pues se les suponía

³⁹⁹ *Ibidem*, Cap. V. No se despachen los jueces negocio alguno sino con los Notarios.

⁴⁰⁰ *Ibidem*. Capítulo XIX.

⁴⁰¹ *Ibidem*. Cap. XX. Los notarios no quiten cosa alguna de las aquí contenidas a sus oficiales.

⁴⁰² *Ibidem*. Cap. XXI. No lleven parte de las probanzas i escrituras so la pena aquí contenida.

⁴⁰³ *Ibidem*. Cap. VI.

⁴⁰⁴ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara (1609-1610).

defecto o falta de calidad y en la mentalidad de la época se pretendía que el honor y la calidad moral estaban íntimamente relacionados con la limpieza de sangre y generación.

También se mandaba a los jueces que competiesen a los notarios mayores de su Audiencia a que residiesen en su oficio, y en caso de faltar por enfermedad o ausencia de la ciudad, con licencia del Prelado o del Juez correspondiente, que firmase el del otro oficio en su lugar y cobrase los derechos. Y si las ausencias fuesen tantas que hiciesen *notable falta* que los jueces proveyesen lo que conviniese. Esta disposición pretendía evitar las frecuentes ausencias de los notarios mayores de los tribunales, pues en estos casos los receptores y otros notarios *hinchaban los autos*, ordenaban mandamientos y cobraban derechos, estando obligados los notarios mayores a hacer todo esto, y cobraban tasas aún en el caso en el que se lo hacían los receptores. Así que se mandó que los notarios mayores hicieran todo esto por sus personas y cuando no lo hicieran que no pudiesen llevar derechos, y en este caso lo llevaran los receptores o notarios que hubiesen hecho las escrituras.⁴⁰⁵

Desde el pontificado de don Rodrigo de Castro (1580-1600) se mandó que los notarios mayores tuviesen los despachos ordinarios impresos, como las cartas generales, títulos de cura, licencias para celebrar, predicar y confesar, mandamientos de citación, edictos, interrogatorios para ordenantes, mandatos y edictos generales de la Cuaresma, y si no los tuviesen de *molde* se ordenaba que los diesen escritos a mano y no llevasen más derechos por ello que los que habían de llevar por los de molde.⁴⁰⁶ La introducción de la imprenta en la elaboración y expedición de documentos suponía una descarga de trabajo para los notarios y escribanos y el consiguiente ahorro en tasas y derechos, pero esto provocó la resistencia de los oficiales que trataban de seguir haciéndolos a mano, o de cobrar las diligencias impresas como si se hubiesen manuscrito.

El Secretario de la Audiencia

Sabemos que en 1546 el Provisor y el Juez Oficial compartían los notarios de las audiencias *con cargo de firmas*, que eran Juan Zuárez e Iñigo López. Suponemos que eran los notarios mayores que hacían las veces de secretarios, firmando los autos y sentencias al pié, junto a los jueces. En efecto, uno de estos notarios mayores, que solía ser el más antiguo, actuaba como Secretario de la Audiencia, dando fe de los autos que dictaba el Provisor y repartiendo los pleitos entre los oficios. Hernando de Cervantes, que en algunos documentos aparece como Escribano Mayor, o Notario Mayor, del Consistorio, también le vemos en 1592 como Secretario de la Audiencia del Provisor pagando 100 reales por un collar de oro con piedras blancas y coloradas y con unos asientos de oro.⁴⁰⁷ En 1610 se había ordenado y era capellán en una capellanía de San Salvador de Sevilla y lo tenemos ocupando la Secretaría de la Audiencia Arzobispal en el Oficio de Fábricas.⁴⁰⁸

⁴⁰⁵ A.C.S. Sección VIII, Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. VII. Los Notarios mayores residan en sus oficios so la pena aquí contenida. Esto se había establecido antes en el Sínodo de don Rodrigo de Castro.

⁴⁰⁶ *Ibidem*. Capítulo VIII. Tengan impresos los despachos ordinarios.

⁴⁰⁷ A.P.N.S. Legajo 12.546, año 1592, fol. 606.

⁴⁰⁸ A.P.N.S. Legajo 12.675, fol. 810.

En 1573 tenemos como Secretario de la Audiencia del Provisor a Simón de Aguilar, vecino de Santa María, que aparece arrendando unas casas en la calle de la Cruz⁴⁰⁹, y dando poder al vicario de Morón y a un notario apostólico llamado Francisco Mejía para que cobrasen de un vecino de esta localidad llamado Alonso González un cahiz de trigo.⁴¹⁰ A Simón de Aguilar le dejó Domingo de Leso un esclavo morisco llamado Bernabé, *herrado en los carrillos*, que fue valorado en 81 reales.⁴¹¹

La denominación de los cargos no siempre era la misma, por ejemplo Gaspar Aragonés aparece en 1575 como Secretario y Notario Mayor del Consistorio Arzobispal de Sevilla⁴¹². Y en otro documento lo tenemos como Secretario de la Audiencia y Corte Arzobispal de Sevilla reclamando a los albaceas del difunto Gobernador y Administrador del Arzobispado, el canónigo Domingo de Lezo, 1.081 reales que le debía y dejó asentados en su testamento. Como entre sus bienes dejó un esclavo natural de Pitos de Ferreyra, en el Reino de Granada, los albaceas se lo entregaron y lo valoraron en 800 ducados de oro, pero *por hacer buena obra* llegó a un acuerdo con él para liberarlo por 80 ducados.⁴¹³

El Secretario, como distribuidor de los negocios, repartía de facto los derechos de los oficiales, y aunque esto estaba sometido a unas normas estrictas de reparto, se generaban no pocos conflictos. En el memorial de 1610 se advertía que los secretarios tuviesen cada uno su oficial y no *aya más sirbientes*, pues, como era moneda corriente en la época, los oficiales se hacían acompañar por sirvientes o sustitutos. A finales del siglo XVI, debido a la cantidad de diligencias que se practicaban, tanto el Provisor como el Juez de la Iglesia nombraban en sus audiencias un Secretario y un Teniente de Secretario que expedían las licencias, las informaciones para casarse y las ejecuciones de mandatos ordinarios y relaciones, para que el Provisor o Juez decretasen después la sustancia de lo que proveían de su misma letra o rubricado por su mano.

Las sentencias, los autos, los mandamientos y las provisiones de licencias, iban, pues, rubricadas por el mismo Juez, para comprobar que fuesen conforme a lo que había decretado y evitar que el secretario se excediese o cometiese prevaricación a favor de alguna de las partes. Respecto a las licencias para casarse y otras expediciones de ejecuciones y mandatos ordinarios recomendaba Gaspar Aragonés, Secretario de Cámara de don Cristóbal de Rojas, que el teniente de cada secretario hiciera una relación y que el Provisor y el Juez de la Iglesia decretasen la sustancia de lo que proveían de su misma letra, rubricado por su mano, para que el auto o mandamiento que saliese se viese si era conforme a lo que se decretó, evitando las adiciones y modificaciones fraudulentas, y si el secretario se excediese en lo que se expidió, en ese caso recaería sobre él la culpa.

En otro memorial dirigido al Provisor y al Juez de la Iglesia sede vacante a la muerte de don Rodrigo de Castro (1600) y a la espera del nuevo Prelado (Cardenal don Fernando Niño de Guevara), Gaspar Aragonés nos cuenta que algunos provisos del Cardenal don Rodrigo de Castro como el licenciado Leciñana, que después pasó a ser Inquisidor, y jueces de la Iglesia como el Arcediano de Niebla o el canónigo don Luis

⁴⁰⁹ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 1070.

⁴¹⁰ A.P.N.S. Legajo 12.418, año 1573, fol. 559.

⁴¹¹ A.P.N.S. Legajo 12.423, fol. 693.

⁴¹² A.P.N.S. Legajo, 12.428, año 1575, fol. 710.

⁴¹³ A.P.N.S. Legajo 12.420, año 1574, fol. 590.

Melgarejo, vieron por sí mismos todos los pleitos de sus oficios conclusos en definitiva, conforme a la ley. Y esto para evitar que los tenientes de los secretarios llevasen dineros a las partes por la vista de los pleitos y *por otros inconvenientes que algunas veces suceden*. Según Aragonés esto mismo convenía que hicieran el Provisor y Juez de la Iglesia que llegasen y *que los Secretarios de las Audiencias les entreguen para ello los procesos por que si el Teniente se los lleva querrá que se los paguen o abrá remisión en llevarlos*.⁴¹⁴ Así pues, los jueces debían, conforme a derecho, ver por su propia persona los pleitos de sus oficios hasta sentencia definitiva. También recomendaba Aragonés que en la última hoja de cada proceso el Provisor o Juez decretasen de su letra la sustancia de la sentencia y se la entregasen al secretario para que la ordenase *así por el secreto hasta la pronunciación como por evitar el pedir dineros a las partes que cierto en toda mi vida en Córdoba ni aquí nunca tal pedí ni aún de leer los procesos al Provisor ni Juez por que lo hazia por su contemplación*.⁴¹⁵

En las causas graves los jueces debían examinar a los testigos personalmente: *ninguna cosa importa tanto para el buen despacho i expediente de los pleitos como que las provanzas de los negocios se hagan por personas de mucha confianza pues de lo que en ellas se averiguare a de resultar lo que conforme a derecho nuestros jueces han de sentenciar*.⁴¹⁶ Así que la justicia eclesiástica estableció en el Sínodo de don Rodrigo de Castro, y posteriormente en el del Cardenal Guevara, que no se les cometiesen estas informaciones a los notarios receptores sino que las vieses los mismos jueces personalmente. Y las leyes del reino mandaron también que los testigos en causas graves y criminales se examinasen ante los mismos jueces. Al menos hasta el pontificado del Cardenal don Rodrigo de Castro las confesiones de los reos en las causas importantes se realizaban ante el Provisor o Juez, que les tomaban juramento, sin embargo desde principios del siglo XVII estas diligencias comenzaron a realizarse por el Notario Receptor en presencia del Fiscal.

Tenemos multitud de expedientes matrimoniales de mediados del siglo XVI en los que podemos observar cómo el Juez de la Iglesia recibe juramento e interroga personalmente a los contrayentes, dando fe de la diligencia practicada y firmándola.⁴¹⁷ Posteriormente, cada vez más diligencias se realizaron sin la presencia del Juez. Es posible que la multiplicación de pleitos y diligencias hiciera imposible que los jueces interviniesen personalmente en todos los asuntos y fueran delegando en los fiscales y secretarios de las audiencias, y éstos a su vez en los tenientes de secretario y notarios receptores. El aumento de la maquinaria judicial y la progresiva complejidad de los asuntos llevaría a un mayor protagonismo de los oficiales inferiores, con la delegación por parte de los jueces de algunas de las tareas que antes realizaban. En cuanto a la práctica según la cual el Juez escribía de su mano en la última hoja de cada proceso la sustancia de la sentencia se mantiene durante todo el período estudiado.

⁴¹⁴ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. *Memorial del Secretario Aragonés sobre los oficios y gobierno del Arcobispado. Las causas de que a conocido y conoce el Provisor*. Documento manuscrito sin foliar.

⁴¹⁵ *Ibidem*.

⁴¹⁶ A.C.S. Sección VIII, Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. IV. En las causas graves, examinen los jueces los testigos por sus personas.

⁴¹⁷ A.G.A.S. Sección I. Vicaría General. Expedientes matrimoniales. Legajos 2348, 2547 y 33.

Los procuradores

Por las escrituras de poderes sabemos que el otorgante afirmaba que conocía y otorgaba todo su poder *cumplido bastante quanto de derecho se requiere y es necesario* a la persona del procurador. Desde ese momento actuaba en su nombre y en representación suya en los pleitos para los que hubiese sido autorizado en la escritura. El poder se podía otorgar para algún pleito en particular o con carácter general para todos los pleitos, causas y negocios, civiles y criminales, presentes y futuros que tuviere el otorgante con cualquier persona sobre cualquier causa, tanto demandando como defendiendo y para seguir los pleitos hasta sentencia definitiva (*hasta fenecer*) y acabarlos en todas las instancias, incluyendo la ejecución de la sentencia.

En las cartas de nombramiento se alude a las causas matrimoniales, beneficiales, criminales, decimales y civiles y a cualquier otras *en defensa de vuestras partes*⁴¹⁸, y se mandaba que antes de ejercer el oficio jurasen fidelidad ante el Provisor o ante el vicario de la villa si fuese procurador en un partido judicial foráneo. Estas instancias incluían *parecer ante su Magestad y los señores de sus Reales Consejos, Audiencias y Chancillerías*, en la jurisdicción seglar o ante Su Santidad y su Nuncio Apostólico en la jurisdicción eclesiástica; y en general ante todos los jueces y tribunales eclesiásticos y seglares de cualquier parte que fuesen. Las diligencias para las que facultaban los poderes generales eran numerosas: pedir y demandar, protestar, pedir y sacar testimonios, escrituras y otros recaudos y presentarlos donde conviniese, apelar, conocer, defender, negar, requerir, querellarse, declinar jurisdicción de cualquier justicia y pedir beneficio de restitución, presentar escritos y testigos, hacer probanzas e informaciones, tachar y contradecir lo presentado por la parte contraria y recusar jueces, escribanos y otras personas expresando las causas de las recusaciones y jurarlas, aprobarlas o desistir de ellas. También pedir que se hicieran por las partes cualquier juramento de calumnia y otros que conviniesen y hacer ejecuciones, prisiones, embargos y secuestros de bienes y dar consentimiento de soltura de un reo.

Asimismo alzar cualquier embargo y hacer ventas y remates de bienes, aceptar remates y trasposos y tomar posesión y amparo de cualquier bienes; concluir para sentencia y pedir y oír la sentencia interlocutoria o definitiva consintiendo las que fuesen a favor y apelando cuando se hiciese algún agravio o perjuicio, siguiendo la apelación y suplicación en las instancias de derecho; pedir y sacar cualquier provisión y cédula real y presentarla donde conviniese y hacer en juicio y fuera de él los demás autos y diligencias que conviniesen y le requiriesen; y finalmente, el otorgamiento de poderes general terminaba facultando para nombrar sustitutos, es decir, para traspasar los poderes a otro obligando su persona y bienes.

Este es un otorgamiento de poderes amplio, con carácter general y con facultad para nombrar procuradores sustitutos. Pero lo más frecuente era otorgar un poder restringido a una causa concreta, en este caso el otorgante daba su poder para que por él y en su nombre, representando su propia persona, se pudiese presentar ante algún Juez de las audiencias arzobispales sobre una causa que le hubiese abierto el Fiscal, dándole potestad para hacer todos los autos y diligencias necesarias, tanto judiciales como

⁴¹⁸ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Título de procurador de la audiencia arzobispal o obispal.

extrajudiciales, y dar por dichos y jurados los testigos de la sumaria y renunciar los términos de prueba y publicación, pidiendo la conclusión definitiva de la causa, etc.

Desde 1547 tenemos algunas noticias acerca de los procuradores de causas del Consistorio y Corte Arzobispal de Sevilla. Como Francisco Sánchez, que además lo era en la Chancillería de Granada⁴¹⁹, y Hernando de Carmona, que aparece recibiendo poderes de Ana Ruiz de Escobar, mujer del difunto Alonso de Salas, y su hijo Cristóbal Ruiz de Escobar.⁴²⁰ Y en 1548 tenemos a Luis Hernández como Procurador de Causas en el Consistorio y Corte Arzobispal de Sevilla, recibiendo poderes del Mariscal Diego Caballero⁴²¹, y de nuevo aparece en la escritura de un testamento en 1556.⁴²² En 1548 tenemos también a Alonso González, clérigo presbítero vecino de Santa María, junto a Pedro de Valdés, Procurador del Consistorio, dando poder a Antón Bernal, solicitador de causas en la Chancillería de Granada, y a Alonso de Molina, procurador en la misma audiencia. Se trataba de una querella con el Comendador del Santo Espíritu de Sevilla sobre unos molinos de pan que pertenecían a una capellanía de Hernando Torres. El Juez de San Juan de Acre era el Juez Apostólico en el pleito y el Protonotario Gomes Ordas había pedido que los procuradores en representación de Hernando de Torres se desistieran del pleito.⁴²³

En los años sucesivos tenemos noticias de varios procuradores, como Antón Vasquez, vecino de San Miguel, que aparece reconociendo una deuda de 245 reales de plata a Juan de Alcalá, vecino de Santa María.⁴²⁴ En 1563 vemos a Luis de Valera, Procurador del Consistorio y vecino de San Salvador, renunciando a su oficio por los impedimentos y ocupaciones que tenía, y recomendando al escribano público Diego Ponce, vecino de San Juan de la Palma, para que lo sustituyera.⁴²⁵ En 1566 tenemos un documento en el podemos observar el proceso de nombramiento de los procuradores de la audiencia. El Escribano Mayor del Consistorio, Antón de la Coba, daba fe en presencia de don Juan de Quintanilla, Juez Oficial y Vicario General del Arzobispo Valdés, que atentos a la suficiencia de Gaspar de los Reyes lo nombraban como Procurador del número del Consistorio y Corte Arzobispal, ocupando el lugar, por la renuncia que hizo Diego Ponce. A continuación le pidió que hiciese el juramento solemne y que entregara la fianza correspondiente a su oficio.⁴²⁶

En 1570 aparece como Procurador del Consistorio Martín de Saravia, al que le daba poder Andrés de Servera, clérigo presbítero capellán de la Santa Iglesia Mayor de Sevilla y vecino de San Bartolomé.⁴²⁷ Dos años más tarde vemos a dos procuradores sustituyéndose, Antonio Galves, que tenía poderes otorgados por Diego Valdés, se sustituyó en Antonio López, Procurador del Consistorio y Corte Arzobispal, y en otro Procurador de la Audiencia de Grados.⁴²⁸ En 1572 tenemos como Procurador del Consistorio y Corte Arzobispal de Sevilla a Diego López recibiendo unas casas en renta

⁴¹⁹ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 600.

⁴²⁰ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 4230.

⁴²¹ A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 1673.

⁴²² A.P.N.S. Legajo 12.357, año 1556, fol. 1687.

⁴²³ A.P.N.S. Legajo 12.330, fol. 570.

⁴²⁴ A.P.N.S. Legajo 12.353, año 1554, fol. 131.

⁴²⁵ A.P.N.S. Legajo 12.373, año 1563, fol. 187.

⁴²⁶ A.P.N.S. Legajo 12.399, fol. 17.

⁴²⁷ A.P.N.S. Legajo 12.400, fol. 781.

⁴²⁸ A.P.N.S. Legajo 12.409, año 1572, fol. 233.

del doctor Diego Hernández de Barrientos.⁴²⁹ Y en 1575 tenemos al Procurador del Consistorio Baltasar de Agüero vendiendo un tributo⁴³⁰ y a Martín de Saravia como procurador del capellán de la Capilla Real de la Catedral Nuño de Alfaro, que ratificó y aprobó los pleitos y autos hechos por su procurador.⁴³¹ También aparece éste procurador representando a un vecino de Paradas ante los jueces de la ciudad de Córdoba en un requerimiento que le hizo el Teniente de Asistente de Sevilla por una reclamación de deudas.⁴³²

En 1576 tenemos al Procurador del Consistorio Cristóbal Hernández haciendo negocios con un tal Gabriel Cisneros, mercader de paños de Sevilla, y recibiendo un préstamo de 18.900 maravedís al contado.⁴³³ Después aparece poniendo a servir como aprendiz con el barbero Andrés López a su sobrino Cristóbal.⁴³⁴ Y en 1577 Diego Flores aparece como Procurador de causas de la Audiencia Arzobispal de Sevilla y recibiendo de un corredor de la Lonja 36 reales de renta mensual del arrendamiento de unas casas que tenía en la collación de San Salvador, que lindaban con un corral de vecinos, donde vivía un sastre.⁴³⁵

A principios del siglo XVII existían en el Juzgado Provisorial seis procuradores con sus oficiales para seguir los pleitos en nombre de sus partes. Estos eran igualmente nombrados por el Prelado o por sus jueces delegados y como cualquier otro oficial, antes de ser admitidos al uso y ejercicio de su oficio juraban ante el Provisor que lo harían bien y fielmente en defensa de las partes, *i no llevarán más derechos de los que conforme al aranzel les es permitido i guardaran en todo estas nuestras constituciones*.⁴³⁶ El nombramiento, como todos los demás de los oficiales del Arzobispado, era discrecional, *os damos poder y facultad para que por el tiempo que fuere nuestra voluntad podáis usar y exercer el dicho oficio de Procurador de causas en la dicha Audiencia*⁴³⁷, y se hacía mediante una carta de atribución de poderes y la licencia correspondiente en la que el Prelado o su Provisor confiaban en la habilidad, diligencia, suficiencia y buena conciencia del candidato para defender a las partes en las causas de la Audiencia Arzobispal. En los documentos de otorgamiento de poderes y en las cartas de nombramiento de los procuradores podemos observar algunas de las diligencias que hacían en nombre de sus representados. El procurador podía ser uno de los de la Real Audiencia, un abogado o un letrado de la confianza del reo, aunque con el tiempo terminaron por actuar en los tribunales ordinarios del Arzobispado casi exclusivamente los procuradores de las audiencias del Consistorio Arzobispal.

Los procuradores, como los demás oficios menores del Consistorio, eran proveídos por el Provisor cometido por el Prelado, y en sede vacante por el Cabildo.

⁴²⁹ A.P.N.S. Legajo 12.411, año 1572, fol. 1002.

⁴³⁰ A.P.N.S. Legajo 12.418, fol. 808.

⁴³¹ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 67.

⁴³² A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 619.

⁴³³ A.P.N.S. Legajo 12.431, año 1576, fol. 586.

⁴³⁴ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 592.

⁴³⁵ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 991.

⁴³⁶ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Tit. De Procuratoribus. Capítulo VI. Antes que sean admitidos juren lo aquí contenido.

⁴³⁷ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid 1625. Título de procurador de la audiencia arzobispal o obispal.

Normalmente, cuando quedaba vacante una plaza por muerte o desistimiento, el Provisor o el Cabildo en sede vacante nombraban sustitutos de entre los candidatos que presentaban peticiones. El 14 de junio de 1601 nombraron procurador del Consistorio a Juan Navarro en la plaza que quedó vacante por muerte de Francisco López Palomino.⁴³⁸ Y ese mismo día se votó para proveer la plaza que quedó vacante por muerte de Juan de Cervantes, saliendo por mayoría Gonzalo de Toro. En este mismo año se desistió de su plaza el procurador de la Audiencia del Provisor Antonio de Ayala y se llamó para nombrar sustituto, saliendo Jorge Pérez como Procurador del Consistorio y del Provisor, de ambas audiencias. En 1624, en la sede vacante de don Pedro de Castro, mantuvieron los canónigos a los procuradores de la Audiencia del Provisor que lo habían sido en el pontificado del Prelado desaparecido, dándoles sus títulos en forma y aumentando las plazas a nueve procuradores.⁴³⁹

Parece que había cierta inercia familiar en los cargos, pues pasaban de padres a hijos o sobrinos, como el caso de la familia de los Torres, en la que hermanos y sobrinos coparon los oficios de notarios de la visita de Sevilla. Lo habitual era que a la muerte del oficial el hijo o sobrino pidiese licencia para ocupar el cargo. En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas nombraron Procurador del Consistorio a Sebastián de Matos, en lugar de su padre fallecido, Manuel de Matos, y mandaron que el Provisor le diese su título y licencia en forma, para usarlo bien por el tiempo que fuere voluntad de los señores canónigos.⁴⁴⁰

En el Sínodo del Cardenal Guevara se estableció que los procuradores asistiesen a las audiencias públicas, tanto en los tribunales ordinarios como ante los jueces sinodales de apelación que se hubiesen nombrado para las causas apostólicas, pidiendo y defendiendo el derecho de las partes con diligencia y evitando siempre *impertinencias i calumnias a las quales no den lugar los jueces en manera alguna*.⁴⁴¹ También se estableció que los procuradores presentasen personalmente ante los jueces las escrituras y escritos de demanda, respuesta, interrogatorio o alegación firmados por un letrado⁴⁴², y que los jueces y notarios no los recibiesen si no se presentaban personalmente por los procuradores.⁴⁴³ Asimismo debían tener un libro de memoria donde asentar los pleitos y el estado en que estuviesen, de manera que cuando las partes pidiesen razón se la pudiesen dar.⁴⁴⁴ Los procuradores también actuaban en las causas apostólicas ante los jueces sinodales o de apelación, en este caso se les exigía que se sometiesen en el cobro de sus derechos a los aranceles aprobados por el Prelado.⁴⁴⁵ También tenemos constancia de un Procurador Mayor del Consistorio, el más antiguo, al que se le cometían los asuntos más importantes y espinosos. En el pontificado de don Cristóbal de Rojas fue Alonso de Ávila.

⁴³⁸ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601).

⁴³⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. 20-12-162, y enero de 1624.

⁴⁴⁰ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1580-81).

⁴⁴¹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Tit. De Procuratoribus. Capítulo I. Asistan a las audiencias.

⁴⁴² *Ibidem*, Capítulo III. Lo que presentare venga firmado de Letrado.

⁴⁴³ *Ibidem*, Capítulo II. Presenten por sus personas las escripturas i recaudos de las partes.

⁴⁴⁴ *Ibidem*, Capítulo IV. Tengan libro en que asienten los pleitos.

⁴⁴⁵ *Ibidem*, Capítulo V.

Aunque en la mayor parte de los pleitos no figura la intervención del abogado defensor, pues los reos no podían pagar sus servicios, cuando éste intervenía sólo lo hacía firmando el escrito de alegaciones a la acusación del Fiscal. Sin embargo, en la sede vacante de don Rodrigo de Castro aparece un Abogado de los pobres de ambas Audiencias que era en este momento el licenciado Nicolás Muñoz, al cual le libraron su salario⁴⁴⁶. El Abogado de pobres prestaba sus servicios sin cobrar derechos a los que les había sido concedida la licencia para pleitear como tales, previa información de pobreza.

En el Concilio de Trento se estableció que, si en una causa matrimonial una de las partes probare ante el Obispo su pobreza, no sería obligado a litigar fuera de su provincia en segunda y tercera instancia, si la otra parte no se prestase a abonarle los alimentos y los gastos de apelación. En el Sínodo del Cardenal Guevara se mandó que los jueces no permitieran que sus oficiales llevasen derechos a los que constare ser pobres y que tuviesen cuidado de que el Letrado y Procurador de Pobres siguiesen los pleitos y les defendiesen fiel y dignamente y lo mismo el Letrado y Procurador de Fábricas en los pleitos de ella.⁴⁴⁷ También se mandaba que cuando los clérigos denunciados por algún delito fuesen pobres cometiesen los jueces las informaciones contra ellos a los vicarios, y donde no los hubiese al cura más antiguo, para excusar costas, pues si iba el receptor u otra persona se aumentaban los gastos considerablemente.⁴⁴⁸

Los abogados defensores parecen estar ausentes de la mayoría de los procesos, su trabajo, identificado con las *estridencias del foro*, fue despreciado por la jurisdicción eclesiástica. La tendencia al proceso sumario pretendía con esto evitar las trampas y sofismas legales, eliminando la presencia de los abogados.⁴⁴⁹ Este hecho se sumaba a otros, como que en el escrito de acusación del Fiscal no constaban los nombres de los testigos sobre los que se fundamentaba la denuncia. De esta forma se eliminaba la posibilidad de defensa del reo y el proceso se convertía en un juicio de autoridad basado en la figura omnipotente del Juez eclesiástico

Los notarios y los oficiales menores

Los poderes que otorgaba el reo a su procurador se firmaban ante el Notario Receptor, que daba fe del documento acompañando la firma de dos testigos. Los notarios debían ser mayores de 25 años y versados en la práctica de los negocios.⁴⁵⁰ El Obispo o Arzobispo, como delegado de la Sede Apostólica, podía examinar a los notarios creados por autoridad apostólica o real y suspenderlos de su oficio temporal o perpetuamente si no tuviesen suficiente aptitud, delinquieren en su oficio o no los considerasen idóneos para desempeñar sus funciones.⁴⁵¹ Además, el examen del Obispo era obligatorio para los notarios de sus audiencias. El oficio de notario podía ser creado

⁴⁴⁶ Véase A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601).

⁴⁴⁷ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Tit De Rescriptis. Cap. VII. No se lleven derechos a los pobres.

⁴⁴⁸ *Ibidem*, Cap. VIII. Cométense las informaciones de los pobres que fueren denunciados, a los Vicarios.

⁴⁴⁹ Véase al respecto MEREU, Italo. *Historia de la Intolerancia en Europa*. Barcelona 2003.

⁴⁵⁰ El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Ses. 22, cap. 10, reformat.

⁴⁵¹ Véase JUSEU Y CASTANERA J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Valencia 1899.

por la autoridad eclesiástica, por el Obispo, por Su Santidad y la Cámara Romana, o bien por la autoridad imperial o real como delegada de la sede apostólica. El Prelado los nombraba para su diócesis, ya fuese para un partido o vicaría o para el Consistorio.⁴⁵² Si la notaría era perpetua y por renuncia de otro se debía hacer constar en el título, *que era por renunciación en su favor que hizo fulano de tal para todos los días de su vida*. En todos los casos el Concilio de Trento mandaba que no se les diese licencia sin que previamente fuesen examinados y aprobados por la autoridad eclesiástica del Prelado o su Provisor, y en la licencia se debía dar fe expresamente de la celebración del examen y posterior aprobación.⁴⁵³

Los notarios podían ser eclesiásticos, seculares y mixtos, que actuaban en un foro u otro, apostólicos, nombrados por el Nuncio o por Su Santidad, o diocesanos, nombrados por los obispos. Los notarios episcopales podían ser mayores o de número y supernumerarios o meros oficiales; también estaban los notarios menores y los receptores, de visita o de la vicaría, para notificaciones y diligencias de menor importancia. Por último, los párrocos también tenían un carácter notarial en algunos actos solemnes de la vida de los fieles, por este motivo tenían secretaría parroquial con sello, libro de registro, expedientes y archivos. En el matrimonio actuaban como notarios y archiveros del correspondiente libro parroquial, certificaban las defunciones, las fe de vida, el estado de soltería, de casamiento o viudedad, la buena conducta religiosa, moral, la riqueza o pobreza etc.

En una época en la que el pluralismo medieval comenzaba a ser sustituido por el centralismo moderno la labor de notarios y escribanos era de suma importancia. Enrique II comparó a los notarios con los evangelistas, que fueron escogidos por Cristo para *dar fe de las cosas que fazya e dezya e pasava mientras él en este mundo anduvo*.⁴⁵⁴ Desde Enrique III las cartas de privilegios reales a los escribanos públicos de Sevilla se siguieron confirmando en cada reinado.⁴⁵⁵ Ahora bien, las relaciones entre escribanos públicos y notarios apostólicos no siempre fueron buenas. A pesar de los privilegios reales, confirmados por los Reyes y pregonados en numerosas ocasiones, los notarios apostólicos se entrometían en hacer contratos y escrituras entre legos, cosa que les estaba vedada, incluso entre un lego y un eclesiástico.

En este sentido, en 1495 tenemos el caso del notario apostólico Diego Sánchez que hacía numerosos contratos y escrituras entre legos en la ciudad de Sevilla. Esto fue denunciado ante el Teniente de Asistente de la ciudad el cual le hizo prender. Pero Diego Sánchez tenía un poderoso protector, era familiar y criado del Obispo de Tiberia, Visitador General del Arzobispado. Este y otros jueces eclesiásticos de su parcialidad dieron cartas de excomunión contra el Teniente e hicieron pregonar que ningún monasterio, iglesia ni hospital hiciese ningún contrato ante los escribanos públicos,

⁴⁵² ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid 1625. Título de Notario de la Audiencia Obispal o Arzobispal. Sylvestro in summ. Verbo Tabelio y Azevedo in proemio. Recopilación Libro 4, Título 25.

⁴⁵³ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. XXIV. No se de licencia para usar de sus oficios a los dichos notarios sin que primero sean examinados.

⁴⁵⁴ FERNANDEZ GOMEZ, M., OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRIGUEZ, M^a L.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Madrid 2001. Tomo X (1501-1502), doc. V-606, p. 13.

⁴⁵⁵ *Ibidem*, doc. V-606, 15-12-1393. Después de la carta de privilegio de don Enrique III siguen 8 cartas de confirmación de privilegios dadas por los Reyes sus sucesores.

salvo ante Diego Sánchez y otros notarios clérigos. Se trataba sin duda de la lucha por una parcela sustanciosa del negocio burocrático, la que generaban los numerosos contratos y escrituras de la creciente maquinaria eclesiástica. Finalmente tuvo que intervenir el Rey, que por carta al Provisor del Arzobispado, don Iñigo de Mendoza, le encargaba que revocase las cartas y pregones y guardase las leyes del reino.⁴⁵⁶ La lucha por el negocio notarial también se mantenía entre los escribanos públicos del número de la ciudad, que eran dieciocho y tenían la competencia exclusiva para hacer las escrituras y autos dentro de la ciudad, y los escribanos reales que se entrometían en el negocio de los primeros. Juan II ya había legislado al respecto y Enrique IV dio cartas el 19 de agosto de 1471 en las que condenaba a los notarios reales que hiciesen escrituras en la ciudad y arrabales y también a las personas que ante ellos las hiciesen.⁴⁵⁷

Los notarios apostólicos con título obtenido en la Corte Romana eran examinados por el Provisor para obtener su licencia para ejercer el oficio en el Arzobispado, en otros casos se cometía al vicario del partido correspondiente para que los examinase.⁴⁵⁸ Debido a la proliferación de los notarios apostólicos a lo largo del siglo XVI (*avemos sabido que ha venido a mucha confusión i desorden en nuestro Arzobispado de la muchedumbre de los que se dicen Notarios Apostólicos*)⁴⁵⁹ se estableció en el Concilio Provincial de don Diego de Deza, y luego se ratificó en el de don Rodrigo de Castro y en el del Cardenal Guevara, que ningún notario apostólico usase ni ejercitase el oficio sin presentarse ante el Prelado o su Provisor.

Y esto por ser muchos de ellos personas inhábiles *i no conocidos i criados por quien no tuvo facultad como por los muchos fraudes y falsedades i autos clandestinos que se hacen por los tales Notarios en mucho deservicio de Dios i daño de la República*⁴⁶⁰, y por ser materia de jurisdicción que pertenecía al Ordinario. Así que se estableció que se presentasen con la carta de su notaría y el poder y facultad con que fue creado el oficio, y siendo hábil y legítimo mandaría notificar a los súbditos del Prelado para que lo tuviesen por tal Notario Apostólico. Y en caso contrario, para que no tuviesen ocasión de engañar al pueblo y usar falsamente el oficio, mandaba que incurriese en pena de 5000 maravedís y que fuese apresado, no soltándolo sin el mandato expreso del Prelado o su Provisor.

En el Sínodo de don Rodrigo de Castro se estableció que los notarios apostólicos, que no solían tener domicilio estable y solían vagar por el Arzobispado, tuviesen que depositar fianzas para que guardasen fielmente los registros, protocolos de escrituras y autos que pasasen ante ellos, y que se comprometiesen a no sacarlos fuera de la diócesis, y en caso de muerte de alguno de estos notarios apostólicos que el Juez de la Iglesia recogiese los protocolos y los pusiese en el Archivo del Juzgado de la Iglesia.⁴⁶¹ Muchas veces sucedía que los jueces apostólicos daban compulsorias para llevar fuera de la ciudad los procesos originales en pleitos apelados ante la Santa Sede y por el camino se perdían *y con ello la justicia de las partes*, así que se estableció que no

⁴⁵⁶ *Ibidem*, Tomo VII (1494-1497), doc. IV-270. 28-2-1495.

⁴⁵⁷ *Ibidem*, Tomo VI (1478-1494), doc. IV-32. 30 de mayo de 1492.

⁴⁵⁸ (A)rchivo (D)iocesano de (H)uelva). Catálogo de Pueblos. Son numerosos los expedientes de exámenes de Notarios Apostólicos que podemos encontrar aquí de las diferentes vicarías.

⁴⁵⁹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. XXIII. Ningún notario apostólico use sin que primero se presente con su Notaria.

⁴⁶⁰ *Ibidem*.

⁴⁶¹ *Ibidem*, XXVI. Den fianzas de guardar los registros.

se diesen los procesos originales sin que primero, a costa de la parte que pidió la compulsoria, se sacase un traslado que quedase en poder del notario propietario de la causa.⁴⁶² También se establecieron constituciones para evitar los frecuentes abusos en el cobro de derechos de las escrituras y autos que pasaban ante los notarios apostólicos. Don Rodrigo de Castro mandó que no llevasen más derechos de los que llevaban los notarios de las audiencias y que unos y otros guardasen el arancel, esto se recogió de nuevo en la Constitución de don Fernando Niño de Guevara.⁴⁶³

En la sede vacante de fray Diego de Deza (1523)⁴⁶⁴ nombraron por unanimidad como Provisor al señor Arcediano de Reyna, don Rodrigo de Santaella y le encargaron que mantuviese a los notarios del Consistorio que sirvieron en el pontificado del Cardenal Juan de Zúñiga, pues otra de las competencias del Provisor era examinar a los notarios, aprobarlos y darles licencia conforme a lo establecido en el Concilio de Trento. Tanto a los notarios de los tribunales diocesanos como a los apostólicos que actuaban en las vicarías y en los lugares de la diócesis. La Audiencia del Provisor también entendía de las causas abiertas contra ellos por excesos cometidos en el cumplimiento de sus funciones.

El Provisor, a la vista de sus títulos, daba licencias a los notarios apostólicos para ejercer en el arzobispado. A veces un vecino obtenía el título en la Corte Romana y después solicitaba al vicario o cura de la villa que examinase su idoneidad para ejercer el oficio. Éstos, cometido por el Provisor, podían realizar el examen y después la Audiencia del Provisor en Sevilla expedía la licencia. En la Constitución provincial de fray Diego de Deza de 1512 se trató de poner orden en la confusión que había en el arzobispado por la gran cantidad de notarios apostólicos que había. Muchos eran inhábiles y frecuentemente forasteros y *criados por quien no tiene facultad*, esto es, sus títulos no habían sido expedidos por persona competente y con facultad. Muchos de ellos realizaban autos clandestinos, fraudes y falsedades. Así que se estableció que antes de ejercer el oficio de notario debían presentarse ante el Prelado o su Provisor con sus títulos y éste les examinaría y daría su licencia, para que no pudiesen engañar al pueblo y usar falsamente su oficio. Y el que contraviniese esta constitución incurriría en pena de cinco mil maravedís y sería apresado en la cárcel arzobispal.⁴⁶⁵

Tenemos noticias de que en 1596 el notario de la vicaría de Huelva Juan Picón, fue encausado y castigado por el Provisor por supuestos abusos cometidos en el desempeño de sus funciones.⁴⁶⁶ Y en el pontificado de don Pedro de Castro (1623), el Provisor encausó al notario Alonso Godo y lo sentenció en una pena pecuniaria y suspensión de sus funciones. Pero en la sede vacante, a la muerte del Prelado, el notario pidió absolución al Cabildo y éste cometió a su Provisor para que viese la causa por la que estaba suspenso, mandando que *si no fuese cosa grave al ejercicio de su oficio lo readmitiese*.⁴⁶⁷ Esto confirma la práctica habitual del Cabildo en sede vacante de

⁴⁶² *Ibídem*, Cap. XXVII. quando se mandare llevar algún proceso original quede un traslado corregido citada la parte.

⁴⁶³ *Ibídem*, Cap. XXV. No lleven mas derechos que los que llevan los Notarios de la Audiencia.

⁴⁶⁴ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Folio 342 y siguientes. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. 1 de Agosto de 1523, fol. 342-373.

⁴⁶⁵ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Que los Notarios Apostólicos muestren sus títulos y sean examinados.

⁴⁶⁶ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 428. El Fiscal contra Juan Picón, año 1596.

⁴⁶⁷ Véase A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. (1623-1624).

moderar las penas a los clérigos, quizás por solidaridad corporativa o para congraciarse con el estamento eclesiástico, enmendando las decisiones tomadas por el Prelado y reafirmando de esta forma su potestad jurisdiccional.

A principios del siglo XVI (1503) encontramos un notario en cada Audiencia Arzobispal⁴⁶⁸, pero en el pontificado de don Alonso Manrique (1538) aparecen ya cuatro notarios en la Audiencia del Provisor, tres seglares, uno de los cuales hacía de Secretario de la Audiencia, y uno clérigo, que era además depositario de los derechos y emolumentos del Oficio⁴⁶⁹. Uno de ellos era Juan Cortés, seglar, otro fue Juan Suárez, clérigo presbítero y notario apostólico, que aparece en 1548 comprando unas casas en la calle de San Vicente por mil ducados de oro.⁴⁷⁰ Junto a éste, también encontramos a don Juan Zayas, que era el Secretario de la Audiencia, y a Hernando García, notario apostólico, que era el fiel depositario de los derechos y emolumentos que se cobraban en el oficio. A este le mandó el Cabildo sede vacante que no entregara dinero alguno al Subcolector Apostólico.⁴⁷¹

En la Audiencia del Juez de la Iglesia solo aparece un notario en 1538, Juan Contreras, al que se le arrendó el oficio por el mismo precio que lo hacía el Cardenal Manrique, y entregó fianzas *llanas y abonadas* al Contador de la Mesa Arzobispal Vázquez Aldrete. Los oficios de Notario, tanto del Provisor como de las audiencias del Juez de la Iglesia y del Juez de Testamentos, se solían arrendar y se consideraban una parte de las rentas de la Mesa. Los arrendamientos se hacían a principios de año junto con otros oficios de la Mesa Arzobispal, e implicaban una *obligación* por parte de los interesados, depositando una fianza que era proporcional a la importancia del cargo. En 1538 se plantearon si se debían seguir arrendando las escribanías del Provisor y del Juez de la Iglesia, y mandaron que continuaran arrendándose en aras de la buena administración y el buen despacho de los negocios. Teniendo en cuenta la larga experiencia que tenían los oficiales que había puestos decidieron los canónigos en sede vacante que era mejor dejarlos en sus oficios. Además cometieron al Chantre y al licenciado Santillán para que trataran con los notarios de la Audiencia del Provisor, Juan de Zayas y Juan Suáres, para que no confundiesen la jurisdicción de la Santa Iglesia con la del Cabildo sede vacante, que administraba el gobierno arzobispal y la jurisdicción ordinaria del Prelado.

Más tarde, el Concilio de Trento mandó que no se arrendasen los oficios de notarios y alguaciles eclesiásticos, y una Pragmática real así lo dispuso. Parece que en Sevilla fue el Arzobispo don Cristóbal de Rojas el que aplicó estas reformas, aunque como otros cambios se vio sometido a las excepciones y a la discrecionalidad de los prelados. En la sede vacante, tras la muerte de éste, el doctor Negrón insistía en un memorial que se guardase la norma y no se siguiesen arrendando los oficios.⁴⁷² A principios del siglo XVII había ocho notarios receptores en cada Audiencia para hacer informaciones de ordenantes, escribir causas criminales dentro y fuera de la ciudad y para *lo adventicio que se ofrece*, es decir, diligencias a las que no podían asistir los

⁴⁶⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 13 de Enero de 1503.

⁴⁶⁹ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539), p. 121.

⁴⁷⁰ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 66.

⁴⁷¹ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539), jueves, 7 de noviembre.

⁴⁷² A.M.S. Sección XI. Libros en Folio 9, doc. 13, pleitos ante Negrón, año 1580, p. 323.

notarios mayores sin faltar a sus oficios, pues los receptores realizaban sus funciones en las audiencias y sobre todo fuera de ellas, en la ciudad y en los distintos lugares del Arzobispado.

En el Sínodo de don Fernando Niño (1604) se estableció que en la Audiencia del Provisor y en la del Juez de la Iglesia hubiese ocho notarios receptores en cada una, y se insistió en que no se aumentase este número sin expresa licencia del Prelado, y que las personas que tuviesen el oficio fuesen *fieles i leales i de mucha confianza i de buena vida i fama i costumbres, hábiles y suficientes para los oficios y mayores de 25 años*.⁴⁷³ En el título del Notario se hacía constar la confianza que se depositaba en su aptitud, suficiencia y demás circunstancias que concurrían en el candidato para hacer bien el oficio, y se mandaba que se le diese crédito y fuese tenido por notario eclesiástico en juicio y fuera de él, y que se le guardasen las preeminencias y libertades que se le debían con los emolumentos y derechos correspondientes.⁴⁷⁴ Además, se especificaba que el nombramiento era para los negocios, pleitos y causas que pendieren en la Audiencia correspondiente, del Provisor, del Juez de la Iglesia o del Juez de Testamentos.

Y para garantizar su habilidad y suficiencia se establecía que se hiciese información de todo antes de darle el título y ser admitidos, y que jurasen ante el Juez correspondiente de su Tribunal que usarían bien y fielmente el oficio y que no llevarían más derechos de los contenidos en el arancel.⁴⁷⁵ Los notarios juraban en primer lugar obedecer a la Iglesia y al Romano Pontífice y defender sus derechos, esto incluía no dar consejo ni ayuda contra ellos y si supiesen de algún peligro o daño grave procurarían estorbarlo y dar noticia a Su Santidad. En segundo lugar, juraban guardar fidelidad en su oficio, usándolo bien y fielmente en todo, y especialmente no quitar ni añadir nada contra la voluntad de las partes que cambiase la sustancia de lo firmado en los contratos y escrituras. Y no hacer instrumentos ni contratos en los que supiese que intervenía engaño, fuerza, simonía u otra cosa ilícita. También juraban tener registro de los instrumentos y contratos y no dilatar maliciosamente el darlos a las partes. Finalmente, no llevar derechos excesivos, entendiéndose por esto más derechos de los justos y acostumbrados, y ninguno a los pobres. Se consideraba que cada vez que contravenía esto un notario no sólo perjudicaba la honra y la hacienda de las personas sino que hacía una grave ofensa a Dios y pecaba contra el juramento que hizo. Otro gran freno para el abuso era la amenaza de pérdida del oficio ya que *somos tan malos e ingratos que debiéndonos refrenar por Dios no lo hacemos sino por temor de la pena y el castigo*.⁴⁷⁶

En el título también se especificaba que el nombramiento era por *el tiempo que fuere nuestra voluntad*, expresando de esta manera, como con el resto de los oficiales, la discrecionalidad que permitía nombrar y cesar con o sin motivo, así como el hecho de que el notario actuaba cometido por el Prelado, única fuente de legitimidad: *exerciendo por nuestra propia persona el dicho oficio*. Se confiaba en la habilidad, suficiencia y *christianidad* del notario y en que haría lo que por el Prelado, su Provisor y Vicario

⁴⁷³ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. III.

⁴⁷⁴ Véase GÓMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Madrid 1868.

⁴⁷⁵ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid 1625. Título de Notario de la Audiencia Obispal o Arzobispal.

⁴⁷⁶ *Ibidem*, Prólogo al Lector.

General o vicario foráneo de un partido le fuere cometido, en este último caso cuando se trataba de un notario de la vicaría. Después, se le daba facultad para que, por denuncia de los fiscales, de oficio, a petición y querella de parte o por comisiones y mandatos del Provisor o Vicario, pudieran hacer cualquier información y averiguación en sumario o plenario en causas civiles, matrimoniales y criminales y otros cualquier autos tocantes a su oficio de Receptor, y ante cualquier persona eclesiástica o seglar, recibiendo los juramentos y dichos y deposiciones de los testigos que se presentaren para las averiguaciones e interrogatorios, sin exceder de las comisiones que llevaran. Y se le reconocían las libertades y honras y que pudiesen llevar los derechos, salarios, emolumentos y aprovechamientos correspondientes al oficio, conforme al arancel de la Audiencia, pero antes de empezar a usar el oficio debería hacer ante el Provisor o Vicario el juramento de fidelidad acostumbrado.⁴⁷⁷

Con respecto a su calidad se mandaba que la mitad fuesen clérigos, cuatro legos y cuatro clérigos, para asegurar la participación de un Notario eclesiástico en las diligencias contra clérigos, y ante estos se hiciesen todas las informaciones de los clérigos y se notificasen las excomuniones y censuras que se diesen contra las justicias seculares, y que todos los que excediesen de éste número se redujesen. Y pues en 1604 había un número mayor de ocho notarios receptores se mandó que cada Juez en su Tribunal pusiese orden señalando cuales les parecían más inútiles y de esta manera se redujera el número a la cantidad establecida.⁴⁷⁸

Con respecto a los notarios relatores, sabemos que asistía uno en cada audiencia, Provisor y Juez de la Iglesia, que debía tener *las partidas de fidelidad e inteligencia para que el juez haga buen concepto de sus relaciones*⁴⁷⁹. El Relator informaba al Juez de los pleitos mediante informes o *relaciones*. Los relatores sacaban las relaciones que hacían los testigos en la sumaria para ratificarlas en el plenario, en este sentido se insistía que se repartiesen los notarios receptores por turnos y por pleitos y no por parcialidades.

En un memorial al Arzobispo escrito en 1610 y firmado por el licenciado Calderón⁴⁸⁰, se afirmaba que el Relator solía ser un notario seglar que hacía relación de todos los pleitos en definitiva (vistos para sentencia) y de expedientes, para ofrecer al Juez un informe resumido del negocio. Y decía que *esto no lo avía antes*, pues los notarios mayores hacían esta relación y *siendo de calidad las veía el Juez en su casa*. Por tanto, este oficio aparece en la maquinaria judicial eclesiástica a principios del siglo XVII, pues como dice el licenciado Calderón antes hacía su trabajo el Notario Mayor de la Audiencia.

El memorialista se quejaba de que con el nuevo oficial se añadían derechos y costas para las partes y además iba en detrimento del secreto en las sentencias. Cita algunos casos en los que el Relator comunicó la sentencia a las partes antes de que el Juez la pronunciara, y a la que tenía la sentencia a favor le pedía *albricias*, y a la que la

⁴⁷⁷ *Ibidem*, Título de Receptor de un Obispado o de una Audiencia eclesiástica de un partido.

⁴⁷⁸ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. III. El numero de los receptores que a de aver en cada uno de los tribunales i las calidades que an de tener.

⁴⁷⁹ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. “Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla”. Cuadernillo sin foliar. *Capítulo 2, Juzgado del Provisor*.

⁴⁸⁰ A.G.A.S. *Ibidem*.

tenía en contra le daba aviso para poner contingencias y provocar dilaciones. Como tenía acceso a los autos y a todas las diligencias practicadas, se podía permitir jugar con ambas partes y cometer fraude con todos. Concluía que esto se atajaría si no hubiese Relator y los notarios ante quienes pasaban los despachos hicieran las relaciones. Y si alguno dijera contra esto que eran muchos los negocios y no se podía dar tanto despacho, que mandase el Prelado que un letrado hiciera el oficio: *y hallará muchos que lo hagan por que vale tanto como uno de los del Audiencia Real de Sevilla*.⁴⁸¹ Parece que no sólo existían paralelismos y similitudes en cuando a organización y competencias entre los oficiales de la Real Audiencia y el Consistorio eclesiástico sino que al parecer el valor económico de ambos era similar.

Este memorial se inscribe en el contexto de la sede vacante, tras la muerte del Cardenal Niño de Guevara, y en el intento frecuente, por parte de algunos, de mostrar sus credenciales ante el nuevo Prelado, haciendo prendas de fidelidad y servicio. Así nuestro memorialista se presenta como

hombre que de seglar e jugado y servido al Rey nuestro señor en officios de Juez en Sevilla, Cádiz y otras partes, y después sacerdote, hice en la sede vacante del ilustrísimo don Rodrigo de Castro, de buena memoria, officio de asesor, siendo Provisor el doctor Negrón arcediano y canónigo, y tengo experiencia desto y me parece hago un muy gran servicio en advertirlo a v s illma a quien nuestro señor guarde muchos años y en estado prospere. En este monte a donde resido a diez de diciembre de 1610.⁴⁸²

Una de las diligencias más frecuentes que solían hacer los notarios receptores era el *escrutinio de ordenantes*. Se trataba de tomar declaración a una serie de testigos acerca de la genealogía, vida y costumbres de los aspirantes a ingresar en el orden clerical. Para esto los receptores solían salir por los pueblos para hacer información de vida y costumbres, y de genealogía y limpieza de sangre de los candidatos a recibir órdenes, mayores o menores. A tal efecto el notario receptor se desplazaba al lugar con una comisión del Provisor para realizar las diligencias. A veces era el vicario foráneo del lugar el que cometía al notario local para que ante él declararan los testigos. En un memorial se plantea la necesidad de enviar a los notarios receptores de la Audiencia del Provisor, pues los testigos no declaraban con sinceridad ante los notarios de los pueblos.⁴⁸³

Como se trataba de *negocios en que se trata de limpieza y generación*, y por ser éste un asunto tan espinoso y de tanta importancia para la imagen pública de las personas, los testigos no se atrevían a decir la verdad. Además, los mismos notarios locales *revelaban los dichos*, y los testigos no decían la verdad *por que no le hieran o maten o hagan injuria*, y así se ordenan en general tanto los viciosos, distraídos y amancebados como los virtuosos, y los defectuosos de generación como los cristianos biejos y limpios, sin entenderse cuales sean los unos ni los otros.⁴⁸⁴ Según nuestro informante, de esto se derivaban grandísimos daños e inconvenientes, porque los ordenantes amancebados *amancebado vive con ella hasta que muere el uno o el otro y*

⁴⁸¹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial al Prelado del licenciado Calderón*. Documento manuscrito sin foliar.

⁴⁸² A.G.A.S. *Ibídem*.

⁴⁸³ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Casos en que ay necesidad de reformation*. Documento manuscrito inserto en un cuadernillo sin foliar.

⁴⁸⁴ A.G.A.S. *Ibídem*.

en los demás vicios siempre los ban siguiendo ansi siendo hordenantes como presbíteros⁴⁸⁵, y la solución de este mal sería que los escrutinios se realizasen por los notarios receptores de Sevilla saliendo un mes antes por los partidos del Arzobispado. Aunque el número de notarios de las audiencias fue aumentando, nunca fueron suficientes para realizar todas las informaciones y diligencias, así que los vicarios foráneos y los notarios de las vicarías siguieron teniendo un gran protagonismo en todo el proceso de averiguaciones de la vida y costumbre de los candidatos a tomar órdenes.

Parece que a menudo ocurría que el Fiscal repartía los escrutinios de ordenantes, las denuncias fiscales, las querellas de partes, las probanzas y todas las diligencias que tenían adjudicadas los notarios receptores, por parcialidad y amistad. Y de esto se derivaba agravio para los demás, *padeciendo sus honras y su hacienda sin culpa*. Además, el Notario Receptor, para devolver los favores recibidos, actuaba en los pleitos siguiendo las consignas del Fiscal, creándose con este proceder una parcialidad dentro de las audiencias. En el memorial de principios del XVII citado se propone que se nombrase un *repartidor*, adjudicándose los negocios por repartimientos, siguiendo el estilo y orden que había en las chancillerías y audiencias reales. Es decir, comenzar por los receptores más antiguos siguiendo un orden de antigüedad en los repartos, y de esta forma evitar que hubiese receptores quejosos. Así, al llegar las informaciones, el repartidor las repartiría y el secretario a quien tocare escribiría en el margen del documento a quién le fue repartida.

Los secretarios, después de acabados los pleitos, los ponían en el legajo del mes y año correspondiente y los numeraban para que el proceso se hallase con facilidad cuando se buscase, en caso de reincidencia del reo. De este modo no habría lugar para que el Secretario, Receptor, Fiscal, ni Oficial encubriesen los procesos ni las probanzas, pues por no haberlo hecho con este orden faltaron a menudo procesos y *por su falta no se castigaron notorias reyncidencias*. Además, el libro sería *luz para cuando haya residencia*, es decir, guía para la visita de inspección de los tribunales que se debía realizar cada tres años. Se proponía además que los receptores llevasen un libro blanco donde anotasen y firmasen cuando recibían las comisiones para hacer alguna diligencia, e hiciesen una relación de cada una en una hoja del libro. El libro debería custodiarse en el Oficio, en poder de los secretarios, y esto para evitar *lo que ha sucedido a veces*, que el receptor encubría la culpa de algunos reos. Cuando el repartidor repartía las probanzas a los secretarios, el notario receptor que las hubiese hecho debería hallarse presente y tomar nota a qué oficio correspondió. Y así podría acudir a ver el estado de las probanzas al tiempo de la prueba y ratificación de los testigos, y saber a qué secretario había de acudir a cobrar sus salarios y derechos cuando se sentenciase la causa.

Los notarios receptores recibían *comisión* del Juez para tomar declaraciones a testigos y realizar *probanzas*. Esto podía ser en Sevilla o en los lugares del Arzobispado. La comisión era en realidad una atribución de poderes con carácter particular para un pleito y unas diligencias concretas. Cuando terminaban las probanzas, debían hacer una *fiel relación de la culpa* al Provisor, *sin adulación*, para que éste se enterase de la verdad y proveyese como conviniese. Cuando los notarios de las audiencias traían memoriales de delitos y pecados públicos debían comunicar los testigos que podían testificar sobre lo contenido y firmarlo y entregarlo a los jueces. Y

⁴⁸⁵ A.G.A.S. *Ibidem*.

si no se probase lo contenido en la relación o memorial entregado por el notario, los receptores debían pagar las costas a quien fuese a hacer las averiguaciones e informaciones. Además, se recomendaba a los jueces que viesan con prudencia la calidad de las personas que testificaren y sus circunstancias, *para colegir el ánimo i zelo con que vienen, para que de ésta manera ni los delitos queden sin castigo, ni se dé lugar a calumnias*, y los que denunciasen calumniosamente fuesen castigados conforme a derecho.⁴⁸⁶ Para evitar las calumnias se obligaba a los denunciante a comprometerse previamente a pagar las costas si se probase que habían denunciado maliciosamente.

Después, con lo dictado por el Juez, deberían acudir al repartidor para que repartiase las probanzas a los notarios receptores y a los secretarios las que les *cupieren*. Y entonces, y no antes, las llevaba el fiscal para hacer las diligencias acerca de lo que hubiese decidido el Provisor. Así, los fiscales no podían ocultar las causas y los receptores cumplirían fielmente y no se darían casos de *retener probanzas, muchos y graves inconbenientes y culpas*.⁴⁸⁷ Y esto para evitar también lo que a veces se producía en la Audiencia Real, que el Juez de Residencia, cuando pedía el libro de repartimiento de la Audiencia, hayaba que no estaban repartidas ni escritas algunas probanzas y condenaba al receptor, teniendo otro la culpa. Por esto, en el pontificado de don Rodrigo de Castro se estableció que se llevara un libro de repartimiento donde los notarios firmasen las informaciones que les habían tocado tanto en la ciudad de Sevilla como fuera de ella y que los notarios receptores no entregasen las probanzas a los notarios mayores sino que las llevaran ellos mismos a los jueces para que éstos las diesen al Fiscal.⁴⁸⁸

También se recomendaba que cuando los reos se presentasen por mandato del Provisor para declarar en confesión, el secretario entregase la probanza al receptor que hubiese hecho la información sumaria, porque él estaría enterado de la culpa y sabría preguntar mejor a los reos que no el receptor que no la hizo. Además, se insistía en que el mismo receptor que hizo la información sumaria hiciese la plenaria, tanto de los testigos del Fiscal como de los del reo, y tanto de las tachas como de los abonos.⁴⁸⁹ Y esto para que no hubiese oportunidad de que se retractasen los testigos de la sumaria información, porque muchas veces ocurría que se retractaban cuando había otro notario distinto para la ratificación de las declaraciones. Pues por presiones o miedo, las partes se solían retractar ante un notario receptor que no les hubiese tomado la declaración en la sumaria información, sin embargo con éste no se atrevían: *además es justo que quien hizo el trabajo y gastó su dinero en averiguar la culpa goze del provecho de las demás probanzas*.⁴⁹⁰

A veces las partes recusaban de malicia a los notarios receptores para que los testigos pudiesen retractarse ante otro notario. En este caso se recomendaba que no se

⁴⁸⁶ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. XXXI. En los memoriales de los delitos que truxeren los Receptores, pongan los testigos que podrán testificar.

⁴⁸⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Casos en que ay necesidad de reformation*. Documento manuscrito inserto en un cuadernillo sin foliar.

⁴⁸⁸ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Capitulo XVI. Los notarios receptores que reciban denunciaciones las firmen en el libro.

⁴⁸⁹ *Ibidem*, Capitulo XV. El receptor que hiciere la sumaria haga la plenaria.

⁴⁹⁰ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Casos en que ay necesidad de reformation*. Documento manuscrito inserto en un cuadernillo sin foliar.

admitiesen las recusaciones y simplemente se hiciese acompañar en las diligencias de un vecino del lugar, para que fuese testigo de las diligencias practicadas. Y que tampoco se admitiesen las recusaciones hechas por los procuradores de las partes *sino fuere expresando causas contra el receptor y jurándolas*, porque pretendían que en la ratificación los testigos se retractasen de sus declaraciones hechas en la sumaria información. Otras veces los procuradores por odio a los receptores que no *les acuden con negocios*, es decir, que no les llevaban a las partes para que les otorgasen poderes, en venganza *maliciosamente los recusan y juran la recusación diciendo que no es de malicia y se perjuran y esto sucede cada ora y se conoce y se entiende por qué nunca recusan a los receptores que les acuden con negocios*.⁴⁹¹ Contra esto proponía nuestro memorialista que ante el mismo receptor otorgase el reo poder a su procurador. Y esto para evitar que los procuradores presionasen a los reos para que les otorgasen poderes antes de haber confesado. Se trataba en realidad de la competencia entre los procuradores para captar a los reos, y a tal fin entraban en alianza con los notarios receptores.

Otro abuso frecuente, y aparentemente incorregible, ocurría cuando los notarios receptores que iban a hacer probanzas de algún delito o pecado público se *componían con las partes*. Se trataba de la concertación de los notarios receptores con los reos a cambio de un soborno para que dejasen de hacer averiguaciones y dijese a los jueces que les enviaron que no habían hallado testigos para hacer las probanzas, *i los delitos se quedan sin punición y castigo con gran deservicio de nuestro señor y escándalo de toda la República*.⁴⁹² La constitución del Cardenal Guevara mandó que averiguasen la verdad y diesesen cuenta, bajo pena de excomunión y privación del oficio, aunque con posterioridad el Cabildo sede vacante, a la muerte del Prelado, suavizó la pena para evitar el espectáculo de las excomuniones de los notarios.⁴⁹³

En las causas criminales de clérigos se recomendaba que los notarios receptores no fuesen solos y que se acompañasen por el vicario del lugar o en su defecto por el cura más antiguo, o con otro clérigo de buena vida y fama que señalase el juez de la causa. Las constituciones mandaban que las informaciones hechas de otra manera fuesen *en sí ningunas i de ningún valor y efecto i nuestros jueces no las admitan ni juzguen por ellas*.⁴⁹⁴ Se trataba de evitar de nuevo la componenda entre reo y notario para que la averiguación no fuese posible. Otra de las irregularidades más comunes eran las relativas al cobro de los derechos. En el Sínodo de don Rodrigo de Castro ya se estableció que los derechos que llevasen los notarios en las causas civiles, matrimoniales o criminales, los *asentasen* en el proceso en tres partes: una cuando la causa se recibiese a prueba, otra cuando se hiciese la *publicación* de la causa y la tercera cuando se sentenciase el pleito en definitiva.⁴⁹⁵ Y que el juez, al recibir el pleito a prueba, y en cada momento del proceso, tasase los derechos a los notarios y pusiese la tasación firmada de su nombre en el proceso para que las partes lo supiesen. Todo esto

⁴⁹¹ A.G.A.S. *Ibidem*.

⁴⁹² A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Cap. IV. Que los receptores no se concierten con las partes, so las penas aquí contenidas.

⁴⁹³ *Ibidem*, Auto del Cabildo sede vacante de 19-2-1609 en razón de las censuras que se moderan. Cuando los receptores vayan a hacer probanzas no se compongan con las partes.

⁴⁹⁴ *Ibidem*, Tit. De Rescriptis. Cap. IX. Acompañense los receptores con los Vicarios o Curas para hazer las informaciones de los Clérigos.

⁴⁹⁵ En el Sínodo del Cardenal Guevara también se repitió esta constitución. *Ibidem*, Tit. De Notariis. Capitulo IX: Asienten los derechos en el proceso, conforme a lo aquí contenido.

bajo pena para el notario que lo incumpliere de devolver el *cuatro tanto* y para el juez una pena de mil maravedís, además de hacerles cargo a ambos en las visitas de residencia que se les tomaren.

También se prohibía a los jueces que hiciesen *depósitos* en los notarios ni permitiesen que éstos cobrasen cantidades ni siquiera de las fábricas.⁴⁹⁶ Además, se estableció que los notarios receptores no cobrasen las condenas de Penas de Cámara, sino que las partes o sus procuradores las entregasen al Receptor de las Penas de Cámara y no se les despachase hasta que constase por carta de pago firmada del receptor.⁴⁹⁷ Las penas de cámara eran condenas pecuniarias por determinados delitos, como el sacrilegio, que iban directamente a las arcas de la Cámara del Prelado. También se mandó por don Rodrigo de Castro, y luego el Cardenal Guevara lo recogió en su constitución, que los notarios no dejaran hojas en blanco en los procesos, y que si hubiese alguna la rayasen con dos rayas, pues podían *resultar falsedades*.⁴⁹⁸ Es bien evidente que dejar hojas en blanco en el proceso podía dar lugar a adiciones y fraudes. Se recomendaba también que se diese banco para que los receptores se sentasen en las audiencias, para que asistiesen y entendiesen el curso y estilo de ellas, y que los jueces les señalasen los bancos y tuviesen cuidado de que hiciesen bien su oficio *como deven por ser esto mui importante i de que pende la justicia i honor de las partes*.⁴⁹⁹ Pues algunos receptores eran recibidos sin saber nada sobre el funcionamiento de los tribunales y se solían quedar fuera de las audiencias por no haber asiento para ellos.

Con respecto a los oficiales menores tenemos noticias de algunos de ellos, en concreto de los tasadores, llamadores, cursores, oficiales de cajón y el archivero. El Tasador de los pleitos tasaba los derechos que debían pagar las partes según los aranceles, debía tener independencia de criterio y no tener *respectos* a ninguna otra persona que al Provisor, a quien las partes acudían cuando se sentían agraviadas en las tasaciones de las costas y derechos del proceso. Pero algunos fiscales solían entrometerse en las tasaciones *para favorecer a sus amigos* y para *agraviar de malicia* a los receptores con los que tenían *injusto odio*, es decir, los que no les eran parciales. Para llamar por el Arzobispado a las personas que debían acudir a los tribunales estaban los Llamadores, y se advertía que no fuesen criados del Provisor, Juez ni fiscales, porque con el *favor que tienen de sus amos hazen mal sus oficios y se componen con los reos*.⁵⁰⁰ Era tal la familiaridad de los criados con sus amos que se suponía que éstos los ampararían en cualquier circunstancia, y, por tanto, se sentirían inmunes al castigo, actuando con impunidad.

Los Cursores eran los encargados de hacer las notificaciones y citaciones judiciales. El mismo memorial aconsejaba que los cursores de las audiencias fuesen clérigos para que los legos les tuviesen respeto. Pues si eran legos, al tener que hacer las notificaciones a clérigos *no osan hacerlas y desto se siguen muchos inconvenientes*. También podía ocurrir esto cuando se trataba de personas principales, pues siempre era mayor el respeto que se le tenía a un clérigo que a un lego. Otra de las piezas menores

⁴⁹⁶ *Ibidem*, Cap. XII. No se hagan deposito en los Notarios.

⁴⁹⁶ *Ibidem*, Cap. X. No cobren las condenaciones de penas de Cámara, i guarden lo aquí contenido.

⁴⁹⁷ *Ibidem*.

⁴⁹⁸ *Ibidem*, Cap. XI. No dexe ojas blancas en los procesos.

⁴⁹⁹ *Ibidem*, Cap. XIV. Los Receptores asistan a las Audiencias.

⁵⁰⁰ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Casos en que ay necesidad de reformation*. Documento manuscrito inserto en un cuadernillo sin foliar.

en este tablero eran los Oficiales de *caxon* que solían entregar las causas, expedientes e interrogatorios a los notarios receptores para que les diesen curso. A veces por su dilación se pasaban los términos y se producían nulidades, pues hasta el más ínfimo de los peones de este juego tenía poder para favorecer a las partes, simplemente no haciendo su trabajo con la diligencia debida.

Finalmente, cuando se terminaban los expedientes y pleitos se colocaban protocolados por orden alfabético de las poblaciones y parroquias de Sevilla en el Archivo, del cual nos dice nuestro visitador lo siguiente:

concluiere el gobierno judicial cuando los pleitos se concluyen, mas para que no se condene la memoria destos dispuso el Prelado hubiera Archivos, el de este Arzobispado se halla con mucha claridad, pues en él por orden alfabético se encuentran todos los lugares sujetos a la jurisdicción, las capellanías, patronatos, memorias, pleitos conclusos, los años en que se siguieron, causas civiles, criminales, pliegos matrimoniales, apostólicos, sobre puntos de jurisdicción con la abadía de olivares y marquesado de Estepa etc.⁵⁰¹

Don Rodrigo de Castro mandó que el notario más antiguo de cada oficio, que solía ser el Notario Mayor, custodiase los archivos, después se insistió, en el Sínodo del Cardenal Guevara, que los procesos estuviesen en los archivos *en buena custodia i guarda i debaxo de llave*⁵⁰² y que no los entregase a nadie si no fuese persona de mucha confianza. Por supuesto que no dejasen las llaves a los procuradores o solicitadores de partes y cuando hubiese necesidad de buscar papeles lo hiciesen ellos o sus oficiales. Con el tiempo surgió una figura especializada, el Notario Archivista, que cuidaba del Archivo y despachaba a las partes que necesitaban sacar algún instrumento.

Así pues, a lo largo del siglo XVI se produce una multiplicación de notarios en las Audiencias hasta el punto de hacer necesaria su reducción al número de ocho. Esto coincide con el incremento del clero y de los recursos fiscales y propagandísticos de la Iglesia. El fortalecimiento de la estructura burocrática supuso un número creciente de funcionarios subalternos cuyas ganancias procedían fundamentalmente de las *oportunidades* que su cargo les ofrecía. No en vano la referencia a la vertiente económica de los oficios se produce abiertamente en numerosos escritos, tal como indicaba Díaz Coronado: *i es tanto lo que ocurre en estos casos que tocan al Juzgado Provisorial que sin exceder de los aranceles lo paran con desencia todos sus ministros*.⁵⁰³ A medida que subía el coste de la vida aumentaron las irregularidades y los abusos en el cobro de derechos, y a pesar de la reiteración y el empeño en su persecución, con el agravamiento de las penas a los contraventores, estas siguieron produciéndose.

En el aparato burocrático de la Iglesia se dio el mismo fenómeno que en el real, en 1619 Felipe III abolió un centenar de receptores creados seis años antes, aunque supusiese la devolución del dinero con el que ellos habían comprado sus cargos. Felipe

⁵⁰¹ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 11 Del Archivo.

⁵⁰² A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Notariis. Capítulo XIII. Pónganse los procesos en los archivos, i tenga la llave dellos el Notario más antiguo.

⁵⁰³ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 2, Juzgado del Provisor.

IV en sus famosos capítulos de reforma fijó por ley el número de funcionarios y se propuso reducir a un tercio su número. Igualmente las quejas con respecto al número de ministros de la Iglesia fueron frecuentes, *los pastores son más que las ovejas* se decía, pero una ley parecía cumplirse inexorablemente: *los funcionarios tienden a crear nuevos cargos subordinados para aumentar su propia importancia o para ayudar a sus amigos y familiares*.⁵⁰⁴

Algunos estudios han puesto de manifiesto el aumento de los procesos judiciales desde la primera a la segunda mitad del siglo XVI.⁵⁰⁵ Esta expansión incriminatoria podría estar relacionada con el proceso de disciplinamiento social impuesto por los gobernantes y las paralelas resistencias de los gobernados.⁵⁰⁶ Aunque las causas son discutibles, el aumento de la actividad delictiva podría ser consecuencia de la relajación moral o de la reacción ante la actividad de los poderes constituidos.⁵⁰⁷ Aunque muy bien podría ser simplemente la consecuencia del paso de una forma de control social basada en las tradiciones orales y costumbres a otra basada en la cultura escrita y en la burocratización de los procedimientos. La multiplicación de las diligencias y de los controles sobre la población dio lugar a la eclosión de oficios en la jurisdicción eclesiástica y se hicieron necesarios tratados para la formación de los oficiales de las Curias. El avance de la cultura escrita, del registro y el control, sustituyó a la cultura predominantemente oral, el derecho positivo sustituyó a los usos y costumbres. Según Italo Mereu este proceso supuso el paso de la Iglesia de la esperanza a la Iglesia del Derecho, de la Iglesia como *societas spiritualis* a la Iglesia como *societas iurídica*, de la Iglesia materna, que ama sin condiciones, a la paterna que lo somete todo a la obediencia o a la represión.⁵⁰⁸

Con el aumento de la burocracia apareció la necesidad de manuales o tratados para la formación de los notarios en la práctica de los procedimientos eclesiásticos. En algún caso el autor nos indica que tras responder a la demanda de muchos de sus compañeros en la resolución de problemas y dudas (*me piden minutas*)⁵⁰⁹, y viendo que era un *trabajo a pedazos*, se decidió a escribir el libro persuadido de su utilidad, pues los oficios eclesiásticos perdían autoridad con la cantidad de gente que entraba en ellos sin saber ni experiencia: *y el remedio de esto incumbe a los Ordinarios y deberían remediarlo guardando lo que se decretó en el Concilio de Trento dándoles mano para examinar y reprobar inhábiles*.⁵¹⁰

Ya en el siglo XVIII la intervención del poder real en el control de la maquinaria de justicia eclesiástica va a ser mucho mayor, hasta el punto de establecer que los ordinarios fijasen el número de notarios numerarios o mayores reduciendo el que tenían

⁵⁰⁴ Véase TREVOR ROPER, H.R.: *Religión, Reforma y Cambio social*. Barcelona 1985.

⁵⁰⁵ Véase PEREZ MUÑOZ, I.: *Pecar, delinquir y castigar: El Tribunal eclesiástico de Coria en los siglos XVI y XVII*. Cáceres 1992. En este trabajo se contabiliza el 5'8% de los procesos en la primera mitad del siglo XVI y el 94'1% de los procesos en la segunda mitad del siglo.

⁵⁰⁶ MANTECÓN MOVELLÁN, T. A.: *Conflictividad y disciplinamiento social en la Cantabria rural del Antiguo Régimen*. Santander 1997.

⁵⁰⁷ Véase PEREZ MUÑOZ, I.: *Pecar, delinquir y castigar: El Tribunal eclesiástico de Coria en los siglos XVI y XVII*. Cáceres 1992.

⁵⁰⁸ MEREU, I.: *Historia de la Intolerancia en Europa*. Barcelona, 2003. p. 71-72.

⁵⁰⁹ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid 1625. Prólogo al Lector.

⁵¹⁰ *Ibidem*.

si fuese excesivo y reservándose el Fiscal del Consejo proponer el número conveniente, *pues en algunas partes parece que se han hecho familiares y hereditarios.*⁵¹¹

⁵¹¹ *Novísima Recopilación de las Leyes de España dividida en 12 Libros*. Madrid, 1805. Tomo I, p. 329. Libro II. Título XIV, Ley VI. Pragmática Sanción de Carlos III de 18 de enero de 1770.

3.3. La Audiencia del Provisor: Organización y Competencias

Según la descripción del Visitador Díaz Coronado *el Juzgado del Provisor era el primero en orden y superior a todos*⁵¹² y lo presidía un Juez que llamaban Provisor, que debía estar recibido de abogado por alguna Audiencia o Chancillería y con la gradación que mandaba el Concilio de Trento.⁵¹³ Además de estar ordenado *in sacris*, tener legitimidad de nacimiento, cumplidos 25 años, ser célibe, persona de buena vida y costumbres, versado en derecho canónico y tener la titulación jurídica, la legislación regia, por petición de Cortes desde la Baja Edad Media, mandaba que fuesen naturales de los reinos. También se establecieron incompatibilidades para asegurar la independencia del cargo, de parentesco con el Obispo, de residencia y con otros cargos, aunque siempre con la posibilidad de las dispensas. Más tarde la jurisdicción real prohibió que fuese del mismo territorio donde debía ejercer la jurisdicción, que tuviese cargo parroquial o que fuese canónico doctoral, penitenciario o pariente del Obispo.⁵¹⁴

En el derecho canónico la palabra Provisor alude al que *provee* o gobierna mediante providencias. Esto parece referirse más bien a autos interlocutorios y otras disposiciones dadas sin contienda ni disputa, a diferencia de las sentencias. En el Arzobispado de Sevilla, el Provisor y el Juez de la Iglesia, como vicarios generales, además de esta jurisdicción voluntaria, administrativa o graciosa, acumulaban la jurisdicción contenciosa. Los obispos, para descargarse de ésta, que tantos altercados y estrépito forense causaban, también nombraron oficiales eclesiásticos, que en Sevilla eran el Juez de Testamentos y el Juez de Pecados Públicos. Aunque los obispos podían nombrar muchos provisos, y de hecho así lo vemos desde el siglo XIII en la sede sevillana, con el tiempo se consideró esto poco conveniente, a causa de las intromisiones en las competencias ajenas que esta multiplicidad generaba.

El prelado nombraba a su provisor al que daba poder y atribuía competencias más amplias o más restringidas a su discreción. Esto no suponía delegación, pues la persona nombrada actuaba bajo su responsabilidad, de esta forma se evitaba la erosión del prestigio y del carisma del obispo, muy especialmente en los recursos de fuerza, en los que se acudía a la jurisdicción real aduciendo que un juez eclesiástico *hacía fuerza* mediante sus autos y sentencias. Si se perdía el recurso de fuerza el obispo no quedaba humillado ante el beneficiario del recurso y ante la opinión de los fieles. El uso de la coacción y el castigo que suponía el ejercicio de la jurisdicción también podía suponer desgaste de la figura del obispo.

La sesión XIII del Concilio de Trento recordaba que el obispo era un pastor y no un verdugo, y como tal debía tratar a sus súbditos, con amor, como a hijos y hermanos, actuando mediante la persuasión, exhortándolos para apartarlos del pecado y evitando tener que castigarlos. La reprensión debían hacerla con benevolencia, bondad y

⁵¹² A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. cuadernillo sin foliar. Capítulo 2, *Juzgado del Provisor*.

⁵¹³ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión 24 cap. 2. Congregación de Obispos y de regulares del 11 de mayo de 1594. Sesión 24, cap. 12 y Bula de Clemente VIII; Decretales. *Magnam Societatum, una cum Gregorio Ferrario et Hieronymo Franzino, Venetiis*, 1584. Libro 1 de 6º, Título 6, cap. 14, y cap. Cum in cunctis.

⁵¹⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro III, Título I, Ley 14.

paciencia, porque era preferible el amor a la autoridad. Y en caso de castigo el rigor debería ir acompañado de mansedumbre, justicia, misericordia y dulzura. En definitiva se trataba de descargar en el oficial el ejercicio de una actividad, la judicial, que suponía el desgaste y la erosión propias de la toma de decisiones que implicaba el castigo y la coacción, pues juzgar significa herir.⁵¹⁵ En este mismo orden de cosas habría que entender el fenómeno de la petición de *auxilio del brazo seglar* o de la relajación de los reos al mismo, que pretendía eludir el ejercicio de la fuerza y la coacción física, dejando en manos seculares esta tarea. Se trataba de mantener la coherencia del discurso religioso que excluía la violencia y se basaba en la utilización de la persuasión, la caridad y la corrección fraterna.

Los provisos y vicarios generales ejercían la jurisdicción ordinaria del obispo o arzobispo. En derecho canónico se considera a ésta la jurisdicción inferior, pero también en el caso del Arzobispado de Sevilla ejercían la jurisdicción superior en grado de apelación, como oficiales del metropolitano respecto de los sufragáneos de su provincia. Finalmente la jurisdicción suprema correspondía al Sumo Pontífice. La jurisdicción ordinaria era la que competía por derecho propio y la extraordinaria la que se concedía por breves o letras apostólicas a algún juez para casos extraordinarios. La jurisdicción privativa sería aquella que otorga autoridad por privilegio apostólico y se concedía para determinados negocios, como la Comisaría de la Cruzada o la Inquisición. Finalmente la jurisdicción exenta eximía a quienes la ostentaban de la obligación de obedecer al Obispo.⁵¹⁶

No todos los obispos eran ordinarios, ni todos los ordinarios obispos. El obispo titular *in partibus* que no tenía jurisdicción ni dónde ejercerla no era ordinario. El vicario general del obispo era ordinario y no era obispo. El Obispo, como juez de primera instancia en lo judicial y párroco de toda la diócesis en lo administrativo, representaba la jurisdicción ordinaria. La jurisdicción general (recuérdese que el Provisor y el Juez de la Iglesia eran vicarios generales en lo espiritual y en lo temporal) quería decir para todo el territorio y para casi todos los casos, aún los asuntos graves civiles y criminales. Si tuviese toda la jurisdicción delegable y sin limitaciones sería universal u omnímoda, y ésta solían darla los prelados cuando nombraban gobernadores en su ausencia.

En los períodos de sede vacante el Cabildo de canónigos, en un plazo de ocho días después de muerto el Prelado, debía nombrar Vicario General o confirmar al que estaba puesto por el Arzobispo difunto, conforme al Concilio de Trento y a las declaraciones de la Congregación de Cardenales, pero se respetaba la costumbre inmemorial de nombrar dos o más, como era el caso de Sevilla.⁵¹⁷ Si pasado el término de ocho días el Cabildo no lo nombrase, el derecho se volvía al Metropolitano, y si la iglesia fuese metropolitana, al obispo más antiguo de los sufragáneos, y en imposibilidad al más cercano. No era necesario que *se elija al Vicario del gremio del Capítulo, pero aviendo igualdad ha de ser preferido el capitular y aviendo doctores y*

⁵¹⁵ Véase J.M. PÉREZ-PRENDES MUÑOZ-ARRACO, J.M.: “El Tribunal eclesiástico. Sobre el aforamiento y la Curia Diocesana de Justicia”, p. 128. En E. MARTÍNEZ RUIZ y M. DE PAZZIS PI (Coord.) *Instituciones de la España Moderna*. Madrid, 1996.

⁵¹⁶ Véase F. GÓMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al Tratado Teórico-práctico*. 2 Tomos. Madrid, 1877.

⁵¹⁷ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión 24, cap. 16.

*licenciados en Derecho Canónico se ha de elegir por Vicario doctor o licenciado en el mismo derecho canónico.*⁵¹⁸ Al tal Vicario General le tocaba, conforme al Concilio de Trento, hacer todo lo que pertenecía al Obispo, como poner en las iglesias parroquiales vacantes vicarios idóneos, publicando un edicto para el concurso.

Además de las competencias judiciales, el Provisor tenía amplios poderes en multitud de asuntos del gobierno de la Iglesia, de tal forma que se mezclaban funciones judiciales con otras de carácter puramente administrativa o ejecutiva. Lo que llamaban *gobierno judicial* se correspondía con unas formas de manejar los asuntos de la Curia Diocesana que desborda nuestro actual concepto de la administración de justicia. La justicia eclesiástica se entendía como una herramienta de gobierno, de ahí que la no división de poderes fuese uno de los elementos constitutivos del proceso canónico y explicaría la inclusión en el Índice de libros prohibidos de la obra *El espíritu de las leyes* de Montesquieu.⁵¹⁹

Por tanto, se confundían las acciones administrativas y ejecutivas con las puramente judiciales, resolviéndose todo sin la menor contradicción, pues toda acción del Gobierno Arzobispal se sustentaba en el discurso de la equidad y en la consideración del juez cristiano como un *buen componedor*. Las competencias del Juzgado o Audiencia del Provisor eran múltiples y afectaban tanto a eclesiásticos como a legos. Y aunque los límites jurisdiccionales entre ambos no siempre estaban claros, la Iglesia siempre demostró empeño en mantener escindidas ambas instancias, defendiendo celosamente sus inmunidades y su potestad para intervenir en determinados asuntos de la vida de los seglares. En los documentos no se distinguen las competencias sobre legos o sobre eclesiásticos y si hacemos esta distinción es con fines expositivos y con vistas al análisis de las consecuencias sociales de la acción judicial de los tribunales diocesanos.

Así pues, en el Arzobispado de Sevilla, los vicarios generales en lo temporal y espiritual (Provisor y Juez de la Iglesia)⁵²⁰, tenían no sólo la jurisdicción voluntaria y graciosa sino también la contenciosa como el oficial eclesiástico. Se consideraba que las sentencias del vicario era como si las dijera el obispo, pues su tribunal era el mismo, de modo que no se podía dar apelación de sus sentencias ante él. No compartía jurisdicción con ningún otro oficial y ésta era ordinaria y no delegada y general para toda la diócesis, no para una parte del territorio; su tribunal y persona eran las mismas que las del obispo y lo que hacía se consideraba legítimamente que lo hacía el obispo.⁵²¹

El Provisor solía ser, en ausencia del Prelado, la máxima autoridad en el gobierno ordinario del Arzobispado, excepto en los casos en los que éste nombraba un

⁵¹⁸ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión 24 de reformat. Cap. 18.

⁵¹⁹ Véase BENLLOCH POVEDAL, A.: “Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: el proceso”, pp. 139-140. En E. MARTÍNEZ RUIZ y M. DE PAZZIS PI (Coord.). *Instituciones de la España Moderna*. Madrid, 1996.

⁵²⁰ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 13, de Reformat., cap. 1, 2 y 3.

⁵²¹ GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo II. Madrid, 1868. Así lo mantienen los canonistas, Azor, Jordan, Barbosa, Sánchez, Covarrubias y García; Decretales. *Magnam Societatum*, una cum Gregorio Ferrario et Hieronymo Franzino, Venetiis, 1584. Libro 6º, Título 4, cap. 2, Non putamus. Y en el 6º de las Decretales Libro 2, Título 15, cap. 3. “De officiali episcopi, non ad episcopum sed ad archiepiscopum appellatur”.

Gobernador, también llamado Administrador. Otra modalidad era dejar toda la jurisdicción al Gobernador y al Provisor a las órdenes de éste, en cuyo caso el Gobernador representaba completamente la personalidad del obispo y el Provisor dependía de él⁵²². El oficio de Gobernador aparece con frecuencia en la sede sevillana, en la que los arzobispos no residenciales fueron la norma hasta finales del siglo XVI. Lo tenemos cuando don Pedro González de Mendoza nombró Gobernador y Provisor al Obispo de Cádiz, Pedro de Solís, que gobernó en su nombre el Arzobispado (1474), y con fray Reginaldo Romero, Obispo de Tiberia, nombrado auxiliar del Arzobispado de Sevilla que estuvo muchas veces de gobernador en las ausencias del Cardenal don Diego Hurtado de Mendoza (1486-1502) y más tarde con don Juan de Zúñiga (1504) y con fray Diego de Deza (1505-1523).⁵²³ Asimismo Alonso Manrique nombró como Provisor y Gobernador a su tío Pedro Manrique (1523), pero el caso de don Fernando Valdés (1556) es especialmente revelador, pues, a pesar de lo establecido en Trento, despreciaba los pareceres de frailes y teólogos que defendían la residencia de los obispos como de *gente sin práctica en los negocios y que para lo que eran era para estar en sus celdas y confesar y predicar*. Y apostillaba:

así como Antón de los Ríos, el de Soria, enviaba su ganado a Extremadura con sus pastores y veía que lo traían bueno y gordo sin ir él allá, así su señoría cumplía con su obligación de Prelado con tener en su Arzobispado buenos oficiales que le descargasen.⁵²⁴

Así que gestionó los asuntos del Arzobispado por sus provisos, que fueron nombrados gobernadores con amplios poderes. Más tarde el Arzobispo Gaspar de Zúñiga y Avellaneda nombró Gobernador del Arzobispado a don Alonso de Revenga (1569) y don Cristóbal de Rojas y Sandoval se sirvió del doctor don Domingo de Lezo como Gobernador y Administrador general del arzobispado en lo espiritual y en lo temporal (1571-1580). Finalmente, de 1580 a 1600 don Rodrigo de Castro tuvo como Gobernador General a su sobrino don Diego de Ulloa, Arcediano de Écija y canónigo, y más tarde al canónigo licenciado Iñigo de Leciñana como Gobernador, Provisor y Vicario General del Arzobispado.

Los prelados solían dar bastante independencia a sus provisos, sobre todo si eran absentistas, y les delegaban amplias competencias, de tal manera que se hacía innecesario que el Prelado controlase y cometiese cada negocio en particular para que su Provisor lo conociese y proveyese. Sin embargo los cabildos sede vacante veían todos los negocios por sí mismos y después los cometían a sus jueces y oficiales, con lo cual la independencia de estos era mucho menor y se limitaban a ser meros ejecutores de las órdenes emanadas del Ordinario. Así que el Cabildo ataba en corto a su Provisor y le cometía los asuntos particularmente, siguiendo de cerca su evolución y dándole instrucciones precisas. Eso sí, una vez que el Provisor recibía una causa actuaba como juez conociéndola hasta sentencia definitiva.

Pero a veces el Provisor, celoso de sus prerrogativas, intentaba hacer valer su posición, que aunque supeditada al Cabildo sede vacante como administrador de la jurisdicción ordinaria del Prelado, era muy elevada. De esto se derivaban

⁵²² Véase GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al Tratado Teórico-práctico*. 2 Tomos. Madrid, 1877.

⁵²³ Véase MATUTE Y GAVIRIA, J.: *Memoria de los Obispos de Marruecos*. Sevilla, 1886.

⁵²⁴ ROS, C.: *Los Arzobispos de Sevilla*. Sevilla 1986, p. 142.

enfrentamientos entre el Cabildo sede vacante y su Provisor, que a veces terminaban en el cese de éste y su sustitución por otro canónigo en el oficio. Como cuando en 1580 el Cabildo mandó a su Provisor que se exonerara de los pleitos y acusaciones mutuas que seguían en El Castil de las Guardas un clérigo llamado Sebastián López y su vicario Diego Sánchez, y que los remitiese al Cabildo para que conociera de ellos el canónigo Fernando de Mohedano como Juez de Comisión.⁵²⁵ Pero el Provisor sobreseyó las causas que hizo éste y dictó una censura en forma de Benigna Declaratoria contra su notario, Juan de Ybarra, por haber entregado los procesos al juez cometido por el Cabildo sede vacante. Éste terminó suspendiendo el sobreseimiento del Provisor para que el juez de comisión nombrado por ellos pudiese proseguir en las causas como le habían cometido.

Unas veces era el mismo Provisor también Gobernador del Arzobispado, pero cuando ambas instancias no recaían en la misma persona podía haber disputas, que a menudo se plasmaban en cuestiones de precedencia. Así ocurrió cuando a la muerte de don Gaspar de Zúñiga y Avellaneda el Cabildo sede vacante nombró un Provisor y éste entró en disputas con el Gobernador que había puesto el Arzobispo, don Alonso de Revenga. Concretamente el miércoles santo 22 de marzo de 1570 se produjo una disputa por la precedencia en las procesiones entre el Gobernador, el Provisor y los señores de la Audiencia Real. El Cabildo terminó nombrando a tres canónigos para que concertasen y pacificasen evitando que la disputa pasara a mayores⁵²⁶. Así que, unas veces el Prelado podía nombrar a su Provisor como Gobernador, reuniendo en este caso la jurisdicción voluntaria, gubernativa y graciosa con la contenciosa, o bien podía nombrar dos oficiales: al Gobernador le cometía la parte de gobierno y jurisdicción graciosa y al Provisor el tribunal con la jurisdicción contenciosa y voluntaria, independiente del Gobernador.

3.3.1.- Las competencias del Juzgado del Provisor

Una de las primeras noticias de nombramiento de Provisor que tenemos en fuentes directas se produjo en la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza (1503), en la que los canónigos nombraron Provisor y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado al Deán, con salario de 15.000 maravedíes anuales.⁵²⁷ Pero en agosto de ese año tuvo que salir del Arzobispado, votando el Cabildo *por habas y altramuces* a Lope Rodríguez de Madrigal como sustituto mientras permanecía ausente. Al volver el Deán se desistió de su cargo y Rodríguez de Madrigal pasó a ser Provisor de manera oficial y permanente. A éste le tocó ver y confirmar el Estatuto presentado por los canónigos de la Colegial de San Salvador y dar licencia al Obispo de Marruecos para hacer confirmaciones en la Iglesia en 1503, pues el Provisor daba licencia al Obispo Auxiliar del Prelado para ejercitar los actos pontificales. Básicamente se trataba de hacer ordenaciones y confirmaciones. En esta misma sede vacante aparece el Provisor realizando sus funciones cuando Sancho Ortiz se presentó ante el Cabildo para exponer que había hecho juramento de no seguir un pleito contra sus hermanos, pero que porque de ello *le venía mucho, y juicio a la justicia* suplicaba le relajasen el juramento. A tal fin

⁵²⁵ Véase .C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, 1580-1581.

⁵²⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 30, 22 de marzo de 1570.

⁵²⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, martes 30 de Enero de 1503.

cometieron al Provisor para que *si de justicia y buena conciencia se puede hacer, que lo relaxe*.⁵²⁸ Los juramentos hechos ante notario tenían validez jurídica y sólo el Prelado o su Provisor tenían poder para *relajarlos*, disolviendo este vínculo casi sacral basado en la promesa, el honor y la palabra dada poniendo a Dios por testigo.

Las competencias del Juzgado del Provisor eran muy amplias y a veces no muy bien delimitadas, pues aunque en algunas materias tenía teóricamente jurisdicción no solía sustanciar causas, bien porque se encargase la jurisdicción seglar, en los llamados delitos de fuero mixto, o bien porque hubiese pasado a la jurisdicción de la Inquisición, como era el caso de la blasfemia. En las escrituras de otorgamiento de poderes de los prelados a sus provisos encontramos algunas informaciones útiles para perfilar la figura del oficial jerárquicamente más importante del gobierno arzobispal. El del Arzobispo Valdés a su Provisor don Miguel de Arévalo, Deán y canónigo de la Santa Iglesia de Segovia, firmado el 13 de noviembre de 1546 ante sus criados Diego de Valdés, Juan de Pineda y ante el que iba a ser su Secretario de Cámara, Ortuño de Ibarguen, fue un poder general sin reservas, *con general administración*, pues cometió al Provisor *plenariamente*, como correspondía a un prelado no residente ocupado con frecuencia en negocios de la monarquía como miembro del Consejo de Su Majestad.⁵²⁹ O el poder otorgado por Valdés a su Provisor, licenciado Juan de Ovando, con el que éste se presentó el 26 de marzo de 1556 en el Cabildo para leerlo en presencia de los canónigos. El acto se inscribía en la lucha por el poder entre el Prelado y Cabildo Catedral, en la que el Provisor iba a desempeñar un papel importante como juez ordinario en nombre del Arzobispo.⁵³⁰

En este poder mandaba a todas las personas tanto eclesiásticas como seglares que obedeciesen al Provisor, y en especial *a nuestros amados ermanos Dean y Cabildo*, so pena de excomunión mayor. Además de este documento tenemos también otros poderes otorgados por los prelados a sus provisos, la documentación de sede vacante, diversos informes generados en la Secretaría de Cámara y lo que se deriva e infiere de la casuística de los procesos y diligencias practicadas por los distintos órganos del Gobierno Arzobispal. Todos ellos forman la base documental de la que nos hemos servido para describir las competencias de los distintos oficiales de las audiencias.

El primer acto de jurisdicción para el que estaba facultado el Provisor era el nombramiento del resto de jueces y oficiales del Consistorio, personas idóneas y suficientes para ejercer los cargos de Juez Oficial y Vicario General y Juez del Consistorio, Juez de Suplicaciones, Alguacil Mayor del Arzobispado y alguaciles de los diez, fiscales y notarios de las tres audiencias, visitadores de la ciudad de Sevilla y de todas las veredas de la diócesis y sus notarios, vicarios foráneos, notarios y alguaciles eclesiásticos de las vicarías, y todos los demás jueces y oficiales tanto de la jurisdicción eclesiástica como de la temporal perteneciente al Prelado. Y darles facultad para que pudiesen conocer en las causas civiles y criminales en primera instancia y en grado de apelación, de oficio o a petición de parte, tanto en los negocios pendientes como en los que se movieren en el futuro, y para sentenciar y ejecutar las sentencias.

⁵²⁸ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, Martes 30 de enero de 1503.

⁵²⁹ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 175-179.

⁵³⁰ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 24.

En los feudos arzobispales el Provisor nombraba alcaldes mayores y ordinarios y alcaldes de las fortalezas y casas fuertes, tomándoles juramento de *fidelidad y omenaje en mano de cualquier hijo de algo, según fuero y uso de España*, y hacía que a los alcaldes nombrados para las fortalezas les fueren entregadas la munición y pertrechados de todo lo necesario, y que el homenaje se hiciese ante escribano, con poder para poder alzar el juramento de fidelidad. Todas las personas nombradas en los cargos y oficios los podían usar según como lo habían usado sus antecesores como si el mismo Prelado los nombrase, y pudiesen ejecutar, gozar y llevar todos los derechos, gracias, franquezas y libertades que por razón de su oficio les pertenecía de uso y costumbre. Finalmente el poder atribuía al Provisor competencias para tomar residencia a todos los oficiales tanto eclesiásticos como temporales cada 3 años y siempre en sede vacante.

La atribución de poderes era tan amplia que el Provisor se convertía de facto en el *alter ego* del Prelado, pues tras su toma de posesión debía nombrar al resto de los oficiales del Arzobispado, incluso al otro Vicario General del Arzobispado, el Juez de la Iglesia, y al resto de los altos ministros del Consistorio, Juez de Testamentos y Alguacil Mayor, pasando por los ministros seculares de los feudos arzobispales hasta los notarios y oficiales menores. Esto se explica teniendo en cuenta que la mayoría de prelados sevillanos del siglo XVI gobernaron el Arzobispado por su Provisor, pues apenas venían a Sevilla durante su pontificado.

De toda esta documentación se deduce que el Provisor era juez, dictaba autos y sentencias en multitud de asuntos, y además vigilaba que se guardasen los aranceles en las parroquias por las distintas ceremonias y rituales. Aprobaba las reglas de las cofradías y la presidencia de las mismas en las procesiones generales, otorgaba licencias para ministros de la Iglesia, para trabajar en días de fiesta, para salir procesiones en Semana Santa, para trasladar *güesos de difuntos*, para pedir limosnas y un largo etcétera. El Provisor, como juez del Prelado, también confirmaba los estatutos de las iglesias colegiales que había en el Arzobispado.

En las escrituras de poder constatamos una serie de fórmulas estereotipadas propias del lenguaje jurídico pero no exentas de significación. El Arzobispo otorgaba título y poderes tan amplios porque confiaba en la *cristiandad, rectitud, prudencia, letras, virtud y suficiencia* de su Provisor y Vicario General, y en que haría lo que fuese necesario para el servicio de Dios y *descargo de nuestra conciencia*, en todo lo referente al buen gobierno y administración del Arzobispado tanto en lo espiritual como en lo temporal, haciéndole prestar juramento ante notario público antes de usarlo. Era la figura más cercana al Ordinario y en la que éste confiaba para descargar su conciencia, pues pondría todo el celo en el cumplimiento del sagrado deber del Prelado: el cuidado de las almas de sus súbditos. Le daba poder *por el tiempo que fuese nuestra voluntad* para conocer de todas las causas beneficiales, civiles y criminales. La discrecionalidad del nombramiento estaba asegurada pues en el título se hacía expresa mención a la facultad de remover de su cargo al oficial, aunque el Prelado hubiese *prometido con juramento de no lo hacer*.⁵³¹

En el poder otorgado por don Fernando Valdés en Salamanca el 5 de marzo de 1556 ante su Secretario personal Ortuño de Ybarguen, se decía que, *constándole la*

⁵³¹ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Título de Provisor.

suficiencia de Juan de Ovando, lo nombraba y elegía por su Provisor para que *por nos y en nuestro nombre podáys conocer, oyr, juzgar y sentenciar qualesquier pleitos y causas beneficales y matrimoniales, civiles y criminales, de cualquier calidad y condición que sean, ansi eclesiásticas como seglares*.⁵³² Tanto las que estuviesen pendientes como las que se moviesen en el futuro en la Audiencia y Tribunal del Oficio del Provisor, tanto de oficio como a petición de parte, en primera instancia, por apelación o *por cualquier manera que nos pertenezca el conocimiento dello*.

También le daba poder para advocar ante el Prelado cualquier negocio que estuviese pendiente ante un juez inferior y para proceder en las causas y determinar hasta sentencia definitiva llevando las sentencias a ejecución, así como fulminar censuras de excomunión o suspensión de órdenes hasta entredicho e invocación del brazo seglar y absolver, relajar o suspender los entredichos. El Provisor dirigía la visita para inquirir y proceder contra sacrílegos o contra cualquier otros delincuentes y acusados del crimen de herejía o de otra calidad *en las cosas que Nos como Ordinario podemos y devemos castigar*. Hasta aquí nada nuevo, el Arzobispo le atribuía todos los poderes que como juez delegado le correspondían por derecho en el conocimiento de todos los pleitos civiles y criminales y expresamente en los llamados cuatro casos: beneficales, matrimoniales, civiles y criminales, así como los pleitos en apelación.

Asimismo, le daba poder para visitar la Santa Iglesia Catedral con sus bienes y rentas de la fábrica y de todas las iglesias colegiales y parroquiales, monasterios, abadías, prioratos, hospitales y lugares píos, así como las personas de las iglesias y Arzobispado *cuya visitación nos pertenece*, castigando y corrigiendo los que *fueren dignos de corrección y castigo* en sus personas y bienes. Esta era realmente la novedad, a partir de Trento el Prelado podía atribuir poder a su Provisor para visitar los cabildos catedrales, cosa que antes tenía que hacer por su propia persona y que no solía hacer por absentismo o por lo complejo e ingrato del negocio. Sabido es que los prelados españoles se distinguieron en Trento en la lucha contra las inmunidades de los capítulos. En realidad la disputa venía de muy atrás pero las tendencias centralizadoras de la Edad Moderna, con el intento de los prelados por recuperar la autoridad perdida durante la Edad Media, acentuaron el enfrentamiento.

La atribución de poderes incluía convocar Sínodo para el buen gobierno tanto de la diócesis de Sevilla como en los obispados sufragáneos, asistiendo a todas las congregaciones eclesiásticas y seglares en nombre del Prelado y proponer, consentir, contradecir y definir, como le pareciere conveniente, *al servicio de nuestro señor y descargo de nuestra conciencia*. Y para absolver *simpliciter o ad cautelam* de cualquier caso reservado al Ordinario.

En cuanto a la provisión y nombramiento de ministros de la Iglesia, le correspondía proveer beneficios eclesiásticos y nombrar curas, capellanes y clérigos suficientes para el servicio y administración de los sacramentos, de los beneficios y capellanías de las iglesias del Arzobispado y de los curatos, y darles licencias y cartas, así como letras dimisorias y testimoniales para que los *clérigos beneméritos* pudiesen celebrar fuera de la diócesis. También el conceder reverendas y licencias a las personas hábiles y suficientes para ordenarse de órdenes menores y de todas las órdenes sacras, y

⁵³² Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 24.

dispensar con *los bastardos y no legítimos* para poder ordenarse de prima tonsura y de cuatro órdenes menores y tener un beneficio que no fuese curado.

Valdés dio también a su Provisor poder para dar licencia a cualquier Obispo y Prelado que tuviese *gracia y comunión de la Santa Iglesia de Roma* para celebrar órdenes en los tiempos estatuidos, y ejercer los actos pontificales en la Santa Iglesia y diócesis. Los canónigos dieron énfasis a este poder subrayando este párrafo en los autos capitulares, pues se trataba de actos celebrados en la Santa Iglesia Catedral. También le daba poder para instituir y conferir canonicatos y cualquier beneficio eclesiástico, simple o curado, así como dignidades, raciones o medias raciones, capellanías, prestameras o *cualesquiera otros beneficios que ayan vacado o vaquen ansi por muerte como por resignación o en otra manera que sean de nuestra provisión y colación en la Santa Iglesia Catedral o en cualquier otra iglesia de nuestro Arzobispado*. Y añadía *aunque fuese de colación simultánea en los beneficios y prebendas que por el Prelado y Cabildo de la Santa Iglesia se hubieren de proveer juntamente* (subrayado en el texto original). Es decir, que en la provisión simultánea de Prelado y Cabildo, el Provisor hacía las veces del Prelado y así debía admitirlo el Cabildo.

Otra de las funciones que el Prelado cometía a su Provisor era el tomar residencia a los jueces y oficiales de la jurisdicción, tanto eclesiástica como temporal, todas las veces que le pareciere, y publicar la residencia por el término que fuese conveniente. Y para esto hacer las informaciones y diligencias de oficio o a petición de parte necesarias, tanto en las pesquisas secretas como en las demandas públicas, y hacer cargo de las denuncias recibiendo los descargos de manera que las partes fuesen oídas y se cumpliese la justicia, y los que pareciere que habían sido agraviados fuesen desagraviados y satisfechos, procediendo en la ejecución de las sentencias. La visita de residencia se solía cursar cada tres años y siempre a la llegada de un nuevo Prelado. En ella se emitía un Edicto Público que se colgaba a la puerta de las iglesias, convocando al pueblo a denunciar cualquier irregularidad que supieran que había cometido cualquier oficial del gobierno arzobispal, tanto eclesiástico como seglar.

Al Provisor le competía la defensa y conservación de la jurisdicción eclesiástica y temporal y de todos los bienes, rentas, vasallos, preeminencias y exenciones que por razón de la dignidad arzobispal se le debían al Prelado, así como a sus oficiales y familiares, por derecho, uso y costumbre. Es decir, asegurar el cobro de las rentas de la Mesa, aunque en los pleitos que se generaban por esto, que era muchos, se hacía sustituir por procuradores en la defensa de la jurisdicción eclesiástica. Y la responsabilidad de restituir al Prelado y a la Santa Iglesia y Mesa Arzobispal las rentas de los vasallos, fueros, derechos, preeminencias y *cosas que nos están usurpadas y ocupadas contra los tales usurpadores y ocupadores y contra los rebeldes e inobedientes*, y proceder contra ellos por penas y censuras y remedios del derecho. Y si fuese necesario parecer en juicio ante cualquier juez eclesiástico o secular, sustituyéndose por procurador, haciendo todos los autos y diligencias que conviniesen, de palabra y por escrito, pidiendo, demandando, alegando, respondiendo o presentando testigos y escrituras, tachando y abonando, consintiendo, contradiciendo, concluyendo, pidiendo sentencia, consintiendo las que fueren a favor y apelando y suplicando las que fuesen en contra y siguiendo la apelación y suplicación, con capacidad para jurar *en nuestra anima* cualquier juramento lícito, y pedir restitución.

Finalmente, le otorgaba el poder *con libre y general administración* (es decir, sin reservas) para nombrar procuradores y para sustituir la persona del Provisor y del Prelado, cometiéndole todas las cosas y casos que *viéredes que convienen aunque sean de calidad y requieran aver nuestra presencia personal o comisión más especial*. Y mandaba a los *muy reverendos nuestros amados hermanos Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia de Sevilla y a todas las personas eclesiásticas y seglares de la dicha nuestras diócesis y provincia, en virtud de santa obediencia y so pena de excomunión os tengan y obedezcan por nuestro Provisor general en lo espiritual y en lo temporal*. Así que el poder incluía la facultad para nombrar sustitutos o tenientes, en realidad se trataba de un auténtico *vertido* del poder del Prelado en la persona del Provisor. Éste, a su vez, se descargaría después de competencias sustituyéndose por otros y cometiéndoles determinadas funciones. En el caso del Juez de la Iglesia todo lo referente a las causas matrimoniales, decimales y de inmunidades y en el del Juez de Testamentos todo lo referente al cumplimiento de los testamentos y mandas pías.

Con respecto a las causas matrimoniales, aunque las competencias en esta materia correspondían al Juez de la Iglesia, el Provisor ejecutaba las letras apostólicas del Nuncio o de la Santa Sede concediendo dispensas para casarse en grados prohibidos. Ahora bien, cualquier pleito que se generase en el matrimonio, o en la interpretación de las dispensas, correspondía al citado Juez de la Iglesia. En cuanto a las apelaciones, el Juzgado del Provisor del Arzobispado de Sevilla conocía en primera instancia y además era competente en todas las apelaciones de las causas criminales y beneficios de los obispados sufragáneos, de los vicarios foráneos en la jurisdicción eclesiástica y de los corregidores, gobernadores y jueces seglares de los feudos eclesiásticos del Prelado, así como en las causas por comisión con letras apostólicas del Nuncio o de la Santa Sede.⁵³³ Asimismo le tocaba declarar los límites de competencias en los conflictos de jurisdicciones que se planteaban con los jueces apostólicos delegados o subdelegados por la Santa Sede y los jueces conservadores de las órdenes regulares e institutos que mantenían fuero privativo.

Para impedir las estrategias de dilación o los intentos de escapar al control del Prelado, se estableció que antes de la sentencia definitiva no se pudiese apelar de ningún agravio a un auto interlocutorio dictado por el Obispo o su Vicario General en causas de visita y corrección, habilidad o ineptitud, ni en las criminales, a menos que el agravio no pudiese repararse por la sentencia definitiva o no pudiese apelarse de esta.⁵³⁴ Sino que el juez pudiese seguir con sus procedimientos a pesar de los mandatos de inhibición del juez de apelación. Porque, según los padres conciliares, lo que en un principio fue para defensa del inocente se estaba usando para evitar su corrección, creando un abuso que impedía la aplicación de la ley. El Concilio se refería a los que simulaban quejas y gravámenes para evitar el castigo y evadirse de las providencias del Obispo, impidiendo el proceso judicial con los recursos de apelación. En consecuencia, las apelaciones en materia criminal debían pasar por el Metropolitano o su Vicario General en lo espiritual, y si era sospechoso o estaba a distancia de más de dos días, se apelaría al Obispo más próximo, pero nunca a jueces inferiores. También se regulaba el plazo de treinta días para entregar el proceso original al reo que apelare, pues el juez de apelación no podría absolverlo sin ver los autos en primera instancia.

⁵³³ GÓMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUETE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo II. Madrid, 1868, pp. 302-303.

⁵³⁴ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión 22, cap. I, De reformat y Sesión 13, cap. I, De reformat.

Los jueces eclesiásticos debían sentenciar las causas ordinarias en un plazo de dos años desde el momento en que se movió el pleito, y pasado este plazo las partes podían acudir al juez superior para que las tomase en el estado en que estaban y determinase.⁵³⁵ Pero, ante la duda sobre el cumplimiento del plazo de dos años, cuando el retraso no era culpa del Ordinario, por la calidad de la causa o por la *cavilación* de las partes, la Congregación de Cardenales determinó que no pudiesen las partes acudir a los jueces superiores. Se trataba de evitar de esta forma las maniobras de los litigantes para escapar a la justicia del Ordinario.

Los prelados se solían reservar el conocimiento y la absolución de determinados casos especialmente graves, los llamados casos reservados, no así en los poderes generales, sin reservas, como éste del Arzobispo Valdés a su Provisor y Gobernador. Sin embargo en sede vacante los canónigos, como depositarios de la jurisdicción del Ordinario, solían mantener las reservas de competencias, y cometer a algún canónigo, o al Provisor, cada vez que surgía una absolución en caso reservado en circunstancias extraordinarias o por necesidades especiales. En la sede vacante de don Pedro de Castro tenemos un caso en el que los canónigos dieron poder a Diego de la Cueva y a Luis del Castillo para que pudiesen absolver por quince días en las confesiones de las cárceles, y respondieron a la pretensión del padre Sebastián Bravo para dispensar en fuero de conciencia, en ciertos casos que venían en confesión⁵³⁶, cometiéndoselo al Provisor siempre que cumpliese los requisitos que pedía el Santo Concilio de Trento.⁵³⁷

Por derecho canónico estaba reservado al Romano Pontífice la absolución de una serie de pecados de especial gravedad, y otros estaban reservados al Prelado que a su vez los cometía en su Provisor. En los sínodos diocesanos se solían recoger estos pecados y ningún confesor podía absolverlos sin la especial licencia o comisión del Prelado o su Provisor. Algunos de estos pecados eran la excomunión mayor, el juramento hecho en daño del prójimo, el homicidio voluntario, el sacrilegio, el sortilegio, el matrimonio clandestino, la usura y los diezmos retenidos.⁵³⁸ En otros Sínodos encontramos otros como: el incesto, *acceso carnal a parienta o cuñada dentro del 4º grado, religiosa, profesa, judía o mora*, la corrupción de virgen, salvo si se la dotaba en presencia del confesor, procurar el aborto activa o pasivamente tomando hierbas o dándolas, hacer *cercos* y hablar con los demonios, tomar en la eucaristía el crisma o trozos de aras consagradas para realizar maleficios, no pagar los diezmos, no restituir los bienes inciertos, la anulación de la excomunión, la muerte violenta, el pecado carnal cometido en la iglesia, el perjurio en daño del prójimo y la ordenación sacerdotal en falso o sin permiso del Obispo.⁵³⁹

El Provisor conocía las causas que surgían en las visitas, siempre que se tratase de una competencia que le hubiese tocado en el reparto que hacía el Prelado entre sus

⁵³⁵ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Ses. 24, cap. 20.

⁵³⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624, 5 de mayo de 1624.

⁵³⁷ *Ibidem*, 27 de marzo de 1624.

⁵³⁸ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Título de Penitentis et remisionibus. Capítulo VIII.

⁵³⁹ Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XIV". En *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979. Todos estos pecados cuya absolución se reservaba al Prelado se citan en el Sínodo de Jaén de 1492 y en el de Córdoba de 1520.

jueces. Los visitadores visitaban las iglesias y rentas de las fábricas y corregían y castigaban a los delincuentes, abrían la cabeza del proceso haciendo una información sumaria y después daban aviso al Fiscal del Provisor para que la prosiguiese. Así ocurrió cuando en 1504 el Chantre, que era visitador de Carmona, Écija y la sierra de Constantina, envió al Provisor un pleito de Sancho Ortiz sobre una esclava suya. Los autos y sentencias interlocutorias o definitivas pronunciadas por los visitadores eran apelables ante el Provisor como juez jerárquicamente superior, excepto si se trataba de causas de corrección de clérigos, pues estas eran inapelables. Como en el caso del Prior y canónigos de la Colegial de San Salvador, que se presentaron en diciembre de 1624 con dos peticiones en apelación y querella por ciertos agravios que pretendían haberles hecho el visitador don Alonso de Zamora para que lo viese el Provisor e hiciese justicia.⁵⁴⁰ Se trataba de una disputa sobre el derecho de nombramiento de los curas y oficiales de la iglesia y acudían al Provisor en grado de apelación de un auto o sentencia del visitador. Además, decían que habían cumplido ciertas misas en que habían sido alcanzados, para que el Provisor les hiciese justicia también en este caso.

En el título de Provisor y Vicario General se hacía relación de las facultades que el Arzobispo otorgaba a su oficial como juez, para proveer ante los notarios todos los autos y sentencias interlocutorias y definitivas y llevarlas a ejecución, castigando los delitos y pecados públicos, tanto por querella de parte como de oficio, por la denuncia de los fiscales, con poder para citar, inhibir, excomulgar y absolver. Asimismo, para que como Inquisidor Ordinario pudiese entrar en la Inquisición de la ciudad y asistir a los actos y sentencias de la misma, llevando sus derechos y emolumentos correspondientes. Todas las causas eclesiásticas en primera instancia pertenecían a los ordinarios.⁵⁴¹ En cuanto a las de fuero eclesiástico contra legos, el Provisor tenía jurisdicción en materia criminal persiguiendo los pecados públicos cometidos por ellos, haciendo información sumaria y capturando y encarcelando en caso de que hubiese sospecha o indicio de fuga de los reos. En la visita general, con inquisición de la vida y costumbres de los súbditos, se incluían tanto clérigos como legos, persiguiendo los pecados públicos en aras de la *salud de las almas* y para cumplir con la obligación de servir y quitar las ofensas a Dios.⁵⁴² El Provisor conocía de éste modo de cualquier pecado público e imponía penitencias *procurando librar sus ánimas de la muerte eterna*.⁵⁴³

Los vicarios foráneos del Arzobispado no solían tener facultad para nombrar sustitutos *excepto en los casos en que el Juez secular lo podía hacer*, pero los provisosores y vicarios generales sí, en ausencia, enfermedad u ocupación podían nombrar un Teniente en el oficio que fuese persona benemérita. El Cabildo sede vacante, sin embargo, solía negar esta facultad a sus provisosores. En 1624, los canónigos sede vacante eligieron como Provisor a don Alonso Fajardo de Villalobos, Obispo de Esquilache, y le mandaron que usase y ejercitase el oficio por sí mismo, sin que pudiese dar licencia para sustituirlo en ninguna persona y que si lo hiciera llamase un día antes

⁵⁴⁰ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

⁵⁴¹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión 24 cap. 20.

⁵⁴² ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Edicto de pecados públicos.

⁵⁴³ Citado por CASTILLO DE BOVADILLA, J.: *Política de Corregidores, y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, Madrid, 1597. Paz, In pract. 2, tom. Praelud, num. 24, p. 637.

para votarlo por votos secretos y tan sólo *una sola hava negra* lo contradijera.⁵⁴⁴ El Obispo de Esquilache se apartó del oficio de Juez de la Iglesia y Vicario General que tenía antes y aceptó el nuevo cargo. Pero el jueves 20 de abril propuso que quería usar el oficio por un sustituto y el Cabildo respondió contradiciendo la pretensión, porque en el auto de nombramiento se declaraba que no podía.

Además de los poderes otorgados por los prelados a sus provisoros tenemos en el opúsculo de Díaz Coronado una relación acerca de las competencias de los distintos jueces ordinarios del Arzobispado:

Para que no se mezcle con las del Juzgado de la Iglesia ni el de Testamentos, a este Juzgado Provisorial le están aplicadas todas las dependencias de las Fabricas, Hospitales, Cofradías, Memorias y Dotaciones con sus pleitos civiles y executivos, erecciones de Capellanías, sus pleitos i colaciones, poner cobro a todas las Obras Pías, dar sus caudales a senso o redimir sus tributos i todo lo demás que fuere anexo i dependiente al ser de dichas Fabricas y Obras Pías..... Tócale también todas las causas criminales de los eclesiásticos i escandalosos amancebados y repetiré a lo dicho todos los casos que son declarados MISTIFORI y asimismo todos los casos de la Curia Romana como son Bullas de Beneficios, Culto de Reliquias, Jubileos, Dispensas Matrimoniales, i es tanto lo que ocurre en estos casos que tocan al Juzgado Provisorial que sin exceder de los aranceles lo paran con desencia todos sus ministros.⁵⁴⁵

Sin embargo hemos encontrado otra relación mucho más extensa y pormenorizada entre los papeles de Gaspar Aragonés, que fue Secretario de Cámara del Arzobispo don Cristóbal de Rojas durante su pontificado sevillano (1571-1580) y posteriormente de su sucesor don Rodrigo de Castro (1581-1600). Se trata de un memorial de principios del siglo XVII dirigido al Cardenal don Fernando Niño de Guevara, en el que informa de todos los oficios del gobierno arzobispal.⁵⁴⁶ Nos encontramos en el período de sede vacante, tras la muerte del Cardenal don Rodrigo de Castro, y el Cabildo Catedral, haciendo uso de sus prerrogativas en estos momentos de vacío de poder pontifical, ha elegido al doctor Luciano Negrón como Provisor y Vicario General. Pero todos los oficiales de los tribunales elegidos de esta manera se consideraban provisionales y a la espera de la confirmación por parte del nuevo Prelado. No así otro tipo de provisiones de oficios, cargos y beneficios en las iglesias, que tendrá que mantener como un hecho consumado. En este contexto se inscribe el memorial al que aludimos; se trataría de informar al nuevo Arzobispo de las peculiaridades organizativas de la sede sevillana, sus costumbres inmemoriales y los repartos de poder tradicionales, y asimismo hacer prenda de fidelidad y conocimiento de la maquinaria de gobierno y sus problemas para ser confirmado en su oficio.

Según Aragonés estas competencias estaban puestas públicamente en las audiencias para que fuesen conocidas por todos y no hubiese confusión (*están en público en las audiencias*), y eran las mismas que se conocieron en tiempos del

⁵⁴⁴ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

⁵⁴⁵ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 2, Juzgado del Provisor.

⁵⁴⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial del Secretario Gaspar Aragonés. *Lo que se ofrece que será necesario advertir al ilustrísimo cardenal don Fernando Niño de Guevara*. Cuadernillo sin foliar.

Arzobispo don Cristóbal de Rojas y Sandoval y sus antecesores, y que mandó establecer don Rodrigo de Castro. En ella pasa revista a todas las competencias del Provisorato sin distinguir repartos entre los distintos oficios. El memorial se escribe en 1601, a la espera de la llegada del nuevo Prelado. En él Aragonés informaba al Provisor y al Juez de la Iglesia en sede vacante y les señalaba que el poder del Provisor debía ser general, *sin reserbacion ni excetacion*, y especialmente indicaba la necesidad de subdelegarle los casos reservados que conforme a derecho podía delegar el Arzobispo. Porque podían ocurrir casos *repentinos*, especialmente con el Cabildo Catedral, de manera que si el poder delegado del Provisor no fuese amplio, en caso de ausencia o impedimento del Prelado el Cabildo podría aducir la falta de poder *general* del Provisor para pleitear. Añadía que era necesario *que antes que comience a de presentar el poder al Cabildo, que será mucho mejor que venga amplio sin excetacion ni condición*. Además, recomendaba que el nuevo Prelado adjuntase una instrucción aparte con los casos y cosas que quisiera reservar para sí, mandando al Provisor que no las hiciese ni proveyese sin comunicárselas primero. Se trataba de presentar ante el Cabildo un poder lo más general posible, para obtener el máximo de respeto y autoridad, dejando las reservas para un documento aparte que por supuesto el Cabildo no tenía por qué conocer.⁵⁴⁷

Continuaba señalando que estos poderes habían de otorgarse con facultad especial para conocer y proceder en grado de apelación de los obispos sufragáneos y en los demás propios del Metropolitano, y para que como Oficial General y Ordinario de la Iglesia asistiese con los Inquisidores Apostólicos y conociese y determinase en los casos en los que el Santo Oficio conocía y procedía. Y terminaba Aragonés: *que si a diez de abril fueron por las Bullas habrá tiempo de enviarlas y enviar los poderes del Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos y el nuevo prelado suplirá o quitará poderes o introducirá matices en la delegación a su parecer*.⁵⁴⁸

Tenemos, por tanto, que el Prelado delegaba las competencias de manera discrecional. Conforme a su voluntad podía cada vez modificar los poderes y atribuciones que otorgaba a sus jueces, añadiendo, quitando, modificando, matizando o reservándose parcelas de poder para sí. Dependía, pues, de cada pontífice la atribución más general, amplia, o más especial, restringida, de poderes a sus jueces. Además, el Ordinario podía a su voluntad cesar a sus jueces, con causa o sin ella, y nombrar a otra persona en su lugar. Como muestra de experiencia en la materia recordaba Aragonés los poderes que habían pasado por sus manos: los otorgados por el Arzobispo don Cristóbal de Rojas a sus jueces, los del Cardenal don Rodrigo de Castro y los que dio éste para gobernadores al Cardenal de Toledo, los que otorgó don Rodrigo de Castro al Gobernador don Diego de Ulloa, su sobrino, los del Obispo don Francisco Pacheco de Córdoba cuando fue a Málaga, el de don Antonio de Pazos, Presidente del Consejo de Castilla, cuando fue a Córdoba (en este caso se hallaba Aragonés en la Corte), el de don Gerónimo Manrique para Córdoba que *me lo mandó a pedir desde Salamanca* y el que dio en Madrid para sus pleitos en Roma el Cardenal don Rodrigo de Castro. Finalmente, recomendaba, tanto al Provisor como al Juez de la Iglesia, que en el ínterin, mientras venía el Prelado, asistieran algunos domingos y fiestas de guardar en las parroquias a

⁵⁴⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial del Secretario Gaspar Aragonés. *Lo que se ofrece que será necesario advertir al ilustrísimo cardenal don Fernando Niño de Guevara*. Cuadernillo sin foliar.

⁵⁴⁸ *Ibidem*.

los oficios divinos por la mañana y *coligiesen* el modo de proceder de los curas y clérigos y se informasen de lo que les pareciere conveniente.

3.3.2.- *El reparto de competencias entre los oficios*

Con respecto al reparto de competencias entre los oficios, era importante, según Aragonés, que el Provisor y el Juez de la Iglesia trajesen:

precepto de guardallo y mandar que los Secretarios de sus Audiencias lo guarden ynbiolablemente especial hasta que su señoría ilustrísima venga a su yglesia que los hallara instructos en cada cosa y le podrán proponer los inconbenientes si se le ofrecieren y su señoría ilustrísima mandara lo que fuere servido.⁵⁴⁹

Pues las intromisiones en las competencias ajenas entre los oficios habían generado no pocos conflictos. Por esto Aragonés recomendaba a los jueces que diesen instrucciones a sus secretarios para que se guardase inviolablemente el reparto, y si había *inconvenientes* el Prelado dispondría la solución. Los secretarios de las audiencias de los Oficios Primero y Segundo del Juzgado Provisorial tenían repartidas las causas por collaciones de Sevilla y lugares del Arzobispado, y debían comenzar y terminar en el mismo oficio, independientemente de los cambios y reajustes de competencias que pudiese haber. Esto era conveniente para *su quietud e igualdad*, pues las partes sabían dónde habían de acudir y los pleitos antiguos podían ser siempre localizados en los archivos de los distintos oficios.

En las cartas de poderes que los prelados otorgaban a su Provisor, Juez de la Iglesia, Juez de Testamentos y demás jueces, se especificaban sus competencias y se les advertía que guardasen la división de los asuntos para evitar los frecuentes roces y conflictos de competencias entre ellos. En la Constitución del Cardenal Niño de Guevara (1604) se recogían estas advertencias, así como el modo en que los jueces y sus ministros debían hacer, en manos del Prelado o de su Provisor en su ausencia, el juramento de usar bien y rectamente el oficio *procurando el servicio de dios nuestro señor i el bien común de nuestro arzobispado i haziendo justicia a las partes i defender la jurisdicción eclesiástica i la inmunidad de las iglesias*.⁵⁵⁰

No encontramos una división de la Audiencia del Provisor en oficios hasta el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1571-1580). Es muy posible que la multiplicación de asuntos y diligencias requiriese especialización dentro de las audiencias y de aquí surgió el reparto de competencias entre el Oficio Primero de la Audiencia Provisorial, el Oficio Segundo y el Oficio de Fábrica. El Oficio Primero se denominó de Gracia y Justicia por las amplias competencias que asumía, que iban más allá de lo estrictamente judicial, realizando funciones de gobierno del Arzobispado. El Oficio Segundo tenía un papel más estrictamente judicial y el Oficio de Fábrica se encargó de todas las competencias relativas al gobierno de las iglesias en su vertiente económica y administrativa.

⁵⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁵⁰ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara, 1604. Título De Iudiciis et Oficio Ordinarii. Capítulos I y II. En realidad estas constituciones suponen la recepción de lo legislado en Trento sesión 7, capítulo 14 De reformat.

Tradicionalmente el Oficio Primero acumuló mayores competencias y derechos para sus oficiales, de aquí que se produjesen invasiones de competencias y rivalidades entre las tres oficinas. Esto llevó a los prelados a disponer el reparto de funciones y a legislar en los sínodos para evitar la intromisión en los asuntos ajenos. El Oficio Primero tenía determinadas competencias exclusivas no repartibles con el Oficio Segundo, el resto estaban delimitadas por lugares, villas y ciudades del Arzobispado, parroquias de Sevilla y reparto de causas provenientes de obispados sufragáneos, pues los oficios hacían también funciones de segunda instancia en los pleitos apelados provenientes de los provisoratos de los obispados sufragáneos (Cádiz, Málaga y Canarias). Según esto, las competencias exclusivas del Oficio Primero comprendían todas las causas sobre incumplimiento de los preceptos de la Iglesia, citando especialmente la prohibición de trabajar en días de fiesta y dar licencias para trabajar por causas justas. En cuanto a la provisión de oficios y *colaciones de prebendas y beneficios*, se añaden a las competencias citadas por Gaspar Aragonés *dar licencias para servir pertigueros*. Y además de examinar a los notarios se añade *darles licencia para que usen su oficio* y recibir los juramentos de fidelidad de los ministros del Tribunal del Provisor.⁵⁵¹

Con respecto a las competencias sobre cofradías, hospitales, monasterios y capellanías, además de todas las citadas en los capítulos precedentes, el Oficio Primero de la Audiencia Provisoral acumulaba las siguientes: aprobar las reglas y dar licencia para hacer procesiones y todo lo anejo a esto, y además se añade *prohibir el mandamiento para que hagan cavildos y todos los pleitos concernientes a esto*, con lo cual el control sobre las cofradías y patronatos y sobre las decisiones que los legos pudiesen tomar sobre cuestiones de religión se hizo más estrecho. También encontramos competencias relacionadas con la gestión de los patronatos de dotes y sobre la dotación de capellanías, patronatos y obras pías.

Algunas de las nuevas competencias que encontramos en esta relación son las siguientes: *dar licencias para imprimir libros y dar licencias para bautizar a moro o judío*. Ni en el memorial de Gaspar Aragonés ni en el opúsculo de Díaz Coronado aparece expresamente la competencia de la censura de libros, aunque hemos visto al Provisor y alguna vez al Visitador de Sevilla gestionando este negocio. Sin embargo aquí sí aparece expresamente la concesión de licencias para imprimir libros como una competencia del Oficio Primero de la Audiencia Provisoral. También todo lo relativo a los oratorios privados, la licencia para tenerlo así como velar por su decencia para que se respetase como lugar sagrado. Asimismo dar licencias para representaciones de comedias o autos sacramentales o prohibirlos, y dar licencias para publicar jubileos y para las protestaciones de fe que hacían los canónigos y cura de almas. En este oficio también se publicaban todos los edictos del Provisor y se añade además *dar licencias para bendecir iglesias, examinar maestros de escuela, dar licencia para que la tengan y dar licencia para enseñar gramática, y hacer enmiendas o poner partidas de baptismos*. Estas competencias no aparecían en las anteriores relaciones.

En cuanto a las partidas de bautismo, este documento se refiere a las certificaciones de las anotaciones que aparecían en los libros parroquiales. Aunque estos los custodiaba el cura de la parroquia que los tenía bajo llave, a veces se tramitaban peticiones de enmienda o rectificación de algún extremo. Esto cobra toda su

⁵⁵¹ (B)iblioteca (C)olombina. Ms. 5-6-25. *Memoria de los negocios que tocan y se despachan en este Oficio Primero de Gracia y Justicia de la Audiencia del Provisor*.

significación si consideramos la importancia que la limpieza de sangre y la legítima generación tenían en esta época. De suma importancia era también todo lo relativo al control de la educación. Los maestros de escuela eran examinados y en su caso se les expedía licencia para tener escuela y enseñar gramática, leer, escribir y contar. En las constituciones del Sínodo diocesano del Cardenal Niño de Guevara de 1604 se prohibía poner estudio de gramática ni escuela para enseñar a leer sin que precediese examen y licencia del Prelado.⁵⁵² Esta norma repetía y ampliaba lo ya dispuesto por don Rodrigo de Castro en 1586, consciente de que en los discípulos *se imprimía el hábito de las virtudes y vicios conforme a la disciplina y enseñanza de los maestros*, y para evitar que *debaxo de especie de bondad no se haga cosa que no lo sea*, mandaba que nadie pusiese estudio de gramática sin ser examinado primero por el Provisor acerca de su vida, costumbres y doctrina, bajo pena de 4.000 maravedís para obras pías y ser privado de poner el estudio; y que en la misma pena incurriesen los maestros de los niños que pusieran escuela sin la licencia y examen de vida, costumbre y doctrina cristiana.

Lo mismo se establecía para los *ayos* de los niños de los caballeros o personas particulares, porque se informaba que eran muchos y la mayoría forasteros, algunos clérigos y otros que se ponían hábito eclesiástico para parecer que lo eran, y se sospechaba que muchos habían huido de sus tierras por delitos. A todos mandaba el Prelado que se presentasen ante el Provisor en 15 días después de publicadas las constituciones para que se supiese quiénes eran, de dónde venían y por qué causas habían salido de su tierra, así como la fama y opinión que tenían allí. Y los que el Provisor considerase que eran personas de fiar les diese licencias por escrito para que usasen el oficio, y los que no, que se les notificase que no lo hicieran, bajo pena de seis días de cárcel y cuatro ducados de multa aplicados por terceras partes a la fábrica de la iglesia, a los pobres de la cárcel arzobispal y al denunciador. También mandaba, tanto a los maestros como a las mujeres que enseñaban a *labrar* a las niñas, que cada día enseñasen a sus alumnos la doctrina cristiana y que no consintiesen que los discípulos leyese libros lascivos y profanos sino libros devotos; que enseñasen religión y buenas costumbres y procurasen que oyese misa de ordinario, y sermón cuando lo hubiese, y que confesasen y comulgasen a menudo y tuviesen honestidad y recogimiento. Y a los vicarios, visitadores y curas que viesan las licencias y se informasen si cumplían con esta constitución⁵⁵³. Todo un sistema de control y vigilancia, incluida información de vida y costumbres, encaminado a evitar las influencias no deseadas de los maestros sobre sus discípulos. Y especialmente de aquellos forasteros que no eran conocidos y que podían llegar a Sevilla huyendo de algún problema con la Iglesia en sus lugares de origen.

En cuanto a las competencias sobre la regulación de la mendicidad, en esta relación se especifica que el Provisor tenía la potestad de conceder *licencias para pedir limosna generalmente*, incluidos los *de fuera de este arzobispado* y también hacer que *se guarden los privilegios concedidos a los ciegos*. Asimismo concedía *testimonios de pobreza para conseguir dispensación* y daba las licencias para *vestir avitos de ermitaño y retirarse a cuevas* así como *dar cartas recomendatorias a peregrinos y otras personas*. También se mantienen las mismas competencias sobre los entierros y traslado de *güesos* de difuntos y se añaden otras nuevas: dar licencias para *colocar cuerpo de*

⁵⁵² A.C.S. Sección VIII. Libro 122. Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Título de Magistris. Capítulo I.

⁵⁵³ *Ibidem*.

santo en lugar eminente y para hacer entierros de noche, así como la aprobación de reliquias y las licencias para trasladarlas.

En todo lo relativo a las dispensas matrimoniales aparecen las mismas competencias y los mismos límites anteriores. Las apelaciones de los obispados sufragáneos se mantuvieron en este Oficio Primero y se añadieron las de testamentos a las causas criminales apeladas. Es decir, el Juzgado de Testamentos fue despojado de las competencias relacionadas con las apelaciones de los obispados sufragáneos que pasaron al Oficio Primero del Provisor. También ejecutaba este Oficio las comisiones para redimir tributos y para poner imposiciones en Sevilla, siempre que los tributos no perteneciesen a capellanías, patronatos y obras pías administrados por las fábricas, pues en ese caso estarían bajo la dependencia del Oficio de Fábrica. Otras competencias de este Oficio Primero del Provisor eran el *dar licencia para edificar monasterio, ermita, o capilla*, así como hacer que se guardasen las *ecensiones* a los eclesiásticos que tenían privilegios o por *asignación de Iglesia*.

El Provisor, a través de este Oficio Primero, exploraba la voluntad de las religiosas sujetas y no sujetas a la jurisdicción del Ordinario y daba licencias a los regulares sujetos y no sujetos a la jurisdicción del Ordinario para hacer testamento y para renunciar herencias. También daba comisiones a los vicarios foráneos para explorar las voluntades de los que aspiraban a entrar en órdenes regulares, y licencias para *mudar a una religiosa a convento mas estrecho*. El Provisor, a través del Visitador de monjas, vigilaba que en los monasterios se guardasen las reglas y viviesen conforme a su estado. Son abundantes los mandamientos en este sentido: *que en todos los conventos de monjas el barbero, el medico y el capellán sean viejos, y no moços, y de no serlo se siguen algunos inconvenientes*.⁵⁵⁴ En este caso, como en otros, se presuponía la incontinencia, y para evitar problemas se recomendaba que, puesto que en los conventos se debía hacer realidad la retirada del mundo y sus tentaciones, los varones que entrasen fuesen viejos.

En teoría, el Provisor, por delegación del Prelado, tenía poder para mandar que no se recibiesen más monjas de las que cómodamente se pudiesen sustentar en los monasterios. Esto se podía ejecutar en los monasterios sujetos al Prelado, pero en los sujetos a las órdenes no se podía controlar, pues el Provisor se topaba con la jurisdicción exenta; así que, a menudo, los conventos soportaban muchos más frailes y monjas de los que podían sustentar. También ejecutaba *parapratorios*, y daba licencia a los regulares para ser padrinos de bautismos y para conseguir nulidades de profesión de religiosos y religiosas. En cuanto a la Colecturía de Misas, se añaden a las competencias ya vistas el nombramiento de los colectores y *hacerles pagar las limosnas de las misas alcanzadas*, así como todos los pleitos generados por esta cobranza.

También se ocupaba este Oficio Primero del Juzgado del Provisor de todos los negocios que dimanaban de la Secretaria de Cámara, es decir, todo lo relacionado con las ordenaciones de clérigos y las bulas de dispensación de defectos natales o ilegalidades de clérigos para ordenarse, las informaciones de vida y virtudes, los testimonios de suficiencia para obtener licencias para confesar y predicar, etc. Además de estos, conocía todos los negocios que se ofrecían a petición de parte y daba licencias para publicar jubileos. Todas estas dependencias eran, pues, exclusivas del Oficio

⁵⁵⁴ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Advertencias, año 1611*. Cuadernillo sin foliar.

Primero. Como se ve, eran competencias muy amplias, pues en este Oficio se concentraron los asuntos en más estrecha relación con la Secretaría de Cámara del Prelado y con la Consulta, para asegurar la conexión con el órgano de gobierno del Arzobispado y con el Prelado mismo.

Los asuntos partibles con el Oficio Segundo comprendían todas las causas criminales contra clérigos, tanto de oficio como a petición de parte y también proceder criminalmente contra los prebendados de la Catedral con sus adjuntos, de oficio o a petición de parte. Asimismo, eran partibles las causas benéficas y de capellanías, así como ejecutar letras apostólicas para enajenar bienes eclesiásticos y las causas *mixti fori*, muy concretamente contra amancebados. El reparto se hacía atendiendo al lugar de donde era vecino el reo, la villa, o la parroquia, si era dentro de Sevilla, pues como hemos señalado la partición se hacía territorialmente. En general las competencias del Oficio Segundo tenían un carácter más puramente judicial y las exclusivas del Oficio Primero le daban a este un tono eminentemente administrativo o de gobierno.

Cabe destacar la desproporción existente entre las competencias exclusivas atribuidas al Oficio Primero de Gracia y Justicia y las competencias partibles con el Oficio Segundo, con el resultado de una mayor carga de competencias e ingresos para los notarios y oficiales del primer Oficio. Consecuencia de lo cual fueron las intromisiones en las competencias atribuidas privativamente al Oficio Primero. Además, la alternancia anual en el reparto territorial de competencias compartidas entre los dos oficios provocaban no poca confusión y conflictos. Por esto, el Arzobispo don Ambrosio Ignacio Spinola y Guzmán pretendió establecer una nueva repartición de competencias más estable y equilibrada:

por quanto se han reconocido y experimentado los grandes inconvenientes que se siguen de que los oficios de los Notarios de la Audiencia de nuestro Provisor y Vicario General alternen todos los años en el despacho de los partidos de los lugares de nuestro Arzobispado: así por la confusión de las partes, como por la que se causa en dichos oficios: deseando que en adelante se eviten y que con mas claridad corran: por el thenor de las presentes mandamos no se alternen ni varíen los dichos partidos, sino que cada oficio corra para siempre con el suio en la forma y manera siguiente: con advertencia que todos los negocios que oy están pendientes se fenezcan en el oficio donde se començaron.⁵⁵⁵

A tal fin emitió un edicto que establecía el nuevo reparto y que aparece firmado por el Arzobispo y lacrado con su sello en 20 de diciembre de 1682 , publicándolo por su mandato el Secretario de Cámara Francisco Fernández:

en la conformidad referida mandamos corran los repartimientos y despachos de la dicha Audiencia de nuestro Provisor desde el día primero de enero del año que vendrá de mil seiscientos y ochenta y tres y si algunas dudas se ofrecieren en algunos despachos, de si son o no son concernientes o comprehendidos en este repartimiento entre los Notarios, la propondrán a nuestro Provisor a quien cometemos su determinación sin que semejante duda sea causa a detener el despacho del negocio sobre que se causare.

Para el Oficio Primero quedaban las siguientes ciudades, villas, lugares y obispados sufragáneos, así como las parroquias de Sevilla y conventos de Monjas:

⁵⁵⁵ B.C. Ms. 59-6-25. *Don Ambrosio de Spinola y Guzmán por la Gracia de Dios y de la Santa Sede....*

Oficio Primero:

Nómina de las parroquias, conventos de monjas, ciudades, villas, lugares y obispados que han de tocar al Oficio Primero de la Audiencia Arzobispal de nuestro Provisor:

A: Arcos, Ayamonte, Almonte, Albaida, Alcalá de Juana de Orta, Aljaraque, Alcalá de la Alameda.

B: Bornos, Benacazón, Bollullos de la Mitación, Bollullos del Condado, Bormujos, Beas, Bonares.

C: Chipiona, Camas, Castilleja de la cuesta, Castilleja del campo, Carrioncillo, Calañas, Cabezas Ruvias, Chucena, Coria, Coronil, Cartaya.

D: Dos hermanas.

E: Espartinas, Escacena, El Almendro, El Alosno, El Granado, Espera, El Alcarria, El Rincón de Hernandibañez, El Berrocal.

G: Gelves, Gibrleón, Gines, Huelva, Guenar

H: Aznalcazar, Hinojos.

L: Los Molares, Lebrija, Las CaBezas, Los Palacios, Las Cruces, Lucena, La Puebla de Coria, Los Castillejos, Lepe, La Redondela, La Palma, La Puebla de Guzmán, La Nava.

M: Manzanilla, Moguer, Mairenilla.

N: Niebla y su vicaría.

P: Puerto de Santa María, Paterna, Paymogo, Palos, Palomares, Puebla de Guzmán.

Q: Quema.

R: Rociana, Rota, Robayna.

S: Santa Bárbara, Sanlúcar de Barrameda, Sanlúcar de Gadiana, Sanlúcar la Mayor, San Miguel de Arca de Buey, San Juan de Alfarache, Santiponce, Salteras, San Silvestre, San Bartolomé de la Torre, San Juan del Puerto.

T: Tejada, Tomares, Trigueros, Trebujena.

V: Villamartín, Villanueva del Ariscal, Valencina, Villalba, Villarrasa, Valverde del Camino, Villablanca, Villafranco, Villamanrique.

U: Umbrete, Utrera.

X: Jerez de la Frontera.

Collaciones de Sevilla: Iglesia Mayor, San Salvador, Santa Cruz, Santa Maria la Blanca, Omnium Sanctorum, San Andrés, San Bartolomé, San Marcos, Santiago el Viejo, San Vicente, San Martín, Santa Marina, Santa Lucia, Santa Catalina.

Obispados sufragáneos: Canarias, Cádiz.

Conventos de religiosas: La Pasión, Santa Teresa, Santa Inés, Las Vitorias, Madre de Dios, La Asunción, Santa Maria de Gracia, El Nombre de Jesús.

Hospitales: Hospital del Espíritu Santo.

Oficio Segundo:

Nómina de las parroquias, conventos de monjas, ciudades y lugares y obispados que tocan al Oficio Segundo de la Audiencia del Provisor de esta ciudad de Sevilla:

A: Alcalá de Guadaira, Aroche, Algodonales, Almonaster, Alcalá del río, Alanís Algava, Almadén, Araal, Aracena, Alajar, Almargen.

B: Burguillos, Brenes.

C: Carmona, Cañete la Real, Cazalleja, Castillo de las Guardas, Cala, Cumbres todas tres, Cortegana, Castilblanco, Cazalla, Constantina, Campillos, Cantillana, Corte del Azor, Corte Rangel, Campo frío.

E: Ecija, El Viso, El Garrobo, El Madroño, Encinasola, El Cerro, El Real, El Villar, El Ronquillo, El Buytron, El Pedroso, El Saucejo.

F: Fuentes.

G: Guadajoz, Guillena, Gerena, Gandul, Galaroza.

H: Hardales, Hinojales, Aznalcollar.

L: Los Calabocinos, La Campana, La Torre del Alaquime, La Higuera, La Rinconada, Las Carboneras, Linares, Los Marines.

M: Marchena, Mairena, Morón.

O: Osuna.

P: Puebla de Algodonales, Paradas, Pruna, Puebla de los Infantes, Peñaflor, Puebla de Cazalla, Peña Rubia.

R: Realejo, Riotinto.

S: Santa Olalla, San Nicolás.

T: Teva.

V: Villanueva del río, Villaverde.

Z: Zufre, Zahara, Zalamea.

Collaciones de Sevilla: Señora Santa Ana, San Bernardo, San Roque, San Isidro, San Miguel, San Lorenzo, San Juan de la Palma, San Pedro, San Gil, San Julián, San Román, San Estevan, San Nicolás, San Ildefonso, La Magdalena.

Obispados sufragáneos: Málaga.

Conventos de religiosas: Mercedarias Descalzas, Señora de Santana, Santa María de Jesús, Belén, La Salud de Triana, La Encarnacion, Santa Clara, Santa Isabel.

Hospitales: Hospital del Amor de Dios.

Y, lo que era más importante, además de dar estabilidad a los repartos de competencias entre los dos oficios, para evitar las confusiones y luchas entre ambos, ahora el Cardenal don Ambrosio de Spínola pretendía acabar con los privilegios de los negocios privativos del Oficio Primero, recortándolos de manera drástica e introduciendo una mayor racionalidad en la organización en detrimento de los privilegios y mercedes de que había gozado éste:

otrosí mandamos que todos los negocios que privativamente se despacharon sin repartimientos en el Oficio Primero de la Audiencia de nuestro Provisor sean de aquí adelante partibles en los dos oficios, los cuales sean iguales en el despacho y sus derechos y aprovechamientos como lo son en la asistencia y cuidado, siguiendo en su regulación el lugar o collación que les tocara en el repartimiento referido, y los negocios que de aquí adelante han de ser partibles serán los siguientes.⁵⁵⁶

Todos los negocios derivados de la Secretaría de Cámara del Prelado ya vistos anteriormente, testimonios de suficiencia, fe de vidas, recomendatorias para Roma y otras partes, licencias para celebrar misa los clérigos excepto si eran de fuera del Arzobispado, pues estas se despachaban en el Oficio primero, y todos los negocios de la Colecturía General citados. Respecto a la mendicidad: dar testimonios de pobreza y licencias a los conventos del Arzobispado y a los pobres vergonzantes y continuos para pedir limosnas. En cuanto a los delitos de incumplimiento de los preceptos de la Iglesia, todo lo relacionado con la *guarda de las fiestas*, causas contra los transgresores y dar licencias para trabajar en días prohibidos por justas causas. Por lo que tocaba a los clérigos regulares, los pleitos de nulidad de profesión y las licencias para otorgar

⁵⁵⁶ B.C. Ms. 59-6-25. *Don Ambrosio de Spinola y Guzmán por la Gracia de Dios y de la Santa Sede...*

testamentos a frailes y monjas, para explorar la voluntad de los no sujetos a la jurisdicción del Ordinario, para que los religiosos fuesen padrinos de bautismo o confirmación, para que el religioso viviese extra clausura y para que la Colecturía les diese misas en una parroquia.

Sobre entierros, las licencia para conceder sepultura eclesiástica o negarla, reformar copias de entierro y los pleitos sobre ello, los pleitos y despachos de patronatos de entierros y sepulturas en iglesias o capillas y sus exenciones y las licencias para hacer entierro de noche con coches o sin ellos. Con respecto a las cofradías, hospitales y monasterios, las aprobaciones de reglas, los despachos y pleitos de cofradías sobre preeminencias u otras cosas y los negocios de las ermitas y su gobierno, incluyendo los hospitales.

En cuanto a los nombramientos y provisión de cargos y oficios, las licencias para usar oficios de notarios, los nombramientos y licencias de los servidores de beneficios, colectores, sacristanes y otros oficios de las iglesias y los despachos y pleitos de la defensa de su fuero. Las licencias para celebrar el santo sacrificio de la misa en oratorios, las licencias para bautizar a moro o hereje u otras *subcondicione*, los despachos de las consagraciones y bendiciones de iglesias, las licencias para los maestros de gramática y de leer, escribir y contar, así como prohibir que se hicieran altares o se cantasen salves o misereres en las calles o en casas particulares y las causas contra los transgresores. También todos los negocios de imposiciones y redenciones de tributos, poner un censo a tributo o de por vida, las reparaciones y todas las demás cosas tocantes a la gestión de los bienes de capellanías y patronatos y los despachos y pleitos sobre pagas de primicias. Asimismo los despachos para anotar las fe de bautismo y todo lo tocante a esto, y las profesiones de fe y dar testimonio de ello. Todo lo que tocaba al despacho de mandamientos de gobierno particulares para lugares o iglesias, excepto si fuese un edicto o mandamiento general pues este se despachaba en el Oficio Primero. Por último las asignaciones a iglesia y las licencias para publicar jubileos e indulgencias y reliquias.

Así pues, todos estos negocios pasaron a ser partibles entre los dos oficios; ahora bien, había una serie de cuestiones que eran difícilmente partibles y estas quedaron en exclusiva para el Oficio Primero. Aunque el nuevo reparto era más equilibrado no dejaba de contemplar ciertos privilegios para este oficio, en aras supuestamente de una inevitable centralización: *todos los sobredichos negocios han de ser de aquí adelante partibles. El libro y llave del archivo de los Depositarios a de estar en el oficio primero. Otrosi, respecto que ay algunos negocios que no pueden tener commoda división mandemos se despachen en el oficio primero y son los siguientes:*

Todo lo relacionado con las procesiones, convocarlas y sus despachos, proveer los autos de punto en las Pascuas, señalar horas a las cofradías y los despachos a ellos concernientes, dar providencia para la quietud de las procesiones, dar licencias para que se hicieran procesiones generales o particulares, tanto en Sevilla como en el Arzobispado, y repicar y doblar y todo lo concerniente a ello. Visitar los pasos que salían en las cofradías nuevas, gobernar la procesión del Corpus y convocar al clero y cruces de las parroquias y todo lo que sobre esto pudiese suceder, incluido ver los autos sacramentales en conformidad del Sínodo. Repartir edictos y publicarlos, llevar la contabilidad de los gastos de justicia y dar libranza de todo lo necesario. Todo mandamiento universal de Gobierno y Edicto General, porque si fuese particular, de

cualquier lugar o iglesia, se despacharía por el reparto. Las licencias para pedir limosna los cautivos o peregrinos que venían de fuera del Arzobispado, pues los de Sevilla o del Arzobispado eran partibles conforme a su turno.

Dar las licencias para imprimir libros *u otras cosas*, tomar el juramento de fidelidad que hacían los ministros y dar las licencias para celebrar misa a los clérigos de fuera del Arzobispado, estando estos de paso, porque si venían a vivir a Sevilla se regulaba por la collación o lugar donde residieren y serían partibles. Las requisitorias que venían de fuera del Arzobispado se repartían por turno una a cada oficio, excepto las que venían de obispados sufragáneos, pues estas tocaban a donde tocara el Obispado, conforme a la partición. Los pleitos matrimoniales apostólicos *nullius diócesis* que venían cometidos al Ordinario más cercano se repartían y tocaban donde tocare el lugar más cercano del partido *nullius*.

En definitiva se trataba de poner orden en unos repartos de competencias que habían ocasionado no pocas intromisiones y rivalidades entre oficiales por la carga de trabajo, pues de ellas se derivaban sus ingresos. Si los oficiales vivían, más que de los exiguos derechos establecidos en los aranceles, de las oportunidades que ofrecía el desempeño de sus funciones; y si el cobro de *derechos demasiados* era la norma, entonces todo dependía de la cantidad de diligencias y negocios en los que se viese envuelto el oficial, y esto explicaría el origen de la multiplicación de competencias, y quizás de delitos.

3.3.3.- *Es una impiedad trastornar el Orden*

La disciplina antigua de los sínodos y concilios, los escritos de teólogos y canonistas, y en general los distintos textos que fueron configurando el discurso de la Iglesia sobre la sacralidad, señalan al Obispo como ministro del Orden. Este recibía su potestad directamente de Dios a través de la gracia divina, y mediante el sacramento de la ordenación se convertía a su vez en transmisor ordenando a otros obispos, a los presbíteros y al resto del clero: *un Obispo ordenado canónicamente es constituido por juicio de Dios*.⁵⁵⁷ En las Constituciones Apostólicas se afirmaba que los doce Apóstoles congregados establecieron las divinas instituciones de la jerarquía eclesiástica. San Pablo se llamó ministro de la Iglesia por haber recibido la legación de Cristo, como cabeza del cuerpo de la Iglesia, y los obispos fueron constituidos por medio de los Apóstoles como cabezas de la Iglesia, administradores y ministros.

Según esto, el sacramento del orden se realizaba en una ceremonia en la que el Espíritu Santo confería gracia santificante y potestad sobrenatural.⁵⁵⁸ En los evangelios podemos observar cómo se describe esto. Jesucristo, después de la resurrección, dijo a los Apóstoles: *como mi padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros, que después soplé sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo, los pecados serán perdonados a los que vosotros los perdonáreis y serán retenidos a los que vosotros los retuviéreis*.⁵⁵⁹ Los Apóstoles recibieron una misión semejante a la de Jesucristo, la potestad de perdonar los pecados y de comunicar la misma misión a sus sucesores, los obispos.

⁵⁵⁷ BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.: *La carta 67 de Cipriano y el origen africano del cristianismo hispano*. Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006. San Cipriano, Epístola 67 ad Hisp.

⁵⁵⁸ Véase ABATE BERGIER: *Diccionario Enciclopédico de Teología en francés*. Madrid, 1833.

⁵⁵⁹ *Nuevo Testamento. Evangelio según San Juan*. Biblia Reina Valera, edición de 1909, cap 20, V, 21.

Aunque Jesucristo transmitió la sacralidad y el poder mediante el aliento (“el soplo”), con posterioridad la fórmula de la transmisión del *mana* consistirá en la imposición de manos sobre la cabeza del ordenando por parte del Obispo, como sucesor de los Apóstoles y del mismo Jesucristo, acompañado de una fórmula u oración. Es posible que la palabra sustituyera al aliento como medio de exhalar el Espíritu. Con la imposición de manos se transmitía no sólo la misión sino también la potestad y la gracia necesarias para cumplir las funciones de su ministerio.

En los Hechos de los Apóstoles se nos describe la ordenación de los siete diáconos mediante la imposición de manos con oraciones, y en la Biblia existen innumerables pasajes donde se refieren imposiciones de manos como forma de transmitir sacralidad.⁵⁶⁰ El signo externo de la imposición de manos parece que fue el modo como los Apóstoles ordenaron a los diáconos. Los doce Apóstoles, convocados al pleno de los discípulos, dijeron:

no es razonable que nosotros abandonemos el ministerio de la palabra de Dios para servir a las mesas... echad el ojo hermanos, de entre vosotros, a siete varones que gocen de reputación, llenos de espíritu y sabiduría... los cuales fueron presentados a los Apóstoles, quienes orando, les impusieron las manos.⁵⁶¹

La imposición de manos terminó usándose solo en los tres órdenes mayores de la disciplina antigua, episcopado, presbiterado y diaconado, junto con la acción de ponerle en la mano los instrumentos del culto divino relativos al Orden que recibían. Así pues el rito central de la ceremonia de la ordenación consistía en la imposición de manos. La *cheirotónia*, denominación griega del ritual de imposición de manos, producía una suerte de contagio positivo de sacralidad a través del contacto, comunicando, de ésta manera, la virtud y el poder divino.⁵⁶²

También la imposición de manos se utilizó para expeler los demonios. En la mayoría de las religiones se establecieron procedimientos para curar enfermedades, en especial aquellas cuyas causas se desconocían, que eran atribuidas a los malos espíritus. En la Iglesia primitiva fue frecuente la imposición de manos acompañada de la realización de conjuros para ahuyentar a los demonios, así que se creó un orden especial para la curación de los endemoniados, los exorcistas.⁵⁶³ Posteriormente, algunos presbíteros con comisión especial del Obispo realizaron estas funciones. Según el Abate Fleury esto se hizo para evitar imposturas con el pretexto de los energúmenos, y se estableció un examen y averiguación escrupuloso para ver si lo eran o no. En la disciplina antigua no se les ordenaba pues se consideraba su estado de espontánea benevolencia y de gracia de Dios, pues el que recibía el carisma de las curaciones era declarado por Dios mediante revelación, porque la gracia que existía en él estaba patente a todos.⁵⁶⁴

⁵⁶⁰ NÁCAR, C. y COLUNGA, A.: *Sagrada Biblia*. Madrid, 1961. Hechos de los Apóstoles, cap 6, v 6.

⁵⁶¹ *Ibidem*, Hechos de los Apóstoles, 6.

⁵⁶² La transmisión de sacralidad por el contacto de las manos está documentada en multitud de sistemas religiosos y la evidencia etnográfica al respecto es abrumadora. Véase FRAZER, J.: *La rama dorada*. Madrid, 2005.

⁵⁶³ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio IV de Cartago. Canon X.

⁵⁶⁴ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Libro VIII. De los Carismas. Canon XXX.

Además de la imposición de manos, los latinos en el acto de la ordenación sagrada ungían la cabeza y manos de los clérigos con el sagrado crisma y las manos de los presbíteros con el óleo de los catecúmenos, empleando en ambos casos ciertas oraciones. Esta costumbre, que fue introducida a partir del siglo V, parece que proviene de los sacerdotes judaicos que solían utilizar aceite en sus sacrificios como medio para solemnizar y atribuir sacralidad a los objetos, personas y rituales. El crisma sagrado era un óleo a base de aceite de oliva, que representaba la fortaleza, mezclado con un poco de bálsamo, que se bendecía por el Ordinario de una diócesis el Jueves Santo en la misa del Santo Crisma; después se utilizaba, como medio de transmisión de la gracia, en los bautismos, confirmaciones, ordenaciones de obispos, consagraciones de cálices e iglesias y en las extramaunciones. El sagrado crisma era transportado desde la Iglesia matriz a otras iglesias para comunicar su poder y sacralidad a lugares muy distantes. Desde la sede metropolitana de Sevilla se distribuía sacralidad al resto de las sedes episcopales que le eran sufragáneas. En 1539 el Obispo de Cuba se llevó de la Catedral de Sevilla una gota de bálsamo a su diócesis de ultramar y al año siguiente se le dio a los Obispos de Panamá, Santo Domingo y a otros que se iban a Indias.⁵⁶⁵

En la disciplina antigua, antes del bautismo se ungía a los catecúmenos con el santo crisma en la frente, ojos, nariz, boca y oídos, y al señalarlos se hacía saber que lo eran por el don del Espíritu Santo, y con esto hacían profesión de fe y anatematizaban toda herejía. Después, se les exorcizaba soplándoles tres veces en la cara y en los oídos, instruyéndolos en los fundamentos de la religión y oyendo las escrituras.⁵⁶⁶

En el sacramento del orden, junto a la imposición de manos y la unción, también se comunicaba la virtud y el poder divinos mediante la palabra. Se trataba de las preces con que se rogaba a Dios que infundiese el espíritu de gracia sobre los ordenandos y les confiriese la potestad espiritual para cumplir lo que prometían. La invocación para la ordenación de los Obispos en forma de preces es recogida en las Constituciones Apostólicas:

Señor Dios Omnipotente que eres el solo ingénito y a quien nadie domina... que no necesitas de nadie y superas toda causa y origen el solo verdadero el solo sabio que conoces todas las cosas antes de suceder que eres inaccesible y no estas sujeto al imperio de nadie. Dios y Padre de tu Unigénito hijo, Dios y Salvador nuestro, criador de todas la cosas por el mismo; Provisor y Gobernador, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo tu eres quien diste leyes a la iglesia por la corporal presencia de tu Cristo mediante tus Apostoles y los Obispos: tu que desde el principio para gobernar a tu pueblo designaste por sacerdotes, primeramente a Abel, Seth, Enos, Enoch, Noé, Melquisedech y Job... Dale pues Señor Omnipotente mediante tu Cristo la participación del Santo Espiritu para que tenga potestad de perdonar los pecados según tu mandato; de dar suertes, según tu precepto; de desatar todo vínculo según la potestad que diste a los Apóstoles, para que te agrade en la mansedumbre y en el corazón limpio firme y laudablemente ofreciéndote la pura e incruenta hostia, que estableciste por Cristo como misterio del nuevo

⁵⁶⁵ A.M.S. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º. Cabildo eclesiástico, doc 13. Extracto de varios autos capitulares sacados de los libros de ellos, años 1539-1540.

⁵⁶⁶ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio I General de Constantinopla.

testamento, en olor de suavidad, mediante tu santo Hijo Jesucristo, Dios y Salvador nuestro, por quien se te da la gloria...⁵⁶⁷

Se invocaba a Dios Padre Omnipotente, del que emanaba todo el poder y las leyes, que, a través de su Hijo y mediante los Apóstoles, los Obispos y los sacerdotes, gobernaban al pueblo. Dios era legislador, Provisor y Gobernador, y daba a su pueblo sacerdotes para gobernarlos, para acusar y perdonar. Después de esta oración los restantes sacerdotes decían amén y en unión de ellos todo el pueblo. Concluida la oración, uno de los obispos ponía la Eucaristía en las manos del ordenado y le daban el *ósculo del Señor*. Después de la lectura de la Ley y de los Profetas, de las Epístolas y Hechos y del Evangelio, el ordenado saludaba a la Iglesia y después hacía una alocución al pueblo. Para completar el ritual, cuando los Apóstoles creaban diáconos precedía a la ordenación una serie de ayunos, oraciones y elementos de renuncia y sacrificio propios del rito de paso.

Así pues, se establecía una cadena de transmisión del *mana* a través del contacto de las manos del Obispo sobre la cabeza del ordenando, de la unción con el óleo sagrado y de la palabra dirigida a Dios pidiendo que infundiese la gracia, que circulaba desde la divinidad hasta el ordenando a través del mediador: el Obispo. Una de las consecuencias de la ordenación era la adquisición del carisma. El ordenado había sido tocado o señalado por la sacralidad y pasaba a tener poder para realizar prodigios. Los Apóstoles afirmaron que el carisma se dió por utilidad, para persuadir a los infieles, pues no se convencían por las palabras sino por el poder y la ostentación taumátúrgica: *lanzaran demonios en mi nombre, hablarán nuevas lenguas, quitaran serpientes y si hubiese algunas cosas mortíferas no les dañarán, pondrán las manos sobre los enfermos y sanarán*.⁵⁶⁸

El mismo hecho de creer en Dios se consideraba un carisma que liberaba de la impiedad. El que creía en los dogmas de la Iglesia recibía el carisma de Dios y era liberado. Ahora bien, cada uno recibía de Dios un carisma distinto, algunos hacían prodigios o tenían el poder de la sabiduría y de la ciencia, otros la facultad de separar los espíritus o de predecir cosas futuras, otros la facultad de la palabra para enseñar, la paciencia o la continencia. Pero ninguno debía considerarse superior por esto, ni el Rey, ni el Príncipe, ni el Obispo debían envanecerse, pues el ser *Apóstol u Obispo o cualquier otra cosa no está en nuestro poder, sino en el de Dios que distribuye los carismas*.⁵⁶⁹ Así pues, Dios todopoderoso ejercía su poder por vicarios, pero en última instancia era el depositario y la garantía última de todo poder terrenal.

Otro elemento fundamental del constructo ideológico, o del discurso, de la ordenación era el hecho de la participación del pueblo en el ritual. El Obispo debía hacer partícipe a las plebes en el rito de la ordenación procurando que conocieran su vida y talento.⁵⁷⁰ Son numerosos los cánones donde se insiste en la importancia del testimonio de los otros clérigos y de la plebe en la ordenación.⁵⁷¹ En la disciplina antigua el Obispo era elegido por el pueblo, con el que, después de nombrado y

⁵⁶⁷ *Ibidem*, T- I. Constituciones Apostólicas. Libro VIII. De los Carismas. Capítulo II. Invocación de la ordenación de los Obispos.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, De los Carismas.

⁵⁶⁹ *Ibidem*, De los Carismas.

⁵⁷⁰ *Ibidem*, Concilio IV de Cartago. Canon VIII.

⁵⁷¹ *Ibidem*, Concilio IV de Cartago, canon XXII. Concilio de Nicea, canon II y XIX.

aprobado, se reunía el domingo en el colegio de presbíteros y con los obispos que estuviesen presentes, y el principal de todos preguntaba a los presbíteros y a la plebe si lo elegían por rector. Si respondían afirmativamente, volvía a preguntar si todos daban testimonio de ser digno de tan grande e ilustre ministerio. Además, preguntaban si era piadoso, si había vivido con justicia, si había gobernado rectamente su casa y si sus costumbres eran irrepreensibles. Y atestiguando que reunía estas cualidades, como si estuvieran hablando delante de Dios y de Cristo, presente también el Espíritu Santo y todos los santos, se les volvía a preguntar por tercera vez si era verdaderamente digno del sacerdocio, y contestado por tercera vez que era digno se le pedía el consentimiento.

Otorgado éste e impuesto el silencio, se iniciaba la ceremonia solemne en la que se confería la potestad espiritual y eran iniciados en el ministerio sagrado.⁵⁷² Uno de los primeros obispos, en compañía de otros dos, estando de pie cerca del altar y poniendo los diáconos abierto el libro de los Evangelios sobre la cabeza y cuello del que se ordenaba, dirigía la oración a Dios. Uno de los obispos lo bendecía, mientras los demás obispos y presbíteros hacían oración en secreto y los restantes obispos asistentes tocaban con sus manos la cabeza del que iba a ordenarse.⁵⁷³

Incluso el emperador Alejandro Severo recomendó el rito que usaban los cristianos para inquirir las costumbres de los clérigos antes de ordenarlos, para que, a imitación de ellos, se propusiera en público los nombres de los que se destinaban a las prefecturas, a fin de que se averiguara su vida y costumbres y no se promoviera a ningún desconocido. Es posible que esta costumbre quedara como una pervivencia del pasado en la ceremonia de las tres amonestaciones en la iglesia que precede a las ordenaciones, con objeto de que el pueblo se enterase, y si fuese el caso, denunciase ante la autoridad competente los impedimentos de que tuviese noticia. Estas amonestaciones consistían en la lectura pública, en la misa mayor al tiempo del Ofertorio, durante tres domingos o fiestas seguidos, de las intenciones de los candidatos de ganar ordenes. Como el sacramento del Orden afectaba a la estructura social, la comunidad parroquial debía participar de alguna forma en la elección de los eclesiásticos, actuando como garante y testigo del cambio de estado.

Ahora bien, el carisma o la gracia, el elemento taumatúrgico o sobrenatural, debía ir acompañado de las virtudes personales que lo sancionaban, si se desvirtuaba el carisma con la conducta impropia, Dios retiraba la gracia: *no se debe tener al Rey impío por Rey sino por tirano, ni el Obispo ignorante y malvado es Obispo sino falso nombre... Dios quita la gracia a semejantes hombres pues Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes.*⁵⁷⁴ Esto diferenciaba al cristianismo de otros sistemas en los que el poder sobrenatural de sacerdotes, magos o hechiceros no estaba sometido a ninguna regla moral.

Las virtudes necesarias para acceder a las órdenes fueron establecidas también por los Apóstoles. Las Constituciones Apostólicas los describen como piadosos, justos, apacibles y no codiciosos, amantes de la verdad, probados, santos, que no sean aceptadores de personas, que enseñen palabras de verdad y que procedan rectamente. A los fieles les mandaba que los honrasen como a Padres y señores, como a benéficos y

⁵⁷² *Ibidem*, Canon II del IV Concilio Cartaginés.

⁵⁷³ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Libro VIII, De los Carismas. De las ordenaciones.

⁵⁷⁴ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Libro VIII De los Carismas.

autores del buen vivir. Y que se reprendiesen mutuamente, sin ira, sino con *longanimidad*, bondad y paz.⁵⁷⁵

Uno de los requisitos para la ordenación de un clérigo era que fuese de vida irreprochable, probándolo por el examen de los Obispos y por el testimonio del pueblo.⁵⁷⁶ Este canon aparece ya en el Concilio de Nicea y se repite en los concilios posteriores. Se pretendía conseguir que los aspirantes fuesen *enteramente santos*, pues el ministerio eclesiástico requería *pureza angelical* para servir con sus costumbres y ejemplo de norma a los demás cristianos. Según San Gregorio Nacianceno: *la perversidad de los prelados cunde con mas facilidad en los ánimos de los cristianos que la peste se difunde por el aire*.

En la disciplina antigua se estableció que los obispos, presbíteros y diáconos debían ser maridos de una sola mujer, *esté viva o haya muerto*. Entre las limitaciones que se establecen en la disciplina antigua para ser ordenado de obispo, presbítero o diácono, *o los demás que sirven al ministerio sagrado*, encontramos que no haya tomado por mujer a una viuda, repudiada, ramera, esclava o *alguna de aquellas que salen en los espectáculos públicos*.⁵⁷⁷ También quedaban excluidos del ministerio sagrado los que se casaron con dos hermanas o con la hija de su hermano, pues se consideraba incesto.⁵⁷⁸

Los promovidos al clero sin estar casados, si querían casarse, solo podían ser lectores o cantores.⁵⁷⁹ Y después de la ordenación, si enviudaban no podían volver a casarse, pues se consideraban las segundas nupcias sospechosas de incontinencia. Lo mismo regía para los cantores, lectores y ostiarios.⁵⁸⁰ Si entraron en el clero antes del matrimonio se les concedía que pudiesen casarse, pero no con su *amiga, sierva, viuda o repudiada, ni con las que salían en los espectáculos públicos, o casarse con dos hermanas o con la hija de su hermano*.⁵⁸¹ Así se recogió también en el IV Concilio de los Apóstoles, si alguno se casase de segundas nupcias o tuviese una concubina no podría ser obispo, presbítero, diácono ni pertenecer al ministerio sagrado.⁵⁸²

Quedaban inhabilitados para ser ordenados los que estuviesen *poseídos por el demonio*⁵⁸³, los que acusaren en falso (*bien sea por fornicación, adulterio o por cualquiera otra acción prohibida*)⁵⁸⁴ y el sordo o ciego, no por estar profanados sino por no poder ejercer los oficios. La irregularidad por defecto físico se producía cuando estos impedían ejercer las funciones sacerdotales.⁵⁸⁵ En el sacerdocio judío no se permitía la deformidad corporal; en el Levítico encontramos la prohibición de que ningún cojo, mutilado, monstruoso, quebrado de pie o mano, jorobado, enano, jiboso, sarnoso, tiñoso ni hernioso se acercara a ofrecer el pan de su Dios. Podían comer el pan pero no entrar detrás del velo, ni acercarse al Altar, porque el defecto *contaminaba el*

⁵⁷⁵ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Libro séptimo. Canon XXXII. Cualidades de los ordenandos.

⁵⁷⁶ *Ibidem*, III Concilio de Cartago, Canon XXII.

⁵⁷⁷ *Ibidem*, IV Concilio de Jerusalén, Canon XVIII.

⁵⁷⁸ *Ibidem*, IV Concilio de Jerusalén, Canon XIX.

⁵⁷⁹ *Ibidem*, IV Concilio de Jerusalén, año 58 d. C. Canon XXVII. Que los clérigos pueden casarse.

⁵⁸⁰ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Canon XVII, De los clérigos.

⁵⁸¹ *Ibidem*, IV Concilio de Jerusalén. Canon XVIII.

⁵⁸² *Ibidem*, Concilio IV de los Apóstoles. Canon XVII.

⁵⁸³ *Ibidem*, IV Concilio de Jerusalén, año 58 d.C. Canon LXXVIII.

⁵⁸⁴ *Ibidem*, IV de Jerusalén, año 58 d. C. Canon LX.

⁵⁸⁵ *Ibidem*, Canon LX, LXXVIII, LXXVII. Concilio IV de los Apóstoles.

santuario. También quedaban contaminados por el contacto con lo impuro los leprosos o los que tuviesen *flujo*, y en este caso no podían *comer las cosas santas* hasta no haber sido purificados.⁵⁸⁶ Lo mismo el que hubiese tocado a alguien *manchado por el contacto de un cadáver* o que hubiese derramado semen, tocado un reptil o hubiese tocado a un impuro que le transmitió su impureza.⁵⁸⁷

Balsamon advertía la diferencia entre la Ley de Moisés y la de Cristo, en aquélla se exigía que los ministros no tuvieran defecto físico alguno, pues se consideraba estigma de impureza, y en esta no, exigiendo sólo pureza de alma. Así, se establecía que si alguno hubiese perdido un ojo o tuviese dañado el hueso *fémur* (cojo), y fuese digno, se le podría ordenar de Obispo *pues el daño del cuerpo no profana, sino la ruindad del alma*.⁵⁸⁸ Sin embargo, en las Constituciones Apostólicas encontramos algunas disposiciones que contradicen este principio. Se reprobaba que un hombre enfermo de lepra adquiriese alguna dignidad sacerdotal entrometiéndose a administrar las cosas sagradas.⁵⁸⁹ Se trataba en definitiva de mantener rigurosamente separadas las cosas sagradas de las profanas, y en este par de opuestos dialécticos lo profano era lo imperfecto, lo cercano a la muerte, ya fuese la enfermedad o el cadáver, y por supuesto todo lo relacionado con la expresión de las pulsiones, la violencia, la hostilidad y la discordia, las ambiciones materiales, el sexo y la riqueza.

Tampoco se podían ordenar los que tuviesen que rendir cuentas de negocios ajenos. Los tutores, curadores y generalmente todos los que desempeñaban cargos públicos de cuya administración hubiesen de rendir cuentas no debían ordenarse de clérigos, pues podría suceder que por su mala administración se les impusieran penas difamatorias y ninguna persona infamada podía ordenarse de clérigo.⁵⁹⁰ La disciplina antigua de la Iglesia prohibió que se ordenase por dinero, por considerarlo simoníaco.⁵⁹¹ Contra las ordenaciones simoníacas insistieron tanto los cánones conciliares: *que no deben ordenarse por medio de dinero obispos ni clérigos*⁵⁹², como las leyes seglares.⁵⁹³ Si algún Obispo, presbítero o diácono obtuviese su dignidad por medio de dinero se le condenaba a ser arrojados del clero a él y a su ordenador y privados totalmente de la comunión.⁵⁹⁴

En la disciplina antigua no se exigían bienes para ser ordenados y se admitía a los que no tenían absolutamente nada. Esto fue refrendado por el Emperador Constantino y codificado en las leyes III y VI del Código Teodosiano *De episcopis et clericis*.⁵⁹⁵ Sin embargo, el gran número de clérigos que vivían de la caridad y que no tenían sustentación obligó a exigir, para acceder a las órdenes, disponer de rentas que le proporcionaran una congrua sustentación. Ya desde las Decretales de Gregorio IX se

⁵⁸⁶ NÁCAR, E. Y COLUNGA A.: *Sagrada Biblia*. Madrid, 1961. Levítico, 22. Los que pueden comer las cosas santas.

⁵⁸⁷ *Ibidem*, Números, 5, Leyes Varias.

⁵⁸⁸ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Canon LXXVI. Concilio IV de los Apóstoles.

⁵⁸⁹ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas, Canon XXXI.

⁵⁹⁰ *Ibidem*, IV Concilio de Jerusalén año 58. Canon VIII.

⁵⁹¹ *Ibidem*, Concilio de Calcedonia. Canon II. Con de Const año 459 y en el II de Nicea, en el II de Orleans y en el de Constanza de Martín V.

⁵⁹² *Ibidem*, Canon II, Concilio II de Nicea, Concilio II de Orleans, Concilio de Constanza.

⁵⁹³ *Ibidem*, Código de episcopis clericis, Ley 46, del Emperador Justiniano y Constitución del año 459. Nota del autor al canon anterior.

⁵⁹⁴ *Ibidem*, Canon XXX. IV Concilio de Jerusalén año 58.

⁵⁹⁵ *Ibidem*, III Concilio de Cartago. Canon XLIX.

recogen disposiciones en este sentido: *que ningún obispo non deve ordenar clérigos si no les da onde puedan bevir; mas escoian de dos cosas la una: o non fagan clérigos o si los fizieren dent les don puedan bevir.*⁵⁹⁶ Asimismo, se establecía que los legos no se ordenasen de obispos, aunque fuesen *ricos escolásticos del foro o administradores.*⁵⁹⁷ Los *escolásticos del foro* eran defensores de causas, y los enredos de pleitos y ardides forenses no se consideraban a propósito para el sacerdocio. La Iglesia siempre repudió el mundo de los litigantes, *los estrépitos del foro*, como expresión de egoísmo y espíritu de discordia, eran la antítesis del discurso del amor y la fraternidad. Y también la riqueza, pues se consideraba antesala de la corrupción y del vicio: *las riquezas suministran materia de corrupción* y los ricos solía poseer más vicios *especialmente de la carne y estar apegados a los placeres del siglo.*⁵⁹⁸

Los cánones establecieron que antes de pasar a órdenes mayores se cumpliesen los plazos establecidos canónicamente, desempeñando primero las funciones de lector y los oficios de diácono y presbítero, y probando *su fé, modestia, gravedad y vergüenza... pues no lo permite la razón ni la disciplina que se ordene temeraria y livianamente de Obispo... sino con aquellos que por largo tiempo se ha examinado su vida y comprobado sus méritos.*⁵⁹⁹ Se trataba de impedir que los curiales y hombres ricos se ordenasen sin esperar los tiempos canónicos, pues las órdenes inferiores debían preceder a las superiores y en los intervalos, llamados *intersticios* se examinaría su vida y el desempeño de sus funciones y se vería si eran dignos o no del grado superior.

Se consideraban ordenaciones fraudulentas aquellas que infringían el orden jerárquico de las ordenaciones, cuando un clérigo de menores sin ser subdiácono se ordenaba de diácono o siendo subdiácono se ordenaba de presbítero. Se denominaban ordenaciones *per saltum* y las decretales las castigaban con penitencia. Ahora bien, como siempre existían las excepciones y las *gracias*, el Concilio de Trento concedía al Obispo potestad para dispensar con causa legítima si no hubiese ejercido sus funciones, y si las hubiese ejercido sólo podía absolver y dispensar el Romano Pontífice.⁶⁰⁰ El ordenado furtivamente era castigado al arbitrio del Obispo, pero si ejercía los oficios divinos sin tener las órdenes correspondientes se le ponía entredicho y nunca podía ordenarse.

En el III Concilio de Cartago, en su canon IV, se estableció la edad de 25 años para la ordenación y este canon fue confirmado por el XIV del Concilio Trulano, por el XX de Toledo, por el canon I del IV Concilio de Arlés y por el XVI del Concilio de Agde. También se puso especial cuidado de que no se ordenaran clérigos mientras todas las personas que habitasen con ellos no fuesen fieles, incluidos los domésticos, pues si no cuidaban de convertir a los suyos menos lo harían con los demás.⁶⁰¹ Este canon nos remiten a la Epístola de San Pablo a Timoteo: *que si alguno no sabe gobernar su casa ¿como ha de cuidar de la Iglesia de Dios?*

⁵⁹⁶ MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX*, Barcelona, 1942. Título V, De las prebendas e de las dignidades. Capítulo II, p. 300.

⁵⁹⁷ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio Sardicense, año 371 d.c. Canon XIII.

⁵⁹⁸ *Ibidem*, Comentario del autor al canon citado anteriormente.

⁵⁹⁹ *Ibidem*, Concilio Sardicense, año 371 d.c. Canon XIII.

⁶⁰⁰ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Ses. XXIII cap. XIV de reform.

⁶⁰¹ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. III Concilio de Cartago, canon XVIII.

Uno de los principales signos externos del estado clerical era la tonsura. La disciplina antigua prohibió dejar crecer el cabello y rasurarse la barba a los clérigos.⁶⁰² En las Constituciones Apostólicas se mandó que no se dejaran crecer el cabello, sin embargo se consideraba la barba el estado natural del varón y por tanto se prohibía rasurarse.⁶⁰³ Parece que la tonsura vino a sustituir a la circuncisión. En el IV Concilio de Jerusalén, (año 58), remitiéndose a los Hechos de los Apóstoles, se permitió a los judíos convertidos seguir usando de la circuncisión como en la Ley antigua. Aunque, posteriormente, se prohibió la circuncisión y se sustituyó en los clérigos por la tonsura, como signo de sacrificio y parte del rito de iniciación y paso a la nueva vida. La tonsura se consideraba signo o señal de disposición y dedicación al ministerio divino. La tonsura significaba el sacrificio, la renuncia que el eclesiástico debía realizar para cambiar de estado. Es muy posible que el cristianismo sustituyera la circuncisión, como expresión de sacrificio y renuncia, por un ritual simbólico que no conllevara mutilación, la tonsura. En el Concilio de Barcelona, (año 540), se estableció lo mismo. San Martín de Braga en su compilación de cánones prohibía a los clérigos que se dejaran crecer el cabello y el Concilio de Cartago (año 563) mandaba que no llevaran cabellos largos. En general ha predominado la determinación de imponer la tonsura clerical, aunque concilios posteriores mandaron lo contrario y otras disposiciones restablecieron la primitiva disciplina.

En el mismo orden de cosas se halla la castración; por lo que leemos en los cánones se deduce que algunos clérigos se castraban para mantener la castidad, el ejemplo más conocido es el del famoso Padre de la Iglesia, Orígenes. Y parece que la inspiración de esta práctica se hallaba en un texto de San Mateo que invitaba a extirpar los deseos mediante este acto brutal de autocastigo. En los cánones se repetía continuamente la prohibición de castrarse a los clérigos. Se dispuso que no se admitiese al clero a los que se habían *arrancado las partes genitales*, pues se consideraba suicida.⁶⁰⁴ Si el que se castraba era lego quedaba privado de la comunión por tres años porque atentó contra su vida.⁶⁰⁵ A los que fueron *hechos eunucos por asechanzas* de los hombres, *o aquellos a quien en la persecución le cortaron las partes de la generación o nació sin ellas*, si eran dignos, se les permitía llegar a ser Obispo.⁶⁰⁶ Ahora bien, si se castraron a sí mismos, *es decir si se arrancó las partes genitales, no se ordenará de clérigos, porque es suicida y enemigo de dios*.⁶⁰⁷

Así pues, una de las causas de irregularidad o impedimento para recibir órdenes eran los defectos físicos, y muy especialmente el ser castrado o eunuco. La contención de los deseos se expresaba mediante la metáfora de la castración: *si pues tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti, porque mejor te es que perezca uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehena*.⁶⁰⁸ Es muy probable que esta máxima bíblica sirviese de guía y modelo para las conductas autopunitivas que pretendían cortar los deseos mediante la autocastración. Y también esta otra:

⁶⁰² *Ibidem*, IV Concilio de Cartago, canon XLIV. Concilio de Barcelona (año 540).

⁶⁰³ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Canon XLIV.

⁶⁰⁴ *Ibidem*, IV Concilio de Jerusalén, año 58. Canon XXIII.

⁶⁰⁵ *Ibidem*, Canon XXIV.

⁶⁰⁶ *Ibidem*, Canon XXI.

⁶⁰⁷ *Ibidem*, Canon XXII.

⁶⁰⁸ NÁCAR, E. y COLUNGA, A.: *Sagrada Biblia*. Madrid, 1961. San Mateo, 5.

y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y arrójala de ti, por que mejor te es que uno de tus miembros perezca que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna⁶⁰⁹... si tu mano o tu pie te escandaliza córtatelo y échalo de ti, que mejor te es entrar en la vida manco o cojo que con manos o pies ser arrojado al fuego eterno.⁶¹⁰

El Evangelio de San Mateo abunda en referencias a la guarda de la continencia: *hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que así mismos se han hecho tales por amor del Reino de los Cielos.*⁶¹¹ Sin embargo, en la Biblia se prohíben todos los actos que impliquen hacerse daño para extirpar los deseos. Por ejemplo, al sumo sacerdote que había sido ungido derramando el óleo sobre su cabeza se le prohibía, además de convivir con su hermana soltera, que se rapase la cabeza ni los lados de la barba ni hacerse incisiones en la carne. Tampoco rasgarse los vestidos ni acercarse a ningún muerto, porque se contaminaría. Habían de ser santos y no tomar mujer prostituida ni deshonrada ni desposada ni repudiada por su marido. Si su hija se prostituía profanaría al padre y sería quemada en el fuego.

Otros cánones mandaban que los clérigos de menores, cuando llegasen a la pubertad, se casasen o hiciesen voto de castidad, para que no hubiese duda y alejar las sospechas, pues su continencia se tenía por dudosa y la iglesia quería que los que ejerciesen su oficio no solo fuesen castos sino también libres de sospecha.⁶¹² También se estableció que el Obispo casado sólo lo podía hacer una sola vez, y que en caso de enviudar no debía contraer segundas nupcias. Además, ésta no debía haber sido esposa de otro sino solo suya, y se le exigía gobernar rectamente su casa. Pues en la disciplina antigua se permitía a los clérigos que estaban casados antes de ordenarse que conservaran su mujer, pero no que volviesen a casarse después de enviudar, ni que su esposa hubiese estado antes casada, pues las segundas nupcias se consideraban signo de incontinencia. Una de las razones de la exigencia de castidad era que para ejercer el ministerio y administrar los sacramentos, y muy especialmente el de la eucaristía en la ceremonia de la misa, el sacerdote debía permanecer en estado de pureza ritual. Y el sexo manchaba de pecado y hacía impuro al sacerdote, pues lo sagrado, lo puro y limpio, quedaba mancillado por el contacto con lo profano, lo impuro y sucio.

En otros concilios se estableció que en caso de cometer pecado carnal, el presbítero *no debe ofrecer*, aunque permaneciera por razones de utilidad en los otros oficios. Si no confesase haber cometido el delito y no pudiera ser convencido para que lo confesase, entonces quedaría a su arbitrio abstenerse o no de ofrecer.⁶¹³ Se consideraba que la ordenación perdonaba los pecados menores pero no los de fornicación. Si alguno había pecado carnalmente con una mujer y luego se había hecho sacerdote, por mas arreglada que fuese su vida quedaba manchado de pecado y esto le impedía ofrecer en la misa *el sagrado cuerpo y sangre de Cristo*. Los sacerdotes que diariamente se ocupaban del ministerio eclesiástico no debían cohabitar con sus mujeres, porque San Pablo al escribir a los corintios les dijo: *absteneos para que os*

⁶⁰⁹ *Ibidem*, 18.

⁶¹⁰ *Ibidem*, 8.

⁶¹¹ *Ibidem*, 19.

⁶¹² TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. IV Concilio de Jerusalén, año 58. Canon XIX Que los clérigos al llegar a la pubertad o se casen o hagan voto de castidad.

⁶¹³ *Ibidem*, Concilio Neocesarensis, canon IX.

*dediquéis a la oración. Pues si a los legos se les mandaba abstinencia para que cuando hiciesen oración fuesen oídos, ¿con cuanta más razón deberá estar el sacerdote preparado y seguro de su pureza para ofrecer el sacrificio, o si se ve en la precisión de bautizar?*⁶¹⁴ Según estos cánones si el sacerdote se encontraba manchado de concupiscencia carnal no tendría conciencia ni méritos para ser oído, pues: *todas las cosas deben estar limpias para los limpios, y nada hay limpio para los sucios e infieles... por lo cual exhorto, amonesto y ruego que desaparezca este oprobio que con razón puede echarnos en rostro la gentilidad.*

Y añadía que si todas estas cosas fuesen observadas con plena vigilancia *cesará la ambición, desaparecerá la discordia, no renacerán las herejías y cismas... permanecerá la unidad, se concluirá la iniquidad, la caridad resplandecerá por el favor espiritual y la paz predicada de palabra estará en armonía con la voluntad del alma.* El canon citado más arriba habla de no cohabitar con sus mujeres porque en la disciplina antigua podían ser ordenados los casados, si bien a partir de ese momento debían abstenerse de cohabitar con sus mujeres, pues esto era incompatible con el ejercicio del ministerio sagrado. Así, los cánones mandaban que los obispos, presbíteros y diáconos guardasen castidad y se abstuviesen hasta de sus mujeres, para que cuantos sirviesen el altar en todas las cosas guardasen la castidad.⁶¹⁵

Los cánones establecen repetidamente relaciones entre la contención de los deseos carnales y la cesación de la ambición y la discordia. Parece como si se considerase la pulsión de la carne la fuente de todo mal, incluidas las herejías y cismas, y en su ausencia se predicaba un mundo de unidad, equidad, caridad y paz. Insistían también en que la causa de las herejías eran la avaricia y el deseo de saber. Así, a la especulación intelectual de las ideas y las doctrinas se le denominaba *vano estudio* y se consideraba la herejía como manifestación de las pasiones:

nadie pues ignora que por avaricia o por vano estudio los que en los tiempos anteriores opinaron de diverso modo enseñaron al pueblo lo que les convenía, y no lo que es útil a él, como debía ser, ni lo que exige la verdad o doctrina de los Padres; por lo que muchos fueron conducidos al error; por esta causa hemos cuidado recibir el santo concilio lo mas presto posible y hemos juzgado imponeros el trabajo de que *disipada* la niebla del error y... separados y cortados de raíz tales patrocínios y cesando las avaricias manifiéstese la verdad entera... *disipada* la niebla mediante este santo concilio, todo aquello que en estos pocos años, como ya hemos dicho, parece haber nacido por la maldad y avaricia de algunos, si siempre se observa lo que ha sido establecido quedará a cargo de la Divina Providencia que subsista tan solamente lo que fomente la piedad y lo conservará para siempre con firmeza...y después de haber hablado así el emperador todos los obispos clamaron: viva muchos años Marciano, nuevo Constantino... amante de Cristo, huya la envidia de nosotros.⁶¹⁶

El disciplinamiento del clero fue una tarea tan prioritaria y de tal magnitud que, a pesar del celo en el mantenimiento de la independencia jurisdiccional frente al poder seglar, las autoridades eclesiásticas pidieron continuamente su colaboración para mantenerlo. Y el poder seglar respondió con la máxima colaboración pues también estaba muy interesado en el mantenimiento de la imagen de un clero creíble. En el

⁶¹⁴ *Ibidem*, Concilio de Telepta, canon IX.

⁶¹⁵ *Ibidem*, Concilio Cartaginés II, canon II, Que los levitas y sacerdotes guarden castidad.

⁶¹⁶ *Ibidem*, El Concilio de Calcedonia, año 451 d.C., presidido por el Emperador Flavio Marciano, fue reunido contra las herejías y especialmente contra la de Euthiques.

Concilio I de Cartago, el Obispo Grato pidió que la autoridad real *sirviese de escudo* para el cumplimiento de la cura pastoral, controlando que no se permitiese a personas extrañas, aún absteniéndose de afecto carnal, habitar juntos: *deben pues cortarse las ocasiones de los pecados y desaparecer todas sospechas con que las sutilezas del diablo bajo pretexto de caridad y amor acostumbra engañar a las almas incautas e ignorantes*. Por lo cual se mandaba que ningún hombre ni mujer que hubiese hecho voto de castidad y virginidad habitase en compañía de personas extrañas, blasfemando a la Iglesia.

Otro de los empeños seculares de la Iglesia, que aparece continuamente en el discurso del derecho canónico, es el control de la movilidad de los clérigos. En el Concilio de Nicea se estableció *que ningún obispo pase de un obispado a otro*⁶¹⁷ ni de una ciudad a otra mayor, para obtener más honores y riquezas y *hacia la cual dirigen mas bien la ambición y la avaricia*.⁶¹⁸ A veces, las ciudades populosas e importantes eran el centro hacia donde se dirigían estos clérigos *codiciosos* en busca de mejor fortuna. Los cánones nos ilustran el caso de Tesalónica, metrópoli de Macedonia y emporio del comercio con Oriente, a la que acudían muchos clérigos para emprender y proseguir litigios porque sus tribunales tenían una amplia jurisdicción: *que los clérigos estraños no se detengan en Tesalónica pues como ciudad importante con frecuencia acuden a ella y con dificultad se les obliga a que vuelvan a la suya*.⁶¹⁹

En estos casos se disponía que ningún clérigo que pasase a otra iglesia permaneciese en ella, desamparando la suya propia, pues allí *poco a poco va haciendo sus gestiones para permanecer perpetuamente*.⁶²⁰ Tampoco que fuese a la Corte del Emperador o de algún príncipe secular sin permiso de su Ordinario;⁶²¹ que no fuese admitido en otra iglesia y que fuese obligado por todos los medios a volver a la suya, y si no volviese, que fuese excomulgado⁶²²: *Si alguno obrando sin respeto de dios y no teniendo ante sus ojos el temor del señor ni guardando los estatutos eclesiásticos marchase de su iglesia sea presbítero, diacono o clérigo no debe ser admitido en otra iglesia sino que se le ha de obligar por todos los medios a volver a la suya ; y si no volviese sea excomulgado*.⁶²³ El contraventor debía ser castigado con la suspensión (*no debe ministrar*), si no obedecía, con la deposición de su oficio (*sin esperanza de*

⁶¹⁷ *Ibídem*, Canon V del Concilio de Nicea.

⁶¹⁸ *Ibídem*, Esto se repite numerosas veces en los Concilios de la disciplina antigua: IV Concilio de Jerusalem, año 58. Canones XV y XVI: sobre la prohibicion de pasar a una parroquia ajenas para los obispos y presbíteros. Concilio de Nicea. Canon V: “que ningun obispo pase de un obispado a otro”. Canon XV: “De los clérigos que temerariamente se apartan de la iglesia”. Donde se establece que ningún Obispo, presbítero o diácono pase de una ciudad a otra. II Concilio Cartagines. Canon XXXVII: “que los clérigos no se detengan en ciudades ajenas sin necesidad”, todos los clérigos estaban obligados a morar en sus iglesias para desempeñar continuamente su oficio. Canon XX: Que ningun Obispo usurpe las plebes ajenas. Canon XXXVIII: que no se permitan las traslaciones de obispos (solo estaban prohibidas las que nacían de avaricia y ambición). Canon CXLII: que la plebe que siempre estuvo sujeta a una diócesis no reciba otro obispo; Concilio I de Constantinopla, General II, Canon III “Que los obispos gobiernen sus diócesis y no vayan a la ajenas”; Concilio de Antioquia, canon XXII, se insistió en la misma cuestión. 2º Concilio de Nicea. canon XV. Concilio de Agde, canon LVII; Concilio de Epaona, canon IX; IV Concilio General de Letran., canon XXIX.

⁶¹⁹ *Ibídem*, Concilio de Antioquía. Canon XX.

⁶²⁰ *Ibídem*, Concilio de Antioquía, año 341 d. C. Canon III.

⁶²¹ *Ibídem*, Concilio de Antioquía 341. Canon XI. de los obispos o clérigos que se presentan al Emperador sin letras de sus Obispos.

⁶²² *Ibídem*, Concilio de Antioquía. Canon XXI, canon XXII.

⁶²³ *Ibídem*, Concilio Sardicense. Canon XVI. De los presbíteros, diácono y clérigos que pasan a otras ciudades.

restitución), y si algún Obispo recibiese al depuesto sería reprendido en el Sínodo como conculcador de los derechos eclesiásticos. Este y otros cánones pretendían terminar con la ociosidad y el tránsito de los presbíteros y clérigos de una iglesia a otra *porque raras veces deja de verificarse sin avaricia o ambición*.

Otros cánones reprobaban a los obispos que, no habiendo sido recibidos en sus diócesis, intentaban, *violentando a los clérigos*, excitar sediciones y ocupar iglesias ajenas. En estos casos se les ofrecía la posibilidad de permanecer como presbíteros en la iglesia donde se les ordenó. Ahora bien, si continuaban atizando las discordias contra los obispos establecidos en estas iglesias, se mandaba que se les segregase y privase de la dignidad del sacerdocio.⁶²⁴ Deben entenderse estos conflictos y disturbios teniendo en cuenta que en la disciplina antigua para la elección del Obispo debía asistir la plebe a quien debía gobernar. A menudo, los obispos, codiciando sedes vacantes y *con toda falta de humildad y modestia*, excitaban sediciones y conmovían al pueblo contra los preladados establecidos o contra otros aspirantes a ocupar la silla, tratando de pasar por ambición de un lugar *innoble a otro noble*.⁶²⁵

También prohibían los cánones ejercer el ministerio en dos iglesias⁶²⁶, y mandaban que los clérigos rurales permaneciesen en los términos de sus iglesias y no molestasen a los obispos o presbíteros de otras ciudades, ni invadiesen sus funciones.⁶²⁷ El que los clérigos no se contentaran con sus iglesias y pasaran de una región a otra, era una *peste muy antigua*⁶²⁸, e incluso las leyes civiles reprobaban esta *codicia y ambición* intentando contener la disputa y la competencia por los oficios y las sillas.⁶²⁹ Los cánones señalan el deber de residir en la propia silla y no entrometerse en provincias ajenas, evitando las rivalidades y los intentos de ganar la voluntad de los electores con la excusa de ser más instruido y docto, y *el que vino empieza a despreciarle y a hablar con frecuencia para deshonorar e invalidar su persona*.⁶³⁰ De éstos cánones se infiere la aversión que tenían los Padres de la Iglesia a los *genios ambiciosos y turbulentos de los Obispos*⁶³¹.

Otra conducta reprobada por los cánones era la residencia de los Obispos en la Corte, descuidando su diócesis y ambicionando el poder y la influencia de los príncipes. Esta situación se hizo frecuente, pues los príncipes se apoyaron cada vez más en los eclesiásticos como consejeros y fueron llamados a la Corte⁶³²; esto provocó que se

⁶²⁴ *Ibidem*, Concilio de Ancira. Canon XVIII. De los Obispos que despues de haber sido ordenados no son admitidos. Concilio de Ancira. Canon XVIII.

⁶²⁵ *Ibidem*, Concilio IV de Cartago. XXVII del obispo o clerigo que se traslada a otro lugar. Igual en el Canon XV y XVI de Nicea. Concilio I de Constantinopla, General II. Canon III: que los obispos gobiernen sus diócesis y no vayan a la agenas. Concilio de Antioquia, canon XXII. Concilio de Trento, sesion 6 cap. 5 de reform. “no sea licito que obispo alguno bajo el pretesto de algun privilegio ejerza su autoridad especial en la diócesis de otro a o tener espresa licencia del ordinario del lugar.”

⁶²⁶ *Ibidem*, Concilio de Calcedonia. Canon IX: que no es licito a un clerigo ejercer su ministerio en dos iglesias.

⁶²⁷ *Ibidem*, Concilio Neocesarense. Canon XIII.

⁶²⁸ *Ibidem*, Cometario de Tejeda y Ramiro a éstos cánones.

⁶²⁹ *Ibidem*, La Novela 3 cap. 2º de Justiniano se repite en el canon XV del 2º concilio de Nicea, en el LVII del Concilio de Agde, en el IX del de Epaona, en el canon XXIX del IV concilio general de Letran y por la sesión VI capitulo IV del Concilio de Trento.

⁶³⁰ *Ibidem*, Concilio Sardicense, año 371. Canon XIV.

⁶³¹ *Ibidem*, Nota del Autor al canon citado anteriormente.

⁶³² *Ibidem*, Concilio VII de Toledo. Canon 6. Concilio XIII de Toledo. Canon 8: “obligan a los obispos que acudan a la corte”.

relajase la disciplina y que *su virtud disminuyera en medio de placeres y adulaciones y en el aire corrompido que suele circular en ella*. Aunque, los buenos Obispos huyeron de estos sitios y sólo asistían para interceder por los desgraciados.. se vio que servía para fomentar la impunidad de los crímenes mas que para promover la penitencia y corrección de los pecadores.⁶³³

En el Concilio Sardicense, año 371, el obispo Osio sentenció contra las pretensiones de los que iban a la Corte a pleitear. Según él, convenía que fuesen para ayudar a los pobres, viudas y pupilos, pero en realidad buscaban dignidades y empleos seculares, con grave escándalo y murmuración. En vez de esto, los Obispos debían prestar su amparo a los oprimidos y acudir al Príncipe para interceder por los pobres, por los desgraciados y los que sufrían injurias, por los reos condenados a destierro o los que estaban sentenciados por cualquier pena, y por las viudas y los pupilos despojados, y en definitiva para promover la penitencia y la corrección de los pecadores. A todos ellos se les debía socorrer y la iglesia pedir perdón por ellos.

Así que se mandaba que los obispos no fuesen a la Corte a no ser que fuesen invitados por el Emperador.⁶³⁴ Finalmente, *al que quisiere más agradar a la ambición que a Dios* se le formaría causa y perdería el honor y la dignidad.⁶³⁵ Estos cánones incluso advertían que podría averiguarse por cualquiera *que habitase en el Canal* y viese a los obispos que caminaban por allí, pues podría deponer y se indagaría el objeto de su viaje, y si se averiguase que iba a la Corte por deseos o ambiciones no se le admitiría a la comunión.⁶³⁶ Así pues, la Iglesia consideró que de su relación con el poder secular se derivaban algunos inconvenientes, pues el *apego al poder* de los Obispos quebraba su trayectoria de vida en la renuncia de los bienes materiales y dedicada al socorro de los desvalidos. En España, el Concilio de Elvira obligó a los párrocos y en especial a los obispos a residir en sus iglesias.⁶³⁷ La residencia en la Iglesia o diócesis donde se servía era, pues, no sólo un deber para con los feligreses sino un medio para evitar *movilidades* que provocaran discordias y rivalidades entre clérigos. Finalmente el Concilio de Trento reguló este espinoso asunto mandando residir a los Obispos en sus diócesis.⁶³⁸

Para controlar esta movilidad se estableció que, cuando los clérigos o los legos saliesen de su diócesis llevasen cartas comendaticias o comunicatorias que acreditasen que el portador se encontraba en comunión con su iglesia y cualquiera podía comunicar con él; y en el caso de los obispos que tenían permiso de su Metropolitano, y de no hacerlo no eran admitidos donde llegaban.⁶³⁹ Estas letras eran otorgadas por el Prelado de la diócesis o por su Vicario, y por ellas se comprobaba si los portadores eran fieles, eclesiásticos o seculares, si eran herejes y si eran viudos o casados.⁶⁴⁰ Las cartas comendaticias (epistolion) pretendían, además, evitar que clérigos depuestos o excomulgados por su propio Obispo pudiesen pasar a otras diócesis y burlar las

⁶³³ *Ibidem*, Nota del Autor al canon citado anteriormente.

⁶³⁴ *Ibidem*, Concilio Sardicense, año 371 d.c. Canon VIII, que los obispos no se presenten con frecuencia en la corte.

⁶³⁵ *Ibidem*, Concilio Sardicense, cánones IX, X, XI y XII.

⁶³⁶ *Ibidem*, Concilio Sardicense, canon IX, X, XI, XII, año 371 d. C.

⁶³⁷ *Ibidem*, Concilio de Elvira, Canon XXI.

⁶³⁸ *Ibidem*, Concilio de Trento, sesion 1ª, cap. 3 de reformatione.

⁶³⁹ *Ibidem*, IV Concilio de los Apostoles, Canon XXXIV: no se reciba a ningun obispo, peregrino presbitero o diacono sin cartas comendaticias; Concilio Cartaginés II, canon XXVIII

⁶⁴⁰ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas, canon LXII, De los peregrinos.

penas.⁶⁴¹ Sólo el Obispo podía conceder letras a los clérigos. Si no llevaban letras formadas no eran admitidos en ninguna parte a la comunión.⁶⁴² Las letras formadas se escribían de una manera peculiar y con ciertos caracteres que las deberían distinguir de las letras supuestas o falsas. Estas letras podían ser recomendatorias, si el clérigo era noble o si alguna vez su fama se había puesto en cuestión. Los diáconos eran los encargados de recibir las cartas, que también podían ser portadas por peregrinos y legos, y una vez comprobado que eran verdaderamente fieles y no cismáticos conducirían a cada uno a su lugar conveniente.⁶⁴³

Las letras dimisorias se concedían a los clérigos que pasaban de una diócesis a otra con objeto de establecerse en la última. También se estableció que sólo los corepiscopos, vicarios de los obispos, diesen los epistolios (cartas formadas) para regiones lejanas y que no podían darla los presbíteros, pero sí las cartas simples para las diócesis cercanas. En la disciplina antigua se permitía a los presbíteros y párrocos dar letras testimoniales, reservando a los obispos y a sus vicarios las dimisorias, en virtud de las cuales se otorgaba a los clérigos licencia para desempeñar sus funciones fuera de la diócesis.⁶⁴⁴ De esta manera se mantenía el control de los movimientos de los clérigos por parte de la jerarquía⁶⁴⁵, y en caso de que los obispos o clérigos se presentasen al Emperador sin letras de sus preladados, debían ser privados, no sólo de su comunión sino de la propia dignidad.⁶⁴⁶

Otro aspecto importante del problema, íntimamente relacionado con el anterior, era la ordenación de clérigos por Obispos ajenos. Los cánones de la disciplina antigua prohibían ordenar clérigos de otras diócesis, mandando que ningún clérigo ni lego fuese ordenado en la iglesia de otro sin letras de su Obispo. Sin embargo la tentación de ordenar clérigos, de usurpar funciones, de apropiarse de plebes ajenas, fue una constante en la historia de la Iglesia. A tal fin se insistió repetidamente en la prohibición de recibir dinero, presentes o favores a cambio de los sacramentos y, en concreto, que no se cobrase por ordenar clérigos. Se trataba, no sólo de mantener el orden de las jurisdicciones, los límites infranqueables tan útiles para evitar litigios, sino también el control de las calidades de los que se ordenaban.

Así pues, se pretendía que cada Obispo se contentase con su plebe, con sus súbditos espirituales, que a veces también lo eran temporales.⁶⁴⁷ El Concilio de Nicea prohibió que se ordenase a clérigo ajeno, declarando írrita la ordenación cuando no hubiese existido consentimiento del propio Obispo.⁶⁴⁸ Tampoco estaba permitido detenerlo en su compañía ni usurpar la plebe ajena sin saberlo el Obispo al que pertenecía. En el Concilio de Calcedonia se repitió de nuevo la prohibición de que ninguno fuese ordenado en la iglesia de otro, que no fuese recibido sin letras de su

⁶⁴¹ *Ibidem*, Concilio de Antioquía, Canon VII, que no se admita a ningún clérigo peregrino sin carta comendaticia.

⁶⁴² *Ibidem*, Concilio de Antioquía, Canon XLI, No conviene que ningún clérigo o lego viaje sin epistolio y canon XLII.

⁶⁴³ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas, Canon LXII.

⁶⁴⁴ *Ibidem*, Concilio de Antioquía, Canon VIII, Que los corepiscopos solo den los epistolios.

⁶⁴⁵ *Ibidem*.

⁶⁴⁶ *Ibidem*, Concilio de Antioquía, Canon XI, De los Obispos o clérigos que se presentan al emperador sin letras de sus Obispos.

⁶⁴⁷ *Ibidem*, Concilio de Calcedonia, Canon V; La misma disciplina se repite en el canon III de las Constituciones Apostólicas y en los cánones XV, XVI y XIX del Concilio de Sárdica.

⁶⁴⁸ *Ibidem*, Concilio de Nicea, Canon XVI.

Obispo y que éste no lo detuviese en su compañía. También que ningún Obispo *usurpe un lego de la plebe agena para ordenarle sin saberlo el Obispo de cuya plebe es*. El Obispo Grato, que presidía el Concilio, afirmó que esta observancia *mantiene la paz y me acuerdo que se estableció una cosa igual en el santísimo Concilio de Sardica*.⁶⁴⁹

Por la insistencia de los cánones, parece que el problema de la usurpación de plebes y clérigos ajenos y las traslaciones de obispos que *nacían de la avaricia y ambición*, llegaron a ser tan graves que dieron lugar a castigos muy severos para los contraventores. Como el caso del Papa Esteban VII, que, para castigar al Obispo Formoso por haberse trasladado de su sede portuense a la romana, mandó exhumar su cadáver y celebrar con él la ceremonia de la degradación. O el caso del Obispo Juliano, visto en el mismo Concilio, que fue acusado por Epígono de temerario y audaz por haberse apropiado de un niño que él había bautizado y alimentado durante años y que había empezado a ser lector en su diócesis: *despreciando Juliano mi humildad me lo arrebató haciéndole como ciudadano propio de su diócesis y le ordenó de diácono*.⁶⁵⁰ El problema era tan grave que se terminó estableciendo la pena canónica más dura posible, la negación de la comunión aún al final de la vida:

la avaricia y la ambición y la sed de dominar los ciegan y también que si existiere algún temerario que acaso diere por excusa a su modo de obrar haber recibido cartas del pueblo, se castigue de igual manera: pues claro que con el premio y el dinero han podido ganarse algunos pocos que no tienen fe sincera para que griten en la Iglesia, con objeto de que parezca que pedían al mismo por Obispo. Deben proscribirse estos fraudes... no reciba al fin de su vida ni aun la comunión laical.⁶⁵¹

La pena era máxima según Avisteno, *inaudito y horrendo el que ni aun a la hora de la muerte se conceda la comunión*, pues esto se reservaba para los delitos de idolatría, homicidio y *mequia*.⁶⁵² Los cánones insistieron en la idea del control de la movilidad espacial de los clérigos como correlato del control de la movilidad social. Se trataba, una vez más, de impedir que la *ambición y sed de dominio* pusieran en peligro el orden social. En las Constituciones Apostólicas ya se mandaba que cada cual permaneciese en el orden que se le había dado:

sin traspasar los límites, porque no son nuestros sino de Dios: pues si lo inanimado conserva la recta disposición del orden, la noche, el día, el sol, la luna, los astros, los elementos, los solsticios, los meses, las semanas, los días y las horas y obedecen a la necesidad impuesta a ellos según aquel dicho: pusiste términos, los que no pasaran.⁶⁵³

El orden social traducía el orden cósmico que había sido creado por Dios y permanecía inalterable, pues cualquier cambio equivalía a un grave desorden de consecuencias imprevisibles. Podríamos concluir que el desorden social resultaba tan

⁶⁴⁹ *Ibidem*, Concilio de Calcedonia. Canon V: Que los clérigos ni legos no sean ordenados en iglesia de otro. Igual se estableció en las Constituciones Apostólicas, canon el III y en el Concilio de Sárdica, Cánones XV, XVI, XIX.

⁶⁵⁰ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés. Canon XLIV: Que ningún obispo se apropie el clérigo ageno. También en los cánones XX, XXXVIII, XLII y XLII.

⁶⁵¹ *Ibidem*, Concilio Sardicense, año 371 d. C. Canon I. El Obispo no debe trasladarse a otra ciudad. Canon II. "Que el obispo no pase de una provincia a otra como no fuere invitado para ello".

⁶⁵² *Ibidem*, Concilio de Nicea, canon V.

⁶⁵³ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Canon LII. Que cada uno debe permanecer en la suerte en que ha sido colocado, y observar el orden y no apropiarse lo que no se le ha encargado.

catastrófico como el desorden cósmico, y solidario de él. Y que la regularidad del tiempo, que proporcionaba seguridad y ponía a salvo de la angustia de lo imprevisible, se correspondía con la deseada regularidad del orden social, que protegía del caos a que daban lugar los cambios y las *mudanzas*, producto de la ambición y las discordias.

Y continúa el texto: *puse términos colocando diques y puertas y le dije: hasta aquí llegarás y no pasarás, ¿con cuanta más razón vosotros no debéis alterar ninguna de aquellas cosas que nosotros os hemos prescrito siguiendo la autoridad divina?*⁶⁵⁴ Los términos y puertas habían sido dispuestos en el orden divino, y los obispos, con su capacidad normativa y su autoridad se encargaban de *poner diques* a las pasiones humanas; esto lo hacían a través de su labor como legisladores y jueces. Concretamente cuando se trataba del estamento eclesiástico se defendía el mantenimiento de la distancia jerárquica:

porque muchos juzgan y se atreven a confundir los órdenes y a perturbar la ordenación concedida a cada uno, tomando para sí las dignidades que no les están encomendadas y apropiándose tiránicamente aquello sobre lo que no tienen potestad; por lo tanto irritan a Dios, como los Coritas y el rey Ozias, que invadieron el sacerdocio excediéndose de lo lícito y de la voluntad de Dios, de los cuales los primeros perecieron en incendio y el segundo fue acometido de la lepra.⁶⁵⁵

Así pues, Dios mandó a los pontífices y a los sacerdotes que cada uno se mantuviese dentro de los límites de su ministerio, y si alguno lo traspasara sería castigado con el *último suplicio*. El Obispo tenía el pontificado, el presbítero el sacerdocio y el diácono el ministerio para ambos. Al diácono no le era lícito ofrecer sacrificios, el bautismo o dar la bendición, ni al presbítero ejercer ordenaciones, porque *es una impiedad trastornar el orden, y Dios no es de confusión, para que los inferiores se apropien tiránicamente los oficios de los superiores*.⁶⁵⁶ Cuando se trataba de la jerarquía de la Iglesia el orden era aún más intocable, era un mandato del Padre y por tanto una *impiedad* trastornar el orden.

La jerarquía tenía su origen en el primer Pontífice, que fué el Unigénito Cristo: *el cual no se apropió a sí el honor sino que fué constituido por el Padre, que fué hecho hombre por nosotros... más después de su ascensión, nosotros ofrecido el sacrificio según su ordenación puro e incruento creamos Obispos, presbíteros y diáconos en número de siete*.⁶⁵⁷ Así que cada uno debía permanecer en la suerte en que había sido colocado, observando el orden y no apropiándose de lo que no se le había encargado.⁶⁵⁸

Así pues, los llamamientos de los Padres para que los obispos y demás clero se conformasen en su residencia y no codiciasen las plebes de otros, provocando sediciones y tumultos, fueron constantes. En la historia de la Iglesia fueron frecuentes las disputas por las sedes episcopales y por los oficios y dignidades, que a menudo terminaron en enconadas disputas jurídicas y armadas. A veces estos tumultos se organizaron por parte de algunos prelados, previa formación de bandos o fratrias a

⁶⁵⁴ *Ibidem*.

⁶⁵⁵ *Ibidem*.

⁶⁵⁶ *Ibidem*.

⁶⁵⁷ *Ibidem*.

⁶⁵⁸ *Ibidem*, Constituciones Apostólicas. Canon LII.

suelo del aspirante, que pedían por Obispo a su patrocinador mediante su aclamación o por cartas.

En el segundo Concilio Cartaginés se dirimió el conflicto entre Antígono, Obispo Maginense, y Optancio, porque el primero se quejaba de la grave injuria sufrida por parte del segundo. Según parece, celebraron un pacto para dividirse las plebes y lo sellaron *tocándose las manos* y firmando una cédula. Después, Optancio, según la acusación de Antígono, se dirigió a las plebes que le adjudicaron e inculcó a los pueblos que a él le llamasen Padre y a Antígono Padraastro. El Obispo Grato sentenció: *todos saben que la codicia y la avaricia son la raíz de todos los males, por lo tanto deben prohibirse que ninguno usurpe o traspase los límites ajenos, ni se apodere de la plebe de otros Obispos, por que de aquí parten los demás males*⁶⁵⁹. Para que nadie atrajese para sí los ánimos de los pueblos ignorantes, en contra de la disciplina, de la tradición evangélica y de la paz, todos dijeron: *consérvese la paz, guárdense los pactos*.⁶⁶⁰

En su comentario a este canon Tejera y Ramiro señala la importancia de la conservación de la paz, *siendo así que la paz siempre ha sido objeto predilecto de la iglesia*, pues el peligro latente era la disensión y el Cisma. Este canon nos acerca a la comprensión de la importancia de la conservación del orden y los límites. Hay que observar lo pactado para poder conservar la unidad, condición necesaria para la paz en un orden estático. La contención de las pasiones a nivel individual tenía como desideratum la inmovilidad social y espacial en aras de la conservación del orden social.

3.3.4.- Las ordenaciones en el Arzobispado de Sevilla en la Edad Moderna

En el Arzobispado de Sevilla, todo lo relacionado con las ordenaciones de clérigos de todos órdenes era competencia del Ordinario, aunque muchas de las diligencias las realizaba su Provisor con la participación del Secretario de Cámara del Prelado, que supervisaba y daba fe con su firma de las principales diligencias del proceso, pues el Prelado era el *ministro del orden*, y sólo a él competía como Obispo ordenar clérigos. Todo el proceso se realizaba bajo su control y conocimiento, pues el Secretario de Cámara tenía poder delegado del Prelado y departía a diario con él cuando se encontraba en Sevilla y cuando estaba fuera la comunicación epistolar era constante.

El proceso comenzaba con la publicación del Edicto para que se realizaran las amonestaciones públicas en la Iglesia parroquial y la posterior comisión para que se realizara el *escrutinio* de los candidatos, con las averiguaciones de *vita et moribus* y genealógicas. También le tocaba al Provisor ejecutar las letras apostólicas *in forma dignum* de dispensas de *irregularidad o defecto de nacimiento* para los que se iban a ordenar. Es decir, ejecutar las dispensas por irregularidad, defecto de nacimiento de los hijos ilegítimos o defectos físicos de los candidatos a ordenarse. El Prelado, a través de su Provisor, concedía también licencias como las dimisorias para salir a otra diócesis, así como las reverendas para ir a ordenarse a otro Obispado y todo tipo de licencias y letras tocantes al ejercicio de los órdenes.

⁶⁵⁹ *Ibidem*, Concilio Cartaginés II. Canon X; También en el Concilio IV de los Apóstoles, cánones XV y XVI, sobre la prohibición de pasar de una parroquia a otra los Obispo y presbíteros; IV Concilio de Cartago. Canon XXVII del obispo o clérigo que se traslada a otro lugar. Igual disciplina se repite en el Canon XV y XVI de Nicea.

⁶⁶⁰ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés. Canon XII.

El Cardenal Guevara, en su Sínodo diocesano de 1604, impuso pena de excomunión para los que recibían alguna cosa por conferir órdenes. Se refería a cualquiera que interviniese en el proceso de las informaciones previas a la ordenación: *que ningún vicario o cura reciba cosa alguna, aunque sea de comer, de ningún ordenante, cuya información él a de hazer*. Sin embargo, el incumplimiento de estos cánones era tan frecuente que el Cabildo sede vacante sevillano en 1609 tuvo que moderar las censuras de excomunión que el Cardenal Guevara había puesto sobre los contraventores: *por ser antes lazo i ocasión para incurrir en las dichas excomuniones que remedio para la guarda de las cosas dispuestas*.⁶⁶¹

Los sínodos del Arzobispado de Sevilla recogieron las calidades que debían tener los que quisiesen ordenarse. En el de fray Diego de Deza se exigía que estuviesen instruidos en lengua latina y en lo necesario del Derecho, así como en *las otras calidades que los sacros cánones disponen*.⁶⁶² También mandaba que los provisosores o los examinadores se informasen previamente, pues por intercesión o ruego de algunos grandes se habían ordenado muchos sin merecer las órdenes. Si alguno *traxere rogadores o intercesores* para recibir las órdenes, que no fuese admitido y que fuese considerado inhábil por aquella vez. Asimismo establecía que no se le diesen reverendas a ningún ausente si no se presentase personalmente para ser examinado, salvo que fuese graduado en *estudio general*. Y que no se diesen reverendas a ninguna persona para más de un orden sacro, es decir, a los que pretendían ordenarse *per saltum* ignorando los intersticios o tiempo entre órdenes, pues en este período había que ver cómo vivía y si merecía ser promovido a una orden mayor. En este mismo Sínodo se prohibió llevar derechos por las órdenes, ni por las cartas ni por el sello y firma, y se encargaba a los provisosores que fuesen diligentes en inquirir si a los que se ordenaban se les había llevado alguna cosa por las órdenes o por las cartas; y si alguien hubiese llevado algo que lo devolviese *con el doblo*.⁶⁶³

También ocurría que muchos querían ordenarse para obtener privilegios, pero luego no tenían interés por seguir hacia las órdenes mayores. Así, en la Catedral muchos beneficiados jóvenes no querían ordenarse de Evangelio, había *muchedumbre de niños que querían entrar en la Iglesia con beneficios* y los estatutos denunciaban esta *maligna e desordenada codicia*.⁶⁶⁴ La queja acerca de que los *hombres pobres procuran hazer sus hijos clérigos para socorro de sus necesidades* fue muy frecuente a principios del siglo XVII. Y al no tener rentas ni patrimonios suficientes intentaban ordenarse de cualquier forma, sin suficiencia de latinidad y canto y con capellanías *en confianza*, es decir, fingidas. O con memorias que no tenían dotación porque ya habían *perecido* sus bienes o porque los que los tenían no los pagaban; y esto porque con esta condición tácita o expresa daban el nombramiento al que se iba a ordenar con informaciones de patrimonios que no tenían. A veces también ocurría que aunque tuviesen los patrimonios estaban cargados de censos y deudas y los hacían estimar en más de lo que valían. En fin, usaban muchas *cautelos*, procurando engañar a los prelados y a sus

⁶⁶¹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122. Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Libro V. Auto del Cabildo de sede vacante, en Sevilla a 26-1-1609.

⁶⁶² A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Que calidades han de tener los que se han de ordenar y que no intervengan ruegos sobre las ordenes.

⁶⁶³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Estatutos. Libro 374, p. 28.

⁶⁶⁴ *Ibidem*.

oficiales y los molestan con ruegos y favores hasta salir con su intento y de esto se seguía haber muchos clérigos pobres e ignorantes.⁶⁶⁵

Un Memorial de 1610 recomendaba que *por aver mucha copia de clérigos en el Arçobispado*, sería conveniente que para ordenarse de epístola se pusiese mas rigor en la admisión y se les hiciese examen de vida.⁶⁶⁶ Y para las averiguaciones se cometiese a los visitadores, a los curas y a los testigos sinodales, para que no fuesen al estado sacerdotal sino los que hubiesen dado testimonio *de muy aprovada vida y virtud* desde su nacimiento, y de quien se pudiese esperar mucho fruto de doctrina y ejemplo en la Iglesia de dios: *y para verificación de la copia de clérigos que ay se devia tomar relación de todos y destribuirlos en las yglesias y los exteros que no fuesen de edificación en el arçobispado rremitirlos a sus Obispados.*⁶⁶⁷

Aconsejaba, además, que el día antes de la ordenación se les predicara a los que se iban a ordenar advirtiéndoles de las grandes obligaciones del estado sacerdotal y lo que debían hacer para ser dignos ministros de Cristo y dispensadores de sus sacramentos, *y se les declaren los misterios de las sagradas órdenes* y la disposición que deben tener para recibirlas dignamente, *pues la palabra de dios les enseñará lo que deben hacer y apartará a algunos que sin méritos se atreven a entrar en milicia que tanto se requieren.*⁶⁶⁸

Si en el origen el estado sacerdotal conllevaba esas grandes obligaciones a las que se refiere el memorialista, es evidente que los privilegios y ventajas sustituyeron pronto a los sacrificios. Esto provocó una inflación de las *vocaciones* religiosas y a menudo todo tipo de fraudes y engaños para lograr las informaciones de patrimonio que se requerían para demostrar la *congrua sustentación* del aspirante a tomar órdenes. En esto insistieron los reformadores:

en estos tiempos vemos que los hombres procuran hacer a sus hijos clérigos para socorro de sus necesidades y no teniendo rentas ni patrimonios bastantes intentan ordenarse aún sin suficiencia de latinidad y canto, con capellanías en confianza, es decir fingidas, o memorias que no tienen dotación, por que han perecido los bienes o los que tienen no las pagan por que con esta condición tácita o expresa dan el nombramiento al que se a de ordenar y con informaciones de patrimonios que no tiene y aunque las tengan están cargados de censos y deudas, y los hazen estimar en más de lo que valen y usan otras cautelas procurando engañar a los Prelados y sus Oficiales y los molestan con ruegos y favores hasta salir con sus intentos de que se sigue aver tantos clérigos pobres y ignorantes, ay necesidad que en esto aya recato para evitar fraudes.⁶⁶⁹

El Provisor también daba licencia a los obispos *ex nullius* que hubiese en la diócesis para hacer órdenes. Eran bastante frecuentes los conflictos con los obispos sin sede que pretendían hacer órdenes en territorios con jurisdicción exenta y

⁶⁶⁵ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del Ldo Juan Bautista Aldrete. Mayo de 1611.* Cuadernillo sin foliar.

⁶⁶⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara.* Cuadernillo sin foliar.

⁶⁶⁷ *Ibidem.*

⁶⁶⁸ *Ibidem.*

⁶⁶⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del licenciado Juan Baptista Aldrete.* Mayo de 1611. Cuadernillo sin foliar.

concretamente en los territorios de la Orden de San Juan. El Prelado sevillano solía tener un Obispo Auxiliar para las ordenaciones, y en sede vacante, el Cabildo lo solía ratificar en su oficio con el salario acostumbrado, cometiéndole las ordenaciones y los demás autos pontificales en ausencia de Prelado. En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza (1503) nombraron al Obispo de Marruecos con 20.000 maravedíes de salario anual y le mandaron que cuando hiciese órdenes en la Santa Iglesia, el Notario ante quien pasasen los autos de las órdenes, es decir, las averiguaciones de *vita et moribus* y demás diligencias, no llevase más derechos que los que mandaba el arancel que aprobó el Cardenal Hurtado de Mendoza, pues el abuso era frecuente.

Pero en septiembre de este año el Obispo de Marruecos mandó poner en la puerta de la Iglesia una cédula anunciando que celebraría órdenes generales el sábado día 23, y esto sin consultarlo primero con el Cabildo sede vacante, que como administrador de la jurisdicción ordinaria debía dar su aprobación y licencia al Obispo. Así que le notificaron que *de aquí adelante durante la sede vacante ni ningunas cuatro témporas que vinieren pueda ordenar a ninguna persona de corona e grados, epístola, evangelio ni misa, aunque traigan reverendas, sin que primero tenga de sus mercedes licencia e mandado para ello*.⁶⁷⁰ A esto respondió el Obispo que *le placía de lo cumplir* y que la cédula que había puesto *le pesaba mucho*.

Días más tarde, intervinieron porque tuvieron noticia de que se habían ordenado de orden sacro algunas personas *no teniendo calidad para ello* y cometieron a los visitadores para que, cada uno en su vereda, recabase información de todos los que se habían ordenado, tanto de Epístola como de todas las otras órdenes hasta presbítero desde que falleció el cardenal don Diego Hurtado; además les daban poder para suspender del ejercicio de sus órdenes a los que hallasen que no eran *hábiles*. Y después, en los días y meses sucesivos que todos los suspensos de órdenes se presentasen ante el Visitador del partido para que vieses lo que *han aprovechado en el estudio y si tienen habilidad para exercer la orden que han recibido*.⁶⁷¹ En este día cometieron también al Provisor para que diese licencia al Obispo de Marruecos para hacer confirmaciones en la Iglesia.

La licencia del Prelado, o de quien ostentase la potestad del Ordinario, era preceptiva para hacer órdenes o confirmaciones. A tal fin, éste cometía a su Provisor para que diese licencia al Obispo Auxiliar. Los aspirantes a ordenarse también solicitaban licencias, es el caso de los frailes Diego de Sevilla y Francisco Escobar, que pidieron licencia para ordenarse de corona y grados⁶⁷²; y de Pedro de Sandoval, vecino de Écija, que quería ordenarse de prima tonsura. Ahora bien, previamente debían ser examinados, y a tal fin cometían al Provisor para que iniciara el proceso.

En 18 de noviembre de 1503, se le dio licencia a un vecino de Écija para ordenarse de primera tonsura, y el martes 12 de diciembre a Juan y a Fernando, vecinos de Granada, para ordenarse de corona, y cometieron al Provisor para que los examinase conforme al arancel. También dieron licencia al Obispo de Marruecos para celebrar Órdenes Generales en la Santa Iglesia y cometieron al Provisor y al canónigo Diego López de Cortegana para que examinasen a los que se habían de ordenar.

⁶⁷⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, 19-9-1503.

⁶⁷¹ *Ibidem*.

⁶⁷² *Ibidem*, 24-10-1503.

En esta sede vacante los canónigos contradijeron la pretensión de la Reina para que se nombrase en la Cátedra de Teología al Obispo de Tiberia, pero le dieron licencia para hacer *olio y crisma* y en la vigilia de Pascua Órdenes Generales. Nombraron por examinadores de los aspirantes al Provisor y al cura de la Santa Iglesia Francisco Severino. En este momento se elegían los examinadores *ad hoc* para una ocasión determinada, a finales de siglo aparecerá la Mesa de los Examinadores Sinodales, integrada en la Secretaría de Cámara del Prelado, como órgano permanente para examinar de suficiencia en latinidad y misa y dar su aprobación a los aspirantes a ordenarse.

En la sede vacante de don Juan de Zúñiga, año 1504, nombraron de nuevo al Obispo de Marruecos y le señalaron que cuando le confirmaran algunas bulas apostólicas o breves sobre alguna orden sacra o de corona la obedeciese, pero si viese que la persona no era *avil*, *le encargaban su conciencia sobre ello*⁶⁷³ y que lo remitiese a sus señorías e hiciese las diligencias oportunas para que el Provisor averiguase su suficiencia. Y que no confirmase a ninguna persona en su casa ni en casa del Obispo, sino en las iglesias de sus collaciones.

Después le dieron licencia a un criado del canónigo Pedro de Fuentes y a *un bachiller que tiene el Chantre* para que en las primeras órdenes que hubiere los ordenaran de epístola, y dispensaron al hijo de Sancho Ortiz para que se ordenase de corona. A menudo se recibían peticiones para que se dispensase a los irregulares para ordenarse. Se trataba de hijos ilegítimos, a veces incluso hijos de eclesiásticos. El martes 17 de septiembre de 1504 los señores *disaminadores* recibieron una petición del padre de un aspirante a ordenarse para que dispensasen a su hijo para ordenarse de corona. Los canónigos mandaron que *si es limpio que se haga, pero contradice que no sea fijo ni nyeto de quemado que no lo haga ni lo faga avil*. También mandaron que se ordenaran de corona *dos niños*, y un hijo de Alonso Fernández de Santillán, y que todos los beneficiados que se quisiesen ordenar que se ordenasen.

El martes 24 de diciembre recibieron peticiones de algunos beneficiados de la Catedral para que se ordenara a sus *patrocinados*; una de González Ortiz, otra de Alonso de Ayora, otra de Alonso Álvarez y otra de Diego de Cortegana, con tal que fuesen *áviles que los disamine el canónigo Alonso de Ayora e Diego de Cortegana*. Eso sí, el que resultaba apadrinado por el canónigo Cortegana mandaron que no lo examinase él mismo sino el canónigo Luis Ordóñez. Y que el Provisor diese reverendas para ir a ordenarse a otra diócesis, previo examen.

El último día de diciembre de este año dieron licencia para ordenarse a dos aspirantes más y que los examinase el canónigo Alonso de Ayora. También hicieron hábiles para un beneficio y para una tonsura a un hijo del canónigo Juan Mejía y a otro de Andrés de Hojeda, y le dieron licencia a Alonso de Ayora para ordenar de corona a otros tres muchachos. Se siguieron presentando peticiones de los beneficiados para que se diese licencia para ordenar a muchachos que ellos *patrocinaban*. De algunos se dice que eran criados, otros eran sobrinos, hijos de personajes influyentes o parientes y en algún caso se dice directamente que eran hijos de los propios canónigos.

⁶⁷³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, año 1504, fol. 68.

El celo por la formación de los clérigos fue una constante en la historia de la Iglesia, pero a partir de Trento se ven algunas iniciativas nuevas, como la fundación de seminarios para mejorar la instrucción y evitar los males que de una formación deficiente se derivaban. El Concilio mandó que en cada Iglesia Catedral se erigiera un seminario, *el qual nunca se a fundado en este Arzobispado*, pero esta iniciativa contaba con la oposición del Cabildo sevillano que se negaba a aportar las rentas necesarias para mantener esta institución.⁶⁷⁴ En un memorial dirigido al Cardenal Guevara se sugería que se enajenasen préstamos y beneficios y lo que la Fábrica gastaba en los mozos del Coro, pues éstos eran a menudo ordenados, y funcionaría como un verdadero vivero de clérigos, *idóneos ministros de la iglesia*.⁶⁷⁵

En cuanto a las dispensas para ordenarse por irregularidad, ya fuese por *defecto de nacimiento* (nacido fuera del matrimonio legítimo de los padres), falta de edad u otros impedimentos para recibir órdenes, se seguía el mismo trámite. El Prelado o el Cabildo en sede vacante las concedía y cometía al Provisor para que las despachase, haciéndolos hábiles. En el año 1504 se concedieron más de 20 dispensas para ordenarse, la mayoría a mozos ilegítimos, hijos de solteros o hijos de clérigos. A menudo vemos a algún prebendado de la Catedral haciendo de *padrino* de la concesión de la dispensa.

La irregularidad era un impedimento eclesiástico para recibir los sacros órdenes, y para después de recibidos ejercitarlos. Para dispensar la irregularidad había que presentar al Provisor las letras apostólicas ganadas en Roma y se le pedía que las ejecutase y cumpliese; éste hacía las diligencias para verificar la narrativa de las letras⁶⁷⁶, y, constándole ser ciertas y verificando la *amigable composición de las partes*⁶⁷⁷, así lo hacía. Cuando la irregularidad era el resultado de un daño hecho a otro, le imponía una penitencia saludable conforme a derecho y le absolvía *in forma ecclesiae* de la suspensión de su oficio y órdenes. El clérigo se presentaba de esta forma a pedir la absolución de las censuras, penas y dispensa por la irregularidad cometida.

En el caso de homicidio *mere casu*, en el que no hubo culpa alguna y en el que no se hizo nada ilícito, la Congregación de Cardenales del Concilio Tridentino declaró el 25 de junio de 1599 que no se incurría en irregularidad.⁶⁷⁸ Se trataba de casos de homicidio involuntario o en legítima defensa. El clérigo aceptaba la suspensión y el Juez afirmaba que, *fuera de la pasión que hubo con la otra parte era persona benemérita y honrada*, y que en virtud de las letras apostólicas dispensaba con él para que pudiese administrar sus órdenes en el ministerio del Altar pasado el término de la suspensión, y retener cualquier beneficio adquiridos sin que hubiese llevado frutos indebidamente durante la suspensión y otros que en adelante le fueran conferidos.

Había irregularidades en las que se incurría sin pecado, se llamaban impedimentos y no conllevaban censuras, como cuando un Juez condenaba a muerte a

⁶⁷⁴ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión 23, cap. 28.

⁶⁷⁵ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial de Advertencias para el gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara. Cuadernillo sin foliar.

⁶⁷⁶ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Auto de dispensación de irregularidad, p. 60.

⁶⁷⁷ *Ibidem*, Auto de dispensación de irregularidad mas breve con parte, p. 62.

⁶⁷⁸ *Ibidem*, Farinacio. Declaraciones con decisiones del Santo Concilio Tridentino, p. 4, dec. 243.

un delincuente y después era ordenado.⁶⁷⁹ Otras irregularidades sí conllevaban censuras y castigos, como las que se incurría por pecado como el homicidio voluntario⁶⁸⁰ o por decir misa estando excomulgado, y otras semejantes.⁶⁸¹

Al ya ordenado de órdenes sacras que incurría en irregularidad se le suspendía del ejercicio de sus órdenes por un tiempo, poniéndole una penitencia saludable, y, pasado el término de la suspensión, debía decir o hacer decir un número de misas por el alma de algún difunto o por las ánimas del Purgatorio; cada día de la suspensión debía decir un nocturno por los difuntos y las horas canónicas. Estas u otras penitencias se expresaban en la Bula o en el auto de dispensación de la irregularidad.

En el caso de irregularidad por homicidio, se mandaba que se privase perpetuamente de todo orden, oficio y beneficio eclesiástico a los homicidas *que hayan matado a su prójimo alevosa y deliberadamente*. Si había sido homicidio casual o *repeliendo fuerza con fuerza*, podía pedir la dispensa al Ordinario local o al Metropolitano⁶⁸², si no, debía ganar letras apostólicas en Roma; después, el Provisor, a la vista de las letras, le absolvía de la excomunión o entredicho o cualquier otras censuras, penas o sentencias eclesiásticas, dándole por libre de las penas y censuras y dispensándole de la irregularidad en que había caído por el homicidio, y quitaba cualquier *mácula* o nota de infamia que hubiese contraído, reintegrándole plenamente al estado eclesiástico.

Uno de los defectos que producía irregularidad era el *defectu natalium*.⁶⁸³ La ilegitimidad de nacimiento era un impedimento para contraer órdenes y el interesado debía conseguir letras apostólicas para su dispensación. El Obispo dispensaba del defecto de nacimiento para órdenes menores, para órdenes mayores había que ganar las letras en Roma. Estas letras se presentaban igualmente al Provisor, el cual hacía las diligencias para su verificación dictando un Auto de dispensación *super defectu natalium* que quitaba toda *nota de infamia*, para que, no obstante el defecto de nacimiento, pudiese ser ordenado de todas órdenes hasta el presbiterado, ejercerlas en el ministerio del Altar y obtener cualquier beneficio simple o curado. El Provisor también absolvía para casarse en casos de parentesco o consanguinidad a la vistas de las letras de dispensa.

Entre los papeles de gobierno del Prelado sevillano hemos podido encontrar varias dispensas de irregularidad para ordenarse.⁶⁸⁴ En 15 de mayo de 1638 se tramitaron dos dispensas, una de Isidro del Castillo, muchacho de 13 años, y otra de Pedro Inazio de 16 años. El 11 de septiembre de 1637 encontramos otra diligencia de dispensa a petición de Juan de Almonacid de 10 a 11 años *poco más o menos*. Todas comienzan con una petición dirigida al Ordinario del Arzobispado, y en su nombre al Provisor. Las de 1638 se dirigieron a don Pedro de Angulo y Saravia y la de 1637 a don

⁶⁷⁹ *Ibidem*, Navarro in Mnu. Cap. 27, núm. 195.

⁶⁸⁰ *Ibidem*, Juan VIII Pontífice declaró por irregulares a los homicidas.

⁶⁸¹ *Ibidem*, Manuel Rodríguez en la explicación de la Bula de la Cruzada s. 9 fol. 106, p. 2, num. 63 verb. irregularidad.

⁶⁸² *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión XIV, cap. 6.

⁶⁸³ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Auto de dispensacion super defectu natalium.

⁶⁸⁴ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. Dispensas por irregularidad.

Fernando Heras Manrique, ambos provisos. La potestad de la dispensa la poseía el Ordinario, el Arzobispo, pero en este, como en tantos otros temas, su Provisor actuaba *cometiendo sus veces* y tomando decisiones al amparo de los poderes que se le habían otorgado. Quizás esta sea la razón del empleo del plural mayestático en los documentos y autos: *Nos, el Provisor*.

En su petición, los muchachos, naturales todos de Sevilla, se declaraban *hijos de la Iglesia*, pues a falta de padres legítimos era la Santa *Madre* Iglesia, como símbolo de la comunidad, la que les daba su filiación y los acogía. En el caso de Juan de Almonacid, hijo natural de Mateo de Almonacid y de doña Isabel de Morales, afirmaba que fue *avido y procreado* en tiempo que sus padres naturales eran solteros y podían contraer matrimonio. Los Almonacid pertenecían a un linaje de escribanos públicos de Sevilla del cual existen abundantes rastros documentales: en 1481 tenemos un racionero de la Catedral llamado Joan Fernández de Almonacid⁶⁸⁵, de 1542-1565 Mateo de Almonacid sirvió la escribanía del Oficio nº 9 y en un protocolo de 1542 se dice que tenía su tienda en la collación de San Juan.⁶⁸⁶ Después le sucedió en 1566 Pedro de Almonacid, y después la ocupó Mateo de 1567 a 1577, del que hemos encontrado un testamento que fue otorgado ante él. De nuevo encontramos a un miembro de la familia, Pedro de Almonacid, como titular de una escribanía pública de 1578 a 1611; en 1580 y 1590 tenemos sendas escrituras firmadas por Pedro de Almonacid⁶⁸⁷, en 1600 tenemos a un Almonacid como Notario del Deán y Cabildo interviniendo en el arrendamiento de unas casas y del Cabildo.⁶⁸⁸ Finalmente aparece ocupando la escribanía del Oficio nº 9 un Mateo de Almonacid *el mozo* en 1622 y de nuevo en 1633. Parece que éste último sea nuestro hombre.

Los solicitantes pretendían ordenarse de corona y grados (órdenes menores), *por devoción, con el favor de Dios nuestro señor*, y ascender al presbiterato *para poder obtener una capellanía o beneficio simple*, y para ello necesitaban y suplicaban se les concediese la dispensa por no ser de legítimo nacimiento. Aunque en el discurso aparece la devoción como motivo de la ordenación, era evidente que lo que se pretendía era acomodar en la carrera eclesiástica a un hijo ilegítimo que de otra manera lo tendría muy difícil en el mundo de los seglares. A más abundamiento, ofrecían información de su vida y costumbres; de cómo no se le conocían padres (o eran hijos naturales de padres conocidos), y aseguraban que por su virtud no serían imitadores *de la incontinencia de mis padres*. Firmaba la petición el interesado y el Notario Mayor de la Audiencia del Provisor, Cristóbal de Miranda, que daba fe.

A continuación, vista la petición, el Provisor proveía un auto en el que mandaba hacer información de *vita et moribus*. Y cometía esta información no a un Notario Receptor de la Audiencia, ni siquiera al Notario Mayor, que intervenía dando fe en la petición presentada por el solicitante como acabamos de ver, sino al Secretario de la Dignidad Arzobispal, Alonso Carrillo, que daba fe en todos los autos de información. Tanto en las dispensas como en las licencias para ordenarse, intervenía el Secretario de Cámara, mano ejecutiva del Prelado, para asegurarse éste un control más efectivo y

⁶⁸⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 112.

⁶⁸⁶ A.P.N.S. Índices del Oficio nº 9.

⁶⁸⁷ A.M.S. Sección XI. C. Tomo 1º/15. Comunidades Religiosas.

⁶⁸⁸ A.P.N.S. Legajo 12.602, año 1600, fol. 757.

cercano de tema de tanta trascendencia como era el ingreso de nuevos miembros en el estamento clerical.

Después los candidatos presentaban testigos en su favor. Tanto Isidro del Castillo como Pedro Inazio presentaron por testigo al capellán y cantor de la Santa Iglesia Mayor de Sevilla, Pedro Romero, lo cual nos hace pensar en los candidatos como niños cantores de la Catedral. El testigo, respondiendo al interrogatorio bajo juramento en forma de derecho, esto es, *in verbo sacerdotis*, pues era presbítero, dijo conocer a los niños desde pequeños y que los había visto siempre inclinados a la virtud y a los estudios, con muy buena opinión de sus maestros y condiscípulos e inclinados siempre a las cosas de la virtud, ejercitándose en actos de buen cristiano, temerosos de dios y *de quien este testigo tiene muy buenas esperanzas de que lo continuarán y que el estado que pretenden de clérigo es para servir a dios y no imitarán la incontinencia paterna.*

El segundo testigo presentado era un racionero de la Santa Iglesia Metropolitana de Sevilla, el licenciado Sebastián de Yturrios, que afirmaba conocerlos desde *chiquitos*, hacía mas de 10 años; durante los cuales los había *tratado y comunicado*, repitiendo las prendas de virtud y buena inclinación que afirmaba su compañero el capellán. Juan de Almonacid presentaba por testigos a dos vecinos de la collación de San Román, Francisco de la Torre y Diego Jiménez, que deponían en términos parecidos a los anteriores, *saben que tendrá castidad y no imitará la incontinencia de sus padres y será a propósito para la santa milicia clerical a la que aspira.* Y afirmaban que sabían todo esto por *el mucho trato y comunicación* que habían tenido con el muchacho. Las diligencias terminaban con una leyenda a pié de documento: *dispenso para menores ordenes y beneficio simple*, con lo cual quedaban dispensados de su irregularidad y el camino despejado para su ordenación.

Tenemos aquí algunos de los ingredientes del *constructo* mental que subyace al sacramento del orden. La necesidad de la pureza, y en su defecto, el acto sacral de purificación que otorga el Arzobispo mediante la dispensa. En el caso de la irregularidad de nacimiento todos los elementos implicados aparecían en sumo grado, en su forma aguda. La ilegitimidad aparece relacionada con el pecado de incontinencia de los padres, que nos remite al pecado original que heredan los hijos. La consecuencia inmediata era la exclusión social que recaía sobre el hijo, al que se consideraba producto del pecado. El hijo ilegítimo podía compurgar el pecado de los padres mediante el *sacrificio* de la ordenación, que nos remite a la renuncia de los deseos y a la vida entregada al prójimo. Pero, paradójicamente, la ordenación se convertía así para el hijo ilegítimo en la forma más ventajosa de salir de la exclusión social e insertarse en la estructura, reservada sólo para ilegítimos de personas principales.

Desde los primeros tiempos del cristianismo se consideró un requisito indispensable para ordenarse no poseer ninguno de los defectos de irregularidad. En los concilios y sínodos vemos cómo se desarrollaron los cánones en este sentido. En la Edad Moderna y sobre todo a partir del Concilio de Trento, este empeño recibió un gran impulso. Había que estar vigilante para que ningún *impuro* ingresase en la Iglesia.

Tenemos un caso en el que un mozo casado en Sevilla se fue a Indias y mientras estaba allí murió en Sevilla la mujer de otro mozo que también estaba en Indias y que tenía el mismo nombre y apellido que la mujer del primero. La noticia de la muerte le

llegó a ultramar y creyó que era su mujer, le escribió a un amigo y este le remitió la fe de defunción de la muerta donde no se expresaba el nombre del marido, sólo el dato de que estaba en Indias. Tras esto, creyéndose viudo, se ordenó de sacerdote y volvió a Sevilla en 1670. Un día se encontró a su mujer en la Puerta de los Palos de la Catedral, y, asombrado y alarmado, avisó al Provisor. Se reunió una Junta de Teólogos y en vista de que la mujer no se quería retirar a un convento se acordó que viviesen juntos, pero que él no dijese misa, y *pues era pobre y no tenía con qué mantenerse quedó usando ambos estados*.⁶⁸⁹ Se trataba de esta forma de resolver un caso límite y difícil, la solución pasaba por conciliar ambos estados, pero dejando a salvo lo principal, ningún impuro debía entrar en contacto con lo sagrado, y evidentemente vivir con una mujer lo descalificaba.

Ambos sacramentos, matrimonio y orden, no se podían repetir ni anular, así que, en este caso especial, se permitió un sacerdote casado; eso sí, no podía decir misa pues el matrimonio le hacía impuro para officiar el sacrificio del altar. Aunque el estamento eclesiástico era el más abierto y se podían encontrar en el bajo clero elementos del pueblo, los esclavos y libertos tenían defecto de calidad y no podían ordenarse. Así, encontramos en 1612 el caso curioso de una petición de dispensa para que un negro pudiese ordenarse.⁶⁹⁰

Para controlar la movilidad de los clérigos, el Prelado, a través de su Provisor, concedía licencias, llamadas reverendas, para poder ordenarse con su permiso en otra diócesis y solía ser materia reservada al Ordinario, como todo lo concerniente a las órdenes. Tenemos algunas noticias de reverendas concedidas por el Ordinario del Arzobispado de Sevilla y expedida por la Audiencia del Provisor. El 3 de diciembre de 1504 se concedió reverenda a Diego de Carmona para que pudiese ordenar a su hijo fuera de Sevilla.⁶⁹¹ Aunque la cédula la expedía la Audiencia del Provisor, como casi todas las licencias, era el Prelado el que daba orden para que se concediese. En este mismo año el Cabildo sede vacante mandó al Provisor que diese reverendas a un mozo que venía recomendado por el canónigo Cortegana, para ir a ordenarse a Badajoz. En el Sínodo de Diego de Deza podemos leer que:

somos certificados que muchos con falsa relación ganan facultades para ordenarse extratempora y muchas veces sin saber latín y sin título alguno o con otros grandes defectos se ordenan sacerdotes siendo personas seglares inhábiles y de tal calidad que en nuestro Arzobispado y Provincia se ha seguido y sigue mucho escándalo y mal exemplo de las tales personas inhábiles.⁶⁹²

Así que ordenaba que ninguno de estos ordenados fuera de la diócesis fuese admitido a celebrar o decir misa sin licencia de su Prelado, y sin que primero se presentase ante el Prelado o su Provisor con las cartas de sus órdenes para que fuesen vistas y examinado de suficiencia, y *proveamos lo que convenga a la salud de sus*

⁶⁸⁹ A.M.S. Sección XI. Libros en Folio. A. Tomo 1°. Sacerdote casado.

⁶⁹⁰ A.M.S. Sección XI. A Tomos 5° Y 6°. Arzobispos de Sevilla. Tomo 1°/5°. Razón de algunos procesos y otros papeles que están en el archivo de la dignidad arzobispal copiado 1751. Dispensa para que un negro se ordenase, 1612, p. 152.

⁶⁹¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. 3-12-1504.

⁶⁹² A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Que no sean admitidos a celebrar los sacerdotes peregrinos ordenaros fuera de la diócesis aunque traigan facultades sin que muestren licencia del ordinario.

ánimas y al bien de las iglesias. También establecía que ningún clérigo o religioso extranjero ordenado fuera de la diócesis fuese admitido a celebrar ni le diesen ornamentos para decir misa sin que primero se presentase ante el Ordinario para ser examinado, y si fuese extranjero que presentase las letras dimisorias de su Prelado, requisito indispensable para salir de su diócesis, y después el Provisor le daría la licencia. Además, se advertía que cualquier clérigo o sacristán que los admitiese a celebrar misa incurriría en pena de un florín, la mitad para la iglesia y la mitad para el acusador.⁶⁹³

Una de las potestades en las que se había dejado notar más claramente la fragmentación de la jurisdicción eclesiástica había sido en la ordenación de clérigos. Los cánones siempre intentaron mantener al Obispo como ministro de la ordenación, estableciendo que sólo se realizaran por el Prelado en su territorio y que ningún Obispo se entrometiera a ordenar clérigos fuera de su diócesis. Habitualmente el Obispo Auxiliar nombrado por el Prelado se encargaba de hacer los actos pontificales, como las ordenaciones, así lo vemos el 30 de septiembre de 1538 cuando el Cabildo en sede vacante le dio licencia al Obispo de Scala para hacer pontificales por el Arzobispado.⁶⁹⁴

Sin embargo tenemos noticias de cómo los obispos auxiliares se entrometían en hacer ordenaciones sin licencia de su Ordinario. Para actualizar y reafirmar los antiguos cánones, en este contexto de dispersión de jurisdicciones, el Concilio de Trento verificó un intento de centralización del poder eclesiástico en la figura del Ordinario. El Obispo en su diócesis y el Arzobispo, como metropolitano en su provincia, pasaron a ser las figuras sobre las que se intentaba racionalizar y centralizar el poder eclesiástico, sometido a tantas fuerzas centrífugas disgregadoras. En este sentido se mandó que:

no sea lícito que obispo alguno bajo el pretexto de algún privilegio ejerza su autoridad especial en la diócesis de otro⁶⁹⁵... que los obispos como no sean invitados no deben ir a diócesis ajenas⁶⁹⁶... y que no es lícito al Obispo ni a ningún clérigo pasar de una ciudad a otra.⁶⁹⁷

Además, que para ejercer las funciones clericales en obispado ajeno hacían falta letras testimoniales que certificaran haber recibido orden con las recomendatorias de su propio Obispo.⁶⁹⁸ Y en los casos de incumplimiento se establecieron penas tanto para el ordenador como para el ordenado, pero el sacramento del orden no se invalidaba, pues el carisma no se podía perder. Parece que Trento fue un nuevo intento de restablecer la disciplina antigua, pues en esta, como en otras muchas esferas relacionadas con la represión de los impulsos, los *diques* de contención canónicos se vieron rebasados sistemáticamente.

⁶⁹³ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Título de clericis peregrinis. Que ningun clerigos forastero se le de licencia para decir misa sin ver sus dimisorias.

⁶⁹⁴ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º, Cabildo eclesiástico.

⁶⁹⁵ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. sesión VI Cap. V “de reformatione”:

⁶⁹⁶ *Ibidem*, Sesión VI, Cap. V, Canon III.

⁶⁹⁷ *Ibidem*, Sesión VI, Cap. V, Canon V.

⁶⁹⁸ *Ibidem*, Sesión XXIII, Capitulo VI.

En Trento también se prohibió que nadie pudiese ordenarse sin letras dimisorias y los que lo contraviniesen quedarían suspensos *ipso iure*.⁶⁹⁹ Y si, teniendo letras dimisorias no hubiese superado el examen de idoneidad, el Obispo podía suspenderle las órdenes. Los clérigos debían estar adscritos al servicio de una iglesia y no podían ausentarse sin licencia del diocesano, las letras dimisorias se concedían para ausentarse para recibir órdenes de otro Prelado, a quien se autorizaba por el propio Obispo del ordenando para que se las confiriese.⁷⁰⁰ Las letras testimoniales sólo hacían constar las circunstancias del clérigo que se trasladaba a otra diócesis, o que sin salir de su diócesis la pedía para cualquier otro fin; eran el equivalente a una carta de presentación y de recomendación. Las testimoniales se consideraban *transitoriales* cuando se daban para ausentarse una temporada de la diócesis, haciendo constar que era de buena vida y costumbres, que no estaba ligado con censuras ni irregularidad, que no había sido procesado, el orden que había recibido y si tenía licencia para celebrar.

El Concilio de Trento, junto a un mayor poder de corrección del clero y un reforzamiento de la jurisdicción del Obispo, dio a éste, como delegado de la Sede Apostólica, el poder de visitar, corregir y castigar a todos sus clérigos sin poder alegar exención o costumbre *intra visita* o fuera de la misma. Y mayor poder de decisión y de control sobre las ordenaciones, estableciendo en su capítulo primero que nadie pudiese ascender en las órdenes contra la voluntad de sus Obispos, *no valiendo licencia alguna concedida contra la voluntad del Prelado*. Para evitar los abusos también se estableció que no se permitiese en sede vacante, durante un año contado desde el día de la vacante, conceder licencias para ordenarse, ni dimisorias ni reverendas, a no ser en caso de obtención de beneficio eclesiástico.⁷⁰¹ Y en caso de incumplimiento el Cabildo quedaría sujeto a entredicho y los ordenados no gozarían de ningún privilegio clerical si fuesen de menores órdenes, y los de mayores quedarían suspensos del ejercicio de ellas, a voluntad del futuro Prelado.⁷⁰²

Sin embargo, según Marzilla, en las declaraciones con decisión del Concilio de Trento se admitía que el Cabildo sede vacante podía dar licencia a un Obispo extranjero para ejercer los actos pontificales en su Iglesia y para dar órdenes⁷⁰³, tanto a clérigos de aquella diócesis como a los de fuera, teniendo dimisorias de sus Obispos.⁷⁰⁴ En sede vacante, los canónigos solían cometer muchos abusos en la concesión de gracias y excepciones a sus familiares y clientela. En la de don Cristóbal de Rojas, el doctor Negrón fue Provisor sede vacante y respondió a una carta del Rey de 26 de septiembre de 1580 en la que el monarca pedía que se guardase el Concilio de Trento y que no se diesen reverendas para órdenes durante la sede vacante si ésta no duraba más de un año; y en las que concedía el Nuncio que se pidiese la idoneidad y suficiencia y se verificasen las cualidades que exigía el derecho para administrar los sacramentos.

Los prelados o sus provisores solían dar reverenda general cuando un clérigo se iba de la diócesis, no quedándole residencia personal ni obligación en el Obispado. Las dimisorias o reverendas para órdenes las podía dar, además del Ordinario de donde era

⁶⁹⁹ *Ibidem*, Sesión 23, capítulo 2°.

⁷⁰⁰ *Ibidem*, Cap. 16, sesión 23, de reformat.

⁷⁰¹ *Ibidem*, Sesión 7, Capítulo 10.

⁷⁰² *Ibidem*, Sesión 23, cap. 10.

⁷⁰³ *Ibidem*, Sesión 7 capítulo 10, libro 4, título 3 sede vacante.

⁷⁰⁴ *Ibidem*, Reverendas para ordenes. Concil. Trid. Ses. 23 cap. 16. Dimisorias para quando un clérigo sale de su diócesis.

natural el clérigo, el Ordinario en cuya diócesis tuviese un beneficio eclesiástico.⁷⁰⁵ En el Sínodo del Cardenal Guevara también se recogió una constitución en la que se prohibía dar a ningún clérigo extranjero licencia para decir misa sin ver antes sus dimisorias.⁷⁰⁶

En 1580, tenemos documentado un conflicto de jurisdicciones entre el Ordinario de Sevilla y el Prior de la Orden de San Juan a causa de las ordenaciones de clérigos en Lora del Río. Esta villa se encontraba dentro de los límites del Arzobispado, pues la Iglesia de Sevilla recibía su tercio de los diezmos del pan y se llevaban de la Catedral el *olio* y *chrism*a para la administración de los sacramentos. Asimismo, el subsidio y excusado que pagaban sus clérigos y las demás rentas eclesiásticas con que el estado eclesiástico acudía a la Corona se les repartía por los colectores puestos por la Iglesia Matriz sevillana. Por último, los clérigos de la villa siempre habían sido ordenados por el Ordinario de Sevilla y examinados y aprobados por su Provisor. Todos estos actos de jurisdicción empezaron a ser puestos en tela de juicio por el Prior de la Orden de San Juan y Comendador cuando pretendió no pagar el tercio de los diezmos al Arzobispo y Cabildo y fueron condenados por ello. A pesar de estar prohibido por el Concilio de Trento celebrar órdenes ni actos pontificales si no fuere por el Ordinario de la diócesis, y si fuese otro Obispo, con su licencia, el Comendador y Baylio de Lora, don Hernando Alarcón, indujo al Obispo de Cuba, fraile francisco, para que celebrase órdenes por las cuatro témporas de Santa Lucía del año 1580.

Y aunque fue prevenido por el Ordinario, el 12 de diciembre de este año, tras la muerte del arzobispo don Cristóbal de Rojas, aprovechando quizás la debilidad del poder pontifical en sede vacante⁷⁰⁷, ordenó *a mucha cantidad de frailes y clérigos hidiotas sin estar aprobados por el ordinario*.⁷⁰⁸ Allí concurrieron muchas gentes del Arzobispado y de fuera sin licencia del Ordinario, y, aunque lo intentaron, ni el Cabildo ni su Provisor pudieron evitar la ordenación masiva de personas *en quien no concurren las partes y calidades necesarias*.

El Cabildo sede vacante mandó a su Provisor que hiciese las diligencias oportunas para impedirlo y procediese contra el Obispo y contra el Vicario de Lora, que era también ministro de la Orden de la Encomienda de San Juan de Jerusalén. Por lo cual los ordenantes y el Obispo fueron declarados suspensos y el Ordinario de Sevilla dio mandamiento por dos veces para que el Obispo se presentase ante él. Después se llevaron los autos, y una provisión ganada en la Chancillería de Granada, al Consejo Real, para que el Obispo y el Comendador fuesen corregidos y en ellos se incluía el testimonio de cómo se resistieron a ser notificados en dos ocasiones, pues el Provisor envió un Notario y un clérigo para notificarlos y el Baylio y el Vicario *con grande alboroto y escándalo* mandaron prenderlos y los echaron de la villa sin querer oír el

⁷⁰⁵ *Ibidem*, p. 236. Farinacio en las declaraciones con decisiones de el Santo Concilio Tridentino, part. 4, decis. 6. de 24 de mayo de 1591 de Congregación de Cardenales del dicho Santo Concilio y en la decis. 177 de 5 de mayo de 1595 segun el mismo autor, dicha part. 4 se determinó y declaró que el vicario del Obispo teniendo poder general puede, ausente el Obispo, dar dimisorias o reverendas para ordenes y dispensar intersticios.

⁷⁰⁶ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Título de clericis peregrinis. Que ningún clérigo forastero se le de licencia para decir misa sin ver sus dimisorias.

⁷⁰⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval. (1580-81). 12 de diciembre de 1580.

⁷⁰⁸ A.M.S. Sección XI. Libro 9, doc. 13, año 1580.

mandamiento; lo mismo hicieron con el segundo intento. En estos autos el Provisor de Sevilla acusaba al Obispo de Cuba, al Comendador, al Vicario y a los alguaciles y otros ministros de la Orden de San Juan en Lora de exceder y contravenir lo dispuesto en el Concilio de Trento sobre las ordenaciones.⁷⁰⁹ El Fiscal del Consejo y Real Fisco dijo que el Comendador y sus ministros se excedieron y contravinieron los decretos del Concilio de Trento y las preeminencias de la dignidad arzobispal de Sevilla.⁷¹⁰

Y El Obispo de Cuba aducía que la villa de Lora era de la Orden de San Juan *nullius diócesis*, y que, aunque debía preceder la licencia del Ordinario para las órdenes y actos pontificales, él la tuvo del Bailío y Vicario de Lora, tomando a éstos por ordinarios e ignorando que la villa pertenecía al Arzobispado y que por tanto su Ordinario era el Arzobispo de Sevilla.⁷¹¹ En una carta al Rey, el Obispo de Cuba contaba que estando en diciembre del año 1580 como huésped en el Monasterio de San Francisco de Sevilla *esperando vela en la primera Flota para ir a residir a mi Obispado en la Isla de Cuba*, el Bailío y Prior de Lora le pidió que fuese a ordenar *con licencia del Ordinario de Lora*, y a los que eran de otras diócesis con reverendas y dimisorias de sus preladados de origen.⁷¹² Sin embargo, el Cabildo sede vacante había nombrado al Obispo de Medauros para ejercer los actos pontificales, mandando a su notario Pedro Serrano que guardase *lo que en derecho es obligado en el dicho oficio a lo qual dieron licencia y facultad*.⁷¹³

A la llegada del nuevo prelado, don Rodrigo de Castro (1581), hombre enérgico y celoso de sus prerrogativas en defensa de su jurisdicción, planteó el conflicto con la Orden de San Juan. Se trataba de cortar con un *abuso* que venía de atrás: la ordenación de clérigos con reverendas del Prior y Vicario General de la villa de Lora, máxima autoridad eclesiástica en este territorio exento perteneciente a la Orden de San Juan. Ordenaciones que luego realizaban obispos auxiliares en la misma Lora o en otros lugares de la Encomienda, o bien acudían a otras diócesis, como Córdoba o Huelva. A tal fin, movió en la Corte Romana una petición para que el Papa concediese una Bula que le permitiese llamar a su presencia a todos los clérigos de la villa que no hubiesen sido ordenados por su Prelado.

Armado con el Buleto de su Santidad, el Prelado mandó a su Provisor que emitiese un Edicto público para llamar a su presencia a todos los clérigos irregularmente ordenados. Parece que el Edicto no surtió efecto y hubo de repetirse. Y a pesar de que se establecía un término perentorio para presentarse no acudió ninguno. Es más, el Prior, con poder otorgado por los clérigos, elevó una petición a la Curia Romana para que se anulase el Edicto y proseguir el pleito. El Provisor respondió excomulgándolos a todos, y es a partir de aquí que nos encontramos con una serie de diligencias judiciales que comienzan precisamente con la presentación de los reos ante el Provisor en su Audiencia sevillana.

⁷⁰⁹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Cap. 5, Sesión 7; Cap. 8, Sesión 23.

⁷¹⁰ A.M.S. Sección XI. Archivo del conde de El Águila, doc. 15, Cartas autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 309. Papeles de 1580, pleitos ante Negrón.

⁷¹¹ *Ibidem*, p. 317.

⁷¹² *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Se basaba para esto en los capítulos 2 de la sesión 4 y capítulo 8 de la sesión 23.

⁷¹³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos capitulares en sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval. Libro 297 (2). 25-9-1580.

En febrero de 1586, el Fiscal eclesiástico del arzobispado, presbítero licenciado Francisco de Aguilar, siguiendo instrucciones del Provisor, licenciado Iñigo de Leciñana, mandó bajo pena de excomunión mayor que parecieran ante él todos los clérigos de Lora que hubiesen sido ordenados sin licencia del Ordinario. Con esta diligencia se iniciaron varios procesos criminales de oficio por parte del Fiscal de la jurisdicción eclesiástica, de algunos de los cuales se ha conservado la documentación. Concretamente de los pleitos contra Francisco de Liñán, Alonso de Liñán, Bartolomé Carvallo, Cristóbal Carvallo, Joan Santiago Barrasa, Joan Alonso Ossorio, Joan Carrillo de Medrano, Francisco García de Ocaña, Miguel Frutos y Gabriel de Cea, todos clérigos de la villa de Lora. En todos los procesos se sigue el mismo patrón y procedimientos⁷¹⁴.

Tras los edictos incumplidos, el Provisor mandó al Fiscal que acusase criminalmente a los clérigos, y, según el procedimiento habitual, los prendiese y pusiese en la cárcel arzobispal para proseguir la causa contra ellos. En la denuncia, el Fiscal los acusaba de haber desobedecido los edictos públicos, en virtud del Buleto de Su Santidad, para que reconocieran a su Ordinario y Prelado:

antes han dejado pasar el termino de los Edictos y han sido rebeldes, no queriendo presentarse hasta que han sido declarados excomulgados. Y antes de presentarse han otorgado poderes para contradecir el Buleto y hacer seguir el pleito en la Curia Romana, presentando una petición, de lo cual resulta escandalo.

Si las requisitorias anteriores habían fracasado repetidamente, eludiendo los reos su cumplimiento y manifestando una actitud de rebelión contra la potestad del Prelado, a partir de aquí nos vamos a encontrar con que los clérigos acuden a los tribunales y se presentan *besando los pies, como hijos de obediencia*, culpando al Prior de haberles obligado a eludir la jurisdicción del Ordinario y *casi forzándoles* a firmar un poder para continuar el pleito y contradecir el Buleto de Su Santidad.

Al no aparecer ninguna diligencia del Alguacil eclesiástico sobre el prendimiento de los reos, ni tampoco ningún secuestro de bienes, hemos de suponer que se presentaron por su propia voluntad a los tribunales. Quizás el agravamiento de las censuras anteriores, llegando a la excomunión mayor, fuese suficiente acicate para moverlos en este sentido, aunque los clérigos podían haber permanecido excomulgados y al amparo de la jurisdicción de su Orden en la ciudad donde habían vivido ellos y sus parientes. No tenemos noticias de la extracción social a la que pertenecían, pero por el hecho de disponer de patrimonio suficiente para ordenarse, y a la vista de otros casos similares, podemos suponer que si no nobles, al menos pertenecían a familias notables de la población. Por tanto, su implantación local les habría puesto a salvo, muy probablemente, de otro tipo de medidas coactivas ejercidas a instancias de la autoridad del Prelado, por otra parte muy débil en el territorio de la Encomienda.

Quizás la clave esté en la fuerza añadida por el Buleto Papal, y por qué no, en el agravamiento de las censuras canónicas hasta llegar a la excomunión. Aunque el abuso en la aplicación de la excomunión restó mucha eficacia a esta censura canónica, hemos de considerar que su aplicación todavía conllevaba un peso social y psicológico difícil de mantener en el tiempo, pues no sólo afectaba al reo de excomunión sino a todos los que de alguna manera *se comunicaban* con él, quedando todos señalados por la pena

⁷¹⁴ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471. Proceso criminal contra clérigos de Lora.

canónica y obligando a los vecinos a evitar el trato con el excomulgado, bajo pena de excomunión a su vez.

Además, se les prohibía ejercer sus órdenes y mucho menos ministrar en la iglesia los sacramentos, pues se consideraba que estaban en grave pecado y no aptos para tocar cosas sagradas. En tal caso, se produciría un agravamiento por el sacrilegio cometido, amén del que se derivaba de permanecer en excomunión sin acudir a pedir la absolución. Así pues, mantenemos la hipótesis de que la tenacidad del Prelado en mostrar su potestad, reforzada por el Buleto Papal y el agravamiento de las censuras hasta excomunión mayor, operaron el cambio desde la desobediencia contumaz mantenida durante años, hasta el más dócil de los arrepentimientos y acatamiento del poder del Ordinario.

El 10 de febrero se presentó ante el Provisor Joan Santiago Barrasa, clérigo presbítero natural de la villa de Lora, en cumplimiento de los mandamientos de citación y manifestó que: *hago presentacion de los titulos de epistola, evangelio y misa y me aparto de cualquier apelacion o apelaciones que en mi nombre mis procuradores ayan hecho*. Miguel Frutos y Gabriel de Cea manifestaron que se habían ordenado *por Obispo que tenía Bula particular para podello hacer*, con reverendas del Prior y Vicario General de la Orden de San Juan de Lora en la villa de Alcázar de Consuegra, sin licencia del Cardenal ni de los *arzobispos de gloriosa memoria que han sido*. Y que *agora nosotros como hijos obedientes a los mandamientos de su señoría ilustrísima venimos a presentarnos para que use con nosotros de benninidad y misericordia*.

A continuación, se les tomó confesión en la cárcel y a la pregunta acerca de la razón de su prendimiento contestaron que sabían que estaban presos porque el Cardenal había mandado citar al Prior de Lora y a los demás clérigos por haberse ordenado con reverendas de los vicarios de la villa en otras partes de la Encomienda. Se les preguntó si sabían que la villa de Lora se encontraba en la diócesis de Sevilla y respondieron que sí lo sabían. Tras la confesión, el Fiscal les acusó de que *con poco temor de dios y sabiendo que la villa esta dentro del arzobispado y por tanto sujeta al Ordinario se fueron al Prior de Lora y allí sin capellanía y sin hacer las diligencias conforme al Concilio de Trento, de genere et moribus et vita, se ordenaron*. Y que, además, después de llamados por edictos públicos, en virtud de un Buleto de Su Santidad, para que reconocieran a su Ordinario y Prelado, no lo habían hecho *ni querido hacer, antes han dejado pasar el termino de los Edictos y han sido rebeldes, no queriendo presentarse hasta que han sido declarados excomulgados. Y antes de presentarse han otorgado poderes para contradecir el Buleto y hacer seguir el pleito en la Curia Romana, presentando una petición, de lo cual resulta escandalo*.

El Provisor, mediante un auto, les amonestó para que *sean ovidientes y cumplan*, y les suspendió del oficio hasta que se cumpliesen las diligencias eclesiásticas que el Breve y Letras de su Santidad requerían. Además, debían pedir al Cardenal que los absolviese de las censuras y los dispensase de la suspensión e irregularidad en que habían incurrido, *ymponiendoles una saludable penitencia y que durante ese tiempo no celebren ni usen ni ejerzan sus ordenes so pena de excomunion mayor e de otras penas impuestas contra los irregulares*.

Después se realizaron en Lora las informaciones de ambos clérigos, cada uno de ellos se excusó alegando en su favor. Joan Carrillo afirmó que presentó sus títulos y se

los entregó al doctor Cartaxena, Secretario del Cardenal, y se quedaron en su poder, y que al volver por ellos el doctor Cartaxena estaba de viaje con el Cardenal en Zaragoza y se los había entregado al Secretario de la Audiencia Miguel Pérez, y *aunque se an buscado en los papeles que quedaron en esta audiencia y fuera della no se an podido hallar*. Además, por enfermedad y otras ocupaciones *no acabé mi negocio y agora a venido a su noticia que ha mandado una provision para que los clérigos de Lora se presenten ante el en virtud de una Bula de Su Santidad*. En estos días también se presentó Juan de Ossorio, vecino de Lora:

beso las manos de su señoría ilustrísima, vengo como hijo de obediencia, y digo que a mi noticia es venido que su señoría ilustrísima el Cardenal mandó dar provision para el vicario de la villa de Lora por la cual llama a todos los clérigos de la villa que se hayan ordenado sin licencia de su Ordinario, el Cardenal Rodrigo de Castro y con reverendas del dicho vicario de Lora.

Juan Ossorio manifestaba asimismo que había sido ordenado de todas órdenes con reverendas del Vicario de Lora, y *que si he cometido un delito ha sido de ynnorancia y casi siendo sorprendido por el vicario, y renuncia y anulla y da por ningunos los poderes que acerca desto ha dado casi forçado por el dicho vicario*. En su confesión, realizada ante el Provisor, licenciado Iñigo de Leciñana, manifestaba saber el motivo de su detención: que él, como otros clérigos de Lora, habían sido citados ante el Provisor por haberse ordenado con reverendas del Prior y Vicario General de la Orden de San Juan no pudiendo hacerlo. Y que, siendo natural de Lora, sabía que la villa estaba dentro de los límites del Arzobispado y bajo su jurisdicción, *por que la villa de Puebla de los Infantes y la de Peñaflor estan mas adelante que esta villa y son deste Arzobispado*.

Afirmaba ser presbítero de misa y que se ordenó de corona y grados hacía ocho años en Córdoba. En las letras de su ordenación observamos que se ordenó después en Lora por el Obispo de Hécuba, que hizo órdenes allí hacía seis años. Más tarde, se ordenó de Evangelio de nuevo en Córdoba y en Granada y hacía tres años que se ordenó de misa y de todas órdenes con reverendas del Prior de Lora, pues, como natural de la villa, entendía que el Prior tenía facultad para ello. Ossorio afirmaba que al ver que *el Obispo de Guelba* ordenaba en Lora entendió que lo hacía canónicamente, aunque ahora *se dice* que el Cardenal era su superior en este negocio y que le competían las órdenes. Cuando se ordenó de corona y grados el Prior hizo las diligencias de limpieza de vida y costumbres y para las demás órdenes no se hizo otra probanza y se ordenó a título del patrimonio que le dieron sus padres en cantidad de más de 400 ducados.

Entonces vino a su noticia el Breve de su Santidad, en virtud del cual su ilustrísima llamaba a todos los clérigos de Lora a dar razón de sus órdenes y de cómo las habían recibido. Se disculpaba porque, cuando tuvo noticia del primer Edicto de llamamiento no estaba en la villa, y cuando lo supo pidió licencia al Prior, licenciado Escalante, para presentarse, el cual no se la quiso dar, antes le amenazó que no lo dejaría decir misa si venía a Sevilla. Y para seguir el negocio, el Prior hizo juntar a los clérigos que había en la villa y les hizo firmar un poder, interponiendo una petición para la Audiencia Real. Alegaba que él no lo quería hacer pero fue compelido, que estaba obligado a dar obediencia a su Ordinario y que si lo hubiese sabido antes de ordenarse lo habría hecho, apartándose ahora de la apelación del Prior, sin querer usarla y pidiendo *a su ilustrísima se haga con él beninamente*.

Después, el Fiscal Francisco Aguilar acusó al reo de que con *poco temor de dios y de la jurisdiccion de vuesa merced*, sabiendo que la villa de Lora, de donde decía que era natural, estaba dentro de los límites de la diócesis, y que debía obediencia a su Ordinario, se había ordenado por el Vicario de Lora de la Orden de San Juan y aunque había sido llamado y citado por edictos, en virtud del Breve del Papa concedido al Cardenal para que reconocieran a su Ordinario, no lo había querido hacer. Además, había dado poder a un Procurador para contradecir el Buleto de Su Santidad y mover un nuevo pleito en la Curia Romana. Así que por su rebelión contra los edictos había sido declarado por excomulgado y debía ser castigado con la suspensión y penas pecuniarias.

Finalmente, el Provisor, proveyó un auto contra Juan Ossorio por la inobediencia a los mandamientos apostólicos y ordinarios del Cardenal, amonestándolo para que en adelante fuese obediente y cumpliese lo que se le mandase, con apercibimiento de que sería castigado y suspendido del oficio hasta que cumpliese el Breve y Letras de Su Santidad. Y que el Prelado le absolviese y le dispensase de la suspensión e irregularidad en que había incurrido, imponiéndole una penitencia saludable para que durante ese tiempo no celebrase misa ni ejercitase sus órdenes bajo pena de excomunión mayor y las demás penas contra los suspensos e irregulares. Firmaba el Secretario de Cámara del Prelado, Antonio de Ayala, el Provisor, Iñigo de Leciñana, y el Notario Mayor, como Secretario de la Audiencia, Hierónimo de Ortega.

A continuación se incluía el escrutinio de Juan de Ossorio para examinar si tenía las calidades que se requerían para ordenarse y presentó las cédulas de sus órdenes que fueron concordadas por el Secretario. De corona y grados fue ordenado por el Obispo de Córdoba, Martín de Córdoba de Mendoza, en 1579. De Epístola fue ordenado por el doctor Antonio Salzedo en 1580, con licencia del Prior de Lora y a título de su patrimonio. De Evangelio de nuevo por el obispo de Córdoba, Martín de Córdoba y Mendoza, el sábado santo de 1581, firmado por el Secretario del Obispo, Dominicus Gonzáles.

El escrutinio de preguntas comenzaba con una indagación acerca de la *genealogia e descendencia* de Juan Ossorio. Los testigos se habían de examinar tanto de oficio como a petición de parte. La primera pregunta era acerca del conocimiento que tenían los testigos de Juan Ossorio y si sabían que era hijo legítimo de Fernando Martín Ossorio y de Maria Ximénez, su mujer, y que era mayor de 25 años. A continuación, si sabían que su padre era hijo legítimo de Pedro Martín Ossorio y de Isabel López, sus abuelos paternos, que fueron vecinos de la ciudad de Lora, y si conocieron a otros ascendientes. Y si su madre fue hija legítima de Antón García Tarifa y de Teresa Sánchez, sus abuelos maternos, también vecinos de Lora. Si sabían de qué casta y generación fueron, el ordenante, sus padres y abuelos paternos y maternos, y si sabían de algún impedimento o defecto que le impidiese ordenarse. Finalmente si tenía rentas para ordenarse.

Para averiguar si los ordenandos tenían las calidades que mandaba el Concilio de Trento, el licenciado Yñigo de Leciñana, canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla y Provisor en ella y su Arzobispado por el Ilustrísimo Cardenal don Rodrigo de Castro, mandó publicar un Edicto en el que emplazaba, en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor, a todas las personas eclesiásticas y seglares *moradores, estantes e avitantes* en la villa de Lora que supiesen alguna cosa de la vida y costumbres, genealogía y descendencia de los clérigos de la villa ordenados por orden

de la Encomienda de San Juan, que lo manifestasen ante el licenciado Rosales, clérigo presbítero, Notario Apostólico de la Audiencia y comisionado por el Provisor al efecto.

Las preguntas sobre las que indagaba el Notario a los testigos eran acerca de si los clérigos tenían las calidades que de derecho se requerían al tiempo de ordenarse. Si se sospechaba algo de ellos *cerca de nuestra religión cristiana* y si habían visto que tuviesen o leyesen libros herejes o que hubiesen tratado con ellos. Si habían sido públicamente penitenciados, si eran concubenarios, si tenían o habían tenido casa de tablaje de juego público, si habían sido tratantes, si se les había visto andar de noche o de día con *avito yndecente* o con armas, o si se comunicaban *con mujeres sospechosas e gentes de mal vivir e si a sido reboltoso o vandolero o tiene henemistad capital con alguna persona, o omicida, o apostata.*

Si sabían si estaban suspensos o descomulgados, *si ha sigo vigamo o casado dos veces o con muger que no sea doncella, si ha estado loco a intervalos aunque agora no lo esté.* Si no era de legítimo matrimonio o había sido fraile y si sabían que tuviesen otro impedimento o defecto de sus padres y abuelos paternos y maternos por los que no pudiesen ser admitidos a las órdenes.

Por el Edicto se ordenaba al Notario Gerónimo Rosales que pasados tres días de su publicación hiciese la información con seis o más personas *honradas de buena vida e fama e costumbres*, que depusieran bajo juramento y que tomase las declaraciones por su persona basándose en las preguntas y repreguntas antedichas. Y todas las diligencias que hiciere, y todo lo informado, lo enviara ante el Provisor *zerrado y sellado* en pública forma, guardando en todo el secreto. Si alguno no quisiera deponer tenía potestad para promulgar sentencia de excomunión. Por último, mandaba que el Edicto se publicase un día de domingo o fiesta de guardar en el Ofertorio de la misa mayor, pues se suponía que asistirían numerosas personas y los mandamientos se harían *públicos y notorios*. Firmaban el Edicto el Provisor y el Secretario de Cámara del Cardenal, Hierónimo de Ortega.

Y efectivamente encontramos una diligencia con fecha domingo 16 de febrero, en la que el cura y capellán de la Iglesia Mayor de Santa María de la villa de Lora, en cumplimiento del Edicto del Provisor, lo mandó leer y publicar *en presencia de muchas personas que se hallaron*. El 21 de febrero de 1586, el Notario Receptor de la Audiencia Arzobispal, Hierónimo de Rosales, en cumplimiento de la comisión, *aviéndome informado ante todas cosas y hecho memoria de las gentes mas ancianas* para hacer el escrutinio e información, hizo comparecer a los testigos para declarar en presencia del escribano público de la villa, Francisco García, que en secreto les tomaba juramento.

Los testigos afirmaron que Juan Ossorio era hijo legítimo de Pedro Martín Osorio y de Isabel López, abuelos paternos, y de María Ximénes, hija legítima de Antón García Tarifa y de Teresa Sánchez, abuelos maternos. Y era público y notorio *que son gente limpia y cristianos viejos antiguos y por tales los avía de tener y son avidos y tenidos sin aver sabido ni oído cosa en contrario*. Que no padecía ningún defecto de los contenidos en el Edicto y que sabían *por conocelle desde niño, era de buena vida fama e costumbres y apartado de mal vivir* y que a cada orden que recibió entendía que tendría la edad legítima, y *que si el Prior le dio licencia no se la daría menos que tuviese la edad.*

Los testigos interrogados solían ser los más viejos del lugar, pues se ponía especial énfasis en el conocimiento personal no sólo del ordenante sino también de sus padres y abuelos, tanto paternos como maternos, y si era posible de otros ascendientes. Andrés López de Veles el viejo, que vivía en la calle del Barrio Nuevo y era labrador de 70 años, *antes mas que menos*, dijo *que por tal su hijo le ha visto tener y nombrar en esta villa donde fueron vecinos* y que ha vivido con mucho recogimiento y aplicado a la iglesia. No firmaba por no saber. Diego de la Barrera el viejo, que vivía en la calle de San Juan y tenía 64 años, declaró en parecidos términos y así todos los testigos decían saber, por ser de los más antiguos del lugar, que eran cristianos antiguos de limpia generación. Alonso Núñez Navarro, labrador, de la calle de la Roda, dijo que eran de limpia raza, ni de moro ni judío, y que le tenía por benemérito. No firmaba por no saber. Antón López Montearagón, labrador, del barrio de Cal de Cabras, dijo que eran de limpia casta y generación y jamás había oído que tuviese impedimento, que había vivido con toda virtud desde mozo, aplicado a las letras y a la iglesia. No firmaba por no saber.

El 23 de febrero de 1586 el Notario Receptor Hierónimo de Rosales, dio fe que había hecho las averiguaciones y se había informado, no hallando en la información nada ni nadie en su contra, ni en contra de lo que los testigos decían, y que era *benemérito* en Lora. El escribano público de Lora, don Francisco de Ozana, dio fe de un traslado del libro de bautismo del ordenante en 23 de enero de 1558.

El 13 de marzo era fechada la última diligencia. Una vez cumplidos todos los trámites y requisitos se remitía toda la documentación, hecha tanto de oficio como a instancia del ordenante, *cerrada y sellada* y firmada por el Notario Secretario Hieronimo Ortega, a la Audiencia del Provisor en el Palacio Arzobispal de Sevilla. Una vez recibida y *vista la información de la genealossia y dezendencia del ordenante, de su vida y costumbres* se remitía la documentación para el examen de letras, ceremonias, misa y canto. Firmaban el Provisor y el Notario Secretario de la Audiencia.

Aunque las quejas por el número excesivo de clérigos fueron constantes, las ordenaciones seguían y a veces eran masivas. Sobre todo en sede vacante se producía la avalancha de peticiones. A la muerte de don Rodrigo de Castro (año 1600), vemos al Cabildo sede vacante dando licencia al Obispo de Guatemala para que ejerciese los actos pontificales y celebrase órdenes en la ciudad y su Arzobispado el tiempo que estuviere en Sevilla. Y que actuase conforme al Concilio de Trento haciendo las órdenes en la Santa Iglesia Catedral, ordenando tanto de órdenes mayores como menores sólo a los que trajesen breves del Nuncio para ordenarse, y a los que tuviesen reverendas de otros Obispos previamente refrendadas y administradas por el Provisor.⁷¹⁵

Aunque también algunos Prelados se significaron por su liberalidad en las ordenaciones, el caso más conocido es el de don Fernando Niño de Guevara que tras tomar posesión del Arzobispado celebró en las témporas de Santa Lucía de 1601 unas ordenaciones tan notables y numerosas, de las que se hacen eco Pablo Espinosa de los Monteros, Alonso Sánchez Gordillo y Ortiz de Zúñiga, que comenzaron al amanecer y acabaron casi a media noche. Se ordenaron en total 408 clérigos y religiosos y se consagraron muchas aras para distintas iglesias del Arzobispado.

⁷¹⁵ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287(3). Autos capitulares en sede vacante de Rodrigo de Castro, 1600-1601.

Las ordenaciones por parte de los obispos *ex nullius* sin permiso del Ordinario estaban a la orden del día, pues, en ausencia de otras rentas, vivían de este tipo de servicios. El 17 de enero de 1624 decidieron los canónigos sede vacante sobre las órdenes hechas por el Obispo Pedro Luis de Camargo en Santiponce. Previamente, mandaron salir del capítulo al canónigo Luis de Tapia, que era hermano del Obispo, y lo acusaron de haber incurrido en las penas del derecho por administrar órdenes irregularmente. Cometieron a varios canónigos para que hiciesen información del caso y el Secretario del Cabildo trasladó al Provisor el mandamiento para que hiciese información de los ordenantes y de los ministros que acompañaron al Obispo.

El Provisor fue prendiendo a los que halló culpados e intimó al Obispo cómo había venido a noticia del Cabildo en sede vacante que había ejercitado y ejercía actos pontificales en la ciudad y dentro de su diócesis sin licencia, siendo necesaria por derecho y por decreto del Santo Concilio de Trento. Y que si tenía algún privilegio o facultad especial para ejercer órdenes y actos pontificales sin licencia, que los presentase ante el Cabildo para ser vistos y proveer justicia. Este mismo año el Obispo Camargo también hizo órdenes sin licencia en Castilleja y Tocina, y el Provisor de nuevo abrió información sobre el caso por orden del Cabildo sede vacante.⁷¹⁶ Después, el Obispo pidió al Provisor que le diese licencia para decir dos misas de pontifical, pero el Cabildo no se la concedió por haber hecho órdenes sin su permiso.

El 23 de marzo de 1624 *platicaron* sobre lo que harían con los cinco racioneros de la Catedral que habían sido ordenados en esta hornada. Dos de ellos, Francisco Gil de la Mota y Juan de Quirós, pidieron después que dispensasen con ellos por haberse ordenado sin permiso de su Ordinario, y el Cabildo cometió su petición al Provisor para que viese si era conforme al santo Concilio de Trento y les alzase la suspensión poniéndoles las *penitencias saludables*.

También tenemos noticia de otro Obispo *ex nullius* que se dedicaba a hacer órdenes en territorios supuestamente exentos del permiso del Ordinario. El Obispo de Centuria había publicado órdenes en Castilleja *intra diócesis*, habiéndosele notificado por parte del Cabildo sede vacante que no ejerciese los actos pontificales en el Arzobispado.⁷¹⁷ Pero el Obispo siguió adelante en su empeño, y el Cabildo cometió a su Provisor y Juez de la Iglesia para que informasen y prendiesen a los ordenantes así como a los ministros que participasen y a los criados del Obispo, y en definitiva que tratasen de estorbar en lo posible las ordenaciones. Se cometía a los dos jueces porque el Provisor entendía en los delitos cometidos por los clérigos de órdenes mayores y el Juez de la Iglesia en los delitos cometidos por clérigos de órdenes menores.

También decidieron en esta sede vacante que el Secretario intimase al Obispo de Bona para que no hiciese órdenes ni ejerciese actos pontificales en la diócesis sin licencia del Cabildo sede vacante. Sobre las ordenaciones clericales tenía el Ordinario un control que ejercía a través de su Provisor, así como en la concesión de dispensas, que era una competencia que se reservaba el Prelado. El 6 de marzo de 1624 el Cabildo sede vacante dictó un auto, del que se le envió copia al Provisor don Luis Manuel, para que no admitiese breves del Nuncio ni se ordenasen más que los que estuviesen *coartados* conforme al Concilio de Trento, guardando las reverendas que debían y no

⁷¹⁶ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

⁷¹⁷ *Ibidem*.

excediendo de ellas.⁷¹⁸ El Provisor contestó que no era su intención que se ordenasen los que no estuviesen *coartados* y que él no había hecho nada sin saberlo el Cabildo.

Finalmente, el capítulo cometió al canónigo magistral don Francisco de Melgar, para que viese las peticiones de los ordenantes. También decidieron que si el Provisor hubiese hecho alguna cosa contra este decreto que se le notificase que no procediese adelante, y *que no haya órdenes por haber hecho tantos en tan breve tiempo*.⁷¹⁹ Pues se ve que también el Provisor actuaba más allá de lo permitido por el Cabildo en la expedición de licencias; era tal la tendencia a la extralimitación de funciones y a la concesión de *gracias* que las *excepciones* hacían inútil cualquier tentativa de regular y limitar las ordenaciones.

El mecanismo parecía ser siempre el mismo, el Prelado o el Cabildo sede vacante perseguía la ordenación irregular sin permiso del Ordinario. Acto seguido el Provisor castigaba con la suspensión y el Ordinario mandaba que se dispensase previo pago de la absolución, con lo cual la benevolencia de la pena dejaba la puerta abierta a los sucesivos incumplimientos. Parece que lo realmente importante no era el control de las ordenaciones, sobre las que había abundantes y repetidas quejas por el gran número de clérigos existentes⁷²⁰, sino el acto de desobediencia y burla a la jurisdicción que implicaba esa conducta. Por esto, la sentencia de suspensión implicaba un castigo por la desobediencia y la posterior vuelta al redil con la petición de absolución y concesión de dispensa, previo pago de la tasa correspondiente en concepto de penitencia.

En la sede vacante de don Pedro de Castro (1624), el Provisor intervino porque algunos clérigos de la diócesis se habían ido a Cádiz para ordenarse sin reverendas; el Cabildo los dispensó y cometió al Provisor para que los despachase. A veces se recibían peticiones de reverendas de clérigos de Jerez para ir a ordenarse a Cádiz, pues el viaje era mucho más corto.⁷²¹

También un grupo numeroso de clérigos fue a ordenarse a Roma sin reverendas de su Prelado y después obtuvieron dispensa del Nuncio por la irregularidad en que habían incurrido, habilitándolos para ejercer sus órdenes. Este asunto irritó sobremanera al Cabildo sede vacante, celoso de su jurisdicción, que cometió al canónigo doctor Alva para que lo estudiase y viese lo que se podía hacer. Todas las peticiones de los clérigos ordenados en Italia las cometieron al Provisor para que determinase sus causas y después volviesen al Cabildo para que los habilitasen. Entre ellos estaba Juan Gallego, Hernando Medina y Juan Baptista Bornero, que finalmente consiguieron la dispensa, cumpliendo las condiciones impuestas por el Cabildo: ser naturales de la diócesis, tener capellanía que asegurase la congrua sustentación, ser castigado por el Provisor con una penitencia *saludable* y pedir la absolución y la dispensa al Cabildo.

Después, cometieron al canónigo Melgarejo para que hiciese un informe sobre lo que el Cabildo podía dispensar con los ordenados en Roma sin recurrir al Nuncio. Y mandaron que los examinasen de suficiencia y teniendo capellanía los remitiesen al

⁷¹⁸ *Ibidem*.

⁷¹⁹ *Ibidem*.

⁷²⁰ Véase DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad española del siglo XVII*. Tomo II. Granada, 1992, p. 69 y siguientes.

⁷²¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

Provisor para que los despachase, pues por ser cosa de gracia se lo reservaba el Cabildo. El Cabildo hizo gracia a todos los ordenados en Roma sentenciados por el Provisor, remitiéndoles todas las suspensiones que les tenían impuestas por sus irregularidades. El 30 de enero de 1624 dispensaron y habilitaron a Juan Bernal, sobrino del fraile mercenario Bernal. El 15 de marzo, previa petición de dispensa y pago de derechos por parte de los interesados, habilitaron a Juan Gallego, Benito de la Mata, Bartolomé de Cárdenas y Juan Naranjo Carrasco, todos ordenados en Roma y naturales del Arzobispado de Sevilla. El Cabildo daba su consentimiento siempre que estuviesen previamente castigados por el Provisor, tuviesen capellanía y los demás requisitos.

El miércoles 27 de marzo el Cabildo *hizo gracia* a Juan García Bernal quitándole cuatro meses de suspensión de la condena del Provisor y lo remitió a este para que siendo suficiente le diese licencia para celebrar, *por cuanto constó ser virtuoso y natural de la ciudad*.⁷²² Otro caso era el de Domingo Alonso, que se ordenó en Roma sin reverendas y se le suspendió por dos meses del ejercicio de sus órdenes; el Cabildo le dispensó y mandó que el Provisor lo despachara. El lunes 1 de abril continuaron las dispensaciones y proveyeron que todos los ordenados en Italia, sentenciados por el Provisor y naturales del arzobispado, se habilitasen para el ejercicio de sus órdenes y en particular se dispensase con Francisco Prieto.

La intromisión del Nuncio en las dispensas y en la concesión de reverendas y permisos agravaba el ya de por sí difícil problema de controlar y limitar el número de ordenaciones. Por esto, el Consejo Real proveyó, a instancias del Fiscal de su Majestad, que para evitar los abusos en las ordenaciones en sede vacante, no se admitiesen Breves del Nuncio para hacer órdenes dentro de estos períodos, por ser contra el Concilio de Trento, y que se recogiesen las que se hubiesen dado. El Cabildo cometió al doctoral Francisco Melgar para que lo viese y refiriese en capítulo. Después, determinaron que no se hiciera novedad en esto, porque el inconveniente que pretendía atajar el Consejo con su provisión implicaba la desobediencia a su superior jerárquico, representante del Papa en los Reinos de España.

El Cabildo sede vacante debía navegar entre la desobediencia al Rey o al Nuncio del Papa, la solución que se adoptó fue que el Provisor despachara los breves de dispensa del Nuncio que se le presentasen, siempre que fuesen por causas justificadas, pues se presumía su buena, y de lo contrario no concederían excepciones para que se impidiese el que se ordenasen clérigos insuficientes.

Otro motivo de impedimento para recibir órdenes era no poseer el patrimonio exigido para tener una renta que permitiera una sustentación decente, era la llamada *congrua*. En la sede vacante de don Pedro de Castro (1624), Jacinto de Torres pidió licencia para ordenarse a título de patrimonio, que era gracia que concedía el Ordinario y despachaba el Provisor. Pedro Bueno, que se había ordenado en Roma y fue dispensado por el Nuncio pedía ahora licencia para celebrar, pero por no tener capellanía debía exhibir los títulos de al menos 50 ducados de renta de patrimonio para su congrua sustentación; el asunto se cometió al Provisor para que despachase la dispensa.

⁷²² *Ibidem*.

En marzo de 1624, se recibieron numerosas peticiones para órdenes de capellanías *coartadas*. Martín Rodríguez de Villaraza decía que tenía una capellanía de 19.000 maravedíes de renta y pedía que el Cabildo lo dispensase en los mil que faltaban para cumplir con las condiciones de la congrua sustentación. El Cabildo lo dispensó y mandó que el Provisor lo despachara. El miércoles 28 de febrero de 1624, Miguel García, ordenado en Roma, pidió que porque la capellanía que servía era *muy tenue* le permitieran suplir lo que faltaba con patrimonio y cometieron al canónigo Salto para que lo viese.⁷²³ También dispensaron con Antonio Benito, pues de la capellanía a cuyo título se quería ordenar le faltaban 1.500 maravedíes para los 20.000 necesarios para ordenarse. Las peticiones de capellanías *coartadas* se repitieron en esta sede vacante. Otros pedían reverendas para irse a ordenar a otra diócesis con capellanías *coartadas*; caso de Jerónimo Andrés, que aducía que se cumplía el tiempo y tenía que marcharse a ordenar y Juan de Guerra y Pedro Alonso Castillejo, que tenían capellanías *coartadas* y pedían reverendas para irse a ordenar fuera de la diócesis. Todos estos casos fueron cometidos al canónigo doctoral para que los viese y emitiese su informe al Cabildo. Sobre los religiosos regulares informó el canónigo don Félix de Guzmán que los que trajesen reverendas de sus superiores el Cabildo los podía examinar y aprobar, por cuanto venían dispensados por los privilegios que tenían sus religiones. El Cabildo mandó que el Provisor los despachase de la manera indicada.

Así pues, para controlar la calidad y vocación de los aspirantes a ordenarse se hicieron numerosos cánones y disposiciones. Poseemos una serie de documentos formados por edictos y diligencias de información de vida y costumbres para conceder las órdenes que nos pueden arrojar alguna luz sobre el tema. Como ya vimos, las diligencias para ordenarse comenzaban con la petición del solicitante ante el Provisor. Después, éste emitía un Edicto en letra de molde, firmado por él y por el Secretario de Cámara del Prelado, por el que mandaba realizar averiguaciones y publicarlo en la iglesia del lugar en tres domingos o días de fiesta consecutivos en la misa mayor en el momento del Ofertorio.

Veamos otro ejemplo del año 1636⁷²⁴. El miércoles 9 de enero, el Provisor y Vicario General doctor don Dionisio de Monservan mandó publicar un edicto en letra de molde dirigido a todas las personas eclesiásticas y seculares, vecinos, moradores, estantes y habitantes de Marchena, en el cual les hacía saber que ante él se había presentado Antonio Corso, clérigo de órdenes menores, que dijo ser hijo legítimo y que, *para servir a dios nuestro señor tenía intención de ser promovido a la milicia clerical hasta presbítero*. En el Edicto, que iba firmado por el mismo Provisor y por el Secretario de Cámara del Prelado, licenciado Cruzado Caballero, el clérigo pedía humildemente que se le admitiese y examinase para ordenarse de evangelio.

Tres días después, el sábado 12 de enero, el aspirante le presentó el Edicto al vicario de Marchena, licenciado Alonso Ximenez de Montiel, en el que se le cometían las diligencias de información. Comisión que aceptó y firmó, dando fe de ello el Notario Receptor Juan Parrado, que había sido enviado por el Provisor para dar fe de todas las diligencias que se practicasen. El domingo 13 de enero, y los dos domingos siguientes 20 y 27 de enero, el cura Juan López Alacid leyó y publicó el citado Edicto en la Iglesia Mayor Parroquial del señor San Juan, en el momento del Ofertorio de la misa mayor.

⁷²³ *Ibidem*.

⁷²⁴ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados, Legajo 2. Edictos para ordenarse. Escrutinio de Antonio Corso.

El lunes 28 de enero certificaba el cura con su firma, al dorso del Edicto, que se había publicado y que no había habido impedimento de nadie contra el aspirante Antonio Corso, además, daba fe que frecuentaba los santos sacramentos y sus órdenes muy a menudo y *es hombre quieto y pasífico, no hace inquietud... y se puede esperar que pasará con sus ordenes adelante*. Finalmente, el Notario Receptor de la Audiencia del Provisor enviado al efecto, Juan Parrado, daba fe de todo junto al cura y en su presencia.

En el Edicto, el Provisor hacía saber las calidades que debían tener los admitidos al orden, para que fuesen examinados tanto en ciencias como en su vida y costumbres. Y para ser informados al respecto, mandaba, en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor, que todos los que supiesen o hubiesen oído alguna cosa de lo que se contenía en el Edicto lo declarasen y manifestasen ante el Vicario. A continuación enumeraba una serie de ítems sobre la vida y costumbres del aspirante que nos informan acerca de las *cualidades vocacionales* de los ordenados requeridas por la Iglesia, de los motivos mas frecuentes de irregularidad y de los delitos y desviaciones más comunes en los aspirantes que los hacían no aptos para ser admitidos al sacerdocio.

Primeramente se investigaba si se había tenido alguna sospecha del candidato *acerca de nuestra religión cristiana*. Era un prerequisite, y cuestión básica, el que no hubiese ninguna sospecha o duda con respecto a la fe del ordenante. Si había sido públicamente penitenciado o si estaba excomulgado o suspenso quedaba inhábil para recibir órdenes. La penitencia pública era todavía practicada por la Inquisición e incluso por la justicia seglar que sacaba al reo portando signos de humillación por las *calles acostumbradas*. Con respecto a la excomunión suponía una censura eclesiástica que apartaba y excluía de la comunidad cristiana y por supuesto inhabilitaba para ser ordenado.

También era un impedimento el ser públicamente concubinario o *vígamo*, casado dos veces o con una mujer que no fuese *donzella*. Se trataba de ver si el candidato era capaz de mantenerse célibe, pues esta fue por siglos una de las más arduas tareas de la Iglesia. Mantener el celibato de sus miembros era un duro trabajo para la justicia eclesiástica, dada la frecuencia con que se producían *tratos ilícitos* y amancebamientos. Con respecto a la bigamia, era un canon que suponía un residuo de tiempos pasados, cuando estuvo permitido estar casados a los clérigos y se denominaba bigamia a las segundas nupcias después de enviudar.

Otro de los empeños de la institución, en coherencia con lo anterior, era mantener a los clérigos apartados de los comportamientos que supusieran expresión de pulsiones y violencias propias del mundo de los seglares. Por eso se investigaba si el candidato había tenido *casa de tablaje*, de juego público, o si había frecuentado donde las había, y si era jugador, usurero o trataba en mercaderías o en tratos ilícitos y reprobados. Y si se le había visto andar de noche e ir con *hábito indecente*, con armas o comunicarse con personas de mal vivir; si era revoltoso o *bandolero* y si tenía enemistad con algunas personas o era homicida o apóstata.

El juego y la usura como expresión de la ambición material, la enemistad, el homicidio, el ánimo revoltoso y *bandolero*, el portar armas y la violencia criminal eran signos externos y conductas que los hacían aparecer a los ojos de los seglares como

individuos en nada distinto a ellos. También se investigaba si guardaban el *hábito*, pues este era un signo externo de los eclesiásticos y debía estar en coherencia con individuos que por sus comportamientos y virtudes encarnaban y representaban un *estado* distinto y aparte.

Otro de los extremos que se investigaban era si estaba loco con *diluzidos intervalos* o lo había estado, *aunque ahora no lo esté*. Se trataba de un defecto que impedía tomar órdenes, pues los *intervalos* aludían a períodos o brotes de trastornos mentales que aunque pasajeros se sabían recurrentes y por tanto impedían la ordenación. Si era hijo ilegítimo o si había sido fraile no se podía ordenar, pues ambas cosas eran condiciones de *irregularidad*. Con respecto a la congrua sustentación del aspirante se preguntaba si sabían que la capellanía o patrimonio a cuyo título se querían ordenar *la aya avido, procurado y adquirido por trato ilícito o de simonía* o si la tenía en confianza, solamente para ordenarse, y el título era fingido o disimulado. La cuestión de la *congrua sustentación* se convirtió con el tiempo en uno de los requisitos fundamentales para ordenarse, pues la pobreza y el delito a menudo iban unidos. En este sentido, se les preguntaba a los testigos, y el vicario indagaba, si la capellanía a cuyo título se quería ordenar valía por lo menos 20.000 maravedíes.

En cuanto a los que se iban a ordenar de primeras órdenes, de corona y grados, se preguntaba si se esperaba que tendrían suficiencia para las demás órdenes, pues otro de los problemas recurrentes era el bajo nivel de formación del clero. Con esta cuestión se planteaba el problema en toda su crudeza, muchos de los ordenados de órdenes menores después no eran capaces de *suficiencia* al ser examinados para las siguientes órdenes.

También se preguntaba si habían frecuentado la penitencia y el santísimo sacramento del Altar y si habían ejercitado las órdenes menores que antes habían recibido. Por último, si el candidato daba buen ejemplo a todos con su asistencia a la iglesia, con la obediencia a los sacerdotes y con la reverencia a los que tenían órdenes superiores a la suya. La obediencia era otra de las virtudes que se valoraban para un aspirante a ser ordenado, en realidad era un valor central del discurso religioso, sobre el que se insistía tanto para legos como para clérigos.

Para diácono o subdiácono se preguntaba si habían ejercitado los ministerios de sus órdenes, si habían vivido con honestidad, si se esperaba que siguiesen viviendo y si habían comulgado a menudo los domingos y fiestas principales; y para los diáconos si habían ejercitado su oficio dentro de la iglesia. Para los que iban a ser ordenados de presbítero, se insistía en la vida ejemplar, *con tanta piedad y honestidad y virtud que se puedan esperar de él grandes ejemplos de buenas obras y consejos saludables para el alma*. De nuevo se inquiría si había frecuentado de ordinario el santísimo sacramento del altar y si había ejercitado el oficio de diácono diciendo el Evangelio, enseñando la doctrina cristiana y practicando los demás actos de sus órdenes.

Finalmente, si alguien sabía algún otro impedimento de sus padres o abuelos, paternos o maternos, por el que no pudiese ser admitido al orden que pedía, que acudiese a decirlo ante el Vicario y lo declarase ante un Notario o clérigo presbítero sin sospecha que no fuese deudo del ordenante, pariente consanguíneo ni en afinidad, amigo ni enemigo. Si no se quisiese declarar ante el Vicario y Notario se dejaba abierta la posibilidad de declararlo por escrito y enviarlo al Provisor.

Terminada la publicación del Edicto, y leído en la iglesia ante la comunidad de parroquianos tres domingos seguidos, se encargaba al Vicario que hiciera en el plazo de tres días, de oficio y secretamente, información con seis o más testigos. Éstos debían ser personas honradas y de buen vivir, que tuviesen noticia de la calidad, vida y costumbres del ordenante y que por su edad hubiesen conocido a sus abuelos paternos y maternos. A estos se les preguntaba, bajo juramento, por todas las cuestiones del interrogatorio y que declarasen si el ordenante era de legítimo matrimonio y si padecía alguno de los defectos que se contenían.

Todas estas manifestaciones, y el parecer del Vicario con juramento acerca de la vida y costumbres del aspirante y de los ítems que se contenían en el Edicto, así como la fe de bautismo para comprobar su edad, y si no hubiese libro de bautismo por información, y todos los autos, se enviaban originalmente en un sobre cerrado y sellado al Provisor con una persona de confianza que no fuese parcial del ordenante, guardando el Vicario y el Notario el secreto de lo que se manifestase ante ellos.

Y en este punto *se encargaba* la conciencia del Vicario para que todo lo que dijese los testigos fuese secreto y no revelado, pues se trataban materias de limpieza de sangre y legítima generación susceptibles de ser utilizadas contra los aspirantes. Después, se mandaba al cura más antiguo que leyese y publicase el Edicto, o lo hiciese leer y publicar, de *verbo ad verbum*, en tres domingos o fiestas en la misa mayor al tiempo del Ofertorio. Además de la lectura del Edicto, se mandaba aportar fe de si hubo impedimento, comprobado por el Notario, y fe de bautismo, así como certificación del comisario de cómo ejercitaba sus órdenes. Para los que se querían ordenar de corona, debían además jurar que lo pedían con ánimo de ser clérigos y no para defraudar la jurisdicción y patrimonio real.

El lunes 4 de febrero de 1636, el Vicario comenzó a recibir información de testigos a la luz de los ítems del interrogatorio que se incluía en el Edicto. Comparecieron Melchor de los Reyes, presbítero de 66 años, el bachiller Antón Gil Benjumea, presbítero de 54 años, Luis Ponce de Vega, presbítero de 36 años, Miguel de Santana, presbítero de 58 años, Raymundo de Bargas, presbítero de 34 años y Domingo de Góngora, presbítero de 34 años. Todos eran eclesiásticos, circunstancia que junto a la edad los abonaba como testigos, vecinos de Marchena y compañeros, lo que aseguraba el trato y conocimiento del candidato. Todos declararon en parecidos términos y firmaron su declaración.

Que sabían que Antonio Corso era hijo legítimo de Gaspar Corso y María Espinosa, su mujer legítima; que era vecino de la villa y los más ancianos conocieron a sus abuelos. Esto último era importante porque el motivo de irregularidad podía provenir de los abuelos maternos o paternos. Afirmaban que el ordenante era virtuoso, de buena vida y costumbres y que no tenía ninguno de los defectos que contenía el Edicto. Que frecuentaba los santos sacramentos, asistía al servicio del Altar y Coro con puntualidad en su iglesia, gozaba *quieta y pacíficamente la capellanía por la que se ordenó sin contradicción de persona alguna* y tenía la aprobación de todo el clero. En definitiva, que ejercía sus órdenes y no sabían de ningún impedimento por el que no pudiese ser admitido a las órdenes que solicitaba, lo sabían pues lo trataban y eran compañeros suyos.

El sábado 9 de febrero el Vicario certificó y dio su parecer: *digo que Antonio Corso, subdiácono, es clérigo quieto, que a exercitado sus ordenes i en lo demás se remite a los autos*. Firmaba la carta, y, cerrada y sellada con lacre, la enviaba al Provisor. Al llegar la documentación a Sevilla, el Secretario de Cámara del Prelado anotó de su puño y letra en la sobrecarta: *probanza de vida y costumbres de Antonio Corso, clérigo presbítero vecino de la villa de Marchena, bastante. El señor Provisor de Sevilla y su Arzobispado. Para evangelio en 12-2-1636, tiene buenos recaudos para evangelio. Désele cédula de examen. Firma: El Secretario Crusado Caballero*. El Secretario de Cámara del Prelado, tras la consulta con el mismo Arzobispo si estuviese en Sevilla, daba por suficientes las informaciones y las remitía al Provisor para que le diese la cédula de examen. Con esta pasaría por la Mesa de Examinadores que lo examinarían de latinidad y misa.

También se podía responder a la solicitud del ordenando contestando al margen con un *no ha lugar* o bien solo con la palabra *visto*. Esto quería decir que no daban por suficientes las probanzas, bien porque había sospechas o bien por los informes del Vicario o por otras informaciones. Si el ordenando reclamaba no se le admitía apelación y se le daban las explicaciones de palabra. No cabía recurso de fuerza porque se trataba de la concesión de una gracia y el Concilio de Trento, que era ley en el Reino, permitía al Obispo proceder *quomodolibet, etiam extrajudicialiter*.⁷²⁵ Esto también se recogía en una decretal anterior del papa Lucio III, se trataba del procedimiento denominado *ex informata conscientia*, el más sumario de todos.⁷²⁶ Se usaba para no promover a los sagrados cánones al que fuera indigno, aunque el delito fuese oculto; o para suspender al ya ordenado impidiéndole ejercer las órdenes, privándole de honores, grados y dignidades.

Este procedimiento concedía al Juez poder absoluto y excluía cualquier tipo de apelación o derecho de alegación, el único juez del que se podía esperar justicia en caso de uso indebido del procedimiento era Dios, así se desprende del siguiente texto: *se trataba de un arma terrible en manos de los Obispos, sus efectos pueden ser mortíferos e irreparables y el Prelado que así procede tiene un Juez inexorable a quien nada oculta y que juzga irremisible a todos los jueces*.⁷²⁷

Con respecto al espinoso tema de la demostración de congrua sustentación como condición para ordenarse, es decir, tener bienes con los que poder mantenerse. A veces los bienes eran entregados en donación por algún familiar e incluso a cambio de una devolución ventajosa, con lo cual se trataba de un préstamo simulado. Tenemos testimonio de cómo Rodrigo Alonso, presbítero de la villa de Burguillos hizo donación, a Juan Matías, vecino de la localidad, de unas casas con todas sus pertenencias que tenía en la villa, que lindaban con la calle Real, que estaban valoradas en 30.000 maravedíes, otro par de casas en la misma villa que valían 25.000 maravedíes, tres bueyes valorados en unos 8.000 maravedíes y una huerta que valía 40.000 maravedíes, todos los bienes sin carga ni tributo, por las buenas obras que había recibido de él.⁷²⁸ Sin embargo, en

⁷²⁵ Como quiera, de cualquier modo.

⁷²⁶ *Decretales. Magnam Societatum, una cum Gregorio Ferrario et Hieronymo Franzino*, Venetiis, 1584. Ad aures nostras, cap. 5, tit. 11, libro 1º.

⁷²⁷ Véase GÓMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. 2 Tomos. Madrid, 1868.

⁷²⁸ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 1021.

otro documento vemos que en realidad era un préstamo, pues Juan Matías se comprometía a devolverlos después de ordenado.⁷²⁹

3.3.5.- El disciplinamiento eclesiástico

Uno de los empeños más insistentes por parte de la jerarquía eclesiástica fue disciplinar la imagen exterior de los eclesiásticos, reglamentando en los cánones de manera que nada se saliese de las normas para que el aspecto no invitase a los deseos libidinosos. Todo había estar en el orden de la contención de las pulsiones. Y a tal fin se prohibían una serie de actividades que se consideraban inapropiadas para los eclesiásticos. La disciplina antigua prohibió que los clérigos fuesen carniceros, taberneros, juglares ni bufones.⁷³⁰ También se prohibió la asistencia a las carreras de caballos, a las bodas, fiestas, bailes y espectáculos donde se mostraban las *indecencias de los histriones*.⁷³¹ Hasta las leyes civiles prohibieron a los clérigos la asistencia al teatro⁷³², y en las fiestas de natalicios y otras semejantes se aconsejaba que se despidiesen del convite antes de entrar los tímicos (histriones), pues ya que no se podían evitar los abusos al menos que los sacerdotes no los sancionasen con su presencia y los desautorizaran marchándose. También se prohibió que los presbíteros y diáconos e incluso los ordenados de menores, lectores, salmistas, exorcistas y ostiarios, y en general todos los que hubiesen hecho voto de castidad, entrasen en las tabernas, a no ser que fuesen de camino y tuviesen necesidad.⁷³³ Finalmente se encarecía a los clérigos para que fuesen compasivos y no se mofasen de los cojos o sordos o de cualquiera *cuya marcha sea viciosa*.⁷³⁴

Otro de los comportamientos repetidamente perseguidos en los clérigos eran los relativos a la práctica de juegos, pues causaban mal ejemplo. En los sínodos se advertía que los eclesiásticos se abstuvieran de jugar a dados, naipes, pelota ni otros juegos que causaren escándalo, ni asistieran donde se jugaba ni consintieran que se jugase en sus casas. En la disciplina antigua se castigaba el juego y la embriaguez con la deposición o cese en su ministerio.⁷³⁵

En el discurso religioso la relación entre la incontinencia oral, la gula y la embriaguez, y la incontinencia sexual era constante. A los ayunos y abstinencias les correspondía la castidad y la contención de los deseos sexuales. Se aconsejaba a los eclesiásticos comer con modestia y *temor de Dios*, siendo sobrios, tanto privadamente como con público, para poder de este modo reprender la intemperancia ajena. Y aludiendo a las Escrituras se recordaba que así como los reyes no debían beber vino

⁷²⁹ *Ibidem*, fol. 1022.

⁷³⁰ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. II Concilio Cartaginés, canon XII.

⁷³¹ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés, canon XII; Concilio de Cartago, canon XI.

⁷³² *Ibidem*, II Concilio Cartaginés II, canon XII; I Concilio de Arlés, canon V y canon LIV.

⁷³³ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés, canon XII; Concilio de Antioquia, canon XXIV; III Concilio Cartaginés, canon XXVII; II Concilio Cartaginés, canon XXVII; IV Concilio de Jerusalén año 58, canon LIII.

⁷³⁴ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés, canon XII; IV Concilio de Jerusalén año 58, canon LVI.

⁷³⁵ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés, Canon XII; IV Concilio de Jerusalem año 58, Canon XLII.

para no olvidar la sabiduría y torcer la justicia, los presbíteros y diáconos en igual medida, pues eran los dinastas de la Iglesia después de Dios y su Hijo.⁷³⁶

Otra conducta considerada inadecuada para los eclesiásticos era toda aquella que tuviese que ver con la magia y el encantamiento. Así se prohibía que hicieran *filacterios*, entendiendo por esto los *ligamentos de almas* hechos con amuletos contra las enfermedades. Ciertos cultos paganos hacían curar las enfermedades con palabras e intentaban librar de las desgracias pronunciando sortilegios que destruían poderes y hacían inútiles los maleficios. Estos amuletos podían ser un trozo de vitela o pergamino con ciertos caracteres escritos, o con una oración, también una piedra preciosa, huesos de algún animal reducido a polvo, una hoja de plomo o estaño sobre la que se escribía alguna palabra o una figura obscena, etc. Otra práctica consistía en colgar estos amuletos del cuello de los niños para que les sirviesen de preservativo contra las miradas de algunos *envidiosos* o de alguna vieja. Este tipo de prácticas resistió la cristianización y se conservó y pervivió entre los legos, pero estos cánones lo deploran en los clérigos, pues suponían creencias mágicas competidoras. Lo único que se les permitía a los clérigos era llevar con ellos el Agnus Dei u otra cosa bendita por las oraciones de la Iglesia.⁷³⁷

Solicitar pleitos en las audiencias seculares se consideraba una conducta *escandalosa y de mal ejemplo*, así que se advertía que ningún clérigo de orden sacro solicitase ni tratase pleitos ajenos en los tribunales eclesiásticos ni seculares sino fuere *en los casos que el derecho permite*. En cuanto a la castidad, no sólo se trataba de guardarla sino también de apartar toda sospecha de incontinencia. Sin duda era uno de los elementos esenciales pues se trataba de un sacrificio con gran capacidad para generar fuerza sacral. La incontinencia sexual era sin duda uno de los delitos de eclesiásticos que más escándalo provocaba y que aún hoy día más nos sorprende. Los frecuentes amancebamientos de clérigos fueron perseguidos por los jueces eclesiásticos con poco éxito. Desde la antigüedad los mandatos se repiten prácticamente en cada Concilio, lo que demuestra la fuerte resistencia que se oponía a su cumplimiento y la tenacidad de la Iglesia en tratar de que se cumpliesen:

prohíbe enteramente el santo concilio que se permita bajo ningún concepto al Obispo presbítero o diácono ni a clérigo alguno tener en su casa mujer extraña, como no sea su madre, hermana o tía paterna o materna: por que en estas solas personas y en otras semejantes cesa toda sospecha procedente de las mujeres, y el que lo contrario hiciere correrá peligro de ser depuesto de su clero.⁷³⁸

Ya en la disciplina antigua se prohibía que los clérigos habitasen en compañía de mujeres extrañas. Sólo se les permitía que lo hicieran en compañía de sus madres, abuelas o tías por parte de madre o de padre, hermanas y sobrinas carnales, y siempre que fuese por necesidad y que estuviesen juntos antes de ser ordenados. También admitían a las nueras de los clérigos si se casaren sus hijos después de ordenados los padres y fuesen llevados a su casa por falta de siervos o por necesidad.⁷³⁹

⁷³⁶ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés, Canon XII; Concilio de Antioquia, canon XXIV; III Concilio Cartaginés, canon XXVII; II Concilio Cartaginés, Canon XXVII; IV Concilio de Jerusalén año 58, canon L, De los vinolentos.

⁷³⁷ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés, Canon XII; Concilio de Agde, cánones XXXVI, LXVIII.

⁷³⁸ *Ibidem*, Concilio de Nicea, canon III, De las mujeres subintroducidas; III Concilio Cartaginés, canon XVII.

⁷³⁹ *Ibidem*, II Concilio Cartaginés, canon XVII.

Estas mujeres extrañas se denominaban en los cánones con diferentes términos, como *straneae*, *subintroductae*, *hermanas agapetas*, *adoptivas* o *compañeras*. El objeto de esto era apartar no solo del delito sino de las sospechas a que estas mujeres pudiesen dar lugar, pues la imagen proyectada sobre los seglares era un elemento básico en la formación y mantenimiento de la autoridad de los clérigos. San Agustín no quiso admitir en su casa a una hermana, no obstante era viuda religiosísima, ni tratarse con otras parientas muy inmediatas, pues aunque de este trato no pudiera sospecharse, sin embargo *la maledicencia podía cebarse en las criadas*. Otros cánones insistían en la deposición de los obispos, presbíteros o diáconos que cometiesen fornicación⁷⁴⁰ y trataban de mantener a los clérigos lejos de las vírgenes y de las viudas para mantenerles alejados no solo de la tentación de la carne sino de las habladurías de los legos.⁷⁴¹ También encontramos condenado el delito de raptó, si se trataba de legos con el anatema y si se trataba de clérigos con la deposición de sus órdenes.⁷⁴²

En el arzobispado de Sevilla una de las competencias del Provisor con más clara repercusión sobre la imagen pública de la institución clerical fue la persecución del delito eclesiástico. Hasta el punto de que en algunos momentos el mantenimiento de la disciplina eclesiástica, junto con el disciplinamiento de los legos, fue una auténtica obsesión para los prelados. Y no sólo para los prelados, puesto que ya desde el siglo XIV se establecieron en Castilla leyes civiles contra los clérigos amancebados. En ellas se afirmaba que los ministros de la Santa Iglesia eran elegidos por Dios y en ellos debía haber toda limpieza, así que si ensuciaban el templo consagrado con malas mujeres teniendo mancebas públicamente, éstas serían condenadas a pena de un marco de plata y destierro de un año de la ciudad la primera vez.⁷⁴³

Lo mismo se estableció para los hombres seglares casados y amancebados. Los Reyes Católicos legislaron para atajar el frecuente y grave problema de los clérigos amancebados. Así, dispusieron que si la justicia real tuviese noticia de que algún clérigo tenía manceba pública en su casa hiciesen información, y el Alguacil, con un mandamiento para entrar en casa del clérigo a buscarla, prendiese a la manceba. Y esto a pesar de la carta que habían dado en 1487 a favor del clero de Segovia para que las justicias seglares no entrasen en sus casas a buscar a las mancebas. Además, mandaron que ninguna mujer casada fuese tenida por manceba de clérigo o fraile, salvo si fuese soltera y tenida por el clérigo como manceba pública. Y en caso de mujer casada que no fuese tenida por manceba de clérigo a no ser que su marido la quisiese acusar. También establecieron que las mancebas o barraganas de los clérigos fuesen castigadas la primera vez con penas pecuniarias y no con penas corporales como el destierro y la prisión.⁷⁴⁴ Como se ve se hacía recaer la culpa exclusivamente en las mujeres.

⁷⁴⁰ *Ibidem*, I Concilio de Cartago, Canon XXV, Depóngase al obispo presbítero o diacono a quien se le probare haber cometido fornicacion.

⁷⁴¹ *Ibidem*, I Concilio de Cartago, Canon XXV, Que los clérigos y continentes no visiten solos a las vírgenes o viudas.

⁷⁴² *Ibidem*, Concilio de Calcedonia, canon XXVII.

⁷⁴³ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805, Don Juan I en Briviesca año 1387, ley 19. Repetida por don Fernando y doña Isabel en Toledo año 1480, ley 69 y en Madrid, año 1502.

⁷⁴⁴ *Ibidem*, Don Fernando y doña Isabel en Sevilla por Pragmática de 1491 y 1502; y en Córdoba a 18 de agosto de 1491.

No obstante lo proveído en este capítulo, los Reyes Católicos lo repitieron y recordaron en 1480 en el Ordenamiento Real de Toledo, pues las ciudades se quejaban de que la citada ley no había producido el efecto que se deseaba, y manifestaron su intento de pedir a Su Santidad que diese ordenes para corregir a los clérigos de corona.⁷⁴⁵ Y en efecto hicieron la súplica y el Papa Alexandro VI expidió dos Bulas en los años 1493 y 1502 sobre el hábito y tonsura de los clérigos de menores. Y aunque los prelados la publicaron en sus diócesis, según podemos ver en el Libro de Bulas impresas de los Reyes Católicos de 1503, se siguieron ignorando, por lo que Julio II reiteró el mandamiento:

establecia corona abierta y cabello de dos dedos baxo la oreja y que sea algo mas largo siguiendo muy poco hazia atrás y la ropa encima sea tавardo capriz cerrado o loba entera no abierta ...con tal que sea la ropa tan larga que al menos con un palmo llegue al empeine del pie y que asi tal las ropas de encima como las otras aparentes no sean coloradas ni verdes claras ni amarillas ni de otro color desonesto.⁷⁴⁶

En asunto tan importante el Provisor se encargaba de corregir a los eclesiásticos conforme al Santo Concilio de Trento, y en este orden de cosas conocía de todas las causas criminales contra los clérigos ordenados *in sacris*, tanto por información de visitadores como de oficio o a petición de parte. Esto incluía el proceder contra los beneficiados de la Santa Iglesia Catedral con los adjuntos. Las sentencias del Provisor no eran apelables al Arzobispo porque se consideraba que eran un mismo y único tribunal, pero en sede vacante el Cabildo hacía las veces de instancia de apelación de las sentencias de los jueces ordinarios, y a tal fin diputaba a uno o varios de sus canónigos. Así vemos, a finales de 1580, cómo el Provisor en sede vacante, don Alonso de Revenga, sentenció una causa contra el licenciado Medina, cura de Santa Ana de Sevilla, y éste acudió en grado de apelación y suplicación al Cabildo, que cometió al Prior y canónigo Pedro Vélez de Guevara para que viese el proceso e informase al capítulo para proveer justicia.⁷⁴⁷ Después de visto el informe, los canónigos suavizaron la pena y decidieron que se tratase con el Provisor para que lo soltase de la cárcel y en lo demás que se guardase el tenor de la sentencia.

El Provisor tenía competencias en todos los delitos cometidos por clérigos de órdenes mayores, pues los de menores órdenes eran del Juez de la Iglesia; se trataba de lograr el disciplinamiento eclesiástico haciendo que se cumpliesen los cánones y persiguiendo a los infractores. Las vías de denuncia eran múltiples, el visitador, el cura de la parroquia, un vecino cristiano celoso etc. Tenemos en la sede vacante de don Cristóbal de Rojas un caso curioso e inusual, el Consejo de la villa de Gibraltón

⁷⁴⁵ *Ibidem*, Ordenamiento Real de Toledo en 1480, en el Título 3º, libro 1º, ley 16.

⁷⁴⁶ A.M.S. Sección XII, Inventario del Archivo del Conde de Mejorada, M Tomo 14, Memorias Académicas. Disertación de D. Diego Alejandro Galvez presbitero. En que se prueba haverse celebrado en Sevilla un Concilio Nacional en el año de 1478. Por don Diego Alejandro de Galvez Presbitero Academico Numerario. Leida en la Real Acadamia en Sabado 20 de marzo de 1786. La segunda ley en que se hace mención de este Concilio y Congregación es en la XXIV del citado libro y titulo, en las Cortes de Toledo de 1480 por los RRCC: ley 24 en que es aprobada la ley de Briviesca contra las mancebas de los clérigos, esta ley de Briviesca se encuentra en una pragmática dada por los RRCC en Sevilla y esta en el Libro de Bulas y Pragmáticas. *Se han perdido todos los canones y constituciones de este Concilio Nacional aunque no dudo que se hallaran en Simancas donde se archivaban... incluso hay citados otras Congregaciones o Concilios celebrados en 1480 y 1485, en los autos capitulares de la catedral se dan poderes para enviar procuradores a estas congregaciones... en Cordoba...*

⁷⁴⁷ Véase A.C. S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-1581.

escribió una carta al Provisor pidiendo que abriese una causa al vicario de la villa, al que acusaba de numerosos abusos.⁷⁴⁸ A veces eran los propios clérigos los que escribían al Provisor dando cuenta de una conducta irregular o poniendo de manifiesto con mutuas acusaciones un conflicto de intereses en la iglesia. En 1624 tenemos el caso del clero de Villamartín que en una carta se quejaban de los agravios que le hacía el sacristán mayor, Pedro Alonso, y se cometió el caso al Provisor para que lo viese.⁷⁴⁹ Las denuncias se iniciaban a menudo a instancia de los vicarios foráneos; en 1630 el de Alcalá de Guadaira denunció a un clérigo de menores por haber dado una puñalada en la cara a una mujer. En la denuncia que remitía al Gobernador, Provisor y Vicario General, don Luis Venegas de Figueroa, relataba que mientras la mujer huía el clérigo la perseguía diciendo que *le avia de señalar la cara*⁷⁵⁰.

El Provisor también dictaba mandamientos y edictos, por orden del Prelado, disciplinando el comportamiento de los clérigos, su forma de vestir, su conducta cotidiana, sus relaciones con los seglares etc. Como en la sede vacante de don Pedro de Castro, cuando el Cabildo, tras recibir una petición de los diputados de la ciudad, cometió a su Provisor para que dictase un mandamiento prohibiendo a los eclesiásticos que fuesen en coche por la ciudad, pues se esperaba la llegada del Rey.⁷⁵¹

El disciplinamiento eclesiástico pretendía mantener la imagen externa del clero en aras a conseguir un paradigma de vida creíble para los legos. Para esto se ofrecía como modelo de vida y comportamiento para los seglares:

no ay cosa que más edifique el pueblo que el exemplo y buena vida de los sacerdotes por que como sea gente dedicada a dios y puesta en lugar más alto todos ponen los ojos en ellos teniéndolos por espejo ymitando lo que les ven hacer, y ansi convienen que todo lo que les vieren hacer sea honesto y tenga olor de religión por que las cosas que en otros parescen libianas en ellos son grandes y escandalosas.⁷⁵²

En última instancia se trataba de mantener el control social mediante el ejemplo de vida y comportamiento de los eclesiásticos, que de esta manera se convertían en modelos para los seglares. La imitación del modelo suponía el establecimiento de una cadena de identificaciones, en el origen el paradigma original, el maestro, y a través de la *imitatio* de sus discípulos, obispos y resto del clero.⁷⁵³

La insistencia en el hábito fue una obsesión pues junto con la tonsura era el signo externo que distinguía al clérigo a los ojos de los legos. En los concilios nos encontramos continuas referencias al mantenimiento de la tonsura clerical y en el Arzobispado de Sevilla los sínodos y los Arzobispos mandaron lo mismo. Los beneficiados de la Catedral de Sevilla también se refirieron a esto en los autos

⁷⁴⁸ *Ibidem*.

⁷⁴⁹ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

⁷⁵⁰ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 376. El vicario de Alcalá contre un clérigo de menores, 1630.

⁷⁵¹ *Ibidem*.

⁷⁵² A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Sínodo de don Cristóval de Rojas y Sandoval. 1572. Advertencias que el ilustrísimo señor don Cristoval de Rojas y Sandoval dio a sus clérigos que se leyeron y publicaron en el synodo que su señoría ilustrísima celebro 15 de enero de 1572. Capítulo IV. Que los clérigos no jueguen

⁷⁵³ ELÍADE, M.: *Lo sagrado y lo profano*. Madrid, 1981. p. 62. El autor mantiene que la imitación de los modelos originarios ha tenido una función primordial en todas las religiones.

capitulares del Cabildo, el 12 de enero de 1478 mandaron que si Gonzalo Saavedra no llevase la corona grande como los demás beneficiados y cortados los cabellos no se le pusieran las horas.⁷⁵⁴

En el Concilio Nacional de Sevilla el año 1478, presidido por don Pedro González de Mendoza, se recogieron algunas disposiciones para disciplinar a los clérigos de corona, pues andaban en hábito de legos. En el capítulo quinto, que trataba sobre los coronados y sus privilegios, se decía que cada prelado en su arzobispado u obispado, a través de sus provisoros y oficiales, mandasen con edictos a todos los clérigos de primera tonsura que en un plazo de 30 días presentasen sus títulos y que fuesen con corona abierta del tamaño de una blanca vieja. También mandaba que llevasen el hábito y vestimenta que estaban obligados, cuatro dedos de la rodilla abajo, y que no se mezclasen en oficios prohibidos en derecho, malviviesen ni fuesen públicos rufianes, ni tuviesen mujeres públicas *a ganar*. Y que los padres que hiciesen ordenar a sus hijos y parientes de primera corona juraran que seguirían para ordenes mayores y los mayores de 14 años no los ordenasen los prelados si no era con la intención de ser proveídos in sacris.⁷⁵⁵

Los Sínodos andaluces de la Baja Edad Media recogían las normas sobre las cualidades que debían tener los aspirantes al clericaliato y su aspecto externo, tonsura, cabellos, barba, vestidos, cintos, anillos, zapatos, luto etc. Prohibían los juegos de dados y otros juegos ilícitos, incluso asistir a ellos, entrar en las tabernas a comer, beber, bailar o cantar canciones seculares en misas nuevas o en bodas, presenciar corridas de toros, andar por las calles de noche, llevar cadáveres a enterrar, ser arrendadores por sí o en nombre de otros y jurar o decir el nombre de Dios en vano. Se podían confesar con el confesor que desearan y los podía absolver de todos los pecados excepto de ordenarse por saltos y sin licencia de su prelado, violar la iglesia, realizar hechizos o encantamientos, ser perjuros o poner manos violentas en clérigo o lego.

A los clérigos públicos concubinarios se les imponían penas prohibiéndoles también estar presentes en el bautismo, bodas o exequias de sus hijos o llevarlos en su compañía.⁷⁵⁶ Atención especial se tenía con los clérigos forasteros, los vicarios debían informar al Prelado anualmente sobre la vida y costumbres de los clérigos de su vicaría enviándole una relación escrita.⁷⁵⁷ También mandaban que los clérigos supiesen latín y lo necesario del derecho, y les prohibía recibir dinero o regalos por la administración de las órdenes, reconociendo que muchos se habían ordenado *gracias a influjos*. Sin embargo, estaba admitido la existencia de clérigos ordenados de menores casados con

⁷⁵⁴ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo eclesiástico, doc. 13: Extracto de varios autos capitulares, año 1478, miércoles 12 de enero.

⁷⁵⁵ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada, M Tomo 14, Memorias Académicas. Disertación de D. Diego Alejandro Galvez presbitero. En que se prueba haverse celebrado en Sevilla un Concilio Nacional en el año de 1478. Por don Diego Alejandro de Galvez Presbitero Academico Numerario. Leida en la Real Acadamia en Sabado 20 de marzo de 1786.

⁷⁵⁶ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Tal como se recogía en el Concilio Nacional de Valladolid de 1322, capítulos 6 y 7. Sobre los comportamientos del clero sevillano ver: M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ. "Nivel moral del clero sevillano a fines del siglo XIV", *Archivo Hispalense*, nº 183, 1977, p. 199-204.

⁷⁵⁷ SÁCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979. El orden sacerdotal y la vida clerical.

una única mujer virgen, para los que se establecía cómo debía ser la tonsura, el vestido y el castigo para sus delitos.⁷⁵⁸

Finalmente, el Concilio Tridentino estableció que, *deseando restablecer la disciplina eclesiástica sumamente decaída y enmendar las costumbres depravadas del clero y pueblo cristiano, ha tenido por conveniente comenzar por los que gobiernan las iglesias mayores, mediante a que la salud y probidad de los súbditos dependen de la integridad de sus superiores*. Así que amonestaba a todos los que gobernaban las iglesias que atendiesen al rebaño que el Espíritu Santo les había encomendado y que los clérigos no tuviesen en sus casas concubinas ni mujeres de quien se pudiese sospechar. Y si amonestados por sus superiores no se abstuviesen, fuesen privados de la tercera parte de sus frutos, obviaciones y rentas de todos sus beneficios y pensiones, y se aplicase la pena pecuniaria a la fábrica de la iglesia o a otro lugar piadoso a voluntad del Obispo. Pero si perseveraran en el mismo delito se les agravaría la pena, primero no sólo perderían sus frutos y rentas sino que también quedarían suspensos de la administración de los beneficios por todo el tiempo que juzgase el Obispo, después quedarían perpetuamente privados de los beneficios hasta que sus superiores considerasen que la enmienda era patente, y si a pesar de esto continuasen en la reincidencia deberían ser excomulgados, y los que no tuviesen beneficios castigados con penas de cárcel y suspensión de ejercicio de sus órdenes, inhabilitándolos para obtener otros beneficios y delatándolos al Sínodo y al Romano Pontífice para que se procediese hasta privarlos de su dignidad si fuese necesario.⁷⁵⁹

Algunos tratadistas posteriores añaden a la deposición del oficio el internamiento en un monasterio de por vida.⁷⁶⁰ En la sesión XIV sobre la Reforma se dio mayor poder de decisión al Ordinario diocesano en materia de corrección de clérigos, y se reafirmó su jurisdicción estableciendo que el foro competente era el del Obispo incluso en los casos de *crímenes atroces*, en los que las leyes civiles habían reclamado la jurisdicción de los delitos cometidos por eclesiásticos. Se pretendía que los obispos pudiesen reformar a los clérigos para que estos pudiesen reprender los pecados de los seglares: *los Obispos deben cuidar principalmente de que los clérigos, y en especial los destinados a la cura de almas, no sean delincuentes ni lleven vida deshonest*.⁷⁶¹

Otra disposición establecía un procedimiento especial contra los clérigos concubinarios que comenzaba con una delación o denuncia. Si había delación, el Obispo, a través de sus jueces, hacía información para conocer si había difamación y escándalo, y si existían éstas entonces procedía de oficio para contrastar a las partes, pero si no las había o cuando las noticias del delito resultaban de la *inquisición general* que se hacía en la visita, procedía gubernativamente y a veces sin escribir una letra. El Concilio mandaba que precediesen amonestaciones sin perjuicio de castigarles gubernativamente y si amonestado no se enmendase se le privase de la tercera parte de

⁷⁵⁸ *Ibidem*, Concilio de Jaen, 1492, tit. VIII; Concilio de Córdoba, 1520, tit. III, cap. 4.

⁷⁵⁹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. cap. XIV, de reform. Sess. XXV; Ses. 24, cap. 8, de reform. Matrim. Citado por GOMMAYO, P.B. *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid 1859.

⁷⁶⁰ Véase MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

⁷⁶¹ Véase BENLLOCH POVEDA, A.: "Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: El proceso", p. 131. En E. MARTÍNEZ RUIZ y M. DE PAZZIS PI (Coord.). *Instituciones de la España Moderna*. Madrid, 1996.

sus rentas.⁷⁶² Se trataba de mantener el secreto en lo posible para evitar la erosión de la imagen del clero.

Así pues, una de las esferas que más se cuidaba por parte de la jerarquía era la imagen externa del clero, por esto abundan las disposiciones sobre las costumbres y las formas de comportamiento social. En época moderna tenemos infinidad de testimonios de la preocupación sobre el aspecto exterior de los eclesiásticos, sus vestidos, el pelo, la barba etc. En aplicación de lo dispuesto en Trento don Cristóbal de Rojas puso en Sevilla un especial celo en el disciplinamiento del clero de su Arzobispado. Finalizado el Sínodo que celebró en 1572 recogió unas constituciones en las que aparecen algunas advertencias para la corrección de los excesos que se cometían, haciéndose eco de la *corrupción que en esto a avido*, pues no solo no se guardaban las constituciones sino que algunos clérigos *han traído ábito tan profano que aún en los seglares paresce indecente*.⁷⁶³ Esta misma constitución nos aclara el sentido del hábito: *para que con él edifiquen el pueblo y del ábito exterior se entienda el ánimo interior que tienen de vivir bien*. Explícitamente se prohibía llevar *lechuguillas* en cuellos y mangas, calzas y zapatos con cuchilladas, también entrar con sombreros en las iglesias y con trajes y ropas de color, y todo para que *los seglares reciban de vos el exemplo que vuestra orden requiere*. El vestido debía traducir las actitudes de recogimiento, contención de los deseos, humildad y sacrificio que se consideraban propias del estado.

Más adelante don Rodrigo de Castro dictó constituciones en el mismo sentido, que se repitieron en las del Cardenal Guevara de 1604, para que cuando se tuviese noticia de que algún clérigo había cometido delitos, tener *quenta con sus vidas i para reprehenderles i corregirlos caritativamente i traerles a la memoria el exemplo que están obligados a dar al pueblo*.⁷⁶⁴ que los jueces, después de sentenciados y antes de soltarlos, lo mandasen parecer ante el Prelado, habiéndose hecho primero relación de la causa, para que lo amonestase y corrigiese *i digamos nuestro parecer*. De esta forma el Prelado se hacía cargo personalmente de la disciplina eclesiástica y hacía valer el peso de su autoridad en una escena cara a cara con el reo en la que le corregía y amonestaba.

En un memorial de tiempos del Cardenal Guevara podemos leer:

mucho dan que dezir y notar algunos eclesiásticos en no guardar los decretos pontificales y sinodales trayendo las barbas con mostachos y clavos y copetes y connezuelos en las sienes con que ofenden los ojos delos que los veen, con beneficios y rentas eclesiásticas y trages de soldados o de ombres del mundo no diferenciándose de ellos mas que en el abito largo, mándelo v. .s i. Remediar.⁷⁶⁵

⁷⁶² *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Cap. 14 de la Sesión 25 de reformat; F. Gómez Salazar y V. De la Fuente. *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo II, Madrid, 1868, p. 302-303.

⁷⁶³ A.C.S. Sección IX, Legajo 42, doc. 4. Sínodo de don Cristóbal de Rojas y Sandoval. 1572. Advertencias que el ilustrísimo señor don Cristóbal de Rojas y Sandoval dio a sus clérigos que se leyeron y publicaron en el synodo que su señoría ilustrísima celebró 15 de enero de 1572.

⁷⁶⁴ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. XIV. Quando se sentenciare algún clérigo por algún delicto no sea suelto hasta que se haga la diligencia aquí contenida.

⁷⁶⁵ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del Ldo. Juan Bautista Aldrete*.

En otro Memorial se aconsejaba *renovar las penas* sobre esto, pues la modestia en el vestido estaba *muy encomendada* y prohibidos los juegos y la caza en los eclesiásticos.⁷⁶⁶ Y en un Edicto de enero de 1602 se prohibía a los clérigos ir a las comedias. El decreto no comprendía a los beneficiados del Cabildo Catedral, aunque les suplicaba que se abstuviesen de ir a ellas. Después, por otro auto de 26 de enero se impuso una pena pecuniaria y de cárcel a todos los clérigos que contravinieran la prohibición y se avisó a los prelados de los regulares para que lo hicieran cumplir a sus frailes. Más tarde, el Cabildo envió una diputación al Cardenal sobre el Edicto de las comedias alegando que no se podía publicar *sine sínodo et sine consensu et consilio capituli* y pedían que mientras tanto el Cardenal proveyese un auto que declarase que no perjudicaba lo que establecían los estatutos y preeminencias del Cabildo.⁷⁶⁷

El clérigo, pues, se ofrecía como modelo de virtudes y conducta, como figura de identificación para los seglares. Ya vimos cómo en la disciplina antigua se insistía que los eclesiásticos debían mantener una imagen externa apropiada y coherente con el discurso que pregonaban. Incluso sus sirvientes y familiares debían mantener una imagen acorde, así, en el tiempo en el que les estaba permitido ordenarse a los casados, se prohibió que los hijos de los clérigos asistiesen a espectáculos seglares o se casasen con infieles, pues los padres eran responsables de los pecados de los hijos. Se esperaba que los que eran modelo para los demás lo fuesen en primer lugar como padres para sus hijos, inculcando buena educación, pues su conducta podría provocar graves escándalos a los legos. Figuras paternas, pues si en la familia el modelo de identificación eran los padres en la sociedad lo eran los que desempeñaban simbólicamente el papel de *padres*.⁷⁶⁸ No todo empieza en Trento, pues desde la antigüedad el mantenimiento del sacramento del orden como sostén del edificio eclesiástico había sido una constante preocupación, aunque es innegable que para hacer frente al desafío de la rebelión protestante y a la idea del sacerdocio universal que amenazaba con acabar con la Iglesia como institución, el Concilio de Trento renovó las energías y los empeños en la persecución del delito eclesiástico.

Pero, a pesar de la insistencia, los incumplimientos fueron frecuentes, y por más que se agravaron las penas y se perfeccionaron los sistemas de vigilancia y control las pulsiones de los eclesiásticos siempre terminaron abriéndose paso. Tenemos al respecto una importante fuente documental, los pleitos criminales contra clérigos. Ya son abundantes los trabajos sobre los delitos eclesiásticos⁷⁶⁹, si consultamos el Índice de Justicia Criminal del Archivo del Palacio Arzobispal de Sevilla hallaremos una relación de pleitos incoados por los jueces eclesiásticos durante el período que nos ocupa que permite hacernos una idea sobre el tipo de delitos cometidos.⁷⁷⁰ Así podemos encontrar entre los delitos de eclesiásticos: frecuentes amancebamientos de presbíteros, incontinencias, andar en hábito indecente, ejercer el oficio de cura sin licencia o con licencias falsas, *solicitar* en confesión, herir con puñal y otras violencias, jugar naipes, ser tablajero o tener en su casa tablaje de juegos, simonía, estuprar a una doncella, quitar de la tablilla a un excomulgado, por bandolero y falsificador etc.

⁷⁶⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara.*

⁷⁶⁷ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, C tomo 9º, Cabildo eclesiástico.

⁷⁶⁸ Véase TELLECHEA IDÍGORAS, I.: *El Obispo ideal en el siglo de la Reforma*, Roma, 1963.

⁷⁶⁹ Véanse. CANDAU CHACÓN, M.L.: La justicia en la Edad Moderna. *Andalucía en la Historia*, 41, 2013, p. 26-31 y CANDAU CHACÓN, M.L.: *Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del siglo XVIII*, Sevilla, 1993.

⁷⁷⁰ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Índice de Justicia Criminal.

Y en los índices del Archivo Diocesano de Huelva hemos encontrado: frecuentes pendencias, concubinatos y amancebamientos de clérigos, denuncias de vecinos contra clérigos por calumnias o agresiones, violaciones o intentos cometidos por clérigos, insulto a los feligreses y atentados contra la continencia propia del estado, un caso de violación de un niño por un clérigo, contra presbíteros por embriaguez y escándalo, contra un eclesiástico por haber hablado mal del gobierno, contra un diácono por abuso del vino, escándalo con mujeres, entradas en tabernas, malos tratamientos a su padre o madre ancianos, la denuncia del padre de una joven contra un presbítero por violación de su hija, contra un clérigo por amenazas graves, contra un clérigo por haber sacado a su padre de la Cárcel Real de Huelva, contra un cura por escándalo público, por cohabitación con una viuda, contra un presbítero que tenía un libro donde anotaba todos los linajes de los vecinos difamándolos, contra un clérigo por agredir a un vecino en una discusión sobre derechos de riego, contra un presbítero y un clérigo de menores por participar en una pendencia con seglares en la que resultó un herido grave, por disturbios en las fiestas de la Inmaculada con los frailes dominicos etc.⁷⁷¹

Además de innumerables pleitos criminales de clérigos tenemos algunos mandamientos de principios del siglo XVII:

que ningún clérigo vaya a las comedias, ni tenga casa de juego, ni tenga mostachos, ni calças de color... que mande su ilustrísima que se visiten a menudo los mesones y casas de camas de Sevilla, y se vean si ay algunos sacerdotes, por que se an visto muchos que so color que pasan a las indias o que vienen a negocios, no tienen otros sino jugar a los naipes, y io e conocido muchos de estos que son jugadores de ventaja.⁷⁷²

La movilidad geográfica de los clérigos siempre se había considerado un problema, y así se plasmó en los cánones, de ahí que se hicieran necesarias las licencias o reverendas para pasar de un obispado a otro, y Sevilla era en aquel momento uno de los lugares de Europa con mayor número de transeúntes, de gente sin adscripción, sin amo ni señor, y fuera del control de los distintos poderes disciplinadores.⁷⁷³

Otro problema frecuente eran las armas, pues no era acorde con la idea del eclesiástico como agente pacificador portar armas: *que ningún clérigo traiga armas de noche ni de día si no fuere caminando fuera del lugar... en el que ninguno traiga colete de ámbar.*⁷⁷⁴ Cuando estaban encarcelados también había que cuidar que su comportamiento fuese acorde y recogido:

que si ubiere algunos sacerdotes presos, mientras lo estuvieren se le dé limosna, para que siempre digan misa cada día, por que muchos por no tener pitanza no dicen misa, y no diciéndola biben y están con mas libertad y no tan recogidos como si la ubieran dicho.⁷⁷⁵

⁷⁷¹ (A)rchivo (D)iocesano de (H)uelva. Índice de Justicia Criminal.

⁷⁷² A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Advertencias*, 1611.

⁷⁷³ Véase la importancia de estos elementos como gérmenes de disolución social en: HILL, C.: *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, 1983.

⁷⁷⁴ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Advertencias*, 1611.

⁷⁷⁵ *Ibidem*.

Los edictos y recomendaciones de los memoriales y advertencias a los prelados también insistían en esta cuestión. En el memorial del licenciado Juan Baptista Aldrete a don Pedro de Castro se señalaba que algunos eclesiásticos no guardaban los decretos pontificales y sinodales *trayendo barbas con mostachos y clavos, copetes y cornezuelos en las sienes, con que ofenden los ojos de los que los ven, con beneficios y rentas eclesiásticas y trajes de soldados o de ombres del mundo, no diferenciándose de ellos más que en el ábito largo. Mándelo v. s. i. Remediar.*⁷⁷⁶ Hasta los mismos beneficiados de la Catedral incumplían los decretos sobre el vestir, lo que obligó al Cabildo a mandar que todos fuesen al Altar Mayor a vestirse o con capa al Coro con *las varvas hechas y la corona abierta por que así conviene a la decencia de los dichos señores.*⁷⁷⁷ Sobre este asunto cabe destacar un elemento: lo realmente importante era que el eclesiástico no apareciera como un *ombre del mundo*, de ahí la importancia del mantenimiento de sus señas de identidad en el vestido y en general en la imagen externa. Esto mismo también lo advertían a los clérigos de menores, *que vistiesen hábito y tuvieran beneficio.*⁷⁷⁸

El Provisor también conocía en los delitos cometidos por regulares, siempre que no alegaran jurisdicción exenta, y especialmente cuando se trataba de delitos graves. Las disputas entre frailes eran frecuentes y a veces terminaban en violencias, es el caso de los franciscanos fray Cristóbal y fray Manuel que junto con otros habían ocupado un monasterio de San Francisco poniendo *manos violentas* en algunos religiosos, cuyos nombres se mantenían en blanco en el texto de la denuncia.⁷⁷⁹ Como era sede vacante el Cabildo mandó a su Provisor, el racionero Francisco Pérez, que realizara una denuncia *de secretum* contra ellos y ordenase que no fuesen admitidos a predicar ni confesar en ninguna iglesia. Ambos fueron excomulgados por el Provisor y terminaron pidiendo la absolución.

A veces el disciplinamiento eclesiástico que pretendía el Provisor se topaba con las inmunidades de las Órdenes regulares y las jurisdicciones exentas. También con la oposición del Cabildo de la Iglesia Matriz, que defendía su derecho a conocer de los delitos cometidos por sus prebendados. En el Concilio de Trento se concretaron los límites jurisdiccionales de los jueces conservadores establecidos para las jurisdicciones especiales de órdenes regulares u otras personas físicas o jurídicas.⁷⁸⁰ Este canon pretendía salvaguardar la autoridad de los obispos en primera instancia pues se había visto continuamente vulnerada por las inhibitorias dictadas por los jueces de las jurisdicciones exentas. Los clérigos exentos y los religiosos que vivían fuera de sus monasterios escapaban al poder disciplinador del Ordinario, por esto el Cardenal Guevara estableció el fin de este privilegio: *por que al servicio de dios nuestro señor conviene que los clérigos i frailes que viven fuera de sus monasterios no tengan exempcion ni privilegio alguno con que puedan defender sus delitos i excesos i evadirse*

⁷⁷⁶ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del licenciado Aldrete*. Mayo 1611.

⁷⁷⁷ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 23.

⁷⁷⁸ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Sínodo de don Cristóval de Rojas y Sandoval. 1572. Advertencias que el ilustrísimo señor don Cristoval de Rojas y Sandoval dio a sus clérigos que se leyeron y publicaron en el synodo que su señoría ilustrísima celebro 15 de enero de 1572. Capítulo IV. Que los clérigos no jueguen.

⁷⁷⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 81. Lunes 11 de marzo de 1482.

⁷⁸⁰ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión XIV, capítulo V.

*de la justa punición i castigo que por ellos merecieren.*⁷⁸¹ Así que, cuando algún clérigo del Arzobispado de cualquier grado y condición que fuese cometiere algún delito, el Provisor procedería contra él corrigiéndole y castigándole, a pesar de que alegase estar exento por privilegio de su Orden o costumbre, procediendo conforme al Santo Concilio de Trento como Delegado de la Santa Sede Apostólica. Los visitantes serían los encargados de hacer inquisición de estos delitos, dando cuenta al Provisor.

También correspondía al Provisor proceder contra los *acephalos*, esto es, clérigos, forasteros normalmente, que aducían no estar bajo ninguna jurisdicción o que pretendían *exención* y no tenían juez *in partibus*. En la sesión VII del Concilio de Trento se restableció lo dispuesto por Inocencio IV en el Concilio de Lyon para que los provisos conocieran en las causas civiles de los exentos, tanto clérigos regulares como seculares, y pudieran compelerles a pagar sus deudas sin que obstase privilegio, exención, imposición ni inhibición, aunque tuviesen en los lugares juez especial nombrado por la Sede Apostólica.⁷⁸² De esta forma se intentaba que la jurisdicción episcopal no fuese *perturbada* por los que aducían privilegios particulares o títulos honorarios, pero se exceptuaban los profesos de las órdenes militares, los de la Curia Romana y los familiares de los Cardenales.

La cuestión de fondo respecto al disciplinamiento eclesiástico y a la importancia del delito cometido por clérigos podría formularse en estos términos: ¿hasta qué punto los incumplimientos erosionaron la imagen de los eclesiásticos y de la Iglesia como institución? O lo que es lo mismo: ¿tenían estos comportamientos desviados una trascendencia social? Parece razonable convenir que no se trataba de una cuestión cuantitativa sino cualitativa, esto es, de la *percepción de una estafa estructural según la cual el delito eclesiástico enrasaba al detentador de privilegios con la conducta del fiel común*.⁷⁸³ En los documentos de la época se refieren a esto cuando manifiestan la necesidad de que el eclesiástico no aparezca como un *ombre del mundo*. Tenemos algunos indicios para calibrar la percepción de los legos de este fraude estructural, los textos de los procesos judiciales. Para hacer el análisis cualitativo de los textos no tenemos más que el lenguaje, las palabras, y aunque los procesos judiciales utilizan expresiones ritualizadas y repetitivas, creemos que no por eso son desechables. Las consideramos, por el contrario, muy aprovechables, pues las expresiones jurídicas repiten algunos significantes que encontramos a menudo en la declaración de los testigos. Podrían ser, por tanto, el resultado de una suerte de mecanismo de aislamiento y encapsulamiento de significados sociales y de fosilización burocrática de creencias y sentimientos.⁷⁸⁴

Una expresión frecuente, con respecto a la descripción que se hace de los sentimientos que provocaba el delito eclesiástico era *la gran nota, escándalo y*

⁷⁸¹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. III. Procedan contra los clérigos que delinquieren, aunque sean exentos, i contra los religiosos, que viven fuera de sus monasterios.

⁷⁸² Véase BENLLOCH POVEDA, A.: "Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: el proceso", pp. 127-128. En E. MARTÍNEZ RUIZ y M. De PAZZIS PI (Coord.). *Instituciones de la España Moderna*. Madrid, 1996.

⁷⁸³ CANDAU CHACÓN, M.L.: *Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del siglo XVIII*, Sevilla, 1993. Prólogo de L. Carlos ÁLVAREZ SANTALÓ.

⁷⁸⁴ Ver el mecanismo de defensa del aislamiento en: FREUD, S.: *Inhibición, síntoma y angustia*, Obras completas, vol. XX, Buenos Aires, 1978; FREUD, A.: *El Yo y los mecanismos de defensa*. Barcelona, 1980.

murmuración o el *gran escándalo del pueblo cristiano* que provocaban. La *murmuración* era un rasgo común a todos los casos, parece que el delito eclesiástico era motivo de comentarios entre los vecinos y provocaba los mismos sentimientos morbosos que como un eco lejano sigue provocando en el presente.⁷⁸⁵ Estos sentimientos nos hablan de la preocupación del creyente por la imagen de la Iglesia, la duda con respecto a los que se ofrecían como modelos de vida y costumbres, en tiempos en los que la *verdadera religión* estaba puesta en cuestión, el morbo con tintes anticlericales que satisfacía un cierto deseo de venganza sobre unas personas que se atrevían a proponerse como referentes y sobre una institución que tenía tanto poder, pues el reverso inevitable de la atribución de poder es la atribución de culpa.

El *escándalo* que provocaba el delito era otra de esas expresiones frecuentes; podemos interpretarlo como la alarma, el asombro, la indignación que provocaba toda transgresión. La *pesadumbre* y el *escándalo* daba lugar a la delación de los vecinos, máxime si se trataba de un eclesiástico, pues se percibía en esto un peligro para las creencias, y éstas eran estructuras cognitivas y afectivas axiales para el creyente. Otro factor a destacar era la insistencia en el carácter *público* del delito, el amancebado lo estaba públicamente y los testigos invariablemente declaraban que tenían noticia del delito porque era *público y notorio, pública boz y fama*. En los procesos se describe un mundo en el que los vecinos se vigilan mutuamente, se mira por la cerradura o se escucha tras la puerta. Sobre todo las mujeres están mejor informadas de los detalles de la vida común de los parroquianos, como si además de núcleo del hogar también fuesen garantes de los mecanismos de cohesión y de los sentimientos comunitarios.⁷⁸⁶ Se concedía un valor probatorio a este hecho, lo declarado público y notorio pasaba a ser verdad. Viendo los procesos judiciales observamos que los testigos que deponen en las causas dicen tener noticias del pleito por ser algo público y notorio en la collación. En realidad cada pleito involucraba a la parroquia como un todo, en ella se ponían de manifiesto las complicidades de cada una de las partes, las redes de apoyo mutuo tejidas por la convivencia en los estrechos márgenes de las casas-grandes, corrales de vecinos y collaciones. El escándalo y la alarma nos permite hablar de miedo, y también de culpa porque para los creyentes todo pecado era una ofensa a Dios que tenía como consecuencia el castigo, pues todo pecado público implicaba a la colectividad que consentía.

Como ejemplo paradigmático ofrecemos un pleito que se inició el 9 de julio de 1629 a instancias del Fiscal del Provisor, don Manuel Panyagua, contra el doctor don Juan de Salinas, beneficiado y cura propio de San Pedro. En él le acusaba de estar amancebado y en pecado público con María de Salinas y producto de este amancebamiento tenían una hija de 9 años.⁷⁸⁷ El Provisor y Vicario General, don Luis Venegas de Figueroa, que además era Gobernador del Arzobispado, cometió al Notario Receptor, Juan de Castro Urbina, para que iniciara las diligencias notificando a los testigos bajo amenaza de censuras eclesiásticas, para que dijeran lo que supieran sin guardar secreto. Firmaba los autos junto al Juez el Secretario de la Audiencia, Juan

⁷⁸⁵ Véase la importancia de los mentideros y corrillos en las calles para la formación de la opinión: OLIVARI, M.: *Avisos, Pasquines y Rumores. Los Comienzos de la opinión pública en la España del Siglo XVII*, Madrid, 2014.

⁷⁸⁶ Véase GARCÍA IVARS, F.: *El represión en el Tribunal inquisitorial de Granada (1550-1819)*. Madrid, 1991, p. 197 y p. 236-238.

⁷⁸⁷ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 880. “El Fiscal contra Juan Salinas beneficiado de San Pedro de Sevilla”.

Rodríguez. Este mismo día el Notario Receptor salió de la Audiencia a la búsqueda de los testigos aportados por el Fiscal.

Algunos de los testigos vivían en la parroquia de San Pedro, en la calleja de los moros, concretamente las primas hermanas del reo, Beatriz de Salinas, doncella de 50 años y Leonor de Salinas, de 46 años y mujer de Andrés de León, las hijas de éstos, Ana María de León Salinas, doncella de 19 años, Justina de León Salinas y María de León Salinas, y finalmente Francisca de Carranza, viuda de Pedro Alemán y vecina de la calleja. La búsqueda fue infructuosa pues los vecinos le dijeron que se habían mudado. Después se dirigió a San Román a buscar a otro pariente del reo, Luis de Salinas, y de nuevo le dijeron que no estaba en casa. En los días posteriores prosiguió la búsqueda de Beatriz de Salinas por San Román, pues le dijeron que se había mudado a una casa de esa parroquia. Durante la segunda y tercera semana de julio continuó la búsqueda de los testigos no hallándolas nunca en sus casas. Los vecinos declinaban colaborar abiertamente diciendo que no sabían nada de ellas, o que habían salido y no sabían donde se hallaban. Sin embargo algunos informaron al notario de que las mujeres a las que buscaba se escondían *para no decir sus dichos*.

El 1 de agosto volvió el notario a buscar a Beatriz de Salinas y la aguardó un *gran rato* en la puerta de su casa hasta la caída de la noche. Por fin llegó, el notario le notificó el mandamiento del Provisor y obtuvo por respuesta que no podía decir sus dichos porque el culpado, doctor Salinas, era su hermano y *no a de decir contra su hermano*. Ante el intento de las testigos de evadir a la justicia el Provisor dictó un auto de censuras que el notario notificó a doña Francisca de Carranza, a doña Ana María de León, a Leonor de Salinas, a doña Justina de León y a doña María de León para que acudieran a declarar a la Audiencia del Provisor.

Era evidente que todas trataban de eludir el prestar declaración como testigos, pues eran parientes, y además quedarían señaladas como enemigas del doctor Salinas. Sin embargo los vecinos, aunque por miedo a las represalias no querían aparecer en los autos, colaboraron con el notario delatando las maniobras de las testigos para cambiar de domicilio y no ser localizadas. Por fin, haciendo uso de la amenaza de las censuras canónicas, el notario pudo tomar declaración a Beatriz de Salinas y le advirtió que guardase secreto de sus dichos. Después le informaron que en la calleja de los moros de San Román vivía doña Jerónima Ramírez, vecina de la familia León-Salinas, que también era testigo en la causa. También notificó con censuras a Alonso de Rivera y a Pedro Rebolledo para que dijeran sus dichos.

Pero para conseguir que los testigos prestaran declaración fue necesario que el Provisor agravase las censuras y diese una Benigna Declaratoria. En ella hacía saber a los testigos que, habiendo dado un mandamiento para que declarasen lo que supiesen y no habiendo cumplido, mandaba bajo pena de excomunión mayor que cumpliesen el mandamiento dentro de un día y se presentaran personalmente a declarar ante el Notario Receptor de la causa. Y si no lo hiciesen mandaba a los curas y eclesiásticos que lo asentasen en la tablilla de excomulgados y lo publicasen todos los domingos y fiestas, evitándolos de los oficios divinos hasta obtener carta de absolución. Doña Leonor de Salinas y doña Francisca de Carranza contestaron que ya habían declarado ante la justicia del Corregidor hacía dos meses, en concreto ante su agente Juan de Ribadeneyra, pues la justicia seglar también había tomado cartas en el asunto y abierto una causa.

Ante la negativa de algunos de los testigos a declarar, el Juez mandó el 10 de agosto al cura más antiguo de San Román, el licenciado don Francisco de Morales, que pudiese en la tablilla de los excomulgados de la parroquia a Leonor de Salinas, a doña Francisca de Carranza, a doña Beatriz de Salinas y a doña Ana María de León. Después el notario volvió a las casas de los testigos y les hizo saber que estaban excomulgadas. A pesar del uso abusivo y del consiguiente desprestigio de las censuras canónicas parece que estas todavía surtían efecto pues inmediatamente los testigos acudieron a deponer sus dichos ante el Juez. Por fin el 12 de agosto el Notario Receptor pudo abrir la sumaria información contra el doctor Juan de Salinas, recibiendo declaración jurada de los testigos que tanto habían eludido su colaboración.

De las declaraciones de los testigos se desprendía que María de Salinas se llamaba antes María de la Cruz y fue recogida por Juan de Salinas hacía 9 años para servir en su casa. Allí la tuvo hasta que hacía cuatro años empezó a murmurarse y a decirse que se trataban deshonestamente, interviniendo la justicia eclesiástica y siendo preso. Después la llevó a casa de Leonor de Salinas, su prima, donde la tuvo 10 meses *acudiéndola en lo necesario, y comían y dormían juntos tratándose carnalmente como marido y mujer* hasta que intervino la justicia seglar. En los pleitos de amancebamiento se repetían de manera estereotipada estas expresiones, se consideraba argumento probatorio el hecho de comer a una misma mesa como indicio de unión estable y no sólo de una relación ilícita esporádica, que sería fornicación simple.⁷⁸⁸

Más tarde le puso una casa cerca de la Iglesia del Valle y allí la tuvo algún tiempo. Como la murmuración continuó *por que un sacerdote estuviere casado con una mujer*, la justicia del Corregidor de nuevo la visitó, y para evitarla el doctor Salinas acabó por meterla en el convento de Santa Isabel, después en el convento de Vírgenes y finalmente en el del Espíritu Santo, que llamaban *las niñas de la doctrina*, donde se encontraba. Los testigos afirmaban que allí el acusado seguía *acudiéndole con lo necesario* y visitándola personalmente con gran *nota, murmuración y escándalo* en la vecindad y en los conventos. Una de las razones por las que intervino el tribunal del Provisor y la justicia del Corregidor fue porque María de Salinas quedó preñada y parió una niña que vivía con ambos y la tenían y trataban como su hija *con gran escándalo* porque era *público y notorio*.

En este pleito María de Salinas había otorgado poderes generales al doctor Salinas, lo cual demostraba una profunda relación de confianza, y a su vez el doctor Salinas se sustituyó en el Procurador de la Real Audiencia Dionisio de Mendoza y en dos procuradores de la Audiencia del Provisor, Bartolomé Roque de las Casas y Dionisio de Carvajal, *in solidum*. De esta forma se hallaba representado en los tribunales eclesiásticos y en los seculares pues en ambos se le habían abierto causas.

El 13 de agosto encontramos al Procurador Dionisio de Carvajal y al Abogado don Dionisio Melgar de Alarcón presentando un escrito en nombre de María de Salinas, que estaba *quieta y recogida de su voluntad*, sin apremio ni fuerza de nadie, en el convento del Espíritu Santo desde hacía 6 meses. Es de notar que en este pleito aparezca

⁷⁸⁸ La Antropología de la Alimentación ha insistido en que las prácticas relacionadas con la alimentación, en este caso “comer juntos a una mesa”, también tienen significados. Véase CONTRERAS, J.: *Antropología de la Alimentación*. Madrid, 1993; BARTHES, R.: “Pour une psycho-sociologie de l’alimentation contemporaine”. *Annales*, 16, 977-986.

un abogado junto al procurador, cosa que no era frecuente, pues el doctor Salinas, versado en derecho como Visitador del Arzobispado que había sido, pretendía llevar su defensa hasta las últimas consecuencias. De hecho, como veremos, ya había salido airoso de otra acusación por el mismo motivo apelando al Nuncio y consiguiendo que un Juez de Apelaciones, a la sazón un canónigo de la Catedral, lo eximiese de toda culpa.

En el escrito de la defensa se trataba de tachar la figura de la abadesa del convento en el que estaba María de Salinas, pues estaba colaborando en la acusación del Fiscal. Y para esto describían el *ambiente de inquietudes* que había entre las monjas y la priora del convento, a la que acusaban de mantener *mal pasaje y mala correspondencia con las monjas* y de no residir en el monasterio, dando lugar a enemistades y alborotos, así como de utilizar también este *mal pasaje* con su defendida porque era lega y estaba bajo el amparo de Inés, monja con quien la priora se había declarado enemiga.

Todo esto para apoyar la petición de salida del convento para irse a otro o a casa de algún pariente *que tiene muchos y muy principales*. Además decían que María no se había atrevido a salir por las *inquietudes y temores de vejaciones que la Priora le pudiera hacer* y pedía licencia para salir del convento e ir donde le pareciere, a casa de un pariente donde estuviese con recogimiento y quietud o a otro convento, sin que la priora ni otra persona se lo pudiese impedir. Ante esto el Provisor pidió su parecer al Visitador de Monjas del Arzobispado, del mismo apellido que el reo, y éste presentó un escrito en el que indicaba que hacía algunos meses que María Salinas le había pedido licencia para salir del convento y se la dio, si bien opinaba que la relación que hacía María de Salinas a propósito de que la priora hacía *mal pasaje* a las legas no era cierta sino que trataba simplemente de guardar el orden y no permitir que se excediesen.

El procurador Dionisio de Carvajal siguió presentando escritos, pidiendo la libertad del doctor Salinas y que se dejase salir del convento a doña María de Salinas, puesto que había entrado por propia voluntad. Era frecuente que, en el caso de mujeres de familias principales, se resolviese este tipo de problemas haciéndolas ingresar en un convento por orden del juez, en este caso el doctor Salinas se adelantó a la medida que muy probablemente hubiese dictado el Provisor o la justicia seglar y de esta manera conseguía el beneficio que ahora pretendía hacer valer, la entrada por propia voluntad y por tanto la imposibilidad de impedir su salida. Pero a pesar del informe favorable del Visitador de Monjas, el Provisor dilató su licencia para que pudiese salir del convento, pidiendo un informe de la vida y costumbres de María de Salinas para adjuntarlos al proceso. En la audiencia del 10 de agosto supo el Procurador de este informe y protestó de él diciendo que se le hacía agravio a su parte porque los autos de la petición de salida del convento y del pleito por amancebamiento del doctor Salinas eran distintos y separados.

Por su parte el Fiscal pidió que se le denegase la salida y que se mandase a la superiora del convento que la tuviera a buen recaudo porque *como consta de la sumaria ha vivido deshonestamente y si la sueltan es para reincidir y vivir licenciosamente como lo ha hecho otras veces que ha salido del convento*. El 18 de agosto el Provisor vio la información de vida y costumbres de María de Salinas, mandó prisión contra el doctor Salinas y juntar los autos del proceso del amancebamiento presente con los del antiguo. En el auto mandaba al Alguacil Mayor que en compañía del Notario Receptor que estaba instruyendo la sumaria información y de los ministros que fuesen necesarios

prendiese al doctor Salinas y lo pusiese en la cárcel arzobispal. Y si no pudiesen prenderlo que se le embargasen sus bienes. El Alguacil Mayor, Juan Beteta, y el Notario Receptor, Juan de Castro, fueron a su casa y no lo hallaron, y tampoco en la Iglesia de San Isidro donde era cura. Por fin, tras varias diligencias, fue prendido y llevado a la cárcel.

A continuación el Procurador del doctor Salinas pidió que se le tomase confesión a su parte para intentar después salir en libertad *en fiado con la ciudad por cárcel* presentando un aval. El Fiscal trató de contradecir la rápida toma de confesión aduciendo que todavía no estaba terminada la sumaria información; era la actitud típica de los fiscales y pretendía tener el máximo tiempo posible al reo en la cárcel, pero el Juez decidió que se le tomase la confesión.

En ella declaró tener 50 años y ser cura beneficiado propio de San Isidro, que conocía a María de Salinas, que no sabía si era su pariente y que se lo preguntaría a sus parientes más ancianos. Negaba que se hubiese llamado nunca María de la Cruz y que hubiese tenido trato carnal con ella desde hacía más de ocho años, ni que hubiese quedado preñada y tuviesen una hija que se llamaba María de Salinas que vivía en compañía de su madre en el convento. También negaba que como consecuencia de esta relación se le hubiese hecho otra causa por el Provisor y hubiese sido preso, castigado y amonestado. Y que lo que pasaba era que la tuvo en su casa porque era huérfana y la amparó porque era *gente principal*, que nunca la trató mal y que la niña no era de él sino que la habían criado de limosna porque era pobre. Que la causa anterior fue hecha con testigos falsos y supuestos, que depusieron con pasión e inducidos por enemigos suyos, y esto era *público y notorio*, pues no eran testigos de vista sino que dijeron que *habían oydo decir*. Así que la sumaria era de oídas, sin defensa ni contradicción, y que le dieron *bregas*, opresiones y molestias para que hiciese descargos. Y que todo el proceso fue hecho contra todo derecho y *quitaron la honra a un sacerdote biejo y hombre de bien opinado en la republica* y a una mujer honrada y principal de quien no se conocía ningún delito. Que todo esto había quedado ya probado en el pleito anterior porque apeló la sentencia del Provisor y en segunda instancia conoció la causa el licenciado Tomás de Ayala, canónigo de la Santa Iglesia y Juez Sinodal, que lo revocó en todo y por todo. Este pleito de apelación se encontraba en poder del Notario Mayor de Apelaciones Gonzalo de la Puebla.

Negaba que la tuviese oculta en casa de Andrés de León y luego en unas casas junto a la Iglesia del Valle, donde acudía a comer y dormir, todo era falso porque si estaba preso no podía llevarla a depositar a una casa, y además siempre comía y dormía en la Iglesia de San Isidro, en los aposentos donde vivía y sacramentaba de noche y de día, pues no había otro cura en la iglesia y no quedaba otro clérigo, y esta razón, según él, tendría que convencer a cualquiera que no estuviese *siego de pasión*. Negaba toda acusación como falsa, supuesta y calumniosa, hecha por enemigos y contrarios *envidiosos de que no les da la capa que no les debe*. Negaba también que la justicia seglar hubiese intervenido por el escándalo que había y que no había hecho a María vejaciones, molestias ni agravios, porque siempre había vivido virtuosa y honradamente. Y que la metió en un convento porque era mujer virtuosa y de vida ejemplar y para que *como mosa no se perdiese* y por las obligaciones que contrajo con sus padres le acudía en el convento.

No era cierto que acudiese a hablar con ella ordinariamente al convento de vírgenes de las Niñas de la Doctrina y que por estos encuentros hubiese escándalo y la echasen del convento. Lo negaba todo porque desde hacía muchos años no tenía otra casa que su aposento en la iglesia y allí no había entrado ninguna mujer, todo lo que decían era maldad, y en el convento la tuvieron por mujer principal, honrada, virtuosa y que frecuentaba ordinariamente los santos sacramentos. Y la priora y las demás monjas le rogaron que no se saliese, para comprobar este extremo pedía al Provisor que mandase pedir información en el convento y que declarasen las monjas para que se entendiese la verdad y la malicia y pasión de los testigos. Con respecto a que estuvieron diez meses en casa de Andrés de León durmiendo juntos en una sala y comiendo juntos a la misma mesa alegaba que estaba enfermo de una *ciática en los lomos* y que no se podía mover de la cama y tuvo que meterse de caridad en casa de unos parientes suyos que eran sus enemigos capitales, y que María, como mujer principal y agradecida, se vino a curarle pues no se podía levantar y estaba tan malo que comía en la cama. Este tiempo estuvo María en su aposento para acudirle de noche y tenía una cama pequeña en la sala, lo curó el doctor Delgado y cuando mejoró volvió ella al convento.

Tras la confesión, el Fiscal Paniagua acusó criminalmente al doctor Salinas de un delito muy grave y escandaloso y pidió al Juez que lo condenase en su persona y bienes. El Juez dio por recibido el pleito para el término de prueba y el Procurador del reo insistió en varios escritos pidiendo la libertad y acusando al Fiscal de dilación y de omitir la respuesta a sus escritos, *acusándole la reveldía*, pues contestaba con el silencio para retrasar lo más posible la puesta en libertad del reo. Esta era la estrategia habitual del Fiscal, se trataba de mantener al reo el mayor tiempo posible en la cárcel, pues independientemente del resultado del proceso, y de la capacidad probatoria de las partes, regía la sospecha y además se le atribuía la culpa por el simple hecho de haberse expuesto a la acusación. Finalmente el Fiscal contradijo la soltura porque el delito era muy grave y escandaloso, pero el Juez la otorgó.

El Procurador, en vista de que no tenía elementos probatorios ni testigos que presentar en su favor, renunció los términos de prueba para no dilatar el proceso y que su parte no permaneciese más tiempo en la cárcel. El Fiscal contradijo tanto la soltura como la renuncia de los términos probatorios *por la gravedad del delito y atento a que esta acostumbrado a cometer muy grandes delitos muy graves y así no requiere tan breve despacho*, y presentó interrogatorio de testigos para que el Notario Receptor que había hecho la sumaria ratificase la declaración de los testigos en la plenaria. El Fiscal pretendía evitar que el proceso se quedase en sumario pues esto era lo que pretendía el reo para obtener la sentencia lo más rápido posible, salir de la cárcel y ahorrar en gastos. Pero la estrategia del Fiscal consistía en dilatar lo más posible el proceso para generar gastos y mantener al reo encarcelado. Se pretendía con esto que el reo purgara sus culpas independientemente del resultado de la sentencia y paralelamente generar gastos de justicia de los que tanto él como el resto de los oficiales eran los beneficiarios.

Por su parte el Procurador había sacado los autos del Oficio para verlos, concretamente la confesión del reo y el interrogatorio presentado por el Fiscal para los testigos de la plenaria, y como los retenía en su poder y no los devolvía el Juez tuvo que dictar una Benigna Declaratoria para que los devolviese en el plazo de un día. Dionisio de Carvajal insistió en que se dejase libre a su parte y se condenase en costas al *malicioso delator*. Alegaba que lo contenido en la sumaria era incierto, *tachando* a los testigos del Fiscal y *abonando* la figura de su defendido como *sacerdote muy honrado*

de buena vida y fama y honestas costumbres, quieto y recogido y que solo trataba de acudir a las obligaciones de su estado y oficio. E insistía en que todo era invención sin fundamento y malicia de los testigos porque eran *enemigos suyos o parientes que por que no les da su hacienda le persiguen y invidiosos de que a otras personas haga bien.* Y el concubinato que le imputaban con María de Salinas era falso porque ella era mujer principal, honrada y virtuosa, cuya virtud y buenas costumbres eran notorias y él la había acudido por celo y caridad pero los mal intencionados siempre *bituperan, murmuran y calumnian* de la virtud. Y que si él tuviera trato deshonesto con ella no la hubiera recogido en conventos con el fin de que sirviera más cómodamente a nuestro señor y evitar el riesgo y peligro que pudiera tener una doncella de padres principales, pues sus padres tenían muchas obligaciones con los de María de Salinas.

Y era siniestro decir que la había tenido en su casa comiendo en su mesa y durmiendo en una sala, esto era maldad de los testigos, porque el doctor Salinas vivía en su aposento de la Sacristía de San Isidoro y jamás la vieron entrar ni salir de allí, ni él salía a comer ni a dormir, y si hubiese salido hubiese hecho falta. Insistía en la *malinidad* de los testigos y cuando decían que la tuvo en una casa junto al Valle ella vivía en casa de doña María de Torquemada y el doctor en su aposento de San Isidoro.

Respecto a que decían que tenían una niña llamada María era porque el doctor la había criado de limosna. Finalmente pedía que se viese la causa que le habían abierto en 1624, porque los testigos de la sumaria venían a decir lo mismo, y entonces el Juez Apostólico lo eximió de toda culpa, constando su inocencia y la maldad y falsedad de los testigos y dando por ninguna la sentencia que había dado el Provisor, don Rodrigo de Narváez. También solicitaba que el fiscal declarase bajo juramento quién fue el delator, para que como se dispuso en la sentencia del Juez Sinodal el *calumniador* no fuese testigo en la causa, y que el pleito de apelación que estaba en poder del notario de apelaciones se incorporara a los autos presente y le dejasen libre porque *está preso muchos días y padeciendo, pido remueva la carcelería a la Iglesia de San Isidro.* Así que la defensa del reo pedía que el Fiscal declarase bajo juramento quién fue el delator, es decir la persona que dio aviso directamente o por personas interpuestas, el cura de la parroquia o el vicario por ejemplo, para que comenzase el proceso de oficio. Porque en las constituciones sinodales se establecía que el delator no pudiese ser testigo de la sumaria, para evitar las denuncias por calumnia. El Fiscal declaró bajo juramento ante el Notario Receptor que el delator no era testigo de la causa.

Las argumentaciones de las partes eran las típicas en este tipo de procesos. Todo se basaba en etiquetas morales en las que el lenguaje operaba oponiendo pares contrapuestos. Por una parte estaban los significantes que abonaban (virtuoso, buen cristiano, temeroso de Dios, recogido, etc.) y por otra los que tachaban (calumniador, vituperador, falsario, que actuaba por enemistad, etc.). Y en este juego dialéctico insertar a una parte en la cadena significativa de la bondad suponía automáticamente colocar a la otra en la contraria. Cuando el abogado defensor abonaba a su parte la denuncia solo podía deberse a la enemistad de los testigos (calumniadores, vituperadores, falsarios, etc.). Así que en este juego de oposiciones binarias se le podía dar la vuelta al prejuicio que condenaba al reo de antemano y las piezas también encajaban. Esto contradecía la idea de una justicia que buscaba la verdad relativa sometida a la capacidad probatoria de las partes. La realidad era que se perseguía el delito como un mal absoluto y contrapuesto al bien y a la virtud. En la justicia eclesiástica aparecía una mentalidad escindida en dos mitades irreconciliables, el ámbito

de la virtud, del bien, del servicio a dios, y el ámbito del mal, del pecado, del delito, sin medias tintas.

Los únicos argumentos del Fiscal a las alegaciones del Abogado y del Procurador del reo parecían ser la afirmación de la gravedad del delito y la reincidencia que agudizaba la sospecha. La sospecha y el convencimiento del Fiscal (que afirmaba que *estaba convencido del delito*) parecían considerarse argumentos probatorios, pues este jugaba con un *plus* de credibilidad frente al reo. En la plenaria, el Fiscal presentó su interrogatorio de preguntas para que los testigos se ratificasen en sus declaraciones bajo juramento. El interrogatorio, como de costumbre, comenzaba con la pregunta acerca del conocimiento del reo y del caso. Los testigos respondían si conocían al reo, desde cuándo y también que sabían del caso por ser *público y notorio*. En las preguntas *generales de la ley* el testigo declaraba su nombre, edad, domicilio, estado, si era pariente del reo etc. Si era pariente del reo añadía la expresión *no por eso dejará de decir la verdad del caso*, aunque su valor probatorio era menor que el de los *testigos mayores*, libres de toda excepción.

A continuación se incluían una serie de preguntas para sondear el grado de conocimiento de los testigos del *pecado público* que se perseguía y se repetía toda la casuística de hechos que llevaron a la denuncia y que estaban en la sumaria información. A cada paso se repetía y se insistía en el *mucho escándalo y murmuración* que había provocado el delito entre los vecinos y se terminaba el interrogatorio con una pregunta repetida y ritualizada: *ítem de público y notorio, de pública boz y fama*, para que los testigos afirmasen que los hechos eran conocidos por todos y que era público y notorio entre los parroquianos. Esto daba fuerza probatoria a la acusación, pues se suponía que lo que todos sabían era una verdad cierta. Después, el Juez cometía al mismo Notario Receptor de la causa para que recibiese los juramentos y las declaraciones de los testigos presentados por el Fiscal.

De nuevo a la búsqueda de los testigos de la sumaria para que ratificasen sus declaraciones y de nuevo el intento de eludirlas con las mismas ausencias de sus casas. Los testigos se solían ratificar en sus declaraciones de la sumaria, aunque a veces matizaban o rectificaban algún extremo, e incluso se desdecían declarando que fue *yerro* del Notario Receptor. Normalmente las rectificaciones eran a favor del reo y a veces suponían acusar indirectamente al Notario Receptor de haber escrito sus dichos con parcialidad. En este caso María de León Salinas se ratificó en todo excepto que hubo un *yerro* del notario porque ella dijo que el doctor acompañaba a María de día, no de noche. Terminada la probanza del Fiscal el Notario Receptor pidió que se le tasasen las diligencias que había practicado para cobrarlas cuando se pronunciase la sentencia definitiva.

En el alegato final el Fiscal repetía todos los argumentos que había venido desgranando durante el proceso. Abonaba las figuras de sus testigos, que eran *mayores*, libres de toda excepción, como personas *a quienes siempre se les ha dado entera fe y crédito, gente honrada y de buena conciencia y que no dirían sino la verdad*. Y que la otra parte no había probado nada en contra, pidiendo al Juez que le condenase en las penas del derecho. A continuación el Juez dio traslado del alegato a la otra parte y mandó llevar los autos para que quedaran vistos para sentencia, citando a las partes para oírla en la primera audiencia.

En ella el Juez falló que *debía amonestar y amonestaba* y mandaba al reo que en adelante viviese y procediese con el recogimiento que debía, dando buen ejemplo como sacerdote y cura y que no cometiese semejante delito. Que no hablase ni comunicase ni en público ni en secreto en parte alguna ni lugar sospechoso con la persona que había sido acusado. Ni la admitiese en su casa ni entrase en la de ella, y esto con apercibimiento de que se procedería con todo rigor en caso de reincidencia. Y por la culpa que resultaba del proceso le condenaba en tres meses de reclusión en su casa o en la iglesia parroquial, de donde no debía salir sino fuese a cosas tocantes a su oficio, y en una pena pecuniaria de 4.500 maravedíes que aplicaba en su sexta parte al Fiscal de la audiencia y lo demás *en la forma ordinaria*. Además, le condenaba en las costas de la causa cuya tasación se reservaba el Juez. Las costas ascendían a 9.579 maravedíes que montaban el doble de la pena pecuniaria.

La sentencia debía ir escrita del puño y letra del Juez así como del Notario Mayor de la Audiencia que firmaba junto a él dando fe. Finalmente se notificaba la sentencia al reo para que pudiese aceptarla o apelar de ella si no era conforme. Seguidamente se hacía la tasación de las costas y el reo pagaba al Fiscal, Notario Receptor y Secretario de la Audiencia sus derechos. Posteriormente se procedía a la ejecución de la sentencia, cobro de las costas y de la pena pecuniaria si la hubiese y demás términos contenidos en ella, pero mientras tanto el reo se encontraba en la cárcel hasta haber satisfecho los gastos y penas impuestas en la sentencia.

Pero, como consecuencia de una Cédula Real que mandaba a los jueces, tanto seglares como eclesiásticos, visitar sus tribunales y cárceles y soltar a los que estuviesen presos por deudas, el Provisor realizó una Visita General a sus tribunales el 26 de octubre de 1629 y en ella visitó en la cárcel al doctor Salinas y mandó que le soltaran, dándole por cárcel la iglesia en la que era cura. Aprovechando la circunstancia el reo no pagó y se pasó el término, el Fiscal pidió que el Juez lo apremiase para que pagara y éste dio un mandamiento para que en el plazo de tres días pagase la condena y las costas, pues de lo contrario volvería a la cárcel.

El notario fue a la iglesia a notificarle el mandamiento y el 31 de octubre el doctor Salinas, preso en la iglesia, presentó ante el Provisor un escrito quejándose de que lo amenazaban con volver a la cárcel, pues debía gozar de los 30 días que mandaba la cédula de su majestad en favor de los presos por deudas, como lo hacían los demás jueces. Además, negaba que tuviese obligación de pagar la deuda, porque podía apelar la sentencia, y se quejaba de que el Juez quisiera ahora *usar rigor que no equidad ni misericordia en tiempo que los señores jueces seglares tanto la han usado con los delinquentes aunque estuviesen presos por gravísimos delitos*. El Fiscal pidió que se le agravaran las censuras para que pagara y el 3 de noviembre el Juez mandó a sus oficiales que cobrasen la condena y las costas de sus bienes, hacienda, frutos de sus beneficios o de cualquier maravedí que le perteneciera, y si no fuese posible que *se sacasen prendas*.

3.3.6.- El Provisor juzgando a los prebendados de la Catedral

El Provisor era también el agente del Prelado en el disciplinamiento del clero catedralicio. Los prebendados de la Catedral, como élite del clero del Arzobispado, demostraron un gran apego a sus inmunidades y en concreto a sus privilegios a la hora

de ser juzgados por delitos o faltas cometidos dentro o fuera de la Iglesia. Algunos indicios apuntan al hecho de que durante mucho tiempo se difundió una imagen de la justicia eclesiástica según la cual sus jueces perseguían con rigor a los seglares que cometían delitos de fuero mixto, pero eran muy benevolentes con los delitos cometidos por los de su estamento y más en concreto con los prebendados de la Catedral.

Así se observa en el ordenamiento que en el año 1351 dio el Rey don Pedro a la ciudad, en el que se referían muchos delitos cometidos por eclesiásticos que faltaban a la obligación de su estado:

con armas debedadas, no temiendo a dios, ni catando, ni guardando su estado...de que se ocasionaba que los seglares se provocasen a venganzas por el mismo modo...por quanto los jueces de la iglesia no les dan pena ni escarmiento por ello...por ende establezco y ordeno por ley, que qualquiera ome lego que de aquí adelante matare, o firiere, o deshonnare algún clérigo, o le ficiere algún otro mal en su persona, o en sus cosas, que haya otra tal pena, qual habría el clérigo que tal maleficio hiciese al lego, y que los mis Alcaldes, ante quien fuere el pleyto, que tal pena le den, y no otra alguna.⁷⁸⁹

Trataba, de esta manera, de evitar las venganzas que los legos se tomaban por las penas tan leves que ponían los jueces eclesiásticos a los clérigos delincuentes. Don Pedro terminaba con esta sentencia: *no es mi intento ir contra las libertades de la Iglesia, ni de quitar sacrilegio, ni descomunió al lego que matare, o ficiere mal alguno al clérigo, según mandan los derechos*. Refiere el analista que, habiendo un prebendado de la Catedral ofendido gravemente a un zapatero, no se le sentenció más que a suspenderlo por algún tiempo de la asistencia a su iglesia y culto. El oficial ofendido *tomó pública satisfacción* - se tomó la justicia por su mano -, y el Rey lo sentenció a que no usase su oficio en un año. Esta es la noticia más antigua que hemos encontrado acerca de esta supuesta benevolencia de los jueces eclesiásticos con los de su estado, y especialmente de la justicia aplicada por el Cabildo de la Santa Iglesia a sus prebendados.

En este mismo año de 1351 el Arzobispo don Nuño modificó y actualizó las Constituciones de la Santa Iglesia Catedral que había hecho don Remondo en 1261, y al año siguiente reunió el primer Concilio Provincial tras la reconquista cristiana. Tenemos noticias de estas Constituciones porque algunos artículos se repitieron al pie de la letra en las Constituciones del Cardenal Hurtado de Mendoza de 1498. Concretamente el capítulo 76 -*de la manera que se ha de tener en la corrección de los beneficiados en las causas criminales o beneficiales*⁷⁹⁰-, es una copia íntegra en latín de las Constituciones de 1351. En él, don Nuño, en nombre de lo *que conviene a la casa de Dios*, dice querer cambiar los estatutos humanos de acuerdo con los cambios de los tiempos:

siendo necesario vigilar por el honor de nuestra Madre Iglesia Catedral y aclarar las sentencias dudosas para que la justicia no muera, ni los crímenes permanezcan impunes, y que el honor debido a los mismos beneficiados y la prerrogativa mayor que la de los demás clérigos sea empleada en que dicho Estatuto sea interpretado mejor y aclarado.⁷⁹¹

⁷⁸⁹ ORTÍZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Tomo II, Imprenta Real, Madrid, 1796, p. 115 y siguientes.

⁷⁹⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Constituciones. Libro 373. fol. 140.

⁷⁹¹ *Ibidem*.

Es posible que con esto se refiriese a los acontecimientos relatados más arriba, relacionados con los altercados que se producían cuando los legos se tomaban venganza ante la benevolencia o pasividad de la justicia eclesiástica para con los beneficiados de la Catedral. Se trataba, por tanto, de establecer un procedimiento para juzgar estos delitos, asegurando las preeminencias y privilegios del fuero pero evitando la imagen de impunidad que se estaba dando. En este empeño el Prelado contaba además con la acción subsidiaria de la Corona, igualmente interesada en contar con un clero creíble, *pues sin clero no hay República*.

En tiempos del Cardenal don Diego Hurtado de Mendoza -1498- de nuevo se revisaron y se actualizaron estas Constituciones, *porque las antiguas estaban confusas, se contradecían y no eran adecuadas para los tiempos presentes*.⁷⁹² Además, se afirmaba que otras eran oscuras, defectuosas, *derramadas* y escritas en diversos volúmenes, tablas y cuadernos, de suerte que todo esto iba en detrimento del buen gobierno y regimiento del Cabildo. Así que decidieron reducir todas a un solo volumen, quitando las diferencias y *superfluidades*, añadiendo las que fuesen necesarias y poniéndolas en orden para que pudiesen hallarse y entenderse cuando fuese necesario.

Por lo que respecta a los delitos criminales cometidos por beneficiados, se recogieron en el capítulo 76, que, como queda dicho, era una copia literal en latín del capítulo de la Constitución de 1351. En él, tras examinar prudentemente los Estatutos, y teniendo en cuenta la observancia del *honor y del estado de todos y cada uno de los beneficiados de la Santa Iglesia, y por que se encuentran en él algunas cosas dudosas y oscuras*, se estableció el procedimiento para cuando alguno de ellos fuese acusado de algún crimen o fuera investigado por alguno cometido hacía tiempo. O cuando el Arzobispo quisiera proceder contra un prebendado por medio de una acusación o denuncia y como consecuencia fuese apresado, encarcelado, privado de sus beneficios, suspendido o depuesto.

Así se estableció que cuando ocurriera alguno de estos casos, antes de que se procediese a la captura del beneficiado acusado, denunciado o investigado, por medio de tres o cuatro buenos testigos y con el consentimiento del capítulo, fuesen informados sumariamente de la veracidad del delito que se le imputaba⁷⁹³; y si encontrasen que la noticia era cierta y existiese temor de fuga, entonces fuese apresado, detenido o custodiado en el Palacio Arzobispal como si fuese en la cárcel. Con la condición de que no fuese *arrojado* ni encadenado, ni se le negasen *las cosas necesarias*, ni se ocupasen o arrebataren sus bienes *-por el honor de la Iglesia y por la decencia de su estado-*, siguiendo la doctrina de los Sagrados Cánones que decía que no era inmediatamente reo el acusado sino el que era probado.

Al día siguiente sería conducido ante los canónigos reunidos en capítulo y se haría una declaración de los crímenes cometido por el acusado; y si fuesen merecedores de detención, previo consenso de los canónigos, serían asignados cuatro canónigos no sospechosos para el acusado para que conociesen con el Provisor del Arzobispo sobre la

⁷⁹² *Ibidem*, Prefacio.

⁷⁹³ *Ibidem*, fol. 140: *de consensu capituli summarie informantur de fama utrum vera sint quae obiiciuntur denuntiatio vel accusatio*. En el texto original está subrayado este pasaje, quizás para reafirmar la necesidad del consentimiento del Cabildo de canónigos, previa información sumaria, antes de proceder a ninguna detención.

causa o causas criminales. Pero si el crimen cometido fuese *enorme o notorio* y se temiese por su fuga, entonces el Arzobispo podría capturarlo y hacerlo custodiar por algunos escuderos y hombres suyos en alguna Cámara del Palacio Arzobispal, siguiendo en esto el parecer de sus jueces y asesores de acuerdo con el Derecho; de tal forma que se asegurase que no fuese vituperado en la captura o en la detención, *por el honor de la Iglesia*. Esta coletilla, que aparece reiteradamente en los textos, intentaba expresar la idea de que los privilegios eran funcionales, servían para poner a salvo la imagen de una institución que debía ser protegida por el bien de todos. El mecanismo es antiguo y bien conocido, el poder identifica sus intereses con los de la colectividad, así cualquier exención o privilegio queda legitimado en aras del bien común.

Los beneficiados asignados por el capítulo para juzgar a sus compañeros debían jurar ante los Santos Evangelios que prescindirían de las súplicas, del dinero, del temor y del amor u odio, tanto en la captura o detención como en los procesos de la causa y en la presentación de la sentencia. Que consultarían con rectitud y delimitarían lo que debía ser hecho con recta conciencia. Y si no estuviesen todos de acuerdo con el Arzobispo en la sentencia, *se mantuviese la firmeza*.⁷⁹⁴ Pero si los que hubiesen sido designados por el capítulo para preparar la causa no quisieren o no pudieren tomar parte, que el Prelado pudiese mantener lo hecho con los que se habían presentado. Y ante todo que se siguiese la doctrina del canon que dice:

si algo de cualquier clérigo llega a tus oídos que con justicia te puede ofender no lo creas fácilmente ni te lleve esto a la venganza en asunto desconocido sino que la verdad tiene que ser investigada de antemano cuidadosamente por los ancianos presentes en tu Iglesia.⁷⁹⁵

Pues consideraban la acusación prematura, sin averiguación, como un impedimento canónico y si se acusara con el objetivo de difamar y dañar la imagen del clero se cometería una culpa muy grave, porque a veces los detractores por envidia u odio contra los inocentes echaban en cara algunas faltas no verdaderas con el objetivo de denigrar:

y según la Sagrada Escritura todo el que vuelve a imputar es un homicida para su hermano, y no tiene parte en el Reino de Cristo, y son peores que los que corrompen la vida y las costumbres, que los que roban la fortuna y las posesiones, de modo que la falsedad no prevalezca sobre la equidad o que la pureza de la inocencia no sea castigada.⁷⁹⁶

Para evitar las acusaciones calumniosas, el Arzobispo, con el Deán y Capítulo, establecieron que cuando el reo cautivo quisiera mostrar su inocencia fuese escuchado por el comisario del Prelado, que solía ser su Provisor, y por los *ancianos*, los cuatro canónigos más antiguos diputados por el capítulo; y si lo encontrasen inocente, lo más rápidamente que se pudiera lo absolverían y lo restituirían a su estado, *ya que las leyes son más prestas para absolver que para condenar lo verdadero*.⁷⁹⁷ Y esto para evitar

⁷⁹⁴ *Ibidem*, fol. 141: En el texto original *obtineat firmitatis*, suponemos que quiere significar que los diputados nombrados por el Cabildo mantuviesen la firmeza y no cediesen a la voluntad del Arzobispo.

⁷⁹⁵ *Ibidem*, *doctrinam canonis qui dicit si quid de quocumque clerico ad aures tuas perveniat quod te iuste posuit offendere non facile credas nec te ad vindictam res accedat incógnita sed presentibus ecclesia tua senioribus diligenter est veritas praescrutanda.*

⁷⁹⁶ *Ibidem*, fol. 142.

⁷⁹⁷ *Ibidem*, *iura promptiora sint ad adsolvendum quam ad condenandum verum.*

que los prelados, convencidos por otros, cediesen a la injerencia de los ultrajadores, y para que la *voluntad madrastra de la justicia no perdone a los culpables y condene a los inocentes*.

Finalmente el Arzobispo afirmaba que, si él o alguno de sus sucesores atentara contra el presente ordenamiento deteniendo a algún sujeto de la Iglesia o conociendo de causas criminales o beneficios sin las garantías y procedimientos descritos y conforme al Estatuto, fuese nulo de derecho, careciere de firmeza y fuese cesado por el Derecho en la Iglesia Catedral y en las iglesias de la ciudad *a divinis -cesatio a divinis-*, hasta que todo fuese reconducido a su estado y se satisficiera al encarcelado por aquellos que lo habían injuriado, resarciéndole de sus gastos y daños. Y para que el decreto tuviese valor en todos los tiempos y fuese observado inviolablemente ordenaba que fuese protegido con *el peso de nuestros sellos* y que fuese colocado entre los otros decretos de la Santa Iglesia. Finalmente, la Constitución fue confirmada por el Papa.

Como se ve, se trataba de proteger la presunción de inocencia de los beneficiados estableciendo una serie de garantías procesales y mecanismos para poner a salvo su integridad y el honor de su estado. Justamente lo contrario de lo que ocurría en las causas criminales contra el bajo clero y seglares, en las que la presunción de culpabilidad informaba todo el proceso, que solía comenzar con el prendimiento del acusado, al que se denominaba *reo* desde el mismo momento en que el Fiscal escribía la denuncia, y que a menudo continuaba con el secuestro de sus bienes y posterior reclusión en la cárcel arzobispal, donde permanecía a la espera de las actuaciones de los oficiales de la justicia arzobispal.

Así pues, el Cabildo de canónigos se dotó en sus Estatutos de un sistema para asegurar sus privilegios y entender en los delitos criminales cometidos por los beneficiados de la Santa Iglesia Catedral junto con el Prelado o el Juez por él diputado.⁷⁹⁸ Era tal la susceptibilidad de los prebendados para con sus inmunidades que en el capítulo primero de sus Estatutos *-de cómo ha de ser recibido el Arzobispo a la posesión-*, donde se establecía el ceremonial de recibimiento de cada nuevo Prelado, con el juramento que debía realizar sobre el libro abierto de los Estatutos antes de entrar por la puerta del Perdón de la Catedral, se decía que el Arzobispo debía jurar las Constituciones de la Santa Iglesia y *en especial el estatuto del conocimiento sobre las causas criminales e beneficios de los beneficiados*.⁷⁹⁹

Tenemos el caso del Arzobispo fray Diego de Deza que el domingo 5 de octubre de 1505 fue recibido en la Puerta del Perdón de la Catedral por los prebendados, y como era costumbre, antes de entrar juró los Estatutos de la Santa Iglesia y *en especial el de la captura de los beneficiados*, pero añadió en su juramento una coletilla curiosa, pues juró el Estatuto *con tanto que no sean ofensa de dios*, a lo cual le respondió el Deán *que la Iglesia de Sevilla no tenía estatutos que fuesen en ofensa de dios*. El Prelado *in pectore* de nuevo insistió: *que los juraba con tanto que no fuesen en ofensa de dios como había dicho*.⁸⁰⁰ En este acto se escenificó el enfrentamiento larvado entre los prebendados, celosos de sus prerrogativas e inmunidades, y el Prelado, que pretendía un clero disciplinado y obediente. Y en efecto los enfrentamientos entre fray Diego de Deza y el Cabildo menudearon, pues el primero pretendía conocer a través de su Provisor en la

⁷⁹⁸ Privi-legium: leyes privadas.

⁷⁹⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Constituciones. Libro 373. Capítulo I.

⁸⁰⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. 5-10-1505.

corrección de los prebendados y estos pretendían salvaguardar sus privilegios escapando al control del Arzobispo.

Los delitos de herejía suponían un caso especial, con en el que quedaba en suspenso cualquier exención o privilegio. Desde su nacimiento en la ciudad de Sevilla los reyes pidieron por carta *todo favor y ayuda* para que se fundara la Inquisición, y que si alguno estuviere en contra que lo prendiesen a buen recaudo.⁸⁰¹ Además mandaron que las Bulas de Su Santidad que habían obtenido algunas personas para escapar de la Inquisición no se cumpliesen, se considerase que *son delinquentes de nuestra fe* y se diese cuenta a Su Majestad.⁸⁰² Así que si un prebendado era acusado de herejía no valían sus privilegios y el Cabildo debía entregarlo al Provisor como Inquisidor Apostólico del Santo Oficio.

El 27 de diciembre de 1480 se firmó el nombramiento de los inquisidores y se describió su misión exhortando a los concejos a que facilitasen su labor y les ayudasen en todo: *si cárcel o carceles apartadas quisieran tener, se las consintades tener e les dedes...cadenas e cepos e todos los otros aparejos que ovieren menester para la guarda de los dichos presos*.⁸⁰³ El primer objetivo del recién nacido Santo Oficio de la Inquisición iba a ser la comunidad de judeoconversos, de la que en Sevilla existía un grupo nutrido y bien situado socialmente. Parece que los canónigos sevillanos participaron de la oleada de fobia antisemita, pues el 3 de septiembre de 1481, en sede vacante, mandaron que se *eche un judío de Albayda que está allí con su compañía por público mandamiento para los Alcaldes de Albayda*.⁸⁰⁴ Pero tras la defensa fanática de la fe siempre aparecían los intereses materiales. En junio de 1482 decidieron en sede vacante que los diezmos que pagaban los herejes quemados o *ausentados* -huidos- se tomasen y se dispusiese de ellos.⁸⁰⁵

En la ciudad de Sevilla, en el contexto de la lucha por el poder entre las distintas oligarquías y el intento de control de la Hacienda municipal, un grupo de caballeros veinticuatro trataron de deshacerse de sus competidores en el arrendamiento de los propios de la ciudad. Éstos eran judeoconversos y además se habían hecho con la Mayordomía del Cabildo. Y aunque los Reyes Católicos hicieron gestiones para defenderlos, en julio de 1482, en el primer auto de fe de la Historia Moderna, el Mayordomo Alemán Pocasangre, Sevilla y Tomás Sánchez de Jaén no sólo fueron despojados de sus cargos, sino que terminaron en los calabozos de la Inquisición, perdiendo además las cantidades que habían prestado al Concejo.⁸⁰⁶

⁸⁰¹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, P Tomo 51, Privilegios de Sevilla, Ordenamientos de Alfonso XI: Memoria de algunas cosas que son dignas que se sepan que tocan a preeminencias autoridad y jurisdicción de la ciudad que están entre otra muchas que no importan, en 6 libros de letra antigua que estan en el Archivo de Papel de Marca Mayor que son del reynado de los sres Reyes Catolicos y empiezan en 1475 y acaban en el de 1507, fol. 87: Memoria de lo que contienen 7 libros que estan en el Archivo de la ciudad los quales se hicieron por mandado de los señores Reyes Catolicos, libro 2º, f. 88.

⁸⁰² *Ibidem*, fol. 343.

⁸⁰³ Véase CASCALES RAMOS, A.: *La Inquisición en Andalucía*. Sevilla, 1986.

⁸⁰⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, 3-9-1481.

⁸⁰⁵ *Ibidem*, fol. 95.

⁸⁰⁶ CARRIAZO ARROQUIA, J. de M.: *Paseos por la historia de Sevilla*. Sevilla, 1999. p. 135 y siguientes. El autor se basa en el Tumbo, Archivo de Simancas, Ordenanzas de Sevilla y Papeles del Mayordomazgo del Archivo Municipal de Sevilla.

Desde muy pronto surgieron disputas entre la Inquisición y el Cabildo por el reparto de los bienes de los prebendados condenados por herejía. En otra reunión del Cabildo se habló de *algunos canónigos condenados por el Santo Oficio*, y concretamente de Diego Alonso de Jaén, *hereje condenado y quemado*.⁸⁰⁷ Uno de los escribanos estudiados por Klaus Wagner nos cuenta que en la procesión de condenados por la Inquisición de mayo de 1484 iba camino del patíbulo, entre otros, Tomás Sánchez de Jaén. Suponemos que en la redada caerían otros familiares del Mayordomo Jaén, como era habitual, y concretamente Diego Alonso, que no se salvó por ser canónigo.

Los Estatutos no recogen el procedimiento seguido en estos casos, aunque suponemos que sería el mismo que para los delitos criminales, y especialmente para los casos de delitos *enormes o notorios*, en los que el Arzobispo o su Provisor, como Inquisidor Apostólico, podía prender a cualquier beneficiado y encarcelarlo en el Palacio Arzobispal para impedir su huida. Sabemos que Diego Alonso de Jaén fue racionero de la Catedral y que el viernes 31 de agosto de 1481 resignó su ración para que la ocupara Andrés Gómez, Arcipreste de Peñafiel, que traía carta de presentación del Papa y dos bulas apostólicas dadas por don Juan López, Deán de la Iglesia de Segovia, como Juez Apostólico; y por Juan de Medina, clérigo de la diócesis de Salamanca, como Notario Apostólico⁸⁰⁸. Al día siguiente, el sábado primero de septiembre de 1481, el bachiller Diego Alonso de Jaén presentó bulas para un canonicato y prebenda en la Catedral de Sevilla que tenía *el honrado varón don Francisco Álvarez Zapata*.⁸⁰⁹

Tras esto, y ya como canónigo, encontramos un proceso de la Inquisición en el que se le secuestran sus bienes, y el Cabildo en sede vacante, tras la muerte de don Íñigo Manrique de Lara, diputó a varios de sus canónigos para que interviniesen en el embargo.⁸¹⁰ En efecto, en abril de ese año, los *padres inquisidores* pidieron de los bienes del canónigo don Diego Alonso de Jaén 1.000 reales de los que el Prior y frailes del Monasterio de Sant Gerónimo de Buenavista le debían. El Cabildo mandó al Prior que entregase a Andrés Gómez, su Mayordomo, un breviario y un pergamino que tenía propiedad de Diego Alonso; y que el Mayordomo del Cabildo entregara los 1.000 reales que pedían los inquisidores a sus notarios, pagándoles con una *escudilla de plata* que era del canónigo hereje. Habían surgido problemas en el reparto de los bienes, los inquisidores los reclamaban pero el Cabildo pretendía que revirtiesen en el patrimonio de la Santa Iglesia Catedral y que se les entregasen a su Mayordomo del Comunal. Finalmente, en 1488, el Cabildo decidió que los bienes de los canónigos condenados por herejes fuesen para la Fábrica de la Iglesia y así se lo solicitó al Santo Oficio.⁸¹¹ Teniendo en cuenta que los bienes de los canónigos podían ser un bocado apetecible para la Inquisición, trataron de prevenir posibles tentaciones del Santo Oficio, pues podía establecerse un precedente peligroso que convirtiese a los prebendados de la Catedral en blanco de los inquisidores a causa de sus riquezas.

Precisamente para evitar que una institución ajena al Cabildo, aunque fuese tan respetable y necesaria como el Santo Oficio de la Inquisición, pudiera juzgar a un prebendado y embargarle sus bienes, encontramos en 1515 por primera vez un Estatuto

⁸⁰⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 4, fol. 52.

⁸⁰⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 41.

⁸⁰⁹ *Ibidem*, 1-9-1481.

⁸¹⁰ *Ibidem*, fol. 5. Enero de 1485.

⁸¹¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 4, fol. 79.

de la Santa Iglesia prohibiendo a cualquier hijo o nieto de condenado por la Inquisición ser admitido como prebendado.⁸¹² Las bulas papales y los edictos reales sobre esta cuestión fueron frecuentes. En mayo de 1531 un tal Fernando Martín presentó una bula para una ración en la Catedral, pero los canónigos le negaron la provisión y apelaron las bulas. Tras esto no volvemos a encontrar prebendados de la Santa Iglesia Catedral envueltos en procesos de la Inquisición hasta los casos de Egidio y Constantino.

vista la genealogía del padre del dicho Fernando Martín, que se trajo de los libros que están en el Santo Oficio de la Inquisición, y aviendo cotejado las actas de las dichas Bulas de provisión con las de la prohibición que se reciban personas hijos o nietos de notados por la Santa Inquisición.⁸¹³

El martes 3 de junio de 1533 recibieron por predicador de la Santa Iglesia Catedral al señor doctor Constantino con su salario correspondiente.⁸¹⁴ En 1540, en el pontificado de García de Loaysa, votaron los beneficiados por unanimidad que el doctor Egidio fuese a predicar y lo nombraron para la Cátedra de San Leandro, y al doctor Constantino lo restituyeron por predicador de la Santa Iglesia.⁸¹⁵ Precisamente por el contenido de sus sermones fue considerado sospechoso y procesado por el Santo Oficio, condenándolo a no predicar ni enseñar en diez años. Un auto del Cabildo de 12 de diciembre de 1550 mandaba dar al canónigo Egidio, que estaba en la cárcel de la Inquisición, 600 ducados cada año durante todo el tiempo que estuviese detenido. En la cárcel de la Inquisición.⁸¹⁶

En 1551 confirmaron los canónigos este auto mandando a los contadores que librasen las cantidades correspondientes para ayudarle. El 7 de diciembre le mandaron dar 100 gallinas y en enero de 1553 entró en el Cabildo agradeciendo las mercedes que le habían hecho y pidió licencia y su bendición para irse al Monasterio de la Cartuja de Jerez de la Frontera. Los canónigos le respondieron que fuera enhorabuena y con la bendición de dios por sus recles.⁸¹⁷ En 1554 se trató la cuestión del cobro de los frutos por el canónigo Egidio, honrándolo de esta manera después de la prisión de la Inquisición. Tras ser penitenciado le dieron licencia para que pudiese ir a su tierra. De esta manera el Cabildo apoyaba al eminente predicador acusado por el Santo Oficio.⁸¹⁸

Sin embargo, la colaboración con la Inquisición estaba fuera de toda duda, en agosto de 1552 mandaron que se le proporcionara *toda la madera y clavazón que fuera menester para los tablados que la Inquisición quería hacer en la Catedral* y todo lo que necesitasen. Egidio murió en 1556 de fiebres que contrajo en las cárceles de la Inquisición donde estaba preso y Constantino fue apresado en 1558 y murió en su celda del Castillo de San Jorge. Ambos fueron quemados en efigie en el auto de fe de 22 de diciembre de 1560.⁸¹⁹ Finalmente el miércoles 4 de septiembre de 1560 cometieron al

⁸¹² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 9. 29-12-1515.

⁸¹³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 13. 2-5-1531.

⁸¹⁴ *Ibidem*, Martes 3 de junio de 1533.

⁸¹⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 17. enero de 1540.

⁸¹⁶ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares. Libro 21.

⁸¹⁷ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, año 1551 y siguientes.

⁸¹⁸ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, 6 de marzo de 1554.

⁸¹⁹ Véase DÍAZ PÉREZ. E.: *Memorias de Cenizas*, Sevilla, 2005.

Maestrescuela y al Arcediano de Niebla para que hablasen con los inquisidores sobre los bienes de la herencia de los *herejes* Egidio y Constantino.⁸²⁰

Para los delitos menores, de injurias verbales, se estableció otro mecanismo en el que no intervenía el Prelado ni su Provisor. Era otro capítulo de las Constituciones de la Santa Iglesia que establecía que, puesto que de las injurias verbales nacían muchos odios, rencores y escándalos que turbaban la paz espiritual y temporal, había que quitarlos estableciendo mecanismos y penas adecuadas a cada caso.⁸²¹ En concreto, cuando algún prebendado dijere palabras injuriosas a otro, tanto en la Iglesia como fuera de ella, de cualquier suerte o condición que fuesen esas palabras, que el que se considerase injuriado dijese *que lo tomaba por injuria* y lo denunciara al Deán, Presidente del Cabildo o al Mayordomo del Comunal, y éste lo refiriese en Cabildo diputando beneficiados que informasen de lo sucedido. Y si se hallase que era verdad fuese multado sin apelación remota en 3.000 maravedíes, los cuales fuesen tomados por el Mayordomo del Comunal de su casilla y luego el Sochantre dijese una misa de paz.

Pero antes de comenzada la misa los diputados nombrados por el Cabildo para el caso deberían *hacer amigos* a los beneficiados discordes, y en la misa de paz se repartiría la pitanza de los tres mil maravedíes entre los beneficiados presentes por partes iguales. Además, se advertía que cualquier beneficiado que devolviese al *delincuente* la parte que le tocara, directa o indirectamente, por sí o por otra persona, pagaría irremisiblemente mil maravedíes, que los tomaría de su casilla el Mayordomo del Comunal y los repartiría entre los mismos que estuvieron en la misa de paz.

En cuanto a las injurias de obra, se estableció otro capítulo con el que se pretendía corresponder la pena con la gravedad del delito. Así, si algún prebendado pusiese manos violentas sobre otro, o las hiciese poner, o lo intentase de alguna manera, entendería del delito el Arzobispo o su Provisor, juntamente con los beneficiados que el Cabildo diputare. Éstos recabarían la información,

teniendo a dios y a la justicia y el bien de la iglesia ante sus ojos, pospuesto todo amor, todo odio y temor, o interesse, o cualquier pasión de las que suelen pervertir el juicio, mirada la calidad del delito den la pena e castigo e que ninguno pueda apelar ni reclamar ante cualquier superior.⁸²²

Son innumerables los casos de delitos menores, como las injurias o los enfrentamientos verbales entre prebendados en los que no intervenía el Provisor del Prelado. Sólo en casos de delitos de más entidad, o cuando afectaba a terceras personas fuera de la Catedral intervenía éste, juzgando con los diputados nombrados por el Cabildo.

En los casos de delitos leves, de injurias o desacatos de palabra, se solía condenar poniendo al prebendado pena de *nihil*, privándolo de todos los emolumentos y de la asistencia al Cabildo. En el pontificado del Cardenal don Pedro González de Mendoza -1478- vieron en Cabildo el caso ocurrido entre los canónigos doctor Juan Arias y Álvaro de Zamora y les pusieron pena de *nihil*, porque se habían dicho palabras

⁸²⁰ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 26.

⁸²¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Constituciones. Libro 373. Capítulo 69. De las injurias verbales.

⁸²² *Ibidem*, Capítulo 70.

injuriosas.⁸²³ El *nihil* implicaba la expulsión por un tiempo de la asistencia a la Iglesia, con la consiguiente pérdida de ingresos por *hora*, y de hecho suponía poner *por ninguno* al prebendado castigado, excluyéndolo de todo derecho y actividad en la Iglesia. El sábado 27 de mayo de 1479 trataron las injurias que pasaron entre Pedro de Santillán y Juan de Reyes y determinaron que el primero estuviese seis meses sin entrar en la Iglesia y sin ganar las horas durante todo ese tiempo.⁸²⁴

En septiembre de este año, el Cabildo impuso al beneficiado Cristóbal Martínez de Sanlúcar una pena por matar a una esclava propiedad del doctor Almodóvar. Parece que era frecuente que los beneficiados tuviesen esclavos y esclavas. Así encontramos que en 1482 se vendió un esclavo que se llamaba Ribera y que fue propiedad del beneficiado Pedro Fernández de Benadena⁸²⁵; y el 4 de enero de 1508 el Cabildo liberó a la esclava de un canónigo fallecido, que tenía una hija pequeña.⁸²⁶ Al morir los beneficiados, el Cabildo se hacía cargo de sus propiedades y en el caso de esclavos y esclavas, dependiendo de que en el testamento los dejase manumitidos o no, se vendían en pública subasta o se liberaban.

En el caso de la esclava asesinada, después de hacer las pesquisas, votaron que el beneficiado no entrase en la Iglesia por un año y que en este tiempo no ganase horas. Y si apelase de este mandamiento que perdiese todo lo que hubiese ganado el año en curso, siendo la pena irremisible y no pudiéndose revisar salvo por *fabas*, y que una sola *faba* lo contradijese.⁸²⁷ Sorprende la levedad de la pena tratándose de un homicidio, aunque se tratara de una esclava. Este tipo de sentencias tan benevolentes fue lo que llevó al Cardenal Hurtado de Mendoza a revisar las Constituciones y sobre todo a exigir un cumplimiento más estricto, interviniendo su Provisor con los diputados para impartir justicia.

En el año 1481 encontramos varios casos de delitos cometidos por canónigos o beneficiados de la Catedral, como el del Arcediano de Jerez y el doctor Cepeda, que fueron arrestados y se les embargaron sus bienes por el Alguacil, con mandamiento del Cabildo.⁸²⁸ En septiembre de 1481 de nuevo nos encontramos al racionero Cristóbal Martínez envuelto en otro delito. Se trataba de *palabras injuriosas* que habían pasado entre él y el canónigo Fernando Martínez. Hechas las averiguaciones, los testigos juraron en manos del Presidente del Cabildo y fueron interrogados y preguntados. Los canónigos Juan Pérez, Juan Baena, Diego Alonso de Jaén y el racionero Francisco Pérez respondieron que Cristóbal Martínez había dicho al canónigo Fernando Martínez *esa palabra es mentira*. Votaron si se trataba de palabras injuriosas y decidieron que la pena que se le había puesto al racionero el día antes era suficiente. Pues efectivamente, el 3 de septiembre se le había condenado a no asistir a la Iglesia *ni ganar cosa alguna*.⁸²⁹ Y dado que las palabras no parecían ser injuria grave según el Estatuto, que los reconciliase e hiciese amigos el Presidente; días después le *remitieron* la pena impuesta.

⁸²³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 1, 24 de febrero de 1478.

⁸²⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 2, fol. 43.

⁸²⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 75.

⁸²⁶ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 7.

⁸²⁷ Se refiere al voto por habas negras y blancas.

⁸²⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 57.

⁸²⁹ *Ibidem*, fol. 45.

En abril de este año condenaron a dos beneficiados por haberse dicho palabras injuriosas, uno de ellos era el racionero Diego de Sevilla; les mandaron que no fuesen al altar, ni cantasen misas ni oficio alguno en la iglesia, que no pudiesen leer y que no ganasen *cosa alguna*. El otro beneficiado era letrado del Cabildo y fue condenado a no recibir su salario y a que no pudiese ser Mayordomo del Comunal. En junio trataron sobre las palabras injuriosas que se dijeron dos racioneros, Joan Fernández de Almonacid acusaba a su compañero de haberle insultado, y el Cabildo, a la vista de los Estatutos, procedió. Primero juraron en las manos del Presidente, el Arcediano de Sevilla, y nombraron por testigos de la injuria al bachiller Juan Alonso de Logroño, canónigo, a Diego de Sevilla, racionero, a Antón Lobato, sochantre, y a Martín González, sacristán del Sagrario, los cuales fueron preguntados acerca de la injuria. En su declaración refirieron que el racionero Enrique dijo a Joan Fernández que haría que le quitaran la Mayordomía y éste replicó que le daría una bofetada, contestando el primero que *lo recibía por injuria*.⁸³⁰ Luego mandaron salir del Cabildo a ambos y leyeron lo que decía el Estatuto sobre esto, votaron si eran palabras injuriosas y decidieron que Juan Fernández fuese puesto *nihil* por 15 días y que pagase 500 maravedíes que se distribuirían entre los beneficiados en una misa de paz.

La misa de paz pretendía la reconciliación de los enfrentados, que deberían perdonarse mutuamente. Pero era una ceremonia rica en significados. Por una parte el delito suponía una ofensa al estamento, y, por ende, a todos los compañeros prebendados, de aquí que la pena pecuniaria se repartiese entre los asistentes a la misa, que así quedaban reparados. Pero, por otra, era también un acto de arrepentimiento colectivo, pues el delito cometido por un prebendado suponía la ruptura de la fraternidad que debía reinar en el Cabildo y como ofensa a Dios debía ser expiado por la colectividad en la misa.

A menudo, después de una pena aparentemente severa, el Deán o algunos diputados nombrados al efecto, daban la *corrección fraterna* a los prebendados enfrentados y se les absolvía de la pena impuesta. El viernes 9 de mayo de 1488, *habiendo platicado de la corrección fraterna dada a Gerónimo Pinillo y a Francisco Pérez, beneficiados, y viniendo a votos verbales*⁸³¹, decidieron que de allí adelante ganasen sus horas por entero y a Francisco Pérez le hicieron gracia de todo lo que había perdido en el tiempo que estuvo ausente de la Iglesia.

En el pontificado del Cardenal Hurtado de Mendoza vieron los canónigos el consejo de los letrados sobre el asunto de las injurias que había dicho el canónigo Diego de Santillán al doctor Pedro de León, y determinaron que el Provisor conociera juntamente con los diputados del Cabildo según la forma del Estatuto.⁸³² Esto no se correspondía con el procedimiento establecido en el Estatuto, pues se trataba de un delito menor, pero tuvieron en cuenta que ya se había comenzado la causa con la intervención del Provisor de común consentimiento con los canónigos y determinaron que se continuara hasta *fenecer*. Los letrados dijeron que, no haciendo perjuicio a su Estatuto y a su derecho, consentían, pues aunque el Provisor había participado en las pesquisas sin corresponderle, hacían constar que por esta vez conociera en un delito de injurias sin perjuicio de su Estatuto y de la costumbre inmemorial que tenían de corregir

⁸³⁰ *Ibidem*, fol. 112.

⁸³¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 4, fol. 106.

⁸³² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Viernes 16 de febrero de 1498.

solos a sus beneficiados en semejantes casos, con corrección paternal, sin la intervención ni el consentimiento del Arzobispo ni su Provisor.

En caso de delitos más graves intervenía el Provisor junto con los jueces diputados por el Cabildo. Ese mismo día los diputados nombrados por el Cabildo, canónigos Fernando Ramos y Juan Rodríguez Madrigal, junto con el Provisor, sentenciaron a destierro a Diego Santillán, mandándole que se fuese de la Iglesia y de la ciudad de Sevilla dos leguas a la redonda y que no entrase en ella hasta que fuese la voluntad de los jueces; en caso de que entrase la primera vez le daban seis meses de pena y si volviese a entrar un año. Y al doctor León que se quedase en su casa por ocho días. Pero como era habitual a los pocos días moderaron la sentencia.

El Provisor también intervino en el caso del racionero Luis de Soria cuando le hallaron en su casa una mujer que se sospechaba *ser de su persona*⁸³³, tras lo cual lo mandó detener en su domicilio hasta que se hiciese justicia⁸³⁴. Al día siguiente entró el Provisor al Cabildo a la hora de nona, mandaron venir a Luis de Soria y diputaron al Arcediano de Reina, a Fernando Ramos y al doctor Matrezo para que juntamente con el Provisor y según el Estatuto dijese si era merecedor de pena.

Las penas de prohibición de entrada al Cabildo fueron frecuentes y conllevaban el cese en la percepción de derechos. Este mismo año fueron condenados Martín de la Campana a un año sin entrar al Cabildo y el Arcediano de Jerez, Iñigo de Ágreda, a no ganar nada de sus prebendas en todo el año -esto incluía los maravedíes, el pan, las gallinas, los carneros y *otras cosas*⁸³⁵-, y a no entrar a capítulo durante dos años. Y si habían ganado *horas* que se le notificase al Mayordomo de la Mesa Capitular y al Mayordomo del Comunal para que se las quitasen de sus cuadernos. El Provisor detuvo a Iñigo de Ágreda y lo encerró en las Casas Arzobispales pero como se trataba de un delito de injurias con el agravante de desacato al Cabildo los canónigos mandaron a sus diputados, Pedro Pinelo y doctor Matrezo, que lo llevasen a Cabildo para ver la acusación que le puso el Provisor y oír a los testigos que depusiesen contra él.

Traído a Cabildo, en presencia del Provisor, se le comunicó por qué estaba detenido, y negó la acusación, implicando en el delito a otros canónigos. Además recusó a los diputados nombrados como personas sospechosas, pidiendo que diputasen a otros para que entendiesen con el Provisor en la causa. Después decidieron que fuese devuelto a las Casas Arzobispales con el Provisor y que allí quedase detenido, diputando a otros canónigos. Así pues, podemos observar que la intromisión del Provisor en el disciplinamiento de los prebendados, aunque limitada por las Constituciones y la costumbre inmemorial, dependía en buena medida de la energía del Provisor y de la tolerancia del Cabildo. Como la ausencia del Prelado era la norma, suponemos que el nombramiento del Provisor y las consignas y poderes dados por el Arzobispo serían determinantes en este tema. En pontificados como el del Cardenal Hurtado de Mendoza observamos que el celo en la reforma y corrección del clero dio lugar a frecuentes intervenciones del Provisor en las causas incoadas contra los prebendados de la Santa Iglesia Catedral.

⁸³³ *Ibidem*, Jueves 1 de marzo de 1498.

⁸³⁴ *Ibidem*.

⁸³⁵ *Ibidem*, 22 de diciembre de 1498.

Las penas corporales, entiéndase de privación de libertad, no fueron frecuentes en la justicia impartida por los canónigos. A veces encontramos casos en los que un delito en principio de menor cuantía fue penado con la reclusión en la cárcel arzobispal. Concretamente, el viernes 12 de mayo de 1503 se leyó en el Cabildo la pesquisa que cometieron al canónigo Pedro de Fuentes del caso *sobre ciertas palabras que pasaron* entre el canónigo Hernán Sánchez y el capellán de la veintena Martín de Párraga. Oídas las deposiciones de los testigos, trataron sobre ello y *vinieron a votos verbales*, y salió por mayoría que Martín de Párraga estuviese ocho días en la cárcel arzobispal preso y suspendido por todo el mes del beneficio que tenía. Eso sí, como se trataba de un capellán que había injuriado a un canónigo, la pena no podía ser la misma que en los casos de injurias entre canónigos.

Otra de las conductas penadas por el Cabildo eran todas aquellas consideradas como desacato, injurias o traición a la institución por parte de alguno de sus miembros. En 1504 los canónigos cometieron al Chantre y a los canónigos Alonso de Ayora y Fernando de Alfaro para que junto con el Provisor vieses los Estatutos y tomasen el proceso que se hizo contra el Arcediano de Jerez y las cartas que escribió éste contra el Prelado y contra el Cabildo, y que hicieran su Consejo colegiados.⁸³⁶ Se entiende la intervención del Provisor en este caso porque el desacato también afectaba al Prelado. En la sede vacante de don Juan de Zúñiga, en agosto de 1504, los canónigos hicieron relación de cómo un clérigo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla que se llamaba Lobatón escribió a los canónigos de Córdoba ciertas cosas en perjuicio del Cabildo de Sevilla. Nombraron diputados para que hiciesen la información y fue penado.⁸³⁷

En enero de 1505, el Mayordomo del Comunal dijo a los canónigos que algún beneficiado o beneficiados habían dicho palabras injuriosas contra el Cabildo, y nombraron diputados para hacer las pesquisas y castigarlos. También trataron sobre cierto desacato de palabras que ocurrió en el Cabildo entre dos canónigos, uno de ellos era de nuevo Martín de la Campana, y les mandaron que no entrasen en Cabildo hasta que no se *hiciesen amigos*.⁸³⁸

Las penas de injurias entre prebendados eran las más frecuentes. El sentido de los privilegios, la susceptibilidad y el honor, generaban no pocos roces y conflictos, que en un ambiente tan cerrado operaban una presión que necesitaba descarga periódica. La válvula de escape eran los frecuentes lances de palabra. En junio de 1506, pusieron una pena contra el Arcediano de Jerez por haber dicho palabras injuriosas a otro canónigo delante del Sacramento. Después le administraron la corrección fraterna y le condenaron a que no entrase en Sevilla en un año, dándole 38 días de término para que saliese y que en el año en curso no ganara nada en la Iglesia.⁸³⁹

Dos años más tarde el Asistente de la ciudad detuvo al Arcediano de Jerez y lo entregó al Provisor. Pero el Cabildo diputó a los canónigos Luis Ordóñez y Fernando Alfaro, acompañados de letrados, para que intercedieran ante el Prelado y le hicieran saber que era una afrenta de la justicia seglar y que les tocaba juzgarlo a ellos.⁸⁴⁰ Después, atentos a la información hecha, decidieron que debían condenar al Arcediano

⁸³⁶ *Ibidem*, Lunes 1 de enero 1504.

⁸³⁷ *Ibidem*.

⁸³⁸ *Ibidem*, Viernes 15 de marzo de 1505.

⁸³⁹ *Ibidem*, fol. 161.

⁸⁴⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 7, 4-1-1508.

de Jerez por la desobediencia y desacato que había hecho al responder al Deán, y le condenaron en 10.000 maravedíes, dando libertad al Deán para que pudiese admitir la pena toda o parte, y si no la admitiese que se conformase por el Estatuto sobre el caso de injurias y se hiciera en Cabildo pública reprehensión. El 4 de agosto de este mismo año cometieron a los canónigos Pedro Pinelo y Fernando Ramos para que viesan un nuevo caso de injurias, esta vez se trataba de las palabras que tuvieron el canónigo Martín de Medina y el racionero Diego de Vargas.

El Arzobispo fray Diego de Deza también se significó por su afán de corregir y disciplinar a un clero catedralicio con tendencias a tomar sus privilegios como garantía de impunidad. Ya vimos el recibimiento del Prelado por la Puerta llamada del Perdón de la Catedral, por cierto, nombre muy apropiado tratándose del recibimiento del Arzobispo por sus subordinados. El lunes primero de octubre de 1509 el Cabildo al completo reunido en el Patio de los Olmos trató el caso de unos Alguaciles, *criados* del Arzobispo, que hicieron *quebrantamientos e robos* en las casas de algunos beneficiados de la Santa Iglesia y además *injuriaron* al canónigo Alonso Ordóñez cuando lo prendieron.⁸⁴¹ Se trataba de unas pesquisas hechas por orden del Provisor del Prelado en las casas de algunos beneficiados, es más que probable que se tratase de averiguar con quién vivían, y en el registro y detención se produjeron algunos incidentes que en opinión de los beneficiados suponían una grave afrenta para sus libertades y privilegios.

Para las averiguaciones del caso diputaron al Deán, al Arcediano de Écija, al Arcediano de Jerez, al Arcediano de Carmona, a los canónigos Pedro de Fuentes, Pedro Pinelo, Luis de Soria, Fernando Ramos y Juan de Medina, y a cuatro racioneros; juntos deberían entender en las injurias que se habían hecho al Cabildo y al quebrantamiento de sus Estatutos y libertades y les dieron poder para hacer todas las diligencias y gastar de los frutos y rentas de la Mesa Capitular todo lo que se necesitaren, y a los contadores y notarios de la Mesa les mandaron que atendieran todos los libramientos que se diesen en este sentido.

Después, ante lo que consideraban una grave intromisión de la justicia del Prelado en sus prerrogativas, se juramentaron en secreto que

si fuesen molestados directa o indirectamente por el Arzobispo, su Provisor y ministros, o de otras personas así de mayor dignidad o de menor, así eclesiásticas como seglares, en defensa de su Estatuto e libertades y por las injurias a ellos hechas se obligaron los unos a los otros e los otros a los unos.⁸⁴²

Y obligaron los bienes de su Mesa Capitular presentes y futuros y juraron por los Santos Evangelios y sobre la señal de la Cruz no ir contra ello en ningún tiempo ni en manera alguna, ni revelarlo a ninguna persona ya fuese beneficiado de la Iglesia o persona fuera de ella. Y para *mayor abundamiento del dicho juramento* mandaron poner los nombres de todos ellos y juraron que por ninguna causa ni razón pedirían relajación o absolución del juramento, ni al Santo Padre ni a otro Juez. Firmaron el juramento el

⁸⁴¹ Este es el nombre que suele aparecer en los textos de la época para referirse a los *Alguaciles de los Diez*, a las órdenes del Alguacil Mayor, como brazo ejecutor del poder coactivo de la Dignidad Arzobispal. Actuaban haciendo detenciones de reos y secuestrándoles sus bienes por orden de los jueces eclesiásticos.

⁸⁴² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5, 1-10-1509.

Deán y Presidente del Cabildo, todas las dignidades, los canónigos, racioneros y medio racioneros presentes, algunas de las firmas legibles son las siguientes:

Don Fernando de la Torre, Deán y canónigo, Iñigo de Villalobos, Arcediano de Jerez, don Rodrigo de Santillán, Arcediano de Ecija, don Juan de Carmona, Arcediano de Carmona. Los canónigos Fernando Vejarano, don Gerónimo Pinelo, Pedro Pinelo, Pedro de Fuentes, Juan Mexía, Luis Ordóñez, Fernando Ramos, doctor Matrezo, Manuel Cataño, Fernando Alfaro, Fernando Gómez de Solís, Cristóval Bravo, Marco Camas, Gonzalo Ortiz, Lope Rodríguez de Madrigal, Luis de Soria, Juan de Medina, Antonio Medrano, Martín de Medina, Diego Rodríguez de Padilla, Juan de Herrera, Alonso Molinos, Diego Godo, Fernando de Orbaneja, Diego Méndes y Juan de Sevilla. Dio fe del juramento el Notario y Secretario de los Autos Capitulares del Cabildo, el canónigo Luis Ordóñez.

Con este juramento secreto se ponía de manifiesto hasta que punto estaban dispuestos los prebendados a defender sus privilegios para quedar inmunes de la justicia del Provisor. Se trataba de una reacción corporativa sin precedentes, pues raramente coincidían los intereses de los diferentes grupos presentes en el Cabildo, dignidades, canónigos, racioneros y medio racioneros.

Durante el pontificado de fray Diego de Deza continuaron produciéndose delitos dentro del Cabildo que eran juzgados por los propios canónigos. En un caso el canónigo Fernando Ramos injurió a los notarios del Cabildo y fue condenado en 6.000 maravedíes a repartir en una misa de paz. Como también había injuriado al Cabildo fue condenado asimismo en 9.000 maravedíes adicionales que se repartirían entre los prebendados asistentes a otra misa de paz. Según la costumbre, el Mayordomo del Comunal tomaba de la *casilla* del acusado el importe de la pena y mandaba decir la misa, en la que se repartía entre los asistentes el importe de la multa⁸⁴³. También le condenaron en un año sin entrar en el Cabildo, aunque estas penas se solían perdonar, eso sí siendo llamados todos de ante día según se hacía en las causas de menor importancia.

En otros casos de mayor gravedad los canónigos diputaban jueces para que conocieran con el Provisor. El 18 de mayo de 1514 el Cabildo diputó a los canónigos Pedro Pinelo, Luis Ordóñez y Luis Fernández para que juntamente con el Provisor, el canónigo licenciado Diego Flórez, conociesen el caso del delito que cometió el racionero Pedro de Vargas y administrasen justicia conforme a los Estatutos.⁸⁴⁴

Un caso especial de intervención del poder arzobispal en la corrección de los prebendados era la *visita general*. Ésta presuponía la residencia del Prelado en su diócesis pues debía ser hecha por él personalmente y no podía hacerla por su Provisor. El 26 de enero de 1515 los canónigos cometieron al Mayordomo del Comunal para que se juntase con el Arzobispo para hacer la información que se debía hacer de los beneficiados de la Santa Iglesia *i para la corrección e honestidad dellos*.⁸⁴⁵ Se trataba del intento, por parte del Prelado, de disciplinar a un colectivo, los prebendados de la Catedral, con tantos privilegios e inmunidades que su comportamiento había dejado en muchos casos de responder a lo que se esperaba de ellos. Para esto diputaron a los

⁸⁴³ *Ibidem*, fol. 304, Miércoles 26 de julio de 1510.

⁸⁴⁴ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 8.

⁸⁴⁵ *Ibidem*.

canónigos doctor Sancho Matrezo y al licenciado Diego Rodríguez Luzero para que juntamente con el Prelado pudiesen entender en la corrección y castigo de los beneficiados que hallasen culpados de cualquier dignidad u orden que fueren, y le impusieran las penas y multas correspondientes.

El Deán solía ser Presidente del Cabildo y en su ausencia una Dignidad. Como máxima autoridad dentro del capítulo ponía orden en las discusiones y tenía potestad para amonestar o expulsar a un prebendado en caso de desobediencia. En 1516 se produjo una discusión en el capítulo entre el racionero, doctor Luis de Ferrara, y el Deán, que como presidente le mandó salir del Cabildo. Luis de Ferrara no sólo no obedeció sino que continuó discutiendo en voz alta, así que el Deán le puso 20 días de pena. Ante la insistencia en su actitud le subió la pena a 30 días y después a un año y que se saliese del Cabildo. Finalmente el racionero se redujo y consintió en obedecer; después algunos canónigos pidieron *por merced* al Deán que lo perdonara y éste accedió a la súplica, pues las palabras que había dicho *no eran muy excesivas* y fue más su obstinación e inobediencia.⁸⁴⁶

Durante este año se produjeron diversos incidentes entre los prebendados, como el desacato al votar cometido por el canónigo Pedro González, que además había afrentado a los miembros del Cabildo. Le pusieron de penitencia que no entrase en el Cabildo en un año, después le alzaron la pena y le mandaron que *de aquí adelante se quietase*⁸⁴⁷. Al mes siguiente vieron el caso del canónigo Bernardino Isla. Su padre, del mismo nombre, era Jurado y Mayordomo de Fábrica de la Santa Iglesia. El canónigo fue fiador de su padre cuando fue nombrado Mayordomo y ahora éste no había pagado ciertas rentas, por tanto su hijo, el canónigo, tenía que responder de ellas como su fiador.

El 22 de mayo de 1516, el Provisor y Arcediano de Niebla, don Luis de la Puebla, requirió a los canónigos para que diputasen personas que se juntasen con él e hiciesen las pesquisas sobre las palabras *feas e injuriosas* que habían pasado entre el licenciado Diego Rodríguez Luzero y el canónigo Francisco de Peñalosa, pues suponían una deshonor para el Cabildo.⁸⁴⁸ Después fue leída la información de la pesquisa por Antonio de Morales, Notario de la Audiencia del Provisor, ante el que se hizo la información, y vista por el Deán y Cabildo, cometieron a los canónigos para que procediesen en el negocio con el Provisor. Finalmente, por comisión del Arzobispo, sentenció la causa el Obispo de Ciudad Rodrigo con los canónigos Fernando Alfaro, Luis Ordóñez, Maestro Cañas y Luis de Soria, diputados por el Cabildo. El sábado 7 de junio se leyó la sentencia, de la que apeló el licenciado Rodríguez Luzero. La apelación fue vista por el Arzobispo junto con el Arcediano de Écija, don Gonzalo Cabezas, y el canónigo Pedro Pinelo, ambos cometidos por el Cabildo. Se trataba de un caso de injurias verbales pero debió ser tan grave que intervino el Provisor e incluso el Prelado personalmente cometiendo a un Obispo para dictar sentencia.

Al año siguiente sucedió un caso realmente grave. El canónigo don Luis de Soria fue acuchillado en su casa por dos jóvenes de la familia de los Guzmanes, don Juan de Guzmán y don Pedro Núñez de Guzmán. Reunidos los prebendados pidieron satisfacción y reparación de la honra no sólo del canónigo sino del Cabildo que había

⁸⁴⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 9, fol. 85.

⁸⁴⁷ *Ibidem*, lunes 7-4-1516.

⁸⁴⁸ *Ibidem*, 22-5-1516.

sido afrentado. Dada la gravedad del caso el Presidente tomó juramento a todos los beneficiados en la tabla con una cruz en medio donde estaban escritos los Evangelios, que estaba en el lugar donde se reunía el Cabildo. Todos pusieron su mano derecha y *dijeron que juraban por dios e por Santa María e por los dichos 4 Evangelios e por la señal de la cruz donde las dichas manos ponía corporalmente*⁸⁴⁹ que de todo lo que hablasen y acordasen guardarían secreto, y que no lo revelarían ni dirían *directe ni indirecte ni por ningún exquisito color*, todo ni parte, salvo al Arzobispo como a señor y Prelado y cabeza de la Santa Iglesia. Y que no pedirían relajación del juramento al Papa ni a ninguna otra persona.

Luego, el Presidente dijo que *si así lo fiziese dios nuestro señor les diese por ello galardón e que si lo contrario fiziese que él se lo demandase mal e caramente como a quien juró su santo nombre en vano*. Después todos los beneficiados respondieron *amén* y el Presidente cometió al Arcediano de Sevilla, al Arcediano de Jerez, al canónigo Pedro Pinelo y al racionero Francisco de Orbaneja para que entendiesen del negocio con el canónigo Luis Rodríguez de Soria y *con el Papa y el reverendo Cardenal, y con el muy alto Consejo destos Reynos e la Chancillería de Granada, e a todos los otros lugares e personas donde convenga e sea necesario tomar juez o jueces conservadores e ordinarios e intimar y presentar querellas*⁸⁵⁰, y mandaron a los contadores que librasen todos los maravedíes que fuesen menester para el pleito.

Tras esto decidieron que se fijara en los lugares públicos de la Corte el breve que declaraba por excomulgados a los culpables del insulto y agresión al canónigo. El Duque respondió poniendo todos los obstáculos posibles e intentando que no se publicase el breve, y el Cabildo encargó al licenciado Flores que averiguara si se había respondido al Duque acerca de su intento de que no se publicara. Como había ocurrido otras veces, algunos beneficiados, rompiendo su juramento de guardar secreto, contaron lo que se había determinado en Cabildo sobre el caso. Suponemos que no sería ajeno a este hecho la estrecha relación de los beneficiados de la Catedral con las distintas familias y clientelas nobiliarias de la ciudad, y en este caso con los Guzmanes.

A pesar de los juramentos, eran frecuentes los casos de filtraciones de las deliberaciones y decisiones secretas del Cabildo. Como en el caso de la información sobre la indulgencia que decidieron dar a un tal García de Gibraleón. Finalmente decidieron que se enviase a Granada *e a otras partes* a hacer probanzas sobre el caso y que el Mayordomo del Cabildo librase los maravedíes necesarios para gastarlos en solicitar el pleito. Este mismo año vieron el caso de las palabras injuriosas que había dicho el Arcediano de Jerez al canónigo Juan de Herrera, y lo condenaron a perder un mes de lo ganado de todas las horas y que a partir del día de la fecha no entrase en el Cabildo en seis meses. Cometieron a Pedro Pinelo, Luis Ordóñez y al racionero Diego Serrano, como *comisión de paces*, para que los hiciesen amigos, se arrepintiesen y perdonasen mutuamente por los enojos y palabras que tuvieron en el Cabildo, y si alguno de ellos no quisiese ser amigo del otro que no entrase en el Cabildo ni ganase pitanzas. Después, moderaron la sentencia que le pusieron al Arcediano de Jerez por las palabras injuriosas que le dijo a Juan de Herrera, tratándole con misericordia y teniendo en cuenta *los muchos servicios que ha hecho a esta iglesia y llegar a la equidad e no al rigor*, así que mandaron al Mayordomo del Comunal que le pusiera sus horas en el Cuaderno.

⁸⁴⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 10, Jueves, 28-5- 1517.

⁸⁵⁰ *Ibidem*.

El Cabildo también disciplinaba al resto del personal no beneficiado de la Santa Iglesia. En este año hicieron averiguaciones sobre las prácticas del *cerero* de la Catedral, pues sospechaban que mezclaba la cera con sebo, y fue condenado en penas pecuniarias. También se le impuso una pena pecuniaria al Pertiguero, por negligencia en sus funciones.

El miércoles 7 de julio de 1518, el Arzobispo fray Diego de Deza de nuevo hizo una *visitación* general a la Santa Iglesia Catedral, y el Cabildo diputó a tres canónigos para que asistiesen con el Prelado hasta terminar la visita.⁸⁵¹ Aunque la visita del Prelado se solía resolver con la amonestación fraterna y la corrección extrajudicial de los pecados de los beneficiados, a veces también se abrían causas y se hacían averiguaciones de determinados casos. Como consecuencia de la visita general, el Provisor, licenciado Corro, por mandato del Prelado, pidió en Cabildo que diputasen canónigos para que entendiesen con él en la información contra algunos beneficiados que se habían excedido en algún delito. Y concretamente contra los prebendados Lope de Saavedra y Pedro González.⁸⁵²

El viernes 23 de julio se vio el caso de las palabras injuriosas que se dijeron en Cabildo *con furia e alteración* los señores Arcediano de Reina y el señor doctor Sancho Matrenzo, y diputaron personas que hiciesen la información y pesquisa. Después se leyó en Cabildo y votaron determinando que por el exceso que cometieron, a cada uno de los implicados se les pusiese de pena 4.000 maravedíes, que no entrasen en dos meses en el Cabildo y que se dijese una misa de paz donde se repartiesen los maravedíes entre los beneficiados que asistiesen. Y el 1 de agosto castigaron la desobediencia que tuvo el canónigo Juan de Sevilla con el Arcediano de Écija y lo sentenciaron con un año sin entrar en el Cabildo.⁸⁵³

El viernes 22 de octubre cometieron diputados para entender del caso contra el bachiller Jerónimo de Aguilar, Alcalde de la Justicia, contra Cristóbal de Peñalosa, Alguacil, y contra otros ministros seculares que hicieron *fuerza e injuria* al oficial del Cabildo Fernando Bejarano. Más tarde resultó que Fernando Bejarano se había excedido con los señores de la justicia secular y vio la causa el Provisor. Después mandaron que el clérigo Cristóbal Tirado, en nombre de Juan de la Parra, clérigo cantor de la Iglesia, siguiese el pleito ante el Provisor por la injuria que le hicieron dándole una bofetada. El viernes 12 de noviembre vieron las injurias del licenciado Bravo contra ciertos vecinos de Castilleja de Alcántara. Y suavizaron la sentencia que dieron contra el canónigo Pedro Suárez, condenándole en que no se sentase en las sillas altas del Coro durante todo el año.

En el pontificado de don Alonso Manrique, en el año 1525, los canónigos nombraron diputados para que junto con el Provisor vieses el caso de la injuria que se hizo contra el señor Pomares, *ansi para la honra del Cabildo como para la suya por todas las vías necesarias*.⁸⁵⁴ Y el lunes 16 de junio trataron el caso de un beneficiado que había revelado el secreto del Cabildo diciendo que el canónigo Pedro Pinelo había

⁸⁵¹ *Ibidem*.

⁸⁵² *Ibidem*, fol. 157.

⁸⁵³ *Ibidem*, fol. 342 y siguientes. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. 1 de Agosto de 1523, fol. 342-373.

⁸⁵⁴ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 11.

dicho algunas cosas en contra del Arzobispo, y que se hiciese relación del caso. Después cometieron canónigos para que junto con el Provisor entendiesen sobre la denuncia que había hecho en el Cabildo el canónigo Diego Vázquez Aldrete con respecto a la manera que tenían los capellanes de vestir y andar por las calles y *cavalgando y en el traer de los capirotos tendidos e otras cosas concernientes a esto*.⁸⁵⁵ Parece que el canónigo Vázquez Aldrete había denunciado en el Cabildo a algunos beneficiados por su conducta desordenada yendo a caballo y vistiendo de manera inadecuada para un eclesiástico.

También cometieron diputados para que, junto con el Provisor, entendiesen de las palabras en ofensa de algunos señores principales de la ciudad que había dicho, en una petición hecha en Cabildo, el racionero Francisco Cuesta. Y de lo que le pasó al canónigo Juan de Medina la noche del martes 25 de septiembre de 1525 con el Alguacil de la ciudad.⁸⁵⁶ Parece que el canónigo tuvo una pendencia con un vecino, un tal Gerónimo Ballesteros, e intervino el Alguacil del Cabildo seglar. El canónigo pidió al Cabildo que, en su defensa, hiciera una información contra Ballesteros, pero terminaron haciéndola también contra él por verse envuelto en peleas callejeras con seglares a altas horas de la noche. Después vieron la querella que le había puesto el canónigo Rodríguez Luzero al canónigo Gonzalo de la Fuente.

En mayo del año siguiente propusieron los diputados que habían de llevar al Arzobispo una petición del Chantre, licenciado don Juan Rodríguez, para que se le alzara la pena que tenía impuesta por el Prelado. Éste respondió que, *le placía que le sea alçada e quitada al señor Chantre cierta pena que tenía*⁸⁵⁷, que consistía en la prohibición de la entrada al Cabildo hasta que fuese la voluntad del Arzobispo y el Cabildo. El miércoles 3 de septiembre de 1526 cometieron diputados para que viesan las palabras de desacato que había dicho en Cabildo el canónigo doctor Luis de Herrera. Y vieron las pesquisas que se hicieron contra el cantor tiple, el clérigo Bartolomé Ramos, por haber hecho o dicho *deshonestamente* contra algunos beneficiados de la Iglesia.⁸⁵⁸

Después el canónigo Gonzalo de la Fuente fue capturado y puesto en prisión por orden del Prelado e hizo unos requerimientos y peticiones, pues, según él se habían vulnerado los Estatutos. El Cabildo mandó que se viesen, en lo que hablaban de la captura y prisión del beneficiado que comete algún delito, y que los diputados que eran *letrados, juristas de buena fama, letras e conciencia, viesen las sentencias que fueron dadas en el negocio y pleito del canónigo Gonzalo de la Fuente, y determinasen sobre todo lo que pide y alega en su favor*.⁸⁵⁹

En enero de 1531, el canónigo Pinelo pidió que se guardasen los Estatutos y se cumpliesen las comisiones que se habían hecho sobre los excesos que cometieron algunos beneficiados, especialmente el canónigo Juan de Medina. Los canónigos respondieron que estaban prestos a guardar los Estatutos y rogaban al Provisor que viese

⁸⁵⁵ *Ibidem*.

⁸⁵⁶ *Ibidem*, 27-9-1525.

⁸⁵⁷ *Ibidem*, viernes 4-5-1526.

⁸⁵⁸ *Ibidem*, fol. 173.

⁸⁵⁹ *Ibidem*.

el estado en que estaban dichas comisiones, y si para llevarlas a efecto era necesario, que el Cabildo nombrase otros comisarios.⁸⁶⁰

El jueves 23 de marzo de este año hablaron de la necesidad de cometer a los canónigos Mateo Ramos y Diego Sevilla para que visitasen la persona del racionero Veas y *las personas que tenía en su casa*, e informasen para reformar lo que *deva ser reformado*. La casa de un prebendado podía ser un lugar para ponerse a salvo de la justicia seglar, y las personas con las que vivía, sobre todo si eran del sexo femenino, motivo de sospecha. El viernes 14 de abril diputaron a los canónigos Pedro Pinelo y Mateo Ramos para el caso del desacato que hizo Juan Ortiz al Presidente, que en ese momento era el Chantre, y tomaron información, respondiendo que se debía reprimir de palabra al racionero Juan Ortiz y que en adelante *todos tengamos mucho acato al Presidente*.

El Cardenal don Alonso Manrique tampoco le fue a la zaga a otros Arzobispos en lo que respecta a su celo en el disciplinamiento de los prebendados. El viernes 13 de diciembre de 1531 el Provisor pidió diputación contra dos canónigos, los acusaba de tener tablero público en sus casas, con lo que incitaban al juego a muchos seglares. A Pedro Suárez, además, lo acusaba de tener a una mujer deshonesta viviendo con él. Nombraron diputados para entender del caso a Juan de Saavedra, al doctor Herrera y a Gonzalo de la Fuente.

El lunes 23 de abril de 1532 intervino el Prelado, don Alonso Manrique, con sus diputados, en el caso del canónigo Juan de Medina, pues había una disputa entre el Provisor y el Cabildo sobre a quién pertenecía juzgarlo, si a la jurisdicción del Prelado sola o juntamente con el Cabildo. El Cardenal mandó a Medina que se quedase en casa de un beneficiado y no saliese hasta que se determinase si el caso de su prisión pertenecía sólo a la jurisdicción del Arzobispo o juntamente con su Cabildo, y de allí no saliese sin licencia del Prelado y Cabildo bajo pena de dos ducados de oro para la Fábrica.

El canónigo dijo que consentía y tenía por bien estar en casa del beneficiado que le fuese señalado. Sin embargo el Arcediano de Niebla apeló esta decisión del Prelado y dijo que la prisión del canónigo Juan de Medina era en perjuicio del derecho del Cabildo y lo pidió por testimonio. Después diputaron canónigos para que junto con el Prelado o su Provisor viese el caso. Los jueces diputados hicieron relación del delito, y vista la información en presencia del canónigo, que replicó lo que le pareció, fueron mostrados varios procesos de otros delitos que había cometido antes y que no estaban sentenciados, y por los cuales quería el Prelado que fuese penado. Cometieron para tomar la información sumaria a Juan de Herrera, Diego Vázquez Aldrete, al doctor Herrera y al licenciado Ribera, los cuales recibieron juramento en la tabla que había al efecto de que conocerían y oirían todo sobre el caso y los delitos que se le acumulaban, *-pospuesto todo amor-*, con el Juez diputado por el Prelado, y que lo sentenciarían conforme al Estatuto.⁸⁶¹

⁸⁶⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 13, viernes 27-1-1531.

⁸⁶¹ *Ibidem*, fol. 161.

El Cardenal Manrique también giró su visita general al Cabildo, lo hizo en el año 1532 y terminó en 1533.⁸⁶² Los canónigos nombraron al Tesorero y al Arcediano de Reina para que asistieran al Prelado en la visita, pero este último se excusó y dijo que no aceptaba el nombramiento.⁸⁶³ El 20 de julio, el Provisor, canónigo Corro, se presentó en el capítulo y dijo de parte del Prelado que el lunes siguiente tenía acordado comenzar la visita de las personas del Cabildo y que la quería hacer en la Santa Iglesia, que le señalasen el lugar o Capilla más conveniente. Tratado por los prebendados, señalaron una de las tres sacristías de la Santa Iglesia, la que más cómoda pareciere. Luego, el Chantre, el Arcediano de Niebla y el Arcediano de Reina fueron con el Provisor y vieron las citadas sacristías y les pareció que la más conveniente era la Sacristía de la Capilla de la Antigua, la cual mandaron desalojar y que se pusiese el sitial, silla, mesa y escabellos necesarios.

Días más tarde, el 31 de julio de 1532, el Cabildo votó que los señores Pedro Pinelo y Juan de Herrera fuesen a suplicarle al Prelado de parte del Cabildo que por los trabajos y la hora a la que se iba a hacer la visita se podría hacer alguna *mala dificultad* a su salud, así que ellos se ofrecían a ir su Casa y *que no se molestase en venir a la iglesia a hazar la visita que los señores iran donde fuese servido y allí finalizaran la visita del Cabildo*.⁸⁶⁴

Después vieron en Cabildo los capítulos 10, 11, 12, y 13 de las Constituciones que el Cardenal Manrique estaba haciendo para el Cabildo, y fueron llamados para oír los capítulos que el Prelado, con los diputados del Cabildo, había hecho. Votaron y declararon que dichos capítulos *estaban buenos* y que los señores que habían sido diputados de dichos capítulos fuesen a su señoría reverendísima *a le besar sus muy reverendas manos por la merced que les ha hecho en les dar los dichos capítulos*⁸⁶⁵. Si embargo, visto el capítulo que hablaba de las horas, en que decía que no las ganasen los ministros del altar ni los oficiales, hablaron y declararon que se suplicara al Prelado que *aya por bien de lo tomar a ver el dicho capítulo y se enmiende*, de manera que las ganasen los ministros del altar y los oficiales que fuesen comisionados estando ocupados en negocios del Cabildo o de la Iglesia, así como los salarios de los visitantes de heredades.

El viernes 2 de agosto de 1532 Pedro Ortiz de Sandoval presentó una petición contra la sentencia que dieron contra él por las injurias que profirió contra el canónigo Aldana, y votaron que no se siguiese el pleito. También conocieron la causa contra el canónigo Suárez el mozo, y el racionero Maestro Moya pidió diputación de parte del Provisor para que entendiesen conforme al Estatuto. El viernes 3 de enero de 1533, oyeron la causa de Pedro Suárez y mandaron traer la sumaria información que hizo el Provisor con los diputados, y vista, nombraron nuevos diputados, pues los comisionados para hacer la sumaria información cesaban tras haber tomado declaración a los testigos y presentado la información al Cabildo. Tras esto se volvían a nombrar diputados para que entendiesen del asunto y dictasen sentencia.

⁸⁶² A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, doc. 14: Autos Capitulares en orden alfabético, Juan de Loaysa.

⁸⁶³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 13, p. 161. viernes 17-5-1532

⁸⁶⁴ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, 31 de julio de 1532.

⁸⁶⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 13.

El sábado 22 de marzo de 1533, el Provisor pidió que diputasen beneficiados para que viesan con él cómo el canónigo Suárez Aldana había reincidido en los pecados que se le habían corregido en la visita, en las prohibiciones que se le habían impuesto y en la penitencia que debía hacer, y diputaron a Alonso Molina, Lope de Saavedra y Luis de Peñalosa para que con el Provisor hicieran la sumaria información y la llevasen al Cabildo. El viernes 17 de abril, oída la sumaria y visto el Estatuto, volvieron a diputar para que junto con el Provisor entendiesen en la causa y sentenciasen. En la visita general el Prelado corregía verbal y paternalmente a los beneficiados que considerase en pecado público, pero esto se hacía extrajudicialmente, sin Notario y sin sumaria información. Se pretendía de esta manera no escandalizar poniendo al descubierto las *debilidades* de los que teóricamente debían servir de ejemplo al resto del estado eclesiástico de la diócesis, cuya cabeza representaban. Después, los amonestaba y les imponía una penitencia *saludable*, advirtiéndoles que no volviesen a reincidir en las mismas conductas por las cuales le reprendía. Pero frecuentemente esto servía de poco, y era necesario abrir causa para reprimir la desobediencia y servir de ejemplo al resto de los prebendados.

El martes 3 de junio, el Mayordomo del Comunal denunció ciertas palabras de desacato que el racionero Osorio dijo al Chantre, el cual fue requerido para que las manifestase. Después diputaron a los canónigos Juan de Herrera y Fernando de la Torre para que hiciesen información de dichas palabras. El lunes 30 de junio volvieron sobre el caso del canónigo Suárez de Aldana y oyeron las *deshonestidades* que había cometido y cómo *ay peligro de su onra de lo cual el Cabildo recibiría detrimento*. Le mandaron que no saliese de la Santa Iglesia a ninguna parte y le señalaron un aposento de los curas del Sagrario donde comiese y durmiese con el cura que residía cada semana.⁸⁶⁶ Y por cada vez que quebrantase este mandato le multaban en diez días de *nilil* apuntados en el Cuaderno Mayor y en todas las horas de la Iglesia, y si no se pudiese probar cómo salía, que bastara que el cura lo dijese. Las deshonestidades a que se referían solían ser básicamente el tener en su casa alguna mujer sospechosa, con la que pudiese estar amancebado, y el jugar a juegos prohibidos o frecuentar lugares donde se sabía que había *tablaje*. Frecuentemente se imponía la pena de reclusión en la Iglesia o en casa de algún prebendado para apartar al reo de la compañía de la persona con la que se sospechaba que estaba en relación ilícita, pues esto no sólo iba contra su *honor* sino en detrimento de la imagen pública del Cabildo como institución.

El sábado 6 de diciembre, el bachiller Baltasar de Esquivel hizo una petición a los canónigos para que nombrasen jueces que conociesen con el Provisor sobre cierta queja criminal que había sido puesta contra él ante el Provisor, puesto que como canónigo debía ser juzgado conforme al Estatuto. Cometieron a Juan Medina para que tomase los títulos y bulas que tenía y las que tenía el canónigo Herrera, y lo llevase todo a los señores del Cabildo para que diesen su parecer, y para ver si el bachiller Esquivel debía gozar del Estatuto o no, atento a los títulos que tenía.

En 1535 encontramos una sentencia contra el Tesorero, don Alonso Gómez de Yepes, y contra el canónigo Fernando de la Torre, en la que resultaban penados en 42 ducados de condena por irregularidades contables en la reparación y edificación de la iglesia del lugar de Quema, y decidieron que se tomase carta de pago del Tesorero para que se mandase a los contadores.⁸⁶⁷ El martes 21 de agosto de 1536 se hizo información

⁸⁶⁶ *Ibidem*.

⁸⁶⁷ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 14.

sobre las palabras que tuvieron los racionero Luis de Soria y el bachiller Pedro de Torres el sábado anterior día 11 de mismo mes. Después votaron y determinaron que las palabras que Luis de Soria dijo al bachiller Torres eran injuria, y le condenaron en 3.000 maravedíes. Y resultó que el bachiller también había dicho ciertas palabras respondiendo a Luis de Soria, por tanto le condenaron que pagase otros 3.000 maravedíes, los cuales se repartirían entre los beneficiados conforme al Estatuto en una misa de paz.

Pero previamente que fuesen llamados todos los beneficiados, cometiendo a los señores Fernando de la Torre y Diego de Sevilla, para que hablasen con Luis de Soria y con el bachiller Pedro de la Torre para que fuesen amigos de aquí adelante.⁸⁶⁸ En enero de 1538 los canónigos Juan de Medina y Martín Gascó se dijeron palabras injuriosas en el Cabildo y se les mandó que se fuesen a sus casas y que no saliesen de ella bajo pena de cien ducados de multa cada uno.⁸⁶⁹ Luego, cometieron a los diputados Pedro Pinelo y Juan Herrera para que hiciesen la información y la leyeran en el Cabildo. Decidieron que se hiciera una misa de paz y se repartiera en ella doce mil maravedíes a cargo de los señores Juan Medina y Martín Gascó, por mitad cada uno, y que estuviesen un año fuera del Cabildo sin entrar y sin voto, y si se pidiese remisión de la pena que se votase. Pero la pena les duró sólo 4 meses, pues el lunes 26 de abril los absolvieron *por cuanto los señores Juan de Medina y doctor Gascó habían estado ausentes del Cabildo mucho tiempo y habían sido obedientes a lo que se les mandó, e por que su reverendísima el miércoles santo pasado dixo en Cabildo y fue parecer que se les hiciese remisión de la pena.*⁸⁷⁰

Cuando se hacían estas absoluciones se sometían a votación, a veces se resolvía por mayoría, en otros casos la pena se agravaba con la inclusión de una cláusula según la cual un solo voto invalidaba la absolución pedida. Para que no se produjesen enfrentamientos y rivalidades dentro del Cabildo, el Presidente hacía jurar el secreto de la votación, y ésta se efectuaba en ausencia del prebendado castigado. En abril de 1538 hablaron sobre el caso del racionero licenciado Bernardino Méndes y mandaron que se hiciera información para saber quién reveló al canónigo Juan Medina, en el Cabildo anterior, el voto del licenciado Méndes, habiendo el Presidente encargado el secreto del voto *sub pena prestiti juramenti*. Y diputaron a los canónigos Pedro Pinelo, Juan Herrera, Hernando de la Torre y Bernardino de Isla para que hiciesen las pesquisas necesarias y si se averiguaran quien reveló el voto hicieran justicia y le castigarán.

Sabemos, por una copia de los autos capitulares comentadas por su autor, cómo se producía la penitencia o castigo que imponía el Cabildo a sus conbeneficiados, y cómo era la petición de perdón para que le fuese retirada o suavizada la pena. El 23 de julio de 1539 el licenciado Pedro Santillán, canónigo, pidió licencia para entrar en el Cabildo a pedir perdón por sus excesos, y *entró con manto y capirote como suelen entrar los beneficiados que están penitenciados por el Cabildo.*⁸⁷¹

En el pontificado de fray García de Loaysa también se produjeron algunas causas contra prebendados. El 6 de julio de 1541 el Mayordomo del Comunal puso una

⁸⁶⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 15, fol. 133.

⁸⁶⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16, 4-1-1538.

⁸⁷⁰ *Ibidem*, 26-4-1538.

⁸⁷¹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Aguila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, año 1539, 23 de Julio. Nota del Autor: No es tiempo de mantos, con que se lo puso para esta entrada.

denuncia porque *a su noticia ha venido* que el racionero Pedro de Vargas había dado dineros y cédulas a notarios y a otras personas para *molestar al Cabildo y para otras cosas contra los Estatutos*.⁸⁷² El Mayordomo del Comunal tenía entre sus funciones la defensa de los intereses del Cabildo y la acusación de oficio en los casos en los que la denuncia no provenía de ninguna parte que se sintiese agraviada. Oídos los acusados, el Cabildo cometió a los canónigos Juan de Moguer y Diego de Sevilla para que tomaran información con el Notario y el Secretario. Luego, el licenciado Pedro del Corral, que estaba presente, dijo que por cuanto el Provisor estaba enfermo, él, como Juez Ordinario por el Prelado don García de Loaysa, pedía al Cabildo diputación para conocer la causa. El Cabildo diputó para ello a los canónigos más ancianos que fueron Diego de Sevilla, Luis de Peñalosa, Francisco Patanes y Cristóbal de Arcos. Vemos, en éste caso, al Juez de la Iglesia sustituyendo al Provisor que estaba enfermo, pues ambos eran vicarios generales del Arzobispo. El Arzobispo Loaysa también visitó a la veintena y a los capellanes del Coro y para esto el Cabildo diputó dos canónigos para que se asegurasen que ninguno fuese removido y para que se aplicasen las penas que se impusiesen.⁸⁷³

El pontificado sevillano de don Fernando Valdés -1546-1568- fue especialmente activo en cuanto a la corrección de los prebendados de la Catedral. En el primer año de su pontificado, el Provisor del Prelado, licenciado don Miguel de Arévalo, acudió al Cabildo y pidió diputación contra ciertos beneficiados. Después se salió para dejar deliberar a los canónigos, y, tratando sobre el negocio, diputaron al Obispo de Marruecos, al Arcediano de Carmona y al licenciado del Corro para que fuesen a hablar con el Provisor y le pidiesen que *disimulase la dicha diputación y fuese monición y si no lo concediese les dijese qué señores eran contra quien pedía la diputación*.⁸⁷⁴ El Provisor les envió con su Notario, Juan Suárez, una memoria de los prebendados contra los que pedía diputación.

La relación que presentó el Provisor debió causar asombro a los canónigos, pues no dejaba títere con cabeza, se trataba de una auténtica campaña de disciplinamiento de un clero que, amparado en sus privilegios, había desarrollado un estilo de vida algo alejado de los ideales evangélicos. En esta memoria se incluía a los canónigos Bernardino de Isla y Luis de Soria porque tenían tableros de juegos públicos en sus casas y vivían *desonestos públicamente*.⁸⁷⁵ Al Chantre y al canónigo Juan Medina, y a sus compañeros Luis de Peñalosa y Francisco de Pamanes los acusaba igualmente de vivir *públicamente desonestos*, y al racionero Lázaro Pinelo lo acusaba de haber tratado muy mal de palabra y obra a un vecino de la ciudad, Pedro Lozano, al que hizo que le pelaran las barbas.

Los canónigos contestaron que estaban dispuestos a nombrar a los diputados, y mandaron traer los Estatutos y *visitaciones* anteriores para que conforme a ello se proveyese. Con esto daban a entender que no consideraban aquello una acción aislada contra varios de sus prebendados sino una auténtica *visita* de la Catedral por parte del Prelado. Se defendieron diciendo que, pues el celo del Prelado era que hubiese enmienda de todas aquellas faltas, y la enmienda ya estaba hecha, que los diputados así

⁸⁷² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 17, Enero de 1540.

⁸⁷³ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Aguila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, noviembre de 1544.

⁸⁷⁴ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20, año 1546.

⁸⁷⁵ En el lenguaje de los procesos judiciales contra clérigos, este eufemismo se solía emplear para aludir al amancebamiento.

se lo significasen al Provisor. La estrategia de los prebendados consistía en considerar estas acusaciones como una visita general al Cabildo, que por tanto debía conducirse por un procedimiento distinto al de los procesos criminales.

En vista de que el Provisor no quiso condescender a su *suplicación* sino seguir en su diputación, los canónigos replicaron que conforme a la costumbre de la Iglesia el Provisor no la podía pedir, porque lo que pedía era *derechamente visitación por que era de moribus et vita y corrección* y eso tocaba personalmente del Prelado y al Deán y Cabildo y no a su Provisor. Por tanto pedían al Deán que no concediese la diputación y que hiciera saber al Prelado que el deseo de los prebendados no era evitar ser corregidos sino *de lo ser en todo aquello que pareciere que lo sean conforme al ábito y profesión que tienen, guardando la forma y orden*. Con esto pretendían desactivar toda acción contra ellos, pues eran conscientes de las dificultades que entrañaba hacer la visita a la Santa Iglesia Catedral, entre otras cosas porque la visita general la tenía que hacer el Prelado personalmente y éste se resistía a venir a Sevilla, así que pretendía corregirlos por su Provisor.

En un escrito, los inculpadados por el Provisor decían que lo que se quería hacer era *visita e inquisición* de vida y fama contra cada uno de ellos, y que por costumbre inmemorial sólo el Prelado personalmente lo podía hacer. Y que si se hiciera visita habría de ser general contra todas las personas y beneficiados del Cabildo, según se acostumbraba, y no contra algunos. También acusaban al Provisor de haberse movido más por pasión que por celo de corregirlos, *por aver nosotros obedecido las Letras Apostólicas como éramos obligados contra el requerimiento que los días pasados por su parte se hizo a vuesa señoría al tiempo que fue recibido Francisco Pineda por canónigo desta iglesia*.

Se referían con esto a un fraile que, huido de su monasterio, se había presentado con bulas para un beneficio en la Catedral, y, aunque esto era contra las constituciones y los sínodos diocesanos que lo prohibían, los canónigos lo admitieron a la canonjía y le hicieron provisión y colación canónica de la prebenda. Efectivamente, para evitar que los religiosos de las órdenes, *con relaciones falsas y diversas tretas y engaños ganasen licencias para dejar el hábito y ocupar servicios de los clérigos seculares*, el Cardenal Hurtado de Mendoza -1.498- había dispuesto que los provisosores y oficiales no les diesen licencia para ningún beneficio ni capellanía, ni para celebrar misa. Y posteriormente el Arzobispo fray Diego de Deza (1512) lo había repetido en sus constituciones.⁸⁷⁶

Los canónigos aducían que obedecían las bulas que emanaban de una autoridad superior: la Cámara Apostólica Romana y el Provisor respondió mandando a sus alguaciles que llevaran preso al fraile. Una vez más se reproducía el enfrentamiento entre el Prelado, representado por su Provisor, y el Cabildo, en la provisión de una prebenda en la Catedral. Según los canónigos, el Provisor procedía ahora contra ellos por venganza y para que fuesen *vexados y molestados*, y lo que llamaba *visitación* no era más que la oportunidad para establecer un precedente, que todas las veces que el Deán y Cabildo no se conformasen con el parecer del Provisor fuesen perseguidos por esta vía. Este argumento parecía sólido pero se olvidaban de algo fundamental, no negaban ninguna de las imputaciones que se les hacía, con lo cual implícitamente daban

⁸⁷⁶ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Que los religiosos no sirvan beneficios ni capellanías.

a entender que se quejaban de que el castigo por su desacato hubiese sido poner fin a la tolerancia y benevolencia para con sus desmanes.

Otro de los argumentos que esgrimían era que, desde tiempo inmemorial, cuando un beneficiado vivía deshonestamente haciendo algún exceso, siguiendo la doctrina evangélica, se le solía amonestar para que hiciese enmienda de vida, una, dos y muchas veces, tanto por el Prelado como por el Deán o Presidente, y no se debía llegar a proceder judicialmente hasta que la desobediencia fuese mucha y contumaz. Porque de otra manera sería mayor la infamia y escándalo y el perjuicio que resultaría. Y así, cuando se hacía la visita se solía hacer sin notario ni proceso, sino sólo por *verbal inquisición* y con amonestaciones paternas y secretas, como propias de superiores y prelados que querían más la enmienda que la injuria de los culpados: *y si en alguno de nosotros hubiera habido algún exceso no se puede decir que se hayan hecho amonestaciones*. Esto era cierto, pues tenemos constancia de algunas de estas visitas, como las ya vistas de fray Diego de Deza y la de don Alonso Manrique, que terminaron con amonestaciones por parte del Prelado a alguno de los prebendados y la imposición de penitencias, todo ello de manera extrajudicial y en secreto.

Además, decían que para hacer la diputación conforme a los Estatutos debía preceder una información sumaria por donde constase que había causas legítimas y urgentes. Y si hicieran alguna diputación contra ellos afirmaban que cada uno de ellos tenía por muy odiosos y sospechosos a los canónigos Diego Vázquez Aldrete, al licenciado del Corro, al licenciado Ribera, al licenciado Bernardino Méndes, al doctor Gascó, al doctor Esquivel, al doctor Egidio, a Diego de Sevilla, a Diego Luzero, al licenciado Santillán, a don Jerónimo Manrique, a Gonzalo de la Fuente, a Sebastián Monzón y a Sancho Briceño, por muchas y muy justas causas de sospecha. Así que pedían que no se nombrara a ninguno de ellos, jurando que la recusación no era de malicia, y si se hacía lo contrario o poniendo alguna dilación, lo recibían por agravio y denegación de justicia y se reservaban la petición del derecho de nulidad, apelando de todo ante Su Santidad y su Santa Sede Apostólica.

Solo al final de su escrito afirmaban que si se procediese contra ellos se hallaría que todos vivían honesta y recogidamente y que no había causas para pedirles enmienda y corrección. Después de leído en Cabildo, el Deán mandó que se salieran todos los recusados, que eran tantos que no quedaban más que cinco canónigos para elegir diputados -sus parciales-⁸⁷⁷; así que dijeron que se diputaran también los recusados. Finalmente nombraron a los cuatro canónigos más antiguos, Vázquez de Aldrete, Diego de Sevilla, don Jerónimo Manrique y el licenciado Pedro de Santillán, para que se juntasen con el Provisor e hiciesen la sumaria información conforme al Estatuto. Los diputados elegidos suplicaron que se les excusara y que nombrasen a otros canónigos porque ellos no podían entender en aquello. La tensión era tal que los cuatro diputados intentaron eludir el grave encargo que se les encomendaba, pero el Deán y Cabildo insistieron y les volvieron a mandar.

Los acusados, por su parte, siguieron recusando a los diputados y apelando, insistiendo en *que se les hacía fuerza notoria y agravio, añadiendo agravio a agravio y fuerza a fuerza, apelaban*. El lunes 21 de febrero de 1547, seguían dando peticiones y escritos en los que argumentaban las mismas cosas: *que era inquisición de moribus et*

⁸⁷⁷ Suponemos que los que consideraban que eran sus parciales, o también incursos en algún pecado.

*vita y que solo por vía de visitación se les podía encausar.*⁸⁷⁸ Los diputados nombrados siguieron negándose y de nuevo insistieron que se les excusase de asistir con el Provisor, apelando la decisión.

Por fin, tras las pesquisas e informaciones de rigor, entró en el Cabildo el Notario del Consistorio y les notificó de parte del Provisor y diputados que los señores Chantre, Bernardino de Isla, Luis de Peñalosa, Francisco de Pamanes y Luis de Soria, estaban declarados por excomulgados y condenados, mandando poner la sentencia en el cuaderno que había al efecto. Como el proceso era de gran notoriedad y entidad, por el número y la calidad de los personajes implicados, en el escrito quedó un espacio en blanco para referirse a la pena, con lo cual no podremos saberla a menos que fuese posible localizar el cuaderno de las sentencias.

El Provisor les otorgó la apelación interpuesta el 11 de febrero y dijo que mandaría a Granada los procesos por si querían enviar a algún beneficiado. Pero el 4 de junio de 1547 intervino el Rey que mandó absolverlos de la excomunión. Así que la disputa terminó con la intercesión real, que puso fin al litigio absolviendo a los encausados. Es muy probable que los canónigos hiciesen gestiones en la Corte, y el Rey, alarmado por la tensión entre el Prelado y su Cabildo Catedral, y el escándalo que de ello se derivaba, terminase por zanjar el asunto con esta medida de gracia. En febrero de 1547 el Provisor pidió al Cabildo diputados contra algunos beneficiados que tenían *delitos que pulgar*.⁸⁷⁹ Uno de ellos era el racionero Lázaro Pinelo, que trató muy mal de palabra y obra a Pedro Lozano, vecino de la ciudad, y en le peló las barbas.

El domingo 6 de marzo de 1547 de nuevo se determinó en Cabildo sobre una disputa entre canónigos. Se trataba de los señores Arcediano de Sevilla y Maestrescuela que estando en el Coro habían terminado en un grave enfrentamiento a causa de sus prerrogativas.⁸⁸⁰ Este día se hallaban los canónigos diciendo las horas en el Coro, y estando el Maestrescuela con el diácono y subdiácono leyéndoles la Epístola y Evangelio que se debía decir ese día, llegó el Arcediano de Sevilla, que era Presidente del Cabildo por ausencia del Deán, y dijo que él debía proveer en este negocio lo que convenía, como Presidente que era del Cabildo, y a quien competía. Tras esto, se originó un fuerte enfrentamiento entre ambos con intervención de otros prebendados.

Para aclarar el asunto, el Tesorero, don Iñigo Sarmiento, mandó llamar a Cabildo en la Sacristía baja, y ordenó al racionero Espina, Notario y Secretario de los Autos Capitulares, que avisase a todos los señores dignidades, canónigos y racioneros o medio racioneros para que acudiesen, bajo pena de tres días de lo ganado. Y que requiriese al Arcediano de Sevilla y al Maestrescuela, bajo pena de un mes de lo ganado, que se fuesen a sus posadas y no saliesen de allí hasta que el Cabildo lo mandase, y lo mismo al canónigo Domingo de Zornoza. El Maestrescuela respondió que se iba a su posada, el Arcediano de Sevilla también se fue a las casas de su morada y pidió un traslado de la notificación.

Al día siguiente, el Mayordomo del Comunal denunció que el domingo anterior por la mañana, mientras se decían las horas en el Coro, el Arcediano de Sevilla y el

⁸⁷⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20, 21-2-1547.

⁸⁷⁹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, Febrero del año 1547.

⁸⁸⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20, 6-3-1547.

Maestrescuela habían tenido *muy recias palabras y muy feas y injuriosas y avia habido escándalo*, y los denunciaba para que fuesen punidos, castigados y corregidos conforme al Estatuto y loables costumbres.⁸⁸¹ También incluía en la denuncia al canónigo Domingo de Carvajal y al racionero Pedro de Villagran, porque ambos también habían *delinquido en el Coro*. Después de la denuncia, siguiendo el procedimiento, eligieron como diputados al licenciado del Corro y a don Jerónimo Manrique, para que hiciesen las pesquisas e informaciones sobre la denuncia.

A continuación, como era costumbre, se apartaron los diputados en el Cabildo y recibieron juramento de los testigos, tomándoles su declaración. Los testigos fueron, el racionero Cristóbal de Armijo, que declaró que estando en su silla sentado descendió para leer el Evangelio delante del Maestrescuela y contempló de cerca la escena: *le pareció que avia alguna competencia entre los señores Arcediano de Sevilla y Maestrescuela sobre el proveer el Evangelio*. El Maestrescuela le hizo abrir el libro y leer el Evangelio, pero el Arcediano le mandó que cesase, insistiendo en que el Maestrescuela era *perjuro, diciéndolo con enojo*. El Maestrescuela se volvió al Arcediano y le dijo que *él no era perjuro*, y el Arcediano le respondió *vos sois el mentiroso*, y en ese momento se metieron en medio muchas personas.

El racionero Jerónimo Pinelo dijo que vio al Maestrescuela bajando de su silla y fue a buscar al Sochantre y le dijo, *catad aquí el auto del Cabildo en que me manda que haga el diácono y el subdiácono y que vengan a proveer delante de mí la Epístola y Evangelio*. Les mandó traer los libros y así lo hicieron el diácono y el subdiácono, y una vez traídos, el racionero Jerónimo Pinelo, que era semanero de Epístola, fue a proveerla delante del Maestrescuela, y tomó el libro para abrirlo. Pero en este momento llegó el Arcediano de Sevilla y le dijo: *yos a vuestra silla so pena de la tercia y no hagáis ay eso*.

El racionero Pinelo le contestó *señor yo vengo aquí a proveer la Epístola por que el Cabildo lo ansi mandado como me consta por el auto que el señor Maestrescuela a mostrado*. Luego, el Arcediano de Sevilla mandó llamar al apuntador Luis de Bibaldo y le preguntó *¿sois notario?* y Bibaldo respondió *si señor*, y el Arcediano le dijo *pues dadme por testimonio que requiero al Maestrescuela no haga esto, que no es su oficio sino del Presidente del Coro, y que en hacerlo es perjuro, y que no guarda los Estatutos*.⁸⁸²

El Maestrescuela respondió *dadme por testimonio que yo vengo aquí mandado del Cabildo según parece por este auto que contraviene el señor Arcediano lo que el Cabildo tiene mandado, y que en contradizillo es perjuro*. Entonces el Arcediano dijo *vos sois el perjuro, mentiroso* y tomó un libro y lo alzó con las manos en alto *con ira* para darle con él en la cabeza al Maestrescuela, que estaba debajo de las sillas, en el tránsito entre la silla del Arzobispo y la del Arcediano. En ese momento, el canónigo licenciado Ribera, *arremetió con él y se lo quitó*. El testigo declaró que vio también a Diego Jiménez y a Hernán López que llegaron a *meter paz* y al momento también acudieron el racionero Armijo, que debía leer el Evangelio, el canónigo licenciado Ribera, el apuntador Luis de Bibaldo y el Arcediano de Ecija.

⁸⁸¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20, fol. 41.

⁸⁸² *Ibidem*, fol. 42.

El Arcediano de Écija declaró que el Maestrescuela abrió dos libros para ver la Epístola y el Evangelio con los ministros y que el Arcediano le dijo que no lo podía hacer, porque el Deán estaba en su casa y él era el Presidente y tenía la competencia para proveer en ese asunto. El Maestrescuela respondió que el Cabildo le había mandado que él lo hiciera y que tenía el auto del Cabildo. El Arcediano entonces le llamó perjuró, mentiroso, falsario, aunque en opinión del testigo no lo dijo *con intención de injuriarle* sino como si dijera que iba contra el Estatuto. El Arcediano de Écija fue dos veces a abrazar al Arcediano de Sevilla diciéndole *señor Arcediano espantado estoy de vuesa merced siendo tan noble, decir tales palabras a su hermano*.

El apuntador del Coro, Luis de Bibaldo, se excusó de declarar y tuvo que ser obligado por el Cabildo, que le mandó bajo pena de privación de oficio que lo hiciera. Obligado a declarar dijo que estaba apuntando las horas de tercia cuando llegó el Sochantre y le llamó de parte del Arcediano de Sevilla. Al llegar le dijo: *¿vos sois notario?*, y el testigo dijo que sí, y añadió: *dadme por fe como requiero aquí al Maestrescuela que no haga esto que no es de su oficio sino del Presidente*; el Maestrescuela a su vez requirió al apuntador para que le diese por fe *que yo hago lo que me ha sido mandado por el Cabildo*. A partir de aquí se sucedieron las acusaciones mutuas de perjuró, mentiroso y de ir contra los Estatutos. Pero sin duda lo más grave fue el intento de agresión del Arcediano al tomar un libro en sus manos *con ira y enojo* e intentar golpear con él al Maestrescuela.

En este punto el Tesorero, don Iñigo Sarmiento, hizo un llamamiento para decidir sobre el incidente que había ocurrido y mandó al apuntador, el racionero Espina, que fuese a llamar a todos los canónigos para Cabildo extraordinario. Entonces el Arcediano de Sevilla le dijo que no fuese nadie al Cabildo porque él era Presidente y que quitase las tercias a todos los que saliesen del Coro. El apuntador le respondió *señor yo vengo a llamarlos por mandado del Tesorero* y el Arcediano le dijo *yo soy Presidente y no llaméis y quitadles las tercias a todos los que an salido del Coro*. El canónigo Pedro de Almonte declaró que Domingo de Zornoza, que también se encontraba presente, se levantó *riñendo y dando boces escandalosas* para apoyar al Arcediano, diciendo que el Presidente estaba allí y que nadie debía ir a Cabildo, y en el mismo sentido se pronunció el canónigo Pedro de Villagra. El canónigo doctor Esquivel le llamó la atención, diciéndole que no gritase pues el Coro estaba lleno de gente seglar, y Zornoza le respondió con voz airada *calle vuesa merced que yo no quiero callar*. Después le rogaron otros canónigos que se fuese a su casa y respondió que no quería y que lo apelaba. El Tesorero, por su parte, dijo que llamó a Cabildo para ver lo que había pasado, pues los canónigos antiguos tenían esta potestad y les parecía que se debía hacer, y el canónigo Zornoza le replicó que contradecía el llamamiento pues los canónigos antiguos *no sabían lo que decían ni lo que se hacían*.

En parecidos términos se pronunciaron los racioneros Luzio y Pedro Vanegas, que defendían la parcialidad del Arcediano dentro del Cabildo. Finalmente, los diputados firmaron la información y declararon que era injuria y desacato al Cabildo lo que hicieron el Maestrescuela, el Arcediano de Sevilla, el canónigo Zornoza y el racionero Pedro de Villagra. Vista la denuncia que hizo el Mayordomo del Comunal, declararon que hubo desacatos e injurias, teniendo en cuenta la consideración del lugar y del tiempo, y además el Arcediano de Sevilla había contravenido un auto capitular.

Así que fueron condenados a privación de entrada al Cabildo por dos años, y al Arcediano, por el desacato al Cabildo estorbando que se juntase, teniendo en cuenta la poca experiencia que tenía presidiendo, que no lo pudiera hacer en dos años, ni mandar el Coro de la Iglesia. Y porque el desacato fue público y la corrección constaba a todos, que el primer año no se sentase en las sillas altas sino en la primera silla baja, y por las palabras injuriosas que dijo al Maestrescuela, que eran dos, que pagase por cada una tres mil maravedíes, que se repartirían en una misa de paz, haciéndose previamente amigos según disponía el Estatuto.

Al Maestrescuela, por una palabra que dijo al Arcediano que según el Estatuto era injuriosa, que pagase otros tres mil maravedíes, que se repartirían asimismo en la misa de paz. En cuanto al desacato que Domingo Zornoza hizo al Cabildo con voz alta y alteración en el Coro, que estuviese fuera del Cabildo dos años *irremisibiliter* y que no se pudiese tratar de ello para absolverlo o suavizarle la pena sin ser llamado de ante día, y que se votase por habas y altramuces y *una sola haba lo contradiga*.

Al racionero Villagra, por el desacato, lo condenaron a que no entrase en un año en el Cabildo. Después cometieron al Arcediano de Niebla, don Jerónimo Manrique, al licenciado Santillán y al doctor Esquivel, para que fuesen a hablar con el Provisor, significándole cómo había procedido el Cabildo, puniendo y castigando a los beneficiados que delinquieron conforme a los Estatutos de la Santa Iglesia, y que se le rogase y pidiese que no entendiese en el negocio. Porque al Provisor le tocaba intervenir, conforme a los Estatutos, pues no había sido sólo un caso de injurias verbales, sino que había el agravante de la amenaza física, y esto se consideraba *injuria de obra*.

Al notificar la sentencia, el Arcediano de Sevilla dijo que el auto al que se refería el Maestrescuela, en el que el Cabildo le mandaba que proveyese la Epístola y el Evangelio *en sí era ninguno por que no fue llamado de ante día para ello y votado verbalmente como se suelen hacer semejantes autos y no le fue notificado ni del cosa sabía, y él guardando la preeminencia que los Estatutos dan al Presidente del Coro, y pareciéndole que se innovaba contra ello requirió al Maestrescuela una y dos veces, y por tanto apelaba*.

Así pues, un asunto de precedencia entre dos dignidades desencadenó un auténtico estallido emocional en el Cabildo. La violencia verbal y el conato de agresión física expresaba una auténtica guerra de bandos en presencia de los seglares que se hallaban en el Coro y del resto de feligresía que asistía a la Iglesia. Suponemos que la disputa de precedencia fue la causa desencadenante de odios y rivalidades acumuladas en un colectivo tan celoso de sus privilegios. Al mismo tiempo cabe destacar el alineamiento de buena parte de los prebendados con alguno de los contendientes, la actitud de desdén hacia los canónigos antiguos por parte de algunos beneficiados y la práctica imposibilidad de neutralidad de los canónigos que pretendían mantener actitudes conciliatorias.

En marzo de este mismo año diputaron a varios canónigos para ver el requerimiento que el canónigo Pedro Suárez Robledo pidió contra el licenciado Santillán. Como era costumbre, los diputados se apartaron a un rincón de la Sala del Cabildo y tomaron declaración a los testigos. El Tesorero declaró que el jueves 10 de marzo, estando en el Cabildo, se produjo un enfrentamiento entre los canónigos

licenciado Santillán y Pedro Suárez de Robledo. Parece que el licenciado Santillán insultó a Suárez y éste le contestó que él no era *judío ni ladrón*, y entonces el licenciado Santillán le dijo *bien sé quién sois que no sois canónigo y requiero que os echen del Cabildo y esto con un gran menosprecio y baldón*. Ante esto, Suárez se enfureció y alzó la voz contra Santillán, y en esta discordia intervino el canónigo Sebastián de Monzón, que le dijo que se callase, y Pedro Suárez respondió *por qué tengo de callar, ¿soy judío?* y el licenciado Santillán le dijo *bien sabemos quien sois, y hasta ahora no os tengo por canónigo, no sois canónigo ni aveis de estar aquí, mostradme las bulas que tenéis*. Pedro Suárez comenzó a dar voces diciendo que no se debían consentir *estas mochacherías y rapacerías* y tras esto rompió a llorar quejándose que lo afrentaban y *desacatado hablando con alteración*.⁸⁸³

Santillán se refería con esto a que Pedro Suárez tenía prohibido entrar en la Iglesia por una pena de excomunión y el canónigo entró en Cabildo con sobrepelliz y capa de coro y sin demandar licencia para entrar, y esto constituía un desacato al Cabildo. El Arcediano de Écija declaró que, queriendo hablar al licenciado Santillán de un negocio que se trataba en el Cabildo, *atravesaron palabras el canónigo Pedro Suárez con el licenciado Santillán y fueron a boces entre los dos*, y el Tesorero se levantó a hacerles callar. El racionero Pedro de Frías dijo que el canónigo Santillán estaba hablando y *atravesó a lo que decía el canónigo Pedro Suárez, levantándose muy desonestamente y no conforme a la decencia del lugar donde estaba*.

Juan de Escobar, Juez Oficial y Vicario General del Arzobispado de Sevilla por el Arzobispo Fernando Valdés, se presentó en Cabildo para decir que por estar legítimamente impedido el Provisor le correspondía pedir diputación contra el canónigo Pedro Suárez de Robledo. Después salió del Cabildo y los canónigos nombraron diputados a los canónigos doctor Martín Gascó, Sebastián de Monzón, Pedro de Almonte y Sancho Briceño, para que se juntaran con el Juez de la Iglesia e hicieran la sumaria información. Finalmente condenaron al canónigo Suárez por desacato a que no entrase en Cabildo en dos años.

El mismo canónigo, licenciado Santillán, se vio envuelto después en otro incidente en el que él y su hermano, el racionero Luis de Santillán, se enfrentaron al canónigo doctor Esquivel en una reunión del Cabildo. El licenciado le dijo a Esquivel *calla que no vais a la mano* y este le respondió *calla vos que bien os puedo hablar que bien os conozco, y yo puedo hablar también como vos por que soi tan bueno como vos*. El licenciado le dijo *mentís* y el doctor Esquivel le replicó *si no traxera el ábito de San Pedro a cuestras no se lo dijera* y el racionero le espetó *calla bachillerajo*. Todo empezó cuando el Deán respondía al requerimiento que le hizo el licenciado Santillán y este se *atravesó con el Deán*, entonces el doctor Esquivel tratando de *meter paz* dijo que le dejase escribir y el licenciado Santillán le respondió *calla vos* a lo que el doctor Esquivel replicó lo mismo, y el racionero Luis de Santillán le dijo *calla vos bachillerajo de nonada, este bachillerajo no lo conocemos aquí, y que se avía de ir a hablar al campo y no aquí*.

El doctor Martín Gascó declaró que se dijeron muchas voces en el Cabildo de unas personas a otras, y que el Chantre, con el racionero Juan Morillas discutían con mucha turbación. El canónigo Luis de Soria declaró en parecidos términos. Después,

⁸⁸³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20, 10-3-1547.

mientras se escribía la información, los hermanos Santillán pidieron permiso para entrar en Cabildo y dijeron que tenían por sospechosos a todos los diputados elegidos *por las causas que entienden decir y alegar y las darán y pretenden dar por escrito*⁸⁸⁴, y pidieron que fuesen testigos el licenciado Corral, Juan Morillas y Francisco Ponce, quejándose de que, no obstante la recusación y apelación, los diputados seguían entremetiéndose en hablar y votar, ser jueces y tomar declaración a testigos.

A continuación, los señores del Cabildo declararon que el canónigo Santillán y el racionero Luis de Santillán habían cometido injurias y desacato al Cabildo, por las que les condenaron a pagar tres mil maravedíes cada uno, conforme al Estatuto, y que se repartiesen por pitanza manual. Y en vista de la incorregibilidad, desacato y poca enmienda que tenían ambos hermanos, que fuesen desterrados del Cabildo por tres años cada uno y que si siguiesen el negocio en apelación que el Cabildo saliese a la causa librando todos los dineros que fuesen menester para seguir la apelación. Los canónigos Diego de Sevilla y doctor Gascó y los racioneros Juan de Morillas y Francisco Ponce, contradijeron que se gastase dinero del Cabildo en proseguir esa causa.

Más tarde vieron el caso del canónigo Zornoza, que había sido acusado de estar excomulgado. Él decía que no lo estaba porque había sido absuelto, y presentó la absolución hecha ante el escribano Castellanos y el notario Gonzalo Hernández, de la Audiencia del doctor Escobar, Juez de la Iglesia. También leyó una inhibición de parte del Juez en la que mandaba al Cabildo que dentro de 24 horas se inhibiese y no recibiese testigos en la causa que se le seguía por cuanto a él como Oficial le competía la recepción de los testigos. Votaron que se apelara la decisión del Juez de la Iglesia y que se cometiese a los mismos diputados del Cabildo para que prosiguiesen el negocio, pues lo consideraban una intromisión en sus prerrogativas.

El canónigo Zornoza presentó un mandamiento del Prior de San Juan de Acre, como Juez Apostólico de apelación en la causa, por el que mandaba con censuras que alzasen el destierro que le tenían impuesto, y una sentencia del Provisor, don Miguel de Arévalo, en la que mandaba desterrarle del Cabildo por un año. Trataron sobre a quién debían obedecer y votaron que el mandamiento del Provisor no prevenía al del Juez Apostólico, pero éste si les previno que se debía obedecer al Prior de San Juan de Acre, y que lo mismo que hicieron en el asunto del canónigo Francisco de Pineda harían ahora, es decir obedecer los mandatos de un Juez Apostólico antes que los del Provisor, y con esto abundaban en el enfrentamiento que ya mantenían con él.

El viernes 19 de octubre de 1551 estaban en Cabildo rematando una casa en el canónigo Sebastián de Monzón cuando el canónigo Diego Godo Mexía dijo: *yo no arriendo estas casas en el canónigo Monzón si no da fianzas*, y éste respondió en pie, meneando la mano cerca de Diego Godo: *si vos no me la arrendáis arrendemela el Cabildo*⁸⁸⁵, y terminaron injuriándose en un grave enfrentamiento. Diputaron para este asunto a los canónigos Luis de Peñalosa y Gonzalo Briceño, que, como de costumbre, *se juntaron en un rincón del Cabildo* y comenzaron a tomar declaración a los testigos. El canónigo Diego Rodríguez Luzero dijo que, estando en el Cabildo y acabando de rematar unas casas en el canónigo Sebastián de Monzón, dijo el escribano Pedro Castellanos: *¿arrienda vuesa señoría (el Deán en nombre del Cabildo) estas casas al señor canónigo Monzón?* y el Cabildo respondió que sí. Entonces, el canónigo Diego

⁸⁸⁴ *Ibidem*, fol. 84.

⁸⁸⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares. Libro 21, 19-10-1551, fol. 134.

Godo Mejía, que estaba sentado en su lugar en el Cabildo, dijo: *señores yo no arriendo esta casa al canónigo Monzón*, y éste se puso en pie y cerca de Diego Godo dijo *meneando la mano reciamente: si vos no me la arrendáis arriéndemelas el Cabildo*, y entonces Diego Godo le replicó: *no me hables de esa manera ni hagas así con el brazo pues ¿qué diablos me estáis sacudiendo y meneando hermano?*, meneando a su vez él también la mano. El canónigo Monzón le respondió meneando la mano más reciamente, y rodeando su brazo le dio un bofetón *que sonó*. Éste arremetió a Monzón y éste a Diego Godo, haciendo ambos meneos con el brazo y trabándose en una pelea. En esto muchos señores particulares se metieron en medio, y el canónigo Monzón salió fuera retándolo y diciendo *sal acá*, pero Diego Godo se quedó en el Cabildo.

El Maestrescuela, doctor Martín Gascó, y el canónigo Juan de Urbina, declararon lo mismo. Después, habiendo leído los canónigos la información, les pareció que había sido injuria del canónigo Monzón al canónigo Diego Godo y que, además, había *obras*, pues no fue sólo injuria de palabra. Así que nombraron diputados a los canónigos Hernando de la Torre, Luis de Peñalosa, Bernardino de Isla y Francisco Pamanes, para que se juntasen con el Provisor, licenciado Cervantes Gaete, e hiciesen la sumaria información.

Antes de hacer la diputación, el 19 de octubre de 1551, mandaron al Notario y Secretario de los Autos Capitulares, racionero Espina, que encarcelase en su casa a los citados canónigos para que no saliesen de ella hasta que el Cabildo lo mandase, pero cuando fueron a buscar al canónigo Monzón no se hallaba en su casa. Después mandaron que Monzón no pudiese arrendar casas ni heredades en el Cabildo, ni pan ni otras cosas, por sí ni por persona interpuesta, atento a que no tenía casilla para ello, y a que tenía dos pares de casas de la Iglesia y no las pagaba. Así que este era el motivo por el cual Diego Godo no era partidario de arrendarle las casas si no era con fianzas. Sin embargo, tuvieron que dar por nulo el auto en el que mandaban prender y detener al canónigo en su casa por cuanto no se podía hacer sin el Arzobispo o su Provisor.

Juan Pérez, Notario del Provisor, fue al Cabildo y leyó la información que junto con los diputados habían hecho contra el canónigo Monzón, y estuvo presente el reo para oír la información con manto y capirote, en señal de penitencia, como era costumbre conforme al Estatuto⁸⁸⁶. En esto, llegó un criado del Provisor Cervantes de Gaete para decir que estaba *ocupado* y no podía ir al Cabildo, y volvieron a nombrar a los mismos diputados que hicieron la sumaria para que se juntasen con el Provisor y procediesen a sentenciar.

El viernes 20 de noviembre de 1551 encontramos por primera vez el llamamiento para el acto de nombrar diputados para juzgar a los prebendados de la Catedral junto con el Provisor conforme al Santo Concilio de Trento, que mandaba que cada año los canónigos nombrasen dos diputados para conocer en las causas de los beneficiados con el Provisor⁸⁸⁷. El 22 de noviembre de 1552 cometieron al Arcediano de Écija, don Jerónimo Manrique, y al doctor Baltasar de Esquivel para que entendiesen en lo que tocaba a la prisión del canónigo Juan Álvarez, que estaba preso en la cárcel del Concejo de la ciudad. Y el viernes 23 de diciembre de este año entró en el Cabildo

⁸⁸⁶ A.M.S. Sección XI. Libro 9, doc. 13, Crónica del canónigo Loaysa. Cita un caso análogo de julio de 1539 en el que un canónigo tuvo que entrar en Cabildo con manto y capirote, como solían entrar los beneficiados penitenciados por el Cabildo, a pedir perdón por sus excesos.

⁸⁸⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 21, 20-11-1551.

Juan Pérez, Notario del Provisor, y pidió diputación contra el canónigo Juan Álvarez de Arce. Nombraron por diputados a los señores Diego Rodríguez Luzero, Pedro de Almaza, Bernardino de Isla y Francisco de Pamanes.

Tenemos otro caso en el que el Mayordomo del Comunal pidió diputación contra los racioneros Armijo y Bravo porque cierto día de fiesta, diciéndose los oficios divinos, habían jugado a los naipes dentro de la Iglesia. Diputaron al canónigo Pamanes, a Diego Rodríguez Luzero, a Hernando de Saucedo y al doctor Hernán Ramírez para que se juntasen con el Provisor.⁸⁸⁸ El martes 28 de marzo de 1553, el padre del racionero Armijo, Ortuño de Montoya, dio una petición a los canónigos en éstos términos:

muy magníficos señores, Ortuño de Montoya, criado de vuestra señoría, digo que mi hijo el racionero Armijo, los días pasados demás de otras muchas cosas me jugó a los naipes un misal nuevo que le compré y se lo ganó otro cierto beneficiado de la Santa Iglesia, por lo cual obe ciertas palabras con él, y por esto mi hijo salió de mi casa y lo acogió Maesse Francisco, y se puso a defenderlo a capa y espada jurando que avía de sacar el alma si le entrase por la puerta, y considerando yo el poco saber de mi hijo que es a vuestra señoría notorio, y lo que es cierto se le seguirá estando en tal compañía, por ser como es el dicho Maestro Francisco Salado, que no es lícito ni conviene a la honra de vuestras señorías que allí esté, acordé de dar parte dello a vuestras señorías antes que este negocio viniese a oydos de otro. Pido y suplico mande poner a el dicho mi hijo en casa de un señor beneficiado o en otra parte honesta y le mande proveer de una persona que tenga cuidado del, por que de la otra manera todo lo jugará y perderá y en esto vuestra señoría hará justicia y a mí muy grande merced, y remediará vuestra señoría otras muchas cosas que no es lícito poner aquí, especialmente que mi hijo pidió a cierto clérigo capellán 30 ducados prestados para jugar y por ellos se obligó ante escribano público de pagarle sesenta ducados a ciertos plazos.⁸⁸⁹

Oída la petición, cometieron al Deán, don Diego Carmona, y al licenciado del Corro, para que la vieses y *proveyesen al bien, utilidad y decencia de la Santa Iglesia* e hicieran información y castigasen a los culpados, averiguando el beneficiado que le ganó jugando a los naipes y el capellán que le prestó dinero. Y si fuese menester prenderlos, detenerlos y ponerlos en *nihil* en el cuaderno, que lo hicieran. Así como retenerles cualquier pago de pan o maravedís y cualesquier otros pagos, pues habían sido informados *que algunos beneficiados de esta Iglesia andaban díscolos y desonestos de noche mayormente, que se juntaban a jugar y a otras deshonestidades* y que sobre ello hicieran información y la trajesen al Cabildo.

El 3 de enero de 1554 vieron la petición que hizo el Notario Antonio Ramos para que le dieses lo que había gastado en la cárcel donde había estado preso. Antonio Ramos era un notario del Cabildo que encontramos interviniendo en los negocios de la Congregación de las Iglesias de España.⁸⁹⁰ Después, le pidieron que jurase lo que había gastado hasta este día y mandaron a los contadores de la Mesa Capitular que librasen todo lo que los diputados vieses que había gastado.⁸⁹¹

⁸⁸⁸ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares. Libro 22.

⁸⁸⁹ *Ibidem*.

⁸⁹⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 23, año 1556. En 1556 el doctor Egidio fue cometido para que viese los negocios que llevaba este Notario y que le diese poder para Concordar.

⁸⁹¹ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 22.

Otro día, el Mayordomo del Comunal informó en Cabildo que el Provisor, Cervantes de Gaete, tenía preso al *muy reverendo señor canónigo Alonso Muñiz de Zamora, sin aver pedido diputación contra él, conforme al Estatuto*.⁸⁹² El canónigo había sido denunciado por un bonetero, Cristóbal de Santa Cruz, y el Provisor le había hecho información sumaria, teniéndolo preso y habiéndole tomado su confesión sin consentimiento del Cabildo y *sin pedir diputación, conforme al Estatuto confirmado por la Sede Apostólica y firmado por don Fernando Valdés, y usado desde tiempo inmemorial*. El Cabildo respondió a esta intromisión del Provisor poniendo censuras de entredicho *-cesacio a divinis-* a la ciudad.

El racionero Gil de Cevadilla presentó un requerimiento sobre este asunto, primero protestaba de que el Cabildo le mandara salir diciendo que era criado del Prelado. Esto nos indica que ya habría ocupado algún cargo al servicio del Prelado en el gobierno arzobispal, y por esto era considerado *familiar* del Arzobispo. Después, añadía que su voto era que no se pusiese la *cesacio a divinis*, porque había otros caminos *por donde más fácilmente se puede guiar la justicia*, y proseguir con el entredicho no tenía ninguna utilidad, antes *perjuicio y grande indignación que dello podrá recibir el príncipe nuestro señor y gran escándalo del pueblo*. Máxime teniendo en cuenta que en los días anteriores habían recibido una cédula del Rey para que observaran inviolablemente las sesiones del Concilio de Trento, y entre ellas una que decía que los prelados en adelante *solos y sin tomar adjuntos sino quisieren puedan visitar y corregir a los beneficiados de las iglesias catedrales*.

Y como naturales de estos reinos *del príncipe nuestro señor, tenemos justa causa para obedecer, y las costas, daños y escándalos de otra cosa hacer sea a su cargo y no al mío*. Finalmente, pedía que asentarán su voto, de lo contrario protestaba de quejarse del Presidente *como persona que no hace legalmente su oficio*. Después, se salió del Cabildo y trataron el tema decidiendo que se volviese a requerir al Provisor para que mirase muy bien todo con los letrados, y *lo que más convenga al derecho de los señores Deán y Cabildo*. Suponemos que esta actitud de acatamiento del Derecho y de defensa de la jurisdicción del Prelado le valdría al racionero Gil de Cevadilla ser nombrado, años más tarde, Provisor del Arzobispo Valdés.

Así pues, a partir de Trento, el Prelado, o su Provisor delegado, tenía facultad para visitar, corregir y abrir causa a los beneficiados sólo, sin consentimiento previo del Cabildo, y sin participación de los adjuntos si no quisiese. Aunque generalmente se respetó el procedimiento establecido en los Estatutos y el Provisor se hizo acompañar de los diputados del Cabildo, esto pasó a ser una merced sujeta a la buena voluntad del Prelado.

En enero de 1556 cometieron a dos canónigos para que siguiesen la acusación contra Pedro de Gaona, criado del Deán, que se hizo pasar por canónigo de la Santa Iglesia cuando fue detenido por los Alcaldes Mayores del Cabildo seglar, aunque su treta no funcionó y terminaron dándole azotes.⁸⁹³ El 13 de junio de ese año, el Provisor Obando tenía preso al racionero Diego Jiménes en las Casas Arzobispales y los canónigos diputaron al Obispo de Marruecos y a Diego Rodríguez Luzero para que hablasen con el Provisor y le preguntasen por qué estaba preso, y le requiriesen que se

⁸⁹² *Ibidem*, 28-3-1553.

⁸⁹³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 24, 1-1-1556.

guardase su Estatuto y loables costumbres. Después, fueron a hablar con el Provisor y éste les dijo que él no le tenía preso sino que había sido enviado por un Teniente del Asistente, y que él le había dado licencia para que se fuese si quisiese. Luego, el racionero fue a Cabildo y el Presidente le dio una *fraterna de verbo* y él respondió que la obedecía.⁸⁹⁴ Así que todo terminó extrajudicialmente, con la corrección fraterna del Presidente del Cabildo y el arrepentimiento del reo.

Más tarde, llegó a noticia del Mayordomo del Comunal que se decía públicamente por la ciudad que el racionero Diego Jiménez había cometido delitos por los cuales merecía ser castigado, y que él *como persona a quien toca dar aviso al Cabildo de semejantes negocios, avisaba y pedía que nombrasen diputados*. Como los delitos de los que le acusaban eran muy graves dieron aviso al Provisor, pues se le acusaba de haber entrado en casa del Deán, su tío, para matarlo, haciéndole echar *rejalgas*⁸⁹⁵ en la comida para envenenarlo.

El jueves 14 de diciembre de 1564, presidiendo el Cabildo el Obispo de Esquilache, se presentó el escribano de Su Majestad Francisco García, y entregó al Secretario una carta del Rey para que la leyese a los canónigos. En ella les emplazaba a que si algunas dudas ocurrían acerca de los decretos del Santo Concilio de Trento lo consultasen con Su Majestad, y si llegasen algunas bulas o breves de Su Santidad sobre ello las enviaran originalmente al Consejo *sin usar de ellas*.⁸⁹⁶ De esta forma el Monarca trataba de asegurar el cumplimiento de los preceptos tridentinos, pero al mismo tiempo pretendía el control sobre su aplicación, así como sobre la *recepción* de cualquier otra disposición del Papado que afectara al clero de sus Reinos.⁸⁹⁷

El jueves 5 de abril de 1565, el Provisor, Gil de Cevadilla, informó a los canónigos que una mujer se había presentado ante él quejándose del racionero Pedro López de Berastegui porque le había dado de palos; así que lo hacía saber a sus señorías para que nombrasen diputados conforme al Estatuto, y nombraron a los canónigos más antiguos, doctor Baltasar de Esquivel, Juan de Urbina, Alonso de Mudarra y Luis de Lezana, para que, con el Provisor, hicieran la información sumaria.

Al año siguiente el Provisor comenzó a ejecutar lo mandado en Trento. Requiriendo al Deán y Cabildo para que nombrasen dos canónigos como jueces adjuntos para este año, que juntándose con el Provisor conociesen en los delitos y causas criminales de los beneficiados, y especialmente contra el canónigo Alonso de Zamora de quién se había dado al Provisor una queja. Oída la relación del delito, se salió fuera el Provisor y cometieron a los Arcedianos don Jerónimo Manrique y don Fernando de Saucedo, para que hablasen con el Provisor sobre este negocio.⁸⁹⁸

El lunes 11 de febrero de 1566, el Provisor, doctor Gil de Cevadilla, presentó una notificación al Cabildo en nombre del Arzobispo en la que les pedía: *bien sabedes que muchas veces os he pedido y requerido nombrasen diputados conforme a lo dispuesto en el Concilio de Trento para proceder en algunos negocios, y hasta ahora*

⁸⁹⁴ Se refiere a una “corrección fraterna”, o amonestación verbal.

⁸⁹⁵ Diccionario de Autoridades: Arsénico.

⁸⁹⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 28, 29-9-1564.

⁸⁹⁷ Véase FERNÁNDEZ TERRICABRAS, I.: *Felipe II y el clero secular*. Madrid, 2000.

⁸⁹⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 28, Viernes 25-1-1566

*no lo han hecho.*⁸⁹⁹ Por tanto, en nombre del Prelado les volvía a requerir *las veces que de derecho puedo y devo que dentro de tercero día nombren dos diputados para que conforme a la disposición de Trento puedan conmigo conocer en negocios presentes y futuros..*, y les apercibía que, de no hacerlo, sin más requerimientos ni llamamientos procedería en los negocios conforme a lo determinado por el Concilio, es decir, conociendo en los delitos de los beneficiados solo, sin participación de los adjuntos.

Y señalaba para proceder *los Palacios Arzobispales en el aposento de mi contigua habitación, y la ora las diez antes de medio día, nombrando por Notario ante el que pasen los dichos negocios a Francisco Aragonés, clérigo Notario de mi Audiencia.* Parece que los señores canónigos se resistieron todo lo que pudieron a nombrar los jueces adjuntos para todo el año, tal como establecía el Concilio, pues el lunes 14 de octubre de este año el Provisor presentaba de nuevo un requerimiento al Notario de los Autos Capitulares en el que pedía a los señores Deán y Cabildo: *bien saben sus señorías que muchas veces he pedido y requerido nombrasen diputados y hasta ahora no lo han hecho, por tanto en nombre del Prelado y por todo su poder que para ello tengo les torno a requerir que dentro de tercero día.*⁹⁰⁰

Finalmente salió el Provisor del Cabildo, vieron el negocio, votaron y decidieron de común consentimiento que los diputados de los negocios del Cabildo trataran este asunto con el Provisor. Y el miércoles 30 de octubre se juntaron los diputados nombrados por el Cabildo, Alonso de Porras, Arcediano de Reina, y los canónigos Luis Ponce y Alonso de Sahelizes, con el Provisor, doctor Gil de Cevadilla, y en cumplimiento de lo mandado en Trento prometieron y juraron por los sacros órdenes permanecer siempre en su obediencia.

En enero de 1567, los beneficiados, reunidos en Cabildo, eligieron jueces para este año para conocer en las causas criminales de los beneficiados, tal como mandaba el Concilio de Trento.⁹⁰¹ Previamente le dijeron al Provisor, Gil de Cevadilla, que se saliese del Cabildo para que pudiesen tratar el tema libremente.⁹⁰² El Provisor dijo que por ser él también canónigo le parecía que podía y debía hallarse presente a la nominación de los jueces, pero los beneficiados le replicaron que se saliese mientras el Cabildo determinaba si se debía hallar presente o no. También mandaron salir a los familiares del Arzobispo, pues el negocio tocaba al Prelado. El señor Juan de Arzimega, racionero y familiar del Santo Oficio, también se opuso diciendo que protestaba la nulidad de todo lo que se hiciese en su ausencia. Salidos los familiares del Cabildo, determinaron que el Provisor y los familiares no debían hallarse presentes, pues era un negocio que tocaba al Arzobispo y era costumbre usada y guardada que no se hallasen presentes. Pues siempre que los provisores pedían diputación contra algún beneficiado salían del Cabildo, aunque fuesen beneficiados, y también salían los familiares.⁹⁰³

Luego, protestaron para que en la nominación de los jueces adjuntos se respetasen sus loables costumbres, y no se constriñesen sus Estatutos, especialmente en lo que disponían fuera de lo ordenado por el Santo Concilio de Trento. También dijeron

⁸⁹⁹ *Ibidem*, 29-9-1564.

⁹⁰⁰ *Ibidem*, 14-10-1566.

⁹⁰¹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Capítulo 6º, sesión XXV.

⁹⁰² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 29, Enero de 1567.

⁹⁰³ *Ibidem*.

que no atribuían más jurisdicción al Arzobispo que la que tenía por el Santo Concilio, ni a sus sucesores, y consentían sólo hasta que el Santo Padre fuese informado por el *estado eclesiástico de estos reynos e de la santa iglesia* para que proveyese, moderase y ordenase lo que se había de guardar, según los inconvenientes que le representasen las iglesias de España. Y añadían que hacían la nominación por evitar escándalos, costas y molestias, pero protestaban dar más largamente por escrito sus alegaciones y desagravios de todo lo que en perjuicio de su derecho se había hecho. Y pidieron al Secretario y al Notario de los Autos Capitulares que se lo diese por testimonio.

Tratando sobre quien serían los jueces, si se elegirían entre las dignidades, canónigos, racioneros o medio racioneros, o como hasta entonces se había hecho cuando se nombraban los cuatro diputados conforme a los Estatutos. Unos dijeron que, conforme a los Estatutos antiguos y costumbres, sólo los canónigos podían ser nombrados. Otros, que conforme al Santo Concilio de Trento cualquier beneficiado capitular lo podía ser. Votaron y salió por mayoría que se hiciese conforme al Santo Concilio, pudiendo nombrar a cualquier beneficiado. El canónigo Diego Rodríguez Luzero dijo que contradecía la nominación si no era conforme a los Estatutos y costumbres, protestaba la nulidad y apelaba ante Su Santidad y la Santa Sede Apostólica, y que los gastos fuesen a costa de los que dijese lo contrario. Se unieron a la contradicción y apelación los canónigos Juan de Urbina, Luis de Lezana, doctor Esquivel, doctor Ramírez, Andrés Méndez, Antonio del Corral, Antonio del Corro, Hernando Mohedano, Luis Carrillo y Antonio González.

Tras la votación, salieron nominados como jueces los señores don Jerónimo Manrique, Arcediano de Écija, y Luis Carrillo de Castilla, canónigo. El canónigo Juan de Urbina presentó un escrito de requerimiento y apelación por sí y en nombre de los demás canónigos *por ante Nuestro Santo Padre Pío Papa V y para su Santa Sede Apostólica por que se había innovado, haciendo la elección de los jueces contraviniendo los Estatutos y la costumbre de 10, 20, 30 años y más*, por la que la elección de los jueces diputados debía corresponder a *canónigos meros y no dignidades*. Después, propusieron que para evitar pleitos y diferencias se suplicase al Prelado que un señor dignidad y otro canónigo eligiesen dos letrados *demás letras y conciencia* que juzgasen y determinasen la cuestión, y si no estuviesen de acuerdo que se eligiese un tercero.

El Deán y Cabildo, oídos los requerimientos, dijeron que para responder a los apelantes se saliesen del Cabildo, y no saliéndose, el Presidente les puso pena de tercia si no salían. Los apelantes dijeron que por temor a la pena salían, aunque no debían. Y nombraron a don Hernando de Sauzedo, Pedro Vélez de Guevara y Andrés de Salzedo, para que siguiesen el negocio y respondiesen a los requerimientos de los letrados del Cabildo. Como el canónigo Luis Carrillo de Castilla no había aceptado la diputación, mandaron elegir a otro y se eligió al canónigo Antonio del Corral. Los disconformes se reafirmaron en su apelación, y les contestaron que la elección de jueces era conforme a derecho. Después, un escribano de la Audiencia Real de los Grados notificó al Cabildo un mandamiento de los jueces en que les mandaba que se llevase lo hecho y actuado en la diputación y elección de jueces a la Audiencia. En el fondo se trataba de saber si el Concilio de Trento había derogado los Estatutos de la Santa Iglesia Catedral en todo o en parte, pues según los canónigos apelantes seguían estando en vigor, y éstos no estaban dispuestos a ceder un ápice de sus privilegios antiguos. Así que recurrieron en vía de fuerza a la Real Audiencia, al Nuncio en apelación dentro de la jurisdicción

eclesiástica y a la Congregación de las Iglesias de España para que presionase a favor de los Cabildos catedrales.

El viernes 7 de febrero de 1567 cometieron a los diputados de los negocios de Roma y Corte para que dieran instrucciones a los señores don Jerónimo Manrique, Arcediano de Écija, y don Pedro Vélez de Guevara, Prior de las Ermitas, que iban a la Corte a la Congregación de las Iglesias de España, para que tratasen también el negocio de la silla y asiento que tenía en el Coro el Arcediano de Sevilla, pues se había planteado un conflicto sobre su uso con el Provisor, y que los contadores les librasen 80 días de salario.

El lunes 19 de enero de 1568, el Provisor, doctor Gil de Cevadilla, requirió de nuevo que nombrasen jueces conforme al Concilio de Trento. Y nombraron de común consentimiento a don Jerónimo Manrique y al canónigo don Luis Carrillo de Castilla, *conforme al Santo Concilio de Trento y a los Estatutos de esta Iglesia en cuanto no son derogados por el dicho Concilio*.⁹⁰⁴ Este año el Cabildo dio orden a los archiveros de que pidiesen traslados a los notarios ante quien habían pasado los pleitos originales de beneficiados de la Catedral y los guardasen en los Archivos.⁹⁰⁵ Se trataba de poseer los documentos que demostraban sus privilegios estatutarios de tiempo inmemorial de nombrar jueces adjuntos para que conociesen en las causas de los prebendados. El 22 de mayo de este año tenemos noticia de una costumbre antigua que se solía hacer el miércoles santo de cada año, se trataba de una *petición de perdón* que se hacían los beneficiados unos a otros en un Cabildo llamado *de la venia*.⁹⁰⁶

El lunes 8 de mayo de 1570, en el pontificado de don Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, eligieron y nombraron por jueces para el año, conforme al Concilio de Trento, a los canónigos don Gonzalo Briceño, Chantre, y al doctor Baltasar de Esquivel, para que conociesen en las causas criminales de los beneficiados de la Santa Iglesia, conforme al Estatuto y *loables costumbres de la santa iglesia en cuanto no son derogados por el Santo Concilio, y para ello les dieron poder cumplido y les cometieron sus veces*.⁹⁰⁷ A partir de este año, el Cabildo cesó en sus resistencias y nombró todos los primeros de año dos jueces adjuntos sin contradicciones ni apelaciones.

El 9 de junio de este año llegó el Provisor, Diego Mejía, a la puerta del Cabildo, donde estaban reunidos los canónigos, para presentar ante ellos sus poderes, como era preceptivo tras su nombramiento. El Pertiguero los avisó que quería entrar a hablar con ellos. Tras esto, trataron sobre el lugar que ocuparía para sentarse y votaron por mayoría que se sentase entre los dos canónigos más antiguos, como se solía hacer por costumbre. Así lo hizo, sentándose entre los canónigos Diego Rodríguez Luzero y Alonso Mudarra *sin repugnancia ni contradicción*.⁹⁰⁸

Sin embargo, días más tarde, se planteó de manera abierta la disputa por la silla que tenía el Arcediano de Sevilla en el Coro de la Iglesia. El Provisor mandó un Notario

⁹⁰⁴ *Ibidem*, Enero de 1568.

⁹⁰⁵ *Ibidem*, año 1568.

⁹⁰⁶ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, 22 de mayo 1568.

⁹⁰⁷ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 30.

⁹⁰⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 30, 9 de junio de 1570.

con una información a Madrid, al Consejo Real, pues pretendía tener una silla en el Coro de la Iglesia, y el Consejo Real, *por escusar diferencias y los inconvenientes que desto podrían resultar* decidió, por carta de 26 de agosto, que por el momento y mientras los jueces determinaban, el Cabildo le diese al Provisor la silla que tenía el Arcediano de Sevilla, no estando presente en el Coro el Cardenal Arzobispo de la Iglesia.⁹⁰⁹

Francisco Aragonés, Notario de la Audiencia del Provisor, se presentó el 25 de septiembre con una carta del Consejo Real, rubricada con seis firmas de los consejeros y por el Secretario Zabala, y los canónigos dijeron que acataban la decisión pero que el Cabildo no podía quitar al Arcediano de Sevilla su silla, que era aneja a su Dignidad, y si lo hicieran sería en perjuicio de tercero, y no tenían jurisdicción ni poder para ello. Además, les constaba que Su Santidad estaba conociendo la causa y la tenía cometida al Nuncio. Así que mandaban que los letrados del Cabildo ordenasen e hiciesen las diligencias oportunas para pleitear, y que se advirtiese que el Arcediano era Obispo de Esquilache, y en este momento era el Presidente del Cabildo en ausencia del Deán. Y la silla era aneja a su Dignidad, así que suplicaban que el Consejo Real remitiese la causa a Su Santidad y al Nuncio.

El lunes 6 de octubre, el Obispo de Esquilache, don Alonso Fajardo de Villalobos, presentó un escrito con las diligencias de provisión del Arcedianazgo, para demostrar cómo correspondía la silla a su Dignidad. El Cabildo dijo que obedecían la carta del Rey, pero el Obispo de Esquilache suplicó que se diesen horas a un beneficiado que fuese a la Corte con un poder para seguir este pleito. Contradijo y apeló esto el Arcediano de Écija. El viernes 10 de octubre, a instancias del Obispo, se notificó una inhibición del Nuncio acerca de la silla y asiento que pretendía el Provisor. Francisco Aragonés, Notario de la Audiencia del Provisor, notificó un requerimiento del Provisor sobre el asunto, y los canónigos mandaron que los letrados del Cabildo vieses el asunto y respondiesen.

Después, *ayuntados capitularmente en el águila del coro*, y tras ver la respuesta de los letrados del Cabildo, determinaron que se diese respuesta a Aragonés sobre el requerimiento del Provisor. En la defensa de sus privilegios, además de agotar todas las vías de apelación en la jurisdicción eclesiástica y secular, hicieron otras gestiones ante personas que podían favorecerles. El lunes 13 de octubre cometieron al Prior, Pedro Vélez de Guevara, y al canónigo Diego Mejía para que fuesen de parte del Cabildo a visitar al Regente de la Real Audiencia, Rodrigo Vázquez, para darle la enhorabuena por la provisión que Su Majestad le había hecho para su Consejo Real, y le suplicasen que cuando llegase allá favoreciera la justicia del Obispo en el asunto de la silla que pretendía el Provisor, pues se estaba tratando en el Consejo. Además, decidieron que se escribiese al canónigo doctor Ramírez, que se hallaba en Madrid, encomendándole el negocio, y a instancias nuevamente del Obispo de Esquilache dieron horas a los beneficiados para seguir en la Corte el negocio, con la consiguiente contradicción de don Jerónimo Manrique, Arcediano de Écija.

El Cabildo sede vacante, al administrar la jurisdicción del Prelado, no delegaba en los jueces el conocimiento de las causas contra los beneficiados de la Santa Iglesia Catedral, sino que se la reservaba diputando a dos canónigos para que hicieren la

⁹⁰⁹ *Ibidem*, Jueves 28-9-1.570.

información y pesquisas del caso y las presentaran en Cabildo, donde finalmente se votaba la sentencia y la correspondiente pena. En la sede vacante de don Gaspar de Zúñiga, en enero de 1571, mandaron los canónigos que ninguno de los jueces nombrados por el Cabildo en la sede vacante, Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos, pudiesen conocer causa alguna tocante a los beneficiados de la Santa Iglesia, porque el Cabildo se reservaba el conocimiento de ellas.⁹¹⁰ Pero unos días más tarde cometieron al Juez de la Iglesia para que conociera las causas de los beneficiados que el Cabildo había reservado para sí. Se trataba, por un lado, de asegurar y reafirmar la potestad, y, por otro, acto seguido, descargarse tareas sin delegación de jurisdicción.

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas continuaron con la costumbre de reservarse el conocimiento de las causas de los beneficiados, pues les correspondía como administradores de la jurisdicción ordinaria del Prelado, aunque supusiese de alguna manera la acumulación en la misma instancia de las dos funciones de juez y parte.⁹¹¹ En este período, Simón de Aguilar, clérigo Notario de la Audiencia del Provisor, tuvo una discusión con el canónigo Jerónimo de Gudiel Espina, éste le acusó de haber tenido *descomedimiento* con él, y como se trataba de un beneficiado de la Santa Iglesia, el Cabildo mandó que los canónigos Luciano de Negrón y el doctor Pedro Zumiel hicieran la información por escrito de lo que había pasado. El procedimiento era el mismo, sólo que ahora la función de vigilancia y corrección de los prebendados recaía sobre ellos mismos. Asimismo, la visita del Cabildo por parte de los Arzobispos siguió dando lugar a enfrentamientos y resistencias, volvemos a tener noticia de esto en la que don Pedro de Castro giró en 1612.⁹¹²

3.3.7.- Los pecados públicos y los delitos de fuero mixto

Las competencias del Juzgado del Provisor eran muy amplias y bien delimitadas, al menos sobre el papel, pues en la práctica los usos y costumbres abrían paso a la infinita casuística de los conflictos de competencias y a la lucha por el mantenimiento o la ampliación de las jurisdicciones. Un ejemplo de esta realidad eran los delitos de fuero mixto, en los que tanto la jurisdicción eclesiástica como la seglar tenían competencias, aunque algunas de estas se hubiesen dejado de ejercer o raramente se ejercieran. Veamos lo que decía el Visitador Díaz Coronado a propósito de las competencias del Provisor en los delitos de fuero mixto:

Tócale también todas las causas criminales de los eclesiásticos i escandalosos amancebados y repetiré a lo dicho todos los casos que son declarados MISTIFORI y asimismo todos los casos de la Curia Romana como son Bullas de Beneficios, Culto de Reliquias, Jubileos, Dispensas Matrimoniales...⁹¹³

La mayúscula está en la letra del original y es la única palabra del texto escrita así, es evidente que quería resaltar la importancia de un conjunto de competencias que

⁹¹⁰ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Gaspar de Zúñiga, año 1571.

⁹¹¹ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

⁹¹² A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Aguila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, doc. 14: Autos Capitulares en orden alfabético, Juan de Loaysa.

⁹¹³ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 2, Juzgado del Provisor.

la justicia eclesiástica se negaba a perder, pues le confería un enorme poder para intervenir en la vida de los seglares, reivindicando de esta forma una potestad de la que la Iglesia había hecho amplio uso en el pasado, y que por entonces todavía hacía, aunque amenazada por el avance del regalismo.

Una potestad que le permitía la intromisión en las parcelas más íntimas de la vida de los legos y en la que había una larga tradición en cuanto a su tipificación en los fueros y en el Derecho Canónico, y también en cuanto a su persecución tanto por la jurisdicción real como por la eclesiástica. Los delitos de fuero mixto conformaban una amplia gama de comportamientos. Por supuesto la justicia seglar no podía conocer de delitos cometidos por clérigos, a menos que hubiese degradación y entrega al brazo seglar, pero la jurisdicción eclesiástica sí tenía potestad para conocer de delitos cometidos por seglares. Si un juez no dictaba pena el otro podía darla, pero si uno daba una pena menor no la podía aumentar en vista de la sentencia del otro. La pena de penitencia pública, dictada por el juez eclesiástico en el fuero interno o penitencial, no eximía de la pena dada por el juez seglar en el fuero externo.⁹¹⁴

Algunos de estos delitos de *mixti fori*, en los que tanto el juez eclesiástico como el seglar podía proceder contra legos, eran el pecado nefando o de sodomía, el incesto, el amancebamiento de seglares, los logreros que hacían contratos ilícitos y usurarios, los hechiceros, agoreros, sortílegos, adivinos, tablajeros públicos, ensalmadores, saludadores o blasfemos.⁹¹⁵ Los delitos de fuero mixto fueron desde la Edad Media terreno abonado para los conflictos de jurisdicciones, tenemos evidencias más que suficientes al respecto. La Iglesia mantuvo con tenacidad la defensa de su potestad para intervenir en los asuntos de los seglares, y los cabildos de las ciudades no mostraron menos celo en la defensa de la no intromisión de los eclesiásticos en los asuntos de sus naturales. A menudo intervino el Rey en las disputas y generalmente en defensa de las ciudades. Incluso el muy católico Felipe II mantuvo un forcejeo con la Curia Romana en la defensa de la jurisdicción real.⁹¹⁶

Algunos de estos delitos, que comprendían conductas consideradas desviadas, pasaron a ser castigados exclusivamente por la jurisdicción eclesiástica, y la civil se desentendió de su control y persecución. En otros casos, delitos cometidos por un seglar y un eclesiástico, como el amancebamiento o la sodomía, encontraban el silencio y el disimulo de la jurisdicción eclesiástica, entonces la jurisdicción real abría la causa contra el seglar destapando a su vez el delito del eclesiástico.⁹¹⁷ Y de esta manera la jurisdicción eclesiástica se veía comprometida a seguir el pleito contra el clérigo. A veces esta era la única forma que tenía la jurisdicción seglar para señalar y perseguir los delitos de clérigos que de otra forma quedaban impunes.

En la Edad Media el discurso religioso impregnaba el ámbito jurídico hasta el punto de que en las leyes del Reino se prescribían con toda naturalidad las obligaciones

⁹¹⁴ Didaci Covarrubias a Leyva Toletani. *Variarum Resolutionum*. Libro I, Cap. 10, num. 36, p. 67, Genevae, 1723.

⁹¹⁵ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Título de vicario foráneo de un partido, Título de vicario pedáneo.

⁹¹⁶ Véase FERÁNDIZ TERRICABRAS, I.: *Felipe II y el clero secular*. Madrid, 2000.

⁹¹⁷ Esto era frecuente en los amancebamientos de clérigos y en los casos de sodomía. Véase F. NÚÑEZ ROLDÁN. *El pecado nefando del Obispo de Salamina. Un hombre sin concierto en la corte de Felipe II*. Sevilla, 2002.

y dogmas de la religión. Así podemos encontrar que la primera ley de las Siete Partidas contiene las obligaciones del cristiano, las creencias que debía mantener y los artículos de fe que todo fiel cristiano debía saber, *los clérigos en explícitamente y por extenso, los legos implícita y simplemente*.⁹¹⁸ Entre ellas la obligación de acompañar al santísimo sacramento por la calle⁹¹⁹, o la de confesar y comulgar en el momento de la muerte.⁹²⁰

Había un celo especial en el disciplinamiento de los delitos de costumbres y en el Ordenamiento de Sevilla se denomina a los contraventores *pecadores*. Junto a la prohibición de andar con armas por la noche y participar en peleas⁹²¹, encontramos en la legislación seglar la reglamentación de las mancebas públicas y de las barraganas, prohibiendo a los casados tenerlas y a los *pecadores* que tuviesen por barragana pública una mora, judía, parienta o cuñada. También había especial cuidado en el aspecto externo de las personas que podían suponer un elemento de disolución social. En concreto se prohibía a los moros cualquier tipo de adorno en los paños, así como la forma del cabello, que debía estar *cercenado enderredor según solía en tiempo del rey don Alfonso*.⁹²² Todos estos pecadores, incluidos los adivinos y excomulgados podían ser tachados en los juicios y no ser admitidos como testigos.⁹²³ En efecto, en el Ordenamiento de Alfonso XI, ya se establecía que no valiese el testimonio de un testigo que fuese pecador, ya fuese adivino o tuviese mora, judía, pariente o cuñada por barragana y que fuese públicamente excomulgado.⁹²⁴

En 1500, los Reyes Católicos reafirmaron las normas de sus predecesores y mandaron a los corregidores y justicias que tuviesen especial cuidado en castigar los pecados públicos, blasfemias, amancebados, usuras, adivinos, agoreros y otras cosas semejantes *para que en cada uno de los corregimientos cesen todos los dichos delitos y pecados*.⁹²⁵ La Corona se tomaba muy en serio la persecución de estos delitos, hasta el punto de que en las visitas de residencia se averiguaba si el oficial investigado había cumplido con celo su deber en éste ámbito:

carta para que el Alcalde Gallego tome residencia al conde e sus tenientes: como e de qué manera el dicho asistente e sus oficiales han usado e exercido el dicho oficio, executando la justicia especialmente los pecados públicos.⁹²⁶

⁹¹⁸ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Tomo I, Título I, De la Santa Fe Católica. Ordenamiento Real, Libro I, Título I, Ley I.

⁹¹⁹ *Ibidem*, Don Juan I en las Cortes de Briviesca, año 1387, ley 2.

⁹²⁰ *Ibidem*, Don Alfonso XI, Tit. De las penas, Cáp. II, y don Enrique III, año 1400, en el mismo Tit. Cáp. 9

⁹²¹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 42, Ordenamientos de Sevilla. Ordenamiento primero que el Rey don Alfonso el XI dio a Sevilla en 30 de noviembre era 1375 año de 1337, 41-42.

⁹²² *Ibidem*, 38.

⁹²³ *Ibidem*, 45-46.

⁹²⁴ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. P Tomo 51, Privilegios de Sevilla. Ordenamientos de Alfonso XI, 43. Fecho en Sevilla en 30 de noviembre de 1375 años. Fuero que el rey Alfonso XI dio a la ciudad de Sevilla en 10 de abril de 1379.

⁹²⁵ Don Fernando y doña Isabel en Sevilla por pragmática de 9 de junio de 1500, cap. 47 y 53; don Carlos I en Madrid año 1528, pet. 59. Cit. por J.P. MORALES y ALONSO. *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881. De la sodomía y bestialidad.

⁹²⁶ FERNÁNDEZ GÓMEZ, M., OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRIGUEZ M. L.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Tomo IX (1499-1501). Carta del 9-9-1499. Madrid, 2001.

Según los tratadistas católicos, la Iglesia era una sociedad establecida por Jesucristo para dirigir al hombre por el camino de la salvación, y por lo tanto fue dotada de todos los medios necesarios para conseguir su objeto, tanto en lo que respecta a la fe como a las costumbres y a la disciplina, por esto se arrogaba todos los poderes, legislativo, ejecutivo y judicial. De esta forma fundamentaron la facultad de la Iglesia para conocer causas y delitos de seglares sobre la base del concepto de *jurisdicción atribuida*. Para ellos el poder secolar no sólo hacía estas concesiones, aún suplicaba a la Iglesia que las desempeñase, y ésta:

llevada de su espíritu de caridad, y en vista del abandono en que el Estado tenía durante la Edad Media la administración de justicia y otras funciones importantísimas, solía entender en ellas sin usurpación alguna, como no usurpa una alhaja quien la levanta del suelo hallándola perdida.⁹²⁷

Las Decretales concedieron a los obispos la facultad de castigar los crímenes mixtos con penas canónicas, mientras los jueces legos imponían penas civiles para el mismo delito. Con esto quedaba establecido el fuero interno, según la Iglesia instituido por Cristo para recobrar la inocencia perdida por los pecados; y el fuero externo, potestad de los príncipes para castigar los delitos. El primero tenía como objetivo la salvación del alma para la eternidad y el segundo la seguridad de los ciudadanos y el mantenimiento del orden social. Pero con el tiempo los jueces eclesiásticos se arrogaron el derecho de castigar los pecados con penas civiles igual que los seglares, de aquí nacieron las disputas entre los jueces eclesiásticos y los legos, pues los jueces reales sostenían que sólo la potestad civil podía castigar a los reos legos de delitos mixtos.⁹²⁸

Así pues, los delitos de fuero mixto comprendían una serie de conductas consideradas por la jurisdicción eclesiástica como *pecados públicos*. Tenemos el catálogo de los pecados públicos que según los sínodos de Jaén de 1492 y de Córdoba de 1520 debían ser perseguidos, y amonestados los feligreses implicados en ellos. Estos *delincuentes* eran los siguientes: los abarraganados, los casados dos veces o en grados prohibidos, los casados clandestinamente, los que vivían maritalmente sin haber recibido las bendiciones de la Iglesia, los incestuosos, los concubinarios públicos, los adivinos, hechiceros y encantadores, los usureros, los que no frecuentaban la iglesia, los que no confesaban o no querían recibir los sacramentos, los sospechosos de herejía siguiendo la secta judía o islámica y los excomulgados que no querían salir de la excomunión.⁹²⁹

Aunque también lo podía hacer el juez secolar, podía el eclesiástico proceder contra un lego que fingiese ser clérigo sin serlo. También podía el Provisor proceder contra un lego que fuese testigo falso, calumniador y perjurio, o que persuadiera a otros a no decir la verdad o amenazase a los testigos para que no la dijese. Asimismo tenía competencia en los casos de desacato, sin fulminar el proceso sino castigándolo con penas pecuniarias, y si la culpa fuese mayor remitiéndola al Juez secolar. Igualmente era delito de fuero mixto la falsedad en letras apostólicas, y el Provisor tenía potestad para

⁹²⁷ Véase GÓMEZ SALAZAR, F. Y DE LA FUENTE, V.: *Lecciones de Disciplina eclesiástica y suplemento al Tratado teórico-práctico*. Tomo II. Madrid, 1877.

⁹²⁸ Véase CAVALARIO, D.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Tomo II. Madrid, 1837.

⁹²⁹ Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XIV". *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979.

encausar a legos por este motivo⁹³⁰, y en el caso de seglares que visitaban monjas en los monasterios con *nota* y *escándalo* podía conocer el Juez seglar o el eclesiástico indistintamente.

Cuando algún lego hiciese libelos o versos, sátiras y cantes en perjuicio e infamando a los clérigos, el juez eclesiástico podía juzgarlo, pues la injuria, así como *poner manos violentas* sobre un eclesiástico, se consideraba sacrilegio. También saquear, quebrantar o robar las cosas sagradas, o las que no lo eran pero estaban en lugar sagrado. Todos estos sacrilegios los podía perseguir también el juez seglar por ser *mixti fori*.⁹³¹ Tenemos un testimonio de este hecho, el 11 de enero de 1404 fue quemado por la justicia seglar un individuo por haber robado una custodia de un convento.⁹³²

El Provisor podía conocer en causas contra legos que tenían ocupados los bienes de las iglesias, hospitales, capellanías, ermitas, cofradías u otros lugares píos, y los que hacían decir misa en sus casas y oratorios particulares sin tener licencia, o teniéndola no guardaban las condiciones adecuadas. También en todas las causas espirituales que fuesen entre legos sobre órdenes, patronazgos, primicias, ofrendas, sepulturas y legitimaciones.⁹³³ Podía el juez eclesiástico proceder contra legos que cometían simonía comprando o vendiendo las cosas espirituales, por ser causa *mere eclesiástica* de la que el seglar no podía conocer.⁹³⁴

Otro conjunto de delitos cometidos por seglares en los que podía entender la Audiencia del Provisor eran los que, por su gravedad, además de las penas temporales, llevasen aparejada la excomunión: contra legos incendiarios que quemaban pueblos, casas, castillos, montes, mieses, heredades y campos, haciéndolo con *dolo*.⁹³⁵ Y contra legos que cometiesen asesinato dando o recibiendo dinero para matar o herir a alguno, así como contra los *receptadores* de los asesinos y contra legos que provocaban o aceptaban desafíos o participaban en ellos como jueces, padrinos o espectadores.⁹³⁶ Dependiendo de la *costumbre inmemorial* de cada lugar, los jueces eclesiásticos, ya que podían conocer de una causa contra legos, también podían prender y encarcelar a los reos en la cárcel obispal o arzobispal, máxime si en este lugar el Prelado era señor eclesiástico. En algunos obispados el juez eclesiástico se limitaba a invocar el auxilio del brazo seglar para prender y encarcelar a un reo seglar, pero en el Arzobispado de Sevilla los jueces eclesiásticos los prendían y encarcelaban con bastante frecuencia como se verá en documentos insertos en otro capítulo.⁹³⁷

⁹³⁰ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805, Partida I, Título 6, Ley 26.

⁹³¹ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805, Partida I, Título 6, Ley 2. Esto se encuentra en una Ley de las Partidas y en G. López, l. 58, glos. 6, tit. 18, part. 2.

⁹³² A.M.S. Sección XV. Inventario de los papeles del Mayordomazgo del siglo XV por Francisco Collantes de Terán., doc. 41.

⁹³³ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro I, Título 3, Ley 4 y Partida I, Título 6, Ley 56.

⁹³⁴ *Ibidem*, Partidas, ley 58 y su glos. De Gregorio Lopez gloss. 3 tit. 6.

⁹³⁵ CASTILLO DE BOBADILLA, J.: *Política de Corregidores, y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, Madrid, 1597. Cita a Simancas, De instit Cathol. Cap. 8, num. 6 y Avendaño, Part. I, Cap. 5 Prat. Num. II y Covarrubias, Cap. Quam vis pactum I, part. S 7 num. 12, p. 531.

⁹³⁶ *El Sacrosanto y Ecueménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Ses. 25, cap. 19 de reform.

⁹³⁷ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625.

Otra de las competencias del Provisor era la concesión de licencias para que los eclesiásticos jurasen y pareciesen en pleitos ante los tribunales seculares. Tanto en las causas civiles, en las que podían hacerlo ante la justicia real, como en las criminales *en las permitidas en derecho*. Era un canon de la Iglesia la separación de fueros, producto de ese afán de mantener escindidas ambas instancias, la profana y la sagrada, pero en los casos en que se permitía que un clérigo pareciese ante un tribunal secular se debían guardar ciertas preeminencias. En tiempos de don Alonso Manrique (1538), se dio licencia a varios racioneros para que pudiesen declarar y jurar en un pleito del Cabildo con un lego, Gonzalo de León, sobre las reparaciones de una casa del tintorero Alonso de Sevilla.⁹³⁸ El Provisor ejecutaba las requisitorias de la justicia secular, siempre que fuese en causas criminales, para que un eclesiástico pudiese comparecer ante un juez secular: *debe hacer cumplir cualesquiera letras o cartas requisitorias eclesiásticas o seculares en negocios criminales tan solamente*.⁹³⁹ En 1600, en virtud de esta potestad, el Provisor dio licencia al clérigo García Ávila para que pudiese ir a Morón a hacer sus descargos en un pleito ante la justicia secular.⁹⁴⁰

Asimismo el Provisor podía proceder contra los ministros de la justicia secular que *para tratar amores con alguna mujer tomasen ocasión de ir a su casa a hacer declaraciones o buscar delincuentes o otras ocasiones de sus oficios por que incurren en excomunión*.⁹⁴¹ De esta manera los jueces eclesiásticos se erigían en árbitros, atribuyéndose, en los casos de abusos más escandalosos por parte de los jueces seculares, el papel de vigilantes y garantes de la equidad. No olvidemos que para la Iglesia la superioridad moral de los eclesiásticos era indiscutible, como queda patente en el siguiente mandamiento de 1611: *que los clérigos en las audiencias de los jueces seculares tengan mejor lugar que los abogados, ni jurados, ni veinticuatro, pues su dignidad es maior que la suia dellos*.⁹⁴²

También podía el juez eclesiástico proceder contra legos que pedían limosnas falsas⁹⁴³ y lo mismo podía hacer el secular cuando el lego fingiese ser clérigo y anduviese pidiendo limosnas⁹⁴⁴, y contra los que en las fiestas de toros los corrían o permitían correr porque incurrían en excomunión.⁹⁴⁵

Mandamiento de prisión con auxilio contra lego, Auto de prisión contra lego por vista de la sumaria información.

⁹³⁸ Véase A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, jueves, 14 de noviembre.

⁹³⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del Secretario Aragonés*.

⁹⁴⁰ Véase A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 1600-1601.

⁹⁴¹ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios, y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios Apostólicos, y de visita*. Pamplona, 1691. Derecho, cap. Muner. De iudic. 6.

⁹⁴² A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Advertencias, año 1.611*.

⁹⁴³ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios, y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios Apostólicos, y de visita*. Pamplona, 1691. Oldraco, Constitución 86. Decio, Constitución 76. Aviles, cap. 51, Praet. Num. 2.

⁹⁴⁴ *Ibidem*, Felin, cap. 3, De probation.

⁹⁴⁵ *Ibidem*, Constitución de Pío V, Roma año 1367 confirmada por Gregorio XIII, año 1575, en Manuel Rodríguez, In sum. 2 tem. Cap. 6. Toros.

El Provisor tenía algunas competencias sobre legos en materia de matrimonios, aunque la mayor parte de ellas correspondían al Juez de la Iglesia. En todo lo relacionado con el cumplimiento de los testamentos y las obras pías las competencias eran del Juez de Suplicaciones y Testamentos. En cuanto a los enterramientos, el Provisor abría causa a un lego que lo hiciese en coche, sin pompa funeral y acompañamiento de la cruz y clérigos de la parroquia. Los médicos también podían ser encausados por el Provisor si cuando visitaban por segunda vez a un enfermo no le mandaban hacerse confesar y comulgar y hacer testamento conforme a los cánones y *motus propios* de los romanos pontífices.⁹⁴⁶

El Provisor mandaba imprimir todos los edictos generales de pecados públicos en el Arzobispado. Ya en las Decretales de Gregorio IX se establecía que el Obispo podía hacer inquisición sobre:

los adulterios e los otros pecados, e de privilegios e de guardar los segunt que mandan los decretos, e si menester fuere deve demandar adiutorio del Rey, non por mal fazer, mas por fazer aquellas cosas que a Dios plegan.⁹⁴⁷

Y si el Obispo supiese que alguno pecaba no lo debía excomulgar públicamente antes de ser probado *segunt orden de derecho*, pero si la parte dañada lo demandase podía excomulgar.

En el Sínodo de 1512 aparece el primer modelo de Carta General contra los pecados públicos del Arzobispado de Sevilla, en el que fray Diego de Deza comenzaba señalando los sagrados deberes que le impulsaban:

a los Prelados y curas de las anymas a quien es encomendado el pueblo cristiano conviene velar firme y continuamente sobre la guarda de las anymas de los fieles. Por ende, nos, deseando la salvación de nuestros súbditos y apartarlos de los pecados y ofensas públicas de dios y acatando las censuras y penas en que por las constituciones de nuestro Arzobispado yncurren por los casos infrascriptos...⁹⁴⁸

Y a continuación ordenaba que los provisosores del Arzobispado y Provincia, cada año, con gran diligencia y encargándoles sus conciencias, desde la septuagésima dieseen cartas generales y procediesen por censuras contra todos los que estuviesen en pecados públicos. Contra los que se casaban clandestinamente o en grados prohibidos y contra los que participaban en tales matrimonios, contra los que hacían vida maridable con sus mujeres sin haber recibido las bendiciones de la Iglesia, contra los incestuosos o los que estaban casados dos veces, contra los concubinarios públicos y también contra los logreros y usureros. Y que no cesasen de proceder contra ellos hasta que se apartasen de los pecados.

Y para que pudiese llegar mejor la noticia a los jueces y los castigasen, mandaba a todos los curas del Arzobispado y Provincia que fuesen diligentes en inquirir y saber qué personas de sus parroquianos estaban en alguno de estos pecados públicos, y les

⁹⁴⁶ *Ibidem*, Constitucion de Pio V de 11 de marzo de 1566 de medicis accedentivus ad infirmos.

⁹⁴⁷ MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX*. Barcelona, 1942. Libro I. Título XXXI, Del oficio del poder de los Obispos de facer inquisiciones. Cap. I.

⁹⁴⁸ A.C.S. Sección IX, Legajo 42, doc. 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Que se den cartas generales cada año contra los que están en pecados públicos, y se proceda hasta invocar al brazo secular.

amonestasen con toda caridad que saliesen y se apartasen de ellos, y si no se enmendasen que los curas lo notificaran al Prelado o a su Provisor para que lo remediase. También mandaba que los curas hiciesen padrones en los que escribiesen los que estaban públicamente infamados en sus parroquias bajo pena de un florín por cada vez que no lo hicieren. El Concilio de Trento atribuía a los obispos el derecho, como delegados de la Santa Sede, de ordenar, castigar y ejecutar con arreglo a la disciplina canónica todo cuanto pareciere necesario para la enmienda de sus súbditos y utilidad de la diócesis.⁹⁴⁹ A tal fin los obispos hacían la visita y corrección de costumbres sin que se pudiese alegar exención alguna ni anteponer apelación ante la Santa Sede ni cualquier otro recurso que impidiese o suspendiese la ejecución de sentencias.⁹⁵⁰

En la sesión XIII del citado Concilio de Trento se estableció el procedimiento para la corrección y aplicación de penas, siguiendo criterios de *paternal benevolencia*:

Acuérdense los Obispos y los demás Ordinarios que son pastores y no verdugos (percussores) y que conviene que rijan a sus súbditos de tal forma, que no se enseñoreen de ellos, sino que los amen como a hijos y hermanos, y se esfuercen con exhortaciones y avisos de apartarlos del mal, para no verse en la precisión de castigarlos con penas justas si llegan a delinquir; y si ocurriese por la fragilidad humana llegaran estos a delinquir en algo, debe observarse aquel precepto del Apóstol de razonar con ellos, de rogarles encarecidamente, de reprenderlos con toda bondad y paciencia, pues en muchas ocasiones puede mas, para los que hay que corregir, la benevolencia que el rigor, la exhortación que la amenaza, y es preferible el amor a la autoridad; mas si por la gravedad del delito es necesario el castigo, es entonces cuando deben hacer uso del rigor con mansedumbre, de la justicia con misericordia, y de la severidad con dulzura, para que sin asperezas se conserve la disciplina, saludable y necesaria a los pueblos, y los que han sido corregidos se enmienden o, si estos no quieren enmendarse, se aparten de los vicios los demás ante el saludable ejemplo del castigo de los otros.⁹⁵¹

En el Arzobispado de Sevilla, la persecución de los pecados públicos de los legos era competencia fundamentalmente del Provisor. En el Sínodo de don Cristóbal de Rojas y Sandoval de 1572 se advertía que era *santa obligación que los Prelados tenemos de poner remedio en los pecados públicos que para evitallos aviamos de asistir si fuese posible por nuestras personas en todas las parroquias*;⁹⁵² ahora bien, como no podía asistir personalmente, ponía sus ministros, vicarios y curas, los cuales *aunque el oficio no les obligase como les obliga*, por ser sacerdotes, tenían obligación de procurar remedio. Y porque el Prelado tenía noticias de que la negligencia de los ministros eclesiásticos obligaba a los seglares a denunciar, encargaba a estos que diesen noticia, *con secreto*, de cuatro en cuatro meses, de los pecados públicos que había en su parroquia, para poner remedio. Y terminaba diciendo que tendría *mucha cuenta* con los

⁹⁴⁹ GÓMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al Tratado teórico-práctico*. Tomo 2, Madrid, 1877, Visita de las cosas eclesiásticas por el Obispo.

⁹⁵⁰ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 24, cap. X, de reformat.

⁹⁵¹ Sesión XIII del Concilio de Trento. Cit. BENLLOCH POVEDA, A.: "Jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: el proceso", p. 128. En E. MARTÍNEZ RUIZ y M. DE PAZZIS PI (Coord): *Instituciones de la España Moderna*. Madrid, 1996.

⁹⁵² A.C.S. Sección IX, Legajo 42, documento 4. Sínodo de don Cristóbal de Rojas y Sandoval. 1572. Advertencias que el ilustrísimo señor don Cristóbal de Rojas y Sandoval dio a sus clérigos que se leyeron y publicaron en el synodo que su señoría ilustrísima celebró 15 de enero de 1572. Capítulo II. Que den noticia de los pecados publico.

que así lo hicieren porque estos descargaban sus conciencias y procuraban descargar las del Prelado, y los negligentes obligaban a poner otros en su lugar que lo hicieran. En este mismo Sínodo el legislador eclesiástico se hacía eco del problema del amancebamiento de los esclavos:

somos informados que en esta ciudad y Arzobispado muchas personas tienen esclavas las cuales por la mayor parte están amancebadas y lo que más escandaliza es que sus amos con poco temor de dios y en grave perjuicio de sus ánimas lo consienten por el interés que se les sigue de los partos de las esclavas.⁹⁵³

Y además no tenían cuidado de enseñar la ley de Dios ni exhortarles a su observancia como estaban obligados, ofendiendo a Dios. Así que el Prelado, *por que nos como a pastor y prelado conviene poner remedio*, para descargar su conciencia, encargaba a los vicarios y curas de las iglesias que cada uno en su parroquia exhortara a los feligreses para que sus esclavas viviesen bien y no las consintiesen estar en pecado, quitándole las ocasiones que tuviesen para caer en él, y que se les advirtiese que si no fuera suficiente la exhortación de la iglesia y *si su malicia fuere en crecimiento y no tuvieren enmienda*, procederían con penas. También se vigilarían los mesones y casas de posadas pues solían tener mozas para los pasajeros. Tanto la conducta de los mesoneros como la tolerancia de los amos para con el amancebamiento de sus esclavas fueron penados con la excomunión en el Sínodo de don Fernando Niño de Guevara, pero finalmente los canónigos en sede vacante quitaron la excomunión *por los graves inconvenientes que planteaba.... por ser antes lazo i ocasión para incurrir en las dichas excomuniones que remedio para la guarda de las cosas dispuestas*.⁹⁵⁴

Otro tanto ocurría con los delitos relacionados con los *hechiceros* y los *sortilegos*, y con los *agoreros* y *supersticiosos*, que además fueron perseguidos por la Inquisición. Los delitos relacionados con los *tratos ilícitos* fuera del matrimonio canónico también competían a las dos jurisdicciones, aunque con el tiempo fue la Iglesia la encargada de reglamentar y disciplinar esta parcela tan importante de la vida de los súbditos. Formaban parte de este grupo de delitos todos los relacionados con los amancebamientos y con las personas dedicadas a la intermediación en el trato de las relaciones ilícitas, los *alcahuetes*. Otro delito perseguido por ambas jurisdicciones era la blasfemia y los *que dicen palabras malsonantes*, y contra los acusados de sodomía, por el *pecado nefando*.

También advertía de los que usaban adivinanzas, hechicerías, sortilegios y encantamientos, e iban o enviaban a tomar consejo con los que hacían tales maleficios *que son siervos del demonio al cual por los pecados de las gentes permitía dios a veces que se cumpliesen las cosas que las tales personas deseaban saber o procuraban tener dándole poderío en todo tribu i lengua i gente*. Otros, olvidando la restitución que debían hacer de lo *mal llevado i adquirido*, para que Dios les perdonase el pecado, acostumbraban *dar i tomar a logro, pública y secretamente trayéndolo por público oficio*, lo cual era una *especie de herejía i prohibido en nuestra religión cristiana*. Asimismo se perseguía a los que tenían tableros públicos de juegos o a los que

⁹⁵³ *Ibidem*, Capítulo VI. Que los que tienen esclavos tengan cuidado que vivan bien.

⁹⁵⁴ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Auto del cabildo de sede vacante, en razón de las censuras que se moderan, 26-1-1609.

acostumbraban a blasfemar del santo nombre de dios, de su bendita madre y de sus gloriosos santos.⁹⁵⁵

Algunos, sabiendo que lo prohibían los santos cánones y constituciones del Arzobispado, celebraban matrimonios clandestinos sin la presencia del sacerdote ni otra persona alguna, o *pospuesto el temor de dios i peligro de sus ánimas*, a sabiendas, se casaban en grados prohibidos en derecho, sin dispensación, o estando casados legítimamente y durante el primer matrimonio, y estando vivo el primer marido o la primera mujer, se casaban por segunda vez, *pervirtiendo la orden del santo sacramento*. O hacían vida con sus mancebas y decían que estaban casados; y otros estaban desposados por palabras de presente y hacían vida de casados *consumando el matrimonio por copula carnal sin recibir las bendiciones nupciales*. Aquí no paraban los pecados con respecto al matrimonio, pues era frecuente que después de haber concertado el matrimonio por *palabras de presente* y antes de celebrarlo, los contrayentes llevasen a las mujeres a sus casas e hiciesen vida maridable con ellas. También se perseguía a los *muchos amancebados* y a los que dejaban de hacer vida maridable con sus esposas legítimas y la hacían con sus mancebas, así como a los que consentían el amancebamiento de sus esclavos.

Otro de los capítulos de pecados públicos eran los relativos al cumplimiento de los testamentos de los difuntos, pues algunos, habiendo quedado por albaceas testamentarios de difuntos no cumplían sus últimas voluntades *de que sus almas podrían recibir detrimento*. En realidad lo que estaba en juego, tras el eufemismo de la salvación del alma, era el cobro por parte de la Iglesia del *quinto por el alma del difunto* para misas y obras pías. Recordemos que, aunque el Provisor mediante su edicto llamase a la delación pública y a la persecución de estos pecados públicos, las competencias en materia matrimonial eran del Juez de la Iglesia y las relativas al cumplimiento de los testamentos del Juez de Suplicaciones, Testamentos y Obras Pías. Las denuncias que por una u otra llegasen a la Audiencia del Provisor serían remitidas por éste a su Juez correspondiente.

Finalmente, el Provisor mandaba que:

por que a mí incumbe con gran diligencia i estudio velar sobre las almas que dios nuestro señor por su misericordia tiene encargadas al Cardenal mi señor para apartarlas del camino de perdición y guiarlas al de la salvación conforme a la confianza que su señoría ilustrísima a hecho de mí, mandé dar y dí la presente.

Y en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión, de suspensión y de un ducado, mandaba que todos los curas en sus iglesias públicamente los domingos y fiestas de guardar, desde el domingo de septuagésima, en el momento de la misa mayor cuando la mayor parte del pueblo estaba reunido, amonestasen a los parroquianos para que hicieran penitencia en cuaresma y se apartasen de los pecados públicos, confesando y comulgando. Y que los curas dividiesen las parroquias por calles y casas, haciendo un reparto de casas por semana, para evitar que nadie quedase sin confesión pues muchos esperaban a la Semana Santa para confesarse y no había suficientes confesores para todos.

⁹⁵⁵ *Ibidem*, Edicto General.

Los edictos advertían también contra los hechiceros y adivinos, los concubinarios públicos, así como contra los usureros y logreros y los casados dos veces o en grados prohibidos sin dispensa, para que en el plazo de nueve días desde que fuese leída y publicada la Carta se apartasen de sus pecados y procurasen la absolución de la excomunión en que habían incurrido. Los que habían contraído matrimonio clandestino, además de ser nulos, serían castigados conforme a derecho y constituciones y se les amonestaba para que se casasen ante el cura de su parroquia u otro nombrado por el Provisor o el Prelado, precediendo las amonestaciones en tres días de fiesta continuos y en presencia de dos o más testigos; y si algún matrimonio se hiciere sin cumplir estos requisitos no se consideraría matrimonio válido y el cura, contrayentes y testigos serían castigados conforme al Santo Concilio de Trento. Y los que estaban desposados y habían consumado el matrimonio sin velarse que se velasen dentro del tiempo que mandaba la constitución y hasta entonces que no cohabitasen. A los que se concertaban para casarse debían amonestarles que no cohabitasen antes de desposarse y que procurasen absolverse de la excomunión en que habían incurrido de haberlo hecho.

También se mandaba amonestar a los médicos de las parroquias que no visitasen por tercera vez a ningún enfermo si no les constare que habían confesado y ordenado su alma, bajo pena de excomunión y de 200 maravedís, y que esto les obligase en su fuero de conciencia.⁹⁵⁶ Con respecto a los bautismos, el edicto mandaba que no interviniese más que un padrino o una madrina y que el cura avisase al tiempo del bautizo de la cognación espiritual que contraían los padrinos con el ahijado y sus padres, y el cura con el bautizado y sus padres. En las confirmaciones tampoco debía intervenir más de un padrino y la cognación espiritual se contraía sólo entre el padrino y el ahijado y sus padres.

Los curas y vicarios debían vigilar para que los que tenían hijos e hijas de corta edad o esclavos y esclavas les enseñasen el Pater Noster, el Ave María, el Credo, la Salve Regina, los Artículos de Fe y los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia y Sacramentos, y los hiciesen ir a las iglesias los domingos y fiestas de guardar a oír misa para que los curas al tiempo del Ofertorio les enseñase la doctrina cristiana. Finalmente mandaba el edicto a todas las personas que sabían o tenían noticia y habían oído o visto quiénes eran los que habían cometido vicios, delitos y pecados públicos, que bajo pena de excomunión mayor fuesen a manifestarlo a Sevilla, ante el Provisor; y en las ciudades y villas ante los vicarios y donde no los hubiere al cura más antiguo.

Después, los curas y vicarios recibirían por escrito las declaraciones, les harían preguntas y repreguntas sobre el caso para que declarasen la verdad y diesen razón suficiente con la mayor información posible, y después, secretamente, en sobre cerrado y sellado, lo enviarían al Provisor. Contra las personas que supieren o hubieren visto u oído quiénes eran las personas que cometían pecados públicos y no los denunciaren promulgaba sentencia de excomunión mayor. Emplazando a los curas, beneficiados y clérigos que desde el domingo de la septuagésima comenzaran a empadronar a todas las personas de las parroquias y *collaciones*, inquiriendo las personas que estuviesen en pecado público y los registrasen en una lista en el padrón, clasificados por géneros, nombrados por sus nombres y por sus pecados, y la enviasen al Provisor sin disimular ninguno por *amor ni temor, parentesco, amistad, dádiva ni promesa ni por otra razón alguna*.

⁹⁵⁶ Se suponía que la tercera visita del médico era indicativa de gravedad suficiente como para tomar la precaución de confesarse y ordenar su alma.

Como se ve, El Edicto de Pecados Públicos era un auténtico llamamiento general para la delación. No sólo los curas-policías en su parroquia y los vicarios en su partido, todos estaban obligados a la denuncia bajo pena de excomunión; de esta forma el aparato de control eclesiástico hacía recaer la responsabilidad de la vigilancia en la propia colectividad vigilada, la parroquia, la collación, la villa o el lugar. En última instancia se castigaba prevalentemente la desobediencia a los preceptos, pues la obediencia colectiva era la garantía de la dominación sobre los súbditos, y a tal efecto, la excomunión, a pesar de los abusos en su aplicación, seguía teniendo un gran poder de coacción: *vida espiritual es al ánima la obediencia y muerte la desobediencia, y desobedecer los mandamientos de la Santa Madre Iglesia se castiga con la descomunión que es la muerte del alma.*⁹⁵⁷

Aunque los edictos nos ponen en la pista de los pecados públicos que había que perseguir, un memorial de 1610 al Cardenal Guevara nos muestra los que se solían cometer. En éste se advertía al Prelado de los *pecados envejecidos* que había en el Arzobispado y de la ineptitud e ineficacia de los oficiales para combatirlos.⁹⁵⁸ La carta está llena de las típicas advertencias e indirectamente trata de alabar al nuevo prelado y conseguir su favor. El memorialista se ofrece como un candidato a oficial diligente y eficiente del gobierno arzobispal, entendiendo por esto, el que tiene celo en la persecución de los pecados y no contemporiza con ellos, es decir es un *cristiano celoso de su conciencia*.

Comienza el memorial señalando la contradicción entre la *verdad* y *el imperio*, a causa de la lisonja de los que hablan y sirven, aunque los ministros del Prelado desde Valladolid no podían saber lo que pasaba en Sevilla. Dice que parte de esta culpa es de los príncipes que huyen de las verdades porque son amargas y causan *dentera*, aunque el señor Arzobispo jamás tuvo esta fama. Según el memorialista el Provisor comenzó a hacer examen riguroso de los pecados públicos y antiguos, porque en la ciudad había pecados *tan venerables y ancianos que podían ser escuderos o guardadamas de palco* y eran tan impunes que no había quien se atreviese a denunciarlos, cuanto más a prohibirlos. Respecto a los pecados secretos y ocultos eran mayores aún y *tenían a Dios ofendido y airado contra el lugar, pues cada año desde 1599 se multiplicaban los azotes*. Se refiere sin duda a la mala coyuntura de final de siglo acompañada de epidemias y catástrofes naturales. Para extirpar estos pecados hacía falta la presencia del Prelado, pues otro Vicario, aunque fuese vigilante y celoso de la honra de Dios no bastaría.

Asegura nuestro memorialista que el sentimiento de la iglesia y sus doctores era que las penas estaban causadas por *las culpas a la ley* y aunque.

Dios es misericordioso y padre y nos trataría muy bien si no le sirviésemos tan mal... está temeroso y cierto de que no cesarán los castigos si no cesan *nuestras ofensas*, pues si antes castigó los pecados de su templo con un ramalejo de cáñamo, ahora castigaba con *alacranes de hierro* metal fuerte y duro que significaba el rigor

⁹⁵⁷ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Pragmática de Don Alonso, Madrid 1329.

⁹⁵⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo nº 1. Cuadernillo del Año 1610. Memorial para el Cardenal don Fernando Niño Arzobispo de Sevilla. Noticias dadas al sr. Arzobispo para el remedio de algunos males y escándalos de Sevilla, documento sin foliar.

merecido a causa de la obstinación mía y de algunos pharaones que no se querían enmendar ni retractar de sus malos caminos.⁹⁵⁹

Con respecto a estos *pharaones*, en el margen del documento podemos leer: *el canónigo Antonio Pimentel y sus amigos, pues gracias a ellos murió el derecho. A continuación seguía aludiendo a la penitencia y al sufrimiento a causa de los pecados y al castigo de Dios con la espada de la calamidad. Y si los pecadores eran eclesiásticos, como el citado Pimentel, persuádense que los castigos no venían por sus pecados, mientras perecen las almas que estaban a cargo de v.s. illma. Según esto, los poderosos no reconocían su culpa y no se enmendavba, porque saben tan poco de Dios como de su caridad y mal pecado por ignorancia o por excusas o por ninguna fe, pues está muy cerca de no tenerla el que no tiene caridad, y por faltarle esta pierden aquella y se llega a la miseria en que están Alemania, Inglaterra y Flandes.*

A continuación relata las calamidades que padecía la patria, las pestilencias, enfermedades, carestías, necesidades y miserias *a toto genere: estaba Sevilla de las más podridas y rematadas ciudades que tiene su majestad en todos sus reynos. Y otros castigos sacados del ingenio de Dios y se aprovecha de los términos convertibles de la dialéctica permitir que las mismas culpas sean penas y las mismas penas sean nuevas culpas.*

En el tropel de estos males acusaba por una parte a canónicos y eclesiásticos, cuyo remedio incumbía al Arzobispo, y se ofrecía para avisar más explícitamente para que se pudiesen averiguar y remediar sus pecados. Por otra a los civiles cuyo remedio dependía de la jurisdicción seglar ordinaria, y en este aspecto la situación era:

ninguna administración de justicia, poca verdad, poca vergüenza, menos confianza, ninguno alcanza el derecho sino comprándolo, ni cobra su hazienda sino dándole el diezmo al receptor que paga o al almorafije que le hace pagar, ninguno hace su oficio, todo se vende, hasta los santos sacramentos y su administración, ninguno se conoce ni trata conforme a su estado y calidad, los dos polos que mueven este orbe son los dones y las doñas.⁹⁶⁰

Y continuando en su denuncia, tanto de la justicia seglar como de la ordinaria, decía: *aquí no azotan sino al que no tiene espalda ni condenan al remo sino al que no tiene brazos ni perece ningún delincuente sino el que padece necesidad y no tiene qué dar a escrivanos procuradores y jueces.* Según el memorialista hacía seis años que no se había ahorcado a ningún ladrón en Sevilla, *aviendo más texas en los texados (exambre de ellos como de avexas).* Después se quejaba de las quiebras de las compañías, de los fraudes económicos y la facilidad con que los deudores engañaban a los jueces: *sestava en la compañía del juez dos oras de rodillas rezando en sus quantas pa mejor engañar a sus acreedores,* y así en Sevilla, en el año 1609 y 1610, *veintiseis hombres se habían alzado con las haciendas ajenas, ganando con la quiebra el cincuenta por ciento sino con la totalidad, y si eran encarcelados salían a los seis meses.*

Algunos de los pecados públicos que denunciaba eran: farsantes que viven del milagro de Mahoma (en el texto de Carlos Ros), frecuentes logreros, amancebados,

⁹⁵⁹ *Ibidem.*

⁹⁶⁰ *Ibidem.*

testigos falsos, jugadores, rufianes, regatones, asesinos, vagabundos, de los que juegan y roban en las casas de Vilhan y en tablares de dados, *pasan de 300 casas de juego en la ciudad*, 30 casas de rameras y 3.000 rameras, y hay hombres *que con dos mesas quebradas y seis sillas viejas le vale cada año la cama 4.000 ducados*. Denunciaba que el trato y la mercancía se habían convertido en robo y regatonería, estancando y revendiendo las mercancías y

*faltaba desde el oro y la seda hasta las legumbres, el humano interés todo lo corrompe y atropella de suerte que crecen las culpas que también son penas a los que las padecen. Porque en esta ciudad entra cada uno la nata y médula de las entrañas del Cerro de Potosí y todos hacen su negocio, y si son pobres proveen su necesidad y si son ricos hartan su insaciable codicia. Sevilla estaba menos segura que Sierra Morena y tan miserable y destrozada.*⁹⁶¹

Según el memorialista eran tan graves estos hechos que hacía falta la urgente presencia del Prelado *pues era como un angel que bajaba del cielo para que sanen los enfermos antiguos y envejecidos*. Para que reformase con su doctrina según las palabras del esposo a su esposa: *canticoris .s. veniat dilectos mes in hortus suis et esmedat fructus pomos suos*.

Depués nuestro memorialista se postulaba y adulaba al Arzobispo: *Creame como a su fiel servidor y verdadero subdito*, y afirmaba que las almas buenas querían que viniese a Sevilla pero las malas no, pues no querían ser gobernados por su verdadero pastor sino por mercenarios y sustitutos. A continuación criticaba al pontificado anterior,

no se qual mas significativo termino digo por no condenar la buena memoria del Cardenal Castro que dios aya, el cual no tuvo toda la culpa, pero se llevó toda la pena, pues 19 años de omisiones, y no quiero hacerle otro cargo sino de los curas mal sin cuidado de las almas y mal sin ciencia ni doctrina, por la cortedad de los premios temporales.⁹⁶²

Según el memorialista estaban viviendo el tiempo de mas *peligroso pasmo y resfriado de la caridad*, y pedía al Prelado que enderezase la situación, pues le constaba que estaba bien informado de lo que había pasado en los últimos tiempos, en concreto en el pontificado anterior de don Rodrigo de Castro. Y en el año de la sede vacante, pues aunque sus oficiales habían sido rectos, *como sabe su illma la jurisdicción en sede vacante es manca o por mejor decir larga y se verifica la regla del derecho: favores sunt ampliando est*. Así que se habían concedido:

muchas larguezas en todo genero y vuestras illma los habrá de restringir y derogar poniéndolas en el punto y nivel del derecho en su antiguo ser y como los oficiales provean ad nutus capituli y se muestran agradecidos al cuerpo que los nombró, no quiero condenar la voz y voluntad de tan santo e insigne cabildo sino al primer mobil del que atados las otras a la suya tiene tiranizados a los sujetos tejiendo en todo y solo vale su voz y mano, y mientras no derribare su illma est idolo del lugar de su iglesia no faltaran en ella las abominaciones.⁹⁶³

⁹⁶¹ *Ibidem*.

⁹⁶² *Ibidem*.

⁹⁶³ *Ibidem*.

Se trataba de reformar las costumbres y cumplir los preceptos de Dios:

y con tal Cabildo y pastor alcanzaremos la misericordia y el perdón de las culpas y la ciudad conseguirá entera salud, razón, justicia, paz, gobierno, doctrina, quietud y contento y los pobres caridad con sus continuas limosnas, *porque este navio es de alto bordo y de muchas toneladas y tiene necesidad de las fuerzas y sabiduría de un tan gran piloto y gobernador como v^a s^a illma.*

Finalmente suplicaba el favor del Cardenal *según su santo zelo, justicia y religión* para que el Rey lo nombrara capellán en una de las cuatro vacantes de la Capilla Real:

aunque son muchos y grandes negocios los que dependen de v^a s^a illma y yo no tengo persona cerca de v^a s^a illma, aunque mis deseos son cortos mis necesidades son largas, y aunque soy prebendado de la Santa Iglesia de Sevilla es como coadjutor con reserva de futuro a 14 años y tengo una madre pobre y viuda a quien sustento en honra con mi pobreza la qual meduque como a theologo.

En otro memorial a don Fernando Niño de Guevara se advertía de la importancia de guardar el respeto y veneración en las iglesias y especialmente en la Catedral⁹⁶⁴. Es una invectiva contra las conductas irreverentes como el hablar palabras vanas y torpes, ocuparse en tratos y contratos, ya fuesen lícitos o ilícitos, divertirse en otras cosas, y recordaba que Cristo echó con azotes del templo a los que vendían en él las cosas necesarias para el sacrificio, *cuanto más castigará Dios severamente a los que se ocupaban en risas, palabras ociosas y torpes, libertades.*

Nuestro memorialista decía que *con gran dolor de su corazón y lágrimas de sangre* veía como hablaban, negociaban, paseaban y profanaban la iglesia, y no contentándose con hacerlo en los claustros y lugares cercanos a ellos sino delante del Altar, donde estaba, en el Santísimo Sacramento, *el cuerpo y alma de Cristo Nuestro Redentor*. Y lo que era peor, estando diciendo el sacerdote los oficios divinos y *ofreciendo por nuestras culpas y pecados a Jesucristo*, sin ninguna reverencia ni acatamiento unos se paseaban, otros andaban en corrillos, de espaldas al Altar, murmurando e infamando a su prójimo.

Otros, *con señas necias y palabras obscenas*, concertaban *sus torpezas y liviandades*, y otros hacían tratos, haciendo en los templos una gran ofensa a Dios y escándalo en los que lo veían, sobre todo si eran forasteros, pues la imagen del catolicismo español quedaba empañada. Finalmente el Prelado, acordándolo con el Dean y Cabildo, dio un mandamiento en el que exhortaba, bajo pena de excomunión mayor, que los tratantes y hombres de negocios no se juntasen en la Santa Iglesia ni en templo alguno del Arzobispado a tratar ni a contratar negocios, sino que fuesen a la Lonja, que era el lugar diputado para estos menesteres. Se culpaba explícitamente a los corredores de Lonja como *los que más culpa tienen*, porque convocaban a los mercaderes y hombres de negocios a la Iglesia para hacer los negocios, mandando que se notificase el mandamiento personalmente a cada uno de ellos.

En el mandamiento se decía que, *por reverencia de Dios y méritos de su pasión*, se respetasen los templos y se entrase y estuviesen en ellos con mucha humildad y

⁹⁶⁴ Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cuadernillo, año 1610. Memorial a don Fernando Niño de Guevara.

devoción, hincándose de rodillas para rezar delante del Santísimo Sacramento, sin pasear mientras se dijese los oficios divinos y sin formar corrillos ni tratar mal las honras ajenas. También se establecía que los hombres no hablasen con mujeres ni les incitasen a pecar con palabras desnonestas, y finalmente que cumpliesen lo que había mandado el papa Pío V en la constitución que hizo el año 1556, encargando a los predicadores que en los sermones de Cuaresma declarasen al pueblo la obligación que tenía de guardar esto y el pecado y ofensa tan grande que harían *a nuestro señor* si no lo hicieren. Y a los confesores también se les encargaba lo mismo, que hicieran a los penitentes las preguntas necesarias e impusiesen a los que no lo guardasen una penitencia rigurosa, advirtiéndoles que si bien por ahora sólo se les iba a amonestar y enseñar paternal y caritativamente lo que debían hacer, si no se enmendasen procederían con más rigor y *pública demostración*.

Los delitos contra la castidad

Había una serie de delitos *contra la castidad*, relacionados con la unión carnal fuera del matrimonio, como el adulterio, el incesto, el estupro, el rapto, la fornicación, la sodomía, la bestialidad y el concubinato, que se consideraban de *mixti fori*, en los que podía conocer tanto el juez eclesiástico como el secular.⁹⁶⁵ El incesto o unión carnal entre consanguíneos o afines se consideraba un delito grave del que podían conocer tanto los jueces seculares como los eclesiásticos.⁹⁶⁶ Entre ascendientes y descendientes el incesto era hasta el infinito y entre colaterales hasta el cuarto grado inclusive. En este último caso era posible pedir la dispensa a la Santa Sede. Por derecho canónico también se contraía afinidad por la cópula ilícita, es decir con dos hermanas o consanguíneas, con cuñada, comadre o con religiosa profesas.⁹⁶⁷ Las leyes reales consideraban además que incurría en incesto y herejía la mujer *que comete maldad con hombre de otra ley*, y además de las penas comunes del Derecho se le condenaba a la pérdida de la mitad de sus bienes en concepto de Pena de Cámara.⁹⁶⁸

La fornicación simple era una unión carnal ocasional y se producía cuando la mujer había sido ya desflorada, pues si la unión se hubiese tenido con una virgen se consideraba estupro; el Fuero Juzgo mandaba que si era voluntario no había lugar a la acción civil ni criminal contra el estuprador, conforme al principio del derecho *scienti et volenti nulla fit injuria, neque dolos*.⁹⁶⁹ Pero si el resultado era el embarazo estaba obligado a satisfacer los gastos que trajese consigo y al cumplimiento que las leyes imponían respecto de los hijos naturales. En las Decretales se mandaba que se dotase o casase con la obligación de reconocer y alimentar a la prole. Se consideraba concubinato la unión estable fuera del matrimonio, igual que la fornicación tenía dos

⁹⁶⁵ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 24, c. 8 de reformat. Y tratadistas como Paz In Pract. 2 tom. Praelud nú. 31, Avendaño 2 Part cap. 26 Praetnum. 2 y Azeved. Recop. Libro 4, Título 4, núm. 4.

⁹⁶⁶ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios, y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios Apostólicos, y de visita*. Pamplona, 1691. Así lo mantenían muchos tratadistas católicos como Azevedo, In. Recop. Libro 8, Título 20, Ley. 7, n. 80 hasta 90.

⁹⁶⁷ GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859.

⁹⁶⁸ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro VIII. Título 20, Ley 7. Don Alonso y don Enrique en el Tit. De poenis cap. 6. Las Penas de Cámara eran aquellos delitos castigados con penas pecuniarias que iban a parar a la Cámara del Rey.

⁹⁶⁹ *Ibidem*, Fuero Juzgo, lib. III, tit. IV, ley 8.

acepciones, una general y otra especial. La general se refería a la unión ilícita entre dos personas que hacían *vida maridable* cualquiera que fuese su estado, aunque el que estuviese casado cometía adulterio. La especial tenía lugar entre solteros sin impedimento dirimente para contraer matrimonio.

El adulterio y el concubinato fue penado tanto en los ordenamientos seculares como eclesiásticos y en distintas épocas y culturas. Entre los antiguos judíos los adúlteros morían a pedradas.⁹⁷⁰ Entre los romanos el concubinato no fue castigado por las leyes antes de recibir el Imperio la religión cristiana, porque entre algunas personas venía a sustituir al matrimonio. Las Novelas de Justiniano la consideraron una unión lícita en la cual se podía vivir castamente, pero a partir de la recepción del cristianismo se les impuso la deportación si eran militares y la relegación si eran paganos. Sin embargo en caso de adulterio se estableció la pena de muerte tanto al adúltero como a la adúltera, aunque desde los tiempos de Justiniano en vez de la pena de muerte se impuso la pena de azotes para la mujer y que fuese encerrada en un monasterio con la posibilidad de que el marido pudiese recuperarla a los dos años.⁹⁷¹

El Fuero Juzgo disponía la entrega de los adúlteros a disposición del marido engañado, con facultad para disponer de ellos y de sus bienes, pero no se le permitía matar a uno y perdonar al otro.⁹⁷² El Fuero Real mantuvo las cosas en los mismos términos⁹⁷³, y el Ordenamiento de Alcalá dio facultad al marido para matar a los adúlteros sorprendidos *in fraganti*, pero debía matar a los dos, no a uno de ellos dejando al otro; se trataba de evitar que el marido se pusiese de acuerdo con la mujer para matar a un enemigo o con algún amigo para matar a la mujer.⁹⁷⁴ Si no quería usar este derecho podía, según esta misma ley, acusar a los adúlteros y tras probar el crimen pasarían a su poder para disponer de sus personas y bienes. La ley de Toro ordenaba que el marido que matase a los adúlteros sorprendidos *in fraganti* no ganase la dote y los bienes del que matase, *salvo si los matase o condenare por autoridad de nuestra justicia que en tal caso mandamos que se guarde la ley del Fuero de las Leyes que en este caso disponen*.⁹⁷⁵ El delito era mucho más grave cuando se cometía por una mujer casada, porque además suponía la falta a la fe conyugal y se atentaba contra la fama y honra del marido. Las Partidas castigaban a la mujer adúltera con la pena de azotes, pérdida de la dote, arras y gananciales a favor del marido y encierro en un monasterio si después de arrepentida éste no quisiese recibirla, y al cómplice con la pena de muerte.⁹⁷⁶ En el caso del varón, si no se trataba de una mujer casada, la pena era más benévola, pues no existía daño para la honra del marido, y el adúltero era condenado sólo en el fuero interno a la excomunión.

⁹⁷⁰ NÁCAR, E. y COLUNGA, A.: *Sagrada Biblia*. Madrid, 1961. Exodo, Cap. 20.

⁹⁷¹ GOMMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859. Ley Transigere, C. De transac. Por la Novela 134, c. 10.

⁹⁷² *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Fuero Juzgo. Libro IV, Tit. VII, Ley 1 y Libro III, Título IV, Ley I.

⁹⁷³ *Ibidem*, Fuero Real, Libro IV, Título VII, Ley I.

⁹⁷⁴ *Ibidem*, Ordenamiento de Alcalá, Título XXI, Ley I.

⁹⁷⁵ *Ibidem*, Ley de Toro nº 81. Leyes de Toro, Libro XII, Tit. XXVIII, Ley 82.

⁹⁷⁶ Cit. MORALES ALONSO J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881. Partida VII, Título XVII, Ley XV.

La legislación real en España sobre el adulterio, la bigamia y el concubinato, fue muy abundante.⁹⁷⁷ Aunque por mucho tiempo se toleró la barraganía y se consideraba una situación lícita y permanente que tenía su fundamento en la amistad bajo condiciones de subsistencia y fidelidad. Los fueros de las ciudades consideraron a las barraganas como mujeres de segundo orden y les reconocían casi los mismos derechos que a las mujeres unidas en legítimo matrimonio. En las Partidas se habla de las barraganas, de las mujeres que debían ser comprendidas en esta categoría y de las que no podían serlo, de los hombres que podían tenerlas y a los que les estaba prohibidas, y se menciona la barraganía como una unión tolerada a pesar de las prohibiciones de la Iglesia. Se intentaba de esta manera evitar males mayores como los adulterios, la prostitución y el abandono de los hijos.⁹⁷⁸

La tolerancia de los seglares para con este tipo de costumbres tiene su plasmación en algunos ejemplos de insignes adúlteros y concubinarios, los bastardos de reyes, príncipes y nobles eran moneda corriente en la época. Son famosos los casos del Conde de Arcos, don Juan Ponce de León, que tuvo más de veinte hijos y ninguno con su mujer legítima, o el caso del conde de Medina Sidonia, don Juan de Guzmán, con su manceba, narrado por el Jurado Garci Sánchez.⁹⁷⁹ Finalmente las leyes civiles terminaron castigando estos delitos por considerarlos en gran daño para la sociedad. Desde el siglo XIV tenemos legislación al respecto:

ordenamos que ningún hombre casado no sea osado de tener ni tenga manceba públicamente y cualquier que la tuviere de cualquier estado y condición que sea que pierda el quinto de sus bienes fasta en cuantía de diez mil maravedíes por cada vegada que se la hallaren, y que la dicha pena sea puesta por los Alcaldes en poder de un pariente o dos de la muger que sean abonados que los tengan de manifiesto para que si ella quisiere casar y facer vida honesta que la dicha pena le sea dada por bienes dotales al marido que con ella casare.⁹⁸⁰

En la ciudad de Sevilla, el Alguacil Mayor, su Teniente y los Alguaciles de los veinte a caballo bajo su mando, tenían prohibido acoger rufianes o públicos amancebados, ni malos hombres, su obligación era prenderlos y llevarlos ante el Alcalde de la justicia para que fuese castigado, bajo pena pecuniaria y de pérdida del oficio en caso de reincidencia.⁹⁸¹ Una ordenanza del rey don Juan añadía además que estos oficiales no tuviesen mancebas públicas en la mancebía, bajo pena pecuniaria y pérdida del oficio y azotes públicos para los rufianes.⁹⁸² Y se advertía a los jurados que debían hacerles guardar este ordenamiento, y si fuese necesario acusarlos y tomar testimonio ante escribano público y enviarlo al Rey.⁹⁸³ Para esto, los jurados debían

⁹⁷⁷ *Ibidem*, Fuero Real, Libro 4, Título 7, Ley I. Ordenamiento de Alcalá, Título 21, Ley I. Contra los casados por segunda vez viviendo su primera mujer Don Juan II estableció penas en las Cortes de Briviesca de 1387, Ley 3, Don Alonso en el Título De las Penas de Cámara, cap. 7, Don Enrique III en el cap. 7 del mismo Título, y Don Carlos en las Cortes de Segovia año 1532 petición nº 79.

⁹⁷⁸ *Ibidem*, Partida IV, Título XIV, Leyes 1, 2 y 3.

⁹⁷⁹ CARRIAZO ARROQUIA, J. de M.: *Anecdótico sevillano del siglo XV*. Sevilla, 1947.

⁹⁸⁰ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Don Juan I en Briviesca, año 1387, Ley 18, De los amancebados y mujeres públicas.

⁹⁸¹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 43, Ordenanzas de Sevilla. Recopilación de las ordenanzas de todas las leyes antiguas y modernas, 1527, fol. XIII.

⁹⁸² *Ibidem*, fol. XIII.

⁹⁸³ A.M.S. de Sevilla, Sección XII, Inventario del Archivo del conde de Mejorada, P Tomo 51, Privilegios de Sevilla, Ordenamientos de Alfonso XI, 44, fecho en sevilla en 30 de noviembre de 1375 años;

requerir una vez a la semana a los vecinos que le dijeran quien moraba en sus collaciones, quienes estaban acogidos y qué vida hacían, y los que hallasen que no vivían como debían, que lo hicieran saber a los Alcaldes y Alguaciles, y a los *veinticuatro para que fagan sobre lo que deben facer con derecho*.⁹⁸⁴

Las Ordenanzas de Sevilla también pretendían evitar los abusos por parte de los oficiales de la justicia en la persecución de estos delitos. Así se prohibía al Teniente de Asistente, alcaldes de la justicia y de la tierra, y alcaldes mayores de la ciudad, que prendiesen mujeres y se las llevasen a sus casas acusadas de amancebamiento sin haber hecho previamente información suficiente. Y si la tuviesen que detener que no fuesen azotadas, y que pudiesen salir libres dando fianzas y si tuviesen que ser condenadas, que lo hicieren ante un escribano público del número.⁹⁸⁵

Estos ordenamientos también disciplinaban todo lo relativo a las mancebas públicas y a las barraganas, tanto de los clérigos como de los seglares.⁹⁸⁶ Con respecto a las mancebas públicas que andaban por el mundo, se mandaba:

... que no llevasen rastrando manto de pellote, ni saya, ni orofreses, ni otro adorno y que llevasen las tocas azafranadas en la cabeza, según se usaba, para que fuesen conocidas, y de lo contrario que perdiesen la ropa y pagasen al Alguacil 50 maravedíes.⁹⁸⁷

... así como a las mujeres mal enfamadas para que vistiesen de manera que pudiesen ser indentificadas: que non trayan faldas rastrando de manto nin pellote nin de sayas nin cendales nin otros adobos ningunos. E si los traxiere que pierda los paños y gelos tome el Alguacil.⁹⁸⁸

Más tarde se estableció que, puesto que muchas mujeres buenas, casadas y honradas usaban tocas azafranadas, y las mujeres *mundarias* habían perdido la señal por la que antes eran conocidas y no se esmeraban bien entre las otras, que en adelante las mujeres *mundarias* llevasen un prendedero de oropel en la cabeza encima de la toca para que fuesen conocidas.⁹⁸⁹

Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros. Madrid, 1805. Fuero que el rey Alfonso XI dio a la ciudad de Sevilla en 10 de abril de 1379.

⁹⁸⁴ A.M.S. Sección XII, Inventario del Archivo del Conde de Mejorada, P Tomo 51, Privilegios de Sevilla, Ordenamiento quarto que el rey don Alonso XI dio a Sevilla 6 de junio de 1344, 11; Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, P Tomo 51, Privilegios de Sevilla. Ordenamientos de Alfonso XI. Ordenamiento quarto que el rey don Alonso XI dio a Sevilla 6 de junio de 1344, 11.

⁹⁸⁵ *Ibidem*, fol. XII. Teniente de Asistente no pueda fazer parecer en su casa a ninguna muger por amancebada sin informacion y como ha de ser condenada, por que assi esta ordenado y mandado por una carta y provision real dada en 26 de junio de 1500 y presentada en el cabildo de esta ciudad.

⁹⁸⁶ Ver MORENO MENGÍBAR, A. y VÁZQUEZ GARCÍA, F.: "Poderes y prostitución en España (siglos XIV-XVII). El caso de Sevilla". *Criticón*, 69, 1997, pp. 33-49; M^a Teresa LÓPEZ BELTRAN, M.T.: "El amor venal en el mundo de las mancebías". *Andalucía en la historia*, año II, núm. 6, 2004.

⁹⁸⁷ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 42, Ordenamiento de Sevilla. Ordenamiento primero que el Rey don Alfonso el 11^o dio a Sevilla en 30 de noviembre era 1375 año de 1337, 36-46. Titulo: de las mugeres barraganas y deshonestas: fol. LXIII.

⁹⁸⁸ A.M.S. Sección XII, Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. P Tomo 51, Privilegios de Sevilla. Peticiones de Sevilla en Toro era 1409, Don Enrique, 6., Doc. 31: de las mujeres barraganas y deshonestas.

⁹⁸⁹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 42, Ordenamiento de Sevilla. Ordenamiento primero que el Rey don Alfonso el 11^o dio a Sevilla en 30 de noviembre era 1375 año de 1337, 36-46. Titulo: de las mugeres barraganas y deshonestas: fol. LXIII.

Los ricos hombres, caballeros y escuderos podían tener compañeras, pero se prohibía que habitasen en las posadas y se les mandaba que lo hicieran en casa de los ricos omes y de los señores, o bien en casas de alquiler o en mesones *por sus ostalaies*.⁹⁹⁰ Los Alcaldes de la Tierra tenían entre sus competencias prender a las mujeres amancebadas, pero se les advertía que antes tuvieran suficiente información.⁹⁹¹ Las Ordenanzas daban poder a los Alcaldes de la Justicia para, sin necesidad de denuncia de parte, proceder contra los alcahuetes y contra los que acogían o encubrían en sus casas mujeres para *lujuriar y se echar con hombres carnalmente por dineros*, o los que alquilaban casas para ello. Y esto porque *desirven mucho a Dios y hacen grande yerro y grande daño al pueblo, y dello se sigue mal exemplo*. Para las mujeres que no quisiesen ser buenas y castas no debía faltar otro acogimiento para su maldad más que el lugar público que para esto estaba ordenado.⁹⁹² La mancebía tenía su reglamento y se prohibía que los taberneros, mesoneros y las mujeres casadas habitaran allí entre las mujeres *mundarias*, ni les alquilasen ropa para dormir ni para vestir.⁹⁹³

Las Ordenanzas también se hacían eco de la denuncia de que en la ciudad de Sevilla había casas que se llamaban *monasterios de mujeres malas*, que usaban mal sus cuerpos y practicaban el pecado de lujuria, e incluso tenían una mayoral a la manera de abadesa que alquilaba a las mujeres. Y a veces eran algunas mujeres casadas o viudas que estaban ayuntadas a manera de colegio y así hacían sus maldades de manera más encubierta que las *mundarias públicas*. Las Ordenanzas mandaban que *por que la castidad en mi tiempo no podria fazer tal cosa* no se hicieran estos ayuntamientos de mujeres, y las que no quisieran ser *buenas y castas* y *quisieren vender sus cuerpos* que se pusieran en la mancebía pública con las otras mujeres *mundarias*, bajo pena de 20 azotes públicos para la mayoral, 50 por la segunda vez y 100 por la tercera y que le cortaran las narices y la echaran de la ciudad para siempre.⁹⁹⁴

Los que alquilaban casas para estas actividades se arriesgaban a perderlas, confiscadas para la Cámara Real. Para esto se apremiaba a los alcaldes de la justicia para que averiguasen la verdad y aplicase las penas, y si fuese negligente que lo hicieran los alcaldes y alguaciles mayores, y que los jurados hicieran pesquisas en sus collaciones cada mes y lo que hallaren que lo denunciasen a los alcaldes de la justicia, y que los fieles también colaboraran en esto.⁹⁹⁵

La jurisdicción real no sólo estaba empeñada en el disciplinamiento de las costumbres sexuales de los seglares, también demostraba gran interés en que los eclesiásticos mantuviesen la credibilidad para el desempeño de la alta función social que tenían encomendada, y para eso debían dar ejemplo. En el Concilio Nacional de

⁹⁹⁰ *Ibidem*, 40.

⁹⁹¹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 43, Ordenanzas de Sevilla. Recopilacion de las ordenanzas de todas las leyes antiguas y modernas...para la buena gobernacion del bien publico e pacifico regimiento, 1527. Título de los Alcaldes de la Tierra.

⁹⁹² *Ibidem*, Título del Alcalde de la Justicia.

⁹⁹³ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 42, Ordenamiento de Sevilla. Ordenamiento primero que el Rey don Alfonso el 11º dio a Sevilla en 30 de noviembre era 1375 año de 1337, 36-46. Título: de las mugeres barraganas y deshonestas: fol. LXIII; A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. 17.- 29 de diciembre de 1411, II.- Arancel del almotacenazgo y ordenanzas dadas por los fieles ejecutores.

⁹⁹⁴ *Ibidem*, Título: de las mugeres barraganas y deshonestas, fol. LXIII.

⁹⁹⁵ *Ibidem*, 36-46. Título: de las mugeres barraganas y deshonestas, fol. LXIII

Sevilla de 1478, del que no nos quedan las actas pero sí noticias y ordenamientos repetidos en sínodos posteriores, se recogió en la ley segunda una disposición dada por los Reyes Católicos en las Cortes de Toledo en 1480, que aprobaba otra anterior dada en Briviesca. Se trataba de la prohibición y la persecución de las barraganas de los clérigos.⁹⁹⁶

Así pues, tener barraganas era cosa frecuente en los hombres de alguna posición social, en incluso en las clases más humildes. Esta costumbre se intentó regular y disciplinar tanto por las autoridades seculares como por las religiosas, pero el control social que se ejercía tenía siempre una vertiente económica. En 1515 tenemos una disposición de la Reina en la que manda que los jurados de la ciudad hiciesen una relación de las personas extranjeras, sobre todo genoveses, que no estaban casados y tenían mancebas en sus casas, haciendo vida con ellas. Esta práctica contra la moral tenía además un trasfondo económico, pues aparecían como estantes y no vecinos, y al no estar casados se eximían de *pechar*, no contribuyendo como los demás, pues para tener vecindad había que estar casado.⁹⁹⁷

Según los juristas católicos esta tolerancia de los legisladores no suponía que estas conductas se tomasen como honestas y lícitas sino que se consideraba que no era conveniente juzgarlas por considerarlas *un mal menor*. Esta doctrina de elegir entre el mal menor la observamos en las Partidas:

... pero los sabios antiguos que hicieron las leyes consintieronles que algunos las pudiesen tener sin pena temporal por que tobieron que era menos mal de haber una que muchas. E por que los fijos que naciesen de ellas fuesen más ciertos⁹⁹⁸.

y en el Concilio de Toledo:

... duo mala, licet sint omnino cautissime praebenda, tamen si periculi necessitas ex his unum perpetrare compulerit, id debemus resolvere quod minore nexu noscitur obligare. Quid autem ex his levius quidve sit gravius purae rationis acumine investigemus⁹⁹⁹.

En las Ordenanzas de Sevilla se recogieron varias disposiciones que indican un mayor celo en la persecución de estos delitos, sobre todo a partir de la visita que hizo a la Real Audiencia el licenciado Suárez de Carvajal en el año 1525. De aquí salieron una serie de medidas para que los amancebados no se soltasen de la cárcel¹⁰⁰⁰, y estableciendo los aranceles de los derechos que se debían llevar por las prisiones.¹⁰⁰¹

⁹⁹⁶ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, Libros en cuarto, M Tomo 14, Memorias Académicas, doc. 5: Celebracion de un Concilio Nacional en Sevilla en 1478. En la Ley Segunda se hace mención del Concilio y Congregación. Cortes de Toledo, ley 24.

⁹⁹⁷ A.M.S. Sección XVI (1280-1515). Catálogo de la Sección Diversos, 1129.- genoveses y extranjeros tienen casa en sevilla con mancebas, 1515

⁹⁹⁸ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Don Alonso en el preámbulo del Título XIV de la Partida IV.

⁹⁹⁹ Concilio de Toledo, Dist. 13, Cap. 1, canon 2, Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁰⁰ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, Tomo 44, Ordenanzas de la Real Audiencia, impresas en Sevilla en 23 de junio de 1603, Libro Segundo, Ordenanzas de el año de 1525 que resultaron de la visita de esta Audiencia que hizo el licenciado Xuarez de Carvajal, libro 1, título 13, numero 45, p. 3.

¹⁰⁰¹ *Ibidem*, libro 1, título 6, núm. 2, p. 100.

También se reguló cómo se debía proceder contra las mancebas de los clérigos, frailes y seglares casados¹⁰⁰² y cómo se debían castigar los pecados públicos, vigilando que no los soltasen los oidores en la vista de cárcel¹⁰⁰³ y que los alguaciles de la Audiencia inspeccionaran las casas donde estaban estos delincuentes dando noticia a la justicia.¹⁰⁰⁴

Ahora bien, la Iglesia siempre publicó leyes y estableció penas contra los concubinarios y se jactó de no conformarse con esta renuncia que suponía la tolerancia del mal menor, y *a fuerza de celo y perseverancia* desterró el concubinato entre los clérigos y entre los legos, *restableciendo la pureza del matrimonio, única unión legítima con arreglo a la doctrina de San Pablo*.¹⁰⁰⁵ De esta manera el amancebamiento o concubinato de legos se convertía en uno de los delitos llamados de *mixti fori* o de fuero mixto, en los que entendía tanto la justicia real como la eclesiástica. Siguiendo el principio de aforamiento de las personas, si el amancebado era un eclesiástico, sólo la justicia ordinaria del Obispo o Arzobispo podía entender de la causa, ahora bien, si se trataba de un lego, tanto la justicia real como la ordinaria eclesiástica podía encausarlo.

A partir del Concilio de Trento se impusieron penas contra los concubinarios legos, pues la Iglesia quería demostrar que no podía tener la tolerancia que solían tener los príncipes cuando se trataba del concubinato público.¹⁰⁰⁶ Los decretos del Concilio de Trento fueron contra concubinarios legos y contra clérigos.¹⁰⁰⁷ El procedimiento era el siguiente, en caso de concubinato, el párroco comenzaba amonestándolos, y si no conseguía la enmienda y el *escándalo* proseguía, lo denunciaba al Provisor.¹⁰⁰⁸ Se consideraba un pecado grave que los hombres solteros tuviesen concubina pero gravísimo si eran casados y se atrevían a retenerlas en sus casas, alimentándolas y viviendo con sus propias mujeres, pues esto suponía un desprecio al sacramento del matrimonio. Para poner remedio a esto se mandaba que el Ordinario actuara de oficio a través de sus jueces, en Sevilla el Provisor y su Fiscal, amonestándole tres veces y sin hacer *acepción* de personas, es decir que actuara contra cualquier persona de cualquier estado, dignidad o condición que fuese, y si no despidiera a la concubina y se separase de su comunicación que fuese excomulgado, sin absolverlo hasta que obedeciese. Y si despreciase las censuras y permaneciese en el concubinato por espacio de un año el Ordinario procedería contra ellos.

En la práctica, las penas contra los concubinarios recaían básicamente sobre la mujer, pues aunque ambos eran amonestados, la mujer solía ser condenada al destierro del pueblo o de la diócesis con el auxilio del brazo seglar. Sin embargo esta pena no solía aplicarse excepto en el caso de que fuesen forasteras o mujeres *escandalosas y de mala vida*.¹⁰⁰⁹ Se consideraba que la presencia de la mujer en la misma población sería

¹⁰⁰² *Ibídem*, libro 1, 2 y 3, título 19; libro 8.

¹⁰⁰³ *Ibídem*, libro 25 título 7; libro 2, véase la palabra Alcaldes núm. 119 y núm. 34.

¹⁰⁰⁴ *Ibídem*, *Y los alguaciles de la audiencia inquieren las casas donde ay los dichos delinquentes y den noticia a la justicia*, orden de 79. c, 38 libro 2 p. 463.

¹⁰⁰⁵ GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859.

¹⁰⁰⁶ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Ses. 24, cap. 8, de reform. Matrim.

¹⁰⁰⁷ GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Madrid, 1868. Tomo II, p. 302-303.

¹⁰⁰⁸ MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁰⁹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. Sesión XXIV, Cap. De Reform. Matrim.

una continua tentación que haría probable la recaída en el pecado, así que se disponía su expulsión. Con el tiempo, aunque este delito siguió siendo teóricamente competencia de ambos fueros, en la práctica el juez eclesiástico sólo se limitaba a imponer alguna penitencia cuando el delito se había hecho público y causado escándalo.¹⁰¹⁰

Con respecto a la prostitución, la Iglesia actuó sobre todo mediante la predicación. En 1611 encontramos este mandamiento: *que siquiera los días de fiesta se hagan algunas platicas espirituales a las mugeres de la casa publica, y asimismo en el verano en el alameda donde concurren muchas gentes de mala vida.*¹⁰¹¹ Sin embargo la persecución del amancebamiento y del resto de los delitos contra la castidad fue feroz. Así podemos observarlo en el Índice de Justicia Criminal del Archivo del Palacio Arzobispal de Sevilla, en el que una relación de pleitos incoados por los jueces eclesiásticos nos dan una idea de la presencia de este tipo de delitos:

contra legos amancebados, por abrir tiendas los días de fiesta, por incontinencia con mujer casada o viuda, por haber tratado incitantemente a Theresa de color moreno niña en el colegio, contra una mujer por vivir escandalosamente y ser causa de pependencias entre los que la trataban ilícitamente, el adulterio de un soldado, dar de puñaladas, anatema, por haber herido con una garrocha, riñas y darse de palos, haber forzado a una doncella que tuvo un hijo y registró en bautismo como propio, estando casado, sacrilegio (se le entregó a la Inquisición), trato ilícito, etc.¹⁰¹²

Y en el Archivo Diocesano de Huelva donde también aparecen frecuentes pleitos contra seglares por amancebamiento con mujer casada o soltera, por violencias y acuchillamientos en los que intervenía un eclesiástico, por incesto, etc.¹⁰¹³

Narramos a continuación, a modo de ejemplo paradigmático, uno de estos procesos por amancebamiento iniciado el 4 de febrero de 1597 por el Visitador General del Arzobispado, el canónigo de Jerez doctor Rendón, que en su visita por Écija fue informado del caso por unos vecinos. Después, acompañado por su Notario Receptor, Joan Morales, les tomó declaración como testigos, dando fe pública de las diligencias practicadas, y abriendo una sumaria información contra Bartolomé Sánchez y Florentina Ruiz, viuda, vecinos de Écija. El primer testigo en declarar fue Andrés Martín Robledo, vecino de la calle Caleros, en la nueva collación de Santa Cruz, que dijo que conocía a los reos pues vivía en la misma calle, pared con pared con la casa de Bartolomé y que sabía que estaban *mal amigos*. Afirmó que sabía esto porque en dicha calle se tenía por *público y notorio* y porque se veía entrar de ordinario a Bartolomé en la casa de Florentina y viceversa. Después recibió juramento ante el visitador otro testigo, Leonor de Aguilar, de 34 años, mujer de Antón Bermúdez, vecinos de la misma calle y collación, que dijo que *era muy público* que estaban *amigos*, de lo que se seguía gran escándalo porque todos los de la calle lo murmuraban.

Añadía además que había reprendido a Florentina *que por qué da lugar que se diga della cosa tan mal parecida* y que le respondía que ella le lavaba la ropa a Bartolomé y que *no ay cosa mala que se pueda decir dellos*. La testigo parecía alarmada y afirmaba que Florentina *se deja estar en el pecado en que todos dicen está*. A

¹⁰¹⁰ GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859.

¹⁰¹¹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial del licenciado Juan Baptista Aldrete”. Mayo de 1611.

¹⁰¹² A.G.A.S. Sección Índice de Justicia Criminal.

¹⁰¹³ A.D.H. Catálogo de Pueblos. Índice.

continuación Lucía de Aguilar, de 32 años, mujer de Pedro de Aguilar, vecina de la misma calle, declaró en el mismo sentido y añadió que *dan mucha nota entrando y saliendo de noche y de día uno de casa de otro*. También dijo haberlos *reprehendido* y que era muy público y se murmuraba que le enviaba de comer y lo necesario, y esto se lo *a oydo a todos los vecinos de la calle*.

Por tanto, los mismos denunciantes del delito declaran como testigos, son sus propios vecinos, incluso uno dice vivir pared con pared con el acusado. Otro elemento a destacar es la alarma que produce en ellos un supuesto delito que se comete en la intimidad y nadie puede constatar, por tanto se supone la culpabilidad pues hay un consenso en la sospecha y esto se significa en la expresión *es público y notorio*. Esta alarma toma la forma del *escándalo y la murmuración*, y les lleva a reprenderlos antes de acusarlos, pues se teme porque *se dejan estar en pecado*. El carácter público del delito-pecado era una cuestión en la que se insistía continuamente, hasta el punto de que en el interrogatorio de los testigos una de las preguntas era: *si sabía que el delito era pública boz y fama*. Sabemos por algunos estudios de Psicología Social que la memoria de los testigos es frágil y está influida por la forma como se formulan las preguntas. En este sentido, podemos conjeturar que el interrogatorio estaba dirigiendo la opinión de los testigos, y que el interés del aparato judicial eclesiástico era convertir la vida privada de los vecinos en una cuestión de moral pública.¹⁰¹⁴

Después, el visitador informó por escrito al Fiscal del Provisor, licenciado Gamboa, que *estando visitando la ciudad de Ecija a su noticia ha venido que los susodichos están amancebados, y por tanto mandaba hacer información del caso*. A partir de aquí el Fiscal formuló la denuncia en forma, o *cabeza de proceso*, en la que reproducía la sumaria información que había hecho el Visitador con la declaración de los testigos.¹⁰¹⁵ La sumaria información era una pieza estereotipada, como otras diligencias y procedimientos, pero no exenta de expresiones y significaciones de interés. Iba dirigida al Juez competente en la causa, definía el delito y los reos, y finalmente pedía que se abriese causa contra ellos. Veamos un ejemplo de tal procedimiento:

Ante vuesa merced denuncio criminalmente a Bartolome Sanchez y a Florentina Perez vecinos de Ecija que con poco temor de dios y en gran daño de su anima y escandalo del pueblo cristiano estan publicamente amancebados comiendo y durmiendo juntos e conosiendose carnalmente... A vuesa merced pido y suplico les mande ver para que los susodichos parescan ante vuesa merced a compurgarse de la dicha causa.¹⁰¹⁶

Tenemos algunas significaciones de interés, el delito se comete por el *poco temor de dios*, pues ante todo era una osadía y una desobediencia, un atrevimiento en definitiva, que despreciaba la suprema autoridad de Dios. Con posterioridad encontramos que esta expresión se completa añadiendo al poco temor de dios y *de sus conciencias*, que incluye la prohibición interiorizada. Se comete además con daño personal para el alma del reo que quedaba manchada por el pecado y *con escandalo del*

¹⁰¹⁴ LOFTUS, E.: *Eyewitness testimony*. Cambridge, 1979; E. LOFTUS y PALMER. "Reconstruction of Automobile Destruction: An Example of the Interaction Between Language and Memory". *Journal of verbal learning and verbal behavior*, 13, 585-589.

¹⁰¹⁵ A.P.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 376. "El Fiscal contra Bartolome Sanchez y Florentina Perez".

¹⁰¹⁶ *Ibídem*.

pueblo cristiano. En esta última expresión se puede encontrar encapsulada toda la gama de sentimientos de miedo y culpa que provocaban los *pecados públicos* en los vecinos.

Los amancebados se definen como personas que *se conosen carnalmente*, ahora bien, la expresión *comiendo y durmiendo juntos* parece indicar una evidencia de la unión y tener vocación de elemento probatorio. Se pretende que ambas acciones configuran una relación íntima, una cercanía de los cuerpos y una comunidad de vida. Si bien el hecho de dormir juntos es un presupuesto del *conosimiento carnal*, el comer juntos tiene un carácter mas simbólico y se entiende como la común-uniión que proporciona el acto simbólico de compartir la comida. Por último, la expresión *compurgarse*, alude a la íntima conexión entre delito y pecado y al hecho de que éste último suponía una mancha. Aunque es un término del Derecho Canónico, que duda cabe que por su etimología y significaciones alude a la purificación. Así pues, tenemos una cadena significativa que nos lleva desde el delito, pasando por el pecado, a la culpa y la mácula. La compurgación sería el acto de satisfacción o expiación, la corrección mediante la depuración de las culpas y la limpieza del alma, y todo ello en el fuero externo del tribunal eclesiástico de un Juez carismático.

La diligencia siguiente, una vez informado el Juez del delito mediante la denuncia del Fiscal, era el mandamiento para que se presentasen los reos a compurgarse ante el Provisor. Seguidamente, el Provisor Iñigo de Leciñana, emitió un mandamiento personal, denominado en el *argot* jurídico *Benigna Declaratoria*, que era carta o documento impreso por el que les mandaba comparecer ante él en el plazo de 3 días, en el lenguaje jurídico eclesiástico *trina canónica monitione*, para compurgar la causa criminal, de lo contrario amenazaba con promulgar sentencia de excomunión mayor. Firmaba junto al Provisor su Notario Secretario el Licenciado Cervantes. La Benigna la llevó a Écija el notario Castillo para de notificarles.

El dieciséis de junio del mismo año encontramos un nuevo Provisor que se hizo cargo del caso, don Luis Melgarejo. En el ínterin, el trece de Junio, Bartolomé había dado poder especial a un Procurador, Diego de Vergara, para que en su nombre se presentase ante el Juez. Dio fe de la atribución de poderes Alonso Navarrete, Notario Apostólico y ordinario de la Audiencia eclesiástica de Ecija, y firmó y signó en *veritas de terra orta est*. Tenemos pues un notario apostólico para el territorio de la vicaria de Écija, que en determinadas y limitadas competencias se consideraba audiencia eclesiástica en primera instancia, que alegaba en su escrito que Bartolomé estaba *impedido con mucha hacienda que tiene a su cargo de su amo y no puede parecer* y pedía y suplicaba que admitiese en su nombre al procurador pues presentaba *boz* y *caución* y se comprometía a pagar lo juzgado y sentenciado. Siguiendo el procedimiento habitual, el Provisor por un auto mandó dar traslado al Fiscal para que a la primera audiencia respondiese a la petición del Procurador. Como todos los autos, llevaba la firma y fe del Notario Secretario del Provisor, en este caso, el licenciado Cervantes, el cual se encargaba de notificar el auto al Fiscal.

Ante la negativa del Juez y a instancias del Fiscal, Bartolomé no tuvo mas remedio que comparecer personalmente en Sevilla en las Casas Arzobispales y pidió al Provisor que mandase que se le tomase confesión y el Fiscal le pusiese cargos. El Provisor lo *ubo por presentado* y mandó que se le notificara que no saliese de la ciudad sin su licencia, esto es, decretó que se le diese la ciudad por cárcel. El ocho de julio el

Provisor le tomó juramento en forma de derecho, y declaró tener 70 años y no saber la causa por la que se le había mandado parecer.

Hay que destacar el hecho de que fuese el mismo Juez, el Provisor, el que le tomase la confesión, cosa que en los años sucesivos iba a dejar de practicarse, pues será el Fiscal o el Notario Receptor el que recibirá las confesiones de los reos y las declaraciones de los testigos. Preguntado por el Provisor declaró que conocía a Florentina porque le lavaba la ropa, pero negó que estuviese *publicamente amancebado* con ella, y dijo que lo negaba porque *este confesante como ha declarado tiene 70 años y la susodicha 60*. Así pues trataba de exculparse en base a la avanzada edad de ambos. Tras la confesión del reo se produjo la acusación del Fiscal, licenciado Gamboa, que, basándose en las solemnidades del derecho y en lo que se desprendía de la sumaria información concluía que:

con poco temor de dios a estado y está publicamente amancebado comiendo y durmiendo y conosiendose carnalmente con grande murmuracion... pido y suplico que avida mi relación por verdadera condene al susodicho en las mayores y mas graves penas que por derecho...

El Povisor dictó un auto para que se notificase a la otra parte, a través de su representante el Procurador Diego Vergara, éste presentó un escrito de respuesta en el que bajo la fórmula *afirma en la confesión... y negando lo perjudicial conluye para prueba*, desistía de presentar testigos y dilatar el proceso. Después de la conclusión para prueba, el Provisor mandaba dar traslado al Fiscal del escrito del Procurador, este consentía, y el Provisor recibía la causa a prueba con un término de 9 días. El Procurador daba por dichos, jurados y ratificados los testigos y el Provisor daba traslado al Fiscal y mandaba hacer la publicación de los testigos. Por tanto, el Procurador, que actuaba como representante del reo y en ausencia de abogado también como su defensor, renunciaba los términos de prueba en la plenaria. Es decir, se desistía a presentar testigos en su favor y a ratificar y examinar la declaración de los testigos de la acusación de la sumaria, así como a abonar la persona de su defendido y eventualmente tachar las personas de los testigos y acusadores, y concluía para sentencia. Encontramos en la mayoría de los pleitos que hemos revisado que la parte acusada trata así de abreviar el proceso y las costas y penalidades que conllevaba, como estar en la cárcel a la espera de sentencia. Esto configuraba una modalidad de juicio sumario o abreviado que en el fondo se sostenía en la renuncia a la defensa por parte del acusado, ante la certeza de una sentencia condenatoria. En definitiva, manteniendo las formalidades del derecho, se desplegaba un dispositivo o simulacro en el que prevalecía la presunción de culpabilidad basada en la sospecha y en el poder y la superioridad moral de un Juez carismático.

La sentencia definitiva es otra pieza jurídica repetitiva y formal, en este caso la dictaba el Provisor, don Luis Melgarejo, y comenzaba con la amonestación del reo:

Fallo que devo amonestar y amonesto y mando al dicho Bartolome que de aquí adelante no trate ni comunique con la tal Florentina en parte donde se presume que ofende a dios nuestro señor ni entre ni salga en su casa so pena de destierro de la dicha ciudad de Ecija.

Todas las sentencias comienzan con esta amonestación, independientemente del fallo, pues el reo desde el instante en que es encausado pasa a ser presunto culpable.

Como tal debe evitar situaciones en que *se presume* que puede cometer el delito, que supongan una *ofensa a dios nuestro señor*. La amonestación incluía la advertencia de la pena en que incurriría de no evitar la reincidencia en el delito, en este caso el destierro de la ciudad de Écija. La sentencia continúa con la condenación:

y por la culpa que por este proceso resulta le condeno en 300 maravedís que aplico para gastos de la guerra de su magestad contra los infieles y en las costas y derechos deste pleito cuia tasación en mi reservo.

La pena es pecuniaria en un doble sentido pues debe pagar 300 maravedís y además es condenado en las costas y derechos. Por fin, es coherente que si el delito ha supuesto una *ofensa a dios* la condenación se aplique a satisfacer la ofensa, mediante la compurgación con dinero para la *guerra de su magestad contra ynfielos*. Las sentencias eran firmadas además de por el Provisor, que las dictaba, por el Notario Secretario que daba fe, como de todos los autos. La última de las diligencias consistía en la notificación de la sentencia al reo en la persona de su procurador y consecuentemente su consentimiento.

En cuanto a Florentina, la encontramos excomulgada por no presentarse ante el Juez. En un escrito, el Procurador Diego Vergara, en nombre de Florentina, informaba de las circunstancias de *enfermedad peligrosa que no se puede poner en camino y demas desto es mujer vieja y pobre* y por tanto de su imposibilidad para presentarse personalmente. Y pedía y suplicaba que mandase oírle por su procurador y éste si era necesario *presta caución por ella de pagar lo juzgado y sentenciado*, así pues el Procurador además de recibir poderes de representación, y *veces* para pleitear, se convertía en fiador de su representado, comprometiéndose a pagar lo sentenciado. Además pedía que se le diese *absolución*, esto es que se le librase de la excomunión fulminada contra ella, y puesto que no se podía desplazar personalmente, que fuese *remota*, o a distancia. Por supuesto *pagando la contumacia*, pues la absolución siempre se realizaba previo pago de la contumacia, y así una vez más el dinero redimía, compurgaba la pena o la monición, y satisfacía la ofensa realizada. La ofensa consistía en rebelión, el término jurídico *contumacia* indicaba la no comparecencia en juicio y por tanto la desobediencia.

Continuando la rutina del procedimiento, el Provisor dio traslado del escrito a la otra parte, el Fiscal como acusación *pública*, para que a la primera audiencia respondiese, y dio *comisión* o poder al vicario de Écija para que, ante notario, tomase la confesión a Florentina. En la comisión se incluían las preguntas por las cuales se le habría de interrogar y el mandamiento de absolución previo pago: *absolved y mandad absolver de las sentencias de excomunión mayor en que incurrió por no aver parecido ante mi*. Finalmente ordenaba que una vez tomada la confesión se le enviase *originalmente cerrada y sellada*.

Y una vez mas estamos ante una de esas *piezas* del procedimiento estereotipada y repetitivas. Las preguntas de una confesión siempre empezaban con la filiación del reo, cómo se llamaba, donde vivía y reside, de donde era parroquiano, cuál era su estado, casado, soltero, religioso etc. Y continuaba por el *conocimiento de las partes y noticia del pleito*, y abundando en esto, cuál era la causa de su conocimiento. Después se le preguntaba directamente por el delito *si es verdad que ha estado y está publicamente*

amancebado y en pecado publico... comiendo y durmiendo conosiendose carnalmente de que a dado grande nota y escandalo en la vecindad.

El cinco de Agosto de 1597 Florentina se presentó, en Écija, en la audiencia del doctor Don Baltasar Bellerino, Protonotario Apostólico, Vicario y Juez eclesiástico de la ciudad y su vicaria, mostrándole la comisión del Provisor. Tras aceptarla, mandó que se cumpliese, haciendo parecer ante si a Florentina y tomándole su confesión bajo juramento. En su confesión dijo tener 70 años y afirmó que no estaba *publicamente amancebada*, negando la acusación y alegando que la causa del conocimiento de Bartolomé era que le lavaba la ropa *como hace con otros tres o cuatro hombres*.

En los días posteriores, el Procurador Vergara se presentó con la confesión *original cerrada y sellada* en la Audiencia del Provisor, y pidió que se le diese traslado al Fiscal para que pusiese su acusación. El Provisor consintió y mandó al Fiscal que pusiese la acusación en la primera audiencia. La respuesta del procurador, como de costumbre, se limitaba las mas de las veces a afirmarse en la confesión del reo -en la cual había negado el delito que se le imputaba) y *negando lo perjudicial* que en ella pudiera haber.

Finalmente concluía para prueba, y de nuevo se repetían las diligencias y notificaciones entre las partes que terminaban con el consentimiento para la conclusión. Después de esto el Provisor dio el pleito por concluso y lo recibió para prueba con término de 9 días, y mandó citar a las partes para jurar, ver y conocer a los testigos. El procurador daba por ratificados los testigos de la sumaria y renunciaba los términos de la prueba y de publicación, el Fiscal, notificado, consentía en la publicación de los testigos. El Provisor daba la causa a publicación con un termino de 6 días y se notificaba al Fiscal y al Procurador, ambos renunciaban el termino de la publicación y consentían en concluir definitivamente. El Provisor daba el pleito por concluso definitivamente y mandaba citar a las partes para oír la sentencia. En éste caso se amonestaba como era la costumbre y se condenaba en 200 maravedíes mas las costas del juicio, se reservaba la sexta parte para el Fiscal y el resto para la expedición de la guerra que Su Majestad hace contra infieles.

Todo delito que llevase aparejada además de la pena civil la excomunión era *ipso facto* de fuero mixto. El pecado nefando de sodomía era uno de ellos¹⁰¹⁷, pues generalmente el Juez eclesiástico podía conocer cualquier delito al cual el Derecho Canónico le pusiera pena de excomunión u otra censura eclesiástica.¹⁰¹⁸ Los juristas católicos definieron la sodomía como el concubito entre personas de un mismo sexo o entre personas de sexo distinto *en vaso indebido*.¹⁰¹⁹ Los legos culpados de este delito incurrían en excomunión e infamia y a la mujer casada se le permitía divorciarse del marido sodomita como si fuese adúltero.

¹⁰¹⁷ CLARO, J., praeb. Verb. Sodomía n. 3 y AZEVEDO, Recopilación, Libro 8, Título 21, Ley 1. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰¹⁸ Manuel Rodríguez, Summ. Trat. De ordin. Iudic. 1, cap. I, in princip. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰¹⁹ MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

Las leyes civiles castigaron en la Edad Media el concúbito con bestia, o bestialismo, con la pena de muerte, y la sodomía con la pena de muerte para el que lo hiciera y para el que lo consintiera, excepto si fuese menor de 14 años.¹⁰²⁰ Los Reyes Católicos consideraron este delito contra el orden natural, *no digno de nombrar*, entre los pecados que especialmente ofendían a Dios, que infamaban la tierra y destruían el orden natural y castigado por el juicio divino. Con él *se perdía la nobleza, se acobardaba el corazón y se engendraba poca firmeza en la fe, aborreciéndose el acatamiento a Dios, indignándolo y dando al hombre pestilencia y otros tormentos en la tierra*.¹⁰²¹ Preocupados los reyes por tan *maldita mácula* dada la gravedad del delito, y porque las leyes y penas estatuidas no habían sido suficientes para extirpar tan abominable delito establecieron que no fuese necesaria la probanza plena y que se considerase suficiente el indicio para probarlo, tal como ocurría con otros delitos atroces, como el de lesa majestad y el de herejía, y como pena que fuesen quemados *en llamas de fuego*.¹⁰²²

Finalmente en la Novísima Recopilación se estableció que cualquier persona que cometiere el delito nefando *contra naturam*:

Fuese quemado en llamas de fuego y pierda todos sus bienes y por mas evitar el dicho crimen mandamos, que si acaeciere que no se pudiese probar el dicho delito en acto perfecto y acabado y se probaren y averiguaren actos muy propincuos y cercanos a la conclusion de el, en tal manera que no quedase por el tal delincuente de acabar este daño yerro, sea habido por verdadero hechor del delito, y que sea juzgado y sentenciado, y padezca aquella misma pena, como y en aquella manera que padeciera el que fuese convencido en toda perfección del dicho delito como de suso se contiene y que se pueda proceder en el dicho crimen a petición de parte o de cualquier del pueblo, o por vía de pesquisas o de oficio de Juez.¹⁰²³

Así quedaba asimilado a los delitos más atroces como el de lesa majestad o de herejía, en los que no era necesaria la probanza perfecta y bastaban indicios suficientes para dictar sentencia. En este mismo título se mandaba, además, que fuese la Sala de Alcaldes la que conociera las causas contra los reos militares por el pecado de bestialidad.

Si el delito era cometido por clérigos eran privados de oficio y beneficio, según la Constitución de Sixto V que empezaba *Horrendum illud scellus*, degradados por el juez eclesiástico y entregados a la justicia seglar. En la Corona de Aragón este delito fue confiado a la Inquisición pero en la de Castilla el delito de sodomía estaba reservado a los tribunales seglares, no hay pues causas de este género en la Inquisición sevillana. Sin embargo, en 1588 encontramos un clérigo acusado de sodomía en la cárcel

¹⁰²⁰ Partida VII tit. XXI ley II. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰²¹ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. D. Fernando y doña Isabel en Medina del Campo a 22 de agosto de 1497. Pena del delito nefando y modo de proceder a su averiguación y castigo; MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881. De la sodomía y bestialidad.

¹⁰²² *Ibidem*.

¹⁰²³ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Ley I título XXX libro XII. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

arzobispal sevillana¹⁰²⁴, y en otro documento se cita que había un calabozo en la cárcel arzobispal de Sevilla exclusivamente para los *sodométicos*.¹⁰²⁵ Suponemos que su paso por la cárcel arzobispal sería previa a ser degradados y relajados al brazo seglar. Fueron famosos en la ciudad los casos del Obispo de Salamina¹⁰²⁶ y el de don Alonso Girón, ambos condenados por el pecado nefando, el primero condenado por la jurisdicción eclesiástica a la deposición y reclusión perpetua en un monasterio y el segundo condenado por la jurisdicción real a ser quemado en noviembre de 1598¹⁰²⁷. Dos años más tarde encontramos otra noticia al respecto: *quemaron a quince hombres por putos*.¹⁰²⁸

El pecado de usura

Otro ejemplo de estos delitos de costumbres, que afectaban a la vida privada de las personas, y que por tanto tenían un valor de disciplinamiento social, eran los acusados de *logreros* y *ussurarios*, tipificado como delito por las leyes civiles y eclesiásticas. Los *logreros* hacían contratos ilícitos y usurarios, comprando barato por pagar por adelantado o vendiendo más caro por darlo fiado, o dando dineros a ganancia, aunque fuese *de menores*, asegurando el principal.¹⁰²⁹ Los romanos y los hebreos permitieron la usura cuando era practicada con extranjeros pero no con los propios nacionales. En la disciplina antigua de los concilios españoles el clérigo usurero era degradado y los seglares condenados a ser arrojados de la Iglesia.¹⁰³⁰ Los cánones prohibían taxativamente a los clérigos comprar barato y vender más caro, y el que hiciere lo contrario sería expulsado de la Iglesia.¹⁰³¹

Según Clavero la doctrina religiosa bajomedieval contra la usura consistía en prácticas de crédito contrarias al mandato evangélico que prescribía el *iustum premium*, la justicia conmutativa llevada al terreno económico, y no existía en la época una doctrina al margen de la religiosa. En este terreno la adaptación del derecho romano a la jurisprudencia religiosa resultó en la formulación menos favorable para el

¹⁰²⁴ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 4471. “Autos de secuestro de bienes de Pasqual Jaimes, clérigo, y depósito y otras diligencias, está preso en la cárcel arzobispal por el pecado nefando”.

¹⁰²⁵ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 4471. “Varias cartas sin foliar de los presos de la cárcel arzobispal al Prelado”.

¹⁰²⁶ NÚÑEZ ROLDÁN, F.: *El pecado nefando del Obispo de Salamina*. Sevilla, 2002.

¹⁰²⁷ B.U.S. Bco. 12- 3/37: 125, *Colección de Reales Cédulas del Archivo Histórico Nacional. Catálogo*. Tomo I. 1598, mayo 24, Madrid. Premática en que se da la forma cómo se ha de tener por probado el pecado nefando contra natura. Madrid: Pedro Madrigal, 1598. 4 fol.

¹⁰²⁸ “Memoria de las cosas notables que han sucedido en esta Santa Iglesia y ciudad de Sevilla y de otras cosas antiguas sacadas por el canónigo don Juan de Loaysa”. *Archivo Hispalense*. 1ª época, Tomo IV, Sevilla, 1888.

¹⁰²⁹ Paz, In pract. 2. tom Praelud., y Covarrubias, Lib. 3. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y ultima del Concilio de Trento*. Madrid, 1807. Tomo II. Disciplina en España sobre usura y juego, p. 189.

¹⁰³⁰ Conc. Iliberit. Can. 20. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y ultima del Concilio de Trento*. Madrid, 1807. Tomo II. Disciplina en España sobre usura y juego, p. 189.

¹⁰³¹ Conc. Tarraconense canon 2. Y en los canones de San Martin de Braga (Canon 62) se previene que si algun clerigo olvidandose del temor de dios y de las Santas Escrituras que prohiben la usura, cometiese ten detestable delito, sea depuesto de su grado y tengase por extrañado del Clero. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y ultima del Concilio de Trento*. Madrid, 1807. Tomo II. Disciplina en España sobre usura y juego, p. 189.

desenvolvimiento del comercio.¹⁰³² El Derecho Canónico consideraba lucro todo lo que se percibía por el mero préstamo, ya fuese dinero o cosas fungibles como trigo o aceite, y los padres de la Iglesia, los concilios y los teólogos y canonistas, condenaron estas conductas como contrarias al derecho natural y divino. Según Devoti era una doctrina constante y perpetua de la Iglesia porque se trataba de un pecado torpe y nefando que se oponía a la igualdad natural y a la mutua caridad.¹⁰³³ Las penas eclesiásticas en la disciplina antigua contra los usurarios eran la infamia, se les privaba de los sacramentos y hasta de la sepultura eclesiástica y se les imponía la excomunión, y si era eclesiástico quedaba irregular y se le deponía del oficio y del beneficio eclesiástico.

Las leyes civiles, remitiéndose a la ley religiosa¹⁰³⁴, también condenaron a los usureros declarándolos como infamados¹⁰³⁵ y anulando las promesas de devolución de más dinero del prestado.¹⁰³⁶ Si se averiguaba que el que recibió la promesa de devolución era un usurario se eximía al que hizo la promesa aunque no cumpliera la obligación de devolución en el plazo convenido.¹⁰³⁷ La casuística de la usura era compleja, encontramos distintas modalidades como la *mohatra*, que era un contrato en virtud del cual uno vendía a otro una cosa en su justo precio pero sin percibirlo, con la obligación de que en este simulacro el vendedor comprase al adquiriente la misma cosa en menos precio, pero entregándolo. Era un subterfugio para eludir la prohibición de la usura, pues sin estipular intereses se cobraba por el acreedor mayor suma de la entregada. El *trino* era otro tipo de contrato en el que intervenían tres partes, el que vendía, el que compraba y el que aseguraba la transacción. Desde el siglo XIV tenemos legislación real que considera el logro un pecado grave, poniéndolo sobre todo en relación con los moros y con los judíos, e instando a los prelados a poner excomunión sobre ellos.

Por que se halla que el logro es muy gran pecado, y vedado así en la Ley de Natura como de Escritura y Gracia y cosa que pesa mucho a Dios; y por que vienen daños y tribulaciones a las tierras do se usa y consentirlo y juzgarlo y mandarlo entregar es muy gran pecado... y como quier que hasta aquí de algun tiempo acá fue usado y especialmente por judíos y no extrañado como debía: Nos por servir a Dios y guardar en esto nuestra anima como debemos... que de aquí adelante ningún judío ni judía ni moro o mora sea osado de dar a logro por si ni por otro; mandamos a todos los Juzgadores y entregadores y otros Oficiales cualquiera que no juzguen ni entreguen ningunas cartas ni contratos de logro de aquí adelante; demas mandamos y rogamos a todos los Prelados de nuestro señorío que pongan sentencia de excomunión en cualquier que contra esto fuere y denuncien las que estan puestas.¹⁰³⁸

¹⁰³² CLAVERO, B.: *Usura. Del uso económico de la religión en la Historia*. Madrid, 1985.

¹⁰³³ MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰³⁴ *por que los logros son vedados por el Vieyllo et Nuevo Testamento ordenamos por fuero que si acayesciere que algún cristiano menospreciando los mandamientos de Dios, prestare a logro* (Amejoramiento de Navarra 1330). Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881. Tomo II. Disciplina en España sobre usura y juego, p. 189.

¹⁰³⁵ Las Partidas: ley IV, tit. VI, par. VII. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881. Tomo II. Disciplina en España sobre usura y juego, p. 189.

¹⁰³⁶ Las Partidas: Ley XXXI tit. XI part. V. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881. Tomo II. Disciplina en España sobre usura y juego, p. 189.

¹⁰³⁷ *Ibídem*, Ley XL.

¹⁰³⁸ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Don Enrique III en Madrid año 1395, pet. 2; Ley 2, tit. 23 del Ordenamiento de Alcalá. De las usuras y logros.

Este mismo Ordenamiento atribuía la usura a la codicia, que era la raíz de todos los males y cegaba los corazones de los codiciosos, *que no temiendo a Dios, ni habiendo vergüenza a los hombres desvergonzadamente dan usuras en muy gran peligro de sus animas y daño de nuestros pueblos*.¹⁰³⁹ En el Ordenamiento de Alfonso XI encontramos cómo se regula la cuestión de la usura y la manipulación de los precios por parte de los regateros y regatones, a los que se les prohibía comprar trigo o cebada para venderlo en la ciudad salvo las cantidades que autorizasen los fieles ejecutores del Cabildo que podían comprar cada día, por si alguien quisiese comprar pan para guardar lo pudiese hacer desde las campanadas de tercia y antes de esa hora que lo pudiesen comprar los atahoneros para que lo pudiesen comprar más barato y después darlo a precio *aguisado*.¹⁰⁴⁰

En el Ordenamiento de Sevilla también se incluye una disposición dada en las Cortes de Madrid, en la que el Rey don Alfonso respondía a lo que le pedían las ciudades, que *los cristianos usurarios públicos, que fuese sabido por buena verdat y testigos, que los escarmentasen como es fuero y derecho*.¹⁰⁴¹ Asimismo, las ciudades pidieron al Rey y así quedó recogido en estos ordenamientos que no se permitiese a los judíos y a los moros *dar a osuras* y que, los primeros no ocupasen oficios ni fuesen *cogedores, pesquisidores ni recabdadadores*.¹⁰⁴² También que los deudores no estuviesen obligados a pagar las deudas que habían contraído con los judíos que no fuesen demandadas, tal como se recogió en el privilegio de los diez años dado en las Cortes de Valladolid y en Burgos.¹⁰⁴³

En la Nueva Recopilación se mandaba que cualquier cristiano que diese a usura perdiese lo que prestase, haciéndolo suyo el que recibió el préstamo y además que se le condenase en otro tanto igual a la cuantía del préstamo. Si reincidiese por segunda vez, que perdiese la mitad de sus bienes y si por tercera que perdiese todos sus bienes.¹⁰⁴⁴ Los Reyes Católicos renovaron estas penas y añadieron que la mitad de la pena pecuniaria fuese para la Cámara Real y la otra mitad se dividiese en dos partes, una para el acusador y otra para la reparación de los *muros*, y si no hubiese *muros* que fuese para la reparación de los edificios públicos del lugar y que el usurero quedase inhábil e infame perpetuamente.¹⁰⁴⁵

En la ciudad de Sevilla, el arancel del Almotacenazgo y las Ordenanzas de los fieles ejecutores establecían algunas medidas de control de los revendedores, pues la usura se consideraba un pecado público que había que perseguir.¹⁰⁴⁶ En la relación de condenas que imponían estos fieles ejecutores aparecen delitos relacionados con los

¹⁰³⁹ *Ibidem*, Ley I, tit. 23 del Ordenamiento de Alcalá: don Alonso y don Enrique III, tit. De poenis, cap. 4.

¹⁰⁴⁰ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada, P Tomo 51, Privilegios de Sevilla, Ordenamientos de Alfonso XI, 21.

¹⁰⁴¹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 42, Ordenamiento de Sevilla, doc. nº 22: Ordenamiento que fizo el Rey don Alfonso en las Cortes de Madrid, que face al regimiento de esta cibdat, doc. nº 60.

¹⁰⁴² *Ibidem*, nº 38 y 42.

¹⁰⁴³ *Ibidem*, nº 43.

¹⁰⁴⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. La ley II, tit. XXII, lib XII.

¹⁰⁴⁵ *Ibidem*, La Ley IV, Título XXII.

¹⁰⁴⁶ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), 17.- 29 de diciembre de 1411, II.- arancel del almotacenazgo y ordenanzas dadas por los fieles ejecutores contra los revendedores, pecados públicos.

usureros, a los que se les denomina *prestadores*¹⁰⁴⁷, y contra los revendedores y logrereros, de los que se decía que no se soltasen en la vista de la cárcel.¹⁰⁴⁸ La persecución de la usura practicada por los logrereros y regatones o regateras en la ciudad de Sevilla fue una constante y quedan abundantes rastros documentales desde el siglo XV, e incluso algún Bando municipal.¹⁰⁴⁹

Una de las prácticas consideradas usura que más pleitos y litigios generó en esta época fue la contravención de la venta del trigo a la tasa. Cuando el trigo era escaso el precio de “mercado”, esto es, la demanda real, era muy superior al precio tasado y esto generaba no pocos problemas. Tenemos un pleito que se siguió contra el jurado Diego de Almonacid por revendedor de trigo en febrero de 1600. En él fue condenado a entregar 12.000 fanegas de trigo a diversos conventos, iglesias y hospitales en concepto de limosna u obra pía. Pues de esta pena pecuniaria el Juez aplicó las dos cuartas partes a obras pías a disposición de los que lo solicitaren.¹⁰⁵⁰ Así lo hicieron la *corretora* del Monasterio de Monjas de Nuestra Señora de la Consolación, el *corretor* del Colegio de San Francisco de Paula en la calle de las Palmas, el del Hospital de San Cosme y San Damián, y otros muchos. Incluso, enterados del reparto de trigo, acudieron los presbíteros predicadores *a cuyo cargo esta la conversion de las mujeres pecadoras publicas desta ciudad, que acudían todos los dias de fiesta a la casa pública a predicar y exortar a las mujeres que en ella estan usando el torpe oficio y esto de 15 años a esta parte de que ha resultado convertirse muchas*.¹⁰⁵¹

Tenemos multitud de documentos que nos muestran cómo los fieles ejecutores del Cabildo seglar de la ciudad perseguían este delito, entrando continuamente en conflicto con la Audiencia Real. El primero insistía en pedir la comisión privativa al Consejo Real para conocer estos delitos, por el desorden y daño que originaban en la ciudad. Así lo vemos en un escrito cursado en 1612 para que el Asistente, conde de Salvatierra, o su Teniente, pudiese conocer privativamente los casos contra los regatones del trigo y la cebada y poder castigarlos, pues alegaban que la Audiencia soltaba y absolvía a los que estaban presos por este delito. En el año 1618 la Ciudad de nuevo hizo una información de oficio sobre los excesos que se cometían cobrando el 15 y el 20 por ciento de interés en algunos negocios, y suplicó a Su Majestad y a su Consejo que le diese comisión privativa para castigar estos delitos, pero se le denegó al Teniente Mayor don Gaspar de Bedoya.¹⁰⁵²

Uno de los autos que presentó la ciudad al Consejo en su reclamación fue una denuncia del año 1618 contra Agustín de Aguirre porque era *regatón del tozino*, pues compraba los puercos para después vender el tocino. De nuevo la ciudad se quejó al

¹⁰⁴⁷ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), 940.- relacion de las condenas impuestas por los fieles ejecutores de sevilla. 2 fols, Condenaciones, años 1502 y 1503.

¹⁰⁴⁸ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, Tomo 44, Ordenanzas de la Real Audiencia, impresas en Sevilla en 23 de junio de 1603, Libro Segundo, Ordenanzas de el año de 1525 que resultaron de la visita de esta Audiencia que hizo el licenciado Xuarez de Carvajal, Usurero: no se suelten en visita de cárcel, véase la letra visita de cárcel y letra logrereros.

¹⁰⁴⁹ A.M.S. Sección XVI. Diversos. Catálogo de la Sección Diversos (1280-1515), 17b.-, 29 de diciembre de 1411, i) sobre la venta de frutas por las regateras, doc. 75: bando contra los regatones, siglo XVI.

¹⁰⁵⁰ A.M.S. Sección XIII. Archivos Importantes, Siglo XVII, Tomo 2: Capellania, Capilla Real, Cementerio, Censuras, Colegios, Contadores, Corpus, doc. 29.

¹⁰⁵¹ *Ibidem*.

¹⁰⁵² A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. P Tomo 47 Papeles de Sevilla en la Corte, Usuras y logros y juegos publicos, fol. 217 v.

Consejo en 1637 por las muchas denuncias que había contra regatones del trigo y la cebada y los justicias ordinarias los detenían pero las causas las advocaba la Audiencia y perjudicaba el abasto.¹⁰⁵³ La persecución de la contravención de la tasa en la venta del trigo y del control de los pesos para evitar la regatería continuó. En 1644 tenemos noticias del repeso del pan realizado a cada panadero¹⁰⁵⁴, y el 12 de mayo de 1681 la ciudad pidió de nuevo a Carlos II que, por ser una cuestión del abasto de la ciudad que no interviniera la Audiencia y que le dejase juzgar a los regatones y *estancadores* del aceite, pues lo compraban a los cosecheros y lo almacenaban para después venderlo en la ciudad o cargarlo fuera del Reino haciendo subir el precio.¹⁰⁵⁵

Hasta 1855 en España siguió tipificada la usura como delito por las leyes civiles, a partir de entonces el Estado dejó de perseguirlo, pero la Iglesia lo siguió considerando un grave pecado, y, conforme a las decretales, continuó incoando pleitos por el procedimiento sumario, y de oficio si no había acusador, sin permitir procurador ni abogado.¹⁰⁵⁶ La Iglesia equiparaba el usurero al ladrón, por tanto debía devolver el fruto de la rapiña. Tampoco se permitía apelación para que no buscara subterfugios para no restituir. Si era clérigo el encausado se le privaba del oficio y beneficio eclesiástico.

La blasfemia

La blasfemia era otro de los delitos de fuero mixto con una vieja tradición como pecado público. En el Antiguo Testamento se castigaba con la pena de muerte y en el Levítico se disponía que el reo fuera apedreado por todo el pueblo.¹⁰⁵⁷ Según Santo Tomás la blasfemia era el mayor de los pecados de infidelidad y agravante de ella. La detestación de la justicia divina por los condenados se consideraba también *blasfemia interior del corazón*.¹⁰⁵⁸

El Derecho Canónico consideraba blasfemia enunciativa cuando se negaba a Dios en alguno de sus atributos, como ser omnipotente o justo, cuando se le atribuía alguna cualidad que no le convenía, como ser vengativo o ignorante, o cuando se atribuían al hombre las cualidades o atributos que sólo pertenecían a Dios. Estas blasfemias se denominaban también heréticas porque contenían errores de fe, y los blasfemos eran considerados como herejes, aunque no lo fuesen en puridad, pues no creían lo que expresaban. La abjuración de la religión cristiana solía hacerse de esta manera.¹⁰⁵⁹

Si la blasfemia era heretical sólo podía conocerla el juez eclesiástico, es decir la Inquisición; si era simple, como las típicas expresiones *pesías*, *por vidas*, y otras semejantes, podía conocer tanto el eclesiástico como el secular, como delito de *mixti*

¹⁰⁵³ *Ibídem*, Regatones de trigo y otros abastos, fol. 175

¹⁰⁵⁴ *Ibídem*, fol. 180 v.

¹⁰⁵⁵ *Ibídem*, Entierros y derechos parroquiales, fol. 36 v.

¹⁰⁵⁶ GÓMEZ DE SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo II, Madrid, 1868, pp. 302-303.

¹⁰⁵⁷ Levítico, cap. 24, v. 10 y siguientes. Cit. JUSEU y CASTANERA, J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. De los enterramientos. Valencia, 1899.

¹⁰⁵⁸ DE AQUINO, T.: *Summa Teológica*. Tomo III. La fe. Madrid, 1880.

¹⁰⁵⁹ GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859. De la blasfemia y el sacrilegio.

fori.¹⁰⁶⁰ El Derecho Canónico imponía, si se consideraba blasfemia heretical, que se formase causa como si fuesen herejes, si fuese simple y la profiriesen clérigos incurrirían en deposición del oficio y del estado clerical y si fuese lego con *excomunió ferenda*. La blasfemia simple o imprecativa se cometía cuando se pronunciaban palabras de maldición, ira, desprecio, burla u otras que indicasen desearle algún mal. Como los clérigos no podían hacer penitencia pública, el Concilio de Letrán, en tiempo e León X, estableció castigarlos con la antigua pena, privación de oficio y beneficios.

El derecho de Gregorio IX mandó que el Obispo lo castigara con la imposición de ayunos severos y penitencia pública siete domingos consecutivos permaneciendo a la puerta de la iglesia con traje de penitente.¹⁰⁶¹ Si los legos no cumpliesen con sumisión la penitencia se procedería a excomulgarlos, sometiéndolos a juicio como herejes o como vehementemente sospechosos de herejía si persistieran en la contumacia.¹⁰⁶² En el Concilio IV de Letrán, y León X en el Lateranense V, se legisló sobre esta materia; Julio III, en su constitución *In Multis*, mandó a los inquisidores que procediesen de oficio contra ellos, y Pío V, en la que empieza *Cum Primun*, impuso a los seglares penas pecuniarias y el destierro, y en cuanto a los clérigos que la primera vez se les privase de los frutos de sus beneficios durante un año, la segunda que se le privase de los beneficios a perpetuidad y la tercera que se le depusiese y desterrase. A los que no tenían beneficios la primera vez pena pecuniaria y corporal, la segunda pena de cárcel y la tercera la degradación verbal y la condena a galeras.¹⁰⁶³ Pero si no tuviese beneficio sería castigado con pena pecuniaria y corporal la primera vez, la segunda con pena de cárcel, y la tercera degradado verbalmente y desterrado a galeras. Y si blasfemare a los demás santos, conforme a la calidad de la blasfemia y de la persona, sería castigado al arbitrio de los jueces, los cuales ejecutarían contra los legos que blasfemaren las mismas penas del Concilio y Motu Propio y lo que otros derechos disponían.

Las antiguas leyes seglares medievales establecieron penas muy severas contra los blasfemos, sobre todo con los plebeyos, y se agravaban si reincidían. En las Partidas hay un título especialmente consagrado a los que *denuestan a Dios e a Santa María e a los otros santos*, estableciendo que todos debían acusar al blasfemo, es decir establece el principio de la acusación pública.¹⁰⁶⁴ El *rico home* que denostare a Dios perdería la primera vez la tierra por un año, la segunda la perdería por dos años y la tercera la perdería definitivamente.¹⁰⁶⁵ El caballero o escudero blasfemo que tuviese tierras sería condenado en las mismas penas que el *rico home*, pero si no tuviese tierras perdería el caballo y las armas la primera vez, y si denostare un santo perdería la mitad.¹⁰⁶⁶ El ciudadano o morador de una villa o aldea y los nobles perderían la primera vez que

¹⁰⁶⁰ Azeved. In rub. Tit. 4 lib. 8 recop; Castillo in Polit. I p. Lib. Capit. 17 num 77; Salzed. In pract. Cri. Cap. II. Cit. GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859. De la blasfemia y el sacrilegio.

¹⁰⁶¹ MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX*. Barcelona, 1942. De maledicis cap. 2º.

¹⁰⁶² TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio Lateranense V. can. XXXI, caus. XXIV, quaest. III.

¹⁰⁶³ MORALES y ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁶⁴ Tit. XXVIII, Partida VII. Cit. MORALES y ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁶⁵ Tit. XXVIII, Partida VII, Ley II. Cit. MORALES y ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁶⁶ Tit. XXVIII, Partida VII, La ley III. Cit. MORALES y ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

blasfemasen la cuarta parte de sus bienes, la segunda vez la tercera parte, la tercera vez la mitad y de la cuarta en adelante serían desterrados.¹⁰⁶⁷

Si fuesen plebeyos, hombres sin bienes, la primera vez le darían cincuenta azotes, la segunda le señalarían con un hierro caliente en el rostro una “B”, y la tercera le cortarían la lengua.¹⁰⁶⁸ Esta última se ejecutaba poniéndole una mordaza con la cual se le paseaba por el pueblo o ciudad. La blasfemia contra los santos se castigaba con la misma pena. Si se cometía un ultraje de obra contra Dios o la Virgen, como escupir a la Cruz o a alguna imagen, golpeándola o *hiriéndola* con un cuchillo o piedra, se incurría, si era la primera vez, en la misma pena que el blasfemo por la tercera, y si no tenía bienes se le cortaba la mano.¹⁰⁶⁹ En las Cortes de Briviesca, en el siglo XIV, de nuevo se legisló sobre este asunto, pues a pesar de las penas dispuestas el delito seguía sin erradicarse:

Nuestro señor desplace mucho el desconocimiento ordenamos que cualquiera que renegare o denostare a nuestro señor Dios o a la Virgen gloriosa su Madre o a otro santo o santa haya aquellas penas que son establecidas contra los tales en las leyes de las Partidas y el Juez o alcalde do esto acaeciére haga pesquisa de su oficio y si le fuere denunciado y lo supiere y no hiciere la dicha pesquisa que pierda el oficio.¹⁰⁷⁰

A partir del siglo XV la pena que se aplicaba era que a cualquiera que blasfemare se le cortara la lengua y se le diesen cien azotes públicamente.¹⁰⁷¹ Como crimen público no sólo existía la facultad de acusar sino la obligación de que cualquiera que oyere blasfemar tomase y prendiese por su propia autoridad al reo, llevándolo a la cárcel pública y poniéndole cadenas. Y allí el carcelero le pondría prisiones y los jueces le ejecutarían las penas.¹⁰⁷²

Posteriormente estas penas fueron suavizadas, sustituyéndose el corte de la lengua por su horadamiento¹⁰⁷³, y finalmente los jueces terminaron castigando a los blasfemos con penas más moderadas, de un mes de prisión la primera vez, la segunda con destierro por seis meses y multa de mil maravedíes y con el horadamiento de la lengua la tercera, salvo si fuese escudero u otra persona de mayor condición, entonces la pena sería el destierro y la segunda vez el doble de la multa. Además de las penas corporales impuestas por las pragmáticas reales, una ley de este mismo título dispuso la

¹⁰⁶⁷ Tit. XXVIII, Partida VII, La ley IV. Cit. MORALES y ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁶⁸ Partida VIII, tit. XXVIII, leyes 1,3,4. Cit. GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859. De la blasfemia y el sacrilegio.

¹⁰⁶⁹ Partida VIII, tit. XXVIII, Ley 5. Cit. GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859. De la blasfemia y el sacrilegio.

¹⁰⁷⁰ Ley I, tit.4, libro 8. De los blasfemos y de los juramentos. Don Juan en Briviesca, año 1387. Cit. GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859. De la blasfemia y el sacrilegio.

¹⁰⁷¹ Don Enrique IV en Toledo año 1462, pet. 16. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y ultima del Concilio de Trento*. Madrid 1807. Tomo II. De los delitos contra el segundo precepto, a saber: blasfemia, profana costumbre de jurar, perjurio y violación de Votos. Cap. XLI, p. 162-166

¹⁰⁷² D. Fernando y doña Isabel en Madrigal año 1476, pet. 32; Ley 4, tit. 4, lib. 8 Recopilación. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y ultima del Concilio de Trento*. Tomo I, Madrid 1807. Tomo II. De los delitos contra el segundo precepto, a saber: blasfemia, profana costumbre de jurar, perjurio y violación de Votos. Cap. XLI, p. 162

¹⁰⁷³ Nov. Recop. Libro XII, tit. V, ley 4. Cit. GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859. De la blasfemia y el sacrilegio.

condena de diez años de galeras.¹⁰⁷⁴ Sin embargo estas penas cayeron en desuso y en su lugar el juez castigaba a los blasfemos con penas más moderadas.

Por disposición sinodal de 1572, don Cristóbal de Rojas y Sandoval fundó en Sevilla las Cofradías del Dulce Nombre de Jesús, en vista de *lo notorio y lo mucho que nuestro señor es ofendido con la mala costumbre que muchos de los fieles tienen*, para desagrar las blasfemias y juramentos, a imitación de otras que habían sido aprobadas por los papas. Primero se erigió una en la parroquia de San Vicente y luego en San Pablo, donde sería incorporada a la Cofradía del Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo y Quinta Angustia.¹⁰⁷⁵ Aunque se había mandado repetidamente a los vicarios, beneficiados, curas, clérigos y capellanes del Arzobispado que corrigiesen y reprendiesen esta conducta, no se había logrado, así que ahora se mandaba que en las iglesias se ordenase una Cofradía del Nombre de Jesús conforme a unos capítulos que se incluían, y que serían publicados en las iglesias los domingos y fiestas de guardar, persuadiendo a los feligreses y parroquianos para que ninguno dejase de entrar y ser cofrade de la Santa Cofradía y que además se les daban 40 días de indulgencia y perdón a todos los que se animasen a ingresar en ella. En estos capítulos se establecía que los cofrades se comprometiesen a quitar de sí y de toda su casa y familia la *ruyn costumbre de jurar y maldecir* y que cada cofrade que jurare o maldijese pagase una blanca cada vez de multa, y si viese a alguna persona maldecir o jurar la corregiría con caridad y humildad, mirando primero la calidad de la persona.

Muchas de las disposiciones y castigos contra las blasfemias se recogieron en el Sínodo de don Rodrigo de Castro y se repitieron en el del Cardenal Guevara.¹⁰⁷⁶ Al seglar, si era noble, se le aplicaría una multa pecuniaria, y si reincidiese la pérdida del título nobiliario; al plebeyo por primera vez pena de cárcel y si reincidiese, encierro perpetuo, y a los jueces seglares que no castigasen a los blasfemos los sujetaba a las mismas penas que a los culpables.

Adivinos, sortílegos y agoreros

En las leyes civiles son abundantes las disposiciones contra *agoreros*, *sorteros*, *adivinos*, *hechiceros* y *truhanes*. Una ley de las Partidas definía las distintas clases de adivinanzas:

de los agoreros e de los sorteros e de los fechiceros que cantan agüeros de aves o de estornudos o de palabras (proverbios) o echan suertes o catan en agua o en cristal o en espejo o en espada o en otra cosa luziente a fazen fechuras de metal o de otra cosa cualquier.¹⁰⁷⁷

¹⁰⁷⁴ Nov. Recop. Libro XII, tit. V, La ley VII. Cit. GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1859.

¹⁰⁷⁵ ALONSO MORGADO, D.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*, Sevilla, 1906, p. 441.

¹⁰⁷⁶ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Título de maledicis. Capítulo I. Que pone penas contra los blasfemos.

¹⁰⁷⁷ Título XXIII. Partida VII. Leyes I, II y III. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

Otras prácticas consistían en la adivinación en la cabeza de un hombre muerto o de una bestia, por la palma de la mano de un niño o de una mujer virgen, o los encantamientos de cercos o el ligamiento de casados, todo ello se castigaba con la pena de muerte. Estas leyes prohibían a estos *truhanes, omes dañosos e engañadores* que morasen en los señoríos reales y mandaba que nadie los acogiese en sus casas ni los encubriese porque de ellos *nascen de sus fechos muy grandes males a la tierra*. A los encubridores se les castigaba con el destierro perpetuo y a las justicias que no los persiguieran y no ejecutasen las leyes con la pérdida del oficio y la tercera parte de sus bienes. La ley segunda se ocupaba de la nigromancia, que se consideraba un saber para encantar espíritus malos y la tercera establecía que cualquiera del pueblo pudiese hacer la acusación y prevenía a los corregidores y justicias del reino que informasen si alguna persona en su jurisdicción o comarca *dice cosas de porvenir o son adivinos* y los que hallaren culpables los prendiesen si fuesen legos y los castigasen con la pena de muerte, y si eran clérigos que lo notificasen a sus prelados y jueces eclesiásticos.

Las Cortes medievales siguieron legislando sobre esta cuestión. En 1387 se dispuso que se informase a los prelados para que los castigasen, puesto que había muchos hombres que:

sin temer a Dios ni guardar sus conciencias usaban de malas artes, de lo cual se seguían muchos males porque violaba el mandamiento de Dios y se hacía pecado manifiesto, y porque algunos adivinos, agoreros y astrólogos dieron ocasión para que algunos, tanto clérigos como religiosos, beatos y beatas, errasen.¹⁰⁷⁸

En un ordenamiento de Juan II dirigido a todas las ciudades y villas de sus Reinos, dado en Córdoba el 9 de abril de 1410, se mandaba castigar a las personas que se dedicasen a hechizos y encantamientos. En él se hacía eco de que *muchos omes e mugeres que van contra estos mandamientos usando destas maneras de adivinacion*, y justificaba su persecución por *el deber de amar a tu señor dios de todo corazón con toda tu ánima e con toda tu voluntad*.¹⁰⁷⁹

No sólo la jurisdicción real, también los cabildos seculares ponían celo en la persecución de estos delitos. El Cabildo de la ciudad de Sevilla nombraba un Examinador de los médicos que controlaba a todos los que pretendían entender de la salud de los súbditos, físicos, cirujanos, especieros y boticarios. Y se le daba poder para prohibir que estas personas usasen ensalmos, conjuros o encantamientos, bajo penas pecuniarias y corporales, *por cuando somos certificados que los tales en danno de nuestras conciencias e del bien de la cosa pública de nuestros reynos*.¹⁰⁸⁰ También encontramos referencias en el Tumbo de los Reyes Católicos a los *saludadores*, personas que utilizaban poderes concedidos por la providencia para curar enfermedades. Estos poderes podían radicarse en las manos o en la saliva, de aquí el término de *salivador* o *saludador*. Existen noticias de que a finales del siglo XV el Concejo de Sevilla tenía un *saludador*, que se quejó de que el Obispo de Tiberíades curaba la rabia,

¹⁰⁷⁸ D. Juan en Briviesca año 1387, ley 6; y don Enrique III, en el título de las penas cap. 5. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁷⁹ A.M.S. Sección XV. Inventario de los papeles del Mayordomazgo del siglo XV por Francisco Collantes de Teran, año 1409, doc. 96.

¹⁰⁸⁰ FERNÁNDEZ GÓMEZ, M., OSTOS SALCEDO, P. Y PARDO RODRÍGUEZ, M.L.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Madrid, 2001. Tomo IX (1499-1501). Carta de 6 de abril de 1498.

y esto le estaba encomendado a él.¹⁰⁸¹ Otro caso es el que cita José Gestoso en sus *Curiosidades*, el ciego rezador que conocía una serie de oraciones para aplicar en determinados casos.

Más tarde se repitieron las prohibiciones de las Partidas con respecto al uso de métodos de adivinación, castigándolo con la pena de muerte y añadiendo a los ya citados otros usos mágicos, como cortar la rosa del monte para curar la dolencia que llamaban *rosa* y otros semejantes para conseguir salud o cosas temporales que codiciaban.¹⁰⁸² Por último, los Reyes Católicos mandaron a sus corregidores y justicias del Reino que se informaran si alguna persona en su jurisdicción adivinaba el futuro, y si eran legos los prendiesen, encarcelasen y castigasen, y si fuesen clérigos lo notificasen a los preladados y jueces eclesiásticos para que los castigasen.¹⁰⁸³ El Título IV de la Nueva Recopilación renovaba para los agoreros y adivinos las penas contenidas en las Partidas, castigando además a los que colaboraban con ellos con la pérdida de la mitad de sus bienes para la Cámara Real.¹⁰⁸⁴

La legislación eclesiástica, ya desde el Concilio Toledano IV, establecía que si algún clérigo consultase a los magos encantadores o agoreros o a los que ejercían estas artes fuese depuesto de su honor y recluido en algún monasterio para que purgase la sacrílega maldad que había cometido con penitencia perpetua¹⁰⁸⁵. Otros concilios también anatematizaron estas prácticas y condenaron ideas que se aproximaban a algunas famosas herejías. La creencia de que las almas y los cuerpos estaban ligados a las estrellas fatales era una creencia pagana y cercana al priscilianismo, o que los doce signos que suelen observar los mahometanos estaban dispuestos por cada uno de los miembros del cuerpo.¹⁰⁸⁶ En otros concilios se habla de encantamientos, como las *cintas* y *filaterias*, que eran ligaduras del alma y se condenaban con la expulsión de la Iglesia¹⁰⁸⁷, o bien la utilización de hierbas medicinales para hacer encantamientos.¹⁰⁸⁸

Los sínodos andaluces de la Baja Edad Media también se hacían eco de este problema; se refieren a los adivinos, sortílegos, maléficos, encantadores y hechiceros que empleaban vaticinios, artes mágicas, hacían cercos y hablaban con los demonios, condenando tanto a los que lo hacían como a los que acudían.¹⁰⁸⁹ Especial gravedad le atribuían al mal uso de la eucaristía, del óleo, crisma y aras para cometer actos de este tipo. En época moderna tenemos una primera prohibición en el Sínodo de Diego de Deza -1512-, en el que el Prelado se refería a este problema:

¹⁰⁸¹ A.M.S. Sección XVI, Diversos. doc. 814.-A.

¹⁰⁸² Don Juan en Córdoba a 9 de abril de 1410; y don Felipe II en las Cortes de Madrid de 1598. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁸³ Don Fernando y doña Isabel por pragmática de Sevilla de 1500, en cap. De Corregidores cap. 53. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁸⁴ Título IV lib XII de la Nov Recop. Ley I. Cit. MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

¹⁰⁸⁵ TEJADA Y RAMINO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 186, Concilio Toletano IV, can. 29.

¹⁰⁸⁶ *Ibidem*, Concilio Bracarense I, canon IX; X, V.

¹⁰⁸⁷ *Ibidem*, Concilio Bracarense II, can. 59.

¹⁰⁸⁸ *Ibidem*, Con. Bracarense II, can. 74.

¹⁰⁸⁹ Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XIV. *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979

por que somos informados que en nuestro Arzobispado y Provincia ay muchas personas asi varones como mujeres que olvidando el temor de dios i la fe y confianza que deven tener de la divina providencia usan de adivinanzas i hechicerías, sortilegios i encantamientos i van o embian a tomar consejo con los que hacen los tales maleficios que son siervos del demonio.¹⁰⁹⁰

Según la doctrina del derecho canónico y el Motu Propio de Pío V de 1556 todos estos delitos eran de fuero mixto y podían conocer tanto el juez seglar como el eclesiástico.¹⁰⁹¹ A todos los que usasen estos hechizos, sortilegios, adivinanzas y encantamientos, y a los que acudiesen a buscar consejo, los condenaba en excomunión *ipso facto* y pena de dos mil maravedíes la primera vez, y la segunda la pena doblada y que fuesen avergonzados públicamente y desterrados por el tiempo que pareciere a los jueces. Así que mandaba a los provisosores y visitadores del Arzobispado que tuviesen mucha vigilancia y especial cuidado en inquirir contra tales personas y en castigar estos pecados gravemente para extirparlos de los corazones de los fieles. Y para que estos delitos no pudiesen ser encubiertos mandaba que los provisosores, cada año, desde la Dominica de la Septuagésima diesen cartas generales hasta anatema contra dichos delincuentes y contra las personas que supiesen quiénes eran los que habían cometido estos delitos y mandasen bajo censuras que acudiesen a notificarlo y declararlo ante ellos, ante los curas de las parroquias o ante escribano o notario público, para que pudiese constar en juicio. Y a los curas se les mandaba que en el plazo de un mes lo notificasen a los provisosores, enviando los testimonios, bajo pena de suspensión y 3.000 maravedíes cada vez que no lo hicieren.¹⁰⁹²

En el Sínodo de don Fernando Niño -1604- se volvieron a hacer constituciones contra los que usaban supersticiones y *nóminas* o rezaban oraciones con las que prometían bienes o evitar algunos males, como que no morirían en agua, fuego o dentro de un cierto tiempo. Con estas oraciones también se pretendía vencer a los enemigos, saber de los ausentes o con quien se iban a casar, si alguna persona estaba en el Purgatorio o en el Infierno, si lograrían de Dios lo que pidieren, si sabrían la hora de su muerte, si verían a la hora de su muerte a Jesucristo, a Nuestra Señora o a otros santos y *cosas desta manera vanas i sin fundamento de verdad*.¹⁰⁹³

La lectura de estas nóminas u oraciones se acompañaba con cierto número de candelas, en días y horas señaladas y con otros diversos ritos y ceremonias supersticiosas, y todo esto se tenía por *grande ofensa de nuestro señor i perjuicio de las almas*, así que ordenaba bajo pena de excomunión mayor que ninguna persona rezase tales oraciones y que todos los que las tuviesen las rompiesen y quemasen dentro de un mes desde la publicación de las constituciones. También se prohibía que ninguna persona trajese nóminas ni curase con ensalmos y bendiciones sin que primero fuesen

¹⁰⁹⁰ A.C.S. Sección IX, Legajo 42, doc. 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza, 1512. Capítulo V. Contra los adivinos, májicos (hechizeros) y quienes los consultan.

¹⁰⁹¹ Como lo dice Castillo in Polit. I. P. Lib. 3 c. Isin. 72.73.74. Cit. CAPARRÓS, J.J.: *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y ultima del Concilio de Trento*. Tomo I, Madrid, 1807. Tomo II, p. 142.

¹⁰⁹² A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Tit de Sortilegiis. Capítulo I. Contra los adivinos, i hechiceros i los que van a ellos.

¹⁰⁹³ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Capitulo II. Contra los que usan de supersticiones i que no se traigan nominas ni se cure con ensalmos ni bendiciones sin examen i licencia del Ordinario.

examinadas por el Provisor las palabras que decía y la forma en que lo hacía. Los curas y confesores del Arzobispado deberían tener particular cuidado y vigilancia de saber si esto se cumplía y los que no lo cumpliesen que no los absolviesen en confesión, extirpando de esta manera las supersticiones que tanto ofendían a la Divina Majestad.

Los tratadistas católicos consideraron la superstición, el sortilegio, la magia y las evocaciones espiritistas como fenómenos del mismo orden. La adivinación se consideraba una vana pretensión de conocer y predecir cosas ocultas o futuras cuyo conocimiento se podía obtener por medios naturales, *por lo cual se supone un pacto explícito o implícito con el demonio*.¹⁰⁹⁴ La nigromancia era la adivinación por la evocación de los muertos, la geomancia por ciertos signos o puntos que se hacían en los cuerpos terrestres, la hidromancia por signos en el agua, la aeromancia por signos en el aire, la piromancia por señales en el fuego, el aruspicio era por la inspección de las entrañas de los animales, la oniromancia la adivinación por los sueños, la chiromancia por las líneas de las manos, la metoposcopia por los signos de la frente, el augurio por el canto de las aves o por el graznido de ciertos animales, el *omen* por las voces de los hombres emitidas sin intención y la astrología por el movimiento de los astros o su situación.

El sortilegio era una adivinación por suertes. Había tres géneros, divisorias, consultorias y adivinatorias. Las divisorias eran las que se hacían con consentimiento de las partes para dirimir un pleito, para dividir una herencia, etc. La consultoria era aquella por cuyo medio se pedía a Dios la revelación de una verdad oculta o la dirección en un consejo dudosa, ambas se consideraban lícitas. La adivinatoria era aquella por cuyo medio se pretendía conocer las cosas ocultas o futuras o a las que no alcanzaba la inteligencia humana y eran gravemente ilícitas. La vana observancia consistía en tratar de impedir algún efecto, cuando por la locución de palabras desconocidas o por algunos signos u otros medios se pretendía obtener la infusión de alguna ciencia sin ningún estudio. La observancia de las sanidades se utilizaba para conservar o recuperar la salud y la observancia de sucesos consistía en presagiar acontecimientos buenos o malos por la ocurrencia fortuita de algún incidente, por ejemplo, se temía tener un camino desgraciado porque salió al encuentro un determinado animal o no se quería ir a un convite o sentarse a una mesa con trece personas porque una de ellas muere aquel año.

Magia se consideraba el arte de hacer cosas insólitas y maravillosas por causas ocultas. Se dividía en natural y supersticiosa. La primera se denominaba magia blanca y obraba cosas maravillosas por causas naturales pero ocultas, como por operaciones astronómicas, geométricas, aritméticas, ópticas, químicas etc., esta magia era lícita y permitida. La segunda se consideraba pacto explícito o implícito con el demonio y se llamaba vulgarmente magia negra. Si la operación mágica tenía como objeto hacer el mal a alguien se denominaba maleficio, como el maleficio amatorio que consistía en excitar el amor venéreo hacia determinada persona por medios mágicos, o bien inferir daño con el auxilio del demonio a los hombres o a los animales. Por derecho canónico se impuso a los magos y sortílegos penas corporales y excomunión, y si eran clérigos se les privaba del oficio y beneficio y se les encerraba en cárcel perpetua. También se les declaraba infames, ya fuesen clérigos o legos. Existían varias constituciones desde Inocencio VIII, León X, Gregorio XV y Urbano VIII en las cuales se condenaba y

¹⁰⁹⁴ MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

prohibían distintas clases de superstición y se renovaban las penas canónicas, especialmente contra los sortilegos.

Tenemos en el Arzobispado de Sevilla un pleito de justicia criminal por amancebamiento en el que además se descubrieron prácticas de superstición y hechicería. Es una pieza singular porque no era frecuente este delito en los ambientes urbanos, aunque, como veremos, se deja entrever que era más abundante de lo que imaginamos y quizás se mantuvo en la intimidad de las comunidades como un tabú sobre el que no había que hablar. En diciembre de 1629 el Fiscal del Provisor, Cristóbal de Bustos, denunció al maestro de escuela Sebastián Delgado por estar amancebado desde hacía muchos años con doña María de Minaria, y fruto de la unión tenían una hija de 10 años. Además le acusaba de tratar de:

suprescripciones y hechizo y de oraciones malas y de espíritus malos y les tiene en su casa y poder y las a dado a algunas personas para que las traygan consigo asegurándoles que son ciertas y que con ellas no les sucederá mal y trata de encomendar causando con todo mucha nota y escándalo.¹⁰⁹⁵

A continuación el Provisor mandó a Sebastián López, Notario Receptor de la Audiencia del Provisor, para que hiciese averiguación y tomase declaración a los testigos, y se presentó Francisco Ortiz de Linares, maestro sastre *de más de 46 años y que no sabía firmar*, vivía en la collación de San Gil y declaró que conocía *de trato y comunicación* desde hacía dos años a Sebastián Delgado, y sabía que había estado públicamente amancebado con una vecina, doña María de Minaria. También afirmó que ésta le había dado a Sebastián muchos ducados y vestidos, según le habían dicho, y del amancebamiento tenían una hija mayor de 9 años.

Además declaró acerca de las prácticas de hechicería del acusado, y de que era *público y notorio que el susodicho trata suprescripciones y hechizos y tiene oraciones malas... y tiene en su casa para que con ellas quien las truxere no les suceda nada malo ni justicia le ofenda y alcance lo que quiere*. Y que había visto a vecinos a las once y a las doce de la noche ir a por las oraciones, y sabía, porque las había visto, que trataban de espíritus malos, y a él mismo se las había ofrecido para que las llevara y así nadie le ofendería. Pero que viendo el testigo que no eran buenas y que trataban de espíritus malos y cosas contra la ley de Dios no las quiso; y estando una noche Sebastián Delgado en casa del testigo hablando con él hubo en la calle una reyerta a cuchilladas y le dijo *¿quiere ver como hago que estas cuchilladas se apaciguen con unas palabras que yo diré?* Salieron a la calle y Sebastián *habló entre sí* y después se apaciguaron las cuchilladas y le dijo al testigo: *¿qué le parece cómo les e hecho parar?, si yo quiero no me ofenderá nadie y ando sin armas*.

En otra ocasión el testigo se quejó de que le robaban y que no sabía qué hacer y Sebastián le dijo que no tuviese pena, que él le daría una *encomienda* para que aunque dejase la puerta de su casa abierta nadie le ofendiese ni le robase, y que a un hombre de San Bernardo se la había dado y le había hecho grandes milagros. Parece que Sebastián no era el único que andaba en estas prácticas supersticiosas porque el testigo declaró que le había invitado a ir a otras casas donde trataban de *susprecripciones y cosas yndevidas* pero no quiso ir.

¹⁰⁹⁵ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 975, 1620-1629. “El Fiscal contra Sebastián Delgado y María de Minaria”.

A partir del 18 de enero de 1630 siguieron pasando testigos ante el notario. Inacio Garzón, *cerejero* de 19 años, que firmó la declaración y era vecino de la collación de San Gil abundó en las mismas acusaciones; según él era *público y notorio*, y sabía que había ofrecido las oraciones malas a Francisco Ortiz de Linares para que las llevara consigo y a Pedro de Molina, y esto había causado *confusión y escándalo*. Pedro de Molina, sastre de San Gil de 19 años, reconoció que Sebastián estaba amancebado y que le entregó cuatro o seis oraciones para llevarlas a la casa del sastre Francisco Ortiz de Linares.

Sin embargo, la situación se complicó, porque a continuación declaró el Notario de la Audiencia Arzobispal Francisco de Morales, de 25 años, que dijo que había intervenido hacía años en un pleito anterior en el que el maestro escuela Sebastián Delgado denunció a María Minaria, que vivía en la calle de enmedio de los Jumeros, por estar amancebada con un clérigo. Ella se defendió diciendo que era una venganza del maestro escuela, que vivía en San Gil, porque ella no lo quería, y que por eso él le había hecho *tan grande ofensa, haciéndole una causa ante el Provisor y que aunque le costara quanto ubiera en el mundo se lo abía de pagar, lo qual desia la dicha doña maria echandose mano a la cara*.

Después declaró Jusepe Ruiz, aprendiz de carpintero de 15 años, que vivía en casa de Bernabé Alvarez, en la calle de los colcheros, y que dijo que conocía al *escolero* y sabía que estaba amancebado con una mujer viuda que vivía en las humeras, que se llamaba María de Minaria y que trataba embustes, hechizos, oraciones y espíritus, y las llevaba consigo. Además vió cómo llevaba consigo tres oraciones malas y las daba a personas para que las portasen y así cualquier persona se pondría a salvo de sucederle nada malo, y se encomendaba a espíritus *malinos* y decía que a quien encomendara su casa no le sucedería nada malo en ella, y muchas veces iba a casa de Francisco Ortiz de Linares a ofrecerle algunas oraciones y el testigo decía que esto le causaba mucho escándalo.

El día 22 de diciembre, el Notario Morales fue a buscar a Sebastián Delgado, que vivía en una casa en los Cuatro Cantillos, junto a la Puerta de la Macarena, y una mujer mulata que estaba a la ventana de la casa le dijo que no estaba. Después lo buscó por la iglesia de San Gil pues le dijeron que asistía por allí y tampoco lo encontró. El día 29 por la mañana tampoco lo encontró, pero tras varios intentos volvió a las tres de la tarde y lo halló, notificándole la Benigna Declaratoria del Provisor, don Luis de Venegas, para que en 24 horas se presentase ante él.

En cumplimiento del mandamiento se presentó a confesar y dijo que era natural de la ciudad y tenía 40 años, y que no sabía la causa de la detención. Que conocía a doña María de Minaria, viuda, desde hacía 4 años y medio y la trató carnalmente durante un año; que era verdad que había estado amancebado, *comiendo y durmiendo y tratándola carnalmente* y tuvieron una hija, pero que hacía más de un año y medio que no la veía ni se comunicaba con ella porque hacía unos trece meses la sorprendió con un religioso dentro de su casa, *quitado el hábito y sin capa, en calzones blancos y en jubón*, y desde entonces no había vuelto a hablarle. Esto nos ayuda a encajar la declaración del Notario Francisco de Molina cuando decía que Sebastián Delgado denunció a María de Minaria por amancebamiento. Sin duda se trataba de una venganza por despecho tras haber descubierto a María con el fraile.

El reo también negaba que hubiese tratado embustes, hechizos y oraciones y que se encomendara a espíritus *malinos*, ni que hubiese dicho públicamente que quien le encomendara su casa no le sucedería nada malo en ella; que lo que en realidad pasaba era que él y su hijo habían declarado contra Francisco Ortiz de Linares en una causa que le abrió el Provisor y por eso le había jurado enemistad a él y a todos los demás que declararon, diciendo que se lo habían de pagar. En su descargo afirmaba que desde hacía dos años se confesaba cada mes con el padre Carreto, de la Orden de San Basilio, y pedía que el Provisor enviase un notario para que lo comprobara.

A continuación, como era habitual en estos casos, el Procurador Nicolás de Zamudio, repitió en su escrito de alegaciones algunos de los argumentos que el reo había esgrimido en su defensa. Se trataba de “abonar” la figura del acusado, que Sebastián era un hombre honrado, buen cristiano, temeroso de Dios y de buena conciencia, y que confesaba y comulgaba muy a menudo con un padre espiritual en el convento de San Basilio, por tanto no se podía presumir que tuviese oraciones *supersticiosas* ni que invocase espíritus *malinos* y que todo era un testimonio que le levantaba Francisco Ortiz por enemistad, por haber declarado su parte en una causa contra él. Y también de “tachar” la figura del acusador, que Francisco Ortiz había jurado que les haría todo el mal que pudiese, por eso fue el primer testigo de la sumaria y los demás que siguieron decían todo de oídas, divulgando la fama con mala voluntad. Por tanto suplicaba que diese por libre a su parte.

El Fiscal se reafirmó en su acusación y presentó su interrogatorio de preguntas para los testigos en la plenaria. Como siempre se preguntaba por el conocimiento de las partes y de la causa, si sabían que estaban amancebados y en pecado público *comiendo y durmiendo y tratándola carnalmente y del dicho trato tienen una hija*, y si sabían que era embustero y usaba hechizos y oraciones, causándose escándalo. Por último, como era de rigor, si todo esto era *público y notorio*. Después, el Gobernador, Provisor y Vicario General cometió al Notario Sebastián López para que tomase declaración a los testigos en la plenaria. Se presentaron el Notario de la Audiencia Arzobispal Francisco de Morales Melgarejo de 25 años, que leyó y se ratificó, Francisco Ortiz de Linares, de 46 años, también se ratificó, y no sabía firmar. Inazio Garzón, *serajero*, también, firmó. Jusepe Ortiz de Linares, aprendiz de carpintero, también. Pedro de Molina no se presentó y el Notario fue a buscarlo a casa de su padre en el barrio de San Gil, calle San Sebastián, y no lo halló, después volvió, lo halló y se ratificó. Finalmente el Notario Sebastián López dejó constancia de que tuvo que ir muchas veces a buscar a los testigos y al acusado, para que se le tasasen sus derechos en lo que fuese justo.

En el interrogatorio de preguntas para los testigos de la parte del reo se les preguntaba para que afirmaran que no había estado amancebado y que por el contrario era un hombre honrado, buen cristiano, temeroso de Dios y de su conciencia, de buena vida y fama, dando buen ejemplo con su modo de vivir y enseñando la doctrina cristiana a los discípulos que tenía de leer y escribir, confesando y comulgando todos los meses, cumpliendo con los preceptos de la Santa Madre Iglesia y ayudando a misa todos los días con mucha devoción desde hacía más de 14 años.

Y por supuesto que no había enseñado ni traído consigo oraciones *supersticiosas* ni invocaba malos espíritus, ni había quitado cuchilladas y pesadumbres, y que todo era testimonio que le levantaban émulo suyos y otros inducidos por ellos, pues todo nacía

de la pasión y odio que le tenía Francisco Ortiz de Linares, que *levanta figura*, por haber declarado en una causa contra él por mandamiento del Provisor. Así que las acusaciones eran mutuas porque Sebastián Delgado había depuesto en una causa anterior abierta por el Provisor contra su principal acusador, Francisco Ortiz de Linares, porque *levantaba figura*, es decir que vaticinaba o predecía el destino basándose en los astros.

Sebastián Delgado presentó como testigos a Juan Rodríguez del Olmo, tejedor de *torquería*, de 45 años, que negó todas las acusaciones y abonó al reo diciendo que era un hombre honrado y buen ejemplo para los discípulos de su escuela, que ayudaba a misa, confesaba, comulgaba y oía misa con mucha devoción. Y que hablando con el testigo le había dicho que era devoto de las Benditas Ánimas del Purgatorio y que le rezaba, y de Dios y su Bendita Madre, por tanto estaba convencido que era testimonio que se le levantaba.

Pedro Leal, tejedor de terciopelo de 24 años, que vivía en la collación de Santa Marina, también negaba todas las acusaciones y dijo que conocía a Sebastián desde hacía más de 24 años, que venía de Málaga y aseguraba que era honrado y de buena conciencia. Marcos Díaz, jubetero, que vivía en casa de Sebastián, en San Gil, igualmente negaba las acusaciones y abonaba la persona del reo en términos parecidos. Y como vivía en casa de Sebastián declaraba que le había oído decir a él y a su mujer que había tratado con María de Miñana pero que hacía más de año y medio que no lo hacía. Melchor de Margaes, tejedor de terciopelo de 60 años, que vivía en la calle Macasta, en San Julián, dijo que conocía a Sebastián desde hacía más de 20 años, negaba las acusaciones y afirmaba que enseñaba a sus discípulos la doctrina cristiana con mucha *puntualidad*. Finalmente presentaron como testigo al presbítero Sebastián Fernández, que vivía en la calle Jumeros, que repitió en parecidos términos todo lo anterior.

En la sentencia el Provisor amonestó al reo para que en lo sucesivo viviese honesta y recogidamente y no tratase ni comunicase con doña María, ni en público ni en lugares sospechosos. Y por la culpa le condenaba en 18.000 maravedíes y costas, y en cuanto a las oraciones supersticiosas que decía que tenía y al trato con espíritus malignos le mandaba que las exhibiese y se reservaba *proveer sobre esto lo que conviniese*.

A continuación el reo pidió que se le notificase la requisitoria de prisión del Fiscal eclesiástico en la cárcel real donde se hallaba, así como la sentencia, y que se le devolviesen sus bienes, que habían sido secuestrados por el Alguacil Mayor, para hacer frente al montante de la condena más las costas, en total 107 reales. También pedía que se permitiese a su hijo disponer de su casa y sus bienes para pagar la condena y que se le diese plazo para pagarla. Por tanto la justicia real también había intervenido, secuestrándole sus bienes y condenándolo en pena pecuniaria.

Sin duda este pleito no dista mucho de otros en cuanto a la configuración de los bandos en lucha. Sin embargo, ambos se acusan mutuamente de utilizar sortilegios y adivinaciones, y en el enfrentamiento movilizan a dos grupos de vecinos, casi todos artesanos, que forman facción al lado de una u otra de las partes. El acusador, Francisco Ortiz Linares, maestro sastre de 46 años, tiene de su parte a otro sastre, a un cerrajero, a un aprendiz de carpintero y a un Notario de la Audiencia Arzobispal, todos muy

jóvenes, de entre 15 y 25 años, y vecinos de San Gil, como él, e incluso el aprendiz de 15 años vive en su casa. Por parte del reo se movilizan tres tejedores, un jubetero y un presbitero, todos también vecinos de la misma zona, San Gil, San Julian y Santa Marina. También es de destacar que ni el Fiscal ni el Provisor indagasen más en la cuestión de las prácticas adivinatorias, excepto ese último mandamiento en la sentencia para que mostrase las oraciones supersticiosas, reservándose proveer lo que conviniese.

Mesoneros, vagabundos y holgazanes

Las Ordenanzas del Consejo de Sevilla eran especialmente celosas en el control de las tabernas. Una de las obligaciones del Asistente era visitar los mesones y ventas a través de sus Fieles ejecutores, que debían inquirir los rufianes y malhechores que había en la ciudad, a los que denominaba *omes baldíos sin collación*.¹⁰⁹⁶ En el título de los Alcaldes de la Tierra se mandaba a estos que visitasen las ventas y mesones para ver si se respetaba la prohibición de dar de comer y beber a los esclavos y darles cama.¹⁰⁹⁷ También se mandaba a los taberneros y mesoneros que ninguna mujer casada morase en la mancebía entre las mujeres *mundarias*, ni les alquilasen ropa para dormir ni para vestirse.

Son numerosas las disposiciones contra mesoneros, vagabundos y holgazanes, y contra los que decían cantaletas o palabras sucias y deshonestas, *que no tienen ni oficio ni amo*, advirtiéndoles que abandonasen la ciudad bajo pena de cien azotes y destierro y que cualquier alguacil o ministro de la justicia los pudiese prender y cualquier particular los pudiese denunciar. También advertían a los mesoneros, bodegueros, taberneros, tenderos, y personas que acogen gente, que no recibieran a rufianes ni mujeres *que ganan por sus personas*, ni personas sospechosas, bajo pena de 600 maravedíes y destierro la primera vez, mil maravedíes y destierro de medio año la segunda, y cien azotes y un año de destierro la tercera vez. Estas disposiciones también prohibían a los mesoneros comprar a los esclavos, o a las personas de servicio, trigo, cebada, viandas o alhajas que se pudiese sospechar que eran robadas.

El espacio de las tabernas y mesones estaba indisolublemente unido a una actividad, el tablaje público, del que encontramos reglamentaciones desde el 29 de diciembre de 1411¹⁰⁹⁸ hasta el Acuerdo de la ciudad de 17 de agosto de 1678 para suplicar a Su Majestad su prohibición.¹⁰⁹⁹ Así encontramos la persecución del juego de dados, naipes y bolos, especialmente los domingos y fiestas antes de misa, bajo pena de 600 maravedíes y si no los tuviese que pagase con 6 días de cárcel. Estos delitos generaban además cuantiosos ingresos pues estaban considerados Penas de Cámara e iban a parar a un escribano depositario y finalmente en la Cámara Real. Tenemos una relación, hecha por el Alcalde Mayor de Sevilla y su Tierra, de las condenas impuestas

¹⁰⁹⁶ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 43, Ordenanzas de Sevilla. Recopilación de las ordenanzas de todas las leyes antiguas y modernas, 1527, fol. XLVII. Mirar HILL, C.: *El mundo trastornado*. Madrid, 1972. Estos “omes baldíos sin collación” recuerda mucho a los “hombres sin amo” de los habla C. Hill como elementos de disolución social en la guerra civil inglesa.

¹⁰⁹⁷ *Ibidem*, fol. XII.

¹⁰⁹⁸ A.M.S. Sección XVI. Diversos. Catálogo de la Sección Diversos (1280-1515), 17b.-, 29 de diciembre de 1411.

¹⁰⁹⁹ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada, P Tomo 47, Papeles de Sevilla en la Corte, Acuerdo de la ciudad de 17 de agosto de 1678 para suplicar a SM la prohibición de los juegos públicos.

por los jueces de Sanlúcar la Mayor entre 1514-1518, en la que vemos cómo el escribano depositario, Antonio de la Parra, contabiliza los delitos por injurias a razón de 100 maravedíes la condena. Si las injurias eran agravadas, por ejemplo al Concejo de la villa, aumentaba la pena a 200 maravedíes, si se trataba de algo más grave, una *quistion*, a 300-400 maravedíes, y por el juego de *naipes* 400 maravedíes de condena.¹¹⁰⁰

En estas disposiciones sobre mesoneros y taberneros es frecuente encontrar alusiones al control del tránsito de personas después de la puesta de sol, pues se establecía que las tabernas cerraran a las ocho de la noche de octubre a marzo y a las nueve el resto del año.¹¹⁰¹ También a la prohibición de que los hombres casados entrasen a comer y beber en las tabernas, y a que los oficiales, jornaleros y sirvientes, en vez de estar en sus ocupaciones, se dedicaran a jugar a naipes u otros juegos en días de trabajo, *blasfemando de dios o de su bendita madre o de los santos*.¹¹⁰²

También se prohibía que los taberneros y personas que tuviesen tienda de carbón, aceite y vinagre pudiesen usar ambos oficios y que no pudiesen tener taberna ni asistir a ella mujeres solteras ni las que tuviesen a sus maridos ausentes, y si alguna tuviese que asistir que fuese con licencia del Asistente para que se viese la edad que tenía, todo esto bajo pena de 600 maravedíes y destierro en caso de reincidencia.¹¹⁰³

Con respecto a los vagamundos se les prohibía vivir sin amo, bajo pena de cien azotes y expulsión de la ciudad, pues esto estaba mandado desde 1402 y se solía pregonar. También se trataba de controlar a los *malos omes baldíos de su collación*, y para esto los jurados con los vecinos tendrían que prenderlos y a quien los acogiere.¹¹⁰⁴ El control de los esclavos, de los judíos y moros, y de los negros y negras, era otra de las medidas que trataba de completar el control de estos elementos de disolución social. Los Reyes Católicos, por una orden dada en Valladolid el 8 de noviembre de 1475, nombraron a Juan de Valladolid como juez privativo de todos los negros y negras, loros y loras, mulatos libres y cautivos, para que conociera en todas las causas en que se viesen envueltos, en sus casamientos y en sus bailes y danzas.¹¹⁰⁵

¹¹⁰⁰ A.M.S. Sección XVI, Diversos. Catálogo de la Sección Diversos (1280-1515), 1122.- Relación de las condenas impuestas por los jueces de Sanlúcar la Mayor (1514-1518).

¹¹⁰¹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, M Tomo 37 Miscelánea de Sevilla, doc. 13: *El señor don Diego Hurtado de Mendoza cavallero de la Orden de Santiago Vizconde de la Corzana del Consejo del Rey y Ntro sr Mayordomo de la Reina Ntra sra asistente y Maestre de Campo General de la ciudad de Sevilla y su Tierra y jurisdiccion po su magestad manda*, 1-36 (Se pregonó en las plazas en 1629).

¹¹⁰² A.M.S. Sección XVI, Diversos. Catálogo de la Sección XVI (1280-1515), 17 (29-12-1411), VIII. Mandamientos y pregones de los oficiales y regidores de Sevilla y del corregidor; Ordenanzas de Sancho IV y de Alfonso XI prohibiendo la entrada de hombres casados en las tabernas a comer o beber, s/f., fol. 167 v.

¹¹⁰³ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila. M Tomo 37, Miscelánea de Sevilla, doc. 13: *El señor don Diego Hurtado de Mendoza cavallero de la Orden de Santiago Vizconde de la Corzana del Consejo del Rey y Ntro sr Mayordomo de la Reina Ntra sra asistente y Maestre de Campo General de la ciudad de Sevilla y su Tierra y jurisdiccion po su magestad manda*, 1-36 (Se pregonó en las plazas en 1629).

¹¹⁰⁴ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila. O Tomo 43, Ordenanzas de Sevilla. Recopilacion de las ordenanzas de todas las leyes antiguas y modernas, 1527, *Valdios hombres y de mal vivir*, fol. LXIII.

¹¹⁰⁵ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, P Tomo 51, Privilegios de Sevilla, Memoria de lo que contienen 7 libros que estan en el Archivo de la ciudad los quales se hicieron por mandado de los señores Reyes Catolicos, libro 8, fol. 197.

3.3.8.- Los incumplimientos de los preceptos de la Iglesia

Otro grupo de competencias que recaían en la Audiencia del Provisor eran las causas por el incumplimiento de los preceptos de la Iglesia. Contra los que no cumplían el deber pascual de *confesar* y *comulgar* una vez al año, tanto en Sevilla como en su Arzobispado, contra los que trabajaban en días de fiesta y contra los que comían carne en Cuaresma, viernes y días establecidos por la Iglesia. El Concilio Lateranense IV impuso la obligación de confesar y comulgar una vez al año por Pascua de Resurrección bajo pena de excomunión y privación de sepultura eclesiástica. Además mandaba a los médicos que avisasen a los moribundos para que preparasen su alma y se dispusiesen a recibir los santos sacramentos.¹¹⁰⁶ Las leyes civiles también insistieron en lo mismo y añadieron a la excomunión la pérdida de los bienes, que pasaban a la Cámara del Rey.¹¹⁰⁷

En España, medio siglo antes de Trento, el Cardenal Jiménez de Cisneros ya hizo decretar en Sínodo que todos los feligreses se confesasen al principio de la Cuaresma para disponerse a la comunión pastoral, estableciendo que sin este requisito no fuesen admitidos a ella, y que los párrocos enviasen una lista de todos los que no la hubiesen recibido y de los pecadores públicos y escandalosos. También se mandó que en todas las parroquias hubiese registro de los bautizados y de sus padres y padrinos para impedir los frecuentes divorcios de mala fe, aduciendo la afinidad contraída en la ceremonia del bautismo.¹¹⁰⁸ En Sevilla, desde el Sínodo del Cardenal Hurtado de Mendoza de 1490, se comenzó a legislar sobre la comunión y se mandó que no se partiese la hostia en trozos, sino que se hiciesen piezas pequeñas que se renovarían cada quince días. El Sínodo de Córdoba de 1520 prohibió dar la comunión a las personas que llevasen luto y a los hombres que llevasen barba crecida. Igualmente se estableció como condición para comulgar no tener rencor ni odio alguno contra los cristianos. Esta obligación la vemos recogida en los Sínodos de Jaén de 1492, de Sevilla de 1512 y de Córdoba de 1520.¹¹⁰⁹

Desde principios del siglo XVI, en tiempos de fray Diego de Deza, vemos cómo el Provisor, a través de los Edictos de Pecados Públicos, advertía contra estas conductas. Sin embargo, a pesar de las disposiciones sinodales y de los edictos, los incumplimientos continuaron. Por esto se estableció que los curas hicieran padrones de todos los incumplidores de su parroquia y los enviasen firmados al Provisor. Estos edictos mandaban que los curas hicieran *con mucha diligencia* los padrones de confesión y comunión de todas las personas de su parroquia que no hubiesen confesado ni comulgado, o que estuviesen excomulgados por estar en pecado público; y que los enviasen firmados a la Audiencia del Provisor hasta la Dominica in Albis, según la costumbre. Los curas debían denunciar públicamente en la iglesia a los que el Provisor hubiese declarado por excomulgados, nombrándolos por sus nombres en voz alta, de

¹¹⁰⁶ Concilio IV de letan cap. II. Cit. TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861.

¹¹⁰⁷ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Ley III, Tit. I, Lib I.

¹¹⁰⁸ DÍAZ IGLESIAS CASTAÑEDA, E.: *Historia de la Iglesia*. Madrid, 1852, p. 412.

¹¹⁰⁹ El Concilio Lateranense IV de 1215 en su constitución 21 "omnis utriusque sexus". Cit. SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio Historia de Andalucía*, Córdoba, 1979.

manera que el pueblo lo oyese y entendiese, sin dejar fuera ninguna persona *por amor y otro respecto*. Y si los rebeldes no se absolviesen y acudiesen a confesar y comulgar antes del día de la Trinidad, saliendo de los pecados públicos en que estaban, se mandaba a los curas que enviasen al Provisor un segundo padrón y memoria de estas personas antes del octavo día del Corpus Cristi, bajo pena de un florín.

También se mandaba que los provisos y oficiales del Arzobispado procediesen contra los rebeldes con las censuras y penas que les parecieren, agravándolas y reagrándolas hasta invocar al brazo seglar si fuese necesario. En la carta de invocación del brazo seglar eran nombrados los rebeldes por sus nombres y se decía en ella que permaneciesen presos, sin soltarlos *en fiado*, hasta que obedeciesen a la Iglesia y a los jueces eclesiásticos que procedieron contra ellos y les constase que habían sido absueltos, de manera que no les consintiese estar en pecado. Muchas personas principales que tenían oratorios y altares portátiles en sus casas, decían haberse confesado con religiosos o con otros sacerdotes de los que tenían facultad para oír penitencia y absolver, y se excusaban de confesarse en su parroquia, así que en los edictos se mandaba que los curas no los tuviesen por confesados ni por absueltos hasta que trajesen las letras que demostrasen que se habían confesado con los religiosos. El cumplimiento pascual incluía la prohibición de comer carne, y venderla, en Cuaresma, viernes y vigiliass, así como leche y otras cosas prohibidas, sin la licencia especial del Provisor. También daba el Provisor las licencias *para comer carne en los días prohibidos* a los que tenían licencia del médico *para comer grosura*.¹¹¹⁰

El Concilio de Trento de nuevo actualizó estos preceptos, obligando a todos los fieles cristianos que llegasen al uso de razón a comulgar por Pascua Florida una vez al año al menos, bajo pena de excomunión.¹¹¹¹ En el Sínodo de don Cristóbal de Rojas de 1572 se quitó la excomunión a los que comían queso, leche y huevos en tiempos prohibidos, y se dio permiso a los confesores para que los absolviesen del pecado sin licencia del Prelado, pero se recordó a los curas y vicarios que no tenían potestad para dar dichas licencia.¹¹¹² En las constituciones de don Fernando Niño de Guevara de nuevo se prohibió a todas las personas de cualquier estado o condición que comiesen carne, huevos, queso o leche, en los días prohibidos, sin licencia del *médico espiritual y corporal*, a menos que tuviese Bula. La condena era de un ducado cada vez que comiese, la mitad para la fábrica de la iglesia donde fuese parroquiano y la otra mitad para el alguacil que lo denunciase.¹¹¹³

Si se trataba de una persona sujeta a otro, como hijo, criado o trabajador, se hacía responsable al padre o amo que le diese de comer o lo consintiese en su casa o campo de labranza, haciéndole pagar la pena. También se mandaba que los curas amonestasen a sus parroquianos y avisasen a los visitantes y jueces de cuáles eran los transgresores de esta norma, y que exhortaran a los que comían carne con licencia que

¹¹¹⁰ A.C.S. Sección IX, Legajo 42, documento 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Contra los que no oyeren misa mayor los domingos y fiestas de guardar o las quebrantaren y contra los que venden carne y cosas vedadas en la quaresma y días de ayuno.

¹¹¹¹ Concilio de Trento, canon IX de la sesión XIII. Cit. TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861.

¹¹¹² A.C.S. Sección IX, Legajo 42, documento 4. Sínodo de don Cristóbal de Rojas y Sandoval. 1572. Capítulo X. Cerca de los que han comido grosura en tiempo prohibido.

¹¹¹³ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Título de feriis et observatione ieiuniorum. Capítulo VIII. No se coma carne sin necesidad i licencia de entambos medicos en dias prohibidos ni leche queso ni huevos sin Bula.

lo hicieran con mucha moderación y recato sin dar nota ni mal ejemplo, encargando la conciencia a los curas y médicos para que examinasen con mucho cuidado a las personas que por enfermedad tenían necesidad de estas licencias. Otras constituciones reglamentaron las excepciones a esta norma, como los manjares de grosura, cabezas, pies e intestinos de los animales, que se podían comer los sábados.¹¹¹⁴

El Edicto General promulgado por Fernando Niño de Guevara en 1604 llamaba al cumplimiento pascual y advertía a los confesores que no tuviesen por confesados a los que mostrasen cédulas firmadas por un desconocido o que no se conociese su firma, que los confesores tuviesen licencia para confesar firmada por el Prelado o su Provisor y los frailes con la firma del Prior o Guardián del Monasterio que fuese conocida por los curas de las parroquias. Pasado el término debían denunciar públicamente diciendo sus nombres a todas las personas de la parroquia, collación y lugares que por los padrones se hallasen sin confesar y comulgar, y denunciados, lo enviarían ante el Provisor.¹¹¹⁵ También recordaba a los curas que debían aperebir de las penas en que incurrían los que comían carne en cuaresma, viernes y otros días prohibidos por la Iglesia sin tener licencia, por enfermedad, del médico espiritual y corporal, y los que teniéndolas por alguna causa justa comían juntamente con ella pescado.

Y si por ventura los dichos vuestros parroquianos estuvieren en su dureza i pertinacia i dentro de los dichos términos no se apartaren de los tales delitos públicos les aperebimos que procederemos contra ellos con todo rigor.

Después se hacía eco -y *por que somos informados*- de que, no obstante las censuras promulgadas contra los que no se confesaban ni comulgaban cada año y estaban en pecados públicos:

Con poco temor de dios i gran peligro de sus ánimas... i olvidando la fe y confianza que debían tener en la providencia divina en menosprecio del mandamiento i doctrina de nuestro maestro redemptor jesucristo que dixo amarás a tu señor dios de todo corazón i voluntad se dejaban estar excomulgados gran tiempo.

En el Sínodo de don Fernando Niño de Guevara (1604) se mandó que se publicasen los edictos generales contra los que no se confesaban y comulgaban y contra los que estaban en pecados públicos, dos veces al año, uno el primer domingo de cuaresma y otro el primer domingo de octubre¹¹¹⁶; y además, el Provisor, don Felipe de Haro, publicó un Edicto General dirigido a los vicarios, beneficiados, curas, clérigos y capellanes de Sevilla y su Arzobispado y vicaría de Lepe advirtiéndoles de la obligación que tenían los parroquianos de confesar con su propio cura y comulgar una vez al año, tanto hombres como mujeres *después que llega a los años de discreción*¹¹¹⁷; y los que no lo hicieran quedarían apartados de la comunión y participación de los fieles y de los otros sacramentos y se les negaba la sepultura eclesiástica en caso de muerte.

El Sínodo de Sevilla se hacía eco de los frecuentes incumplimientos de la obligación de confesar anualmente, dando lugar a que muchos fieles fuesen

¹¹¹⁴ *Ibidem*, Título de feriis et observatione ieiuniorum. Capitulo X. Los manjares de grosura (cabezas, pies e intestinos de los animales) que se pueden comer los sabados.

¹¹¹⁵ *Ibidem*, Edicto General.

¹¹¹⁶ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Capítulo XII. Que los edictos generales se publiquen dos veces en el año.

¹¹¹⁷ *Ibidem*, Edicto General.

excomulgados e incluso a que algunos de ellos permaneciesen mucho tiempo sin acudir a confesar y a pedir la absolución de la excomunión. En Cádiz existía además la dificultad de que muchos iban de viaje de negocios a Berbería y se pasaban años sin recibir los sacramentos en contra de las constituciones de la Iglesia y de las cédulas y provisiones del Rey. Desde la Dominica de Septuagésima se amonestaba a los fieles para que cumpliesen los preceptos con sus sacerdotes y éstos dividían la parroquia en distritos y calles para realizar el escrutinio de los vecinos que estaban obligados al cumplimiento pascual. Los curas confeccionaban una nómina con los nombres de todos los parroquianos que tenían la obligación de confesar y comulgar y establecían un turno para evitar que se presentaran todos a la vez y no hubiese suficientes confesores. En las parroquias de fuera de Sevilla esta relación de vecinos por calles y casas era recogida por el visitador para su entrega en la Audiencia del Provisor. A veces ocurrían pequeños roces entre parroquias por la clientela seglar, a principios de 1581 el cura de Santa María la Blanca, Juan Medina, informaba al Provisor que había calles en la parroquia que *desmarraban allí* y las sacramentaban en San Bartolomé, y pedía que las sacramentasen en su parroquia porque eran muy pocos vecinos.¹¹¹⁸

Finalmente a los que no confesaban y comulgaban antes de la Octava de Pascua de Resurrección se les ponía una *señal negativa* en la lista que se enviaba al Provisor, para que no los recibieran en la iglesia a los actos del culto, dejando de celebrar si se negaban a salir, y si morían no los enterraban en sagrado.¹¹¹⁹ Con respecto a la administración de la extremaunción, estos mismos sínodos, siguiendo la doctrina del Lateranense IV, pedían a los médicos que se preocuparan del alma antes que del cuerpo y obligaran a los enfermos a confesar y comulgar. Además, el viático no se llevaba a casa del enfermo en secreto sino tocando la campana y yendo el sacerdote por las calles vestido con sobrepelliz, estola, capa y bajo palio, acompañado solemnemente por el Santísimo Sacramento.¹¹²⁰

Otro de los incumplimientos de los preceptos de la Iglesia¹¹²¹ en los que el juez eclesiástico podía abrir causa era el quebrantamiento de las fiestas¹¹²², por trabajar o jugar mientras se celebraban los oficios divinos en la Iglesia.¹¹²³ Esta prohibición afectaba a tratantes y artesanos, colectivo numeroso en la ciudad de Sevilla y con notable capacidad económica. El trabajo, el comercio y el lucro eran actividades públicas socialmente necesarias pero sobre las que recaía el estigma del pecado de ambición y usura. Se trataba de mantener el día santo a salvo de ser mancillado por estas actividades profanas.¹¹²⁴

¹¹¹⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹¹¹⁹ Sínodo de Jaén 1492, Sevilla 1512 y Córdoba 1520. Cit. SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio Historia de Andalucía*, Córdoba, 1979.

¹¹²⁰ Concilio Lateranense IV c. 22; Sínodo de Sevilla 1512, Cap. V; Sínodo de Córdoba de 1494 y de 1520, Tit. I, Cap. VI. Cit. SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio Historia de Andalucía*, Córdoba, 1979.

¹¹²¹ PINEDA-ALFONSO, J.A.: El delito del quebrantamiento de las fiestas en la Sevilla moderna. *Archivo Hispalense: Revista histórica, literaria y artística*. Tomo 88-89, nº 267-272, p. 123-153.

¹¹²² *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Partidas, ley 58 y su glos. De Gregorio Lopez gloss. 3 tit. 6.

¹¹²³ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro 4, Título 1, Ley 4, num. 2.

¹¹²⁴ *Constituciones Synodales del Arzobispado de Sevilla, copiladas, hechas y ordenadas agora nuevamente, por don Rodrigo de Castro*. Año 1586. En la (B)iblioteca (G)eneral de la (U)niversidad de

El quebrantamiento de las fiestas era en realidad un delito de *mixti fori* pues las leyes seculares también lo tipificaban. Las leyes civiles no prescribieron la observancia del domingo hasta que Constantino, después del fin de las persecuciones, mandó suspender en festivos las audiencias y tribunales, pero antes estaba explícita en cuanto a ley eclesiástica. La jurisdicción civil, tan celosa de sus prerrogativas y tan atenta a las intromisiones de la jurisdicción eclesiástica en sus competencias, reconocía que los eclesiásticos tenían jurisdicción sobre legos en cuanto a la observancia de las fiestas, porque el culto era un asunto de derecho divino, aunque la determinación del tiempo era de derecho positivo.¹¹²⁵ El obispo podía prohibir abrir tiendas, vender y contratar en los días festivos y ejecutar contra los transgresores la ley real.¹¹²⁶

Las Siete Partidas establecieron estos días para honrar a Dios y a los santos y prohibieron los juegos, labrar y hacer labores, invitando a ir muy apuestamente *et con gran homildat* a la iglesia, y al salir hacer y decir cosas en servicio de Dios, y cualquiera que no guardase las fiestas que lo amonestase el prelado y lo pudiese excomulgar.¹¹²⁷ En el siglo XIV encontramos la prohibición de todas las labores y abrir las tiendas los domingos -*mandamiento es de Dios que el día del Domingo sea santificado*¹¹²⁸-. Esta prohibición incluía la actuación en los tribunales en causas forenses.¹¹²⁹ Incluso los concilios recogieron este supuesto prohibiendo a los eclesiásticos ser árbitros de cualquier clase de negocios en días de fiesta.¹¹³⁰

Las ordenanzas municipales también obligaron asistir a misa los domingos y festivos, así lo vemos en las del concejo de Carmona de 2 de enero de 1495 que establecieron para los que permaneciesen en las calles y plazas después de tocar a misa mayor la pena de cárcel y 10 maravedíes de multa que se entregaría a los pobres.¹¹³¹ En algunos casos el cabildo delegó el control de este delito en los alcaldes de los oficios. Tenemos un documento en el que un herrador pedía al cabildo que ordenase al alcalde de los herradores que le devolviese una prenda que le había secuestrado por haber herrado la cabalgadura de un caminante en domingo, pues lo consideraba un caso de necesidad, y por tanto al amparo del acuerdo que tenían los herradores de la localidad.¹¹³² Junto a la intervención de la justicia secolar, en la misma Carmona, encontramos la autorización del vicario eclesiástico a los mesones donde se alojaban las

(S)evilla. Sign. R/7/4/2. Hay otro ejemplar con la Sign. 16/119. "Titulo De Summa Trinitate et fide catolica. Los mandamientos de la ley de Dios. El tercer mandamiento: santificarás las fiestas. Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. El primero oír misa entera los domingos y fiestas de guardar".

¹¹²⁵ CASTILLO DE BOBADILLA, J.: *Política de Corregidores, y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, Madrid 1597. cap. XVI. Por la jurisdicción eclesiástica. Caso XVI. Novísima Recopilación. Libro 1, Título 1, Ley 4.

¹¹²⁶ CASTILLO DE BOBADILLA, J.: *Política de Corregidores, y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, Madrid 1597. Según Pedro Gregorio: De Syntag. Iuris I p. Lib. 2, cap. 16, num. 26.

¹¹²⁷ *Las Siete Partidas*. T-I. Madrid, 1807. Título XXIII. Ley II, De cómo deben guardar las fiestas.

¹¹²⁸ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. D. Juan I en las Cortes de Briviesca año de 1387, Ley 3 y Ley 7.

¹¹²⁹ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Fuero Juzgo. Libro 2, Tit. 1, Ley 10.

¹¹³⁰ DE LA PASTORA y NIETO, I.: *Diccionario de Derecho Canónico*. Madrid, 1847, T- III. p. 27. Canon 4º del Concilio de Tarragona.

¹¹³¹ GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M.: *Catálogo de la documentación medieval del Archivo de Carmona*. Sevilla, 1976, doc. núm. 899.

¹¹³² *Ibidem*, doc. núm. 577, 4 de febrero de 1587.

personas que traían la madera de fuera para venderla los domingos.¹¹³³ Aunque de derecho canónico, la prohibición de trabajar en fiestas y la obligación de la asistencia a misa se ejercía por la justicia seglar del Cabildo, poniendo de manifiesto la confusión de jurisdicciones.

Las Leyes Recopiladas condenaban la profanación de los días festivos y mandaban que los domingos y fiestas de guardar no se labrase, se hiciesen labores ni se tuviesen abiertas las tiendas, bajo pena de 300 maravedíes de multa, cien para el acusador, cien para la iglesia y cien para la Cámara Real, prohibiendo a los cabildos seculares dar licencias para ello bajo pena de 600 maravedíes.¹¹³⁴ La colaboración entre jurisdicciones parecía asegurada, la legislación real, haciéndose eco del derecho canónico, tipificaba el delito, establecía la pena y lo perseguía, y las penas pecuniarias se repartían entre la Cámara Real y la Iglesia; finalmente las licencias para trabajar en días de fiesta por causa justificada eran de jurisdicción eclesiástica y también suponían el pago de tasas.

Ya en el siglo XVIII las ordenanzas de policía urbana y rural de la villa y corte de Madrid, en conformidad con las leyes y cánones, prohibió todo trabajo personal los domingos y días de precepto, exceptuando si fuese indispensable continuar el trabajo en tiendas, talleres y obradores, pero obteniendo permiso del alcalde o teniente de distrito, previa licencia de la autoridad eclesiástica. La excepción afectaba a las tiendas que vendiesen artículos precisos de sustento y medicinas: roperías, sombrererías, zapaterías y guanterías, que podían tener abierto hasta el toque de misa mayor en todo tiempo. También se prohibía rodar por las calles los carros destinados a la conducción de escombros, muebles y transporte a lomo de los animales de tiro. Para los que faltasen a la prohibición se establecía una multa de 100 reales, 40 para el denunciador, reservándose el Corregidor imponer penas más severas a los reincidentes.¹¹³⁵

Por lo que respecta al discurso religioso, en el Antiguo Testamento la regla de la observancia del sábado era el único de los diez mandamientos que se refería a una norma ritual. En la tradición judaica este ritual, como el del luto y otros, se guardaba con enorme escrupulosidad, cesando cualquier actividad; no sólo se prohibía el trabajo sino también otras actividades como encender fuego, arrancar del suelo cualquier planta o flor, cargar algo, aunque fuese liviano como un pañuelo, caminar con caballos, bueyes o carros, preparar comida y hacer cualquier cosa que perteneciese al aseo del hombre o de la casa.

Parece que los Apóstoles quisieron trasladar al domingo la celebración del sábado de los judíos¹¹³⁶, interrumpiendo los trabajos del campo, descansando de todos los negocios y entregándose solo al culto divino. San Agustín cuenta que por tradición apostólica se debía celebrar el domingo absteniéndose de las cosas terrenas, mundanales y poco decorosas y entregándose solamente a los cantos divinos.¹¹³⁷ Pero las costumbres judaicas en torno a la guarda de las fiestas se siguieron observando en los

¹¹³³ *Ibidem*, doc. núm. 99, 12 de mayo de 1498.

¹¹³⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro I, Título I, Leyes VII y VIII.

¹¹³⁵ DE LA PASTORA y NIETO, I.: *Diccionario de Derecho Canónico*. Madrid, 1847. T. III, p. 27.

¹¹³⁶ *Ibidem*, Cita las Constituciones Apostólicas. Libro 2º, cap. 59. Carta de San Ignacio a los Magnesianos. También en el Concilio de Laodicea y en el II Concilio de Macon del año 585 d. C.

¹¹³⁷ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1863, T. I, p. 418.

pueblos cristianos -y por estar los pueblos en la persuasión de que no debe trabajar...todo lo cual mas bien pertenece a la ordenanza judaica¹¹³⁸-, por esto algunos concilios antiguos mandaron que en estos días se hiciese *todo aquello que se hacía antes*, y establecieron la necesidad de señalar las fiestas y anunciarlas a los legos para que se abstuviesen de trabajar¹¹³⁹, tratando de evitar que los cristianos sabatizaran¹¹⁴⁰, y suavizando las severas prescripciones del judaísmo.

Sin embargo establecieron que los fieles se abstuviesen de una serie de acciones sobre la naturaleza como el trabajo rural, arar, labrar viñas, segar, trillar o sembrar, y la caza, y todo para que cesaran las actividades profanas y se acudiese a la iglesia a sustituirlas por los actos de devoción. Y si alguno contravenía la prohibición era corregido *no con castigo laical sino con el que le imponga el sacerdote*¹¹⁴¹; la falta quedaba así circunscrita al fuero interno de la conciencia, pues a los contraventores los reprendía el Obispo pero no se le imponían penas físicas ni pecuniarias en el fuero externo.

La disciplina antigua estableció la obligación de la asistencia a misa entera, es decir permaneciendo hasta la oración y bendición del sacerdote¹¹⁴², y los sínodos andaluces de la Baja Edad Media insistieron en la actitud que había que mantener en ella, prohibiendo trabajar y tipificando el delito. Había que escuchar con atención y devoción, sin hablar ni entender de negocios, con compostura, sin portar armas¹¹⁴³, cesando toda actividad profana y diversiones poco decorosas.¹¹⁴⁴

En los sínodos andaluces se establece desde el principio la asistencia a misa como el acontecimiento central del día de fiesta y el eje del resto de prescripciones¹¹⁴⁵, especialmente de la prohibición de trabajar. Esta ceremonia suponía una actualización y exaltación de los sentimientos de hermandad entre los parroquianos que pretendía la renovación periódica de las señas de identidad colectivas por la inmersión en los orígenes, el sacrificio de Cristo y la alianza eterna, y toda actividad profana contraria a este hecho suponía una ofensa a Dios y a los mandamientos de la Iglesia.

Toda transgresión de estos preceptos se consideraba indigna y en ofensa de Dios, pues era preciso celebrar con alegría y devoción la resurrección del Señor y dar

¹¹³⁸ *Ibidem*, 451-452. II Concilio de Orleáns, año 538, Canon XXXI, De la observancia de los domingos.

¹¹³⁹ DE LA PASTORA y NIETO, I.: *Diccionario de Derecho Canónico*. Madrid, 1847. T- III, p. 27. Concilio de León, canon Pronuntrandum, dist. 3. de Consecratione.

¹¹⁴⁰ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. T- I, pág. 105. Concilio Laodicense, canon XXIX, año 357 d.c.

¹¹⁴¹ *Ibidem*, p. 451-452. II Concilio de Orleáns, año 538, canon XXXI, De la observancia de los domingos.

¹¹⁴² *Ibidem*, p. 436. Concilio de Agde, año 506, canon XLVII: Que no salga el pueblo hasta haberse concluido la misa, y el Concilio Laodicense, año 357 d. C., canon XXII.

¹¹⁴³ *Ibidem*, p. 452. II Concilio de Orleans. Canon XXXII. Que se oiga misa entera y que ninguno oyese misa con armas de guerra.

¹¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 418. Concilio de Agde, año 506, canon XLVII. El presidente del Concilio, Cesario, sancionando la doctrina de San Agustín.

¹¹⁴⁵ A.C.S. Sección IX, Legajo 42, doc. 4. *Constituciones Sinodales de Don Diego Hurtado de Mendoza*. Canon: Que en los domingos e fiesta de guardar no lleven fuera la santa comunión. Se trataba de impedir que el pueblo saliese de la misa con la excusa de acompañar al cura a llevar el sacramento a algún enfermo o a un entierro. Este canon se repitió en el Sínodo de don Rodrigo de Castro de 1586. Título de Custodia Eucaristiae Chrismatis. Cap. III. "Que los domingos y fiestas de guardar no lleven fuera la santa comunión mientras se dice la misa mayor".

gracias por ello dedicándose a oraciones y obras de misericordia en servicio y alabanza de Dios y cesar todo trabajo y toda obra indigna.¹¹⁴⁶ Por esto encontramos en la disciplina antigua el castigo de excomunión para los que asistiesen a espectáculos en vez de ir a la Iglesia.¹¹⁴⁷

El Sínodo de Jaén de 1492 prohibía trabajar, vender y abrir sus tiendas a zapateros, chapineros, sastres, tundidores, especieros y otros oficiales de artes mecánicas, a no ser que coincidiera con el mercado; entonces podían vender pero no trabajar. Los tenderos podían abrir ambas puertas de sus tiendas *teniendo la mercancía donde no paresca*, pero no podían vender. Los boticarios podían abrir una puerta para vender medicinas, pero los aguadores no podían echar agua. También se establecía que nadie sacase a la plaza *asno cargado de carbón*, que los herradores y los tejedores no trabajasen en su oficio, que los *pelaires* - cardadores de paños - no cardasen ni tiñesen y que los canteros, yeseros, tapiceros, tejedores, ollereros, tinajeros y cantareros no trabajasen, pero los molineros, panaderos, bataneros y acarreadores podían hacerlo en tiempo de necesidad con permiso del Obispo. Los tintoreros de bullon - tinte que hierve la lana - no debían trabajar en fiesta y los de los otros tintes debían parar los domingos pero no los días de entre semana que fuesen fiestas, y se les prohibía lavar, enjuagar, tender o poner en los tiradores paños o madejas.¹¹⁴⁸ Finalmente se les prohibía a los acarreadores *acarrear* y a los molineros de aceite que llevasen asnos cargados o moler.

En el Arancel de derechos de los oficiales eclesiásticos del Arzobispado de Sevilla del Cardenal Hurtado de Mendoza - 1498 - se mandó que el alguacil penase a cualquiera que *ficiere haciendas los domingos* o llevase bestias con cargas por la ciudad, imponiéndoles la pena de 30 maravedíes y a los oficiales que hiciesen labor los podría multar con 12 maravedíes.¹¹⁴⁹ Las referencias en los cánones al cumplimiento del precepto de la asistencia a misa dominical son abundantes:

hemos hallado que muchas personas non temiendo a Dios ni a los mandamientos de la Iglesia dexan de oír misa los días de Pascua, domingos e otras fiestas que son obligados, uno entendiendo en sus haciendas tratos e mercaderías, otros estando en las plazas e en las tabernas e en otros lugares de que los católicos cristianos reciben escándalo e mal ejemplo.¹¹⁵⁰

Para corregir esto, el sínodo establecía que los curas amonestasen a los parroquianos para que fuesen a oír misa mayor los domingos y fiestas de guardar y que estuviesen en ella devotamente y con atención y no hablando o entendiendo en otras cosas. Se trataba de actuar contra todos los que estuviesen en las plazas y cementerios, jugando en sus casas o en las tabernas, mientras se decía la misa mayor. Y si no

¹¹⁴⁶ Sinodo de Jaén, año 1492, tit. LXXVI; C.P. Sínodo de Sevilla 1512, caps. 10 y 11; Sínodo de Córdoba 1520, tit. I cap. 11. Cit. SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio Historia de Andalucía*, Córdoba, 1979.

¹¹⁴⁷ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. T-I, p. 269. Concilio Cartaginense IV, año 398, canon LXXXVIII.

¹¹⁴⁸ Sínodo diocesano de Jaén de 1492. Título LXXVI. Cit. SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio Historia de Andalucía*, Córdoba, 1979.

¹¹⁴⁹ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Arancel de los Derechos del Alguacil eclesiástico. Documento inserto entre las Constituciones de Diego de Deza (1512) y en las del Cardenal Hurtado de Mendoza (1498).

¹¹⁵⁰ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. *Constituciones de Diego de Deza (1512)*. Cap. X. "Contra los que no oyeren misa mayor los domingos y fiestas de guardar".

obedeciesen que los corrigiesen fraternalmente y si reincidiesen con contumacia que lo notificasen al Provisor y oficiales para que procediesen con todo rigor de derecho.

Los sucesivos sínodos siguieron haciéndose eco de la frecuencia del incumplimiento de estas prescripciones - *somos informados que en nuestro Arzobispado las fiestas no se guardan por los fieles cristianos con la intención que la Iglesia las instituyó y como se deben guardar para la salud de sus ánimas*¹¹⁵¹ -, pues las fiestas estaban destinadas al servicio de Dios y reservadas, *en obsequio suyo*, para el ejercicio de sacrificios y obras espirituales, y sin embargo muchas personas se ocupaban en vicios, juegos, comilonas y disoluciones, *de lo que los pueblos reciben graves escándalos y daños*. Para evitar las ofensas a Dios se mandaba que ningún mercader, oficial, ni vendedor, tuviese tienda abierta los días de fiesta desde que tañese la campana llamando a misa mayor hasta que acabase la misa, y que no comprasen, vendiesen, ni trabajasen en poblados ni en el campo.

También prohibieron a los taberneros que vendiesen vino o acogiesen gente en sus tabernas para comer o beber hasta que terminase la misa, a los carniceros que pesasen las carnes o trabajasen y a las panaderas y demás personas que vendiesen cosas de mantenimiento y que no las sacasen a las plazas ni las vendiesen *públicamente*, excepto los boticarios que podían vender por razones de urgente necesidad. Y para ejecutar el mandamiento encomendaba a los alguaciles que aplicasen las penas acostumbradas contra los contraventores, un real cada vez, la mitad para la fábrica de la iglesia parroquial y la otra mitad para el alguacil. Asimismo daba poder a los vicarios para que lo ejecutaran en su vicaría invocando si fuera necesario el auxilio del brazo seglar.

El Sínodo de Córdoba de 1520 recoge un documento, establecido en 1503, en tiempos del obispo don Juan Rodrigo de Fonseca, entre los cabildos seglar y eclesiástico, sobre cómo debían guardar las fiestas los diferentes oficios. De nuevo se prohíben las *obras serviles y de trabajo* y se insiste en la cuestión de las puertas, pues se establece que los tenderos que vendían vestidos o alimentos lo harían después de misa y teniendo la mercancía dentro de sus casas y no expuesta fuera, con una puerta abierta y otra cerrada, y estarían con vestidos de domingo y *no con delantal*. También prohibía vender leña o paja y se refería a los tintoreros como los más *atrevidos* a trabajar estos días, mandándoles que no tiñesen, tendiesen ni lavasen paños, a no ser de mucha necesidad y con permiso.

Las aceñas de moler debían parar hasta que terminase la misa, pero los molinos y batanes de aceite debían dejar de trabajar todo el día; los curtidores desde el día de todos los santos hasta pascua florida podían enjugar y poner a colgar los cueros curtidos, pero los cueros en verde se podían atender durante todo el año, el lino se podía sacar cualquier día y el vino de lagar igual. En cuanto a las labores del campo cesarían cavar y podar, pero no sembrar ni recoger el pan. Los especieros y boticarios, por razones de necesidad, podían abrir sus tiendas *honestamente*.¹¹⁵²

¹¹⁵¹ *Ibidem*. Las fiestas que se han de guardar y que los curas las notifiquen a sus parroquianos.

¹¹⁵² SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio Historia de Andalucía*, Córdoba, 1979. Sínodo diocesano de Córdoba de 1520, Tit. I, Cap. II.

Pero, a pesar de la reglamentación exhaustiva de la prohibición ésta siguió burlándose, pues suponía una intromisión en la vida de los seglares que perjudicaba gravemente sus haciendas. Este concilio se hace eco de los frecuentes incumplimientos:

*havemos sido de muchos informados que en todo nuestro obispado tan enormemente se quebrantan las fiestas que muchas personas trabajan y entienden en sus exercicios y obras serviles assi los días de las fiestas como los otros días de labor.*¹¹⁵³

En los edictos de pecados públicos también se advertía contra estos incumplimientos, por esto se estableció que los curas hicieran padrones de todas las personas de su parroquia que no guardasen las fiestas y trabajasen en días prohibidos sin licencia por *causas justas* y los enviasen firmados al Provisor junto con los padrones de confesión y comunión. Y que los curas denunciaran en la iglesia públicamente a los que hubiesen incurrido en excomunión, procediendo contra los rebeldes por censuras y penas, agravándolas y reagrándolas, y si fuese necesario invocando el auxilio del brazo seglar. Y si como consecuencia de las acciones judiciales del Provisor el reo fuese declarado excomulgado, los curas estaban obligados a denunciarlo públicamente en la iglesia en la misa mayor, nombrándolo por su nombre en voz alta, de manera que el pueblo lo oyese y entendiese, sin dejar fuera ninguna persona *por amor y otro respecto*, hasta que obedeciese y pidiese la absolución. Si los rebeldes no se absolviesen y acudiesen a confesar y comulgar, saliendo de los pecados públicos en que estaban, hasta el día de la Trinidad, se mandaba que los curas fuesen obligados a enviar al Provisor un segundo padrón y memoria de estas personas, y este padrón se podría enviar hasta el octavo día del Corpus Christi bajo pena de un florín.

En los sínodos celebrados por don Cristóbal de Rojas en Sevilla se legisló ampliamente sobre esta cuestión¹¹⁵⁴; en el de 1572 se pidió que los testes sinodales de las vicarías informaran si los alguaciles se concertaban con los labradores y oficiales de los gremios para dejarlos trabajar a cambio de dinero y si los vicarios, y donde no los hubiese los curas, *tienen quenta que sus feligreses guarden los domingos y fiestas*.¹¹⁵⁵ Es evidente que los incumplimientos de los oficiales eclesiásticos eran un secreto a voces. No sólo tenemos el testimonio y las quejas de los seglares, también el empeño de los prelados y sus provisos de erradicarlos y los reiterados intentos en los sínodos de acabar con ellos agravando las penas. Tenemos constancia por los memoriales para la reforma del Arzobispado, e incluso por lo dispuesto en los sínodos diocesanos, de cómo los alguaciles hacían fraudes y *se componían* con los oficiales y tratantes para que, previo pago, *disimulasen* la ejecución de la pena y les dejasen trabajar y abrir las tiendas. En este caso el alguacil debía pagar lo que recibiere o llevare por no denunciar más el cuatro tanto y que estuviese 30 días en la cárcel la primera vez y la segunda la pena doblada y fuese privado perpetuamente del oficio.¹¹⁵⁶

En las respuestas dadas en el Sínodo de 1573, a las peticiones que fueron presentadas en el de 1572, se advertía para que los vicarios y curas persuadiesen a sus

¹¹⁵³ *Ibidem*, Sínodo diocesano de Córdoba de 1520. Tit. I, Cap. XI.

¹¹⁵⁴ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. *Sínodo diocesano del ilustrísimo y reverendísimo señor don Cristóbal de Rojas y Sandoval Arzobispo de Sevilla, 1572*. Capítulo 15, de los Testes synodales.

¹¹⁵⁵ *Ibidem*.

¹¹⁵⁶ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Contra los que no oyeren misa mayor los domingos y fiestas de guardar o las quebrantaren y contra los que venden carne y cosas vedadas en la quaresma y días de ayuno.

feligreses que los escribanos no usasen sus oficios los días de fiesta. En el de 1575 el Secretario de Cámara del Arzobispo, Gaspar Aragonés, aconsejaba con respecto a este problema:

en esto es necesario poner remedio general en todo el arzobispado por que se hace mui mal, asi por descuido de los bicarios como por que se entiende que los Alguaciles disimulan con los que la quebrantan por interese que les dan: conbiene que v^a s^a mande que los bicarios y curas tengan quenta con la observancia de las fiestas y se ponga remedio que los arrieros y caminantes no salgan del pueblo sin oyr misa y que los mesoneros no les dejen salir sin la aber oydo y que v^a s^a mande hacer pesquiza de los Alguaciles que an hecho mal sus oficios y que los Bicarios visiten por la mañana domingos y fiestas los tratos y oficios.¹¹⁵⁷

Además se daba poder a los alguaciles eclesiásticos, e incluso a los alcaldes y alguaciles seglares, siendo invocados por el vicario, para que multasen a los que no asistiesen a misa con medio real, *sin perdonárselos ni devolvérseles*. Junto a la represión de la desobediencia, otras medidas como la concesión de indulgencias y perdones animaban a la asistencia a misa.¹¹⁵⁸ Se concedían 40 días de perdón a los que oyesen misa mayor y fuesen a las procesiones de San Isidro, San Clemente, San Marcos, Las Letanías, y a las fiestas de Santo Domingo y San Francisco en sus respectivos monasterios. Estas indulgencias eran notificadas los domingos en la misa, declarando los días de vigilia en que estaban obligados los fieles a ayunar por precepto de la Iglesia, amonestándoles a que guardasen la devoción y fuesen a la misa mayor, otros oficios divinos, obras de misericordia y otras obras que fuesen en servicio y alabanza de nuestro señor, apartándose de ofender a dios en ellos.

También se advertía a los vicarios y curas que para *evitar el mal ejemplo que dello se sigue* no estuviesen en conversaciones en las tiendas de los oficios y tratos, en las plazas ni entre los seglares, y que ni los legos ni los seglares estuviesen en conversaciones en la iglesia. Asimismo se mandaba a los sacristanes que no dejasen estar a los legos ni a los *muchachos* en las sacristías mientras se decía la misa, *por la mucha barahúnda y mormollo que suelen hacer, lo qual es causa de inquietud y poco recogimiento en los que han de decir misa*.¹¹⁵⁹ En la encuesta realizada entre las iglesias sobre los problemas relativos a la reforma y buen gobierno del Arzobispado en el Sínodo de 1575 se repitieron las quejas porque muchos se dedicaban a pasear por las plazas o a ir a los mercados y ferias y no acudían a misa.¹¹⁶⁰

Dado el reiterado incumplimiento del precepto y quizás por la importancia pecuniaria del delito y de las culpas implicadas en él se pedían otro tipo de soluciones: el nombramiento de un Fiscal especial para la persecución del delito. En el citado Sínodo ya encontramos sugerencias al respecto:

V^a S^a cometa su poder a los vicarios e curas más antiguos para que en cada pueblo elijan un Fiscal en razón y contra los que quebrantan las fiestas, el cual no traiga vara. Este con juramento parezca ente el vicario o cura más antiguo y declare las personas que an quebrantado alguna fiesta, y el tal vicario o cura vista su declaración

¹¹⁵⁷ B.C.C.S. Sig. 59/6/13. *Sínodo de don Cristoval de Rojas y Sandoval de 1575*. Doc. sin foliar. “Para que Aragonés responda a las faltas”.

¹¹⁵⁸ *Ibidem*, “Que el Arzobispo mi señor conceda perdones a los que estuvieren a misa mayor”.

¹¹⁵⁹ *Ibidem*, “Que los sacristanes no dejen estar legos en las Sacristías”.

¹¹⁶⁰ *Ibidem*. Peticiones del cura de la Iglesia de San Bartolomé de Paterna.

dé su mandamiento al sacristan que pague 2 reales de pena el que quebrantó la tal fiesta, el uno para la iglesia donde es parroquiano y el otro para el Fiscal y sino las quisiere pagar que el dicho vicario o cura le evite de las oras, o en la mejor forma que v^as^a mandare por que ay grande necesidad de reformatión desto.¹¹⁶¹

Don Rodrigo de Castro¹¹⁶², de acuerdo con el *Motu Proprio* de Pío V y con las constituciones sinodales¹¹⁶³, insistió en que los días de fiesta estaban *particularmente dedicados al culto y servicio de Dios nuestro señor*, así que debían cesar las obras *ilícitas y serviles*, para que los fieles se ocupasen en santificarlos con el ejercicio de *sacrificios y obras espirituales*¹¹⁶⁴, y que el Provisor y Alguacil Mayor tuviesen buena cuenta de esto. En los sínodos sucesivos se repitieron las quejas y se ampliaron los cánones, encargando a los padres de familia que acudiesen a misa con sus hijos y criados y particularmente a los pastores y labradores de los cortijos¹¹⁶⁵; y a los curas que tuviesen noticia de todos sus feligreses y llevasen un libro en el que, poniendo casa por casa los que tenían mas de 12 años, tomasen nota de todo lo relativo al cumplimiento de los preceptos y pecados públicos.

En la instrucción para visitadores del Cardenal don Rodrigo de Castro, insertas en las constituciones sinodales del Cardenal Niño de Guevara, se ordenaba a los visitadores que inquiriesen si se guardaban las fiestas y cómo hacían su oficio los alguaciles, pues estaban diputados para vigilar que el pueblo fuese a misa mayor y no estuviese en las plazas y calles hablando y jugando.¹¹⁶⁶ También se prohibía que nadie moviese a sedición ni levantase alboroto en la iglesia, que no se hiciese ruido ni se mantuviesen conversaciones vanas, deshonestas y profanas, con risas inmoderadas, que no se arrimasen y se echasen sobre los altares, y que no se hiciesen señas a las mujeres ni se hablase con ellas, encargando a los vicarios, beneficiados, curas, clérigos, sacristanes, porteros, guardas y ministros de la iglesia que lo denunciasen a los jueces eclesiásticos para que lo corrigiesen.¹¹⁶⁷

En el Sínodo de don Fernando Niño de Guevara de 1604 se reafirmaron algunas disposiciones del Sínodo de don Rodrigo de Castro, el cese de todas las obras *ilícitas i serviles* que ofendían a Dios y la exhortación a santificar el día con el ejercicio de sacrificios, oraciones y obras espirituales y de virtudes.¹¹⁶⁸ Sólo se permitía abrir las tiendas en los días de fiesta para las cosas de comer necesarias para *el sustento humano*, pues el arzobispo había sido informado del exceso y abuso que se daba en esto, *con las*

¹¹⁶¹ *Ibidem*, Relación de peticiones enviadas por los curas de Cortegana.

¹¹⁶² *Constituciones Synodales del Arzobispado de Sevilla, copiladas, hechas y ordenadas agora nuevamente, por don Rodrigo de Castro*: B.G.U.S. Sign. R/7/4/2. Liber Primus, Tit. De officio rectoris, Cáp. V. Del cuydado que se a de tener en la guarda de las fiestas.

¹¹⁶³ *Ibidem*, Instrucción de Visitadores, nº 67.

¹¹⁶⁴ *Ibidem*, Liber Primus, Tit. De officio rectoris, cap. I.

¹¹⁶⁵ *Constituciones Synodales del Arzobispado de Sevilla, copiladas, hechas y ordenadas agora nuevamente, por don Rodrigo de Castro...de 1586*: B.G.U.S.: Sign. R/7/4/2. Cap. De Oficio Rectoris, 18 y 19.

¹¹⁶⁶ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. *Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara. 1604*. Instrucción de Visitadores. Advertencia nº 74.

¹¹⁶⁷ *Ibidem*, Título De Religiosis dominis. Cap. V. “Del respeto con que se a de estar en las iglesias y las cosas que se prohiben hazerse en ellas”. Cap. VI. “Que los hombres no estén entre las mujeres en la iglesia, procesiones, y estaciones”.

¹¹⁶⁸ *Constituciones del arzobispado de Sevilla... de 1604*, A.C.S.: Sección VIII. Libro 122(18). Título De Feriis et observatione ieuniorum. Cap. III. “Los curas digan al pueblo después del Ofertorio los días que se han de guardar”. Capitulo I “las fiestas que se han de guardar”.

*tiendas abiertas i espuestas las mercadurías para quien las quisiere comprar, comprando y vendiendo cosas necesarias y las que no lo eran y contratando como los demás días de la semana y esto ofende mucho a nuestro señor.*¹¹⁶⁹

De nuevo se mandó que los visitantes velaran para que los alguaciles vigilasen que el pueblo fuese a misa y no estuviese en las plazas y calles hablando y jugando¹¹⁷⁰, prohibiendo las murmuraciones y palabras deshonestas en la iglesia y la mezcla de hombres y mujeres que ofendían a Dios.¹¹⁷¹ Para evitar esto se estableció que no se pusiesen bancos en las puertas de las iglesias y cementerios y que se quitasen los *poyos* de piedra o ladrillo donde la gente se sentaba para hablar de noche.¹¹⁷² Y que entrasen y estuviesen en la iglesia haciendo oración humilde y devotamente, adorando el santísimo sacramento *entrambas rodillas hincadas en el suelo*, inclinando la cabeza con reverencia al nombre del Señor.¹¹⁷³

Pues mientras el sacerdote ofrecía por las culpas y pecados del pueblo, los fieles, sin ninguna reverencia ni acatamiento, hablaban, paseaban y negociaban, incluso delante del altar donde estaba el santísimo sacramento *en cuerpo y alma de Cristo y bueltas las espaldas al altar, murmurando e infamando a su prójimo, haciendo señas necias y diciendo palabras obscenas, concertando sus torpezas y liviandades.*¹¹⁷⁴ Todo en gran escándalo de los que lo veían y en grave ofensa a Dios. Especialmente se señalaba a las viudas y a las doncellas, pues so color de recogimiento y honestidad se quedaban en sus casas y no iban a misa dominical; y a los amos y señores se les hacía responsables de enviar a misa a los pastores y labradores de los cortijos y a sus criados, esclavos e hijos.

Un memorialista se dirigía al Cardenal, *con gran dolor de su corazón y lágrimas de sangre*, quejándose de las libertades que se tomaban los fieles en la profanación de los templos, pues esto tenía a Dios *muy ofendido.*¹¹⁷⁵ Particularmente grave era en la Santa Iglesia Catedral donde muchos se ocupaban en risas, palabras ociosas y torpes y libertades *de las que al día se usan*. Y especialmente los mercaderes que profanaban el templo hablando, paseando y negociando, y no sólo en los claustros y lugares cercanos a ellos sino delante del Altar donde estaba el Santísimo Sacramento y Cristo en cuerpo y alma.

¹¹⁶⁹ A.C.S. Sección IX, legajo 42, documento 4. *Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara. 1604.* Título de Feriis et observatione ieiuniorum. Capítulo VII. No se tengan abiertas las tiendas en los días de fiesta ni se vendan mas que las cosas de comer necesarias para el sustento humano.

¹¹⁷⁰ *Constituciones del arzobispado de Sevilla... de 1604:* A.C.S.. Sección VIII. Libro 122 (8). Instrucción de Visitadores. N° 74. Remite a otra Instrucción anterior de don Rodrigo de Castro y al Tridentino, sesión 24, cap. 3, De Refor.

¹¹⁷¹ *Ibídem.* Título De regularibus. Cap. XVI. “Que los hombres no estén entre las mujeres en las iglesias, procesiones, i estaciones”.

¹¹⁷² *Ibídem.* Título De regularibus. Cap. X.

¹¹⁷³ *Ibídem.* Cap. XVI. “Del respecto con se ha de entrar i estar en las iglesias i las cosas que se prohíben hacer en ellas”.

¹¹⁷⁴ A.G.A.S. Sección II, Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cuadernillo de 1610. *Memorial a don Fernando Niño de Guevara.* Cit. J. Sánchez Herrero, *Historia de la Iglesia de Sevilla* (C. Ros, Ed.). Sevilla, 1992. p. 498. El memorialista parece ser Francisco de Porras de la Cámara, célebre literato y racionero de la Catedral.

¹¹⁷⁵ B.C.C.S. Sign. 59/6/13. *Sínodo de don Cristoval de Rojas y Sandoval de 1575.* documento sin foliar. “Peticiones del cura de la Iglesia de San Bartolomé de Paterna”.

Como los mercaderes solían hacer sus tratos y contratos en la Catedral, recordaba nuestro memorialista que Jesucristo expulsó a los mercaderes del Templo. A ellos amenazaba con el castigo divino, la expulsión, los azotes y el hundimiento de *los navíos de las mercaderías* de los tratantes, recordando que tenían comenzada una Lonja, y que se fuesen a ella *aunque estubiese mientras se acaba de cubrir el primer suelo con una vela u otro reparo para defenderse del sol y aguas*.¹¹⁷⁶ Y si advertidos no lo remediasen, proponía al Prelado que con un azote en la mano en nombre y virtud de Cristo, a quien representaba, acompañado de su Cabildo, los sacase del templo y les pusiese las censuras para que la iglesia quedase purificada.¹¹⁷⁷ Todo esto era especialmente grave porque en Sevilla concurrían muchos forasteros y quedaba en riesgo la imagen de la ciudad, de la religión y de la Monarquía. Y como eran los corredores de Lonja los que convocaban a los mercaderes y hombres de negocios para que fuesen a la Catedral a tratar sus negocios, el Prelado, acordándolo con su Cabildo, dio un mandamiento para que bajo pena de excomunión mayor no se juntasen a tratar en los templos, sino en la Lonja, y se mandó notificar personalmente a cada uno de ellos.

Y al resto de los seglares se les amonestaba para que acudiesen a los sagrados templos, y especialmente a la Catedral, con mucho respeto y veneración, entrando con gran humildad y permaneciendo con las rodillas hincadas en oración delante del Santísimo Sacramento, sin pasearse mientras se decían los oficios divinos y sin juntarse en corrillos tratando mal las honras ajenas. Para que se guardasen todos estos mandamientos recomendaba que se diese orden a los predicadores para que en sus sermones de Cuaresma declararan al pueblo la obligación que tenían de guardar y cumplir con estos preceptos y el pecado y ofensa tan grave que harían a Dios si no los cumplían. Y a los confesores que hicieran a sus penitentes las preguntas necesarias y les impusieran una penitencia rigurosa para que cumpliesen, amonestando y enseñando paternal y caritativamente lo que debían hacer, y si no se enmendasen proceder con más rigor y *pública demostración*.

Toda la maquinaria del gobierno arzobispal debía velar por el cumplimiento del precepto, vigilando cada uno en su jurisdicción que se guardasen las fiestas. El Provisor y el Alguacil Mayor, a la cabeza de la organización, controlaban desde Sevilla que los visitantes en sus veredas¹¹⁷⁸, los vicarios en sus vicarías y los curas más antiguos donde no los hubiese, perseguirían el delito sin disimularlo. Y en caso de reiteración y contumacia darían aviso al Provisor.¹¹⁷⁹ Sabemos que los visitantes amonestaban a los curas para que, en su labor de vigilancia y corrección de los pecados públicos hiciesen guardar las fiestas y que los fieles no sólo asistieran a misa sino que se abstuviesen de actividades profanas, no hablando ni entendiendo en negocios y dedicándose con devoción a oraciones, obras de misericordia y alabanza de Dios.¹¹⁸⁰

¹¹⁷⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial de algunas advertencias para el gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla”.

¹¹⁷⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cuadernillo de 1610. “Memorial a don Fernando Niño de Guevara”. Cit. SÁNCHEZ HERRERO, J.: *Historia de la Iglesia de Sevilla* (C. Ros, Ed.). Sevilla, 1992. p. 498. El memorialista parece ser Francisco de Porras de la Cámara, célebre literato y racionero de la Catedral.

¹¹⁷⁸ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. *Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara. 1604*. Instrucción de Visitadores. Advertencia nº 74.

¹¹⁷⁹ *Ibidem*, Título de Feriis et observatione ieiuniorum. Capítulo IV, que se castiguen con rigor los que no guardaren las fiestas.

¹¹⁸⁰ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Libros de Visita. Legajo 1.527. Visita de San Juan de la Palma de 24 de mayo de 1533 por el Inquisidor don Alonso Manrique.

También tenemos constancia de que las Ordenanzas del Regimiento de Sevilla mandaban a los maestros de los gremios que no obligasen a trabajar en días de fiesta a los obreros, ni desde el sábado después de la Salve. Ni después de las 8 de la tarde y que no los hicieran madrugar antes de las 4 de la mañana, bajo pena de 600 maravedíes.¹¹⁸¹ Asimismo se mandaba que en cada lugar, si no lo hubiese, se nombrase un alguacil que multase a los inculpados, prohibiéndole que diese licencias para no trabajar y que no disimulase el delito, porque se tenía información de que los alguaciles se concertaban *por un tanto* con los que quebrantaban las fiestas, permitiéndoles que trabajasen, o lo que era peor, dándoles licencias, cuando esta potestad era exclusiva del Provisor, y todo con gran peligro de las almas de unos y otros y escándalo de todo el pueblo.¹¹⁸² Finalmente establecía que si no lo hicieran recaería la pena de excomunión mayor para los alguaciles que actuasen de manera fraudulenta.

La persecución de este delito generó no pocas irregularidades y abusos. En 1596 tenemos el caso de un notario de Huelva, Juan Picón, que realizó numerosos cohechos en su vereda acusando, falsamente, según numerosos testigos, a los campesinos de trabajar en fiestas, cobrando dinero y trigo por disimular las denuncias.¹¹⁸³ Así lo hizo con Pedro Muñoz, alcalde ordinario de Rociana, de 60 años, cuando el verano anterior llegó al pueblo, y, acompañado del cura que señalaba a los supuestos contraventores de la prohibición, le amenazó con abrirle causa por trabajar los días de fiesta, proponiéndole que le diese de pena una o dos fanegas de cebada *o lo que quisiese*. El campesino negó que hubiese trabajado en fiestas y el notario le amenazó con abrirle causa y dar noticia al Provisor, con los consiguientes desplazamientos a Sevilla y pago de gastos de justicia que esto conllevaba. Finalmente, persuadido por su mujer, cedió al chantaje y para *apasiguallo* le dio una fanega de cebada.

Después siguió acusando y sacando trigo a otros vecinos, *de lo cual hubo un gran escándalo en la villa*, y en concreto a varias viudas, quizás por ser los miembros más vulnerables de la comunidad, a la de Nicolás, vecina de Rociana, le sacó dos fanegas de cebada, y a Inés Martín, de 50 años, a la que acusó de que sus criados habían trabajado los días de fiesta, le llevó una fanega de cebada y dos de trigo, vendidas a seis reales, la mitad de lo que costaban.

A principios del siglo XVII aparecen varios pleitos y documentos sobre este delito, quizás como consecuencia del aumento del celo en su persecución. En octubre de 1611 el Fiscal del Provisor, Andrés Melgar, abrió una sumaria información contra un gorrero por trabajar los domingos.¹¹⁸⁴ Se trataba de Miguel Jerónimo, de 48 años, *sedero de guarnecer sombreros*, que además era reincidente con *la mayor desvergüenza y grave escándalo*, pues había sido acusado anteriormente en tres ocasiones. En ella pedía su prisión y castigo ejemplar porque vendía sombreros todos los días de fiesta, teniendo la puerta de su tienda abierta. Finalmente siguiendo el procedimiento habitual,

¹¹⁸¹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 43, Ordenanzas de Sevilla. Recopilación de las ordenanzas de todas las leyes antiguas y modernas... para la buena gobernación del bien público e pacífico regimiento, año 1527, Sombrereros, fol. CCXII.

¹¹⁸² A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. *Constitutiones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara*. 1604. Título de Feriis et observatione ieiuniorum. Capítulo V.

¹¹⁸³ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 428. “El Fiscal del Arzobispado contra Juan Picón”.

¹¹⁸⁴ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 999. “El Fiscal contra Miguel Gerónimo, gorrero”. 20-10-1611.

el Provisor del Arzobispado, canónigo licenciado Jerónimo de Leyba, cometió al Notario Receptor Juan Jiménez Domínguez para que tomase declaración a los testigos.

Varios gorreros vecinos de la Iglesia Mayor testificaron en su contra. Todos afirmaron que vendía *públicamente* los días de fiesta, pues ellos pasaban por su puerta y lo hacía *ordinariamente*, como si fueran días de trabajo y esto provocaba gran *escándalo y murmuración de los vecinos*. Vista la información, el Provisor dio un mandamiento personal con fecha 26 de octubre para que el reo diese su confesión.

Como de costumbre, Miguel Jerónimo negó la acusación y dijo que lo que pasaba era que el domingo 10 de octubre entregó cinco o seis sombreros que había vendido el sábado anterior y que la tienda no la tenía abierta sino que era la puerta pequeña de su casa-tienda. En su sentencia, el Provisor le condenó en cuatro ducados de multa, conforme a lo dispuesto en la constitución sinodal, y en las costas del proceso, que montaban en total 18 reales y 10 maravedís. La pena pecuniaria suponía algo más del doble de los gastos del proceso, pero la mayoría de las veces los reos se limitaban a pagar penas pecuniarias de tan sólo tres reales al oficial de turno, aceptando el cohecho, pero evitando que se abriese la causa y los gastos que conllevaba, aunque considerasen injusto y abusivo el proceder de los oficiales eclesiásticos. Esto explica que apenas hayan quedado rastros escritos de este delito, pues la mayor parte de las veces los oficiales del gobierno arzobispal, Alguaciles de los Diez en Sevilla y Alguaciles Eclesiásticos en las Vicarías, se componían con el acusado y llegaban a un acuerdo económico para disimular la denuncia.¹¹⁸⁵

Sabemos que la persecución del delito que nos ocupa suponía una buena parte del trabajo de estos ministros, y una buena cantidad en concepto de penas pecuniarias, del cual eran depositarios por mandato del vicario. Tras el nombramiento de un nuevo alguacil, el saliente debía entregar la vara y dar cuenta de los depósitos de las penas de quebrantamiento de las fiestas que estaban hechos por mandato de su superior jerárquico, Alguacil Mayor o Vicario Foráneo. Así lo vemos en el caso del Alguacil Eclesiástico de El Arahál, Miguel Fernandez, que el 22 de agosto de 1615 fue instado por el Provisor a deponer la vara y entregar *la quenta de los depositos que en él estan hechos por mandados del vicario de las penas de quebrantamiento de fiestas*¹¹⁸⁶. Y en la sede vacante de don Pedro de Castro, el Alguacil Mayor del arzobispado, don Juan de Oña, informó al Cabildo del montante de las penas cobradas por este delito en la ciudad de Sevilla.¹¹⁸⁷

Nuestro gorrero se resistió a pagar la condena pues sabemos que el 3 de noviembre de ese año el Provisor decretó una Declaratoria de excomunión para que lo hiciera. Finalmente pagó la multa y las costas del proceso bajo la amenaza del agravamiento de las censuras. El 16 de septiembre de 1612 encontramos de nuevo a varios gorreros vecinos suyos declarando contra él en otra causa, todos afirmaban haberlo visto vendiendo sombreros los domingos y se *murmuraba* y era público que

¹¹⁸⁵ Además de los pleitos citados en este trabajo existe otro de 1670. A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 935. Año 1670, “El Alguacil contra maestros roperos y zapateros por quebrantamiento de las fiestas”.

¹¹⁸⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. “Nombramiento de Alguacil eclesiástico de El Arahál, año 1615”.

¹¹⁸⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro. 10 de febrero de 1624.

tenía la tienda abierta. El 25 de septiembre el Fiscal pidió que se juntase la causa con las otras que tenía y el Juez accedió a la propuesta. Miguel Jerónimo de nuevo se presentó a confesar, negando las acusaciones y declarando que era verdad que en las fiestas por los lutos de la Reina se le hizo otra causa por el mismo motivo, que los días de fiesta había mucha gente en la puerta de su casa porque estaba en el lugar más público y de mayor concurrencia de la ciudad, la calle de la Mar, y que abría la *puerta pequeña* de su casa para poder comunicar a la calle, pero no para vender.

En su escrito de alegaciones su procurador afirmaba que no había contravenido lo dispuesto en las constituciones ni había quebrantado la solemnidad de los días de fiesta y que los testigos que habían depuesto contra él lo hacían de simple *bos y fama* y en estos casos esto no bastaba como prueba, pues si fuese cierto que vendía los días de fiesta *contara por publicidad*. Finalmente, como era de rigor, pedía la absolución y en su descargo afirmaba que era muy *buen cristiano, temeroso de dios y de su conciencia* y cumplía con sus obligaciones como tal.

Miguel Jerónimo presentó por testigos en su favor a varios artesanos gorreros de la *collación* de la Iglesia Mayor y de San Salvador, que dijeron que el reo tenía muchos negocios, tanto en las Indias como en las Islas y en Flandes, y que en su casa entraban muchas personas por correspondencias, lo sabían porque vivían en las casas contiguas y tenían mucho *trato y comunicación* con él. Y que no sólo respetaba los preceptos de la Iglesia sino que habían visto llegar gente a comprar sombreros a su casa en fiestas y no los había querido vender. Finalmente el Juez dictó su sentencia amonestándolo y condenándolo en costas. Así pues, Miguel Jerónimo no era un artesano cualquiera, sino un tratante con casa-tienda en la principal calle comercial de la ciudad, con capacidad para comerciar con Indias y Flandes, de donde recibía correspondencias relacionadas con sus actividades de comercio exterior, y por tanto un blanco perfecto para las exacciones de la justicia eclesiástica.

En julio de este mismo año el Fiscal acusó al candelero Acacio de Molina Tejera por tener encendido el horno los domingos, cociendo ladrillos y tejas *públicamente* como si fuera día de trabajo, con mucha *nota y escándalo* de la comunidad.¹¹⁸⁸ La denuncia procedía de los oficiales del Alguacil Mayor del Arzobispado, los llamados Alguaciles de los Diez, que se presentaron en su casa la madrugada del sábado 21 de julio de 1612. En ese momento Acacio estaba haciendo un horno de loza para terminarlo de cocer al alba del domingo y les hizo saber que había pagado una licencia al Provisor para trabajar en fiestas por causas justificadas, pero los alguaciles insistieron en multarle y con la discusión no se terminó de cocer hasta las 7 de la mañana del domingo, en que llegó el Alguacil Mayor y le acusó de quebrantar la fiesta.

El jueves 26 de julio el Alguacil Mayor del Arzobispado, Alonso de Andrada, presentaba la denuncia contra el candelero, poniendo en funcionamiento la maquinaria de la justicia eclesiástica. El Notario Receptor tomó declaración a un vecino de la *collación*, Alonso Carrasco, que declaró en el mismo sentido que Andrada, y el 9 de agosto el Provisor dictaba un mandamiento personal para que se presentase a confesar en el Palacio Arzobispal. Ante la resistencia del reo se le agravaron las censuras en forma de Benigna Declaratoria, diligencia por la cual se hacía saber a todos los beneficiados, curas, clérigos y capellanes de la ciudad la sentencia de excomunión que

¹¹⁸⁸ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 390. “El Fiscal contra Acacio Molina, candelero”.

pesaba sobre él por no presentarse ante el Juez. Esto suponía que recaía sobre los citados la obligación de, en virtud de *santa obediencia* y bajo pena de excomunión, anunciar públicamente los domingos y fiestas en la misa mayor que Acacio estaba excomulgado, advirtiéndole a los vecinos que se abstuviesen de tratar con él. La excomunión se anunciaba tañendo campanas y *matando candelas*, y poniendo su nombre en la tablilla de excomulgados de la parroquia a la vista de todos. Parece que la excomunión surtió su efecto, pues Acacio se presentó en el Palacio Arzobispal y otorgó poderes al Procurador de la Audiencia del Provisor, Nicolás Zamudio.

En su sentencia el Provisor amonestó a Acacio y no le condenó en ninguna pena pecuniaria, pero sí en las costas del proceso, porque presentó la licencia que tenía, con fecha de 9 de junio de ese año, para trabajar los días de fiesta por causas justificadas. El Provisor advertía a los alguaciles que no volviesen a multarlo sin avisar antes al Juez. Si Acacio hubiese pagado la pena a los alguaciles, éstos le hubieran dejado trabajar y no le hubiesen abierto la causa, esto era lo habitual aunque no dejaba ningún rastro documental, pero Acacio tenía una licencia que había pagado al Provisor y consideró que esto le pondría a salvo de las exacciones periódicas y arbitrarias de los alguaciles. Se equivocó, tuvo que pagar las costas del proceso, mucho más gravosas que la multa de los alguaciles, pero su error nos legó una información preciosa acerca de los entresijos de la maquinaria de la justicia eclesiástica. Con esto quedaba de manifiesto el afán recaudatorio, tanto de las penas pecuniarias como de las licencias, por parte de las distintas instancias del gobierno arzobispal.

Un conjunto de cartas enviadas por los distintos gremios al Cabildo seglar de la ciudad de Sevilla en abril de 1616 confirma nuestras sospechas de que los escasos pleitos sobre este delito que nos han llegado son sólo la punta del iceberg de una acción generalizada de acoso y exacción ilegal sobre un colectivo, el de los tratantes y artesanos, que, debido a su capacidad económica y a la sospecha de usura que recaía sobre ellos, suponían un objetivo prioritario para este tipo de acciones.¹¹⁸⁹ Las cartas las firmaban los diputados y administradores de los oficios de los roperos, manteros, chicarreros, polaineros, mercaderes del trato de los boneteros, vidrieros, tratantes en espartos de palma, maestros zapateros, maestros jubeteros y gorreros de la ciudad.

Todos ellos se quejaban de que el Fiscal del Provisor los molestaba y agravaba en sus casas y tiendas los días de fiesta y *sólo lo remediaban con dinero*, pues su único afán era sacarles grandes cantidades en penas pecuniarias. En Pascua del año anterior les había cobrado tres reales por cada tienda o artesano y día, como fueron tres días de fiesta calculaban que había recaudado unos 4.000 reales sólo en la *collación* de la Iglesia Mayor. Los domingos calculaban que sacaba unos 1.000 reales. En las demás *collaciones* donde había negocios, Triana, San Salvador, Santa Catalina y la Feria, tenía repartidas las competencias a alguaciles y ministros suyos que hacían las mismas diligencias y llevaban los mismos intereses. Hay que recordar que se trataba de penas cobradas por disimular el delito y no abrir causas, por tanto imposiciones ilegales y fraudulentas.

También advertían que esto suponía un agravio para la ciudad y un perjuicio para las alcabalas reales, pues, si no se remediaba, en cuatro años los oficiales y tratantes no tendrían dinero para pagar las rentas reales. En su descargo aducían que en

¹¹⁸⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. "Petición de los oficiales sobre la guarda de las fiestas". Varias cartas sin foliar.

Sevilla un tercio de los días del año eran fiesta, y estos días era cuando más se negociaba, porque acudían muchos forasteros que estaban ocupados en el campo durante la semana y aprovechaban para vestirse y comprar lo necesario. Además, en todos los Reinos de España se podía vender lícitamente sin quebrantar las fiestas después de la misa mayor, sin embargo el Fiscal de Sevilla los perseguía todo el día después de la oración. Que el quebrantamiento se producía con el trabajo pero no con la venta y sus tratos eran cosas menesterosas, *como un vaso de vidrio o un orinal*, una espuerta de palma y otras cosas para los enfermos. Y que a veces atendían a los que los días anteriores habían comprado y pagado y ahora venían a recoger la mercancía, eran por tanto mercancías atrasadas que se entregaban en día de fiesta.

Los comerciantes afirmaban que por tener sus casas y tiendas aparejadas mantenían las puertas abiertas, no para vender sino para entrar y salir, y por tenerlas abiertas, sin vender, les multaban, y si protestaban les llevaban además de dos a cuatro ducados por la rebeldía. El abuso de poder les llevaba incluso a *arrempujar* las puertas y después multarles por tenerla abierta e incluso a simular la compra para hacerles caer en la trampa: *traen hombres delante para que merquen para hallar ocasión ellos de hacer la causa*. Los comerciantes eran conscientes, y se atrevían a expresarlo, de que el Fiscal y los ministros eclesiásticos actuaban por su propio interés y no por *servicio de Dios*, y que no pretendían que cerrasen las tiendas sino que les interesaba que las mantuviesen abiertas y cobrarles la multa. Finalmente pedían que, ante esta grave intromisión de la jurisdicción eclesiástica en la vida y negocios de los seglares, el Cabildo de la ciudad los defendiese interviniendo ante el Arzobispo para que cesaran los agravios, pues era obligación del capítulo *como a quien tanto importa defender a sus naturales* hacer justicia y ampararlos.

Ante esta avalancha de quejas, el Cabildo se reunió el 10 de abril de 1619, y el Teniente de Asistente, licenciado don Gaspar de Bedoya y Carvajal, y algunos regidores y jurados, leyeron y discutieron las peticiones de los gremios.¹¹⁹⁰ Gaspar Díaz Castaño hizo suyas las quejas de los gremios, y propuso, como Mayordomo del Cabildo de los Jurados y en su propio nombre, que puesto que se perjudicaban gravemente las alcabalas reales, se pusiese remedio. Decidieron que los veinticuatro don Melchor Herrera y don Francisco de Céspedes y el jurado Andrés Ortiz, en representación de la ciudad, vieses al Arzobispo y le trasladasen los grandes daños que se estaban produciendo contra los vecinos, tratantes y oficiales, para que lo remediasse, dando cuenta después de la gestión realizada a los regidores y jurados. Tenemos por cierto que éstos hicieron llegar las quejas al Prelado, pues las copias de las cartas se encuentran en el Archivo del Palacio Arzobispal de Sevilla.

El malestar de los tratantes, su queja, se expresaba abiertamente, poniendo en cuestión la credibilidad de los ministros eclesiásticos, y quedando al descubierto de la manera más flagrante la incongruencia entre el discurso religioso y la realidad de sus intereses materiales. Una consecuencia de esta fractura de la credibilidad podría ser el refugio en la religiosidad popular y en las devociones del consuelo materno, representado por las vírgenes, en detrimento de la religión paterna, burocratizada y jerárquica, representada por la justicia eclesiástica. El gremio de gorreros era por entonces *muy potente y numeroso* en la ciudad, y fue uno de los que más se esmeró en celebrar el misterio de la Limpia Concepción de la Virgen María. El miércoles 17 de

¹¹⁹⁰ A.M.S. Sección X. Actas Capitulares de 1616. 2º Escribanía. H-1703. 10 de abril de 1619.

diciembre de 1617 hicieron un torneo *muy vistoso* en las gradas de la Catedral frente a la calle de los gorreros, y después en la Plaza de San Francisco, levantando un altar suntuoso con una imagen de la Concepción que se conocía como la Asunción, al paso de la Virgen de los Reyes¹¹⁹¹.

El incumplimiento de los alguaciles, disimulando los incumplimientos¹¹⁹², concertándose por un tanto con los que quebrantaban las fiestas y permitiéndoles trabajar, e incluso atribuyéndose la potestad de darles licencia, poniendo en gran peligro *las almas de los unos y de los otros i escándalo de todo el pueblo*¹¹⁹³, obligó al Cardenal Guevara a agravar las penas, llegando a establecer la excomunión mayor y la privación del oficio.¹¹⁹⁴ Pero curiosamente, en 1609, tras la muerte del Prelado, el Cabildo sede vacante *moderó* ésta y otras penas contenidas en las constituciones por considerarlas excesivamente duras y que afectaban sobre todo a incumplimientos difíciles de extirpar. Es interesante observar las razones que adujeron los canónigos para esta moderación de las penas: *lo cual parecía tener muchos y graves inconvenientes i ser cosa digna de que el Cabildo las moderase, por ser antes lazo i ocasión para incurrir en las dichas excomuniones que remedio para la guarda de las cosas dispuestas*.¹¹⁹⁵ Ante la reiteración de los incumplimientos y la constatación de la imposibilidad de corregirlos, pues el agravamiento de las penas no evitaba el delito, se optaba por quitar el *lazo* para no tener que soportar el espectáculo poco edificante de ver a notarios y oficiales eclesiásticos excomulgados, con el peligro de erosión y pérdida de credibilidad del discurso religioso que esto suponía. Finalmente también ellos se unían al *disimulo* de los oficiales, transigiendo con una realidad tozuda.

Este abuso no era privativo de los alguaciles, en general los oficiales del arzobispado recibían derechos muy moderados, estipulados en los aranceles, y el cobro indebido de estos era general, como se desprende de la documentación del gobierno arzobispal y de las reiteradas medidas para el control y erradicación de este abuso. Podemos decir que en buena medida vivían, no de sus derechos y salario, sino de las *oportunidades* que les brindaba el ejercicio de sus funciones. En el caso de los alguaciles eclesiásticos se daba además la circunstancia de que eran oficios que arrendaba la Mesa Arzobispal, así que el oficial se resarcía de su inversión cobrando derechos a los seglares.

Era evidente que el arrendamiento de los oficios aumentaba el celo en la persecución de los delitos por parte de los oficiales. Los organizadores del sistema conocían las desviaciones de este método, pues eran conscientes del abuso en la persecución de inocentes para obtener exacciones. Pero esto parecía ser un coste soportable, porque para mantener la disciplina la intensidad de la represión debía ser alta aunque esto supusiese la condena de algunos inocentes. Aunque la idea de una

¹¹⁹¹ LOAYSA, J. Canónigo: "Memoria de las cosas notables que ocurrieron en la santa iglesia y ciudad de Sevilla desde el año de 1568". *Archivo Hispalense*. 1ª época. T-IV, Sevilla, 1888, p. 5 y siguientes.

¹¹⁹² A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. *Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara. 1604*. Título De Feriis et observatione ieiuniorum. Capítulo IV. Que se castiguen con rigor los que no guardaren las fiestas.

¹¹⁹³ *Ibidem*, Título De Feriis et observatione ieiuniorum. Capítulo V.

¹¹⁹⁴ *Ibidem*, Título De Feriis et observatione ieiuniorum. Capítulo V.

¹¹⁹⁵ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. *Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de Fernando Niño de Guevara. 1604*. Jueves 19-2-1609 los señores dean y cabildo mandaron moderar i quitar la dicha pena de excomunión en las partes títulos y párrafos siguientes. Que los alguaciles eclesiásticos no den licencia a ninguna persona para que trabaje los días festivos.

humanidad pecadora convertía a todos en culpables, la trama de poder hacía recaer toda la culpa sobre el eslabón más débil: los seglares, y dentro de éstos los tratantes, mercaderes y hombres de negocios.

Por tanto los alguaciles eclesiásticos permitían trabajar y comerciar en días de fiesta a cambio de una cantidad de dinero, permitiendo el delito y escamoteando al arzobispo una buena cantidad de dinero en concepto de penas pecuniarias y de licencias, pues el Provisor además expedía licencias para trabajar en días de fiesta por causas justificadas, previo pago por supuesto, cumpliendo de esta forma con la regla general según la cual toda desobediencia, todo incumplimiento, tenía su encaje a través de las dispensas o absoluciones, que de esta forma permitían saldar la deuda y redimir el pecado. La creciente monetarización de la economía suponía que la culpa adquiría un carácter pecuniario, el trasgresor se convertía en deudor y el juez-sacerdote en acreedor de los pecados ajenos. El dinero quedaba de esta forma inserto en la cadena significativa deuda-culpa-pecado, y *estar en deuda* se convertía en prerequisite para la subordinación, la dependencia y la obediencia al poder eclesiástico. Como consecuencia de todo lo anterior podemos concluir que, junto al celo en la persecución de los pecados públicos por parte de los oficiales de la justicia eclesiástica, era evidente el afán recaudatorio de los perseguidores del delito. De forma que la ambición de los detentadores del poder eclesiástico era proyectada sobre los seglares, con lo que juez y reo terminaban colocándose a un lado y otro del espejo y la proyección de la culpa terminaba convirtiéndose en un medio de ejercer el poder y obtener la obediencia.

El castigo aplicado se correspondía con el sistema social que generaba el mecanismo punitivo. Una sociedad en la que el dinero comenzaba a ser un elemento de poder se dotaba de unos sistemas punitivos basados en el castigo pecuniario. Así vemos que la mayoría de las sentencias de la justicia eclesiástica incorporan la condena pecuniaria en forma de multa y pago de costas de juicio. De esta forma el aparato judicial se hacía dependiente de la aplicación del castigo, y podría parecer que la multiplicación de los oficios y competencias y las necesidades de sus oficiales de aplicar penas pecuniarias condicionasen en buena medida los delitos y su persecución. De alguna manera, a la vista de la tendencia a la extensión de las jurisdicciones, podríamos conjeturar que los delitos existían, en alguna medida, para mantener el funcionamiento de los tribunales eclesiásticos. Las indulgencias pueden ser un ejemplo de la creciente influencia del dinero y de cómo el pecado, la culpa y el perdón empezaban a formar parte de una misma trama de significados.¹¹⁹⁶

Mas allá del análisis institucional y de las motivaciones evidentes de lucha por el poder y de interés económico que se derivan de los hechos relatados, podemos interrogarnos acerca del sentido de la santificación de las fiestas en el discurso religioso. Desde las antiguas mitologías hasta las modernas religiones institucionalizadas, la ordenación del tiempo, con sus categorías y sus límites, armonizando el orden social con el cósmico, ha sido siempre tarea religiosa. Frente al caos de lo intemporal, las eras, las sagas y los calendarios han venido a aportar orden y seguridad, constituyendo un

¹¹⁹⁶ Clemente VI en 1343 afirmó que al Papa le estaba confiada la cantidad infinita de méritos adquiridos por Cristo y los Santos y que, por lo tanto, podía distribuir entre los creyentes partes de este tesoro: SEEBERG, R.: *Lehrbuch der Dogmengeschichte*, Leipzig, 1930, vol III, 1, 1920, vol. IV, 2; BARTMAN, B.: *Lehrbuch der Dogmatik*, Freiburg, Herder, 1911. Según Erich Fromm esto supone la concepción del Papa como monopolista de un inmenso capital moral y libre de usarlo en su propia ventaja financiera y con beneficios para sus clientes. FROMM, E.: *El miedo a la libertad*. Buenos Aires, 1941, p. 103.

auténtico *tiempo social*. El calendario anual con sus semanas, la división canónica de las horas del día con sus toques de campana, y hasta las expresiones cotidianas de tiempo¹¹⁹⁷, denotan hasta qué punto la Iglesia se arrogó la alta misión de establecer categorías y límites temporales introduciendo certeza y seguridad frente al inquietante fluir de un tiempo continuo e infinito.

El domingo suponía una renovación de la festividad de la Pascua que se reiteraba el primer día de cada semana para presentar periódicamente a la vista de los fieles el principal misterio de la religión cristiana: el sacrificio y resurrección de Cristo¹¹⁹⁸. Esto nos remite directamente a la metáfora de la muerte, tránsito entre mundos. La finalidad del ritual sería, pues, recrear el paso del espacio y del tiempo profano al sagrado, y el acto del sacrificio supondría el marcador de la divisoria del espacio y el tiempo social.¹¹⁹⁹ El domingo sería, por tanto, el marcador de límite temporal en el calendario cristiano, el comienzo y el final de la semana, pues todo orden implica unos límites y unos marcadores de límites.

Pero todo marcador de límites crea una interrupción artificial del continuo natural, así que en él reaparece la ambigüedad y es una fuente de ansiedad y de conflicto.¹²⁰⁰ El domingo es el momento de tránsito, el límite, tiempo de nadie en el que termina y comienza la semana, día de paso, por tanto, ambiguo y amenazante, pero por lo mismo sagrado; así que, como todo momento de paso, tiene que protegerse con una serie de rituales, prohibiciones y prescripciones que orienten con seguridad acerca de lo que está permitido y lo que no está permitido hacer, reiterando de esta forma el deseo de establecer límites, de restaurar separaciones.¹²⁰¹

La misa era, además, el momento en que la comunidad se convertía en testigo y garante de los acontecimientos que podían cambiar el orden social, estableciendo a su vez límites: las amonestaciones públicas para casarse y para ordenarse remitían a un cambio de estado y la lectura pública de los excomulgados a la exclusión de la colectividad y, por tanto, también a un tránsito, fenómeno de paso. Además se leían los edictos de pecados públicos llamando a la delación obligatoria, ejerciendo la asamblea de los parroquianos la vigilancia y el control sobre sus miembros bajo la supervisión del oficiante, el cura. También era ocasión para las relaciones sociales: se hablaba, se trataba, los hombres a menudo permanecían fuera charlando o jugando a los dados. Otras veces trataban de escapar al control y trasladaban su espacio de socialización de la iglesia a la taberna, y entonces eran castigados por los alguaciles eclesiásticos.

La ambigüedad de los límites aparece en cuestiones como ¿cuándo empieza el día sagrado, de madrugada cuando Acacio de Molina cuece su horno de tejas o al amanecer?, ¿termina después de la misa mayor, o continúa el resto del día? En cuanto a las prescripciones que se establecen para santificar el día, ¿se puede vender, pero no trabajar?, ¿qué gremios pueden trabajar lícitamente?, ¿cuáles son los trabajos *serviles* y cuáles los necesarios para la comunidad?, ¿qué mercancías o servicios son necesarios?,

¹¹⁹⁷ Es frecuente encontrar en los textos expresiones de duración del tipo: “tardó el tiempo de un Credo”.

¹¹⁹⁸ DE LA PASTORA y NIETO, I.: Op. Cit., T- II. p. 230.

¹¹⁹⁹ LEACH, E.: *Cultura y comunicación. La lógica del sacrificio*. Madrid, 1976, p. 113-114.

¹²⁰⁰ *Ibídem*, cap. 7, p. 46.

¹²⁰¹ Los marcadores de límites son considerados de un valor especial, son tabúes, sagrados, y el cambio de un status social a otro, el cruce de fronteras y umbrales siempre se rodea de ritual. Véase LEACH, E.: *Cultura y comunicación*. Madrid, 1976. p. 48.

¿se podían entregar mercancías vendidas y pagadas con anterioridad y que venían a recoger en domingo? Y en cuanto a los límites espaciales opera sobre todo la dialéctica espacio sagrado-espacio profano, ¿qué actividades profanas no deben realizarse dentro del espacio sagrado del templo?, ¿se puede trabajar, siempre que no sea *públicamente*?, ¿cuáles son los límites del espacio público?

Sobre esta última cuestión encontramos la insistencia en las puertas como marcadores de límites¹²⁰², esta vez del espacio social, pues representaban la separación entre el espacio público y el privado, metáfora con importantes implicaciones, pues las actividades de puertas adentro pertenecían al ámbito de la conciencia y los incumplimientos a la categoría del pecado, que se resolvían en el fuero interno de la penitencia. De puertas para afuera el pecado era público y se convertía en delito que *escandalizaba*, porque todo pecado público era pecado colectivo que atraía la ira de Dios sobre la colectividad que consentía. Su persecución era pues una cuestión de gobierno y pertenecía al fuero externo de los tribunales.

Arrenpujar las puertas suponía hacer público el delito privado, sacarlo de la intimidad o provocarlo para después perseguirlo, pues en un mundo de pecado la presunción de culpabilidad era un hecho y las irregularidades e injusticias algo irrelevante comparado con la alta tarea que se perseguía: la salvación de las almas. Además no era un límite claro, preciso y limpio - como ningún otro - ; en él retornaba la inseguridad, la ambigüedad subyacente a todo marcador de límites. Así encontramos puertas que son al mismo tiempo entrada a la casa y a la tienda, al espacio privado y al espacio público, paso a actividades prohibidas en domingo, pero necesarias pues eran la única vía de acceso a actividades íntimas, imposibles de fiscalizar.

Algunas opiniones desde la pureza teológica fueron favorables al establecimiento de límites rígidos y al cumplimiento más estricto de los preceptos, como las expuestas por Bartolomé de Carranza en su *Cathecismo*:

el que oyda la misa en el día de fiesta, ocupa todo el día en dormir e jugar o estarse ocioso sin hacer otra buena obra, aunque no peque mortalmente por que guarda la fiesta, pero pecca muy grabemente haziendo burla de la fiesta christiana e obrando contra el fin para que Dios hordenó las fiestas.¹²⁰³

Sin embargo unos límites y unas prescripciones excesivamente rígidas provocaban un alto grado de *negativismo social*, entendiendo por esto un conjunto de tendencias, dogmas y creencias disfuncionales que frecuentemente toman la forma del repudio sobre actividades necesarias para el mantenimiento y la supervivencia de la colectividad, como las relacionadas con la sexualidad o con las actividades económicas.¹²⁰⁴ El sexo y el negocio serían dos males necesarios para la sociedad. Un mecanismo para resolver este dilema pudo ser dejar estas actividades en manos de grupos sociales, los seglares en el caso del sexo, o de minorías más o menos marginales, como los judíos y los extranjeros, en el caso de las actividades económicas, que eran

¹²⁰² Tanto la Arqueología como la etnografía comparativa muestran muy claramente que en toda la historia y en el mundo entero sociedades humanas de todo tipo han concedido enorme importancia ritual a los umbrales y puertas de entrada: Véase C. GEERTZ, C.: *La interpretación de las culturas*. Barcelona, 1997. p. 84.

¹²⁰³ TELLECHEA IDÍGORAS, J.I.: *El Arzobispo Carranza y su tiempo*. T-II. Madrid, 1968. p. 82.

¹²⁰⁴ DEVERAUX, G.: *Tratado de Etnopsiquiatría*. Barcelona, 1973, p. 57.

soportados por necesarios pero considerados de calidad inferior o incluso despreciados y perseguidos. Así podemos comprender la insistencia en la exaltación de las actividades de devoción y sacrificio, frente al desprecio por los *trabajos serviles* o los *lucros seculares*.

Otra solución pasaba por la flexibilización de las prescripciones por medio de las dispensas, las licencias y las excepciones. Las reducciones del número de fiestas, que llegaron a suponer un tercio de los días del año y un enorme lastre para la economía, representaban este tipo de mecanismos que aflojaban el cerco y permitían el desenvolvimiento social.¹²⁰⁵ Teniendo en cuenta el excesivo número de fiestas, que perjudicaba sobre todo a los más pobres pues dependían de su trabajo diario para subsistir, en 1512 se mandó reducir el número de días de precepto, estableciendo 36 días de fiesta al año. Ahora bien, para no impedir la devoción de los fieles que quisieran guardar las otras fiestas se les concedía que pudieran celebrarlas y guardarlas si quisieran.¹²⁰⁶ En el Concilio de Trento se dispuso que cada obispo mandase en su diócesis los días de fiesta que se debían guardar y el Concilio de Reims atribuyó expresamente este poder a los obispos.¹²⁰⁷

El gran número de fiestas que se habían introducido, algunas de ellas no estaban en las constituciones, provocaron *confusión y escrúpulos en los corazones de los fieles*, así que don Rodrigo de Castro, teniendo en cuenta que en la ciudad de Sevilla, por ser tan populosa y haber en ella tanta gente *que se sustentan de sus tratos y oficios y trabajo de sus manos*, decidió quitar algunas, mandando guardar las contenidas en un Catálogo inserto en las constituciones.¹²⁰⁸ Ha sido frecuente en la historia de la iglesia la disminución del número de las fiestas, diversos concilios han exhortado a los obispos diocesanos al establecimiento del menor número posible de ellas¹²⁰⁹, y los tratadistas así lo señalan.¹²¹⁰ Incluso el Papa Benedicto XIV dio en 1746 dos bulas a petición de muchos obispos para suprimir cierto número de fiestas.

Con el tiempo se habían ido estableciendo por costumbre una serie de excepciones a la prohibición de trabajar en domingo en razón de la urgencia o necesidad del trabajo en cuestión. En algunos casos las peticiones de dispensas eran generales porque *todos los vecinos desta villa son ombres del campo y todo el trato desta villa es en los días de fiesta... y en tiempo del segar de los panes toda la semana estamos en el campo*.¹²¹¹

¹²⁰⁵ CASTILLO DE BOBADILLA, J.: *Política de Corregidores, y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, Madrid, 1597. Según Pedro Gregorio: De Syntag. Iuris I p. Lib. 2, cap. 16, num. 26.

¹²⁰⁶ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. *Constituciones Sinodales de Diego de Deza* (1512). Contra los que no oyeren misa mayor los domingos y fiestas de guardar o las quebrantaren y contra los que venden carne y cosas vedadas en la quaresma y días de ayuno.

¹²⁰⁷ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. T-IV. Concilio de Trento, Sesión 25, cap. 12.

¹²⁰⁸ Constituciones Synodales del Arzobispado de Sevilla, copiladas, hechas y ordenadas agora nuevamente, por don Rodrigo de Castro: B.G.U.S.: Sign. R/7/4/2. Liber Primus, Tit. De officio rectoris, Cáp. II.

¹²⁰⁹ DE LA PASTORA y NIETO, I.: *op. cit.*, T-III, Concilios provinciales de Sens en 1524, de Bourges en 1528 y de Burdeos en 1583.

¹²¹⁰ El padre Tomasino en su *Traslado de las fiestas*, y el padre Richard en su *Análisis de los concilios*. Cit. DE LA PASTORA y NIETO, I.: *op. cit.*, T-III, p. 27.

¹²¹¹ GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M.: *op. cit.*, doc. núm. 894 y 952. Petición de Francisco Cabrera y otros oficiales de 24-12-1494.

En Carmona a los boticarios y a dos especieros de la villa se les autorizaba a vender medicinas, siempre que abriesen después de misa mayor.¹²¹² Con esto respondía el Concejo a la queja presentada el 31 de enero de 1495 por los boticarios Ruy Díaz y Pedro Martín porque el Corregidor los había multado por abrir sus tiendas los domingos cuando el Cabildo les había dado licencia para que vendiesen medicinas y especias los días festivos.¹²¹³ Las rivalidades entre los especieros por conseguir las dispensas dieron lugar a un nuevo ordenamiento estableciendo que sólo abriese una tienda de especias por turno: *que los especieros abran los domingos y fiestas por su rueda....et que vendan especias; y los que son boticarios que abran las fiestas para vender axaropes et medicinas para los enfermos y dolientes.*¹²¹⁴

En Sevilla uno de los colectivos que había ido ganando parcelas de libertad frente a la prohibición era el de los barberos, pues su profesión incluía el de sacamuelas y cirujano. En la constitución del Cardenal Guevara se menciona este exceso, pues los barberos, con la excusa de que el corte de cabellos y barbas y *otros ministerios de su oficio*, eran de necesidad, quebrantaban las fiestas, *en grande ofensa de Dios y evidente peligro para sus almas*. Así que se les prohibía trabajar bajo pena de cuatro reales, la mitad para los pobres de la parroquia y la otra mitad para el alguacil que los denunciare. Sólo se permitían las excepciones cuando fuese forzoso sangrar, echar ventosas, cortar el cabello a algún enfermo o hacer alguna intervención de cirugía, haciendo responsable al médico, al que se le pedía su parecer sobre la necesidad del caso y se le encargaba su conciencia.¹²¹⁵

En el pontificado de don Pedro de Castro (1623), de nuevo encontramos licencias y excepciones a la prohibición, el Visitador del partido de Jerez, licenciado Jerónimo Caro, impuso unos mandatos para que pudiesen trabajar las *atahonas* de la ciudad los días de fiesta desde la salida del sol hasta el toque de campana, que indicaba que se alzaba el cuerpo de Cristo en la misa mayor de la Iglesia Colegial.¹²¹⁶ Se trataba de permitir que hubiese pan en la ciudad en los días de fiesta y al mismo tiempo asegurar la asistencia a misa mayor de todos los fieles, fueran cuales fueran sus ocupaciones.

Sin embargo cada nueva excepción a la prohibición daba lugar a disputas entre tratantes y gremios, pues todos querían beneficiarse de la misma. En la década de los 70 del siglo XVII, el Alguacil Mayor de las Audiencias eclesiásticas, Juan Nieto Gil de Araujo, denunció a varios pasteleros por trabajar y tener tienda abierta y horno encendido en la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor. Los pasteleros adujeron que los barberos también trabajaban en fiestas y el Alguacil les contestó que lo hacían a ratos, pues los sábados venían a la ciudad los trabajadores del campo y se iban el lunes, y que otros ciudadanos que trabajaban toda la semana dejaban para el domingo *este adorno* e iba el barbero a sus casas o a sus tiendas y los arreglaba con la *cortina corrida*, para moderar el trabajo, *sin nota ni escándalo de la república*, y además se les veía oír misa y *hacer otros actos de virtud*.

¹²¹² *Ibidem*, doc. núm. 927. Ordenanza de 27 de febrero de 1494.

¹²¹³ *Ibidem*, M. op. cit., doc. núm. 919.

¹²¹⁴ *Ibidem*, M. op. cit., doc. núm. 1454.

¹²¹⁵ *Constituciones del arzobispado de Sevilla....de 1604*: A.C.S.: Sección VIII. Libro 122(18). Título De Feriis et observatione ieiuniorum. Capit. VI. "No trabajen los barberos en días de fiesta i la pena de los que lo hicieren".

¹²¹⁶ A.C. S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299.

Sin embargo los pasteleros trabajaban desde antes del amanecer hasta las diez de la noche, *en un ejercicio tan penoso y fuerte a la boca de un horno ensendido picando, amasando, coziendo y bendiendo*, sin que se les viese oír misa ni hacer otros actos de virtud. Según el Alguacil Mayor la diferencia entre barberos y pasteleros estribaba en lo necesario del trabajo de los primeros, que lo hacían privadamente evitando toda publicidad y que compensaban el ultraje a la fiesta con la asistencia a misa y obras de devoción. En detrimento de los pasteleros que su trabajo era público, muy duro y durante todo el día. Además se trataba de una de las fiestas mayores no dispensables y si alguno antes había quebrantado estas fiestas había sido exponiéndose al castigo, y si se toleró no se podía pretender *costumbre inmemorial*.¹²¹⁷

También podemos observar cómo algunas prohibiciones y marcadores de límites se suavizaban, perdiendo su rigidez y permitiendo la viabilidad de las actividades. En este sentido hay que señalar cómo en los cánones se abre la posibilidad de tener en las tiendas una puerta abierta y otra cerrada, o con la *cortina corrida*, o incluso la de cubrir la puerta con un lienzo o estera, constituyendo una frontera permeable al paso. O bien tener la mercancía dentro de la casa y no expuesta fuera, con una puerta abierta y otra cerrada y que no las sacasen a las plazas ni la vendiesen *públicamente*. El repudio del trabajo en domingo era mayor si se trataba de un trabajo duro y si había publicidad de él, es decir si se realizaba públicamente con *nota y escándalo de la república*, y era soportable si se consideraba necesario, si se realizaba en privado y si además se compensaba con obras de devoción, caridad o asistencia a los oficios.

La tensión parecía ser entre dos polos dialécticos, la intensificación de la represión con el establecimiento de límites rígidos e inamovibles o la flexibilización de éstos para permitir el desenvolvimiento social y la viabilidad de actividades necesarias para la supervivencia social. Pero esto suponía abrir el conflicto y el debate sobre la ambigüedad de los límites y sus marcadores. Aunque la Iglesia se reservó el poder de establecer canónicamente las circunstancias y actividades que quedaban exceptuadas de la prohibición por tratarse de casos de necesidad, las disputas crearon rivalidades entre tratantes y gremios.

Algunas actividades quedaron exceptuadas de la prohibición por su carácter urgente o inaplazable: la recolección de frutos - pidiendo licencia al párroco¹²¹⁸ -, herrar la cabalgadura de un caminante en domingo, abrir los mesones que alojaban a personas que venían a la localidad a realizar actividades necesarias o vender cosas de comer necesarias para *el sustento humano*.¹²¹⁹ Y determinados gremios, como especieros y boticarios, por razones de necesidad, podían abrir sus tiendas *honestamente*.¹²²⁰ En otros casos es difícil entender las dispensas, como en el caso de los curtidores a los que se les permitía colgar los cueros verdes todo el año pero no los cueros curtidos.¹²²¹ En cuanto a los límites temporales se podían permitir las actividades

¹²¹⁷ B.C.C.S. Sign. 59-6-25. Microfilm 13/71.

¹²¹⁸ Leyes Recopiladas. Libro I, Título I, Leyes VII y VIII. Cit. MORALES y ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico General y particular de España*. Sevilla, 1888.

¹²¹⁹ *Constituciones del arzobispado de Sevilla... de 1604*, A.C.S.: Sección VIII. Libro 122(18). Título De Feriis et observatione ieiuniorum. Cap. III. "Los curas digan al pueblo después del Ofertorio los días que se han de guardar". Capítulo I "las fiestas que se han de guardar".

¹²²⁰ Sínodo diocesano de Córdoba de 1520, Tit. I, Cap. II. Cit. SÁNCHEZ HERRERO, J.: *op. cit.*

¹²²¹ *Ibidem*.

por la mañana hasta que tañese la campana llamando a misa mayor o bien después de terminada ésta.

Era muy importante mantener el control sobre el establecimiento de excepciones en manos del Provisor, pues de lo contrario éstas se multiplicarían y se perdería el poder de mantener las prescripciones y prohibiciones. Así observamos la insistencia en prohibir a los cabildos seculares, vicarios y alguaciles conceder licencias y excepciones amenazando incluso con la excomunión y la pérdida perpetua del oficio si lo hacían.¹²²² En algunos casos vemos que los vicarios y los alguaciles eclesiásticos se atribuían esta potestad y de esta manera obtenían dinero a cambio, se insistía sin embargo que fuese siempre previa licencia del Provisor.

Los provisos expedían licencias para trabajar *públicamente* en días de fiesta en oficios *serviles* por causas justificadas, introduciendo mecanismos de flexibilidad que hacían posible el mantenimiento de estas actividades tan necesarias para el desenvolvimiento social. Incluso podían dar licencias al Concejo de una villa para todos sus habitantes en casos necesarios para las tareas agrícolas como la trilla, la limpia y el acarreo del pan, pagando una limosna a la fábrica de la iglesia del lugar.¹²²³ Tenemos incluso una determinación de la Sagrada Congregación de Cardenales Intérpretes del Santo Concilio de Trento a favor de los que necesitaban trabajar en la vendimia, siegas y recogida de frutos, pues eran tareas inaplazables, dejando no obstante al juicio del Ordinario decidir cuándo había verdadera causa para trabajar en fiestas, previo pago de la licencia, por supuesto.¹²²⁴

Una cuestión relevante para entender el fenómeno de la fiesta como rito de paso es la reflexión acerca del tipo de prohibiciones y prescripciones que se establecían para proteger el momento de tránsito. Éste exigía ponerse en una condición especial de pureza ritual, de aquí la insistencia en la actitud de devoción, recogimiento, evitación de conductas profanas, abstinencias y restricciones. Éstas eran sobre todo las relacionadas con la expresión de las pulsiones, con la sexualidad, las restricciones sobre la alimentación en las vigiliass y las ambiciones materiales en el ámbito de las actividades económicas. El trabajo *servil*, el *lucro seglar*, se consideraban actividades indignas, frente a las actividades en *servicio de dios*, las obras devotas, espirituales y de sacrificio. El rito de paso obligaba no sólo a una actitud interna devota sino a una disposición externa acorde con las circunstancias, incluso en algún caso se establece que los tenderos no estuviesen con delantal sino con vestidos de domingo.

En cuanto a la sexualidad, las leyes municipales establecieron restricciones en los días de fiesta, obligando a la renuncia y a la contención en el día sagrado. En las condiciones de arrendamiento de los mesones de mancebía se establecía por Ordenanza que estuviese prohibido, desde el toque de campana a misa mayor, permanecer acostado con mujeres públicas los domingos y fiestas de guardar, castigando a los que fuesen

¹²²² A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. Arancel de los Derechos del Alguacil eclesiástico. Documento inserto entre las Constituciones de Diego de Deza (1512) y en las del Cardenal Hurtado de Mendoza, 1498.

¹²²³ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios, y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios Apostólicos, y de visita*. Pamplona, 1691. Licencia para trabajar los agostos en días de fiesta.

¹²²⁴ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *op. cit.* "Licencia para trabajar los agostos en días de fiesta". Cita a Covarrubias "Verb. Dies festus, y Piafecio In Praxi episcopali. Part. 2, cap. 3 de visitatione eclesiastica. Paroc. núm. 23".

sorprendidos con 10 días en la *cadena* y cien maravedíes de multa para obras de caridad.¹²²⁵ También se insistió en la necesidad de separar a hombres y mujeres en las iglesias - *que se ponga orden en los asientos por que en esta iglesia de Paterna ay gran desorden que estan bueltos los hombres con las mujeres*¹²²⁶ -, y que no hablasen ni se hiciesen señas.¹²²⁷

Para acabar con la gran ofensa a Dios que suponía la mezcla de sexos en la Catedral, un memorialista proponía una solución tajante: poner *una tela de un estrado de alto desde el arco toral hasta la puerta frontera del Altar Mayor*, para que a un lado estuviesen las mujeres y a otro los hombres y evitar que hablasen y éstas les incitasen a pecar con palabras deshonestas, cumpliendo en esto lo dispuesto por el papa Pío V en 1566. Igualmente se aconsejaba la separación de lo sagrado y lo profano, y para esto se mandaba que se separaran las capillas donde se daba la comunión del coro de los clérigos, para que éstos no se mezclasen con los seglares.¹²²⁸ Todos los sínodos y memoriales para la reforma del arzobispado insisten en este extremo, la prohibición de la mezcla de sexos en los templos, pues daban lugar a murmuraciones, palabras deshonestas y actitudes indecorosas que suponían una grave ofensa a Dios.

Junto a las restricciones sobre el sexo, el día sagrado debía mantenerse a salvo de ser mancillado por las actividades profanas, y, dentro de estas, muy especialmente por el negocio. Los tratos dentro de las iglesias se consideraban una profanación del templo que ofendían gravemente a Dios. Si además eran en la Catedral merecían el hundimiento de los navíos de mercaderías y la expulsión azote en mano para que la iglesia quedase purificada.¹²²⁹

Es evidente que el descanso y el ocio tenían un significado distinto al que le damos en el presente; el concepto bíblico del trabajo se refería a toda injerencia del hombre en la naturaleza. Las prescripciones y prohibiciones de actividades realizadas sobre la naturaleza se corresponden con otras evidencias etnográficas: el día de fiesta *njepi* significa para los balineses *tranquilizar* y está destinado a acallar los temores de los demonios y a tranquilizar las emociones, es observado con riguroso silencio, nadie sale a la calle, nadie trabaja, no se enciende luz ni fuego y *callan hasta las conversaciones en los patios de las casas*.¹²³⁰ O el mito de los dinka, en el que una mujer por codicia plantó más mijo del permitido y en su prisa y avidez golpeó *accidentalmente* a la divinidad con la azada; ésta ofendida cortó la soga, se retiró al cielo y dejó al hombre condenado al trabajo para obtener su alimento.

¹²²⁵ M. González Jiménez, *op. cit.*, doc. núm. 1964.

¹²²⁶ *Ibidem*. Peticiones del cura de la Iglesia de San Bartolomé de Paterna.

¹²²⁷ *Ibidem*. Título De Religiosis dominis. Cap. V. “Del respeto con que se a de estar en las iglesias y las cosas que se prohiben hazerse en ellas”. Cap. VI. “Que los hombres no estén entre las mujeres en la iglesia, procesiones, y estaciones”.

¹²²⁸ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cuadernillo de 1610. *Memorial a don Fernando Niño de Guevara*. Citado por J. SÁNCHEZ HERRERO, *Historia de la Iglesia de Sevilla* (C. Ros Ed.). Sevilla, 1992. p. 498. El memorialista parece ser Francisco de Porras de la Cámara, célebre literato y racionero de la Catedral.

¹²²⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cuadernillo de 1610. “Memorial a don Fernando Niño de Guevara”. Cit. J. SÁNCHEZ HERRERO *Historia de la Iglesia de Sevilla*. (C. Ros Ed.). Sevilla, 1992, p. 498. El memorialista parece ser Francisco de Porras de la Cámara, célebre literato y racionero de la Catedral.

¹²³⁰ C. Geertz. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, 1997, p. 329.

El día sagrado sería, por tanto, el día de descanso y abstención del trabajo y expresión de dignidad y paz entre el hombre y la naturaleza, y el trabajo significaría toda perturbación de este equilibrio, símbolo de conflicto y desarmonía. Fromm postuló la proyección de esta ley de la naturaleza a la cultura, es decir, a las relaciones sociales¹²³¹; de este modo todo trabajo, todo negocio, significaría una perturbación de la armonía y el equilibrio social. El día de fiesta simbolizaría el estado de perfecta armonía entre el hombre y sus semejantes y el descanso sería expresión de paz y dignidad. El momento cumbre de este día sería la ceremonia de la misa y dentro de ésta el ritual de la común-uniión de los hermanos que actualizaría periódicamente el sacrificio de Cristo y la vuelta a la armonía fraterna. De aquí se deriva que el día sagrado sea también el día de la reconciliación del hombre con su Dios.

Así pues, las prescripciones y prohibiciones sobre estas actividades protegían el día sagrado y ofrecían a Dios, a la colectividad, actitudes de abstinencia, renuncia, sacrificio y contención de los deseos, y el cese de cualquier actividad que implicase cambio del orden social o natural, que aparecían simbólicamente unidos y suponían el intento de limitar y contener las pulsiones generadoras de conflictos, obturando cualquier rivalidad y asegurando el mantenimiento de la *communitas*.¹²³² Sin embargo la compulsión de orden parecía un deseo condenado a la insatisfacción, pues las pulsiones negadas o proyectadas en los tratantes reaparecían en la ambición de los detentadores del poder eclesiástico. Las irregularidades y los abusos, el cobro de penas y de gastos de justicia, ponían a juez y reo frente a frente en el espejo. La imagen de la ambición de los tratantes tenía su negativo, su imagen especular, en la otra cara de la moneda, la codicia de los alguaciles y fiscales. Todo el discurso en torno a la santificación de las fiestas y a las prescripciones que lo rodeaban parece expresar un mismo mensaje: la aspiración al establecimiento de un orden formado por límites con marcadores fijos e inamovibles, para satisfacer la necesidad psicológica de seguridad, aparecía como un imposible desde el punto de vista social y obligaba finalmente a transigir con la realidad y a convivir con la incertidumbre.

3.3.9.- *El disciplinamiento de las devociones*

Por lo que respecta a las hermandades y cofradías, la Audiencia del Provisor era competente para darles reglas, y al igual que para los hospitales, capellanías y monasterios, *confirmar, revocar, enmendar o suplir las que hubieren hecho y que no se atuviesen a lo dispuesto por el Provisor*.¹²³³ Las cofradías debían presentar sus ordenanzas solicitando su confirmación y aprobación para ser vistas y examinadas en el Oficio de Fábrica por orden del Provisor, y si eran *para el mejor servicio de dios y mayor bien y utilidad de la referida cofradía* se confirmaban y aprobaban por el tiempo que fuese voluntad del Prelado. Una vez aprobadas, se mandaba poner en la cabeza de la ordenanza la doctrina cristiana y que los cofrades la enseñaran a los de su casa y familia.¹²³⁴ El Provisor intervenía además en los frecuentes litigios e incidentes que se

¹²³¹ FROMM, E.: *El lenguaje olvidado*. Buenos Aires, 1972, p. 181-182.

¹²³² Empleamos este concepto de la antropología social en el sentido de un conjunto de sentimientos e ideas que configuran un *vínculo humano esencial y genérico, sin el que no podría existir ninguna sociedad*: TURNER, V.W.: *El proceso ritual*. Madrid, 1988, p. 104.

¹²³³ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. Memorial del Secretario Gaspar Aragonés. Lo que se ofrece que será necesario advertir al ilustrísimo cardenal don Fernando Niño de Guevara.

¹²³⁴ GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. 2 Tomos. Erección de una Cofradía. Madrid, 1868.

suscitaban en la elección de los mayordomos de las hermandades y en las distintas vicisitudes e irregularidades en la administración y gobierno de ellas.¹²³⁵ También daba licencias para hacer las procesiones, para establecer el orden y *para componer a las personas tanto seglares como eclesiásticas seculares o regulares* que participaren en ellas, estableciendo la presidencia en las procesiones generales y autorizando la salida de cofradías y procesiones. Conocía, en definitiva, en los pleitos que se sustanciaban por los numerosos conflictos que se generaban, sobre todo frecuentes por la precedencia y orden en las procesiones y por la aprobación de las reglas.

Las procesiones o suplicaciones sagradas consistían en el concurso público de los fieles que desfilaban en orden a alguna iglesia o lugar sagrado. El rito parece de origen hebreo o pagano, pues ya se ejecutaban en honor de los dioses en las fiestas de Diana y de Ceres. En la disciplina antigua se hacían procesiones siguiendo el pueblo a su Prelado en estación, cantando salmos y dirigiéndose a la Iglesia.¹²³⁶ También se hacían procesiones en las traslaciones de las reliquias de los mártires, en las ocasiones de calamidades públicas, como pestes, terremotos o sequías, para pedir lluvias, cuando amenazaba algún enemigo o para extinguir una herejía e implorar la misericordia divina. Una variante de las procesiones eran las letanías, que eran procesiones o suplicaciones dirigidas a implorar la misericordia divina. Algunas de estas letanías, acompañadas a veces de abstinencias, se realizaban todos los meses del año.¹²³⁷ En la Sevilla moderna fueron frecuentes las procesiones portando reliquias en época de peste, como las que se hicieron el 29 de mayo, el domingo 30 del mismo mes, el miércoles 9 de junio y el lunes 21 de junio del año 1568, diciendo misas *propeste* y posteriormente sacando las reliquias en procesión por la ciudad.¹²³⁸

Las cofradías de origen medieval surgieron con el objetivo de la caridad, dar enterramiento a los nobles muertos en el campo de batalla o recoger y curar a los heridos y llevarlos a conventos. Después extendieron su labor benéfica a todos los soldados heridos o mutilados en las guerras con los musulmanes, transformándose también en hospitales.¹²³⁹ A veces se convirtieron en refugio de ligas o banderías de grupos sociales que las utilizaban, bajo capa religiosa, para actuar contra otros grupos sociales o contra el Rey. Durante las guerras civiles de tiempos de Enrique IV se acentuó esto, así que en el Concilio General del clero celebrado en Sevilla en 1478 se escucharon quejas por la existencia de *cofradías que so color de algunas cosas propias se entrometen en otras, que son en deservicio de dios e de vuestras alteza e daño de la república, haciendo monipodios*.¹²⁴⁰

Desde mediados del siglo XV en adelante las cofradías evolucionaron y pasaron de ser piadosas, culturales, benefactoras y gremiales, a ser en su mayoría cofradías

¹²³⁵ A.D.H. Catálogo de Pueblos. Reglas de Hermandades. Son frecuentes los Autos sobre incidentes en la elección de Mayordomos.

¹²³⁶ CAPARRÓS, J.J.: *Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y última del Santo Concilio de Trento*. Madrid, 1807. Tomo II. De las suplicaciones sagradas de los cristianos llamadas vulgarmente procesiones. Cap. LXXII, p. 302.

¹²³⁷ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio Toledano XVII. Concilio Toledano V. Canon I.

¹²³⁸ A.C.S. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 29, año 1568.

¹²³⁹ SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979. *Organización colectiva de la religiosidad popular. Las cofradías*.

¹²⁴⁰ MONTOTO, S.: *Cofradías sevillanas*. Sevilla, 1976.

penitenciales haciendo su estación de penitencia el jueves o viernes santo, incluyendo cofrades de sangre, disciplinantes y penitentes.¹²⁴¹ Esto coincidía con el cambio de una religiosidad medieval más seria y adusta a una religiosidad barroca más exterior y expresiva, con la consiguiente multiplicación de las manifestaciones típicas de Trento y de la Contrarreforma como la Semana Santa y las romerías.¹²⁴² Según Sánchez Herrero, la religiosidad castellana se tiñe de barroquismo cuando se actualiza en Andalucía y se hace más expresiva y exterior. Y habría que añadir que, tendencialmente, menos dominada por la jerarquía y más influida por la religiosidad popular; de aquí la necesidad de reglamentarla y de perseguir todas las manifestaciones paganas que se desviaran de la ortodoxia dictada por la jerarquía religiosa. En los sínodos se trató de poner orden tanto en las procesiones y actividades de las cofradías como en las peregrinaciones, prohibiendo los desórdenes y especialmente que se celebrasen de noche. Asimismo, condenaron las costumbres paganas en la celebración de las fiestas, especialmente la del patrón de la cofradía, en la que, además de los cultos piadosos, se celebraban banquetes y comidas que tenían lugar en las iglesias.

Otra manifestación de devoción popular que fue vigilada y prohibida en las constituciones sinodales, primero en la del Patriarca don Alfonso de 1412 y luego en la del Cardenal don Diego Hurtado de Mendoza de 1498, fueron las vigiliass que se hacían en iglesias y ermitas. Pues, por costumbre, en las vigiliass de los santos:

tanto varones como mujeres, clérigos y legos por devoción vienen a velar en las iglesias de noche: y por que avemos entendido que so titulo de devoción se cometen en ellas muchos maleficios, especialmente fornicaciones y adulterios e demas desto que fazen muchos comeres y beberes superfluos.¹²⁴³

En la Constitución de fray Diego de Deza de 1512 se mandaba a los provisores que no diesen licencias para hacer velaciones sin especial mandato del Prelado y se prohibió que se celebraran fuera de la iglesia, bajo pena de mil maravedíes y la suspensión para celebrar velaciones por un año.¹²⁴⁴ Asimismo se solían decir cantares seglares y danzas y *cosas deshonestas*, de lo cual se seguían *escándalos y pecados*. Ahora bien, teniendo en cuenta la gran devoción de velar a la Virgen de Agosto en su octavario, el sínodo mandaba al Alguacil Mayor del Arzobispado que aquella noche pusiese mucho cuidado para que las personas con auténtica devoción pudiesen velar honestamente y no se consintiesen los cantares, tañer, danzas ni otros actos deshonestos, y a los que lo hicieren les pondría una multa de 200 maravedíes, cien para la fábrica de la iglesia y cien para el Alguacil.

También fueron controladas y finalmente prohibidas las representaciones de la Pasión de Jesucristo y otros autos y *remembranzas* de la Resurrección y Natividad de carácter profano. Pues estas representaciones provocaban muchos inconvenientes y escándalos por parte de aquellos *que no están muy firmes en nuestra iglesia católica viendo los desórdenes y excesos que en ello hacen*. Así que el Prelado mandó a los curas, clérigos y seglares que no hicieran en las iglesias y monasterios dichas

¹²⁴¹ SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979. *Conclusiones*.

¹²⁴² *Ibídem*.

¹²⁴³ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones sinodales de Diego de Deza, 1512. Siguense las Constituciones de don Diego Hurtado de Mendoza. Que no se hagan las vigiliass.

¹²⁴⁴ *Ibídem*, Que no se celebren velaciones fuera de la Iglesia.

representaciones sin la licencia especial del Provisor, bajo pena de un florín y la excomunión para los legos.¹²⁴⁵

El Arzobispo fray Diego de Deza prohibió que se hicieran cofradías sin licencia de sus provisoros, y que los estatutos, constituciones y ordenanzas de éstas no se obedeciesen por los cofrades hasta ser vistas y aprobadas por ellos. Asimismo, informado el Prelado de que en muchas cofradías juraban los cofrades guardar los estatutos, ordenanzas y reglas al ingresar, mandó que no se hiciera en adelante, relajando los juramentos hechos y dando facultad a los curas de las parroquias para que absolvieran de su observancia. Se trataba de evitar la formación de bandos o ligas de juramentados que pudiesen suponer rivalidades y enfrentamientos entre cofradías o con otros colectivos. Eso sí, se permitía que los estatutos de la cofradía contemplaran alguna pena moderada para los cofrades transgresores, siendo aprobado por el Prelado.¹²⁴⁶

El Concilio de Trento atribuyó a los prelados la facultad de aprobar las reglas de las cofradías e instituciones piadosas y de ejecutar sus disposiciones, ya fuesen de testamentos o entre vivos. También les dio el derecho de visita de hospitales, colegios y cofradías de legos, exceptuando las que estuviesen bajo protección de los reyes. Y el derecho de visita de las limosnas de los montes de piedad o caridad y de los lugares piadosos, aunque su cuidado perteneciera a una persona lega y los lugares piadosos gozasen del privilegio de exención. También de todas las fundaciones destinadas al culto divino, salvación de almas o alimento de pobres.¹²⁴⁷ Pero se advertía que, dada la diversidad de costumbres y regiones y que muchas pertenecían a fundaciones de legos, iglesias exentas o de regulares y monasterios, tuviesen en cuenta que no era fácil una regla general para todas ellas; así que pedía que se aplicara la regla de la prudencia más bien que la de la ley, teniendo en cuenta la diversidad de observancias de los lugares, advirtiéndolo a los prelados que observaran los decretos conciliares con buena voluntad, sin otra mira que la espiritualidad y que no se opusiesen con facilidad a los legos: *por cuyo motivo estas cuestiones más bien parecen de hechos que de derecho, debiendo decidirse atendidas las circunstancias de cada uno de los casos.*¹²⁴⁸

En 1579, don Cristóbal de Rojas y Sandoval dio instrucciones a su Provisor, el doctor Francisco Valdecañas y Arellano, para que tanto en la ciudad como en Triana vigilase las cofradías de sangre con motivo de las procesiones generales que se ofrecían por la salud de los reyes, buenos temporales y buenos sucesos de guerras contra los infieles, porque en tales ocasiones acudían hermanos y cofrades con sus estandartes y ceras y en el acompañamiento solía haber alborotos, pasiones, escándalos, pependencias e incluso muertes en la disputa por los lugares donde cada uno tenía que ir, pretendiendo los lugares más antiguos y ser preferidos por la antigüedad de las cofradías y confirmaciones de las reglas y capítulos. Algunas de estas cofradías pidieron al Provisor que para evitar todas estas porfías les señalase la forma y lugar donde salir. Y que a tal fin pasaran ante el Provisor para mostrar las reglas y capítulos y ver cuáles estaban confirmadas y qué antigüedad tenían. Los priostes las mostraron, aunque algunos, por

¹²⁴⁵ *Ibidem*, Que no se hagan representaciones en la iglesia.

¹²⁴⁶ *Ibidem*, LXXV. Que no se hagan cofradías sin licencia del diocesano y se relajen los juramentos en ellas hechos.

¹²⁴⁷ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión XXII que es la VI de las celebradas en tiempo del Sumo Pontífice Pío IV en 17 de septbre de 1562. Capítulo VIII.

¹²⁴⁸ *Ibidem*, Discurso para la sesión 7. cap. 15 ses. 22 cap. 8 y 9 y ses. 25 cap. 8 de Reformatione.

habérseles perdido las reglas antiguas de la fundación, trajeron otras modernas e hicieron información de antigüedad con testigos para demostrarlo. Finalmente, el Provisor mandó a los priostes, alcaldes, mayordomos y diputados de las cofradías que guardasen cierto orden de salida.¹²⁴⁹

El Provisor se servía, además, de los visitadores para poner orden en las procesiones y hacer que se guardasen las constituciones y las reglas aprobadas por él. Aunque era asunto de la competencia del Provisor, a veces el Cabildo sede vacante, tan celoso de sus prerrogativas, cometía al Visitador de los Monasterios para que viese las reglas de las cofradías e informase al Cabildo, que decidía sobre su aprobación. Como cuando el visitador doctor Hurtado fue a ver las reglas de la Cofradía de la Exaltación de Jesucristo por orden del Cabildo e hizo una relación para ver si se aprobaba.¹²⁵⁰ En otra ocasión el Cabildo sede vacante, en uso de la jurisdicción ordinaria del Prelado, dio licencia al mayordomo, prioste y cofrades de las Bienaventuradas vírgenes Santa Justa y Rufina, que estaban en el Hospital de San Cristóbal, llamado de la Cestería, en la Puerta de Triana, para que el día de su fiesta pudiesen sacarlas en procesión, conforme y por donde solían hacerlo todos los años. En otro caso cometieron al Visitador de Monasterios, doctor Isidro de Cuevas, para que hiciese guardar la costumbre que se solía en la fiesta de San Hermenegildo, pero en este caso impidiendo que hubiese procesión.¹²⁵¹

En el pontificado de don Rodrigo de Castro continuaron las disposiciones para gobernar las cofradías, y en el Sínodo de 1586 de nuevo se repitieron algunas de las ya vistas, incluidas nuevamente por el Cardenal Guevara en sus constituciones de 1604.¹²⁵² Éste de nuevo prohibió que se hiciesen representaciones de cosas profanas en las iglesias pero sí de historias de la Sagrada Escritura y otras que fuesen conforme a la religión y las buenas costumbres, y para ello debían ser previamente vistas y examinadas por el Provisor o por el Juez de la Iglesia, para obtener la licencia correspondiente. Eso sí, se prohibía actuar en ellas a las mujeres y que se incluyesen danzas mientras se decían los oficios divinos, instando a los curas y vicarios para que lo evitasen y no lo consintiesen.¹²⁵³

Otra de las advertencias repetidas innumerables veces era la separación de sexos en las iglesias y procesiones. Y, aún estando separados, la queja por la actitud indecorosa y deshonestas de los hombres y mujeres que se hacían *señales* en las iglesias. Las quejas también se referían a la utilización de elementos profanos, que eran pedidos prestados a los seglares para la construcción de monumentos religiosos, como camas que eran utilizadas como palios, al empleo de toda clase de señales e insignias, como escapularios colorados, que daban a las cofradías un tono festivo poco acorde con la celebración religiosa, a las representaciones y espectáculos que entremetían objetos y personajes sagrados, como santos y personajes religiosos, y los llevaban a caballo con gran indecencia, a las procesiones que llevaban imágenes profanas de gentiles, turcos y herejes y que terminaban en risas y en espectáculos que distraían de los oficios

¹²⁴⁹ A.G.A.S. Sección Hermandades. Legajo 201. fol. 166-167. 31 de marzo de 1579. Cit. RIBELOT, A.: *El Derecho de las Cofradías de Sevilla*. Sevilla, 2004.

¹²⁵⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹²⁵¹ *Ibidem*, Sábado 1 de julio de 1580.

¹²⁵² A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Capítulo III. Que no se juren guardar los estatutos de las cofradías.

¹²⁵³ *Ibidem*, Tit. De Religiosis Domibus Cap. II. De las representaciones que se prohíben en las iglesias.

religiosos. También existen muchas quejas y advertencias contra las *saravandas, ese pestilencial género de danzas*, y contra las representaciones de comedias a lo divino, que se hacían en teatros públicos, y eran ocasión de *muchas culpas*.

El Cardenal Guevara fue especialmente celoso en el disciplinamiento de las procesiones, tratanto de evitar toda manifestación profana en ellas. Las actitudes indecorosas o deshonestas las consideraba un atrevimiento que incluso llegaban a profanar las iglesias, procesiones y jubileos. Uno de los comportamientos más perseguidos fue todo lo relacionado con la mezcla de sexos en los lugares sagrados; se prohibió que los hombres anduviesen entre las mujeres en las iglesias y que se hicieran señas o hablasen. Especialmente la noche de la Navidad y en Semana Santa, cuando la afluencia de fieles y el ambiente festivo era mayor. En estos casos encargaba al Juez de la Iglesia que visitara la Catedral y las demás iglesias, poniendo alguaciles para evitar los desmanes y mandando colocar hachas encendidas en los lugares oscuros, invocando en caso necesario el auxilio del brazo seglar.¹²⁵⁴

Se trataba de uno de los principios constitutivos de la religión, pues en las procesiones y devociones populares el ámbito de lo sagrado se volcaba en la calle, espacio de lo profano por antonomasia, con el consiguiente peligro. Tenemos abundantes evidencias de la insistencia casi obsesiva por controlar este fenómeno. En marzo de 1565, el Cabildo de canónigos mandaba:

No entren mujeres en el Coro tanto mientras horas como quando no las ay pena de 8 dias de lo ganado irremisibles al señor que lo quebrantare y los porteros que lo vieren y no lo denunciaren despedidos.¹²⁵⁵

Y En enero de 1598 los canónigos mandaron:

Que se nombre cada semana empezando por el canonigo y racionero mas antiguo dos señores que rondan la iglesia para que no se paseen ni hablen con mujeres asistiendo por la mañana hasta las 12 y por la tarde hasta la oración.¹²⁵⁶

Así se legisló en las constituciones de don Fernando Niño de Guevara:

Que en las procesiones de semana santa ni fuera de ellas no saquen tunicas indecentes con almidon goma azul ni labores ni otras cosas que causen nota pena de perderlas y seis dias de prisión... Que el jueves santo por la noche las mujeres no salgan de sus casas a andar las estaciones ni esten en las iglesias so penas a las que se hallaren de los mantos perdidos y prision y los hombres que las acompañaren mil mrs y diez dias de cárcel.¹²⁵⁷

¹²⁵⁴ *Ibídem*, Tit. De Religiosis Domibus. Cap. XVI. Que los hombres no esten entre las mujeres en las iglesias, procesiones y estaciones.

¹²⁵⁵ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Aguila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, 22 de marzo 1565.

¹²⁵⁶ *Ibídem*, enero de 1598.

¹²⁵⁷ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Religiosis Domibus. Cap. XVI. Que los hombres no esten entre las mujeres en las iglesias procesiones y estaciones.

Y se repitió con Pedro de Castro insistió en esta cuestión en marzo de 1617: *Pretende el Arzobispo don Pedro de Castro se atage la iglesia el jueves santo y se ponga sitio separado para hombres y mujeres.*¹²⁵⁸

Con respecto a las procesiones de disciplinantes, aunque tenían sus reglas aprobadas e incluso algunas estaban favorecidas con gracias e indulgencias, por suponer el recuerdo de la pasión y muerte de Cristo en sacrificio por la salvación de los hombres, y en las que se hacía penitencia para satisfacer las culpas y pecados de todo el año, sin embargo, *por ser tanta la malicia de los hombres y tan grande la fuerza con que nuestro común enemigo procura nuestra perdición*, abundaban los pecados y las ofensas a Dios, especialmente en las procesiones de la ciudad de Sevilla en las que las imágenes e insignias competían en profanidad con los hábitos indecentes.¹²⁵⁹

Primeramente, exhortaba el Cardenal Guevara, *por la sangre de Cristo*, que los fieles que saliesen para hacer penitencia de sus pecados fuesen con mucha devoción, silencio y compostura. Y que el hábito y aspecto externo expresase el dolor interno y el arrepentimiento de los pecados, sin vanidad ni demostración exterior. La experiencia demostraba que las salidas nocturnas de las cofradías daban lugar a muchos inconvenientes, pecados y ofensas a Dios, *por ser la obscuridad della el tiempo más aparejado para con libertad ejecutar nuestros apetitos y malas inclinaciones*. Así que mandaba al Provisor que juntase a los priostes y oficiales de las cofradías de Sevilla y les diese orden para que saliesen de día, señalándoles las horas y las calles por donde tenían que ir cada una, de tal forma que a las nueve de la noche hubiesen terminado todas. En los lugares del Arzobispado donde hubiese más de una cofradía se encargaba a los vicarios y en su defecto al cura más antiguo. Sólo se hacía una excepción con la Santa Veracruz de Sevilla porque tenía bulas y privilegios apostólicos. A los mayordomos, priostes y demás oficiales de las cofradías se les encargaba que guardasen y cumpliesen estos mandamientos y que evitasen los encuentros y riñas sobre el pasar unas antes que otras, bajo pena de suspensión de la licencia para hacer procesión por tres años.

En muchos lugares del Arzobispado comenzaban a salir las procesiones el Domingo de Ramos y continuaban todos los días de la semana hasta el viernes por la tarde, con el consiguiente gasto para las fábricas en cera que ardían en los altares. Como en estos días el pueblo sólo se debía ocupar en contemplar y celebrar con devoción los misterios de la Pascua, mandaba el Sinodo que comenzasen a salir las procesiones el miércoles santo después de comer hasta el viernes al anochecer, y si alguna tenía por constitución jurada obligación de salir otro día el Prelado les absolvía del juramento y les commutaba el voto, encargando a los jueces eclesiásticos, vicarios y visitantes que lo ejecutasen.

La proliferación de las cofradías coincidía con la inflación de la religiosidad barroca y suponía un problema pues coincidían muchas en la calle con los consiguientes desórdenes, rivalidades y enfrentamientos entre ellas. El Cardenal Guevara, que se destacó en el empeño disciplinador de las devociones populares, pretendió reducir los

¹²⁵⁸ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Aguila, C Tomo 9º, Cabildo eclesiástico, doc 13. Extracto de varios autos capitulares sacados de los libros dellos que empezaron en 1478, año 1617.

¹²⁵⁹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constituciones del Sinodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Celebrationes Missarum, De Divinis Officiis et Procesionibus. Cap. XXIII. Lo que se ha de guardar en las procesiones de disciplinantes.

días de procesión, mandando que la Semana Santa comenzase el miércoles santo después de comer y finalizase el viernes al anochecer. Se trataba también de evitar los enormes gastos que hacían las fábricas de las iglesias, pues se había impuesto la costumbre de procesionar todos los días de la semana desde el domingo de ramos hasta el de resurrección, y porque estos días el pueblo sólo debía ocuparse en celebrar con devoción los misterios de la Pascua.

Al Provisor le encargaba que visitara en Sevilla, y que mandase a los vicarios y curas del Arzobispado que lo hicieran en sus lugares, para que las imágenes e insignias que sacaban en las procesiones fuesen acordes y quitase las que les pareciere que eran contrarias a la devoción, autoridad y gravedad que convenía a una representación tan santa. Que las túnicas que llevasen fuesen de lienzo basto sin bruñir, sin botones por delante y sin guarnición de cadenas, randas ni brahones y que no fuesen acolchadas ni ajubonadas; que los disciplinantes no rigiesen la procesión ni los que portasen el pendón llevasen insignias en las túnicas, y que no llevasen llechuguillas en los cuellos ni zapatos blancos ni medias de color; que los disciplinantes no llevasen descubierto el rostro excepto por algún desmayo o accidente; que no llevasen las tocas atadas a los brazos ni otra señal para ser conocidos; que se impidiese a los muchachos pedir en las procesiones y los jueces eclesiásticos no lo consintiesen, pues no servían más que para inquietar y quitar devoción y jugar con la limosna que les daban; que las mujeres no fuesen con túnica ni se disciplinaran y que las que fuesen con hábito con luces fuesen en su orden delante del primer guión o estandarte de la procesión y no fuesen entre los disciplinantes.

Algunas cofradías que tenían pocos cofrades disciplinantes alquilaban algunos para que lo hicieran, y era una indecencia que por dinero se hiciera una cosa tan santa. Así que se prohibía bajo pena de excomunión para los que recibían el dinero y para los mayordomos que los dieran. También se prohibían las representaciones que se solían hacer antes de salir y a la vuelta a la iglesia, andando con la imagen de la Virgen alrededor del claustro en los monasterios y de los pilares en las iglesias, simulando la búsqueda de su santo hijo resucitado. Ni tampoco bajando el Cristo de la Cruz para enterrarle, sino lo mandado en el Ceremonial Nuevo del Papa Clemente VIII. La excepción era la Santa Iglesia Catedral en la cual mandaba que se hiciera *lo que se debe guardar*. Así pues, las procesiones suponían una fuente inagotable de problemas, pues el ámbito sagrado de los templos y sus imágenes, desbordaba sus límites y se proyectaba sobre el ámbito profano de la calle. Como uno de los principios de la religión parece ser la separación de ambas esferas¹²⁶⁰, los conflictos eran constantes, así como las quejas para que se tomasen medidas. Y aunque en los sínodos se legisló al respecto, la realidad superó la capacidad normativa de las constituciones. Veamos algunos ejemplos.

El 15 de marzo de 1611, Francisco Zorrilla comunicaba al Arzobispo en una carta que eran tantos los pecados públicos escandalosos que se cometían por hombres y mujeres indecentes en las procesiones de penitencia de Semana Santa, que para obviar los casos particulares se trató su remedio en el Sínodo que se celebró y se hicieron algunos decretos y constituciones. Pero parece que estas no bastaron para remediar los daños, pues la experiencia demostraba que los pecados y escándalos no cesaban y los decretos y constituciones no se ejecutaban, quizás por las pocas penas que se pusieron,

¹²⁶⁰ DURKHEIM, E.: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, 1993.

y por la *ganancia temporal a que tiraban los alcaldes y priostes de las cofradías*.¹²⁶¹ La ciudad de Sevilla se consideraba *escala general de muchas naciones* y era un mal ejemplo para otros lugares del arzobispado y para los numerosos extranjeros, de los cuales se temía que murmurasen y calumniasen en sus países acerca de los defectos del catolicismo español: *y estos pecados están tan corrompidos y estragados con infinitos vicios que necesitan que para que unos queden edificados y otros no tengan que calumniar, hay que proveer un remedio competente*.¹²⁶²

El remedio que se proponía era que no se permitiese en ninguna procesión que se *disciplinasen*, ni que llevasen cruces las mujeres. Y si esto ocurriese que se les expulsase de la procesión y se les aplicase una pena tanto a ellas como a los alcaldes, priostes y ministros de la cofradía que lo consintiesen. Otro de los eternos problemas de las procesiones era la indumentaria de los seglares. Se prohibió que las mujeres que iban alumbrando en las procesiones usasen trajes indecentes y llevasen *afeites y sin llevar ningún genero de sedas ni otras insignias para ser conocidas y galanas*.¹²⁶³ En cuanto a los hombres, que se ejecutasen con rigor los decretos del Santo Sínodo, añadiendo mayores y más graves penas, invocando si fuere necesario al brazo secolar, para que de esta manera *sesaran innumerables pecados que en tiempo tan santo se cometen y escándalo, y v s^a illma provea como tan cristianísimo príncipe lo que mas al servicio de dios convenga*.¹²⁶⁴

También se solía reglamentar la forma de vestir las imágenes sagradas para que no se adornasen de seda o con trajes de mujer; y que los que las vistiesen no fuesen seglares ni mujeres, ni les pusieran aceites, tocados, lechuguillas ni las sacasen fuera de la iglesia para adornarlas. El Cardenal Guevara dispuso que las imágenes de la Virgen que se sacaran en procesión o estuviesen expuestas en los altares se aderezaran con sus propias vestiduras, hechas decentemente, y cuando no las tuviesen propias los sacristanes las vistieren con honestidad y en ningún caso las tocasen con copetes, rizos ni arandelas, ni con hábito indecente.¹²⁶⁵

Como las procesiones suponían, no el contacto reglamentado y ritualizado con lo sagrado, sino la inmersión de los seglares en la vida religiosa, era importante mantener ciertas reglas de modo que no se confundieran ambas instancias. Una petición de 1611 sugería que en las parroquias en las que el Jueves Santo se ponía un palio situado sobre el Santísimo Sacramento no se pidiesen para este efecto camas prestadas a los seglares.¹²⁶⁶ Pues se suponía que la cama de un secolar no era un elemento adecuado para mezclarse con las cosas sagradas. Un memorial de 14 de abril de 1611, que firmaba el doctor Bartolomé Díaz Jiménez, nos informa de que en Utrera procesionaban cinco cofradías de penitencia. Nuestro memorialista pedía que se *redujera* a las demás una nueva que llamaban de San Juan, que salía el Miércoles Santo por la tarde, pues impedía que se celebrasen los oficios religiosos en las parroquias, porque era muy profana *con escapularios colorados*, y los feligreses en vez de ir a los oficios se distraían en asistir

¹²⁶¹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Carta al Prelado de Francisco Zorrilla”, 15 de marzo de 1611.

¹²⁶² *Ibidem*.

¹²⁶³ *Ibidem*.

¹²⁶⁴ *Ibidem*.

¹²⁶⁵ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (8). Constitucion del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, 1604. Tit. De Religiosos Domibus. Cap. V como se han de vestir y aderezar las imágenes de Nuestra Señora o de otras Santas

¹²⁶⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Advertencias”, año 1611.

al espectáculo *de moços, y todo es profanidad*.¹²⁶⁷ La proliferación de las cofradías era otro problema, sobre todo cuando coincidían varias procesionando en la calle, con el consiguiente desorden, cuando no enfrentamiento, a causa de las rivalidades entre ellas.

Según nuestro informante, en esta villa se producían también abusos porque las dos iglesias parroquiales hacían monumentos el Jueves Santo con mucho exceso y gasto, y siendo suficiente con los ornamentos de la iglesia, sin tanta grandeza, se gastaban y perdían de un año para otro los ornamentos, y ponían en los monumentos cosas profanas como camas. De nuevo aparecen las camas formando parte de los palios o monumentos, y de nuevo la dialéctica entre lo sagrado y lo profano. El pueblo introduciendo elementos profanos, de uso cotidiano y alto valor simbólico, en el discurso religioso, y la jerarquía manteniendo su visión reduccionista de la religiosidad y separando radicalmente lo sagrado de lo profano.

Otro memorialista, el licenciado Juan Bautista Aldrete, se quejaba de otra práctica de profanidad en las iglesias. Muy de ordinario armaban altares poniendo dos bancas y tablas encima para colocar imágenes en andas, y ocupaban el altar impidiendo celebrar bien las misas, y con peligro y riesgo de caerse. Aldrete pedía que se prohibiese esto, y que solo se dijese misa en altares de piedra o madera, sin que se atendiese la voluntad de nadie, aunque fuese *especialmente*.¹²⁶⁸ También denunciaba, y pedía penas rigurosas, para los legos que hacían algunas máscaras e invenciones para regocijo de los pueblos, sacando representaciones profanas y de risa, y en ellas solían sacar y entremeter cosas sagradas, imágenes de ángeles, santos y personajes eclesiásticos, usando los ornamentos de las iglesias para el culto divino y *con muy grande indecencia los llevan puestos a cavallo personas de poca suerte*.¹²⁶⁹

Otro de los eternos problemas de las procesiones eran los conflictos de precedencia o las luchas de jurisdicciones. En noviembre de 1612 el vicario de El Puerto de Santa María informaba al Prelado de los problemas que se ocasionaban en la procesión de la Cofradía del Santísimo Sacramento. Los cofrades, que formaban un grupo cerrado, pues habían limitado el número de miembros de la Cofradía a veinticuatro, curiosamente el mismo número de caballeros regidores que había en algunos cabildos como el de Sevilla, procesionaban con hachas y mezclándose con la clerecía. Todo su afán era ir junto al Palio y por salirse con su pretensión se ponían al lado de los clérigos haciendo coros, con el pretexto de alumbrar de cerca al Santísimo Sacramento. Los clérigos pretendían que fueran delante acompañando a la cruz y sin mezclarse con ellos. Pero los cofrades insistieron en su actitud, pues aunque admitían las reglas de precedencia del clero, éstas se veían desbordadas por el desorden y la pasión de la calle. Los clérigos, celosos de su preeminencia, intentaron que les siguieran en la procesión y lo disimularon durante algún tiempo para no tener *pesadumbres*. Pero finalmente pusieron un pleito para que no les usurparan su lugar. El vicario envió una carta al Prelado con el licenciado Luis Méndez informando del pleito. En ella se exponía la petición de la clerecía que aducía que *habiendo su santidad quitado a todas las religiones su lugar en las procesiones, cuanto más en éste caso siendo legos*.¹²⁷⁰

¹²⁶⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial de Bartolomé Díaz Jiménez”.

¹²⁶⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial del Ldo. Juan Bautista Aldrete”.

¹²⁶⁹ *Ibidem*.

¹²⁷⁰ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. “Vicaría de El Puerto”.

En carta de 9 de febrero de 1611 el Secretario de Cámara del Prelado, licenciado don Luis Albarez, hacía una reseña al nuevo Prelado informándole de las cofradías que procesionaban en Sevilla en Semana Santa.¹²⁷¹ Le decía que las de Triana no pasaban a Sevilla porque iban a la iglesia de Santa Ana, que era su parroquia, y le informaba que había dos, una en Sevilla, denominada Nuestra Señora de los Ángeles, y otra en Triana, Nuestra Señora de las Cuevas, ambas de negros, que el Cardenal Guevara en virtud de un breve de su Santidad había extinguido. Decía conocer bien el asunto pues el pleito *fulminado* en 1610 contra los negros de Triana pasó por sus manos. El Cardenal Guevara fue especialmente celoso de que las procesiones se hiciesen *con el mayor recogimiento y decoro*¹²⁷², y consideró impropias las cofradías de negros, aunque éstos consiguieron una bula a su favor del Nuncio de Su Santidad. Y añadía para conocimiento del nuevo Prelado, don Pedro de Castro, las cofradías que procesionaban en la ciudad:

las cofradías que salen de disciplina en Sevilla y Triana miércoles, jueves y viernes santo...

Miércoles Santo

- 1) la cofradía de la entrada en Jerusalén sale del monasterio de santa María de gracia. Al margen se lee: ya sale de san Antonio, monasterio de frailes franciscos...
- 2) la cofradía de la palma sale de la iglesia de san Andrés parroquia
- 3) la de san Juan evangelista sale del convento del Carmen
- 4) la del socorro sale de la iglesia de los frailes terceros
- 5) la del depedimiento y virtudes sale de san Agustín
- 6) la de Ntra. Sra. de la hiniesta sale de san Julián parroquia
- 7) la presentación sale de san Ildefonso parroquia

Jueves Santo

- 8) la cofradía del nombre de Jesús sale de san pablo
- 9) las cinco llagas sale de la santa trinidad
- 10) la de la sangre y san Juan Bautista sale del colegio de san Fco de Paula
- 11) la de Ntra. Sra. del rosario sale del colegio de Montesion
- 12) la de las angustias sale del monasterio del Carmen
- 13) la de la columna y açotes sale de san miguel parroquia
- 14) la humildad y cena sale de Omnium Sanctorum parroquia
- 15) la de las potencias de cristo sale de san pedro parroquia
- 16) la coronación y verónica sale de Ntra. Sra. del valle
- 17) la de Ntra. Sra. del pópulo sale de san Esteban parroquia
- 18) la antigua sale de san pablo
- 19) la pasión sale del convento de la merced
- 20) la Vera Crus sale de san Fco
- 21) la limpia concepción sale de Regina Angelorum

Viernes Santo

- 22) la del traspaso sale del valle
- 23) la de la cruz de Jerusalén sale de san Antón
- 24) la luz del colegio de san Fco de Paula
- 25) la exaltación sale de santa catalina parroquia
- 26) la conversión del buen ladrón sale de san Ildefonso parroquia

¹²⁷¹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Carta de 9 de febrero de 1611 del Secretario de Cámara del Prelado, licenciado don Luis Albarez".

¹²⁷² MORGADO, J.A.: *Prelados sevillanos o Episcopologio*. Sevilla, 1906.

- 27) la guía sale de san Nicolás parroquia
- 28) la piedad sale de santa marina parroquia
- 29) la espiración sale de la merced
- 30) la del entierro sale de colon colegio de la merced
- 31) la soledad sale del Carmen
- 32) el Sancto Crucifixo sale de Sant Agustín

Triana

Jueves santo

- 33) La cofradía del socorro y buen viaje
- 34) la de Ntra. Sra. del camino sale del espíritu santo
- 35) La de Sant francisco de Paula, nieves, y estrella sale de la victoria
- 36) la cofradía de la esperanza
- 37) la cofradía de la encarnación
- 38) La cofradía de la O sale de un Hospital deste nombre
- 39) La cofradía de las caídas de cristo.

Los incidentes en las procesiones fueron moneda corriente en la época. Un memorial nos informa que en los templos y en las procesiones que se hacían por las calles se llevaban imágenes profanas de *gentiles, de turcos y de herejes*, y que esto debía ser prohibido pues *las cosas sagradas no deven mezclarse con las profanas*.¹²⁷³ Y en estos actos todo debía ser para despertar la devoción y la religión. Hubo un intento de prohibir que las *comedias a lo divino*, que eran de santidad y religión, se representasen en los teatros públicos, pues en el mismo lugar *no es justo que sea de representaciones humanas y profanas y también de religión*, porque se juntaban en ellas los representantes y el público. Las profanas, de historia o moralidad, debían ser examinadas por el Ordinario, y de hecho por su Provisor delegado, para ver que no se cantase ni representase sino lo que él hubiera visto y examinado. La conclusión de Luis Albarez era que sería preferible que no se representasen, porque de ordinario eran ocasión de *muchas culpas*.

Otra de las celebraciones que se trató de disciplinar era la de los rosquetes e higos del día de San Blas y la de las uvas del día de la Transfiguración. En enero de 1563 los canónigos trataron sobre la costumbre *que en esta iglesia se tiene de los rosquetes y higos que se dan el día de San Blas y otras ceremonias antiguas*.¹²⁷⁴ Y votaron si se quitaría dar los rosquetes e higos y unas tórtolas y también sobre la fiesta del obispillo. Salió por mayoría que no se quitase y que se guardase la costumbre antigua. Ahora bien, como se producían desórdenes cuando los clérigos traían los rosquetes, mandaron al Secretario que intimase a los clérigos de la veintena y a los capellanes que fuesen a traer los rosquetes e higos que lo hicieran decentemente, pues los tomaban en el Altar. Y que no hubiera desorden en esto bajo pena de 30 días de lo ganado.

En 1568, el Cabildo sede vacante, *atento el gran desorden que en esto se tiene*¹²⁷⁵, mandó que el preste hiciera su ceremonia como de costumbre exprimiendo el mosto en el cáliz, pero que no se comisen uvas en la iglesia. También fueron denostadas por la Iglesia las *saravandas*. El autor del memorial lo califica de *pestilencial género de*

¹²⁷³ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara".

¹²⁷⁴ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, enero 1563.

¹²⁷⁵ *Ibidem*, Cabildo eclesiástico, año 1568.

dança, que provocaba *offensas contra dios* y gran daño de la modestia y honestidad cristiana y perversión de costumbres *de muchas almas que por ella se han estragado... y será un gran servicio a dios que se prohíban con censuras que públicamente se dance y tañe y cante semejante abominación*¹²⁷⁶, y a tal fin se recomendaba invocar el auxilio del brazo seglar. También los predicadores tenían la obligación de advertir al pueblo para que se persiguiese este vicio *hasta que se destierre de los pechos de los cristianos*, por el cual *se debe temer gran castigo sino se remedia*, pues en la mentalidad providencialista de la época el pecado era ante todo una ofensa a dios que podía ser expiada con el castigo sobre la colectividad que consentía. Otra de las fiestas que acabaron sucumbiendo al empuje disciplinador de la jerarquía eclesiástica fue la del obispillo. Encontramos numerosas referencias a ella, la más antigua de 1555.¹²⁷⁷ Se celebraba en diciembre, el día de San Nicolás, y en ella se vestía de obispo a un mozo de coro de la Catedral que se paseaba y salía de la Iglesia. Todos los años el Cabildo libraba una cantidad de dinero para la fiesta.¹²⁷⁸

Otra de las manifestaciones devocionales y festivas que provocaron el celo disciplinador de las élites religiosas sevillanas fueron las estaciones de penitencia que se hacían a la Cruz del Campo. En marzo de 1624, el Provisor publicó un mandamiento con censuras para que se guardase la orden dada por el Arzobispo el año anterior en la que ponía orden en las estaciones y procesiones de la Cuaresma y especialmente en la estación de penitencia que se hacía yendo a la Cruz del Campo.¹²⁷⁹ En él mandaba que las mujeres fuesen por la mañana y los hombres por la tarde, y que las mujeres no anduviesen el Jueves Santo por la noche en las calles, pues otros años la mezcla de sexos había dado lugar a situaciones incompatibles con la celebración religiosa. El Humilladero de la Cruz del Campo se erigió a finales del siglo XV y estaba en el camino que conducía a la ciudad de Carmona y muy próximo a los famosos caños. La Cruz del Campo era un lugar de peregrinación y romería:

todo humilladero se yergue con el triple propósito de ordenar el tránsito, señalar el límite o término de la población vecina y fomentar la piedad de los viandantes, recordándoles su obligación cristiana de persignarse y arrodillarse-humillarse en definitiva ante la imagen allí existente.¹²⁸⁰

Parece que el lugar se convirtió en uno de los espacios extramuros más visitados por los sevillanos que hacían estación de penitencia en Cuaresma. Desde la Cruz hasta las murallas de la ciudad se extendía un espacio de denso paisaje de huertas lleno de molinos, albarcas, norias y aceñas para el regadío, con la famosa Huerta del Rey al fondo, y allí acudían muchos sevillanos buscando el esparcimiento y el descanso en los días de fiesta.¹²⁸¹ En la mentalidad popular la celebración religiosa se confundía con las

¹²⁷⁶ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara".

¹²⁷⁷ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico. Farsa en el día del obispillo por noviembre de 1555.

¹²⁷⁸ A.C.S. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 27. viernes 8 de diciembre de 1562. viernes 27 de noviembre de 1562.

¹²⁷⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹²⁸⁰ PALOMERO PÁRAMO, J.M.: *Ciudad de los retablos*. Sevilla, 1987, p. 15; Véase J. RODA PEÑA, M. GARCÍA FERNÁNDEZ y F. GARCÍA DE LA CONCHA DELGADO: *El Humilladero de la Cruz del Campo y la religiosidad sevillana*. Sevilla, 1999. También en: GONZÁLEZ MORENO, J.: *Vía Crucis a la Cruz del Campo*. Sevilla, 1992.

¹²⁸¹ PERAZA, L.: *Historia de Sevilla*. Sevilla, 1997.

manifestaciones más profanas de la fiesta. Y eso era incompatible con la idea de religión que pretendía mantener la jerarquía eclesiástica, basada en el recogimiento, la devoción y la expiación de las culpas.

Los conflictos entre la jurisdicción real y la eclesiástica por el gobierno de las procesiones también fueron frecuentes en la época. En febrero de 1623 el Arzobispo don Pedro de Castro y Quiñones había mandado a su Provisor publicar un edicto en cumplimiento de una provisión real del Consejo de Castilla para que se redujesen las cofradías de Sevilla del miércoles y viernes santo. Se justificaba por los grandes alborotos y escándalos que había todos los años en las procesiones de disciplinantes, por ser muchas y haber pendencias y confusiones.¹²⁸² A pesar de que se hacían juntas entre los representantes de las cofradías, el Provisor, y representantes del Cabildo seglar, los incidentes no cesaban y alcanzaron niveles preocupantes en los sucesos del año anterior.

Las cofradías reducidas tenían que salir bajo el estandarte, pendones e insignias de la cofradía a quien se reducían, pero se les permitía que pudiesen llevar los pasos de la Pasión, imágenes y cruces que tenían, siendo vistas y aprobadas por el Provisor. Eso sí, que los cofrades y hermanos fuesen en las procesiones con hábito decente de penitencia, y *contritos* y *confesados* recibieran el santo sacramento de la eucaristía para que ganasen indulgencias y gracias espirituales; que no fuesen penitentes alquilados, sino por obra de piedad, al servicio de Dios y bien de sus almas, y que en todo guardasen las constituciones sinodales, cometiendo la ejecución de todo al Provisor y Vicario General.¹²⁸³

El 26 de marzo de 1624, tras la muerte del Prelado, el Asistente de la ciudad, don Fernando Fariñas, envió aviso al Cabildo sede vacante para que guardase los mandamientos que había proveído el Arzobispo el año anterior tocantes a las cofradías de disciplina de la ciudad. En estos mandamientos había ordenado reducir unas cofradías a otras, y que las reducidas siguiesen las insignias de aquellas a quien se la reducía, y las que no se quisiesen reducir que no saliesen, poniéndoles graves penas y conminándoles con otras mayores. Se trataba de poner orden en las procesiones, pues la proliferación de éstas hacía muy difícil su gobierno y propiciaba todo tipo de altercados y enfrentamientos en la calle.

Vistos los mandamientos, el Cabildo juzgó que esta decisión suponía un grave perjuicio para la jurisdicción eclesiástica ordinaria que ellos administraban, pues la reglamentación de las procesiones era competencia que correspondía privativamente al Prelado, que la ejecutaba mediante su Provisor. Así que cometieron a dos canónigos para que le dijese al Asistente que, pues se esperaba la venida del Rey a la ciudad, el Cabildo sede vacante había dado licencia para que saliesen todas las cofradías aprobadas por el Ordinario,

¹²⁸² A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 10, Cartas Notables. Casos raros de Sevilla. Contribución Extraordinaria. 19 de marzo de 1623 el Consejo de Castilla: Forma y Modo cómo se reducen las Cofradías de Sevilla, miércoles y jueves y viernes santo. don Pedro de Castro y Quiñones hacemos saber los grande alborotos y escandalos en las procesiones.

¹²⁸³ A.M.S. Sección XI. Tomo 2, fol. n° 1. Forma y modo como se reducen las cofradías de Sevilla el miércoles jueves y viernes santo. Edicto publicado en cumplimiento de la provision del Consejo de Castilla de 4 de febrero de 1623. Cit. RIBELOT, A.: *El Derecho de las Cofradías de Sevilla*. Sevilla, 2004.

para que luciese más su fervor y devoción, y con esta licencia el Cabildo tiene hechos grandes gastos y por ser materia de fuero eclesiástico su señoría no podía ni debía proveerlo sino es el Juez eclesiástico invocando su auxilio, y así se hizo el año anterior de 1623 cuando el Arzobispo hizo la reducción de las Cofradías.¹²⁸⁴

El Cabildo afirmaba: *que no desea competencia sino proveer en este caso lo que más sea al servicio de dios nuestro señor.*

El Lunes Santo por la tarde el Deán juntó al Cabildo e informó que el día anterior, Domingo de Ramos, el Asistente de la ciudad había querido saber qué cofradías más saldrían que las del año anterior, y le había respondido que sólo una más, porque tenía hecho mucho gasto. En este capítulo informó además el Provisor cómo ese día por la mañana se había dado un pregón por orden del Asistente en la plaza de San Francisco y en la Lonja, dando forma y razón de salir las cofradías, amenazando con graves penas si saliesen otras que las señaladas por su mandamiento. También señalaba las calles por donde habían de ir, y otros detalles *de lo qual avía resultado grande y general escándalo en toda la ciudad.*

Como consecuencia de esto, el Provisor cometió a su fiscal para que recibiese información del caso en defensa de la jurisdicción eclesiástica. El Cabildo afirmaba que tenía obligación de mirar por ella y que no pareciese que con la falta de Prelado se daba lugar a que se introdujeran grandes novedades, *a vista de tantas naciones estrañas poco afectas a la jurisdicción eclesiástica.* Viendo que el Asistente no había cumplido lo ofrecido, de no dar sus mandamientos, mandó el Cabildo sede vacante que el Provisor no sólo no prohibiese que saliesen las cofradías a quien se les había dado licencia, sino que mandase que saliesen todas, y que para su cumplimiento diese los mandamientos y despachos necesarios, proveyendo para defender la jurisdicción eclesiástica con todas las censuras que por derecho podía hasta que el Asistente revocase el mandamiento que había pregonado. Después cometieron al canónigo Fernando Quesada para que fuese a hablar con el Asistente y le dijese:

el sentimiento que el Cabildo tiene del pregón de su mandamiento y le proteste todos los daños espirituales y temporales que por su causa de competencia se causaren en este tiempo santo y que vaya el Secretario como Notario Apostólico para dar testimonio.¹²⁸⁵

En la fe del Secretario podemos leer cómo el canónigo Quesada transmitió al Asistente lo que el Cabildo le había ordenado para *que se desistiese e inhibiese del conocimiento de toda causa por no ser de su jurisdicción, protestándole todos los daños espirituales y temporales.* El Asistente respondió con un lacónico *que haría todo lo que fuese del servicio de dios y de su magestad*, poniendo de manifiesto la doble obediencia, al Rey y a Dios, que mantenía escindida su voluntad. La una le obligaba a mantener el orden público en la calle y respondía a las necesidades y contingencias del gobierno temporal; la otra le obligaba en conciencia y le exigía subordinar toda consideración de gobierno a la preeminencia de la jurisdicción eclesiástica.

¹²⁸⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹²⁸⁵ A.C. S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

El 27 de marzo fueron los canónigos don Francisco Melgar y don Fernando de Quesada a hablar con el Asistente y éste les dijo que si Su Majestad no venía a la ciudad *se holgaría mucho* de que el Cabildo revocase la licencia que había dado y no publicase mandamientos, dejándolo en la misma forma del año anterior. En efecto el 26 de marzo de 1624 Felipe III, estando en Cádiz, dictó una cédula en la que comunicaba al Cabildo y regimiento de Sevilla que por el peligro que suponía el calor para su salud y por los sucesos de la costa de Gibraltar no podía acudir a la Semana Santa de Sevilla como lo había planeado.¹²⁸⁶

Después, el Alguacil Mayor de la ciudad, don Sebastián de Casaus, les dijo de parte del Asistente que si el Cabildo sede vacante no diese licencias a una o dos cofradías más que el año anterior, el Asistente no publicaría ningún mandamiento. Deseando el Cabildo que cesasen los inconvenientes y competencias de jurisdicción y que la eclesiástica quedase sin perjuicio, añadiendo una más a las que salieron el año anterior, mandó el Cabildo que saliesen aquellas, más una con la Advocación de San Juan Baptista, como habían acordado con don Sebastián; y que los diputados nombrados se lo hicieran saber al Asistente.

El 2 de abril, estando el Cabildo reunido, avisó el Pertiguero a los canónigos que había llegado el Teniente Mayor trayendo un recado del Asistente, y salieron a oírle el Deán, don Francisco de Melgar, y el canónigo don Fernando de Quesada, volviendo después al Cabildo para informar. Después de tratar sobre el mandamiento que el Asistente había hecho pregonar, mandaron que se respondiese al Teniente diciéndole que transmitiese al Asistente que la jurisdicción eclesiástica estaba muy perjudicada, y que mientras no se inhibiese y remitiese los autos al Juez quedaba muy lesa, y cumpliendo esto el Cabildo *estará muy atento a ver lo que mejor convenga al servicio de dios y al mejor gobierno de las cofradías*.¹²⁸⁷ Así como en el discurso del Asistente aparecía la doble referencia a Dios y al Rey, en el del Cabildo sólo aparecía citada la obediencia a Dios y a las necesidades del gobierno de las cofradías, esto se puede interpretar porque simplemente no consideraban que las procesiones fuesen materia que incumbiese al poder seglar, a pesar de suponer una auténtica toma de la calle por parte de la religión.

Sabemos que el Cabildo jurados de la ciudad se había dirigido por carta al Rey haciéndole saber:

el numero muy grande de cofradías que en esta ciudad ayu que salen de dia y la noche del jueves santo con muncha gente que sale a ver y acompañar a las cofradías lo qual es cosa muy savida que en las calles e templos con el gran concurso de los hombres y mujeres y cocurren a que la noche se hazen munchas y muy graves afrentas contra dios ntro sr por la muncha licencia y libertad que la noche trae consigo y por lo qual cosa de tanto servicio de dios e debocion se convierte en sacrilegios y graves ofensas en que en la noche señaladamente se hacen¹²⁸⁸.

Y para su remedio proponían:

¹²⁸⁶ A.M.S. Sección XVI. Catálogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. nº 1119.- b.- cedula de Felipe III, que no podrá ir a Sevilla en semana santa.

¹²⁸⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹²⁸⁸ A.M.S. Sección XIII. Archivos Importantes. Siglo XVI. Tomo 3: Comunidades, Corpus, Campo de Matrera, doc. 29, cofradías.

si las dichas cofradías saliesen y volviesen de día como en las demás ciudades deste reino no se vaya introduciendo e acostumbrando hacerse así que por la misma razón la iglesia quito las vigiliass de las noches antes de las fiestas, por las ofensas que el concurso de hombres y mujeres causava y pueden ser repartir todas las cofradías en el jueves e que son días acomodados a los misterios y devoción que las dichas cofradías contienen y con buen orden abra lugar para todas. Suplicamos a vos mande mirarse con mucha consideración con el sr Arzobispo para que salgan e vuelvan de día pues ordenándose así se conservara el servicio que a dios nro sr.

Después mandaron que el Provisor procediese en Derecho, y que los canónigos Quesada y Soria informasen del acuerdo que había tomado la Real Audiencia, pues el pleito había acabado en esta instancia de apelación. Estos diputados informaron al Regente y Oidores de la Real Audiencia del estado en que estaba la reducción de las cofradías, se leyó el auto del Asistente y los pregones dados, y mandaron que el Provisor procediese conforme a derecho contra el Asistente hasta que se inhibiese del conocimiento de la causa, y que los canónigos diputados fuesen al día siguiente a informar de nuevo a los Oidores. Finalmente, y como en otras ocasiones similares, tuvo que intervenir el Consejo Real para poner orden en el asunto. El martes 23 de abril el Provisor informó que el Asistente, con unánime provisión del Consejo Real, pedía los autos del pleito. Los canónigos mandaron que se viese la provisión y que el canónigo don Félix de Guzmán determinase las procesiones que iban a salir, si las autorizadas el año anterior o todas las cofradías de Semana Santa, y que se juntasen los autos actuados por el Provisor y los del Cabildo y se enviasen al Prelado recién nombrado que estaba en Madrid, para que hiciese relación al Consejo.

El resultado del conflicto entre jurisdicciones fue que sólo le negaron la licencia, a pesar de haberla pedido expresamente, a la cofradía de negros, pues si ya había problemas con que los seglares tratasen en las procesiones con las cosas de religión, cuanto más si eran negros, máxime si se esperaba la venida del Rey: *por ser cosa que no la ay en toda España y averse de hallar su magestad en aquel tiempo en la ciudad*. El Provisor vio las que tenían ornato de insignias y vara para salir, y a estas les dio licencia y les señaló hora y día para evitar *encuentros* entre procesiones, como había ocurrido en el pasado con los consiguientes disturbios. Pero pasada la Semana Santa continuó el pleito en Madrid, el martes 30 de abril se recibió una carta del Arzobispo electo, don Gonzalo Fernández de Córdoba, para que se le enviase razón de lo que se había hecho en Semana Santa, y el Cabildo le envió los autos hechos por ellos y por el Provisor para que viéndolos los entregase al Consejo. El 13 de mayo de 1624 dieron poder a Juan Sánchez de Almansa para que como agente del Cabildo fuese a Madrid a presentar los papeles tocantes a las cofradías de Semana Santa en el Consejo Real y hacer las diligencias necesarias.

También en defensa de la jurisdicción del Prelado, esta vez frente a la jurisdicción de una Orden monástica, el Cabildo ordenó en abril de 1624 que la cofradía que salía en Semana Santa en Castilleja de la Cuesta saliese de la iglesia que pertenecía a la jurisdicción del Ordinario, pues había otra perteneciente a la Orden de San Juan. Las rivalidades entre las cofradías también fueron moneda corriente, a veces se trataba simplemente de una disputa por la clientela seglar. En 1624 el Cabildo cometió al visitador Andrada para que mandase al cura de la Rinconada que no inquietase al cura de Casa Luenga, Luis de Rojas, en las fiestas y procesiones que hacía por la aparición

de la Virgen en aquella ermita.¹²⁸⁹ Y es que la pequeña aldea de Casa Luenga, que apenas daba para mantener allí a un sacerdote, había encontrado en la aparición de la Virgen en su ermita un inesperado protagonismo a costa de la iglesia de la parroquia de la Rinconada, distante tan sólo unas leguas. De hecho, nos consta que desde 1580, los visitadores generales del Arzobispado tenían que *acomodar* misas sobrantes de la colecturía a un clérigo de Casa Luenga, para que diciendo una misa cada día se pudiese sustentar en aquel pequeño lugar.

El Provisor también daba licencias a las cofradías para poner el Santísimo Sacramento en sus casas o iglesias. En este año de 1624 el Provisor concedió licencia a la Cofradía de San Hermenegildo para poner el Santísimo Sacramento en su iglesia y cárcel, previamente se había cometido a don Félix de Guzmán para que viese la disposición y ornato del altar. Los cofrades de San Bernardo presentaron una bula de su Santidad y un breve del Nuncio, para que se les permitiese poner el Santísimo Sacramento en su casa y hospitalidad, cometieron al canónigo don Francisco Melgarejo para que viese los inconvenientes.

En 1628 tenemos el mandamiento del Arzobispo don Diego de Guzmán para que, bajo pena de excomunión y dos ducados de multa, no se pusiesen sillas ni bancos en la procesión del Corpus que se celebraría el 22 de juni, ni otros asientos en las calles y plazas, sino que las tuviesen dentro de los portales y que asistiesen con decencia, y que esto lo publicasen los curas en las parroquias. Se trataba de evitar

los inconvenientes e yndecencias que resultan de que hombres y mujeres pongan sillas en las calles a esperar el paso del santísimo sacramento... estandose sentados cuando entra en la calle y estrechase con las sillas que no se puede pasar la procesión ni con la decencia que conviene y con la comodidad de los asientos y se ponen en conversacion hombres y mujeres con menos recato y respeto, con escandalo del pueblo y ofensa de dios ntro sr...¹²⁹⁰

A pesar de los sucesivos intentos de la jerarquía para poner orden en las procesiones, el espíritu de fiesta popular fue más fuerte y los problemas continuaron. En 1671 de nuevo aparece un *medio que se propone para el remedio de los escándalos que se ocasiona de las procesiones de Semana Santa, sin reducirlas ni prohibirlas*.¹²⁹¹ Era un memorial dirigido al Provisor en el que en nombre del *zelo de la sagrada religión* se proponía un remedio para el *abominable y sacrílego abuso de la más santa semana de los tiempos*. Eran tantos los pecados que se cometían en esta semana y su duración tan larga que parecían irremediables, pero el memorialista proponía una *curación* que excluía las dos medidas más radicales e impopulares, las prohibiciones y las reducciones.

En primer lugar había que reconocer la gravedad del problema, pues los sacrilegios, maldades, torpezas, insultos, escándalos, pecados y ofensas que se cometían en Semana Santa por las cofradías y sus cofrades contrastaban con el tiempo en que se debía *coger el fruto de la tierra de nuestra umana naturaleza redimida y cultivada y*

¹²⁸⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹²⁹⁰ A.G.A.S. Sección O. Medios de Información. Legajo 16452 (1627-1644). Libro Índice de la Secretaría de Cámara, nombramientos y títulos, fol. 59.

¹²⁹¹ A.C.S. Sección IX. Legajo 52.4., fol. 2. Cit. RIBELOT, A.: *El Derecho de las Cofradías de Sevilla*. Sevilla, 2004.

regada con la sagrada pasión muerte y sangre de nuestro redemptor y Maestro. Con el agravante de que suponía una imagen poco edificante para las naciones extrañas, moros, erejes y demás sectarios pues con vilipendio mofan de nuestra sagrada religión por nuestra mala observancia. Y además, esto contribuía a la dureza y pertinacia de los corazones, haciendo muy difícil la conversión a la vista de tan enormes maldades toleradas y consentidas por quien debía remediarlas. Aunque la solución se había tratado innumerables veces por los asistentes, gobernadores y ministros, e incluso con un edicto pronunciado por el Prelado prohibiendo las demandas, sin embargo la experiencia demostraba que aunque se prohibiesen las procesiones saldrán los cofrades haciendo el ultimo esfuerzo hasta vender los zarcillos, saias y mantos de sus mujeres. El memorialista, que era un fraile, decía que con la prohibición de las procesiones cesarían las demandas que se pedían durante las procesiones y que iban en detrimento del ochavito que recibían fundamentalmente los clérigos regulares.

El Asistente de Sevilla, conde de Lençes, había prohibido a los alcaldes y oficiales que saliesen en las cofradías, excepto a los penitentes *de azote y luz*, llevando bastones, varas, capirote y otros malos abusos. En el mismo bando se mandaba que los penitentes no anduviesen de noche ni de día por las calles, iglesias ni sagrarios, con túnicas, tapados los rostros con capirote, *por las maldades que se han visto executadas con este disfraz*. El memorialista afirmaba que en algunas procesiones salían unas cuadrillas de caballeros vestidos con túnicas, faldas, ropilla de lienzo blanco o teñido, valonas y golilla y el rostro descubierto. El sombrero en la mano y en la otra una vela o acheta alumbrando el Paso de Pasión. En las mismas procesiones iban otras cuadrillas con hachas alumbrando otros pasos y solo se diferenciaban en las vestiduras de los primeros en que estos iban con el rostro cubierto por capirote. La diferencia era que en la calle las primeras iban con compostura edificante, en silencio que predicaba, con *un mirar que enseña*, y unos pasos que guiaban y encaminaban a la perfección:

al celo cristiano y católico que suspende los ánimos, eleva los corazones, divierte devotamente mientras pasa y se siente con ternura en aviendo pasado. Sin embargo las segundas no quisiera ofender los castos y limpios oídos de vtra sria illma... hacen de un año para otro estudio del modo que saldrán más innominiosamente

Y lo ejecutaban como lo pensaban. Unos llevaban la falda por la cintura y los que eran muy altos para que se reparara en ellos, otros llevaban en una pierna polainas y en otra *media de pelo*, en un pie zapato pulido y en el otro vacuno, otros con bolas grandes ensartadas en forma de un diez y de remate una Cruz que podría servir de penitencia si se llevara con devoción, y con él iban *tirando caves*¹²⁹² con gran ruido de golpes que divertían a la gente. Otros en los capirote llevaban abominables figuras, y *no prosigo por ser cosas tan indecentes la que en esta gente tapada se reconoce*. Con la cera iban manchando a las mujeres y hombres los vestidos, porque son pobres los que se quedaban en la calle.

Todos los años se producían pendencias, heridas y muertes a causa de los capirote, y lo que era aún más grave, dentro de las iglesias. Eran tantos los sacrilegios y el menosprecio de la religión que se decía que *las Carnestolendas se han transferido a la semana santa*. El remedio que proponía era que se prohibiese que los penitentes, excepto los de sangre, saliesen con los rostros tapados con capirote aunque fuese

¹²⁹² Diccionario de Autoridades (1729). Tomo II, p. 12: dar un cabe: phrase metaphórica que explica dar a otro un golpe, ahora sea en el cuerpo o en el animo, de forma que de un modo u otro sea sensible.

llevándolo en la mano, y que fuesen a imitación de las cuadrillas ordenadas y ajustadas que había descrito en términos tan elogiosos.

Según el memorialista si llevaban los rostros descubiertos los detendría la vergüenza, el miedo al castigo o la devoción, para no cometer maldades, y los podría conducir a una *perfecta y santa estación*. Preveía que los estudiantes en su estación se excusarían de guardar esta formalidad y se valdrán de *cuellecillos* en lugar de los otros que sacarían *valonas*, pero se debía esperar de ellos que fuesen dignos ejemplos de observancia. En las estaciones de noche era importante considerar la forma de las túnicas de los hacheros, interponiendo súplicas y ruegos a los caballeros a cuyo cargo estaban estas procesiones. Se les debía preguntar si sentían *culpa* (vergüenza) por ser vistos ejercitándose en el servicio de Dios, como soldados de su estandarte real con *virtud eroica* de servir a Dios, dando buen ejemplo, pues el *recato* sólo había de ser para no pecar. Nuestro escritor se adelantaba a algunos de los inconvenientes que se opondrían a su remedio; que nadie saldría con el rostro descubierto alumbrando con un hacha, y él le respondía que saliese con vela, iría más decente y ahorraría dinero a la cofradía. Otros decían que esto *empobrecería a las procesiones* y saldrían menos cofrades, pero nuestro autor replicaba que no faltarían los pocos que iban devotos y faltarían los que no debían salir por los desórdenes y prevenciones que provocaban. A la cuestión: ¿y el crédito de la ciudad con la pompa de cuarenta procesiones en tres días con tanto lucimiento como corresponde al afecto católico?, él respondía: ¿y el crédito de la honra de Dios?, ¿y qué dirían los angeles de que se cometiesen en tales días tan execrables maldades contra la divina majestad con la tolerancia y disimulo de los jueces?

Por fin, la última y airada respuesta de los cofrades podría ser: pues no salgan cofradías. Y la respuesta era, pues no salga ninguna y quedará todo remediado con seguridad, la gente descansada, los corazones quietos, los caudales enteros, la religión sin nota y la Majestad de Dios más servida y glorificada. Pero en su opinión no se llegaría a esto pues saldrían las cofradías. Pero para la observancia del remedio propuesto haría falta que el Prelado *empuñe la espada de la yglesia contra los transgresores, valiendose (en caso necesario) de la ymparticion del real aussilio*, y que se ejecutaran las penas impuestas, aunque, *a rostro descubierto ninguno se arriesgará*. Finalmente, a pesar de los innumerables intentos de poner orden en el complejo mundo de las cofradías los problemas continuaron y también los nuevos intentos de solución.

La disputa entre la jurisdicción eclesiástica y la seglar por controlar el mundo de las procesiones, hermandades y cofradías continuó. Tenemos constancia de un informe del Intendente Pablo de Olavide de 1770 al Consejo de Castilla en el que se pedía que se hiciese una relación de las fiestas, cofradías, congregaciones y órdenes terceras por pueblos, para ver las que podían ser tolerables y las que eran inútiles y proceder a su reducción, *pues todos los menestrales tienen cofradías, no hay gremio que no la tenga*¹²⁹³.

La dialéctica sagrado-profano impregnaba todo el discurso religioso en torno a las manifestaciones de la devoción popular. Desde este punto de vista podemos distinguir dos formas de entender el fenómeno religioso, por una parte la oficial y litúrgica, con un acercamiento ritualizado a lo sagrado y donde predomina el tabú del

¹²⁹³ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 10. Cartas Notables. Casos Raros de Sevilla. Contribución Extraordinaria, año 1770, Informe de Pablo de Olavide.

contacto. Y por otra la tendencia de la religiosidad popular a un contacto sin intermediarios con los objetos sagrado que parecen pertenecer a los seglares en el contexto festivo de la calle. Como consecuencia, la jerarquía insistía continuamente en que no se mezclasen ambas instancias y los seglares no tratasen con las cosas sagradas. Esta dialéctica se agudizaba en la religiosidad barroca y traducía una tensión élites-pueblo. El empeño de las élites parecía ser prohibir todo lo que saliese de la ortodoxia y de la devoción institucionalmente constituida; disciplinar, en suma, una serie de manifestaciones de devoción que escapaban al control del estamento eclesiástico.

Un rasgo de esta separación sagrado-profano tiene que ver con las distinciones de status y preeminencias. En el caso visto de los cofrades de El Puerto de Santa María se consideraban a sí mismos un grupo cerrado, selecto y privilegiado. El número de miembros, veinticuatro, como los regidores de algunos cabildos a imitación del de Sevilla, nos pone en la pista del modelo que imitaban y de las conductas que repetían. Todo su afán era ir junto al palio, rivalizando en ello con la clerecía, como si el objeto de disputa fuese el signo de poder y distinción al cual se pretendía acceder a través de la cercanía y el contacto físico.

Es evidente que las procesiones hacían vivir a los seglares el hecho religioso de una manera distinta a la oficial y litúrgica. Las representaciones que se solían hacer antes de salir las procesiones y a la vuelta a la iglesia llevando a la Virgen alrededor del claustro en los monasterios, o de los pilares en las iglesias, simulaban a la Madre buscando a su hijo resucitado. Los fieles solían bajar al Cristo de la Cruz para enterrarle como si se representase el Padre muerto y el deber ineludible de darle sepultura. Los atributos humanos de los que se rodea lo sagrado también lo observamos en los vestidos de las imágenes. La Virgen es ante todo mujer y madre y como tal se la viste, con copetes, rizos y arandelas.

Todas estas manifestaciones nos muestran la humanización de los personajes sagrados y una cercanía que chocaba con el empeño del estamento eclesiástico de mantener unas formas reglamentadas y ritualizadas de acercamiento a lo sagrado, e institucionalmente establecidas. Se apelaba a lo que mandaba el Ceremonial del papa Clemente VIII pues la tendencia a la burocratización y a la formalización de las devociones y vivencias religiosas apuntaba, vía centralización, al vértice, a la Sede Romana. Eso sí, conscientes de las dificultades de controlar una parcela tan sensible de la vida de los seglares, los padres de Trento pretendían una centralización, homogenización y disciplinamiento gradual, aconsejando la regla de la prudencia más que la de la ley, advirtiéndoles a los prelados que tuviesen en cuenta que, dada la diversidad, no era fácil una regla general.

Sin embargo este proceso de disciplinamiento y burocratización se hacía a costa de la pérdida de la carga afectiva y de la capacidad de expresión y descarga emocional que suponían las manifestaciones religiosas populares, por esto, a pesar de ser consideradas deshonestas, escandalosas y pecaminosas, y a pesar de las disposiciones sinodales prohibiéndolas, de los alguaciles eclesiásticos y del auxilio del brazo seglar reprimiéndolas, los conflictos y desórdenes siguieron produciéndose. Las informaciones de los memoriales y crónicas y las repetidas prohibiciones nos aportan la evidencia de una religiosidad popular muy alejada de los mandamientos de las élites.

Se condenaban toda una serie de conductas propias de la religiosidad popular que se consideraban paganas y deshonestas y que provocaban desórdenes. Sobre todo las que se celebraban de noche, como las vigiliás y cofradías nocturnas, que daban lugar a banquetes en las iglesias con *comeres* y *beberes* superfluos y que a menudo terminaban en fornicaciones y adulterios. Y todo se consideraba consecuencia de la oscuridad *que siempre va aparejada con la libertad de apetitos y malas inclinaciones*. Contra esto se aconsejaba poner hachas en las iglesias para alumbrar los rincones y prohibir las procesiones y vigiliás nocturnas. También se prohibieron los cantares seculares, las danzas, el tañer, y sobre todo la mezcla de sexos.

Con respecto a los disciplinantes las actitudes profanas eran aún más graves, pues se recordaba que los rigores de la disciplina eran la penitencia para satisfacer las culpas y pecados de todo el año e imitaban la pasión y muerte de Cristo en sacrificio por la salvación de los hombres. A pesar de esto las actitudes profanas siguieron dando lugar a continuos pecados y ofensas a Dios, *porque la malicia de los hombres y la fuerza del enemigo común procura nuestra perdición*, repartiendo la culpa entre un agente externo, el diablo, y otro interno, la maldad humana.

Otro de los caballos de batalla de las élites religiosas en este disciplinamiento de la devoción popular eran las vestimentas. Las insignias, los vestidos de colores, los adornos, señales y reclamos, contrastaban con el deseo de los representantes de la religiosidad oficial de que el hábito externo fuese la expresión de devoción que debía prevalecer en las manifestaciones religiosas. Se trataba de evitar la ostentación, la notoriedad, la exhibición y la vanidad para que el hábito externo expresase el dolor y el arrepentimiento propios de la celebración religiosa. El alquiler de penitentes para compensar la falta de los cofrades también formaba parte de la ausencia de devoción sincera.

A menudo aparece la mujer como elemento aglutinante de todos estos elementos, los vestidos como señuelos, como parte de las *señales* que los sexos se enviaban en un mundo dominado por las imágenes. Se habla de estas insignias y atractivos como medio de ser *conocidas y galanas*, como si lo que se persiguiera fuese la vanidad y el cortejo a través de señales y reclamos. Sin embargo la religiosidad barroca hizo profusión exhibicionista de adornos y elementos visuales. En este caso la imagen cautivante, el imaginario al servicio de la religión, entraba en competencia con ese otro imaginario al servicio de la vanidad o del cortejo entre sexos. El predominio de la exhibición, del espectáculo y de la captación del otro por la imagen y por los signos que se nos describe se asemeja a la parada o cortejo entre sexos, tan similares en los hombres y en los animales.

En este orden de cosas la imago religiosa formaba parte del imaginario de la ciudad como campeona de la fidelidad monárquica y de la obediencia católica, alimentando el orgullo narcisista y la identidad de los sevillanos. La preocupación por la imagen de la ciudad era otra de las obsesiones de las élites sevillanas. Sevilla se consideraba a sí misma imagen y modelo de la monarquía, *escala general de muchas naciones*, así que tenía el deber de mantener el modelo tanto para las gentes de otros lugares de España como para la multitud de naciones europeas que tenían colonias de comerciantes en la ciudad. El temor era que murmurasen y calumniasen en sus países acerca de los defectos del catolicismo español.

Con respecto a la hermandad de los cofrades que se juramentaban para formar bandos los prelados daban facultades a su Provisor para que les absolviera los juramentos y les conmutasen los votos. Las facciones que formaban los cofrades trababan unas lealtades selladas por juramentos que podían estar por encima de la obediencia a las instituciones. Se trataba de acabar con los enfrentamientos entre estas ligas y al mismo tiempo evitar que se constituyesen en formas de socialización alternativas, poniendo en cuestión el papel de la *religio* en el mantenimiento de la *communitas*.

Las élites utilizaron la fiesta religiosa para fomentar los lazos de cohesión y hermandad en torno al Rey, padre común, o en torno al infiel, enemigo común. Sin embargo, a menudo el pueblo respondió con la rivalidad fraticida. En las procesiones generales por la salud de los reyes y por los buenos sucesos de guerras contra los infieles eran frecuentes las riñas, pasiones, escándalos y muertes, sobre todo por las rivalidades a la hora de ocupar el lugar donde cada uno tenía que ir, pretendiendo todos los más antiguos.

Sobre la cuestión de los capirote encontramos en los memoriales de principios del siglo XVII la insistencia en que se llevasen puestos, pues el penitente no debía significarse ni exhibirse con ningún signo para ser conocido, y mucho menos destapar su identidad quitándoselo. El sacrificio del penitente debía ser una ofrenda a Dios realizada anónima y desinteresadamente y no una exhibición vanidosa. Sin embargo esto dio lugar a innumerables desórdenes públicos que terminaban en pendencias, heridos y muertos que se atribuían a los *caras tapadas*, a los penitentes con capirote que bajo la protección del anonimato cometían todo tipo de excesos. Así aparece en un memorial de 1671 que pide que todos vayan descubiertos y que señala además la diferencia de devoción entre los caballeros, que iban con hábito decente y rostro descubierto, con silencio *que predicaba* y compostura *edificante*, con un *mirar que enseña* y pasos que *guiaban a la perfección al cielo cristiano* y las cuadrillas de gente tapada que eran indecentes, que salían con rostro cubierto por capirote y vestimentas indecentes, sin guardar la homogeneidad y la compostura y con multitud de adornos, incluso llevaban en los capirote *abominables figuras* y uno de estos terminaba en una Cruz para más ignominia.

Eran tantos los sacrilegios y el menosprecio de la religión que se decía que el Carnaval se había trasladado a la semana santa. El remedio que proponía el memorialista era que las cuadrillas se destapasen y fuesen a imitación de los caballeros, ordenadas y ajustadas. Porque con el rostro descubierto los detendría la vergüenza, el miedo al castigo o la devoción. Y se les debía preguntar si sentían culpa por ser vistos ejercitándose en el servicio de Dios, *como soldados de su estandarte real con virtud heroica*, dando buen ejemplo. El memorialista utilizaba el término culpa como sinónimo de vergüenza, porque sin duda quería decir que no debían avergonzarse de procesionar como los caballeros y dar buen ejemplo en el servicio de Dios. Esto nos podría ayudar a afinar un poco más en cuanto a qué sectores sociales de entre los seglares serían los portadores de esta mentalidad de la religiosidad popular. Parece que los caballeros compartían el paradigma de la religiosidad oficial, la compostura, el orden, la decencia en el vestido, la contención de los deseos y la devoción. Sin embargo los *caras tapadas* no sólo exhibían unos comportamientos distintos, que vendrían a coincidir con lo que venimos denominando religiosidad popular, sino que se negaban e incluso se avergonzaban de ese estilo de procesionar y de vivir la religión.

La religiosidad oficial se basaba en la omnipresencia del pecado, la culpa y su expiación, y la religiosidad popular era festiva y parecía carente de estos sentimientos, o al menos no los expresaba en este plano. Incluso los memorialistas advertían que se debía temer un gran castigo si no se remediaban los abusos y las indecencias, pues en la mentalidad providencialista de la época el pecado era ante todo una ofensa a dios que podía ser expiada con el castigo sobre la colectividad que consentía. En la mentalidad popular la celebración religiosa se confundía con las manifestaciones más profanas de la fiesta y como tal significaba una ruptura con el orden de lo cotidiano. Como la fiesta del obispillo, en la que aparecía el fenómeno de la inversión de status, tan típico del Carnaval. Y eso era incompatible con la idea de religión que pretendía mantener la jerarquía eclesiástica., basada en el recogimiento, la devoción y la expiación de las culpas.

El orden público era materia sobre la que se tenía que ocupar el poder temporal, la jurisdicción seglar. Pero cuando la calle se inundaba de lo sagrado y los templos se abrían a lo profano resultaba una mezcla explosiva. Como consecuencia los conflictos entre la jurisdicción real y la eclesiástica por el gobierno de las cofradías fueron frecuentes. En este caso se daba justo la imagen inversa al retrainimiento de los seglares en las iglesias. Y justamente eran las dos situaciones que dieron lugar a los conflictos de jurisdicción más frecuentes y agudos.

Era frecuente en el discurso religioso que la dualidad simbólica sagrado-profano se deslizase en la cadena significante hacia lo puro-lo impuro, y a través del pecado conectase con el par limpio-sucio, operando los mecanismos de la metáfora y la metonimia. En realidad, la preocupación porque los objetos y símbolos sagrados no se contaminasen con los profanos no era nueva. En 1371 don Enrique II mandaba que no se metiesen bestias en las iglesias ni se les diese posada, *por que sería cosa muy fea y deshonesta que en las iglesias que son casas de dios donde tan alto sacramento se consagra, sean con bestias y estiércol ni en otra cualquier manera maltratadas y ensuciadas*.¹²⁹⁴ Y en 1387, don Juan I prohibió que se hiciera la figura de la Cruz ni de santo o santa en sepultura, tapete, manta ni en otra cosa para poner *en lugar donde se pueda hollar con los pies*¹²⁹⁵, y al que lo hiciera lo multaba con 150 maravedíes por terceras partes para la iglesia, para el acusador y para la ciudad o villa donde ocurriese. Y rogaba y mandaba a los prelados que las que hubiese en iglesias y lugares eclesiásticos que las quitasen y las que estuviesen en lugares seglares que lo hicieran los jueces seglares.

Ya en el siglo XVI estas preocupaciones por mantener la separación y evitar la contaminación de lo sagrado por objetos profanos se recogen en la Constitución provincial de fray Diego de Deza de 1512. En ella, el Prelado se quejaba de que en casi todas las iglesias se usaba dar la paz con las patenas consagradas, y siendo objetos sagrados, los monaguillos las tocaban con sus manos y algunas veces se habían caído al suelo. Así que mandaba que se hiciesen *portapaces* de plata o de madera, unos para los hombres y otros para las mujeres, y que los clérigos, desde que hubiesen comulgado ellos mismos, cubriesen y envolviesen los cálices con sus patenas en un paño de lienzo blanco y limpio y no dejasen envolverlos ni tocarlos a los monaguillos y sacristanes ni a

¹²⁹⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Enrique II en Toro año 1371 pet. 9 de los Prelados; don Juan I en Briviesca año 1387 ley 5.

¹²⁹⁵ *Ibidem*, D. Juan I en las Cortes de Briviesca de 1387, ley 3.

otra persona que no fuese de orden sacro. También mandaba que los cálices tuviesen sus paños de lienzo delgado y limpio, que llamaban purificadores, para *alimpiarlos* después de la comunión y antes de envolverlos¹²⁹⁶. En otro capítulo establecía medidas de limpieza para los corporales, manteles y ornamentos del altar y mandaba que en el Sagrario se pusiesen formas redondas y pequeñas para la comunión, para que no se troceasen las grandes, pues los trocitos se caían y ensuciaban. El hecho de que lo profano contaminase a lo sagrado aparece también en la profanación de las iglesias, oratorios, cementerios y en general en los lugares sagrados. Según el derecho canónico, la efusión de sangre por homicidio voluntario, la efusión de semen y sepultar en el lugar sagrado a un infiel, hereje o excomulgado profanaba y contaminaba dicho lugar. La efusión de sangre excluía para el ministerio sagrado, pues contradecía la mansedumbre de Cristo, y la de semen porque se oponía a la pureza de la hostia inmaculada.¹²⁹⁷

En otro orden de cosas, pero muy relacionado con esta problemática de lo sagrado y lo profano, tenemos noticias que nos indican que muchos vecinos de Sevilla, eclesiásticos y seculares, acostumbraban a pintar cruces en algunos lugares públicos para ponerlos a salvo de las basuras que se solían tirar. Uno de estos lugares era la calle Placentines, según reza un documento de 1411.¹²⁹⁸ Se suponía que un lugar en el que lucía un símbolo sagrado estaría bajo protección y a salvo de ser inundado de inmundicias. En 1556 el beneficiado, curas y mayordomo de la iglesia parroquial de San Andrés suplicaban en un memorial al Concejo de la ciudad que mandase empedrar una *callejica muy angosta que daba a las espaldas del Sagrario en que se depositaban muchas basuras por lo cual los exponentes habían acordado encalalla y debuxar cruces y santos como remedio a tales abusos*.¹²⁹⁹

Durante el siglo XVI los bandos contra las inmundicias en las calles se repitieron.¹³⁰⁰ En las constituciones sinodales del Cardenal Guevara se insiste por un lado en la separación de hombres y mujeres en las iglesias y por otra en que se eviten las aglomeraciones en las capillas en detrimento del aseo y la limpieza.¹³⁰¹ O bien en un memorial de 1611: *que no se digan todas las misas en la capilla de san pablo de la iglesia mayor y con un purificador solo, sino con 6 o más, por que esto dará limpieza y aseo*.¹³⁰² Pero todo parece indicar que los vecinos no respetaban las cruces disuasorias y siguieron con su costumbre de tirar las basuras en los callejones. Por esto el Cardenal Guevara convocó el miércoles 4 de junio de 1601, día de San Laureano, una Junta de prelados y maestros *sobre quitar pinturas y cruces de lugares inmundos*, a la que asistieron oficiales del Arzobispado, teólogos, predicadores, prelados de las órdenes regulares y el Asistente de la ciudad Marqués de Montesclaros. En esta reunión propuso

¹²⁹⁶ A.C.S. Sección IX, Legajo 42, documento 4. Constituciones sinodales de Diego de Deza (1512). Que no se de la paz con las patenas consagradas.

¹²⁹⁷ JUSEU CASTANERA, J.J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Valencia, 1899. De las iglesias, oratorios y cementerios.

¹²⁹⁸ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. nº 17b.-, 29 de diciembre de 1411, g.

¹²⁹⁹ MONTOTO, S.: *Curiosidades Antiguas Sevillanas*, Sevilla, 1910, p. 47.

¹³⁰⁰ A.M.S. Sección XIII Archivos Importantes, siglo XVI, Tomo 1, doc. 76.

¹³⁰¹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122. Constituciones del Sinodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Título De religiosis domibus. Capit. XVI. Que los hombres no esten entre las mujeres en las iglesias, procesiones, i estaciones.

¹³⁰² A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Advertencias, 1611.

el Arzobispo con su muy cristiano y santo zelo la grande indecencia con que en muchas callexuelas y partes no decentes estavan figuradas y pintadas muchas cruces.¹³⁰³

Los eminentes miembros de la Junta declararon que en todas las ciudades debía resplandecer el culto divino y la honra y reverencia de las imágenes, y en especial la de la Santa Cruz,

pero en ninguna tanto como en ésta, por que ésta ciudad es como emporio y mercado del Orbe, es como plaza del mundo, y como aduana donde concurren todas las naciones, pues aquí acuden moros, alabares, etíopes, turcos, persas, assyrios y chaldeos, y de toda europa, ungaros, flamencos, alemanes, ytalianos, franceses e ingleses, y de todas esas islas del setentrion, y finalmente de todas esas remotísimas islas de las indias orientales y occidentales.

Una vez más nos encontramos la preocupación por parte de las élites eclesiásticas y seglares sobre la imagen y opinión que pudiese darse a los numerosos extranjeros que residían en Sevilla acerca del catolicismo español. Y sobre todo porque entre ellos había herejes, y algunos *enmascarados y encubiertos*. Uno de los maestros religiosos, un tal fray Francisco, opinaba que *muchos años ha que conozco a Sevilla y en todos los autos que el Santo Oficio celebra públicamente he visto y oydo sacar algunos hereges que estavan encubiertos cundiendo su mala y maldita ponzoña y quien duda sino que al son de estas paces que los años pasados se celebraron havían acudido algunos*. Se refería evidentemente a los flamencos.

Aquí la xenofobia se manifestaba con el odio a los extranjeros sospechosos de herejía y se calificaba a esta de *ponzoña*, cerrando el círculo de los significantes que identificaban lo sucio no sólo con lo profano sino con el pecado. En este memorial se decía que si la doctrina era necesaria, el buen y eficaz ejemplo era el medio más eficaz para persuadir a la buena doctrina. El consejo valía pero mucho más el *ejemplo*, y citaba a San Lucas cuando hablando de Jesucristo decía: *caepit Jesús facere et docere...*, y recalcando que predicó tres años pero para *imprimir en nuestras almas su divina y celestial doctrina, obró 30 años y toda su vida*. Con lo cual de poco valía la doctrina y el discurso religioso si no iba acompañado de la acción, de las obras. Y en este caso concreto no se podía defender el valor de las imágenes frente a los herejes y después dar el espectáculo bochornoso de los escándalos en las procesiones o de las santas cruces en medio de la basura.

Y continuaba diciendo que para mayor honra de esta celestial insignia (la Santa Cruz), no sólo los reyes y emperadores la portaban sobre sus coronas y los pontífices sobre sus mitras y tiaras, sino los santos sobre sus diademas y la Santa Iglesia la colocaba y levantaba sobre el Sancta Sanctorum de sus altares. Así que, ante esto

qué dirá el judío, que dirá el hereje, y que dirá el moro y pagano viendo pintada la cruz a la cual adoramos los cristianos fieles con la adoración latría que al mismo dios junto a muladares, o en las callexuelas, que han sido muladares y aún lo tornarán a ser y en otros lugares en donde las bestias las pueden ensuciar y los perros orinar y los hombres.

¹³⁰³ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1, miércoles 4 de junio de 1601, día de San Laureano, Junta de prelados y maestros *sobre quitar pinturas y cruces de lugares inmundos*.

Refería nuestro memorialista que hacía pocos días iba a las ocho de la mañana a la Iglesia Mayor y en el primer rincón de la Torre, antes de pasar el Arco, había visto orina corriendo recién echada en medio de una Cruz de almagra que estaba hecha en el mismo rincón. Y como testigo ponía al compañero fraile que iba con él, el padre fray Alonso Muñoz. Así que, si esto se hacía en lugar tan público, ¿qué se podía esperar de las callejuelas y los rincones lóbregos y apartados? *¿O es que el moro toma por bien que el can carrón de su maldito mahoma esté donde las bestias lo ensucien y los perros y hombres lo orinen?*

Ahora bien, como muchos vecinos habían pintado numerosas cruces en muchas calles, con la intención precisamente de evitar que otros las ensuciaran, borrarlas todas sería *grande nota y por ventura tomarían de ahí ocasión los herejes, y asy hay algunos encubiertos y para escribir a su tierra que digan en sus conciliábulos y prediquen con intento de rehacerze en el sacrilegio error que tienen con las imágenes que ya en Sevilla se borran*. Por tanto aconsejaba que se quitaran sólo las que estuviesen en lugares indecentes y en lo sucesivo se mandase que no se pintasen cruces ni otras imágenes sino en lugares muy decentes y seguros de semejantes irreverencias y desacatos.

Como consecuencia de las deliberaciones de esta Junta, y de la preocupación del Cardenal Guevara por mantener los símbolos sagrados a salvo de la profanidad, en la Constitución de 1604 se recogieron algunos capítulos al respecto. Se mandó que se quitaran las cruces que estuviesen pintadas y no se pusieran otras sin licencia, pues en muchas calles se pintaban cruces creyendo que por la reverencia que se les debía estarían las calles limpias y nadie se atrevería a echar inmundicias en ellas.¹³⁰⁴ Pero a pesar de esto se siguieron echando inmundicias y haciendo otras *irreverencias* como si no las hubiere, en oprobio de las santas cruces. Para remediar lo cual mandaba que se quitaran y no se pusieran sino con licencia del Provisor, excepto las que estaban en las paredes de las iglesias. Asimismo, se mandaba que las cruces de piedra o madera que estaban puestas en las calles se visitaran por el visitador y las que no estuviesen en lugar decente y con la reverencia debida se quitasen.

Realmente curioso, las cruces se utilizaban para ponerse a salvo de las inmundicias, sin embargo parece que a algunos la irreverencia no les paraba, por lo que finalmente el problema se invirtió, había que poner a salvo las cruces de la irreverencia de las inmundicias.

Tenemos el caso de la Cofradía del Santísimo Sacramento de Santa Magdalena que pidió licencia al Cabildo seglar para construir unas vigas de una vara de largo que salían a la plaza para que mantuviesen el soberado. Se trataba de sosotener a espaldas del sagrario de la iglesia tenían un humilladero para que se supiese que allí estaba el santísimo sacramento y se tuviese reverencia y acatamiento y no se echasen inmundicias que se solían echar en la calle alrededor de la iglesia. El humilladero tenía tres tapias y media de algo y se usaba para meter y guardar las arcas de cera y las bancas y andas y todas las cosas del monumento y fiesta del ochavario del Santísimo Sacramento. De noche encendían una lámpara para que delante del humilladero supiesen los fieles que allí estaba el santísimo sacramento y rezacen e hiciesen las

¹³⁰⁴ A.C.S. Sección VIII. Libro 122. Constituciones del Sinodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Título De religiosis domibus, Capítulo XIII.

humillaciones necesarias y para prevenir *otras muchas cosas que se hacen en aquel lugar como es tan sombrío y obscuro*.¹³⁰⁵

En otro caso, Miguel Calvo, cura de la iglesia de San Roque extramuros, pedía que como estaba mandado edificar la dicha iglesia, y había recibido de limosna un solar enfrente que se vendió para pagar la iglesia y en ese solar se estaba labrando un corral de vecindad, y esto era una gran indecencia y desacato del Santísimo Sacramento tan cerca del dicho corral y se oían hasta las conversaciones pues estaba muy junto, y se causaban graves irreverencias con las voces y los gritos de las vecindades, y por derecho estaba prohibido este tipo de vecindad a las personas que tienen el ejercicio de estudiar, más se debía con el celo del culto divino. Decía que vs iba dos veces al año a la iglesia a oír los oficios divinos y a predicar la palabra de dios y no estaría bien que viéndolo con sus ojos no lo remediase.

Después otro cura de la misma iglesia, el licenciado Francisco Escamilla, de nuevo decía que donde estaba el Altar Mayor y los altares laterales había unas ventanas y *bohaldas* por la parte de arriba y por los agujeros de los mechinales entraba aire, agua, polvo, tierra y aves, pues las ventanas estaban sin bastidor y con los agujeros abiertos, y esto era muy indecente y con poco aseo al culto divino. Por que estaba en el campo donde los vientos son mayores y mas fuertes, y pedía de nuevo a vs con con su grandeza y devoción arreglase esto, pues no llegaría el gasto a 300 reales y quedaría la parroquia muy colmada de merced.¹³⁰⁶

El 16 de noviembre de 1600, Jerónima de San Bernardo, vicaria de la Casa Pía que estaba en la calle pajarería, decía que estaba muy llena de *cinos i inmundicias* por la concurrencia de las aguas llovedizas de los husillos y desaguaderos colvados y no corrientes, con gran incomodidad para la Casa y para los vecinos pues pasaba mucha gente. Por la reverencia al Santísimo Sacramento de la iglesia que fue una fundación del Santo Rey don Fernando con la advocación del glorioso San Clemente, pues era una gran indecencia que un lugar sagrado estuviese de continuo frente a una balsa de lodo¹³⁰⁷. Los beneficiados de la iglesia de San Román pidieron licencia para poner una cruz en el Cementerio y plaza que había frente a su iglesia, para que se respetara y tuviese más decencia el cementerio.¹³⁰⁸ La limpieza de las calles empezó a ser una preocupación del Cabildo y Regimiento, y en 1629 tenemos constancia de que se pregonó en las plazas para que todos los vecinos tengan limpias sus calles y puertas y no echen inmundicias bajo pena de 600 maravedíes.¹³⁰⁹

Asimismo en la Audiencia del Provisor se tramitaban las informaciones acerca de la vida, virtudes y milagros para los expedientes de beatificación. Benedicto XIV estableció que sin esta información no comenzase ningún expediente. Era una información *ad perpetuam*, que se hacía al tiempo de morir el *siervo de dios*, para que no se perdiesen las noticias de sus virtudes y milagros, pues, según un decreto de

¹³⁰⁵ A.M.S. Sección XIII. Archivos Importantes, siglo XVI. Tomo 9, doc. 12.

¹³⁰⁶ *Ibidem*, doc. 16.

¹³⁰⁷ *Ibidem*, siglo XVII. Tomo 2, doc. 11.

¹³⁰⁸ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. A Tomo 7°. Autógrafos curiosos y memoriales sin fecha, doc. 10.

¹³⁰⁹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, M Tomo 37 Miscelánea de Sevilla, doc. 13: El señor don Diego Hurtado de Mendoza cavallero de la Orden de Santiago Vizconde de la Corzana del Consejo del Rey y Ntro sr Mayordomo de la Reina Ntra sra asistente y Maestre de Campo General de la ciudad de Sevilla y su Tierra y jurisdiccion po su magestad manda (Se pregonó en las plazas en 1629).

Urbano VIII, el expediente de beatificación no se podía empezar hasta que pasase medio siglo. Las informaciones hechas por particulares, por un juez secolar o por los superiores de una comunidad religiosa, se tomaban como un medio de prueba para apreciar por la Santa Sede, pero no podían suplir al expediente hecho por el Provisor, pues este era el propio y peculiar del Ordinario.¹³¹⁰ La información *ad perpetuam*, según el Concilio de Trento, era de exclusiva competencia del Ordinario, que lo delegaba en su Provisor; se hacía al tiempo de morir la persona tenida en opinión de santidad y en ella deponían los testigos bajo juramento. Más tarde se hacía, *con mucha calma*, el expediente de *fama vitutum sanctitatis et miraculorum*, como paso previo al expediente de beatificación que hacía el Ordinario.

Después se hacía el expediente de *non cultu*, en el que se hacía constar que el cadáver estaba donde se le enterró y que no se le daba culto ni tenía puestas lámparas ni objetos que indicasen culto, aunque el pueblo acudiese con respeto y devoción a su sepulcro. Con esto se pretendía evitar todo acto de culto anticipado e indiscreto. En los expedientes de beatificación o canonización se solían adjuntar informaciones de milagros, que las formaba el Provisor y las remitía para su aprobación, unidas al expediente, a la Santa Sede. Cuando se trataba de un santo canonizado las informaciones de milagros pretendían aumentar el culto del santo. En el Concilio de Trento se legisló para establecer un nuevo sistema de canonización y evitar los abusos, las indecencias, la impiedad y las supersticiones en el culto de las imágenes.¹³¹¹ Antes del Concilio de Trento el Papa León X había establecido que el Ordinario dispusiera que, en los milagros nuevos, tres o cuatro doctores teólogos emitieran su voto consultivo, y el Obispo diese la sentencia aprobando o desaprobando.

Y si el Obispo o su Provisor abrigasen dudas, a pesar de las declaraciones favorables de los consultores, podría pasar la información al fiscal, encargándole que alegase en contra. En Roma, el Promotor de la Fe actuaba en las causas de beatificación y canonización oponiéndose sistemáticamente, dando mayor carácter de certeza y solicitando la declaración del milagro. A la oposición del fiscal seguía el examen de testigos en juicio contradictorio, el dictamen de consultores peritos y finalmente la sentencia del juez competente, como un expediente de jurisdicción contenciosa que daba más seguridad de acierto que la voluntaria.¹³¹² El Papado impuso un examen riguroso antes de considerar que un individuo era santo, eliminando los de dudoso origen. Al mismo tiempo se intentó una cierta unificación en los cultos de los santos, *el santo local era la personificación de las tradiciones y aspiraciones regionales y locales*¹³¹³, y ahora se trataba de potenciar el culto de santos que representasen los intereses de la Iglesia universal. Era importante, desde el punto de vista litúrgico, controlar el gran número de santos y la inflación de las fiestas que esto provocaba en el calendario, pues incidía muy negativamente en el mundo del trabajo y la producción.

¹³¹⁰ GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Madrid, 1868. Tomo II. Expediente de Beatificación e información de santidad, informaciones de milagros.

¹³¹¹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 25, decreto 2ª especial de invocatione, veneratione et reliquiis sanctorum et sacris imaginibus.

¹³¹² GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo II. Madrid, 1868. Expediente de Beatificación e información de santidad, informaciones de milagros.

¹³¹³ KAMEN, H.: *Cambio cultural en la sociedad del siglo de oro. Cataluña y Castilla siglos XVI-XVII*. Madrid, 1998, p. 122.

Además, se pretendía un calendario universal para la Iglesia católica introduciendo santos universales en la liturgia local. En Castilla hubo quejas a finales del siglo XVI por que las aldeas preferían celebrar los días de devoción de los santos locales en vez de los establecidos por el calendario de la Iglesia.¹³¹⁴

Toda publicación y edicto en el Arzobispado era vista y aprobada por el Provisor que la mandaba imprimir. Tanto los edictos de pecados públicos, ya vistos, como los de jubileos, indulgencias, libros de santoral, fiestas del Arzobispado etc. En 1624 Su Santidad concedió un Jubileo y el Provisor mandó imprimir el edicto para su publicación, señalando los días y las parroquias donde se había de ganar y que todo se pagase a costa de las penas de Cámara.¹³¹⁵ También mandaba imprimir el Provisor toda modificación del ceremonial litúrgico o de las fiestas en el Arzobispado, previa aprobación del Prelado o del Cabildo sede vacante. El 30 de enero de 1624 el Maestro de Ceremonias pidió que se sacasen los papeles tocantes a los santos de Sevilla que estaban en poder del Secretario de Cámara del Prelado, el licenciado Aybar. Y el 20 de marzo se publicaron en dos libros el Cuaderno de los Santos de Sevilla que había sido aprobado por el Arzobispo don Pedro de Castro y por el Cabildo, conforme a la facultad apostólica de Gregorio XIII.

Este Cuaderno había sido elaborado por una Junta que nombró el Arzobispo formada por diputados del Cabildo y del Prelado, tal como mandaban el Concilio de Trento, los breves de los sumos pontífices y las reglas del Breviario y Misal. Después, el Maestro de Ceremonias presentó al Cabildo los oficios y breves que había para rezar en España, de Santa Teresa de Jesús, de San Bruno y San Norberto, fundador de los canónigos regulares, y de Santa Brígida, con los rezados y misas para cada santo. Y el Cabildo sede vacante cometió al canónigo Félix de Guzmán para que viese los libros de rezado y misas de los santos que se habían añadido nuevos. Se trataba de dar uniformidad a las ceremonias y rituales, así como a las devociones de santos, que durante la Edad Media habían adquirido un carácter local que las acercaba a la piedad popular y las alejaba del control de la jerarquía.

Aunque toda modificación del santoral y de las fiestas y celebraciones litúrgicas eran competencia de la Secretaría de Cámara y dentro de ella intervenía especialmente el Maestro de Ceremonias, previamente a su publicación era visto y ordenado por el Provisor, *para ver si están bien ajustados con sus bidas y para que se pueda imprimir*¹³¹⁶, después mandaba que se hiciese por edicto público, fijando un impreso en las puertas de las iglesias. En este caso el edicto público se hizo el domingo primero de cuasimodo a 21 de abril y el segundo domingo después de Pascua se publicó en la Santa Iglesia Catedral y en todas las iglesias de la diócesis, imprimiendo los cuadernos de rezado y misas para distribuirlos y comunicarlos a todos los eclesiásticos seculares y regulares del Arzobispado.

Asimismo, el Provisor regulaba las peregrinaciones dando licencias y letras recomendatorias para peregrinos. Las autoridades seculares también legislaron sobre esta cuestión protegiendo a los romeros y peregrinos y prohibiendo hacerles fuerza o daño. En la Edad Media se fomentaron las peregrinaciones para propagar las prácticas

¹³¹⁴ *Ibidem*, p. 105.

¹³¹⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624, 30 de enero de 1624.

¹³¹⁶ *Ibidem*.

piadosas; para ello se les aseguraba el albergue en mesones y posadas y que pudiesen disponer libremente de sus bienes en el camino, así como que pudiesen meter y sacar libremente en el Reino sus cabalgaduras sin que nadie les tomase nada. También se encomendaba a los alcaldes de los lugares que atendiesen las querellas de los romeros y que los compensasen de los males que les pudiesen hacer los albergueros y mesoneros o cualquier otra persona.¹³¹⁷ Más tarde, en la Edad Moderna, los reyes siguieron protegiendo esta actividad, pero empezaron a regularla y a prohibir algunas prácticas. Se trataba de controlar y poner orden en una actividad que, si bien comenzó como una expresión de devoción intensa que conducía a la retirada del mundo¹³¹⁸, pronto fue relacionada con las supersticiones; y en las que la libertad de movimientos podía suponer un elemento de disolución social. Se prohibió andar en hábito clerical a los romeros y peregrinos, estableciendo que vistiesen con el hábito ordinario que acostumbraban llevar los que andaban el camino. Que se llevase licencia de la justicia ordinaria de donde fuese vecino el peregrino y en las licencias se apercibiese que fuesen *derechos a las romerías y que no puedan divertirse pidiendo limosnas si no fuere hasta cuatro leguas del camino*.¹³¹⁹ También se les exigía que llevasen dimisorias firmadas y selladas por los prelados de su diócesis, y licencias de las justicias de sus lugares de origen. Y que en las licencias se les advirtiese que debían ir y volver *camino derecho* so pena de ser tomados por vagabundos e incurrir en las penas correspondientes. Pérez de Valdivia pidió el control de los peregrinos, pues peregrinar no era *ir a pasear ni recreación, ni a andar ociosos, sino para honrar a Dios...y que debía hacerse una preparación del ayuno y de la comunión y que debido al peligro para la castidad que existía en las peregrinaciones, éstas no eran para mujeres mozas donzellas o biudas sino para casadas de buena edad que vayan con sus maridos, o para no casadas que vayan en buena compañía*.¹³²⁰

3.3.10.- La censura de libros

Otra prerrogativa del Provisor era el conocimiento en la censura de libros. La Iglesia se arrogó el derecho, como depositaria de la verdad contenida en los libros revelados, de prohibir y condenar los que contuviesen doctrinas distintas a las oficialmente mantenidas por ella. Desde el Concilio de Nicea en que se condenaron los libros de Arrio, pasando por el Calcedonense en que se quemaron los de Nestorio, hasta el de Constanza en que se condenó a Jan Huss y Wiclyf, la Iglesia siempre consideró que la condenación de libros le pertenecía por derecho divino, y aducía que para quemar los libros supersticiosos de Éfeso no necesitó San Pablo permiso de Nerón, ni para prohibir los libros de Arrio, Nestorio, Constante, Zenón, Orígenes y Tertuliano, y para quemar o prohibir los libros en la China o el Tonkín no necesitaban los obispos o vicarios eclesiásticos el permiso de los emperadores anamitas. Las cesiones que en este

¹³¹⁷ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Fuero Real, De los romeros y peregrinos, Libro 4, Título 24, Leyes 1, 3, 4, y 21.

¹³¹⁸ En Sevilla, Juan Gudiel, criado del Arzobispo Pedro Gómez Barroso, pidió limosna al Cabildo de la ciudad en 1413 para comprarse un hábito por que se quería apartar de la conversación del mundo para servir a dios: Cít. SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979. *Los diferentes modos de vida cristiana. Los ermitaños*.

¹³¹⁹ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Pragmática de don Felipe en San Lorenzo de El Escorial de 13 de junio de 1590.

¹³²⁰ KAMEN, H.: *Cambio cultural en la sociedad del siglo de oro. Cataluña y Castilla siglos XVI-XVII*. Madrid, 1998, p. 183.

sentido la Iglesia hacía al poder del Estado se consideraban una *mera tolerancia de la Iglesia, de esas que impone la gratitud y las amistosas relaciones*¹³²¹, pero el Estado no podía coartar a la Iglesia en sus derechos.

En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza el Cabildo sevillano cometió a su Provisor, el Arcediano de Reyna, y al Maestrescuela, para que viesén, corrigiesen, y en su caso diesén licencia, para que se imprimiesen libros en la ciudad.¹³²² El Provisor expedía licencia para imprimir tras ver y examinar la obra y comprobar *que no tenía cosa contra la Fé ni buenas costumbres y antes será de mucha utilidad*¹³²³, pues por una Pragmática de Su Majestad sobre la impresión de libros se dispuso que no se imprimiese ninguno sin licencia del Ordinario eclesiástico y del Consejo Supremo y con estas dos aprobaciones se daba cédula y privilegio firmada por el Rey.

La primera ley sobre imprenta se publicó en España en 1480, seis años después de su introducción.¹³²⁴ El Título XV de la Novísima Recopilación contiene 41 leyes sobre libros, impresores, licencias y requisitos para su introducción y curso. Los Reyes Católicos determinaron que no se pagaran derechos por la introducción de libros en España, considerando lo provechoso que era que se trajesen libros de otras partes para que con ellos se hiciesen los hombres letrados, y que no pagasen almojarifazgos ni portazgos ni cualquier otro impuesto.¹³²⁵ También establecieron las diligencias que debían preceder a la impresión y venta de libros y para el curso de los extranjeros, mandando que ningún librero, impresor de moldes ni mercader, osase imprimir de molde ningún libro sin la previa licencia y especial mandado de: en Valladolid y Granada, los presidentes de las audiencias, en Toledo y Sevilla, el Arzobispo, en la ciudad de Granada, el Arzobispo, y en Burgos, Salamanca y Zamora, el Obispo de Salamanca.¹³²⁶ La pena para los transgresores era que no pudiesen usar más el oficio de impresor o mercader de libros, la confiscación y quema pública de todos los libros en alguna plaza de la ciudad con la pérdida del precio que hubiesen recibido y el pago de la cantidad que valiesen los libros quemados; esta pena se dividía una parte para la persona que denunciare, otra para el juez que sentenciare y otra para la Cámara del Rey.

Además, se encargaba a los prelados que examinasen con mucha diligencia y cuidado los libros y obras de cualquier clase que se vendiesen o imprimiesen, prohibiendo la impresión de obras apócrifas, supersticiosas o reprobadas *que traten de cosas varias y sin provecho*; para esto debían tomar un volumen y examinarlo por un letrado de la facultad de la que fuese el libro y que fuese *muy fiel y de buena conciencia*, para ver si la obra estaba auténtica o aprobada, y si era así que le diesén licencia para imprimir y vender. Y después de impresa que viesén si estaba correcta, dándole al letrado el salario justo pagado por los impresores y libreros. Finalmente, cada año los

¹³²¹ GÓMEZ SALAZAR F. y DE LA FUENTE, V. *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Madrid, 1868. Tomo II, p. 302-303.

¹³²² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 24 de octubre de 1503.

¹³²³ ORTIZ DE SALZADO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Licencia y aprobación del ordinario para imprimir libros o otra cosa.

¹³²⁴ DE EGUIZÁBAL, J.E.: *Apuntes para una historia de la legislación española sobre imprenta desde el año 1480 al presente*. Madrid, 1873.

¹³²⁵ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro VIII. Título VII. Ley 21.

¹³²⁶ *Ibidem*, D. Fernando y doña Isabel en Toledo por pragmática de 8 de julio de 1502.

inquisidores y ministros del Santo Oficio junto con los prelados y sus provisoros debían declarar y publicar los libros reprobados y en los que había errores y herejías.

Carlos I mandó en 1554 que las licencias para imprimir de nuevo algunos libros se diesen por el Presidente del Consejo, previo examen, presentando el original para ver que no se añadía ninguna cosa ni alteraba en la impresión. Y que los libros nuevos se presentasen ante el Corregidor o Alcalde Mayor, que debía informar y remitir un ejemplar al Consejo y posteriormente velar para que la impresión no contuviese adiciones ni errores con respecto al original aprobado.¹³²⁷

En la sesión 28 del Concilio de Trento se estableció que *habiendo reconocido ante todas las cosas que se ha aumentado excesivamente en nuestros tiempos el número de libros sospechosos y perniciosos en que se contiene y propaga por todas partes la mala doctrina*, y tras haber publicado muchas censuras contra ellos sin que hubiese servido de provecho *medicina tan saludable a tan grande y perniciosa actividad*; se determinó que, para con más facilidad separar las falsas doctrinas de la verdad cristiana, *como cizaña del trigo y quitar escrúpulos de las conciencias y extirpar las causas de muchas quejas*, se decretarían una serie de medidas para un control más eficaz de ésta peligrosa actividad. En la segunda de las sesiones del Concilio cometieron a varios padres para que examinasen lo que se debía hacer con varios libros sospechosos. Los padres que componían dicha comisión remitieron su Índice al Pontífice Pío IV quien lo examinó por sí mismo y mandó que fuese visto por varones peritos y lo confirmó por Bula especial de 24 de enero de 1564. Posteriormente Pío V instituyó la Congregación del Índice que fue confirmada por Sixto V; se componía de un número indeterminado de cardenales y contaba con un número de teólogos, canonistas y otros profesores de ciencias y letras que se llamaban consultores.

Los libros prohibidos se ponían en el Catálogo o Índice para conocimiento de los fieles. Aquí se incluían no sólo los libros heréticos sino los que contenían palabras *sapientes heresim*, erróneas, impías, temerarias, escandalosas, cismáticas e injuriosas, también las malsonantes y blasfemas. Finalmente, la Bula de Pío IX Apostolicae Sedis puso el delito y la pena de excomunión *latae sententiae* diciendo: *todos y cada uno de los que de propósito lean sin autorización de la Silla Apostólica los libros de los mismos apostatas y herejes que patrocinan la herejía, así como también los libros de cualquier autor, que estén prohibidos determinadamente por Letras Apostólicas y los que retengan los mismos libros, los impriman o los defiendan de cualquier manera*.¹³²⁸

En 1558, en el contexto de la lucha contra la herejía, se hizo una nueva legislación¹³²⁹ que renovó la Pragmática de los Reyes Católicos¹³³⁰; pues nada de lo que se había mandado bastaba:

había en estos reinos muchos libros en que había herejías y errores y falsas doctrinas sospechosas y escandalosas, y los herejes tenían pervertida y dañada la cristiandad procurando con grandes instancias por medio de los libros sembrando

¹³²⁷ *Ibidem*, D. Carlos I y el Príncipe Felipe en las ordenes del Consejo hechas en la Coruña año 1554 cap. 14. Libro II, Título IV, ley 48.

¹³²⁸ MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico*. Sevilla, 1881.

¹³²⁹ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. D. Felipe y en su nombre la Princesa doña Juana en Valladolid por pragmática de 7 de sept. de 1558. ley 24, tit. VII, libro I.

¹³³⁰ *Ibidem*, Título 16, Ley I.

con cautela y disimulación sus errores, derramar e imprimir en el corazón de los súbditos y naturales destos reinos sus herejías y falsas opiniones.

Así que se estableció que ningún librero ni mercader de libros metiese ni vendiese libros prohibidos por el Santo Oficio bajo pena de muerte, perdimiento de todos sus bienes, que los libros fuesen quemados públicamente y que se pusiese en un lugar público. Asimismo se mandó que se pusiese en el taller o tienda el Catálogo de libros y memorial de los prohibidos por el Santo Oficio. Y esto aunque los libros fuesen de los Reinos de Aragón, Valencia, Cataluña o Navarra no siendo impresos con Real licencia señalada por el Consejo. Además de los libros heréticos a partir de esta reforma legislativa se prohibieron los libros de materias deshonestas, pues los procuradores de Cortes habían suplicado que se pusiese remedio en esto.

Los libros traídos impresos de fuera debían ser presentados al Corregidor o Alcalde Mayor, el cual enviaba memoria al Consejo, y mientras tanto se mandaba que no se vendiesen ni tuviesen bajo pena de perdimiento de los bienes y destierro perpetuo. Para obtener la licencia uno de los escribanos de Cámara rubricaba cada hoja o plano y al final anotaba el número y cuenta de las hojas, firmando con su nombre rubricado y señalando las enmiendas que tuviere. Este libro servía de modelo para la impresión y después de hecha se devolvía al Consejo el original rubricado por el escribano con uno o dos volúmenes impresos, y en cada libro se ponía la licencia, la tasa, el privilegio, el nombre del autor, el del impresor y el lugar de impresión. En el Consejo se llevaba un registro donde se anotaban las licencias que se daban y las personas a cuyo favor se extendían y el nombre del autor con el día, mes y año.

Esta ley permitió que los misales, breviarios, *diurnales*, libros de canto para las iglesias y monasterios, horas en latín y en romance, cartillas para enseñar a los niños, *Flos Sanctorum*, constituciones sinodales, artes de gramática, vocabularios y otros libros de latinidad, si no eran obras nuevas sino nuevas impresiones, se pudiesen imprimir sin presentarlo ante el Consejo y sin preceder la licencia, sólo con la licencia de los prelados y ordinarios en sus distritos y diócesis, los cuales lo examinarían y verían por personas doctas y de conciencia, dando los prelados las licencias. Para visitar y ver los libros que estaban en poder de los libreros y mercaderes de libros o de otras personas, tanto seglares como religiosas, se encargaba a los arzobispos, obispos y prelados, cada uno en su distrito y jurisdicción, para que diputasen personas doctas en letras y conciencia que se juntasen con la justicia real y corregidores y visitasen las librerías y tiendas de libreros y mercaderes de libros y de cualquier persona eclesiástica o seglar que les pareciere. Y los libros que encontrasen peligrosos o reprobados, que tuviesen errores, falsas doctrinas o que fuesen de materias deshonestas y de mal ejemplo, aunque tuviesen licencia real, los secuestrasen y depositasen en persona de confianza y enviasen relación al Consejo.

Las personas doctas debían nombrarse en los claustros de las universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá, para que junto con los diputados por los prelados y las justicias reales hicieran la visita cada año. También mandaba a los generales, provinciales, abades, priores, guardianes, y ministros de cualquier orden, que diputasen personas doctas y religiosas para que cada año visitasen las librerías de los monasterios y los libros que tenían, particularmente los frailes y monjas, enviando relación al Consejo. En 1626 decidió el Consejo que no se imprimiesen libros compuestos o traducidos por religiosos o regulares si no fuese con aprobación de sus superiores y del

Ordinario donde residieren, y sin ella los escribanos de Cámara no despacharían ninguna licencia de aprobación.¹³³¹

En el Arzobispado de Sevilla el Provisor cometía a algunos clérigos que veían y examinaban los libros, dando fe de que no eran contrarios a *nuestra santa fe y buenas costumbres*. Después, el Provisor daba licencia para imprimirlo sin incurrir en pena alguna. Además de esta, era necesaria la licencia real que expedía el Consejo por diez años y cada vez que se hiciese una impresión había que llevar el original ante el Consejo, rubricado por el Secretario de Cámara, para ver que era conforme al original. También se requería fe pública de cómo el corregidor, por mandado del Consejo, lo vio y corrigió conforme al original, mandando al impresor que no imprimiese el principio y primer pliego, ni entregase al autor más de un solo libro con el original para la corrección y tasa, hasta que el libro estuviese corregido y tasado por el Consejo. Y una vez hecho esto se pudiese imprimir el principio y primer pliego poniendo la cédula con la aprobación y tasas.

También el Prelado y su Provisor, y en su ausencia el Cabildo sede vacante, daban licencias y poder a los inquisidores cuando hacían la visita por el Arzobispado. En 1580 dieron poder al doctor Copones, Inquisidor de la ciudad, para *la visita que la Inquisición sale a hacer por el Arzobispado en la forma ordinaria*.

3.3.11.- La caridad y las limosnas

El Provisor también regulaba las actividades relacionadas con la caridad, tan importante desde el punto de vista económico como desde el discurso religioso. Su audiencia otorgaba y expedía las licencias para hacer cuestaciones de limosnas a diversas instituciones, así como para poder recibirlas como mandas pías en los testamentos. En cuanto a las impetras, además de la autorización del Provisor para que se guardase la Bula, de concesión Papal, era preceptivo el mandamiento real para que pudiese circular por los Reinos. En este sentido los Reyes legislaron desde el siglo XIV para regular esta espinosa cuestión. Por un parte se trataba de revocar las cartas y licencias que se hubiesen dado y con las cuales los cuestores y demandadores de limosnas obligaban, incluso practicando detenciones, a los pueblos a oír los sermones, perdiendo los campesinos sus labores y haciendas.¹³³²

Concretamente, en 1348 se prohibió a los cuestores y procuradores de la Trinidad y Santa Olalla que usasen provisiones obligando a los seglares a mostrarles sus testamentos y exigiéndoles una parte de ellos en virtud de un privilegio que decían tener.¹³³³ En las Cortes de Madrigal, los Reyes Católicos, en vista de que las anteriores disposiciones de sus antepasados no se cumplían y los frailes seguían molestando a los seglares pidiéndoles cosas por los testamentos, adueñándose del ganado mostrenco y llevando a los que se resistían ante sus jueces conservadores, renovaron la prohibición.¹³³⁴ Y por otra, confirmar en algunos casos los privilegios. Como en 1376, cuando hallándose el rey en Sevilla, el 7 de febrero, verificó un privilegio que tenía

¹³³¹ *Ibidem*, Auto del Consejo de 3 de julio de 1626.

¹³³² *Ibidem*, Don Alonso en Alcalá año 1348, petición 4; don Juan I en Soria año 1380, petición. 17.

¹³³³ *Ibidem*, Don Alonso en Alcalá año 1348, petición 40.

¹³³⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Don Fernando y doña Isabel en Madrigal año 1476, petición. 26.

concedido el Hospital de San Lorenzo para poder enviar *bacinadores* o limosneros por todo el Arzobispado, obispado de Cádiz y vicaría de Lepe. Además se reconocía de nuevo que éstos estaban exentos de todos los pechos y gravámenes.¹³³⁵

En 1523 se estableció la obligación de que los frailes pidiesen licencia a sus prelados y al Provisor de la diócesis donde pidieren. Y cuando se les concediese por justas causas, que se limitase el tiempo y el lugar. Estas mismas disposiciones se repitieron como sucesivas peticiones en Cortes, lo cual nos indica que los abusos continuaron.¹³³⁶ En 1563, Felipe II ordenó que cesasen las *questas*, publicación de indulgencias y demandas que algunas iglesias, monasterios, hospitales y obras pías hacían, con el consiguiente exceso y abuso de los fieles. Al año siguiente hubo que repetir por una Pragmática la prohibición, mandando que las justicias no consintieran que anduviesen los cuestores pidiendo limosnas, ni que se hicieran demandas de indulgencias sin licencia especial del Rey y firmada por los del Consejo.¹³³⁷

En cuanto al Arzobispado de Sevilla, en los Estatutos de la Catedral se encomendaba a los vicarios que cada uno en su partido tuviese cuidado de poner en cada lugar o parroquia un *bacinador* que pidiese limosna para Nuestra Señora de la Antigua todos los domingos y fiestas de guardar, y que los curas cuando *echan las fiestas en sus iglesias* encomendaran esta demanda y limosna enviando al Mayordomo de la Fábrica todo lo que se cobrase de limosnas y mandas pías de testamentos.¹³³⁸ Para la cobranza, el Provisor debía dar poder a los vicarios y curas para que encomendasen esta limosna, mostrando los escribanos los registros de los testamentos para que se supiese las mandas que se habían hecho. Con fecha de primero de diciembre de 1413 concedieron una indulgencia de 40 días de perdón para los que hiciesen limosnas para esta obra.

En 1426, en el pontificado de don Diego Anaya Maldonado, era Obrero Mayor de la Fábrica de la Iglesia de Sevilla el Arcediano de Écija, don Pedro Fernández Cabeza de Vaca, a cuyo pedimento el Rey concedió a 21 de marzo que discurriese libremente por los Reinos la demanda de limosna para la obra de la Iglesia, con indulgencias concedidas por los Pontífices.¹³³⁹ Pero el 24 de enero de 1449 el Rey respondía en estos términos a una petición del Cabildo de Sevilla para que mandase correr libremente por sus Reinos la demanda de limosnas para la obra de la Iglesia Catedral que estaba suspendida:

en quanto a lo octavo que me enviasteis suplicar, que a mi merced ploguiese mandar, que se non predicase otra Bula por mis Regnos, salvo la Bula de la indulgencia de la obra de esta Iglesia, pues es tan piadosa y tan misericordiosa; a esto vos respondo, que acatando los grandes trabajos, que continuamente han crecido en mi Regnos, y los muchos pedidos y

¹³³⁵ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Tomo II, Imprenta Real, Madrid, 1796. Tomo II (edición facsímil de 1988), año 1426. tomo II, p. 170

¹³³⁶ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Don Carlos y doña Juana en Valladolid año 1523, petición 66, en Toledo año 1525 pet. 47, Cortes de 1528 petición 45, Cortes de 1534 petición 117, Cortes de Madrid de 24 de agosto de 1540.

¹³³⁷ *Ibidem*, Don Felipe II en Madrid por Pragmática de 17 de agosto de 1564.

¹³³⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Estatutos. Libro 374.

¹³³⁹ TIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Tomo II, Imprenta Real, Madrid, 1796. Tomo II (edición facsímil de 1988), año 1426.

monedas que para causa de ellos han sido echados, e se echan, nuestro Santo Padre ha mandado cesar tales demandas y Bulas.¹³⁴⁰

Con esto cesó la indulgencia y demanda y la obra de la iglesia tuvo que ser costeada sólo a expensas del Cabildo y de las rentas de su fábrica.

También tenemos noticias de la limosna que se solía dar cada año a las monjas que acudían a las sepulturas de la Santa Iglesia. El 29 de noviembre de 1480, el Obispo de Cádiz y Provisor de Sevilla por el Arzobispo y Cardenal de España, les dio licencia a la abadesa y monjas profesas del Monasterio de San Leandro, y a las otras monjas de otros monasterios, para que pudiesen seguir haciéndolo, siempre que las monjas que entrasen en las sepulturas fuesen ancianas.¹³⁴¹

El 30 de enero de 1503, el Deán y Cabildo sede vacante concedieron a la Cofradía de Nuestra Señora de la Antigua los perdones y gracias que se le concedían de antiguo a esta Cofradía. Pues por una impetra se le había dado el privilegio de que sus miembros pudiesen oír misa y tener enterramiento en sagrado en tiempo de entredicho mediante una Bula que valía, para los *vivos* 20 maravedíes y para los *difuntos* 10 maravedíes. Sin embargo, el 27 de septiembre de 1503 hubo una advertencia sobre las impetras que se predicaban y publicaban en el Arzobispado.¹³⁴² El Provisor envió un mandamiento a todos los vicarios para que no autorizasen ciertas impetras ni se predicaran ni publicaran, excepto la Bula de Nuestra Señora de la Antigua de la Santa Iglesia de Sevilla y la Bula del Hospital de Santiago de Galicia. Asimismo, mandaba que se embargasen todos los maravedíes que hubiesen recaudado los cuestores de las impetras sin autorización y que luego comparecieran ante el Provisor para dar cuenta. Pues cuando alguien presentaba una Bula, el Provisor veía las cartas y conforme a ellas daba sus mandamientos para que se guardasen. La Bula del Hospital de Santiago y la de Nuestra Señora de la Antigua siguieron este trámite y en virtud de ellas se les autorizó a pedir limosna en el Arzobispado de Sevilla. El 25 de enero de 1505 se mandaron publicar las Bulas de Nuestra Señora de la Antigua por el Arzobispado y el 31 de enero el Cabildo sede vacante publicó las gracias de la Cofradía.¹³⁴³

En el Sínodo de fray Diego de Deza se intentó poner orden en el negocio de la demanda de limosnas en el Arzobispado. Comienza esta constitución, como solía ser frecuente, poniéndonos al corriente de cómo llegaban las noticias al Prelado a través de sus informadores: *por relación de personas fidedignas avemos sabido*¹³⁴⁴; y continuaba narrándonos el problema, que los cuestores y demandadores de limosnas para los lugares piadosos y los que predicaban indulgencias y perdones muchas veces, *pospuesto el temor de dios*, osaban públicamente extender sus bulas a más de lo que en ellas se contenía y publicaban falsedades para engañar a los fieles. A veces incluso falseaban las letras de las bulas y siendo seglares e inhábiles osaban ponerse a predicar engaños por los pueblos.

¹³⁴⁰ *Ibidem*, año 1449.

¹³⁴¹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, doc. 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 323.

¹³⁴² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, 27 de septiembre año 1504.

¹³⁴³ A.M.S. Sección XI. Libro 9, doc. 13.

¹³⁴⁴ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, documento 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). La orden que los vicarios y curas han de guardar cerca de los quaeitores.

Así que se mandaba a los vicarios y curas de todas las iglesias que no recibiesen a ningún cuestor, demandador o predicador de bulas o indulgencias, ni les consintiesen predicar ni pedir demandas en sus iglesias sin que primero vieses las cartas y licencias firmadas y selladas por el Provisor. Y que vigilasen que no excediesen los casos que en la licencia se autorizaban, no consintiendo que los cuestores predicasen en las iglesias, aunque mostrasen licencias de los provisosores para predicar, sino que fuese el vicario, cura u otro clérigo, el que predicase públicamente la licencia para que nadie fuese engañado, porque muchos de estos cuestores eran seglares *sin suficiencia y habilidad, con codicia desordenada más que por zelo de Dios se ponen a usar del oficio de la predicación*. Para evitar que en la publicación se pudiesen cometer fraudes mandaba que la bula la leyese un clérigo y que cobrase un real por su trabajo, pagándose el cuestor. Que los vicarios y curas no permitiesen que los cuestores pusieran tasa a las demandas, diciendo que el que quisiere ganar indulgencias y perdones había de dar cierta cantidad de maravedís, salvo que en la licencia se expresara dicha tasa. Y que el cuestor que hiciese lo contrario fuese preso y enviado a la cárcel arzobispal en Sevilla, donde se le secuestrarían todos los maravedís de la impetra y sus bienes. También ocurría que las licencias dadas por los provisosores expiraban o eran revocadas y los cuestores seguían usándolas y haciendo fraudes; así que se mandaba que se viese el tiempo por el que había sido concedida la licencia, pues ninguna valía más allá de un año desde el día que fue concedida, y que los vicarios controlasen que no se sobrepasase el período de vigencia de la licencia.

En 1554 el Provisor Gaspar Cervantes de Gaete, dio poder a Antonio Mendes de Aguilera, cura del Sagrario, y a Martín de Baena, seglar vecino de la ciudad, para que fuesen administradores de los hospitales de Santiago y San Sebastián en la collación de San Salvador, y pudiesen recoger pobres desamparados para curarlos y darles cama y para eso que pudiesen recibir mandas y limosnas en los testamentos para alimentar a los pobres.¹³⁴⁵ Y en 1566 el Arzobispo Valdés quiso publicar una Bula de los casos en su Arzobispado y para eso dio mandato a su Provisor, el licenciado Juan de Obando, para que se concertase con Antonio Gómez de Volaños para su predicación, publicación y cobranza, y que serviría para curar y alimentar a los pobres, convalecientes y desamparados del Hospital del Amor de Dios, del Monasterio de Nuestra Señora de la Consolación de Utrera y del de Santa Catalina y de otras obras pías que decidiese el Prelado. En el Concierto firmado en las Casas Arzobispales entre el Provisor y el cuestor de la Bula el jueves 3 de enero de 1566 años se acordaron una serie de condiciones: que la predicación empezaría en el mes de septiembre y concluiría en noviembre, y si fuese necesario el Provisor la prorrogaría, que el cuestor se comprometía a entregar la licencia de Su Majestad y del Comisario General de la Cruzada hasta el día de Pascua, que cada bula sería tasada en un real, que todas las provisiones, comisiones y mandamientos para la publicación y cobranza se harían en el tribunal del Provisor, que se obligaba a pagar los derechos por todas estas diligencias y lo que costase la impresión de las bulas en San Pedro Mártir de Toledo, en papel con insignias, que pagarían los gastos y salarios de los predicadores, recolectores, cobradores y cualquier gasto de expedición, y finalmente que los predicadores serían examinados previamente por el Provisor para ver que eran *ábiles y suficientes*.¹³⁴⁶

Para certificar el número de bulas que se habían impreso se comprometía a traer un testimonio, firmado ante escribanos públicos, del Prior de San Pedro Mártir de

¹³⁴⁵ A.P.N.S. Legajo 12.352, año 1554, fol. 246.

¹³⁴⁶ A.P.N.S. Legajo 12.384, año 1566, fol. 82-84.

Toledo o de la persona a cuyo cargo estuviese la impresión de las bulas. De los 34 maravedíes que se pagaban por la bula, 20 los entregaban al Provisor y los restantes 14 hasta completar el real, eran para los cuestores. Con estos debían pagar los salarios de los predicadores, receptores, cobradores, así como la impresión y las insignias y las diligencias y mandamientos. Por tanto, los 20 maravedíes quedaban limpios y sin costas pasa la Mesa Arzobispal y todos los gastos corrían de parte del cuestor. La bulas devueltas en papel se recibirían en cuenta, excepto si hubiese algún impedimento justo en la expedición, publicación o predicación.

En el plazo de diez días debería pagar a la persona nombrada por el Provisor los 20 maravedíes de cada bula, descontando 2 bulas por ciento por las que se perdieren, y las que se hubiesen dado en fiado reteniendo 6 maravedíes por bula para gastos. Para comprobar las que estuviesen en fiado deberían entregar los padrones auténticos con testimonio de escribano público y del vicario o cura más antiguo. Las bulas dadas en fiado no deberían ser por más de 6 meses, excepto con licencia del Provisor por otros 3 meses, pasado este plazo deberían dar cuenta de todas las bulas y para asegurar el pago dar fianzas por 4.000 ducados en el plazo de diez días, y si fuese negligente en el pago de la fianza pagaría una pena de 2.000 ducados de oro. Por su parte el Arzobispo, y en su nombre el Provisor, se obligaba a no dar la administración de la Bula por mas a otro que lo prometiese, bajo pena de 2000 ducados de oro.

También el Provisor, por mandato del Prelado, daba licencias para pedir limosna para el rescate de personas que estaban en poder de los turcos. En 1573 Sofronio de los Godos, vecino de Nicosia en la isla de Chipre, dio poder a varias personas para que en su nombre pudiesen cobrar la limosna, que con licencia del Arzobispo don Cristóbal de Rojas, tenía concedida para pedir el rescate de su madre, dos hermanas, dos hermanos y dos sobrinas que estaban en poder de los turcos.¹³⁴⁷

El Provisor daba mandamientos a los administradores de los hospitales y estos a su vez daban poder para que los sustituyeran los bacinadores que recaudaban las limosnas. Por una serie de documentos firmados por el Mayoral de la Casa de San Lázaro tenemos noticias de los bacinadores que tenía este Hospital, tanto en la ciudad de Sevilla como en su Tierra.¹³⁴⁸ En el cuerpo de Sevilla aparecen, desde 1546, 25 bacinadores, de los cuales 37 eran residentes y 5 *vacos*, y de ellos había: 17 hortelanos, 1 labrador, 2 fruteros, 1 armador, 1 ollero, 2 canteros y 1 chamicero, de los cuales 11 eran residentes y 14 *vacos*. En la Tierra de Sevilla tenemos 42 bacinadores repartidos por: Dos Hermanas, Utrera, Alcalá de Guadaira, Coria, Puebla, Benacazón, Aznalcazar, Pilas, Hinojos, Manzanilla, Paterna, Escacena, Castilleja, Huévar, Sanlucar la Mayor, Salteras, Guillena, Gerena, Aznalcollar, Castil de las Guardas, Zufre, Aracena, Cortegana, Aroche, Almonaster, Cumbres de San Bartolomé, Cumbres Mayores, Cala, Santa Olalla, Real de la Jara, Almadén, Castilblanco, Burguillos, Alcalá del Río, Rinconada, Pedroso, Cazalla, Alanís, Constantina, Puebla de los Infantes. Una vez

¹³⁴⁷ A.P.N.S. Legajo 12.416, año 1573, fol. 287

¹³⁴⁸ A.M.S. Sección III. Escribanía Municipal del Cabildo (siglo XVI), Expedientes, memoriales y documentos de ambas escribanías del Cabildo, A-B, Tomo 3º- Bacinadores, docs. nº 26, 27, 28, 29, 30, 31 y 32. Copia de los bacinadores francos que en la casa de san lazaro tienen asi en el cuerpo de sevilla como en las villas y lugares de su tierra asy de los quales presente residen como de los que estan vacos y por proveer.

nombrados por el Mayoral se le acontaban los bienes y los contadores lo asentaban por *franco*, pues la condición de *bacinador* llevaba aparejado este privilegio, no pagar impuestos.

En 1575 el Mayoral nombró por uno de los 25 francos que podía tener el Hospital en el cuerpo de la ciudad de Sevilla a Pedro Ribera, labrador de Santa Lucía, en lugar de Bartolomé Ollero, que había muerto, y mandó que un jurado de su collación le *acontiase* sus bienes y hacienda, y *si tuviese en cantidad 30000 maravedíes* que mandase a los contadores que lo aconstasen por franco en sus libros. También nombró a un hortelano de la misma collación en sustitución de un espartero y para acontiarle sus bienes y darle sus títulos de franqueza, dos diputados hicieron repicar las campanas de a iglesia de Santa Lucía e hicieron las diligencias.

Después, el 20 de noviembre, estando en la Iglesia de Santa Lucía, hicieron parecer los diputados a los aspirantes a bacinadores y a varios testigos y les tomaron juramento para que declararan. Se presentaron Alonso Martín, hortelano, que dijo que era natural de Almagro y vecino desde hacía 17 años de la collación de Santa Lucía. Preguntado por sus bienes dijo que tenía bienes muebles y raíces, una huerta a renta por dos años que le quedaba uno por correr por la que pagaba 32 ducados a Montes Tejedor de Tafetan. Que tenía dos machos para el servicio de la huerta, una cama donde dormía y las ropas de vestir, y que no tenía más bienes. En total valdrían todos sus bienes unos 50 ducados.

Declararon en su favor tres testigos, Sebastián, hortelano de la Huerta Nueva de San Gregorio, vecino también de Santa Lucía, lo conocía desde hacía 4 o 5 años y afirmaba que era buen cristiano, de buena fama y vida, que tenía dos machos, una cama y las ropas de vestir y una huerta a renta a un fulano navarro, y que todo valía 25.000 maravedíes poco más o menos. En parecidos términos declararon otros hortelanos, Martín García, que lo conocía desde hacía 14 años, Bartolomé de Aguilar, que añadió a sus posesiones además de las dos bestias mulares, dos gallinas, Pedro Díaz, que lo conocía desde hacía 16 años, Manuel Gómez, que añadía a la información que en la cama dormía él y su mujer, Pedro Lopes, de la collación de San Gil, que lo conocía desde hacía 12 años. Finalmente los diputados fueron a la collación y a campana tañida tomaron la información, acontiaron los bienes y dieron un veredicto favorable para que el Mayoral le diese su título de bacinador en lugar del espartero Diego Ximenez.

En 1580 de nuevo tenemos otro caso, Esteban de Piedrafita, zapatero, vecino de la Iglesia Mayor, sustituyó a Juan Diez, hortelano fallecido, y dijo que tenía trato de su tienda y aderezos de su casa que podían valer unos 10.000 maravedíes. El miércoles 5 de julio varios testigos, el zapatero Francisco de Truxillo de la collación de Santa María, Alexo de Guzman, confitero, vecino también de Santa María, Iñigo Diaz, jerbillero, también de Santa María declararon que tenía bienes por valor entre 10.000 y 20.000 maravedíes. En 1581 el Mayoral nombró a Luis Pérez, sastre vecino de la Iglesia Mayor, en lugar del frutero Diego García, y dijo que tenía trato de su tienda de hacer mantos, manteles y sayas de *anascote*, y lo valoraba en unos 60 o 70 ducados. Declararon como testigos Alexo de Silva, sastre de la Madalena, Manuel Molino, sastre de San Vicente, que era torcedor de mantos de *anascote*, Pedro Lopes, sastre de San Salvador y Pantaleon Reposo, sastre de la Madalena.

El 16 de noviembre de 1590 nombró el Mayoral por bacinador al zapatero Juan Liras, vecino de San Salvador, en lugar de otro zapatero, Juan Cornejo. Declararon los zapateros Lorenzo Martín, de Santa Catalina, que tenía trato su oficio de zapatero de lo viejo, Juan Rodríguez de Medina, Diego Lopes y Pedro de Medina, y Martín de los Reyes, todos de San Salvador, y Martín, que tenía su trato en San Lorenzo. Todos afirmaron que tenía un trato y caudal de su oficio de unos 20 ducados. Finalmente aparece en 1599 otro documento de nombramiento del bacinador Alonso Martín de Utrera, ollero de Santa Ana que tenía su trato y horno en la calle Carreteros, en lugar de Gaspar Mateos, hortelano de San Gil. Declararon Antonio de Vélez, botijero de Santa Ana en la calle San Jacinto, Baltasar, piloto de Indias, Marcos Gómez de Ribera y Luis de Orellana, administrador de la renta de la alcabala de la ollería.

En 1575 el Administrador de la Casa de *probres* convalecientes de Santa María Magdalena dio poder a un vecino de Triana, Diego Rodríguez de Vergara, para que, en virtud de la licencia que tenía del Provisor, don Juan Rodríguez, pudiese pedir limosnas para sustentar a los pobres convalecientes.¹³⁴⁹

Por tanto era competencia del Juzgado del Provisor la gestión de un asunto de enorme trascendencia social: la caridad. Se trataba de controlar las actividades que suponían la escenificación de la solidaridad social, la fraternidad pregonada, tan importante en el discurso religioso. Dando licencias para pedir limosna a personas pobres o a cofradías, hospitales y otras gentes. Por supuesto se intentaban controlar las desviaciones escandalosas de esta conducta, tenemos algunos mandatos en este sentido, *que ningún loco pida limosna con imágenes en la mano, o este otro, por que ay muchos congregados que piden de día y de noche para pobres vergonzantes, y se llega mucha limosna, saber como se distribuie por que se a visto que algunos de los que piden entre calle y calle beben de lo de a 4 reales el asumbre.*¹³⁵⁰ El Provisor también intervenía en otra obra de caridad, la asistencia de pobres en las cárceles: *que todos los sábados aya visita de cárcel para que los pobres se remedien y despachen.*¹³⁵¹

Otro gesto de fraternidad importante era el respeto de la tasa del trigo. Aunque frecuentemente se burlaba por parte de los seglares, sobre todo en época de carestía cuando los precios subían de manera vertiginosa, la Iglesia obligaba a los eclesiásticos a dar ejemplo, así que, salvo excepciones, renunciaban a las ganancias y lo vendían a precio tasado: *que ningún clérigo ni prebendado venda trigo a mas de la tasa.*¹³⁵² Tras la recepción de los decretos de Trento la administración de las obras pías pasaron definitivamente a manos de los prelados, que la gestionaron a través de sus oficiales, en el caso de Sevilla el Juez de Testamentos. Otras instituciones que tenían un protagonismo importante en esta parcela eran los hospitales y las cofradías que dependían directamente de la Audiencia del Provisor.

3.3.12.- El control de la administración de los sacramentos y la acción pastoral

¹³⁴⁹ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1575, fol. 521

¹³⁵⁰ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Advertencias”, año 1611.

¹³⁵¹ *Ibidem.*

¹³⁵² A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Advertencias”, año 1611.

Otro de los grandes apartados competenciales del Provisor era, previo mandamiento del Prelado o del Cabildo sede vacante, todo lo relativo a la provisión de oficios y expedición de licencias para confesar, predicar, administrar sacramentos, así como para ejercer funciones relacionadas con la administración del gobierno arzobispal, el culto y la labor pastoral. Esto incluía el despacho de títulos de cura y de vicario así como dar las licencias para confesar, predicar, administrar sacramentos y ejercer todas las funciones relacionadas con la administración del gobierno arzobispal, el culto y la labor pastoral. También para ordenarse de todos los órdenes y las letras dimisorias tocantes a su ejercicio. Recordemos que estas provisiones, como todas las demás competencias, las realizaba el Provisor por delegación del Arzobispo, de donde emanaba toda la potestad jurisdiccional. El Provisor tenía la competencia para pedir a cualquier clérigo que exhibiese sus títulos de órdenes y las licencias para decir misa, confesar y predicar, y examinarlo para ver si era suficiente y suspenderlas o refrendarlas, a su arbitrio.

La Audiencia del Provisor se encargaba de todas las nuevas provisiones y expediciones de licencias, así como de las renovaciones, pues a la llegada de cada nuevo Prelado o a la muerte de éste y nombramiento de Provisor sede vacante, se refrendaban todas las licencias. El Provisor hacía exhibir los títulos de órdenes y las licencias de confesar y predicar, examinando a los candidatos para ver si eran suficientes y en su caso refrendarlos o suspenderlos a su arbitrio. Y si finalmente eran concedidas, la Audiencia del Provisor las despachaba, previo examen de suficiencia o informe del vicario o visitador. Por tanto, periódicamente, se renovaban y refrendaban las licencias de confesar y predicar dadas, siempre a la llegada de un nuevo Prelado y a veces en las sedes vacantes, para asegurar la suficiencia y calidad de los ministros que ejercían estas importantes funciones.

El Secretario de Cámara Gaspar Aragonés afirmaba que la costumbre, según *haber visto y pasado ante mi muchos años*¹³⁵³, era que cuando llegaban los prelados expiraban todas las licencias y después llamaban a los clérigos, vicarios, curas, confesores y *extrabagantes*, y los examinaban para refrendarlas. Según Aragonés, en la sede vacante, tras la muerte de don Rodrigo de Castro, se pidieron las licencias que había concedido y se refrendaron. Después, sugería que tras el nombramiento del nuevo Provisor éste llamase y examinase a todos, curas y confesores, comenzando por las collaciones de Sevilla, una cada día, y que se hiciese el examen por su propia persona, ayudándose de los examinadores que le pareciere, informándose de la suficiencia, talento y edad de cada uno. Los examinadores solían ser tres que decidían por votos secretos, con *habas blancas y negras*, si el candidato era aprobado. Se trataba de evitar las frecuentes negociaciones, favores y sobornos entre examinadores y candidatos.

Después de acabar con Sevilla seguiría con los lugares más remotos del Arzobispado llamando tres o cuatro pueblos, y mientras éstos se examinaban se hacían venir otros tantos, y así se iba haciendo el examen en todo el Arzobispado. Y esto para que cuando llegase el Prelado encontrase hecho lo más posible, porque si se llamaban todos juntos se producía mucha confusión y el Provisor no tenía tiempo ni lugar de comunicárselo al Prelado. Así se hizo en 1610, a la muerte del Cardenal Guevara el

¹³⁵³ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial del Secretario Aragonés”.

Provisor sede vacante examinó todas las licencias que había dado su antecesor.¹³⁵⁴ Se consideraba fundamental informar al Prelado del estado del clero para que pudiese prevenir y remediar cosas e impedir que otros *casos repentinos pudiesen suceder*. También mandaba el Provisor examinar a los capellanes y clérigos de la Santa Iglesia Catedral, y a tal efecto los examinadores nombrados veían los títulos de órdenes y las licencias que tenía cada uno.¹³⁵⁵

Entre los papeles de gobierno del Consistorio sevillano encontramos un traslado, a petición del doctor Luis Albarez, Notario Mayor del Arzobispado de Sevilla, de un mandamiento con fecha 13 de octubre de 1615 del Vicario General de Madrid, doctor Gutierrez de Cetina, por el cual mandaba a todos los clérigos de la villa, de cualquier estado o condición, excepto curas y beneficiados, que se presentasen ante él para ser examinados de latinidad, leer, suficiencias y ceremonias de la misa, aunque hubiesen sido examinados antes y tuviesen licencia de sus antecesores para celebrar. Este mandamiento se notificó ante Simón Jimenes Cortes, notario público apostólico del número de la Audiencia Arzobispal de la villa de Madrid, y se publicó en todas las parroquias de la villa para que tuviesen noticia y para que en ellas *no se les diese recaudo* para celebrar, pues por el dicho mandamiento se les suspendían las licencias para celebrar misa desde el día de la publicación a quien no pasara a examinarse.

Desde ese día pasaron a examinarse gran numero de clérigos, algunos tenían licencia y habían sido examinados antes; en otros casos los notarios mayores de la Audiencia hicieron causa a algunos que habían celebrado misa sin haberse examinado de nuevo de latinidad, ceremonias y suficiencia tras la publicación del mandamiento. Parece que este edicto se tomó como modelo para aplicarlo en la diócesis de Sevilla, de aquí que aparezca entre los papeles de gobierno del Arzobispado.

Con los clérigos forasteros y extranjeros la vigilancia había de ser mayor, pues la experiencia demostraba que escapaban al control fácilmente y justamente uno de los empeños de la maquinaria judicial arzobispal era el mantenimiento de la disciplina del clero. Por esto, todo elemento de movilidad espacial, social o funcional se consideraba un peligro. En la Sevilla de finales del siglo XVI eran muchos los que acudían a la ciudad puerto de Indias, así que Aragonés recomendó publicar un mandato suspendiendo las licencias que tuviesen los clérigos forasteros para celebrar misas y que se presentasen ante el Provisor para que los conociera y comprobara si tenían cumplido el término de las dimisorias. Así podría echar a muchos clérigos que andaban vagando y *no con tanta desencia como conbiene*. Aconsejaba que si se les diese licencias que fuese para una parroquia, conforme a lo que se coligiere de cada uno, y por término limitado; y si viniesen a pedir prórroga tendrían que aportar una fe del cura de la parroquia de que en el término pasado habían dicho misa en su iglesia.

Esto ya se había hecho así en el pontificado de don Cristóbal de Rojas, y añadía Aragonés: *lo mismo creo se hizo en el del Cardenal don Rodrigo de Castro y en esta sede vacante aunque destos dos últimos tiempos no puedo dar noticia cierta por que como el cardenal no me encargó mas que este oficio que sirvo de Secretario del Consistorio no me e entrometido en mas, venido el Provisor en dos días dirá lo que mas*

¹³⁵⁴ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara, año 1609.

¹³⁵⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 26, 9-2-1560.

*conviene en esto.*¹³⁵⁶ Recomendaba también que el Provisor llevase un libro abecedario de todas las iglesias, ciudades, villas y lugares, y fuese escribiendo a los que examinaba, la edad, suficiencia, talento, modestia o *persipitation* de cada clérigo, especialmente los vicarios, curas y confesores. Y si por alguna causa tuviese que limitar algunas licencias o mandar que se investigase o estudiase algún caso particular, que volviesen a cierto tiempo a dar cuenta y que quedase escrito en el libro.

Y este libro sería muy importante para cosas que convendría *cometelles y encomendalles* porque había que *saber el talento de cada uno*. Este libro lo tuvo el doctor Lezo, Gobernador y Provisor en tiempos del Arzobispo don Cristóbal de Rojas, y cuando se informaba o querellaba de algún vicario o cura miraba el libro y procedía con más o menos atención o rigor según lo que estaba escrito. Todo un mecanismo de control de calidad permanente de los ministros de la Iglesia encaminado al objetivo de aumentar el nivel de la formación moral y doctrinal del clero. Y esto como medio para conseguir, a través del ejemplo y la predicación, un mayor grado de cumplimiento de los preceptos de la Iglesia y de observancia de la doctrina por parte del pueblo.

El control de la calidad de los confesores era una tarea importante, pues los delitos de sollicitación en confesión estaban a la orden del día. En 1611 vemos una recomendación en el sentido de que *se quiten las licencias de confesar y se buelban a examinar pues ay muchos confesores idiotas.*¹³⁵⁷ Los dos mayores delitos que se podían cometer en la administración del sacramento de la confesión eran la sollicitación y la violación del sigilo sacramental. Ambos se consideraban *delitos enormes*, aunque era más frecuente el primero que el segundo.

El Concilio de Letrán castigó el delito de sollicitación con la deposición y encierro en un monasterio para hacer penitencia perpetua.¹³⁵⁸ Más tarde, en vista de la magnitud del problema, Gregorio XV y Benedicto XIV suavizaron las penas y establecieron por decreto, como castigo para el delito de *torpe sollicitación*, la suspensión de órdenes y privación de beneficios y oficios eclesiásticos, y si era regular la pérdida del derecho de voz activa y pasiva. El procedimiento para conocer estos delitos era secreto, pues eran afines al fuero interno, y el Obispo solía habilitar un presbítero que hiciera de notario. En la Bula Apostolae Sedis se impuso excomunión *lata*, reservada al Pontífice, a los que absolviesen al cómplice de la sollicitación, aunque fuese en artículo mortis, siempre que otro sacerdote, aun cuando no estuviese aprobado para confesar, oyese en confesión al moribundo sin que de ello resultase infamia o escándalo grave. También se castigaba con excomunión a los que no denunciasen en el plazo de un mes a los confesores que hubiesen sollicitado *ad turpia* en cualquiera de los casos expresados por el pontífice Gregorio XV en la *Constitución Universi* de 30 de agosto de 1622.¹³⁵⁹

Desde principios del siglo XVI se legisló en el arzobispado de Sevilla para el control de la administración de los sacramentos. La Constitución de fray Diego de Deza se hacía eco de los abusos que se cometían cuando muchas personas *con falsas*

¹³⁵⁶ A.G.A.S. Sección gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara”, año 1611.

¹³⁵⁷ *Ibidem*.

¹³⁵⁸ TEJADA Y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio de Letran. Cap. Omnis utriusque sexus.

¹³⁵⁹ MORALES ALONSO, J.P.: *Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España*. Sevilla, 1881.

relaciones diciendo ser nobles o tener para ello necesidad conseguían licencias para tener confesionarios y altares portátiles y oír misa en sus casas, o recibir en ella los santos sacramentos. Por tanto era necesario que el Provisor, para evitar los escándalos y el vilipendio de las cosas sagradas, examinara los confesionarios para ver los que se habían conseguido con relaciones verdaderas, pues *si nuestro señor el Papa fuere informado de la calidad de muchas de las tales personas y de la bajeza de su condición y linaje y aun de otros defectos que algunos padecen no es de creer que concediera las tales facultades*.¹³⁶⁰ Además de examinar las licencias había que consultar a Su Santidad acerca de las que fueron obtenidas subrepticamente y por personas de quien *nace escándalo y peligro de las conciencias*. Para evitar todo esto se mandaba que ningún sacerdote, en virtud de ninguna licencia ni facultad para tener confesionario, dijera misa en casa de ninguna persona particular, aunque estuviese refrendada por los provisorios anteriores, sino que de nuevo fuese visto y examinado, multando a los contraventores con un florín, la mitad para la fábrica de la iglesia y la mitad para el acusador; excepción hecha de las casas de los señores de título o de sus hijos.

En esta misma constitución se permitió a los sacerdotes que pudiesen elegir su confesor, ya fuese presbítero secolar o religioso, y que lo pudiese absolver en los casos reservados al Prelado, pero no en aquellos especialmente reservados. También se establecía que todos los sacerdotes que celebrasen fuesen obligados a notificar a los curas de sus parroquias, cada dos meses, con qué sacerdote se confesaban, para que los curas diesen cuenta de ello. Se trataba sin duda de controlar que ningún presbítero dijese misa estando en pecado mortal o en situación de irregular. El santo sacrificio de la misa exigía del oficiante un estado de pureza ritual, pues suponía entrar en contacto con lo sagrado en un ritual de renovación del sacrificio de Cristo, y el pecado del sacerdote ofendía gravemente a Dios. Finalmente mandaba que los sacerdotes no llevasen sobre sus hombros los cuerpos de los difuntos en los entierros, salvo si fuese en caso de gran necesidad y no se hallase quien lo llevara.¹³⁶¹ Esta última disposición abundaba en el principio anterior, mantener lo sagrado a salvo de lo impuro, guardando la distancia y los límites, espaciales y sociales.

En la Constitución sinodal de don Cristóbal de Rojas de 1572, aludiendo a lo ordenado por el Concilio de Trento, se recordaba que ningún sacerdote, secolar o regular, pudiese confesar sin antes ser aprobado y examinado por el Ordinario a través de su Provisor, que le daría la licencia. En cuanto a la libertad para elegir confesor, que la constitución de Diego de Deza otorgaba a los presbíteros, ésta puntualizaba que se entendiese que era sólo con los que estuviesen aprobados y tuviesen licencia del Prelado.¹³⁶² También insistía esta constitución en la importancia del sacramento de la penitencia y la decencia y quietud con que debía administrarse.

Para asegurar esto se mandó a todos los mayordomos de las fábricas de las iglesias parroquiales que hiciesen confesionarios abiertos en los que se pudiese ver al sacerdote y al penitente, separados por una tabla en medio de los dos, de tal manera que

¹³⁶⁰ A.C.S. Sección IX. Legajo 42. documento 4. Constituciones sinodales de Diego de Deza, 1512. Sigúense las Constituciones de don Diego Hurtado de Mendoza. Lo que se ha de guardar cerca de los confesionarios o altares portátiles.

¹³⁶¹ *Ibidem*, Que los sacerdotes puedan elegir confesores (b.a.)

¹³⁶² A.C.S. Sección XI. Legajo 42, documento 4. Synodo diocesano quel ilustrísimo y reverendísimo señor don Cristóbal de Rojas y Sandoval Arzobispo de Sevilla del Consejo de su Majestad celebró en su Yglesia metropolitana. Capítulo III. Con quién se han de confesar los clérigos.

tanto uno como otro estuviesen descubiertos al público. Y esto debería hacerse con la intervención de los vicarios, y donde los hubiere del cura más antiguo, y además los confesionarios deberían ser móviles para poderlos mudar a lugares públicos donde los penitentes pudiesen acudir y estuviesen visibles el penitente y el confesor. Al mismo tiempo, mandaba que se quitasen los confesionarios cerrados que hubiese y no se usasen más, y lo que gastasen los mayordomos que los visitantes lo pasasen en cuenta y los mayordomos enviasen relación de haberlo cumplido en el plazo de 60 días, bajo pena de diez ducados aplicados para hacer los dichos confesionarios.¹³⁶³ Además se advertía a los testigos sinodales que vigilasen cómo administraban sus oficios los confesores, si asistían poniendo cuidado, si confesaban en lugares públicos o en confesionarios cerrados, y si era en las iglesias o en otros lugares particulares a las horas debidas.

En esta Constitución don Cristóbal de Rojas introdujo un sistema de conferencias para tratar y deliberar entre confesores los casos de conciencia en los que se plantearan dificultades o situaciones complejas a la hora de administrar la penitencia. Así mandaba que todos los sábados, después de vísperas, se reuniesen los vicarios, curas y clérigos en la iglesia y trataran de casos de conciencia, distinguiendo en cada caso cuál era pecado mortal y cuál venial, declarando los casos más frecuentes que ocurrían en el pueblo sin nombrar a las personas, y todo con mucha moderación y honestidad de palabras, excusando porfías y dando buen ejemplo. Esto todas las semanas, excepto en los meses de junio, julio y agosto por el calor, y desde la *Dominica in passione* hasta *Quasimodo* por las ocupaciones. Y en los casos en que no resolviesen que lo enviasen al Prelado para comunicarlo con personas doctas que les aconsejasen cómo lo habían de hacer.¹³⁶⁴

Muchas de estas disposiciones se repitieron en la Constitución sinodal del Cardenal Guevara -1604-, que además legisló ampliamente sobre el tema.¹³⁶⁵ Volvió a permitir a los clérigos de orden sacro y beneficiados que pudiesen elegir confesor de entre los aprobados por el Provisor que los absolviesen de los pecados, excepto los especialmente reservados al Prelado -el de ordenarse por saltos o sin licencia del Prelado, la violación de iglesia, hacer hechizos o encantamientos, perjurar en daño del prójimo y poner manos violentas sobre otro clérigo o lego dándole bofetadas, palos o sacándole la sangre-.¹³⁶⁶ Prohibió a los sacerdote que no tuviesen cumplidos los 40 años confesar a mujeres, pues la gravedad de los años *adornaría* la autoridad del oficio. Suponemos que la verdadera razón sería de otra índole, se esperaba que a partir de esta edad los impulsos libidinosos serían menos intensos. Eso sí, se dispensaba de esta prohibición a los sacerdotes *de cuya loable vida i costumbres tuviéremos suficiente testimonio*.

A los superiores de las órdenes se les mandaba que declarasen la edad de los religiosos y de lo contrario no se le diese licencia para confesar.¹³⁶⁷ El Cardenal Guevara también se preocupó de que los que tenían cura de almas conocieran a sus

¹³⁶³ *Ibidem*, Cap. IV, Que haya confesionarios públicos. Sevilla, 1572.

¹³⁶⁴ *Ibidem*, Cap. VII, Que hagan los clérigos conferencias. Sevilla, 1572.

¹³⁶⁵ A.C.S. Sección VIII. Libro 122. Constituciones del Sinodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Tit. De Penitentis et Reminisionibus. Capitulo IV. Que haya confesionarios abiertos y se pongan en lugares públicos.

¹³⁶⁶ *Ibidem*, Capítulo III. Que los clérigos de orden sacro i beneficiados puedan elegir confesor con que sea de los aprobados.

¹³⁶⁷ *Ibidem*, Capítulo V. Que ningun sacerdote que no aya cumplido 40 años se de licencia para confesar mujeres.

ovejas para poder dar cuenta de ellos. Así mandó que en Cuaresma los confesores sólo escuchasen en confesión a sus parroquianos, y si fuesen de otra parroquia deberían mostrar la licencia particular del Provisor o del cura de su parroquia, o bien la bula o indulgencia que se lo permitiese.¹³⁶⁸ A través de los informantes del Prelado habían llegado noticias de que los confesores, *con poco temor de Dios y de sus conciencias y respecto que se debe a tan alto sacramento*, llevaban dinero y otras cosas por administrarlo, y no oían la confesión ni los examinaban con el debido reposo y sosiego. Porque era frecuente que los confesores, por interés y por ganar tiempo, despachasen con brevedad a los penitentes, de modo que no les daba tiempo de confesar sus culpas, ni los confesores de oírlos y examinarlos. Otro de los abusos frecuentes que se pretendía erradicar era el imponer penitencias que consistían en decir misas para encargarse ellos de la limosna, y si el penitente tenía necesidad de una dispensa recibían los confesores el dinero para la expedición y se encargaban del despacho.

Con respecto a lo que los confesores pudiesen recibir, ya fuese en dinero o en especies, a cambio de sus servicios, don Fernando Niño dispuso que, teniendo en cuenta la importancia del sacramento para alcanzar la remisión de los pecados y para la enmienda y reforma de la vida y costumbres de los feligreses, todos los que administrasen la penitencia lo hicieran con toda limpieza y rectitud, atendiendo al examen de la conciencia de los fieles, sin atender otros intereses humanos.¹³⁶⁹ Para obviar estos problemas se mandó bajo pena de excomunión que ningún confesor pidiese ni recibiese dinero, aunque fuese voluntaria y espontáneamente, ni antes ni después del acto de la confesión. Quedaba de esta forma prohibido tener lugar señalado, caja, cepo, ni otra cosa, donde los penitentes echasen algún dinero para que el confesor lo tomase después. Asimismo prohibían que conmutasen votos ni diesen penitencias en su propio provecho, y si hubiesen de conmutar por virtud de la Bula de la Cruzada, que lo aplicasen para el subsidio de guerra contra los infieles, echándolo en las cajuelas o cepos que había en las iglesias para este efecto.

En cuanto a la administración de los sacramentos, el memorial de 1611 citado más arriba insistía en que se hiciera de manera uniforme en todo el Arzobispado y no hubiese división, pues en unas partes lo hacían a la manera del Ordinario de Toledo y en otras a la antigua forma del Arzobispado, y convenía que en todas partes se hiciera por el de Toledo. Se trataba de que en todas partes se hiciera por el de Toledo, siguiendo también en la liturgia la tendencia centralizadora y uniformizadora. En los bautismos se insistía en que el cura, como iba con estola, llevase las *chrismeras*, y no el sacristán como se acostumbraba, *pues también lleva el cura el ampolla del olio de los enfermos*.¹³⁷⁰

Además, que se mandase que en el Sagrario sólo estuviese el Santísimo Sacramento, y que los santos olios y el libro de bautismos se pusieran en otro *almarito* aparte, ornado con decencia. La custodia de los libros de bautismo era muy importante pues guardaban registros muy importantes. Además de mantener intacto el *sancta sanctorum*, donde se hallaba el cuerpo y la sangre de Cristo, era muy importante la custodia de los libros de bautismo y matrimonios, pues suponían un registro de suma

¹³⁶⁸ *Ibidem*, Título De Penitentis et Remisionibus. Capítulo VI.

¹³⁶⁹ *Ibidem*, Capítulo VII. Que los confesores no pidan ni reciban dinero ni otra cosa alguna en el acto de la confesion ni antes ni despues.

¹³⁷⁰ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara”.

importancia, máxime en este momento de efervescencia de los exámenes de genealogía y limpieza de sangre. Se trataba de prevenir los fraudes y falsificaciones de los libros, pues el Sagrario se abría muchas veces para administrar los sacramentos y los libros no quedaban bien guardados *-no son pocas las veces en que hubo fraudes con la desaparición de cédulas y la falsificación de otras-*.

En este memorial se recomendaba que los curas amonestasen a sus feligreses cuando iban a hacer los padrones anuales de confesión y comunión, para que enviasen a su familia a confesar al principio de la Cuaresma, pues en los últimos días no podían confesarse como debían *por el mucho concurso y mayormente por que la penitencia de la cuaresma sea meritoria estando libre de las culpas*.¹³⁷¹ Además se insistía que los confesores no llevasen dinero o limosnas cuando confesaban, y para esto sería conveniente que a los confesores se les acudiese con algún estipendio de las fábricas, *o de otras partes*, y sobre todo que se nombrasen con gran elección y rigor y se reformasen muchas licencias de *confesores sobrados*. Para esto era necesario que los curas de cada parroquia hiciesen relación de los confesores que se necesitaban, y repartidos a cada iglesia, se quitasen las demás licencias.

En la línea de lo que había dispuesto don Cristóbal de Rojas en 1572 el autor de este memorial también aconsejaba que se hiciera instrucción de confesores y algunas juntas y conferencias en las iglesias, y al principio de la Cuaresma se debería hacer un sermón a los confesores por un predicador señalado, para advertirles e informarles de los casos que debían absolver y la disposición que debían enseñar a los penitentes en la contrición y examen de conciencia, ocasiones próximas de culpa, número, especie y circunstancias de los pecados, *en que ay notable falta*.

Además recomendaba que en la misma Junta se convocase a los predicadores para que advirtiesen y amonestasen al pueblo la obligación que tenían de saber la doctrina, enseñarles las partes de la penitencia y la preparación para *llegarse a los sacramentos*, es decir para disponerse a recibir la Eucaristía. Y que predicasen particulares instrucciones a todos los *estados* y los peligros y culpas que en cada uno se cometían. Pues cada estado poseía sus tentaciones y sus pecados, y cada responsabilidad conllevaba sus culpas. Se advertía asimismo que no se nombrasen personas para administrar sacramentos y para predicar sin haberlos corregido previamente, y que en estas juntas los delitos públicos y escandalosos de los confesores *no se contradigan ni reprehendan ni haya shismas entre ellos*; pues esto correspondía a los tribunales, bien del Provisor, o bien de la Inquisición si se trataba de solicitud en confesión. Que se predicase contra el vicio y contra *el reyno del pecado*, y se les advirtiesen las reglas que convenían a tan alto oficio, persuadiéndoles del temor de Dios y de la penitencia y caridad del prójimo. Asimismo se insistía en que se hicieran exámenes para dar licencias para confesores y predicadores, y que se hicieran en días señalados, asistiendo tres examinadores a las pruebas que decidirían por votos secretos con *habas blancas y negras* si el candidato estaba aprobado. Y esto para evitar las frecuentes negociaciones entre examinadores y candidatos.

Los propios candidatos se apresuraban a pedir al Cabildo las licencias nuevas en los períodos de sede vacante o a refrendar las concedidas por provisores pasados. En la de don Pedro de Castro el licenciado Alonso Sánchez Mora dijo que tenía licencia

¹³⁷¹ *Ibidem*.

concedida por los provisoros don Gonzalo de Ocampo y don Dionisio Portocarrero para administrar los sacramentos en Coria, y como no había más que un cura en la villa pedía que se le diese la carta de cura.¹³⁷² Y Melchor Vázquez, cura de Santa Lucía, dijo que tenía licencia del Provisor don Gonzalo de Ocampo para ayudar al cura que estaba entonces, y pedía la licencia para seguir usando y ejercitando como hasta entonces, cosa que el Cabildo le concedió. En este mismo período tenemos el caso del cura de la villa de Palos que tenía que ir a Villalba para administrar los sacramentos, pues no existía cura autorizado para esto en la aldea. El Provisor mandó que se le diese carta de cura, con licencia para administrar los sacramentos, al bachiller Mateo de Zúñiga, cura de Villalba.

Los clérigos regulares también dependían del gobierno ordinario del Arzobispo para la administración de los sacramentos y para obtener las licencias para confesar y predicar. Una vez conseguidas las licencias, los frailes confesaban en las parroquias, sobre todo en las épocas en que había una mayor afluencia de penitentes, como la Cuaresma. El Provisor tenía competencia, delegada por el Prelado, no sólo para dar licencias para confesar y predicar a los clérigos seculares bajo su jurisdicción, sino también a los regulares de conventos, sujetos o no sujetos al Ordinario. Los visitadores solían vigilar a los frailes para cerciorarse de que tenían sus licencias en toda regla.

El 14 de marzo de 1616 el visitador, licenciado Diego Muñoz León, tuvo conocimiento estando de visita en Ayamonte que algunos religiosos de San Francisco confesaban y predicaban sin licencias. Con el agravante de que eran mozos de poca edad y confesaban a mujeres sin tener licencia del Prelado, pues para obtenerla había que tener al menos 40 años cumplidos, de lo que se seguía *mucho daño digno de remedio*.¹³⁷³ Para atajar el problema mandó que el cura de la iglesia de San Salvador de la villa, licenciado Antonio Fernández Palacios, acompañado por el licenciado Diego de Castro, cura de la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias, y por el notario de la visita Joan de Carvajal, fueran al convento de San Francisco a ver las licencias que tenían, tomando razón de ello por escrito.

Así lo hicieron, el mismo día en que fueron cometidos se presentaron en San Francisco y pidieron al padre Francisco Portocarrero, guardián del convento, que hiciese que los religiosos mostrasen las licencias que tenían para confesar y predicar, poniendo de manifiesto que por mandato del visitador no se admitiría en su iglesia a confesar ni predicar a ningún clérigo ni fraile que no las tuviese. Como trasfondo de un asunto de control de licencias estaba la rivalidad entre clérigos regulares y seculares, que era una constante, pues se disputaban el protagonismo religioso del que se derivaban los ingresos por limosnas, misas y mandas pías dejadas en los testamentos. Y la predicación y confesión eran dos resortes poderosos para conseguir el favor de los fieles; así que tras el celo de los curas de las parroquias porque se cumpliesen las normas en materia de licencias, latía claramente la disputa por la clientela seglar.

A continuación pasaron a mostrar sus licencias el padre fray Joan de Ortega, el padre fray Miguel de San Francisco y el padre Cisneros, que las tenían para confesar y predicar; el padre fray Cristóbal Navarrete y el padre fray Alonso de la Paz, que sólo las

¹³⁷² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. (1623-1624).

¹³⁷³ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Pleitos Criminales. Legajo 4472. “El Fiscal del Provisor contra los frailes de San Francisco de Ayamonte”.

tenían para confesar, excepto mujeres, y el padre fray Pedro de la Osa, que las tenía para predicar y confesar, excepto a mujeres. Estas licencias estaban firmadas por el Arzobispo don Pedro de Castro y Quiñones y por el licenciado Cristóbal de Aybar, su Secretario de Cámara. También mostraron otras licencias antiguas, o de otros prelados, que no eran válidas, y así lo hizo constar el cura Fernández en la diligencia que levantó, y que luego le mostró al visitador. Después, a la vista de las licencias presentadas, se presentaron varios testigos que prestaron juramento ante el notario en presencia del visitador. Los curas Antonio Fernández y Diego de Castro declararon al visitador que habían visto a fray Simón de Natera predicar en las iglesias de la villa y cuando le requirieron que mostrase sus licencias no lo quiso hacer, diciendo que las tenía del Obispo de Faro y de otro Obispo; y vieron confesar y predicar al padre Presidente del convento, que no sabían su nombre, y no había mostrado sus licencias, es más, el cura Fernández afirmaba que el padre Presidente le había confesado a él mismo.

Además tenían otro agravante, el padre Simón tenía treinta años y el Presidente treinta y cuatro, poco más o menos, y habían confesado a mujeres. Además, habían visto confesar y predicar a varios frailes que no habían mostrado sus licencias, como a fray Joan de Ortega, al padre fray Sebastián Guerrero, que confesaba en virtud de licencias de otros obispados, al padre fray Miguel de San Francisco, al padre fray Cristóbal de Navarrete, al padre fray Pedro de la Osa, al padre fray Alonso de la Paz y al padre Presidente, a todos los cuales les requirieron que mostrasen sus licencias. Según los curas, era notorio en la villa, y ellos mismos les habían visto, que confesaban y predicaban muchas veces en las iglesias del lugar y no querían mostrar sus licencias porque no las tenían; afirmando el cura Fernández: *y todo esto lo sabe por que ha tenido en sus manos las licencias de los frailes del convento*.¹³⁷⁴ También declaró bajo juramento el notario de la villa, Tomás de los Reyes, y dijo que había visto en las iglesias de la villa predicar y confesar al padre Presidente del convento de San Francisco, que no sabía su nombre, y *era de menos edad de 40 años*. Y al padre fray Simón Natera, de 28 años, le había visto en las iglesias predicar y confesar y sabía que no tenía licencia; y al padre Cepeda, de 30 años, le había visto confesar, y al padre Cisneros, predicar, y *sabe que confiesa hombres y mujeres*; y al padre Santillán le había visto predicar, y al padre fray Sebastián Guerrero confesar hombres y mujeres, y *sabe que no tiene licencia de su señoría ilustrísima el arzobispo mi señor mas de para predicar lo a oydo así públicamente*, y lo mismo de los demás, pues era sabido que no tenían licencias.

También dijo que había visto confesar y predicar a otro fraile *pequeño de cuerpo que no sabe su nombre sin mas licencia que los demás que ha dicho*. Después depusieron como testigos, Jorge Cortes, clérigo diácono vecino de la villa, de 26 años, que ratificó lo declarado por el notario, y añadió a la lista al padre fray Alonso de Cuevas, de 38 años, porque le había visto confesar hombres; y a otro padre, vicario del convento, de 32 años, que no sabía su nombre, le había visto confesar hombres y mujeres y predicar, y *sabe quien incumple por que conoce y ha visto la memoria de los frailes que tenían licencia del Prelado para poder confesar y predicar, y éstos no la tienen por que si la tuviesen la mostrarán como han hecho los demás que éste testigo a visto en la dicha memoria*.¹³⁷⁵ Finalmente el visitador remitió la información al Prelado en Sevilla para que mandase lo que conviniese.

¹³⁷⁴ *Ibidem*.

¹³⁷⁵ *Ibidem*.

Los regulares necesitaban, a falta de otras rentas, los estipendios de las misas, así como la administración de la confesión y la predicación para conseguir limosnas y mandas de los fieles. Y como las constituciones establecían que las misas alcanzadas en las parroquias sólo se repartiesen a los frailes cuando estuviesen los clérigos seculares *acomodados*, algunos conventos pobres, especialmente de lugares fuera de Sevilla, constreñidos por las necesidades, enviaban confesores a los lugares comarcanos. Y éstos solían quedarse todo el año fuera de sus conventos con el fin de adquirir limosnas y misas para decir en sus conventos, bien por la devoción de los que se confesaban, bien dejadas en sus testamentos. Estos frailes también *disponían* la devoción de los fieles para cuando llegaba la cosecha recibir limosnas para el convento. Un memorialista se quejaba de que estas salidas del convento suponían muchos daños para los frailes y para los conventos, pues *así como el pez vive en el agua i fuera della no sino por milagro, así el religioso vive en religión dentro del claustro, y fuera no sino por milagro*.¹³⁷⁶ Y esto daba lugar a que anduviesen libres a su voluntad sin el freno de la obediencia del claustro, pus no tenían testigos religiosos que los refrenasen. Así, cuando volvían a sus conventos *están como muertos que no se mueven a acudir a cosas de comunidad, y así queda lesa la prompta obediencia que devian tener*.¹³⁷⁷

Fuera de la clausura no sólo se olvidaba la obediencia sino que corría peligro la castidad, pues rotos los diques se desbordaban los impulsos. Con la frecuente familiaridad con las mujeres, de cuya piedad se esperaban las limosnas, y a veces otros favores, y no dedicándose al estudio, no teniendo otra ocupación sino el estar ociosos y a la búsqueda de conversación *la cual aunque sea de señores clérigos o de seculares tenía sus inconvenientes y corría peligro la modestia*.. También corría peligro la pobreza, pues de ordinario de las limosnas que daban al convento se quedaban para sí otro tanto, a título de *peculio*, para sus necesidades. Y siendo el mismo religioso juez y parte, juzgaba en su favor y excedía de lo necesario y se hacía adinerado, *!! un religioso con muchos dineros qué perdición no tendrá !!*¹³⁷⁸

Según nuestro informante anónimo los peligros del dinero eran enormes e incluso innombrables por desmesurados *dexo en silencio los mayores males a que conbida la abundancia de dinero, van otros que si escandalizan, no tanto*. También se habituaban a vivir regalados y abastecidos y se olvidaban totalmente de la abstinencia y frugalidad propias del Refectorio. Si era religioso mínimo, cuya vida era una perpetua cuaresma, corría el riesgo de quebrantarla hallando a mano manjares grasos. Pues ni aún estando enfermo el religioso mínimo se podía permitir comer grosuras, huevos o lacticinios, porque se consideraba un escándalo. Ni sus reglas ni sus constituciones permitían a los dispensados por enfermedad comer carne, y el papa Clemente VIII prohibió a los frailes mínimos salir fuera de los conventos durante el tiempo que estuviesen dispensados para comer carne. También podía ocurrir que los frailes se granjeasen la enemistad de algunos cuando en la confesión negaban la absolución, y si además había bandos en el lugar, como solía ocurrir, y lo censuraban porque les parecía mal, se producía la persecución por la parte censurada e incluso a veces se daban memoriales contra él, echándole del lugar con ignominia. Así que su desconocimiento

¹³⁷⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. “Advertencias que hace al Prelado, concerniente a los religiosos, en la dependencia que tienen del ordinario gobierno del Arzobispado. Por un religioso de orden mendicante de 53 años que casi todos los ha pasado en Sevilla y ha tenido oficio de Prelado y otros de autoridad, según lo cual habla de experiencia”.

¹³⁷⁷ *Ibidem*.

¹³⁷⁸ *Ibidem*.

en los lugares de las relaciones de poder, de clientela y parentesco, lo dejaba expuesto a todos estos peligros.

Además la rivalidad entre el clero secular y el regular y la competencia por la clientela seglar hacía que a veces *algunos eclesiásticos envidiosos al ver la devoción que le tienen los seglares darán peticiones contra él*. En resumidas cuentas, el clérigo regular fuera del convento estaba sometido a todas las contingencias de la vida del siglo, y esto negaba su identidad como elemento auto excluido del mundo. Además, en el caso heroico que fuese capaz de vivir ajustadamente carecería de mérito, pues: *los mayores méritos son vivir en comunidad*. Este intento de contener a los frailes en sus conventos impidiendo que saliesen por los lugares a administrar sacramentos se entendía para todo el año, excepto los días señalados, como en Todos los Santos, cuando sucedía algún jubileo o al tiempo de alguna demanda, pues en estos casos incluso los prelados de las órdenes cuando prohibían las salidas a los lugares también los exceptuaban. Aunque se recomendaba que no fuesen solos sino con compañeros frailes, porque *el espíritu santo lamenta al solo y más si es religioso, de quien dijo Gregorio que no será temerario creer que el religioso es incontinente, cuando anda solo fuera de la clausura*.

Solo se admitían las salidas de los que iban a visitar a sus padres o parientes, y por un tiempo máximo de 20 días, *por que estar mas tiempo que esto regularmente hablando, aunque sea en casa de sus padres, no carece de inconvenientes*. En el fondo todo el memorial no era más que una amarga diatriba contra los responsables del gobierno arzobispal, y concretamente contra el Colector General de misas, el Provisor del que dependía, y en última instancia del Prelado del que emanaba el poder de ambos. Y esta queja nos habla de la posición subordinada y casi marginal de los clérigos regulares en cuanto a la obtención de una parte de las rentas y limosnas que se repartían los eclesiásticos. Finalmente concluía que todo se resolvería si la Colecturía librara misas para decir a los frailes sin tener que salir fuera de su convento y ciudad, *y de ésta manera se socorrería el convento, se conservaría la devoción, el pueblo tendrá en los tiempos necesarios la administración de los sacramentos, y alivio los curas en el tiempo que lo han menester*¹³⁷⁹. Pues fuera de los momentos en los que la afluencia de penitentes era muy intensa los curas se bastaban para confesar a sus feligreses, y cuando fuese necesario se dispensaría para que los regulares ayudaran a los curas, y los prelados de las órdenes elegirían sólo a los que *edificaren con su exemplo*.

En cuanto a los predicadores, correspondía al Provisor velar por el nombramiento de los más idóneos, perseguir las conductas desviadas, dar licencias tanto a seculares como a regulares y nombrar, mediante mandamiento, predicadores auxiliares en las épocas en que eran necesarios para complementar y ayudar a los predicadores de las parroquias. El control de los predicadores era un resorte fundamental para el gobierno eclesiástico, pues a través de la palabra se pretendía moldear las conductas.

El Cardenal Guevara, *conociendo la importancia de la fuerza de la palabra divina*, mandó en su Constitución a todos los predicadores que procurasen en sus sermones seguir las doctrinas más comunes recibidas, admitidas y conformes a los concilios y sagrados cánones, apartándose de *novedades i de doctrinas peligrosas i de*

¹³⁷⁹ *Ibidem*.

*curiosidades que no van encaminadas al provecho de las almas.*¹³⁸⁰ Se ve que, a pesar de la predominancia absoluta de la obediencia, algunos predicadores se permitían *libertades* y especulaciones en materia de dogmas. Podemos deducir de esto que algunos predicadores se excedían y se tomaban licencias más allá de lo considerado decente en el contexto de un lugar sagrado y de una ceremonia religiosa. Por eso se introdujo una prohibición: *que no se digan en el púlpito predicando gracias ni cosas que provoque a risa*, que además se castigaba con la excomunión mayor. Pero curiosamente parece que este tipo de conductas eran tan difíciles de erradicar que los canónigos sede vacante, a la muerte de don Fernando, cuando se plantearon la publicación del Sínodo quitaron la excomunión para este delito argumentando que en vez de remediar esta conducta, serviría de *lazo i ocasión para incurrir en las dichas excomuniones.*¹³⁸¹

Hasta tal punto llegaba la locuacidad de los predicadores que el Cardenal advertía que no se permitiera *decir algunas gracias i cuentos deshonestos i suzios i hacer algunas otras cosas muy indecentes i indignas de aquel lugar i de la veneración de tan gran fiesta.*¹³⁸² Porque con esto movían al pueblo a la risa, a pecar y a ofender gravemente a Dios. Así que, deseando extirpar esta perniciosa costumbre, mandaba, bajo pena de excomunión, que ningún predicador se atreviese a semejantes licencias, haciendo responsable a los vicarios, beneficiados y curas que lo supieran y no lo denunciaran y encargando la conciencia de los visitantes para que se informasen de estos abusos en sus visitas.

También los exhortaba a que reprendieran con rigor los vicios y pecados, y en especial el gran abuso que se daba en los juramentos y las blasfemias *-el poco respeto al nombre de Dios-*. Otro de los pecados a los que el Prelado se refería particularmente eran los logros, las usuras, los juegos y los pecados de la carne, vicios que tenían *estragada la Republica cristiana*. Con la predicación se pretendía además dar a conocer la doctrina cristiana, pues, *nos consta de la grande ignorancia que en los más del pueblo ai en los misterios y cosas de nuestra sagrada religión*. El Concilio de Trento mandaba que se explicase al pueblo la doctrina mediante la predicación, y el Cardenal Guevara estableció que, en todos los sermones de Adviento y Cuaresma, se predicase un artículo de fe, uno de los mandamientos u otra cosa de la doctrina cristiana, y se insistiese en la disposición que había que tener para recibir los sacramentos. Se pretendía *desterrar la ignorancia*, y si no era suficiente el premio que Dios les daba por esto concedía cien días de indulgencia cada vez que lo hicieran. Los predicadores debían recordar al pueblo la obligación que tenían de saber la doctrina cristiana y los confesores debían reprender y no dar la absolución hasta que la supiesen.

En el memorial del Secretario Aragonés al Cardenal Guevara se señalaba que eran los padres de familia los que debían procurar que sus familiares la supiesen, y que se dijese en las parroquias por el preste en misa de tercia, en el tiempo del Ofertorio, y a la tarde, a la una, se llamase al pueblo y criados para recitarla *como se ha acostumbrado*

¹³⁸⁰ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla de don Fernando Niño de Guevara. Año 1604. Capítulo VIII. De lo que los predicadores han de enseñar en los sermones que hicieren.

¹³⁸¹ *Ibidem*, Auto del Cabildo de sede vacante, en razón de las censuras que se moderan. Jueves, 19-2-1609.

¹³⁸² *Ibidem*, Capítulo IX. Que en los sermones no se digan gracias ni cosas deshonestas que provoquen el pueblo a pecar.

en el Arzobispado. También se encomendaba a los *padres de la compañía* que prosiguiesen en este santo instituto, y se sugería que se podrían hacer cofradías y *buscar los demás medios convenientes para que todos sepan la doctrina*.¹³⁸³ Así pues, mediante los curas, confesores y predicadores se debía enseñar la doctrina, y todos los resortes estaban bajo el control del Prelado, pues su Provisor confirmaba o revocaba sus licencias periódicamente. Los curas tenían la obligación de recordárselo al pueblo en el momento del Ofertorio de la misa y de recitarla en la misa de una. Asimismo, se hacía responsable a los padres de familia, que debían velar porque todos sus familiares supieran la doctrina cristiana. Con esto se intentaría cerrar el círculo del poder sobre los súbditos, los ministros de la Iglesia, como padres espirituales en el ámbito público, y los padres de familia como agentes al servicio del poder eclesiástico, en el privado, se convertirían en los elementos axiales de la disciplina, el adoctrinamiento y la obediencia colectiva.

El Provisor, además de dar licencias tanto a seculares como a regulares, también nombraba mediante un mandamiento predicadores auxiliares en las épocas en que eran necesarios para complementar y ayudar a los predicadores de las parroquias. Para conseguir un nombramiento del Provisor para predicar, especialmente en Cuaresma, muchos mandaban *rogadores* con el pretexto de remediar sus necesidades, para acudir a sus padres necesitados o para comprar libros. Los regulares criticaron esta práctica porque esta predicación no estaba movida por fines religiosos sino por el interés humano. Además, se quejaban de que el Provisor favorecía a los clérigos seculares en el nombramiento de predicadores, y que sólo quedaban las sobras para ellos. Así pues, la forma de conseguir los púlpitos no era el favor gracioso del Provisor sino la compra con dinero o regalos. Hasta tal punto que se solía preguntar: *¿a cómo andan los púlpitos? y respondían: a 30 o a 50 ducados, según la calidad de los púlpitos*.¹³⁸⁴

Tras la predicación, el predicador recibía salarios o demandas que se hacían para él, pero era tan corto el ingreso que, en el caso de los regulares, apenas podían sustentarse con esto cuando volvían a sus conventos. Por esto se veían obligados a usar otras artes *inventadas por la codicia desordenada, de que se seguirán exacciones a los penitentes e invenciones para sacar dinero de los vecinos y serles muy importunos a fin de sacar lo que les costó el púlpito y llevar para remediar la necesidad propia*.¹³⁸⁵ Después de la compra del púlpito necesariamente venía la exacción sobre los parroquianos para resarcirse de lo que costó y para obtener algún peculio. Para reparar este abuso se proponía que el Prelado, a través de su Provisor, repartiese los púlpitos a los clérigos predicadores atendiendo exclusivamente a sus virtudes, y el resto se repartiese entre los religiosos a proporción, enviando la lista de los lugares que tocaba a cada religión a los provinciales de cada Orden para que nombrasen predicadores idóneos que *con celo de las almas vayan a su predicación*. Así se lograría que fuesen para sujetos desinteresados, no los que pretendían los púlpitos, sino los que *dios envía*, pues el predicador *ha de ser enviado por dios cuyas veces realiza el Prelado*. Los predicadores así nombrados no irían con la mira de sacar ganancias para pagar el

¹³⁸³ A.G.A.S. Sección gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara”.

¹³⁸⁴ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. “Advertencias que hace al Prelado, concerniente a los religiosos, en la dependencia que tienen del ordinario gobierno del Arzobispado. Por un religioso de orden mendicante de 53 años casi todos los ha pasado en Sevilla y ha tenido oficio de Prelado y otros de autoridad, según lo cual habla de experiencia”.

¹³⁸⁵ *Ibidem*.

púlpito, y lo que le dieran bastaría para remediar su necesidad, y *hará el oficio como Apóstol*.

Los provisos de las órdenes solían enviar a los regulares como predicadores y confesores a lugares donde hubiese convento de otra orden diferente. Quizás para dar oportunidad a los lugareños de tener un ministro extraordinario con el que pudiesen confesar libremente, ocultando a los conocidos las flaquezas que no querían que se supiesen en el lugar; porque en las comunidades pequeñas la mutua vigilancia de los vecinos era muy intensa. Pero esto provocaba que los predicadores presionasen más fuertemente a los vecinos para que les diesen limosnas, pues tenían que pagarse su sustento y obtener alguna ganancia. Según nuestro informante esto era una injusticia, pues, siendo los monjes de la localidad los coadjutores del párroco todo el año, venían otros extraños a llevarse el provecho: *y es bien que quien lleva las duras lleve las maduras, y es cosa dura que siembren unos todo el año, y al tiempo de la cosecha sieguen y alcen los que no araron ni sembraron*.¹³⁸⁶

Para remediar este abuso proponía que fuesen predicadores de la misma orden, y así, además, se evitaría dar los pulpitos a los pretendientes, dejando la decisión en manos de los superiores regulares, los cuales si un lugar no se bastaba con el predicador ordinario enviarían quien ayudase en la Cuaresma. De esta manera se suponía que los predicadores serían menos gravosos al pueblo, porque habiendo convento de la orden de la que era el predicador enviado se ahorraría en posada y gastos, teniendo acomodo en su convento. Al final se repartirían la limosna entre el convento y los predicadores ordinarios y extraordinarios, y los lugareños *pusilánimes* podrían confesar con el forastero *que se ha de volver con los secretos a su casa*. El memorial era una crítica feroz de la maquinaria de gobierno arzobispal, pues señalaba que el Provisor, responsable del nombramiento de los predicadores, prevaricaba dejándose influir por pretendientes y *rogadores* que con dinero y favores pretendían los pulpitos por interés. Y el Prelado era el responsable último del nombramiento del Provisor, cuyas veces hacía.

En la nominación de los predicadores también hubo conflictos entre el Prelado y el Cabildo Catedral. A la muerte de don Cristóbal de Rojas -1580-, el Cabildo sede vacante escribió al Rey una representación de quejas y agravios de su Prelado, acudiendo *a sus reales pies como defensa y amparo de la iglesia*. Para informar al Rey le enviaban las probanzas que se habían hecho sobre el caso y proponían como informante y mediador al Presidente de la Real Hacienda y Consejo de Indias, licenciado Ovando, que había sido Provisor y Gobernador en tiempos de don Fernando Valdés. También propusieron escribir al Presidente del Consejo, don Juan de Zúñiga, para que no favoreciera la causa de los prelados.

Se quejaban, entre otras cosas, de que don Cristóbal de Rojas les había quitado la facultad de nominar a los predicadores que decían sus sermones en Cuaresma en la Catedral, y aducían que esto les pertenecía por costumbre inmemorial y porque la mayor parte de ellos correspondían a fiestas dotadas por difuntos que lo dejaron al Cabildo. En tiempos de don Fernando Valdés se llegó a una Concordia según la cual el Prelado señalaba a diez predicadores, y de estos, el Cabildo elegía a tres. Este acuerdo siguió siendo válido en el pontificado de Gaspar de Zúñiga, pero don Cristóbal de

¹³⁸⁶ *Ibidem*.

Rojas, en la Cuaresma de 1579, habiéndose nombrado para predicar al canónigo magistral Zumel *lo despidió con palabras ásperas* y nombró a un fraile teatino.¹³⁸⁷

Esta y otras quejas llevaron a los canónigos en sede vacante a acusar a los prelados de estar interesados en ponerles culpas, advirtiéndoles que no se les diese crédito a lo que dijese contra ellos sin que previamente se escucharan sus descargos, pues ellos sólo pretendían satisfacer el servicio de la Iglesia y la obediencia a su Prelado, administrar con toda rectitud, justicia y sosiego, y *emplearse en los continuos sacrificios y oraciones que siempre hacen por la vida y felices sucesos de su majestad como sus capellanes y oradores perpetuos*.¹³⁸⁸ De esta forma reclamaban el apoyo del Rey frente a los prelados, recordándole que ellos eran los que mantenían el culto monárquico con sus oraciones y sacrificios y de esto dependía la vida y la felicidad de Su Majestad. En realidad la queja se refería a los intentos de los sucesivos prelados de centralizar el poder en detrimento del Cabildo Catedral. Y en este caso concreto de nombrar a los predicadores controlando el poder de la palabra. En las sedes vacantes, siguiendo la costumbre ya vista de detraer poder al Provisor en beneficio del Cabildo, los canónigos solían repartirse los púlpitos entre ellos por orden de antigüedad de canonjía, y los restantes los adjudicaban entre los frailes de las distintas órdenes presentes en la ciudad.

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro cometieron al Provisor para que convidase a los predicadores para los sermones del año 1601, reservando al Cabildo el derecho de nombrar los de la feria de la Cuaresma.¹³⁸⁹ Excepto en Santa Ana, donde cometieron al doctor Soria para que dijera a los inquisidores que ellos proveyeran quienes predicasen allí. El sermón del Nombre de Jesús, que era el 15 de enero, se lo dieron al padre Diego Martínez de la Compañía de Jesús, y el de la conversión de San Pablo al padre fray Juan Navarro de la orden de San Francisco; el día de San Sebastián convidaron a un religioso de San Diego y el día de la Purificación de Nuestra Señora al padre Juan de Lara de la Compañía de Jesús. Para el día de la invención de la Cruz, que se predicaba en la Santa Iglesia Catedral, convidaron al padre Francisco Soto de la Compañía de Jesús, y al padre Alonso Gómez de Rojas para el día de Cuasimodo en San Pedro, adonde asistía el Cabildo.

El día de San Juan de Porta Latina se lo dieron al padre Velasco, de la Orden de los Terceros, el de la Octava del Santísimo Sacramento, el viernes, a fray Luis Moreno de San Agustín, el sábado a Alonso Gómez de Rojas, el domingo al padre Chacón, el lunes al padre Salvador del Carmen, el martes al padre Basques de la Victoria, el miércoles al padre Álvaro Arias de la Compañía de Jesús y el jueves al canónigo Camargo. En la Feria de Cuaresma convidaron los lunes a Mathías Romero, de la Orden de Santo Domingo, los miércoles a don Manuel Sarmiento, canónigo magistral, y los viernes al Maestro Ávila, ministro de la Santísima Trinidad.

En diciembre de 1623 se repartieron los púlpitos, como en otras sedes vacantes, por antigüedad de canonjías, escogiendo púlpito en primer lugar los más antiguos y

¹³⁸⁷ A.M.S. Sección XI. Libro 9, doc. 13. Pleitos entre el Cabildo y el Prelado.

¹³⁸⁸ *Ibidem*.

¹³⁸⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 1600-1601.

*corriendo desta manera por todos la segunda y tercera y quarta vuelta.*¹³⁹⁰ Después, llamaron para proveer los restantes lugares y parroquias de Sevilla que quedaron sin proveer, pues ningún canónigo los quiso. En enero de 1624, acabaron de repartir los púlpitos de los lugares y parroquias de Sevilla así como las parroquias de Jerez, Écija y Carmona, escogiendo primero los más antiguos. Y convidaron al padre maestro Juan Salvador, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, para predicar el día que se publicase el Jubileo. El jueves 25 de enero proveyeron los predicadores para la Feria de la Cuaresma y mandaron que el padre maestro Molina, de la Orden de Santo Domingo, predicase los tres primeros días, los tres primeros miércoles fray Francisco Guerrero, de la Orden de San Agustín, los tres primeros viernes el padre fray Francisco de San Juan, de la Orden de San Jerónimo, los tres primeros lunes el padre fray Juan Salvador, de la Orden del Carmen, los tres miércoles restantes el padre maestro Chacón, de la Orden de los terceros, y los tres últimos viernes el padre Juan de Lara, de la Compañía de Jesús.

También convidaron al padre Hinojosa, de la Orden de San Francisco, para que predicase en la festividad de San José, San Leandro y el Sermón del Mandato. El sermón de San Isidro se lo dieron al maestro Laines, de la Orden de San Agustín y el del día de la Resurrección al canónigo Camargo, y con esto se acabaron de repartir los sermones hasta Pascua de Resurrección. De Carmona llegó una carta de su Consejo pidiendo que los púlpitos del lugar los predicasen frailes de Carmona, pero ya estaban repartidos. Para el día de la publicación de los Santos de Sevilla se convidó a predicar al canónigo Juan de Salto, para el sermón de la Ascensión al padre fray Fernando de Barrionuevo y para la Pascua del Espíritu Santo al padre Arteaga, de la Compañía de Jesús.

A final de abril, surgió un problema con el padre Lara, de la Compañía de Jesús, pues no pudo proseguir predicando las ferias que faltaban y se convidó en su lugar al canónigo Joan Salto, magistral de la Iglesia de Badajoz. El 7 de mayo pidió Pedro de Quijada, de la Orden de los Dominicos, que se le pagasen los sermones que había predicado en el Puerto de Santa María, y se cometió el asunto al Provisor para que se informara de lo que se solía dar en estos casos. También reclamó su salario el padre Francisco de Ávila, que predicó la Cuaresma en Ardales, pues la fábrica de la iglesia del lugar no le había dado nada, y se cometió nuevamente al Provisor para que se informase cuanto se solía dar y lo hiciera pagar. Se suponía que el predicador enviado sólo debía obtener como compensación las dádivas de los feligreses, aunque se contemplaba el pago de un salario por parte de la fábrica de las iglesias. El problema era que algunos mayordomos de las fábricas, sobre todo en lugares remotos, se resistían a sufragar los gastos de unos predicadores enviados por decisión del poder central en Sevilla.

3.3.13.- Los oratorios: la privatización de la religión

Otra de las competencias del Provisor era dar licencias para tener oratorios privados, siempre que cumpliesen unas mínimas normas como correspondía a un lugar sagrado. La inflación de los deseos religiosos hizo que, desde el último tercio del siglo XVI, la costumbre de erigir capillas privadas en las ermitas o en las casas de los grandes señores se extendiese a muchos notables ciudadanos, tanto laicos como eclesiásticos, que empezaron a erigir oratorios en sus residencias urbanas. Esto obligó a una labor de

¹³⁹⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. (1623-1624).

inspección y supervisión por parte de los oficiales del Prelado, pues como lugares sagrados debían cumplir con unas mínimas condiciones de *decencia*. El Provisor los inspeccionaba a través del visitador de los monasterios de monjas del Arzobispado, que era el encargado de visitar los oratorios privados que menudeaban por toda la diócesis. La existencia de oratorios privados se remonta a los primeros tiempos de la Iglesia. En los tiempos apostólicos de la Iglesia primitiva los cristianos se reunían en casas particulares y con el fin de las persecuciones se conservó la costumbre hasta el punto de que Justiniano prohibió celebrar el santo sacrificio en ellas¹³⁹¹, esta prohibición se confirmó en el Concilio Aurelianense.¹³⁹² Aunque ni los prelados de la Iglesia primitiva ni los emperadores cristianos aprobaron que los fieles tuviesen otro lugar para reunirse que el destinado a la comunidad¹³⁹³, y fuera del cual los obispos y presbíteros no podían recibir las oblaciones y limosnas¹³⁹⁴, al aumentar las misas privadas y el número de sacerdotes y habiendo gente poderosa para quienes era más cómodo tener en su casa capillas y oratorios para celebrar el sacrificio de la misa, proliferaron estos y muchos notables dejaron de asistir a la iglesia parroquial a la misa solemne con el resto del pueblo. Para su erección se hizo necesaria una dispensa especial para poder celebrar los sagrados ministerios, exceptuando siempre las festividades mayores.¹³⁹⁵ Así que el Emperador León permitió a los fieles tener oratorios domésticos y a los sacerdotes celebrar misa en ellos. Ahora bien, en el Concilio Agatense se limitó esta posibilidad prohibiendo celebrar misas en oratorios privados en las fiestas principales de Pascua, Epifanías, Ascensión, Pentecostés y principales festividades, condenando con pena de excomunión al sacerdote que lo hiciese sin permiso.¹³⁹⁶

Abierta la excepción, aumentaron las concesiones y con ellas los abusos, contribuyendo a la separación entre el pueblo, que acudía a la misa parroquial, y los notables, y aportando deterioro y disolución a la figura del párroco y de los feligreses en la ceremonia comunitaria por excelencia, en la que se exaltaban los lazos de comunión de la colectividad¹³⁹⁷. En definitiva, el Oratorio suponía una privatización de la religión, y con esto se perdía uno de sus rasgos definidores que era su carácter comunitario, hurtando la ceremonia colectiva en la que la comunidad participaba del sentimiento de hermandad en Cristo; además, la misa mayor de los domingos era el momento en el que la comunidad se convertía en testigo y garante de los acontecimientos que podían modificar el orden social, como las amonestaciones públicas para los que se iban a casar o para los que se pretendían ordenar. La misa mayor del domingo era el gran momento comunitario, en ella se leían los excomulgados de la parroquia para que fuesen evitados por los fieles y los edictos de pecados públicos y de la Inquisición llamando a la delación obligatoria. La asamblea vecinal ejercía de esta forma el control y la vigilancia sobre sus miembros, bajo la supervisión del

¹³⁹¹ KAMEN, H.: *Cambio cultural en la sociedad del siglo de oro. Cataluña y Castilla siglos XVI-XVII*. Madrid, 1998, p. 183.

¹³⁹² TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio Aurelianense, dist. 1ª, canon 33, De Consecrat.

¹³⁹³ Tertuliano, *Apologético*, cap. 39 y Justiniano *Novela* 58. Cit. JUSEU y CASTANERA, J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. De los Oratorios y del uso del altar portátil. Valencia, 1899. De los Oratorios y del uso del altar portátil.

¹³⁹⁴ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio de Laodicea, canon 58.

¹³⁹⁵ JUSEU y CASTANERA, J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Valencia, 1899.

¹³⁹⁶ Concilio Agatense, año 506, Dist. 1ª, canon 34 y 35, De Consecrat. Cit. JUSEU y CASTANERA, J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. De los Oratorios y del uso del altar portátil. Valencia, 1899.

¹³⁹⁷ Van Espen, Parte 2ª, Tit. V, Cap. 8º, números 5 a 11. Cit. JUSEU y CASTANERA, J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. De los Oratorios y del uso del altar portátil. Valencia, 1899.

oficiante, el cura. La misa era ante todo la ocasión para las relaciones sociales, se hablaba y se trataba, los hombres a menudo permanecían fuera charlando o jugando a los dados y con esto cumplían formalmente con su obligación de asistencia. Otras veces trasladaban el espacio de socialización de la iglesia a la taberna, y se arriesgaban a ser detenidos por el alguacil eclesiástico de la vicaría o por el Alguacil Mayor con sus alguaciles de los diez en la ciudad de Sevilla.

Esta privatización de las ceremonias suponía que los privilegios de la jerarquía se ejercían en detrimento de los sentimientos y rituales comunitarios. En el Concilio Provincial de Sevilla de 1512 se repitieron las normas que regían el establecimiento de oratorios.¹³⁹⁸ El Prelado se hacía eco de que muchas personas *con falsas relaciones*, diciendo ser nobles o tener necesidad de ello o por otras causas, pedían facultad para tener confesionarios y altares portátiles para oír misa en su casa y recibir en ella los santos sacramentos. Para conseguir la licencia se dirigían al Papa y el Prelado advertía que si el Santo Padre fuese informado de la calidad de muchas de estas personas y de la *baxeza de su condición y linaje y aún de otros defectos que algunos padescen* no concederían las facultades, porque era un escándalo y un vilipendio para las cosas sagradas.

Y como al Prelado y a su Provisor le correspondía ver y examinar si habían conseguido las licencias subrepticamente, mandaba que ningún sacerdote dijese misa en casa de ninguna persona particular, aunque tuviesen facultad de los provisos, sin que previamente fuese nuevamente visto y examinado, salvo si se tratase de algún señor de título o sus hijos. La pena pecuniaria que se establecía para los contraventores era de un florín, la mitad para la fábrica y la otra mitad para el acusador. El Cardenal Diego de Deza insistía en que la familiaridad con que se trataba el santísimo sacramento en estas capillas privadas era un menosprecio y un *deservicio* a Dios.¹³⁹⁹ Por esto mandaba a los provisos y oficiales de la Provincia que no diesen licencias para decir misa fuera de las iglesias, salvo si fuese *en casa de tal señor a quien parezca que no se le debe negar* y que tuviese un lugar apartado en su casa donde ponerla. Y a los clérigos les ordenaba que no dijese misa en casa de ningún caballero sin licencia especial, y que no celebrasen en Palacio, Sala o Cámara donde hubiese camas donde dormían algunas personas, salvo si fuese un enfermo que no se pudiese levantar de la cama. Una vez obtenida la licencia, el Provisor mandaba ver el lugar donde se diría la misa, si era honesto, compuesto y ordenado, bajo pena de suspensión *ipso facto a divinis* de un mes para el sacerdote que dijese la misa.

Otro abuso frecuente eran los hospitales y *casas de algunas dueñas* que se decían religiosas, donde se celebraba misa en daño de las iglesias parroquiales y con poca reverencia. El Prelado mandaba revocar todas las licencias que hasta este momento se hubiesen dado y que los provisos y visitantes en sus visitas se informasen de las casas de beatas y hospitales que había en la parroquia donde se acostumbraba decir misa e hiciese relación de ello. En 1543 Díaz de Luco se quejaba de estos abusos, y estableció que: *debe el cura exhortar sus parroquianos a que vengán a la yglesia a oír los divinos oficios y no oyan en sus casas misa*.¹⁴⁰⁰ Y esto porque el permiso para decir

¹³⁹⁸ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones sinodales de Diego de Deza (1512). Lo que se ha de guardar cerca de los confesionarios o altares portátiles.

¹³⁹⁹ *Ibidem*, Que no se diga misa fuera de la iglesia.

¹⁴⁰⁰ KAMEN, H.: *Cambio cultural en la sociedad del siglo de oro. Cataluña y Castilla siglos XVI-XVII*. Madrid, 1998. p. 109.

misa en los domicilios particulares se había concedido demasiado libremente en el pasado y *muchas personas no van a las yglesias aun las fiestas*.

En el Concilio de Trento muchos Padres expusieron los abusos que se cometían en esto, y para evitarlos se ordenó que *los Ordinarios no toleren que se celebre el santo sacrificio en las casas particulares por seculares o regulares cualesquiera que sean, y que prohíban absolutamente celebrar fuera de la iglesia y Oratorios dedicados al culto, los cuales deberán señalar y visitar los mismos Ordinarios, no obstante cualesquiera privilegios, exenciones, apelaciones y costumbres*.¹⁴⁰¹ El Concilio quitó a los obispos la facultad de conceder licencias para tener oratorios privados, que desde entonces quedó reservada al Sumo Pontífice, y el Ordinario a través de su Provisor las veía y supervisaba para que se cumpliesen las condiciones de la dispensa, sobre todo en cuanto a la *decencia* del lugar y a que no se celebrase misa en las festividades importantes.

El Oratorio no podía instalarse en cualquier lugar de la casa sino que era indispensable situarle en un lugar decente y apartado de todo uso doméstico. Por esta razón se previno en los breves de concesión de los oratorios que no pudiese celebrarse en ellos el santo sacrificio de la misa sin que antes fuesen visitados por el Ordinario u otra persona delegada por él, para ver que el lugar era decente y separado de otro uso. Concretamente se hacía referencia a la cercanía de los dormitorios que ni siquiera se permitían en la parte superior del Oratorio, ni aún en los hospitales; ni la proximidad a lugares indecentes o de mucho estrépito.¹⁴⁰²

Para gozar del privilegio de tener capilla privada, además de la autorización eclesiástica había que pagar una limosna *voluntaria*, amén del pago de derechos y licencias a los distintos oficiales e instancias eclesiásticas que resolvían la cuestión. El visitador del Provisor se cercioraba en su visita de la lejanía de los dormitorios y de que sus ventanas no diesen a establos, gallineros, lugares inmundos o excusados. Se trataba de esta forma de mantener separados los dos ámbitos, el sagrado y el profano. Tenemos constancia de que numerosos regidores, caballeros de Santiago y de Calatrava, nobles y notables ciudadanos tenían capilla privada en su residencia.¹⁴⁰³ Así que el Concilio trató de poner freno a la proliferación de lugares de celebración privados, encargando a los obispos que no permitiesen que se celebrase misa fuera de las iglesias u oratorios dedicados exclusivamente al culto divino; pero como otras muchas reformas todo quedó en el intento, pues no prohibió del todo la concesión de oratorios sino únicamente estableció que se limitase su concesión a las personas piadosas que por causas especiales no pudiesen asistir a la iglesia.¹⁴⁰⁴

La Constitución *Cum duo nobiles* (1740) de Benedicto XIV resolvía la consulta de dos nobles que habían solicitado oratorio. En ella se permitía la celebración de la misa siempre que estuviesen presentes alguno de los dos nobles, y exceptuaba las fiestas solemnes de Pascua, Pentecostés, Epifanía, Ascensión del Señor, la Anunciación y Asunción de la Virgen, la festividad de Todos los Santos, la festividad del patrón titular

¹⁴⁰¹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 22.

¹⁴⁰² GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al Tratado teórico-práctico*. Tomo II.

¹⁴⁰³ GONZÁLEZ MORENO, J.: “Documentación sobre Oratorios de los siglos XVII y XVIII”. *Archivo Hispalense*. Tomo 81, 1998.

¹⁴⁰⁴ AGUIRRE, J.: *Curso de Disciplina eclesiástica General y particular de España*. Madrid, 1871. Los Oratorios

de la población y la de los Apóstoles Pedro y Pablo. La dispensa para tener oratorio privado, decir misa y comulgar en él, la tramitaba la Secretaría de Breves del Vaticano, pero previamente el Ordinario, a través de su Provisor, recababa informe del cura de la parroquia para asegurarse de que no se perjudicaban los derechos parroquiales pues a veces los oratorios quitaban misas a la iglesia parroquial.

Fue frecuente que algún duque, conde o notable local pidiese al Papa, por causas de salud que le impedía a veces asistir al santo sacrificio de la misa, que le concediera la gracia de oratorio privado para decir misa para ellos y sus consanguíneos y afines hasta cuarto grado, para sus huéspedes nobles que habitasen con los indultarios, para sus domésticos, criados y parientes y para poder confesar y comulgar los indultarios excepto el precepto pascual. A veces se rogaba que no se exceptuase la misa de los días solemnes y la de Navidad o misa del gallo. Una vez recibido el breve, enviaban la solicitud al Prelado pidiendo que los visitase y éste la tramitaba por su Provisor para comprobar que se hallaba el oratorio separado de todo uso doméstico, bien decorado y provisto de ornamentos y vasos sagrados y le diese la licencia para la celebración.

La concesión de licencia para oratorio público seguía el mismo trámite aunque su carácter era distinto. Se trataba de capillas, generalmente en el ámbito rural, destinadas a atender a la población diseminada en caseríos que por vivir a larga distancia de la iglesia parroquial con frecuencia faltaban al cumplimiento del precepto. El Provisor, oído el cura propio de la parroquia a la que pertenecía la casa, y visitado el local con informe del vicario del partido, y examinado que tenía campana para tocar a misa, altar, crucifijo, cáliz, patena y todo lo necesario para el culto, daba la licencia correspondiente.¹⁴⁰⁵

En el período que estudiamos, tenemos algunas noticias sobre esta cuestión. El sábado 2 de enero de 1581, en sede vacante, el Cabildo fue informado por el visitador que la capilla que tenía la señora doña Mencía de Zúñiga, mujer del difunto don Juan de Torres, estaba decente para decir misa y le dieron licencia para que la pudiesen decir conforme a la Bula de la Cruzada por el tiempo de la voluntad del Cabildo; sin embargo contradujo la decisión el canónigo doctor Isidro de Cuevas.¹⁴⁰⁶ En enero de 1601 se cometió al Provisor para que mandase visitar los oratorios que proliferaban por las ciudades y viese si estaban *decentes*, para confirmarles las licencias o retirárselas. En concreto se citaba el oratorio que tenía en su casa Juan Antonio de Villavicencio, vecino de Jerez, y el que tenía en su casa de campo Juan Rodríguez Melgarejo, vicario de Alanís, *adonde acudía mucha gente a oír misa*.¹⁴⁰⁷ Como lugar sagrado, donde estaba el santísimo sacramento, debían cumplir con las condiciones que establecía el Concilio de Trento. En este mismo período el visitador Hurtado visitó el oratorio que tenía el licenciado Bernui en su casa e hizo una relación *de la decencia que tenía*.

Los particulares también conseguían las licencias para tener oratorios con breves del Nuncio. Era el caso de Pedro Rodríguez de Herrera. Aún así el Provisor y el visitador de los monasterios los inspeccionaban y hacían relación, dándole licencia para

¹⁴⁰⁵ GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Madrid, 1868. Tomo II. Oratorios privados y públicos.

¹⁴⁰⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval. (1580-81).

¹⁴⁰⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 1600-1601.

que en ellos se pudiese decir misa. En los edictos de pecados públicos se advertía contra los que hacían decir misas en sus casas y oratorios particulares sin tener licencia, o teniéndola no guardaban las condiciones de ella, diciendo más de una misa al día o en Pascua y otras fiestas solemnes en que no se podía decir misa en el oratorio conforme a las licencias que el Provisor solía dar¹⁴⁰⁸.

También concedía el Prelado los permisos para dar la bendición a las nuevas iglesias que se erigían, generalmente en lugares pequeños y apartados. Y cometía a su Provisor para que despachara las licencias para poner el santísimo sacramento, la pila bautismal y para decir misa. En sede vacante todo esto recaía sobre el Cabildo, que podía delegarlo en su Provisor o cometer la tarea a algún canónigo. El problema frecuente en este tipo de erecciones era que suponía la competencia con otra parroquia, que de esta forma veía mermado el número de sus feligreses. El 4 de julio de 1580 cometieron a Pedro Vélez para que viese los títulos que presentaba el factor Francisco Duarte, que pedía que se diese bendición a la iglesia del lugar de Benazuza para poder poner en ella el santísimo sacramento y la pila de bautismo. Sin embargo, los clérigos de la cercana Sanlúcar la Mayor habían pleiteado contra el Comendador de Santiago, Orden a la que pertenecía la pequeña villa, para que no se le concediese el permiso. Ante esto, mandaron los canónigos que el notario ante el que pasaba la causa fuese al Cabildo para hacer un informe y que el factor Duarte presentase los títulos que tenía de Benazuza.

3.3.14.- *Los enterramientos*

Encontramos en el Ordenamiento civil, ya desde tiempos de Alfonso XI, regulado el problema de los enterramientos. Se disponía que en el entierro de los ricos hombres no se llevasen más de 20 cirios y 10 canastas de pan, y 10 cántaras de vino para ofrendar y que la ofrenda de dinero no fuese superior a 8 maravedíes. Y si fuese un caballero o ciudadano no más de 10 cirios, 10 canastas de pan, 5 canastas de vino y hasta 4 maravedíes y que no lo llevasen en vaso de plata. Y cuando muriese algún rico hombre, caballero o ciudadano o *alguna de sus mujeres*, que no se hiciera llanto más que hasta que el cuerpo fuese encomendado y que no llevasen moras ni judías para hacer el llanto en el enterramiento ni en los nueve días y cabo de año.¹⁴⁰⁹

La adjudicación de sepulturas en las iglesias las daba el Provisor. Tenemos el caso de Jorge Griego y sus descendientes que en 1546 solicitaron una sepultura en la Iglesia de Santa Ana en la Capilla Mayor y el Provisor le dio licencia al Mayordomo de la Fábrica para que se la adjudicara, por supuesto dando la limosna que se acostumbraba, 8 ducados, y haciendo unas escrituras.¹⁴¹⁰ El Mayordomo era Pedro de Castellanos, que además era escribano público de Sevilla, y la sepultura se encontraba junto a las gradas, lindando con unas sepulturas *de los de la mesquita*, y por la otra parte con el Altar Ginés de Carrión, que llamaban de Nuestra Señora de los Remedios, y a los pies de la sepultura de Piero González del Real. Además le daba permiso en la escritura para

¹⁴⁰⁸ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Ses. 22 in decret. De observand. Evitand. In celebrat misae.

¹⁴⁰⁹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 42, Ordenamientos de Sevilla. Ordenamiento primero que el Rey don Alfonso el XI dio a Sevilla en 30 de noviembre era 1375 año de 1337, nº 28, 29, 30, 31.

¹⁴¹⁰ A.P.N.S. Legajo 12.321, año 1546, fol. 1101.

poner una losa. La escritura era una auténtica cesión de espacio sagrado, pues el otorgante, el mayordomo, en nombre del Provisor, Juan Rodríguez Temiño, se desapoderaba de la sepultura y apoderaba al otorgado para él y para sus herederos.¹⁴¹¹

Otra competencia que generaba no pocas diligencias era la que trataba de la regulación de los enterramientos, en una esfera en la que confluían factores de tipo religioso, sanitario y de orden público. El Provisor tomaba decisiones en esta parcela tan importante para la vida de los legos, ordenando los asuntos relacionados con las honras funerarias, dando licencias para aprobar y trasladar reliquias y *guesos* de difuntos, así como para vender sepulturas. Todos los pueblos han respetado los restos mortales de sus semejantes y los han rodeado de ceremonias religiosas.¹⁴¹² Los griegos y romanos practicaron la cremación de cadáveres; se acostumbraba a cavar las sepulturas y enterrar las cenizas cerca de la ciudad, en los huertos próximos a ella o en sepulcros cerca del templo. En el Antiguo Testamento podemos observar que entre los judíos todos los objetos que pertenecían al difunto quedaban impurificados, por lo cual se establecieron ritos de purificación, tanto de los objetos como de las personas que hubieran recibido o tocado al difunto o al sepulcro. Pasados siete días se celebraban los ritos de purificación de las personas y las cosas que se habían contaminado y rodeaban el cadáver con tiras de lienzo blanco embalsamándolo para contener la descomposición. Nada más expirar, se le cerraba la boca y los ojos, y si era una persona distinguida se llevaba el cadáver a la sepultura pasando por los sitios más frecuentados de la población.

Después, se colocaba el cadáver dentro de la casa y se velaba recitando salmos. Los obispos a veces acompañaban el cadáver y lo cogían con sus propias manos cuando eran personas importantes. Los funerales eran ocasión para la caridad, así que los pobres eran alimentados y sus exequias costeadas por el erario de la Iglesia. Si la sepultura era antes de medio día se celebraba el santo sacrificio con recitación de salmos y preces; y cuando era una persona eminente se decía una oración fúnebre en elogio del difunto. En la Iglesia Oriental había unos clérigos de menores llamados *fosarios* que ejercían el ministerio de dar sepultura a los cristianos evitando que se siguieran usando las prácticas paganas. Además, recogían los restos mortales de los mártires para conservarlos como reliquias y recuerdo de heroísmo y virtud cristiana.

La incineración fue vista con repugnancia por los cristianos por considerarla un sacrilegio y ser contraria a las ideas de la resurrección y a las tradiciones del Sepulcro de Jesucristo; así que cuidaron de enterrar los cuerpos enteros y que los cadáveres se colocaran en sitios especiales, principalmente por la esperanza de la resurrección futura. Los más antiguos cristianos no se enterraron dentro de las iglesias, esta costumbre fue introducida poco a poco, aunque las leyes romanas mandaban que los sepulcros estuviesen fuera de las ciudades y castigaban severamente al que contravenía la prohibición. En el Digesto hay una ley de Adriano castigando con una multa de 40 áureos al que enterrase un cadáver dentro del recinto de la población.

En el cristianismo primitivo los fieles consideraban pío y religioso descansar después de muertos cerca de los mártires cuyas reliquias se guardaban en las iglesias, al igual que los judíos apreciaban ser enterrados en Palestina, donde se hallaban los cuerpos de los profetas y hombres eminentes de Israel. Por esto, contra las disposiciones

¹⁴¹¹ A.P.N.S. Legajo 12. 321, año 1546, fol. 1101.

¹⁴¹² Véase REDONET, L.: "Enterramientos y cementerios". *Boletín de la Real Academia de la Historia*. CXX, 1947, p. 131-80.

canónicas y civiles sobre los enterramientos que mandaban que se construyeran en despoblados o lugares contiguos a la iglesia, se introdujo la costumbre de dar sepultura a los cadáveres dentro del mismo templo. Primero se concedió el privilegio de enterrarse en el vestíbulo de los templos a los emperadores, luego a los reyes, obispos, abades y presbíteros, hasta llegar a los mismos legos *sobresalientes en santidad*. Esta costumbre se generalizó a partir del siglo VI aunque los concilios la siguieron prohibiendo, prescribiendo que se enterrasen en lugares especiales o cementerios previa bendición y reconciliación en caso de haber sido profanados.¹⁴¹³ En este caso el párroco se dirigía al Obispo pidiéndole la urgente reconciliación según un ceremonial prescrito.

Sin embargo, las Decretales abrieron la posibilidad de enterrarse en sagrado, previo pago por supuesto, y establecieron que los fieles se hiciesen enterrar en los *sepulcrales* de sus mayores, y si alguno quisiese enterrarse en lugar religioso lo podía hacer *ca assi lo fizo Nuestro Señor e Nuestro Maestro que fue nacido en Bellehem e criado en Nazareth e sepulcrado en Jerusalem*¹⁴¹⁴; pero había que pagar a la iglesia parroquial a la que pertenecía el difunto la tercera parte de lo que dio por la sepultura. Los legos fueron enterrados en el atrio o pórtico de la iglesia hasta que en el siglo IX se impuso la costumbre de enterrar todos los cadáveres dentro de la iglesia, sin tener en cuenta lo nocivo para la salud de esta medida, pues el aire se impregnaba de partículas infectas y se hacía nocivo para la respiración.¹⁴¹⁵

En España también se prohibieron los enterramientos en las iglesias según demuestran los concilios y las leyes civiles: el Fuero Juzgo, las Partidas y la Recopilación.¹⁴¹⁶ También se prohibieron otro tipo de abusos y supersticiones relacionadas con los ritos funerarios, como las reuniones o vigiliass de noche de las mujeres en los cementerios y encender cirios como práctica de espiritismo para evocar, por medio de luces, las almas de los difuntos para descubrir cosas ocultas.

Las leyes seculares pronto establecieron que se construyeran cementerios fuera de las poblaciones, costeándolos las fábricas de las iglesias y contribuyendo, si no fuese suficiente, los patrípces del diezmo.¹⁴¹⁷ También tomándolo de los fondos píos y de los caudales públicos y que los terrenos donde se construyesen fueran concejiles o de propios. Asimismo se legisló sobre las formalidades que se habían de seguir en los entierros y exequias de los difuntos.¹⁴¹⁸ Finalmente, las medidas más rigurosas por parte de la autoridad civil se establecieron ya en el siglo XVIII.

Así pues, el nuevo derecho canónico permitía a los cristianos enterrarse en las iglesias y consideraba la sepultura como parte de la comunión cristiana, derecho que se conservaba hasta después de muerto; por eso los feligreses debían enterrarse en la

¹⁴¹³ Concilio de Braga año 561, canon XVIII, prohibiendo enterrar dentro de los muros de la basílica "item placuit ut corpora defunctorum nullo modo intra basilicam sanctorum sepeliantur, sed si necesse est de foris circa murum basilicae". Cit. MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX*. Barcelona, 1942. Libro II. Título XXVIII. De las Sepulturas.

¹⁴¹⁴ MANS PUIGARNAU, J.M.: *Decretales de Gregorio IX*. Barcelona, 1942. Libro II. Título XXVIII. De las Sepulturas, Capítulo I, Lucio III.

¹⁴¹⁵ CAVALARIO, D.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Tomo II. Madrid, 1837.

¹⁴¹⁶ Concilio de Iliberris, canon 34 y 35; Concilio de Braga y de Tarragona. Cit. CAVALARIO, D.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Tomo II. Madrid, 1837.

¹⁴¹⁷ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro 1º, Título 3, Ley 1ª.

¹⁴¹⁸ *Ibidem*, D Felipe II en Madrid por Pragmática de 20 de marzo de 1565.

parroquia en la que en vida comulgaban, pues aún después de muertos permanecían en el seno de la comunión de la Iglesia. Otro factor que pesaba era el deseo de querer reposar junto a los familiares y antepasados. Las exequias debían celebrarse en la parroquia y el párroco debía acompañar el féretro recibiendo la cuarta funeral o canónica, que consistía en cierta porción de la oblación y mandas pías que se ofrecían a la sepultura de la iglesia. Para honrar al difunto se hacían limosnas y se celebraban convites, a los que se invitaba al clero y pobres; pero esto se abolió por los numerosos abusos que se daban en las celebraciones, dándose la limosna a los pobres. Con respecto al luto y a las muestras de dolor, la Iglesia reprobó el exceso, pero no las manifestaciones de sentimiento *racional y prudente* del cristiano, pues un exceso se consideraba sospechoso de poca fe en la vida inmortal y en la resurrección.

En los casos de sospecha de suicidio, y cuando no se daban muestras de arrepentimiento antes de morir, el derecho canónico negaba la sepultura eclesiástica, siempre que no fuese efecto de enajenación mental completa que privase al hombre de su voluntad y libre albedrío. En estos casos los familiares solían hacer diligencias para demostrar que la muerte, a pesar de las sospechas, había sido un accidente, o bien era un caso de enajenación mental completa y así conseguir la licencia para enterrar en sagrado escapando al oprobio y la nota que suponía la negación de la sepultura eclesiástica. En los siglos XVI y XVII podemos observar numerosos expedientes de personas que, por aparecer ahorcados o ahogados en un pozo, eran sospechosos de suicidas, y cuyos familiares aducían trastorno mental para solicitar permiso para enterrarlos como cristianos y tener funeral en la Iglesia.¹⁴¹⁹

La sepultura eclesiástica se le negaba a los pecadores públicos que morían sin dar ninguna señal de arrepentimiento ni de penitencia y sin querer recibir los sacramentos, a los que morían excomulgados o en un lugar sometido a entredicho y a los herejes, apostatas o fallecidos en pecado mortal. También se le negaba en la disciplina antigua a los monjes a los que después de muertos se le descubría *peculio*, y a los ladrones, usureros y salteadores que terminaban sus días sin hacer penitencia.¹⁴²⁰ Si alguno de éstos se enterraba en lugar sagrado debía desenterrársele mientras su cadáver pudiese reconocerse y sepultarle lejos de la iglesia en un lugar profano. En general, en los casos dudosos, como esto afectaba a la honra de las familias, la resolución se inclinaba hacia la alternativa más benigna y a favor de los interesados, tras la correspondiente petición y pago de derechos.

El Provisor y Vicario General autorizaba, previa solicitud, la exhumación de cadáveres, aunque también era preceptiva la autorización de las autoridades civiles.¹⁴²¹ Cuando los familiares de un difunto hacían una petición para la traslación de un cadáver para que reposara junto con los demás miembros de su familia, se iniciaba un proceso en el que el oficio se podía dirigir al visitador eclesiástico de la vereda correspondiente o directamente al Provisor, que contestaba expidiendo la licencia si no había inconvenientes. En la licencia se establecía que no se abriese la caja, *que debería rociarse con cloruro*, y que todo estaría bajo la responsabilidad de los capellanes de ambos cementerios.

¹⁴¹⁹ A.D.H. Catálogo de Pueblos.

¹⁴²⁰ CAVALARIO, D.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Tomo II. Madrid, 1837.

¹⁴²¹ JUSEU CASTANERA, J.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Valencia, 1899. De los enterramientos.

Cuando el traslado era a otra diócesis se mandaba en la licencia que los párrocos de los pueblos no pusiesen impedimento, sino que auxiliasen el traslado y permitiesen que el cadáver fuese depositado en la Bóveda de las iglesias de los pueblos en tránsito en los que hiciese parada o en otro lugar decoroso, y esto sin perjuicio del pago de los derechos parroquiales.¹⁴²² También eran frecuentes las peticiones elevadas al Provisor para que se adjudicaran sepulturas en las iglesias; a tal fin entregaban limosnas al mayordomo de la iglesia para poderse enterrar en una capilla, aunque a menudo resultaban pleitos por las reclamaciones de otros que pretendían ser enterrados en lugar preferente. Cuando eran personas principales de la población pretendían derechos a Bóveda o a entierro en la Capilla Mayor y de esto se derivaban frecuentes enfrentamientos y litigios. Todo lo referente a la venta de sepulturas por las fábricas de las iglesias, o al traslado de huesos de difuntos, era competencia de la Audiencia del Provisor. En 1624, el visitador de monjas don Manuel Sarmiento, informó que Juan Gutiérrez Tello pretendía pasar los huesos de su suegro, don Diego de Portugal, y de sus hijos, al convento de Santa Paula, por ser descendiente de la fundadora, cosa que pretendía demostrar presentando cierta documentación. Aunque había un pleito sobre el asunto, el Cabildo mandó que lo viese el canónigo doctoral.¹⁴²³

Según una antigua costumbre, todos los años el Provisor autorizaba a las monjas de San Leandro y de otras órdenes para que fuesen a visitar las sepulturas que se encontraban en la Santa Iglesia Catedral, recibiendo limosnas por sus rogativas. El 29 de noviembre de 1480 el Obispo de Cádiz, que era en este momento Provisor del Arzobispado por el Cardenal don Pedro González de Mendoza, dio licencia a *las honestas y devotas religiosas, Abadesa y Priora para que hicieran como tenían uso y costumbre cada año y recibiesen las limosnas que les acostumbraban dar*, con la condición de que las monjas que viniesen a entrar en las sepulturas fuesen ancianas, también hacía extensiva la licencia *a las otras monjas ancianas de los otros monasterios*.¹⁴²⁴

Las licencias en materia de enterramientos eran del Provisor, pero, aunque no era lo habitual, en la sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval el Cabildo se reservó las competencias sobre los enterramientos pues estaban en plena epidemia de peste y este tema se había convertido en una fuente inagotable de conflictos.¹⁴²⁵ Para esto diputaron a dos de sus canónigos, Antonio González y Fernán Pérez de Saucedo, para que los cuerpos que no cabían en las parroquias los hiciesen enterrar en los hospitales en los que morían los enfermos o en otros lugares, procediendo con censuras y si fuese necesario invocando el auxilio del brazo seglar; y ordenaron que el Provisor no impidiese este mandamiento.

Los legos se resistían a enterrar a sus familiares fuera de las iglesias, pues la práctica de enterrarse cerca de los deudos, en el ámbito comunal de la parroquia, tenía una fuerte inercia temporal y emocional. Suponemos que la presión de estos y el apego a sus prerrogativas por parte del Provisor, hizo que el mandamiento del Cabildo se viese

¹⁴²² GÓMEZ de SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Madrid, 1868. Tomo II, Expediente de Beatificación e información de santidad, informaciones de milagros.

¹⁴²³ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. (1623-1624).

¹⁴²⁴ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. Libro 9, doc. 13.

¹⁴²⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval. (1580-1581), 7-4-1581.

una y otra vez contrariado por las *excepciones* concedidas por aquel en el ejercicio de sus funciones. Y como quiera que el Provisor insistía en el uso de sus competencias, el día 7 de abril de 1581 el Cabildo le mandó que no diese licencias para enterrarse ni contradijera los mandamientos de los diputados del Cabildo para esta materia, pues éstos habían señalado lugares para enterrarse y el Provisor seguía concediendo licencias para enterrarse en las parroquias; y los mandamientos que tuviese dados los suspendiese y revocase. El 15 de abril de 1581 cometieron a los diputados de la peste para que, cuando no cupieren los cuerpos que se enterraban por la epidemia en las parroquias, que los mandasen enterrar en los cementerios, hospitales y otros lugares, donde mejor les pareciere.¹⁴²⁶ El viernes 28 cometieron al Provisor para que proveyese suficientes clérigos que administrasen los sacramentos en los hospitales de la peste, especialmente confesores; y que para ello pudiese dar licencia a los sacerdotes que le pareciere para que los administrasen. También le dieron poder para que pudiese tomar prestado de cualquier iglesia u hospital de la ciudad las custodias, o cualquier otro ornamento y servicios, para los hospitales de la peste, dejando recibo de ello para devolverlo.

Parece que las diferencias entre el Cabildo y su Provisor no pararon aquí, pues, en mayo de 1581, el Secretario de los Autos Capitulares de sede vacante sugirió que se cambiase el Provisor de la sede vacante, por *ciertas razones como me avia sido requerido*; y se votó verbalmente, saliendo por mayoría que no se tratase de ello por el momento. Pero a los pocos días vemos como nombraban al doctor don Luciano de Negrón como nuevo Provisor, y también cambiaron al fiscal del Provisor nombrando al licenciado Marques. La situación epidémica era tan grave que mandaron que ese año no saliesen las procesiones de Semana Santa por el peligro de la multiplicación de los contagios asociado a la aglomeración de gente. Sin embargo se celebraron algunas procesiones pues la fuerza de la religiosidad popular, especialmente la necesidad de consuelo y seguridad, desbordaba los diques de contención del racionalismo de las élites. En abril de 1581 cometieron al canónigo Isidro de Cuevas para que informase de las procesiones que se habían hecho en los últimos días, y dónde, y con qué licencia, e informase al Cabildo. En la sede vacante de don Rodrigo de Castro se dio de nuevo una situación epidémica. Pero esta vez, el jueves 10 de mayo de 1601, se sacó en todas las parroquias el santísimo sacramento y estuvo descubierto desde la mañana a la noche, pues la ciudad pedía que se les dejara comulgar públicamente.

Muchas collaciones tenían sus propios cementerios, sabemos que en la iglesia de San Andrés se enterraban cada año, según un informe de su Mayordomo, 800 personas, contando con los residentes en el Hospital del Amor de Dios, que estaba en la misma collación. Calculaba que allí se habían enterrado, en toda la historia del cementerio, más de 100.000 cristianos, y habían puesto una Cruz grande en medio del Cementerio que tenía mucha veneración. En una carta dirigida al Cabildo seglar los eclesiásticos se quejaban que a veces se habían visto perros sacando parte de los cuerpos de los sepulcros y comiéndoselos, y los vecinos, sin respeto del lugar, tiraban suciedad e inmundicia de sus casas, pues estaba descubierto y sin cerca. Por tanto pedía al Cabildo seglar que mandase cercar el cementerio, sin perjuicio de las calles reales, y así que quedarían mejor sin que el mal olor *inficione*, y harían limosna a la iglesia y provecho a la republica y el bien común.¹⁴²⁷

¹⁴²⁶ *Ibidem*, 15-4-1581.

¹⁴²⁷ A.M.S. Sección XIII, Archivos Importantes, siglo XVI, Tomo 3, doc. 26.

En otro caso, los beneficiados de San Vicente se quejaban por carta que carecían de cementerio donde dar sepultura a los pobres de solemnidad y por eso los parroquianos y vecinos habían tenido *indecencias*. Por esto, pedían licencia para hacer un cementerio en la plazuela que había pegada a las paredes de la iglesia, donde había una cruz, costeándolo con la limosna de los parroquianos, para dar sepultura a los pobres de solemnidad, pues en este sitio no se producía ningún perjuicio al comercio de las personas que por allí pasaban.¹⁴²⁸

3.3.15.- Los conflictos de jurisdicciones y de precedencia: el lugar del conflicto

También le tocaba al Provisor declarar los límites de las competencias en los conflictos de jurisdicciones que se planteaban con los jueces apostólicos delegados o subdelegados por la Santa Sede, y con los jueces conservadores de las órdenes regulares e institutos que mantenían fuero privativo. Los intentos por parte de los jueces de entrometerse en las jurisdicciones ajenas eran comunes; incluso el Nuncio de su Santidad, contra lo establecido en Trento, pretendía a veces conocer en primera instancia en algunos negocios que competían a los provisos de los prelados, y advocaba y retenía las causas que estaban pendientes ante el Ordinario, hasta el punto de que provocó en 1593 una petición de los procuradores en Cortes para que no lo hiciera.¹⁴²⁹

El Provisor, como Juez delegado de la Santa Sede, también dirimía los conflictos de competencia entre las distintas jurisdicciones eclesiásticas. En marzo de 1538 encontramos al Provisor, Rodrigo de Solís, conociendo un conflicto de competencias entre el Obispo de Scala y el Obispo Melgarejo, pues habían terminado excomulgándose mutuamente.

El Provisor era Juez Delegado de la Sede Apostólica en las controversias de precedencia en virtud de un decreto del Concilio de Trento que comienza: *controversias omnes de pracedentia*. Los conflictos y disputas de precedencia expresaban rivalidades en el plano de lo simbólico pero con una evidente operatividad sobre lo real, pues la precedencia no solo implicaba la escenificación pública de la superioridad y el poder, sino que a menudo tenía una plasmación en intereses materiales concretos. Es una evidencia que el lugar que se ocupa, ya sea en la mesa familiar, en la reunión de amigos o en ceremonias y actos de mayor representación social, tienen un alto valor simbólico. El espacio es una de las matrices donde se tejen las relaciones sociales, así que, los privilegios, los afectos, las luchas de poder y los distintos roles asignados a las personas se escenifican espacialmente.

Además de los grandes conflictos de precedencia protagonizados en Sevilla por la Real Audiencia, la Inquisición, el Prelado, el Deán y Cabildo y el Asistente, menudearon las disputas por los asientos o por el lugar en la procesión, ya fuese entre clérigos o entre seglares, en la iglesia, en la calle o en cualquier lugar o situación de representación espacial de la jerarquía social. También hay evidencia de abundantes litigios en los lugares y villas señoriales por los asientos, en los que el señor

¹⁴²⁸ *Ibidem*, siglo XVII, doc. 24, año 1686

¹⁴²⁹ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. D. Felipe II en las Cortes de Madrid de 1593, pet. 38.

jurisdiccional reclamaba para sí o para el Gobernador, como su representante, los honores que les correspondían en la iglesia o en las procesiones.

Tenemos evidencias de algunos de estos conflictos de precedencia. El martes 9 de abril de 1505, mientras se celebraba una procesión en San Salvador por el terremoto que había ocurrido el viernes día 5, estando en el Altar el conde de Cifuentes, don Fadrique, con don Fernando Enriquez y el Provisor, el sacristán llevó la paz a los nobles, pero no se la dio al Provisor hasta que no se la dio también a los canónigos, aduciendo que esta era la costumbre en la Iglesia de Sevilla. El Provisor se quejó al sacristán pero los canónigos mandaron que se hiciera según la costumbre.¹⁴³⁰

Las disputas jurisdiccionales entre el Gobierno Arzobispal y la Orden de San Juan de Acre fueron constantes. En 1573 el Arzobispo pidió al Consejo de Su Majestad que interviniera en el pleito que mantenía con el Teniente de Asistente y con el Prior de la Orden, licenciado Gaspar de Barahona porque éste se negaba a que los visitantes del Arzobispo se entrometieran en su jurisdicción.¹⁴³¹ Pretendía que permitieran a su Fiscal, el presbítero Bartolomé Rodríguez, tomar declaración a testigos dentro de la Parroquia de San Juan de Acre, en la collación de San Lorenzo. En el interrogatorio de testigos, el Fiscal pretendía demostrar que la parroquia siempre había estado sujeta al Arzobispo de Sevilla y su Provisor, pues administraban los sacramentos como en el resto de las iglesias parroquiales de Sevilla y los legos que cometían delitos de fuero seglar fueron castigados por la justicia real y lo que cometían delitos de fuero eclesiástico habían sido castigados por la justicia de los Arzobispos y sus provisores. Y ahora tenían noticia de que se cometían muchos crímenes y excesos en la administración de los sacramentos, pues había clérigos idiotas de mala vida, que algunos habían sido frailes y se habían salido de sus órdenes, y como eran inhábiles no habían obtenido licencia del Arzobispo y su Provisor para decir misa y por eso se iban a San Juan de Acre, para que los priores les dieran las licencias para decir misa, confesar y administrar sacramentos que el Provisor les negaba por su falta de habilidad.

También se quejaba el Fiscal en su denuncia que el Prior permitía en la parroquia a los legos vivir en pecados públicos y acogía rufianes y gente de mal vivir que se iban de otras parroquias y se acogían allí en pecado público y ofensa de dios. Y cuando algunas personas se querían casar sin licencia del Ordinario y sin las solemnidades del Sacro Concilio, y por otros medios ilícitos, se iban a vivir y morar allí, y el Prior y los curas los casaban y velaban, y de esto resultaron casos escandalosos, hobres casados con dos mujeres, mujeres con dos maridos, etc.

Algunos testigos del compás declararon que habían visto y oído a sus mayores en sus casas que en la Casa de la Orden no había vivido más que un Comendador de San Juan, que llamaban Prior, y que cuando moría venía otro. Y sólo habían visto a otros comendadores cuando venían a visitarla, y nunca ha habido frailes sometidos a ninguna observancia. Y que era verdad que había clérigos idiotas que habían sido frailes, y que había gente en el compás en pecado y se les permitía porque la justicia no entraba porque se decía que tenía privilegio. Otro testigo ratificó lo que había declarado el año 1572 ante el Notario Gaspar Aragonés, y un capellán dijo que hacía un año un

¹⁴³⁰ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9º, Cabildo eclesiástico, doc. 13: Extracto de varios autos capitulares, desde el año 1478, martes 9 de abril de 1505.

¹⁴³¹ A.P.N.S. Legajo 12.416, año 1573, fol. 727.

clérigo que se llamaba Juan Cortés vivió en el compás y el Arzobispo y su Provisor lo metieron en la cárcel arzobispal pues era inhábil y no tenía licencia para decir misa y administrar sacramentos.

El compás de San Lorenzo tenía puertas hasta que el Emperador Carlos mandó quitarlas, este gesto significaba que la justicia seglar podía entrar a perseguir a los retraídos de la justicia y los sacaba sin contradicción. Un testigo afirmaba que el licenciado Barahona le dijo que había dos amancebados en el compás y que disimulaba con ellos y después avisó a la justicia y los hicieron presos. Otra vez el Comendador de *Tosina*, don Antonio Pacheco, que era de la Orden de San Juan de Acre, le dijo que había en el compás un amancebado que había venido y los quiso casar. Estos testigos afirmaban que muchos frailes se salían de sus monasterios y se iban a la parroquia a administrar sacramentos. Todos los testigos citaban a un tal Cruzado, fraile de San Francisco, que fue preso por el Arzobispo y seguía viviendo en el compás. En general los testigos afirmaban que muchas personas disolutas que estaban perseguidas iban a vivir al compás y algunos a casarse sin licencia.

El guardarropa del Duque de Alcalá vivía en San Lorenzo y declaró que la justicia seglar entraba en el compás, a un tal Nicolás Martín lo prendió por una muerte, y a otro fulano De Fuentes, que había sido fraile de la Trinidad, lo detuvieron por administrar sacramentos sin licencia. Un fraile de la Victoria, llamado Juan Cortés, llamó a Barahona para que oleasen a su hermana y le dieran la extremaunción. Este clérigo estuvo detenido dos veces por distintos negocios y según el testigo, Juan Ruiz, que fue sacristán de San Gil, todos lo tenían por inhábil.

A menudo las disputas de precedencia entre las distintas categorías y jerarquías del clero traducían la lucha por la percepción de obvenciones, salarios o limosnas. Veamos algunos ejemplos que tenemos documentados. En 1580 se planteó una disputa en el Arzobispado de Sevilla entre los curas simples y el resto de los clérigos y capellanes que no servían beneficios porque los primeros pretendían que se les prefiriese para ser convidados en los entierros de su collación, con la consiguiente percepción de derechos que esto conllevaba. Los pleitos sobre esta cuestión menudearon.¹⁴³² Otra disputa era la que ocurría por el reparto de las misas de colecturía. Tenemos el caso ocurrido en mayo de 1599 entre el cura de la iglesia de Santa María de Arcos, García Ramírez, que reclamaba que se le reconociera su preeminencia a la hora del reparto de las misas de la colecturía.¹⁴³³ El Provisor terminó dando un mandamiento al colector para que, en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor y 2.000 maravedíes aplicados a obras pías, prefiriera y antepusiera al cura frente a los demás clérigos de la parroquia, capellanes, beneficiados y sus servidores. El 10 de mayo de 1599, Jerónimo García, notario apostólico de la ciudad, notificó el mandamiento al licenciado Alonso de Coria Guillen, sacristán mayor de la iglesia, el cual dijo que lo cumpliría.

Dos años más tarde, el 8 de marzo de 1601, el doctor Negrón, Arcediano, canónigo y Provisor sede vacante, confirmó la precedencia y preferencia del cura a los capellanes en las procesiones, entierros y asientos en el coro, y mandó que ninguna

¹⁴³² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval (1580-81).

¹⁴³³ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. "Pleito contra los capellanes de Arcos".

persona lo impidiera y que el vicario lo defendiese y amparase. En marzo de 1602, el licenciado don Felipe de Haro, Provisor y Vicario General por el Arzobispo e Inquisidor Cardenal don Fernando Niño de Guevara, confirmó y aprobó el mandamiento a favor del cura de Arcos para que se guardasen sus preeminencias.

Las reiteradas confirmaciones del mandamiento nos ponen ante un hecho corriente en el funcionamiento de la maquinaria del gobierno arzobispal: la resistencia local al cumplimiento de las órdenes emanadas desde el poder central en Sevilla. Lo más sorprendente es que el pleito duró 20 años, pues el 6 de agosto de 1620 el cura escribía de nuevo al Provisor denunciando que el vicario Bartolomé de Espinosa y Gamaza era el culpable de los reiterados incumplimientos de los mandamientos de los distintos provisos. Y había proveído un auto en el que mandaba que los curas no fuesen preferidos en las obvenciones y entierros a los capellanes. En vista de esto, el cura García Ramírez y el otro cura de la iglesia, Juan Núñez de Gamaza, requirieron ante notario a Juan Gallegos, sacristán mayor de la iglesia, para que declarase quién le había mandado no preferirlos, y después enviaron al Provisor el testimonio.

En una de las preguntas del interrogatorio el notario le hacía saber al sacristán que, siéndole notoria la costumbre de preferir los curas a los capellanes en los convites de los entierros y en las demás obvenciones que ocurrían en la iglesia, y sabiendo:

que la dicha costumbre se haya introducida y asentada y la gozamos quieta y pacíficamente y usada y guardada por los sacristanes sus predecesores, agora sin causa alguna no nos convida ni prefiere en los entierros y obvenciones diciendo que tiene mandamiento del vicario para hacerlo así contradiciendo lo mandado por el Provisor.¹⁴³⁴

Y requería al sacristán para que no *ynovase* y siguiera prefiriéndolos, de lo contrario le protestaba todos los daños e intereses que se produjeran y daría cuenta al Provisor, querellándose en su tribunal. Además acusaban al vicario de hacerles el agravio sólo a ellos porque había otros dos curas en la iglesia parroquial de San Pedro a los que no molestaba en la posesión de sus prerrogativas. Por tanto parecía que actuaba por odio y enemistad, y de esto había murmuración y escándalo en Arcos. Según los curas, el vicario se permitía estos atropellos a la jurisdicción del Ordinario porque estaba protegido por personas principales del lugar y su oficio se lo debía a estas influencias. En palabras del cura Ramírez *es vicario de ruego y no repara en lo que hace en su oficio*.

El cura se quejaba también del alboroto que había causado el vicario en la localidad con su actitud, y que además había dado motivos para perturbar:

otras cosas que los curas avemos adquirido tan a fuerza de brazos y posehemos con quietud, abriendo puertas para que los beneficiados y sus servidores se nos atrevan diziendome a mí el mismo vicario que no haze cuenta de recaudos ni cartas de Sevilla, con que los beneficiados tengan ocasión de desgraciarse con él.

Por último pedían al Provisor que hiciese alguna *demonstración* para aplacar el *grande orgullo y brío* que habían tomado los capellanes y beneficiados con el favor del vicario. Además, el cura confesaba en su carta que temía *otro mayor atrevimiento*,

¹⁴³⁴ *Ibídem*.

porque la impunidad los había envalentonado. En el margen de la carta le decía al Provisor que preguntase a Luis Albarez, Secretario de Cámara del Prelado, pues él conocía el caso de lo que pasaba en Arcos desde el principio y lo que se debía hacer.

Mientras tanto, los capellanes contraatacaban, pues, en el mismo mes de agosto, presentaron ante el vicario, su valedor, un escrito en el que afirmaban que el sacristán mayor prefería en todos los entierros y obvenciones a los curas, y no los convidaba por su rueda en la forma y orden como a los demás capellanes como siempre se hizo, y esto sin mostrar el sacristán ni los curas mandamiento legítimo para hacer tal cambio. Tras esto, el vicario volvió a mandar al sacristán mayor, Juan Gallego, que no prefiriese a los curas en ningún entierro ni obvenciones. Y vuelta a empezar, 20 años girando por el mismo circuito de poder, el Provisor en Sevilla intentando imponer su jurisdicción ordinaria sobre el territorio del Arzobispado, y el vicario, en su territorio, protegido por personas principales, ignorando, dilatando y enredando para favorecer a sus protegidos. La trama de poder local y los intereses trabados por el parentesco y la parcialidad haciendo frente al impulso centralizador y racionalizador que emanaba de la Sede Arzobispal.

En septiembre de 1617 se planteó otro conflicto entre los clérigos parroquiales y los clérigos de las órdenes regulares sobre la preferencia de las cruces de las parroquias en los entierros.¹⁴³⁵ Ocurrió que, en octubre del año anterior, llevando los clérigos de la parroquia de San Román de Sevilla un difunto al monasterio de Monjas de Santa Maria de Jesús, de la orden de San Francisco, pusieron la cruz de la parroquia ante el féretro y los frailes la quitaron con violencia de donde estaba y la arrastraron por el suelo de la iglesia, tirándola a la calle y maltratando e hiriendo a los clérigos de la parroquia. Pocos días después, los frailes del Carmen, estando en su convento en otro entierro, hicieron lo mismo con la cruz de otra parroquia. Como quiera que este tipo de incidentes se repetían con bastante frecuencia, el asunto terminó ante el Provisor como Juez Delegado en conflictos de precedencia, quien mandó recibir información sobre el caso.

Los clérigos parroquiales pedían que se les ordenase lo que tenían que hacer en adelante en semejantes casos, y alegaban que estaba dispuesto por Su Santidad Clemente VIII, y mandado por un Breve y declaración del Nuncio, el Cardenal Gimnasio, y era forma y orden del Manual Romano, que debían siempre preceder los clérigos a los regulares, a pesar de cualquier costumbre en contrario, que se declaraba abuso y corruptela. El Provisor decidió, mediante un *auto de ínterin*, que, mientras Su Santidad decidiese, los frailes obedeciesen el Breve de Clemente VIII y la declaración del Nuncio, y los clérigos evitasen nuevos incidentes y escándalos y depositasen los cuerpos de los difuntos en sus parroquias. Los clérigos regulares, no contentos con la decisión del Provisor, llevaron en vía de fuerza el *auto de ínterin* dictado por él a la Real Audiencia y de allí salió un auto donde se decía que el Provisor no hacía fuerza contra ellos. Después llevaron los frailes la causa en apelación ante el Nuncio y *no les dio nada*, a pesar de ser, en palabras del Provisor, *solícito* con los frailes y éstos sus *favorecidos*. También acudieron al Papa y tampoco proveyó nada en su favor. Parece que después de estas diligencias siguieron intentándolo ante el Cabildo de la Iglesia y ante el Cabildo seglar de la ciudad, y en todas partes vieron frustradas sus pretensiones.

¹⁴³⁵ *Ibidem*.

Más tarde siguieron agotando las vías legales y nombraron un Juez Conservador, aunque, según el Provisor, *la causa no es de conservador, e hizo tantos disparates y descortesías desaforadamente, como suelen hacerlo los conservadores*. Así pues, probaron todas las instancias en todas partes, y el Provisor decía que esto demostraba que no tenían razón ni justicia:

demasiado an hecho averse atrevido religiosos, humildes sacerdotes, llevar el negocio por vía de fuerza a los Jueces y Tribunales seglares a la Audiencia, frailes contra clérigos y que allí pidan que los jueces legos pongan penas y temporalidades a los clérigos y a los jueces eclesiásticos contra derecho, dios les perdone, ¿que les queda por hacer?, nada.

En definitiva, lo que querían los frailes era que el coro de clérigos seculares que iba militando debajo de la cruz de sus parroquias acompañándola, cuando entrasen en la iglesia del convento llevando el cuerpo del difunto hicieran un breve oficio y luego arrimasen su cruz a un rincón y se apartasen, deshaciendo la procesión que venía con el cuerpo. Y después los frailes pondrían la cruz del convento para que con ella hicieran los religiosos el oficio. Según el Provisor esto era una *banísima* pretensión que pretendía que los clérigos seculares hicieran una *sumisión desproporcionada* para precederlos contra los mandamientos apostólicos.

Por último, acudieron los frailes a su Majestad el Rey y pidieron amparo en su disputa contra todo el clero de Sevilla. El Provisor se refería a esto en los siguientes términos: *dicen que su magestad es su protector, ¿De quien es su magestad protector de los frailes o de todo el clero? que es de su patronazgo, y sin clero no habría república*. Y se quejaba de que ya habían pedido esta protección en la Real Audiencia de Sevilla y en las demás instancias, y no consiguieron nada, señalando que si consiguieran lo que se proponían sería ejecutivo a las demás iglesias lo que se hiciese en Sevilla. El Arzobispo de Burgos, como Presidente del Consejo Real, terminó interviniendo en el conflicto a instancias del Rey.

El 19 de septiembre de 1617, el Prelado sevillano le había escrito diciéndole que *no querrá ni consentirá este abuso contra su clerecía, y en el lugar eminente en que ahora está podrá mejor ejecutar lo mandado por su santidad y lo mismo harán las demás iglesias de Castilla*. En su carta, el Prelado argumentaba que, por ser materia universal que tocaba a todo el clero, Su Santidad era el dueño del negocio, y por tratarse de la ejecución de mandatos y breves apostólicos y materia de ritos eclesiásticos y de oficios y ceremonias, lo disponía Su Santidad en el Manual Romano y *motu proprio*, y el Prelado no podía cambiarlos ni disponer nada en contra. Afirmaba que habían acudido a él muchas personas para que tomase algún remedio en el negocio y les contestó *que su santidad es dueño en ésta materia*. Pues en materia de ritos eclesiásticos no se podía hacer transacción, puesto que no se consideraba derecho de ninguna parte el modo de celebrar los oficios.

Por fin, el Provisor les ofreció a los religiosos, por buen modo y de parte del Prelado, que no concurriesen las dos cruces, la de la parroquia y la del convento, a un mismo tiempo en la cabecera del difunto, sino que la cruz del monasterio y los frailes no salieran al cuerpo de la iglesia hasta que los clérigos de la parroquia con su cruz hubiesen acabado el oficio que se debía hacer por el difunto. Después del oficio, los clérigos se saldrían de la iglesia del convento con su cruz y los frailes con la suya enterrarían al difunto. Y esto redundaría en *honra de los frailes*, pues se evitaría la

conurrencia de las dos cruces y no saldría al cuerpo de la iglesia hasta que tuviesen que hacer su oficio y entierro, sin la presencia de los clérigos.

Los frailes, sin embargo, siguieron haciendo gestiones, y a tal fin se dirigieron a su protector, el Rey. Alegaban en su favor la costumbre en que siempre habían estado y razones de equidad y piedad; sin embargo, el Provisor, en su carta, los acusaba de no querer guardar los *motu propios* ni los mandatos del Papa y Nuncio, que vieron sus peticiones y dijeron que era abuso y corruptela y *padesen por su propia porfía*. En una carta dirigida al Prelado, el Presidente del Consejo le comunicaba que los religiosos de las órdenes mendicantes de las Provincias de Andalucía habían dado un memorial a su Majestad suplicándole *que con su real protección los ampare en la quieta posesión que han tenido de enterrar los difuntos que se mandan sepultar en sus conventos con la cruz de ellos*. En este memorial, le informaban del auto que había proveído el Provisor para que las cruces de las parroquias precedieran a las de los conventos y se pusieran en la cabecera de los túmulos dentro de las iglesias. Y se quejaban de que, a causa de esto, los frailes, que tenían la mayor parte de su sustento en estas obvenciones y limosnas, estaban en un grave aprieto por *padeser necesidad los conventos de la ciudad y arzobispado*. Con lo que se ponía de manifiesto el sentido último del conflicto de precedencia, se trataba de la competencia por la clientela seglar, de la que se derivaban las obvenciones de los entierros, tan importantes para los clérigos regulares a falta de otros ingresos.

Y en esta competencia, el protagonismo en el ritual de las exequias fúnebres, simbolizado por la precedencia de la cruz, era fundamental, porque de él se derivaban consecuencias importantes: los legos percibirían de distinta forma los sufragios por el alma del difunto según bajo que cruz se realizara. El trasfondo del asunto era la tendencia progresiva de los seglares a dejar en manos de los religiosos el cuidado de sus almas, pues, aunque por disposiciones del derecho canónico todos estaban obligados a pagar las obvenciones de los entierros en sus parroquias, poco a poco se impuso la costumbre de dejar en los testamentos mandas pías y sufragios por el alma de los difuntos a los regulares, disponiendo incluso ser enterrados en sus conventos. Y, aunque los aranceles oficiales del Arzobispado mandaban que en estos casos los clérigos parroquiales cobrasen parte de las obvenciones y derechos, llevando en procesión el cuerpo del difunto al convento y participando en las exequias con un breve oficio, esto acabó exacerbando la rivalidad entre clérigos seculares y regulares. Es posible que subyaciese a este cambio el hecho de que la religiosidad de los seculares se hubiese burocratizado en exceso y los frailes mantenían en mayor medida, con su pobreza y sacrificio, real o aparente, los originarios sentimientos de la piedad religiosa.

Finalmente el Rey remitió el memorial al Presidente del Consejo Real, el Arzobispo de Burgos, para que lo estudiara y mandase al Prelado sevillano lo que se debería hacer, a pesar de que éste contestó que:

no me parece materia en que su magestad por camino judicial pueda mover la mano, por lo que se debe a la autoridad de vuesa señoría ilustrísima y es razón que sus mandatos son justos y prudentes como por la materia de suyo y las personas eclesiásticas cuyo juicio toca a vuesa señoría ilustrísima.

Sin embargo, el Presidente del Consejo Real, por razones de *quietud y gobierno común*, le suplicó al Prelado sevillano que, con su gran prudencia, tomase algunos medios convenientes a sus súbditos y al consuelo de las religiones:

que no por que algún convento particular aya desobligado a vuesa señoría ilustrísima han de ser desfavorecidos los muchos que ay en su diócesis, su magestad se dará por muy servido de que vuesa señoría ilustrísima sea juez medianero desta causa y que pues es piadoso y todos los religiosos son cooperarios nuestros en el bien de las almas, no consienta vuesa señoría ilustrísima que anden por tribunales sino que deban a v s illma la justicia y gracia que pudieren esperar en ellos, pues ninguno mejor sabrá medirla y repartirla sin daño de nadie, y le suplico con todo encarecimiento que procure escusar pleitos que según la costumbre que ha habido en esse arzobispado y la ay en otros de España casi generalmente pueden tener fácil resolución y medios suaves de concordia.

Y terminaba declarando que tendría particular favor en haber merecido de su mano la quietud y paz que *estos padres desean para tratar más cuidadosa y provechosamente de ayudar a servir a vuesa señoría ilustrísima*. El Presidente del Consejo, a instancia del Rey, pretendía una solución equilibrada, que, poniendo a salvo la autoridad del Prelado y el derecho, tuviese en cuenta las necesidades de los regulares. Y a tal fin, y recordando la fama pleitista que tenía la sede sevillana, ocupada en este momento por don Pedro de Castro, uno de los campeones del pleitismo, pedía al Arzobispo que actuase como un buen Juez cristiano, un juez *medianero*, o lo que en el discurso religioso y en los cánones se describía como un *buen componedor*, es decir, un Juez que buscaba ante todo la reconciliación fraterna, mas allá del afán pleitista y de los *estrépitos del foro*.

El Rey navegaba entre dos posiciones en lucha dialéctica, por una parte era su deber defender al clero secular, pues, aunque burocratizado, jerarquizado y distanciado de los ideales evangélicos de pobreza y sacrificio, y entregado a posiciones de identificación con el poder, suponía un inestimable sostén de la Monarquía y una garantía de la obediencia colectiva. Pero, por otra parte, tampoco podía apartarse del clero regular que representaba la piedad religiosa más auténtica y el contrapunto de la jerarquía, los sentimientos comunitarios.

Es bien sabido que don Pedro de Castro actuó con especial severidad, desplegando gran celo y actividad en la defensa de la jurisdicción arzobispal y en la reforma de costumbres arraigadas desde muy atrás. Y esto le causó graves disgustos y pleitos con su clero y con el Cabildo Catedral. Es conocida la anécdota del predicador que, estando diciendo un sermón en 1620 en la Catedral en presencia del Prelado, se refirió a la Carta de San Pablo a Timoteo en la que exhorta a los prelados a evitar los pleitos. Cuando don Pedro, que se había dado por aludido, volvió a Palacio, reunió una Junta de teólogos para debatir qué pleitos de los innumerables que tenía planteados con su clero debía seguir y cuales no. La respuesta fue que todos eran justos. El Prelado convidó a comer al predicador y le mostró el dictamen.

También se cuenta que cuando don Pedro se halló en su lecho de muerte al recibir el viático dijo:

dios sabe señores que en cuantas diferencias y pleitos he tenido con mis cabildos y otras personas no me ha movido la pasión ni interés humano sino solo entender era

obligación mía y del oficio de defenderlos y seguirlos y sino he acertado en ellos habrá sido como hombre y así suplico a vuestras mercedes me perdonen.¹⁴³⁶

Después, llamó a su Mayordomo Mayor y le mandó dar todo cuanto tenía.

Volviendo a nuestro pleito, en última instancia, viendo don Pedro que su Majestad y el Presidente del Consejo Real se inclinaban porque el Prelado de Sevilla, atendiendo a los mandatos apostólicos y sin tocar en materia universal de todo el clero, de la que era Juez sólo Su Santidad, hallase una salida al pleito, propuso de nuevo la solución de la no-concurrencia de las dos cruces, la de la parroquia y la del convento en la cabecera del féretro, saliendo la cruz del monasterio después de que los clérigos parroquiales con su cruz hubiesen hecho un brevísimo oficio, como disponía el Manual Romano. Y una vez cumplida su obligación, se retirarían con la cruz a su parroquia para que saliesen con la suya los frailes y se les entregase el cuerpo del difunto para hacer el entierro. De esta forma, se evitaría la concurrencia de ambos coros y los frailes quedarían con su autoridad intacta, al no salir al cuerpo de la iglesia hasta que les tocase. Se trataba, además, de encontrar una solución que no disminuyese los oficios divinos ni los sufragios por los difuntos.

A la muerte del don Pedro de Castro se dio otro caso famoso de conflicto de precedencia que generó un pleito interminable. Fue el que planteó al Cabildo sede vacante con otro de los campeones del pleitismo del momento, el Abad Mayor de la Universidad de Beneficiados, licenciado Alonso Sánchez Gordillo.¹⁴³⁷ Éste presentó una petición diciendo que él tenía manutención en presidir a los canónigos de la Colegial de San Salvador en las procesiones donde concurrían acompañando al Cabildo, y que los canónigos pretendían no dejarle ir en mejor lugar. Este asunto se cometió al canónigo Doctoral para que lo estudiase e informase al Cabildo.

Frente a la tendencia centralizadora de los Prelados se alzaban multitud de elementos particulares y de fuerzas centrífugas. Una de ellas eran las religiones, que con su jurisdicción privativa escapaban al control del poder arzobispal. Cuando el Prelado trataba de intervenir en los abusos cometidos por los frailes, estos se protegían declinando la jurisdicción del Provisor y logrando inhibitoria del Nuncio. A la llegada de don Pedro de Castro de Granada ya tenía experiencia en este tema, pues había intentado infructuosamente poner orden allí en esta cuestión. Hemos encontrado un documento en el que se nos informa de cómo las demandas puestas ante el Provisor contra los conventos de frailes y monjas terminaban invariablemente, tras años de dilación interesada, en sus jueces conservadores, que no hacían nada por hacer justicia. Éstos procedían contra el Provisor, y si éste no se inhibía del caso, acudían por vía de fuerza a la Chancillería de Granada, con lo cual agotaban todas las instancias, incluidas las seglares, para escapar al control del Prelado.¹⁴³⁸

También se citan denuncias puestas por criados que servían a los religiosos y que no cobraban sus salarios y otras sobre nulidad en la compra de fincas. Existe una causa contra religiosos que quitaban las armas y los ajuares de las tumbas de los

¹⁴³⁶ ALONSO MORGADO, J.: *Prelados sevillanos*. Sevilla, 1906, p. 493.

¹⁴³⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. 10 de febrero de 1624.

¹⁴³⁸ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. "Contra los conventos de frailes y monjas".

sepulcros de personas enterradas en sus conventos porque los herederos no cumplían con las memorias que dejaron los que estaban enterrados allí, y ellos tenían que cobrar de alguna manera. Un caso singular por lo llamativo fue el de los frailes de la Victoria de Granada, que derribaron a medianoche unas casas de un vecino particular para ensanchar una plaza que estaba delante de su convento. El remedio que se proponía por parte de los asesores del Arzobispo era que se pidiese comisión al Papa para que el Prelado pudiese proceder en estas causas como Juez Delegado de Su Santidad.

Otra de las esferas en la que los religiosos parecían situarse en una zona de sombra del poder arzobispal era en la cuestión de las licencias para confesar. El Prelado, a través de su Provisor, proveía las licencias para confesar y predicar tanto a clérigos seculares como a regulares. Pero, a pesar de que el Ordinario tenía decretado con penas y censuras que los sacerdotes o religiosos menores de 40 años no pudiesen confesar mujeres, y que el confesor no pudiese recibir del penitente ningún obsequio, los religiosos no guardaban esto y decían que las censuras del Prelado no les obligaban. Don Pedro de Castro hizo gestiones para declarar en los púlpitos que las confesiones de *fulano* y *fulano* eran nulas, pero el problema era que las censuras del Prelado no eran atendidas por los religiosos, pues, en su caso, estaban reservadas al Papa. Se trataba de conseguir comisión del Sumo Pontífice para que el Ordinario pudiese proceder contra ellos y ponerles censuras hasta prenderlos, como hacía el Nuncio.

En el caso de las monjas la situación no era mejor. El Concilio de Trento dispuso que antes de que una mujer entrase en religión su voluntad debía ser examinada dos veces. Una antes de darle el hábito, otra, antes de la profesión. Ambas veces las debía examinar el Provisor en los conventos sujetos al Prelado. Pero en los sujetos a los regulares no se hacía el primer examen y por no guardar los decretos se producía *notable daño*. El daño consistía en que muchas doncellas eran encerradas contra su voluntad en los conventos, y además de no respetar la clausura y la decencia de su estado, terminaban en algunos casos pidiendo la nulidad de profesión religiosa. El remedio que se propuso fue que la Congregación de Cardenales o Su Santidad decretasen que se declarasen nulas las profesiones que se hicieran sin guardar el orden de Trento, es decir sin hacer los dos exámenes.

Otro de los problemas que originaban los religiosos era que, en los casos en que algunos difuntos dejaban mandas testamentarias a los conventos para casar huérfanas, sacar presos de las cárceles, redimir cautivos o fundar hospitales, el Prelado no podía saber si esto se cumplía, pues, cuando mandaba que le diesen cuenta, como estaban obligados conforme a derecho, declinaban la jurisdicción y armaban un pleito de nunca acabar.

Se citaba como ejemplo un caso de Granada. Díaz Sánchez de Ávila dejó unas memorias al morir hacía más de 40 años y ordenaba que con su hacienda se fundase un hospital, pero los prelados granadinos hacía mas de 20 años que pedían cuentas de esta hacienda a los priores de San Jerónimo para que se cumpliese la voluntad del difunto. Una vez más, la única posibilidad de remediar esto parecía ser la comisión del Papa para que los prelados pudiesen compeler a cualquier religioso. Y esta comisión debía ser amplia y clara, de suerte que los regulares no pudiesen escapar a la acción del Provisor por alguno de los innumerables vericuetos jurídicos.

Otro de los caballos de batalla era el incumplimiento de lo mandado en Trento sobre el número de religiosos que debían tener los monasterios.¹⁴³⁹ Se estableció que tuvieran el número de religiosos que cómodamente pudiesen sustentar con sus rentas, bienes y limosnas. Este canon mandaba que no se hiciesen monasterios sin licencia del Prelado, y si este tuviese la comisión como Juez Delegado, podría deshacer un convento fundado contra su voluntad, sin que acudiesen al Nuncio para inhibirle. En cuanto al número de religiosos que podía mantener un convento, el problema era que los prelados no podían saber los bienes que tenían los conventos que no estaban bajo su jurisdicción y no podían tomarles cuentas y razón de en qué se lo gastaban. Se trataba de obligarles a que no tuviesen más religiosos de los que pudiesen sustentar y con esto se evitaría que no andasen vagando fuera del convento pidiendo limosna y *vejando los pueblos*. Por estos y otros motivos, don Pedro de Castro pretendió, sin conseguirlo, que el Prelado fuese Juez Delegado del Pontífice para los pleitos con los religiosos.

Así pues, los conflictos de jurisdicciones del Prelado con los regulares fueron frecuentes y a menudo terminaron en apelaciones y en recursos de fuerza ante la jurisdicción real, que de esta forma se convertía en árbitro de la lucha entre eclesiásticos. En 1575 el Provisor doctor Francisco de Valdecañas y Arellano por don Cristóbal de Rojas dio poder a Juan Fernandes, procurador de Granada, para que le representase en el pleito que se seguía en la Chancillería por los frailes franciscos de Almonte contra el doctor Martín de Acuña, Pedro Xaymes Descobar, Juan Valmaseda y Pedro Fernandes, todos ellos clérigos presbíteros, capellanes y Juan Tudia, sacristán de esta localidad y que estaba pendiente ante fray Francisco Jiménez Comendador de la Merced extramuros de la villa de Ronda como Juez Apostólico de Apelación.¹⁴⁴⁰

Tenemos documentado otro caso de conflicto de jurisdicción con el Colegio de Osuna que pasamos a describir. En octubre de 1561, el doctor Ferrer, Rector del Colegio de Osuna, envió una misiva al licenciado Juan de Ovando, Provisor del Arzobispo Valdés, que se entregó ante el clérigo Francisco Aragonés, Secretario de la Audiencia del Provisor, en la que le informaba que un colegial, que era además Maestrescuela en la Santa Iglesia de Osuna, había dicho *palabras afrentosas* contra algunas personas en la predicación del día de San Jerónimo, dando lugar a un gran escándalo.¹⁴⁴¹ Y aunque no nombró a las personas, fueron tan notorias al auditorio que todos entendieron por quién las decía, pues les reprendió conforme al evangelio acusándoles de *estar generalmente en vicios*. El Rector decía que, como se había ya *desmandado* otras veces en el púlpito, había empezado a hacer información del caso pues él era Juez de sus colegiales, aunque dejaba que el Provisor lo castigara como predicador.

Ante esto, el Provisor dio un mandamiento al Rector para que dejara de conocer la causa, bajo pena de 300 ducados para la Cámara del Prelado¹⁴⁴², y mandó al vicario de Osuna, Miguel Pérez Labrador, para que hiciera información del caso, y éste tomó declaración a los testigos y envió a través de su Notario un traslado de las diligencias al Provisor en Sevilla. De esta información se deduce que el doctor Andrés Estacio llamó

¹⁴³⁹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Capítulo 3. Sesión XXIX.

¹⁴⁴⁰ A.P.N.S. Legajo 12.430, año 1575, fol. 40 y fol. 180; Legajo 12.432, año 1576, fol. 700.

¹⁴⁴¹ (A)rchivo de la (R)eal (A)udiencia de (S)evilla. Legajo 123, fols. 1r.-77v., “Proceso del Fiscal del Arzobispado contra el Rector del Colegio de la villa de Osuna”.

¹⁴⁴² *Ibidem*, fol. 2

vellacos y malos cristianos a los criados y ministros del Conde de Ureña, y según el doctor Jorge Ruano, *eran vanas, chismes y parlerías en deshonra de ombres onrados*. Después el Rector metió preso en su cámara al acusado y le quitó la comida, pero el doctor Juan de Unceta, Arcediano de la Colegial, pidió al Rector que lo soltase para ir a la iglesia, finalmente después de tratar el caso, fray Tomás de San Vicente, Prior de Santo Domingo, y Luis de Villalobos, Prior de los agustinos, Visitadores de la Universidad, fueron con el Alguacil de la Universidad y volvieron a prenderlo, tomándole declaración ante su Secretario, Martín de Morales.¹⁴⁴³

La cuestión parece ser que el predicador reprendió a los *informantes* que el Conde tenía en el Colegio, a los que acusaba de decirle *chismes y mentiras* sobre distintos beneficiados de la Colegial, y los llamó *vellacos, tacaños y que deshonran e infamaban a hombres honrados acusándolos de borrachos, glotones y robadores*. Un testigo declaró que vio al maestro Ayllón, Catedrático de Gramática, *patear y hacer grande estrépito con los pies y con las manos* para burlar al predicador y hacerle callar, esto causó escándalo en los presentes, algunos se santiguaron del atrevimiento y un familiar del Colegio, el bachiller Romero, se levantó y dijo que estaba a punto de darle dos bofetones. A todo esto, el médico doctor Durán dijo que oyó a Ayllón decir que se merecía que le patease y que le diese de berenjenazos.¹⁴⁴⁴ El médico doctor Castillejo, vecino de Osuna, declaró además que, ante las palabras de reprensión, el médico doctor Gudiel daba golpes con la mano.

También declararon el doctor Jorge Ruano, y varios canónigos de la Colegial y médicos residentes en Osuna, algunos testigos defendieron al predicador diciendo que fue una reprensión general, sin particularizar, que no injurió a nadie y que lo hizo por celo en la palabra de dios, sin intención de ofender a nadie, sino por obligación y *ejemplo de evangelio*, y sin embargo algunos patearon, *lo qual se suele hacer a los que leen cátedra burlando dellos*.¹⁴⁴⁵ Un canónigo de la Colegial dijo que se trataba de dar buenos consejos y reprender a los siervos inútiles y malos que infamaban a hombres de bien acusándolos de glotones, borrachos y ladrones, y el conde de Ureña tenía a alguno de estos que le informaban mal. También declaró que fue el maestro Ayllón el que se fue al Rector y le dijo que le pusiera un par de grillos al predicador.¹⁴⁴⁶ Sin embargo otro grupo de testigos acusaban al predicador de hacer *cosas de borracho*, pues insultó a los partidarios del Conde de Ureña, que por este tiempo pretendía establecer ciertas constituciones con autoridad apostólica que a algunos de los eclesiásticos de la Colegial no les gustaba.

Finalmente, el Fiscal de la Audiencia Arzobispal, Alonso Gómez, se querelló del predicador, doctor Estacio, por dar grandes voces con mucha soberbia y decir palabras feas e injuriosas en su predicación y por tener odio particular a ciertos criados del Conde de Ureña. Y porque todo esto causó escándalo y murmuración entre los presentes que terminaron pateando y desacatándose para intentar que se fuese del púlpito sin acabar el sermón. Pero en realidad esto no era lo importante, sino el hecho de conocer la causa contra las pretensiones del Rector, que insistía en contradecir al Provisor, licenciado Juan de Obando. Éste tuvo que acudir a Roma y consiguió una inhibitoria

¹⁴⁴³ *Ibidem*, fol. 3

¹⁴⁴⁴ *Ibidem*, fol. 5

¹⁴⁴⁵ *Ibidem*, fol. 7

¹⁴⁴⁶ *Ibidem*, fol. 10

basada en unas Bulas y dos Breves Apostólicos, una de Paulo IV y otra de Pío IV, en las que mandaba al Rector y a los visitadores que se inhibiesen en la causa.

El 27 de octubre de 1561 el Provisor, a través del notario apostólico Alonso Ortega, clérigo de la colegial, dio un mandamiento al Rector Ferrer para que se desistiera de conocer la causa, y al predicador, vicarios, beneficiados y curas de Osuna, para que no obedeciesen en esto al Rector. Sin embargo éste apeló la inhibitoria y presentó un escrito por su procurador en el que decía que el Provisor había ganado las bulas con *falsa relación ocultando la verdad*. E insistía que el predicador, doctor Estrozi, era colegial y doctor de la Universidad y había cometido el delito dentro del Colegio y le correspondía juzgarlos según las Bulas de erección del Colegio Universidad que había impetrado el Conde de Ureña que pretendían exención con respecto a la jurisdicción del Prelado.¹⁴⁴⁷

El Rector recibió juramento del Maestro licenciado Alonso Ayllón, y de varios testigos más que declararon que el predicador mostró odio contra los criados del Conde a los que dijo palabras pestilenciales y les que llamó *ruines, bellacos, malos cristianos, robadores de la onra de los ombres de bien, infernales traidores que disfamaban la gente onrada, que eran ladrones que se alzaban con los mantos* (se llenaban los mantos) y *glotones y borrachos*. Y todo esto lo dijo muy alterado, pues se demudó y se puso blanco y tan turbado que cuando quiso volver al evangelio no supo acabar y parecía que estaba fuera de sí de enojo, mostrando su odio. Y la mayor parte del sermón fue dedicado a infamar a los que *avían hecho hazer las dichas constituciones, y que su venganza y odio es pública boz y fama... de que ubo escándalo*, y el licenciado don Andrés Manrique, vicerrector, que estaba allí por enfermedad del Rector le tuvo que hacer señales con la mano para que callase y dejase el sermón. Así pues, parece que el centro de la disputa eran unas constituciones que el Conde quería hacer para el Colegio, y algunos beneficiados de la colegial lo consideraban una intromisión intolerable.

El Padre Maestro fray Diego de la Madalena torcía el rostro y se volvía al vicerrector y le decía que lo hiciese callar, y así todos los doctores que allí estaban. Y que, aunque las palabras eran ambiguas, notaban que acusaba al Conde de injusto y que hacía agravios pues hacía caso de la relación de terceros y sin llamarlos ni escucharlos les hacía agravios. Y para esto citó las palabras del Evangelio en las que el Señor mandó llamar a los siervos para que diesen razón de las quejas que había recibido y castigar al que había granjeado.

Por su parte el doctor Estrozi admitió que había dicho estas cosa pero que no quería injuriar a nadie sino solo decir en el púlpito lo que era público en las plazas y lo que decían los colegiales y que solo pretendió predicar apostólicamente diciendo la verdad y que solo dos o tres personas que no le tienen buena fe y por agradar a otros habían movido este pleito. Y que nunca dijo que el Conde tuviese malos consejeros sino que tenía muy buen celo como príncipe católico y su intención era acertar y lo dijo clara y expresamente para que no le achaquen que predica contra su señoría como otras veces hicieron con siniestras informaciones y relaciones que le dieron.

¹⁴⁴⁷ El conde de Ureña era señor de Osuna pero el 5.10.1562 Felipe II concedió a Pedro Téllez-Girón y de la Cueva, 5º Conde de Ureña, el título de duque de Osuna. Cit. IGLESIAS, J.J. y GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (Eds). *Osuna en los tiempos medievales y modernos (siglos XIII-XVIII)*, Sevilla, 1995.

Así pues, el Rector continuaba entendiendo en el pleito y mandó al acusado, al doctor Estrozi, que no acudiera en la causa al Provisor, mientras tanto el Fiscal del Provisor, Alonso Gómez, pidió que se le agravasen las censuras porque el delito se había cometido en el arzobispado y tenía gravedad pues se había cometido en un lugar sagrado y en acto de predicación. El Provisor, en nombre del Prelado, argumentaba que el Arzobispo estaba en posesión inmemorial de la jurisdicción para corregir y castigar los delitos cometidos por las personas eclesiásticas de la villa, y que Su Santidad no hubiese concedido las Bulas al Colegio si hubiese sabido que era contra la jurisdicción ordinaria del Prelado y que el Provisor del arzobispado era Juez Apostólico para corregir y castigar cualquier delito cometido en la diócesis por eclesiásticos exentos por privilegio e indulto apostólico de Paulo III, confirmado por el Papa Paulo V y por Pío IV, y estos privilegios no se derogaron por la Bula del Colegio Universidad de Osuna.¹⁴⁴⁸ Además, argumentaba que la mayoría de los doctores, licenciados y estudiantes eran legos y si cometiesen delitos no pretenderían sustraerlos a la jurisdicción de su majestad, civil y criminal, y la Bula se referiría a delitos particulares y livianos de los colegiales contra las constituciones del Colegio y no de delitos públicos y graves.

Andrés de Tarifa era el Notario Público y Escribano Mayor del Consistorio y Corte Arzobispal y ante él se hicieron los autos, en los que el Fiscal, Alonso Gómez, como defensor de la jurisdicción ordinaria del Prelado, y en nombre del Provisor, Juan de Obando, presentó un escrito en el que apelaba la inhibición que había conseguido el Rector Ferrer de Paulo IV y argumentaba que las Bulas conseguidas por el Colegio eran subrepticias y *obrreticias, ganadas con siniestra relación*, y sin dar noticia a Su Santidad del grave daño a la jurisdicción ordinaria del Arzobispo que se hacía. Este auto, firmado por el Provisor y por el Secretario de su Audiencia, Gaspar Aragonés, fue notificado a los encausados. Asimismo notificaron a otras 29 personas, bachilleres, doctores, canónigos, racioneros, capellanes, y también a los dos visitantes Priors de Monasterios.

El Rector siguió afirmándose en la Inhibitoria y en las apelaciones y protestó el real auxilio de la fuerza, y puesto que el Provisor le daba sólo 24 horas para inhibirse pidió presentarse al vicario y allí apelar ante el Provisor. Sin embargo el vicario de Osuna dijo que él no era juez y sólo actuaba como procurador en nombre del Provisor. Mientras tanto, el Rector seguía conociendo la causa, pues el maestro Ayllón se presentó ante él y con un testimonio ante Notario pidió perdón al doctor Estrozi por haberle hecho señas con las manos para que parase el sermón. Y además, tanto el Rector como el Maestro Ayllón y el doctor Gudiel, se querellaron contra el Provisor por seguir una causa contra ellos y haber excomulgado al Notario porque no le envió la causa. Y además argumentaban contra la excomunión que el Provisor había fulminado contra ellos que el Rector ya los tenía encarcelados, y como eran legos solamente sujetos a la jurisdicción apostólica del Rector por ser catedráticos del Colegio, ningún eclesiástico podía ser juez de ellos excepto el Rector.

El litigio, como era habitual en estos casos, se prolongó, y el 10 de enero de 1562 Antonio de Frías Tavera, canónigo de Granada, como nuevo Rector y Juez Apostólico del Colegio Universidad de Osuna nombró un procurador para llevar el

¹⁴⁴⁸ A.R.A.S. Legajo 123, fols. 1r.-77v., “Proceso del Fiscal del Arzobispado contra el Rector del Colegio de la villa de Osuna”, fol. 13.

pleito en vía de fuerza a la Audiencia Real de Granada. Finalmente, los oidores dijeron que el Rector hacía fuerza en no conceder la apelación al Provisor y en no obedecer la inhibición, y que como el doctor Ferrer y los demás estaban excomulgados y entredichos y se dejaban estar *pertinazmente*, mandaba que fuesen hechos presos y encarcelados.

Uno de los lugares en los que se significaba el estatus eclesiástico eran los asientos en el Cabildo, o las sillas en el Coro de las iglesias, especialmente de las colegiales y catedrales. Para las personas eminentes que venían a la Catedral, arzobispos, nuncios, obispos, abades, priores, grandes de España, Presidente del Consejo Real, Regente de la Audiencia o inquisidores, había un protocolo establecido en cuanto a precedencia, preeminencia de sillas, uso de almohadas, etc. Pero los conflictos y litigios fueron frecuentes. Una de las disputas por los asientos que más litigios generó fue la de la silla del Arcediano de Sevilla en la Catedral.

El 9 de junio de 1570 el Provisor, doctor Mejía de la Corte, pidió licencia para entrar en el Cabildo para tratar sobre la cuestión del asiento que le darían, y los canónigos le dijeron que según la práctica y la costumbre, así como por informaciones que se habían hecho, le correspondía la del canónigo más antiguo y el Provisor lo admitió *sin repugnancia ni contradicción*.¹⁴⁴⁹ Sin embargo el 21 de agosto pretendía que se le diese la silla del Arcediano de Sevilla y el Cabildo lo contradijo y envió una carta al Consejo Real el 28 de ese mes.

En 1587, en tiempos de don Rodrigo de Castro, el Arzobispo seguía pretendiendo que su Provisor y Vicario General la ocupara la silla del Arcediano en el Coro, aunque no fuese Dignidad ni canónigo, y el 9 de enero mandó tomar presos a los diputados que el Cabildo había enviado al Sínodo.¹⁴⁵⁰ El 28 de febrero de 1602, don Fernando Niño de Guevara firmó una Concordia que se envió a Roma para su confirmación en la que se acordó que el Arcediano de Sevilla se quedase con su silla cuando se hallase en el Coro y no asistiese el Prelado, pero que si el Provisor se presentase en nombre del Prelado, que el Arcediano le cediese su silla.¹⁴⁵¹

Son abundantes las disposiciones alertando para que los legos no entrasen y ocupasen sillas en el Coro mientras se cantaban los oficios divinos, pues hacían ruido hablando entre ellos y con los eclesiásticos, a los que distraían de sus actividades. En tiempos del Arzobispo don Rodrigo de Castro se llegó a un acuerdo con los diputados del Cabildo representado por el Chantre, Antonio Pimentel, el Arcediano de Écija, don Diego de Castilla, y los canónigos doctores Isidro de Cuevas y Juan Hurtado, para que ningún seglar se sentase en los asientos del Coro mientras se decían los oficios divinos o se predicaba.¹⁴⁵²

También tenemos noticia del pleito que se armó en Granada en el año 1649 en el que el Arzobispo don Martín Carrillo y Aldrete, sucesor de don Pedro de Castro,

¹⁴⁴⁹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C Tomo 9°. Cabildo Eclesiástico, doc. 13. Extracto de varios Autos Capitulares sacados de los libros de ellos, que empezaron en el año 1478.

¹⁴⁵⁰ *Ibidem*.

¹⁴⁵¹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, C TOMO 9°, Cabildo Eclesiástico, 28 de febrero de 1602.

¹⁴⁵² A.C.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila, Libros en folio, A Tomos 5° Y 6°, Arzobispos de Sevilla. Tomo 1°/5°, Nos Don Rodrigo de Castro.

reclamaba la preeminencia para vestir de Pontifical con dos criados que le llevasen la silla en la procesión del Corpus para sentarse frente a la Custodia. Uno de los instrumentos que utilizó el Prelado fue un Memorial dirigido al Rey escrito por el doctor don Diego de Castrillo, Visitador General, Juez de Testamentos y Examinador Sinodal del Arzobispado. Todo empezó porque los oidores de la Audiencia decían que esto no era propio de esta ceremonia y que si lo seguía haciendo ellos no irían en la procesión.¹⁴⁵³

Otro de los litigios frecuentes son los que se daban entre los Cabildos de las ciudades y la jurisdicción eclesiástica por diversos motivos. En 1575 el Concejo, Justicia y Regimiento de la villa de Marchena se querelló contra la Dignidad Arzobispal de Sevilla porque pretendía que los jueces del Arzobispo no pudiesen conocer en primera instancia en los pleitos eclesiásticos de los vecinos de la villa.¹⁴⁵⁴ Pues aunque los vicarios tenían potestad para abrir causa por determinados delitos y después remitirlos al Provisor en Sevilla, muchas diligencias requerían el desplazamiento de los vecinos a la capital, con el consiguiente gasto y molestias. El Provisor, Francisco de Valdecañas y Arellano, el Juez y Vicario General, licenciado Martín de Acosta, el canónigo, y anterior Provisor, Juan Rodríguez, y el Notario Mayor del Consistorio Arzobispal, Fernando de Cervantes, dieron poder a dos procuradores de la Real Chancillería de Granada, Gonzalo de Palma y Juan Pérez de Cisneros, para que parecieran ante el Presidente y Oidores y defendieran el pleito.

Asimismo tenemos noticias del conflicto de la jurisdicción ordinaria del Prelado con la ciudad de Écija que pretendía hacerse obispado y salir del control de la sede sevillana. En 1580 el Provisor, doctor Negrón, advertía que el Cabildo seglar de esta ciudad había hecho gestiones ante a Su Majestad y su Consejo de Cámara para hacer una iglesia Colegial con Abad que tuviese jurisdicción exenta y distinta de la arzobispal de Sevilla. Entre los argumentos que se utilizaban desde la sede sevillana estaba que la Écija estaba a sólo 13 leguas de Sevilla y *muy acomodada para ser gobernada por el Arzobispo de Sevilla*¹⁴⁵⁵, y que desde los tiempos del Emperador Carlos se planteó el reparto de los diezmos y los vecinos de Écija quedaron como *dezmadores* a la iglesia de Sevilla, así como los de Antequera, pues había otro pleito con la iglesia de Málaga por los diezmos de esta localidad. Sobre esto había una petición a su Majestad que estaba en poder de Gabriel Perlin y se había hablado verbalmente con el Secretario Mateo Vázquez y con el Confesor del Rey Diego Chaves y con los licenciados Salazar, del Consejo de la Inquisición, y con el licenciado Arenillas, Fiscal de dicho Consejo.

Un capítulo aparte merecen los conflictos entre el Cabildo Catedral y el Arzobispo, pues fueron enconados y constantes a lo largo de todo este período. A la llegada de un nuevo Prelado era recibido en la Catedral por sus beneficiados, y debía pagar los derechos de entrada en la Iglesia y Arzobispado de Sevilla. A principios del siglo XVI estos derechos eran los siguientes:

¹⁴⁵³ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. Adición, Tomo 8, documentación eclesiástica, año 1649, num. 35. Memorial por don Martín Carrillo y Aldrete Arzobispo de Granada. Sucesor de don Pedro de Castro, num. 32.

¹⁴⁵⁴ A.P.N.S. Legajo 12.42, año 1575, fol. 150.

¹⁴⁵⁵ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Aguila, doc. 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 309. “Un documento de 1580 de Pleitos ante Negrón”.

- A la Fábrica de la Iglesia: 20.000 maravedíes
- Al Notario: 5.000 maravedíes.
- Al Pertiguero de la Iglesia: 5.000 maravedíes.
- A los Sacristanes: 4.500 maravedíes.
- Al Notario de los Autos Arzobispales: 6.000 maravedíes.
- A los Apuntadores: 2.000 maravedíes.

El ceremonial acostumbrado de recibimiento del nuevo Prelado por parte del Cabildo incluía, antes de entrar en la Iglesia, el juramento en la Puerta del Perdón de la Catedral sobre el libro de los Estatutos del Cabildo, en especial el que hacía referencia a la *captura de los beneficiados* por los jueces del Prelado cuando cometían delitos criminales. El cinco de octubre de 1506 fray Diego de Deza los juró *con tanto que no sean ofensa de dios*, a lo cual respondió el Deán que la Iglesia de Sevilla no tenía estatutos que fuesen en ofensa de Dios, y el Arzobispo insistió *que los juraba con tanto que no fuesen en ofensa de Dios como avía dicho*.¹⁴⁵⁶

El juramento de los Estatutos ponía de manifiesto que, aunque el Cabildo quedase subordinado a la autoridad de su Prelado, seguía manteniendo sus privilegios y se esperaba de él que los respetase. Nos consta que cuando entraba en su Catedral el Obispo de Salamanca, al descender del caballo, los mozos del Coro le quitaban las espuelas doradas y las *escajelas* coloradas y negras y se quedaban con ellas; el Secretario del Cabildo se quedaba con el caballo aderezado y el barbero con el capelo. Después, juraba en el Libro de los Estatutos y recibía a los canónigos, dándoles la paz con un beso en la mejilla. El Portero o Pertiguero le quitaba la capa grana y negra y se la quedaba para él y el Obispo se iba a su Palacio con su ropa ordinaria acompañado de sus ministriles.¹⁴⁵⁷ Parece que una costumbre similar rigió en la Catedral de Sevilla, pues los personajes insignes que entraban en la Iglesia sin quitarse las espuelas las perdían y la cabalgadura la ganaba el Pertiguero más antiguo. Las espuelas se guardaban en la Sacristía Mayor. En la visita a la Catedral de Felipe II en mayo de 1570 hizo el juramento de guardar sus privilegios en la puerta de la Iglesia y entró sin quitarse las espuelas. Sentado el rey, un seise le dijo a Su Majestad, que aún estaba con las espuelas, *que en fuerza del juramento que había hecho era un privilegio de la Iglesia que las perdiese*. El rey mandó que un paje se las quitase y dio 50 ducados por su rescate: *Por esta razón hay en la Sacristía Mayor varias espuelas del tiempo en que los señores Arzobispos hacían su entrada pública en mula, y perdían las espuelas para la Iglesia y la mula se la llevaba el Pertiguero más antiguo*.¹⁴⁵⁸

De esta forma se expresaba simbólicamente que por muy alta que fuese la dignidad de la persona que entraba en la Catedral siempre debía guardar los privilegios, costumbres y preeminencias de la misma. Creemos que estas ceremonias, como la fiesta del obispillo, constituían rituales de inversión de estatus, de acceso a un estado superior, que incluían la nivelación e incluso la humillación del aspirante. La igualación incluía el *despojo* de las distinciones de estatus y la renuncia a la propiedad de las cosas.¹⁴⁵⁹ Esto quedaba plasmado en el pago de derechos y en la pérdida de espuelas, mula, *escajelas*,

¹⁴⁵⁶ A.C.S. *Ibidem*, día 5-10-1506.

¹⁴⁵⁷ SÁNCHEZ HERRERO, J.: *Op. cit.*

¹⁴⁵⁸ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde del Águila. Libro 9. doc. 13. Año 1580. Memoria de las cosas notables que han sucedido en esta Santa Iglesia y ciudad de Sevilla y de otras cosas antiguas por el señor canónigo don Juan de Loaysa. También en *Archivo Hispalense*, 1ª época, Tomo IV, 1888.

¹⁴⁵⁹ TURNER, W.V.: *El proceso ritual*, Madrid, 1988. Cap. V, Humildad y Jerarquía.

capelo y hasta la capa. El individuo que ascendía en la escala debía previamente descender, significando de este modo que el reverso de la jerarquía era la igualdad de la *communitas*.

3.3.16.- Los aranceles y derechos de los oficiales y ministros

El Provisor también velaba porque se guardasen los aranceles de los derechos que cobraban los oficiales del gobierno arzobispal y los ministros de la iglesia por la administración de los sacramentos. Los aranceles se publicaban en los sínodos, pero a menudo surgían abusos y disputas en su cobro. Desde principios del siglo XVI los prelados legislaron para atajar el abuso que se daba en el cobro de derechos por parte de los oficiales del Arzobispado:

por que los Notarios y Alguaciles de las Audiencias y Juzgados no puedan exceder en el llevar de los derechos mandamos que no lleven derechos algunos más de los que por los aranceles antiguos y costumbre de nuestro Consistorio e Audiencia Arzobispal hallamos haber observado e guardado de tiempo inmemorial a esta parte los cuales mandamos publicar aquí para que sea más notorio a todos.¹⁴⁶⁰

Se pretendía que los notarios, alguaciles y cualquier otro oficial no osasen llevar más derechos de los que expresaban los aranceles, bajo pena de que la primera vez restituyeran el doble, la segunda lo restituyesen con el cuatro tanto y la tercera lo restituyesen con la *setena parte*; y además de esto que fuesen castigados por hurto según mandase la justicia. También mandaba que en cada Audiencia de toda la Provincia se pusiese una tabla con el arancel de los derechos *con letra grande y en lugar donde todos lo puedan leer*¹⁴⁶¹ para que los alguaciles no hiciesen fraude ni dejasen de ejecutar los mandamientos de los jueces, y que lo llevasen también a los vicarios de los lugares; y donde no hubiese al cura principal, para que los alguaciles eclesiásticos de las vicarías quedasen también bajo su ley.

Los reyes también demostraron un enorme celo en el empeño para que en los tribunales eclesiásticos no se abusase en el cobro de los aranceles y derechos, que por otra parte eran establecidos para todo el Reino y los tribunales eclesiásticos debían tomarlos como referencia. Por una Provisión del Consejo que se publicó como pragmática dada por los Reyes Católicos en Jaén el 20 de mayo de 1488 se mandó que los jueces y escribanos y todos los demás oficiales no pudiesen llevar los derechos doblados, sino sencillos. De 1500 tenemos varios documentos que nos hablan de este problema, sabemos que los caballero jurados se quejaron de este agravio y el 30 de enero de este año de nuevo se repitieron las cartas de los reyes mandando que se guardasen los aranceles. El 12 de marzo de este año de nuevo se mandó a los alcaldes de corte que llegasen a la ciudad con comisión que no llevaran más de 50 el millar en las ejecuciones que hicieran conforme a un ordenamiento antiguo dado por el rey don Enrique.¹⁴⁶²

¹⁴⁶⁰ A.C.S. Sección IX, legajo 42, documento 4. Constituciones sinodales de Diego de Deza (1512). Que los notarios alguaciles e otras personas no lleven mas de los derechos contenidos en los aranceles.

¹⁴⁶¹ *Ibidem*, Que los notarios alguaciles e otras personas no lleven mas de los derechos contenidos en los aranceles.

¹⁴⁶² A.M.S. Sección XVI. Diversos. Carpeta 23, Reales provisiones, 116

Tenemos una provisión dada el 2 de junio de 1515 en Burgos en la que los reyes mandaban que los notarios solo perciban el arancel establecido y no más¹⁴⁶³, y en las Cortes de Toledo de 1525, don Carlos, consciente de que *en el llevar los aranceles y derechos no guardan los jueces eclesiásticos y sus Notarios el arancel de nuestros Reynos*¹⁴⁶⁴, suplicaba al Santo Padre que los mandase guardar *por que consentir que se lleven derechos demasiados es imposición ilícita que no se debe consentir*. Así que mandaba a su Consejo que diesen cartas y provisiones a los prelados y sus provisos, jueces eclesiásticos y notarios, para que guardasen lo determinado en los aranceles del Reino. Y las diligencias que no estuviesen determinadas en los aranceles del Reino que los prelados nombrasen diputados para llevar los aranceles de los juzgados eclesiásticos al Consejo, y allí velar porque se moderasen y fuesen razonables, mandando a los corregidores, asistentes y demás justicias que enviasen relación cada año informando si los prelados y jueces eclesiásticos guardaban lo contenido en los aranceles reales y *en qué casos usurpaban la jurisdicción Real*.

En 1534 los procuradores en Cortes hicieron una relación diciendo que los notarios y oficiales de las audiencias de la ciudad y arzobispado de Sevilla quebrantaban lo dispuesto por los reyes porque llevaban más derechos por las escrituras de lo que establecía el arancel del reino por el que se regían los escribanos públicos, y los súbditos se quejaban del agravio que recibían con el cobro excesivo. El 5 de enero de 1535 el emperador Carlos y su madre doña Juana enviaron una carta al Cabildo seglar reiterando el llamamiento para que se respetara el arancel¹⁴⁶⁵.

En tiempos de Felipe II se repitieron las peticiones en Cortes para que se moderasen los aranceles y cobro de derechos en los juzgados eclesiásticos, y se mandó a los corregidores y justicias que los hicieran guardar y cumplir y enviasen relaciones de los aranceles eclesiásticos de su diócesis cada año.¹⁴⁶⁶ Finalmente, en tiempos de Carlos II el Consejo mandó a todos los obispos del Reino que, *por que el olvido puede tener sin ejecución el medio tan justo y necesario de que los Tribunales eclesiásticos se guarden los aranceles*¹⁴⁶⁷, se fijasen en una tabla en las audiencias para que todos fuesen informados y que los corregidores diesen cuenta de cómo se ejecutaban, sin excederse de los aranceles reales en la cobranza de derechos por los ministros eclesiásticos.

El Provisor también velaba porque se cumpliesen los aranceles de los derechos que se cobraban por la administración de determinados sacramentos, aunque formalmente se consideraban limosnas voluntarias, pues cobrar por esto estaba prohibido por derecho canónico. Los entierros, los bautismos y las velaciones o matrimonios, generaban no pocas obvenciones y limosnas, y el control para que no hubiese abusos en su cobro dependía asimismo del Provisor. Las constituciones del

¹⁴⁶³ A.M.S. Sección XVI. Diversos. Catalogo de la Sección Diversos del Archivo Municipal de Sevilla (1280-1515), nº 1131.

¹⁴⁶⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. D. Carlos en Cortes de Toledo 1525, pet. 15, repetida en Sevilla año 1532, pet. 59; Madrid año 1534, pet. 7; Valladolid 1537, pet. 34 y Cortes de 1548, pet. 26.

¹⁴⁶⁵ A. M. S. Sección I, Archivo de Privilegios, Carpeta 5, doc. 86, arancel de los ministros eclesiásticos.

¹⁴⁶⁶ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Felipe II en las Cortes de Madrid de 1593, pet. 41; en las de 1602, publicadas en 1609, pet. 35.

¹⁴⁶⁷ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Carlos II en Madrid por consultas de 9 de diciembre de 1677, de 18 de diciembre de 1678, y de 13 de agosto de 1691.

Arzobispado prohibían hacer *pactos o convenciones* con los seglares para pagar por los sacramentos, concretamente por las misas y otros oficios divinos, y también por las sepulturas. Amonestaban para que, para la sustentación de los clérigos, se guardase la costumbre *introducida por los fieles* de dar la limosna *que se les suele dar*¹⁴⁶⁸, y que los oficiales y jueces lo hicieran guardar *administrando justicia sin estrépito y figura de juicio*. Se trataba de cortar los abusos (*sabemos que algunos clérigos toman prendas*) y el delito de simonía al cobrar por los oficios, conducta que se castigaría con una pena pecuniaria de 1.000 maravedíes; y los fieles que pasados tres días no diesen la limosna pagarían el doble más las costas si hubiese pleito, pues si el Provisor era el encargado de perseguir a los eclesiásticos por el cobro indebido de derechos por la administración de sacramentos, el Juez de la Iglesia tenía la competencia de reclamar a los legos que pagasen la *limosna voluntaria*.

Relacionado con esto estaba el espinoso problema de las misas de tercia; las misas de tercia o por el pueblo no se cobraban pues se suponía que pertenecían al deber pastoral de los clérigos de una parroquia y a veces esta obligación colisionaba con el interés por decir misas votivas o de capellanías que sí se cobraban. Las constituciones mandaban que ningún cura ni servidor de beneficio dejase de decir la misa al pueblo (misa de tercia) en su semana, ni en los días que estaba obligado, por decir otras misas votivas o de capellanía. Además se mandaba que ningún eclesiástico que tuviese cargo de capellanía aceptase cargo de otras misas en los días que estuviese obligado a decir las misas de su capellanía. Y para que no hubiese engaño se ordenaba que recibiendo la limosna o pitanza estuviese obligado aquel mismo día o el día que le fuere encomendado a decir la misa. También se prohibía la venta de sepulturas y enterramientos, sólo se admitía como válida la limosna acostumbrada. El derecho de conceder sepultura perpetua, capilla o lugar en la iglesia para enterrarse era exclusivo del Prelado, y de su Provisor delegado.

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro el Provisor mandó que los curas que fuesen en los entierros con capa haciendo oficio de Preste llevasen dos reales de limosna por llevar la capa si fuese en la misma parroquia, si fuese fuera de la parroquia llevasen tres reales y si fuese en algún convento de monjas o frailes llevasen cuatro reales. Las disputas entre clérigos por las ofrendas, primicias, obvenciones y todo tipo de derechos por los servicios eclesiásticos generaron innumerables pleitos que comenzaban generalmente en la Audiencia del Provisor y pasaban en grado de apelación por el Nuncio o por la Rota Romana. El 2 de enero de 1624 se discutió en sede vacante la petición de los curas de Sevilla sobre la manutención que habían obtenido en el Tribunal de la Rota para preferirles a los capellanes para recibir las ofrendas de los bautismos y velaciones.

El 10 de abril de 1624, el Cabildo sede vacante vio las peticiones que presentaron por una parte el Abad Mayor de los beneficiados Sánchez Gordillo, en nombre de los beneficiados y clérigos de Sevilla y su Arzobispado, y por otra los capellanes de las iglesias, sobre el reparto de las obvenciones de los entierros. Salieron del capítulo los prebendados que tenían beneficios y el Arcediano de Sevilla porque tenía un criado beneficiado haciendo oficio de Secretario del Juez de Residencia don Fernando Quesada, y cometieron diputados para que viesen el asunto. El Cabildo mandó que los visitadores, cuando visitasen las iglesias, viesen los sínodos, costumbres y

¹⁴⁶⁸ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones sinodales de Diego de Deza (1512). Que no se haga pacto ni convención por las misas y divinos oficios ni por las sepulturas.

manutenciones que hablaban de las obvenciones, e hiciesen informes al Cabildo para hacer justicia y proveer buen gobierno. Era tal la disputa sobre los derechos de los entierros que un memorialista se quejaba diciendo que en Sevilla los clérigos no querían ir a enterrar a los difuntos si no llevaban prendas de plata para los decretos y obvenciones y pedía que se guardase el Sínodo sobre el asunto¹⁴⁶⁹.

La rebelión de los capellanes

La multiplicidad de funciones, oficios y beneficios eclesiásticos generó una gran disparidad de intereses y privilegios entre las distintas categorías del bajo clero secular del Arzobispado de Sevilla en la Edad Moderna. Si a esto añadimos la progresiva pérdida de la tensión espiritual que había caracterizado a buena parte del siglo XVI¹⁴⁷⁰, el resultado fue la aparición de un clero, beneficiados, capellanes o curas, con un afán pleitista que pretendía exclusivamente la defensa de sus intereses materiales. En este sentido fueron frecuentes los roces y litigios entre capellanes y beneficiados de las parroquias, en los que el Provisor como Juez superior, tenía que tratar de poner orden.

El 28 de julio de 1607 los capellanes de Marchena se presentaron ante el doctor don Jerónimo de Leyba, canónigo y Provisor de Sevilla, para pedir su amparo ante una situación que consideraban injusta.¹⁴⁷¹ Se trataba de un grupo numeroso de clérigos de la villa que tenían capellanías en la iglesia de la localidad: Pedro de San Juan Mejía, su hermano Juan de San Juan Mejía, Diego de Morillas, Juan Núñez Santaella, Luis Miguel de Hojeda, Pedro Díaz de Benjumea, Diego del Monte, Andrés Buzón, Miguel Cervato, Gaspar de Páez, Luis de Cantillana, Matías de la Barrera, Martín de Guiró Lavique, Antón López Arena, Fernando Rodríguez, Francisco de Vega, Francisco Becerril, Juan de Escalera y García Alonso de Vargas.

El vicario de la villa los compelia para que asistieran a los servicios de coro y procesiones de la clerecía en los días señalados, y ellos se oponían y faltaban continuamente a los oficios. El vicario los acusaba de formar una *parcialidad*, estando aliados para favorecerse unos a otros en sus negocios, tanto en pleitos civiles como criminales, pues actuaban de testigos mutuamente en sus litigios y se aunaban para oponerse a los vicarios y superiores cuando trataban de corregirlos o procedían contra ellos; y lo mismo hacían contra cualquiera con quien tuviesen contienda. Andaban juntos haciendo corrillos en la iglesia y en las plazas, y para sus acuerdos se juntaban en casa de Juan Núñez Santaella donde hacían juegos y banquetes *de todo lo cual había escándalo en el lugar*.¹⁴⁷²

Los capellanes alegaban que ellos no tenían obligación de asistir al coro y acompañar en los oficios, y pedían al Provisor que les diese un mandamiento para que el vicario no los multase por sus faltas. Pedro de San Juan Mejía, que parecía ser el cabecilla, pues actuaba en nombre de todos, puso demanda ante el Provisor contra el

¹⁴⁶⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial del catedrático Antonio Tamariz”.

¹⁴⁷⁰ Véase DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: La sociedad española en el siglo XVII. Tomo II. El estamento eclesiástico. Madrid, 1970.

¹⁴⁷¹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. “El Fiscal contra los capellanes de Marchena”. Cuadernillo s/f.

¹⁴⁷² *Ibidem*.

vicario y los vicebeneficiados, aduciendo que ellos habían acompañado al Preste desde el coro al altar, y cuando iba a incensar, y a los demás servicios, no por obligación sino por su devoción y voluntad y no ganaban obvenciones algunas en la iglesia. La postura oficial del vicario y del Provisor era que la posesión que tenía la iglesia de que los capellanes asistieran a los oficios no era un acto voluntario, sino que servían en ejecución y cumplimiento de la Constitución Sinodal, y que las faltas y las multas que de ellas se derivaban fueron apuntadas continuamente.

Según los capellanes los que no llevaban obvenciones en la iglesia no estaban obligados al servicio de coro, pero la Iglesia les contestaba que si en derecho era justo que llevase obvenciones quien sirviera, no lo era sin embargo que dejasen de servir quien no las llevase, porque si fuese así las obvenciones serían un *precio*, y el servicio una cosa conmutable por intereses.

Así que tenían obligación de hacer los servicios por la fundación de sus capellanías, donde constaba por costumbre inmemorial, y por la Constitución Sinodal en que se obligaron y acataron, sin tener ni haber tenido nunca obvenciones. Y no sólo debían asistir al coro, también cantar y hacer todas las demás cosas que se hacían en los oficios, y acompañar al Preste desde el coro al altar, porque la obligación de asistir no era como testigos u oyentes sino como ministros y ayudantes.

Los servicios que solían realizar los capellanes eran el acompañamiento en el coro con sus sobrepellices los domingos y festivos a las primeras y segundas vísperas de tercia y misa mayor, y en las procesiones de todos los domingos de Adviento, Cuaresma, Pascua, y fiesta de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando comenzaron el pleito, el visitador de la vereda, Pedro de Gallegos Millán, les persuadió para que no siguieran un pleito *de novedad tan escandalosa* y contraria al servicio de dios y a la devoción y solemnidad con que siempre se había servido el coro, conforme a las constituciones sinodales. Nuestro visitador las buscó todas y halló que hacía más de 120 años que se hizo la primera Constitución Sinodal que obligaba a los capellanes al servicio de coro. Fue con don Alfonso, Patriarca de Constantinopla, confirmadas después por don Diego Hurtado de Mendoza y por su sucesor el Cardenal don Diego de Deza en el Concilio Provincial de 1512, más tarde se volvieron a confirmar otras veces, en los sínodos de don Cristóbal de Rojas y Sandoval y en los concilios de los Cardenales Castro y Guevara.

Efectivamente, encontramos en la constitución provincial de don Diego Hurtado de Mendoza -1490-, una disposición que reza así:

por quanto hallamos en este nuestro arzobispado una constitución synodal del Patriarca de Constantinopla don Alfonso, administrador perpetuo desta nuestra sancta iglesia nuestro predecesor.....que los capellanes estén presentes a los oficios en los domingos y fiestas así a las primeras visperas como a la misa mayor y a las segundas visperas con habito decente y oficien y canten las dichas misas y visperas juntamente con los otros clérigos so pena de 30 maravedíes para la fábrica y que las penas las apunte el sacristan.¹⁴⁷³

¹⁴⁷³ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4, Constituciones sinodales de don Diego Hurtado de Mendoza, “que los clérigos esten con habito decente”.

Y en el documento original aparece escrito a mano al margen una nota que dice: *las oras y que el sacristán las apunte*, y que parece consecuencia de la consulta de las constituciones que se hizo para seguir este pleito.

Pero todo esto no sirvió de nada, pues los capellanes seguían negándose a realizar los servicios,

dejándose llevar por el apetito de vivir en libertad con tan leves argumentos como era decir que las capellanías eran beneficios patrimoniales que no les obligaban al dicho servicio, y si alguno acudiera sería los que ganan obvenciones en la Iglesia como se hacía en algunas parroquias de Sevilla.¹⁴⁷⁴

Se trataba indudablemente de clérigos sin vocación, a menudo hijos de familias principales, que habían recibido en herencia el patrimonio de una capellanía a cuyo título se habían ordenado para vivir de sus rentas y obtener un status privilegiado que los pusiera a salvo de la jurisdicción y de la Hacienda Real.

Y lo peor de todo era que no se contentaron con levantar en Marchena este cisma, sino que escribieron a los clérigos de Écija, Osuna y otras partes para que hicieran lo mismo, y en pocos días lo supieron todos los capellanes del Arzobispado, poniendo todos la mira en el negocio para guiarse por él. Los capellanes de Marchena se convirtieron por un momento en el centro de atención de todos los capellanes del Arzobispado, pues de la resolución de su pleito se podía derivar el librarse de los fastidiosos servicios en las iglesias, para los que no tenían la más mínima vocación.

Vista la determinación de los capellanes, el visitador acudió al Duque de Osuna, señor temporal de la villa de Marchena, y al Cardenal Guevara, por *la disminución del culto divino que suponía*. El Cardenal Guevara mandó que el mayordomo de la fábrica, y a costa de ella, saliese a la defensa del pleito; y el Duque trató de someterlos interponiendo su autoridad. Pero esto no sirvió de mucho pues se mostraron tan insolentes como antes, negándose a acudir al coro y prosiguiendo el pleito. Por esto se llevó la causa al Provisor, don Jerónimo de Leyba, que proveyó que se guardase la costumbre de servir los oficios por parte de los capellanes. Después apelaron al Nuncio y consiguieron una inhibitoria que suspendía la ejecución del auto del Provisor, con lo cual quedaron victoriosos y *licenciosos*, de manera que los días de fiesta iban a la iglesia y estaban con sus manteos sin entrar al coro *burlándose de los clérigos virtuosos que estaban con sus sobrepellices*, y hacían diligencias para atraerlos a su parcialidad, mostrándose enemigos capitales de obra y de palabra de los que no los seguían.

Como el visitador demostraba integridad y determinación en combatirlos inventaron calumnias en la Audiencia del Nuncio diciendo que Pedro de Gallegos había estado excomulgado por un Juez y lo ignoró, celebrando misa. A propósito de esto el Nuncio envió un notario receptor para hacer las averiguaciones y se comprobó que era falso. También le acusaron de que a la notificación de un mandamiento había dicho palabras *descomedidas* contra el Nuncio; también llegó un receptor y no les sirvió de nada, sino que les costó la averiguación más de 200 ducados. Todo esto dio lugar a graves enfrentamientos y produjo un ambiente en Marchena en el que *había una*

¹⁴⁷⁴ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. "El Fiscal contra los capellanes de Marchena". Cuadernillo s/f.

*discordia como lo podría haber entre católicos y herejes y este pueblo estaba muy escandalizado.*¹⁴⁷⁵

El Duque escribió al Nuncio explicándole lo que pasaba y pidiéndole que proveyera con brevedad, pero los capellanes continuaron el pleito y dieron poderes a su líder, Pedro de San Juan, y a Luis Jofre y Francisco de Acosta, procuradores de la Audiencia Arzobispal de Sevilla. El Provisor trató de conciliar dictando un *auto de interin* en el que proveía que no fuesen multados mientras se resolvía el pleito y que los capellanes siguiesen en su costumbre de acompañar en los servicios. Mientras tanto el vicario de Marchena y los vicebeneficiados alegaban que no eran parte, pues al vicario le correspondía sólo hacer justicia y ejecutar las constituciones sinodales, y además aclaraban que *si se declarase que no los debe ejecutar quedaría aliviado deste trabajo*, con lo cual expresaban el mismo deseo que los capellanes de eludir los trabajos.

Los capellanes apelaron el auto y el Provisor no les concedió la apelación; ante esto, como era costumbre, acudieron por vía de fuerza a la Real Audiencia donde se declaró que el Provisor hacía fuerza en no concederles la apelación. En ejecución de este auto el Provisor se la concedió. Con esta sentencia favorable acudieron en grado de apelación a Madrid, al Nuncio de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Damasco y Colector General Apostólico en los Reinos de España, Don Decio Carafe, y obtuvieron un breve y comisión para los jueces sinodales de Sevilla, Málaga y Granada que presentaron ante el licenciado Bernardo Rodríguez, Maestrescuela de la Santa Iglesia de Sevilla y Juez Sinodal, que dio su inhibición contra el Provisor.

El 15 de diciembre, el mayordomo de la iglesia dio poder a un procurador para que lo representase ante el Nuncio y alegó las constituciones sinodales y la costumbre inmemorial como las dos fuentes del derecho que tenía en su favor, el derecho positivo y el derecho consuetudinario. Pues, cuando los capellanes movieron el pleito, la iglesia estaba en *quieta y pacífica posesión del servicio*, y mientras se seguía el pleito había de ser mantenida y amparada en la posesión *vel quasi* en que estaba.

El mayordomo de la Iglesia de San Juan de Marchena, que se había constituido en parte en el pleito, y los vicebeneficiados, declinaron la jurisdicción del Juez Sinodal, que el 20 de diciembre de 1607 se había declarado juez competente en el caso, alegando que el Provisor había repuesto el auto tras la sentencia de la Real Audiencia, y que siendo interlocutoria y habiéndolo repuesto el Juez que lo proveyó cesaba la comisión dada en grado de apelación al Maestrescuela; y que no se podía inhibir el Juez Ordinario de la causa ni impedírsele el conocimiento de la causa principal, porque el Provisor procedía como Juez Apostólico por Su Santidad Sixto V, el cual confirmó las constituciones sinodales hechas por el Cardenal de Castro.

Efectivamente el argumento era conforme a derecho, pues el Provisor, tras la sentencia de la Real Audiencia, les concedió la apelación, y al tratarse de una sentencia interlocutoria y no definitiva había que esperar a que el Juez Ordinario terminase el proceso y dictase sentencia definitiva. El Provisor se declaró entonces por Juez competente en el caso y mandó que el vicario ejecutase la Constitución Sinodal; el Maestrescuela, como Juez Sinodal de apelación, se declaró también por Juez y mandó agravar las censuras contra el Provisor para que se inhibiese. Como le quedaban a los

¹⁴⁷⁵ *Ibidem*.

capellanes 80 días de término para hacer su probanza del auto que había dictado el Provisor, el mayordomo apeló y por ambas partes llevaron el caso de nuevo al Audiencia de Sevilla por vía de fuerza. La Audiencia declaró que el Provisor no hacía fuerza en esta ocasión, y que la hacía el Maestrescuela. Entonces el Provisor dio una nueva comisión al vicario para que ejecutase la Constitución Sinodal y el vicario declaró que no la aceptaba pues él tenía jurisdicción para ejecutar la Constitución y no necesitaba que se le cometiera.

Entretanto se seguía el pleito ante el Maestrescuela, y el mayordomo se temía que tratasen de poner en cuestión la Constitución Sinodal del Cardenal de Castro, pues había un pleito pendiente sobre estas Constituciones entre el Cardenal y el Cabildo de la Santa Iglesia de Sevilla y la Universidad de Beneficiados. Después apelaron al Nuncio, que los admitió, y llevaron a su tribunal los autos originales. En el tribunal del Nuncio ambas partes alegaron largamente de sus razones. El 6 de marzo de 1608 la parte de los capellanes argumentó que no estaban recibidas las Constituciones en la iglesia de Marchena, de lo que resultaba que no tenían fuerza alguna contra los capellanes. Y se quejaban de que el vicario les había puesto 4.000 maravedíes de multa durante el término de la apelación, pidiendo que se les devolviese y que se les absolviese de las censuras promulgadas contra ellos por el Provisor y por el vicario. La Iglesia aducía que casi todos los fundadores de capellanías se conformaron con las constituciones sinodales, en las que se contenía que estaban obligados a servir con el clero de la iglesia en los oficios divinos.

Los capellanes reclamaban no tener obligación de asistir a los servicios porque así sucedía en algunas iglesias. En concreto en Sevilla el capellán que faltaba perdía la primera obvención que pudiera ganar, que se repartía entre los demás capellanes, y esto se hizo por orden de un visitador; así que los capellanes aducían que siendo la ciudad cabeza del Arzobispado se debía hacer lo mismo en los demás lugares. La réplica fue que la cabeza del Arzobispado no era la ciudad ni sus parroquias sino la Iglesia Catedral. Además, el visitador recordaba que la primitiva y principal obligación de los clérigos y el fin principal para que el fue instituido su estado fue para la administración de los sacramentos y servicio de las iglesias y culto divino, y aunque después, en algunas iglesias particulares, se introdujo la mala costumbre de que los clérigos no beneficiados quedasen excusados del servicio de coro, en la de San Juan de Marchena no fue así: *conservando la bondad y religión de los clérigos que siempre ha habido en ella.*

Los capellanes también argumentaban que se interpretaban con excesivo rigor las Constituciones y así resultaban injustas, pues los que faltaban deberían ser privados de las obvenciones que ganarían sirviendo, pero no pagar penas de sus propios bienes por las faltas. La Iglesia replicó que los capellanes dieron poder a un procurador para que asistiese al Sínodo y consintieron, y no era injusticia pues sólo se les obligaba en fiestas y sólo las vísperas de tercia y misa, y

es cosa santísima que los clérigos asistan en sus parroquias a tales oficios, pues aún los legos están obligados a lo mismo, y el Santo Concilio Tridentino manda que las personas eclesiásticas deben cumplir estas obligaciones con mayor puntualidad por la decencia de su estado y por el ejemplo que deben dar, y para sacarlos de otras ocupaciones profanas, pues hasta los seglares deben dejar otras ocupaciones

quedándoles para ello el resto del día. Y son las horas más solemnes de los oficios y el pueblo asiste y se nota mas el clérigo que se ocupa de cosas profanas.¹⁴⁷⁶

Y no podían decir que no tenían premio, porque gozaban de las obvenciones de los vestuarios, de los convites de los entierros por turno, de las rentas de sus capellanías, y de las limosnas de las misas a cuatro reales cada una, en vez de a dos en que estaban tasadas para todos los demás clérigos. Pues a ellos se les aumentó primero de real y medio a tres reales en las constituciones sinodales, y más tarde por un breve de Su Santidad se les aumentó a cuatro reales para premiarles y compensarles de los servicios que realizaban y de los que no obtenían obvenciones directamente.

Asimismo, la Constitución establecía que el capellán perpetuo que no asistiere a los oficios no gozaría del aumento de la limosna, sino que la semana que faltare cobraría un real y medio de cada misa. Los capellanes insistían en que no llevaban ninguna obvención ni semanas de las que se repartían en la Colecturía y por tanto no se les podía compeler a hacer la asistencia y acompañamientos, y si el vicario les pusiese penas por las faltas montarían más que el superávit de las capellanías *así que ser capellán, lo que se introdujo en nuestra utilidad y provecho, sería odioso y redundaría en nuestro desfavor*¹⁴⁷⁷.

Los capellanes decían que pagaban las penas de sus haciendas y la parte de la Iglesia decía que no, pues las pagaban de las rentas de sus capellanías y de las obvenciones que ganasen. Además, argumentaban que se les pedía servicio y carga personal, y a esto no se les podía obligar por ninguna promesa, costumbre ni consentimiento, por tratarse de una especie de servidumbre. La Iglesia les contestó que esta servidumbre podía ser respecto de otros hombres pero no respecto de Dios, a quien hacían el servicio, *pues todos los religiosos que militan en la Cristiandad nacieron tan libres y de padres tan libres como ellos, y están obligados al servicio perpetuo de sus religiones a todas horas*¹⁴⁷⁸. Tenían en tan alta estima su posición social y su calidad de linaje que argumentaban que a su estado y calidad no estaba bien andar acompañando por obligación a los vicebeneficiados, pues éstos se podrían acompañar los unos a los otros llevando consigo a los sacristanes y al pertiguero, que era el oficio de ambos, acompañar, y por esto se llevaban las obvenciones y los salarios de la fábrica.

Otra de las estrategias de los capellanes consistió en interpretar la letra de las instituciones de las capellanías en su favor. Según ellos, en los documentos fundacionales de las capellanías constaba una cláusula de *servir y cantar*, pero esto no quería decir que se sirviera en la iglesia ni que se cantase en el coro porque la palabra *cantar* se refería a la misa, que aunque fuesen rezadas se llamaban cantadas por la alabanza que se hacía en ellas de Dios, y a esto se le llamaba cántico: *pues la dicha palabra se pone al estilo de los escrivanos sin que los fundadores hayan tenido intención de obligarlos al servicio del clero*.¹⁴⁷⁹

La Iglesia respondió a esto que la palabra latina *canere* se interpretaba por cantar en romance. En latín tenía el sentido de cantar, tañer, tocar o acometer oraciones en la batalla, alabar, adivinar, hacer versos; pero en romance la palabra cantar no significaba

¹⁴⁷⁶ *Ibidem*.

¹⁴⁷⁷ *Ibidem*.

¹⁴⁷⁸ *Ibidem*.

¹⁴⁷⁹ *Ibidem*.

todas estas cosas sino solamente cantar en voz alta, lo cual no se podía verificar en misas rezadas pues la palabra debía tener significación y sentido según la lengua en la que estaba dicha. Y ningún capellán podría cantar su capellanía sino cantando en el coro y en los oficios divinos. Además, los fundadores de las capellanías mandaban servir y cantar conforme a la costumbre inmemorial que siempre hubo en esa iglesia de servir los capellanes en los coros; y la palabra *cantar*, que figuraba en los protocolos de fundación de las capellanías, se debía tomar según el sentido vulgar de la palabra en romance, pues los capellanes aducían que en latín no significaba lo mismo. También se argumentó que los clérigos que no eran capellanes pero se ordenaron a título de sus patrimonios estaban obligados al servicio en sus iglesias, y así lo mandó el Santo Concilio de Trento, que además disponía que ningún clérigo se ordenase a título de su patrimonio si no fuere por necesidad o utilidad de su iglesia parroquial y que si se ordenase se adscribiría perpetuamente al servicio de dicha iglesia.

El visitador Pedro de Gallegos advertía, además, que lo primero que había que hacer era impedirles que se titulasen en el pleito *el clero de esta villa*, ni admitir peticiones con ese nombre, pues litigaban como particulares y no se podían valer de los privilegios que como comunidad tendrían. Por fin el Nuncio proveyó un auto en Madrid el 30 de abril de 1609 dirigido a los provisores, oficiales, vicarios generales, vicario de Marchena, deanes, abades, comendadores, jueces sinodales y apostólicos y los demás jueces y justicias eclesiásticas, diciendo que amparaba a la iglesia de San Juan de Marchena y a su mayordomo, como su representante legal, en la cuasi posesión en que la iglesia había estado y estaba de que los capellanes acudieran con sus sobrepellices a los oficios divinos. Y mandaba que se cumpliera el auto de manutención en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor y entredicho de sus iglesias, y de 1.000 ducados de multa aplicados a la Reverenda Cámara Apostólica. El 25 de mayo del mismo año daba poder y comisión a arzobispos, obispos y demás jueces y justicias con facultad para excomulgar y absolver, y con invocación del auxilio del brazo seglar si fuese necesario. Cada falta a estos oficios sería penalizada con una multa de un real por cada vez, tres partes para la fábrica y el otro cuarto para el apuntador de las faltas, que solía ser el colector de la parroquia.

La Constitución Sinodal del Arzobispado de Sevilla en su capítulo cuatro, *de celebratione misare*, recogía estas obligaciones, así como que fuesen y acompañasen en las procesiones generales y votivas que se solían hacer en la iglesia. Además, en el pleito se declaraba esto por muchos testigos y se aportaban los libros en poder del mayordomo en los que se habían anotado las faltas desde hacía más de 50 años. A este auto del Nuncio pusieron dificultad los capellanes y plantearon dos dudas, primero si debían acompañar al Preste los domingos y fiestas a vísperas, junto con los beneficiados de la iglesia, y si este acompañamiento debía ser por turno; segundo si la pena de un real había de ser por todas las horas del día en que se faltaban. La respuesta fue que al acompañamiento estaban obligados todos los capellanes y beneficiados universalmente y este acompañamiento se debía hacer por su turno, porque si se dejara a voluntad del sacristán haría siempre acompañar a los mismos.

Y en cuanto a la multa respondió el Nuncio que se debería entender por el día entero y no por cada hora. Luego siguieron alegando otras cosas, sin duda con intención de dilatar el proceso, hasta que por fin se concluyó la causa. La sentencia, dictada por el Nuncio en Madrid el 20 de febrero de 1610, y firmada por el Auditor César Vintramil,

Protonotario Apostólico, y por el notario Bartolomé Gutiérrez, fue favorable al mayordomo de la iglesia y beneficiados y contraria a los capellanes.

En ella se mandaba que el sacristán llamase a los capellanes que quisiere y cuantos le pareciere según la fiesta que se celebrare, *sin malicia*, para que acompañasen al Preste cuando bajaba del coro a tomar la capa para decir la misa, y al volver al coro a la oración de las vísperas, siendo convidados por el sacristán dos, cuatro o seis capellanes conforme a la clase de festividad. Y que se vistiesen de diácono y subdiácono, y acudiesen a las vísperas y a *insensar*. Pues así se habían celebrado los oficios en esa iglesia *quieta y pacíficamente* hasta que en 1607, en palabras del visitador Pedro de Gallegos: *una liga de clérigos, mozos divertidos de los ejercicios de virtud y letras y dados a la ociosidad y vicios, movieron un pleito contra la iglesia*.¹⁴⁸⁰

La sentencia contenía además una carta ejecutoria que siendo presentada a cualquier Juez la debía aceptar y cumplir. Seguidamente el vicario escribió una carta al Prelado avisándole que los capellanes no cumplían la ejecutoria: *por su mala ynclinación natural de aquellos obstinados, y cuan necesario es su castigo y corrección para escarmiento suyo y buen ejemplo de los demás*.¹⁴⁸¹ De todos los capellanes que habían seguido el pleito sólo quedaron al final Diego de Morillas, Luis Miguel, Andrés Buzón y Pedro Benjumea. Los demás revocaron sus poderes y consintieron las sentencias y la comisión del vicario para ejecutarla. Estos cuatro no consintieron que el vicario fuera el executor de la sentencia porque había procedido contra ellos por las multas de las faltas que habían hecho en el servicio de la iglesia, que montaban unos 10.000 maravedíes cada uno. Así que, siguieron pleiteando y buscando eludir el cumplir la sentencia, y encontraron su oportunidad en la sede vacante tras la muerte del Cardenal Guevara, pues el Cabildo sede vacante nombró por visitador al licenciado Pedro de Santander, canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, y éste permitió el incumplimiento de la sentencia por parte de los capellanes.

Los capellanes le prometieron que asistirían a los oficios y al servicio de la iglesia y el visitador suspendió el cobro de las multas. En el Libro de Visita, con fecha 21 de mayo de 1610, constan las cuentas de fábrica y capellanías de los libros en poder del mayordomo Luis de Angulo, y en ella Pedro Santander Manrique, canónigo y visitador sede vacante, por su notario Francisco Varela Saborido, incluyó entre otros mandatos: *que las faltas que los capellanes han hecho no se cobren por agora*.¹⁴⁸² Pero, aunque habían prometido a cambio asistir al coro, siguieron faltando, y estando obligados a asistir a las procesiones, tampoco lo hicieron: *hallándose en algunas fiestas solemnes a tercia y estando en el coro con sobrepellices se quedan en el coro y no acompañan a la procesión con grande nota y escándalo del pueblo*.¹⁴⁸³

Los cuatro rebeldes fueron declarados por excomulgados por no restituir las obviaciones que ganaron en los dos años que duró el pleito, y que se habían asignado por el auto del Nuncio para pagar las penas. También mandó el Nuncio proceder contra el fruto de sus capellanías. En el ínterin, el anterior visitador, licenciado Pedro de Gallegos Millán, informaba al nuevo Prelado que llegó, don Pedro de Castro, que: *algunos clérigos ociosos de Marchena movieron un pleito contra la Iglesia para no*

¹⁴⁸⁰ *Ibidem*.

¹⁴⁸¹ *Ibidem*.

¹⁴⁸² *Ibidem*.

¹⁴⁸³ *Ibidem*.

servir en el coro los días de fiesta como están obligados conforme a la Constitución Sinodal. Y el pleito le costó a la Iglesia más de 1.000 ducados, pero se ganó, y después, en la sede vacante, en que tanta quiebra suele aver en todas las cosas, la hubo y muy grande en éste negocio. Porque el visitador sede vacante, aviéndole ganado la voluntad por los medios y modos con que en semejantes tiempos corren las cosas, mandó suspender la cobranza de multas por las ausencias.

No sabemos a qué *medios y modos* de ganar la voluntad de los oficiales en sede vacante se refería el visitador Pedro de Gallegos, pero la acusación era muy dura y se puede suponer lo peor. Este reproche en boca de un contemporáneo conocedor del entramado eclesiástico nos confirma la sospecha, ya señalada por otros, de frecuente abuso de poder por parte de algunos canónigos en sede vacante. En este período, el visitador nombrado por el Cabildo sede vacante, Pedro de Santander, fue a Marchena y los capellanes se valieron de él, pues viéndose vencidos y habiendo gastado mas de mil ducados en el pleito *le redujeron a la gracia con palabra que le dieron que servirían en la Iglesia con mucha puntualidad*. Y esto a pesar de que Pedro de Gallegos le había advertido que mirase bien lo que hacía porque la experiencia era que no cumplían su palabra, pues muchas veces la habían faltado.

Por fin, tratando de componerlos, el visitador sede vacante los llevó ante el Duque de Osuna, señor jurisdiccional de Marchena, y en presencia del anterior visitador, Pedro de Gallegos, uno de ellos en nombre de los demás que estaban presentes hizo ofrecimiento de fidelidad y dieron su palabra de que acudirían al coro, y después, en su posada, Pedro de Santander hizo que los que tenían odios y enemistades se abrazasen, y proveyó en el libro de la visita que las multas que tenían hasta aquel día no se cobrasen hasta que lo mandase el Provisor. Y al visitador Pedro de Gallegos le dijo que *no los apretase mucho*, dando a entender que había sido muy riguroso con ellos, y también se quejó del apuntador de las faltas tratando de buscarle culpas en el asunto, llegando a amenazarle con quitarle el oficio. El apuntador fue después a Pedro de Gallegos quejándose de lo mal que lo había tratado el canónigo Santander, visitador sede vacante, confesándole que, ante las amenazas que le había proferido, dejaría de apuntar las faltas al coro.

Pedro de Gallegos Millán le advirtió entonces al Duque que no cumplirían su palabra *por lo que se tenía conocido y experimentado de su modo de proceder*. Y efectivamente, pasada la sede vacante, de nuevo en su visita encontró el lugar *escandalizado* y al Duque muy enojado, por lo que le costó el pleito a la Iglesia de su hacienda y la burla que se le hizo, *que con el santo zelo que tiene del servicio de nuestro señor le costó mucho cuidado interponiendo su autoridad en defensa de la Iglesia y aun acudiendo con muchos dineros cuando hizo falta*. Pues el Duque era patrono y protector de la Iglesia en el ámbito de su jurisdicción, y subsidiariamente tenía bajo su responsabilidad el cuidado de las iglesias en el territorio señorial.

Resumía el visitador Pedro de Gallegos Millán el *affaire* con el canónigo Pedro de Santander, visitador sede vacante, de esta manera: *fue visita muy propia de sede vacante, y de jubileo de los capellanes por que en lugar de corregirles y reprenderles les dio ocasión que fuesen más licenciosos, pues estando él aquí no cumplían la*

*palabra que le dieron ni la han cumplido ni cumplen y las enemistades están como antes.*¹⁴⁸⁴

Así que, Pedro de Gallegos decidió sobreseer en el caso hasta dar cuenta al nuevo Prelado, consultándolo previamente con el Duque. Y le informó de cómo el visitador sede vacante se había constituido en su defensor, con un trasfondo de rivalidad y competencia por el poder entre el Cabildo y la jurisdicción del Ordinario, que por otra parte había sido una constante en la historia del Arzobispado.

Mientras tanto, los capellanes siguieron trasladando quejas calumniosas del visitador Pedro de Gallegos, pero todas fueron averiguadas y desmentidas. La situación era tan complicada y la rebeldía de los capellanes tan tenaz que Pedro de Gallegos escribió al nuevo Prelado, don Pedro de Castro, el 4 de marzo de 1.611 en estos términos:

su ilustrísima como buen pastor aplique el remedio y medicina conforme a la enfermedad de sus ovejas, y a la buena disciplina eclesiástica y a quitar el escándalo y al servicio de dios nuestro señor y el escándalo de que se deje perder lo que se ha ganado con los trabaxos y congoxos de su Excelencia (el Duque) que ha sido su protector.

El visitador Pedro de Gallegos contaba al Arzobispo que intentó enmendar a los capellanes exhortándolos y reprendiéndolos pero tales argumentos sirvieron de poco. Así que, recomendaba al Prelado que se volviese al pleito, que el Provisor alzase la suspensión del cobro de las multas, y que el vicario quedase alertado y *con fuerza para celar el servicio de vuesa señoría ilustrísima para bien de su Iglesia de Marchena*, y que se cumpliesen las Constituciones Sinodales del Arzobispado y la ejecutoria que tanto costó a la Iglesia, por que *para la corrección es necesaria la execución de las penas*.

Pedro de Gallegos recelaba del interés de los vicebeneficiados en ganar el pleito a los capellanes, pues en su opinión el vicario y los vicebeneficiados no debían ser partes en el pleito, ni salir a él, pues lo que pretendían los capellanes era no estar obligados a acudir al servicio del coro ni a acompañar al Preste que hacía el oficio desde el coro al altar mayor. Y en esto el vicario y los vicebeneficiados no tenían interés alguno, pues si fuesen vencidos los capellanes no quedarían el vicario y los vicebeneficiados libres del servicio de coro. Pero todavía hilaba más fino y miraba más lejos cuando argumentaba que si se saliesen los capellanes con su intención tampoco perderían nada los vicebeneficiados, e incluso ganarían, pues tendrían que celebrar los oficios sin acompañamiento y cuanto menos solemnidad tuviesen los oficios divinos tanto más breves serían, y los vicebeneficiados quedarían aliviados de carga.

Así que, debía ser el mayordomo, en nombre de la fábrica de la iglesia, el único interesado en solicitar el negocio. Y el vicario como juez y ministro del Prelado debía intervenir para hacer guardar la Constitución Sinodal, pero no como parte interesada en el pleito. Además, tanto el vicario como los vicebeneficiados eran capellanes perpetuos, y si ganaran el pleito no les supondría ninguna utilidad para sus oficios sino daño, pues sus cargos eran *temporas* y movibles *ad nutum*. Y si vencieran a los capellanes en el pleito se perjudicarían a sí mismos para cuando dejasen sus oficios; y también

¹⁴⁸⁴ *Ibídem*.

perjudicarían a sus sucesores en sus capellanías, gastando su hacienda en un pleito que no les era útil y para muchas cosas les podía ser dañoso.

De esta manera se ponía de manifiesto que el fondo del pleito era la rivalidad por escapar a las obligaciones del oficio. Los oficios eran una manera de obtener beneficios y posición y se pretendía eludir al máximo las responsabilidades que conllevaban. En la pugna corporativa por escapar del servicio, los vicebeneficiados pretendían que no les dejasen solos, porque así ellos se verían obligados a concurrir y no poder faltar a los oficios divinos. Pues como señaló Pedro de Gallegos la sentencia contra los capellanes no eximiría de los servicios a los que ganasen el pleito. Por tanto el visitador ponía el dedo en la llaga, lo que pretendían los vicebeneficiados entrando como parte en el pleito era asegurar que a mayor acompañamiento de clérigos mayor posibilidad de inasistencia para ellos.

Así pues, el interés del pleito tocaba a las iglesias, a las cuales como templos edificadas para la celebración de los oficios divinos importaba que la celebración se hiciera con el mayor culto posible, para lo cual eran las rentas de las iglesias, para gastar en ornamentos y sustentar a sus ministros.

También interesaba a los parroquianos porque todos los oficios divinos se ofrecían por el bien espiritual y temporal de los parroquianos, y debían estar interesados en que se celebrasen con el mayor número de personas eclesiásticas, porque las oraciones eran tanto más aceptables a Dios cuantas más personas las ofrecieren. Por tanto, en opinión de Pedro de Gallegos, el Concejo de la villa como su cabeza los debía representar, y en razón de esto el Duque, por ser el parroquiano principal y cabeza del Concejo. Y en cuanto a la defensa de la Constitución Sinodal competía al Fiscal del Provisor del Arzobispado.

En el discurso religioso los oficios divinos eran para Dios tanto mas agradables y aceptables, y tanto mas movían a conceder lo que en ellos se suplicaba, cuanto mayor fuese la solemnidad con que se celebrasen. Y los parroquianos recibían mayor consuelo y se movían a mayor devoción, y a asistir y frecuentar las iglesias, cuanto mayor número de personas eclesiásticas asistiesen y con mayor solemnidad se celebrasen. Según esto, los auténticos interesados, los parroquianos, estaban fuera del pleito, como convidados de piedra en la pugna cerrada sobre los intereses de los clérigos. También debía ser parte interesada el Prelado, a cuyo cargo estaba la protección y amparo de su iglesia y de sus preeminencias y derechos, y el cuidado de que los oficios divinos se celebrasen con el culto debido y se guardasen y cumpliesen las Constituciones Sinodales.

Por último, el interés de una iglesia en concreto se debía defender por su mayordomo, y por el beneficiado curado a cuyo cargo estaba su defensa, juntamente con los beneficiados simples cuyos beneficios servían los vicebeneficiados. Y éstos últimos no eran parte en el pleito por ser su poder limitado para sólo el servicio de la iglesia, y no para la defensa de los derechos de los beneficiados ni de la iglesia. Aconsejaba el visitador Pedro de Gallegos que se diese cuenta al Duque y se le suplicase licencia para responder a la demanda, y que mandase quien saliera a la defensa del negocio por parte del Duque y del Concejo. Y suplicarle que no se excusase, pues, aunque se podría defender el pleito en nombre sólo del Concejo, tendría mas fuerza y autoridad y *luzirá mucho su gran cristiandad y religión y zelo del culto divino.*

Aquí terminaba la intervención en el negocio de Pedro de Gallegos Millán, que había sido repuesto como visitador en su vereda por don Pedro de Castro tras el cese del visitador sede vacante. Después de esto siguió su camino y a instancias del Prelado fue a la villa de Fuentes para remediar *un amancebamiento escandaloso*. Sin duda su actitud y comportamiento contrastaba con la de los capellanes y con la del visitador sede vacante; podemos decir que actuaba como uno de esos *cristianos celosos, temerosos de Dios y de su conciencia*, que encontramos tan frecuentemente en los textos.

Finalmente, quedaba el espinoso asunto de la ejecución de la sentencia. El Nuncio había declarado al Chantre de la Santa Iglesia de Sevilla como ejecutor, pero el 8 de marzo de 1612 el mayordomo de la fábrica alegó que esto suponía un gran daño y perjuicio para la iglesia, y la ejecutoria que habían ganado no se ejecutaría, pues el Chantre estaba y residía en Sevilla, lejos de la villa de Marchena. Entonces el Nuncio reformó la comisión y dio la ejecución de la sentencia al vicario de Marchena. Asimismo se dictó auto de manutención a favor de la Iglesia en el que se mandaba que se cobrase a los capellanes una multa de un real por cada hora que faltaren, y si faltaran cuatro horas se les debía imponer una multa de cuatro reales. Por la carta ejecutoria se daba poder a los jueces, tanto seculares como eclesiásticos, y al vicario de Marchena, y les cometía sus veces con facultad para excomulgar y absolver hasta invocación del brazo secular y de *cesacio a divinis* eclesiástico. La carta ejecutoria del Nuncio se recibió, y Juan de Carvajal, notario público de la vicaría, sacó un traslado de ella en Marchena a 7 de noviembre de 1612.

Los teólogos y canonistas habían mantenido la idea de la superioridad de la justicia eclesiástica sobre la secular, y esto terminó convirtiéndose en parte del discurso religioso para el consumo de los fieles. El juez católico era un *buen componedor* que perseguía, mediante la corrección fraterna y la renuncia a los estrépitos del foro, la reconciliación amigable entre las partes. Sin embargo, en esto como en otras muchas cosas, el divorcio entre el discurso y la realidad era evidente. El estamento eclesiástico, modelo de comportamiento para los seculares, expresaba en el plano de la lucha judicial el odio y las rivalidades propias de un colectivo cerrado y privilegiado. Los intereses materiales y el egoísmo corporativo habían sepultado por completo las aspiraciones de cualquier objetivo ético.

El *pleitismo* era el fracaso absoluto de la justicia y la lucha entre los distintos colectivos del clero pasaba por el enfrentamiento entre las distintas jurisdicciones. El Nuncio, que invariablemente concedía las apelaciones, pues su Tribunal vivía de esto, los jueces sinodales, que una vez nombrados se constituían en jueces competentes a toda costa, pues para ellos se trataba de oportunidad y negocio, y los jueces ordinarios que defendían a capa y espada la jurisdicción del Prelado y su propia parcela jurisdiccional, eran los actores de este galimatías jurídico. El proceso se manifestaba como una auténtica lucha, trufada de forcejeos, amagos y amenazas. En los *impases*, cuando los contendientes se habían censurado mutuamente y la lucha se encontraba en un callejón sin salida, se impuso la costumbre de acudir en vía de fuerza a la Real Audiencia. De esta forma se invertían los términos y la justicia secular se constituía en árbitro y referencia moral de las disputas entre eclesiásticos.

3.3.17.- *Bulas y Letras Apostólicas*

Otra de las funciones del Provisor va a ser la recepción de las bulas, breves y letras apostólicas en el Arzobispado, dando fe de su autenticidad, interpretándolas y estableciendo sus consecuencias jurídicas. En marzo de 1482 el Provisor vio la bula que presentaron los frailes franciscanos sobre el pleito de restitución de su monasterio del cual habían sido expulsados. La bula imponía entredicho y mandaba que en el ínterin, mientras se resolvía el pleito, se abstuvieran de celebrar los oficios divinos en la Iglesia. En junio de 1482 se declaró la sede vacante, pues el Cardenal don Pedro González de Mendoza había sido nombrado Arzobispo de Toledo¹⁴⁸⁵, y el Provisor, ante el requerimiento de los canónigos para que no se impidiesen los oficios y los sufragios por los muertos, dijo en Cabildo, en presencia del Protonotario de la Sede Apostólica, que dudaba de que se hubiese que guardar entredicho o *cesacio a divinis*. El día 19 de este mes se presentaron en Cabildo los padres franciscanos fray Andrés y fray Virgilio, maestros en teología, y dijeron en nombre de su orden que se daban por satisfechos y contentos con la restitución de su monasterio y conformes con las cosas que estaban en él al tiempo de la expulsión.¹⁴⁸⁶ En esta sede vacante se recibió también la Bula de la Santa Sede que mandaba que ningún clérigo pudiese hacer testamento sin licencia de la Sede Apostólica, y fue apelada pues según los canónigos iba en contra de la *antiquísima costumbre de los Reinos de España*.¹⁴⁸⁷

Competía también al Provisor la ejecución de letras apostólicas y mandatos de orden superior provenientes del Nuncio, o directamente de la Santa Sede, para multitud de negocios, como enajenar bienes eclesiásticos *siendo en evidente utilidad*, tomar posesión de un oficio en ejecución de letras apostólicas y ordinarias o ejecutar cualquier letras apostólicas de dispensas *in forma dignum*, por irregularidad o defecto de *nacimiento vel corpore vitiat* (de nacimiento o defecto físico), para ordenarse. En la sede vacante de don Fray Diego de Deza (1523), tras nombrar al Provisor, le hicieron una serie de advertencias sobre el cumplimiento de sus funciones y entre ellas le instaron a que no pusiese impedimentos a los mandamientos apostólicos.

Las letras apostólicas eran de obligado cumplimiento para cualquier eclesiástico, pero a veces surgían problemas en su interpretación o bien resistencias a ser obedecidas. El Prelado era el garante de su cumplimiento en el territorio de su diócesis y el Provisor el agente de esta garantía. A principios del siglo XVI tenemos constancia de ciertas resistencias a la aceptación de las letras apostólicas, comprensible teniendo en cuenta la frecuencia de las falsificaciones y que se trataba de un mandato dictado por un poder lejano. Por esto, el Cabildo sede vacante emitió un edicto el 13 de agosto de 1504 para que cualquier clérigo a quién le fuesen intimadas unas letras apostólicas las obedeciera como se contenía en ellas, sin necesidad de firma del Provisor ni de otro juez.¹⁴⁸⁸ Y cometieron al Provisor para que si fuese necesario diese otro edicto en el mismo sentido. Además, advirtieron al Provisor que no pusiese impedimentos a los mandamientos apostólicos, conformándose en todo con lo que mandase el Derecho Común.

¹⁴⁸⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 96. 19-6-1482.

¹⁴⁸⁶ *Ibidem*.

¹⁴⁸⁷ *Ibidem*, fol. 115.

¹⁴⁸⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. 13-8-1504.

La falsificación de letras apostólicas parece que fue moneda común pues en las sinodales de Diego de Deza se dice:

deseando obviar las falsedades y excesos que muchos con falsas letras que dicen ser apostólicas han hecho y hacen en nuestro Arzobispado y provincia falsando el sello y letras apostólicas diciendo tener grandes poderes y facultades de dispensar y abilitar y proveer beneficios.¹⁴⁸⁹

Otros se hacían llamar jueces apostólicos sin serlo, procediendo por comisiones falsas, y otros sin bulas apostólicas, expectativas o reservaciones, o teniendo gracias para otra diócesis y habiéndose cumplido su vigencia ocupaban beneficios vacantes. Las sinodales también se refieren a los que diciéndose ejecutores o subejecutores de unas bulas hacían diversos procesos y mandatos que la mayoría de las veces eran nulos y sin jurisdicción, *así que nuestros súbditos son oprimidos y molestados indebidamente y caen en diversos errores*. Como muchos no eran letrados y no tenían noticia de estos mandamientos no sabían lo que debían hacer ni obedecer. Finalmente, ante tanto abuso, Diego de Deza concluía: *y por que a nos como Prelado pertenece obviar los engaños y fraudes conformándonos con la disposición del derecho y con lo que por nuestros antecesores de buena memoria está en este caso ordenado y proveído*. Así que mandaba que ningún proceso ni mandamiento de ningún juez que se dijese apostólico, ejecutor o subejecutor, o conservador, fuese cumplido sin que previamente se presentase la comisión original del juez apostólico y el proceso o mandamiento ante el Arzobispo, el Obispo diocesano, o el Provisor o Juez Oficial. Y esto para que el Ordinario a quien incumbía ejecutar y hacer cumplir los mandamientos apostólicos lo mandara obedecer, y en caso necesario se consultara al Papa si fueron letras *subrepticias* o tenían algún defecto, lo cual mandaba a todos los eclesiásticos súbditos del Arzobispado bajo pena de tres florines de oro para quien no lo cumpliera.

Los Reyes también se interesaron por este asunto y legislaron mandando a los gobernadores, asistentes, corregidores y sus tenientes y alcaldes que tuviesen mucho cuidado de no consentir que se publicasen ni predicasen bulas ni indulgencias apostólicas sin que primero hubiesen sido vistas y examinadas de la forma que se establecía en la Bula de Alejandro VI de 26 de junio de 1493 que se incorporó a una Real Cédula de 22 de junio de 1497, en ella se prevenía:

que estén suspensas e no se prediquen ni publiquen Bulas ni questas apostólicas algunas salvo syendo primeramente examinadas por el Ordinario de la diócesis do se hayan de publicar e por el Nuncio Apostólico e por el Capellán Mayor de sus Altezas e por uno o dos Perlados de su Consejo por sus Altezas para esto diputados.¹⁴⁹⁰

Un siglo después el problema subsistía, el Cardenal Guevara, conforme al Concilio de Trento que había estatuido que las letras apostólicas fuesen vistas y examinadas por los ordinarios antes de usarse, y que los que las impetrasen no usaran de ellas sin presentarlas primero ante los jueces ordinarios del Arzobispado para ver si tenían *vicio o subrepción*, establecía una multa de diez ducados y dos meses de cárcel para el que hiciere lo contrario. Las letras incluían una larga serie de dispensas

¹⁴⁸⁹ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones sinodales de Diego de Deza (1512). Que no se ejecuten los mandamientos de ninguno que se diga juez apostólico sin ser vistos primero y examinados por el ordinario.

¹⁴⁹⁰ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Don Fernando y Doña Isabel en Sevilla por Pragmática de 9 de junio de 1500.

graciosas: la dispensa temporal para no residir, las licencias y las dispensas concedidas a los suspensos por los ordinarios de sus órdenes, grados o dignidades eclesiásticas, entredichos, licencias para ascender a los santos órdenes, las dispensas por *oculto crimen extra judicialmente o de cualquier otra manera*¹⁴⁹¹, conmutaciones de últimas voluntades, remisiones de delitos del cual los ordinarios comenzaron a inquirir, remisiones de penas en que fueron condenados los delincuentes etc.

A veces se producían enfrentamientos entre dos o más jueces apostólicos en una causa. En 1564 se presentó al Cabildo Catedral Francisco Aragonés, clérigo notario del Provisor, e intimó a los señores canónigos un mandamiento con censuras y otras penas discernidas por el Provisor de don Fernando Valdés, el doctor Gil de Cevadilla, como juez apostólico en virtud de unas letras que mostró; pretendía que no obedecieran otras censuras ni mandamientos de ningún juez en la causa entre Luis Delgado y Juan Barriga y consortes, vecinos de Llerena. Sin embargo, se trataba de un lugar de la Encomienda de Villagarcía y pronto se puso de manifiesto el conflicto de jurisdicciones, pues se presentó Pero Hernández Calderón, escribano de Su Majestad y notario, y les intimó un mandamiento con censuras contra el doctor Gil de Cevadilla discernido por fray Andrés Treviño, Prior de la Encomienda y juez apostólico que decía ser en la causa citada.¹⁴⁹² Así que la competencia entre jueces fue vista por los letrados del Cabildo, pues ambos jueces los apremiaban con censuras y no sabían a cual de ellos obedecer.

También conocía el Juzgado del Provisor de todos los casos de bulas de la Curia Romana, bulas de beneficios, culto de reliquias, jubileos etc. El miércoles 27 de marzo de 1624 trataron los canónigos en sede vacante sobre una Bula de Indulgencia que se había publicado en el Arzobispado y que muchos no habían tomado por falta de plata, y sin la bula no los podía absolver más que su párroco. Ante esto, el Cabildo dispensó a todos los que se confesaren con los confesores que estaban dentro del Sagrario de la Santa Iglesia y dieron poder a éstos para absolver y usar la gracia de la indulgencia. Más tarde, el 18 de abril, dieron poder a los confesores puestos en el Sagrario para que pudiesen absolver a los que no tenían bulas de la Santísima Trinidad. La misma dispensación se les dio a los confesores de San Gil y lo mismo mandaron para las iglesias de la ciudad de Écija, escribiendo al vicario para que lo mandase hacer así.

Otro asunto relacionado con el anterior era la resistencia de algunos eclesiásticos en los lugares del Arzobispado a obedecer los mandamientos, no ya de la lejana instancia romana, sino incluso de la sede sevillana. En otra constitución de tiempos de don Rodrigo de Castro, que se repitió después en el Sínodo de don Fernando Niño de Guevara, se estableció que todos los clérigos del Arzobispado cumpliesen las cartas y mandamientos del Prelado y de sus jueces, bajo pena conforme a la calidad de su inobediencia. Y que los notarios, y a falta de ellos los clérigos y sacristanes, diesen fe, las leyesen, publicasen y notificasen, y diesen traslado de las cartas y notificaciones sin dilación, pagándoseles sus derechos conforme al arancel, bajo las penas, daños y costas que causaren de no hacerlo. Pero que no fuesen obligados los notarios, clérigos y

¹⁴⁹¹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Cap. II. Que contienen las letras apostólicas de que no se ha de usar hasta ser vistas i examinadas por el ordinario.

¹⁴⁹² A.C.S. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 28, sábado 2-12-1564.

sacristanes a ir a hacer notificaciones o publicaciones fuera del lugar donde vivían, salvo si en el tal lugar no hubiese quien la hiciese.¹⁴⁹³

3.3.18.- La provisión de dones

Uno de los elementos más sobresalientes del poder del Prelado consistía en su facultad para *proveer* oficios y beneficios; esto le reafirmaba en su dignidad y junto a la caridad formaba parte de su carácter distribuidor de dones, tan importante para mantener su status simbólico. En la provisión de oficios y beneficios lo importante no sólo era lo que se daba sino el hecho mismo de dar, que es simbólico¹⁴⁹⁴, pues la Iglesia constituía una sociedad basada no en los derechos de las personas sino en el otorgamiento de dones y gracias por parte de otro.¹⁴⁹⁵ Los sacramentos, las gracias y los nombramientos, siempre suponían el otorgamiento de un don, con lo que se acentuaba *el poder del amo* que los confería, y aumentaba la disimetría entre los que mandaban y los que obedecían. El que otorgaba dones lo hacía, además, en virtud del carisma recibido por otro superior; de esta forma, se establecía una pirámide jerárquica cuyo vértice era el poder omnímodo de Dios, fuente de toda gracia. La Monarquía y el Papado eran piezas fundamentales en esta trama simbólica, en la que la concesión de mercedes otorgaba poder. El nombramiento de obispos formaba parte de la disputa entre ambas instancias, pero también el Rey intercedía por sus protegidos para que los cabildos catedrales o los ordinarios proveyeran prebendas a sus patrocinados. De esta forma se constituían redes clientelares que tejían una trama invisible de fidelidades y deberes mutuos.

El hecho de nombrar los prelados a sus oficiales de manera discrecional y no vitalicia, cambiando el sistema medieval de elección de arcedianos y arciprestes, así como la instauración de beneficios curados adquiridos por oposición, supuso un aumento del carácter funcional y utilitario de la organización, pero los rituales conservaban toda la carga simbólica derivada del liderazgo distribuidor y de las relaciones tejidas por los dones y contradones. En las ceremonias de provisión de los beneficiados de la Catedral encontramos una serie de elementos rituales que son susceptibles de interpretar. Después de hecha la elección en el Cabildo, el nuevo miembro era conducido por un canónigo hacia su nuevo lugar en el Coro, y allí *le señalaba* las partes y la silla que debía ocupar. El lugar que se ocupaba en el espacio físico actuaba como metáfora del lugar que se ocupaba en la trama jerárquica y social, confiriendo privilegios y situando al individuo en una posición (física y social) con respecto a los otros.

Después, le hacía sentar *como se acostumbraba y solían sentar* y realizaba otras acciones en señal de posesión. Se dice que *aprehendía* el cargo como si fuese un objeto que se poseía. Además, la posesión se denominaba *real* y *corporal* como si a lo puramente simbólico se le añadiese cierta materialidad del significante, que remite

¹⁴⁹³ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara 1604. Tit. de rescriptis. Cap. I, Cómo han de cumplir los clérigos las cartas del prelado, i sus juezes.

¹⁴⁹⁴ La idea de que los bienes y las donaciones, incluso de personas, confieren a una sociedad su trama simbólica puede rastrearse en los escritos de MAUSS, M.: “Essay sur le don, forme et raison de l’échange dans le sociétés archaïque”, *L’Année Sociologique*, 1896.

¹⁴⁹⁵ BENLLOCH POVEDA, A.: “La jurisdicción eclesiástica en la Edad Moderna: el proceso”, p. 115. En E. MARTÍNEZ RUIZ y M. DE PAZZIS PI (Coord.) *Instituciones de la España Moderna*. Madrid, 1996.

siempre al cuerpo; el don que se entrega es un don físico, material, y tiene como destinatario el cuerpo del receptor. Así ocurre en el intercambio de dones matrimoniales en el que el don se entrega en mano o se introduce en el dedo, o en los compradores de inmuebles que visitan la casa y realizan actos de posesión como tomar la llave, abrir la puerta o pasear por las distintas estancias como si se la tomase o aprehendiese físicamente¹⁴⁹⁶; o en las escrituras de emancipación cuando vemos cómo el padre toma la mano del hijo y la suelta, en señal de soltura. Asimismo, se insistía en que la posesión se realizaba *quieta y pacíficamente*, es decir que nadie reclamaba aquel objeto como suyo, nadie puso reparos o lo contradijo, así que la posesión era completa.

En señal de posesión el receptor del don derramaba cierta cantidad de dinero entre los asistentes. Esto se puede interpretar como el rasgo de reciprocidad inherente a toda cadena de dones y contradones. Quien recibe debe a su vez dar, todo receptor de dones ingresa en una cadena y debe convertirse a su vez en un donante. Esta reciprocidad simbólica está en el núcleo de la formación de las redes clientelares. Los dones aseguran la reciprocidad, el que recibe está en deuda con el donante, esto asegura la obediencia y la fidelidad personal. El hecho de repartir el dinero entre el pueblo asistente al acto nos habla de que si la cadena de dones Dios-Papa-Rey-Obispo-Cabildo acaba en el nuevo beneficiado, éste debe devolverlo a la comunidad, origen de la cadena, con lo cual ésta se cierra. Las distintas formas de la caridad actuarían en el mismo sentido, como mecanismos de distribución y vuelta al origen.

El juramento, hincado de rodillas ante el Deán, de guardar y cumplir los Estatutos completaba el despliegue simbólico de la obediencia. De nuevo se insistía en el aspecto físico, material, corporal, de la ceremonia. El juramento se hacía sobre los Evangelios y la señal de la cruz, donde *corporalmente* ponía las manos en una tablilla que para el efecto estaba allí. Seguidamente, abrazaba a sus nuevos compañeros, expresando los nuevos vínculos de afecto y lealtad que contraía, y lo asentaban en los libros y cuadernos de los beneficiados para que le acudieran con sus derechos y rentas. Finalmente, pedía al Secretario que le diese un *instrumento público* para la guarda de sus derechos, combinando los elementos jurídicos del derecho positivo, la escritura pública, con los actos rituales y simbólicos de posesión o adquisición de bienes o derechos.

Así que proveer oficios y cargos era uno de los actos de jurisdicción en los que se ponía de manifiesto la autoridad y grandeza de la Dignidad. Cuenta Ortiz de Zúñiga que don Rodrigo de Castro recuperó el esplendor, grandeza y exaltación de su autoridad, siendo un verdadero príncipe eclesiástico, recuperando mucha de la autoridad perdida por las largas ausencias de sus predecesores, y en virtud de indultos pontificios proveyó todo lo que tocaba a la Sede Apostólica. Cosa que todavía no se había concedido a todos los cardenales, por lo que en sus años de prelación apenas hubo dignidad, prebenda o

¹⁴⁹⁶ Véanse las escrituras públicas de compra-venta de inmuebles. Max Weber en su descripción de la burocracia señalaba que una de las características de la moderna burocracia era que desaparecían las personas pero permanecían los cargos, como si estos fuesen independientes de las personas. Aquí parece que no se cumple este requisito, pues los cargos parecen inseparables de las personas. Max Weber. *Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México, 1984; Max Weber. *La ciencia como profesión, la política como profesión*. Madrid, 2009.

beneficio en todo el Arzobispado que no nombrase, *buscando siempre a los más beneméritos, amparando a los doctos y eruditos con gracias y mercedes.*¹⁴⁹⁷

La provisión de beneficios y dignidades en la Catedral

Al mismo tiempo, las provisiones implicaban un resorte en la lucha interna por el poder, pues los nombramientos aseguraban un cierto control central sobre las fuerzas disgregadoras, representadas por los distintos órganos y colectivos que escapaban, o trataban de escapar, a la autoridad del Ordinario.

Tras la toma de posesión de un nuevo Prelado o cuando el Cabildo sede vacante se hacía cargo de la jurisdicción ordinaria del Arzobispado, se planteaba como primera decisión de importancia el nombramiento de los oficiales del Gobierno arzobispal. Durante todo el siglo XVI, en el que predominó la ausencia de los prelados de su sede, fue el Provisor el responsable de los nombramientos del resto de los oficiales del Consistorio, así como de las otras provisiones de oficios, beneficios y cargos. Desde luego, en los nombramientos de cierta relevancia como podían ser los de Juez de la Iglesia, Juez de Testamentos, Alguacil Mayor y Mayordomo Mayor, las instrucciones del Prelado desde la distancia eran decisivas.

El Cabildo en sede vacante se repartía entre sus canónigos todos los oficios de relevancia, pero los prelados actuaron de muy diversa forma según la personalidad de cada uno y las ideas previas con respecto a las relaciones con el Cabildo Catedral que tuviesen. Aunque por costumbre y por razones de cercanía, conocimiento y capacitación para las tareas de gobierno se suponía que los canónigos y dignidades de la Catedral eran la cantera natural de donde debía nutrirse el Prelado para los nombramientos de sus oficiales, en la práctica algunos arzobispos nombraron por jueces y altos oficiales a clérigos de otras diócesis, temiendo la fidelidad de los prebendados a su capítulo. Esta decisión condicionaba la relación del nuevo Prelado con su Cabildo Catedral, pues suponía mostrar de entrada una desconfianza y un deseo de independencia que a menudo era la manifestación primera de unos designios de control y disciplinamiento del clero catedralicio que ponía a éstos en guardia ante cualquier intromisión.

Por otra parte, si el Arzobispo, para congraciarse con su Cabildo, se apoyaba en los canónigos para sus nombramientos, renunciaba a una acción de gobierno firme, sustentada en oficiales independientes y leales a la jurisdicción ordinaria del Prelado. También es cierto que en muchos casos los canónigos, una vez nombrados oficiales del Gobierno Arzobispal, demostraban una independencia y un celo en la defensa de sus nuevas prerrogativas que lo alejaban de sus antiguos compañeros capitulares, y al contrario, oficiales del Prelado que eran recompensados con prebendas tras su cese, demostraban un gran espíritu de cuerpo en su nueva etapa como beneficiados en la Catedral. Estas suspicacias tenían su reflejo en la parte del Cabildo Catedral cuando los *familiares*¹⁴⁹⁸ del Prelado eran obligados a salir del Cabildo en las sesiones en las que se

¹⁴⁹⁷ ALONSO MORGADO, J.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*. Sevilla, 1906, p. 477.

¹⁴⁹⁸ Se denominaban familiares a todos los criados y oficiales del Prelado. En este caso se refiere a los prebendados que habían servido al Prelado y después vuelto a su lugar en el Cabildo Catedral.

trataban temas concernientes al Arzobispo, con las consiguientes protestas y apelaciones de los expulsados. Así que la desconfianza era mutua.

Además de esto, cada Prelado se encontraba a su llegada con el fuego cruzado de presiones y ofrecimientos de todo tipo para ocupar los apetecidos cargos. A menudo los aspirantes enviaban memoriales y advertencias al Arzobispo en los que manifestaban su celo reformador, su lealtad y admiración por el Prelado y a veces su desdén por otros aspirantes. Hemos elegido el memorial enviado por el licenciado Tamariz al prelado don Pedro de Castro a su llegada a Sevilla en 1611 por parecernos representativo del esquema general que seguían este tipo de escritos. Comienza presentándose como licenciado y catedrático de vísperas por Alcalá de Henares y recuerda su paso por Granada, donde don Pedro ocupaba la Silla Arzobispal, para opositar a la canonjía doctoral compitiendo con don Pedro de Molina, que finalmente la consiguió. Tras aquel intento fallido en Granada nuestro memorialista se vino tras don Pedro a residir a Sevilla y se presentó de nuevo al Prelado manifestándole

que si el contento por su elección ha sido común en la ciudad yo como más aficionado a su gran virtud y prudencia y mucho valor lo e sentido mayor, deseando que quiera dios nos sirva su señoría ilustrísima muchos años para que esta ciudad e iglesia ilustrada con los muchos atributos de v^a illma vayan en aumento.¹⁴⁹⁹

Después, advertía al Prelado *como uno del pueblo* que, puesto que le habían dicho que hasta ahora no había nombrado oficiales y que algunos prebendados de la Iglesia Catedral trataban de que los aupara a esos ministerios, había dos razones para desaconsejarle que los nombrase. La primera era su ignorancia, pues no conocía sujeto capaz en el Cabildo para ninguno de los oficios, porque unos eran mozos y otros *nec sciunt ego amodeum*.¹⁵⁰⁰ Y los que habían sido ya oficiales lo habían sido más por favor y ruegos que por sus cualidades, y para las obligaciones que tuvieron *no les han hecho falta los testos que no an visto*. La segunda razón que excluía a los prebendados de estos oficios era que *como emos visto en años pasados están siempre subordinados y tan afectos como los prebendados y Cabildo, que degeneran la obligación que tienen a sus señores*. Y que como dijo el poeta *qui curios simulant et bachanaliam vivunt*¹⁵⁰¹, recordándole finalmente que *collegiales ay en los colegios y oficiales expertos de otros Obispos*. Así pues no sólo cuestionaba la lealtad de los prebendados sino que los tachaba de ignorantes y de hipócritas pues aparentaban vivir en la virtud y en realidad vivían en la disipación. Finalmente recordaba que había colegiales y oficiales de otros obispados aptos para ocupar los cargos. Colegiales como los que salían del Colegio de Santa María de Jesús de Sevilla y que ocuparon en numerosas ocasiones el oficio de Juez de Suplicaciones y Testamentos del Arzobispado.

¹⁴⁹⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Advertencias del licenciado Antonio Tamariz”.

¹⁵⁰⁰ La frase la interpreto del siguiente modo: “No saben (ni siquiera) el ego amo deum”. El memorialista quiere significar la ignorancia de los aspirantes pues ni siquiera conocen el rezo “Yo amo a Dios”. Este sería el título de algún himno, rezo o liturgia, seguramente de carácter elemental y conocido por todos. Tal vez el himno atribuido a San Francisco Javier que comienza “O Deus ego amo te”.

¹⁵⁰¹ De la cita clásica del poeta satírico latino Juvenal (Sátira II, verso 3): “Qui Curios simulant et bachanaliam vivunt” que traduzco por “quienes aparentan (ser) Curios y viven (entre) bacanales”. Esta cita la recogen autores posteriores para referirse a la hipocresía de quienes, dando lecciones de moral y ostentando una imagen externa de Curios (de Curio Dentato, héroe romano prototipo de la primitiva virtud y frugalidad), viven en realidad en la corrupción y en la disipación.

Así pues, el Prelado debía tomar una decisión inicial respecto al nombramiento de sus oficiales que iba a condicionar sus relaciones con el Cabildo Catedral. Tras el nombramiento de los oficiales del Consistorio, las provisiones de mayor cuantía correspondían a los oficios de la Santa Iglesia Metropolitana, donde había once dignidades. La primera, que era el Deanato, era de provisión absoluta de Su Santidad, las otras diez, que eran el Chantre, Tesorero, Maestrescuela, Arcediano de Jerez, Arcediano de Écija, Arcediano de Reyna, Arcediano de Niebla, Arcediano de Carmona, Arcediano de Sevilla y Prior de las Ermitas, eran de provisión alternativa de Su Santidad y el Arzobispo. En los meses que le correspondían, el Arzobispo proveía en la Santa Iglesia Metropolitana de Sevilla *in solidum*, a su voluntad, las dignidades que vacaban *per obitum*, y en las canonjías y raciones que vacaban en los meses ordinarios tenía con el Cabildo la simultánea, concurriendo éste en la elección y provisión con el Arzobispo, el acto de la colación se hacía por imposición de bonete por el Arzobispo y Cabildo.

Aunque había 40 canonicatos enteros sólo se contaban 38 porque uno se dividió en cuatro medias raciones y el otro tenía aplicada su renta al Tribunal de la Inquisición de la ciudad. Cuatro de estos canonicatos eran de oficio y los 34 restantes a provisión de Su Santidad y el Arzobispo, dos meses para Su Santidad y uno para el Arzobispo; enero y febrero para Su Santidad y marzo para el Arzobispo. Pero la provisión que hacía el Arzobispo no era absoluta, sino que tenía la simultánea con el Cabildo y en discordia elegía Su Santidad. Había además 20 raciones y 20 medias raciones y se servían todas por provisión, siguiendo el mismo orden que los canonicatos. En 1580, el Cabildo sede vacante a la muerte de don Cristóbal de Rojas cometió al canónigo y arcediano de Jerez don Baltasar de Astudillo para que hiciera diligencias en Roma con Su Santidad para que se uniesen cuatro medias raciones para cantores *porque hacían falta*. Para el servicio y culto divino había también en la Catedral 20 beneficiados, 227 capellanías servidas por 57 capellanes, un número *elevadísimo* de ministros, músicos, sacristanes, colegiales, seises, pertigueros y peones *como de una iglesia que le sobra todo con superior magnificencia*.¹⁵⁰² Además había en la ciudad una Iglesia Colegial de Nuestro Señor San Salvador con diez canonicatos y un Priorato que valían 500 ducados por quinquenio, y en la provisión de estas canonjías tenía el Arzobispo la alternativa con Su Santidad.

La provisión de prebenda más antigua que hemos encontrado se remonta a 1478 cuando estando en Sevilla el Cardenal don Pedro González de Mendoza acudió personalmente al Cabildo para hacer las provisiones de canonjías o raciones.¹⁵⁰³ Aunque otras veces le representó su Secretario de Cámara. El 3 de septiembre de 1481 el Arzobispo proveyó una canonjía vacante en la iglesia en la persona de don Rodrigo Pimentel, hijo del *magnífico señor conde de Benavente*. Por don Rodrigo se presentó personalmente, como su procurador, *el venerable varón Miguel Pérez, clérigo de la diócesis de León y Capellán del señor Conde*,¹⁵⁰⁴ por el Prelado actuó en su nombre confirmando y refrendando la provisión canónica su secretario Diego González. Con posterioridad será costumbre que sea el Provisor el que acuda al Cabildo en nombre del Prelado a las provisiones de prebendas. Es posible que el Provisor, aunque pieza

¹⁵⁰² A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial.... Capítulo 2, De la Cathedral de Sevilla.*

¹⁵⁰³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 1, año 1478.

¹⁵⁰⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 49. 3-9-1481.

importante en el organigrama del gobierno arzobispal, en este momento temprano en la configuración del aparato de gobierno arzobispal compartiese el poder con otras figuras como el Secretario de Cámara del Prelado.

Sin embargo, el Cardenal Hurtado de Mendoza ya hizo las provisiones por su Provisor. Así vemos cómo el lunes 13 de agosto de 1498 a la hora de nona, estando los canónigos ordenados *in sacris* dentro de la Capilla del Cardenal, presidiendo el Chantre, llegó el Provisor con poder del Prelado para, juntamente con el Cabildo, proveer una ración que estaba vacante.¹⁵⁰⁵ En el pontificado de don Alonso Manrique (1524), el Provisor García de Vaños de Mondragón sustituyó al Prelado como su procurador y juntamente con los beneficiados hizo colación y provisión de canonjías y raciones en la Iglesia Catedral.¹⁵⁰⁶

Los prelados solían, como líderes distribuidores de dones, otorgar prebendas a sus criados en agradecimiento por su fidelidad y servicios, quedando de esta manera sellado un vínculo sólido y duradero. En mayo de 1544 el Arzobispo García de Loaysa le dio una canonjía en la Iglesia de Jerez a su criado Cosme Luis de Riaño. Este dio a su vez poder, ante el escribano público García de León, al Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal Martín de Salazar, para que tomase posesión en su nombre. Como era costumbre, éste a su vez dio poder a otras personas para que lo sustituyeran, en este caso, el licenciado Alvaro Sánchez Guerra, vicario de Jerez de la Frontera, y a Juan de Comas, clérigo cura de la Iglesia de San Salvador.¹⁵⁰⁷

En tiempos del Inquisidor Valdés sus provisos acudieron siempre al Cabildo para hacer las provisiones de las canonjías y raciones, y con posterioridad vemos en los distintos pontificados de don Cristóbal de Rojas, Rodrigo de Castro, Fernando Niño y Pedro de Castro otorgar poderes a los provisos para que, en nombre del Prelado, acudiesen al Cabildo para hacer las provisiones de prebendas y dignidades. Sin embargo, desde muy temprano vemos las disputas que generaban estas provisiones. Como es el caso que ocurrió en 1546, cuando el Provisor y Vicario General licenciado don Miguel Arévalo mandó llevar preso a un religioso, un tal Francisco de Pineda, que se había salido de su monasterio y conseguido bulas para un beneficio en la Catedral. Como esto iba contra las constituciones y sínodos, los alguaciles del Provisor lo detuvieron, pero el Cabildo, que se resistía al control del poder arzobispal en defensa de sus inmunidades, decidió cumplir las bulas y burlar las disposiciones del Provisor.¹⁵⁰⁸

En el mes de junio de este mismo año, el Provisor se presentó de nuevo diciendo que

a su noticia es venido que había vacado una canonjía y que la provisión de ella era y pertenece al Arzobispo y a él en su nombre por aver vacado en mes ordinario, y a él como tal Provisor en virtud del poder que tenía presentado del dicho reverendo don Hernando de Valdés, Arzobispo, le pertenecía la presentación y provisión simultánea juntamente con los dichos señores del Cabildo, que él presentaba a Alexo Romero, clérigo de la diócesis de Segovia.¹⁵⁰⁹

¹⁵⁰⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5.

¹⁵⁰⁶ *Ibidem*. 23-5-1524.

¹⁵⁰⁷ A.P.N.S. Legajo 12.316, año 1544, fol. 2134.

¹⁵⁰⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20, año 1546.

¹⁵⁰⁹ *Ibidem*, junio de 1546.

Efectivamente, por tratarse de un mes ordinario le correspondía la provisión al Arzobispo, pero parecía obviar que era simultáneamente con el Cabildo.

Ahora bien, no siempre el candidato del Provisor era admitido por el Cabildo, si no lograban ponerse de acuerdo le correspondía decidir a Su Santidad y a la Cámara Apostólica Romana. El martes 6 de marzo de 1554, estando el Cabildo *ayuntado* en el Corral de los Olmos, presidiendo el deán don Diego de Carmona, entró el Provisor al Cabildo con su Alguacil Mayor y *otra mucha gente*¹⁵¹⁰ *a proveer un canonicato por fuerza*.¹⁵¹¹ Después se sentó cerca del Deán requiriéndole para que se juntase a proveer la canonjía que estaba vacante al señor Fortuño de Ybarguen, que había sido Secretario del Arzobispo Valdés y su hombre de confianza. Después, llamó a *cierto mancebo* que estaba allí, el procurador de Ybarguen, y el Provisor se quitó el bonete que tenía en su cabeza para ponérselo sobre la suya. Entonces el Mayordomo del Comunal y todos los señores del Cabildo *se levantaron en pié* contradiciéndolo y requiriendo al Provisor para que dejase al Cabildo votar libremente y determinar, y diciendo que era fuerza notoria lo que hacían en la provisión, pues no los dejaban votar, como se hacía de uso y costumbre y les pertenecía.

Según el testigo que narró los hechos, casi todos los señores del Cabildo protestaron y apelaron de la fuerza que se les hacía excepto el Deán, el Arcediano de Sevilla y el Maestrescuela, y si *algunos otros ubo por la mucha alteración que avía no me acuerdo quienes son, más que la mayor parte del Cabildo lo contradixo*.¹⁵¹² Estando en esta discusión, el Deán dijo que hacía la colación *cuanto de derecho podía* y los canónigos requirieron muchas veces al Provisor que se saliese del Cabildo con su Alguacil y ministros y los dejase libremente decidir para proveer.

En vista de la insistencia de los prebendados y como quiera que la agitación en el Cabildo amenazaba con desembocar en un altercado, el Provisor se salió y se volvieron a sentar y serenar, y el canónigo Luis de Lezana hizo una relación de lo sucedido y presentó un escrito a los letrados. Se trataba, evidentemente, del intento de cambiar el procedimiento habitual de provisión de las prebendas por el Deán y Cabildo juntamente con el Prelado, representado por su Provisor. El Provisor intentó prescindir, en el proceso de provisión, de la votación del Cabildo, sustituyendo la deliberación y participación de los prebendados por la decisión unilateral y jerárquica.

En realidad esto era el acto final de un conflicto que se venía gestando desde hacía meses. Todo comenzó cuando el canónigo Francisco Mudarra se fue a la Corte Romana como *scriptor apostólico* a servir al Papa y resignó su canonjía en Juan Albarez, pero reservándose el derecho de regreso. En marzo de 1554, tras la muerte de Juan Albarez, el canónigo Alonso Mudarra, hermano de Francisco, actuando como su procurador, presentó las bulas de regreso porque quería volver de Roma. El Maestrescuela hizo un informe que comunicó en Cabildo, aceptando como bueno el derecho de regreso; pero el Fiscal del Provisor, Alonso Gómez, se presentó diciendo que no se debía admitir el regreso porque Francisco Mudarra había sido *reconciliado* por delitos de herejía que

¹⁵¹⁰ Suponemos que los alguaciles de los diez, o alguaciles menores, oficiales del Arzobispado a las órdenes del Alguacil Mayor y su Provisor.

¹⁵¹¹ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, 6 de marzo de 1554.

¹⁵¹² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 22. 6-3-1554.

había cometido en Roma, y ofrecía pruebas de ello. Sin embargo el Deán aceptó el regreso.

El sábado 3 de marzo por la mañana se presentó de nuevo el Fiscal en el Cabildo, que estaba reunido en la Sacristía Mayor, y presentó la probanza del proceso por la cual Mudarra había sido penitenciado por el Santo Oficio romano. Además, aportaba cartas de Roma en las que se decía que estaba huido por cosas tocantes al Oficio de la Santa Inquisición. Por el contrario, Francisco Mudarra presentó la sentencia con la relación del pleito y acusación que le pusieron, y afirmó que Su Santidad quitó, *por ciertas causas*, el conocimiento del pleito a los Inquisidores de Roma y lo cometió al Cardenal Cortés con el Vicario de Roma y al Obispo de Florencia, los cuales procedieron hasta sentencia definitiva y le dieron por *libre e quito de toda acusación y dieron por ningunos los procesos*.

Ante esto, los letrados del Cabildo aconsejaron al Deán obedecer la bula de regreso de Mudarra, y, además, alertaban que en el primer requerimiento que había hecho el Fiscal del Provisor decía que él requería en nombre y como procurador del Provisor, *a quien por comisión de su señoría reverendísima pertenece proveer los beneficios que vacaren en los meses ordinarios*. Los letrados señalaban, para que el Deán lo advirtiera en su respuesta, que la provisión de los beneficios era simultánea del Deán y Cabildo con el Provisor. Sin embargo este día se presentó en el capítulo el Provisor y dijo que por muerte del canónigo Juan Álvarez nombraba para que fuese proveído de la canonjía a don Fortuño de Ybarguen, Secretario del Prelado, y pidió al Cabildo que se conformase con esta provisión. Así que el Prelado pretendía aprovechar el lance que había tenido Francisco Mudarra con la justicia inquisitorial romana para colocar en la canonjía vacante a su Secretario. El Provisor pretendía prescindir de la provisión simultánea con el Cabildo, sustituyendo la deliberación y votación de los canónigos por una provisión unilateral del Prelado. El Cabildo respondió al Provisor que no les constaba, ni le había sido mostrado, el poder que decía tener el Fiscal Alonso Gómez para presentarse como procurador del Provisor Cervantes Gaete. Pues se ve que, si el Prelado delegaba estos asuntos en su Provisor, éste a su vez los subdelegaba en su Fiscal, otorgándole poderes. También afirmaban que no constaba que Francisco Mudarra hubiese cometido delito, y hasta que hubiese declaración del Santo Oficio no podían dejar de obedecer y ejecutar las letras apostólicas presentadas.

Contra las probanzas presentadas por el Fiscal aducían que los testigos eran de oídas y ninguno de vista, y por semejantes informaciones no se podían dejar de obedecer unas letras apostólicas. Pues, cuando se trataba de seglares o del bajo clero, las declaraciones de varios testigos de oídas se tomaban como válidas, sobre todo cuando se presentaba el delito como algo *público y notorio*, del que todos tenían conocimiento de oídas pero ninguno había visto; con el riesgo de que se tratase de un rumor hecho circular convenientemente hasta adquirir el estatuto de *verdad pública y notoria*. Pero en este caso se trataba de un canónigo, por tanto su condición de privilegio conllevaba la presunción de inocencia y la aplicación literal del derecho en su favor, lo cual significaba la necesidad de una mayor carga probatoria de los testimonios para condenarle.

En una sesión posterior se reprodujo el enfrentamiento, primero mandaron al doctor Martín Gascó, Maestrescuela, que se saliese del Cabildo pues había sido Provisor del Prelado y por tanto era *familiar*; éste dijo que se le hacía agravio porque otras

personas que habían sido familiares no salían. Y efectivamente así era, otros canónigos que habían sido familiares no fueron obligados a salir del Cabildo, pero el Maestrescuela se había significado por su apoyo a las pretensiones del Provisor. Después votaron por cédulas secretas qué harían en este negocio, y el Deán dijo, tomando partido de nuevo por el Prelado y su Provisor, que en Roma y en Sevilla *yncuria imperatoris y en todo el Reyno consta la grande infamia y como es huido el dicho Francisco Mudarra por delicto del Santo Oficio*, así que se requería antes de darle la posesión que se hiciese información, y si se hiciese otra cosa lo contradecía, dando su voto al candidato del Arzobispo Valdés, el señor Fortuño de Ybarguen, Arcediano de Sigüenza y Secretario del Prelado. A este voto se unieron los canónigos Briceño y Lezama y el Arcediano de Sevilla.

El canónigo Francisco Jimenez también abundó en esta proposición y dijo que en caso de que el señor Mudarra fuese hereje o reconciliado o alguno de los defectos prohibidos por los Estatutos, que no adquiriese ningún derecho ni se le admitiera; a esta propuesta se unieron don Iñigo Sarmiento, el Obispo de Marruecos y Luis Carrillo de Castilla. El licenciado del Corro dijo que cuando alguien presentaba letras y bulas apostólicas y pedía ser admitido, si contra él hubiera alguna infamia de las se contenían en los Estatutos, el Cabildo mandaba antes de dar la posesión hacer información de los delitos. Así que proponía hacer información de los delitos que se le atribuían.

Pero aquí no paraban las maniobras para atrapar la tan apetecida prebenda vacante. En esta misma reunión del Cabildo se presentó Gonzalo Pérez, del Obispado de Segovia, Secretario de Su Majestad, reclamando para sí la canonjía vacante en virtud de una reserva concedida por Su Santidad el 8 de julio de 1552 para un beneficio en Sevilla, acompañándose con el proceso discernido por el Provisor de Sevilla de primeros de marzo de 1553. Previamente, el 17 de agosto de 1552, había presentado el poder del Cardenal de Santiago para los señores Juan de Urbina y otros canónigos, que había pasado ante Blas de Casa Rubias, *scriptor* del Archivo.

Finalmente se votó en secreto y salió que se le diese la posesión a Francisco Mudarra en virtud del regreso, y mandaron al canónigo más antiguo que le diese la posesión, señalándole su silla en el Coro. Y así se hizo, jurando Alonso Mudarra en nombre de su hermano ser fiel al Arzobispo de Sevilla, don Hernando Valdés, y al Deán y Cabildo, y guardar los Estatutos de la Santa Iglesia. Por su parte, el Secretario del Rey, Gonzalo Pérez, siguió pretendiendo la canonjía y envió al Cabildo a Cristóbal de Mantilla, procurador del Cardenal de Santiago, el cual dijo que tenía presentada una gracia de reserva con cédula de Su Santidad para la canonjía vacante y que no se debía admitir la reserva de regreso de Francisco Mudarra, pues había perdido sus derechos por las razones *públicas y notorias* que alegaría y de lo contrario apelaba y protestaba la nulidad de la posesión.

La lucha entre Arzobispo, a través de su Provisor, y Cabildo, por los nombramientos de beneficiados en la Catedral continuaron. En septiembre de este mismo año el Provisor Obando propuso para una media ración vacante al licenciado Pedro de Alcaraz, el Cabildo por su parte nombró a Diego Fernández, que era el veintenero más antiguo, también terminó la disputa en pleitos y apelaciones. El 17 de octubre el Provisor propuso para una canonjía vacante al licenciado Juan de Arciniega y

el Cabildo propuso a Juan de Solís, racionero más antiguo, de nuevo hubo apelaciones.¹⁵¹³

En los períodos de sede vacante, cuando en ausencia de Prelado los beneficiados de la Catedral asumían la potestad de proveer las canonjías y raciones, surgían a menudo conflictos y luchas de poder. El sábado 1 de octubre de 1580 llamaron los canónigos para proveer la ración entera que estaba vacante en la Iglesia de Sevilla por muerte del racionero Juan Pérez Vejarano, cuya provisión les pertenecía. Y ordenaron que el Secretario no escribiese los votos que tuviesen los candidatos en ninguno de los escrutinios que se hiciesen, sino sólo cuando saliese hecha la elección por mayoría de votos; y sin poner los votos que tuviesen los demás en el último ni en los anteriores escrutinios. Suponemos que para evitar que se pusiesen de manifiesto las parcialidades y bandos dentro del Cabildo y derivase en enfrentamientos posteriores.

Ante esto, el Obispo de Esquilache requirió para que se votase como ordenaba el Derecho y los Estatutos de la Santa Iglesia, y de lo contrario protestaba y contradecía la nulidad de todo. Pretendía que la elección fuese verbalmente, jurando primero guardar secreto. Pero el canónigo Alonso de Zamora dijo que, por cuanto intentaban obtener esta ración no sólo algunos beneficiados de la Santa Iglesia sino también otros que eran personas poderosas, que se votase el negocio y elección secretamente, como también mandaban los Estatutos de la Iglesia, tomando habas blancas y negras; finalmente salió por mayoría que se votase de esta manera, por cédulas secretas. Salieron del Cabildo los familiares del Prelado y quedaron veintitrés votos presentes, así que, por lo menos había que tener doce votos para ganar; pero si hecho el primer escrutinio no saliese la elección se iba quitando el que menos votos tuviese y si hubiese dos iguales en votos se votaba cual de los dos se *echava fuera*, saliendo de la competición y jurando previamente no descubrir directa ni indirectamente los votos que tuviesen ninguno de los nombrados en ninguno de los escrutinios. Después, votaron uno a uno por su antigüedad de canonjía y lo juraron ante la Cruz y los Santos Evangelios poniendo su mano en la tabla que estaba en el Cabildo.

Los presentes a la votación fueron: don Alonso de Revenga, Deán y canónigo, el canónigo don Alonso Fajardo de Villalobos, Obispo de Esquilache y Arcediano de Sevilla, Baltasar de Astudillo, Arcediano de Jerez y canónigo, Juan Bautista de Montoya, Arcediano de Niebla y canónigo, don Pedro Vélez de Guevara, Prior y canónigo, Antonio Gonzáles, canónigo, Diego Godo Mexía, canónigo, Hernando Mohedano de Saavedra, canónigo, doctor Negrón, canónigo, Fernán Pérez de Saucedo, canónigo, Alonso de Zamora, canónigo, doctor Çumel, canónigo, don Luis Ponce de León, canónigo, don Pedro Sarmiento, canónigo, don Lorenzo de Ortega, canónigo, doctor Cuevas, canónigo, don Andrés de Salzedo, canónigo, don Gerónimo Costilla, canónigo, doctor Hojeda, canónigo, don Antonio Sánchez de Carmona, canónigo, doctor Hurtado, canónigo, don Iñigo de Villalobos, canónigo y el Secretario, canónigo licenciado Castro.

Tras la votación salió elegido el licenciado Fernando de Medina de Caraz, clérigo presbítero, doctor en leyes y cánones y oidor de su Majestad en la Real Audiencia de Sevilla. Después mandaron venir al Cabildo al licenciado Medina y cometieron al Deán para que le hiciese la institución y colación canónica de la ración, que se verificaba

¹⁵¹³ *Ibidem*, 17 de octubre de 1556.

mediante una ceremonia ritual de costumbre inmemorial. Era frecuente que el candidato estuviese representado por su procurador, que actuaba *en anima* de su representado y como si fuese su misma persona. De rodillas ante el Deán, éste le imponía el bonete sobre su cabeza y le ministraba la ración, siendo en este caso testigos del acto los señores licenciados Juan de Morillas Osorio, oidor de Sevilla, y don Gerónimo de Montalvo, Alguacil Mayor de Sevilla. Después un canónigo lo llevaba al Coro y le señalaba su silla, haciéndole sentar en señal de *posesión real, actual, corporal vel quasi* y el candidato o su procurador en su nombre *derramaba* cierta cantidad de dinero entre las personas que estaban presentes, constatando que *aprehendía y tomaba posesión* quieta y pacíficamente, sin contradicción de nadie.

Luego, de nuevo de rodillas ante el Deán, juraba guardar y cumplir los estatutos y loables costumbres de la Santa Iglesia que estaban en una tabla, en los evangelios y sobre la señal de la cruz, *donde corporalmente ponía sus manos en la tablilla que para el efecto estaba en el Cabildo*.¹⁵¹⁴ A continuación abrazaba a todos los canónigos presentes y lo asentaban en los libros y cuadernos de los beneficiados para que le acudiesen con las rentas que le correspondían. Finalmente requería del Secretario un instrumento público que diera fe de la provisión para la conservación de sus derechos. Previamente se había hecho una informació *de genere*, conforme mandaban los estatutos de la Santa Iglesia, para averiguar su limpieza de sangre y generación. En este caso cometieron a don Juan Bautista Montoya y al doctor Pedro Zumel que luego informaron al Cabildo.

El viernes 7 de octubre de 1580, para hacer frente a las presiones del Obispo de Esquilache y defender la elección de la ración que había hecho el Cabildo, cometieron a don Baltasar de Astudillo y a don Antonio González, que escribieron cartas a Madrid, a la Corte y a Roma. A continuación llamaron a Cabildo para tratar acerca de la revelación de secreto contra el juramento que decían que había habido en la elección de la ración que se dio al licenciado Medina. Todas las sospechas recaían sobre el Obispo de Esquilache o sobre alguno de sus partidarios, pues con la revelación del secreto pretendían impedir la validez de la elección por otra vía. Así que mandaron que el Deán y el Provisor hiciesen, con todo rigor, verificación e información de quién había sido el beneficiado que descubrió el secreto de las votaciones, procediendo en ello con las censuras y penas que fuesen necesarias.

Mientras, el Obispo de Esquilache presentó un requerimiento protestando que la ración no se había proveído guardando lo que establecían los estatutos, las loables costumbres y lo que disponía el Derecho, jurando primero guardar secreto y después votando verbalmente, apelando *para nuestro muy santo padre Gregorio Décimo Tertio y pido los apóstoles desta mi apelación y protesto el auxilio de la fuerza*. Además hizo otro requerimiento porque según él no se habían guardado los estatutos, constituciones y cédulas de Su Majestad para el Prelado y Cabildo en lo concerniente a la forma de hacer las informaciones *de genere*, es decir en la averiguación de la limpieza de sangre y generación del candidato. Para esto mandaron buscar lo que el Secretario, racionero Alejo Belasco, anotó el 7 de abril de 1559 en el libro de los autos capitulares. Y allí se podía leer que para hacer las averiguaciones *se fuese a los lugares de la naturaleza del que fuese proveído*, y según el obispo no se había hecho, así que protestaba, apelaba y contradecía la posesión de la ración. Finalmente, cometieron a los canónigos Antonio

¹⁵¹⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval, 1580-81.

González y Andrés Salcedo para que comunicaran con los letrados del Cabildo para este negocio.

Más tarde los canónigos oyeron la relación de la información de genealogía del licenciado Fernando Medina y dijeron que la información les parecía suficiente, teniendo en cuenta la notoriedad de la *limpieza*, pues no consideraban necesario hacer las averiguaciones en los lugares de nacimiento de sus padres y abuelos; parece que al tratarse de un notable, que había ocupado importantes cargos al servicio del Rey, no consideraban necesario realizar la información de manera exhaustiva, como mandaban los Estatutos y las leyes reales. Sin embargo, el Obispo de Esquilache, para entorpecer la elección y esperando que la información genealógica en su lugar de nacimiento pudiese levantar alguna sospecha entre sus antepasados, pretendía que se cumpliese escrupulosamente con la legalidad.

Finalmente, a pesar de los obstáculos y dilaciones puestas por el Obispo de Esquilache, cometieron al canónigo Hernando Mohedano de Saavedra para que fuese con el señor licenciado Medina al Coro de la Santa Iglesia y le diese y señalase en la parte y Coro del Deán una silla entre los racioneros. Después entró en el Cabildo don Andrés Maldonado con un poder otorgado por el licenciado Medina ante el notario apostólico Esteban de Rojas para tomar posesión, colación y canónica institución de la ración entera.

El 16 de octubre el Obispo de Esquilache dijo que se afirmaba en sus apelaciones y requerimientos, pues tenía noticias de que habiendo apelado y protestado la nulidad ante Su Santidad y requerido el auxilio de la fuerza se prosiguió en el proceso de provisión. Insistía en que antes de hacer el llamamiento había que hacer la información de limpieza y genealogía que hacían los beneficiados de sus padres, abuelos y bisabuelos, por tanto se actuó contra los Estatutos y el breve de Su Santidad porque el llamamiento no se podía hacer, ni menos dar la posesión; así que suplicaba no diesen la posesión ni hicieran ningún otro auto estando el primero apelado, pues apelaba nuevamente y protestaba la nulidad y el auxilio de la fuerza.

Leída la apelación, los canónigos mandaron que Antonio González y Andrés de Salcedo, diputados de este negocio, hicieran las diligencias para proseguir con la provisión que finalmente se verificó con la ceremonia acostumbrada. A continuación entró en el Cabildo un escribano público de la ciudad y notificó a los canónigos una provisión ordinaria del Consejo Real a petición del señor don Alonso Fajardo de Villalobos, Obispo de Esquilache, en seguimiento de las apelaciones que había hecho, para que se llevasen los autos a la Real Chancillería de Granada. Los canónigos mandaron salir del Cabildo al Obispo para proveer sobre ello y saliendo dijo que no estaba obligado a salir y apelaba de ello y protestaba el auxilio de la fuerza. Y nuevamente cometieron a los señores Antonio González y Andrés Salcedo para que comunicasen el negocio con los letrados y ver lo que había que hacer. El 5 de noviembre se mandó de nuevo que se saliese el Obispo del Cabildo para tratar sobre la provisión real y dijo que el negocio no era suyo para tener que salirse del Cabildo sino que defendía los Estatutos y por tanto que todo lo que se hiciese en su ausencia lo contradecía y apelaba.

Habiéndose salido, dieron poder, ante el escribano Gaspar de León, al Procurador Mayor del Cabildo, Alonso de Ávila, y a otras personas, para que se respondiese a la

real provisión conforme a lo que los letrados ordenasen. Después los canónigos presentaron un escrito de respuesta al Obispo de Esquilache alegando que sus requerimientos eran nulos porque estaban hechos por quien no era parte, sin tiempo ni forma, y las apelaciones eran frívolas y frustratorias y no estaban presentadas ante Juez; así que eran apelaciones extrajudiciales, que no retardaban ni impedían la ejecución, y ni siquiera esta respuesta debía considerarse judicial y *si la hacemos es por más convencer al señor Obispo y por requerir como requerimos no siga la dicha causa*.¹⁵¹⁵ También afirmaban que la elección se hizo canónicamente y por escrutinio, pues era la forma que disponía el Derecho y la mejor, más secreta y más libre, pues se usaba en la Iglesia *en especial cuando había personas poderosas que negociaban y pedían votos*.¹⁵¹⁶

En realidad el Obispo pedía que se votase verbalmente porque defendía la candidatura de su sobrino, don Pedro Fajardo de Villalobos, y había estado tratando de recabar votos, presionando y *comprando voluntades*, y la única forma de comprobar la fidelidad de sus apoyos era que el escrutinio fuese verbal y no por cédulas secretas. Pero al fracasar cambió de estrategia e intentó *hacer una elección y provisión litigiosa*. No era sólo el Obispo, sino señores de título, beneficiados de la Santa Iglesia y otras personas poderosas, las que se postulaban como candidatos y *por eso se hacía así la elección para atajar enojos con las personas poderosas*. Finalmente, los canónigos declararon que la elección se hizo en *sacerdote y persona de grandes letras, vida, fama y oficio de Oydor, el más antiguo de la Real Audiencia, con notorias cualidades y méritos en la ciudad y en todo el Reyno*.¹⁵¹⁷

En esta misma sede vacante proveyeron otra ración entera que quedó vacante por muerte de Gabriel de Liñán. Conforme a Derecho y Estatutos de la Santa Iglesia correspondía proveer al Prelado en virtud de la simultánea, pues había vacado en el mes de diciembre que era mes ordinario, pero por estar vacante la Silla Arzobispal correspondía al Cabildo sede vacante. De nuevo el Obispo de Esquilache presentó un requerimiento diciendo que se guardase la orden de los Estatutos, es decir jurando guardar secreto y votando verbalmente, y si no, lo contradecía, apelaba y protestaba la nulidad. Pero la mayoría de los canónigos opinaron una vez más que para que se hiciese la provisión más quieta y pacíficamente, pues pretendían esta ración algunas personas poderosas y de título, y otros beneficiados, se debía votar por cédulas secretas; y que de veinticuatro votos que estaban presentes había que tener por lo menos trece, pero bastarían doce si el Deán y Presidente hacía valer su voto de calidad en el empate a doce.

Empezó la votación y al llegar al Obispo de Esquilache de nuevo contradijo y votó verbalmente por Gaspar de Torres, Obispo de Medauros, siguió la votación y todos los demás votaron por cédulas secretas. Advirtieron al Obispo que si no votaba como los demás no se contaría su voto, y no lo quiso hacer, así que dijeron que el que tuviese doce votos sería elegido, pues sólo había veintitrés válidos. El Obispo volvió a contradecir, apelar y protestar el auxilio de la fuerza. Por fin salió elegido con trece votos don Francisco Enriques de Ribera, Maestrescuela de la Santa Iglesia, y el Obispo volvió a contradecir la elección. Después mandaron venir a don Francisco Enriques y el Deán le hizo la provisión, colación y canónica institución.

¹⁵¹⁵ *Ibidem.*

¹⁵¹⁶ *Ibidem.*

¹⁵¹⁷ *Ibidem.*

Finalmente, en esta sede vacante cometieron a don Pedro Vélez de Guevara y a don Isidro de Cuevas para que tratasen con Su Santidad el negocio de la ración entera que poseía el racionero Lope Cuevas Acosta, que se había hecho ligando las canonjías extintas divididas en raciones y otra media ración.¹⁵¹⁸ También trataron sobre el proveer prebendas en los meses ordinarios en las sedes vacantes, porque la provisión les pertenecía en virtud de la provisión simultánea con el Prelado en sus meses ordinarios por derecho común, por los Estatutos de la Santa Iglesia y por costumbre inmemorial. En sede vacante tenían todo el poder en la provisión, pues como depositarios de la jurisdicción ordinaria del Prelado acumulaban en la elección las dos partes de la simultánea.

Era una tentación intentar cambiar las reglas del juego en sede vacante para obtener ventaja. Así, a la llegada de un nuevo Prelado las prerrogativas del Cabildo se verían reforzadas. Concretamente en esta ocasión quisieron obtener la preferencia de los canónigos y racioneros para ser nombrados en las prebendas que quedasen vacantes. Como algunas prebendas tenían cargas y pensiones que disminuían notablemente sus rentas pretendían que cuando quedase vacante una prebenda *menos apensionada* se prefiriese a *uno de la casa* para ocuparla, conservando la antigüedad de la primera prebenda y sólo cambiando de lugar en el Coro. El argumento que esgrimían era que, por experiencia, cuando vacaba una prebenda eran muchos *los ruegos e importunidades que nos hacen señores y personas poderosas desta ciudad* y así no podían hacer las elecciones con libertad.

Además, siempre había en la iglesia canónigos de mucha virtud y letras, nobleza y buenas partes, *que acuden de ordinario al servicio y necesidades ordinarias y extraordinarias della*, y las prebendas de muchos de ellos estaban tan *apensionadas* que no tenían cómodamente para sustentarse, conforme a la calidad de sus personas, y

habiendo de ser liberales y hacer gracia de las provisiones a los extraños es más justo y bien ordenado que nuestros hermanos y compañeros en quienes generalmente concurren tantas buenas partes y a quien hallamos en los tiempos de los trabajos, sean premiados y favorecidos con gracia y beneficios para que se alienten más en el servicio desta santa iglesia.¹⁵¹⁹

Como muchas canonjías se hallaban gravadas con pensiones y cargas, se trataba de aliviarlas dando la oportunidad a los canónigos de optar a las nuevas canonjías que quedasen vacantes y estuviesen menos *apensionadas*.

Por esto decidieron, bajo el beneplácito de Su Santidad:

que por este nuestro perpetuo e inviolable estatuto y constitución establecemos y ordenamos que cada y quando que de aquí adelante vacare alguna canonjía desta iglesia en alguno de los meses ordinarios en que pertenece la provisión al Cabildo de canónigos in sacris sede vacante, en virtud de la simultánea, que la pueda optar el más antiguo que la quisiere y elegir y vaya la opción por antigüedad de canonjías, y después de haber optado todos quedase a la provisión del Cabildo para proveerla en la persona que les pareciere.¹⁵²⁰

¹⁵¹⁸ *Ibidem.*

¹⁵¹⁹ *Ibidem.*

¹⁵²⁰ *Ibidem.*

Y que el que optare a una canonjía no perdiese la antigüedad de la primera que tuvo, sino que sólo se mudase en el Coro al lugar de la canonjía que entrare, y que gozaran de este estatuto también los familiares del Prelado muerto, aunque no estuviesen en la sede vacante. Así lo pedían al Santo Padre Gregorio XIII y a su Santa Sede Apostólica, para que confirmase y aprobase este estatuto. Se trataba de aprovechar el período de sede vacante para ejercer la jurisdicción ordinaria del Prelado en beneficio propio, cambiando el procedimiento de provisión de las canonjías que se había seguido hasta el momento. Para esto cometieron al licenciado Pedro Fernández de Castro para que hiciese las diligencias para la confirmación del estatuto y que los señores contadores de la Mesa Capitular lo librasen. Este estatuto no fue confirmado por la Sede Apostólica y finalmente hubo de ser revocado y declarado nulo por los señores canónigos *in sacris* el 28 de enero de 1611 ante el Secretario, canónigo don Juan Checa.

La Cátedra de Teología que se leía en la Santa Iglesia Catedral de Sevilla era de nombramiento del Prelado. La primera noticia que tenemos de ella se remonta a 1478, cuando el Cardenal don Pedro González de Mendoza se encontraba en Sevilla acompañando a los Reyes Católicos, y nombró personalmente al canónigo Juan Arias para la Cátedra de Teología de la Catedral que estaba vacante.¹⁵²¹ El 7 de marzo de 1503, en sede vacante, al Cabildo, como depositario de la jurisdicción ordinaria, le tocaba hacer su provisión, pero la Reina envió una carta para que se le diese al Obispo de Tiberia. Votaron con habas y altramuces, el altramuz le daba la Cátedra al pretendiente de la Reina y la haba lo contradecía. Salieron más habas que altramuces y la Reina quedó contrariada en su pretensión. Para llevar la respuesta a la Corte despacharon un peón con salario a costa de la Mesa Arzobispal. Más tarde, el 11 de abril, decidieron que el peón se pagase de los frutos y rentas de la Cátedra en cuestión, y no de la Mesa Arzobispal.

Pero el 13 de julio se presentó el Obispo de Tiberia con una cédula de la Reina sobre los 200 ducados de pensión que decía tener sobre el Arzobispado de Sevilla y sobre la Catedral de la Santa Iglesia. Los canónigos respondieron el martes 18 de julio que ellos eran administradores de la sede vacante pero no podían disponer de las rentas, pues por un breve del Papa se les mandaba que la dejaran cobrar al Subcolector del Nuncio, Francisco Pinelo, sin ponerle impedimento alguno. En cuanto a lo de la Cátedra de Teología, dijeron que, los antiguos prelados, por quien fue dotada, mandaron que un Maestro en Santa Teología leyese personalmente sus lecciones en la Catedral. Por esto no podían encomendar dicha Cátedra a quien no la leyese personalmente, pues el de Tiberia era uno de tantos obispos sin sede que andaban por la Corte a la búsqueda de alguna pensión.

En 1504, de nuevo recibieron carta de los Reyes y de su Consejo, así como unas bulas presentadas por el Obispo de Tiberia, sobre la provisión que decía que tenía sobre los frutos y rentas del Arzobispado. Ahora fue obedecida por *temor a las censuras en ellas contenidas e por obedecer el mandamiento de sus altezas*, y mandaron que el contador de la Mesa Arzobispal pagase los maravedíes de la pensión que se le debía al Obispo, pero que *tomase seguridad*, por si alguna vez les demandasen los maravedíes.

¹⁵²¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 1, año 1478.

En Écija se leía una Cátedra de Gramática, que era también de nombramiento del Prelado. Tras la muerte de don Cristóbal de Rojas, en la sede vacante de 1580, el Cabildo ordenó a los contadores que enviasen a Écija para pedir la relación de la institución de la Cátedra que se leía allí, lo que rentaba y cómo se había proveído hasta entonces, pues estaba vacante había que proveerla. Pero había un pleito entre el administrador de las rentas y el vicario Alonso Chico de Molina, y no estaba muy claro de qué rentas y de qué iglesia se pagaba, aunque se sabía que se le daban al que la leía 20.000 maravedíes de salario anual. Para averiguarlo cometieron a los contadores de la Mesa para que pidiesen un informe a Écija sobre esta institución, su renta y cómo se había proveído hasta entonces. Finalmente, tras algunas averiguaciones, cometieron al Provisor para que mandase que se le diese la parte acostumbrada, que se sacaba de lo que se le daba al que leía la Cátedra de Casos de Conciencia. Cuatro años más tarde, el Fiscal del Provisor abriría una causa contra el vicario Chico de Molina, pues no sólo había cometido irregularidades en la administración de las rentas de la vicaría sino que había utilizado el trigo para obtener favores de doncellas pobres, de las cuales tenía dos hijas.¹⁵²² En 1600 cometieron a los contadores para que de nuevo informasen de las cátedras que había en el Arzobispado y las personas que las leían, y escribiesen a Écija para saber de la Cátedra que se leía allí. Se trataba de hacerse cargo de las provisiones y gracias, que eran numerosas en el arzobispado, y que a menudo por abandono u olvido quedaban fuera del control del Ordinario.

En la Santa Iglesia de Sevilla se leía también una Cátedra de Casos de Conciencia, que estaba dotada sobre la Capilla de San Laureano. El 30 de septiembre de 1600, el Cabildo, como administrador de la jurisdicción ordinaria del Prelado, informado de la ciencia y suficiencia del doctor Romero, clérigo presbítero, le nombró para esta Cátedra. Este día cometieron a los contadores para que informasen de las cátedras que había en el Arzobispado y las personas que las leían, pues se corría el peligro de perder la jurisdicción por el olvido y la no utilización de la potestad de nombramiento.¹⁵²³ En Jerez nombraba también el Prelado un Catedrático de latinidad. El sábado 30 de septiembre de 1600 nombraron a Juan Román Martel, clérigo presbítero, para ocuparla. Después, el 28 de noviembre, mandaron llamar a capítulo y decidieron revocar el nombramiento.

En cuanto a las provisiones de los canonicatos de oficio, penitenciario, magistral y doctoral, tenemos varios casos. Uno de los enfrentamientos más famosos entre el Arzobispo y el Cabildo de Sevilla fue el que tuvo por protagonista al Inquisidor Valdés y al canónigo magistral doctor Egidio. Tras la publicación de su obra *Doctrina Cristiana*, en mayo de 1548, Egidio había recibido el aviso de los inquisidores. Entonces marchó temporalmente a la Corte, donde estuvo de 1548 a 1552, bajo la protección del Príncipe Felipe. A la vuelta a Sevilla se encontró en mitad del enconado enfrentamiento entre el Cabildo Catedral y el Arzobispo Valdés. Éste, que gobernaba el Arzobispado por sus provisos, vino a Sevilla a principios de 1550 y permaneció hasta abril de 1551 para seguir de cerca el proceso inquisitorial contra el doctor Egidio. Sin embargo, el Cabildo, en su lucha con el Prelado, siguió apoyando al doctor Egidio y confiándole negocios importantes, pues consideraban una ofensa que se condenase a su canónigo magistral.

¹⁵²² A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4472. Pleito nº 4, año 1585. “El Fiscal contra el vicario de Ecija don Alonso Chico de Molina”.

¹⁵²³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

Sin embargo, el Cabildo Catedral no podía sustraerse a la colaboración con el Santo Oficio, pues además de tener las rentas de uno de sus canonicatos reservada a la Inquisición, colaboraba en la organización de los Autos de Fe. En agosto de 1552 los canónigos mandaron dar al Santo Oficio *toda la madera y clavazón que fuera menester para los tablados de la Inquisición que quiere hacer en esta Santa Iglesia y todo lo demás que fuera menester*.¹⁵²⁴ Se trataba del Auto de Fe que se iba a celebrar el domingo 21 de agosto de 1552 en la Catedral, en el que el canónigo magistral, doctor Egidio, insigne predicador e inspirador de la comunidad protestante sevillana, abjuró de todos los errores de que había sido acusado en el proceso inquisitorial que se le abrió en 1549 y en el que fue sentenciado con una penitencia benigna.

En 1553, tras haber sido condenado por la Inquisición, pidió permiso para recluirse en penitencia, entró en el Cabildo *agradeciendo a los señores las mercedes que se le avía hecho y pidió licencia y su bendición para irse a estar en el Monasterio de la Cartuxa de Jerez de la Frontera, y los señores respondieron que vaya enhorabuena y con la bendición de dios*.¹⁵²⁵ A su vuelta le cometieron junto al racionero Francisco Cabia para que proveyesen que los niños *que echan a la puerta de la iglesia no se mueran por falta de leche o por otra negligencia que aya en la mujer que los tiene en la cuna*. El 25 de febrero de 1555 aparece en Sevilla pidiendo licencia para meter en la ciudad 30 arrobas de vino¹⁵²⁶, y en 1556 le vemos de nuevo, por encargo del Cabildo, cuidando de los niños expósitos, despidiendo amas de cría y recibiendo otras. En 1555 el Cabildo de canónigos lo eligió para que los representase en la Congregación de las Iglesias de España que se iba a celebrar en Valladolid y donde se debía responder a las demandas reales sobre los impuestos que pagaban los cabildos eclesiásticos. Así que le dieron poderes para ver los archivos y los negocios de la Congregación junto al Notario del Cabildo Antonio Ramos, así como poder para concordar en esta importante asamblea.¹⁵²⁷ Murió en 1556 y su causa sería seguida por otro canónigo magistral, Constantino Ponce de la Fuente, y por un grupo de jerónimos de San Isidoro del Campo.

En 1556 se reprodujo la lucha entre el Cabildo y el Provisor Ovando por la provisión de la canonjía magistral. Al quedar vacante la canonjía por muerte del doctor Egidio, penitenciado por el Santo Oficio, el Secretario anotó una advertencia en el margen del libro de autos capitulares: *que se viesen las personas para que no volviese a ocurrir lo que es notorio*. El Inquisidor Valdés propuso a Pedro Sánchez Zumel, mientras el Cabildo propuso a Constantino Ponce de la Fuente, que había sido recibido como predicador por el Cabildo el 23 de junio de 1533.¹⁵²⁸ Y aunque había sido despedido se le volvió a recibir el 29 de marzo de 1539.¹⁵²⁹ En abril se hicieron oposiciones a la canonjía magistral y se presentaron 5 candidatos, entre ellos el doctor Constantino Ponce de la Fuente, *del Claustro de Maese Rodrigo de Sevilla*, que presentó su título en pergamino de licenciado en Sacra Teología por la Universidad de Sevilla.

¹⁵²⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20. Agosto de 1552.

¹⁵²⁵ A.C.S. *Ibidem*, Libro 22.

¹⁵²⁶ A.M.S. Sección III. Escribanía del Cabildo (siglo XVI). Tomo XI.

¹⁵²⁷ ACS. *Ibidem*, Libro 23, año 1556.

¹⁵²⁸ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, 23 de junio de 1533.

¹⁵²⁹ *Ibidem*, año 1539, 29 de marzo.

Sin embargo, el Provisor trató de impedir el nombramiento de Constantino aduciendo que por una información sumaria constaba que estaba casado, así que, hasta que no calificase su persona no se le podía elegir. Y esto incluía demostrar que no hacía vida maridable con su mujer y la dispensa que tenía para ello, y a tal fin requería para que se hiciese la averiguación correspondiente. Los canónigos contestaron defendiendo a Constantino, diciendo que ellos no tenían que hacer ninguna información de que era casado, que sólo les bastaban los títulos de sus órdenes, que eran de hacía más de 20 años, de tiempos del Cardenal Manrique,

y en todo ese tiempo había sido sacerdote de misa y muy eminente predicador y teólogo e de muy buena vida y fama e por tal a sido y es comúnmente reputado así de nosotros como de todas las personas que le an conocido y tratado, y por aver siempre estado y residido en esta ciudad y predicado en ésta iglesia y los arzobispos antecesores lo han conocido y el Rey don Felipe lo tuvo en su servicio y lo proveyó de la Maestrescolía de Málaga y le da salario como su predicador.

Y después estando al servicio del Rey le ofrecieron la prebenda sin oposición y no la quiso aceptar. Así que requerían que el Provisor retirara el mandamiento y censura que tenía puesto y, si no, lo tomaban por notorio agravio y apelaban ante el Santo Padre y el auxilio de la real fuerza. En mayo, Constantino presentó fé de que había sido ordenado de presbítero en San Salvador en 1535 por el Obispo de Marruecos y, como el proceso de oposición incluía la lectura y predicación en la Catedral, también un testimonio de los médicos de la calle Monardes, los licenciados Olivares y Cabrera, de que no podía ir a leer y predicar a la Catedral pues estaba enfermo en la cárcel arzobispal.¹⁵³⁰ En este documento los médicos afirmaban que:

vimos y visitamos al doctor Constantino de la Fuente y le hallamos estar enfermo de enfermedad harto peligrosa, así por el poco sueño como por la hinchazón que tiene en el estómago y vientre, y grandes calores y sed urgentísima, y dureza grande en las venas que atraen el mantenimiento del estómago para el hígado, demagrande calor del hígado y de falta de poderse proveer, y dolores de hijada y tripas, de donde parece que si al presente leyese, su salud y vida estaría en peligro.¹⁵³¹

El Provisor amenazó a los canónigos con la excomunión mayor y 500 ducados de multa si lo elegían, sin embargo lo eligieron y la dieron la posesión de la canonjía magistral. Mientras tanto, el Provisor había elegido al doctor Zumel y el Cabildo y Constantino apelaron. El pleito terminó, como solía se costumbre, en vía de fuerza en la Real Audiencia. Tras esto, aunque seguía enfermo, Constantino pidió licencia al Cabildo para ir a leer a la Catedral, para disipar las dudas y reparos del Provisor.¹⁵³²

El Provisor insistía en tachar la persona de Constantino, denegándole las apelaciones y presentando las sumarias informaciones hechas contra él sin los nombres de los testigos. Y acusaba a los canónigos de *ser jueces* y *hacer sus partes* pues alegaban a favor de uno de los opositores mostrando claramente ser sus *fautores*, privándolos de la jurisdicción por ser jueces sospechosos y mandándole bajo pena de

¹⁵³⁰ A.M.S. Sección XI. Libro 9, doc. 13.

¹⁵³¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 24. Enero de 1556.

¹⁵³² A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, 24 de abril de 1556.

excomunión que no se entrometiesen en proveer la elección. El Cabildo contestó que se ratificaba en sus apelaciones y el Provisor de nuevo se la denegó.

La situación en el Cabildo se hizo muy tensa, pues los canónigos insistían en hacer la colación del canonicato y el Provisor, que estaba presente, les dijo que *ya sabían lo que les tenía mandado*, bajo pena de excomunión y 500 ducados, que no votasen ni procediesen a la elección hasta que fuesen vistas y examinadas las objeciones que tenía puestas contra la persona del doctor Constantino, declarándolos a todos por excomulgados. Los canónigos dijeron que lo tenían apelado y que ellos eran electores y coladores del canonicato y no jueces para poder conocer y recibir probanzas, y que él no los podía declarar por excomulgados, así que su declaración era nula por defecto de jurisdicción. Finalmente, en mayo de 1556, tras meses de enfrentamientos, los canónigos nombraron por unanimidad al doctor Constantino Ponce de la Fuente en la canonjía magistral.

El Provisor, por su parte, protestó la nulidad porque todos estaban excomulgados y proveyó por su parte la canonjía magistral en el doctor Zumel, sin la voluntad y votos de los canónigos. El Cabildo contestó que, conforme a derecho, sólo los canónigos *in sacris* capitularmente *ayuntados* podían dar posesión de prebendas en las iglesias catedrales y colegiales y no otra persona, y de lo contrario se seguirían grandes daños y escándalos *a los cuales vuesa merced no a de dar lugar*. Así que apelaban y requerían que no fuesen molestados y protestaban porque el Provisor tenía encarcelado y preso a Constantino y puestas censuras y penas para guarda de la carcelería sin causa ni razón alguna, sin preceder conocimiento de causa ni orden de derecho.

Para terminar con una grave acusación, al señalar, eso sí precediendo la fórmula de obediencia al uso en derecho, *con el acatamiento debido*, que todo lo hacía para obstaculizar e impedir los autos y la toma de posesión de la canonjía; y lo tenía preso siendo canónigo, ignorando el derecho, pues aunque tuviese justa causa debía pedir diputados del Cabildo porque de lo contrario estaba incurriendo en las penas y censuras discernidas por el santo padre Paulo IV contra los prelados que perturbaban los estatutos y las jurisdicciones de los cabildos. Efectivamente, según los Estatutos y la costumbre inmemorial, el Prelado debía juzgar a los prebendados de la Catedral con dos jueces adjuntos elegidos por éstos. Pero el Provisor aducía que se trataba de un delito de herejía y en tal caso podía prender a los prebendados y juzgarlos sin consentimiento del Cabildo.

En efecto, en 1557 se detuvo a un tal Julián Hernández que había traído consigo de contrabando un arcón repleto de libros heréticos. Acabaron en la cárcel ciento veinte personas acusados de luteranismo, Constantino entre ellos. Los canónigos pidieron que lo pusiesen en libertad, de lo contrario lo tomaban por agravio y denegamiento de justicia y apelaban al Papa. También le pedían al Provisor que, por cuanto había mandado a los curas del Sagrario que tuviesen por públicos excomulgados a todos los canónigos y no lo estaban, pues habían apelado legítimamente, que revocase el mandamiento. El pleito volvió en vía de fuerza a la Real Audiencia de los Grados de Sevilla y allí mandaron el proceso original para que los señores oidores lo determinaran. Entretanto, el doctor Constantino, que seguía enfermo en la cárcel, dijo que:

por mi no aya ocasión de pleytos ni rebueltas, suplico a vuestas mercedes de mandar a algunos señores que oy a las tres en punto sobre que lea y den licencia para que

mañana jueves yo pueda leer en el lugar que leyeren los opositores, lo cual hago solamente por satisfacer al señor Provisor sin perjuicio de la posesión y sin introducir nueva costumbre por le hacer placer y dar contentamiento hacia él.

Y el Cabildo le dio la licencia y acudió en una silla a leer y tomar posesión diciendo *ahora me hallo en alguna mejor disposición*. Previamente habían avisado al Provisor para que fuese al acto y asignara la lección, como solía, pero dijo que estaba ocupado y no podía acudir.

Constantino murió en la cárcel de Triana antes de que se concluyese su proceso inquisitorial.¹⁵³³ El 24 de septiembre de 1559 se celebró otro Auto con veintiséis víctimas, diecinueve quemados por luteranos, uno de ellos en efigie. Y el 22 de diciembre de 1560 otro con cincuenta y cuatro víctimas, cuarenta de ellos protestantes, fueron quemados catorce en persona y tres en efigie. Dos de estas efigies pertenecían a Egidio y Constantino, ya muertos.¹⁵³⁴ Por último, el domingo 26 de marzo de 1562, el Santo Oficio celebró en la plaza de San Francisco el tercero de los cuatro Autos de Fe con el que culminó la persecución del foco protestante sevillano descubierto años atrás. En él se condenó a Gaspar Baptista Vila y al doctor Francisco Vargas, clérigo catedrático de Sagradas Escrituras.¹⁵³⁵

El doctor Constantino Ponce de la Fuente ha pasado por ser uno de los cabecillas del foco protestante sevillano descubierto en 1559 por el Inquisidor Valdés, sin embargo parece que fue víctima de la rivalidad y la discordia entre el Cabildo y el Arzobispo a causa de la provisión de las prebendas en la Catedral. Las disputas entre el Provisor Ovando y el Cabildo a causa de las provisiones de prebendas siguieron siendo enconadas. Sólo con la llegada del doctor Gil de Cevadilla al Provisorato se asistió a un mayor grado de concordia y acuerdo en las provisiones.

El canónigo penitenciario recibía licencia del Prelado para absolver y dispensar en foro de conciencia a las personas que se confesasen en los casos reservados al Prelado, y éste lo nombraba sin el concurso del Cabildo. También hubo numerosos conflictos entre Arzobispo y Cabildo por la nominación del canónigo penitenciario. En 1575, el Arzobispo Cristóbal de Rojas nominó a Juan Rodríguez de Costa, su Provisor, como canónigo penitenciario, pues había muerto Gil de Cevadilla, que lo había sido antes y que también fue Provisor del Arzobispo. El Deán y Cabildo apelaron y protestaron a la Real Audiencia, pues el Arzobispo los había excomulgado. Argumentaban que el Arzobispo solía nombrar como penitenciario a un ministro suyo y esto era contra la costumbre inmemorial pues se mostraba en el pleito como juez y parte. El pleito terminó en la Real Audiencia, en la que los canónigos, a través de su Procurador Mayor, requirieron al Provisor Juan Rodríguez, al Juez de la Iglesia Martín de Acosta y al Juez de Testamentos licenciado Valdecañas de Arellano, porque habían hecho un nombramiento contra los estatutos. Por su parte, el Provisor licenciado Juan Rodríguez

¹⁵³³ GARCÍA PINILLA, J.: “El doctor Constantino Ponce de la Fuente”. *Archivo Hispalense*, 78. Sevilla, 1995.

¹⁵³⁴ SÁNCHEZ HERRERO, J. “La Sevilla del Renacimiento. Cap. 10, El Choque de dos corrientes cristianas: Humanismo y ascética monástica. El Triunfo de la Inquisición. 1546-1568”. EN ROS, C.: *Los Arzobispos de Sevilla*. Sevilla, 1986, p. 372-373.

¹⁵³⁵ ÁLVAREZ DE TOLEDO, L.: “Una mitificación política: la sublevación de Andalucía. Duque de Medina Sidonia (1630-1647)”. *Archivo Hispalense*. Tomo 61, Sevilla, 1978.

defendió la validez de la colación canónica de la prebenda y reclamó *todos los frutos y emolumentos y distribuciones quotidianas y gallinas de la canongía*.¹⁵³⁶

En un escrito contestaba al Procurador del Cabildo, Alonso de Ávila, que había requerido por tres veces al Cabildo para proveer el canonicato que vacó por muerte de Melchor de Matamoros y lo desoyeron, así que hizo la colación en rebeldía. Y que el nombramiento era legal y válido y había sido presentado un testimonio del Secretario del Santo Oficio de Sevilla Ortuño Briceño por el que constaba la limpieza de sangre de Juan Rodríguez, pues había sido admitido para los negocios del Santo Oficio como Inquisidor Ordinario y Consultor desde enero de 1570.¹⁵³⁷

En el transcurso del pleito el Arzobispo excomulgó y tomó presos a algunos canónigos y les secuestró y vendió sus bienes. El Procurador Mayor del Cabildo se quejaba de que el Arzobispo había hecho presos en la Torre del Aceite a Juan Bautista Montoya, Arcediano de Niebla, a don Alonso de Porras, Arcediano de Reyna, y a los canónigos y contadores de la Santa Iglesia. Y que para vejarnos los había llevado presos por la calle con mucho alboroto y les había puesto barrotes de rejas de hierro en las ventanas y rejas de palo en la entrada de las puertas con llaves de golpe, como había en las cárceles públicas. De manera que no difería mucho la Torre de la Cárcel Real y aunque era imposible salir de la Torre, les puso guardas que no dejaban entrar a ninguna persona, incluso le negaron la entrada a su letrado, el licenciado Juan de Espinosa, y a personas principales que iban a verlos para tratar negocios que llevaban como contadores del Cabildo, y a otros oficiales de la Santa Iglesia que necesitaban ver negocios con ellos. Incluso despidieron a un guarda porque dejó que le hablaran a los presos. Además, según ellos, para molestarlos y vejarnos mandó hacer una obra con cal y ladrillo en la Torre con mucho polvo, humedad y enfermedad. De tal manera que no solo ellos que son personas delicadas y regaladas, sino otras más groseras pueden peligrar su salud.

También encarceló al canónigo Antonio González, y aunque hay un Alcayde en la Torre, mandó poner guardas y lo puso en el aposento más alto junto a las campanas, que es el más oscuro y triste y el de mayor pesadumbre. Según Alonso de Ávila, el estruendo de las campanas, la falta de luz y el aislamiento, pues le negaban tener visitas incluso de negocios, le había hecho enfermar. Además tenía presos a otros beneficiados en otras partes. Todo esto lo daban por testimonio a requerimiento de Juan de Villalan, Alonso de Toledo, Alonso de Corral, Juan de Galbes y Antonio de Guzman, vecinos de Sevilla, que afirmaron con muchos testigos que todo esto era cosa muy pública y notoria en esta ciudad.¹⁵³⁸

Pero los canónigos no se conformaron con esta situación, pues el viernes 16 de septiembre de 1575 por la mañana, después de celebrar el oficio divino en el Altar Mayor de la santa iglesia, cuando salió de la capilla Juan Rodríguez lo abordó Alonso Núñez que le dijo que, en nombre de los señores del Cabildo y con poder otorgado ante el escribano público Gaspar Aragonés, contradecía la posesión que decía haber tomado de la canonjía penitenciaria. Y ese mismo día por la tarde, a la salida del Coro a la hora de vísperas, de nuevo se repitió la escena. Al día siguiente, sábado 17 de septiembre, estando en el Altar Mayor de pie en un escaño mientras se decía el oficio divino, de

¹⁵³⁶ A.P.N.S. Legajo, 12.428, año 1575, fol. 261.

¹⁵³⁷ A.P.N.S. Legajo, 12.429, año 1575, fol. 202 y fol. 244.

¹⁵³⁸ A.P.N.S. Legajo 12.429, año 1575, fol. 371.

nuevo Alonso Núñez en compañía del escribano público le leyó y notificó la contradicción y apelación. Y desde el 17 de septiembre hasta el 1 de octubre cada día se repitió la misma escena en distintos lugares, cuando estaba en el Altar Mayor, sentado en una silla alta en el Coro mientras se decían las vísperas, etc. Una auténtica persecución que trataba de poner de manifiesto que el Cabildo no se contentaba con la situación y consideraba persona non grata a Juan Rodríguez por haber sido nombrado por el Arzobispo contra la voluntad del Cabildo. La presión tuvo éxito, pues a partir del 27 de septiembre dejó de asistir a horas para no ser de nuevo molestado.¹⁵³⁹

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas mandaron a la Corte al canónigo Isidro de Cuevas y después a Antonio González para que procurasen expedir un breve de Su Santidad para que la canonjía penitenciaria se proveyese como la magistral y la doctoral y se pusiese en ella las mismas cargas que tenían dichas canonjías.¹⁵⁴⁰ Pero estos intentos no llegaron a buen fin y la elección de la canonjía penitenciaria siguió siendo sola del Arzobispo, y así lo tuvo que admitir el Cabildo. En el pontificado del Arzobispo don Cristóbal de Rojas se sustanció un pleito por este motivo del que nos informa Gaspar Aragonés, pues lo litigó él personalmente por mandato del Prelado.¹⁵⁴¹ El Cabildo lo llevó en grado de apelación al Consejo Real y allí el Secretario de Cámara del Prelado, Gaspar Aragonés, presentó declaraciones de los Cardenales sobre las dudas del Concilio Tridentino sobre esta materia y a favor de los obispos de Burgos y Orihuela, donde se declaraba que sólo correspondía al Obispo la elección, sin mediar consentimiento del Cabildo. De este pleito se derivó una Concordia en la Rota Romana sobre el nombramiento de la canonjía penitenciaria en la Santa Iglesia de Sevilla.

Sin embargo, en la sede vacante de don Rodrigo de Castro, el Cabildo, aprovechando el poder que detentaba en sustitución del Ordinario, mandó buscar la Concordia en los archivos y nombraron canónigo penitenciario, dándole poder para dispensar y absolver en los casos de conciencia reservados al Prelado. Y esto a pesar de las advertencias del Secretario de Cámara, Gaspar Aragonés, para que el Provisor no proveyese ninguna dignidad ni prebenda hasta que el nuevo Prelado llegase a su sede, y si lo hiciere que fuese previa información al nuevo Arzobispo, pues los nombramientos, sobre todo si eran de importancia, los realizaba directamente el Prelado.¹⁵⁴²

En la sede vacante de don Pedro de Castro, el martes 24 de enero de 1624, cometieron al canónigo penitenciario Antonio Láinez para que dispensase en todos los casos en que podía el Prelado conforme al Santo Concilio de Trento. Este año intentaron de nuevo los canónigos cambiar el modo de elección de la canonjía penitenciaria. El 18 de abril informó el Secretario del Cabildo que se había hecho un Estatuto acerca de proveer el canonicato de penitenciaria obedeciendo una Bula de Su Santidad que mandaba que desde este momento se proveyese por oposición, como se proveía la canonjía doctoral y la magistral. El Cabildo, ejerciendo la jurisdicción del Prelado como su depositario en sede vacante, confirmó este Estatuto para que tuviese fuerza y firmeza como los demás aprobados por el Prelado.

¹⁵³⁹ A.P.N.S. Legajo 12.430, año 1575, fol. 448-449.

¹⁵⁴⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos capitulares en sede vacante. 297 (2). Autos Capitulares de la sede vacante de don Christoval de Roxas, 1580-1581, Jueves 17 de noviembre.

¹⁵⁴¹ A.G.A.S. Sección II. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Memorial del Secretario Aragonés".

¹⁵⁴² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

En la Colegial de Jerez la canonjía de escritura se nombraba por sus canónigos con el Prelado de Sevilla, y el Provisor daba el mandamiento de provisión. En la sede vacante de Gaspar de Zúñiga quedó vacante y se cometió al canónigo y Prior, don Pedro Vélez, para que fuese a reunirse con los canónigos de la Colegial y la proveyese conforme a lo mandado por el Consejo del Rey.¹⁵⁴³ Para esto le dieron poderes y cometieron al Provisor don Gerónimo Manrique, Arcediano de Écija y canónigo, para que previa comunicación con los letrados diese el mandamiento de provisión necesario y ordenase que se le pagasen seis ducados de salario diario, pero sin que fuese a costa del Cabildo sede vacante. Unos años más tarde, en 1580, habiendo visto la elección de la canonjía de lectura de Sagrada Escritura que hicieron los canónigos de la Colegial de Jerez en la persona del doctor Bartolomé Lozano de Quirós y teniendo informes de

las letras, virtud, y buenas partes del doctor, le confirmaron la elección e hicieron la institución y provisión de la canonjía y prebenda y le mandaron meter en la corporal, y actual posesión y señalarle lugar en el Coro, y voz en el Cabildo, y que se le acudiese con los frutos y rentas como a los demás canónigos.¹⁵⁴⁴

La provisión de oficios y beneficios en las iglesias

Con respecto a los beneficiados de las iglesias, desde el Sínodo de fray Diego de Deza (1512) se mandó que ningún clérigo ni sacristán tomase posesión de un beneficio sin el mandamiento del Prelado o de sus provisores y oficiales, bajo pena de cuatro ducados; y esto para evitar que *muchos con codicia desordenada procuran de ocupar de hecho las iglesias y posesiones de los beneficios y otros clandestinamente hacen actos de posesiones viviendo los poseedores y cometen diversas maneras de fraudes*.¹⁵⁴⁵ En el pontificado de don Cristóbal de Rojas (1571-1580) se estableció la costumbre de que el nuevo Prelado mandase al Notario Repartidor de las rentas decimales que no diese ningún repartimiento de diezmos a ningún beneficiado, prestamero ni pontifical, si no le constase primero la veracidad de su titularidad, tras la exhibición del título ante el Provisor con la fe del Secretario de su Audiencia. A la llegada del nuevo Provisor éste solía hacer un mandato general para que todos mostrasen los títulos apostólicos u ordinarios de sus beneficios y se registrasen en un libro abecedario particular con la fecha, día, mes y año de cada título o licencia. En este libro constaban también las iglesias y los beneficios que había en cada una de ellas.

Cita Gaspar Aragonés el libro del Arzobispo don Cristóbal de Rojas, el cual estaba en la Audiencia del Provisor y del que afirmaba tener hecha una memoria que no sabía dónde se hallaba, porque en el momento de la muerte del Arzobispo él se encontraba en Valladolid en los pleitos con el Duque de Lerma y lo tomó la sede vacante, y no sabía que habían hecho con ella.¹⁵⁴⁶ Añadía que sería conveniente hacer una copia del libro para el Juez de la Iglesia, para los casos de los que llegaban a pedir mandamientos para cobrar rentas de beneficiados ausentes, y que se pudiese ver si de verdad eran tales beneficiados aquellos por quien venían a pedir mandamientos para

¹⁵⁴³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga, 1571.

¹⁵⁴⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, 1580-1581.

¹⁵⁴⁵ A.C.S. Sección IX. Legajo 42, doc. 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). Que no se de posesion de beneficio alguno sin mandamiento del ordinario.

¹⁵⁴⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragonés.

cobrar. Todos los pleitos beneficiales los veía el Provisor, tanto las disputas surgidas en los nombramientos como los conflictos entre los propietarios del beneficio y los vicebeneficiados o coadjutores que los servían. Algunos miembros del alto clero catedralicio poseían beneficios que servían otros y era frecuente la reclamación por parte del propietario de la parte de las obveciones y primicias que le correspondían. Los vicebeneficiados cobraban las primicias y obveciones en nombre del propietario del beneficio y después se procedía al reparto entre ambos, pero a veces surgían pleitos por que el vicebeneficiado se negaba a ceder las primicias o parte de las obveciones.

Ya vimos cómo Gaspar Aragonés advertía en la sede vacante de don Rodrigo de Castro que no se proveyesen dignidades y prebendas en la Catedral hasta que llegase el Prelado a su sede. Lo mismo recomendaba para los beneficios, préstamos, prestameras y pontificales que quedaban vacantes en las iglesias parroquiales, y las capellanías perpetuas cuyos patronos no presentasen candidato en tiempo, pues en estos casos le correspondía proveer y nombrar al Ordinario. Así como muchas capellanías de las que eran patronos las fábricas de las iglesias, y sus mayordomos en su nombre, pues muchas llevaban rentas aparejadas de gran cuantía y el Prelado debía saber a quien y por qué causa los nombraba el mayordomo y los méritos de las personas, y: *entiendo que no es inconveniente que pasen dos meses poco mas o menos antes que se provea y se pueda dar noticia a su señoría ilustrísima*.¹⁵⁴⁷

También el Provisor, en nombre del Arzobispo, proveía a las iglesias de sacristanes, organistas, curas y servidores de beneficios, haciendo su elección, aprobación o nombramiento, y mandando hacer exámenes de suficiencia, aunque la *presentación* de algunos la hicieran otras personas. El Provisor también daba licencias para tomar posesión de beneficios en ejecución de letras apostólicas u ordinarias. Por supuesto todos los pleitos beneficiales generados por la disputa de un beneficio, en sus distintas modalidades, de patronato de legos, de nombramiento del Papa o del Ordinario, así como el nombramiento de servidores, se veían en la Audiencia del Provisor. También todas las licencias para servir beneficios, aunque la provisión correspondiese a otra persona o institución, eran competencia del Provisor, así como todas las licencias para ejercer de sacristán, colector, organista, preceptor de gramática, prior o cura. Asimismo daba títulos de pertigueros de las iglesias, como en el caso del de la Iglesia de Arcos, Jerónimo Beas, vecino de la villa, al que le dio su título y nombramiento el Provisor el 2 de enero de 1624.

Los exámenes de suficiencia para acceder a los oficios o beneficios los solían hacer los Examinadores de la Mesa, pero a veces también se cometía a otras personas para estas tareas, como en el caso de Benito Calvo, que pretendía la Sacristía de Cantillana y al que examinó el Sochantre en la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600). Los beneficiados del Arzobispado de Sevilla obtuvieron ejecutoria que les facultaba para elegir y nombrar en sus iglesias sacristanes y organistas, y aunque no estuviesen presentes en los servicios de sus beneficios y tuviesen un *vicebeneficiado* en su lugar, hacían los nombramientos desde su ausencia. Para remediar esto, el licenciado Aldrete proponía en un Memorial que no se tuviese en cuenta el voto de los ausentes en las elecciones, pues de lo contrario *resulta nombrar personas inhábiles e incapaces de los tales oficios, en notable perjuicio de sus iglesias*.¹⁵⁴⁸ También se quejaba que los

¹⁵⁴⁷ *Ibidem*.

¹⁵⁴⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial del licenciado Juan Bautista Aldrete.

oficiales de los prelados nombraban para las vacantes de las veintenas y capellanías y para los salarios del servicio de los coros, cuando vacaban, a los primeros en llegar, y no esperaban para dárselo a los más suficientes: *y sierran la puerta a todos si an dado palabra al que previno primero aunque sea inabil que suele ser así de ordinario que los que no tienen suficiencia suplen su abilidad con la diligencia que ponen en prevenir y llegar primero.*¹⁵⁴⁹ Recordemos que estas provisiones, como todas las demás competencias, las realizaba el Provisor por delegación del Arzobispo, que era de donde emanaba toda la potestad jurisdiccional.

La provisión de capellanías

El Prelado, o el Cabildo en sede vacante, elegía y nombraba a los candidatos para las capellanías vacantes que eran de nombramiento del Ordinario, y su Provisor les hacía la colación. Esto también dependía de la mayor o menor atribución de poderes que tuviese el Provisor. Cuando le tocaba nombrar al Ordinario se solían realizar oposiciones a capellanías, sin embargo el Cabildo en sede vacante *presentaba* a sus candidatos y las repartía entre sus prebendados.

El Provisor entendía de todos los pleitos de capellanías, que eran numerosos. Generalmente se trataba de la disputa entre opositores a una capellanía vacante en la que cada parte alegaba derechos por su relación de parentesco con el fundador; de aquí se derivaban investigaciones genealógicas interminables para ver qué línea sucesoria era la mejor. Otro galimatías jurídico resultaba de la interpretación de las escrituras fundacionales de las capellanías. También eran frecuentes los pleitos por redención de tributos que estaban impuestos sobre el patronato fundado y los conflictos de los capellanes con los beneficiados y los curas por las obvenciones de las iglesias. Todos terminaban en la Audiencia del Provisor.

Para la erección canónica o fundación de una capellanía había que hacer previamente un expediente en la Audiencia del Provisor, que era aprobado por el Arzobispo. Esto con independencia de que la presentación correspondiese a un patrono lego o eclesiástico. El patrono ejercía el derecho de *presentación* del capellán dentro del término de cuatro meses si el patronato era de legos (la mayoría), y de seis si era eclesiástico. En el patronato familiar, se reservaba el derecho a elegir a un miembro descendiente de la familia del fundador, en línea recta o transversal. En el patronato patrimonial tenían derecho a ser nombrados los naturales de una diócesis o de una determinada localidad con exclusión de los extraños. Los *presentados* debían tener una serie de cualidades: ser clérigos de tonsura por lo menos (órdenes menores), tener la edad prescrita en los cánones o en la fundación de la capellanía y estar *adornado* de ciencia o conocimientos para el ministerio, acerca de los cuales eran examinados por el Provisor o por los examinadores del Arzobispado. Éstos juzgaban sobre la vida y costumbres del candidato y sobre si reunía las circunstancias requeridas en la fundación (en las escrituras o tablas). Finalmente, el Ordinario, a través de su Provisor, daba la aprobación e institución canónica de la capellanía.¹⁵⁵⁰

¹⁵⁴⁹ *Ibídem.*

¹⁵⁵⁰ DE LA FUENTE, V. y GÓMEZ SALAZAR, F.: *Lecciones de Disciplina eclesiástica y suplemento al tratado teórico-práctico*. Tomo II. Madrid, 1877. Capellanías. Provisión por derecho de Patronato.

El Concilio de Trento prohibió que ninguna persona adquiriese el derecho de patronato si no fundare o construyere una iglesia, beneficio o capellanía y la dotase convenientemente con sus bienes propios y patrimoniales.¹⁵⁵¹ Para impedir las fundaciones de capellanías y beneficios *incongruos*, sin patrimonio, los obispos exigieron unas rentas y patrimonio suficiente que asegurarse el sustento. Muchos se ordenaron de esta forma, a título de patrimonio, pero como esto suponía un fraude a la Hacienda Real, Felipe II respondió a la petición del reino en las Cortes de Madrid de 1593 mandando a los prelados que no compelieran a fundar capellanías de sus patrimonios a los que trataban de ordenarse¹⁵⁵²: *mandamos se despachen cédulas a todos los Prelados refiriendo en ellas la dicha queja, que aunque no se cree de sus personas que hayan hecho semejante fuerza a los clérigos envíen relación de lo que ha pasado y pasa, y entre tanto no les compelan a fundar las dichas capellanías.*¹⁵⁵³ Los procuradores en las Cortes se quejaron de que en algunos obispados, como estaba permitido por el Concilio de Trento, se acostumbraba obligar a los que se iban a ordenar a hacerlo a título de patrimonio, pues no tenían beneficio ni capellanía. De esta manera los bienes y rentas quedaban libres de impuestos y a la muerte del clérigo la Iglesia terminaba quedándose con ellos, sustrayéndose una parte importante de la riqueza del reino.

Más tarde, Carlos II prescribió que no se fundasen más patrimonios ni se ordenase a título de ellos.¹⁵⁵⁴ Las capellanías eran instituciones canónicas con importantes implicaciones económicas. Sus rentas, situadas sobre tierras en arrendamiento, sobre inmuebles, o a censo, procuraban el sustento del capellán y no pagaban impuestos a la Hacienda Real. Además del capellán, encargado de decir las misas dotadas, y del fundador, otra figura importante era la del patrono o administrador. El capellán estaba obligado a rendir cuentas de los bienes de la capellanía periódicamente al patrono. En poder de éste se solían encontrar las escrituras de fundación y de los tributos que tuviese impuesta la capellanía. A veces los mayordomos de las fábricas de las iglesias se veían obligados a pedir las escrituras de las capellanías a los capellanes, pues los visitadores, los vicarios o la Colecturía General de misas del Arzobispado pretendían controlar, mediante la contabilidad de los *alcances de misas*, que se cumpliesen las mandas testamentarias y se dijese las misas dotadas. Sin embargo este control era difícil, pues las escrituras no siempre aparecían o bien los capellanes se resistían a entregarlas. Otro de los pleitos de capellanías frecuentes era contra los patronos porque no cumplían las disposiciones testamentarias del fundador y hacían un uso fraudulento de las rentas y propiedades. Todos los pleitos de los capellanes y patronos contra los inquilinos de las fincas, aunque fuesen legos, los veía también el Provisor.

Era frecuente que un mismo individuo acumulara capellanías en distintos lugares del Arzobispado, en este caso solían pedir que les dejasen cumplir las obligaciones de sus capellanías (decir misas) en la iglesia donde asistían. Los bienes de las capellanías no se podían vender o enajenar si no era con licencia del Prelado o de su Provisor. También era preceptiva la licencia cuando se quería agregar un nuevo lote de bienes a una capellanía ya fundada. Aunque el patronato de legos más común era la capellanía

¹⁵⁵¹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. En la sesión XIV sobre la Reforma, cap. 12.

¹⁵⁵² *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Libro 1º, Título XII, Ley 1ª.

¹⁵⁵³ *Ibidem*, Don Felipe II en las Cortes de Madrid de 1593 pet. 14 y 39.

¹⁵⁵⁴ *Ibidem*. Título XII, Ley 2ª y Libro 1º, Título XVI, Ley 1ª.

con dotación para memoria de misas por el alma de un difunto, otros patronatos de legos consistían en la dotación para redención de cautivos o para casar doncellas pobres o huérfanas.

Los candidatos a una capellanía solían pedir el nombramiento al Prelado o al Cabildo cuando alguna capellanía quedaba vacante. El 10 de febrero de 1571, el Cabildo sede vacante cometió al Provisor, don Gerónimo Manrique, para que hiciese colación de la capellanía que proveyeron al bachiller Cristóbal de Salcedo, clérigo presbítero natural de Hinojos, de la capellanía que instituyó en la villa Pedro Díaz y que estaba vacante por muerte de Alonso Miguel, clérigo de Alcalá de Guadaira.¹⁵⁵⁵

En el año 1580 el clérigo Juan Benítez Camacho pidió la capellanía que instituyó en la iglesia de San Pedro de Sevilla Pedro Rodríguez de León, que fue Abad de la Universidad de Beneficiados, y cometieron al Provisor para que lo viese y proveyese.¹⁵⁵⁶ Este mismo año, el Cabildo sede vacante llamó *para el primer Cabildo*, para dar la orden que conviniese a la provisión de las capellanías que vacasen. Y después de algunas *pláticas* se decidió que se diesen a los canónigos por antigüedad de sus canonjías. A tal fin mandaron que el notario Simón de Aguilar enviase una relación de las capellanías que estaban vacantes y las *devolutas* de patronatos, es decir las de nombramiento de los patronos que hubiese pasado el plazo y correspondiese nombrar al Prelado. Y que los canónigos que hubiesen sido nombrados oficiales de la sede vacante y se encontrasen fuera de la ciudad pudiesen nombrar las capellanías que les viniesen por turno como si estuviesen presentes.

En esta sede vacante le tocó a Fernando Mohedano, por orden de antigüedad de canonjía, la capellanía perpetua que había quedado vacante en la villa de Trigueros por muerte de Juan Moriel, que fue beneficiado de Villaraza. Presentó para su nombramiento al clérigo Cristóbal de Peraza y mandaron que el Provisor le hiciese la colación. La capellanía que había vacado en Cantillana por muerte del doctor Núñez de la Peña se la dieron al canónigo Antonio González y el Provisor le hizo colación del oficio en su persona. El miércoles 5 de octubre de 1580, proveyeron la capellanía que estaba vacante en Marchena por muerte del clérigo don Diego de Atoche y cometieron al Arcediano de Niebla para que hiciese un informe de la institución de la capellanía y de lo que valía.¹⁵⁵⁷ También nombraron para otra capellanía de Marchena, vacante por muerte del doctor Martínez de la Peña, pero en este caso hubo contradicción del Datarío de Su Santidad, pues decía que estaba reservada a Su Santidad, y según su institución sólo él la podía nombrar.

También cometieron para que se informase de otra capellanía que había quedado vacante en Santa Catalina por muerte de Juan de Morales, y de otra vacante en la villa de Cala por muerte del licenciado Castellanos. El 13 de octubre de 1580, el canónigo Diego Godo de Mejía, a quien le tocaba el nombramiento de la capellanía como canónigo más antiguo, nombró a una persona para la capellanía que estaba vacante en Marchena, y el Provisor le mandó despachar su título. Otra capellanía que había vacado

¹⁵⁵⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga, 1571.

¹⁵⁵⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹⁵⁵⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, 1580-81.

en Cantillana le tocó al canónigo Antonio González y el Provisor le hizo la colación en su persona.

El Prelado, y el Provisor por delegación, nombraba candidatos para muchas capellanías de las que eran patronos las fábricas de las iglesias, y sus mayordomos en su nombre. Ya vimos cómo Aragonés recomendaba que los canónigos sede vacante esperaran a la llegada del nuevo Prelado para hacer estas provisiones, pues suponían el reparto de rentas cuantiosas y había que saber a quien se les daba y qué méritos tenían. Sin embargo, los canónigos hicieron amplio uso de sus prerrogativas en sede vacante para repartirse todo tipo de rentas y oficios. Sabemos que los períodos de *sede vacante*, a la muerte de los prelados, en los que el Cabildo de la Santa Iglesia tomaba de manera provisional las riendas del gobierno arzobispal, fueron ocasión de abusos en los nombramientos y provisiones fuera del control del Ordinario. Quizás por esto insistía Aragonés en que se esperara a la llegada del nuevo Prelado, pero lo habitual era que el Cabildo repartiese entre sus miembros algunos de los oficios más apetecidos, sobre todo si podían ejercerse por sustitutos, como era el caso de las capellanías. Primeramente se mandaba a los visitadores que trajeran al Cabildo relaciones de las capellanías que estaban vacantes en el Arzobispado y después se cometía a los vicarios para realizar la encuesta.

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601), los canónigos dieron al Provisor la capellanía de la Palma, dotada por el racionero Vejarano, pues el patrón no había nombrado en tiempo al sustituto. El martes cinco de junio de 1601, el Cabildo cometió a su Provisor para que hiciese colación en Pedro Martínez de Villalobos, coadjutor del canónigo don Francisco de Velasco, de la capellanía vacante por muerte de Juan Francisco, sacristán menor de la Santa Iglesia.¹⁵⁵⁸ En marzo de 1624, el Cabildo mandó al Provisor que requiriese a los visitadores para que trajesen la relación de las capellanías que habían vacado en las iglesias y lugares de los partidos.¹⁵⁵⁹ El Provisor ordenó a los colectores de las iglesias, con mandamientos agravados, que informasen de las capellanías que estuviesen vacantes en sus iglesias para que las proveyese el Cabildo.

También repartieron unas capellanías que vacaron en la Santa Iglesia, la que servía Cristóbal Caldera en el altar de Santa Isabel se la dieron al bachiller Francisco de Gama, y la que vacó por muerte de Juan de Morales y otra más que quedó libre mandaron que se concertaran entre sí para repartírselas. En febrero de 1624, el Pertiguero y Alguacil Mayor del Arzobispado sede vacante, don Juan de Oña, pidió licencia al Cabildo para poder nombrar capellán en una capellanía de la que su hijo era patrón, pues se había pasado el tiempo del nombramiento que tenía y ahora correspondía al Ordinario.

A principios de 1624, en la sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, discutieron los canónigos el modo de repartir las capellanías, porque el Duque de Medina Sidonia, por carta de 3 de febrero, pedía una capellanía que estaba vacante en Sanlúcar. El Cabildo mandó que se hiciese un informe para ver por quién vacó, lo que valía y cuanto tiempo hacía que vacó. Y mandaron que el Secretario viese cómo se

¹⁵⁵⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

¹⁵⁵⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

había hecho en las sedes vacantes anteriores. Finalmente, se repartieron las capellanías de nombramiento del Ordinario como se había hecho en las pasadas sedes vacantes, por orden de antigüedad de canónjías entre los que estaban presentes en Sevilla. Comenzaron por don Félix de Guzmán, pues el Provisor, que era más antiguo, ya se había adjudicado una, y quedó el turno en el canónigo don Jerónimo Pérez para la primera vacante que hubiese.

El visitador, canónigo doctor Checa, que estaba de visita por su vereda, no pudo elegir, y a su vuelta pidió una que había vacante en Écija. Lo mismo hizo el visitador, canónigo don Fernando Quesada, con otra capellanía de su vereda que propuso al Cabildo. Se ve que los canónigos que eran visitadores iban reservándose en sus veredas las capellanías vacantes que les parecían más interesantes, para pedir las a su vuelta a Sevilla. Así pues, previamente al reparto, el Provisor avisaba a los vicarios de los lugares para que hiciesen averiguación de las capellanías que estaban vacantes y a los visitadores para que hicieran en sus veredas las diligencias oportunas al respecto. Tenemos noticia del memorial que el visitador Salto presentó al Cabildo en marzo de 1624 de siete capellanías vacantes que había en su vereda de Écija, para que los canónigos eligiesen por turno.¹⁵⁶⁰

El 15 de febrero de 1624, el Provisor don Luis Manuel proveyó una capellanía en Jerez de 150 ducados de renta, pues en su fundación constaba que la proveyese el Provisor de Sevilla; el Cabildo mandó traer la escritura de fundación para comprobarlo. A veces llegaban peticiones para capellanías que vacaban en los lugares, que en los períodos en los que había Prelado eran adjudicadas a los candidatos *que mostrasen suficiencia*, y en períodos de sede vacante como hemos visto se las repartían en su mayor parte los canónigos. El 28 de febrero de 1624, el cura del Realejo escribió a los canónigos diciendo que él era suficiente y virtuoso y pedía la capellanía que estaba vacante en el lugar *constando que esto toca al Cabildo sin perjuicio de los patronos*.¹⁵⁶¹

La provisión de vicarios y curas

A la llegada de un nuevo Prelado, o en la sede vacante, todos los vicarios debían acudir a Sevilla para refrendar ante el Provisor las licencias que tenían para usar sus oficios. Aunque todas las provisiones de gracia correspondían al Prelado, era el Provisor el que daba las licencias para usar los oficios y cuando el Prelado estaba ausente también realizaba los nombramientos. Como el poder del Provisor era a la discreción del Ordinario, algunos prelados delegaban más atribuciones en sus provisos, encargándoles también la tarea de proveer estos oficios. Sin embargo, en sede vacante, los canónigos cometían a su Provisor para que refrendase las licencias y títulos de vicario pero se reservaba los nombramientos.

El martes 27 de septiembre de 1580, a la muerte de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, el Cabildo sede vacante nombró al Deán, don Alonso de Revenga, como Provisor y Vicario General, y el primer acto de jurisdicción que realizó fue mandar que todos los vicarios, curas, capellanes, confesores y predicadores de los lugares del arzobispado se presentasen ante él en un plazo de 15 días para refrendar las licencias

¹⁵⁶⁰ *Ibidem*.

¹⁵⁶¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

que tenían para usar sus oficios.¹⁵⁶² El 7 de octubre de 1580, el Provisor refrendó la licencia de vicario de Lebrija que tenía el clérigo Juan Barba, el sábado 15 de diciembre la de Andrés López, aunque éste no pudo presentarse porque estaba enfermo, y el 22 de octubre el título de vicario de Moguer al clérigo Rodrigo de Lozana.

Sin embargo el Cabildo sede vacante se reservaba las provisiones de todos los oficios de gracia, y, a veces, con los informes de los vicarios o visitadores, removían de su puesto a los que consideraban inhábiles. En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas, como la vicaría de Gibraleón estaba vacante por muerte de Juan Solier, se la dieron a Rodrigo Gómez, clérigo presbítero de la villa, y la de Sanlúcar al doctor García Alonso, clérigo presbítero. Asimismo votaron verbalmente y eligieron por vicario de Cantillana a Alonso Fernández de Mesa, y se llamó para proveer el vicario de Jerez, eligiendo al licenciado Mariano de Quirós, canónigo de la Colegial. También mandaron para proveer las vicarías de Castil de las Guardas y de Zufre, que estaban vacantes.

A veces ere al mismo Provisor el que informaba en Cabildo para remover de su cargo a alguna persona. En 1580, tras oír la relación que hizo el Provisor del licenciado Vargas, clérigo vicario de Trigueros, *le removieron e quitaron* de la vicaría y la proveyeron en la persona del licenciado Pedro Cáceres, clérigo presbítero del hábito de San Juan.¹⁵⁶³ El 23 de septiembre de 1600 llamaron de nuevo para nombrar vicarios y mantuvieron a los que estaban, excepto en Jerez que nombraron a Alonso Adame, en Carmona a Juan Vilches, en Constantina al licenciado Barrera, en Zufre a Melchor de Gálvez, en Santa Olalla a Juan Martínez y en Utrera a Alonso Esteban de la Barreda. Como vicario de Alanís nombraron a Juan Rodríguez Melgar e hicieron vicario de Morón al doctor García de Ávila, clérigo presbítero; en la villa de Zufre nombraron a Alonso Vázquez Valladares y en Rota al licenciado Gaspar Correa y mandaron que en quince días viniesen por sus títulos.

El 16 de abril de 1609 llamaron para nombrar vicario de Aracena a Miguel Parrales porque el doctor Luis Infante se desistió de su oficio ante el escribano público de Cazalla.¹⁵⁶⁴ En la sede vacante de don Pedro de Castro (1624), como de costumbre, llamaron para nombrar vicarios de los lugares del arzobispado y cometieron a tal efecto a los canónigos Francisco de Melgar y Joan Pichardo, para que viesan las personas más a propósito.¹⁵⁶⁵ Estos “diputados de vicarios” eran otra modalidad para hacer las averiguaciones previas a los nombramientos y sus informes eran determinantes tanto para refrendar las licencias como para remover de su oficio en aquellos casos en que había alguna queja o cuestión judicial pendiente. Los diputados recababan sus informaciones de los visitadores, de los vicarios y de los curas más antiguos de los lugares.

En los territorios de jurisdicción señorial se tenía en cuenta la opinión de los nobles a la hora de los nombramientos eclesiásticos. E incluso se enviaban los títulos de nombramiento a la Casa nobiliaria para que los entregara. En la vicaría de Sanlúcar de

¹⁵⁶² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹⁵⁶³ *Ibidem*.

¹⁵⁶⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara, 1609.

¹⁵⁶⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 20-12-1623.

Barrameda mantuvieron como vicario a Luis de León Garavito, y el Secretario del Prelado escribió al Duque de Medina Sidonia enviándole el título. El martes 16 de abril de 1624 leyeron una carta del Duque pidiendo que se nombrase otro vicario en El Puerto de Santa María por la mala relación que había tenido con la señora Duquesa. Parece que la señora duquesa quería mantener algún tipo de privilegio en la elección de iglesia para el cumplimiento, pues el Cabildo respondió deteniendo al vicario para castigarle y se le envió licencia a la señora Duquesa *para que ella con su familia de mujeres pueda cumplir con la parroquia en la iglesia que quisiere*.

Después confirmaron a todos los administradores de las rentas decimales, que además eran vicarios, con título del Arzobispo don Pedro de Castro y mandaron que se les diesen títulos nuevos. Así como a los administradores de Jerez, El Puerto de Santa María, Écija, Morón, Marchena, Constantina, Trigueros, Cazalla, Utrera, Zalamea y Alcalá de Guadaira. A éste último le mandaron que en sus ausencias hiciera el oficio el cura más antiguo, Pedro Gaytán.

Los vicarios solían ser también administradores de las rentas decimales de sus vicarías, pero a veces los dos oficios no se acumulaban en una misma persona. En este caso había que nombrar, refrendar o remover tanto a unos como a otros. En esta sede vacante nombraron vicario de Aznalcázar al licenciado Moreno de Ortega, en Cala mantuvieron a Sebastián de Herrera, y de La Palma nombraron al cura más antiguo, Francisco Sánchez. El 10 de febrero de 1624, se votó la vicaría de Sanlúcar la Mayor y salió elegido Bartolomé de Morales y este mismo día llegó una petición de Martín Prieto de Abrego, administrador de las rentas decimales de Gibraltor, pidiendo la vicaría. En esta vicaría resultaba además que el vicario tenía unos asuntos pendientes con la justicia, así que cometieron a los diputados de vicarios para que viesan la causa que tenía pendiente ante el Juez de la Iglesia. Es muy posible que se tratase de un pleito por irregularidades cometidas en el desempeño de sus funciones como administrador de las rentas de la vicaría, pues esto era frecuente y además el Juez de la Iglesia tenía las competencias en esta materia.

La vicaría de Almonaster se la dieron a Pedro Vázquez, que ejercía el oficio de vicario en la villa de Aroche, donde residía. Sin embargo, ahora le obligaban a mudarse de casa, pues el oficio estaba en Almonaster de *tiempo inmemorial*, y un cambio originaría gastos y trabajos tanto a los eclesiásticos como a los negociantes.¹⁵⁶⁶ El canónigo Félix de Guzmán contradijo el nombramiento porque el bachiller Álvaro González había sido vicario de Almonaster con aprobación general desde hacía más de 22 años y el Cabildo debía mantenerlo en su oficio en el mismo lugar. En una petición, Pedro Vázquez recordaba que después que se vendió la villa de Almonaster en 1580 ya no volvió a ser cabeza de vicaría.¹⁵⁶⁷

En 1582 fue vicario de Almonaster Diego Cornejo, cura de Zalamea, y vivió en ella y no en Almonaster. Luego le sucedió Juan Salvador, cura de Cortegana, que vivió y murió en Cortegana. Después, durante 36 años, estuvo la administración de la vicaría en la villa de Aroche, y esto también era comodidad para los de Aroche, tanto clérigos como legos, que no tenían que ir a Almonaster. El vicario de Almonaster, bachiller

¹⁵⁶⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁵⁶⁷ Hasta 1580 la villa de Almonaster con su jurisdicción había pertenecido como feudo temporal al Arzobispo de Sevilla.

Álvaro González, pidió que se volviese la vicaría a aquel lugar, y que no se le diese al administrador de Aroche. Finalmente, el Cabildo mandó que en ocho días se fuese el administrador de Aroche a vivir a Almonaster, y si no, que se le diese el título de vicario al que lo tenía antes. Tras una petición de Pedro Vázquez le ampliaron el plazo a dos meses. El Consejo de la villa de Almonaster también intervino pidiendo que le restituyeran la vicaría que le habían quitado para dársela al administrador de Aroche.

Los candidatos solían escribir al Provisor, o al Cabildo en ausencia de Prelado, para pedir los curatos o las licencias para administrar sacramentos, después se cometía la averiguación de su suficiencia al vicario o visitador de la vereda que correspondiese y una vez concedidas se remitían al Provisor para que les despachase su licencia. A veces eran los Cabildos seglares los que hacían diligencias ante el Ordinario para asegurar la provisión de curas que administrasen los sacramentos en sus villas, especialmente si había alguna epidemia y la mortandad desbordaba las posibilidades de los ministros que ya asistían de ordinario en el lugar. En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas (1580), el Provisor proveyó para que no hubiese falta de confesores en el lugar de Beas, pues Martín de Ovando, en nombre del Consejo del lugar, lo había pedido en una carta.¹⁵⁶⁸ Como el año 1580 y siguientes fueron de peste en el Arzobispado, los canónigos cometieron al Provisor para que proveyese especialmente de confesores y curas que administrasen los sacramentos.

El Provisor, a la vista de los candidatos que se presentaban para los curatos, elegía a los más idóneos y les daba licencias de cura. Era una elección muy importante pues el cura-policía era el primer eslabón de la cadena de disciplinamiento; a él le estaba encomendada la tarea principal de vigilancia, control y denuncia de los pecados públicos de los seglares. Si se trataba de un período de sede vacante el Cabildo nombraba y el Provisor daba la licencia. El 30 de septiembre de 1600 nombraron al clérigo presbítero Diego de Yllanes como cura de Santa María de la villa de Arcos. En 1624 trataron sobre la importancia de remover a los curas que había en algunas iglesias *por ser cosa de las más importantes que tenía el Cabildo*¹⁵⁶⁹, y cometieron al Arcediano de Sevilla, al Arcediano de Jerez y a los canónigos Juan Manuel y Fernando Sánchez Álvarez para que informasen de algunas personas que fuesen *a propósito en vida y costumbres* para proveer los curatos. Y a los visitadores que trajesen relación de las iglesias que a cada uno le tocaba de su vereda con los curas que convenía *remover*.

Juan Moreno pidió el curato de Zalamea, que estaba vacante, y mandaron que se le diese carta de cura, y para el curato de Buytron, de donde éste era cura, se presentó una relación de tres personas para que se eligiese una y se le diese su licencia. Francisco de Quesada pidió el curato del Puerto de Santa María y el Cabildo mandó que le diesen los aprovechamientos que tenía antes, no quitándole a los curas viejos sus obvenciones, como lo había proveído el Provisor anterior. El cura de Santa Olaya dejó su curato y mandaron que se le diese el título a Antonio León.

También dio el Provisor carta de cura al beneficiado de la iglesia de Omnium Sanctorum Miguel de Navas, como cuarto cura de la iglesia; para Bornos nombraron a Alonso de Medina y para El Cerro al licenciado Muñoz, en lugar de Andrés González.

¹⁵⁶⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹⁵⁶⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

Después, los canónigos hicieron una relación de las personas *más a propósito* para los curatos que había que proveer y nombraron a José de Rivera por cura de San Nicolás, para San Andrés al licenciado Buenadicha y para Santa Marina al licenciado Francisco Rodríguez y a Juan de Robles, beneficiados de dicha iglesia. También mandaron que se le diese carta de cura al licenciado Alonso Sánchez Gordillo, Abad de la Universidad de Beneficiados, para la iglesia de la Magdalena, junto a otros tres curas que ya había. El cura Odorico, de San Vicente, pidió que se le restituyese el curato en el que se le había cesado y fue cometido para ver su petición el canónigo don Pedro de Villagómez. Después dieron carta de cura al de Santa Lucía, porque no había más que un cura y mandaron que el cura más moderno de San Nicolás durmiese en la iglesia de la parroquia. El vicario de Lebrija pidió que le diesen carta de cura y que, pues su oficio no tenía derechos, le diesen de cada entierro tres reales. El Cabildo mandó al Provisor que le diese la licencia de cura y en lo demás que cumpliese el Sínodo del Arzobispado. Juan Ponce pidió el curato de Morón y se lo cometieron al visitador de la vereda para que informase de su persona y lo refiriese en Cabildo.

El 24 de enero de 1624, el Provisor vio los papeles de los candidatos para el curato de El Berrocal y proveyó cura para el lugar.¹⁵⁷⁰ Después, Manuel Estrada pidió el curato de Gibraleón y el Cabildo cometió al Provisor para que hiciese las diligencias oportunas, es decir, escribiese al vicario o tratase con el visitador para obtener las informaciones del candidato. En esta sede vacante, el Cabildo nombró por cura de Aznalcázar al bachiller Martínez, por muerte de don Juan de Abrego, y mandaron al Provisor que le diese carta de cura, siendo aprobado para confesar. También pidió su carta de cura Juan de la Torre. Asimismo, el Cabildo hizo un llamamiento a los visitadores, comenzando por el Arcediano de Écija, para que hicieran relación de los curas que había en las iglesias y cuáles era justo conservar y cuáles era conveniente remover; y cometieron al visitador para que con el Provisor lo dispusiera y ordenara, y que se llamase para proveer de cura las parroquias de San Andrés y Santa Marina de Sevilla.

En 1609, los frailes terceros de San Francisco pidieron carta de cura para uno de los suyos del curato de San Juan de Aznalfarache, pues decían que desde los tiempos del Arzobispo don Gonzalo de Mena habían tenido el curato de esta localidad. En 1624, los alcaldes de Castilleja de la Cuesta informaron de la pretensión que tenían los padres terceros de ser curas de aquella iglesia por ser suyo el beneficio, pues habían echado al fraile mercedario que asistía en la iglesia. Los canónigos cometieron los papeles al canónigo doctoral para que los estudiase e informase al Cabildo, y al Provisor para que buscara una persona que fuese a hacer el oficio. En el curato de Castilleja de la Cuesta el Provisor nombraba un fraile de la merced como cura que administrase los sacramentos, pues el Arzobispo tenía una manutención del Nuncio concediendo la gracia a la Orden de la Merced para que sirviese este curato. Pero el fraile mercedario que allí estaba se encontró con que el Provisor sede vacante había nombrado a un fraile tercero y este había acudido a la iglesia y le había quitado las llaves de la sacristía. Ante esto, el 9 de mayo de 1624, los alcaldes mayores de la villa informaron que el cura que asistía en aquella iglesia, que era un fraile mercedario, se había marchado del lugar.¹⁵⁷¹ El Cabildo cometió entonces a su Provisor para que buscara otra persona que hiciese el oficio, y para solucionar el conflicto cometieron al canónigo don Pedro de Villagómez para que viese el asunto. Finalmente, determinaron acerca de la competencia del curato

¹⁵⁷⁰ *Ibidem.*

¹⁵⁷¹ *Ibidem.*

de Castilleja de la Cuesta entre los padres Terceros y un fraile de la Orden de la Merced que servía el curato en la iglesia de realengo que había en dicho lugar.

Para la iglesia de San Mateo de Jerez dieron carta de cura a Juan Mateo, y el viernes 23 de febrero de 1624 recibieron la petición de Bartolomé Hidalgo para el curato de Cartaya que estaba vacante por desistimiento del cura que estaba allí. Se cometió el asunto al visitador para que informase de esta persona. También cometieron al visitador para que informase de Francisco de Amores, cura de Lucenilla, que pedía le diesen carta de cura para Bonares, donde se había desistido Francisco Suárez, y que el visitador buscase otro cura para Lucenilla. Finalmente colocaron en este lugar a Diego Cameros. El martes 21 de mayo de 1624 el visitador doctor Checa hizo relación de la petición de Juan Ponce y el Cabildo le mandó dar carta de cura para Villanueva del Río.

El vicario de Cumbres pidió que por ser Cuaresma y no haber más que un cura que administrase los sacramentos se le diese carta de cura, pues hacían falta ministros en la villa. Después, dieron carta de cura para la villa de Utrera al licenciado Juan Cintado, por desistimiento de Bartolomé Portillo. Para Gines pidió el curato Alonso Hernández y también solicitaron el de Casaluenga, así como el de Cartaya, ambos fueron cometidos al visitador para que buscara las personas idóneas. Este último se le dio a Bartolomé Hidalgo pues hacían falta cuatro curas *por ser el lugar grande*.

El Provisor también proveía de curas para las compañías de soldados. En 1601 el Rey mandó una carta al Provisor Negrón para que buscase clérigos virtuosos y letrados que hicieran el oficio de cura en las compañías de Infantería que, por orden de Su Majestad, iban a levantar en Andalucía Cristóbal Tablada, el capitán Pedro Enríquez de Tejada y Francisco de Villareal.¹⁵⁷² El estado clerical era un salvoconducto para eximirse de ser reclutado para la guerra, pero en tiempos difíciles se acudía al reclutamiento de capellanes. En 1600 tenemos una carta del Cabildo sede vacante al Rey quejándose de que los capitanes y consejos en las levadas de soldados se habían valido de clérigos y capellanes y esto era un fraude pues estaban exentos.¹⁵⁷³

Si el Obispo administraba especialmente dos sacramentos, la confirmación y el orden, el párroco administraba el bautismo y el matrimonio. Desde el siglo XIV la parroquia organizó, además, archivo y dependencias que la asimilaban a pequeña escala a la Curia episcopal, y en algunos casos formaban expedientes matrimoniales. En España, el Cardenal Cisneros mandó que los párrocos llevasen libros de nacimiento y de defunciones.¹⁵⁷⁴ Más tarde, el Concilio de Trento definió las funciones del párroco como pastor vigilante y administrador de su parroquia y mandó a los párrocos abrir registros parroquiales, llevando libro de matrimonio, bautismo, confirmación, matrículas parroquiales, defunciones, sepulturas, visita, inventarios y fundaciones pías. Además, el párroco también tenía un papel importante como predicador y maestro de la doctrina cristiana; administraba los sacramentos, dando el bautismo, el viático a los enfermos, la extremaunción a los moribundos, bendecía el matrimonio, decía misa de precepto aplicándola por el pueblo, gestionaba los libros parroquiales de bautismo, matrimonio y defunción, cuidaba de los enfermos y afligidos, vigilaba la

¹⁵⁷² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

¹⁵⁷³ A.M.S. Sección XI. Archivo de El Conde de El Águila. Libro 9, doc. 13.

¹⁵⁷⁴ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Tenemos noticia de esta hecho en las Sinodales de Toledo de 1498.

moral pública, evitaba las riñas y escándalos en su parroquia, asistía al Sínodo y a las conferencias morales cuando lo mandaba el Prelado y enterraba gratuitamente a los feligreses pobres.¹⁵⁷⁵

El párroco era también un notario que servía de fedatario público en numerosos actos de la vida civil y especialmente en los testamentos. En los antiguos fueros se recoge la autorización del testamento hecho por el capellán del lugar con dos testigos, y en caso de necesidad con uno sólo.¹⁵⁷⁶ Los Reyes Católicos, en su afán por mantener la jurisdicción real a salvo de intromisiones, limitaron las facultades de párrocos y notarios eclesiásticos prohibiéndoles intervenir en contratos civiles. Sin embargo, hasta el siglo XIX se mantuvo la costumbre en Castilla de que los párrocos intervinieran en los testamentos y últimas voluntades, recibiendo las declaraciones de pobreza que hacían los moribundos ante ellos y dos testigos, para evitar que hubiese reclamaciones por haber muerto abintestato.¹⁵⁷⁷

En el Arzobispado de Sevilla, desde muy antiguo, la prelación y gobierno de las iglesias había recaído en los beneficiados, aunque había otros clérigos y sacerdotes. Sobre esto, Ortiz de Zúñiga cita, junto a sus propias fuentes, un memorial impreso del Abad de la Universidad de Beneficiados, Sánchez Gordillo. Y refiere que en las escrituras y testamentos antiguos solían aparecer los beneficiados con el nombre de clérigos parroquiales y eran comúnmente los albaceas de todos los feligreses, porque tenían a su cargo las memorias, temporales o perpetuas, y todas las misas de testamentos, pues no hubo capellanías hasta muchos años después:

y no he podido averiguar con claridad si en la cura de almas sustituían la general del Prelado, o se daba a ellos, o había otros que son los que llamamos curas, si bien tengo por lo más verosímil que fueron siempre como son hoy, diversos.¹⁵⁷⁸

Estos beneficiados o clérigos parroquiales establecieron una Cofradía, Congregación o Cabildo, al que llamaron Universidad, que se componía sólo de beneficiados propietarios, y elegían de entre ellos al que llamaban Abad de la Universidad. El título parece ser muy antiguo pues el primero fue don Gutierre (1266), que se menciona como Abad de Sevilla en su repartimiento. El gremio se situaba en la parroquia de San Juan de la Palma y su autoridad y preeminencia fue grande, sosteniendo pleitos importantes, en particular con los veinteneros de la Santa Iglesia Catedral y con el Prelado a causa de la erección de beneficios curados.

En el Libro Blanco de la Catedral de Sevilla no aparecen en la Baja Edad Media beneficios curados, sólo los beneficiados de las iglesias parroquiales atendiendo el

¹⁵⁷⁵ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 5, cap. 2 les dice plebis sibi commisas pascant salutaribus verbis. Al hablar de la residencia en la sesión 23, cap. 1.

¹⁵⁷⁶ TEJADA y RAMIRO, J.: Tejada y Ramiro. *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Fuero de Aragón, Fuero 1º De Tutoribus, Libro V; en el Fuero de Navarra era casi lo mismo.

¹⁵⁷⁷ DE LA FUENTE, V. y GÓMEZ SALAZAR, F.: *Lecciones de Disciplina eclesiástica y suplemento al tratado teórico-práctico*. Tomo II. Madrid, 1877. Los párrocos.

¹⁵⁷⁸ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Tomo II, Imprenta Real, Madrid, 1796. Edición facsímil de 1988, Tomo I, p. 270.

culto, tal como hacían los canónigos en la Catedral¹⁵⁷⁹. En el Arzobispado de Sevilla el Prelado era el único cura general, pero para ejercer la administración de los sacramentos tenía puestos párrocos en su nombre por tiempo limitado, es decir que podían ser nombrados o depuestos discrecionalmente.¹⁵⁸⁰ Esto quiere decir que el Prelado los nombraba *usque ad beneplacitum suum*. No eran curas propios ni podían ser considerados auténticos párrocos, ya que eran amovibles *ad nutum episcopi*. Según una opinión bastante extendida, como la del célebre canonista portugués Agustín Barbosa, en la archidiócesis de Sevilla sólo el Prelado podía ser considerado como el único párroco de todas las iglesias¹⁵⁸¹. También opinaba lo mismo el Obispo Diego de Eslava y Esquivel en un memorial dirigido al Papa.¹⁵⁸²

El problema tenía un trasfondo económico ya que los titulares de las parroquias del arzobispado hispalense no participaban en el reparto de los diezmos, pues los curas sólo cobraban las primicias o primeros frutos de los campos, viñas, árboles y huertas, y el Prelado, como *padre de pobres*, se llevaba los diezmos de la cura de almas. Así pues, los que ejercían la cura de almas tenían unas rentas muy inferiores a las de los beneficiados que no tenían esta responsabilidad, de aquí que muchos prefiriesen las rentas de un beneficio o una capellanía que la cura de almas.¹⁵⁸³

Desde principios del siglo XVI se insistió en que los poseedores de beneficios curados residiesen en ellos, y de lo contrario que no ganasen los frutos de los beneficios.¹⁵⁸⁴ También se pretendía que fuesen suficientes en letras, de buena vida, conversación y buenos cristianos, encargando a los prelados que así lo proveyesen.¹⁵⁸⁵ Las visitas *ad limina* de los Arzobispos don Rodrigo de Castro y don Fernando Niño de Guevara nos señalan la falta de dotes y la pobreza del clero parroquial de la diócesis de Sevilla. En las relaciones enviadas al Papa se afirma que *hay muchos curas muy pobres y casi todos idiotas y poco suficientes*.¹⁵⁸⁶

El Concilio de Trento trató de atajar este problema estableciendo concursos a curatos, mandando que no se nombrasen curas para las iglesias parroquiales sino a los que probasen aptitud por medio de un examen, ante el Obispo o su vicario y los examinadores sinodales en número no menor de tres.¹⁵⁸⁷ Y el Cardenal don Rodrigo de Castro, en vista del daño que producía que los servidores de curatos no tuviesen congrua, el 10 de diciembre de 1583 envió a Felipe II una información sumaria en la

¹⁵⁷⁹ PÉREZ-EMBED WAMBA, F.J.: *La Iglesia Catedral de Sevilla en la Baja Edad Media*, Tesis de licenciatura. Sevilla, 1978.

¹⁵⁸⁰ SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979. El autor remite a un documento: Archivo Diocesano de Sevilla, papel suelto, f. 1-1v.

¹⁵⁸¹ BARBOSA, A.: *Votorum decisivorum et consuetivorum canonicorum*, Lugduni, 1702.

¹⁵⁸² ESLAVA ESQUIVEL, D.: *De conciliis universalibus*, Granatae, 1552.

¹⁵⁸³ DE LA FUENTE, V. y GÓMEZ SALAZAR, F.: *Lecciones de Disciplina eclesiástica y suplemento al tratado teórico-práctico*. Tomo II. Madrid, 1877. Provisión de beneficios curados por concurso.

¹⁵⁸⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. D Carlos y doña Juana en Toledo año 1528, pet. 66.

¹⁵⁸⁵ *Ibidem*, D Carlos y doña Juana en Madrid año 1534 pet. 13.

¹⁵⁸⁶ SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La diócesis de Sevilla entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII" y "Las visitas ad limina de los Arzobispos don Rodrigo de Castro y don Fernando Niño de Guevara". *Isidorianum*, nº 1. Sevilla, 1992; MARTÍN RIEGO, M.: "La Iglesia de Sevilla a finales del siglo XVI e inicios del XVII". *Isidorianum*, nº 20. Año X, 2001, 349-389, p. 379.

¹⁵⁸⁷ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Cap. Expedit maxime, cap. XVIII de la sesión 24 de reformat.

que le manifestaba la necesidad de que tuviesen sustentación, y pedía al Rey que intercediese ante el Papa para que remediase esta grave situación. El Prelado sevillano suplicaba al Rey que ejerciese su influencia en la Corte Romana para que se redujesen los beneficios parroquiales a curatos y se proveyesen por oposición en clérigos que tuviesen estudios y ciencia para desempeñarlos dignamente.¹⁵⁸⁸ Parece que las gestiones del embajador del Rey prudente tuvieron efecto, porque 13 de noviembre de 1584, el papa Gregorio XIII concedió un Breve para que se erigiese un beneficio curado en cada parroquia y se señalase congrua a todos los vicarios foráneos y rectores de parroquias del arzobispado de Sevilla que ejerciesen la cura de almas. Desde la Bula de Gregorio XIII, en la que concedía que en cada iglesia se instituyese un beneficio curado, esta fue una aspiración de los distintos prelados sevillanos. Se trataba de conseguir iglesias con pastores propios y que los curatos llevasen aparejado su propio beneficio: *y que siendo letrados instruyesen con la palabra y exemplo las ovejas y que con semejantes premios se alentaban muchos a seguir la virtud y letras*.¹⁵⁸⁹ Para ello, los beneficios que fuesen vacando se agregarían a los curatos.

Entre 1585 y 1586 se erigieron seis beneficios curados: dos en la ciudad de Sevilla (San Isidoro y San Miguel) y cuatro fuera de Sevilla (Jerez, Marchena, Encinasola y Cañete la Real). Pero tras la celebración del Sínodo de 1586 los beneficiados parroquiales pleitearon en Roma para que no se les despojase de sus beneficios y consiguieron una inhibición de la Rota Romana que paralizó la reforma. A la muerte de don Rodrigo de Castro, el Cabildo sede vacante comenzó a tratar el remedio con los beneficiados de la Universidad, impulsando el Breve de Gregorio XIII para que en cada iglesia se erigiese un beneficio curado, y se ejecutó en algunas iglesias¹⁵⁹⁰. En un documento de la época se insistía en la conveniencia de procurar por todos los medios que el Papa revocase la suspensión del Breve, por la necesidad que habia de *pastores propios que siendo letrados instituyesen con palabras y ejemplos a las ovejas y con semejantes premios se alentaban muchos a seguir la virtud y letras*.¹⁵⁹¹

El Secretario Aragonés, en su memorial a los oficiales de la sede vacante, les advertía que *convendría por todos medios procurar la continuación informando a su santidad para que revoque la suspensión*¹⁵⁹², pues convenía al bien de las almas; e insistía en que se debía procurar que todos los beneficios fuesen curados, pues con hombres doctos y virtuosos se acrecentaría la disciplina eclesiástica. Por esto se recomendaba al Prelado que llegase que intentase por todos los medios revocar el auto de inhibición que consiguieron los beneficiados y que paralizaba de hecho todo intento de reforma. Además, señalaba el aspecto económico del problema, los beneficios se llevaban la tercera parte de los diezmos y estos frutos no se empleaban en la limosna. Así, los beneficiados se llevaban los frutos en ausencia y los curatos quedaban desamparados. Además, los propietarios de beneficios, muchos de ellos prebendados de la Catedral de Sevilla o de otras diócesis, solían poner en su lugar un servidor, llamado vicebeneficiado, que realizaba sus funciones a cambio de una parte de los beneficios:

¹⁵⁸⁸ MORGADO, A.: *Prelados sevillanos o Episcopologio*, Sevilla, 1906.

¹⁵⁸⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara".

¹⁵⁹⁰ A.M.S. Sección XI. Archivo de El Conde de El Águila. Libro 9. Documento 13. Pleitos entre el Cabildo y el Prelado, p. 346.

¹⁵⁹¹ A.G.A.S. Sección III. Pleitos Criminales. Legajo 2843.

¹⁵⁹² A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Memorial del Secretario Aragonés".

y es cosa muy fuera de razón que dándose el beneficio por el officio se lleven los frutos en ausencia y se ponga un servidor ignorante para dezir la missa de tercia y para los entierros y los curas a quien están encomendadas las almas no lleven diezmos y pagando los fieles las décimas para tener ministros que los enseñen en el camino del cielo y sean padres de pobres, carezca de doctrina y de propios pastores, y los pobres de socorro temporal lo qual es contra toda buena institución y gobierno y se cognosce la ventaja de ministros y doctrina en las yglesias de España.¹⁵⁹³

El tema era de tanto interés, porque se consideraba un escándalo que las almas que pagaban los diezmos estuviesen sin ministros que les administrasen la doctrina y los sacramentos, que incluso el Asistente, veinticuatro y jurados del Cabildo seglar hicieron gestiones a través del veinticuatro Pedro Díaz de Herrera, que escribió al Rey y se entrevistó con el Cardenal y con la Universidad de Beneficiados, para que éstos se desistieran del pleito que tenían planteado en Roma.¹⁵⁹⁴ Aragonés terminaba lamentándose en su informe de la falta de beneficios curados y patrimoniales que había en el Arzobispado, llamando a poner en efecto la Bula concedida, prohibiendo que se resignasen los beneficios, mandando que se proveyesen por curados, y que en caso de vejez o enfermedad nombrase el Prelado un coadjutor suficiente sólo por el tiempo de la vida del propietario, con el *estipendio* que al Prelado pareciere a costa del mismo cura.

El Rey, por carta de 26 de septiembre de 1600 al Cabildo sede vacante sevillano, le encargaba, asimismo, que en la administración y gobierno del Arzobispado, según el Concilio de Trento, procediesen al examen de beneficios curados. Así lo hizo el Cabildo, dando las órdenes oportunas porque hacían falta por el bien del pueblo, pues faltaban ministros idóneos para la doctrina y administración de los sacramentos. El Deán y Cabildo trataron con la Universidad de Beneficiados que se restituyese el Breve del Papa y la Universidad lo permitió en seis curatos ya dotados pero con la condición de que se proveyesen por oposición, y no por elección del Arzobispo como estaba ocurriendo, y tuviesen preferencia los naturales del pueblo respectivo. En enero de 1601 cometieron al Provisor sede vacante, doctor Negrón, al Chantre y al canónigo doctor Juan Hurtado, para que tratasen con los beneficiados de la Universidad acerca de la anexión de un beneficio curado en cada iglesia del Arzobispado, y que se proveyese por oposición. En 1605, el nuevo Prelado, Cardenal Niño de Guevara, por medio de su Provisor Luciano de Negrón, trató con la Universidad de Beneficiados para que se aplicase de nuevo el Breve, se suplicó a Roma pero no se recibió respuesta.

Y mientras tanto el problema persistía. Los beneficiados se llevaban las rentas de las iglesias y los curatos eran ocupados por los que no podían aspirar a otra cosa. Tenemos información acerca del nivel moral y de instrucción del clero de principios del siglo XVII:

los curas de casi todas las iglesias del Arzobispado son idiotas y el desecho del pueblo. Los que no caben en otros Obispados por sus malas costumbres y los frailes que an dexado sus religiones aquí fuerça la necesidad admitirlos... nadie favorece la causa de los curas. El cabildo de la iglesia no. Los beneficiados no. En el tiempo de peste dexan los curatos, queda todo desamparado. Por la ignorancia de los curas ay

¹⁵⁹³ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara”.

¹⁵⁹⁴ A.M.S. Sección XI, Archivo de El Conde de El Águila, doc. 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 323; Sección XIII, Archivos Importantes, siglo XVI, Tomo 4, doc. 14.

muchos inconvenientes en el Arzobispado, assi de impedimentos de matrimonio como restituciones y otras cosas y con su vida libre dan libertad a los feligreses para que vivan como quieran y assí ay muchos pecados publicos en este Arzobispado. Ay muy pocos curas en todo el Arzobispado de satisfacción y los fugitivos los perdidos vienen de otros Obispos.¹⁵⁹⁵

Los visitadores, además, señalaban que los beneficiados se llevaban los emolumentos dejando a los curas sólo las obvenciones de los bautismos y las velaciones. E incluso en algunas iglesias y pueblos los beneficiados habían arrebatado estos ingresos a los curas. La pobreza de los curas hacía que nadie quisiera ser cura y cuando alguno se encontraba era *el desecho del pueblo y los que no caben en otros obispos, fugitivos o perdidos*. También los frailes que dejaban sus religiones o eran expulsados de ellas ocupaban los curatos que nadie quería en los pueblos pequeños, y los visitadores trataban de evitarlo, pues era regla general que los oficios fuesen ocupados preferentemente por clérigos seculares. También era frecuente que los que eran examinados para un beneficio o para confesar y eran declarados *no idóneos*, eran admitidos para curas, pues hacían falta. Por esta razón estaban los pueblos sin curas y no se hallaba quien quisiese serlo, y cuando había epidemias se iban los que estaban y dejaban los pueblos desamparados.

En 1611 se hizo un borrador de Concordia entre don Pedro de Castro y Quiñones y la Universidad de Beneficiados para aplicar el Breve bajo dos condiciones: serían preferidos en igualdad de méritos los naturales del arzobispado y los curas no podrían adquirir ninguna jurisdicción ni preeminencia en las parroquias más que las que le correspondían como beneficiados¹⁵⁹⁶. Después de esta Concordia, don Pedro de Castro erigió ocho beneficios, en Santa Ana de Triana, en la iglesia de Santiago de Carmona, en la iglesia de Santiago de Alcala de Guadaira, en la Puebla de los Infantes, en Santa Marta de los Molares, en San Esteban de Sevilla, en San Julián de Sevilla y por último en La Nava. La unión de estos beneficios simples y servideros a sus respectivos curatos se hizo no en virtud de la Bula de Gregorio XIII sino en cumplimiento de lo ordenado en la sesión XXIV de Trento.

El nuevo método de erección de curatos generó una serie de confusiones y dudas. Una de ellas era saber si cuando se erigía un beneficio simple en curado le quedaba al Arzobispo facultad para poner en ella al resto de los curas simples, como los ponía antes, o esta facultad pasaba al nuevo cura párroco. En esto don Pedro de Castro fue muy activo, removiendo y *quitando absolutamente* curas sin explicitar motivos y sin autos judiciales. Suponemos que actuaba utilizando su potestad para castigar extrajudicialmente en casos en los que tenía información suficiente de abusos o irregularidades graves. O trasladándolos a otras iglesias, bien como parte de reestructuraciones en el reparto de los curas por parroquias o bien para alejarlos de la *f fuente de sus pecados*.

Tenemos al respecto una relación de curas *quitados absolutamente* o mudados a otras iglesias de Sevilla por voluntad del Prelado, sin causa ni forma judicial.¹⁵⁹⁷

¹⁵⁹⁵ A.G.A.S. Sección IV. Libros de Visita. Legajo 1453. Citado en: R.M. PÉREZ GARCÍA, “Visita pastoral y contrarreforma en la archidiócesis de Sevilla, 1600-1650”. *Historia, Instituciones y Documentos*, nº 27, Sevilla, 2000, 205-233, p. 219.

¹⁵⁹⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Curatos, Legajo nº 1.

¹⁵⁹⁷ A.C.S. Sección III. Justicia. Libro 37.

- 1) Antonio Infante, mudado de Santa Catalina a Omnium Sanctorum en 1614.
- 2) Juan Adame y el licenciado Gordillo, curas de La Magdalena, quitados absolutamente en 1614.
- 3) Diego Sanchez y Juan Martel, quitados absolutamente en 1614.
- 4) Luys de Palencia, mudado a San Vicente en 1615.
- 5) El maestro Alonso Ossorio, pasado a San Lorenzo en 1615.
- 6) Gaspar de Torreblanca, pasado a San Gil en 1616.
- 7) Pedro Romero, Bartolome Cansino y Diego de Alba quitados absolutamente en 1617.
- 8) Luys de Medina y Sebastian Perez, curas de Omnium Sanctorum, pasados a San Gil en 1618.
- 9) Juan Baptista Téllez, cura de San Ildefonso, quitado remotamente en 1618.
- 10) Pedro Collado, cura de San Marcos, mudado a San Román en 1620.
- 11) Diego Martinez de Morales, quitado absolutamente en 1620.
- 12) Pedro Maldonado, cura de San Nicolás, quitado absolutamente en 1620.
- 13) Joseph de Ribera, quitado remotamente en 1622
- 14) Alonso de Moriente de Silva, cura de Santa Catalina, quitado remotamente en 1622.
- 15) Juan de Balmaseda, cura de Santiago, quitado absolutamente en 1624.
- 16) Matías Sosa, quitado de San Andres absolutamente en 1624.
- 17) Ambrosio de Campo Manes, cura de San Bartolomé, quitado absolutamente en 1624.
- 18) Juan de la Torre, cura de Santa Marina, quitado absolutamente en 1624.
- 19) Juan Fernández de Vallesteros, pasado a Santa Lucia y después quitado remotamente en 1624.
- 20) Juan de Padilla, cura de San Román, quitado absolutamente en 1626.

Sin embargo, en una consulta hecha por el Cabildo sede vacante el 31 de enero de 1624, a la muerte de don Pedro de Castro, Diego Ruiz, jesuita del Colegio de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, contestaba que cuando se hacían las erecciones vacaban *ipso facto* todos los curatos simples que hubiese en la iglesia donde se erigiese el beneficio curado.¹⁵⁹⁸ Porque precisamente uno de los fines que pretendía el Concilio con esta reforma era eliminar los curas simples para que el cuidado de las almas estuviese solamente en manos del párroco.¹⁵⁹⁹

Y, según el citado memorialista, aunque el párroco, por omisión o descuido, no se ayudase de sacerdotes coadjutores para la administración de los sacramentos, no se permitía que los nombrase el Prelado, sino que se instaba al párroco a que pusiese tantos sacerdotes como fuesen necesarios, teniendo en cuenta la magnitud de la feligresía. Esto era frecuente porque, al no haber curas coadjutores, el párroco pretendía obtener todos los emolumentos correspondientes a las obvenciones por los bautismos, entierros y velaciones. Así pues, según el Concilio de Trento, las Declaraciones de la Congregación de Cardenales y muchos canonistas reconocidos, era el párroco quien debía elegir al resto de ministros ayudantes en la administración de los sacramentos y sólo remitía al Prelado la aprobación de suficiencia. A este argumento se oponía el hecho de la particularidad del Arzobispado de Sevilla, en el que el Prelado tenía derecho especial y

¹⁵⁹⁸ A.C.S. Sección III. Justicia. Libro 109.

¹⁵⁹⁹ MARZILLA. Libro I, Tit. 2, p. 21.

costumbre de poner *curas ad nutum* amovibles como cura general de las almas de su Arzobispado.

Sin embargo, el Concilio de Trento parecía derogar esta costumbre y derecho, y quedaba probado por las erecciones que hizo el Cardenal don Rodrigo de Castro en algunas iglesias del Arzobispado en virtud del Breve de Gregorio XIII. Concretamente en las iglesias de San Miguel y San Isidro de Sevilla donde erigió beneficios curados y luego se quitaron los curas simples, sirviéndose los párrocos para la administración de los sacramentos de sacerdotes probados; y lo mismo se hizo en las iglesias de fuera de Sevilla, continuándose de igual forma por el Cardenal Guevara y en la sede vacante de ambos prelados.

A pesar de esto, don Pedro de Castro, celoso de sus prerrogativas, se opuso a la cesión de jurisdicción y nombró curas simples que ayudasen a los párrocos, y además, movió un pleito en la Rota Romana para que a estos curas simples puestos por él les pertenecieran las primicias y ofrendas de las iglesias. La Sacra Rota declaró que las ofrendas de los bautismos, matrimonios y primicias pertenecían a los curas puestos por el Prelado, y que esta congrua sustentación se extendía a todos los curas puestos por el Arzobispo en todas las iglesias, aunque tuviesen párrocos, y con los cuales repartirían las ofrendas y primicias.

Usando este derecho, don Pedro de Castro puso un cura más de los que había en el Sagrario de la Catedral, siendo de costumbre inmemorial que lo nombrase y pusiese el Deán y Cabildo de la Catedral. Estos iniciaron un pleito que terminó en la Real Audiencia de Sevilla, donde fue llevado por vía de fuerza, y declararon que el Prelado la hacía en llevar, nombrar y poner dicho cura. A la muerte de don Pedro de Castro, el Cabildo sede vacante se planteó si podía erigir en cada iglesia parroquial un beneficio simple en curado cuando vacaren *per obitum*. Y si un beneficiado propietario de una iglesia, *deseoso de que en ella hubiese paz entre los ministros que la servían* y quitar las discordias que había con grave escándalo del pueblo, podía espontáneamente ofrecer su beneficio para que se erigiese por curado, obligándose a hacer el oficio de cura párroco por toda su vida y que después de ella se diese por concurso conforme a lo dispuesto en Trento. El problema era que, aunque el Cabildo sede vacante sucedía al Prelado muerto en toda la jurisdicción ordinaria, no así en los casos que por derecho especial competían al Obispo, y esta facultad le competía como delegado de la Sede Apostólica.¹⁶⁰⁰

En 1624, con la muerte del Deán don Diego de Córdoba, vacaron cuatro beneficios que poseía en el arzobispado, y conforme al Concilio de Trento se podían hacer curados. El Cabildo mandó traer los papeles y bulas que trataban de esto y que lo viese el Doctoral para informar al Cabildo. En este informe se vio la Bula y Decreto del Concilio que trataba sobre la erección de beneficios curados y la inhibición que alcanzaron los beneficiados. Aunque la erección de beneficios curados era una decisión que pretendía dotar las iglesias de ministros capaces y cumplidores, en vez de ausentes y rentistas, pronto las redes clientelares y la cultura de las *gracias* y privilegios amenazaron con dejar la reforma en mero intento.

En la iglesia de Santa Ana no había habido cura párroco desde hacía mucho tiempo y los arzobispos habían puesto seis curas simples que hacían el oficio de cura.

¹⁶⁰⁰ SÁNCHEZ. T. Padre. Lib. 3 De Matrim. Disp. 8, num. 5.

Pero éstos entraron en pleito con los capellanes porque pretendían ser preferidos en los entierros y demás obvenciones. Los curas simples obtuvieron un auto de manutención para ser preferidos a los capellanes, pero después, el Provisor de don Pedro de Castro y Quiñones, usando su derecho, erigió un beneficio en curado e hizo colación y provisión de él en la persona del doctor Larios Monje, que no lo ejerció por su persona sino por curas sustitutos.¹⁶⁰¹ Tras la muerte del Prelado, los clérigos de la iglesia protestaron que no residía y había puesto un cura en su lugar. Larios Monje, que era persona influyente y bien relacionada, pues había sido Visitador General del Arzobispado, había obtenido licencia del Provisor para que su sobrino sirviese por él las misas, procesiones y entierros. El Cabildo sede vacante le contestó que la licencia fue dada cuando el Prelado se hallaba impedido en su lecho, dos días antes de morir, así que la invalidaba y mandaba que sirviese el curato personalmente, y de lo contrario que no se le diesen los frutos y obvenciones y que la silla que pedía en los sermones no se la permitiesen sus compañeros.

En la sede vacante, los curas simples puestos por el Arzobispo siguieron administrando los sacramentos y refrendaron sus cartas de cura, pretendiendo proseguir como estaban antes de la erección del beneficio curado y seguir siendo preferidos en las obvenciones. Esto se contradijo por los capellanes y por un auto del Deán y Cabildo en sede vacante, porque argumentaban que con la provisión de beneficios curados cesaron los curas, que pasaron con nuevo título a ser coadjutores suyos. Y que el cura propio podía excluir a los curas simples puestos por el Prelado y nombrar otros nuevos. Y si esto era posible tendrían menos derechos que los nombrados por el Prelado.

Sin embargo, los curas propios no habían usado este derecho sino que habían tolerado durante dos años a los curas simples, dejándolos servir como antes lo hacían. Y con esto de nuevo se pretendía afirmar que en el Arzobispado de Sevilla la cura de almas residía en el Prelado y por tanto le tocaba nombrar en cada parroquia los curas necesarios para la administración de los sacramentos.¹⁶⁰² Para los capellanes su pretensión estaba justificada y el auto del Deán y Cabildo era conforme a derecho, pues:

- 1) Con la erección del beneficio curado y cura parroquial se acababa el oficio y nombramiento de curas simples.
- 2) La manutención era personal y sólo favorecía a los que litigaban.

Por tanto, al nombrar beneficio curado y cura párroco no quedaba vestigio de los curas simples y sólo se consideraba el cura párroco *esposo único* de esa iglesia. El Deán y Cabildo no trataban de revocar ni declarar nulo el auto de manutención del Nuncio, como decían los curas, sino que los curas simples ya no eran los mismos, habían cambiado, y los autos de manutención no servían a otras personas. En cuanto a que el coadjutor debía estar nombrado por el Ordinario para confesar y administrar sacramentos parecía claramente fundada la justicia de los capellanes. El 18 de enero de 1624, los señores Deán y Cabildo sede vacante, habiendo oído la relación que hizo el canónigo Joan González Centeno, Visitador de Santa Ana de Triana, a quien se cometió la petición de los capellanes, dijeron que el señor Larios Monje tenía obligación de

¹⁶⁰¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁶⁰² Rota In Causa Primiisiarum Hispalensis, Apud Pamphilium, 4 Iulii de 1612 et 19 Aprilis, et Iulii de 1613.

acudir personalmente a servir su beneficio curado.¹⁶⁰³ Y como los ayudantes que había puesto no eran curas propios no podían ser preferidos a los capellanes, pues la manutención que había para preferir los curas a los capellanes era a favor de los curas propios.

El Concilio Tridentino estableció que, en cada iglesia, el primer beneficio que vacare se erigiese en curado, para que los Obispos lo diesen por concurso al candidato más idóneo, que pasaría a ser pastor propio y perpetuo de la parroquia.¹⁶⁰⁴ Con esta reforma se pretendía que los curas amovibles *ad nutum* nombrados por el Prelado dejaran de regir las parroquias, aunque fuese costumbre antiquísima.¹⁶⁰⁵ A tal fin, los prelados fueron constituidos en delegados de la sede apostólica con potestad para elegir por concurso curas perpetuos con congrua sustentación, aplicándole a los beneficios tenues tanto primicias como diezmos, y todo cuanto fuese necesario para la sustentación del cura rector.¹⁶⁰⁶ De todo esto se derivaba que aunque no hubiese Breve del Sumo Pontífice, sólo con lo mandado en el Concilio de Trento se debería proceder a la elección mediante examen de curas propios.

Así que, proseguía el jesuita Diego Ruyz, el Cabildo sede vacante, como sucesor de la jurisdicción ordinaria del Prelado, no sólo podía sino que debía proceder a la elección. Y esto como remedio universal de las almas *que perecían por falta de pastores propios que las rijan y gobiernen y por estar en poder de mercenarios ocasionando discordias y escándalos que siembre ha avido en las iglesias*.¹⁶⁰⁷

Según nuestro memorialista los prelados que llegaron con buenos deseos de remediar el desamparo de las almas fueron acosados por el afecto y la importunidad de criados y encomendados de príncipes, y *el gusto de tener con qué enriquecerlos los ha vencido a todos*, para no desposeerse de los beneficios. De lo cual resultaba que se sacaban del Arzobispado gran cantidad de rentas que eran unidas a otras iglesias fundadas por algunos *Grandes*, dejando las almas tan desamparadas como si no contribuyeran con los diezmos para que los adoctrinasen y sacramentasen.

A estas conclusiones se adhirieron distintos memorialistas jesuitas. Mateo Rodríguez, del Colegio de San Hermenegildo de la Compañía de Jesús, firmaba otro escrito con fecha 13 de febrero de 1624, en el que suscribía las opiniones de su compañero de orden y urgía al Cabildo sede vacante a realizar la erección de los beneficios curados: *no sólo apruebo la resolución sino la tengo por la cosa más necesaria y obligatoria que los prelados tienen*. Y afirmaba que dio memoriales al Arzobispo don Rodrigo de Castro:

y si los Arzobispos visitaran por sí mismos las diócesis verían con sus ojos (como lo ven y tocan con las manos los Padres de la Compañía cada día en misiones y refieren

¹⁶⁰³ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2.

¹⁶⁰⁴ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 24, capítulo 18 de reformat.

¹⁶⁰⁵ Farinacio sobre el dicho capítulo, p. 376 y por Marzilla lib. I de aetate, et qualitat. Tit. 2, p. 21

¹⁶⁰⁶ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 21 cap. 5 de reformat, y cap. 4.

¹⁶⁰⁷ A.C.S. Sección III. Justicia. Libro 109.

las cosas lastimosas de éste género) lo que el Sínodo ya señaló: la falta de ministros idóneos para dar pasto de doctrina y sacramentos a sus ovejas.¹⁶⁰⁸

Así que cuando llegase el nuevo Prelado habría que procurar que confirmase y llevase adelante la reforma, proveyendo de ministros idóneos de doctrina y sacramentos como merecían los fieles que pagaban los diezmos y primicias, que para esto se ordenaron. Por su parte, otro jesuita, el padre Joan de Pineda, del Colegio de San Hermegildo, igualmente afirmaba en otro memorial escrito el 14 de febrero de 1624, que *siempre los intentos y negocios humanos padecieron en su principios dificultades, impedimentos y dilaciones*, y en este caso hacía muchos años que se deseaba y se trataba *como en enfermedad y cura larga*, con períodos de mejoría y buenas esperanzas. A continuación, se refería a las distintas personas religiosas y seculares *doctas, zelosas, experimentadas e inteligentes* que en diversos memoriales habían presentado las sólidas razones que demostraban la necesidad de la cura y administración de las almas, quitando los abusos, escándalos y discordias ocasionados por la existencia de curas amovibles mercenarios, inhábiles e insuficientes para un ministerio tan sagrado y *por cuyas manos se trae y trata la sangre de Cristo y el precio y fruto della*.

Finalmente se concluía que, la larga experiencia y *la fuerza de celosos y cristianos deseos* había puesto en manos del Deán y Cabildo de la Santa Iglesia la responsabilidad de hacer un gran servicio a Dios y dar aliento a todos los eclesiásticos virtuosos y letrados y gran bien a las almas, por lo cual recibirán el retorno de premio en vida y en lo temporal y espiritual. En conformidad con estos doctores firmaba también *con tan buena gana que lo escribiera con sangre si con ella diera alguna más autorida*, el jesuita Diego Granado del Colegio de San Hermenegildo.

Con estos memoriales favorables a las pretensiones del Cabildo, éste se reafirmó en su pretensión de impulsar la reforma; así que durante la sede vacante de don Pedro de Castro se erigieron algunos beneficios en curados. El lunes 18 de marzo de 1624, el Cabildo hizo un informe de cómo Diego Alvin de Moscoso había ofrecido erigir en curado el beneficio simple que tenía en San Vicente, y cometieron a los señores canónigos don Félix de Guzmán, Obispo de Mallorca y Doctoral, y al doctor Lucas de Soria, para que viesan este caso y los demás que se habían erigido con esta carga en la ciudad.

Después discutieron sobre si se trataría este negocio o se diferiría para cuando hubiese Prelado, y votándose con habas blancas y negras salió que el Cabildo aceptaba el ofrecimiento para erigir el beneficio simple en curado, y que en adelante se proveyese por concurso, guardando la forma del Santo Concilio de Trento sin que pudiese renunciar lo permutado o gravarle con ninguna pensión. El canónigo Félix de Guzmán insistió que se entendiese que Diego Alvin no podía poner curas que le ayudasen ni remover los que había, ni pretender que la Dignidad Arzobispal quedase coartada en cuanto al derecho que tenía de proveer curas en las parroquias, excepto los de la Iglesia Matriz y sus capillas. Estos extremos iban a provocar de nuevo litigios, pues la aplicación de la reforma suponía remover intereses seculares.

¹⁶⁰⁸ B.G.U.S. Sign. R/7/4/2. *Constituciones Synodales del Arzobispado de Sevilla, copiladas, hechas y ordenadas agora nuevamente, por don Rodrigo de Castro*. Año 1586; Hay otro ejemplar con la Sign. 16/119. "Titulo De Summa Trinitate et fide catolica. Tit. De Summ. Trinit. et Fide Cath, c. 7 y 8.

Contradijeron todo lo alegado el Obispo Félix, don Fernando de Andrada, Arcediano de Xerez, el doctor Checa, el doctor Jerónimo Pérez y el Maestro Salto, porque conforme al Concilio de Trento se habían erigido algunos beneficios curados por el Arzobispo don Pedro de Castro, y la costumbre era que los mismos curas párrocos nombrasen los ayudantes que necesitasen. Finalmente, acordaron citar a los demás beneficiados de la iglesia para tratar la cuestión, poniendo edictos en las puertas de la Santa Iglesia y en la de San Lorenzo durante tres días para que llegase la noticia a todos.

De nuevo se reproducía el antiguo litigio. Luis Hurtado, en nombre de los curas de Sevilla, apeló el auto de erección del beneficio curado de San Lorenzo. Y Diego de Alburquerque pidió también que se viesen las contradicciones de los curas de Sevilla. Se cometió el asunto a don Félix y a Luis Melgarejo para que lo viesen. Don Félix de Guzmán informó acerca de la erección del beneficio que poseía Diego de Alvin, y se votó para determinar si se admitiría en la forma que al Cabildo le parecía, y que a este beneficio se le pusiera la carga de la cura según y como los demás beneficios erigidos en la ciudad por don Pedro de Castro, o bien expresando los requisitos que propuso don Félix de Guzmán. Votándose, salió que este beneficio se erigiese como los demás de la ciudad, y Félix de Guzmán contradijo la erección, pues en su opinión no se expresaban los requisitos en cuanto que el Cabildo no declaraba que los beneficiados curados no podían nombrar personas que les coadyuvasen, porque esto pertenecía a los Arzobispos, como cura de almas del Arzobispado por fundación de la Santa Iglesia.

A este requerimiento de don Félix de Guzmán se allegaron los canónigos Jerónimo Pérez y el Maestro Salto, que recordaron que el Cabildo ejercitaba en este momento la jurisdicción ordinaria del Prelado y era su obligación defenderla. Y esto por cuanto por parte de Diego de Alvin se pretendía que recibiendo la carga de cura en el beneficio simple que poseía en San Lorenzo podía nombrar cura que le ayudase; y había que evitar pleitos y dudas, pues sobre esto ya se había escrito en derecho. Después, Diego Alvin, beneficiado de San Lorenzo, fue removido del curato, y, tras un pleito, restituido, aunque para esto hubo que despedir al que entró en su lugar, el cura Torreblanca. El Visitador, doctor Checa, presentó su informe para remover al cura Vallesteros, de San Lorenzo, el Cabildo votó que se removiese, y que en su lugar se pusiese al cura Maestro Osorio, quedando finalmente cuatro curas en la parroquia y Alvin como beneficiado más antiguo pasó a ser el cura más antiguo.

El doctor don Diego de Alburquerque Salazar, beneficiado propio, cura y capellán perpetuo de la iglesia de San Lorenzo de Sevilla, dijo que, como constaba por edicto público, el doctor Diego Alvin Moscoso había suplicado se erigiese su beneficio en curado sin vacante, examen ni concurso, lo cual no era conforme al Concilio ni al modo que guardó el Arzobispo don Pedro de Castro en erigir beneficios curados, incluso los que dio a sus mismos criados. Don Diego de Alburquerque decía que si se erigía en curado el beneficio de Diego Alvin sin preceder concurso ni examen, él también ofrecía el suyo y en todas las iglesias ocurriría lo mismo, pues sin riesgo de perder su beneficio se hacía *obispo de su iglesia*; con tenientes que le sirvieran de por vida o hasta que quisiese regresarlo en quien más pensión le diese por él, como ya había ocurrido: *con capa de servicio de nuestro señor ve bien lograda su ambición*. Así que frente a la *presunción placeada por amigos o por interesados* oponía la verdad sabida por examen y concurso. Por tanto, suplicaba se suspendiese la erección del citado curato pues había cuatro curas suficientes y aprobados sirviendo en San Lorenzo, sin que en ella hiciese

falta ningún párroco. Y lo juraba *in verbo sacerdotis por descargo de su conciencia sin pación ni afición*.

La noticia de la erección del beneficio curado de Diego Alvín le había llegado a los beneficiados por el edicto fijado en la puerta de la iglesia de San Lorenzo, y si se hacía sin concurso se podían hacer otros muchos en otras iglesias del arzobispado. Los beneficiados manifestaban que aunque fuese bueno y loable que hubiese beneficiados curados, sin embargo, *es muy diferente la práctica como lo ha enseñado la experiencia*. De esta forma señalaban la dificultad en la aplicación de la reforma, pues, lo que sobre el papel parecía cosa justa, en la práctica se podía convertir de nuevo en ocasión para el reparto de privilegios entre las distintas redes clientelares y familiares. Así, decían que aunque era cosa muy antigua la necesidad de beneficiados curados, mandada por los pontífices y concilios y ejecutada en los Reinos de España, sin embargo, en Sevilla no la pusieron en obra ni el santo Rey don Fernando ni el Arzobispo don Remondo ni sus sucesores. Y, según ellos, esto se hizo por prudencia y buen gobierno y utilidad del pueblo, pues si se tenía un cura bueno y a propósito se dejaba, y si no lo era, se quitaba y ponía otro. Y el Prelado si erraba en la elección de un ministro tenía libertad y recursos para la enmienda cuantas veces fuese necesario.

A la llegada del nuevo Prelado, don Luis de Córdoba, se encontró una vez más un pleito presentado ante su Provisor, el doctor don Rodrigo de Narváez, por parte de la Universidad de Beneficiados de Sevilla y su Arzobispado. Firmaba el escrito, que tenía fecha de 7 de agosto de 1624, el abogado licenciado Diego Osorio y en nombre de éstos Luis Jofre, como su procurador; pedía que no se consintiesen las erecciones y uniones de la cura de almas hechas a ciertos beneficiados de las iglesias, poniendo demanda al doctor Juan Salinas, al licenciado Juan García Boca, al licenciado Luis de Mendizábal, al licenciado Luis Calbo, al doctor Larios Monje, al licenciado Diego Albin de Moscoso y a los demás beneficiados curados de la ciudad y Arzobispado.

En su escrito defendían a los beneficiados y a los que servían sus beneficios, los llamados vicebeneficiados, porque estaban en derecho de propiedad, uso, posesión y costumbre inmemorial por razón de los títulos que tenían de sus beneficios y por el servicio que hacían en sus iglesias de percibir su parte de las primicias y obvenciones. Pues, según ellos, los beneficiados curados *con fuerza y violencia*, de hecho y contra derecho, se llevaban las primicias y obvenciones, tanto sacramentales, de bautismos, velaciones y entierros como *de otros géneros*. Lo que pedían era que el beneficio curado se llevase sólo la parte que le pertenecía como tal beneficio de las primicias y obvenciones, conforme a la bula de Gregorio XIII, y no la totalidad de ellas.

El Provisor mandó dar traslado de la petición a la otra parte y llamó a su estrado para dentro de seis días de la notificación. Junto al Provisor firmó el Notario Mayor de la Audiencia del Provisor Cristóbal de Miranda¹⁶⁰⁹. El Provisor, en nombre del Prelado, como cura universal del Arzobispado, defendía el derecho a percibir las primicias y todas las obvenciones de matrimonios, bautismos y oficios divinos por parte de los beneficiados curados, y la Universidad de Beneficiados defendía el reparto de estos como se había hecho por costumbre inmemorial.

¹⁶⁰⁹ A.C.S. Sección III. Justicia. Libro 109.

Tras largos años de pleitos por la percepción de las primicias y obvenciones de las parroquias, con muchos gastos y varios decretos y sentencias hasta llegar a la Rota Romana, creando inquietudes y desasosiegos entre la Universidad de Beneficiados y el Provisor del Prelado, se llegó a una Concordia entre el Prelado, don Luis de Córdoba, y la citada Universidad. El Prelado pretendía así poner fin a una contienda interminable, y los beneficiados, *siendo como es dudoso y largo el fin del pleito*, poner paz con su Prelado y *gozar y alcanzar su gracia*.¹⁶¹⁰

El 9 de octubre de 1624 el nuevo Arzobispo, como cura universal del Arzobispado, y la Universidad de Beneficiados, representada por varios de sus miembros congregados capitularmente en la Catedral, llegaron a un acuerdo para acabar el pleito y firmar una Concordia con el beneplácito de Su Santidad. Como agentes del estado eclesiástico en Roma nombraron a don Luis de las Infantas y Saavedra, Arcediano de Antequera y canónigo de la santa Iglesia de Málaga y al Abad de los Beneficiados, Pedro Marzal, para que juntos procediesen en la causa y suplicasen a Su Santidad que confirmase el instrumento de Concordia. Finalmente se firmó en el Palacio Arzobispal, siendo testigos don Juan Chacón, don Juan de Solar Toraya y don Nicolás Alarcón, como vecinos de Sevilla, por el Arzobispo su Secretario de Cámara, Mateo Izquierdo Nieto, y por los beneficiados, su Abad y los siguientes beneficiados parroquiales:

- 1) El licenciado Alonso Sánchez Gordillo, Abad de la Universidad y beneficiado de la Magdalena.
- 2) El licenciado Rodrigo Fragoso, beneficiado de San Marcos.
- 3) Juan de Seguer de Velasco, beneficiado de Santa Lucía.
- 4) Alonso Sánchez, beneficiado de Santiago.
- 5) El bachiller Diego de Cabrera, beneficiado de San Román.
- 6) El bachiller Juan de Robles, beneficiado de Santa Marina.
- 7) El licenciado Gaspar de Rodríguez Bonifaz, beneficiado de San Marcos.
- 8) El licenciado Alonso Núñez de Valdes, beneficiado de San Nicolás.
- 9) El bachiller Joseph de Mesa, beneficiado de Santa Marina.
- 10) Gaspar de Cubillos, beneficiado de Santiago.
- 11) El bachiller Nicolás de Salazar, beneficiado de San Marcos.
- 12) Don Iñigo de Villalobos, beneficiado de San Juan.
- 13) Diego Albin de Moscoso, beneficiado de San Lorenzo.
- 14) El licenciado Pedro de Izaguirre, beneficiado de San Gil.
- 15) El licenciado Alonso Muñoz, beneficiado de San Lorenzo.
- 16) El licenciado Pedro Núñez de Peralta, beneficiado de San Miguel.
- 17) El Maestro Diego Peña, beneficiado de San Gil.
- 18) Miguel de Navas, beneficiado de Omnium Sanctorum.
- 19) El licenciado Alonso Bueno, beneficiado de la Magdalena.
- 20) El licenciado Diego Alburquerque de Salazar, beneficiado de San Lorenzo.
- 21) Juan de Nava, beneficiado de San Juan.

La Concordia reconocía que los curas, como diputados por el Arzobispo, percibirían por el ejercicio de su ministerio, administración de los sacramentos y demás obligaciones, la mitad de las primicias del trigo y cebada y de las demás cosas que se acotumbraban en el Arzobispado. La otra mitad sería para los beneficiados y curas de la

¹⁶¹⁰ *Ibídem*.

iglesia, sin que en ello *aya dolo fraude ni engaño ni desigualdad... como es justo se haga entre sacerdotes.*

Quedaban exentas del acuerdo las iglesias que estaban unidas a la Dignidad y Mesa Arzobispal, o al Deán y Cabildo y su Mesa Capitular y Capillas Reales, pues estas tenían su uso, costumbre y derechos propios. Tampoco para las iglesias donde las primicias se pagasen por entero a las fábricas de las iglesias, ni para aquellas donde las primicias se pagaban por mitad o por parte a las fábricas de las iglesias, ni para las que hubiese costumbre de partir las obvenciones entre los beneficiados y curas, sirviendo las iglesias con iguales cargas. En esta excepción se comprendían, además, todos los beneficios libres que estuviesen unidos a colegios, capillas, monasterios, comunidades y universidades de cualquier ciudad, villa o lugar. También se hacía constar que en el Puerto de Santa María y en Jerez de la Frontera los curas que administraban los santos sacramentos se llevaban parte de todas las primicias.

En los bautismos celebrados por los curas puestos por el Prelado, o por otras personas que tuviesen licencia, se llevarían los curas el *capillo* y la *candela*, y la mitad de la ofrenda dada por los padrinos, madrinas y comadres de los bautizados o por otras personas que en el acto lo ofreciesen, tanto en dinero como en joyas, preseas u otras cosas de ofrenda, evitando toda *colusión*; y la otra mitad los beneficiados o los que sirviesen los beneficios (vicebeneficiados). En las velaciones los curas se llevarían las arras y candelas del altar y de los velados, y todas las ofrendas que se ofreciesen por entero, tanto de dinero como en especie, más los derechos de las amonestaciones y fe y todos los demás derechos que se pagaban por las bendiciones nupciales. Y los beneficiados o los que sirviesen sus beneficios de cada velación se llevarían seis reales.

Con respecto a las misas rezadas de dotaciones perpetuas que pagaban las fábricas de las iglesias, los beneficiados pretendían que por ser dotaciones perpetuas les pertenecían, y asimismo la limosna de las capellanías que no servían los capellanes perpetuos, pues decían los beneficiados que debían ser preferidos conforme a las constituciones sinodales. Pero la Concordia estableció que todas estas misas rezadas perpetuas, de colecturía o de capellanías, se adjudicaran a los curas, sin que a los beneficiados les quedase derecho alguno, para que los curas tuviesen más congrua sustentación y supliese lo que no cobrarían de primicias y de obvenciones sacramentales.

Con esta concordia quedaba de manifiesto que el fondo del problema era el reparto de las rentas eclesiásticas en las iglesias. Las instancias centrales pretendían dotar de la máxima racionalidad a la organización sin ceder un ápice de sus derechos y facultades de control, y las distintas categorías del clero, beneficiados, vicebeneficiados, curas y capellanes, se aferraban a sus privilegios o pretendían remover los de otros para ganar posiciones; mientras, la feligresía que aportaba estas rentas parecía ausente del debate y del litigio.

3.3.19.- El Mayordomo Mayor de Fábricas y el Oficio de Fábrica

Las competencias del Juzgado del Provisor abarcaban todos los asuntos relativos a las obras y bienes de fábricas dependientes del Arzobispo, incluyendo su gestión y gobierno, así como todos lo relacionado con las oposiciones a capellanías y las

reclamaciones y causas derivadas de ello. Esto también incluía la erección y edificación de ermitas, hospitales, monasterios, cofradías, memorias y dotaciones, así como los pleitos civiles y ejecutivos que generaban. Así como darles reglas y confirmar, revocar, enmendar o suplir las que se hubieren hecho y no se atuviesen a lo dispuesto por el Provisor, así como todas las causas que se generasen por este motivo. Los mayordomos y diputados de las cofradías debían obtener licencia para introducir cambios y reorganizar las hermandades, y el Provisor tenía la potestad de concederlas, previo examen de la cuestión. Con respecto a las procesiones de las cofradías o con la representación de estas en la del Corpus, los conflictos de precedencia fueron moneda corriente. Los mayordomos de cofradías del Santísimo Sacramento de las poblaciones cabeza de partido pretendían presidir los guiones en todas las cruces de las iglesias de las aldeas vecinas en el día del Corpus y por esto se planteaban pleitos.

La audiencia del Provisor también daba las licencias para que los bienes de fábricas, hospitales, capellanías o monasterios sujetos al Arzobispo pudiesen ser cedidos en arrendamiento *de por vida o a tiempo* y todos los asuntos económicos relacionados con las obras pías dependientes de las fábricas, sus tributos y censos. Todos estos asuntos generaban una ingente labor administrativa, así como infinidad de pleitos de carácter económico relacionados con el gobierno de las iglesias a cargo de los mayordomos. Eran asimismo competencia de esta Audiencia todos los asuntos relacionados con el gobierno de la parroquia y con la vigilancia del cumplimiento de los aranceles fijados en los sínodos para la administración de los sacramentos.

Los patronatos de legos suponían un constante elemento de fricción entre la jurisdicción eclesiástica, que pretendía entender de sus haciendas y administración, y los seglares que se resistían a las intromisiones. Los pleitos contra ermitaños, mayordomos y oficiales de las ermitas, cofradías y hospitales eran frecuentes, por deudas en la administración de las haciendas o por irregularidades en el cumplimiento de las reglas de las hermandades o cofradías. También fueron frecuentes los litigios con los administradores y mayordomos de los hospitales por la administración de sus bienes y por la elección de diputados y priostes. Los mayordomos debían pedir permiso para vender bienes del patronato o para *obligarlos* poniéndoles censos pero no siempre lo hacían.

Los nombramientos de los mayordomos y administradores de las cofradías, la gestión de los bienes y la custodia de las escrituras, libros, y papeles que tenían en su poder, generaron también no pocos conflictos. Por todo esto, los visitantes en sus visitas de inspección a menudo abrían causas a los mayordomos, así como por los *alcances* (diferencias entre gastos e ingresos), y deudas de las fábricas de las iglesias. La mayoría de las cofradías y hospitales tenían misas dotadas por sus fundadores, que la mayor parte de las veces no se cumplían, de lo que se derivaban *alcances* de misas por los visitantes, con los correspondientes pleitos. La disputa por las limosnas de misas de las cofradías entre los curas y beneficiados eran cosa común, pues a veces estos reclamaban al mayordomo que hiciera efectivas las dotaciones de misas en su favor. Otro asunto que se gestionaba en el Oficio de Fábrica de la Audiencia del Provisor era todo lo relativo al cobro de las limosnas por los distintos cultos de las cofradías y obras pías. En algunos pueblos los curas tomaban las cuentas de los vecinos encargados de recaudar las limosnas para el culto de El Nombre de Jesús, Nuestra Señora del Rosario, de la Concepción o Las Ánimas del Purgatorio, y para ello debían obtener previamente licencia del Provisor.

Para poder fundar, erigir o edificar un monasterio, ermita o capilla, y dotarla de los bienes y rentas necesarias y de los ornamentos para el culto, era preceptiva la licencia del Provisor. En ella se justificaba su necesidad para la devoción, servicio de dios, aumento del culto divino y utilidad de los vecinos. También era necesaria licencia para poder fundar en ellas memorias de misas y dotaciones, y para poder tener allí entierros para el fundador y sus herederos y sucesores, pues estas fundaciones buscaban ante todo hacer una ofrenda a dios, en los testamentos fundamentalmente, y dejar dotadas memorias y misas por el alma del fundador así como por la de sus sucesores. Y por supuesto ganar un lugar sagrado para el enterramiento del donante y su familia y herederos, con poder para poner armas y letreros del Mayorazgo o título del fundador.

Todas estas condiciones debían aparecer en la licencia, pero previamente a su concesión, el Provisor mandaba hacer información ante el vicario o visitador para asegurar que su edificación no fuese en perjuicio de nadie sino de utilidad para los vecinos y *ser el decoro y aumento del culto divino*¹⁶¹¹, y que la limosna y bienes para dotarla fuesen suficientes. Incluso se publicaba en la iglesia parroquial, por si algún vecino pujaba más por la licencia. Además, la licencia obligaba a los fundadores a tener los edificios de la capilla o ermita siempre conservada y reparada, y los ornamentos y adornos del Altar a satisfacción del Provisor, vicario, visitador o cura de la parroquia. Finalmente, se daba poder al mayordomo de la iglesia o al cura para hacer las escrituras necesarias. También se ventilaban en esta Audiencia todos los asuntos relacionados con la enajenación de bienes eclesiásticos siendo *de evidente utilidad*, aunque para esto eran necesarias letras apostólicas de Roma o del Nuncio Apostólico. Otra cuestión que se sustanciaba en este Oficio y que generaba infinidad de actos administrativos y documentación era la relativa a la distribución del trigo y la cebada de los diezmos de las fábricas.

Aunque desde principios del siglo XVI encontramos la figura del Mayordomo Mayor de Fábricas en el organigrama del gobierno arzobispal, parece que la creación de un Oficio de Fábricas dentro de la Audiencia Provisoral se produjo en el pontificado de don Cristóbal de Rojas (1571-1580). Es muy posible que en este pontificado se produjera la división de la Audiencia en los tres Oficios, Primero, Segundo y de Fábrica, y que en este último quedasen radicados todos los asuntos relacionados con la administración de las fábricas de las iglesias. Antes de este pontificado, todo lo relacionado con las obras de las iglesias y con su administración recaía sobre el Mayordomo Mayor de Fábricas Mesa, pero a partir de este momento todas estas competencias fueron atribuidas al Oficio de Fábrica.

Para realizar obras en las iglesias, primero debían ser aprobadas por el Provisor, y éste daba licencia al Mayordomo Mayor de Fábricas, que a su vez se hacía sustituir dando poder al mayordomo de la fábrica de la iglesia para que firmase el contrato de obra. Así lo vemos cuando el Provisor doctor Francisco Valdecañas y Arellano dio licencia para que los alcaldes, mayordomo y priostes de la cofradía del santísimo sacramento de la Capilla del Sagrario pudiesen hacer una capilla dentro que tuviese salida al Corral de los Naranjos para guardar los aderezos de la cofradía. La licencia les

¹⁶¹¹ ORTIZ DE SALZEDO, F.: *Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Jueces eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita*. Madrid, 1625. Licencia para edificar un monasterio, ermita o capilla.

autorizaba a dar a censo perpetuo 4.500 maravedíes para pagar a la Santa Iglesia por la obra.¹⁶¹²

El Mayordomo Mayor de Fábricas representaba el vértice jerárquico de los mayordomos de fábrica del Arzobispado, y salía, en compañía de un Notario Contador, a tomar cuenta a los mayordomos y administradores de los hospitales, cofradías, monasterios y otros patronatos de legos de Sevilla. Generalmente a los mayordomos de fábrica de las iglesias, tanto de Sevilla como de fuera, les tomaba cuenta el visitador de la vereda correspondiente, pero en alguna ocasión el Mayordomo Mayor de Fábricas lo hacía directamente a algún mayordomo o administrador acompañado del visitador de la vereda correspondiente o del visitador de monjas o de hospitales si era el caso. Aunque solía hacerlo el visitador, a veces era el mismo Mayordomo Mayor el que nombraba al mayordomo de una fábrica, ya fuese monasterio o iglesia, como en el caso de Juan Digan, que, por ausencia del mayordomo del monasterio de San Leandro, el presbítero Lope de Saavedra, fue nombrado mayordomo, previa entrega de fianzas al contador, y posteriormente se le dio poder para cobrar las rentas de la fábrica, tanto de gallinas como de pan y trigo¹⁶¹³. Pero la mayor parte de las veces era el visitador de la vereda el que nombraba al mayordomo, como Diego de Balcázar, que nombró a Francisco Vical mayordomo de la fábrica de la iglesia de San Martín y le dio poder para cobrar la última parte de los 121.500 maravedíes del juro sobre las alcabalas que tenía la fábrica de una capellanía del difunto Diego Rodríguez de la que era patrona su viuda, en la que se decían y cantaban misas por el alma del difunto.¹⁶¹⁴

Por tanto las decisiones de hacer una obra venían del Administrador o Gobernador, o bien del Provisor, que daba órdenes al Mayordomo Mayor para que diese poder al mayordomo de la iglesia correspondiente y supervisara las obras a través de oficiales visitadores y tasadores. Entre el Mayordomo Mayor de Fábricas y los mayordomos de las iglesias, a veces también intervenían otros personajes, como el Maestro Mayor de las Obras de las fábricas de la Santa Iglesia de Sevilla y de las iglesias de su arzobispado, que con orden de su superior supervisaba y ordenaba la ejecución de las obras. O el Letrado de Fábricas que, como abogado, defendía los pleitos de los negocios de las fábricas. También tenemos al Aparejador de las obras de las fábricas, que en 1576 era Juan Negrete, y a los apreciadores y tasadores, que, debían dar cuenta al Provisor y a los visitadores del estado de las obras y de las reparaciones necesarias, así como que las obras que se encargaban se ajustasen a lo que se había contratado, tanto en precio como en las calidades y terminaciones.¹⁶¹⁵

Los mayordomos de las fábricas, con poder otorgado por el Mayordomo Mayor de Fábricas del Arzobispado, concertaban las obras para las iglesias haciendo un contrato en el que se especificaban minuciosamente las calidades y los detalles de construcción, incluso las temáticas que debían adornarlas. Si eran tallas se describían las columnas, las volutas, los arquitrabes, con todos los detalles técnicos y artísticos. En el contrato el artista se comprometía además a hacerlo a la vista de oficiales tasadores nombrados por el Administrador del Arzobispado, Gobernador o Provisor.

¹⁶¹² A.P.N.S. Legajo 12.441, año 1577, fol. 253.

¹⁶¹³ A.P.N.S. Legajo 12.426, año 1575, fol. 636.

¹⁶¹⁴ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 148 v.

¹⁶¹⁵ A.P.N.S. Legajo 12.433, año 1576, fol. 727.

En el arzobispado de don Cristóbal de Rojas fue Mayordomo Mayor de Fábricas Martín de Urieta y Vergara. Tenemos el poder que le otorgó el Arzobispo en el que podemos observar que entre las competencias de este oficio estaba el pleitear en defensa de las fábricas y de sus rentas y derechos, tanto ante jueces eclesiásticos como seculares y en todas las instancias, y para esto podía poder nombrar procuradores para que le sustituyeran y prosiguieran los pleitos¹⁶¹⁶. El poder que se le otorgaba le permitía arrendar por tiempo o por vida, con licencia previa del Provisor, los bienes de las fábricas, así como concertar las obras de los edificios, y los ornamentos de oro y plata, con sus precios y condiciones, y en las pequeñas obras gastar hasta dos ducados sin licencia.

Sabemos que Martín de Urieta y Vergara era natural de la villa de Vergara, en Guipúzcoa, pues aparece en un documento donando a una sobrina doncella, Catalina de Urieta, hija de su hermano Juan Ibáñez de Urieta, unas casas con todas sus pertenencias en la citada villa en al barrio de Arruriaga.¹⁶¹⁷ Martín de Vergara, como se le denomina en los documentos, aparece a menudo haciendo negocios. En una escritura con el Cabildo Catedral se le denomina comerciante de vinos¹⁶¹⁸, y aparece como depositario de 250 arrobas de vino que estaban en Constantina y que habían sido entregadas por sentencia de la Real Audiencia a Luis de Carranza.¹⁶¹⁹ Pero Martín de Vergara se dedicaba también a otros negocios, pues por otro documento sabemos que fue nombrado por el General don Bartolomé de Villavicencio, Veedor de la Flota de la Provincia de Tierra Firme, y que reclamaba su salario a los jueces y oficiales de la Casa de Contratación de Indias. También le vemos reclamando su salario de Mayordomo Mayor, correspondiente al período 1 de enero al 29 de diciembre de 1579, y dando poder al contador de la Mesa Miguel de Lorduy para que se lo cobrase el Receptor de los salarios de las fábricas, Alonso de Vargas.¹⁶²⁰

En otro documento aparece dando poder para cobrarle al maestro Diego de Amezcua, presbítero vecino de San Juan de la Palma, y a otro vecino comerciante de la misma collación, 340 reales que le debían.¹⁶²¹ Este mismo año también intervino, como apoderado de Pedro de Olazábal, vecino de Vergara, en el cumplimiento de la herencia de Marina de Urieta, otra de sus sobrinas, recibiendo de Pedro de García Yzaguirre 172 ducados que le debían los herederos de Juan García de Ayardi.¹⁶²² Y a continuación dando poder a un procurador de causas de Osuna, Antonio Núñez, para presentarse en algunos pleitos que tenía en la Real Audiencia de Granada.¹⁶²³

En 1578 le vemos pleiteando con el Deán Alonso de Revenga, al que le puso un pleito reclamando los maravedíes que por mandamiento del Juez y Vicario General, Martín de Acosta, le dieron las fábricas del Arzobispado para el difunto Cardenal Gaspar de Zúñiga, para que se lo entregase ante su Notario Hernando de Cervantes. Alonso de Revenga alegaba que ya le había notificado repetidamente al Juez que el pleito debería ser contra el Provisor Juan Rodríguez pues fue él el que dio la orden de recoger los maravedíes y por su mandato entregaron el dinero al Receptor Juan de

¹⁶¹⁶ A.P.N.S. Legajo 12.422, año 1574, fol. 183.

¹⁶¹⁷ A.P.N.S. Legajo 12.427, año 1575, fol. 227.

¹⁶¹⁸ A.P.N.S. Legajo 12.446, año 1578, fol. 198.

¹⁶¹⁹ A.P.N.S. Legajo 12.439, fol. 1118v.

¹⁶²⁰ A.P.N.S. Legajo 12.451, año 1579, fol. 6.

¹⁶²¹ A.P.N.S. Legajo 12.426, año 1575, fol. 187.

¹⁶²² A.P.N.S. Legajo 12.427, año 1575, fol. 216.

¹⁶²³ A.P.N.S. Legajo 12.427, año 1575, fol. 246.

Rosales¹⁶²⁴. A esto respondió Juan Rodríguez que no le correspondía cosa alguna del pleito ni tenía nada que ver.¹⁶²⁵

Dentro de esta dependencia encontramos también al Maestro Mayor de las obras de la Santa Iglesia de Sevilla y de las iglesias de su Arzobispado. Este oficio lo ocupaba en 1546 el vizcaíno Martín Gaínza, que acordó con el mayordomo de la fábrica de la Iglesia de Santa María de la villa de El Pedroso, Cristóbal Rodríguez, para que junto con el vicario y el Sacristán Mayor, Antón Gines, pudiesen encargar todos los aderezos, joyas y preseas de la fábrica.¹⁶²⁶ En 1574 ocupaba este oficio Pedro Díez de Palacios, natural de la merindad de Trasmiera, en la villa de San Miguel de Aras, al que encontramos preso en la cárcel de la Casa de la Contratación de Indias por mandato del factor de su Majestad Francisco Duarte, porque dio una fianza de carcelería por Juan Núñez de Lezo, y éste había huido de la justicia.¹⁶²⁷ En realidad se vio envuelto en el asunto a instancias del Administrador del Arzobispado, el licenciado Domingo de Lezo, que pretendía proteger a su pariente Juan Núñez de Lezo que como Maestre del Galeón San Felipe fue condenado en 510 ducados en la residencia que le hizo el licenciado Santillán del Consejo de Indias. Entonces Pedro Díez, como servidor del Administrador del Arzobispado, el licenciado Domingo de Lezo, se obligó bajo fianzas en el pleito que se le seguía y por esto terminó preso. Ahora reclamaba la cantidad que se debía a los herederos de Domingo de Lezo, Onofre de Isasti y su mujer la marquesa de Villaviciosa y Lezo.¹⁶²⁸

También lo vemos envuelto en otros negocios, dando poder a Alonso de Barrio, Pedro Morantes y Pedro de Lenzinas, vecinos de Aranda de Duero, para cobrar a Rodrigo Ortuño, Receptor de Su Majestad, 200 ducados que le libró Alonso de Revenga, que era el Administrador del Arzobispado de Sevilla en nombre de don Cristóbal de Rojas.¹⁶²⁹ En otro documento aparece dando poder a un procurador para que cobrase las rentas del pan y maravedíes que le debían de los frutos y rentas pertenecientes a la fábrica de la iglesia de la villa de Olmedillo¹⁶³⁰, y a su mujer y a un vecino de San Miguel de Aras, de donde era natural, para cobrar deudas a varios vecinos de la villa a los que había prestado dinero, a uno de ellos para hacer una obra, y a otro vecino del lugar de Herreda.¹⁶³¹

En 1572 vemos al Mayordomo Mayor de las Fábricas del Arzobispado dando poder al mayordomo de la iglesia de San Marcos de Jerez para concertar ocho varas de brocado de tres altos y cuatro varas y media de tela de oro.¹⁶³² Este mismo año Martín Vergara, dio poder al bachiller Antonio Sánchez, vicario de Morón, para poder reclamar los maravedíes que le debiesen¹⁶³³, y mandó al bordador Gabriel Morejón que viese y apreciase los *asanefas* de capas con sus *cepillos* y *petorales* que hizo el bordador Alonso de Santoyo, en la Iglesia Mayor de Nuestra Señora de Arcos. Una de las *asanefas* era de imágenes de apóstoles sentados y la otra de romanos, debían llevar un

¹⁶²⁴ A.P.N.S. Legajo 12.444, año 1578, fol. 805.

¹⁶²⁵ A.P.N.S. Legajo 12.444, año 1578, fol. 905.

¹⁶²⁶ A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 3128.

¹⁶²⁷ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 703.

¹⁶²⁸ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 45.

¹⁶²⁹ A.P.N.S. Legajo 12.421, año 1574, fol. 664.

¹⁶³⁰ A.P.N.S. Legajo 12.421, año 1573, fol. 734 v.

¹⁶³¹ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1575, fol. 484.

¹⁶³² A.P.N.S. Legajo 12.409, año 1572, fol. 222.

¹⁶³³ A.P.N.S. Legajo 12.411, año 1572, fol. 146.

Dios Padre, todas las imágenes tenían que ser de hilo de seda de oro y las molduras embutidas, y los asientos en los que estaban sentadas las imágenes y los huecos y planos también en oro. Toda la obra fue valorada en 199 ducados y medio, ducado más o menos.¹⁶³⁴

De este mismo año de 1573 tenemos algunos contratos que pueden ilustrar el procedimiento descrito. El mayordomo de la iglesia de San Juan de Marchena concertó con el bordador Francisco Díaz para hacer en dos años un Velo de Cruz rico de oro matizado y *storiado*, llevando cuatro historias, la del nacimiento de Jesucristo, la Resurrección de Jesucristo, la venida del Espíritu Santo, y el nacimiento de San Juan Bautista. Se comprometía a hacerlo a la vista de dos oficiales *que sepan desto* nombrados por el Administrador del Arzobispado.¹⁶³⁵

En 1573 aparece como Juez Oficial y Vicario General de Sevilla y su arzobispado el licenciado Martín de Acosta, al que vemos en varios negocios privados. Dando poder a Bartolomé Núñez para que pudiese cobrarle a un vecino de Sevilla, Felipe Baxo, 50 ducados de un esclavo morisco que le vendió. Su nombre era Julián, tenía 12 años y provenía del Reino de Granada, sin embargo *por estar comprendido en la libertad que su magestad dio a los muchachos moriscos del reino de granada la justicia desta ciudad dio por libre al dicho esclavo*.¹⁶³⁶ El Juez se lo había comprado a su vez a Isabel Herrera, vecina de Sevilla, por 40 ducados y 8 reales.¹⁶³⁷ Y en 1574 compró otro esclavo morisco del Reino de Granada llamado Juan.¹⁶³⁸

En 1575, Martín de Acosta era Administrador General del Arzobispado y Juez y Vicario General, y como tal dio orden al Mayordomo Mayor de Fábricas, Juan de Nogales, para que contratase con un dorador¹⁶³⁹ y para que se concertase con el bordador Lázaro Curiel para hacer un Velo de Cruz para la iglesia de la Algaba.¹⁶⁴⁰ Así pues, Martín de Acosta aparece no sólo como Juez Oficial y Vicario General sino también como Administrador General de la Santa Iglesia de Sevilla y su Arzobispado, suponemos que en ausencia del Provisor, pero como Vicario General sustituyéndolo y realizando las funciones propias del Provisor. En este año aparece en otros negocios, concretamente dando poder al Mayordomo Mayor de Fábricas, Martín de Vergara, y a un familiar del Provisor, Diego de Ovando, para que pudiesen cobrar de Gonzalo de Peña, residente en la Corte, el privilegio que el Rey se obligó a darle de 31.250 maravedíes *de lo de a 20.000 maravedíes el millar*, situados sobre ciertas rentas.¹⁶⁴¹ En otra ocasión dando poder a dos personas para que cobrasen sus rentas de un beneficio que tenía en la Iglesia de San Pablo de Úbeda, emolumentos, gallinas, corderos, menudos y cualquier otra cosa.¹⁶⁴²

También tenemos a Martín de Acosta tomando decisiones en su audiencia, dando poder a Gonzalo de Aldana, cura de Nuestra Señora de la villa de Alcántara, para que pudiese nombrar a una persona para tasar y moderar el tributo perpetuo de un

¹⁶³⁴ A.P.N.S. Legajo 12.411, año 1572, fol. 687.

¹⁶³⁵ A.P.N.S. Legajo 12.413, año 1573, fol. 712.

¹⁶³⁶ A.P.N.S. Legajo 12.416, año 1573, fol. 45.

¹⁶³⁷ *Ibidem*, fol. 193 v.

¹⁶³⁸ A.P.N.S. Legajo 12.420, año 1574, fol. 434.

¹⁶³⁹ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 1174.

¹⁶⁴⁰ A.P.N.S. Legajo 12.437, fol. 76.

¹⁶⁴¹ A.P.N.S. Legajo 12.423, fol. 438 v.

¹⁶⁴² A.P.N.S. Legajo 12.426, año 1575, fol. 239 v.

pedazo de tierra y solar que Juan de Daza le quería dar al Juez e incorporarlos a unas casas que tenía en la villa de Alcántara.¹⁶⁴³ Gonzalo de Aldana y su hermano Gerónimo de Torres, vecinos de Alcántara en Extremadura, eran herederos universales de Francisco de Aldana, muerto en Cartagena de Tierra Firme, en la Indias, y dieron poder a Martín de Acosta para cobrar la herencia.¹⁶⁴⁴ El Provisor y Vicario General daba licencias para rematar, dar posturas o arrendar por vidas propiedades de capellanías y obras pías. En un caso aparece dando una licencia para arrendar de por vida unas casas de una capellanía perpetua que tenía Juan Digan, clérigo presbítero, y que instituyó doña María de Guzmán, condesa de Castellar, en la Iglesia de San Martín.¹⁶⁴⁵ En otro dando licencia a la Cofradía del Santísimo Sacramento de la Iglesia de San Martín y a sus cofrades para que pudiesen utilizar una capilla de la iglesia para el ministerio de su cofradía, dando 300 maravedíes de tributo perpetuo a la fábrica de la iglesia.¹⁶⁴⁶

En 1578 era Mayordomo Mayor de las Fábricas el clérigo Baltasar de los Reyes que concertó con el bordador Francisco de Aguilar para hacer un Velo de Cruz bordado para procesiones que le encargó el Juez y Administrador General Martín de Acosta para la iglesia de San Sebastián de la villa de Alcalá de Guadaira, así como una capa de imaginería bordada por Luis de Góngora y un terno blanco de Almáticas con la capa y casulla bordada para la iglesia de San Pedro de Arcos de la Frontera.¹⁶⁴⁷ Todo debía estar terminado con toda *perfesion* y recibir el visto bueno de los oficiales tasadores puestos por el Juez para comprobar que era conforme a las condiciones del contrato de la obra. Se trataba de imágenes sagradas que eran descritas con toda minuciosidad y conformes al ceremonial y los dictados de las autoridades eclesiásticas, que de esta forma disciplinaban las devociones y los mensajes a través del arte.¹⁶⁴⁸

Los encargos a bordadores significaban una buena parte de los gastos de las fábricas. Tenemos un caso en el que vemos cómo el mayordomo de la fábrica de Santa María de Arcos, el bachiller Juan Núñez, daba poder al Mayordomo Mayor de Fábricas en Sevilla para que cobrase del factor de la Casa de la Contratación, Francisco Duarte, el valor de 157 fanegas de trigo que el comisario Luis Mendoza había tomado en Arcos del mayordomo en diciembre de 1577 y con ese dinero pagase a los bordadores Miguel de Peñaranda y Luis de Góngora, a los que se les debía una obra.¹⁶⁴⁹ Otros bordadores de los que tenemos noticias por los contratos de obras son Juan de Ochoa, Francisco Villaverde y Marcos Cubillo.¹⁶⁵⁰ Luis de Góngora se concertó con el canónigo Antonio González, que era Mayordomo Mayor en sede vacante, para hacer una obra para la iglesia de San Pedro de Sevilla.¹⁶⁵¹ En 1582 el bordador Juan de la Barrera, vecino de San Juan de la Palma, hizo de fiador en la obra que se concertó con el Mayordomo Mayor de las Fábricas, Miguel Pérez, y con el mayordomo de la iglesia de la villa de Cortecóncepción, para que los bordadores de Sevilla, Juan de Ochoa y Diego Bravo hicieran una manga velo sobre terciopelo carmesí para dicha iglesia. En el contrato se describe con todo lujo de detalles el programa iconográfico y las figuras *tal como*

¹⁶⁴³ A.P.N.S. Legajo 12.418, año 1573, fol. 443.

¹⁶⁴⁴ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 73.

¹⁶⁴⁵ *Ibidem*, fol. 404.

¹⁶⁴⁶ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 16.

¹⁶⁴⁷ A.P.N.S. Legajo 12.446, año 1578, fol. 237 y fol. 438.

¹⁶⁴⁸ A.P.N.S. Legajo 12.446, año 1578, fol. 235.

¹⁶⁴⁹ A.P.N.S. Legajo 12.446, año 1578, fol. 555.

¹⁶⁵⁰ A.P.N.S. Legajo 12.456, año 1579, fol. 748 y fol. 990.

¹⁶⁵¹ A.P.N.S. Legajo 12.468, año 1581, fol. 236.

manda el rromano.¹⁶⁵² En otro contrato vemos al bordador Simón de Trujillo, vecino de Santa María, al mercader Diego Blanco, vecino también de Santa María en la calle Francos, a Diego de Écija, mercader de sedas y vecino de Santa María en la calle de roperos, y al bordador Juan Gutiérrez, vecino también de Santa María, concertando con Miguel Pérez, Mayordomo Mayor, un velo rico de difuntos para la iglesia de Santa María de Carmona¹⁶⁵³.

En 1573, el Administrador General del Arzobispado, doctor Domingo de Leso dio orden a Martín Vergara para que encargara al carpintero Rodrigo de Osorio y al entallador Juan de Oviedo, 200 confesionarios, a 4 ducados cada uno, para otras tantas iglesias del Arzobispado. Además parecía un encargo urgente, pues le mandó que las comenzase y *no alzar la mano asta acabar*. Las condiciones eran: que fuesen de buena madera de borne o nogal, que la peana y el estrado donde se asientan los pies tuviese 7 palmos de largo y 3 de ancho y por debajo 3 barrotes clavados en cada peana con sus rejonos de hierro, 2 respaldos, uno para la silla del confesor y otro para el penitente, y en medio un tablero. Un asiento con dos *alcotores* (brazales del sillón), uno entero para descansar el brazo derecho en el que debía encajar un tablero alto y en el *atajo* (separación) debajo de la redecilla tendría que hacerse un medio *alcotor* clavado en el atajo. La redecilla tendría que ser de hoja de Milán transparente y debajo una tabla clavada donde pueda poner las manos el penitente. Finalmente debía llevar dos puertecillas de la anchura del *borne* (madera de roble), una para el confesor y otra para el penitente, *azepilladas* (alisadas con cepillo) y *engonzadas* (unidas con goznes) con dos *aldabillas*¹⁶⁵⁴ *para que no se anden*.¹⁶⁵⁵ Se trataba de responder a las demandas establecidas en el Concilio de Trento para evitar en lo posible los abusos cometidos en los confesionarios, el llamado delito de solitación en confesión, construyendo confesionarios que estableciesen una separación física entre los confesores y los penitentes, al tiempo que dejase a la vista de todos la escena de la confesión.

El entallador Juan de Oviedo aparece en varios contratos concertando con Martín Vergara para construir un retablo en la Iglesia de Rota¹⁶⁵⁶, un tabernáculo y su ornato en un altar colateral de la Iglesia de Santa María de la villa de Sanlúcar la Mayor¹⁶⁵⁷, y el altar mayor de la Iglesia de San Juan Bautista de La Palma, aunque en este caso el encargo provenía no del Provisor sino del Juez de la Iglesia, Martín de Acosta, que como Vicario General podía sustituir al Provisor cuando hiciera falta. Este encargo se le había encomendado primero a Bartolomé Ortega, pero éste no la había hecho en el tiempo y con las condiciones acordadas, con las calles de los retablos, las calidades de la madera, las historias y los órdenes arquitectónicos contratados.¹⁶⁵⁸ Otros entalladores que aparecen trabajando para Martín Vergara son Pedro de Heredia, Martín de Heredia y Gaspar de Aguilar, a los que se les encargó un retablo para el Altar de San Miguel de la iglesia de San Gil que concertaron con el mayordomo de la iglesia Hernando de

¹⁶⁵² A.P.N.S. Legajo 12.472, año 1582, fol. 146.

¹⁶⁵³ A.P.N.S. Legajo 12.472, año 1582, fol. 378.

¹⁶⁵⁴ Diccionario de Autoridades: Pieza de hierro en forma de gancho que se introduce en una anilla fija y sirve para cerrar una puerta, una ventana, un cofre u otro objeto.

¹⁶⁵⁵ A.P.N.S. Legajo 12.413, año 1573, fol. 78.

¹⁶⁵⁶ A.P.N.S. Legajo 12.413, año 1573, fol. 871.

¹⁶⁵⁷ A.P.N.S. Legajo 12.416, año 1573, fol. 712.

¹⁶⁵⁸ A.P.N.S. Legajo 12.420, año 1574, fol. 610.

Alfaro.¹⁶⁵⁹ En algún caso encontramos contratos firmados en mancomún entre más de un profesional, por ejemplo entre un dorador y un entallador.¹⁶⁶⁰

También los pintores de imaginería concertaban con el Mayordomo Mayor y con el mayordomo de la fábrica de la iglesia, en su nombre, para hacer retablos. Como Juan Chacón, que, por mandato del Administrador del Arzobispado, Domingo de Leso, hizo el retablo mayor de las santas marías Magdalena de Sevilla¹⁶⁶¹, y Álvaro de Oballe que fue contratado para pintar y dorar un tabernáculo de madera para la Iglesia del Señor Santiago de Utrera.¹⁶⁶² Otro pintor de imaginería, Álvaro del Valle, vecino de Santa María Magdalena, concertó con el presbítero Baltasar de los Reyes, que era el Mayordomo Mayor de Fábricas en 1579, un dorado, estafado, y pintado del Sagrario de la iglesia del señor San Blas de Carmona, que había mandado hacer el Juez Oficial y Vicario General, Martín de Acosta.¹⁶⁶³ También vemos algún encargo de pintores de Sevilla para hacer obras en otros obispados, como Miguel Valles, que se concertó con el beneficiado Buiza, mayordomo de la iglesia de Medina Sidonia, para hacer una obra por mandato del Obispo de Cádiz el reverendo don García de Haro.¹⁶⁶⁴

También tenemos algunos encargos para hacer campanas. A un campanero de Córdoba para hacer una para la iglesia de Mairena¹⁶⁶⁵, y al campanero Francisco Alfaro para hacer otra de 20 quintales para la iglesia de Santiago de la ciudad de Jerez de la Frontera. El mayordomo de la iglesia le encargó el metal al artillero Bartolomé Morel, con la condición de que fuese nuevo y de marca real, el estaño de Inglaterra y el cobre de Flandes. En cuanto al peso, el que había señalado el Mayordomo Mayor de Fábricas, y le pagó la mitad por adelantado, con la condición de que si en dos años tuviese mal sonido o defecto el maestro campanero tendría que arreglarla a su costa.¹⁶⁶⁶ También encontramos contratos con canteros, obligándose y en algunos casos, dando por nulos los contratos, como en el caso de Francisco de Aguirre que fue contratado para hacer una torre en Villanueva del Río.¹⁶⁶⁷ Otra de las obras que aparecen a menudo en los contratos de las fábricas con distintos profesionales eran los encargos a los plateros de mazonería. En 1579 encontramos al Mayordomo Mayor concertando con Francisco Alfaro unas obras para la iglesia del señor San Blas de Carmona.¹⁶⁶⁸

Una de las responsabilidades de los mayordomos de las iglesias era la gestión de los bienes de las fábricas, y especialmente el arrendamiento de los inmuebles que poseía como dotaciones de obras pías. A menudo se iniciaban pleitos con los arrendatarios y en estos casos se sustanciaban en el Oficio de Fábrica de la Audiencia del Provisor. Éste daba poder al Mayordomo Mayor de Fábricas, que a su vez se hacía sustituir por el mayordomo de la iglesia en cuestión. Dependiendo de la complejidad del caso, éste daba poder a un procurador y a veces también al Letrado de Fábricas, para que siguieran el pleito. En 1569 el mayordomo de la iglesia de San Nicolás, el presbítero y beneficiado de la iglesia Francisco Suárez, con licencia del Provisor licenciado

¹⁶⁵⁹ A.N.P.S. Legajo 12.423, fol. 568.

¹⁶⁶⁰ A.P.N.S. Legajo 12.429, año 1575, fol. 400 y 401.

¹⁶⁶¹ A.P.N.S. Legajo 12.418, año 1573, fol. 725.

¹⁶⁶² A.P.N.S. Legajo 12.421, año 1574, fol. 414.

¹⁶⁶³ A.P.N.S. Legajo 12.456, año 1579, fol. 110.

¹⁶⁶⁴ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 183.

¹⁶⁶⁵ A.P.N.S. Legajo 12.413, año 1573, fol. 931.

¹⁶⁶⁶ A.P.N.S. Legajo, 12.418, año 1573, fol. 329.

¹⁶⁶⁷ A.P.N.S. Legajo, 12.420, año 1574, fol. 465.

¹⁶⁶⁸ A.P.N.S. Legajo, 12.456, año 1579, fol. 110.

Cristóbal Padilla, arrendó unas casas propiedad de la fábrica al boticario Bernaldino de Burgos. Este presentó un escrito en el que decía que la casa estaba muy vieja y con el suelo muy deteriorado y se había gastado en reparaciones más de 900 ducados, así que pedía que se le acrecentase el arrendamiento una vida. El Provisor dio traslado de la petición al Mayordomo Mayor de Fábricas, Lázaro Martín, y este por su parte dio traslado al Letrado de Fábricas, licenciado Castellanos, y al mayordomo de la fábrica. Finalmente, a la vista de las diligencias practicadas el Mayordomo dio el visto bueno.¹⁶⁶⁹

Este mismo año tenemos el caso de Juana Martín, viuda del odrero Juan Martín, que presentó una petición porque desde hacía 33 años su marido le tenía arrendadas al mayordomo de San Isidro unas casas en la collación por 1.200 maravedíes y cinco gallinas al año, por los días de las vidas del matrimonio y de un hijo o hija que nombrase como heredero en su testamento. Posteriormente el visitador Maestro Jayme le aumentó una vida, que tenía que nombrar el marido difunto, pero al morir éste no pudo nombrarla, por tanto se extinguió este derecho. Esta era una cláusula que se solía poner por los escribanos cuando se arrendaban casas por vidas del marido y la mujer y de un heredero que debía nombrar el que quedare vivo de los dos. Sin embargo la viuda decía que por error del Notario de la visita no se incluyó en el contrato la tercera vida, y en consideración de los gastos que habían hecho en la casa, imploraban justicia y que se le concediese la última vida para evitar pleitos y debates en un suceso dudoso y se concordase el pleito y que estaba dispuesta a un aumento de 400 maravedíes al año, pues el mayordomo había visto las casas y eran pequeñas. Firmaban las diligencias el licenciado Castellanos, Letrado de Fábricas y Tomás Francisco, beneficiado y mayordomo de la iglesia.¹⁶⁷⁰

Otra petición de *aumento de vida* la vemos cuando a petición de Juan Digan, clérigo mayordomo de San Martín, el doctor Lezo, Provisor y Administrador del Arzobispado, mandó a Rodrigo Osorio y a Juan Chávez, carpinteros de fábrica, y a Juan Ortiz, albañil de fábricas, que eran los alarifes y visitadores de las obras y posesiones de las fábricas del arzobispado, que visitaran una casa cuyo arrendatario pedía que se le aumentase el arrendamiento en una vida, por los gastos en reparaciones que había hecho. Para que se le concediese, los gastos debían ascender al menos a cien ducados, y los alarifes tasaron las reparaciones, aderezos y construcción de nuevos aposentos en 130 ducados, así que se le concedió la licencia¹⁶⁷¹. Las primeras noticias en fuentes directas que tenemos de la existencia de un Carpintero de Fábricas, que era Alonso Ruiz, y un Albañil de las Obras de Fábricas y Monasterios, Juan Ortiz, fue en sede vacante el martes 9 de enero de 1571, ambos fueron confirmados en sus oficios en las obras de las fábricas.¹⁶⁷²

En la sede vacante de este año, el Provisor doctor don Cristóbal de Padilla, que además era el Deán, vio un pleito del Alguacil de los veinte del Cabildo seglar, Juan Bautista Maringo, vecino de la Madalena, porque con licencia del Provisor anterior, doctor Cevadilla, había arrendado unas casas con sus pertenencias al mayordomo de la parroquia de San Isidro que lindaban con las casas de los beneficiados de dicha iglesia.

¹⁶⁶⁹ A.P.N.S. Legajo, 4.060, año 1569, fol. 485.

¹⁶⁷⁰ A.P.N.S. Legajo 4.060, año 1569, fol. 765.

¹⁶⁷¹ A.P.N.S. Legajo 12.427, año 1575, fol. 297.

¹⁶⁷² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga, año 1571.

En un escrito alegaba que se sentía agraviado en el arrendamiento porque las casas estaban muy maltratadas, inhabitables y no valían la renta que había contratado, así que pedía que se le reparara. El Provisor, doctor Cristóbal de Padilla vio el caso, en el que se insertaba el parecer de los alarifes y carpinteros de Fábricas que decían que había gastado mucho dinero, pero que tanto lo viejo como lo nuevo se venía abajo y era menester gastar mucho más para repararla. Además estaba en mal sitio y llevaba muchos meses sin arrendarse y cuando se arrendaba se iban los inquilinos, por tanto la tomaban gente pobre y miserable, así que pedía se le bajase la renta. Firmaba el Letrado de Fábricas y los notarios Andrés López, Antonio Ayala y Francisco Aragonés, que era el Notario Mayor y Secretario del Oficio de Fábrica y firmaba los autos junto al Juez, el Provisor.

A continuación, el Mayordomo Mayor, que en este momento era Lázaro Martínez de Cózar, mandó a los alarifes de las Fábricas que visitasen junto con el carpintero Rodrigo Osorio y el albañil Juan Ortiz, como visitantes de las obras y posesiones del Arzobispado, para que dieran su parecer. Esto dijeron que la casa era pequeña y en un mal sitio, una calleja sin salida, que tenía seis aposentos altos y bajos muy pequeños, y que en ella vivían mujeres *destas que venden sardinas* y necesitaba reparación urgente de una pared que daba a un corral de otra casa, que estaba apuntalada y en peligro de caerse, calculaban las reparaciones que necesitaba la casa en unos 8.000 maravedíes.¹⁶⁷³

El Mayordomo Mayor de Fábricas también tenía poder para administrar los bienes de las fábricas de las iglesias, arrendando casas¹⁶⁷⁴, pero pidiendo siempre licencia al Administrador General del Arzobispado. Cuando vacaban unas casas se hacía por pregones para que saliese a subasta pública.¹⁶⁷⁵ A veces las propiedades eran de alguna iglesia de fuera de la ciudad, como en el caso de la fábrica de la Iglesia de Cañete que poseía varias casas y una botica en la collación de San Marcos.¹⁶⁷⁶ A Martín Vergara, como Mayordomo Mayor de Fábricas, le vemos en numerosas ocasiones arrendando casas. En 1575 con licencia del Juez de la Iglesia, Vicario General y Administrador del Arzobispado, Martín de Acosta, el Mayordomo Mayor dio permiso al mayordomo de la fábrica de la Iglesia de Paterna para arrendar por vida unas casas que tenía la fábrica de la iglesia.¹⁶⁷⁷

También encontramos escritores de libros concertándose con el Mayordomo Mayor para hacer libros para las iglesias por mandato del Juez y Vicario General Martín Acosta. Como Luis Portocarrero, que terminó los libros de la iglesia de Santiago de Écija en 26 cuadernos, pues los había comenzado Alonso Yáñez, que falleció. A este se le encargó que los terminase en ocho meses y que reparase la tinta en las partes que se le señalaban, además que iluminase los principios con letras maestras y que quitase dos hojas grasas que se le señalaban. Todo se debía corregir y enmendar por el corrector para que fuese conforme al nuevo rezado de Su Santidad, y que todo fuese visitado y visto por Francisco de Torres y por Bartolomé Jiménez de Figueroa, que era *sabidores della*.¹⁶⁷⁸

¹⁶⁷³ A.P.N.S. Legajo 4060, año 1569, fol. 1270.

¹⁶⁷⁴ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 402.

¹⁶⁷⁵ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 431.

¹⁶⁷⁶ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 555.

¹⁶⁷⁷ A.P.N.S. Legajo 12.427, fol. 25.

¹⁶⁷⁸ A.P.N.S. Legajo 12.430, año 1575, fol. 201.

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas (1580-1581), el Mayordomo Mayor de Fábricas, don Antonio González, tomó las cuentas a los mayordomos de los monasterios de monjas del Arzobispado haciéndose acompañar de un notario contador. Los visitadores de monasterios y de hospitales eran piezas fundamentales de conexión entre las instancias centrales de control y gobierno y los distintos conventos y hospitales del Arzobispado dependientes del Prelado. Ellos hacían sus visitas de inspección, informaban de los candidatos más a propósito cuando había que elegir a algún oficial e intervenían junto al Provisor en los nombramientos de los mayordomos y administradores, auténticos gestores de las distintas instituciones.

En el Oficio de Fábrica, además de su Notario Mayor, Notarios y Escribanos, asistía el Letrado de Fábricas, que en tiempos de don Cristóbal de Rojas fue el licenciado Castellanos. Posteriormente, en la sede vacante (1580-1581), los canónigos recomendaron que no se eligiese a una persona *de fuera*, sino a un beneficiado de la Santa Iglesia. Y efectivamente eligieron al canónigo don Andrés de Salcedo con el salario que se le solía dar y con licencia para poner sustituto en su lugar que le hiciera el oficio. De esta manera el canónigo podía ejercer el oficio por un coadjutor o teniente y obtener el beneficio económico correspondiente. El 14 de marzo de 1624, el Cabildo sede vacante nombró al canónigo don Fernando Quesada como Letrado de Fábricas, en ausencia del canónigo Jerónimo Pérez¹⁶⁷⁹. Parece que este oficio quedó en manos de canónigos en las sucesivas vacantes, lo cual nos indica la tendencia progresiva en sede vacante a la ocupación de todos los oficios de cierta relevancia y poder por parte de los beneficiados de la Catedral.

Por las manos del Letrado o Abogado de Fábricas pasaban todos los asuntos y pleitos relacionados con la administración de las fabricas de las iglesias en su vertiente jurídica. Además, era asesor y abogado en las causas relacionadas con la gestión de los mayordomos, en la toma de cuentas y los problemas a ella asociados, en el cobro de las rentas de las fábricas y su reclamación en caso de impago, en las obras que se realizaban en las iglesias, ya fuesen reparaciones u obra nueva, o en las de tipo ornamental o suntuario, a cargo de los maestros y oficiales de los gremios correspondientes.

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas surgió un conflicto por la intromisión de la Audiencia del Juez de la Iglesia en un pleito de la fábrica de San Vicente de Sevilla. El Cabildo declaró que *la administración de las fábricas deste arzobispado y cosas tocantes a ellas ha pertenecido y pertenece al tribunal del señor Provisor y no de otro Juez alguno*, y cometieron al Abogado de Fábricas, licenciado Luis de Bocanegra, para que lo viese y determinase lo que le pareciere conforme a justicia.¹⁶⁸⁰ Otro de los oficiales del Oficio de Fábricas era el Escribano de Fábricas y Monasterios. En 1600 lo era Gaspar de León, así que todas las escrituras públicas de las fábricas de las iglesias y monasterios debían pasar ante él.¹⁶⁸¹ El 10 de febrero de 1624, Alonso Alarcón pidió al Cabildo que le honrasen como a sus antecesores en otras sedes vacantes manteniéndole en el oficio de Escribano de Fábricas, y que se le diese el título para que todos los oficiales de monjas, hospitales y demás visitadores mandasen que se

¹⁶⁷⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁶⁸⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, 1580-81.

¹⁶⁸¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

hiciesen ante él todas las escrituras.¹⁶⁸² También se recibió la petición de otro candidato, Diego Ramírez, pero los canónigos, como era habitual, mantuvieron al primero, que ya lo había sido en el período anterior.

Ya vimos cómo en el Oficio de Fábrica también asistía un Maestro Mayor de Fábricas y Hospitales, que dirigía y supervisaba las obras de las fábricas del arzobispado. En 1600 el Cabildo nombró a Acencio de Maeda como Maestro Mayor y le advirtieron que cuando no pudiese ir personalmente a supervisar las obras fuese Zumárraga, el Aparejador de Fábricas.¹⁶⁸³ En este momento como oficiales subalternos estaban Pablo de Torres, Carpintero de Fábricas, Juan de Ledesma, Platero de Fábricas y Monasterios, Saucedo, Pintor de Fábricas y Monasterios, y Falconete, Albañil de Fábricas. En 1601 mandaron reparar la iglesia de Omnium Sanctorum conforme al parecer del Maestro Mayor Acencio Maeda. Cuando los monasterios no estaban sujetos al Prelado, o había que enajenar parte de su patrimonio para reparaciones, era necesaria la aprobación del Nuncio de la Santa Sede. En esta sede vacante cometieron al Deán Pimentel para que escribiese al Nuncio solicitándole licencia para labrar un pedazo de dormitorio y dos celdas que se habían caído en el convento de La Concepción, en San Miguel.

El Maestro Mayor de Fábricas era el responsable de la ejecución de las obras y reparaciones de las iglesias, hospitales, ermitas y en general de todas las fábricas dependientes de la jurisdicción ordinaria del Prelado. El sábado 21 de octubre de 1600 el Maestro Mayor de Fábricas junto con el canónigo don Francisco Velasco vieron lo que pedía el Cabildo seglar de la ciudad de Sevilla acerca de ensanchar una calle arimada al muro junto a la Puerta de la Carne, pues para ello era necesario *tomar algo* de una casa de los hospitales que allí estaban.

Para evitar los abusos frecuentes, como los sobornos en los contratos de obras de las iglesias, que solían dárseles a oficiales que hacían de intermediarios y que después negociaban con cada oficial, traspasándole los trabajos rematados¹⁶⁸⁴, el Cardenal Guevara, en su Constitución sinodal de 1604 estableció que las obras de las iglesias se les diesen a cada oficial de su oficio, *la cantería el cantero, la pintura el pintor, la talla al entallador etc*¹⁶⁸⁵, bajo pena de que el contrato que se hiciera de otra manera fuese nulo. Además, se mandaba que las obras se rematasen en pregones y no en *tasación*, porque los oficiales lo hacían a precios excesivos; y se mandaba que la *traça y condiciones i modelos* fuesen las establecidas por el Maestro Mayor de las obras y se rematara a quien lo hiciese mejor y más barato.¹⁶⁸⁶ Y que el Provisor no diese ninguna obra ni se rematase sin tener por lo menos en dinero la cuarta parte de lo que costase y certeza de que el resto se tendría con brevedad, pues se remataban obras para cuando hubiese dinero y las fábricas se perjudicaban por los atrasos y pleitos que resultaban de los impagos.¹⁶⁸⁷

¹⁶⁸² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁶⁸³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

¹⁶⁸⁴ A.C.S. Sección VIII. Libro 122. Constitución de don Fernando Niño de Guevara, año 1604. XXIII, los oficiales a quien se remataren no las traspasen a otros.

¹⁶⁸⁵ *Ibidem*, XXII, las obras de las iglesias se den a hazer a cada oficial de su oficio.

¹⁶⁸⁶ *Ibidem*, No se de obra a tasación.

¹⁶⁸⁷ *Ibidem*, XXV, No se de a hazer obra sin tener por lo menos la quarta parte del dinero que a de costar junto.

Una de las obras que generaban más problemas al Oficio de Fábrica eran las relativas a los ornamentos. En la citada constitución se prohibió que se encargasen ornamentos bordados, ni aderezos de oro o plata, ni retablos u órganos, sin expresa licencia escrita del Prelado o su Provisor, pues los mayordomos, por amistad o interés, acordaban con los maestros ornamentos superfluos y no dedicaban el dinero a otras cosas de mayor necesidad, como reparar las iglesias y sus edificios, a veces inacabados.¹⁶⁸⁸

Todas las obras de arte, ya fuesen de orfebrería, de bordados, de retablos o de esculturas, las aprobaba y supervisaba el Provisor a través de su Oficio de Fábrica. En 1580 los canónigos sede vacante trataron el litigio que había entre el bordador Alonso Ortiz con el mayordomo de la fábrica de San Lorenzo de Sevilla, pues se había producido un conflicto de competencias entre el Juez de la Iglesia y el Provisor en el conocimiento del pleito. Para solucionarlo, diputaron al Prior, don Pedro Vélez de Guevara, y mandaron que los notarios ante quienes pasaba el pleito se lo entregasen. En la sede vacante de don Fernando Niño de Guevara se vio el pleito entre el maestro bordador de velos, Pedro Días, y la fábrica de la iglesia de Omnium Sanctorum de Sevilla, sobre el velo de la cruz que había hecho.¹⁶⁸⁹ La sentencia fue en su favor y condenó a la fábrica a pagar los 960 maravedíes en que fue apreciada la obra. Como la tenían concertada en 700 ducados mandaron que se le pagase, cediendo el bordador cualquier derecho que pudiese pretender contra la fábrica y apartándose del pleito.

En febrero de 1624 hubo peticiones de Zumárraga, Diego Gómez y otros, pidiendo el oficio de Maestro Mayor de Fábricas, y se cometió al canónigo Tapia para que viese e informase de la idoneidad de cada uno.¹⁶⁹⁰ Una vez vista la relación de los opositores, el Cabildo sede vacante proveyó el oficio en el que lo era hasta entonces, Diego López Bueno. El 6 de febrero de 1624 un tal Bosmediana pidió merced para que le nombrasen platero de las fábricas, lo nombraron y mandaron que se le acudiese con todas las obras de plata del Arzobispado.

El Prelado o el Cabildo sede vacante decidían las obras y reparaciones a realizar en las iglesias y hospitales y el Oficio de Fábrica gestionaba todos los negocios y pleitos a causa de las obras de las iglesias, incluidas las ornamentales. En 1601 los canónigos sede vacante cometieron a su Provisor para que tomase las cuentas del depósito de dinero que se había hecho para edificar la iglesia de Cantillana. Y el lunes 2 de abril de 1601 decidieron que el Deán, don Antonio Pimentel, escribiese al Rey pidiéndole que mandase que las fábricas más descansadas del Arzobispado acudiesen a la obra de San Román, y juntamente con los 200 ducados que dieron los parroquianos se gastasen en la obra.¹⁶⁹¹ Y que para pagar el préstamo a las fábricas se le aplicase la parte de los diezmos que al Cabildo pareciere. También informó el Provisor de la obra de la Iglesia de Santiago de Utrera, del dinero del que se disponía para realizarla y en qué poder estaba. En marzo de 1624 los canónigos pidieron que se trajese la instrucción del

¹⁶⁸⁸ *Ibidem*, XXVI, No se hagan ornamentos bordados.

¹⁶⁸⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara, 1609.

¹⁶⁹⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁶⁹¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

Hospital de la Caridad de Cazalla, para decidir sobre las obras que necesitaba.¹⁶⁹² En este mismo año se acometió por fin la obra de San Román de Sevilla, y mandaron traer la relación de lo que se gastaba en ella y el dinero que había en la fábrica disponible para la obra, para ver lo que se le podía prestar y en qué forma.

Todo lo relativo a los hospitales dependientes del Prelado se gestionaba en este Oficio de Fábrica en conexión con el Visitador de Hospitales. En la disciplina antigua, los prelados tenían la potestad espiritual y temporal en la administración de los hospitales, pero con el tiempo muchos escaparon al control del Ordinario. Desde el Concilio de Viena se intentó recuperar la potestad perdida por los obispos en esta materia, estableciendo que si los administradores hiciesen mal sus oficios los obispos procediesen contra ellos.¹⁶⁹³

La multiplicidad de los hospitales en el Arzobispado de Sevilla había llevado a los prelados, ya desde finales del siglo XV, a intentar su unión para conseguir su viabilidad. Don Diego Hurtado de Mendoza, con una Bula de la Santa Sede, redujo y suprimió algunos hospitales pequeños e inútiles, en los que sus rentas no permitían guardar la hospitalidad, y aplicó sus bienes, frutos, rentas y limosnas a los otros hospitales que quedaron. Pero el proceso quedó paralizado en 1501.¹⁶⁹⁴ En el pontificado de fray Diego de Deza se unieron varios hospitales, y el Cabildo Catedral, como administradores del Hospital de Santa Marta y de las Vírgenes Santa Justa y Rufina, consintió que el Arzobispo lo hiciera conforme a la Bula Papal que lo mandaba. Pero con la condición de que mantuviese los nombres de ambos y que los administradores que eran nombrados en la Bula para gestionar los hospitales unidos se juntasen con el Cabildo y los canónigos diputados por ellos. Dada la importancia del caso diputaron al Deán y a todos los demás dignidades, el Maestrescuela, el Chantre, el Tesorero, el Arcediano de Écija y el Arcediano de Carmona.¹⁶⁹⁵

En lo sucesivo, el Cabildo siguió siendo administrador del Hospital de Santa Marta, gestionando sus bienes y nombrando visitador. En enero de 1513 diputaron dos canónigos para visitar a los pobres del Hospital de Santa Marta para que si hallase alguno *dellos que no cumple el servicio de dios*¹⁶⁹⁶ pusieran otro en su lugar, haciendo primero una relación de lo ocurrido. El Cabildo solía dar periódicamente limosnas para el Hospital de los Locos, llamado de los Inocentes. El último día de enero de 1546 mandaron al Pertiguero, Diego Solís de Farfán, que llevase a dicho hospital a un loco que andaba desnudo por la Iglesia, y que le diesen limosna para que comiese.¹⁶⁹⁷ En los años sucesivos de 1553 y 1554 mandaron dar trigo para los locos del Hospital de los Inocentes, y que se vistiese a *luysico, inocente que está en la Casa de los locos, de sayo y camisa y zapatos y lo que los otros años se le suele dar según y cómo otros lo han hecho*¹⁶⁹⁸ y mandaron a los contadores que librasen lo necesario. En la sede vacante de

¹⁶⁹² A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁶⁹³ TEJADA y RAMIRO, J.: *Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española*. Madrid, 1861. Concilio de Viena. Capítulo II, Título 11, Libro III.

¹⁶⁹⁴ ALONSO MORGADO, J.: *Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia*. Sevilla, 1906, p. 472.

¹⁶⁹⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. 4-1-1508.

¹⁶⁹⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 8.

¹⁶⁹⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20.

¹⁶⁹⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 22.

don Cristóbal de Rojas y Sandoval encontramos un *Hospital de los Caballeros*, del que no volvemos a encontrar noticias y que suponemos reducido por don Rodrigo de Castro.¹⁶⁹⁹ el Mayordomo pidió la renovación de su nombramiento y fue cometido el asunto a los canónigos Antonio González y Fernán Pérez de Salcedo.

El Concilio de Trento, remitiéndose al de Viena, mandaba a los ordinarios que cuidasen los hospitales y los gobernasen poniendo remedio a la *incuria y avaricia de los administradores*.¹⁷⁰⁰ En realidad, el Concilio amonestaba a todos los poseedores de beneficios eclesiásticos, seculares o regulares, para que ejerciesen la hospitalidad en la medida que lo permitiesen sus rentas, y uniesen a las iglesias los hospitales o lugares de piedad destinados a peregrinos, enfermos, ancianos o pobres, y si no cumpliesen su obligación que fuesen obligados con censuras eclesiásticas hasta privarles perpetuamente de la administración de los hospitales.¹⁷⁰¹

Las costumbres piadosas de los fieles y la presión del clero sobre los testamentos aumentaron el número de hospitales, que no siempre estuvieron bien administrados. Por esto se terminó pidiendo la reducción, que se intentó hacer con el acuerdo de los ordinarios, corregidores y representantes del poder real. Pero las discordias no pudieron evitarse y fueron resueltas en el Consejo de Castilla.¹⁷⁰² Los nuevos hospitales reducidos pasaron a denominarse *generales*, y los obispos, como delegados de la Sede Apostólica, fueron los ejecutores de las disposiciones piadosas o de las últimas voluntades, adquiriendo derecho a visitar los hospitales, colegios y cofradías de legos, excepto las que estaban bajo la directa protección de los reyes¹⁷⁰³. También se estableció que los administradores rindiesen cuentas cada año al Prelado a no ser que por costumbre, privilegio o estatuto hubiesen de dar cuenta a otros sujetos diputados para ello, pero con la supervisión del Ordinario, lo cual dio lugar a numerosos e interminables pleitos entre la jurisdicción eclesiástica y la seglar.¹⁷⁰⁴

Pero en Sevilla no fue hasta el pontificado de don Rodrigo de Castro cuando el proceso se culminó. Con el acuerdo del Rey y del Papa se redujeron en 1587 los 112 hospitales existentes a los 16 mayores, todos los demás se anexionaron al del Espíritu Santo y al del Amor de Dios, *lo que permitió una mejor administración y aprovechamiento de sus rentas*.¹⁷⁰⁵ En 1600, el Secretario Aragonés recomendaba al Provisor que llegase que pidiese los libros y *quantas* de los hospitales generales *do se rreduxeron los munchos particulares que avia*¹⁷⁰⁶, se instruyese del estado en que estaban los bienes y cuentas y del modo de proceder que tenían en la cura, sustento y

¹⁶⁹⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹⁷⁰⁰ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión VII de Reformat, capítulo 15.

¹⁷⁰¹ *Ibidem*, Sesión 25, capítulo VIII De reformat.

¹⁷⁰² GÓMEZ SALAZAR, F. y DE LA FUENTE, V.: *Lecciones de Disciplina eclesiástica y Suplemento al tratado teórico-práctico*. Tomo II. Madrid, 1877.

¹⁷⁰³ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona 1847. Sesión 22 De Reformat. Capítulo VIII.

¹⁷⁰⁴ CAVALARIO, D.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid, 1837. Capítulo 3. De los Hospitales.

¹⁷⁰⁵ ORTIZ DE ZÚIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Tomo II, Imprenta Real, Madrid, 1796. (edición facsímil de 1988) Tomo IV, p. 123-140. Citado por MARTÍN RIEGO, M.: "La Iglesia de Sevilla a finales del siglo XVI e inicios del XVII", *Isidorianum*, nº 20, 349-389, p. 360.

¹⁷⁰⁶ Se refiere a la reducción de Hospitales que hizo el Arzobispo don Rodrigo de Castro con Letras Apostólicas de la Santa Sede.

gobierno de los pobres, y de los bienes de los hospitales, para *prevenir y dar quenta a su señoría ilustrísima de lo que conviene remediar*.¹⁷⁰⁷

En los hospitales dependientes del Ordinario se nombraban médicos y cirujanos. En la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600), mandaron llamar para proveer la plaza de cirujano del Hospital del Espíritu Santo, pues había muchos enfermos y un solo cirujano no bastaba. Cometieron al canónigo y Tesorero, Fernando Gallinato, para que viese los estatutos del hospital y las calidades que habían de tener los candidatos, y nombraron examinador a don Manuel Sarmiento, canónigo magistral. Finalmente, decidieron que Chapacero fuese cirujano y el doctor Tapia médico y cirujano, y que cada uno recibiese un salario de 25.000 maravedíes y tres *cahizes* de trigo al año.

El sábado 11 de mayo de 1624, se leyó la petición del médico Maldonado, que curaba en los hospitales, pidiendo que le igualasen su salario con el de su compañero.¹⁷⁰⁸ El Cabildo mandó que el canónigo don Juan de Guzmán hiciese relación de lo que ganaba uno y otro, y cuantas camas más había en los hospitales que cuando entró a prestar sus servicios. Suponemos que los salarios de los médicos y cirujanos eran proporcionales al número de camas que atendían. También pidió aumento el doctor Saavedra *de lo mucho que había trabajado* y el Cabildo mandó que le diesen 500 reales por una vez, como *ayuda de costa*. La única referencia que hemos encontrado a alguna clase de tratamiento entre estos papeles eminentemente administrativos ha sido la referente al Hospital del Espíritu Santo donde en 1601 se les daba a los pobres convalecientes *unciones*.

En tiempos de epidemia, los hospitales veían desbordadas sus posibilidades de atención a los enfermos. Algunos hospitales vivían cómodamente con sus rentas y otros no podían atender a los enfermos por falta de ellas. Pero como cada fundación respondía a la voluntad del testador, y sus rentas y administración eran independientes, no era fácil lograr una gestión racional del conjunto. Tenemos el caso de Sanlúcar de Barrameda, donde el 23 de marzo de 1601 el Duque de Medina Sidonia escribió al Provisor, don Luciano de Negrón, pidiendo que, por los muchos enfermos de peste que había en la ciudad y lo poco que se les podía socorrer, autorizara aplicar las rentas del Hospital de la Misericordia a estos enfermos, pues en dicho hospital sobraban las rentas para unos cuantos pobres que en él había.¹⁷⁰⁹ La respuesta fue que las rentas fueron aplicadas por el testador para otras cosas, y por tanto no había lugar para lo que pedía el Duque. Aunque el Cabildo, como administrador de la jurisdicción ordinaria, tenía poder sobre un hospital dependiente del Ordinario, no podía disponer de las rentas para otro fin si no era con una bula o letras apostólicas. La fidelidad al formalismo burocrático y a la voluntad del testador hacía difícil poder aliviar el sufrimiento de los enfermos.

Todo lo relativo a obras, ampliaciones y traslados de los hospitales a otras casas estaba bajo el control del Ordinario a través de su Provisor en el Oficio de Fábricas. En marzo de 1601, los canónigos sede vacante escribieron al administrador del hospital de El Puerto de Santa María para que informase sobre el estado en que estaba el hospital y

¹⁷⁰⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados Legajo 633. “Memorial del Secretario Aragonés”.

¹⁷⁰⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁷⁰⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

las reparaciones que necesitaba.¹⁷¹⁰ También cometieron al Provisor para que hiciese gestiones y se informase sobre el Hospital de Rota. Y al Tesorero y canónigo Fernando Gallinato para que tratase con el Duque de Alcalá, y con el Cabildo seglar de la ciudad de Sevilla para trasladar el Hospital del Espíritu Santo a las casas viejas del Duque en San Blas, en la collación de Santa Marina. Era frecuente que en las sedes vacantes se acometieran reformas, obras y reparaciones en las fábricas dependientes del Ordinario, pues había que gastar las rentas arzobispales antes que las llevase, en el reparto a prorrata, el Colector de Su Santidad o los herederos del Arzobispo.

También poseían los hospitales sus mayordomos, que debían dar cuentas periódicamente a los visitadores, y si surgían *alcances* en las contabilidades terminaba la causa en el Provisor. Con cada nuevo Prelado, o cuando el Cabildo de la Catedral Metropolitana se hacía cargo del gobierno arzobispal en sede vacante, cesaban todos los oficios de nombramiento ordinario y se procedía a la renovación, bien confirmando a las personas que lo habían desempeñado, bien sustituyéndolas por otras en caso de que hubiese evidencias de incumplimiento por parte de algún oficial. En el caso de los mayordomos y administradores debían ser renovados teóricamente cada dos años pero a menudo eran confirmados en sus puestos si su gestión había sido buena.

En 1600, mandaron llamar para nombrar Administradores de los Hospitales; y en la sede vacante de don Pedro de Castro (1624) votaron el oficio de Administrador del Hospital del Amor de Dios, jurando guardar el secreto del nombramiento. En la votación resultó empate a trece votos entre Camargo y don Pedro de los Ríos, y el Deán hizo valer su voto de calidad nombrando a este último. En enero de 1624, en la sede vacante de don Pedro de Castro, nombraron como Administrador del Hospital de la Sangre de Jerez al doctor Fernando de Vera, su vicario y administrador hasta ese momento, con las preeminencias que habían tenido sus antecesores; y el licenciado Luis de Alvarado pidió la mayordomía del Hospital de Sanlúcar la Mayor, que se le concedió. El mayordomo del Hospital del Espíritu Santo, Melchor de Hoces, pidió que le confirmaran en su mayordomía y cometieron la decisión al Visitador de Hospitales.

También encontramos la figura del Abogado de los Hospitales. En 1624, el abogado del Hospital del Espíritu Santo, Alonso de Aguilar, pidió al Cabildo que le restituyera la plaza que le había quitado el Visitador Buján, dándole el título al licenciado Caballero.¹⁷¹¹ El Cabildo ordenó al Visitador que si el cesado tenía *deméritos* lo presentase al Cabildo, y si no, lo conservase en su plaza, pues el Visitador no tenía el poder discrecional que tenía el Ordinario para nombrar y cesar con o sin motivo, y sólo podía separar a un oficial de su cargo con razones fundadas y llevándolas al Cabildo. El Visitador tuvo que ceder a la reclamación del abogado y reponerlo, prosiguiendo la visita del Hospital de San Bernardo que había comenzado el año anterior y que quedó interrumpida a la muerte del Prelado.

Todo lo relativo a la administración de los sacramentos y a la regulación de la vida religiosa dentro de los hospitales era también responsabilidad del Ordinario, que lo solía delegar en su Provisor. Especialmente importante era la administración del viático y de la confesión, pues la mortandad en los hospitales era muy alta, especialmente en períodos de epidemia. Los casos cuya absolución estaba reservada al Prelado suponían

¹⁷¹⁰ *Ibidem*.

¹⁷¹¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

un problema, pues los enfermos graves, a veces moribundos, no podían desplazarse al Palacio Arzobispal para recibirla del Arzobispo o de su Provisor. En 1580, el Cabildo sede vacante cometi6 a su Provisor para que proveyese suficientes clérigos que administrasen los sacramentos en los hospitales de la peste y le dieron poder para dar licencias a los sacerdotes que le pareciere y que pudiesen tomar prestados de cualquier hospital las custodias, ornamentos y servicios necesarios para los hospitales, dejando recibo de ello.

En 1611 encontramos unas advertencias para que en todos los hospitales hubiese al menos un clérigo que administrase los sacramentos y que 6l u otro fuese el colector de las misas y no los hermanos de la cofradía fundadora, porque no eran sacerdotes y no podían darlas a decir.¹⁷¹² El 14 de enero de 1624 el Cabildo respondi6 a la petici6n del can6nigo don Juan Manuel, administrador del Hospital de Santo Espíritu, para que los enfermos pudieran recibir la absoluci6n en los casos reservados al Prelado dentro del hospital, y le dieron poder al cura que los confesaba para que lo pudiera hacer, pero advirtiéndole que sólo se entendiese con los enfermos de dentro del hospital.¹⁷¹³ Posteriormente este administrador se desisti6 del nombramiento que tenía por el Cabildo, pues se hallaba enfermo y no podía residir en el hospital, y recomend6 a su antecesor, Alonso G6mez de Rojas, que lo había sustituido durante su enfermedad. El Cabildo acept6 el desistimiento y nombr6 por administrador al licenciado Alonso G6mez de Rojas.

La situaci6n en los hospitales en tiempos de epidemia era especialmente dramática, de aquí que se hiciera necesaria la presencia de clérigos que sirvieran de consuelo espiritual a los moribundos, ya que no era posible otro tipo de remedio a la enfermedad. Así, tenemos noticias de los milagros ocurridos en el Hospital de San Roque de Sevilla en 1580, de los que informaron al Cabildo el can6nigo Juan Bautista Montoya, para su verificaci6n.¹⁷¹⁴ Este santo era especialmente venerado por sus milagros en tiempos de peste, por eso el Consejo de Huelva pidi6 este ańo que, puesto que había hecho voto de guardar la fiesta el día de San Roque cada ańo, que lo mandase el Cabildo para que el Regimiento y villa lo hiciesen y guardasen.

1712 A.G.A.S. Secci6n II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Advertencias.

1713 A.C.S. Secci6n I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quińones, 1623-1624.

1714 A.C.S. Secci6n I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Crist6val de Roxas y Sandoval, 1580-81.

3.4.- El Juez de la Iglesia

3.4.1.- *Los negocios y competencias del Juez de la Iglesia*

Según Díaz Coronado, la segunda Audiencia, el Juzgado de la Iglesia sería menos *extensibo* que el Provisorial, pues nunca tuvo tantas competencias como este. Para la realización de sus actividades y diligencias tenía un Juez que llamaban Juez de la Iglesia *rei en su juzgado tan absoluto como lo es el Provisorial en el suyo*;¹⁷¹⁵ por tanto, según él, no cabían recursos de uno a otro, aunque matizaremos esta información con los papeles de gobierno de principios del siglo XVII, pues el fenómeno de las suplicaciones contradice este dato. Las apelaciones o suplicaciones entre la Audiencia del Juez de la Iglesia y la del Juez de Testamentos habían desaparecido un siglo antes de que escribiera Díaz Coronado, y parece que nuestro visitador no tenía constancia de que durante mucho tiempo se habían dado.

La intervención más antigua que encontramos del Juez Oficial y Vicario General, como se denominaba el Juez de la Iglesia, se remonta al año 1367. Rodrigo Álvarez, canónigo de Sevilla y Deán de Córdoba, como Juez Oficial por el Cabildo sede vacante sentenció una causa con el convento de San Agustín el 10 de agosto de ese año. En 1371 tenemos a Diego García, Chantre de Badajoz y canónigo de Sevilla, como Juez Oficial y Vicario General sentenciando otro pleito, esta vez sobre diezmos.¹⁷¹⁶

Una de las primeras decisiones que tomaba el Juez de la Iglesia tras su nombramiento era la elección de un Teniente o sustituto. Los canónigos apetecían los oficios en sede vacante por sus salarios y pretendían ejercerlo por sustitutos o coadjutores. Sin embargo, el Cabildo nombraba a su Juez Oficial y Vicario General y le otorgaba poderes, pero generalmente no le daba potestad para nombrar sustituto. En la sede vacante de don Juan de Zúñiga -1504- nombraron por unanimidad como Juez Oficial, *para las causas judiciales*, al canónigo Pedro de Fuentes.¹⁷¹⁷ Sin embargo al poco tiempo aparece otro Juez Oficial y Vicario General, el licenciado Sandoval, alzando el entredicho que estaba puesto sobre algunas personas de Sevilla y pidiendo poder al Cabildo para nombrar un sustituto y ausentarse de la ciudad. Aunque el Cabildo se lo denegó, se marchó y dejó como Teniente al doctor Gascó. Finalmente los canónigos dijeron *que por esta vez haga y exercite el dicho oficio de Juez e Oficial el señor licenciado Hernando de Mohedano canónigo al que dieron su poder cumplido*¹⁷¹⁸, pero si Sandoval volviese a ausentarse de la ciudad el Cabildo haría provisión del oficio en otra persona. Así que el Cabildo no reconoció al Teniente dejado como sustituto por Sandoval, el doctor Gascó, sino que nombró a otro, al canónigo Mohedano, respetando por esta vez la decisión de marcharse de la ciudad pero advirtiéndole que en lo sucesivo lo depondrían del cargo.

En 1552 tenemos como Juez de Iglesia a Juan de Escobar Mendes, que aparece en varias escrituras vendiendo esclavos¹⁷¹⁹, y otorgando poderes para gestionar su

¹⁷¹⁵ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*, cuadernillo sin foliar. Capítulo 3, *Del Juzgado de la Iglesia*.

¹⁷¹⁶ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Imprenta Real, Madrid, 1796, Tomo II (edición facsímil de 1988), p. 190.

¹⁷¹⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, 1504, fol. 68-80.

¹⁷¹⁸ *Ibidem*.

¹⁷¹⁹ A.P.N.S. Legajo, 12.346, año 1552, fol. 421.

patrimonio a un vecino de la villa de Fuentes, Juan de Quiles, en la Encomienda de León.¹⁷²⁰ En la sede vacante de Gaspar de Zúñiga y Avellaneda -1571- nombraron por antigüedad de canonjía como Juez Oficial y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado al canónigo Diego Rodríguez. Esta vez aparecía tras la denominación del oficio –Juez-, las palabras –de la Iglesia- tachadas, y a continuación, en su lugar, el término –Oficial-.¹⁷²¹ Aunque el cambio de nombre de Juez Oficial a Juez de la Iglesia pudiese parecer intrascendente, en el lenguaje del derecho canónico la denominación del Juez era de suma importancia por sus implicaciones jurídicas. El Juez Oficial y Vicario General gozaba de un estatuto jurídico que quizás pudiese ser puesto en cuestión si se le adjudicaba el nombre al uso que comúnmente se solía emplear, Juez de la Iglesia.

Después se reservaron el conocimiento de las causas de los beneficiados de la Santa Iglesia Catedral, aunque finalmente mandaron que el Juez de la Iglesia las juzgara. En presencia del Prelado era el Provisor el que intervenía en las causas contra los beneficiados de la Catedral, pero en sede vacante el Cabildo se solía reservar para sí el conocimiento de las causas contra los beneficiados de la Catedral, acumulando ambas instancias, de juez y parte, y aunque reticentes a delegarlo en los jueces, lo hacían en el Provisor o como en este caso en el Juez de la Iglesia.¹⁷²²

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas -1580- los canónigos permitieron que el Juez de la Iglesia, el obispo de Esquilache don Alonso de Villalobos, y el Juez de Testamentos y Suplicaciones, don Baltasar Astudillo, pudiesen nombrar sustitutos y tenientes que ejercitaran los oficios, pero añadiendo: *los cuales si es necesario los dichos señores canónigos nombrarían en ello para lo cual les dieron poder*.¹⁷²³ Es decir reservándose la potestad de la provisión del oficio de Teniente o sustituto. También nombraron al resto de los oficiales de la Audiencia, por Fiscal del Juez de la Iglesia nombraron al licenciado Juan Pérez, *por el tiempo que quisiese el Cabildo*.¹⁷²⁴ El Obispo de Esquilache pronto empezó a ejercer su oficio por un sustituto, el canónigo doctor Alonso de Hojeda, y posteriormente el Cabildo nombró a Baltasar de Astudillo como nuevo Juez de la Iglesia, el cual tuvo que desistirse del oficio de Juez de Testamentos que ejercía.

Aunque en los poderes que otorgaba el Prelado aparecían las competencias de los jueces bien delimitadas, a veces sucedían conflictos de competencias entre las audiencias e intromisiones en los asuntos ajenos. En 1580 el Juez de Testamentos y Suplicaciones, canónigo Alonso Mudarra, trataba un pleito entre Vicente de Ansón y el jurado de la ciudad Pedro Gómez, en el que el Fiscal acusaba a Pedro Gómez de haber falseado una absolución, y el Juez de la Iglesia pretendía conocer este pleito.¹⁷²⁵ Así que los canónigos cometieron al Prior, don Pedro Vélez de Guevara, para que viese el conflicto de competencias entre los dos jueces. Hasta el pontificado de don Cristóbal de Rojas se dio el fenómeno de las suplicaciones entre el Juez de la Iglesia y el Juez de

¹⁷²⁰ A.P.N.S. Legajo, 12.355, año 1555, fol. 1.666.

¹⁷²¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga. 1571.

¹⁷²² *Ibidem*.

¹⁷²³ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, 1580-1581.

¹⁷²⁴ *Ibidem*.

¹⁷²⁵ *Ibidem*.

Testamentos, pero los conflictos de competencia que acarreaban acabaron por decidir al Prelado a terminar con aquel sistema de apelaciones dentro del Consistorio.

También tenemos otro caso en el que el doctor Alonso de Hojeda, como Juez de la Iglesia, a petición del canónigo don Silvestre de Guzmán, dio comisión a un Notario Receptor para que fuese a Écija a hacer información contra el beneficiado de la iglesia de Santiago, Alonso Álvarez. Éste se quejó al Cabildo porque el Juez de la Iglesia se había entrometido en la jurisdicción del Provisor al abrirle la causa. Parece que el canónigo Silvestre de Guzmán pidió a su compañero, el Juez de la Iglesia, que interviniese en un caso que por derecho no le correspondía, suponemos que para obtener decisiones en su favor. Los canónigos llamaron a Silvestre de Guzmán y al Juez Hojeda a capítulo y mandaron traer la información del caso para proveer justicia, dándoles término por todo el día, bajo pena de excomunión mayor y de 500 ducados aplicados a la parte que les pareciere, y apercibiéndoles que de no hacerlo procederían contra ellos declarándolos por públicos excomulgados.

También decidieron que Bartolomé de Lima, notario ante quien al parecer se hizo la información, entregase el original del proceso al Provisor, y declarase bajo juramento las copias que había hecho de él. Después, el beneficiado Alonso Álvarez presentó una petición acusando la rebeldía de don Silvestre de Guzmán, pues el auto que había dictado el Cabildo contra él se le había notificado y no lo había cumplido, y pidió que fuese tenido por excomulgado, a lo cual respondió el canónigo presentando otra petición alegando razones por las que no había podido hacerlo.

Finalmente proveyeron que el Provisor, oídas las partes, les hiciera justicia, y que el Deán y Provisor diese una *fraterna*¹⁷²⁶ y reprendiese públicamente en Cabildo al Juez de la Iglesia, canónigo Alonso de Hojeda, por haber dado la comisión para hacer la información, y le advirtiesen que de aquí adelante no se entrometiese en las competencias de los otros jueces.¹⁷²⁷

Correspondía al Prelado nombrar a los oficiales de las audiencias, pero era frecuente que el Provisor, con poderes cometidos y como Gobernador del Arzobispado, nombrase al resto de oficiales mayores y menores. Una vez nombrados los jueces, éstos podían confirmar en sus cargos al resto de los oficiales de su audiencia o bien cesar y recibir peticiones para nombrar a otros. En sede vacante, el Cabildo elegía, de entre las peticiones que se presentaban, a los *más idóneos* para ocupar los cargos de Fiscal, Relator, Notarios Mayores y Menores, Procurador, etc. Pero el oficio de Juez de la Iglesia lo elegían los canónigos por rueda en orden de antigüedad. Así, en la sede vacante de don Rodrigo de Castro nombraron a don Luis Ponce como Juez de la Iglesia, *por su antigüedad de canonicía*, reservándose el Cabildo como siempre las provisiones de gracia.¹⁷²⁸ Después, pidieron al Provisor que trajese una relación de todos los oficios de notarios y oficiales que había que proveer en sede vacante, de las personas más a propósito para ello y de las peticiones que se habían presentado en Cabildo pidiendo los oficios. Y mandaron llamar para nombrar fiscales de las tres audiencias y señalar el

¹⁷²⁶ Se trata de una corrección fraterna, que en la justicia eclesiástica debía preceder a toda acción judicial, y que consistía en una amonestación verbal y posterior reconciliación entre las partes.

¹⁷²⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-1581.

¹⁷²⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

salario de los oficiales, nombrando por Fiscal del Juez de la Iglesia al licenciado Juan Pérez y como Notario Receptor, en sustitución de don Pedro Reate que había fallecido, a Antonio de Morales, al que le dieron su título en forma.

Al igual que el Provisor, el Juez de la Iglesia tenía su Secretario de la Audiencia y le asistía un Relator y un Fiscal que debían tener las calidades requeridas: *que aquí se necesita sean los mejores en virtud i letras por ser muchas las materias que le controvierten mirando al punto i honra de lo secular y eclesiástico*.¹⁷²⁹ Aunque el Provisorato fuese jerárquicamente superior por el número de asuntos y su importancia para el gobierno arzobispal, el Juez de la Iglesia tenía sus competencias delimitadas y sin posibilidad de recurrir de un tribunal a otro. Era, por tanto, Juez soberano en sus decisiones y del cual no cabía apelar al Provisor. El modelo organizativo era el mismo que el de la Audiencia del Provisor, basado en el reparto de tareas con criterios territoriales, poseía dos oficios, el Oficio Primero y el Oficio Segundo, con su Notario Mayor cada uno, y estos, como en el Juzgado del Provisor, tenían repartidos los lugares del Arzobispado, parroquias de Sevilla y obispados sufragáneos, pues también era tribunal de apelación en segunda instancia, y todo para evitar conflictos de competencias e invasiones de los oficiales de un Oficio en los asuntos del otro, *así para igualar el valimiento como para que se eviten confusiones*.¹⁷³⁰

Díaz Coronado nos dice que los notarios del Juez de la Iglesia tenían sus oficiales mayores y menores, y para las defensas de las partes litigantes había cuatro procuradores que también tenían sus oficiales y cuatro notarios receptores para las *provanzas* de dentro y fuera de Sevilla. Hasta mediados del siglo XVI encontramos una nómina de oficiales bastante exigua en el Consistorio sevillano. Un Escribano Mayor del Consejo y Corte Arzobispal de la Santa Iglesia de Sevilla y dos notarios con sus oficiales mayores y menores, pues las funciones de procurador de la Audiencia la realizaban solicitadores de pleitos ajenos al Consistorio. Tras un largo período de crecimiento y multiplicación de los oficios, hacia el primer tercio del siglo XVII observamos el cénit de la maquinaria de gobierno arzobispal, tanto en cuanto a la cantidad de oficiales como a la complejidad de los asuntos que trataban. De tal forma que la descripción que nos hace Díaz Coronado a principio del siglo XVIII coincide, a grandes rasgos, en cuanto a los órganos, con lo que encontramos en la sede vacante de don Pedro de Castro -1623-1624-. No así en cuanto al número de oficiales, pues en algunos casos encontramos mayor número en el primer tercio del siglo XVII que a principios del XVIII. Diversos factores explican este hecho. La venta de cargos y la multiplicación de las competencias con el aumento del poder de control de las maquinarias de gobierno, tanto seglar como eclesiástico, obligaron en sucesivas ocasiones a reducciones forzadas del número de oficiales.

En diciembre de 1623 tenemos un Secretario de la Audiencia del Juez de la Iglesia, que solía ser uno de los notarios mayores, del Oficio Primero o del Oficio Segundo, un Fiscal del Juez de la Iglesia, el licenciado don Jerónimo de Pareja, dos notarios de relaciones, Mateo Téllez y Diego Calderón, y ocho notarios receptores, que más tarde pasarían a ser nueve; cuatro clérigos, Cipriano de Mesa, Juan de Armelones, Juan Jiménez y Diego López Chanca, y cuatro legos, Alonso Sánchez, Salvador Ortiz, Pedro Hurtado y Dionisio Riquelme. Más tarde vemos que tras la muerte de Luis Zapata

¹⁷²⁹ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*, cuadernillo sin foliar. Capítulo 3, *Del Juzgado de la Iglesia*.

¹⁷³⁰ *Ibidem*.

de Ojeda, receptor del Tribunal, el Cabildo cometi6 a don F6lix de Guzm6n para que buscara otro que ocupara su lugar.¹⁷³¹ Como procuradores nombraron a seis, que m6s tarde aumentaron a siete, Pedro de la Romana, Agust6n de Guillada, Justino de Sigüenza, Juan de Carvajal, Juan de Torres y Santiago Esquivel Ch6ves, y finalmente aumentaron el n6mero de oficiales del Juzgado incorporando como receptor a Diego Hip6lito y como procurador a Miguel de la Plaza.

Seg6n el Secretario Aragon6s el poder que otorgaba el Prelado para el Juez de la Iglesia era igual al del Provisor excepto en el t6tulo, el del Provisor dec6a:

vos proveemos por nuestro Provisor y Vicario General oficial hordinario en lo espiritual y temporal de nuestra santa iglesia y arzobispado, y el del Juez de la Iglesia dec6a, vos proveemos por nuestro Oficial y Vicario General jues hordinario en lo espiritual y temporal de nuestra santa iglesia y arzobispado.¹⁷³²

Ambos eran vicarios generales en lo espiritual y en lo temporal e iguales en facultades, porque, seg6n la costumbre del Arzobispado, en ausencia, enfermedad o impedimento de alguno de ellos, el otro hac6a el oficio del que faltara. Tambi6n asist6a, igual que el Provisor, al Santo Oficio de la ciudad, como Inquisidor Apost6lico, y se sustitu6an en el cargo.

Y esto era as6 porque para erigir y proveer prebendas y capellan6as y para excomulgar y absolver, seg6n derecho, hac6a falta poder especial, y para que no se dudara del poder de ninguno en ausencia del otro, y para que ambos pudiesen ejercer en estos casos los dos oficios, era necesario que fuesen iguales en facultades. Tambi6n nos informa Aragon6s que al Juez de la Iglesia *se le a solido agregar o la visita de monjas de Sevilla o la de fabricas* a discreci6n de los Prelados, que de esta forma aumentaba o disminu6a competencias, poder, e ingresos para los oficiales de la Audiencia: *pero lo mas com6n ha sido estar cada cosa separada, esto es seg6n a parecido a los se6ores Prelados*.

As6 pues, los dos jueces se sustitu6an cuando era necesario, pues ambos eran vicarios generales de Sevilla y su arzobispado. Este fen6meno de las sustituciones lo podemos observar en algunos casos, como cuando el licenciado Pedro del Corral, como Juez Ordinario por el Prelado don Garc6a de Loaysa, se present6 en el Cabildo y dijo que por cuanto el Provisor estaba enfermo ped6a diputaci6n para conocer una causa contra unos prebendados.¹⁷³³ O como cuando a6os m6s tarde, y por el mismo motivo, el Juez Oficial y Vicario General por el Arzobispo Vald6s, Juan de Escobar, se present6 en el Cabildo tambi6n para pedir diputaci6n contra el can6nigo Pedro Su6rez de Robledo.¹⁷³⁴

En cuanto a sus competencias, tenemos de nuevo la relaci6n que nos ofrece D6az Coronado:

¹⁷³¹ A.C.S. Secci6n Secretar6a. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Qui6ones. Diciembre de 1623. fol. 5 y siguientes.

¹⁷³² A.G.A.S. Secci6n II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragon6s.

¹⁷³³ A.C.S. Secci6n I. Secretar6a. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 17. Enero de 1540.

¹⁷³⁴ A.C.S. Secretar6a. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20, 10-3-1547.

las dependencias que están señaladas a este Juzgado no son muchas pero son muy graves i las más agudas, son todos los casos de inmunidad, despachos matrimoniales, divorcios y nulidades, causas decimales, relajación de juramentos, pleitos executivos contra eclesiásticos por delitos personales, dar cartas generales de excomunión i para descubrir los bienes ocultos o hurtados y para dar cumplimiento a qualesquier letras apostólicas concernientes a los casos que están señalados a este Juzgado y para todo lo demás anejo y dependiente i que por derecho esta declarado mistifori y como estas dependencias son arduas i se ofresen muchos daños tienen que trabajar bien los ministros i lo pasan con decencia.¹⁷³⁵

Estas competencias no difieren sustancialmente de la relación que nos hace el Secretario de Cámara Gaspar Aragonés a principios del siglo XVII.¹⁷³⁶ Esta incluye las causas que se generaban por el cobro de los diezmos y rentas eclesiásticas, las llamadas causas decimales, los pleitos por quebrantamiento de las libertades e inmunidades eclesiásticas, en concreto por los innumerables problemas que se derivaban de los *retraídos* que pedían asilo en las iglesias. También podía el Juez eclesiástico proceder contra un Juez seglar y sus ministros que usurparan, impidiesen o perturbasen la jurisdicción eclesiástica.¹⁷³⁷ Y en todos los asuntos relacionados con el matrimonio, los incumplimientos de palabra de matrimonio, el castigo de los bigamos, casados dos veces, los casados en grados prohibidos, sin dispensa o clandestinamente, sin licencia del Ordinario, no estando presente el cura o sin preceder las amonestaciones y no habiendo sido dispensado de ellas por el Ordinario. Por último en los casos de divorcios o contra los que estando casados no conviviesen juntos ni hicieran *vida* maridable.¹⁷³⁸

También tenía el Juez de la Iglesia hospitales, colegios, cofradías, monasterios y universidades bajo su jurisdicción, y en este caso los visitaba, cobraba los alcances a los mayordomos y conocía todas sus causas civiles sobre deudas siempre que no fuesen negocios de las fábricas, o de misas de la colecturía, pues estas correspondían al Provisor. El Juez de la Iglesia daba censuras particulares sobre causas civiles o decimales y conocía en las causas civiles que los vicarios del arzobispado enviaban. Hacía cumplir las cartas requisitorias, eclesiásticas o seculares, en las causas civiles que estaban bajo su jurisdicción y los libramientos dados por el Provisor, tanto de testigos como cuando hubiese pleito, a personas que no fuesen oficiales de la Iglesia.

Mandaba sacar las fe de difuntos que se pedían para las informaciones de viudedad, y las de bautismo de las iglesias cuando eran requeridas, excepto si se pedían para ordenarse, pues en este caso la competencia era del Provisor sobre el que recaía todo el proceso de las órdenes. También tenía potestad para *transpuntar* las letras apostólicas y otros instrumentos conforme a las causas en las que conociera. Y relajaba los juramentos por autoridad ordinaria en las causas civiles solamente, y también en virtud de letras apostólicas. También conocía en grado de apelación o por comisión del Nuncio o de la Santa Sede de cualquier causa civil dirigida al Juez Oficial y Vicario General y de las demás causas que conocía en primera instancia.

¹⁷³⁵ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*, cuadernillo sin foliar. Capítulo 3, *Del Juzgado de la Iglesia*.

¹⁷³⁶ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragonés. "Causas de que a conossido y conose el Juez de la iglesia".

¹⁷³⁷ Castillo. Político. I y 2 cap. 17 num. 35, 87, 89. Cit. J. Castillo de Bobadilla. *Politica de Corregidores, y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra*, Madrid, 1597.

¹⁷³⁸ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Trad. Ignacio López de Ayala de la edición romana de 1564. Barcelona, 1847. sess. 24 cap. I de reform. Matrim.

Ejecutaba cualquier letras *paulina* o del Nuncio de su Santidad en España, conociendo además de las incidencias criminales de cualquiera de estas causas. Tenía, además, la visita de los emparedamientos de la ciudad y velaba porque en ellos hubiese el recogimiento y la decencia que se esperaba. Se encargaba de hacer pagar la limosna de las misas votivas que se pedían por cualquier persona, siempre que no fuesen concernientes a la Colecturía General, y tenía competencias en causas civiles y criminales de los clérigos de menores, pues los de orden sacro eran dependencia del Provisor. Otro de los capítulos en los que el Juez de la Iglesia conocía era los casos de los sacrílegos, y las penas que se derivaban de las condenas se ingresaban, como delitos de Cámara, en la Mesa del Arzobispo. En todas estas causas conocía tanto en primera instancia como en grado de apelación de los obispados sufragáneos. También conocía en grado de apelación en las causas civiles de los vicarios, pues éstos tenían en el ámbito de su vicaría jurisdicción sobre una serie de asuntos.

Una de las más importantes atribuciones del Juez de la Iglesia eran los pleitos ejecutivos por deudas en los que estuviesen implicados eclesiásticos. Cuando el Juez de la Iglesia dictaba sentencia en un pleito ejecutivo enviaba un mandamiento al vicario foráneo de la localidad, si era fuera de Sevilla, para que ejecutara la sentencia, y este la llevaba a cabo mediante su alguacil eclesiástico. Si era en Sevilla ejecutaba el mandamiento el Alguacil Mayor con sus ministros, los alguaciles menores o alguaciles de los diez. Los vicarios foráneos tenían comisión para conocer pleitos ejecutivos de cantidades hasta 3.000 maravedíes, pues por ser cantidades pequeñas se pretendía evitar hacer más gastos en litigar en Sevilla. Además este tipo de pleitos consistían generalmente en la reclamación por parte de *seglares pobres* de cantidades impagadas por los servicios prestados a algún clérigo.¹⁷³⁹ Generalmente se trataba de sirvientes y operarios que tras trabajar para algún eclesiástico no cobraban sus salarios.

Otras veces se trataba de reclamación de cantidades de mayor importancia. En 1580 el Juez de la Iglesia entendió en un pleito entre el canónigo Diego Godo de Mejía y su hermano el racionero Pedro de Mejía sobre las *decursas* de 60.000 maravedíes de pensión sobre su ración.¹⁷⁴⁰ El primero había cedido la ración a su hermano gravándola con una pensión y de aquí se había derivado un pleito ejecutivo por deudas ante el Juez de la Iglesia en el que Diego Mejía le reclamaba la cantidad a su hermano por impago. Finalmente, como quiera que se consideraba inadecuado pleitear a los clérigos y menos aún por asuntos tan materiales, ambos pusieron el asunto en manos del Deán y Cabildo, y estos nombraron como diputados a don Juan Bautista de Montoya, Arcediano de Niebla, y al canónigo Diego Osorio de Castilla, para que hicieran como árbitros amigables y componedores y conciliaran como mejor les pareciera.¹⁷⁴¹

El 25 de agosto de 1615, el vicario de Arahál, licenciado Gonzalo Fernández de Cazorla, ejecutó dos mandamientos del Juez de la Iglesia de Sevilla con su escritura cada uno.¹⁷⁴² Los pleitos suponían la reclamación de cantidad por un total de 129 reales,

¹⁷³⁹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Legajo 633. Memorial del doctor Bartolomé Días Giménez. Utrera 14-4-1611.

¹⁷⁴⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹⁷⁴¹ En la canonística ésta era la descripción del Juez Cristiano, un árbitro buen componedor que buscaba la reconciliación fraterna lejos de los estrépitos del foro.

¹⁷⁴² A.G.A.S. Sección II. Asuntos Despachados. Legajo 1. "Vicario de El Arahál".

uno de parte de Lorenzo Dias Morón contra Alonso de Santana, clérigo presbítero, y otro contra Martín Jiménez Moreno, clérigo de menores. Esta era una de las tareas mas frecuentes que realizaban los vicarios. Este vicario ya se había visto envuelto en un pleito por favorecer al Duque de Osuna, señor jurisdiccional en su vicaría, en el nombramiento del Alguacil eclesiástico de la villa, cosa que correspondía al Prelado. Ahora entraba en conflicto con el Alguacil eclesiástico nombrado por el Provisor por considerar éste que le pertenecían las ejecuciones de los mandamientos del Juez de la Iglesia en el cobro de deudas de clérigos. Es posible que el vicario hubiese llegado a acuerdos favorables para él con el Alguacil eclesiástico nombrado por el Duque y ahora el nuevo Alguacil nombrado por el Provisor reclamase parte de los derechos de las diligencias que se practicaban.

Ante esto el notario de la vicaría dio fe, a petición del Alguacil, que el vicario se llevaba los derechos en todas las ejecuciones de mandamientos, a razón de cuatro reales cada una y catorce maravedíes y un real por aceptar la comisión. El Alguacil eclesiástico nombrado por el Provisor preguntaba al Juez de la Iglesia si los mandamientos los debía ejecutar él o el vicario. El vicario aducía que él los había ejecutado por costumbre, porque el Juez le daba comisión para hacerlo. Se trataba de la competencia entre el Alguacil eclesiástico y el vicario por la ejecución de las sentencias en pleitos ejecutivos por deudas. El fondo era evidentemente un asunto pecuniario, pues la vertiente económica del ejercicio del ministerio era una de las preocupaciones básicas de los oficiales de la Iglesia. Pero el hecho de que el Juez de la Iglesia tuviese que servirse de ministros no nombrados por él, sino por el Provisor, para hacer ejecutivas sus sentencias complicaba aún más las cosas.

El Juez de la Iglesia daba cartas y censuras generales tanto de hurtos como de bienes de difuntos, llamando testigos en una causa para descubrir escrituras o cosas ocultas, y para cuestiones de diezmos y primicias. Cuando las pesquisas sobre la averiguación de una cosa robada, o de bienes de difuntos que alguien quisiese escamotear a los herederos o a la Iglesia se hacía imposible, el Juez dictaba un Edicto de censura general para una localidad que era leído en la iglesia, y que comprometía a todos los vecinos en la delación de lo que supiesen, bajo pena de excomunión.

Así, en junio de 1597 Ana de Moya, vecina de Dos Hermanas, requirió al Juez y Vicario General de Sevilla, licenciado don Luis Melgares, para que diese sus Cartas Generales de Restitución de Bienes Ocultos contra todas las personas de la villa de los Palacios que tomaron o quitaron a su madre Ana de Moya los bienes de su herencia, ropa, paños, lienzo de seda, sábanas, almohadas etc., y los restituyesen.¹⁷⁴³ Estas cartas se leyeron en la iglesia de los Palacios y en virtud de ellas declararon ciertas personas ante el cura de la villa lo que sabían acerca de este asunto. Ahora la heredera, Ana de Moya, pedía al Juez que diese su mandamiento al cura ante quien se hicieron las declaraciones para que las presentase ante él, y le entregase un testimonio autorizado de ellas para seguir el pleito. El tres de junio de 1597 el Juez mandó al cura que, bajo pena de excomunión mayor, con término de seis días, las enviase cerrada y sellada.

El 15 de junio el notario apostólico Juan Vázquez Hurtado notificó el mandamiento al licenciado Alonso Benito Ruiz, presbítero cura y vicebeneficiado de la iglesia de la villa, el cual dijo que la obedecía. Y efectivamente la carta fue enviada al Secretario de la Audiencia del Juez de la Iglesia, don Esteban de Rojas. No sabemos,

¹⁷⁴³ A.G.A.S. Sección Justicia Ordinaria. Legajo 1.355.

pues el pleito se halla incompleto, si se recuperaron los objetos de ajuar doméstico que reclamaba la heredera, pero en el curso de las pesquisas y como consecuencia de las declaraciones de los vecinos se supo que el martes 20 de mayo de 1597, Pedro Sánchez, escribano del Consejo de Villafranca de la Marisma, afirmó que en poder de su madre, Isabel Sánchez, habían estado depositados 80 o 90 ducados:

para si se pudiese alcanzar perdón de Ana de Moya, vecina de Dos Hermanas, por la muerte de don Lorenzo, su hermano, al qual mató Bartolomé Cabeças vecino de la villa, y que por no aver querido perdonar la dicha Ana de Moya, Joan de Bohórquez vecino de la villa y hermano del escribano, y yerno de Bartolomé Cabeças los había vuelto a gastar poco a poco.¹⁷⁴⁴

Se trataba de un dinero que Bartolomé Cabezas, que había matado en una riña a don Lorenzo, hermano de Ana de Moya, había dejado en su herencia para alcanzar el perdón y poner fin al pleito que se ocasionó. Como los herederos del fallecido no consintieron en otorgar el perdón a cambio de la cantidad de dinero -cosa que se hacía ante Notario-, este quedó depositado en un familiar del reo, que se lo gastó. Pero como consecuencia del homicidio Bartolomé tuvo que huir a las Indias, donde a su muerte volvió a dejar en su herencia una cantidad para los herederos de Lorenzo *por los gastos hechos en el pleito y para hacer bien a su alma*. Y esta segunda cantidad dejada por el moribundo en concepto de reparación por el daño causado, sí le correspondía a Ana de Moya.

Joan Jiménez Berrio, familiar del Santo Oficio y vecino de la villa de Villafranca, declaró que hacía 24 o 26 años que habiendo muerto en las Indias Bartolomé Cabezas oyó decir a Joan Bohórquez, yerno de Bartolomé, que:

yendo a cobrar ciertos pesos de la albacea de su suegro, que había dejado en su testamento cierta cantidad de dineros a los herederos de Lorenzo a quién el dicho Cabeças había matado, por los gastos que habían hecho en el pleito, y para hacer bien a su alma, mas que no supo la cantidad por que no pareció el testamento por que el albacea decía que se había quedado en las Indias hasta acabar de vender cierta hacienda¹⁷⁴⁵,

y que esto era lo que sabía acerca de las cartas que se habían leído a petición de los herederos de Ana Moya. Así que indirectamente las cartas generales de bienes ocultos habían descubierto otra cosa de lo que pretendían, pues al movilizar la delación en toda la comunidad, bajo la amenaza de excomunión o de ser descubierto por la declaración de otro, producían una auténtica catarsis en la que podían emerger las cosas más insospechadas.

3.4.2.- Las inmunidades de la Iglesia y los retraídos

Todas las causas relacionadas con la inmunidad de las iglesias, y en general de todos los lugares sagrados y privilegiados, iglesias, ermitas y oratorios, eran dependencia del Juez de la Iglesia. En relación con este tema estaba la espinosa cuestión de los retraídos, es decir los que se encerraban en lugar sagrado para escapar de la

¹⁷⁴⁴ *Ibidem.*

¹⁷⁴⁵ *Ibidem.*

justicia seglar. El Juez visitaba las iglesias y vigilaba que no hubiese retraídos, y si los había que tuviesen licencia suya. Esta era una de las competencias más importantes del Juez de la Iglesia, pues suponía la defensa del fuero y de las inmunidades de la Iglesia frente a la intromisión de otras jurisdicciones, reales, municipales o señoriales.

Los conflictos de jurisdicciones por este motivo fueron frecuentes, y las quejas de las autoridades seglares porque los delincuentes, so pretexto de inmunidad, se acogían en las iglesias y escapaban a la justicia, quedando los delitos impunes. Las leyes seglares recogen este hecho y en las Ordenanzas de la ciudad podemos rastrear algunas disposiciones para evitar este abuso. Ya en los Fueros otorgados a las ciudades tras la reconquista se consagra la separación de jurisdicciones y la inmunidad de la Iglesia. En el de Córdoba de 1279 se estableció que en las aldeas pertenecientes al Obispo la *posta* y *facedera* la cobrasen sus oficiales, que después las entregarían a los Alcaldes de Córdoba, pues *no queremos que los Alcaldes de Cordoba tengan algún poder o premia sobre los hombres del Obispo o de la Iglesia de Santa María*.¹⁷⁴⁶

En el Ordenamiento que hizo el rey don Pedro en Valladolid en 1389 se establecía que los clérigos no fuesen demandados ante los jueces seglares, salvo en aquellas cosas que deben de derecho.¹⁷⁴⁷ También se confirmó lo ordenado en las Cortes de Alcalá por don Alfonso: *que non entren merinos nin otros ningunos a fazer las entregas en logares de Perlados, ordenes, eglesias e monasterios sinon los sus alcaldes e entregadores quen ellos pusieren*.¹⁷⁴⁸ Asimismo, los ordenamientos reales aseguraban las exenciones e inmunidades de la Iglesia en materia económica: *dice que las cartas reales que ganan mercadores e otros omes paras non pagar portazgo non valan en lugares de perlados ordenes eglesias e monasterios que an tal derecho otorgado en sus tierras*.¹⁷⁴⁹

Ahora bien, la otra cara del privilegio era el abuso, y pronto aparecieron las quejas de las autoridades seglares porque los jueces eclesiásticos excedían a menudo los límites de su jurisdicción y permitían que algunos que decían ser clérigos de corona se librasen de ir a la cárcel de la justicia real o los jueces eclesiásticos los sacaban de la prisión y los acogían en las iglesias, y bajo su protección salían de noche o de día *a fazer algunos insultos*. En el Ordenamiento de Sevilla, en una provisión dada por los Reyes Católicos el 10 de julio de 1493 en Barcelona, se establecía que los jueces eclesiásticos no se aprovecharan para la ejecución de su justicia de *armas temporales*, haciendo escándalo, porque para cualquier cosa que la necesitasen podían requerir el auxilio del brazo seglar como estaba mandado por provisión real. Así pues, mandaba que nadie se juntase con los jueces eclesiásticos con armas por vía de alboroto ni escándalo para quitarle los presos a la justicia seglar so pena de pérdida del oficio y la mitad de sus bienes para la Cámara y *destierro perpetuo destos reinos*.¹⁷⁵⁰

En esta provisión se refiere que, además de intentar escapar a la justicia, los clérigos de corona procuraban oficios reales, y esto iba contra las leyes del Reino.¹⁷⁵¹ Contra esto se estableció que fuesen tenidos por falsarios y que los alcaldes, alguaciles,

¹⁷⁴⁶ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. F Tomo 22, Ordenamientos de Sevilla. p. 185, doc. 6. Fuero de Córdoba, año 1279.

¹⁷⁴⁷ A.M.S. Sección I. Archivo de Privilegios, Carpeta 4, fol. 85, 3º.

¹⁷⁴⁸ *Ibidem*, fol. 85, 9º.

¹⁷⁴⁹ *Ibidem*, fol. 85, 11º.

¹⁷⁵⁰ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. F Tomo 22. Ordenamientos de Sevilla. Provisión dada por los Reyes Católicos el 10 de julio de 1493 en Barcelona. Coronados, fol. CXXX.

¹⁷⁵¹ *Ibidem*. Oficios reales no ayan los que son de corona, fol. CCXXX.

veinteneros y fieles hicieran guardar este precepto.¹⁷⁵² Para evitar todo esto se mandaba que tanto el escribano de la *Quadra* -Audencia de Grados- como los escribanos del Cabildo hicieran una tabla en la que estuviesen escritos todos los que clérigos de corona y qué diligencias se habían hecho contra ellos y los delitos que habían cometido.¹⁷⁵³ Ahora bien, junto al celo por corregir a los clérigos y procurar que no escapasen de la justicia seglar por los delitos que pudieran haber cometido, se procuraba mantener el respeto a su dignidad y estamento y para esto se mandaba que cuando lo pusiese a la vergüenza pública que fuese dentro del Corral de los Olmos de la Catedral y no por las *calles acostumbradas* como se solía hacer con los condenados seglares.

Otrosi que el oficial del Arzobispo cuando oviere de fazer justicia de algun clérigo por delicto que aya fecho que sea sin pregonero et sin trompeta y que lo traygan por encima de las gradas que estan al derredor de la iglesia mayor o dentro del corral de los olmos et alli et no en otra parte alguna le pongan a la vergüenza y le den la pena que sea condeciente al delito que oviere cometido y que por otra parte alguna no se fagan traer.¹⁷⁵⁴

En Sevilla, la Torre de la Santa Iglesia fue un lugar frecuentemente utilizado como refugio por los retraídos en las luchas nobiliarias del siglo XV. En 1440, en ausencia del Prelado don Gutierre Alvarez de Toledo, el Provisor tuvo que intervenir en las luchas entre bandos nobiliarios en los que se encontraban involucrados miembros del Cabildo eclesiástico. El Tesorero, don Pedro González de Medina, del linaje de los Medina, *que estando muy copioso de adelantados jóvenes sobresalía en briosos efectos*¹⁷⁵⁵, se dedicaba a hacer de la Torre de la Catedral sede de su bando, haciendo acopio de armas. El Prelado hizo varios mandatos, y el Cabildo autos para corregirlo hasta proceder contra su persona y embargarle el fruto de sus prebendas, y *de esto resultaba varias inclinaciones*. Dice el analista que eran infelices tiempos pues *por el propio arbitrio de los que sobresalían en poder, tan sin freno se desbocaban y eran motores de inquietud los que debían ser medianeros del sosiego público*. Intervinieron el Deán y Cabildo, el canónigo y Arcediano de Sevilla, el Maestrescuela, el Chantre y Arcediano de Trastámara en la Iglesia de Santiago, y como Juez Apostólico delegado de su santidad el Pontífice Eugenio IV, don Fray Martín de las Casas, Obispo de Málaga. En el pleito se hace constar que era un oprobio *que las torres estaban muñidas de gente que velaban con vocinas, como si fuesen castillos fronteros, de lo cual es notorio que se han escandalizado y escandalizan los vecinos y moradores de la ciudad*.

En el Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla encontramos muchas quejas de las jurisdicción real por las intromisiones de la justicia eclesiástica. El 20 de enero de 1493 el Consejo Real envió una carta al Provisor del Arzobispo de Sevilla, Pedro de la Puente, advirtiéndole de su intromisión en la jurisdicción real cuando defendía a malhechores que huían de la justicia acogiéndose a la inmunidad eclesiástica.¹⁷⁵⁶ Sin embargo, la Iglesia siguió utilizando sus privilegios a discreción. En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza -1503-, el Juez Oficial y Vicario

¹⁷⁵² *Ibidem*. Coronados, fol. CXXX.

¹⁷⁵³ *Ibidem*. Escribanos del Cabildo lleve una tabla donde esten todos los que se han llamado clérigos de corona, fol. XCII.

¹⁷⁵⁴ *Ibidem*. Carta de la señora reyna doña Isabel en Toledo 6 de setiembre de 1502.

¹⁷⁵⁵ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Tomo II, Imprenta Real, Madrid, 1796. Tomo II (edición facsímil de 1988), Tomo II, p. 418.

¹⁷⁵⁶ FERNÁNDEZ GÓMEZ, M., OSTOS SALCEDO, P. y PARDO RODRIGUEZ M. L.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Madrid, 2001, Tomo IV, doc. nº 99.

General de Sevilla y su Arzobispado, canónigo Pedro de Fuentes, actuó en el caso de un retraído que se había refugiado en el Hospital de San Andrés, en la Cestería.¹⁷⁵⁷ El Cabildo mandó al Juez que respetase en todo los derechos del retraído, tanto comunes como reales, de manera que la preeminencia eclesiástica *se guardase enteramente*.

El 20 de septiembre de 1504 desde Medina del Campo los Reyes Católicos mandaron por cédula a Pedro de Fuentes, Juez Oficial de la Santa Iglesia de Sevilla, que remitiera al Consejo unos autos que pendían ante él para ver si le correspondía la competencia para juzgarlo, pues había dado cartas contra los jueces de la Audiencia de Grados mandando que se inhibiesen en el conocimiento de una causa entre el licenciado Martín de Fuentes y Catalina González, vecina de Marchena, sobre los bienes de doña Catalina Puente, mujer de Martín de Fuentes, y la hija de Catalina.¹⁷⁵⁸ El argumento que utilizaba el Juez era que el licenciado Martín de Fuentes era clérigo de *prima corona*, sin embargo los jueces seculares decían que la causa era *mere profana*. La cosa se complicaba porque el Juez también era parte en el pleito. El licenciado Martín de Fuentes con un poder de su mujer le dio una capellanía en la Iglesia de San Juan e hizo patrón a su tío, el canónigo y Juez Oficial Pedro de Fuentes. El Consejo mandó al Juez de la Iglesia que no se entrometiese en una causa *mere profana* sobre la que había dado sentencia definitiva el Teniente de Asistente.

También fueron frecuentes los conflictos por las pretensiones de los eclesiásticos de mantener sus inmunidades en materia de impuestos. La Iglesia de Sevilla tenía el privilegio de exención de impuestos no sólo de los eclesiásticos sino de un conjunto de personas, familiares u oficiales de distintas instituciones, que se recogían en una nómina o padrón que se elaboraba con el Cabildo secolar. Éste privilegio refrendó, por cédula de los Reyes Católicos refrendada por su Secretario Fernando Álvarez de Toledo firmada en Sevilla el 2 de junio de 1478, la Concordia que había hecho la Ciudad con el Arzobispo y Cabildo eclesiástico.¹⁷⁵⁹

El miércoles 13 de octubre de 1512 a las 9 de la mañana, se juzgó en el Corral de los Olmos un caso entre el Consistorio Arzobispal representado por el licenciado Diego Flores, canónigo y Juez Oficial de la Santa Iglesia, y Rodrigo de Escobedo en nombre de El Cabildo y Regimiento, en el que se vio una carta del Rey don Fernando en nombre de su hija menor doña Juana, para que el Juez de la Iglesia no procediera contra los jurados del Cabildo secolar en el caso del físico del Monasterio de San Clemente Rodrigo de Jerez, que pretendía no pagar impuestos mientras el Cabildo secolar lo había quitado de los padrones de familiares de la Iglesia para que pagara.¹⁷⁶⁰ El físico del Monasterio pretendía no pechar por el privilegio que tenían los familiares de la Iglesia en distintas instituciones, entre ellas los monasterios. Los jurados del Cabildo secolar lo excluyeron del padrón de familiares que estaban exentos de pechar y el Juez de la Iglesia procedió contra ellos por censuras eclesiásticas.

El Juez de la Iglesia también se solía entrometer en los negocios y conflictos entre términos cuando alguno de los implicados era de jurisdicción eclesiástica. El Juez había dado una carta de excomunión contra la villa y vecinos de Sanlúcar para que no

¹⁷⁵⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, 28-9-1503.

¹⁷⁵⁸ A.M.S. Sección I. Archivo de Privilegios, Carpeta 5, doc. n° 43.

¹⁷⁵⁹ *Ibidem*, Carpeta 5, doc. n° 22.

¹⁷⁶⁰ *Ibidem*, Carpeta 5, doc. n° 58 y 59.

entrasen en el término de Albaida con sus ganados y se había negado a cumplir la Real Cédula que le mandaba que dejase de conocer el caso y absolviere a los vecinos de las censuras eclesiásticas. Visto por los del Consejo Real se dictó una Real Cédula el 3 de junio de 1512 en Burgos para que el Juez de Iglesia de Sevilla, licenciado Flores, no se entrometiese en los autos que seguía la villa de Albaida, que era del Cabildo, con la de Sanlúcar la Mayor sobre una comunidad de pastos. Y que no actuase contra el Asistente de la ciudad de Sevilla ni contra los vecinos de Sanlúcar y remitiese los autos al juez seglar a quien pertenecía el conocimiento de la causa.

Posteriormente, el 26 de febrero de 1513 se repitió el mandamiento en Medina del Campo, pues el Juez de la Iglesia no cumplía la Real Cédula, antes seguía procediendo en la causa y poniendo censuras aunque había pasado a la Chancillería de Granada. El Rey a través de su Consejo Real de nuevo mandó que obedecieran la cédula y la *guardades e complades* en todo y por todo. El 6 de diciembre de 1516 la Chancillería de Granada dictó una provisión para que se cumpliese la Real Cédula y el Juez Oficial y Vicario General remitiese la causa al juez seglar, el Juez de Términos.

En 1520 el Emperador don Carlos tuvo que intervenir a través de su Consejo Real para que los jueces eclesiásticos no permitiesen que los retraídos llevasen armas a las iglesias y salieran de ellas a cometer delitos. En una Real Cédula dada el 7 de mayo en La Coruña mandó al Provisor, vicarios generales y otros jueces eclesiásticos del Arzobispado de Sevilla

que en las iglesias, monasterios y hospitales no se acogiesen delincuentes y malfechores que andan dentro dellas cargados de armas e fazen muchos delitos e deshonestidades e de mal exemplo que en las iglesias... de que dios nuestro señor será muy deservido e nos lo suplicaron por merced que lo mandásemos remediar... yo el Rey.¹⁷⁶¹

En la visita de la parroquia de San Juan de Sevilla en tiempos del Inquisidor General don Alonso Manrique, comenzada el 24 de mayo de 1533, y en la del año siguiente, se mandó que los curas tuviesen diligencia en saber todos los pecados públicos de los seglares, y que cuando hubiese retraídos refugiados en las iglesias lo hicieran saber al Provisor para que los mandase echar.¹⁷⁶² Esto nos indica que los curas se ocupaban de los retraídos de sus parroquias y que en este pontificado la competencia para entender de las inmunidades y los retraídos en las iglesias había pasado al Provisor, pues el reparto de competencias entre los jueces era a la discreción de los prelados.

En 1544 tenemos noticia de otro pleito a propósito del privilegio de refugiarse en sagrado que tenía la Iglesia de Sevilla en el espacio ocupado por sus carnicerías, donde no podía entrar la justicia seglar.¹⁷⁶³ El 22 de julio de este año, ante el Presidente y Oidores de la Chancillería de Granada, la ciudad de Sevilla se presentó contra el Deán y Cabildo de la Santa Iglesia porque en la carnicería que tenía en el Corral de San Miguel, que se consideraba lugar sagrado, metían carne de la Dehesa de Tablada. El executor de la ciudad Miguel Vázquez dio un pregón para que no lo hiciesen, pero el Deán y Cabildo pedían que les dejasen tener carnicería, matar y vender y para eso que les

¹⁷⁶¹ *Ibidem*, Carpeta 5, doc. n° 70.

¹⁷⁶² A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Libros de Visita. Libro 1527.

¹⁷⁶³ A.M.S. Sección I. Archivo de Privilegios. Carpeta 37, siglo XVI, doc. n° 32.

permitiesen traer el ganado en el Campo de Tablada donde estaban *paciendo yerbas e bebiendo las aguas sin ympedimento alguno*. La ciudad había hechado fuera del Campo de Tablada los ganados del Cabildo y éstos pedían que les dejasen a su carnicero traer libremente el ganado.

El Consejo Real mandó que en 40 días presentasen los títulos que decían tener para tener ganado en el Campo de Tablada y al carnicero, y el 6 de mayo de 1502 dijeron que dejasen pacer el ganado de los carniceros del Dean y Cabildo en el Campo de Tablada. Sin embargo la ciudad alegó que el privilegio era contra el bien público y además las cartas y relaciones eran falsas pues la sentencia que les daba libertad para tener carnicería no decía que fuese en lugar sagrado. Tampoco esta sentencia decía que la ciudad estuviese obligada a dar pasto y yerba en la Dehesa de Tablada, pues el Cabildo tenía dehesas en cortijos cerca de la ciudad donde podría llevar su ganado.

Además, el Cabildo seglar presentaba un memorial de los inconvenientes de tener carnicería el estado eclesiástico de la ciudad de Sevilla con entrada y salida en lugar sagrado. Pues los carniceros no solo daban carne al Deán y Cabildo, a sus clérigos y beneficiados, sino a muchas personas legas, y como estaba en lugar sagrado las justicias seglares no podían castigar a los carniceros. Y los dispenseros de los clérigos además de la carne que llevaban para sus señores se la llevaban a otras muchas gentes y la revendían a personas legas, especialmente a bodegueros, taberneros y extranjeros. Según el Cabildo seglar los carniceros eran delincuentes que cometían graves delitos y se ponían a salvo en la Iglesia, pues daban pesos falsos y por estar en lugar sagrado no los puede visitar ni castigar la justicia seglar. Además decían que en la compra de la carne se producían cuestiones de blasfemias y otros delitos. Por todo esto pedían que la puerta que sale al estudio de San Miguel, que era lugar sagrado, fuese abierto a la calle Real que estaba frente a la aduana y los almacenes de aceite, por la cual pudiese entrar la justicia real a visitar y castigar los delitos, como siempre se había hecho hasta que se cerró la puerta hacía poco tiempo.

Además acusaban a los carniceros de, en contra de las Ordenanzas de la ciudad que establecía el peso de la carne a la baja, ellos la pesaban a los mayores precios y con esto hacían que los que pesaban el ganado también lo hicieran al mayor precio dando lugar a la carestía, y aunque habían tenido una tabla de vender carne habían puesto dos. Por todo esto pedían al Rey que la justicia real pudiese tener repeso y veedores en la carnicería de la Iglesia y que la dehesa fuese para los ganados que se pesasen en las carnicerías públicas de la ciudad para proveer de carne para sus vecinos, moradores y extranjeros que iban a Indias, que cada año consumían más de 10.000 vacas, 20.000 caerneros y 30.000 puercos. Pues si la ciudad alguna vez graciosamente permitió al Deán y Cabildo traer sus ganados a la Dehesa para sus personas y criados, éstos habían abusado y metido mucho más ganado, a pesar de los pregones que se hicieron para que no se vendiese en lugar sagrado. Finalmente, el 24 de Granada de 1544 la Chancillería de Granada sentenció que las justicias seglares pudiesen entrar por la puerta libremente y prender a los carniceros que hicieren pesos falsos y a las personas que cometiesen delitos contra las Ordenanzas.

Tenemos un pleito de inmunidades en el pontificado de don Fernando Valdés, en junio de 1552, que fue visto y sentenciado, ante el Escribano Mayor, don Antón de la Coba, por el Juez Oficial y Vicario General doctor Juan de Escobar. Llegada la noticia al Juez de la violación de las inmunidades de la Iglesia en Carmona, mandó al vicario de

la localidad que hiciese información del caso ante un escribano público contra todas las personas de cualquier estado que hubiesen cometido delito en iglesias o lugares sagrados, poniendo manos violentas en clérigos de orden sacro o de corona, que hubiesen sacado retraídos de las iglesias o lugares sagrados o *encastillado o mandado cercar o encastillar las iglesias*. Asimismo mandaba declarar a todas las personas que estuviesen implicadas, notificándoles y mandándoles que en el plazo de tres días acudiesen personalmente ante el Juez y el Promotor Fiscal de la Audiencia, y si no parecieren en este término los declararía públicos excomulgados, procediendo contra ellos hasta anatema y evitándolos de las cosas divinas.

Las informaciones se hicieron por el vicario ante el notario apostólico y de la Audiencia del señor vicario de Carmona, don Alonso de Ojeda, que se trasladó a la cárcel del Corregimiento de la villa donde estaba preso Álvaro Valle que confesó que el Teniente y su Alguacil lo sacaron de la iglesia del señor San Roque y lo llevaron a la cárcel, cometiendo delito, pues *yo tengo de gozar de la inmunidad de la iglesia y ser restituído a ella pido a v md mande a las dichas justicias me restituyan a la dicha iglesia sin tocar en mi persona e hazienda*.¹⁷⁶⁴

Prestó declaración como testigo Juan Martín, natural de Carmona, que no firmó su declaración porque dijo que no sabía, y afirmó que, estando el viernes poco después de anochecer en la ermita de San Roque, extramuros de la villa, entró a retraerse un hombre mancebo que decían que era Álvaro Valle, y después llegó el Alguacil de la villa y cerró con unas tablas la puerta de la iglesia.¹⁷⁶⁵ El retraído llevaba dos cruces en sus manos que tomó del altar, gritaba a los presentes y requería al Alguacil: *¿por qué me queréis sacar?* y el Alguacil, con una lanza en una mano y una espada en la otra, le respondía: *perro traydor saquen a ese ladrón y préndanlo*.

Después, el Alguacil armado y su criado, Barrera Tejedor, con espada, y otros criados que llegaron, *arrempujaron la puerta que estaba cerrada y la abrieron y entraron, y apremiaron al retraído y lo asieron y sacaron de la iglesia y lo llevaron preso a la cárcel pública de la villa donde este testigo le ha visto*.¹⁷⁶⁶

También declaró Teresa Rodríguez, mujer de Francisco Rodríguez, *moradores de la dicha iglesia de San Roque* -seguramente los ermitaños-, que tampoco firmó su declaración, y fue preguntada *¿qué personas estaban con el dicho alguacil dándole su favor y ayuda?*, y respondió *que no conoce a ninguno por que a pocos días que vive en esta villa, después a oydo decir a personas que el principal era el alguacil Juan de la Caba Recate, y otro Juan, y otros hombres lo sacaron y llevaron preso*.¹⁷⁶⁷ Tomás Blázquez, vecino de Carmona, que estaba presente y firmó su declaración, afirmó que sabía que la iglesia era bendita, y *tiene altar y 4 imágenes, y retablo, y se dice misa, y tiene campana y reliquias y es templo santo*, y en ella el criado del Alguacil, Barrera, llamó a Álvaro del Valle *ladrón a qué te metiste*.

¹⁷⁶⁴ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 399. *Informacion de todos los que pusieron manos violentas en clérigos retraídos en las iglesias...*

¹⁷⁶⁵ Este acto se denominaba *encastillamiento* de un lugar sagrado en el lenguaje de la justicia eclesiástica, y suponía el cierre del lugar por parte de la justicia real o señorial o por otra tropa armada para impedir que el retraído escapara, o bien para impedir la entrada a los eclesiásticos si se temía que iban a poner pena de excomunión o entredicho sobre la villa o sobre determinadas personas.

¹⁷⁶⁶ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 399.

¹⁷⁶⁷ *Ibidem*.

Después de la declaración de testigos, el Juez mandó al vicario que se dirigiese al Juez de Residencia de la villa de Carmona, haciéndole saber cómo el Alguacil Alonso Núñez, el Corregidor y su Teniente, habían sacado a Álvaro Valle de la iglesia de Nuestro Señor San Roque extramuros y lo habían llevado a la cárcel diciendo que había cometido un delito, y que debía gozar de inmunidad por estar en lugar sagrado y debía ser restituido a la iglesia, bajo pena de excomunión.¹⁷⁶⁸ Y así lo hizo el vicario, aunque al final de su escrito añadía una coletilla que suavizaba el mandato: *cosa que ymploro como oficial eclesiástico*.

El pleito se dilató, pero la justicia eclesiástica era tenaz y resuelta en la defensa de sus inmunidades, y sobre todo no quería que quedase impune ningún delito para que no se estableciese precedente y se menoscabase la jurisdicción eclesiástica. Así encontramos que dos años después todavía coleaba la causa, el martes 4 de septiembre de 1554, a las tres de la tarde, el Juez de la Iglesia mandaba agravar las censuras contra los reos del delito. En nombre del vicario actuaba su *lugarteniente*, el bachiller Tomás Blázquez, y por la jurisdicción real el Corregidor y el Alguacil apelaron el auto.¹⁷⁶⁹

El problema de los retraídos era un auténtico quebradero de cabeza para los oficiales de la justicia seglar, pues suponía una vía de escape para quedar impunes de los delitos. Los canónigos de la Catedral, donde solían refugiarse retraídos, discutieron este tema en diversas ocasiones, y en el año 1553, en respuesta a una petición de Francisco de Alcázar, decidieron que los que estuviesen retraídos por deudas podían quedarse hasta Pascua de Navidad y los demás no.¹⁷⁷⁰

En 1558 decidieron que los beneficiados que hubiesen metido retraídos en la Catedral los echaran fuera y si no lo hicieran que se les pusiera *nihil*, y que el Mayordomo de Fábrica presentase la memoria de los retraídos que había en la Santa Iglesia para que desde este día en adelante ninguna persona de la iglesia los metiera. Todos los retraídos que estuviesen dentro deberían ser expulsados y todas las personas que tuviesen llave de alguna Capilla quedaban avisadas para que no metiesen retraídos. También se mandaba que el Mayordomo echase a las mujeres que ponían *amas* en el Corral de los Naranjos para que no quedase ninguna.¹⁷⁷¹ El mandamiento iba dirigido a todos los beneficiados de la Catedral pero se citaban especialmente las capillas donde se solían refugiar los retraídos, Capilla del Sagrario, Capilla del Obispo de Scala, Capilla del Cardenal Cervantes y de los Condes y Sacristía de la Santa Iglesia.

El viernes 26 de junio de 1562 los canónigos trataron el problema creado por don Carlos de Castilla que estaba retraído en la Catedral en un aposento encima de la Casa de Cuentas por un pleito matrimonial. El Juez de la Iglesia había mandado echarlo de allí, pero los canónigos mandaron que permaneciera retraído en el aposento del clérigo en que estaba, pues se trataba de una persona principal.¹⁷⁷² Sin embargo al año siguiente mandaron de nuevo que los retraídos que estaban en la Iglesia saliesen o fuesen echados de ella bajo pena de dar licencia a la justicia seglar para que entrase y los prendiese.¹⁷⁷³

¹⁷⁶⁸ En este caso se refiere al Juez de Residencia de la jurisdicción real que inspeccionaba la villa en visita de residencia.

¹⁷⁶⁹ Término que alude a un coadjutor o Teniente.

¹⁷⁷⁰ A.C.S. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 22.

¹⁷⁷¹ A.C.S. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 25.

¹⁷⁷² A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 27. viernes 26-6-1562.

¹⁷⁷³ *Ibidem*, martes 30 de marzo de 1563.

Era frecuente que la justicia seglar, impotente ante los abusos cometidos al amparo de la inmunidad eclesiástica, actuase a veces entrando en las iglesias para capturar a los reos de la justicia que trataban de escapar. En estos casos, además de abrir una causa por quebrantamiento de las inmunidades de la Iglesia, se solían utilizar las censuras eclesiásticas para presionar a los ministros seculares. En 1564 el notario del Consistorio, Antón de la Coba, pareció en el Cabildo Catedral para notificarles que el Juez de la Iglesia, licenciado Guiral, había puesto entredicho contra el Alcalde de la Justicia de la ciudad por entrar en San Salvador a prender a Luis Garnica.¹⁷⁷⁴ Y el 10 de diciembre del mismo año el Juez, en este caso licenciado Quintanilla, puso entredicho contra el Teniente de Asistente, licenciado Torres de Ávila, y contra ciertos regidores de la ciudad por haber impuesto sisa al estamento eclesiástico, los canónigos lo obedecieron y mandaron que el campanero repicara anunciándolo.¹⁷⁷⁵ Después el Procurador Mayor del Cabildo, Pedro Castellanos, en nombre del clero, se reunió con los diputados de la ciudad y acordaron alzar el entredicho por diez días durante la Navidad.

En 1570 el Provisor y el Juez de la Iglesia dieron un mandamiento para sacar de la Catedral a los numerosos retraídos que allí vivían. El Cabildo mandó a sus letrados apelar esta decisión, eso sí, *con toda modestia posible y buenos términos que se pudiese*, porque era en perjuicio de sus derechos y costumbres, pues sólo correspondía a ellos echar a los retraídos de la Iglesia. Para seguir la apelación en todas las vías, tanto eclesiásticas como seculares, y hacer todas las diligencias necesarias con el asesoramiento de los letrados diputaron al Chantre, don Gonzalo Briceño, y al racionero Andrés de Saucedo.¹⁷⁷⁶

Los jueces del Prelado insistieron y mandaron que a todas las personas que estuviesen retraídas en la Catedral y en el Estudio de San Miguel, independientemente de su condición o calidad social, se les notificase que en el plazo de ocho días saliesen de la Iglesia, y que no volviesen a retraerse si no fuese con licencia del Juez de la Iglesia, cometiendo la ejecución del mandato al Deán y Cabildo. Después el Secretario notificó el auto en persona a alguno de los retraídos en la Catedral, a Cristóbal Navarro, corredor de lonja, a Luis Suárez, Francisco Martín, Francisco del Guiso y a Rodrigo de Brizuela. Cristóbal Navarro y Rodrigo Brizuela apelaron el mandamiento, pero los canónigos con el Deán fueron a donde estaban y les mandaron salir de la Iglesia, esta vez sí obedecieron. Luis Suárez, Francisco Martín y Francisco del Guiso dijeron que ellos estaban retraídos con licencia del Deán y Cabildo *y por tanto ahora que les mandan salir lo obedecerán*. El Secretario notificó en persona a Diego Núñez y a Pero López Martínez, pero López dijo que tenía apelado el mandamiento del Provisor y Juez de la Iglesia y ambos dijeron que ahora que los señores Deán y Cabildo, con cuya licencia entraron, lo mandaban, obedecerían. Parece que los retraídos de la Catedral, aunque la potestad era del Juez de la Iglesia, sólo obedecían al Deán y Cabildo, a los que atribuían la facultad de darles licencia para retraerse o expulsarlos.

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas -1580- los canónigos dieron licencia a Sancho Maldonado para que estuviese retraído en la Torre de la Iglesia, pero le

¹⁷⁷⁴ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 28. miércoles 20-12-1564.

¹⁷⁷⁵ *Ibidem*, viernes 10-12-1564.

¹⁷⁷⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 30. Sábado 18-2-1570.

advirtieron que no tuviese otros retraídos con él.¹⁷⁷⁷ Y mandaron al Mayordomo de Fábrica que se volviese a abrir al campanero Miguel de la Paz el aposento que le cerraron en la Torre de la Iglesia por permitir retraídos. Pero que no recibiera ni metiese retraídos bajo pena de 20 ducados, y si entrasen que no se les pudiesen soltar sino llamándose a capítulo de ante día, y votándose por habas secretas que una sola haba lo contradijese. En 1600 de nuevo encontramos noticias al respecto, los canónigos diputaron al doctor Juan Hurtado para que hiciese tabicar todos los aposentos de la Torre para impedir que se refugiasen los retraídos.¹⁷⁷⁸ En 1618 tenemos el caso curioso de un Alguacil de la Justicia seglar, Arellanos, entró a caballo tras un delincuente en la Santa Iglesia Mayor y lo persiguió hasta la Capilla del Cardenal Cervantes y allí los clérigos le quitaron el caballo.¹⁷⁷⁹

Para regular un asunto tan espinoso y que tantos conflictos provocaba entre al jurisdicción seglar y la eclesiástica se terminó dictando edictos de asignación de iglesias inmunes y lugares sagrados en los que se permitía el asilo. Tenemos un ejemplo de 1773 en un pliego impreso en el que el Cardenal Solís a través de su Provisor daba a conocer un Breve de Clemente XIV concedido a instancias del monarca Carlos III en el que para la seguridad pública y por la facilidad que tenían los delincuentes de retraerse en lugares sagrados se mandaba a los obispos, arzobispos y ordinarios que señalasen en cada ciudad, villa o lugar un máximo de dos iglesias o lugares sagrados donde se guardase la inmunidad y el asilo sagrado. En Sevilla las iglesias elegidas fueron la Catedral y Santa Ana de Triana, y en las localidades pequeñas las iglesias parroquiales. En el Breve se explicaba que cuando un eclesiástico debiese ser extraído de un lugar que ya no era inmune lo hiciese la autoridad eclesiástica y si fuese un seglar que se hiciera con ruego de urbanidad para entrar pero sin tener que hacer ningún escrito al vicario general o foráneo. A ser posible con ministros eclesiásticos y si no hubiese con seglares, pero en presencia e intervención de persona eclesiástica. Finalmente el breve terminaba recordando al Rey Carlos y *sus sucesores que no permitan ningun menosprecio e injuria de la iglesia por que sera en ofensa del altisimo, dolor de su animo y escandalo de los pueblos cristianos.*¹⁷⁸⁰

3.4.3.- Los pleitos decimales

La administración de los diezmos y rentas de fábrica del Arzobispado de Sevilla correspondía el Deán y Cabildo desde la constitución de la Iglesia y primeros estatutos, consentido siempre por los arzobispos sin contradicción. Sin embargo el Juez de la Iglesia conocía las causas decimales y todo lo concerniente a ellas, es decir, todos los pleitos generados por la administración y cobro de los diezmos y rentas eclesiásticas. A causa de esta división de tareas todavía a principios del siglo XVII subsistían dudas y disputas entre ambos. El Secretario Aragonés advertía al Cardenal Guevara a su llegada -1600- que *en estos particulares se ofrecen algunas dudas, venido el Provisor y Juez, que es a quien más toca, con mucha facilidad y quietud sin que resulten inconbenientes*

¹⁷⁷⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval, 1580-1581.

¹⁷⁷⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. Martes 12 de diciembre 1600.

¹⁷⁷⁹ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, doc. 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, doc. 53: Memorias de cosas notables de la iglesia de Sevilla por el canónigo Juan de Loaiza, año 1618, en martes 9 de enero.

¹⁷⁸⁰ A.M.S. Sección I. Archivo de Privilegios. Carpeta 193, 419.

*se instruirá todo.*¹⁷⁸¹ La intervención más antigua del Juez de la Iglesia en un pleito por reclamación de diezmos que hemos encontrado se remonta a mayo de 1371. Ausente el Arzobispo don Pedro, el Juez Oficial y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado, Chantre de Badajoz y canónigo de Sevilla don Diego García, sentenció un pleito sobre diezmos del donadío de don Juan Mathe.¹⁷⁸²

En este tiempo hubo un enfrentamiento entre el Cabildo eclesiástico y el secular porque el primero procedía a prisiones contra seculares por deudas de sus rentas y diezmos y para la ejecución de esta pena alegaban privilegios reales.¹⁷⁸³ Los presos imploraban el auxilio de la ciudad alegando que muchos morían en la cárcel *de malos tratamientos*. La ciudad acordó que Diego Ortiz, caballero veinticuatro, el doctor Rui García de Santillán, Alcalde Mayor, el Letrado del Cabildo de la ciudad y otros caballeros, hiciesen al Cabildo eclesiástico ciertos requerimientos y protestas. Y se siguieron varios lances *que estuvieron cerca de ensangrentarse con las armas posibles a unos y a otros*. Suponemos que las quejas contra el Cabildo eclesiástico sería por ser la parte denunciante y los responsables de la administración de los diezmos, pues la competencia en los litigios que se producían en su cobro, y la potestad coactiva para imponer penas, incluida la reclusión en una cárcel, sería la arzobispal.

En este momento tan temprano también podría ser que el Cabildo Catedral, además de administrador de las rentas decimales, tuviese la jurisdicción en los litigios que se producían en su cobro. También es posible que se tratase de un período de sede vacante en el que el Cabildo acumulaba ambas jurisdicciones la propia y la del gobierno arzobispal. O simplemente que la expresión *cabildo eclesiástico* fuese empleada como sinónimo de *estado eclesiástico*, y entonces no se tratase del Cabildo Catedral sino del Gobierno Arzobispal. La cuestión es que ya el cobro de los diezmos originaba resistencias por parte de los legos, y hacía necesario el uso de medidas de fuerza para asegurar la jurisdicción.¹⁷⁸⁴

Las disputas entre la ciudad y la justicia eclesiástica a causa de los diezmos fue constante. En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza -1503- el Cabildo sede vacante puso entredicho contra las parroquias y las personas del Teniente de Asistente, Diego de Mesa, y los alcaldes mayores y escribanos del Cabildo seglar que fueron a un pregón sobre los diezmos, pues se trataba de una intromisión en la jurisdicción eclesiástica. Dos días más tarde procedieron contra el Teniente Alcalde, porque se estaba incumpliendo el entredicho y repicaban las campanas, así que mandaron que tuviesen las iglesias campanillas pequeñas.¹⁷⁸⁵ El Jueves Santo diputaron al Arcediano de Sevilla, al Chantre y a los canónigos Pedro de Yenens y Diego Lopes de Cortegana para que hablasen con fray Juan de Quebedo, guardián del convento de San Francisco, que intermediaba como buen componedor en la disputa con el Cabildo seglar a propósito de los diezmos. Resolvieron que así como hicieron el pregón públicamente entrometiéndose en la jurisdicción eclesiástica, que hiciesen otro pregón público revocando enteramente el anterior.

¹⁷⁸¹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragonés. "Causas de que a conossido y conose el Juez de la iglesia".

¹⁷⁸² ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Imprenta Real, Madrid, 1796, Tomo II (edición facsímil de 1988), p. 190.

¹⁷⁸³ *Ibidem*, Tomo II, p. 372.

¹⁷⁸⁴ *Ibidem*, Tomo II, p. 355.

¹⁷⁸⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Sede vacante de Hurtado de Mendoza. Libro 6. 5-4-1503.

Defender los privilegios fiscales del estado eclesiástico formaba parte de la defensa de la jurisdicción que correspondía al Juez de la Iglesia. Los prebendados de la Catedral, alguno de ellos cosecheros, siempre habían pretendido meter vino en la ciudad sin pagar impuestos y frecuentemente habían llegado a conflictos con los fieles ejecutores del Cabildo seglar. En 1503 el racionero Juan de Sevilla había metido una partida de vino en la ciudad y la habían descargado en casa del beneficiado Cumiel. Los fieles ejecutores del Cabildo habían requisado el vino y los canónigos en sede vacante mandaron al canónigo Pedro Yenens y al Prior de Magacela que informasen de lo que había ocurrido e hiciesen una relación al Cabildo, y si hallasen algún delito que lo castigasen¹⁷⁸⁶. Como consecuencia de este conflicto con la jurisdicción real, el Cabildo puso entredicho a la ciudad y pidió de nuevo a fray Juan de Quebedo que tratase este negocio con la ciudad, pero haciéndole saber que tenían una cédula de la Reina para meter vino en la ciudad. Finalmente los fieles ejecutores devolvieron el vino secuestrado y el Cabildo levantó el entredicho.

Las diferencias entre Cabildo Catedral y Prelado sobre la administración de los diezmos y rentas del Arzobispado continuaron. El 29 de mayo de 1503 podemos observar al Cabildo sede vacante mandando al Juez Oficial y Vicario General que diese sus requisitorias para la cobranza de los diezmos y rentas de la Iglesia. En abril de 1511 los canónigos trataron en Cabildo las diferencias que había con el Arzobispo en la administración de las rentas, y mandaron salir a los criados de este, que se negaron porque eran prebendados.¹⁷⁸⁷ Parece que fue en el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval -1571-1580- cuando el Arzobispo intentó de manera más decidida asumir las competencias del cobro y administración de los diezmos del Arzobispado que estaban en manos del Cabildo Catedral. Este escribió al Rey:

como defensa y amparo de la iglesia, suplicando no permita que sean oprimidos por el Prelado en los pleitos que intenta contra ellos, y pedían ser defendidos y amparados para poderse emplear en el servicio de Dios y de Vuesa Majestad y en las continuas oraciones que siempre hacen por la próspera salud y felicidad y dichosos y alegres sucesos de Vuesa Majestad y por el acrecentamiento y bien universal de sus reynos.

Los prebendados pedían amparo al Rey recordándole que ellos eran los que mantenían el culto monárquico y que la prosperidad, salud, felicidad y acrecentamiento del Reino dependía de sus oraciones. En su memorial los canónigos se quejaban al Monarca de que a pesar de tener la Iglesia derecho y costumbre inmemorial de administrar las rentas decimales y elegir a las personas que las administrasen, el Arzobispo pretendía quitarle este nombramiento y obligarlos a que eligiesen a los vicarios que él señalaba, para que en su nombre ejecutaran la jurisdicción eclesiástica. El Cabildo elegía personas de su confianza como administradores de las rentas eclesiásticas en las distintas vicarías pero ahora el Arzobispo don Cristóbal de Rojas pretendía que los vicarios, que eran elegidos por él o por su Provisor, y que formaban parte de la maquinaria de gobierno arzobispal, fuesen los administradores de los diezmos y rentas eclesiásticas de la vicaría.

¹⁷⁸⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Sede vacante de Hurtado de Mendoza. Libro 6. Miércoles 7 de junio de 1503.

¹⁷⁸⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5.

En su carta al Rey, el Cabildo de canónigos se quejaba de que el Juez de la Iglesia había dado censuras contra ellos y los había obligado a acudir en apelación a la Corte Romana, y en *vía de fuerza* a la Real Audiencia, que les concedió la apelación, mandando alzar y revocar los mandamientos del Juez. Estaba claro que los prebendados no iban a ceder fácilmente la jurisdicción en tema tan importante como las rentas eclesiásticas.¹⁷⁸⁸ También se quejaban de que el Juez pretendía agraviarles ordenando a sus ministros que hicieran informaciones para demostrar que el Cabildo no administraba bien los diezmos y que era conveniente que el Prelado nombrase a personas que lo cobrasen y administrasen. Sin embargo, según el Cabildo, los mismos testigos que trató el Prelado de utilizar contra ellos depusieron en su favor, porque ellos *eran de buenas partes y diligentes*, administraban con rectitud y diligencia los diezmos, y tenían buenas personas en letras, conciencia y rectitud y nunca había habido faltas, pues, como partes interesadas, avisaban con diligencia de cualquier irregularidad para que no hubiese ninguna falta.

Asimismo aducían que el Prelado no podría llevar la administración personalmente y no tenía ministro con experiencia y fidelidad para hacerlo. Además, no había seguridad de satisfacción en caso de irregularidades en la administración, y en estos casos se harían grandes dilaciones y mayores costas en perjuicio de las rentas, y si el Prelado quería podía asistir al Cabildo, donde tenía voto, para ver la buena administración de las rentas que hacían. El Cabildo decía que cuando se erigió la Iglesia de Sevilla se dividió en Arcedianazgos, pero la administración de los diezmos siempre la compartieron Arzobispo y Cabildo y cada uno por costumbre elegía a sus propios ministros. Por tanto la administración era del Prelado y Cabildo juntos capitularmente, por eso no podía el Prelado quitársela al Cabildo y dársela a un ministro suyo, y si tenía noticia de algún exceso podía proceder como Ordinario a través de su Juez de la Iglesia. El Cabildo cobraba, administraba, arrendaba y repartía las rentas, y el Prelado, por su Juez de la Iglesia, defendía la jurisdicción y conocía de las causas decimales. Y esto era así porque sólo el Prelado tenía potestad coactiva, que ejercía por su Alguacil Mayor con los alguaciles de los diez, para intervenir ejecutando los mandamientos del Juez en la reclamación de diezmos y rentas eclesiásticas, secuestrando bienes, sacándolos en almoneda pública y rematándolos en los casos de impago de diezmos y rentas eclesiásticas o cuando algún administrador o arrendador de los diezmos había cometido fraude.¹⁷⁸⁹

Así pues, el Cabildo administraba, arrendaba, afianzaba y repartía las rentas, y nombraba administradores que se obligaban con fianzas, igual que lo hacía con la administración del Subsidio y Excusado que cobraba por los colectores que nombraba y pagaba a la Hacienda Real. Según el Cabildo, el Concilio de Trento había dejado esta administración en manos de los cabildos y ningún Prelado había disputado esto, excepto el de Sevilla, que inducido por alguno de sus ministros y criados, que por su propio interés pretendían entrometerse en la administración, les habían querido poner culpas.

Don Cristóbal de Rojas pretendía que sus vicarios fuesen los administradores de las rentas eclesiásticas en el ámbito de su vicaría. El Cabildo decía que ellos daban, tanto a los administradores de las rentas como a los colectores del Subsidio, un salario, pero previamente se obligaban por fianzas, sin embargo no todos los vicarios podían dar

¹⁷⁸⁸ A.M.S. Sección XI. Archivo de El Conde de El Águila. Libro 9 en Folio, doc. 13. p. 309, año 1580.

¹⁷⁸⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. Sábado 7 de octubre de 1600.

fianzas, ni tenían experiencia ni eran *abonados* para administrar las rentas, y puesto que el Cabildo no se entrometía en la nominación que hacía el Prelado de sus vicarios, éste tampoco debía estorbar la elección que el Cabildo hacía de sus administradores de los diezmos.

También se quejaban de que el Arzobispo les había querido culpar de inobedientes porque no salieron a recibirle cuando fue a la Catedral para hacer la consagración del Obispo de Yarcas, ni asistieron con él a la procesión posterior. Y por estos sucesos metió en la cárcel arzobispal a un canónigo. El Cabildo apeló la decisión y el Concilio de Cardenales declaró que no lo debía haber prendido, y que hizo agravio notorio al Cabildo al actuar sin adjuntos. Y que ellos no tenían culpa pues asistieron al oficio de la Consagración y no salieron a recibirle *porque no sabían que lo quería*, y estaban diciendo las horas en el Coro. El Arzobispo acudió a Su Santidad para denunciar esto, y, según los canónigos, se servía del embajador del Rey en la Corte Romana, don Juan de Zúñiga, que era su deudo, para que entendiese con el Rey y le convenciese de seguir los pleitos. A la muerte de don Cristóbal de Rojas, el Cabildo en sede vacante decidió que los pleitos que había con los beneficiados de la Catedral sobre la paga de los diezmos, aunque eran competencia del Juez de la Iglesia, pasasen al Juzgado del Provisor para que los tratase con los adjuntos conforme a los estatutos, pues no se trataba de cualquier reclamación de diezmos, sino de un pleito con los beneficiados de la Catedral, y éstos tenían un estatuto de privilegio. Una vez más aprovechaban el período de sede vacante para obtener ventajas en sus disputas con la jurisdicción arzobispal. El Cabildo Catedral siguió administrando los diezmos y en 1.609 mandaron hacer una relación de lo que valían los diezmos de las parroquias de Sevilla.¹⁷⁹⁰

También conocía el Juez de la Iglesia, en virtud de letras apostólicas del Nuncio y su Cámara Apostólica, de pleitos relacionados con la disputa entre jurisdicciones a causa del cobro de diezmos.¹⁷⁹¹ En 1586, en el pontificado de don Rodrigo de Castro, el Juez Oficial y Vicario General, don Agustín de Valdivieso, Abad de Covarruvias y canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, tuvo que intervenir en virtud de letras apostólicas del Auditor de la Cámara Apostólica en un pleito decimal que mantenía el Cabildo de la Santa Iglesia de Córdoba con fray Antonio Pacheco Carabeo, Comendador de Tocina, de la Orden de San Juan. Se trataba de una disputa por los diezmos de un donadío de Almodóvar del Río y Cortijo de Sotillo, en la diócesis de Córdoba. El Fiscal del Consistorio Arzobispal, doctor Perdomo Ortega, en nombre de Jacobo Pánico, Fiscal de la Cámara Apostólica, presentó la querella y el Juez envió a Pedro Serrano, notario apostólico, para que hiciese la información. El Comendador:

con espíritu diabólico olvidado de su anima y en mal exemplo del pueblo y menosprecio de la santa camara apostólica incurriendo en las penas y censuras de la Bulla de la cena- no sólo desobedeció los mandamientos del Juez sino que al notario apostólico que trataba de notificarlo siendo clérigo le puso en un cepo atado con una cadena gruesa de hierro entre delincuentes y facinesoros en su cárcel publica de la vicaria de tosina haciendole muchos malos tratamientos.¹⁷⁹²

¹⁷⁹⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara. 1609. Martes 20 de febrero de 1609.

¹⁷⁹¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, 1580-81.

¹⁷⁹² A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471. 23 de julio de 1586.

Otro de los litigios por los pleitos decimales se produjo entre el Deán y Cabildo, como administradores, y el Prior de San Juan de Acre, por los diezmos que pagaban los vecinos del Compas de San Juan de Acre en la collación de San Lorenzo. Después de mantener un litigio que llegó hasta el Auditor de la Rota Romana, en 1585 se alcanzó una Concordia entre el Prior y el Deán y Cabildo con el consentimiento y aprobación del Arzobispo don Rodrigo de Castro.¹⁷⁹³

Este mismo año también se vio otro pleito decimal en el que el Notario del Consistorio Arzobispal Hernando de Cervantes, por orden del Juez de la Iglesia de Sevilla, respondió a un mandamiento con censuras del Prior del Convento de San Andrés de la Orden de Predicadores de la ciudad de Mérida, Juez Conservador en la causa a instancia del Prior y Convento de Santiago de la Espada de la ciudad de Mérida. El pleito, como de costumbre, terminó con el nombramiento de procuradores y solicitadores para que lo defendiesen en la Real Audiencia de Granada.¹⁷⁹⁴

3.4.4.- *Los pleitos matrimoniales*

Otra de las esferas competenciales importantes del Juez de la Iglesia era todo lo referente al matrimonio y al divorcio. Esto suponía una potestad para disciplinar las costumbres en una esfera, las relaciones entre sexos, en la que estaban implicados elementos económicos, sociales, afectivos y pulsionales. Su control implicaba un enorme poder para moldear los comportamientos individuales y colectivos. Aunque estas causas correspondían al Juez de la Iglesia, al Provisor le tocaba ejecutar las dispensas para casarse en grados prohibidos, a la vista de letras apostólicas concedidas por el Nuncio o por la Santa Sede.

La legislación seglar intervino desde la Edad Media regulando algunos aspectos relacionados con el matrimonio, sobre todo en la cuantía de las arras que el novio entregaba a la novia y en la limitación del lujo y la ostentación de las bodas, haciendo distinción entre los ricos hombres, los que mantuviesen caballos y los que no mantuviesen caballos. En el Ordenamiento de Alfonso XI se estableció que las arras debían entregarse *a vista de los jurados* y que la cantidad máxima para los ricos hombres fuese de 1.500 maravedíes. Asimismo se regulaban los regalos que el novio podía ofrecer a la novia, un par de paños de seda, otro par de paños de lana y otro par de paños adobados de *aljofar* y con *orofreses*. Que la silla de montar que diese a su mujer fuese de paño de seda o de lana pero sin labor de oro ni de plata en el *arzón* ni en las cuerdas ni en el freno.¹⁷⁹⁵ También se limitaba el número de sirvientes y comensales en la celebración a no más de 30 hombres y 30 mujeres, y no más de 16 servidores que fuesen de casa del novio y de la novia o de sus parientes y amigos.¹⁷⁹⁶

Cuando el enlace matrimonial involucraba bienes se escrituraban y certificaban las cartas de dote y las notas de prometimiento y arras. Tenemos el caso de doña Juana

¹⁷⁹³ A.P.N.S. Legajo 12.495, año 1585, fol. 767-772.

¹⁷⁹⁴ A.P.N.S. Legajo 12.494, año 1585, fol. 1.227.

¹⁷⁹⁵ Diccionario de Autoridades: Parte delantera o trasera que une los dos brazos longitudinales del fuste de una silla.

¹⁷⁹⁶ Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, P Tomo 51, Privilegios de Sevilla. Ordenamiento primero que el Rey don Alfonso el XI dio a Sevilla en 30 de noviembre era 1375 año de 1337. 16-19 y 23-25.

de Avellaneda, hija del honrado caballero Pedro de Avellaneda y de doña Elvira de Sandoval, que para contraer matrimonio con don Juan Ortiz de Zúñiga firmaron el 28 de abril de 1486 una capitulación matrimonial ante el escribano Manuel Segura y el escudero, el mayordomo, el despensero y los criados de la familia, como testigos, en la que se otorgaron una serie de bienes en concepto de arras.¹⁷⁹⁷ En nombre de los contrayentes estaban sus familiares, la madre del contrayente, Doña Mencía de Zúñiga, mujer del difunto honrado caballero el Comendador Alfonso Ortiz, vecina de San Andrés, doña María de Sandobal mujer del difunto honrado caballero García Tello, vecina de San Salvador, en nombre de doña Juana de Avellaneda, su sobrina, hija del honrado caballero Pedro de Abellaneda y de doña Elvira de Sandobal, su hermana, difuntos, vecinas de San Andrés.

Por la capitulación obligaron sus bienes según la orden de la Santa Madre Iglesia y doña Mencía de Zúñiga se comprometió a dar por bienes dotales a su hijo un quento de maravedís en el que entraban los bienes que le pertenecían en la herencia dejada por el padre del contrayente, Alonso Ortiz. Además, unas casas, sobrados y corrales que tenían en San Andrés, en la calle de la pellejería frente a la casa de su morada, que lindaba con la casa de Diego Díaz de Sanlucar. Estas casas fueron del hermano del contrayente, el Comendador Fernando Zúñiga, pero necesitaban *adobarse y aderezarse* para que pudiesen morar los contrayentes, y les prometía dar paños y correr con los gastos de las bodas según su estado. Por su parte, la contrayente aportaba como bienes dotales la herencia de sus padres Pedro de Avellaneda y doña Elvira de Sandoval, que formaban distintos bienes patrimoniales como molinos, aranzadas de olivar, etc.

Las capitulaciones contemplaban una cláusula de pago de 1000 castellanos del cuño de Castilla para la parte que no cumpliese la obligación dotal, con renuncia de las leyes y fueros, privilegios y mercedes de caballería y de hidalguía y dando poder a las justicias para ejecutarlo. Se firmó el contrato de otorgamiento el viernes 28 de abril de 1486 *a las once oras rasantes de medio día en balencina del alcor*, y por parte de doña Mencía:

fueron testigos al dicho otorgamiento Juan de Hitla, mi mayordomo y casero, Mateo Sanchez Rabadan e Diego Marmolejo mi escudero, e Pedro de Abila ayo de los señores fijos de don Pedro de Zuñiga e de la señora doña Teresa de Guzman que ende estaban freydos de la pestilencia e Fernan Garcia Menayo enano de la dicha señora doña Teresa e Alfonso Miguel clerigo beneficiado de la iglesia de Santa Maria del dicho lugar de ÇBalencina.... y en este dicho dia a ora de visperas otorgo la dicha doña Maria de Sandoval estando en la ciudad en las casas donde mora su fijo Juan Gutierrez Tello que son a san Miguel...

Además de estos bienes dotales, el contrayente dio en perfecta donación a doña Juana de Abellaneda :

por que se a de otorgar por su esposa e mujer e por onra de su cuerpo e de su linaje e de fijos e fijas que en uno abran dios queriendo dos mil doblas corrientes para acrecentamiento de su dote e caudal los quales les da e otorga según estilo de escribania Francisco Segura escribano de sevilla...

¹⁷⁹⁷ A.M.S. Sección XVI. 36.- Testamento de doña Mayor de Avellaneda, mujer de Pedro Ortiz de Zúñiga, doc. 12/1520; Sección XIX, cat. 36, 496, fe de dote y arras que aportan a su matrimonio Juan Ortiz de Zúñiga y Juana de Avellaneda, 1486, 4 fols.

Aunque los aspectos económicos eran una cuestión en la que no entraba la Iglesia, bajo la potestad del Juez quedaban las informaciones para casarse que debían realizar los contrayentes antes de recibir las amonestaciones, perseguir los matrimonios celebrados fuera de la Iglesia o por otro cura que no fuese el de la parroquia de los contrayentes, los pleitos por incumplimiento de palabra de matrimonio y los divorcios. En cuanto a las dispensas apostólicas para casarse en grados prohibidos, antes del pontificado de don Rodrigo de Castro -1580-1600- las presentaban las partes al Provisor o al Juez de la Iglesia indistintamente, según querían, y las dispensas de irregularidad o defecto de nacimiento, falta de edad u otros impedimentos para recibir órdenes sólo las ejecutaba el Provisor. Pero como las competencias en asuntos matrimoniales fueron por costumbre ámbito del Juez de la Iglesia, y parecieron más *anexas a su oficio*, el Cardenal don Rodrigo de Castro, en su reparto de competencias entre las tres audiencias, dispuso que las dispensas de matrimonios las diese el Provisor y si surgieran pleitos, estos los conociera el Juez de la Iglesia.

Así pues, el Provisor ejecutaba las dispensas para casarse en grados prohibidos, pero si surgía algún pleito relacionado con la interpretación de las dispensas o con el matrimonio que se pretendía, la causa sería remitida al Juez de la Iglesia. El Secretario de Cámara del Prelado, Gaspar Aragonés, sugería al Cardenal Niño de Guevara a su llegada a Sevilla -1600- que conforme a su voluntad podría atribuir al Provisor o al Juez de la Iglesia más o menos competencias, advirtiéndole que las dispensas de matrimonios generaban dos ducados de derechos cada una para el Juez y uno para el Secretario, calculando que al año suponían más de setecientos ducados para el Juez y más de trescientos cincuenta ducados para el Secretario: *y en todo el repartimiento no parece que aya en que dificultar mas de en esto*.¹⁷⁹⁸ Esto supone que al año se tramitaban en la diócesis en torno a 350 dispensas para celebrar matrimonios entre parientes en grados prohibidos por la Iglesia. Era evidente que los repartos de competencias entre Provisor y Juez de la Iglesia, y entre los oficios dentro de las audiencias, tenían un trasfondo de rivalidad económica y de poder, no sólo por los salarios y derechos que generaban para los jueces, secretarios, notarios y oficiales sino por la acumulación de prerrogativas y en definitiva de mayor jurisdicción.

La Audiencia del Juez de la Iglesia tramitaba las informaciones de soltería o viudedad, que eran preceptivas para obtener la licencia para el casamiento y las velaciones en la Iglesia. También conocía las causas de los bígamos, casados dos veces, pero los concubinarios los juzgaba el Provisor como delitos de *mixti fori*. El Secretario Aragonés aconsejó al Cardenal Guevara que instruyese al Juez de la Iglesia para que no dispensase las amonestaciones para casarse, a no ser que fuese muy evidente y le constase que se intentaba impedir el matrimonio con malicia. Porque en las dispensas de las amonestaciones sucedían muchos fraudes, sobre todo en los incumplimientos de palabra de matrimonio, en los cuales algunas doncellas perdían su virginidad y quedaban *perdidas*.¹⁷⁹⁹

Las amonestaciones, al implicar un acto público en la iglesia, ofrecían la posibilidad de impedir un matrimonio en el caso de que se hubiese dado previamente palabra de casamiento a otra mujer. Esto además implicaba la posibilidad de *pedir justicia* abriendo un proceso por *incumplimiento de palabra de casamiento* ante el Juez

¹⁷⁹⁸ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragonés.

¹⁷⁹⁹ *Ibidem*.

de la Iglesia. Por tanto la dispensa de las amonestaciones se podía convertir en una manera de burlar el control de la comunidad parroquial en los casos en los que se pretendía que se celebrase el matrimonio sin que el compromiso se hiciese público. Por esto, tanto don Cristóbal de Rojas -1571-1580- como don Rodrigo de Castro -1580-1600-, se reservaron para sí esta potestad, y Aragonés aconsejó lo mismo al nuevo Prelado don Fernando Niño de Guevara.

El mecanismo de control social de las tres amonestaciones, que se pensó para impedir que se vulnerasen compromisos adquiridos por palabra de matrimonio, usado de manera torticera se convertía en método para sabotear un matrimonio legítimo. Esto obligó a utilizar una excepción de la norma, la dispensa de las amonestaciones. En un memorial de 1610 se pone énfasis en este tema: *que se ordene a los curas que cumplan con la instrucción y advertencias del Ordinario, para que los que se desposan levanten el corazón a lo que es espiritual y al sacramento que reciben*.¹⁸⁰⁰ En enero de 1624 los canónigos sede vacante cometieron a su Juez de la Iglesia, don Tomás de Ayala, la información para una dispensa que pedía un parroquiano natural de Écija, cuyo nombre se mantuvo en secreto, y que pretendía que en vez de las tres amonestaciones le bastase una única amonestación leída en su parroquia, conforme al Santo Concilio de Trento.¹⁸⁰¹ También hubo otra petición de licencia para dispensar las tres amonestaciones en un matrimonio por correr riesgo la persona que quería casarse *por ser mujer de calidad*, y el Cabildo dio la licencia *concurriendo las causas que el santo concilio dispone*.

Otra forma de eludir el control de la comunidad parroquial era amonestarse en otra parroquia y ante otro párroco. La insistencia en que todo el proceso del matrimonio, desde las amonestaciones públicas en la iglesia hasta el casamiento y las velaciones, se realizaran en la propia parroquia de los contrayentes y ante su párroco era una constante, y su incumplimiento se perseguía por el Juez de la Iglesia. En 1630 el Fiscal de la Audiencia del Juez de la Iglesia se querelló contra Francisco de Santiago, cura de Alcalá, el cual *en desacato de las leyes eclesiásticas se entromete en casar y velar los parroquianos contra la voluntad de los curas sus párrocos*.¹⁸⁰² Le acusó de haber celebrado casamientos en diferentes ocasiones en la parroquia de San Sebastián con contrayentes de otras parroquias y sin hacer las informaciones pertinentes. Citaba el caso de Fernando Gallego y Maria Jimenez, parroquiana de la citada iglesia, en el que habiendo estado el contrayente ausente más de un año los casó contra la voluntad de su propio párroco y después resultó que estuvo preso en la villa de Guillena por haber dado palabra de casamiento a otra mujer.

Bajo la postestad de la Iglesia quedaban las informaciones de soltería que debían realizar los contrayentes antes de recibir las amonestaciones para poder casarse y velarse en la iglesia. También eran frecuentes las diligencias de información de soltería cuando un parroquiano se quería marchar de la ciudad, pues si quería contraer nupcias en otro lugar los curas se la pedirían para poderlos casar. Eran mecanismos de control de la población similares a aquellos que se utilizaban para conseguir la condición de vecino originario o domiciliario de la ciudad, previa información o pleito de

¹⁸⁰⁰ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Memorial de algunas advertencias para el Gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara".

¹⁸⁰¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁸⁰² A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 376. "El Fiscal contra Francisco de Santiago".

vecindad.¹⁸⁰³ Por estar casado con hija de vecino se podía pedir el título de vecindad, para eso el escribano tenía que ir a la iglesia y sacar la fe bautismo para probar que era vecino originario de la ciudad y después hacer probanzas. Otra prueba aportada era la fe de casamiento de los padres y la probanza de que fueron marido y mujer legítimamente casados y velados según orden de la Santa Madre Iglesia:

y que se sabía que durante su matrimonio tuvieron e procrearon al dicho por tal su hijo legítimo y natural y lo criaron en su casa como a tal su hijo llamando el dicho a los dichos padre y madre y ellos a el hijo y por tal su hijo legítijmo lo bautizaron en la iglesia y así era fue publico y notorio y es publica boz y fama

A continuación se iniciaban las probanzas ante testigos con interrogatorio de preguntas en las que se buscaba que éstos dieran fe de que los habían visto hacer vida maridable y de que *fueron tenidos y avidos por marido y mujer*:

antonio de pesquera vecino desta ciudad digo que yo soy casado y belado con doña ysable de la fuente mi muger que es hija de vecinos originarios desta ciudad porque es hija de fdo de la fuente y de doña leonor de las casas su muger y asimismo la dicha mi muger es vecina originaria desta ciudad porque nacio en ella demas desto yo vivo en esta ciudad con mi casa poblada y casado mas de 30 años continuos y asnsi debe y a de declarar yo ser vecino desta ciudad y como tal gozar de las franquezas y libertades que los vecino domiciliarios tienen y acostumbran gozar.¹⁸⁰⁴

Para ser declarado vecino domiciliario intervenía el Juez de la Iglesia, tenemos un caso en el que Hernando de Cervantes, notario público apostólico y Notario y Escribano Mayor del Consistorio e Corte Arzobispal, el sábado 18 de febrero de 1581, ante el canónigo doctor don Alonso Hojeda, Juez Oficial y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado, pareció Alonso de la Serna a pedir fe de bautismo para probar su vecindad y ser declarado vecino domiciliario. El Juez mandó al Escribano Mayor que fuese a la iglesia de la Magdalena y sacase un traslado de los libros de bautismo de septiembre de 1540, sacase un traslado con su cubierta de pergamino y lo entregase en el Juzgado. Además de la fe de bautismo también presentó la fe por la que constaba que se había casado en la ciudad hacía 20 años, con un traslado del libro de matrimonios y velaciones de 1561.

en domingo 4 dias del mes de mayo de 1561 años yo miguel gomez clerigo cura desta iglesia del señor san vicente haviendo precedido las municiones que de derecho se rrequieren despose y vele en faz de la santa madre iglesia a benito flores y a antonio gomez su muger... fueron sus padrinos... vecinos en la collacion de la iglesia mayor y porque es berdad lo firme de mi nombre fecho en sevilla miguel gomez porque a mi fue pedido en forma que fiziese fe lo di firmado...¹⁸⁰⁵

A menudo encontramos tratantes y mercaderes que pretendían asentarse en la ciudad para hacer sus negocios y para conseguir la vecindad tenían que casarse con una vecina originaria. Como el caso de Melchor de Oballe que se dedicaba a comprar vino para su trato, se casó con una vecina originaria pero murió, y se volvió a casar a los 15

¹⁸⁰³ A.M.S. Sección III. Escribanía del Cabildo (siglo XVI). Tomo 20, T-V, Vecindades, expedientes de vecindad

¹⁸⁰⁴ *Ibidem*, nº 9.

¹⁸⁰⁵ *Ibidem*, nº 12, fol 131v., fol. 132 r.

días, presentando de nuevo una petición para que le diesen la vecindad, sin embargo se la negaron. Siguió la demanda y contrató a un solicitador de pleitos de los vecinos viñeros.¹⁸⁰⁶

En otros caso vemos a tratantes y mercaderes que vienen a instalarse a Sevilla y que son requeridos para que demuestren que están casados en faz de la Santa Madre Iglesia. Como el caso de Pedro de Aranda, ropero vecino de Sevilla, que a través de su procurador Pedro de Miranda presentó un escrito para probar cómo estaba casado y velado con María Hernández en la parroquia de San Marcos de Toledo, adonde el doctor Liébana, Teniente de Asistente de la ciudad, mandó que se hiciera información ante testigos, varios trabajadores de Toledo que estaban en Sevilla y un tornero en Toledo:

que despues de nos aver casado hicimos vida maridable como tal marido y mujer y que despues para aver de ganar la vida nos ovimos de venir a esta ciudad a vivir y morar donde al presente vivimos e moramos en una casa e compañía e por tal marido e mujer legitimos somos avidos e tenidos e asi es publico e notorio e publica boz e fama.¹⁸⁰⁷

También observamos que a veces estas informaciones las hacían los jurados de la collación donde vivía el solicitante. Como en el caso de Alonso de Ávila, jurado de la collación de Sant Llorente, que hizo información de un vecino el 10 de julio de 1570:

Yo Alonso de Avila jurado e la collacion del sto sant lloreinte desta ciudad de sevilla doi fe como alonso dias ponce vecino de la dicha collacion en la calle de las lumbreras es tenido por hombre honrado y casado y velado conforme a la informacion que de su vida emos fecho y por tal es savido y tenido en fe de lo qual di esta firmada de mi nombre...¹⁸⁰⁸.

Las informaciones de soltero pretendían hacer averiguaciones que demostrasen la soltería de ambos contrayentes, sobre todo si alguno era forastero o había hecho ausencia de su parroquia. Como el caso de Baltasar de los Reyes, vecino de Sevilla, que pidió en 1573 información de soltería para marcharse de la ciudad.¹⁸⁰⁹

En otros casos, tanto la justicia seglar como la eclesiástica intervenía en los pleitos matrimoniales. En 1577 el Alcayde de la cárcel real de Sevilla, Bernaldino Lucas, tenía preso y embargado a Lázaro Hernández, vecino de la Isla de Gran Canaria, por una requisitoria del Arzobispo de Granada en la que le mandaba que se volviese a su isla para casarse con Leonarda de Arana. También la Real Audiencia de Sevilla le había mandado *que vaya derecho a estar con la dicha Leonarda de Arana*, y que trajese un testimonio de que se había presentado en la cárcel arzobispal de Canarias, de la que había huido, so pena de 4.000 ducados, la mitad para la Cámara de Su Majestad y la otra mitad para la otra parte del pleito.¹⁸¹⁰

¹⁸⁰⁶ *Ibidem*, fol. 171 y ss.

¹⁸⁰⁷ A.P.N.S. Legajo 12.390, año 1567, fol. 364.

¹⁸⁰⁸ A.M.S. Sección III. Escribania del Cabildo (siglo XVI). Tomo 11, nº 6, Informacion de 1570.

¹⁸⁰⁹ A.G.A.S. Sección Vicaria General. Expedientes matrimoniales. Legajo 2348.

¹⁸¹⁰ A.P.N.S. Legajo 12.439, año 1577, fol. 872.

El pliego matrimonial era doble cuando ambos contrayentes eran forasteros o habían hecho ausencia notable de su parroquia.¹⁸¹¹ Se consideraba ausencia notable la que era mayor de cuatro meses, en este caso las averiguaciones eran mayores y el vicario cobraba más derechos. Esta diligencia suponía la toma de declaración de testigos e intervenía el notario de la vicaría, el cual cobraba también sus derechos. Uno de los abusos más frecuentes de los oficiales era el cobro de derechos en demasía, haciendo declarar a más testigos de los necesarios o bien cobrando por diligencias que no estaban tasadas en los aranceles oficiales, como el asiento de las diligencias practicadas en el Libro de la Vicaria o la remisión del pliego al Juzgado de la Iglesia en Sevilla.

El pliego matrimonial sencillo se entendía cuando uno de los contrayentes era natural de la parroquia y el otro forastero o bien había hecho ausencia notable. En este caso intervenían y cobraban derechos el vicario, el alguacil eclesiástico y el notario de la vicaría. Cuando uno de los contrayentes era vecino y natural de la villa y no había hecho ausencia notable, los aranceles oficiales del Arzobispado advertían que sólo se le tomara declaración por escrito ante el vicario y su notario, cobrando estos sus derechos, sin hacer información de libertad -soltería- ni examinar testigos para probarlo, y sin que cobrasen derechos por este concepto el Juez, vicario, notario ni alguacil de la vicaría. Cuando se trataba de poblaciones de fuera de Sevilla el Juez cometía las diligencias a los vicarios foráneos en el ámbito de su distrito, que tomaban declaración a los testigos y hacían pliegos matrimoniales dobles o sencillos dependiendo de que los contrayentes fuesen forasteros o hubiesen estado ausentes de su parroquia mas de cuatro meses.

A veces una contrayente forastera, o que había hecho ausencia, pedía que se le tomara declaración en su casa. En este caso intervenía y cobraba sus derechos el vicario o cura que realizara la diligencia, así como el alguacil eclesiástico y el notario de la vicaría, y como era un caso de excepción se aumentaban los derechos tasados del vicario y del notario. Era frecuente que los oficiales alegasen para aumentar sus derechos que el pueblo era muy grande o algún otro pretexto para engrosar sus honorarios. En las vicarías de Jerez, Écija, el Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, Carmona, Arcos, Osuna, Marchena y Morón se permitía llevar más derechos de los mencionados, *para mantenerse la calidad de las personas*. Si intervenía el Corregidor, Alcalde Mayor o alguno de los alcaldes por el estado noble, cobraban lo mismo que el vicario.

En los aranceles se advertía continuamente, en cada diligencia que se tasaba, que no se excediesen los derechos, citando las trampas más frecuentes que se solían hacer para aumentarlos. En los lugares pequeños y de poco vecindario, en los que no había vicario, se confiaba en el control que ejercía el cura sobre la comunidad y no era necesario recibir declaraciones de los contrayentes que fuesen vecinos y naturales de la localidad, y por supuesto que no hubiesen hecho ausencia notable. En estos casos sólo con sus consentimientos se pasaban a amonestar los contrayentes. El cura llevaba por esto dos reales y el notario no cobraba derechos porque no intervenía.

En caso de litigio el vicario podía sacar a la contrayente de la casa de su morada para recibir su declaración, depositándola posteriormente en virtud de una comisión del Juez de la Iglesia en casa de una persona de confianza. A tal fin se sacaba un despacho del Juzgado de la Iglesia e intervenían el vicario, el alguacil eclesiástico, el notario y el

¹⁸¹¹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Arancel de los derechos que han de llevar los vicarios, notarios y alguaciles eclesiásticos de las vicarías".

alcalde que los auxiliase. Se trataba de casos en los que se presumía que los padres o tutores legales podían coaccionar a la contrayente para que declarase que no quería casarse, frecuentemente en situaciones de promesa de matrimonio cuya consumación los padres trataban de impedir. Si la mujer sacada de casa de sus padres fuese llevada a casa del vicario, como a veces sucedía por no haber persona de crédito donde se la pudiese depositar, llevaba el vicario, además de los derechos del pliego matrimonial, derechos por la diligencia de depósito, así como el notario y el ministro eclesiástico que interviniese. Se advertía en los aranceles que no se sacase a ninguna mujer de su casa, ni se la depositase, sin comisión particular del Juez de la Iglesia, excepto en el caso de que pudiese haber grave peligro por la tardanza en llegar la comisión desde Sevilla. En tal caso, después de la diligencia de depósito de la mujer, debían dar cuenta al Juez y remitirle los autos para que proveyese.

Y esto para prevenir los abusos que a veces se daban, pues cuando los padres contrariaban algún matrimonio se salían las mujeres de su casa y se iban sin intervención del Juez a casa de alguna persona *de autoridad y mano*, donde los vicarios pasaban a recibir sus declaraciones y posterior depósito. Según el texto de los aranceles: *esto daba lugar a muchos problemas*, por eso se mandó que en adelante en estos casos se diese cuenta al Juez de la Iglesia, y si hubiese peligro por la tardanza no era conveniente devolverlas a casa de sus padres, sino que debían sacarlas de la casa adonde fueron voluntariamente y depositarla en otra que fuese independiente de las partes y de seguridad y satisfacción de los vicarios. Después, tras la toma de declaración, el vicario remitía los autos al Juez para que proveyese lo que se había de hacer, y esto porque la jurisdicción de los vicarios era limitada.

Así pues, las doncellas escapaban de sus casas y se refugiaban en la de alguna persona de la localidad que tuviese autoridad cuando sus padres contrariaban el matrimonio que pretendían. Se trataba de disciplinar un proceso basado en la costumbre y en la cultura no escrita, para insertarlo en la trama del discurso jurídico y dejarlo a cargo de los oficiales de la Iglesia. Lo mismo observamos en los casos de matrimonios contraídos por *verba de futuro* o *verba de presente*, en los que los contrayentes, jóvenes generalmente, se prometían por palabras y esto se consideraba un contrato válido.

Eran frecuentes todavía en el siglo XVI los casos de matrimonios por *verba de futuro* o promesa de matrimonio, celebrados en el ámbito privado, con o sin testigos, y sin pasar por la Iglesia. A menudo los jóvenes se daban palabra de matrimonio sin el consentimiento de sus padres y de esto se derivaban muchos conflictos. En 1545 Bartolomé de Sevilla, natural de Antequera, se presentó ante el doctor don Juan de Escobar, Juez de la Iglesia y Vicario General, pidiendo su amparo y denunciando que se le impedía su matrimonio.¹⁸¹² En un escrito firmado por el notario, licenciado Castellanos, afirmaba que se había casado hacía 20 días por palabras de presente con María de Castro Verde, hija de un terciopelero de la ciudad. En esta ceremonia María se otorgó a Bartolomé por mujer y esposa y Bartolomé se otorgó a ella por marido y esposo. Ella le dio en señal del matrimonio un pañuelo labrado de seda cruda. Posteriormente María *lo publicó ante muchas personas y en distintos lugares que es mi mujer y que se casó conmigo*.¹⁸¹³

¹⁸¹² A.G.A.S. Sección Vicaria General. Expedientes matrimoniales. Legajo 2348.

¹⁸¹³ *Ibidem*.

Pero cuando Bartolomé le pidió que se casase en público, según orden de la Santa Madre Iglesia, ella no lo quiso hacer por temor a sus padres, pues estos la amenazaban para que no lo hiciera. Así que Bartolomé pedía al Juez que mandase llamar ante sí a María de Castro Verde, *mi mujer*, y con un alguacil la sacara de poder de sus padres. Y una vez puesta en libertad se suponía que confesaría su matrimonio y declararía sin coacción. Pues el deseo de Bartolomé era que se casara y velara con él según orden de la Santa Madre Iglesia e hiciera *vida maridable*. En caso de negar el matrimonio Bartolomé pedía al Juez de la Iglesia que la pusiera en depósito en un lugar honesto y seguro donde sus padres no la pudieran ver ni persuadir para que no dijese la verdad.

El Juez hizo parecer ante sí a María, recibió su juramento y la interrogó personalmente. Era una de las pocas diligencias que realizaba el Juez sin delegar en los oficiales de la Audiencia. Consideramos esto una prueba más del interés de la Iglesia en controlar este ámbito de la vida de los seglares. María declaró que hacía unos 15 días, a la hora de vísperas, después de la confesión, se otorgó por mujer y esposa a Bartolomé y él se otorgó por marido y esposo de ella: *y el Viernes pasado volvió otra vez a casarse con Bartolomé de la misma manera... y pedía al Juez que se lo diese por su marido*. Dio fe de la diligencia de confesión el mismo Juez, que firmó el documento, y mandó depositarla en el emparedamiento de San Francisco, donde se sometió y recibió su propio fuero. Observamos en este texto que una de las funciones que tenían los emparedamientos era recoger mujeres depositadas por el Juez de la Iglesia como consecuencia de pleitos matrimoniales, ya fuesen de divorcio, de incumplimiento de palabra de casamiento o en los casos de matrimonios por palabras de futuro en los que se intentase impedir el matrimonio canónico.

Bartolomé pidió que *me mande adjudicar y adjudique a la dicha Maria de Castro mi mujer y me la mande entregar para que celebremos en público el dicho matrimonio*.¹⁸¹⁴ Como, tanto él como sus padres, eran vecinos y naturales de Antequera, pidió que el Juez iniciase la información de libertad para probar y averiguar que no estaba ni había estado casado en Antequera ni en ninguna otra parte, sino que era *hombre soltero y libre para disponer de su persona*. A tal fin pidió que declarasen los testigos y que se le diese licencia para casarse y velarse en público según orden de la Santa Madre Iglesia. Las preguntas del interrogatorio giraban en torno al conocimiento que tenían los vecinos del contrayente y de sus padres, Fernando de Sevilla y María Díaz. Sobre todo si sabían que era mancebo soltero y que nunca se había casado en Antequera ni en ninguna otra parte. Y como era habitual en los interrogatorios de la justicia eclesiástica se terminaba con ese argumento probatorio basado en la costumbre y el conocimiento mutuo: *y si fuera casado lo sabrían por el mucho trato y conversación que han tenido y tienen y así es publico y notorio y común opinión en Antequera donde de ellos se ha tenido noticia... todo lo susodicho es publica voz y fama y no saben en contrario*. Firmaron como testigos un tal Torres, sedero, y Francisco Galbes, vecinos de la parroquia de El Salvador. Vista la información el Juez dijo que: *mandava y mandó que se dé mandamiento para los curas de la ciudad en que les mando que amonesten el tiempo que el derecho manda a los dichos Bartolomé y María y no abiendo otro impedimento los casen*.

Era el conocimiento y trato de los vecinos el que determinaba los principales rasgos de identidad de un individuo. Su fama, que era su imagen pública, se decantaba

¹⁸¹⁴ *Ibídem*.

por la idea que los vecinos tenían de él, quedando, de alguna manera, su identidad fuera, en la imagen que la colectividad había generado. Y el derecho lo incorporaba como argumento probatorio de máxima eficacia en los procesos. Un individuo era lo que los vecinos creían que era. En este caso la comunidad funcionaba generando identidades y como un sistema de vigilancia mutua.

La Iglesia, por norma, amparaba la voluntad de los contrayentes, aún en los casos en los que el deseo de los padres era contrario al enlace. Pero, antes de dar su aprobación, el Juez mandaba que se resolviese la excomunión en que habían incurrido por haberse desposado clandestinamente. Pues la Iglesia repudiaba los casamientos celebrados al margen del ritual religioso, que denominaba clandestinos, y los castigaba con la excomunión. Aunque esto no suponía sino una diligencia más y el pago de derechos por la absolución. Así pues, tenemos un ritual privado que consistía en una promesa verbal de matrimonio realizada de forma ritual, con un otorgamiento mutuo realizado en una ceremonia que incluía el intercambio de algún regalo o presente, como un pañuelo o un anillo.¹⁸¹⁵ Y el intento de la Iglesia por sacramentalizar este ritual privado, convirtiendo la costumbre no escrita en un procedimiento canónico.

En algunos casos se nos presenta la ceremonia como un acontecimiento festivo familiar. En diciembre de 1550, Enrique Orta, vecino de Alcalá de Guadaira, se casó y contrajo matrimonio por *palabras de presente* con Francisca Gallegos, hija de Antonio de Ledesma y de Catalina de Pareja.¹⁸¹⁶ Al acto, celebrado en la casa del contrayente, asistieron los padres, hermanos y parientes de Enrique. Pero los hermanos de la contrayente, no sabemos por qué, irrumpieron en la ceremonia y la sacaron de la casa, llevándosela, reteniéndola e impidiendo que se efectuara el posterior matrimonio eclesiástico. Así que Enrique se presentó ante el Juez de la Iglesia para reclamarla como su mujer, y pidió que la sacaran de casa de sus parientes para que, estando en libertad, declarase que era su mujer, pues *estaba amenazada y atemorizada de sus padres y parientes*. El Juez dio su mandamiento para que el vicario de la villa tomara declaración a la contrayente en libertad, fuera de casa de sus parientes.

En otro caso Bartolomé González Jaén, vecino de Chipiona, declaró que estuvo casado y desposado por palabras de presente con Sebastiana Jaén de Clemente, hija de Fernando Muñoz, y pedía que el Juez mandase que se la entregasen por su mujer, pues por el inducimiento de sus padres ella había rehusado casarse en la Iglesia.¹⁸¹⁷ Y que aunque Sebastiana se dio por mujer a Bartolomé, y *lo era, y deseaba serlo*, sólo se lo había impedido el miedo a sus padres. Pedía que, si era necesario, fuese a declarar a Sevilla ante el Juez, pues así *muy mas a las claras confesará la verdad y por que no haya necesidad de largo pleito*. A continuación, el licenciado Juan Escobar, Juez Oficial y Vicario General por el Arzobispo e Inquisidor General don Fernando Valdés, dio una comisión para el vicario de Sanlúcar de Barrameda, señor Silvestre Camacho, en la que le mandaba que tomase declaración a la contrayente. El vicario le tomó declaración y la hizo depositar en casa de un tal Periañes, vecino de Chipiona y familiar de la doncella, para que declarase en libertad sin que sus padres la pudiesen persuadir, coaccionar o amenazar.

¹⁸¹⁵ Véase KAMEN, H.: *Cambio cultural en la sociedad del Siglo de Oro*, Madrid, 1998.

¹⁸¹⁶ A.G.A.S. Sección Vicaría General. Expedientes matrimoniales. Legajo 331.

¹⁸¹⁷ *Ibidem*, Legajo 2348.

Una vez depositada, y siguiendo el procedimiento, Sebastiana juró poniendo su mano derecha en la santa cruz, y declaró que conocía a Bartolomé González Jaén desde toda su vida. El vicario le preguntó si se había otorgado por mujer a Bartolomé o *que palabras son las que prometieron* y si se quería casar con él. Sebastiana respondió subordinando sus deseos a los de sus padres *no mas que si sus padres querían, que ella también querría*. Pero la cuestión no eran ya sus deseos manifiestos, o los de sus padres, sino averiguar si se había prometido por palabras al demandante. Pues, paradójicamente, aunque la Iglesia consideraba estos matrimonios privados por palabras como inválidos y clandestinos, cuando se establecían reclamaciones por el incumplimiento de alguno de los contrayentes otorgaba validez al ritual privado, aunque, eso sí, los consideraba incompletos sin el ritual ante el cura en la iglesia.

Y por esto el vicario le preguntó si *le enbió alguna vez a decir palabras que hiciesen matrimonio verdadero*, y ella respondió que no. También negó haber tenido conversaciones o trato carnal con el demandante, ni que sus padres u otra persona le hubiesen inducido a negar. Pasadas tres horas, el vicario volvió a insistir, bajo pena de excomunión mayor, que declarase lo que había pasado entre ellos, *de palabras o por otra persona alguna*, y ella insistió en que no tenía nada más que decir, salvo que un día Bartolomé le envió un espejo con Catalina Muñoz, vecina de la villa, y lo recibió, y dos días después Catalina volvió a traerle otro presente de Bartolomé, y le dijo: *toma que os envía con todo*, y ella le respondió: *toma que no lo quiero bolbeselo*. A continuación, ante las presiones del vicario y la amenaza de excomunión se derrumbó y confesó *que lo había querido y quiere*, pero que sus padres la habían amenazado que la matarían si decía que lo quería y que si sus padres *fuesen contentos de casalla con Bartolomé ella se oviese declarado por su mujer por el amor que le tenía y ahora le tiene*. Después siguió confesando toda la verdad y reconoció que:

recorrida su memoria como a cristiana, lo que pasó es que puede aver un mes o dos en casa de sus padres, el dicho Bartolomé le dijo muchas veces a ésta declarante que quería ser su marido, y le pidió muchas veces que se diese ella por su mujer, de manera que ese día le dijo al dicho Bartolomé que sí se daba por mujer.¹⁸¹⁸

Firmó la diligencia de confesión el vicario, Silvestre Camacho, el notario de la vicaría, Francisco de Mora Guijarro, y la confesante no firmó porque dijo que no sabía. Finalmente el vicario remitió, en un sobre lacrado, las diligencias practicadas al Juez Oficial en Sevilla para que proveyese justicia. En el sobre se puede leer: *provanza fecha en esta villa de Chipiona ante el Sr. vicario de Sanlucar de Barrameda, va para ante el Sr. Juez de la Iglesia*. El Juez contestó concediéndole licencia para que el cura de Chipiona los amonestase y casase.

El matrimonio por palabras de presente se consideraba válido a efecto jurídico, aunque todavía no se hubiesen verificado las velaciones. En enero de 1557 el doctor Sánchez, médico de Marchena, que estaba desposado por palabras de presente con Beatriz Castillo, hija del canónigo Pedro de Yevenes, le dio licencia, poder y facultad para que otorgase una escritura correspondiente al arrendamiento de un corral para las jóvenes doncellas de su linaje que había dejado el difunto.¹⁸¹⁹ En otro caso el contrayente por palabras de presente acude ante la autoridad seglar para probar que ha hecho verdadero matrimonio:

¹⁸¹⁸ *Ibíd.*

¹⁸¹⁹ A.P.N.S. Legajo 12.358, año 1557, fol. 323.

En Sevilla a 15 de 10 de 1578 ante mi el doctor Sancho de Peralta Teniente de Asistente parecio Cristoval de Ribera frutero vecino de Triana digo que a mi derecho conviene probar e averiguar como estoy desposado y casado por palabras de presente que hacen verdadero matrimonio segun horden de la Santa Madre Iglesia con Ana Sánchez hija de Alonso Rodriguez tinajero e de Leonor López su mujer vecinos de Triana ruego mande recibir a los testigos y examinar e lo que dixeren me lo mande dar signado para ante quien convenga...¹⁸²⁰

Es evidente que la sacramentalización del matrimonio obedecía a un deseo de control y vigilancia de las costumbres, y para esto eran necesarios los procedimientos canónicos y el registro escrito. En 1550 tenemos el caso de unos vecinos de Castilblanco que se casaron en Sevilla y al volver a su villa los curas les pidieron que mostrasen el testimonio de cómo estaban casados legítimamente ante la Iglesia.¹⁸²¹ Pues para perseguir el concubinato e imponer el ritual religioso del matrimonio, los curas pedían a los nuevos vecinos que llegaban a una parroquia que mostrasen sus licencias y cédulas de matrimonio eclesiástico. Baltasar y Ana López, naturales de Castilblanco y estantes en Sevilla, afirmaban que se casaron y velaron en faz de Santa Madre Iglesia en el Sagrario de la Catedral de Sevilla, y que los casó el cura, licenciado Carrasco, recibiendo las bendiciones nupciales y otorgándose por marido y mujer.

No sabemos si el cura no cumplimentó el documento escrito en el Libro de matrimonios o bien se perdió. La cuestión es que Baltasar tuvo que acudir al Juez de la Iglesia para reclamar el informe de soltero que obraba en su poder y el mandamiento que dio en su día al sacristán del Sagrario para que los velase y casase. Así que pedía al Juez un testimonio para los curas de Castilblanco, o para cualquier otra parte donde fuesen a vivir, de que estaban casados por la Iglesia. Al efecto presentaron por testigo a Pedro de Lucena, bonetero de 60 años que vivía en el Mesón de las Cuatro Rejas en la collación de la Iglesia Mayor. Este afirmó conocer a Baltasar y a su mujer Ana López desde hacía más de dos años, que sabía que estaban casados y velados en faz de Santa Madre Iglesia y que recibieron las bendiciones nupciales y se otorgaron por marido y mujer, porque él y su mujer fueron los padrinos de boda y recordaba que los casó el licenciado Carrasco, cura del Sagrario, hacía 15 meses. Que fue un domingo y estuvo presente mucha gente y *después los ha visto hacer vida maridable en una casa en compañía, tratándose y nombrándose por tales marido y mujer legítimos*. Entre la gente que asistió se encontraba otro vecino, Juan de Madrid, de 33 años, tratante de vino que vivía en la collación de la Iglesia Mayor, junto al Mesón de las Cuatro Rejas, que firmó y declaró como testigo haber visto cómo eran casados y velados en faz de Santa Madre Iglesia, y añadió que *es público y notorio en ésta ciudad que se fueron a morar a Castilblanco*.

Tenemos otro caso del mismo año similar al anterior, en el que un matrimonio no quedó registrado en el Libro de Casamientos, quizás la documentación escrita no fuese todavía una norma rutinaria de funcionamiento suficientemente asentada.¹⁸²² Se trataba de Bartolomé Alfaro y Clara Ortiz, vecinos de San Bernardo, extramuros de Sevilla, que se presentaron ante el Juez de la Iglesia diciendo que los había casado hacía 24 años el

¹⁸²⁰ A.P.N.S. Legajo 12.392, año 1568, fol. 176.

¹⁸²¹ A.G.A.S. Sección Vicaria General. Expedientes matrimoniales. Legajo 2.348.

¹⁸²² *Ibidem*.

cura Sebastián de Padilla y no aparecían en el libro donde se apuntaban los desposorios. Ahora querían irse a vivir a Málaga y necesitaban el testimonio de estar casados.

Las informaciones de matrimonio legítimo también se convirtieron en una diligencia obligada cuando una pareja tenía que trasladar su residencia. Abundan las informaciones de este tipo en 1575, 1576 y 1577. En este año encontramos una de un vecino de Santander que llegó con su mujer a la ciudad de Sevilla para *poner trato*, y para darle la licencia el Asistente le pedía su testimonio de estar casado legítimamente en faz de la Santa Madre Iglesia. Así que las autoridades seculares colaboraron en este empeño de control, exigiendo los testimonios de estar casados en la Iglesia cuando alguna pareja se presentaba ante las autoridades municipales para establecerse en la ciudad.

La reglamentación de los casamientos por parte de la Iglesia también dio lugar a los testimonios y probanzas sobre la legitimidad de los matrimonios y de los hijos, para probar la limpieza de sangre y legítima generación, pues el pecado cometido por los padres se transmitía a las generaciones posteriores. El 24 de enero de 1564 Bartolomé de Tamara, hombre mancebo, realizó diligencias ante el Juez Oficial y Vicario General de Sevilla para probar la legitimidad del matrimonio de sus padres y su generación legítima dentro de él.¹⁸²³ La información se realizó ante Antón de la Coba, Notario público apostólico y Escribano Mayor del Consejo y Corte Arzobispal de la Santa Iglesia de Sevilla. En la petición, Bartolomé afirmaba ser hijo legítimo de Francisco Calvo y Catalina de Previa, vecinos de Sevilla, y que a su derecho convenía probar que era cristiano viejo de limpia generación y de padres y abuelos casados legítimamente.

A continuación se abrió el proceso de averiguación, por el cual se interrogaba a vecinos de los lugares de donde eran naturales o hubiesen residido, en este caso, Sevilla, Arcos de la Frontera y Sanlúcar la Mayor. El demandante pidió al Juez que diese comisión a los vicarios de estas poblaciones para realizar la información. En el interrogatorio se preguntaba a los testigos por el conocimiento de sus padres y abuelos, si sabían que fueron y eran tenidos por marido y mujer legítimos, *por que fueron casados y velados en faz de la Santa Madre Iglesia, y como tal los han visto haciendo vida maridable en una casa y en compañía tratándose y nombrándose por tales y en su posición son habidos y tenidos*.¹⁸²⁴ Y si sabían que durante su matrimonio tuvieron y procrearon a Bartolomé Tamara como hijo legítimo y en esta posición de hijo legítimo *es habido y tenido por los que los vieron criar, tratar y nombrar, y llamar ellos a el hijo y el a ellos padre y madre, y esto ha sido y es público y notorio*.

La limpieza de sangre y generación venía determinada no sólo por la legitimidad del matrimonio canónico y la procreación dentro de él, sino por la pertenencia de los padres y abuelos a la comunidad de los cristianos viejos. Parar demostrar esto se preguntaba a los testigos si habían sido reconciliados o condenados por el Santo Oficio de la Inquisición, si venían de moriscos o judíos y si *eran tenidos* por cristianos viejos de limpia generación. Esto significaba que no sólo afirmaban que eran cristianos viejos sin mancha sino que esto era público y notorio y no habían visto ni oído nada en contra. También se preguntaba a los testigos si sabían que Bartolomé era mancebo virtuoso y fiel católico y de buenas costumbres.

¹⁸²³ *Ibidem*.

¹⁸²⁴ *Ibidem*.

Otra de las diligencias en relación al matrimonio que solía realizar la Audiencia del Juez de la Iglesia eran las informaciones de viudedad, pues aunque la Iglesia siempre consideró las segundas nupcias como un signo de incontinencia, la alta mortalidad hacía frecuentes estos matrimonios. El 7 de junio de 1555, en el pontificado de don Fernando de Valdés, Arzobispo de Sevilla e Inquisidor General, Catalina de Myrabal se presentó ante el Juez de la Iglesia, don Juan de Escobar, e hizo una petición para que se hiciese información de viuda y se le diese mandamiento al cura de Sant Dionis de Jerez de la Frontera para que le diese las bendiciones nupciales y se pudiese casar y velar *como viuda que era y no casada*¹⁸²⁵. Previamente había dado poderes generales a su hermano Diego Peña, guarnicionero de Jerez, en casa de su amiga Isabel Martínez de Pineda, en los que renunciaba *a las leyes en favor y ayuda de las mujeres que hicieron el Emperador Justiniano y el Jurisconsulto Veliano*.

En su escrito afirmó haber estado casada con Cristóbal Ruiz, trabajador y vecino como ella de la collación de Sant Dionis de Jerez de la Frontera. Ante el teniente de vicario de Jerez, por ausencia del vicario, licenciado Juan de Cevallos, declaró que hacía once años que falleció su marido Cristóbal Ruiz, que era *ruvio y de buen testo*. Y que vivieron casados en la collación de Sant Dionis hasta que *enfermó de plesía y perdió el habla y el sentido*. Después se marchó de Jerez y le vieron en Sevilla junto al Monasterio de San Pablo, y *andaba desnudo en camisión e hinchado de la enfermedad y del mal tratamiento de su persona e le daban de comer e limosnas y así lo vieron muchas personas, pobre y enfermo*.¹⁸²⁶ Finalmente lo hallaron una mañana muerto en la puerta de la Candelera, enfrente del monasterio de San Pablo, y le dieron sepultura como a pobre. El escrito terminaba como siempre declarando que todo esto era *público y notorio en esta ciudad*.

En 1568, Baltasar Gil, *vizcochero* de Sevilla, pidió que se realizaran probanzas de cómo había quedado viudo, con el fin de volverse a casar.¹⁸²⁷ En 1569 Benito de las Nieves afirmaba haberse casado y velado en faz de la Santa Madre Iglesia con Juana Hernández, y que como tales marido y mujer vivieron e hicieron *vida maridable* hasta que hacía un mes falleció su mujer.¹⁸²⁸ Ahora pedía testimonio de que era soltero, y solicitaba hacer información de cómo se encontraba *viudo soltero y no casado ni sujeto a matrimonio alguno*. Una vez hecha la información pidió que le diesen mandamiento para los curas de El Salvador y San Bernardo para que lo amonestasen y velasen *con la persona que estoy concertado de me casar*.

En un memorial de 14 de abril de 1611, escrito en Utrera por el doctor Bartolomé Díaz Jiménez, se insistía en que a los viudos que hubiesen enviudado en la villa y no se hubiesen ido a vivir fuera, y quisieren volver a casarse, *puesto que no puede aver fraude*, bastasen las averiguaciones hechas ante el vicario y les diese licencia para casarse sin tener que ir a los Tribunales de Sevilla, *por los grandes gastos que se hacen*.¹⁸²⁹ Excepto en el caso de que no fuesen muy conocidos en el lugar o por ser el lugar muy grande pudiese haber dudas sobre su libertad para contraer matrimonio. Al final el vicario les daba una cédula en la que mandaba al cura que los amonestase y

¹⁸²⁵ A.G.A.S. Sección Vicaria General. Expedientes matrimoniales. Legajo 2.547.

¹⁸²⁶ *Ibidem*.

¹⁸²⁷ A.G.A.S. Sección Vicaria General. Expedientes matrimoniales. Legajo 2.348.

¹⁸²⁸ *Ibidem*.

¹⁸²⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633.

casase, sin llevar por la cédula más derechos ni ser necesario que fuese autorizado por el notario.

Aunque la Iglesia hizo un enorme esfuerzo en el disciplinamiento canónico de los matrimonios, hay algunas evidencias de resistencias por parte de los súbditos. En 1624 todavía encontramos dispensas y absoluciones para los que se casaban y no se velaban en la iglesia.¹⁸³⁰ El Cabildo seglar de la ciudad de Jerez escribió a los canónigos sede vacante en Sevilla para que diesen comisión al vicario para que dispensase a los que llevaban seis meses casados y no estaban velados. Lo mismo pidió la ciudad de Écija, y que los naturales de la villa pudiesen hacer sus informaciones para casarse ante el vicario, pues lo había prohibido el Juez de la Iglesia, que pretendía que viniesen a Sevilla a realizarla para cobrar los derechos de los contrayentes. El Cabildo mandó al Juez que hiciese lo que se hacía en tiempos del Arzobispo don Pedro de Castro y le diese comisión al vicario como antes la tenía. Es un dato más que abona la idea de la utilización por parte de los canónigos de las oportunidades que brindaba la sede vacante para obtener todo tipo de beneficios.¹⁸³¹

La jurisdicción real también entendía en los pleitos matrimoniales y a veces se producían roces y conflictos jurisdiccionales. En 1548 el Emperador don Carlos dio una provisión real al Juez Oficial y Vicario General de Sevilla, licenciado Juan de Escobar, para que obedeciera al Fiscal de la Chancillería de Granada en el pleito que Juan Crespo, Alcalde Ordinario de Osuna, llevó en vía de fuerza. Se trataba de un pleito contra Mari Fernandes “la brava” y “la calvilla” por estar casada dos veces en el que el Alcalde Ordinario de Osuna estaba entendiendo. El Juez de la Iglesia se entrometió reclamando para sí la competencia y excomulgó al Alcalde para que se apartara de la causa. La Chancillería declaró al Juez de la Iglesia incompetente en la causa y le mandaron que levantara la excomunión que había puesto al Alcalde Ordinario y se apartara de la causa. Finalmente el Juez de la Iglesia dijo que *estaba presto de cuplir y acatar la provisión real de su señor natural y absolvía a Juan Crespo de la excomunión*.¹⁸³²

En otro pleito vemos al Juez de la Iglesia y Vicario General de Sevilla en un pleito de nulidad matrimonial en el que Beatriz de Castillejos denunciaba a su marido Francisco de Valero por estar casado previamente con Beatriz de Cisneros, que solían llamar también Teresa Ortiz. El Juez mandó requisitorias a Salamanca, Alba de Tormes y Madrid, para que se hicieran probanzas e interrogatorios.¹⁸³³

También entendía el Juez de la Iglesia de los pleitos de divorcio, que era un tema espinoso en el que los teólogos tenían tanto que decir como los jueces. Tenemos un memorial de 1611 del licenciado Antonio Tamariz, catedrático de vísperas en Alcalá de Henares, en el que se quejaba al Prelado recién llegado a Sevilla, don Pedro de Castro, del abuso de los jueces eclesiásticos en los negocios de divorcios.¹⁸³⁴ Tamariz recordaba al Prelado que fue opositor a la doctoral de Granada, cuando él ocupaba allí la silla pontifical, junto con don Pedro de Molina que finalmente la ganó. En el memorial

¹⁸³⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁸³¹ *Ibidem*. Lunes 26 de febrero de 1624.

¹⁸³² A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 1.486.

¹⁸³³ A.P.N.S. Legajo 12.416, año 1573, fol. 316.

¹⁸³⁴ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633.

además de referirle las irregularidades que se producían por los jueces eclesiásticos en tema tan importante como el divorcio, criticaba a los prebendados de la Catedral que pretendían acaparar todos los oficios del gobierno arzobispal, y le recordaba que *collegiales ay en los colegios y sujetos expertos de otros Obispos*.

Tamariz refería que había defendido ante el Juez de la Iglesia un negocio sobre divorcio en el que, después del pleito, marido y mujer habían cohabitado juntos. Según él esto cesaba el divorcio puesto que *sed et si uxor sed signa qui situm ítem quenitur de adulteriis*, y así pidió que se hiciese restitución de la mujer al marido. Habiendo visto el Juez los autos, y constándole la cohabitación mutua, quiso pronunciar el auto de restitución, pero la parte contraria presentó un buleto del Nuncio *obtenido con falsa relación*, en el que decía que el Juez no había querido depositar a la mujer, aunque había alegado y probado *sevitia*, pidiendo que se inhibiese el Juez Ordinario. Así el Nuncio lo inhibía mandando que le enviase el pleito original, y aunque Tamariz le advirtió al Juez de la falsedad de la narrativa del buleto, no lo quiso dejar de cumplir sino que remitió los autos al Nuncio, *cosa indigna de un Juez cristiano, suplico a v s illma si tiene esto algún remedio lo proveerá*. La intromisión del Nuncio en los pleitos, a petición de las partes y previo pago de derechos, era cosa frecuente y suponía una distorsión importante de los procesos, pues hacía depender el resultado del pleito de la capacidad de las partes para soportar los gastos judiciales.

A veces llegaban pleitos de divorcio de grandes señores, en estos casos las recusaciones y apelaciones hacían el pleito interminable. En la sede vacante de don Pedro de Castro se hizo relación de la recusación presentada por el Duque de Medina Sidonia contra el Juez de la Iglesia, don Luis Ponce, en razón del pleito de divorcio que trataba la Marquesa de Alcalá con don Felipe de Aragón, hijo del Duque de Medina.¹⁸³⁵ El Cabildo nombró al Chantre don Antonio Pimentel para que oyendo a las partes hiciera justicia y determinase la causa tan sólo en el artículo de la recusación.

La sacramentalización del matrimonio, la transformación del ritual privado en procedimiento canónico escrito, se insertaba en un empeño más amplio de confesionalización, y ésta, subsidiariamente y en colaboración con la Monarquía, en un vasto programa de disciplinamiento social que implicaba un enorme poder para moldear las conciencias y los comportamientos individuales y colectivos.¹⁸³⁶ Tradicionalmente en Europa occidental el intercambio de promesas de matrimonio y la consiguiente cópula carnal se consideró verdadero matrimonio.¹⁸³⁷ La Iglesia los llamaba matrimonios clandestinos, aunque en la Edad Media admitió y sostuvo el rito profano y estableció que estos matrimonios eran válidos. Todo parece indicar que no fue hasta el siglo X cuando la Iglesia, aún reconociéndolo como el primero de los ritos constitutivos del matrimonio, empezó a exigir que se llevara a cabo otro ritual religioso público en la iglesia, y tras el Concilio de Letrán de 1215 también se exigieron las amonestaciones.¹⁸³⁸

¹⁸³⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

¹⁸³⁶ REINHARD, W.: "Disciplinamento sociale, confessionalizzazione, modernizzazione. Un discorso storiografico", en P. PRODI, *Disciplina dell'anima, disciplina del corpo e disciplina della società tra medioevo ed età moderna*, Bolonia, 1993, pp. 101-125.

¹⁸³⁷ Este ritual, denominado en Francia "créantailles" ha sido estudiado por J.L. Flandrin. *La moral sexual en Occidente*, Barcelona, 1984, pp. 67-91.

¹⁸³⁸ Véase GAUDEMET, J.: *El matrimonio en Occidente*, Madrid, 1993.

La Iglesia reivindicaba el control de los compromisos y castigaba a quienes sustituyeran a los sacerdotes. En Trento, el decreto Tametsi supuso el impulso definitivo a la sacramentalización del matrimonio, por una parte reconoció que los matrimonios clandestinos o por promesas eran verdaderos pero les quitó eficacia legal al exigir la presencia del cura y de dos o tres testigos.¹⁸³⁹

Sin embargo este intento se encontró con resistencias, pues atentaba contra una costumbre inmemorial en toda Europa e incluso hubo controversias sobre el papel del cura como ministro del sacramento.¹⁸⁴⁰ Aunque nos hayan llegado sólo noticias de los casos conflictivos en los que los hijos afirmaban su deseo contrariando el de sus padres, el ritual de la promesa de matrimonio celebrado en el ámbito privado de la casa con el consentimiento, o al menos la no oposición de los hijos, parece que fue la norma. El matrimonio implicaba a dos grupos de parientes y conllevaba la disposición de propiedades, cosa que preocupaba a los padres y que provocó peticiones en Cortes a la Corona en 1555, 1558 y 1560 para que no se permitiera a los hijos casarse sin el consentimiento de los padres. Lo mismo ocurrió en Francia en 1639, aunque aquí las leyes reales acabaron defendiendo la autoridad de los padres frente a los hijos.

La Iglesia no negó la tradición, se insertó en ella y puso a su servicio la fuerza de sus rituales para apropiarse de ellos canonizándolos y traduciéndolos a la cultura escrita. El intercambio de presentes y de palabras por las que los contrayentes se prometían mutuamente parece haber sido el rito esencial de las palabras de matrimonio. Dos elementos culturales de alto valor simbólico trababan relaciones y fijaban el deseo: el don y la promesa. El objeto entregado tenía una importancia secundaria, lo importante era el valor simbólico del intercambio de dones, pues en esto la evidencia etnográfica es abrumadora: dar un don significa sellar un vínculo.¹⁸⁴¹ Pero el don, un anillo, un pañuelo, en realidad sólo representaba la parte simbólica y metonímica del objeto que se entregaba.

Expresiones como, *me la mande adjudicar* y *me la mande entregar*, referidas al forcejeo por ver quien tenía la facultad de entregar las mujeres a sus maridos, o bien el hecho de *ponerla en depósito* en un lugar donde los padres no la pudieran coaccionar, denotan el verdadero sentido de la mujer como objeto que se podía dar y recibir. Sabemos que la costumbre en estos casos, antes de la canonización del matrimonio, era que la doncella se fuese de casa de sus padres a la de alguna persona *de autoridad y mano*, algún notable local, que actuaba en la disputa entre los padres y el pretendiente. La Iglesia también sustituyó a esta persona *de autoridad y mano* e intervino por sus vicarios, administrando el mandato exogámico, entregando las mujeres, aún contra la voluntad de sus padres y hermanos, a sus maridos, convirtiéndose en auténticos *dadores* de mujeres, regulando las tramas de parentesco e interviniendo en la conformación de la estructura social.¹⁸⁴²

¹⁸³⁹ *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*, Barcelona 1847, Sesión XXIV, Cap. I, pp. 278-279. Remite al Concilio II de Toledo, III, c. 10.

¹⁸⁴⁰ KAMEN, H.: *Cambio cultural en la sociedad del Siglo de Oro*, Madrid, 1998, p. 265.

¹⁸⁴¹ MAUSS, M.: *Essai sur le don*, édition électronique a été réalisée par Jean Tremblay, pp. 102-106.

¹⁸⁴² LEVI-STRAUSS, C.: *Palabra dada*, Madrid, 1984, pp. 219-233.

3.5.- El Juez de Suplicaciones, Testamentos y Obras Pías

La tercera Audiencia, el Juzgado de Testamentos, era el menor en cuanto a la cantidad de asuntos y oficios que poseía. El Secretario Aragonés también se refiere a este Juzgado: *es de antiquísima costumbre que haya un juez que sólo entienda de Suplicaciones y Testamentos en Sevilla y su Arzobispado*.¹⁸⁴³ El Juez de Testamentos solía ser un colegial de la Universidad de Sevilla, Colegio de Santa María de Jesús, que vulgarmente denominaban de Maese Rodrigo, pero a veces también lo fue un canónigo de la Catedral. Tenía su lugar de Audiencia particular en el Palacio Arzobispal, y sus oficiales eran: Secretario, Fiscal (recibido de abogado), Notario Mayor, Notario Relator y Oficial Mayor y Menor. No tenía procuradores *por no aumentar el número de ministros* y se servía con los de los otros tribunales.

La intervención de los eclesiásticos en los testamentos de los legos era cosa antigua. Sabemos que desde los primeros tiempos de la Reconquista de la ciudad de Sevilla los beneficiados de las parroquias solían actuar como albaceas testamentarios de los parroquianos, sobre todo si se trataba de personas de calidad que dejaban bienes de alguna consideración. Supuestamente, como hombres buenos que gestionaban la herencia y aseguraban que una parte de ella se dedicaría a mandas pías por el alma del difunto. Esta costumbre pervivió, pues tenemos constancia con posterioridad de algunos casos. Al doctor don Alonso Arias Monje, beneficiado de Santa Ana y luego visitador de Sevilla con don Fernando Niño de Guevara (1600-1609) y con don Pedro de Castro (1609-1623), se le encargaron innumerables disposiciones testamentarias *que desempeñaba con la integridad propia de sus prendas y talento*.¹⁸⁴⁴ Algunos indicios nos hacen sospechar que en ocasiones lo que realmente se pretendía con esto era *dejar el alma por heredera*, y como albacea un clérigo que escapara a la acción de la justicia seglar. Esto era especialmente interesante si el testador tenía deudas, pues de esta manera la justicia real no podía intervenir embargando los bienes, el albacea gastaba la herencia en mandas pías y los acreedores dejaban de cobrar.

El Juez de Testamentos era también *absoluto* en su Juzgado, no pudiendo conocer otro juez en las causas de su competencia, *y como en este Juzgado, solo de vienes de muertos, no fuera mucho que respecto de los otros se llamara plaza muerta, no obstante tiene su tribunal con las mismas formalidades*.¹⁸⁴⁵ Las competencias de este tribunal eran: el cumplimiento de los testamentos, mandas y legados píos, prevenir los abintestatos y que los deudos *cuiden del quinto para el alma del difunto y que sus bienes no se oculten y todo lo demás anejo y dependiente*.¹⁸⁴⁶ Dentro de las mandas pías se incluían las dotes para redimir esclavos, casar huérfanas, sacar presos de la cárcel o para erigir hospitales u otras obras pías. Todas afectaban a los testamentos y a los bienes de los seglares.

Este Juzgado trataba de hacer los cobros de los deudores y las ejecuciones de los testamentos en su vertiente religiosa, es decir las *mandas pías*. Así como resolver los

¹⁸⁴³ A.G.A.S. Sección Gobierno. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragonés.

¹⁸⁴⁴ MATUTE Y GAVIRIA, J.: *Aparato para escribir la historia de Triana y de su Iglesia Parroquial*. Edición facsímil Sevilla 1977. p. 54. El autor cita a SÁNCHEZ GORDILLO, A.: *Antipología*, fol. 60.

¹⁸⁴⁵ A.G.A.S. Sección Gobierno. Legajo 633. “Memorial del Secretario Aragonés”. “Las causas de que a conocido y conoce el Juez de suplicaciones y testamentos”.

¹⁸⁴⁶ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 4, *Del Juzgado de Testamentos*.

innumerables pleitos y litigios que se producían como consecuencia de la interpretación y ejecución de las disposiciones testamentarias. O en el caso de *abintestatos*, cuando un sujeto moría sin testar, tratar de cobrar el *quinto por el alma del difunto*, pues como se suponía que nadie quería descuidar su alma, la Iglesia asignaba de oficio la quinta parte de los bienes dejados por el difunto para mandas pías. Esto es, para obras de caridad, misas, limosnas, patronatos de dotes o de difuntos, fundación de hospitales etc.

Según el Visitador Díaz Coronado, los oficiales de esta Audiencia deberían ser *siempre caritativos e inteligentes como lo pide la materia de que tratan porque en los testamentos se suele experimentar ser tan desordenada la codicia de los deudos que es menester un fiscal de gran celo para hacerles que se acuerden de los muertos*.¹⁸⁴⁷ La misión de este Juzgado era velar por el alma del difunto y defenderlo de la *codicia de sus herederos*, que solían escamotear gastos y dedicaban a mandas pías menos de lo estipulado por la Iglesia, *en grave perjuicio de los sufragios por su alma*.

Siendo un Juzgado menor era un oficio apetecible, de mucho poder, por las riquezas sobre las que entendía, y como decía nuestro visitador: *son plazas sin quitarse la vida trabajando dan para vivir desentamente*¹⁸⁴⁸, abundando en la idea de los oficios eclesiásticos como elemento de sustento económico y de anclaje social de las personas que los ocupaban. El interés material que se pregonaba contrastaba con la paralela insistencia en las necesarias cualidades morales de sus detentadores, su carácter *caritativo* y su defensa del alma del difunto de la codicia de los herederos.

Aunque en el siglo XIV no tenemos constancia todavía de la existencia de un Juez de Testamentos, es posible que ya el Ordinario tuviese poder sobre una parte de los testamentos de los seglares. Tenemos algunas noticias de jueces delegados por el Prelado para conocer de causas pías. Juan Sánchez, canónigo y Juez subdelegado del Arzobispo don Fernando, sentenció el 10 de febrero de 1319 una demanda del Cabildo a propósito de la dotación de la Capilla de San Lucas, que dotó el canónigo Rui García de Santander en su testamento.¹⁸⁴⁹

En tiempos del Arzobispo don Fernando, año 1375, los jueces del Prelado perseguían los delitos de sacrilegio y los matrimonios ilícitos, y las penas de estos, que dejaban una sustanciosa cantidad, se dedicaron, en conformidad con el Deán y Cabildo, para las reparaciones de la Iglesia Catedral, muy dañada por los terremotos. También se añadieron los tercios de los testamentos de todo el Arzobispado que pertenecían al Arzobispo, que según Ortiz de Zúñiga se refería a los gastos de entierro, ofrendas y donaciones a la Iglesia: *creo entenderse de las ofrendas y otras gracias*. Esto se recogió en los Estatutos de la Iglesia: *E por que Nos vemos verdaderamente que la Santa Egleisia de Sevilla de la Virgen Santa Maria, Madre de nuestro señor Jesu Christo, del tiempo del terrae motus fue muy damnificada e deformada a non se puede reparar sin las limosnas de los fieles Christianos*...¹⁸⁵⁰ Si las catástrofes naturales eran la respuesta divina a los pecados humanos, la recaudación por las condenas y los testamentos deberían utilizarse para la reparación de las culpas, esto es, para la reconstrucción de los templos. Estos tercios de los testamentos podrían ser un precedente del *quinto por el*

¹⁸⁴⁷ *Ibíd.*

¹⁸⁴⁸ *Ibíd.*

¹⁸⁴⁹ *Ibíd.*, Tomo II, p. 277.

¹⁸⁵⁰ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Imprenta Real, Madrid, 1796, Tomo II, p. 202.

alma del difunto, o quinta parte de la herencia que la Iglesia consideraba que todo testador debía dedicar a obras pías.

Las noticias directas más antiguas que poseemos sobre el funcionamiento de esta Audiencia se remontan al lunes 26 de noviembre de 1453, cuando en sede vacante los canónigos nombraron como Juez de Testamentos al canónigo y licenciado en Decretos Pedro Ruiz de Porras y éste fue a las Casas Arzobispales para, ante testigos, abrir y reconocer el testamento del Cardenal difunto.¹⁸⁵¹ Ya en el siglo XVI, el martes 24 de noviembre de 1503, vemos al Juez de Testamentos y Suplicaciones de Sevilla y su Arzobispado, canónigo doctor Pedro de León, intervenir, en calidad de Juez de Suplicaciones, en el pleito entre los albaceas del Cardenal Hurtado de Mendoza y Antón Serrano, vecino de Sevilla.¹⁸⁵² Los albaceas del Cardenal eran los canónigos del Cabildo Catedral y el Chantre actuaba como procurador de Antón Serrano. Tras la sentencia del Juez de Testamentos sobre el reparto de la herencia, los albaceas del Cardenal apelaron ante el Juez Ordinario (Juez Oficial o de la Iglesia) y el Juez de Testamentos decidió otorgar la apelación de la sentencia pedida por el Cabildo.

Durante mucho tiempo el Juez de Testamento lo fue también de Suplicaciones o Apelaciones, de ahí que el nombre completo que encontramos en los documentos sea Juez de Suplicaciones, Testamentos y Obras Pías. Pero las quejas respecto a su función de apelación se hicieron cada vez mayores, pues se consideraba que en realidad todo el Consistorio era un mismo tribunal, y, por tanto, no podía realizar funciones de primera instancia y de apelación al mismo tiempo. Tenemos un caso ocurrido el 2 de agosto de 1504, en la sede vacante de don Juan de Zúñiga, en el que el Juez de Testamentos y Apelaciones, canónigo Lope Rodrigo de Madrigal, sentenció y dió orden de prisión contra un seglar llamado Juan Fernández.¹⁸⁵³ Este se quejó porque, según él, el Juez de Suplicaciones no podía conocer en la causa pues era segunda sentencia. Es decir, protestaba porque los mismos jueces ordinarios del Prelado habían sentenciado en primera instancia y en apelación. El Cabildo le respondió que si se sentía agraviado que apelase a Roma.

Después el Cabildo sede vacante envió a la Corte como agentes al Maestrescuela y a los canónigos Alonso de Ayora y Francisco de Orbaneja, y a Roma al doctor Torres, para defender una serie de asuntos entre los que se encontraba la confirmación de los Estatutos reformados de la Santa Iglesia de Sevilla hechos por el Cardenal Hurtado de Mendoza en 1498 y una Bula confirmatoria del Juez del Juzgado de Suplicaciones. Se trataba de obtener, ante las quejas reiteradas de los seglares y para asegurar la jurisdicción, una nueva provisión confirmando la antigua costumbre de este juzgado para conocer de las apelaciones de los otros jueces ordinarios del Arzobispado. A los agentes les dieron un salario y se comprometieron a que, si fuesen presos por los infieles o por los franceses en el viaje, el Cabildo se comprometía a rescatarlos y sacarlos de prisión a su costa.

¹⁸⁵¹ A.M.S. Sección XI. Archivo de El Conde de El Águila. A Tomos 5º Y 6º. Arzobispos de Sevilla. Tomo 1º/5º. Memoria de los Arzobispos de Sevilla sacada de un libro de la Notaría de Fábrica de la Santa Iglesia de Sevilla corregida por una copia original de letra de Argote de Molina en que dice la sacó de la librería de el insigne Ambrosio de Morales y se halló en la del exmo sr Duque de Alcalá. Memoria del cardenal cervantes por Joseph de Muñana sacado de “Los Varones Ilustres Sevillanos”, p. 65.

¹⁸⁵² A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 13 de enero de 1503.

¹⁸⁵³ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, 1504, fol. 68-80.

Las quejas de los seglares por las intromisiones y los abusos de la jurisdicción eclesiástica en los testamentos fue una constante. Tenemos un caso en 1532 en el que el emperador don Carlos respondía a una petición de los procuradores en Cortes que se quejaban de que los jueces conservadores de Nuestra Señora de la Merced y de la Trinidad, y otros jueces eclesiásticos, hacían agravios y vejaciones cuando se quedaban con el ganado mostrenco y con las mandas inciertas y los abintestatos, y para esto detenían a los legos y los excomulgaban, en perjuicio de la jurisdicción real y en contra de las reyes del reino que desde las Ordenanzas de Toledo de 1481 establecían que los jueces eclesiásticos no perturbasen la jurisdicción seglar salvo lo que disponía el derecho común.¹⁸⁵⁴

Los oficios de notarios de esta Audiencia se arrendaron, como los del resto del Consistorio, al menos hasta el pontificado de don Cristóbal de Rojas -1571-1580-. Así lo observamos en 1538, cuando el Juez de Suplicaciones, Apelaciones, Testamentos y Obras Pías de Sevilla y su Arzobispado fue el canónigo doctor Hernando Ramírez Suárez. El Cabildo sede vacante mandó que se quedase en el oficio de Notario del Juzgado de Testamentos el que lo ocupaba, y que lo hiciese y ejecutase por el precio que lo tenía, con las fianzas correspondientes, pues además del arrendamiento debía depositar previamente una cantidad de dinero para garantizar su responsabilidad.¹⁸⁵⁵

En 1544 el Mariscal Diego Caballero de León, caballero veinticuatro del Cabildo de Sevilla y vecino de San Salvador, era el Contador y Mayordomo Mayor de la Mesa del Arzobispo don García de Loaysa y en virtud del poder que tenía otorgado por el Prelado arrendó a Diego Hernandes, vecino de Santiago el viejo, la Escribanía del Juez de Suplicaciones por tres años, empezando el primer día de 1544, por 12.500 maravedíes cada año.¹⁸⁵⁶ Las condiciones que se contenían en el contrato eran que no pudiese llevar más derechos que los contenidos en el arancel y que el arrendador renunciase a alegar que el arriendo valía más de la mitad del justo precio de la renta que dejaban los derechos de la escribanía, porque según la Ley de Alcalá de Henares se consideraba engaño vender en más de la mitad del justo precio. Además, el arriendo de los derechos de la escribanía era a riesgo del arrendatario, sin poderse descontar nada por casos fortuitos o porque no hubiera negocio. Con este contrato se ponía fin además al pleito que pendía porque el año 1543 pujó por la Escribanía el Notario y Escribano de Rentas de la Mesa Francisco Hernandes y consiguió el oficio, y después hubo desavenencias e inició un pleito ante un Juez seglar de la ciudad en reclamación de sus derechos. Ahora con este nuevo contrato, Diego Hernandes se apartaba del pleito y reclamación y conseguía de nuevo la Escribanía del Juzgado de Testamentos.

El 22 de enero de 1547, Francisco Gutiérrez de Cuéllar como Mayordomo Mayor de la Mesa, esta vez por el Inquisidor Valdés, y con poderes otorgados por el Prelado en Madrid ante sus criados Diego de Valdés y Cristóbal de Vega, y su Secretario de Cámara, Ortuño de Ybarguen, arrendaron al notario Andrés de Tarifa, vecino de Santa María, la Escribanía del Juez de Suplicaciones por 23.000 maravedíes cada año. De

¹⁸⁵⁴ A.M.S. Sección I. Archivo de Protocolos. Carpeta 24. 211. Jueces Conservadores de ordenes proceden contra legos por abintestatos, 1532, Don Carlos.

¹⁸⁵⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, p. 121.

¹⁸⁵⁶ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 3903 y fol. 3698.

nuevo el contrato se firmó ante el Escribano de Rentas de la Mesa Arzobispal, Diego Hernandez, y esta vez se añadían a las condiciones anteriores que al terminar estuviese obligado a dejar todos los procesos, escrituras y todos los documentos de la Escribanía Mayor tanto las pasadas como las que recibiere. Además, se comprometía a residir en la Escribanía pagando la renta correspondiente. Hizo de fiador el Procurador del Consistorio y Corte Arzobispal Francisco Sánchez y fueron testigos los escribanos Juan de Céspedes, Pedro Valdés y Cristóbal del Puerto.¹⁸⁵⁷ En 1548 continuaba siendo Contador y Mayordomo Mayor del Arzobispo Valdés, Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que arrendó de nuevo a Andrés Tarifa la Escribanía del Juez de Suplicaciones.¹⁸⁵⁸

En el pontificado de Gaspar de Zúñiga tenemos como Notario del Oficio del Juez de Suplicaciones a Esteban de Rojas, vecino de Santa María Magdalena¹⁸⁵⁹, y a su muerte, en la sede vacante se dieron algunos conflictos de competencias entre el Juez de Suplicaciones y el Juez de la Iglesia. El seis de enero de 1571, siendo Juez de Testamentos y Suplicaciones el canónigo Alonso Mudarra, el Cabildo tuvo que cometer al Prior don Pedro Vélez de Guevara para que resolviese una disputa entre ambos jueces.¹⁸⁶⁰ El Juez de la Iglesia pretendía conocer en un pleito entre Vicente de Ansón y el Jurado Pedro Gómez en el que el Fiscal acusaba a este de haber falsificado una absolución. En 1575 el Notario Mayor del Juez de Testamentos y Suplicaciones era Juan Delgado, que aparece en una escritura por una deuda de un caballo color castaño.¹⁸⁶¹

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas -1580- los canónigos advirtieron al Fiscal de Testamentos, Antonio García Cano, después sustituido por Baltasar Astudillo, y al Juez de Testamentos, que estando cumplidos los testamentos y dados por tales no llevasen más derechos, ni ellos ni sus notarios ni otra persona alguna¹⁸⁶². Y el martes 27 de septiembre de ese año autorizaron para que el Juez de Testamentos y el Juez de la Iglesia pudiesen nombrar sustitutos y tenientes que ejerciesen el oficio por ellos. Más tarde eligieron por Juez de Testamentos y Suplicaciones al canónigo Lorenzo de Ortega y lo diputaron para que viese el cumplimiento del testamento, alma y hacienda del Arcediano de Écija don Gerónimo Manrique e hiciese todas las diligencias que le parecieren convenientes para su cumplimiento.

El Juez de Testamentos no tenía la consideración de Vicario General, como el Provisor y el Juez de la Iglesia. Estos eran jerárquicamente superiores y le tomaban residencia periódicamente por comisión del Prelado. El licenciado don Luis Melgarejo, Juez de la Iglesia y Vicario General por don Rodrigo de Castro (1580-1600), le tomó residencia al Juez, Secretario y Fiscal de Testamentos ante el Secretario de Cámara Gaspar Aragonés, y les dio una tabla de preceptos que debían guardar. A la muerte de don Rodrigo de Castro y a la espera de la llegada del nuevo Prelado, don Fernando Niño de Guevara (1600), el Secretario Aragonés recomendaba: *esta tabla la podrá ver el*

¹⁸⁵⁷ A.P.N.S. Legajo 12.541, año 1592, fol. 89v-93r.

¹⁸⁵⁸ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 89v-93r.

¹⁸⁵⁹ A.P.N.S. Legajo 12.399, año 1570, fol. 36r.

¹⁸⁶⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga, 1571.

¹⁸⁶¹ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 524.

¹⁸⁶² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. 297(2). Cristóbal de Rojas y Sandoval. 25-9-1580.

*Provisor y saber si se guardan los preceptos e instruirse de ellos y lo que conviene remediar, para que una vez venga el Arzobispo mande lo que fuere servido.*¹⁸⁶³

Como el Juzgado de Testamentos tenía la potestad de dar por cumplidos los testamentos parece que se hizo un abuso frecuente el revisarlos a cada nombramiento de un nuevo Juez o Fiscal, con el correspondiente cobro de derechos e incluso abriendo causa cuando consideraban que alguno no estaba del todo cumplido. A tal fin, el Fiscal daba orden a todos los escribanos de los lugares del Arzobispado y de la ciudad de Sevilla para que presentaran en la Audiencia copia de los testamentos que se habían hecho ante ellos. De esta forma se creaba una inseguridad en los herederos y albaceas, pues en cualquier momento se podía revisar el cumplimiento de un testamento, cobrando derechos por ello y con la posibilidad de abrir una causa.

El Juzgado de Testamentos nunca fue comparable a los otros tribunales, siempre tuvo un poder muy restringido y un aparato administrativo poco numeroso. Pero a partir del último tercio del siglo XVI, en el pontificado de don Cristóbal de Rojas (1571-1580), se produjo un salto cualitativo, las diligencias se multiplicaron, la documentación se hizo mucho más abundante y compleja y la intromisión en las haciendas de los seglares tomó proporciones nunca vistas. Algunas pistas sobre este cambio se encuentran en un memorial enviado por el licenciado Calderón al Arzobispo Niño de Guevara. En él le indicaba algunos de los abusos que se daban en este Juzgado de Testamentos y denunciaba que *ay un Juzgado de Testamentos que jamás tuvo tribunal sino por ser tan tenue, en su casa mirava si el testamento estava o no cumplido y con dos reales que dava la parte despachada se terminaba el asunto.*¹⁸⁶⁴

Nos dice Calderón que el Juez miraba los testamentos en su casa y el asunto se despachaba con el pago de dos reales. Pero desde el pontificado de don Rodrigo de Castro -1580-1600- el juzgado fue subiendo de tono y acumulando poder y prerrogativas. En concreto el memorialista cita como responsable de esto a un tal Gerónimo de Rosales, clérigo y notario, que *lo a subido de puncto de manera que en pocos años ha ganado mas de ocho mil ducados*. El método consistía en dar mandamientos para que se diese traslado al Fiscal de todos los testamentos que se presentaban, y éste fulminaba una causa *quedando el notario heredero del difunto en buena parte.*¹⁸⁶⁵ Para esto enviaba un criado por el Arzobispado con un mandamiento general y con un salario que dependía de la cantidad de pleitos que resultaban. El mandamiento instaba, bajo pena de excomuniación, a dar cuenta al Juez de todos los testamentos que se habían hecho ante notario o escribano en cualquier villa o lugar del Arzobispado.

Y añade Calderón que *esto a sido y es muy murmurado y es muy digno de remedio*. Aunque el memorialista no lo dijese, por razones evidentes, es de suponer que toda la responsabilidad no recaería en el notario, pues éste no podía actuar sino cometido por el Juez, y a su vez éste dependía del Prelado y de los poderes que le otorgaba. Así pues, estamos ante una decisión que, probablemente, emanaba desde arriba y de gran calado, pues suponía el control por parte de la Iglesia de una buena

¹⁸⁶³ A.G.A.S. Sección Gobierno. Legajo 633. “Memorial del Secretario Aragonés”. “Las causas de que a conocido y conoce el Juez de suplicaciones y testamentos”.

¹⁸⁶⁴ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial del licenciado Calderón al Arzobispo Niño de Guevara”.

¹⁸⁶⁵ *Ibidem*.

parte del patrimonio de los legos. El Secretario Aragonés, al hablarnos de las competencias de esta Audiencia, de nuevo se refería al problema de las suplicasiones:

del Juez de testamentos es todo lo que tocara a el cumplimiento de las mandas y legados píos y lo a ello anexo y dependiente, y no se puede entrometer otro juez, y en causas que van ante él en grado de suplicación del juez de la iglesia, como el juez de la iglesia conoce en grado de apelacion quando se apela del juez de testamentos en lo que a conocido en primera instancia, conforme a la costumbre inmemorial que desto ay y a la constitución synodal que lo dispone.¹⁸⁶⁶

Así que, ante él llegaban los pleitos en grado de suplicación -al *Arzobispo* y *Juez de Suplicasiones*- de causas vistas en primera instancia por el Juez de la Iglesia, y las confirmaba o revocaba. Según Aragonés también el Juez de la Iglesia conocía en grado de apelación de las causas que el Juez de Testamentos sentenciaba en primera instancia, conforme a la costumbre inmemorial y a la Constitución Sinodal. Aunque Aragonés siguiera reivindicando la función de apelación, esta ya se venía poniendo en cuestión, entrando en una crisis definitiva en el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval -1571-1580- y cesando a partir del pontificado de don Rodrigo de Castro -1580-1600.

Las protestas se basaban en que, según derecho, no se hacía instancia de apelación en la suplicación de las causas que venían del Juez de la Iglesia, pues todo era un mismo poder y tribunal. Pero lo que verdaderamente terminó con la función de apelación de este tribunal fue el hecho de que algunos llevaron las causas en *vía de fuerza* a la Real Audiencia y la justicia seglar les dio la razón, mandando que el Juez de Suplicasiones no conociese las causas y las remitiese al Juez de la Iglesia. En el último cuarto del siglo XVI ya no hubo más que tres suplicasiones, con lo cual el oficio quedó sólo en ejecutor de testamentos, aunque continuó conservando su nombre de Juzgado de Suplicasiones y Testamentos. Después este Tribunal pasó a denominarse de Testamentos y Obras Pías. Es curioso observar cómo coincide en el tiempo la pérdida de la función de Suplicación, en detrimento de los ingresos por derechos y aranceles, y la intensificación de la intervención sobre los testamentos y la introducción de una nueva función de la apelación de las causas de los obispados sufragáneos.

En efecto, en tiempos del Cardenal don Rodrigo de Castro (1580-1600), el Juez de Testamentos introdujo además un nuevo modo de actuar que consistía en conocer en grado de apelación en las causas de testamentos de los obispados sufragáneos. Y para esto no tenía comisión del Arzobispo, porque toda la jurisdicción pertenecía al metropolitano *universitatem causarum*, y él no la tenía más que para hacer cumplir los testamentos de Sevilla y su diócesis. Así que se dio por nulo todo lo que hizo en grado de apelación. El Secretario Aragonés aconsejaba en su memorial que el nuevo Prelado - don Fernando Niño- fuese informado y enterado de todo esto y *mientras, el Provisor traiga orden de quien ha de hacer este oficio de Juez de Testamentos*.¹⁸⁶⁷

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro -1600- nombraron como Juez de Testamentos a don Iñigo de Villalobos y se repitió la advertencia de que, estando cumplidos los testamentos, ni el Juez ni sus notarios llevasen más derechos. También

¹⁸⁶⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Legajo 633. "Memorial del Secretario Aragonés. Las causas de que a conocido y conoce el Juez de suplicasiones y testamentos".

¹⁸⁶⁷ A.G.A.S. Sección Gobierno. Legajo 633. "Memorial del Secretario Aragonés. Las causas de que a conocido y conoce el Juez de Suplicasiones y Testamentos".

mandaron llamar a capítulo para nombrar Fiscal de Testamentos y nombraron de nuevo al licenciado Antonio García Cano¹⁸⁶⁸. Después ordenaron que se escribiese al visitador Pedro de Santander, que estaba visitando en Écija, para que no se entrometiese en los testamentos y en los alcances pasados, pues parece que también los visitantes revisaban los testamentos antiguos para ver si estaban cumplidos, cobrando sus derechos.

A la discreción de los prelados quedó agregar este tribunal al Juzgado del Provisor *para darle sus aprovechamientos*, o mantenerlo como tribunal independiente. Aunque esto último fue lo más común, al menos hasta finales del siglo XVII. Se ve que los aprovechamientos, es decir, el cobro de aranceles y derechos y los demás cobros extraoficiales, eran un elemento a tener en cuenta en las distintas reorganizaciones y repartos de poder dentro del aparato del gobierno arzobispal. En la sede vacante de don Fernando Niño de Guevara (1609) mandaron al Juez de Testamentos que llevase al Cabildo la relación de todos los oficios de notarios y oficiales que había que proveer en su tribunal y la relación de personas que serían más a propósito para ello y le cometieron las peticiones que habían llegado pidiendo los oficios.¹⁸⁶⁹

Los conflictos entre la jurisdicción real y la eclesiástica por la administración de los bienes de las mandas y memorias pías continuaron, pues la Iglesia progresivamente había pasado a gestionar una buena parte de la hacienda de los seglares y con ello la riqueza del reino. El 12 de junio de 1610 tenemos un caso en el que el Consejo Real dictó una provisión, refrendada por su Escribano de Cámara, Diego González de Villarroel, en el pleito que seguía en Sevilla Felipa Paz de la Serna con Juan de Vega Paz sobre las cuentas de la memoria y obra pía que fundó el difunto licenciado Lorenzo Paz de la Serna, para que el escribano de la Real Audienia, Alonso Gallego, y el Fiscal, licenciado Melchor de Molina, actuaran en defensa de la jurisdicción real.¹⁸⁷⁰

En 1624 hicieron Fiscal del Juez de Testamentos a Sebastián de Utruri y Notario Relator a Juan de Quadros, y de nuevo se repitió la advertencia de que en los testamentos cumplidos no se llevasen más derechos¹⁸⁷¹ y en 1626 de nuevo encontramos los conflictos por la intromisión del Juez de Testamentos en los bienes de los seglares. El 12 de enero el Cabildo de jurados de Sevilla se hacía eco de las quejas de los vecinos porque los jueces de testamentos no esperaban el tiempo de un año que se daba para cumplir las mandas pías de los testamentos y enviaban a sus notarios y ministros vejando, abriendo causas y cobrando costas a los albaceas. El Cabildo se dirigió al Rey haciéndole saber que la Constitución Sinodal del Arzobispado de Sevilla concedió a los albaceas de los difuntos un año para el cumplimiento de las mandas pías de los testamentos y treinta días para mostrar los cumplimientos. Para esto se mandaba a los curas que al final de año anotasen en una memoria los testamentos que se habían hecho en su parroquia y cuando pasase el término el Juez eclesiásticos los haría cumplir. Sin embargo, *de un tiempo a esta parte*, los jueces de testamentos y los notarios:

¹⁸⁶⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287(3). Rodrigo de Castro. 1600-1601.

¹⁸⁶⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. Sede vacante de don Fernando Niño de Guevara, 1609.

¹⁸⁷⁰ A.M.S. Sección I. Archivo de Privilegios. Carpeta 26, 331, Memorias Pías.

¹⁸⁷¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299(4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

luego que enterraban los difuntos en esta ciudad y su arzobispado dan mandamientos y inbiaban mensajeros a sacar memoria de los dichos testamentos y hacían parecer los albaceas causándoles muchas molestias y gastos por no esperar el tiempo que tenían para el dicho cumplimiento ni que el cura ynbiase las dichas memorias ocupando en esto muchos notarios y ministros que otras veces no había en el tribunal de testamentos... y haciendo bexaciones y costas y muchas personas se excusaban de ser albaceas y los difuntos quedaban defraudados.¹⁸⁷²

Otra práctica frecuente resultó ser el dejar a un eclesiástico por albacea para evitar el embargo de los bienes del difunto. Tenemos un pleito en el que el Consejo Real de Castilla condenó al Oidor de la Real Audiencia don García Portocarrero porque en la visita de residencia de Sevilla que se le hizo se encontraron irregularidades y se le condenó el 3 de noviembre de 1632 con una pena por valor de 428.000 maravedíes. Sin embargo, don García murió en abril de 1631, un año y medio antes, y para evitar que sus bienes fuesen embargados por la justicia real dejó por albacea a un eclesiástico, el cura Bernardino Suarez. Frente a las pretensiones de los jueces eclesiásticos, el Fiscal del Consejo Real argumentaba que *hacían notoria fuerza*, contraviniendo la cédula dada por el Consejo y procediendo en la causa, porque pertenecía al juez seglar, ante el que tenían que ser ejecutados sus bienes, y para esto se apoyaba en diversas citas de afamados juristas.¹⁸⁷³ Y esto a pesar de que García de Portocarrero, además de Oidor de la Real Audiencia, era clérigo, pues según los juristas en estos casos podían ser convenidos ante el juez seglar y tenidos por legos, considerándose la causa como cosa profana por tratarse de testamentos.

Porque la sentencia era sobre bienes temporales, y al igual que un clérigo podía ser ejecutado ante el juez seglar por no pagar alcabalas no cambiaba nada por dejar su alma por heredera y por testamentario a un clérigo, pues en estos casos el testamentario y el alma habían de dar cuenta ante el juez seglar. A esto respondía el albacea, el licenciado Bernardino Suarez, que había gastado los bienes del difunto y que no podía pagar la condena, pero el Fiscal argumentaba que aunque los compradores de los bienes no pudieran ser molestados, el albacea quedaba gravado y sujeto y tenía que dar cuenta de lo que recibió en la almoneda y de los gastos que hizo y todo esto quedaba hipotecado y sujeto a la condena y toda la cuenta se había de dar al juez seglar.¹⁸⁷⁴

Otra cuestión en disputa era si con la muerte de don García de Portocarrero cesaba la condena (*quod delicta morte extinguntur*), pero según la doctrina esto no era aplicable a los delitos de residencia o visita por el Juez de oficio, porque en estos casos, aunque se extinguieran las penas corporales, se conservaban las penas pecuniarias y se podía proceder contra los herederos y ejecutar sus bienes, pues se trataba de un delito en

¹⁸⁷² A.M.S. Sección I Archivo de Protocolos. Carpeta 27, 354, “Que el juez de testamentos no apremiase al cumplimiento de ellos antes de tiempo”, 1626.

¹⁸⁷³ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. Colección de Papeles Varios. Tomo 30, Impreso (escrito al marten: aunque deje a su alma por heredera), fol. 102-106. El Fiscal en la cobranza de las condenaciones de la visita de Sevilla con el licenciado Bernardino Suarez, cura de la ighlesia del señor san miguel, testamentario universal del señor don Garcia Portocarrero, y poseedor de sus bienes. Las citas que utiliza son: nam ut dicit Bald. Maxime, nam privilegia et dispoistiones principum habent praesumptio institiae et veritatis et solemnitis ; Domingo Covarrubias, Iulius Clarus, Mexia, Juan Garcia, Farinacio, Bobadilla, Guillermus Benedictus, Vincen Carrotius, Marco Antonio Genuensis, Zaball, Gaspar Rodriguez, Salg.

¹⁸⁷⁴ *Ibidem*. En este caso las citas que utiliza son: Azevedo, Domingo Gragorio Lopez, Juan Gutierrez en un auto del Consejo a la letra de que consta averse asi determinado y ejecutado, Zavallos, D. Covarrubias, Anton. Gom., Bart., Paul. De Castro.

contra de la República. Ante esto, el cura Bernardino Suarez y sus abogados alegaron en los estrados que no constaba el pleito contra don García, ni había cargos, ni traslado de testigos, pero el Fiscal respondía que estaba en el Consejo y por la gravedad de los delitos cometidos por un juez en su oficio se podían pedir y cobrar las condenas pecuniarias de los bienes y herederos del difunto.

El testamento suponía la despedida de la vida terrena y el paso a una nueva vida en la que había que dar cuentas y hacer balance. Se trataba de un documento que seguía unas formas repetitivas y ritualizadas. Hemos analizado algunos testamentos de personajes principales de la época, tanto seglares como eclesiásticos, para describir algunas continuidades y cambios en el discurso religioso sobre la muerte. El testamento más antiguo que hemos revisado se remonta a 1407, y es el de Diego Lopez de Zúñiga, Justicia Mayor del Rey, que comienza con las habituales protestaciones de fe, en la Santísima Trinidad y en la Virgen Gloriosa Santa María. A continuación se refiere a Dios como Creador del mundo y a la muerte como cosa natural que nadie sabe a qué hora le llegará, por tanto cada uno debe estar apercibido para proveer y hacer *las cosas que debe hacer*.¹⁸⁷⁵

Siguiendo con el esquema habitual de un contrato afirmaba estar sano de cuerpo y seso y entendimiento *tal qual dios por su merced me lo quiso dar y temiendo la muerte del qual ninguno puede escapar*. En primer lugar encomendaba su alma a Dios que la creó y redimió con su sangre al cual pedía por misericordia que la llevase de este doliente mundo a la gloria del Paraíso. Su cuerpo quería que lo enterrasen en Valladolid en la Iglesia del Monasterio de la Trinidad en su Capilla Mayor, que él había mandado hacer y que se hiciera según el contrato que había hecho con los frailes del convento. Asimismo mandaba que todos sus hijos e hijas y sus descendientes se enterrasen en las capillas que estaban junto a la Capilla Mayor, donde ordenase su hijo mayor, o quien le descendiere por línea derecha, habiendo nacido de matrimonio legítimo y heredando el Mayorazgo.

Además disponía que se donasen diversos ornamentos para la Capilla, una cruz, cáliz y ampollas, así como dos candelabros que mandó traer de Valencia dorados y esmaltados que dejó en poder del Alcaide de su Castillo, don Gonzalo García de Salazar, para que se lo entregasen al Monasterio de frailes y convento de la Orden de los Cabezaleros, que eran los ejecutores del Testamento. También mandaba comprar paños de oro y seda para hacer ornamentos de vestimenta de capas para la iglesia y Monasterio por valor de 700 florines de oro de cuño de Aragón, con el juramento de no empeñarlo, pues se consideraban obra pía.

En censos dejó 10.000 maravedíes de moneda vieja sobre unas heredades en Valladolid, para que se dijese ciertas misas cantadas y rezadas, y que una de ellas se dijera cada año por los Reyes, Joan y Enrique, su hijo mayor. También dejaba 20.000 maravedíes con la condición de que los frailes pusiesen otros 10.000 para terminar la obra del Monasterio. Asimismo dejaba distintas donaciones a otras iglesias, 200 maravedíes a la iglesia de Santa Olalla, 500 a Santa María de Balbanera, 200 a Santa María de Balgaño, a San Lázaro de Salamanca un cáliz de plata con su patena, y 5.000 florines de oro de los del cuño de Aragón, 2.500 para sacar cautivos cristianos de tierra

¹⁸⁷⁵ A.M.S. Sección XIX. Archivo Familiar de los Ortiz de Zúñiga 1.- Testamento otorgado por Diego López de Zúñiga, Justicia Mayor del Rey, año 1407, (A.M.S. Sección XVI, doc. 23).

de moros con tal de que los cautivos viniesen a Valladolid y que le diesen de vestir a cada uno diez varas de paño pardo y cien maravedíes de limosna, y los otros 2.500 para dotes.

También mandaba que los *cabezaleros* o albaceas mandasen vigiliass y misas y gastasen 500 florines de Aragón para vestir pobres y lo repartiesen entre mujeres pobres vergonzantes según dictasen sus conciencias y que esto se cumpliese el día del enterramiento y durante nueve días. Por último mandaba a sus cabezaleros que si tuviese alguna deuda o queja de alguien la satisficiesen y pagasen y con esta enmienda pedía perdón, y si no estuviesen vivos los que hubiese dañado que se hiciese la enmienda a sus herederos.

Otro testamento que hemos revisado es el del Halconero Mayor del Rey, Alfonso de Zayas, otorgado el 26 de septiembre de 1409 en Écija y que sigue el patrón habitual.¹⁸⁷⁶ El otorgante dice querer preparar su alma y descargar su conciencia y pide ser enterrado con el hábito dominico en la capilla mayor del Monasterio de Santo Domingo, y para ganar perdones ofrece pan y vino y que se dijese 100 misas en la Iglesia de Santa Bárbara de Écija, así como 30 en el Convento de San Francisco, 30 en el de Santo Domingo por las Ánimas del Purgatorio para las personas a quienes tuviere algún cargo, también dejaba dotadas misas por sus padres y un censo de 1.000 maravedíes anuales para decir tres fiestas de remembrance. Este testamento forma parte de la documentación de un pleito de reclamación de la posesión, por parte de la familia de los Zayas, del patronato de la capilla mayor del Monasterio de Santo Domingo de Écija.

El 15 de mayo de 1440 se otorgó otro testamento de la familia Ortiz de Zúñiga, se trataba de Diego Ortiz, el viejo¹⁸⁷⁷, que mandó enterrarse en el Monasterio de San Francisco en la Capilla de San Pedro, donde estaba enterrado su abuelo y su madre, María González. Comenzaba como era la costumbre *en el nombre de Dios Amén y de la Virgen Vendita Santa María su Madre*, y a continuación declaraba que a pesar de estar enfermo del cuerpo estaba sano de la voluntad y buena memoria tal como se la había dado Dios su señor. A continuación afirmaba sus creencias en la Santísima Trinidad tal como todo fiel y verdadero cristiano debía creer, y que temiendo a la muerte como cosa natural de la que ninguna persona de este mundo podía escapar y *porque codiciaba poner su alma en la más llana e libre carrera que podía hallar* para llevarla a la merced de Dios ordenaba con este testamento su cuerpo y su alma y *apaciguaba a sus herederos*.

Mandaba que sus deudas fuesen averiguadas y pagadas, que se enterrase en el Monasterio de San Francisco en la Capilla de San Pedro, y dejaba 1.000 maravedíes para las obras del Monasterio y para la de la Iglesia de San Miguel 500 maravedíes. A la orden de Santa María de la Merced dejaba 1.000 maravedíes para cada cautivo que sacase, a los enfermos de San Lázaro 150 maravedíes, a la obra de Santa María de la Sede de Sevilla para ganar los perdones de la Bula 1000 maravedíes, y el día de su enterramiento se le las hicieran honras, oficios y obsequias que sus albaceas quisiesen *sin oflana ninguna e onestamente*. Después dejaba para sus criadas unas dotaciones para

¹⁸⁷⁶ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. N Tomos 39, 40 Y 41. Nobleza Andaluza, doc. 12.

¹⁸⁷⁷ A.M.S. Sección XIX. Archivo Familiar de los Ortiz de Zúñiga, 2.- Testamento otorgado por Diego Ortiz el Viejo, Sevilla 15 de mayo de 1440; También en A.M.S. Sección XVI, doc. 237.

su casamiento o para entrar en orden, y si muriesen que se lo dieseen al Monasterio de San Francisco. A Catalina 3.000 maravedíes y a Beatriz 1.500.

Por último tenemos el Testamento del Cardenal don Fernando Niño de Guevara, nacido en Toledo en 1541, y otorgado el cinco de enero de 1609 en sus Casas Arzobispales de Sevilla, en el que dejó dotadas 4.000 misas rezadas por su alma.¹⁸⁷⁸ Postrado en su cama intuía la cercanía de su muerte, que se produciría tres días más tarde a la edad de 68 años, y se dispuso a saldar sus cuentas con los vivos, de los que se despedía, y a prepararse para la incierta vida en el mas allá. El 8 de enero, ante el Teniente de Asistente de la ciudad, don Alonso Bolaños, y en presencia del escribano público y del Rey, Francisco de Vera, y de los testigos y albaceas testamentarios, el canónigo de la Santa Iglesia y Oidor de la Real Chancillería de Granada don Pedro de Guzmán, el canónigo doctor Juan Hurtado, el padre Marcos Castillo de la Compañía de Jesús, su confesor, y el señor don Jerónimo de Leyba, su Provisor, se abrió su testamento.

Con él revocaba y dejaba sin efecto cualquier otro testamento o codicilio que antes pudiera haber hecho, y declaraba que era su voluntad que sólo este fuese válido y su última voluntad, declarando que este testamento estaba hecho con indulto y facultad para otorgar poderes concedido por el Papa Clemente octavo y hecho en Sevilla a cinco de enero de 1609. Para cumplir y pagar el testamento y las mandas y legados en él insertos nombraba como albaceas testamentarios, además de los presentes a la hora de su muerte, a los señores conde de Villaverde, su hermano, conde de Arcos, su sobrino, y a don Francisco de Rojas, a quien *afectuosamente pedimos y suplicamos procuren se cumpla nuestra voluntad como nos procuráramos se cumpliese la suya si nos la dexaran encargadas*.

También nombraba por albacea a don Juan de Lasal, Obispo de Bona, *por la gran confianza que tenemos de su persona que nos pagará en esto el amor grande que le avemos tenido*, al padre Esteban de Ojeda, Prepósito de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús de la ciudad de Toledo, al padre Prepósito de la Casa Profesa de Sevilla, al padre Rector del Colegio de San Hermenegildo, al padre Rodrigo Niño, su sobrino, al doctor Francisco Baeza, su Secretario, a todos los canónigos de la Santa Iglesia de Sevilla, a don Gaspar Rodríguez, su Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal, y a don Joan Félix Orozco, su Mayordomo de la Casa Arzobispal, a los cuales les daba poder y facultad para que dispusiesen de todos sus bienes para pagar y cumplir su testamento; declarando que estando todos los testamentarios juntos habían de concurrir la mayor parte de ellos, o por lo menos cinco o seis, y lo que ellos o la mayor parte acordare se guardase y cumpliese.

El Cardenal había hecho unas Capitulaciones con la Compañía de Jesús para que le enterraran en su Casa Profesa de Sevilla. Estas Capitulaciones estaban pendientes de aprobar por el Padre General de la Orden, y el Cardenal pedía que, para su firmeza y perpetuidad, se hiciese y otorgase con escritura pública por el albacea testamentario, las cuales tendrían valor como si hubiesen sido otorgadas por el mismo Cardenal e insertas en el testamento. Para que acordasen las condiciones con la Compañía, y en su nombre con el Padre Provincial, Francisco de Quesada, y con el Padre Prepósito de la Casa

¹⁸⁷⁸ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1, Testamento del Cardenal Guevara.

Profesa, Esteban de Ojeda, daba poder y facultad a los albaceas, de la forma que les pareciere añadiendo o quitando las cosas que fuesen necesarias.

Y lo que se acordare que tuviese la misma firmeza y valor como si fuese inserto y expresado en el testamento; y como el Padre Provincial no tenía poder en cuestiones que afectasen a su Regla e Instituciones, que las Capitulaciones fuesen enviadas a Roma y quedasen originalmente en poder de su Secretario de Cámara, don Francisco Baeza. En caso de que el concierto con los Padres de la Compañía, conforme a las Capitulaciones, llegase a buen puerto, *como yo lo espero con mucha caridad y amor grande*, nombraba como heredero universal al Colegio de San Hermenegildo de la Compañía de Jesús de Sevilla, para que cumplido y pagado todo lo contenido en el testamento fuese dotado de todo el remanente de sus bienes muebles y raíces, juros y acciones, con las condiciones que quedarían en un memorial firmado por el Cardenal y el padre Esteban de Ojeda, al cual se refería en las Capitulaciones.

Acababa de expirar el Cardenal hacía sólo una hora cuando el Teniente de Asistente tomó el testamento en sus manos y lo examinó, comprobó que estaba *sano, entero, zerrado y sellado e careciendo de toda torpeza* y a continuación mandó al escribano que diese testimonio de cómo el testamento era el mismo y auténtico que ante él y los testigos otorgó el Cardenal hacía tres días. Después, los escribanos comprobaron las firmas y dieron fe y juraron ante la cruz que era el auténtico testamento del Arzobispo muerto. Más tarde, el Teniente de Asistente mandó que el escribano público diese fe de cómo don Fernando estaba muerto, y a tal fin que *viese por vista de ojos el cuerpo del Cardenal*. El escribano dijo que *vio por vista de ojo el cuerpo del Cardenal... que estaba muerto e pasado desta presente vida*. Finalmente el Teniente mandó que el escribano público abriese y publicase el testamento con las solemnidades del derecho. A tal fin lo abrió y se lo entregó al escribano, haciendo saber que los albaceas testamentarios y personas interesadas podían sacar traslados y testimonios del documento.

En todo el proceso el Teniente de Asistente ordenaba las diligencias, interponía su *autoridad e decreto judicial*, dirigiendo la representación de esta ceremonia de burocratización de la muerte. El testamento comienza con las invocaciones de costumbre, de la Santísima Trinidad, de la Bienaventurada Virgen y de los Gloriosos Apóstoles, y con alguna de carácter más personal: del Gran Patriarca y Seráfico Padre *Nuestro San Francisco, a quien desde que nacimos tenemos por especial patrón y abogado de los santos y santas de la corte celestial*.

El Cardenal declaraba que, estando enfermo en la cama y en su entero juicio y entendimiento, y temiendo como cosa natural y razonable que *cualquier cristiano tema e procure estar prevenido para el fin, y por que nuestro señor a de ser servido de llamar desta presente vida*, otorgaba el presente testamento. Así pues, el testamento nacía de una prevención, del temor natural que produce sentir próximo el fin. Estar prevenido para la muerte implicaba realizar una serie de actos, primeramente confesar y dar testimonio de fe, reafirmando pública y notarialmente las creencias. Y estas creencias no podían ser otras que las que las que:

cree la santa iglesia de roma y lo que los sumos pontífices vicarios de Jesucristo en la tierra y sucesores del apóstol san pedro legítimamente elegidos an establecido y decretado y lo que los santos padres congregados por el espíritu santo y alumbrados

por el santo concilio general admitidos y confirmados por la santa sede apostólica y últimamente en el de Trento an definido".

Después protestaba vivir:

todo el tiempo que nuestro señor fuere servido darnos de vida y... quando lo fuere de sacarnos della y si por nuestros pecados o por la gravedad de alguna enfermedad permitiere nuestro señor que me falte antes de morir el juicio, e con la falta del dixeremos o hiciéremos alguna cossa contraria a esta confesion, protestamos que aquello será con falta de juicio y entendimiento por que como nuevamente es dicho nuestra intención y deliverada voluntad es vivir e morir como fiel católico....creyendo y sintiendo siempre de la fe católica de la forma y manera aque avemos dicho y la iglesia católica de rroma lo siente confiesa y enseña y con este presupuesto y firme fundamento.¹⁸⁷⁹

Era el momento del tránsito y el Cardenal se preparaba para el viaje más incierto. La prevención y el re-aseguramiento se basaban en la fe, en la sólida creencia, como elemento que podía mantener firmes los soportes de la esperanza para obturar el miedo y la inseguridad ante el momento supremo del fin. Pero la fe podía flaquear, de aquí esa reafirmación frente a la última tentación, aquella que se achaca a los pecados, a la gravedad de la enfermedad, o a la pérdida del juicio. Pero ¿que podría significar que *dixéremos o hiciéremos alguna cosa contraria a esta confesión*? ¿Acaso temer en el último momento la pérdida del control y la rebelión negadora de la fe? A un buen cristiano se le pedía el acatamiento de todas las decisiones divinas, incluso las de las más graves, como era la disposición para el fin de su vida. La tentación que cabía imaginar en un cristiano moribundo era rebelarse contra la muerte, ese ineludible mandato divino. Frente a eso sólo cabía un alegato de obediencia y afirmación de *deliberada voluntad de vivir y morir como fiel católico*.

Seguidamente encomendaba el alma a Dios y suplicaba piedad, misericordia y perdón por tantas:

e tan grandes ofensas e pecados como contra su divina majestad hemos cometido por las cuales confesamos e que avemos muchas veces merecido la punición y castigo eterno si como padre de piedad y misericordia no nos uviera librado y guardado y ayudado con muchas inspiraciones y auxilios particulares que avemos tenido.¹⁸⁸⁰

El Cardenal reconocía el castigo merecido, la naturaleza pecadora del hombre, y dejaba en manos de Dios, de su misericordia infinita, su salvación y la vida eterna. Pedía perdón a Dios por las faltas y grandes defectos que había cometido en el gobierno de la Iglesia, pues confesaba *según nuestra insuficiencia e descuydado abran sido muchas*. Suplicaba al Señor le perdonara los *defectos, culpas y negligencias cometidos contra Su Majestad en la administración y gobierno de la Iglesia*. Se arrepentía de las ofensas que pudiera haber cometido y sobre todo de que, *por su falta de salud y otras ocupaciones*, no había salido en persona a visitar el Arzobispado, aunque lo había deseado mucho. Para la reparación de estas culpas había hablado con el padre Esteban de la Compañía de Jesús y con el Provincial Francisco de Quesada. Es de suponer que el

¹⁸⁷⁹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1, Testamento del Cardenal Guevara.

¹⁸⁸⁰ *Ibidem*.

confesor del Cardenal, el padre jesuita Marcos Castillo, había tenido un papel fundamental en la gestión del perdón y la reparación de las culpas del Cardenal en forma de Capitulaciones con la Compañía de Jesús, y en la decisión de dejar al Colegio de San Hermenegildo como heredero universal del Arzobispo.¹⁸⁸¹ La simpatía del Cardenal por los jesuitas se evidencia en su testamento. Si la Compañía representaba el más alto grado de firmeza en las creencias de la época, puesto de manifiesto con el ejemplo de vida de sus miembros, se entiende que en el momento supremo de la muerte se la eligiera como intercesora en el destino del alma y como guardiana de los bienes terrenos.

Confiaba que la piedad del Padre le librara del pecado, y mostraba infinito agradecimiento, humildad y reverencia para suplicar que

no sea esto para mayor condenación nuestra, que El no permita dexándonos de su bendita mano le podamos perder, de suerte que la muerte nos tomase deste mal estado, sino que hasta el fin nos socorra, ayude, y nos dé su divina gracia para que de aquí adelante no lo ofendamos mas en pensamiento, palabras, y obras y si con la fragilidad umana desfalleciéremos en alguna tentación, nos de gracia para que nos arrepintamos y hagamos verdadera penitencia y no permita se aya derramado su divina sangre por nosotros en vano.

Todo para, en el último y decisivo momento, no perderse de la mano de Dios y de su divina gracia, pues estaba en juego nada menos que la vida eterna. De nuevo se reitera el temor al *desfallecimiento en alguna tentación* en los momentos finales de la agonía, como si el momento del tránsito fuese crucial, y toda una vida entregada a una causa pudiese perderse en una última debilidad.

Después de encomendar su alma al Padre entregaba su cuerpo a la Tierra, *Madre de la que había sido tomado*, y mandaba sepultarlo en la Capilla Mayor de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús de la Purísima Concepción de la Madre de Dios de la ciudad de Sevilla. Disponía que el aderezado del cuerpo fuese como se solía hacer para quitar el *mal olor*. Que se vistiese su cuerpo con el hábito y el cordón de su padre San Francisco encima del pontifical, como lo mandaba el ceremonial romano. Que se pusiese en una caja decentemente aderezada *como oviese de ir el cuerpo en el aposento de nuestras casas e moradas*, llevándose en unas varas de litera, cubierto el ataúd con un paño de recio pelo morado y forrado por dentro y por fuera de terciopelo morado, acompañándose de algunos padres de la Compañía y religiosos de San Francisco y de otras órdenes, y de algunos criados del Arzobispo, los que pareciere a los testamentarios. Y después de llevarlo por las calles, que lo depositaran encima de alguna tarima cubierta con un paño de luto. Dejaba al parecer de los testamentarios la cera y mandaba que se pusiesen dos altares a los lados para decir las misas que *más cómodamente se pudiesen decir*.

A la entrada del lugar donde se hubiese de parar con el cuerpo, si fuera verano saldría la cruz y clérigos de la iglesia donde hubieren de parar a recibirle, se bajaría el cuerpo de las varas y lo meterían a hombros con hachas encendidas, diciendo en la iglesia un responso. Antes de comenzar a caminar dirían los religiosos y capellanes que acompañasen el cuerpo, juntamente con los clérigos del lugar, una misa cantada con responso, y todas las misas rezadas que ellos pudiesen decir; pidiendo y encargando que

¹⁸⁸¹ A.P.N.S. Legajo 12.672, año 1610, fol. 1165.

encomendaran mucho a nuestro señor así en los sacrificios como en el camino, yendo alrededor del ataúd rezando con mucha devoción y compostura, y los pajes llevarían las hachas encendidas que pareciera a los testamentarios para alumbrar el guión en las entradas y salidas de los lugares principales. Se quejaba de no ser enterrado en su Iglesia:

por que aviéndonos de enterrar fuera de nuestra iglesia... por algunas justas causas u razones no sin mucho sentimiento y dolor nos consolaremos mucho con que ante que el cuerpo se ponga en la Capilla de la Compañía donde uviere de estar passe por nuestra Yglesia Catedral rogamos y pedimos por merced a los señores Deán y Cabildo nuestros muy caros y amados hermanos a que si fuere posible y les pareciere que no hay inconveniente llevando el cuerpo a nuestra Santa Iglesia y poniéndolo en medio de los dos coros donde el Cabildo diga la vigilia y missa de cuerpo presente que digan las misas rezadas que se piden en el testamento y que por ello se de la limosna que pareciere a nuestros albaceas testamentarios...y pareciendo que sea mucho trabajo hazer esto y el enterramiento todo junto antes de comer...juzgando el Cabildo otra cosa....lo dejamos libremente a su parecer y voluntad no poniéndoles delante más que nuestra deboción y desseo de despedirnos desta manera de nuestra iglesia.

Las relaciones entre el Cabildo sevillano y sus prelados nunca fueron buenas. Don Fernando Niño no se significó por sus excesivos enfrentamientos con los beneficiados de la Catedral, aunque se preocupó por reformar algunas costumbres y defectos personales de los canónigos. En especial actuó contra el abuso que se cometía en el nombramiento de suplentes y coadjutores. Esto puede ser suficiente para explicar el desencuentro que se expresa en el texto.

Así que, antes de ser llevado a la Casa Profesa de la Compañía, pedía que su cuerpo pasase por la Catedral, y dejaba a la libre disposición del Deán y Cabildo las honras como se acostumbraba en la Santa Iglesia, rogando y pidiendo por merced

como con el encarecimiento e instancia que podemos... si bien se cumpla en las ceremonias externas con las dignidades se haga con mucha moderación y sin pompa ni banidad alguna...enderezando todo lo que se hiciere a ofrecer a dios muchas oraciones y sacrificios y suplicar con ellas aya piedad de nuestra alma y perdone nuestros pecados que contra su divina majestad avemos cometido.

Después, ya en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, mandaba que se dijieran los nueve días siguientes misa cantada con su vigilia, dejando la limosna al parecer de los albaceas; los padres del convento de San Pablo dirían las misas el primer día, el segundo día los del convento de San Francisco, el tercero los de San Agustín, Nuestra Señora del Carmen el cuarto, el quinto los de la Santísima Trinidad, el sexto en el convento de la Merced, el octavo en el de los Remedios (no hay séptimo), y el nono en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús.

Las misas las dejaba a la disposición del Padre Provincial. Para evitar la multiplicidad de oficios *que suelen ser impertinentes*, pedía a los religiosos que fuesen a hacer los oficios que excusaran cuanto fuese posible *banidades y serimonias exteriores atendiendo solamente a cumplir con nuestra intención que es que se ofrezcan a nuestro señor estos sufragios con mucho espíritu y devoción pidiendo aya piedad de nuestra alma perdonando nuestros pecados*. Sugería que para cumplir con la ceremonia en semejantes casos se solía guardar en la Capilla Mayor una tumba *umilde cubierta con*

un paño de terciopelo y alrededor la zera, dejándolo a la discreción de sus testamentarios.

En estos nueve días siguientes a la muerte dispuso que se diese de comer a costa de su hacienda a los pobres que acudieren a la Casa Profesa siempre que no excediesen de *ciento poco más o menos y la comida será moderada*. A las mujeres se les daría fuera alguna limosna de pan cocido y dineros, siempre que no excediesen de cien, y el pan se tomaría de las trojes arzobispales de la ciudad. También mandaba que se repartiesen entre viudas, huérfanos y mujeres pobres cien ducados de limosna cada día, de modo que se controlase que quien participara un día no se le diese más y que al que dieran la limosna *nos encomiende a dios*.

En caso de que no se concertase la fundación con la Casa Profesa de la Compañía de Jesús mandaba que su cuerpo fuese depositado en la Capilla Mayor del Monasterio de San Pablo de la ciudad de Toledo. Todo lo que tocaba a la fundación de la Casa Profesa, y lo que se había de guardar en el enterramiento, quedaba revocado en caso de que su cuerpo se llevase a enterrar a Toledo. En ese caso mandaba que se diese una limosna de 200 ducados a la Casa Profesa de la Compañía de Jesús de Sevilla, como compensación. Y efectivamente, aunque enterrado en la Casa Profesa, tres años más tarde sus familiares trasladaron sus restos al convento de San Pablo de Toledo, donde yacían sus antepasados.

En este caso mandaba que el vestido de los pobres que debían llevar las hachas en el entierro, los mantos de las mujeres, y los cien ducados que mandaba dar durante los nueve días que durasen las exequias a las viudas, huérfanas y mujeres pobres vergonzantes y necesitadas, se diesen en Toledo. En todas estas limosnas de mantos y vestidos para los pobres que debían llevar las hachas, ordenaba que fuesen preferidos los de la parroquia de San Lorenzo, por haber nacido allí y criado en ella, y tener las Casas Principales de su Mayorazgo. Y si faltasen pobres en esa parroquia se repartiría la limosna entre las demás de la ciudad de Toledo. Pues además de la fidelidad familiar estaba el sentimiento de pertenencia al lugar, la parroquia, la iglesia y la Casa símbolo del linaje.

También dejaba a la señora Priora y Convento de San Pablo de Toledo 300 ducados de limosna para que encomendaran su alma a Dios, pidiendo que se acordaran del gran amor y devoción que siempre tuvo con su santa y sagrada religión, siguiendo en esto lo que hicieron sus padres y hermanos. Y de sus rentas que se les diese otros 500 ducados al año para ayuda de sus necesidades, con cargo de que habían de estar obligadas a decir las vigiliass y aniversarios siguientes:

- 1) Todos los años *para siempre jamás* después de su fallecimiento una vigilia por la tarde y una misa con su responso por su alma al día siguiente.
- 2) Un día después de la conmemoración de los difuntos se debía decir otra vigilia y el día siguiente misas y respuestas sobre la sepultura por su alma y la de sus padres, abuelos y hermanos, y las demás personas a quien tuviera alguna obligación.
- 3) Todos los 4 de enero en la tarde, que fue el día en que falleció Rodrigo Niño, su *padre y señor*, se debía decir una vigilia y al día siguiente una misa con su responso por su alma.

- 4) Todos los 14 de septiembre en la tarde, día en que murió su *señora y madre*, doña Teresa de Guevara, se debía decir otra vigilia y al día siguiente otra misa con responso por su alma.
- 5) Todos los 2 de enero, día en que murió don Juan Niño de Guevara, conde de Añover, su hermano, se debía decir otra vigilia y al día siguiente misa con su responso por su alma.
- 6) Los domingos de la septuagésima en la tarde, otra vigilia y al día siguiente una misa por el alma de sus abuelos, ascendientes, hermanos y deudos, y las demás personas a quien tuviere alguna obligación.

En todos estos aniversarios se debía poner en el convento alrededor del túmulo algunas hachas que ardiesen mientras durase la vigilia y misa, y que tañesen las campanas con sus *clamores acostumbrados*.¹⁸⁸² A las vigiliass y misas asistirían el Capellán Mayor y capellanes de su Capilla diciendo las misas, vistiéndose de diácono y subdiácono, y en la tarde antes, que el Preste, Diácono y Subdiácono tomasen para la vigilia pluvial y almáticas.

En caso de enterrarse en Toledo era su voluntad que su cuerpo fuese depositado en la Capilla del Monasterio de San Pablo perteneciente a su familia, y aumentar y mejorar las capellanías que estaban dotadas y fundadas en la Capilla, dejando rentas para que en los seis días de aniversario se diese alguna limosna de trigo, vino y carneros para las monjas. Todo lo encargaba a los testamentarios y albaceas para que dispusiesen el aumento de las capellanías y las limosnas y ofrendas, y para ello les daba comisión y poder para que lo ordenaran y dispusieran, imponiéndoles a los capellanes las cargas y obligaciones que les parecieren.

En los días en que murieron sus padres y otros deudos estaban dotadas en la Capilla de San Pablo vigiliass y misas, así que disponía que si coincidiesen con las que dejaba mandadas en su testamento que los albaceas lo vieses y compusiesen con la priora y monjas del convento, y si fuese necesario que se trajese de Su Santidad licencia para mudar a otros días las vigiliass y aniversarios, de suerte que se dijessen las unas y las otras, y no perdiesen los difuntos los sufragios que tenían mandados.

Todo el trigo que quedase en las trojes del Palacio y Casas Arzobispales, siempre que no excediese de mil fanegas, apartando lo que fuese necesario para sus criados, se repartirían entre los monasterios de frailes, monjas y religiosos pobres, y si quando muriese no hubiese trigo en las trojes o no hubiese más de mil fanegas, mandaba que de la renta que le pertenecía del año siguiente se diese la limosna de lo que debían entregar los arrendadores de los diezmos pontificales.

Al monasterio de San Francisco dejaba 200 ducados, a los frailes de Nuestra Señora de Loreto 100 ducados, a las carmelitas descalzas 50 ducados, a las descalzas franciscas otros 50, a las monjas mínimas de Toledo 50 ducados, y al Monasterio de Nuestra Señora la Real otros 100 ducados. A todos encargaba que le encomendaran a Dios, y para cumplir y pagar el testamento, mandas y legados en ella insertos mandaba que de su Recámara se vendiese lo que hubiese, incluidos los bienes muebles y raíces, derechos y *acciones* que a su muerte hubiese dejado, y se empleasen en comprar juros de a 20.000 maravedíes el millar, *los más bien parados que fuere posible*, y que se diese

¹⁸⁸² A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1, Testamento del Cardenal Guevara, fol. 13.

de limosna al Colegio de San Hermenegildo de la Compañía de Jesús de Sevilla 500 ducados de renta, en reconocimiento del amor que le había tenido a la Compañía y particularmente a la Santa Casa de San Hermenegildo, encargándoles lo encomendasen a Dios en sus oraciones y sacrificios.

Para obras de caridad y mandas pías por la intercesión de su alma, mandaba dar 4 reales de limosna a 50 pobres *viejos y honrados* en el día de su muerte, un vestido a cada uno de paño blanco como el que se solía dar a los pobres el *día del mandato*, con una ropa larga, capote, medias calzas, caperuza, zapatos y una camisa para que fuesen en el entierro e hicieran ruego a Dios por su alma.

Para el día de su entierro dejaba dotadas otras tantas obras de caridad. Que se le diese a cien mujeres honradas un manto a cada una y un ducado de limosna para que *nos encomienden a Dios... por que estamos informados que en esta ciudad hay mujeres honradas que por no tener mantos no van a las misas*, y a los presos de la cárcel les dejaba 500 ducados para que se soltaran, de los que estaban presos por deudas, los más que se pudiesen, siempre que no tuviesen otros delitos más graves. Y que se procurara que se soltaran los presos lo más pronto posible

por la esperanza grande que tenemos de Nuestro Señor y de su gran piedad en misericordia que así como por su amor sacamos con nuestros bienes y hacienda de la cárcel e prisión en que están estos pobres así será servido de librarnos con este sufragio de las penas del purgatorio si acaso estuviéremos en él.

Con esto parecía establecer una relación entre el plano escatológico y el terrenal, así como los presos estaban purgando sus pecados en la cárcel como resultado del juicio de los hombres, su alma se hallaría en el Purgatorio expiando los pecados para llegar a ese Juicio Final del que dependía la salvación. Mostrando benevolencia con los presos de la cárcel pretendía conseguir la misma para su alma en el Purgatorio.

Y por la misma razón mandaba que se diese a los padres de Nuestra Señora de la Merced dos mil ducados para redimir cautivos de Berbería, prefiriéndose los del Arzobispado de Sevilla si hubiesen en esa cantidad, y si no que fuesen del Arzobispado de Toledo, del Obispado de Cuenca, donde fue Arcediano de Moya en su Catedral, o del de Zamora, Córdoba, Canarias, Salamanca o Ciudad de Antequera *a donde hemos tenido alguna renta eclesiástica*. Pues en la lógica de las jefaturas distribuidoras o proveedoras las rentas deberían revertir en forma de limosnas en aquellos lugares donde se habían obtenido. Y que fuese a los más necesitados y que tenían más peligro de renegar y apartarse de la santa fe. Al final del testamento se vuelve a insistir que la limosna de los pobres y los cautivos se diese lo más pronto posible sin mudar ni alterar cosa alguna.

Tampoco se olvidaba de las personas a su servicio en Palacio. Mandaba que se les entregase a los criados que tuviesen *ración y quitación* del Cardenal al tiempo de su muerte el luto de paño que a sus albaceas pareciere. Y que se les diese de comer después de su muerte, así como su salario, de la misma forma que se les daba durante su vida, y en general que se les diese gratificación y sueldos a los criados según lo que pareciere a los albaceas.

Después pasaba al capítulo de las misas, tanto por su alma como por la de sus deudos y personas con las que tenía algún compromiso. Mandaba que el día de su

fallecimiento, si fuese hora, y si no en otro día, se dijese 50 misas en altares privilegiados; y repartidas por las parroquias y monasterios de la ciudad otras 400 misas rezadas por su alma. Las otras 4.000 misas funerales que mandaba decir las daba a las parroquias en su cuarta parte, repartidas mil los días que estuviese el cuerpo en Sevilla antes de caminar y por el camino, y las demás se dirían en Toledo. Y las misas que mandaba decir por el Papa Clemente y los demás también se dirían en Toledo. Varias veces en el testamento insistía en que estas misas se dijese *lo más presto posible*, tal era la urgencia que sentía por los sufragios por su alma. Suponemos que las misas dichas en el día de la muerte y en los nueve siguientes afectarían al momento del tránsito y tendrían un efecto inmediato sobre el perdón de sus pecados y su paso por el Purgatorio, mientras que las de aniversario tendrían una función adicional: la pervivencia de la memoria y la victoria sobre la última y definitiva muerte, el olvido.

En agradecimiento a las personas de las que había recibido alguna merced en su carrera eclesiástica, así como a sus deudos y familiares, dejaba dotadas, *por la santidad de Clemente Octavo de felice recordación* cien misas, pues *de su mano recibimos el capelo cardenalicio que nos dio y otros muchos favores que nos hizo el tiempo que recibimos en su Corte*. Sabemos que este Papa, que lo hizo Cardenal en 1596, lo estimó en sumo grado y, según Ortiz de Zúñiga, al despedirlo se lo manifestó diciendo: *con ser nuestro poder tanto, no podemos hacer de un Cardenal Guevara dos, uno que se quedase en Roma y otro que pasase a España*.¹⁸⁸³ También dejó dotadas otras cien misas por Paulo V *si fuere vibo para que Dios le tenga de su bendita mano*.

Por el alma del rey don Felipe II dejaba otras cien misas, *por la mucha y grande merced que de su majestad fue servido de hacernos en 26 años que le servimos de oidor en su Real Consejo y en la Presidencia de la Chancillería de Granada*. Efectivamente Felipe II lo nombró para Oidor en Valladolid en 1570, en 1580 lo ascendió al Consejo Supremo de Castilla y después lo hizo Presidente de la Chancillería de Granada y Embajador en Roma. Por Felipe III, suplicando a Dios que guardase a su Majestad y le diese tanta salud y larga vida *como la cristiandad a menester*, dejaba otras cien misas. Con este Rey fue Inquisidor General en 1599, de su Consejo de Estado y después Arzobispo de Sevilla en 1601.

También mandaba dotar otras cien misas por el alma de sus padres los Marqueses de Tejada, don Rodrigo Niño y doña Teresa de Guevara, y otras cien por el alma de sus *señores abuelos* paternos, Juan Niño y doña Aldonça Zapata, y maternos, don Pedro Vélez de Guevara y doña Constanza de Guevara. Doña Aldonça, su abuela paterna, había fundado un convento de monjas carmelitas descalzas en su villa de Cuerva, y don Fernando y su hermano, el conde de Añoveros, le prometieron 2.000 ducados de limosna en sus testamentos cada uno de ellos. El Cardenal había pagado la parte de su hermano tras la muerte de éste, y ahora mandaba que se pagasen los otros dos mil, eso sí pidiendo que a cambio las monjas carmelitas pidiesen por su alma *acordándose de la devoción que avemos tenido en su santa casa nos encomiende a Dios*.

Por el alma del Patriarca don Fernando Niño, su tío, dejó otras cien misas, y otras tantas por la del Cardenal don Diego de Espinosa, *por aver dado principio a nuestro acrecentamiento proveyendonos en la plaza de oidor de Valladolid siendo él Presidente del Consejo*. También dejaba dotadas cien misas por el alma de su difunto hermano don

¹⁸⁸³ (Ortiz de Zúñiga).

Juan Niño, conde de Añover, y doscientas por el alma de sus hermanos y hermanas, deudos y personas *a quien tuviéremos algún cargo u obligación*. Asimismo recordaba a don Diego Ramírez de Haro, que fue Obispo de Cuenca y fundador del Colegio Mayor de Santiago, donde fue colegial y se graduó en Derecho, al que dejaba otras cien misas por su alma y por la de los colegiales que habían muerto desde que se fue.

Al Colegio Mayor de Salamanca, donde también había sido colegial, le dejó 300 ducados, en reconocimiento de que *todo el ser y autoridad que Dios se a servido darnos le devemos al que nos dio el avito que en aquella santa casa tuvimos tres años y medio poco más o menos*, suplicando al señor Rector y colegiales que se acordaran de rogar a Dios por su alma.

En la Catedral de Sevilla también dejaba algunas mandas pías cuyos beneficiarios eran *nuestros muy caros y amados hermanos* el Deán y Cabildo. Pedía le perdonaran el ser tan corto *que por no tener otras muchas cosas con que cumplir no nos avemos podido alargar más*¹⁸⁸⁴. Y prometía que si Dios le diese más años de vida y tuviese alguna hacienda más, gratificaría con más liberalidad a su *esposa* la Santa Iglesia de Sevilla. También dejó dotada en escritura pública con 30.000 maravedíes de renta, situados sobre unas casas que mandaba comprar y entregar a *nuestros amados hermanos* el Deán y Cabildo, una fiesta en la Santa Iglesia Catedral para el Bienaventurado y Seráfico Padre San Francisco *por la gran beneración que toda nuestra vida hemos tenido con él*; y a tal fin pedía y suplicaba por merced que el Deán y Cabildo en aquel santo día por siempre jamás fuesen en procesión y dijese en la Catedral misa y sermón de primera dignidad, y víspera en la tarde de antes.

También dejaba dotado un aniversario *en cada un año por siempre jamás* para que se dijese en la Santa Iglesia la tarde antes del día *en que el señor fuere servido de llevarnos desta presente vida*, una vigilia solemne con su responso, y el día siguiente misa por su alma, poniendo túmulo y cera y estando las campanas en la forma acostumbrada. Para dotar este aniversario y mantenerlo a perpetuidad mandaba que se comprasen una o más casas con 20.000 maravedíes y se entregase su posesión con sus escrituras al Deán y Cabildo. Y para la celebración solemne de las ceremonias de misas disponía candeleros grandes de plata dorada y esmaltados en oro, con vinagreras y salvillas de lo mismo, así como las dos fuentes de plata y dos aguamaniles que le dio su sobrino don Pedro Niño, que los había recibido del rey de Francia, una labrada de *zizel* y la otra labrada de *mazonería*.

Y por último, tras pagar las misas, los acreedores y las limosnas, con el remanente de sus bienes y rentas mandaba establecer un Patronato en Sevilla para repartirlo a los pobres de la ciudad, hombres y mujeres, como sus herederos universales. Y que se celebrase el domingo infra octavas de la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, dejándolo al parecer del Deán y Cabildo *nuestros muy caros y amados hermanos*, a los que nombraba patronos y administradores perpetuos de la Obra Pía. Por el trabajo que tendrían en la administración de la hacienda y Obra Pía les dejaba la sexta parte de la renta que tuviere el Patronato, y les pedía y suplicaba que se encargasen de él y le administrasen con el cuidado y diligencia que *yo se administran todas las demás Obras Pías que tienen a su cargo*. Añadía que si no quisiesen encargarse de este Patronato dejaba la administración al Padre Prepósito de la Casa Profesa de la

¹⁸⁸⁴ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1, Testamento del Cardenal Guevara, fol. 13.

Compañía de Jesús y a los padres priores de las Cuevas y de San Jerónimo el Real de Sevilla. Este dato abunda en la idea de unas relaciones no muy amistosas entre Prelado y Cabildo Catedral, a pesar de los eufemismos, claramente excesivos y compensatorios, de amistad y cariño.

Finalmente pasaba revista a las deudas que dejaba. Para ir a Roma impuso un tributo de tres millones de maravedíes y seis mil el millar, que lo tomó del doctor Arias y del que se debían todavía a Ambrosio Spínola, como cesionario del doctor Arias, y a doña Isabel de Zepeda, como cesionaria de Ambrosio de Spínola, un quento y 12.500 maravedíes. Ahora mandaba que si a su muerte no estuviese redimido el censo, que se redimiese y pagase de sus bienes y hacienda con los réditos que se debieren.

También a favor del doctor Arias se impusieron de este censo 5.000 ducados de principal, de los cuales a primero de enero de 1605 se redimieron 937.500 maravedíes y en 29 de marzo y en 13 de junio de ese año se redimieron otros 900 ducados, de lo cual había escritura de redención que estaba en la Contaduría Arzobispal. Deduciendo estos pagos del principal de 5.000 ducados todavía se debían 600.000 maravedíes, de los cuales se dedujeron 244.000 de una cuenta que se hizo con el doctor Arias, por una fianza que la Mesa Arzobispal hizo con un Alguacil de la Mesa. Como resultado de la deuda quedaban pendientes 350.000 maravedíes, que mandaba que si no se hubiesen pagado en vida se pagasen con sus réditos tras su muerte.

Por algunas necesidades que avemos tenido tomó de la ciudad de Sevilla en el mes de noviembre de 1605 cinco millones y 168.200 maravedíes a censo, a favor de los acreedores siguientes:

- 1) De doña Elvira Ponce de León, viuda de Martín Álvarez de Orozco, difunta, vecina de Utrera, dos quentos y 543.200 maravedíes a razón de 14.00 el millar.
- 2) De Gaspar de Turriaga, vecino de Marquina, en el Señorío de Vizcaya, 650.000 maravedíes a razón de 14.000 por millar, este censo estaba ya redimido (pagado).
- 3) Del Hospital de las Cinco Llagas un quento y 865.000 maravedíes.

Mandaba que si no estuviesen redimidas todas estas deudas en el momento de su muerte se pagaran a los acreedores con sus intereses. Declaraba además que para pagar 20.000 maravedíes que el Conde, su hermano, y él estaban obligados a pagar de la dote de doña María de Mendoza su mujer, mandó a don Gaspar, Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal, que comprase de los diputados del Banco de Pedro de la Torre Espinosa y compañía un juro de 371.900 maravedíes del que se sacó *premio y caveza* de doña María de Mendoza, a quien se le entregó.

Después se obligó el Mayordomo de la Mesa Arzobispal, don Gaspar, y a Miguel Polo, como su fiador, a pagar cinco millones y 947.125 maravedíes a cuenta de lo que costó el juro, de ciertos tributos que se le debían al Banco, con los *corridos* desde primeros de enero de 1605. De ellos había redimido el Tesorero de la Mesa Arzobispal la parte tomada a los cesonarios de don Pedro López Puertocarrero, Marqués de Alcalá, y quedaban por redimir dos millones y 765.325 maravedíes y sus corridos, que se pagaban al doctor Diego de Villanueva Zapata. Ahora mandaba que se redimieran y pagasen de la Hacienda del Cardenal el principal y los réditos de dicho tributo hasta el

día de la redención. También mandaba pagar con la mayor brevedad posible todas las decursas de las pensiones que debiera al tiempo de su muerte, igualmente de lo que se debiere del Subsidio y Excusado, y a los herederos de don Francisco de los Ríos, vecino de la ciudad de Soria, 600 ducados que por mano del licenciado Lupi, siendo Relator de la Chancillería de Valladolid, le prestó.

Y finalmente terminaba diciendo que si apareciere cualquier otra deuda además de las declaradas en este testamento que diesen cuanto se debiera, y se guardase, cumplierse y pagase de su hacienda, sin pleito alguno, declarándose los libros de la Contaduría de la Mesa Arzobispal como prueba válida de estas deudas.

Todo un despliegue ceremonial de despedida de la vida, de cumplimiento de compromisos adquiridos y de preparación para la muerte. Al tiempo que se despedía se desprendía de todas sus riquezas dejándolas a todos los que alguna vez le habían concedido algo, ya fuesen mercedes o rentas. O bien las entregaba a la caridad, ese acto de reconciliación con Dios y con la comunidad por el cual todos los dones recibidos revertían finalmente en ella. Los aniversarios debían además perpetuar *por siempre jamás* su memoria, pues era la forma más humana y mentalmente imaginable de la inmortalidad, el recuerdo, la memoria como forma de vencer a la muerte, cada aniversario, cada víspera, cada misa por su alma, pretendía perpetuar su vida en la memoria de los otros. En los testamentos la aparente renuncia y despedida de los bienes mundanos, la generosidad desprendida con la que el otorgante se liberaba de sus riquezas, ocultaba en realidad el último jalón del egoísmo humano pues suponía la inversión de la hacienda en lo único posible en ese trance: el alma. De aquí que toda cesión de bienes o dinero fuese acompañada del correspondiente *suplicando rueguen a Dios por mi alma* o bien *para que encomienden mi alma*. En última instancia el testador se lo llevaba todo en forma de sufragios, dejando las trojes vacías y las rentas empeñadas.

Como ejemplo de la tenaz persecución que el Juzgado de Testamentos ejercía en pos del *cumplimiento de las mandas pías* tenemos un caso de 1622 en el que el Fiscal de Testamentos abrió causa contra Francisco de los Ríos Leyva, vecino de la villa de Espera y albacea testamentario de Alonso Hernández, sobre la fundación de un Hospital que el difunto mandó que se hiciese.¹⁸⁸⁵ Era bastante frecuente que en estos pleitos, en los que se dirimían cantidades importantes de dinero y bienes, se acudiera en grado de apelación al Nuncio o en vía de fuerza a la Real Audiencia, complicando y dilatando el proceso, y a menudo dando lugar a una lucha de jurisdicciones entre el Juez Ordinario, en este caso el Juez de Testamentos, doctor Pedro de Vargas, que conocía en primera instancia, y el Juez de Apelación con comisión del Nuncio, el Juez Sinodal, que para mayor enredo solía ser un canónigo de la Catedral. Cada uno pretendía la defensa de su jurisdicción con una tenacidad tal que a menudo se terminaba en excomuniones mutuas, haciendo necesario acudir a un tercer tribunal que resolviese el conflicto.

Este no podía ser otro que la Real Audiencia, a la que se acudía en *vía de fuerza* para que pronunciase si un Juez eclesiástico *hacía fuerza* sobre la otra parte mediante sus autos y sentencias, ya fuesen interlocutorias o definitivas. De este modo la jurisdicción seglar de un Tribunal real se convertía en árbitro de las disputas de los jueces eclesiásticos. Aunque en algunos memoriales se detesta esta práctica por la que

¹⁸⁸⁵ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 915.

un eclesiástico llevaba ante la justicia del rey a otro eclesiástico, lo cierto es que unas veces por la lucha enconada entre los distintos jueces eclesiásticos, y otras por el intento de un seglar de escapar de ellos, cada vez se hizo más frecuente esta vía en la resolución de los interminables pleitos de los tribunales ordinarios del Arzobispado.

En nuestro caso el Fiscal de Testamentos argumentaba que el albacea había hecho mal su oficio porque había defraudado los bienes del difunto vendiendo unas cabras que quedaron de la herencia. Según el Juez esto era indigno conforme a las leyes del Reino, así que dio una comisión al cura de Espera, Domingo Lozano Mancheño, para que despojara al albacea testamentario de los bienes que todavía quedaban en su poder y con ellos terminara la obra del Hospital que había mandado el difunto.

El auto fue apelado por el reo por considerar que era nulo, pues previamente no había oído a las partes. Pero inmediatamente después de pedir al Juez que lo oyese se apartó de la apelación y acudió al Nuncio para obtener un Breve. Esta era una maniobra frecuente. El Nuncio solía conceder las apelaciones en base al informe -relación- que presentaban los apelantes, y sin investigación previa, complicando de esta forma los pleitos e invitando a apelar a los litigantes con capacidad económica.

El 20 de junio de 1622 el procurador del albacea, Joan de Carvajal, presentó ante el canónigo Juan Checa, Juez de Apelaciones, llamado Sinodal, unas letras de comisión del Nuncio que había conseguido en Madrid. Este la abrió, vió y aceptó la jurisdicción que por ellas se le cometía y dió un mandamiento compulsorio para que el Juez de Testamentos se sobreseyese del caso y para que absolviese al reo que tenía excomulgado. Después continuó con sus actuaciones, mandó que se diese a las partes tres días para que alegasen y un mandamiento compulsorio con censuras y término de un día para que el Notario en cuyo poder estaba el pleito original lo entregase a su Notario Mayor de Apelaciones, Gonzalo de la Cueva.

El término pasó y el Juez de Testamento no obedeció los mandamientos del Juez de Apelaciones, así que éste de nuevo dictó un auto mandando que, en virtud de santa obediencia, se sobreseyese de la causa durante 40 días bajo pena de excomunión mayor apostólica. Durante este período pretendía ver los autos y proveer justicia, y entre tanto reiteraba que se le diese la absolución al reo apelante. El Notario de Apelaciones notificó este auto al Juez de Testamentos, Mandas y Obras Pías, el cual dijo que le diese traslado del breve de la comisión del Juez Apostólico para responder, y que en el ínterin no corriese el término, de lo contrario protestaba la nulidad. Y se hizo el traslado del breve y comisión en presencia del Notario Mayor del Juzgado de Testamentos, Fernando Díaz Castillejos.

Después, el Juez Sinodal de Apelaciones dio un mandamiento compulsorio en el que ordenaba, bajo pena de excomunión, al Notario Mayor de Testamentos o a cualquier otro notario o escribano ante quien hubiese pasado el pleito o en cuyo poder estuviesen los autos, que dentro de un día entregase al Notario de Apelaciones el proceso original, *sin que falte cosa alguna*; para que visto, proveyese justicia, pagándole sus derechos y con apercibimiento de que no obedeciéndolo procedería contra los inobedientes agravando y reagrandando las censuras.

El Juez de Testamentos se resistía a reconocer la jurisdicción del Juez de Apelaciones, y presentó, a través de su Fiscal, el clérigo presbítero licenciado Fernán

Pérez Ortiz, y de su Notario Mayor, una serie de escritos en los que pedía que suspendiese los mandamientos y censuras puestos, porque por el momento no era Juez competente en el caso y el pleito no estaba sentenciado definitivamente. Antes bien, cualquier auto o sentencia interlocutoria que él hubiese dictado se podía revocar, por tanto no cabía la apelación. Pues conforme al Derecho Canónico y al Concilio de Trento estando una causa en primera instancia no se podía apelar del Juez, además se trataba de una causa ejecutiva por ser de cumplimiento de un testamento. Sólo cabía la apelación en el caso de que el auto o sentencia interlocutoria supusiese un perjuicio o daño irreparable al reo. Pero según ellos esto no se podía alegar porque el auto por el que se le despojaba de los bienes que quedaban, las cabras, se podía apelar y revocar. Así que se negaban a entregar el original de la causa y a reconocer su jurisdicción.

Por su parte, el reo, mediante su procurador, presentó un escrito el 21 de junio en el que pedía al Juez de Apelaciones que reiterase sus mandamientos agravando las censuras. Y el mismo día el Juez Sinodal mandó notificar al Notario Mayor de Testamentos, con censuras agravadas, que dentro de seis horas trajese ante él los autos originales. Después citó a las partes para decidir si se debía entregar el original o traslado del pleito y para ver la verdadera relación del Nuncio de quien emanó la comisión, apercibiéndoles que de no presentarse les agravaría las censuras.

Al día siguiente, entre las diez y las once de la mañana, en casa del doctor Juan Checa, Juez Apostólico de Apelación, en presencia del Notario Relator de la Audiencia del Juez de Testamentos, Juan de Quadros, y del Notario Mayor de dicho Tribunal, hizo relación de la causa el doctor Checa, y dijo que proveería y determinaría en la causa como hallase por derecho. Dio fe de esta diligencia el Notario Mayor de Apelaciones, don Gonzalo de la Cueva.

El procurador de Francisco de los Ríos se quejaba de que, a pesar de los mandamientos del Juez de Apelaciones, el Juez de Testamentos los ignoraba, e insistía en pedir que le presionase más aún, agravando las censuras, para que aceptase su jurisdicción. Además, denunciaba que el cura de Espera, al que el Juez de Testamentos había cometido el auto de despojo de los bienes del difunto, en vez de emplear los maravedíes en la obra del Hospital estaba realizando con ellos reparaciones en su casa.

El Juez Sinodal empezó a conocer de la causa admitiendo la información de testigos presentada por el procurador del reo, y citando al Fiscal para que si quisiese se hallase presente a ver, presentar, jurar y conocer los testigos que fuesen presentados. En esta información Francisco de los Ríos presentó por testigo a Juan Cantuel, vecino de Espera de 30 años, que tenía una tienda de mercería desde hacía más de 5 años en la villa y que no firmó la declaración porque no sabía. Dijo que Domingo Lozano, clérigo presbítero de la localidad, en cumplimiento de un mandamiento del Juez de Testamentos hacía más de cuatro meses que tenía hecha y acabada la Casa Hospital que mandó hacer en la villa el difunto Alonso Hernández, y que sólo faltaba la madera de la casa y las puertas. Y él asistió de ordinario con Domingo Lozano a ver la obra, y pagaba a los oficiales y los materiales que se gastaban, y sabía que era una obra por orden del Juez de Testamentos, pues esto era público y notorio en la villa, y que el dinero procedía de las cabras que quedaron a la muerte de don Alonso Hernández, que se vendieron para el dicho efecto.

Pedro de Anguizar, de 27 años, residente en la collación de San Esteban de Sevilla, que estaba trabajando como peón en las obras de la cantería del Sagrario de la Santa Iglesia y que tampoco sabía escribir, dijo que, estando en la villa de Espera hacía cuatro meses trabajó en labrar piedra en las canteras de la villa para la obra de la Casa Hospital. Que la obra se hacía por el cura Domingo Lozano por orden del Juez de Testamentos, y vió que se pagaba todo, y recordaba que se decía que se hacía por haberlo mandado un vecino de la villa que había muerto.

Domingo Barbosa, de 23 años, residente en Sevilla y natural de Lisboa, oficial de cantero que estaba trabajando en el Sagrario de la Santa Iglesia, y que vivía en la collación de San Esteban, en la plaza del Duque de Alcalá, dijo que hacía cuatro meses estuvo trabajando en la villa de Espera y vio como el cura pagaba a los trabajadores. Este sí firmó su declaración.

Ante la decidida determinación del Juez Sinodal de conocer en la causa, el Fiscal de Testamentos acudió en vía de fuerza a la Real Audiencia que mandó que no procediese en la causa y absolviere al Fiscal y al Notario Mayor de Testamentos de las censuras que les tenía puestas, y que el Notario de Apelaciones remitiese a la Real Audiencia el breve y los autos que había dictado el Juez Sinodal. Sin embargo el Notario de Apelaciones no remitía la causa a la Real Audiencia, suponemos que por orden del Juez Sinodal, que seguía procediendo en la causa citando al Fiscal para hacer cierta información, protestando éste que era contra derecho y *sin guardar el estilo y orden, volvía a apelar*.

Después, el Fiscal y el Notario Mayor de la Audiencia de Testamentos, otorgaron poderes a los procuradores de la Real Audiencia Cristóbal Baquedano y Francisco Díaz Melgarejo, y se querellaron en vía de fuerza del Juez de Apelaciones, doctor Juan Checa, en razón de que estando el pleito sobre el cumplimiento del testamento pendiente, y porque el reo fue *albacea maliciosamente*, y por dilatar, apeló sin tiempo del Juez de Testamentos. También alegaban que habiendo traído el breve, el Juez Sinodal pretendía sacar todo el pleito original de poder del Juez de Testamentos, siendo sumario y ejecutivo, y no pudiendo obrar la apelación el efecto de la suspensión de la jurisdicción ordinaria, pues estaba el pleito sin sentenciar y en procedimiento. Y pedían que se mandase que el pleito y autos originales se llevasen a la Real Audiencia y declarasen si el Juez Sinodal hacía fuerza en querer sacar el pleito original, y terminaban su escrito con un *y juro a Dios y a la cruz que no es de malicia*.

El 25 de junio los señores de la Real Audiencia notificaron al Juez Sinodal, mediante su Notario Jerónimo de Galla, que absolviere a los excomulgados mientras se determinaba el pleito. El doctor Juan Checa dijo que no procedía en la causa, aunque como hemos visto dictó autos y tomó decisiones importantes, alegando que tan sólo había mandado que el Notario Bargas hiciese relación para ver si podía conocer y proceder o no, y suplicaba a los señores Regente y Oidores que vieses los autos y si otra cosa mandaren estaba presto de cumplir y obedecer.

En un escrito, el Fiscal y el Notario Mayor de Testamentos se quejaban de que el Juez Sinodal, a pesar del mandamiento dado por la Real Audiencia, no había absuelto a los excomulgados por término de diez días, y suplicaban mandasen dar segunda provisión con mayores penas para que el Juez Sinodal cumpliera. El notario de la Real Audiencia, Benito Montejano, notificó, de parte de los señores Regente y oidores, por

segundo término, que cumpliese la provisión y absolviese a los excomulgados por el término de diez días. El doctor Checa respondió con su Notario, Gerónimo de León Beltrán, insistiendo en que no había procedido en la causa, sino que había aceptado la comisión del Nuncio y pedido al notario originario de la causa que trajese los autos y proceso original para ver si podía conocer de ella o no, y que no tenía excomulgados que absolver, suplicando a los señores Regente y oidores leyesen los autos y declarasen lo que fuese justicia, que estaba presto a obedecerlo.

Aun así el Notario de Apelaciones seguía sin remitir el breve y los autos a la Real Audiencia, y el Fiscal y el Notario de Testamentos pedían al Regente que mandase un *portero* para que apremiase al Notario que lo enviase al escribano. Finalmente el Regente y oidores, ante la resistencia del Juez de Apelaciones y la inutilidad del caso, se desentendieron de la causa y dijeron que *no había lugar a este pleito en la Real Audiencia*, desestimando el recurso de fuerza presentado por el Fiscal y Notario Mayor de Testamentos, pues no habían logrado hacer que el Notario de Apelaciones obedeciera sus mandatos.

El 30 de junio de 1622, el procurador del reo, en vista del auto de los señores de la Audiencia, contraatacaba pidiendo al Juez Sinodal de Apelaciones que mandase agravar las censuras para que entregasen el pleito. Y el Juez Sinodal mandó dar una Benigna Declaratoria contra el Fiscal y Notario Mayor de Testamentos para que entregaran al Notario de Apelaciones el proceso original, y si no lo hicieren pasado el término, los curas de la ciudad en sus iglesias los declararían públicamente excomulgados. Después, el procurador, Cristóbal Bono, en nombre del Fiscal de Testamentos, se querelló de nuevo por vía de fuerza del Juez de Apelaciones, doctor Joan Checa, alegando que el breve había sido ganado con relación falsa *-con siniestra relación-* pues el reo había afirmado que le tenían agraviado con una sentencia cuando el pleito no estaba determinado en primera instancia. Finalmente el Fiscal de Testamentos pedía que se dejase al Juez Ordinario proveer justicia, y que el Juez Sinodal se inhibiese, y se quejaba de que no sólo no lo hacía sino que agravaba las censuras contra el Fiscal y Notario Mayor de Testamentos, en perjuicio de la jurisdicción ordinaria; además, no otorgaba las apelaciones que se le pedían, así que consideraban que *hacía fuerza* en este proceder.

Por tanto pedía que los señores Regente y oidores de la Real Audiencia diesen orden para que le enviasen el pleito original con los autos; y vistos, declarasen si el breve había sido ganado con *subrepción y siniestra relación*, y si el Juez Sinodal hacía fuerza en querer quitar la causa al Juez Ordinario.

Visto el pleito original, el Regente y oidores de la Audiencia del Rey proveyeron *que no viene en estado este pleito a esta Real Audiencia*. Así que el Fiscal y Notario Mayor de Testamentos llevaron por dos veces el pleito en vía de fuerza a la Real Audiencia, donde se declaró que no había lugar y lo devolvieron, y aún así no cumplieron y se dejaron estar excomulgados. Ante esto, el procurador del reo les acusó la rebeldía y pidió que el Juez Apostólico les agravara las censuras hasta que cumpliesen, y en concreto a Fernando Díaz, Notario Mayor de Testamentos, le mandase censuras de excomunión en grado *de participantes*.

Ante el Notario, Cristóbal Martínez de Olmos, el Juez Sinodal mandó dar la tercera carta de participantes contra el Notario Mayor de Testamentos, dio absolución

por un mes de las censuras al reo, Fernando de los Ríos Leyba, y pidió que le llevasen la causa para hacer relación y ver si le tocaba su conocimiento. Después, el Fiscal apeló de nuevo, y llevó el pleito por tercera vez por vía de fuerza a la Real Audiencia, donde lo devolvieron una vez más diciendo *no haber lugar*.

Ante esto, Francisco de los Ríos pidió al Juez de Apelaciones que se agravasen las censuras hasta que el Notario Mayor entregase el pleito original. Ahora, el Juez dio un día de término para que lo hiciera, de lo contrario mandaba a los curas de la Iglesia de Sevilla que, constándole la noticia de su mandamiento y no de su cumplimiento, declarasen y publicasen por público excomulgado en sus iglesias al Notario Mayor de Testamentos, licenciado Fernando Díaz, y lo pusiesen en la tablilla de los excomulgados. Y que los domingos y fiestas de guardar, según la solemnidad, lo publicasen en la misa mayor al tiempo del Ofertorio, evitándolo *de las oras y dibinos oficios*, y no lo dejasen de hacer así hasta cumplir con lo mandado y ver otro mandamiento en contrario.

El 2 de julio, a las cinco de la tarde, en cumplimiento de lo mandado por el Juez Sinodal, el sacristán de la Santa Iglesia Mayor, Francisco García de la Cueva, puso en la tablilla de los excomulgados al Notario Mayor del Juzgado de Testamentos, el licenciado Fernando Díaz. Y el 5 de julio, siendo testigo el procurador de la Audiencia del Juez de la Iglesia, don Alonso Cortés, insistió el Fiscal en los argumentos ya expuestos, decía que el reo ganó el breve diciendo que el Juez lo había condenado, y en realidad no lo había sentenciado ni determinado la causa, y aunque era verdad que Domingo Lozano Mancheño, cura de la villa, en virtud de una comisión, ejecutó cierta condena, después de haber apelado de ella, pareciéndole que el auto fue nulo por no haber oído a las partes, acudió al Juez Ordinario y pidió que le oyese y recibiese sus descargos. Y estando leyendo y dando informaciones las partes, antes de proveer justicia ni definir cosa alguna, trajo el breve ganado con *sinistra relación*, y el día que alegó ante el Juez se apartó de la apelación, para que diese por ninguno el auto de la comisión y moderase la condena.

Llegados a este punto llegó una provisión real de Madrid, del Consejo, cesando al Notario de Apelaciones, en cuyo poder estaba el breve, y dándole instrucciones para que entregase el pleito con todos sus papeles al Notario Mayor de la Santa Cruzada, Cristóbal Martínez de Olmos. El Fiscal de Testamentos quiso presentarle un escrito y éste le dijo que ya no podía recibirla. Ante esto el Fiscal se lo pidió al Juez de Apelaciones, Joan Checa, y éste le contestó que no podía admitir la petición. Entonces acudió a Joan de Quadros, en su calidad de notario público apostólico, pues era también Notario de Relaciones del Juzgado de Testamentos, que dio fe que, ante la negativa del Notario de Apelaciones a recibir el escrito, se había presentado ante él, pues según el Fiscal, en esta discordia *uno por otro perecía su justicia, y que le tenían excomulgado a él y al Notario Mayor*. Y para dar cuenta a los señores de la Real Audiencia requirió se lo diese por testimonio, siendo testigo el procurador de la Audiencia del Juez de la Iglesia Alonso Cortés

Presentado el pleito en vía de fuerza por cuarta vez en la Real Audiencia el 7 de julio de 1622, los señores Regente y oidores *rogaron y encargaron* al Juez Sinodal Apostólico de Apelaciones que absolviese a los excomulgados, y el escribano Francisco de Castro notificó el auto al Notario de Relaciones del Juzgado de Testamentos, Joan de Quadros. El 7 de julio el Fiscal y el Notario Mayor de Testamentos se querellaron de

nuevo del Juez de Apelaciones en la Real Audiencia por su procurador, Cristóbal Baquedano, y por su Abogado, licenciado Barreda Santos, repitiendo los argumentos conocidos, pidiendo que declararan que el Juez hacía fuerza y que mandasen absolver a los excomulgados a reincidencia. Ahora sí, el nuevo Notario de Apelaciones nombrado por el Consejo, Cristóbal Martínez Olmos, obedeció a los señores de la Real Audiencia y dijo que estaba presto a enviar el pleito que estaba en su poder.

El 15 de julio de 1622, visto el pleito eclesiástico por los señores oidores, Fernando de Ojeda y Fernando del Castillo, de la Audiencia del Rey nuestro señor, dijeron por fin, a la cuarta, que el Juez Sinodal hacía fuerza, y que otorgase las apelaciones que tenían interpuestas, y que revocase todo lo hecho en su perjuicio después del auto o sentencia de que fue apelado, poniendo el pleito en el punto y estado en que estaba al tiempo de las apelaciones y alzando y quitando cualquier censuras y absolviendo a los excomulgados.

Es evidente que la provisión real del Consejo, mandando al Notario de Apelaciones que no siguiera usando y ejerciendo su oficio, y entregase los autos a Cristóbal Martínez, como nuevo Notario, dieron un rumbo distinto al proceso. Con esto se salvaguardaba la potestad y la función de mediación de la Real Audiencia, y a partir de aquí la competencia entre la jurisdicción ordinaria del Prelado y la jurisdicción en grado de apelación del Nuncio, a través de su Juez Sinodal Apostólico, entró en una nueva vía de solución más favorable a la primera.

Tras esto, Fernando de los Ríos seguía actuando como si nada hubiese ocurrido. Insistía en su petición de que, tras la sentencia de la Real Audiencia, se trajesen los autos con traslado del proceso, para que el Juez Sinodal procediese en la causa. Quejándose de que el Notario Mayor de Testamentos no se lo quería dar, así que suplicaba al Juez Sinodal diese un mandamiento compulsorio con censuras agravadas para que el Notario diese un traslado del pleito. Tras el cambio de rumbo que el Consejo en Madrid le dio al caso, el Juez de Apelaciones dijo que mandaba que se guardase el auto de los señores Regente y oidores, y que se diese absolución a los excomulgados y mandamiento compulsorio para que se diese traslado del pleito, y vuelta a empezar.

Valga este pleito de testamentos para ilustrar el laberinto de los procedimientos y la lucha tenaz entre las partes, y entre las jurisdicciones, para mantener a salvo su potestad. Desde luego, en todo el proceso se generaban cuantiosos derechos para todos los oficiales implicados, en Madrid y en Sevilla, así que eran las partes, en este caso el albacea testamentario y los herederos, los que debían correr con los gastos de pleitear, dilapidando con esto otra buena parte de la herencia, que de manera indirecta revertía también en la maquinaria de la justicia eclesiástica. Además, se ponía de manifiesto el progresivo protagonismo de la jurisdicción real en los conflictos que afectaban a la vida y la hacienda de los seglares. Poco a poco la Real Audiencia se iría convirtiendo en árbitro de las enconadas disputas jurisdiccionales entre los distintos tribunales eclesiásticos, especialmente cuando uno de ellos, el Juez Sinodal, dependía del Nuncio de Roma.

Otro caso frecuente era aquel en el que el embargo de bienes de un testamento hacía imposible el cumplimiento de las mandas pías dejadas en él. Cuando la Real Audiencia intervenía en un pleito testamentario establecía un orden de prelación de los herederos y acreedores, y el albacea debía cumplir la sentencia. Pero ocurría que el

Juzgado de Testamentos reclamaba al albacea el cumplimiento estricto de las mandas pías, entrando en conflicto con esta sentencia y reparto. De esta forma la Iglesia reclamaba su parte de la herencia.

El 5 de septiembre de 1609 hizo testamento doña Juana de Aróstegui, mujer del doctor Santiago de Valverde Turises, médico, vecinos de Santa Catalina. Estando enferma, en su sano juicio y entendimiento y temiéndose la muerte *como algo natural*, afirmó sus creencias en la forma habitual. En el misterio de la Santísima Trinidad y *en todo lo demás* y en la Santa Madre Iglesia Católica de Roma *como todo fiel cristiano lo debe tener y creer*. Después encomendó su alma *a dios nuestro señor que tal lo crió y redimió por el amor infinito de su sangre, le suplico me perdone y lleve al seno de la iglesia y a la Virgen María Nuestra Señora con todos los santos y santas de la Corte del Cielo intercedan por mí y cuando su divina magestad me llevase desta presente vida*.¹⁸⁸⁶

Y para dormir el sueño eterno pidió que su cuerpo fuese depositado en la Casa común de los suyos, en la capilla que la *nación vascongada* tenía en la iglesia de San Francisco de Sevilla, como si se tratase de un pedazo de su tierra natal. En una de sus bóvedas, la que señalaren los mayordomos, y el día de su entierro o el siguiente, mandaba que se dijese una vigilia y una misa de réquiem cantada por su alma, ofrendada como era costumbre. En cuanto al acompañamiento del funeral lo dejaba al parecer de los albaceas.

También mandaba que se le enterrase con el hábito de *mi glorioso padre San Francisco por que en él quiero morir y ser enterrada*, y que se pagase por esto la limosna acostumbrada. Y que de los bienes que dejaba sacasen sus albaceas 200 ducados en moneda de vellón para pagar las costas del funeral y del entierro, y lo que restaba se distribuyese haciendo un novenario de misas cantadas de cuerpo presente en los nueve días siguientes después del entierro. Y que en cada uno se dijese misa de réquiem cantada con sus ministros, cubriendo su sepultura, y el resto lo dejaba para decir misas por su alma y por su intención en la iglesia del monasterio.

Era su voluntad que el novenario de las misas cantadas se dijera por los beneficiados y curas de la iglesia de Santa Catalina, y para ello se pagase la limosna que era costumbre; mandaba las mandas acostumbradas de los testamentos, y a la Casa de Jerusalén, a cada parte ocho maravedíes, dando dos reales de limosna de cera al Santísimo Sacramento y Ánimas del Purgatorio de la iglesia de Santa Catalina donde era vecina, a cada parte la mitad.

Declaraba que no se acordaba deber cosa alguna a ninguna persona ni que a ella se le debiera, y que cuando se casó con el doctor Santiago recibió por sus bienes dotales de Sebastián Aróstegui y su mujer, sus padres, la cantidad que aparecía en la escritura de promesa y entrega de dote, que pasó ante el escribano; y que el doctor, su marido, prometió y mandó en arras una cantidad que constaba en escritura, por tanto dejaba al doctor Santiago la cantidad que por razón de las arras hizo en su favor, devolviéndolas a él y a sus herederos. Y de los demás bienes le dejaba una joya en reconocimiento del *amor y voluntad* que le tenía, y de la *buena compañía* que le hizo.

¹⁸⁸⁶ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 999.

Después cumplía con algunos parientes y con sus sirvientes y criados, que eran parte de sus deudos, con los que había una obligación de afecto y protección. Dejaba a doña Ana del Coto, su tía, diez ducados para que rogase a dios por ella, a Marina de Figueroa dos ducados porque la acudió en su enfermedad, a Ana de Torquemada, que estaba a su servicio, un ducado, a Inés García, residente a su servicio, otro ducado, a Domingo, criado del doctor, otro ducado, y a Gonzalo Cabezas, su escudero, otro ducado.

Para cumplir y pagar el testamento nombraba como albaceas y herederos universales al doctor Santiago, su marido, y a doña Luzida Escoto, su madre, a los cuales y a cada uno *in solidum* daba poder y facultad para vender todos sus bienes muebles y raíces, maravedíes, deudas, derechos y acciones que le pertenecieran, y tomar la parte que necesitaren para cumplir el testamento. También ordenó que, puesto que le pertenecía una de las dotes para casamientos de un patronato que fundó el licenciado Luis Simón en el Monasterio de San Benito de Silos, extramuros de la ciudad, y que le fue adjudicada por el Juez eclesiástico que conoció la causa, se le entregara toda la cantidad a su marido el doctor Santiago Valverde.

El Fiscal de Testamentos, Jacinto de Roger, intervino denunciando que doña Juana de Aróstegui, difunta mujer del doctor Santiago de Valverde Turises, había dejado una cláusula en su testamento, en que mandaba que *de lo mejor y más bien parado de su hacienda* se tomasen 200 ducados para funeral y misas y otras obras pías, que no se habían cumplido. Pues los herederos tenían embargados los bienes y no se podía cumplir el testamento y la voluntad de la difunta, ni decir las misas que mandó, y *es contra calidad que peresca de los sufraxios sin razón ni justificación alguna pues la difunta quiso se sacasen estos 200 ducados para hazer bien por su alma*¹⁸⁸⁷. Así que pedía al Juez de Testamentos que notificara bajo pena de excomunión al depositario de los bienes, Antonio Turises, que entregase al doctor Santiago de Valverde, marido de la difunta y albacea, los 200 ducados, a pesar de cualquier embargo que hubiese, y a los curas, clérigos y capellanes que lo tuviesen por público excomulgado si no lo hacía.

El Juez de Testamentos mandó también con censuras y agravios a los herederos, Sebastián de Aróstegui, padre de la difunta, y Dionisio de Mendoza, curador *ad litem* de doña Jacinta de Valverde Turises, hijastra de la difunta, a cuya petición estaban embargados los bienes, que alzasen el embargo. Y que el doctor Santiago de Valverde presentase el testamento con su cumplimiento, con la cuenta y razón de los maravedíes que se le entregaron para dicho efecto.

El doctor Santiago de Valverde presentó la carta de pago de 750 reales de Antonio Turises, depositario de los bienes de doña Juana, junto con el testamento y codicilio, y afirmó que tenía gastado en mandas pías más cantidad de la que le encargó, para que le diesen por libre de la demanda del Fiscal. Después el doctor presentó ante el Juez de Testamentos la fe de los gastos que había hecho en el cumplimiento de las mandas pías del testamento de su mujer. Se trataba de una serie de recibos de misas que se habían dicho por el alma de la difunta y de otros diversos gastos del entierro; fray Diego de Jesús María, del convento de Nuestra Señora de Consolación, recibió la limosna de tres misas del pontífice, fray Diego de la Cruz, sacristán y administrador del convento de San Francisco de Sevilla, recibió del síndico del convento 92 reales de limosna del

¹⁸⁸⁷ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 999.

entierro y recibimiento de doña Juana, Juan del Valle recibió 24 reales por abrir la bóveda y poner otro aparato y otros 24 reales de cuatro libras de cera para los altares de la capilla de la nación vascongada que estaba en el convento de San Francisco. Asimismo la síndica del convento recibió 6 ducados del hábito que llevó la difunta, Antonio de Acosta y Francisco de García recibieron 14 reales del alquiler de los lutos y otros 14 reales por su ocupación en el entierro, y del novenario que se le hizo en Santa Catalina que costó 162 reales.

El desglose de los gastos en esta iglesia a 1 de febrero de 1.631 era el siguiente: gastos parroquiales 42 reales, Capa 12 reales, Sacristán 5 reales, ofrenda 12 reales, de acompañados 15 reales, de doble 8 reales, de santos 5 reales, de mozos del coro 3 reales, convite 7 reales, lugar y vestuario 9 reales, sumaban en total 178 reales. El *serero*, Juan de Armigo, recibió 169 reales de dos varas y media de *sera blanca* y 80 reales costó la cera para el entierro y novenario. El Fiscal replicaba a esta lista de gastos diciendo que en el testamento se mandaba que se gastase en entierro, funeral y misas 200 ducados, y el albacea sólo mostraba haber gastado 929 reales, así que pedía al Juez que apremiase para que acabase de cumplir el testamento, pues le restaban por gastar más de cien ducados.

El auto fue notificado al doctor Santiago por el notario, licenciado García Galindo, y firmaba el Notario Mayor de Testamentos, licenciado Rodrigo Caro. El 7 de julio de 1.632 el notario Joan de la Paz intentó notificar en su casa al doctor Santiago pero no le halló, y el 14 de julio logró por fin notificarle. El doctor Santiago se defendió diciendo que tenía presentadas cartas de pago de misas y entierro por valor de 795 reales, y testimonio del gasto que tenía hecho en el pleito ante el Teniente de Asistente don Juan Hurtado de Mendoza. Pero el Fiscal de Testamentos no entendía de los problemas y contrariedades que pudiesen tener los albaceas para administrar la herencia y obtener liquidez para pagar las mandas, y apremiaba para que se cumpliesen, acusando la rebeldía del albacea porque no terminaba de cumplir el testamento y pidiendo que se le agravasen las censuras.

El Juez respondió a las demandas del Fiscal con una Benigna Declaratoria en la que notificaba con el notario Francisco Galindo, que, bajo pena de excomunión mayor, en el plazo de tres días cumplierse el testamento, de lo contrario mandaba a cualquier clérigo, notario, cura, sacristán o escribano lo tuvieran por público excomulgado y lo notificaran. Firmaba, como siempre, el Notario Mayor, licenciado Rodrigo Caro.

Santiago Valverde respondió que no tenía obligación, pues aunque era el albacea, no tenía ni habían entrado en su poder los bienes de la difunta, porque todos los que él tenía se embargaron a petición de su padre y heredero, Sebastián de Aróstegui, y de la hija de su primer matrimonio, Jacinta Valverde. Que había habido un pleito entre ellos sobre la prelación de derechos y por sentencias de vista se mandó preferir a Jacinta Valverde en todos los bienes, que se vendieron en ejecución de las sentencias, no quedando ni para pagar la dote primera, con lo cual no se podía cumplir el testamento de la segunda.

El Fiscal de Testamentos contestó que, a pesar de lo que alegaba, se debía ejecutar la legítima contra el albacea porque no era fundamento decir que se le adjudicaron los bienes a su primera hija por sentencia de vista y revista de la Real Audiencia y no alcanzaron a pagar, pues no presentó los instrumentos de esto, ni aunque los presentase

era fundamento alguno, pues como albacea debía acabar de cumplir el testamento y después cobrarlos de los bienes que hubiese llevado su suegro, pues en primer lugar se debía cumplir con la voluntad de la testadora.

Para la Iglesia, en los casos de prelación entre acreedores o herederos, se debía atender en primer lugar al cumplimiento de la voluntad del difunto en cuanto a las mandas piadosas, pues era un sagrado deber para con su alma. Sin embargo, a menudo la justicia real sentenciaba de otra forma, y, ajena a las consideraciones de la justicia eclesiástica establecía los órdenes de prelación de los herederos o acreedores, de tal forma que el albacea quedaba atrapado entre las dos jurisdicciones y sin dinero para poder cumplir con las mandas pías. Esto explica que a veces algunos albaceas renunciaran a aceptar el nombramiento, aunque supusiese defraudar la voluntad del difunto.

El doctor Valverde negaba lo que pretendía el Fiscal porque, como constaba del testimonio que presentó doña Jacinta de Valverde, hija de su primera mujer, doña Agustina de Morales, en los bienes que se hallaron a la muerte de doña Juana de Aróstegui, su segunda mujer, estaba graduada en primer lugar por 31.932 reales de vellón y 16.210 en plata, y vendidos todos los bienes con el dinero que tenía el depositario montaban 31.589 reales. Así que para la plata con que estaba graduada doña Jacinta faltaban todavía 14.866 reales, por lo cual no alcanzaba la hacienda para cumplir el testamento de doña Juana de Aróstegui, su segunda mujer, ni aún para la primera, y por ella Jacinta, su heredera universal y graduada en primer lugar, y *siendo que no hay hacienda de donde cumplir el testamento no tenía obligación como albacea de cumplirlo pues no se podía cumplir de la hacienda de la primera ni de su propia hacienda*.¹⁸⁸⁸

El 6 de noviembre de 1632, ante los señores Regente y oidores de la Real Audiencia de Sevilla, y en presencia del escribano de Cámara, Juan Ramírez de Bustamante, se presentó el procurador Rodrigo de Guzmán en nombre del doctor Santiago de Valverde, y pidió que para presentarse al Juez de Testamentos tenía necesidad de un testimonio en relación al pleito donde constare cómo fue preferida doña Jacinta de Valverde por 48.000 reales, y cómo se habían vendido todos los bienes para pagarle y no alcanzaban ni había para la dote de Juana. Los señores Regente y oidores mandaron que se diese el testimonio con citación de parte y estrado.

El escribano de Cámara Juan Ramírez de Bustamante dio fe de que en el pleito seguido por los acreedores a los bienes del doctor Santiago, que se comenzó a primeros de febrero de 1631 ante el licenciado don Juan Antonio Hurtado de Mendoza, Teniente de Asistente de la ciudad, y Alonso de Santillana, escribano de su juzgado, fueron presentadas ciertas escrituras y recaudos y la causa fue recibida a prueba, y estando concluso el Teniente pronunció sentencia definitiva de graduación de los acreedores como sigue:

Sebastián de Aróstegui, como padre y heredero de doña Juana de Aróstegui, segunda mujer, y Baltasar de Ribera, su procurador, y Dionisio de Mendoza, curador *ad litem* de doña Juana de Valverde, hija y heredera de doña Agustina de Morales, primera mujer del doctor, actores ejecutantes de una parte, y el dicho Santiago, e Iñigo López de

¹⁸⁸⁸ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 999.

Cepeda, su procurador de otra. Falló que debía mandar que se vendiesen y rematasen los bienes y de su precio y valor pagar a los dichos acreedores en la forma siguiente:

En primer lugar que se le pagasen a doña Jacinta Valverde 54.024 reales, y que se le bajasen 5.882 reales y 12.000 maravedíes de las arras. En segundo lugar, Sebastián de Aróstegui, de los 3.033 ducados y medio que pidió y se hizo ejecución en forma, que se le bajasen los 500 ducados de las arras, 100 ducados del legado del testamento, 70 ducados del legado del codicilio y 1.830 reales que parece restaba y le faltaba por recibir, de ellos 1.000 ducados de hierro de Vizcaya. Y dando las partes la fianza, conforme a las Leyes de Toledo, que se ejecutase esta sentencia. La pronunció don Juan Antonio Hurtado de Mendoza el 17 de octubre de 1631 ante dos escribanos, Alonso de Santillana y otro.

La sentencia se notificó a Luis Antonio Coronado, a Dionisio de Mendoza y a Íñigo López de Cepeda, por sus partes, y parece que fue apelado ante los señores Regente y oidores de la Real Audiencia donde fue traído el pleito. La sentencia de vista y revista decía que el Teniente de Asistente juzgó y pronunció bien y por tanto confirmaba su juicio y sentencia, y que a Jacinta se le pagasen en moneda de plata 11.710 reales de la dote de su madre, y de la cantidad que se había de pagar a Sebastián de Aróstegui se le bajasen, por una parte 693 reales del valor de los bienes que se le entregaron en especie y por otra 729 reales gastados en el funeral de doña Juana, que se le pagase menos a doña Jacinta, de la dote de su madre, los gastos de la funeraria que en ejecución de esta sentencia se liquidase haberse gastado.

Firmaban la sentencia el doctor Morales de Pereda, el licenciado don Melchor de Viedma, el licenciado don Pedro González de Mendoza y el licenciado Hurtado de la Puente, oidores de la Audiencia del Rey nuestro señor de Sevilla, la cual fue pronunciada por uno de dichos señores estando en Audiencia pública en Sevilla el martes 13 de enero de 1632. Esta sentencia fue de nuevo apelada por parte de doña Jacinta y fue presentado interrogatorio de preguntas, fueron hechas probanzas y el pleito siguió hasta concluso, y visto en grado de revista pronunciaron sentencia definitiva en la que fallaron *que la sentencia es buena justa derechamente dada y pronunciada y que la devemos confirmar y confirmamos en grado de revista*.

Así que la cantidad que se le había de pagar en plata a Jacinta de Morales de la dote de su madre eran 16.210 reales, y los 1.830 reales que le estaban mandados bajar al doctor Valverde, de la dote que había de restituir a Sebastián de Aróstegui, su suegro, serían 1.008 reales y *no más*. Y que lo gastado en el funeral por la muerte de doña Juana, que eran 729 reales, los pagase el doctor, de la cantidad que le mandó doña Juana, lo cual se entendiese sobrando en los bienes de Valverde, después de pagada la primera dote, y no sobrando se habían de pagar de cualquier bienes que quedasen de doña Juana.

Después, Dionisio de Mendoza, procurador de Jacinta, pidió que el licenciado Treviño, Relator, hiciese la liquidación conforme a la sentencia y que se vendiesen los bienes, dando mandamiento en pregón con término de 9 días, y al último que se rematasen y los depositarios entregasen los bienes que estaban embargados para venderse. El doctor Santiago dijo que el pleito estaba acabado, y doña Jacinta, su hija, estaba preferida por sentencias de vista y revista, que los bienes se vendían para hacer el pago y por tanto habían de entrar en su poder como padre y legítimo administrador de

su hija, pidiendo a los señores oidores provisión para que los bienes entrasen en su poder. Después fue presentada una petición en nombre de Antonio Torises, depositario de los bienes que quedaron embargados, a la que salió Dionisio de Mendoza, como curador de doña Jacinta. Sebastián de Aróstegui, padre de la difunta, dijo que se le había mandado entregar los bienes, y tenía entregado mucha parte de ellos a las partes y sólo restaban en su poder los de un memorial que presentó.

En el memorial de los bienes restantes de doña Juana, que se embargaron y depositaron en Antonio de Torises, encontramos una mesa de cadena valorada en 60.000 reales y 350 reales en plata. Después, por un auto, mandaron los oidores que se vendiesen los bienes y se entregasen al doctor, salieron a remate por *bos de pregonero* y fueron rematados en diferentes personas en varios días del mes de septiembre de 1.632, por los precios contenidos en las partidas de remate. Montaron los bienes que se remataron en almoneda 25.588 reales en moneda de vellón, y 844 reales de plata. El doctor Valverde dijo que, a pesar de que los bienes se habían rematado en diferentes personas, los compradores no los llevaban, ni pagaban los precios a su parte y pedía que viniesen por los bienes y los pagasen en los precios en que se remataron.

Finalmente, tras el forcejeo inicial, el albacea gastó en mandas la cantidad que se le pedía por el Juzgado de Testamentos, y presentó al Juez cartas de pago por donde constaba que había gastado 2.377 reales, cumpliendo en todo con lo dispuesto en el testamento y pidiendo que declarasen haber cumplido con su obligación y le diesen por libre. A tal fin presentó recibos y cartas de pago de los gastos: fray Gaspar de los Reyes, ministro del convento de descalzos de la Santa Trinidad, dijo que había gastado 300 reales en 150 misas que se dijeron en el convento y 200 reales de limosna de misas que mandó decir para el cumplimiento del testamento, más 400 reales de 200 misas de febrero de 1.633; fray Diego de Mesa, sacristán mayor del convento de Nuestra Señora del Carmen de Sevilla, dijo que había gastado 50 reales por la limosna de 25 misas, más 18 reales de otras 6 misas. Isidro de Sepúlveda, colector de la iglesia de Santa Catalina, dijo que había gastado otros 380 reales por la limosna de 190 misas y 190 maravedíes de la *apuntación* de las misas. El síndico del convento de San Francisco recibió 100 reales de limosna de 50 misas rezadas, y Pedro de Belgara, Mayordomo del Santísimo Sacramento y Ánimas del Purgatorio de la Iglesia de Nuestra Señora Santa Catalina de Sevilla, 12 reales de limosna para la Cofradía.

También presentaba carta de pago de doña Ana de Escoto, mujer de Francisco de León, platero, *ausente de la ciudad*, a favor del doctor Santiago Valverde *por la utilidad y derecho que se le sigue por ser pobre y para sus alimentos*. Pues la difunta le dejó 10 ducados en su testamento, los cuales recibió del doctor en moneda de vellón en presencia del escribano público Alonso de Santillana y de Gregorio de Torres, trabajador maestro vecino de la ciudad en la collación de la *Madalena*, fuera de la puerta de Triana, en la calle de la Galesa, y se dio por contenta y pagada. No firmó por no saber. Y a Marina de Figueroa, mujer libre, le dio dos ducados dejados por cláusula testamentaria.

A Gonzalo Cabezas, que fue *gentilhombre* del doctor Santiago y de su mujer doña Juana, le entregó un ducado. El cura de la iglesia de Santa Catalina de Sevilla, don Pedro de Peñalosa, como albacea de la difunta doña Inés García, criada de doña Juana, recibió 12 reales dejados en el testamento. Isidro de Sepúlveda, colector de Santa Catalina, recibió también once reales dejados para que se dijese misas por el alma de

Inés García. Gaspar de los Reyes, ministro del convento de descalzos de la Santísima Trinidad, recibió un ducado de limosna por seis misas que se dijeron por Domingo, que fue criado de Santiago y doña Juana, y 18 reales de limosna de nueve misas por su alma e intención.

Así pues, en este primer tercio del siglo XVII, el Juzgado de Testamentos, a pesar de las intromisiones cada vez más decididas de la Real Audiencia, seguía teniendo capacidad para reclamar el cumplimiento de las mandas pías. Y lo hacía con gran tenacidad, inspeccionando y vigilando que las cantidades dejadas se gastasen en su totalidad.

El Tribunal de Testamentos daba lugar a una importante cantidad de diligencias, porque además de los testamentos de Sevilla, muchos herederos y albaceas de los distintos lugares del Arzobispado tenían que desplazarse a la ciudad para solicitar que se diesen por cumplidos los testamentos. Y esto generaba el pago de derechos a los notarios y procuradores de la Audiencia. Parece que algunos abogados y procuradores seculares de la ciudad se dedicaban a solicitar pleitos en las audiencias arzobispales y los oficiales del Consistorio despachaban con ellos los asuntos regularmente. Tenemos documentado el caso de un clérigo que, haciéndose pasar por notario de testamentos, solicitaba pleitos y hacía gestiones, cobrando derechos a las partes y falsificando las cédulas por las que se daba por cumplido un testamento.

El 29 de junio de 1631 el Fiscal de Testamentos, Jacinto de Roger, se querelló ante el Juez de Testamentos, el canónigo don Luis de Tapia Vargas, contra el licenciado Lucas Fragosto, clérigo de menores órdenes, porque, haciéndose pasar por Notario del Tribunal de Testamentos, había hecho gestiones para dar por cumplidos testamentos que algunas personas de fuera de la ciudad traían a Sevilla¹⁸⁸⁹. Esto le había reportado una importante cantidad de dinero y además había engañado a sus clientes diciéndoles que los testamentos quedaban cumplidos, sin estar despachados por el Tribunal.

De las pesquisas realizadas se desprendieron una serie de cohechos, y un documento esclarecedor en el que se leía que el 26 de abril de 1631 se presentó el testamento de María Gómez Pareja ante el Juez de Testamentos y se dio por cumplido, remitiendo las cartas por donde constaba haber entregado lo que mandó a sus nietos en la villa de Espera, firmando el documento *el Notario Lucas Fragosto*. Tras la denuncia y petición del Fiscal, y ante la prueba concluyente, el Juez dio un mandamiento de prisión contra el reo, que como era habitual firmaba el Notario Mayor, Baltasar Méndez, ordenando a don Juan de Aguero, Alguacil Mayor de la jurisdicción eclesiástica, que prendiese el cuerpo del licenciado Lucas Fragosto y lo trajese a la cárcel arzobispal, y si no lo hallase, secuestrase sus bienes y los depositase en persona abonada.

El Alguacil, en compañía del Fiscal y de su ayudante, Agustín de Bustamante, estuvieron esperando a Lucas desde las tres de la mañana hasta las nueve del día, en que lo sorprendieron llegando en su casa, en la calle Espejo junto al Valle, prendiéndolo y llevándolo a la cárcel arzobispal. Tras las averiguaciones, el Fiscal lo acusó de dedicarse a solicitar pleitos en el Juzgado de Testamentos, cosa que estaba prohibida a los clérigos, y de hacer creer a las partes que era un Notario de la Audiencia.

¹⁸⁸⁹ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 880.

Las informaciones fueron hechas por el notario receptor Juan de Salvatierra, y en ellas prestó declaración el Oficial Mayor del Juzgado de Testamentos, Juan Bautista Balenzuela, clérigo capellán que vivía en la collación de Santa Ana de Triana, que dijo que Lucas había llevado muchos testamentos a despachar a su Oficio, entre los cuales estaban algunos de fuera de Sevilla, y que cobraba ocho reales. Con esto quedaba demostrada su culpabilidad.

En el último tercio del siglo XVII encontramos una nueva figura en el organigrama del Juzgado de Testamentos: *el Juez receptor*. Se trataba de un Juez por comisión del Juez de Testamentos de Sevilla que iba a los lugares apartados de la diócesis tratando de ejecutar los testamentos. En la década de los 60 del siglo XVII nos consta la actividad del licenciado Francisco Espejo, uno de estos jueces receptores por comisión, que se desplazaba a Ayamonte haciendo diligencias:

En Ayamonte a 22 de febrero de 1.676 años, yo el Juez recetor en virtud de mi comisión mando se notifique a Antonio Blas, vecino de esta ciudad, so pena de excomunión mayor, en tercero día pague a la disposición de Inés Pérez, heredera que fue de Juan matos Lobo.¹⁸⁹⁰

A través de una Instrucción del Juez de Testamentos al licenciado Espejo *para la mejor ejecución de las comisiones que lleva a la ciudad de Ayamonte y otros lugares del Marquesado*¹⁸⁹¹, podemos hacernos una idea de la actividad de este Juzgado hacia 1670. En esta instrucción el doctor don Diego de Castañada, Juez de Testamentos de Sevilla, hacía una serie de recomendaciones sobre el modo de gestionar los asuntos y lidiar con los deudores para obtener el mejor resultado posible a favor de su Audiencia. Se trataba de administrar los numerosos pleitos del Juzgado de Testamentos en el marquesado de Ayamonte. Lo primero que le mandaba el Juez a su comisionado era que al llegar a Ayamonte se informase y adquiriese las noticias necesarias que *conduxeren a la ejecución de las dichas comisiones*. Y a tal menester, le indicaba las personas que habían defendido a otros comisionados anteriores en sus pleitos. Se trataba del licenciado don Antonio Pérez Ramiro, abogado y vecino de la ciudad de Ayamonte, y don Juan Bautista Valmaceda, escribano de la villa.

Ante ambos habían pasado la mayor parte de las escrituras e instrumentos relacionados con los pleitos y *execuciones de mandas pías* del marquesado en esta época. El comisionado entregaba las cartas del Juez a ambos, y también les explicaba de palabra los pormenores de los litigios *para mejor empeñarles*. Asimismo llevaba orden del Juez de que, en caso de cobrar, pagarles sus salarios, consultando antes con Sevilla para ver sus cuentas, y lo que ya habían recibido. En cuanto a los deudores, llevaba orden de procesar a cada uno por separado, haciendo constar en la cabeza del proceso la comisión que tenía al efecto, por si alguno apelaba o protestaba el *real auxilio de la fuerza* y trataba de conseguir *mejora de Granada*, en la Real Chancillería de esa ciudad. Pues parece que cada vez se hicieron más frecuentes las apelaciones y los *recursos de fuerza* ante la jurisdicción real para protestar de las ejecuciones de testamentos que realizaba la Iglesia. Concretamente en la Chancillería de Granada aparecen numerosos pleitos pendientes por resolver. Aunque no eran sólo los herederos o albaceas los que

¹⁸⁹⁰ A.O.H. Caja 47. Ayamonte.

¹⁸⁹¹ *Ibidem*.

apelaban, también el Juzgado de Testamentos cuando perdía un pleito ante la justicia real apelaba a la citada Chancillería, buscando resolver el asunto a su favor.

En este caso las instrucciones eran decir que tenía remitidos los autos a la Audiencia del Juez de Testamentos en Sevilla, para dilatar la apelación, y en efecto enviarlos si llegare el caso, citando a las partes, y *con eso vendrá a quedar desembarazado para proseguir las demás diligencias*. Para evitar las apelaciones, el Juez por comisión remitía los autos originales a Sevilla, adonde tendría que dirigirse la parte interesada en la apelación, con los consiguientes gastos y molestias. De esta manera se les disuadía de apelar y se les obligaba a llegar a un acuerdo pagando una cantidad convenida.

A cada deudor debía pedirle la deuda por entero y con intereses, reconociendo lo que habían pagado en caso de que hubiesen dado algo a cuenta: *lo que dan al Padre Fray Agustín*. Y debían anotar la novedad que hubiese en esto, pero en la ejecución de la cobranza *a de usar de toda maña para hacerla si fuere posible sin perder nada*. Ahora bien, si hubiese alguna dificultad para cobrar, porque el deudor fuese *de mala calidad o muy pobre*, entonces se mandaba componer la deuda en la mejor forma, perdonando los intereses, y *hacer liberación y suelta de lo demás, de forma que no dexe por cobrar en el todo o en parte*. El citado Padre fray Agustín parece que realizaba gestiones en Ayamonte para el Juzgado de Testamentos. No sabemos exactamente en calidad de qué, suponemos que estaba también comisionado por el Juez, pues aparece mediando y haciendo *transacciones* en la solución de los pleitos con abogados como don Cristobal Rodrigues de Garfias y con Fabián de Cabrera. El Juez de Testamentos mandaba al licenciado Espejo, su comisionado, que la primera diligencia que debía hacer con respecto a estos acuerdos con los abogados que defendían a los deudores era: *apretar sobre que se cumplan estas transacciones e pedirlo judicialmente y extrajudicialmente*.

En un caso le pedía que se valiese del licenciado don Diego de Zagre diciéndole *de mi parte se acuerde de la palabra que me dio de que haría se feneciese este artículo sin pleyto, pero si esto no bastare, poner todo calor para que se sentencie el dicho pleyto ante la justicia real donde pende, y si la sentencia no fuese favorable apelar en tiempo a Granada y avisarme*¹⁸⁹². En otros casos el Juez solo mandaba que se informase si estaban pagadas las deudas, sin hacer más diligencias. A veces la gestión del comisionado consistía en informarse si se dieron de limosna los bienes contenidos en los testamentos y cuales se entregaron al convento de San Francisco y cuales a otras personas. Y todo para que el Juez en Sevilla pudiese ir proveyendo autos, y *despachando remedios*.

Aconsejaba el Juez de Testamentos a su comisionado que, *en lo que fuere menester se acompañe con juez, elegir en Ayamonte al licenciado Joseph Diego Cortés, y en los demás lugares a los curas o colectores*¹⁸⁹³. Por tanto llevaba poderes cometidos por el Juez de Testamentos para nombrar jueces en los lugares que fuese visitando, sobre todo a curas y colectores de las iglesias, y a personas de confianza, para que abriesen sumarias, tomasen declaraciones a los testigos, dictasen autos y todo lo necesario para la resolución de las deudas y litigios pendientes. Mandó también el Juez

¹⁸⁹² *Ibídem*.

¹⁸⁹³ *Ibídem*.

a Espejo que no depositase los maravedíes cobrados sino que *haga bols*” y los remita con el ordinario -el correo-.

El citado licenciado Cortes, como hombre de confianza del Juez de Testamentos, actuaba no sólo cobrando en efectivo sino tomando y vendiendo bienes para ejecutar los testamentos. Tenemos un caso en el que le vemos vendiendo ovejas de los bienes de un testador, y como al parecer no era la época adecuada, el licenciado Espejo le sustituyó la comisión para que las pudiera vender en mayo. En otros casos -contra doña Maria Amado- se ponía de manifiesto la estrategia que seguía la Audiencia en los casos en los que sabían que había bienes de donde cobrar, en estos recomendaba el Juez *apretar las diligencias* y si *de bono et equo* quisiera componerse dificultárselo mucho, pero admitir la *plática* y *extruhar* a lo último.

El licenciado don Joseph Diego Cortes, con comisión del Juez de Testamentos, hizo la obra del hospital de Ayamonte en ejecución de las mandas del testamento de Benito y Francisco Galdámez, y en ello gastó *una gran suma de dinero*. Ahora se le encargaba que le tomase las cuentas y recibiera el *cargo y datt*” de la obra. Para ello debería mirar las comisiones que tuvo y remitir la cuenta para que, cotejándola en Sevilla con los autos que se dictaron, se aprobasen o enmendasen, y *si acaso que él venga a darla*. Se le mandaba además que viese las obras y las escrituras de los maestros que estaban construyendo el hospital, y si iban haciéndose conforme a la planta y condiciones; en definitiva se trataba de velar por la legalidad y seguridad de la obra. Además debía pedir también la cuenta a Joseph Diego Cortés de las diligencias que en virtud de una comisión hizo con respecto al cobro de los bienes raíces que dejó el citado Benito Galdámez y que adjudicó al dicho hospital.

Parece que a lo largo del siglo XVII se produjo una progresiva tendencia a la intervención de la jurisdicción real en los asuntos relacionados con los patronatos de legos y en general con la ejecución de las mandas pías de los testamentos. La Iglesia había manejado una importante cantidad de la hacienda de los legos a través de su intervención en las mandas testamentarias, pero a partir del último tercio del siglo se observa que los albaceas testamentarios y los herederos acuden cada vez con mayor frecuencia a la Real Audiencia en vía de fuerza, y también a la Chancillería de Granada en grado de apelación.

A finales del siglo XVII la Real Audiencia empezó a intervenir en la toma de cuentas de muchos patronatos de legos, en cuyos testamentos se habían mandado y dotado instituciones para diferentes obras pías, a saber, memorias de misas, capellanías, dotes para casamiento de huérfanas pobres, repartimientos de limosnas, mandas para la redención de cautivos etc. De esta forma el Visitador de Obras Pías no podía averiguar quiénes eran los patronos y administradores de ellas, pues sus fundaciones y libros de cuentas estaban a disposición de la Real Audiencia.

El Visitador de Obras Pías dependía en realidad del Oficio de Fábrica, dentro de la Audiencia del Provisor, así, el Visitador Díaz Coronado, que escribió su opúsculo a principios del siglo XVIII, consideraba las dotaciones y obras pías con sus cobros y pleitos civiles y ejecutivos como competencia del Juzgado del Provisor. Pero hemos querido incluir este episodio en el capítulo del Juzgado de Testamentos para ilustrar la problemática de las mandas pías de los testamentos, y la lucha entre la jurisdicción

eclesiástica y la seglar por manejar esta suculenta parcela de la vida y de la hacienda de los seglares.

A veces, cuando el Juez eclesiástico averiguaba quien era el administrador de un patronato, le pedía cuentas, y el administrador recurría a la Real Audiencia alegando que por costumbre era esta quien se la tomaba. Los de la Audiencia proveían un *auto de legos* privando a los eclesiásticos de tomarles cuenta o de visitarlo, pues con este mecanismo los ponía bajo su jurisdicción. Tenemos un documento de 1691 en el que el Visitador nos informa de un patronato para casamiento de pobres huérfanas que fundó Gonzalo Fernández de Luna y administraba Manuel Barquero, y cuyos patronos eran el guardián de San Francisco y el cura de la parroquia de San Isidro¹⁸⁹⁴.

Habiéndoles pedido el Visitador de Obras Pías las cuentas del patronato recurrió el administrador a la Audiencia que dio un *auto de legos*, a pesar de que los patronos eran eclesiásticos. Los eclesiásticos se quejaban *-como si fuese cosa profana la institución de casar pobres huérfanas-*¹⁸⁹⁵ que era expresa disposición del Concilio de Trento y de repetidas declaraciones de la Sacra Congregación, y *el uniforme sentir de todos los autores, e imvariable practica en estos Reynos, que se visiten por el eclesiástico todas las obras pías cada año o quando parezca conveniente*. El argumento esgrimido por el Juzgado de Testamentos era que los patronatos, aunque fuesen de legos o su fundador lo *repugnase*, o aunque hubiese costumbre o privilegio contrario, debían ser visitados por la Audiencia eclesiástica. De lo contrario se estaba perjudicando gravemente la jurisdicción eclesiástica, pues se le privaba del ejercicio de una parte sustancial, como era la visita de los numerosos patronatos del arzobispado.

También argumentaba que se seguían otros inconvenientes irreparables, pues la Audiencia, por sus muchas ocupaciones y por no tener el *régimen* que acostumbraban los Juzgados eclesiásticos, se pasaba veinte y treinta años sin pedirles cuentas. Y en este tiempo ni se cumplían las misas ni se repartían dotes ni limosnas. A la muerte de patronos y administradores, que eran los obligados a dar cuentas y pagar los alcances para liquidar a los terceros poseedores, a veces no conocidos, se creaba una total confusión y se destruían las últimas voluntades del difunto, que al cabo era el sagrado fin de los patronatos.

En los patronatos en los que los patronos eran eclesiásticos, como el referido, a veces la Audiencia los dejaba y revertían en el Visitador, y así, paradójicamente, era la jurisdicción secular la que encargaba la administración a los patronos religiosos. Otro argumento que esgrimían era que si tomando cuentas la Audiencia hallare que unos patronos religiosos habían pervertido el orden de la fundación, y disipado el caudal del patronato, no podía proceder contra los eclesiásticos y en todo caso debía dejarlos obrar libremente, y conocida esta libertad por los patronos y administradores podían expedir los caudales de las obras pías a su voluntad.

Así que no había patrón ni administrador que, pidiendo cuentas la Real Audiencia, dijese que la había de dar ante el eclesiástico, pero sí al contrario, con la certeza de que la Audiencia despachaba *auto de legos* sobre este punto. Las pocas visitas sin controversia que le quedaban al Visitador, siendo alguno de los patronos o administradores legos, estaban corriendo la misma suerte del recurso, pues la Real

¹⁸⁹⁴ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 3.

¹⁸⁹⁵ *Ibidem*.

Audiencia decía que el Visitador de Obras Pías hacía fuerza en pedir las cuentas de los patronatos. Y el Visitador no podía contravenir las resoluciones de la Audiencia, porque esto era imposible a la jurisdicción eclesiástica y terminaría en un litigio para cada caso de visita.

Ante esto, el Visitador de Obras Pías escribió un memorial al Prelado en el que le pedía que lo remediase, interviniendo en las más altas instancias, ante los del Supremo y del Consejo de Castilla, *a quien por ley destos reinos esta encomendada la protección del santo concilio de Trento*.¹⁸⁹⁶ Para que mandasen al Regente y oidores de la Real Audiencia que no impidiesen tomar cuentas de las obras pías perpetuas, aunque fuese entre legos, en conformidad con el Santo Concilio de Trento, y que remitiesen los autos del patronato que fundó Gonzalo Fernández de Luna y administraba Manuel Barquero. Y que en adelante pudiesen proceder contra cualquier ministro en cuyo poder estuviesen las fundaciones y los libros de cuentas, para que el eclesiástico no necesitase de un pleito para la visita de cada patronato.

Todos estos casos nos presentan un panorama en el que, en materia de testamentos, a finales del siglo XVII, la jurisdicción eclesiástica parece retroceder a favor de la justicia del Rey. Es posible que en algunas esferas la jurisdicción real dejase actuar a los oficiales eclesiásticos, respetando la tácita división de tareas según la cual la Iglesia debía velar por el cuidado de la moral pública y privada de los súbditos. Sin embargo parece que en otros ámbitos, quizás los relacionados con las haciendas de los legos, emprendiese un camino de recuperación del dominio y la jurisdicción.

Es evidente que la intromisión, de oficio, en las haciendas de los seglares, hecha en nombre de la defensa del alma del difunto, representaba un aumento en la exacción económica que la Iglesia aplicaba en concepto de mandas pías. Ya no bastaba con las innumerables formas de donación, más o menos voluntarias, ahora el Juzgado de Testamentos armaba una estructura organizativa para ir pueblo por pueblo y parroquia por parroquia pidiendo a los escribanos que presentasen los testamentos que se habían hecho en el último año para comprobar que se habían cumplido las mandas pías dejadas por el difunto. Además se cuantificaba en un veinte por ciento, el *quinto* por el alma del difunto, adquiriendo las formas y la categoría de un impuesto.

Aunque en última instancia la amenaza y la coacción, representada por la excomunión y por la acción de los alguaciles eclesiásticos -con poder para secuestrar bienes y prender a los reos acusados de delitos contra la Iglesia- tenían su efecto, nada de esto hubiese sido posible sin un potente discurso ideológico justificativo. Este discurso tiene su origen en la invención del Purgatorio en el II Concilio de Lyon -1274- que supuso un paso más en la utilización del miedo para conseguir la obediencia y el sometimiento de los fieles a los dictados de la Iglesia. En Sevilla, a partir del domingo de Ramos 28 de marzo de 1627, se tocó un doble por las Ánimas del Purgatorio en el reloj de la Giralda a las 8 de la noche, y doblaron las campanas todas las iglesias para que los fieles rezasen por los difuntos, y así se continuó haciendo. El 1 de abril se cambiaba la hora de toque de campaña a las 9 y el 1 de octubre se volvía a las 8.¹⁸⁹⁷

¹⁸⁹⁶ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 3.

¹⁸⁹⁷ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, Libros en Folio, ATomo 1º, Reloj y campanas de la Torre Mayor.

Y desde luego permitió la intervención en las haciendas de los seglares a través de las bulas de indulgencias y de las donaciones de los testamentos. Según nos consta, en el Arzobispado de Sevilla, en el pontificado de don Cristóbal de Rojas, este método subió de tono al incorporarse una intervención de oficio por parte de los notarios del Juzgado de Testamentos reclamando ante cada escribano público la quinta parte de todas las escrituras testamentarias que se hubiesen hecho.

Esta subida de tono requería nuevas armas ideológicas, nuevos argumentos, que justificasen lo que a todas luces parecía pura exacción económica. Máxime cuando el interés de la Iglesia se completaba con el de los notarios y oficiales eclesiásticos que mostraban a cada paso su deseo de atrapar una parte del pastel. No sólo con el cobro abusivo de aranceles y derechos, cosa frecuente, sino con la vuelta a revisar el cumplimiento de los testamentos pasados a cada cambio de visitador, en las sedes vacantes o a la entrada de un nuevo prelado o juez. La percepción del fraude por parte de los fieles nos consta cuando en los memoriales se dice que esto causó mucho *escándalo* en la población.

Estos argumentos que configuran un discurso giraron en torno a la necesidad de defender el alma del difunto de la codicia de los herederos. Opera en este caso el mecanismo de la proyección, el pecado se sitúa en el otro, en el heredero, que pretende abandonar el alma del difunto a su suerte en el Purgatorio, mientras el interés propio, de la Iglesia y sus oficiales, queda a salvo pues responde al deseo de la salvación de las almas. A tal fin se adjudican una serie de “etiquetas” o significantes morales, en un caso los oficiales de la Iglesia son *cristianos celosos, caritativos, inteligentes, veladores y defensores del alma del difunto*, en el otro los herederos son *escamoteadores, desordenadamente codiciosos*, que no se acuerdan de los muertos y causan un grave perjuicio en los sufragios por su alma. Es la Iglesia, como institución que elabora y sostiene el discurso, la que acuña el lenguaje y pone nombre a las cosas atribuyéndose la autoridad para ello.

Ahora bien, las relaciones de poder son complejas y llenas de paradojas, algunos seglares aprovecharon esta maquinaria para su propio beneficio. Nos consta que algunos, acuciados por las deudas, testaban a favor de alguna institución eclesiástica y como albacea nombraban a algún clérigo; *dejando el alma por heredera* y escapando a la acción de la justicia seglar que no podía embargar los bienes. El albacea se gastaba la herencia en mandas pías y los acreedores se quedaban sin cobrar.

Como hemos visto, la lucha entre jurisdicciones por la hacienda de los difuntos fue moneda corriente. Casos frecuentes fueron los pleitos de testamentos en los que el Juez eclesiástico reclamaba el cumplimiento de las mandas pías y el albacea argumentaba que no podía, bien porque no había bienes, habían sido embargados o porque las sentencias de los jueces seglares ya los habían adjudicado. El Teniente de Asistente en Sevilla solía dirimir los pleitos relacionados con las herencias estableciendo un orden de prelación de herederos y acreedores, y la Real Audiencia confirmaba o revisaba en grado de apelación. El Juez de Testamentos apremiaba al albacea para que cumpliera, ignorando las sentencias de los jueces seglares y amenazando con censuras eclesiásticas hasta la excomunión.

Una complicación añadida se producía cuando se apelaban las decisiones del Juez de Testamentos ante el Nuncio y éste nombraba un Juez Sinodal para que entendiera el

caso. Así se veían implicados dos tribunales eclesiásticos y dos seculares en primera y en segunda instancia. Para más complicación los jueces sinodales solían ser canónigos de la Catedral, añadiendo rivalidad sobre rivalidad, y terminando a menudo en el espectáculo de jueces eclesiásticos excomulgando y poniendo en la tablilla al Notario Mayor de un tribunal del Arzobispo. Cada Juez dictaba autos contra el contrario, ignorándose mutuamente, y la jurisdicción real, a la que se acudía en vía de fuerza para que arbitrara en el enfrentamiento entre jueces eclesiásticos, tampoco era obedecida. En algún caso el enfrentamiento enconado y sin solución tuvo que ser resuelto por la intervención de la justicia real a su máximo nivel, el Consejo intervenía ordenando al Notario de Apelaciones eclesiástico que no siguiera usando y ejerciendo su oficio y entregase los autos a otro Notario, que iba a seguir las instrucciones de la Real Audiencia.

El Fiscal de Testamentos sólo se conducía por el sagrado deber de defender *la voluntad del difunto y los sufragios por su alma* y parecía ignorar los problemas de los albaceas, la ausencia de bienes para pagar las mandas pías o las sentencias de los jueces seculares que los obligaban. Y respondía a los argumentos de los albaceas diciendo que debían cumplir el testamento y después cobrar los bienes, pues en primer lugar estaba la voluntad del testador. Es decir cumplir las mandas sacando el dinero de donde lo hubiese, ignorando las decisiones de otros jueces, los embargos o cualquier otro interés. Y parece que la amenaza de excomunión funcionaba pues tras los forcejeos y los intentos de eludir el cumplimiento de las mandas pías vemos que los albaceas terminaban sometiendo a los dictados del Juez de Testamentos y de su Fiscal.

A lo largo del siglo XVII la jurisdicción real fue adquiriendo preeminencia e interviniendo en los asuntos relacionados con los patronatos de legos y con las ejecuciones de las mandas pías de los testamentos. En el último tercio del siglo la jurisdicción eclesiástica parece retroceder a favor de la Real Audiencia que, a través de una fórmula denominada *auto de legos*, se reservaba para sí la intervención en los asuntos de los patronatos, impidiendo que el Visitador de Obras Pías tomase cuenta a los patronos y administradores, pues requería las escrituras de las fundaciones y los libros de contabilidades.

Pero sin duda todo esto no tendría sentido sin un elemento que, aunque ausente en los textos la mayor parte de las veces o elidido a través de fórmulas ritualizadas, sin duda hubo de tener gran fuerza emocional. Nos referimos a la culpa, que ausente de los textos con un mayor carácter jurídico, sin embargo aparece en los testamentos de forma un tanto estereotipada y asociada al miedo a la muerte. Se trata del arrepentimiento final, el reconocimiento de las faltas y la petición de perdón que asegurará la vida eterna. En el caso de un pastor de almas la culpa adquiría mayor relieve y magnitud pues las faltas, negligencias y defectos en el gobierno y administración de la Iglesia afectaban a la salvación de muchos. Tras el reconocimiento de la culpa, todo lo demás era intento de reparación para conseguir el perdón que asegurara la salvación.

También constatamos el intento de perpetuarse por otra vía, la del recuerdo. Así, se insiste en que las memorias, las misas, los aniversarios, sean *por siempre jamás*. A cada paso, en cada manda pía, se recuerda que los beneficiarios, a cambio de la limosna, debían encomendar el alma del donante a Dios. Era, por tanto, una reparación interesada, consecuencia de una culpa ligada al miedo al castigo y a la muerte.

Continuamente se afirmaba que su labor consistía en *hacer frente a la codicia de los deudos que no se acuerdan de los muertos*. Ambas ideas aparentemente contradictorias convivían en el discurso judicial sin conflictos. El mecanismo parecía ser el siguiente: el interés material de los otros quedaba estigmatizado por su calificación como pecado de codicia, y el propio legitimado por ser un servicio a dios y al alma del difunto. Operaba la capacidad del poder para, a través de su acción generadora de discursos, señalar como desviada una conducta, que pasaba automáticamente a ser considerada delito o pecado. Paradójicamente, cuando se trataba de los oficiales del poder eclesiástico, la misma conducta podía ser considerada lícita e incluso necesaria, mediante su inserción en el discurso de la caridad, la fraternidad y el servicio a Dios. Así la codicia propia era proyectada en el otro, que aparecía como culpable.

3.6.- La Colecturía General de Misas

Díaz Coronado consideraba la Colecturía General de Misas como un ramo del Gobierno Judicial y *no el de menos quenta*; su función era el depósito de las *misas alcanzadas*, que se derivaban de las visitas, para su gobierno y distribución:

Ai una plaza de Colector General que es mui desente i siempre la a tenido o Canónigo o algún prebendado de la catedral, asiste un tesorero, un notario contador con su oficial, un agente de misas, cinco receptores, que uno dellos esta para el casco de Sevilla i los otros cuatro corren por veredas cobrando las misas alcanzadas. Después éstas se reparten por las parroquias pobres y conventos con buen orden y las misas que ocurren de mayor estipendio se aplican para los curas que asisten en lugares remotos donde suele no haber misas ni tampoco quien las oiga.¹⁸⁹⁸

Como se ve, una organización encaminada a controlar el cobro de las limosnas de misas y a repartirlas para compensar la enorme desigualdad entre las parroquias ricas y las de los lugares alejados y con pocos recursos. La Colecturía de misas era el órgano encargado de la gestión, contabilidad y reparto de las limosnas de las misas que se daban tanto en las capellanías como en los patronatos y obras pías. También de las correspondientes a las fábricas, a cargo de los beneficiados. Misas que eran dejadas por los difuntos en sus testamentos por la intercesión de sus almas.

El Provisor intervenía cuando se producían *desviaciones* en los recuentos que hacían periódicamente los visitadores, lo cual era frecuente. En este caso, el Visitador daba aviso al Fiscal del Provisor y éste denunciaba de oficio a los implicados. El Secretario Aragonés advertía que el Provisor debía tener especial cuidado en ejecutar los *alcances* de las misas *que los capellanes perpetuos no han dicho del cargo de sus capellanías y que se cobre la limosna y se traiga al arca de tres llaves que tiene el Provisor y tome cuenta al Colector General controlando el libro donde se llevan*.¹⁸⁹⁹

Aunque la Colecturía General de misas fue creada por don Cristóbal de Rojas y Sandoval en el Sínodo de 1574, desde mucho antes los visitadores, auxiliados por los notarios contadores, realizaban el recuento de misas en las parroquias que visitaban. En 1565 tenemos un caso de alcance de misas que destapó el visitador Juan del Valle en una capellanía de la Iglesia de San Bartolomé de Paterna. Su capellán perpetuo, Pedro de Velázquez Maldonado, no había dicho 790 misas, y se le reclamaban a razón de real y medio cada una. El Provisor por el Arzobispo Valdés, doctor Gil de Cevadilla, le abrió una causa y le reclamó que depositase 23.550 maravedíes que montaban 468 misas y las 322 restantes que la mitad se dijera en la Iglesia de Paterna y la otra mitad donde señalase el Provisor.¹⁹⁰⁰

El visitador Zamora, en su visita de 1580 a la Colegial de El Salvador de Sevilla tomó la cuenta de la colecturía de misas y halló un alcance de misas del cual se derivó

¹⁸⁹⁸ A.G.A.S. Sección III. Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 9, *Colecturía General*.

¹⁸⁹⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Legajo 633. "Memorial del Secretario Aragonés sobre los oficios y gobierno del Arcobispado. Las causas de que a conocido y conoce el Provisor".

¹⁹⁰⁰ A.P.N.S. Legajo 12.382, año 1565, fol. 1030.

un proceso contra los canónigos en la Audiencia del Provisor¹⁹⁰¹. El Cabildo sede vacante les dió tiempo hasta la Cuaresma para que dijese las misas en que fueron alcanzados, *por sí o por otras personas*, estableciendo que la limosna por cada misa fuese de dos reales, y que se dijese en la Iglesia de El Salvador. Posteriormente el Prior de San Salvador escribió al Cabildo diciendo que habían cumplido las misas en que habían sido alcanzados y los canónigos cometieron al Provisor para que lo viese e hiciese justicia.

El oficio de Colector General de misas del Arzobispado también pasó a ser controlado por los canónigos en sede vacante. En 1580, a la muerte de don Cristóbal de Rojas, el Cabildo sede vacante ordenó a los visitadores generales que tomaran la cuenta de todas las misas de sus veredas, tanto las que estaban dichas como las que estaban por decir, y entregaran el escrutinio al Colector General del Arzobispado.¹⁹⁰² Las misas *alcanzadas* -que habían sido cobradas pero no dichas- las acomodaron en las parroquias de los lugares más desfavorecidos, donde solían faltar limosnas de misas. Por ejemplo, al cura de Casa Luenga le adjudicaron una misa cada día de la semana y otra los días de fiesta, para que pudiese subsistir en un lugar tan pequeño.¹⁹⁰³ Esto no siempre se hacía así, pues, por un memorial nos constan las quejas de algunos clérigos pobres porque los colectores de las parroquias repartían mal las misas no acudiéndoles a ellos como debían, dándoselas a los *no menesterosos*.¹⁹⁰⁴ El memorialista sugería que el Prelado diese jurisdicción a los vicarios para que vieses los libros con las misas que se decían y las limosnas que había, y las repartiesen, de manera que fuesen *superintendentes* en la colecturía *por vía de buen gobierno*.

Periódicamente el Provisor tomaba cuenta al Colector General de misas. En esta sede vacante diputaron a los canónigos Antonio González y al doctor Juan Hurtado para que vieses las cuentas que se le habían tomado al Colector e hiciesen cumplimiento y ejecución de ellas, informando al Cabildo. A 29 de julio de 1581 esta cuenta ascendía a más de dos mil misas que estaban *rezagadas*, esto es, cobradas y por celebrar. Los canónigos mandaron a los diputados nombrados que las hicieran decir y mientras tanto que no recibiera el Colector más misas.¹⁹⁰⁵ A tal fin cometieron al Provisor, Luciano de Negrón, para que hiciese decir todas las misas que había del alcance del Colector General, aunque estuviesen por cobrar, dando poder a los que las dijese para que las cobrasen de quien las debía, o *por el mejor orden que le pareciere que se digan y recen*.

El dinero que llegaba de las misas, así como de las dotaciones de capellanías, se depositaba en un arca de tres llaves que había al efecto y de allí se sacaba cuando había que hacer pagos. El Colector General de misas del Arzobispado llevaba un libro con la cuenta de las limosnas de misas y las llaves del arca las solía tener el Provisor, aunque en sede vacante los canónigos podían decidir otra cosa. En la sede vacante de don Rodrigo de Castro -1600- mandaron los canónigos que ningún oficial cobrase dinero de misas ni de capellanías, sino que los mayordomos de las fábricas trajesen el dinero en que fuesen alcanzados por las misas cobradas y sin decir; que se depositase en el arca

¹⁹⁰¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹⁹⁰² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

¹⁹⁰³ *Ibidem*.

¹⁹⁰⁴ A.G.A. S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. "Memorial del doctor Bartolomé Díaz Jiménez". 14-4-1611.

¹⁹⁰⁵ *Ibidem*.

para ser empleado conforme a su fundación y que las llaves la tuviesen los canónigos Antonio Pimentel, el Mayordomo Mayor de Fábricas Andrés de Saucedo, y don Jerónimo Gaudiol de Espina.¹⁹⁰⁶ Y especialmente que se cobrase el dinero que estaba en poder del mayordomo de El Arahall.

Después ordenaron que los visitadores enviasen testimonio de los alcances que se hiciesen a los mayordomos para emplearlos en las capellanías u obras pías para las que fueron dotados, dando licencia al visitador Diego Tamayo para que pudiese dar 200 misas al convento de frailes franciscanos de San Benito. Pero le mandaron que sólo por esta vez, y que en adelante no se sacasen *fuera* las misas, pues la norma era que no se diesen misas a los conventos mientras alguna parroquia estuviese sin ellas, prefiriendo los clérigos seculares a los regulares.¹⁹⁰⁷ También el guardián del convento de Sanlúcar pidió que se le pagaran a su convento las misas que habían dicho, y el Provisor las mandó pagar. Los conventos solían ser los mayores beneficiarios de las misas alcanzadas en las iglesias -sobrantes-, y el Provisor las libraba para que las dijese los regulares y cobrasen así las limosnas correspondientes.

El libramiento de misas a los clérigos regulares se solía hacer cuando en las parroquias sobraban misas para decir, y daba lugar a no pocas controversias y disputas entre clérigos regulares y seculares por la captación de las limosnas. Teniendo en cuenta que una parte de las misas que se libraban se decían en monasterios, a la muerte del Cardenal don Rodrigo de Castro -1600- aconsejaba el Secretario Aragonés que se informase al Provisor sede vacante, doctor Negrón, y a su Colector General, que dilatasen las libranzas de misas alcanzadas y se esperase hasta la llegada del nuevo arzobispo para ver si en las iglesias donde estaban dotadas las capellanías tenían los clérigos bastantes misas que decir, porque si les faltaban *será mejor que las digan ellos en la propia iglesia de la capellanía y no desacomodarlos*.¹⁹⁰⁸

En un memorial escrito por Joseph Ortiz, Notario de la Visita de Sevilla, se advertía de algunos abusos que se solían dar; porque muchos alcances de misas se hacían por descuido y aún con malicia de los capellanes, dejándose alcanzar misas sabiendo que no se les condenaba en más de dos reales por cada misa que no hubiesen dicho, que era la limosna ordinaria en el Arzobispado.¹⁹⁰⁹ Después, ellos mismos se concertaban para que se les librasen a conventos, con los que acordaban la paga a real y medio, e incluso a un real, dependiendo de lo apurado que estuviese el convento. Los frailes, por su parte, entraban al juego a causa de sus necesidades, y afirmaban que ellos no decían más misas del dinero que se les pagaba, a razón de dos reales cada una. En las visitas se mandaba a los colectores de las iglesias que no diesen más misas a los capellanes hasta que hubiesen cumplido con la obligación de sus capellanías, y para esto se les ponían censuras, aunque no servía para nada pues seguían dándolas; el interés económico era tal que aunque se les excomulgara perdían el respeto a los mandatos, y si se les quería castigar se daban trazas para que no se pudiese averiguar la verdad por escrito.

¹⁹⁰⁶ *Ibidem*. Martes 3 de octubre de 1600.

¹⁹⁰⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

¹⁹⁰⁸ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. "Memorial del Secretario Aragonés sobre los oficios y gobierno del Arzobispado. Las causas de que a conocido y conoce el Provisor".

¹⁹⁰⁹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Advertencias, 1611.

He aquí el problema. La solución que proponía el notario era que las condenas de los alcances se hicieran al precio de cómo les salía la misa a los capellanes, que era a tres reales por decreto apostólico, y que el Colector General hiciera diligencias para cobrarlos. Efectivamente, como los capellanes estaban obligados a la asistencia al coro y a otros ministerios de las iglesias, sin participación en las obvenciones, se les concedió por decreto apostólico que cobrasen las misas de sus capellanías a tres reales. Incluso la Universidad de Beneficiados pleiteó para que se subiera a cuatro. Así encontramos que el jueves 12 de octubre de 1601, en la sede vacante de don Rodrigo de Castro, cometieron a los canónigos Antonio Pimentel e Iñigo Villalobos para que viesan los papeles, breves y pleito que trataba la Universidad de Beneficiados acerca de la subida de la limosna de misa a cuatro reales, y los inconvenientes que había para esto.¹⁹¹⁰

Y una vez que el dinero estuviese en poder del Colector General que de ninguna manera se librasen las misas a los frailes, ni a ninguna otra persona, sino que se le diese el dinero a la Colecturía para que las dijese quienes la necesitasen. Pues como la limosna ordinaria del arzobispado era de dos reales, y las capellanías las cobraban a tres, con el superávit se podrían sufragar los gastos de su cobranza, por si se diesen pleitos. Y si fuese necesario que se embargasen los bienes de las capellanías y se hiciesen diligencias para cobrar.

Para solucionar el problema de las misas de capellanías también se ideó un sistema de reducción, pues muchas capellanías tenían rentas suficientes y muchas más misas de las que podía decir su capellán. Estas reducciones apostólicas se hicieron a razón de cuatro reales cada misa, pero se sospechaba fraude, porque se hicieron por lo que los capellanes declararon valer las rentas de sus capellanías, sin otra averiguación. Se proponía que los visitadores inquirieran y supiesen si las capellanías rentaban más de lo que iba en la reducción, y si fuese así se cargasen las misas a cuatro reales. Pero no solían estar los capellanes presentes el día de la visita, y aunque estuviesen podían seguir mintiendo, pues no había *razón* de las capellanías en las iglesias para que los visitadores lo pudiesen verificar, y por ser forasteros no tenían con quien poderlo averiguar¹⁹¹¹.

Todo esto no servía más que de *confusión y alboroto*, pues para comprobarlo sería menester dedicar un día para visitar cada capellanía y ver sus escrituras, y se necesitaría *para dar la vuelta a la vereda un siglo*.¹⁹¹² Una solución podía ser que se les encargara a los vicarios y curas más antiguos que apremiasen a los capellanes para que escribiesen las instituciones de sus capellanías, y las escrituras de sus bienes y rentas, y en caso necesario que lo verificasen. Y que se les *encarguen sus conciencias* y se averiguase lo que rentaban cada año, para que en las visitas se cargasen las misas conforme a su renta. Para dar más fuerza a la averiguación proponía nuestro memorialista que se leyesen edictos o cartas generales de excomunión, para que se manifestasen los bienes y rentas de las capellanías sin ocultar nada, y que se les diese a los curas *alguna cosa por el trabajo, del superávit de los alcances, por lo que haciéndolo en la forma dicha abrá para todos*.¹⁹¹³

¹⁹¹⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 1600-1601.

¹⁹¹¹ Se refiere a las escrituras de fundación de las capellanías.

¹⁹¹² A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Advertencias, 1611.

¹⁹¹³ *Ibidem*.

Estaba dispuesto por derecho que cada capellán o beneficiado sólo pudiese decir una misa diaria y la limosna por misas se estableció en dos reales. En cada iglesia se llevaban unos libros de apuntamiento de las misas por parte del Colector de misas de la parroquia. En estos libros se anotaban con nombre y firma cada día, mes y año, las misas rezadas o cantadas que se decían. Además de los cuadrantes de misas de las capellanías existía un libro de misas de los beneficiados que correspondía a las obligaciones de la iglesia -fábrica-. Los visitadores, mediante sus notarios contadores, tomaban la *quenta* de las misas periódicamente en las parroquias, y era cosa común que saliesen *misas alcanzadas*.

El *alcance de misas* era el balance que resultaba de la *quenta* que realizaba el visitador periódicamente sobre los libros de la colecturía de la parroquia; de aquí solía salir un número de misas que, a pesar de haber sido encargadas y pagadas, no habían sido celebradas. Y esto porque en las parroquias bien dotadas eran tantas las misas que no había tiempo material para decirlas todas. Teóricamente las misas alcanzadas debían ser celebradas en otras iglesias pobres en las que no hubiese carga de misas, pero a menudo los capellanes cometían fraude poniéndose de acuerdo con los conventos para que las dijese los religiosos a menos precio. Era obligación del Provisor y del Colector General velar para que esto no ocurriese, pues sólo se debían librar misas a los religiosos cuando no hubiese falta en las parroquias pobres.

Para la gestión de estas misas los visitadores hacían los alcances y traían la razón a la Colecturía General, aunque determinadas mandas pías que se hacían difícilmente cobrables no las liquidaban y cobraban. Así se juntaban los alcances atrasados y a veces se perdían las dotes de las capellanías y crecía el número de misas alcanzadas.¹⁹¹⁴ De este gran número se libraban miles a los religiosos, a cuyo cargo quedaba cobrarlas de los patronos o capellanes, pues como queda dicho, los visitadores no depositaban el dinero en la Colecturía. Los religiosos, que apenas tenían rentas y cargas de misas de que vivir, se veían obligados a aguardar a las libranzas de misas para comer. Era norma que se prefiriera dar las misas a los clérigos seculares antes que a los regulares. Una petición de 1611 nos indica que *en todos los lugares del arzobispado donde concurrieren clérigos y frailes a decir misas de pitanza sean preferidos los viejos a los moços, y los nobles a los que no lo son, y los clérigos a los frailes*.¹⁹¹⁵

Los sacerdotes conventuales tenían, pues, una corta entrada en la sacristía. Apenas en toda la semana decían alguna misa, y las limosnas sin misas eran muy escasas. Así el remedio de los conventos eran los mandamientos que les hacía la Colecturía General para que dijese misas que no habían celebrado los capellanes o beneficiados de las parroquias. Pero ocurría algunas veces que estas misas, que habían sido alcanzadas y que no se habían cobrado, resultaban ser incobrables. Otras veces los capellanes dilataban el pago aduciendo falta de rentas y obligaban a los frailes a llegar a un concierto bajando el estipendio a la mitad.

En un memorial anónimo enviado al Arzobispo por un religioso que había sido Prelado de una orden mendicante, se acusaba a los capellanes y beneficiados de vender los frutos de las cosechas de las tierras de sus dotes al más alto precio y después pagarle

¹⁹¹⁴ Para el fin que habían sido dejadas, se entiende.

¹⁹¹⁵ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Advertencias, 1611.

a ellos las misas a menos de su tasa.¹⁹¹⁶ Pues como estaban necesitados se avenían a cualquier acuerdo con tal de cobrar. A veces los capellanes se negaban a pagar y se terminaba en pleito. Pocas veces cobraban los frailes la limosna a dos reales, como estaba estipulado. Y la mayor parte de las veces tenían que hacer gastos y averiguaciones para saber si las misas eran cobrables. Todos estos gastos, más los derechos que se pagaban de salidas por los libramientos de las misas y los *agradecimientos que se le dan a los que alcanzan la gracia del mandamiento de misas*, hacían que al final el estipendio de las misas se quedase en medio real.

Se quejaba también de que los conventos tenían que nombrar procuradores que saliesen a hacer gestiones y andaban fuera del convento por caminos y posadas y *perdiendo la observancia regular, sin saber qué es acción de comunidad y exponiéndose a otros no pequeños peligros*. Al no tener misas que decir, los regulares salían a remediar su necesidad *pitanceando* fuera del convento, y esto les hacía distraerse de su clausura, con los peligros consiguientes. Nuestro religioso proponía como remedio que los visitadores examinasen y averiguasen las dotes de misas, y que las que no tenían dote efectiva no entrasen en las cuentas de los alcances de salida, pues eran incobrables.

Y que, por tanto, se hiciesen cuentas de los alcances legítimos y efectivos, y lo que quedase por cobrar no se librase a los religiosos, sino que la Colecturía General enviase fieles y legales comisarios, a cuenta de los inquilinos de las propiedades de las dotes que se retrasasen en pagar los plazos, y esta limosna se trajese en especie a la Colecturía. Una vez puestas las limosnas efectivas en la Colecturía, los prelados de las órdenes enviarían los informes de los sacerdotes que tenía cada convento para el cumplimiento de las memorias o capellanías y se libraría la cantidad de misas que pudiesen satisfacer. Y lo mismo se podría hacer con los conventos de fuera de Sevilla, que se les librasen las misas alcanzadas en sus lugares.

Se trataba de evitar que los religiosos saliesen fuera de los conventos, pues en la clausura el Prelado de la Orden podía controlar el cumplimiento de los deberes y obligaciones de los religiosos, pero fuera se deterioraba la disciplina y el rigor de la regla. Además, de estas reformas se seguiría una gran utilidad a las *benditas animas del Purgatorio*, pues se les dirían más en breve las misas, y con mas seguridad que si las librasen a los conventos para que ellos las cobraran.

Solía ocurrir que algunas capellanías tenían estipendios que dependían de haber vendidos los frutos de las cosechas, pues estaban dotadas sobre haciendas en arrendamiento, y a veces faltaban los compradores de los frutos. En este caso proponía que, antes de hacer el alcance, las dijese los religiosos en sus conventos o en las iglesias donde estaban situadas las capellanías, *para no embarazar a los señores clérigos, ni distraerse los religiosos fuera de sus conventos*, y se les señalasen capillas donde dijese las misas. La limosna se podría satisfacer con trigo, vino o aceite, o con lo que necesitase el convento, antes de convertirse en dinero, pues al final lo tendría que comprar con el importe del estipendio de las misas. Y esto iría en pro de todos, de las benditas ánimas del Purgatorio que tendrían los sufragios de los patronos y capellanes y

¹⁹¹⁶ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. *Advertencias que hace al Prelado, concerniente a los religiosos, en la dependencia que tienen del ordinario gobierno del Arzobispado. Por un religioso de orden mendicante de 53 años casi todos los ha pasado en Sevilla y ha tenido oficio de Prelado y otros de autoridad, según lo cual habla de experiencia.*

de los religiosos que se ahorrarían en rodeos y dilaciones, en aguardar para vender y en cobrar y pagar en dinero para comprar provisiones.

Las misas eran, pues, una de las fuentes de financiación de las iglesias. Los encargos de misas crecieron al ritmo de la inflación de los deseos religiosos en el siglo XVII, y esto porque para los legos pasó a ser no sólo una forma de contacto con lo sagrado, y de pago de deudas espirituales, sino un signo de notoriedad social. Los deudos tenían la obligación moral y social de cumplir con el difunto en su última voluntad, y este compromiso debía estar en consonancia con la posición social y con las posibilidades económicas del grupo al que pertenecía.

Así se daba el caso común de celebrar varios oficios en la misma iglesia al mismo tiempo, con la confusión consiguiente, sobre todo si eran misas cantadas. Ya en 1562 tenemos noticias al respecto, pues, mientras en la Catedral se decían los oficios en el Altar y Coro, los curas en el Sagrario y otros clérigos y capellanes decían misas cantadas, vísperas y memorias en las capillas, con lo cual perturbaban los oficios y la devoción del pueblo y ministros de la iglesia. Por esto los canónigos decidieron por un auto capitular que ningún cura del Sagrario, capellán ni clérigo de la veintena dijese misa, vísperas ni memorias en ninguna capilla ni en el cuerpo de la iglesia hasta que en el Coro y en el Altar Mayor se hubiesen acabado los oficios¹⁹¹⁷. Y aunque se prohibió por constitución sinodal, para evitar que

se inquiete la devoción ni los ánimos de los sacerdotes y eclesiásticos ni al demás pueblo, se incumplió debido a la vanidad de los legos, que por ella mas que por otra cosa quieren y procuran en los entierros de sus difuntos se canten muchos oficios y misas juntas, que cantadas assi mas parece la yglesia donde esto se haze casa de confusión que de oración.¹⁹¹⁸

Las misas por los difuntos formaban parte importante de los testamentos. Dependiendo de la calidad y relevancia social del difunto, y de sus bienes, las misas se podían contar por miles. Valga como ejemplo el testamento del Cardenal don Fernando Niño de Guevara, Arzobispo de Sevilla, en el que dejó dotadas un total de 5.700 misas por su alma; 4.000 rezadas para ser dichas en los distintos conventos de la ciudad, 50 misas en diversos altares privilegiados y otras tantas cada día durante los 9 días siguientes a su muerte.¹⁹¹⁹ Para los papas y reyes de España dejó dotadas otras 400 misas, por sus padres y abuelos, su hermano, el conde de Añover, demás hermanos y hermanas, y tío, otras 600 misas, por el Cardenal Espinosa otras 100 misas y por Diego Ramírez de Haro, fundador del Colegio Mayor de Santiago otras 100.

En cuanto a fiestas y aniversarios dejó dotada una fiesta de San Francisco para que todos los años dijese misa, sermón y vísperas por su alma en la Catedral con solemnidad. Un aniversario para que cada año *por siempre jamás* se dijera el día de su muerte una vigilia con responso por la tarde, y misa al día siguiente, y otra misa con responso en el Monasterio de San Pablo todos los años el día de su fallecimiento, con su vigilia por la tarde. Y el día de los difuntos en este Monasterio otra misa con responso y

¹⁹¹⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 27. viernes 8 de diciembre de 1562. Microfilm 20/42.

¹⁹¹⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial del ldo. Juan Bautista Aldrete”.

¹⁹¹⁹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1.

vigilia el día antes, por su alma y la de sus padres, abuelos y hermanos. Además dejó dotados otros aniversarios en el día que falleció su padre, con su vigilia, en el día que murió su madre, su hermano el conde de Añover, y todos los demás hermanos y parientes.

Parece que el problema de los alcances y contabilidad de misas siguió siendo un quebradero de cabeza para los oficiales del gobierno arzobispal. En la sede vacante de don Pedro de Castro -1624- el Cabildo mandó al Colector General de Misas, el canónigo maestro Bartolomé de Salto, que averiguase todas las misas que los visitantes hubiesen dado en la Colecturía sin haberse tomado razón de ellas e informase en Cabildo.¹⁹²⁰ Después, el Colector propuso que se mandase que los visitantes trajesen a la colecturía los alcances de misas, y el Cabildo mandó que se viese lo que se había hecho en las sedes vacantes pasadas sobre el modo de librar las misas de los alcances que habían hecho los visitantes; y a tal fin que el Secretario notificase esta decisión a los visitantes para que cumpliesen el Sínodo en las cantidades de misas y en el precio en que estaban tasadas, así como en las personas a las que se libraban, y que el Colector tomase cuentas al canónigo de Segovia, Pedro Ibáñez, que había sido su antecesor en la Colecturía, en tiempos del Arzobispo don Pedro de Castro.

También se decidió que el Provisor no librase ninguna misa hasta que los alcances de las visitas estuviesen terminados y traídos a la Colecturía General, y que no refrendara ningún mandamiento de los que se habían dado en tiempos del Arzobispo pasado, don Pedro de Castro, para las misas alcanzadas, sino que mandase que se retirasen todos los mandamientos. Sin embargo, el visitador, doctor Checa, libró las misas del alcance de su visita y el Cabildo le mandó llamar a capítulo para determinar sobre ello.

A veces los conventos se dirigían a la Colecturía General pidiendo misas. A primeros de febrero de 1624 el Colegio de la Concepción de Nuestra Señora pidió 250 misas alcanzadas en la parroquia de San Nicolás y se cometió al Provisor para que se las librase. Aunque las órdenes regulares tenían jurisdicción propia, y un Prelado que los gobernaba, dependían del gobierno ordinario del Arzobispo en algunas cuestiones, como en el libramiento de misas o en la obtención de licencias para administrar sacramentos o para predicar. El Provisor o el Prelado podían decidir a su discreción si daban estas misas, tan necesarias para el mantenimiento de los conventos. Si los frailes de algún convento habían entrado en conflicto con el Prelado, un medio de presión y castigo podía ser no librarles misas, e incluso no darles licencias para predicar. En la sede vacante de 1624 el procurador de los frailes agustinos de Jerez pidió licencia para que les diesen misas de la Colecturía y licencia para predicar, puesto que el Arzobispo don Pedro de Castro los había castigado por su entrada violenta en Jerez, negándoles las licencias y la participación en el reparto de misas de la Colecturía. Don Pedro de Castro había intentado en diversas ocasiones hacer valer su jurisdicción sobre los regulares, y estos solían eludirla haciendo valer sus exenciones. El Prelado empleó estas dos prerrogativas, la concesión de licencias para predicar y celebrar misa y el reparto de misas de la Colecturía, como medio de castigo y presión sobre ellos.

¹⁹²⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624.

Ahora los canónigos mandaron que el Provisor hiciese relación del estado del negocio. Después decidieron cómo se repartirían las misas alcanzadas en las capellanías y se mandó que el Arcediano de Sevilla viese las bulas y el Sínodo y lo trajese al Cabildo. Don Félix de Guzmán hizo relación de la bula de Clemente VIII e informó de lo que mandaba el Sínodo del Arzobispado en materia de libramiento de misas de la Colecturía General. Que primero había que cumplir con dejar suficientes misas en las iglesias, y si hubiese clérigos que las viniesen a decir a la misma iglesia fuesen preferidos, o frailes a falta de clérigos, y cuando no se pudiese, que se dijese en los conventos cercanos a la misma parroquia donde se alcanzaron las misas; que las de Sevilla no se librasen fuera de la ciudad y las alcanzadas en los lugares del Arzobispado que se guardase el mismo orden, bajo pena de excomunión. Todo lo cual cometieron al Provisor para que se guardase el orden de las bulas.

Pero tras la apelación al cumplimiento de las leyes venían invariablemente las excepciones, así que Lope de Alvarado pidió que, puesto que el visitador le había dado permiso de palabra, le diese el Cabildo licencia para que 200 misas que había en Constantina por cuenta del alcance que se le había hecho en la capellanía que poseía en Cazalla, fuesen dichas por los frailes de Cazalla, y que las apuntasen en la propia iglesia. El Cabildo cometió al Provisor para que lo viese e hiciese justicia. También cometieron al visitador Andrada para que viese lo que el Provisor había propuesto acerca de las misas alcanzadas en La Rinconada, Palos y Moguer, y asegurara el alcance de los colectores de las parroquias tomando cuenta en el libro de Colecturía General. El 29 de marzo de 1624 el Provisor mandó a los que fueron a tomar cuentas de las colecturías de fuera de Sevilla que trajesen la relación de lo que habían hecho.

Podemos ilustrar la contabilidad de las misas con un pleito abierto a instancias del Fiscal del Arzobispado, don Cristóbal de Bustos, el 22 de junio de 1630.¹⁹²¹ Probablemente el aviso le llegara de parte del visitador, pues una de sus funciones consistía en la revisión de estas contabilidades para que no se cometiesen fraudes. El citado día el Fiscal se querelló criminalmente contra Pedro Ruiz de Valencia, presbítero, vicebeneficiado y mayordomo de la parroquia de San Pedro de Sevilla. En su escrito de denuncia recordaba que, siendo obligación decir sólo una misa diaria, desde principios de 1627 tenía apuntadas y firmadas con su nombre, en los libros de fábrica y colecturía, una serie de misas *encontradas* con las misas que había cantado de la obligación de su beneficio. El delito del que se le acusaba era, por tanto, de *encuentro de misas*. En la compleja contabilidad de las misas el *encuentro* aludía a la coincidencia de más de una misa en un mismo día, mes y año, lo cual como hemos referido se consideraba un fraude.

El Fiscal, tras sacar testimonio del libro de colecturía de misas que obraba en poder del colector de la parroquia, le acusó de tener firmadas en un mismo día, esto es, *encontradas*, dos, tres, cuatro y hasta seis misas. También se querelló contra el colector de San Pedro, el presbítero Francisco Romero, pues había defraudado su obligación de ejercer el oficio con toda legalidad y verdad, *en perjuicio de las almas del purgatorio*; y terminó acusándolo de tener en los libros misas con firmas falsas, nombres de personas supuestas, no conocidas, y firmadas por clérigos de la iglesia a petición del colector, y sobre todo de no haberse dicho tales misas. Era frecuente que sobre los colectores o apuntadores de misas recayesen las acusaciones de fraude en la anotación

¹⁹²¹ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 880

de las misas, por negligencia o deliberadamente. Hemos encontrado una petición, de tiempos de don Rodrigo de Castro, en éste sentido: *que el apuntador de las misas no apuntare mas que las que viere decir*.¹⁹²²

A continuación el Fiscal pidió al Provisor que mandase al Notario Receptor de la causa, el presbítero Juan González Rubio, que sacase los libros de la colecturía para su verificación. En cumplimiento de la comisión del Provisor, el Notario Receptor fue a la iglesia y requirió *so pena de excomunió mayor que dentro de una ora se me entreguen los libros de la collecturia de misas y cuadrantes de capellanías y cuadrantes de beneficiados desde el año 1627*. Y le fueron entregados dos libros cuadrantes donde se apuntaban las misas de capellanías y tres libros de las obligaciones y depósitos de fábrica. En ellos aparecía día por día, mes por mes y año por año desde el 31 de enero de 1627 hasta 31 de marzo de 1630 que el licenciado Pedro de Valencia tenía *encontradas* una serie de misas. En el traslado de los libros, el Notario Receptor hizo algunas anotaciones: *engaño, engaño en todo* y similares. Lo primero que dudaba el notario era que la letra de los márgenes fuese la misma que la de los libros de colecturía, y diferente de la del colector, y *en esto puede aver mucho que considerar*. Por ejemplo, el día 31 de mayo se anotó una misa cantada y no había en el libro de misas de ese día ninguna misa. Concluía que *engañó en la partida del libro de fábrica*. Señalaba además confusiones en la letra y el guarismo de algunos folios como el 414 en el que aparecían *veintisiete* y después se decía *diecisiete*, y en el libro de fábrica no había misa este día y cambiaban los guarismos.

El 15 de julio de 1630 el Notario Receptor concluyó, tras el recuento y alcance, que tenía *encontradas* 232 misas con otras tantas del beneficio que servía, como constaba por los libros de la colecturía, y anotó al margen *engañase en todo, engañóse en el libro de fábrica*. Además dejó nota en el proceso que se había ocupado seis días en la vista de todos los libros de colecturía y en sacar borrador, para que se tasasen por el Provisor y se le pagase lo que correspondiese. Firmó *in verbo sacerdotis*, como correspondía a sus órdenes. Después, el provisor, gobernador y vicario general Luis Venegas de Figueroa, mandó al Alguacil Mayor un auto de prisión contra el reo con embargo de bienes. Lo firmaron el Provisor y su notario mayor Juan Rodríguez, como Secretario de la Audiencia. Seguidamente don Juan Beteta, Alguacil Mayor, *prendió el cuerpo* del reo y lo llevó a la cárcel arzobispal. El Fiscal pidió mandamiento para que dijese su confesión y el Provisor mandó *que tenga por cárcel la ciudad y que de su confesión*. Se le notificó al reo que debía depositar fianza y fiador y obligarse a no quebrar la carcelería saliendo de la ciudad sin licencia del Provisor. Y debía volver a la prisión cuando se lo mandase, pues en caso contrario pagaría su fiador lo juzgado y sentenciado.

A continuación pidió el notario que se tasase esta fianza. Firmaron el escrito Francisco Quadros, notario, y Juan González Rubio, Notario Receptor. En la confesión afirmó tener 40 años poco más o menos, ser natural de Villavieja, Obispado de Ciudad Rodrigo, y estar en Sevilla desde hacía 12 años. Que asistía en la iglesia de San Pedro desde hacía seis años, ocupándose de un beneficio, y *a oydo decir que está preso por sierta causa en quantas de misas que el fiscal le a puesto*. Preguntado si había defraudado maliciosamente el sufragio de las ánimas del Purgatorio firmando misas encontradas en el mismo día, mes y año, haciéndolas pasar por buenas en las visitas y

¹⁹²² A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

recibiendo la limosna del colector, respondió *que acabadas las misas bolbia a la colectoría a firmarlas en las partes y lugar que le señalaba el colector, sin firmar más de una misa ni recibir más de dos reales de limosna de ellas.*

Esta era su defensa, se declaraba *buen cristiano, temeroso de Dios y de su conciencia*, que siempre firmaba donde el colector le señalaba y que no tenía necesidad de más de una misa y limosna al día para vivir honestamente, por tanto la culpa era del colector al que acusaba de *mala cuenta*, porque, en su opinión, era persona despistada. Refería, además, que muchas personas de la parroquia se habían ofrecido a darle hasta 100 maravedís o más de limosna para que dijese misas en ausencia del colector y *luego las manifestaba y le iban a la colectoría con que excluye cualquier malicia*. Así que la demanda de misas era tal que algunos parroquianos ofrecían cantidades superiores a las estipuladas en las tasas, aprovechando la ausencia del colector de la parroquia. Nuestro hombre se defendía diciendo que las declaraba e ingresaba en la colectoría.

Preguntado por el *encuentro* de misas cantadas de la obligación de su beneficio con otras de los libros de colectoría respondió *que todo es culpa del colector por que es imposible por la inocencia del caso en una misma iglesia y en un mismo día que dixese dos misas cantadas por mucha malicia que tuviese*. Se disculpaba también aduciendo que Matías de Tapia, clérigo de la parroquia y beneficiado propio, tenía permiso del Provisor para decir las misas cantadas de tercias en todas la Pascuas y otras de primera clase, aunque estuviese de semana, y el colector por su *mala quenta* y descuido se las apuntó esos mismos días en las casillas de Pedro Valencia. Con esto ponía de manifiesto que las excepciones suponían un sistema de privilegios que en última instancia dependía de la voluntad arbitraria del Juez que ostentaba el poder, el Provisor.

A continuación el Fiscal acusó criminalmente a Pedro de Valencia de *aver firmado 232 misas en los libros de colectoría encontrándose unas con otras y recibiendo la limosna de ellas en perjuicio de las ánimas del Purgatorio*. El reo nombró como Procurador a Dionisio Carvajal y éste en su escrito abundó en los argumentos de la defensa, que todo había sido culpa del colector, por su *descuydo* y *mala quenta*, y pidió que el licenciado Francisco de Torres *que es quien maneja estos negocios y notario dellos vea el libro y dé su parecer*.

En la audiencia del 3 de julio el Provisor mandó por auto que *dentro de un día*, con denegación de más término, la parte de los reos hiciese ver los libros de colectoría por el Notario Contador de la visita Francisco Vidón. Y el 29 de julio el Fiscal volvió a pedir que el contador Francisco Vidón recibiese los testimonios y libros de cuentas de la colectoría y diese su parecer, pues dilataba el negocio y el Fiscal lo acusaba de rebeldía. A continuación el Fiscal pidió, a petición de las partes, que se cometiese la vista de los libros de la colectoría a Francisco de Torres, y propuso que se le diese un mes, con denegación de más término, pues *andan bariando los contadores para la dicha diligencia*. Por fin, el Provisor mandó que el Notario Contador de la visita, don Francisco de Torres Urrutia, viese los libros e informase.

El Fiscal pidió que se examinasen los testigos y se quejó de que el contador Francisco de Torres, que fue mandado por auto para que viese los testimonios y pronunciara su parecer, después de tres días no los había visto, no lo solicitaba en el despacho y tampoco devolvía al Oficio los papeles *a fin de entretener la causa y dilatarla*. Ante el apremio del Fiscal, Francisco de Torres, contador de la visita

eclesiástica de Sevilla, vio los libros para su verificación y ajustamiento de los encuentros: *yo he visto 2 libros de colecturía biejos y el corriente, y el libro de cargos de fabrica, y 2 cuadrantes de puntuación, el viejo y el corriente, y he visto el testimonio de los encuentros guardado por Juan González Ruvio, presbítero, notario receptor de la causa, se han numerado las partidas, para mejor entender son 117 partidas.*

Después repasó día por día y señaló donde se equivocó o engañó por poner dos partidas en el libro de cargo de fábrica, porque el renglón decía que dijo la misa Pedro de Pineda y la firma decía “Valencia”, con lo cual se entendía que firmó por error. Concluía que no se podía entender que firmase dos veces en el mismo día por una pitanza, ni que el colector le diese dos pitanzas en un día, porque *en cosa de tan pequeño interés no se a de presumir dolo sino que fue yerro del dicho colector.* En total concluía que había 68 partidas donde se engañaba. En algunos casos lo excusaba con distintos argumentos:

que un mismo colector no había de dar a sabiendas que firmase un sacerdote dos firmas por una pitanza ni el sacerdote la había de firmar. O en este otro caso en el que en el folio 262 aparece una misa de entierro y se entiende ser equivocación del Collector por que puso el día de la muerte del difunto y luego comenzar a decir las misas siendo como es sierto que el día que muere uno no le entierran sino al día siguiente, y este es el que había de escribir el Collector.

En total resumió los *encuentros* en 57 misas, y aducía que en el transcurso de tanto tiempo no se podía colegir malicia, sino que se debía entender que no mudar los días de las misas rezadas había sido descuido del colector, pues estaban unas firmas juntas y cercanas de otras; y era costumbre que cuando algún sacerdote que no fuese beneficiado dijese misas cantadas las firmaba el beneficiado, aunque dijese misa rezada por otra intención. Y finalizaba: *todo esto que está en éste papel está escrito con la mayor justificación y ajustamiento que me ha parecido en dios y en mi conciencia considerando el poco interés que montan los maravedíes de todos los dichos encuentros, y la calidad y rectitud de los sacerdotes, que no se puede entender aber hecho cosa tan mal hecha y tal se deva presumir.*

Así pues, la escasa cantidad del dinero defraudado y la supuesta calidad y rectitud de los sacerdotes se convertían para el notario Torres en prueba de inocencia. Desde luego la apelación a la calidad moral de los clérigos era un argumento frecuente en los pleitos, pues estar ordenado suponía haber recibido una impronta indeleble de carácter sagrado, el *carisma*, que elevaba a un plano moral superior, independientemente de la conducta desplegada. La supuesta superioridad moral de los eclesiásticos parecía ser un argumento para eximirlos de la sospecha de haber cometido algún delito, de aquí que se empleasen fórmulas del estilo de: *que debido a su estado no se puede esperar que cometa estos delitos.*

El Notario Contador de la visita de Sevilla Francisco de Torres Urrutia es citado en un memorial como el dueño exclusivo de la visita de Sevilla, y en otro se dice de él que se componía con los mayordomos y que llegó a Sevilla sin capa y se hizo de una gran fortuna.¹⁹²³ Desde luego era un gran conocedor de los entresijos de la visita, de la ingente casuística que se derivaba de la contabilidad de las misas y de los fraudes a ella asociados. De hecho el visitador Dionisio Portocarrero, en la visita de 1618 a San

¹⁹²³ A.G.A.S. Sección Gobierno. Visitas. Legajo 1527.

Salvador de Sevilla, informaba que hacían falta más notarios si se quería dar la vuelta a la vereda cada dos años. Y señalaba concretamente la necesidad de un notario particular que se ocupase de las cuentas de las colecturías de las parroquias para que se tomaran cada año, pues de lo contrario los alcances de misas se acumulaban, los colectores cesaban y los capellanes morían y quedaban las misas sin decir y sin poderse reclamar.

Portocarrero intentó ocupar a otro notario contador, un tal Cuevas, pero Francisco de Torres acudió al Arzobispo para evitarlo aduciendo que la visita de Sevilla se le había dado por merced a él y a su hermano Baltasar. Y aunque Cuevas lo pretendía desde hacía años el Prelado no había accedido. Portocarrero criticaba esto diciendo que la merced se hacía en daño del gobierno público, pues el haber más notarios no les perjudicaba puesto que estaban ocupados todo el año y no eran capaces de hacer todo el trabajo. Solo encontraba una explicación a las intenciones de los Torres, *el interés en ser dueños absolutos de la visita para que aya de acudir por fuerza a ellos en todo y en que las visitas sean de mas tiempo*.¹⁹²⁴ Así que esta familia de notarios contadores formada por los hermanos Francisco y Baltasar, y un sobrino, Pedro de Torres, estaban tan *encastillados* en la visita eclesiástica que decidían más que el visitador; y de esto resultaba *no ser el Juez Juez y el notario notario*.¹⁹²⁵ Por tanto un oficial menor, el notario contador, y la trama familiar por él formada, por su conocimiento de los asuntos y las relaciones de ayuda mutua que habían trabado con mayordomos y colectores de misas como consecuencia del monopolio sobre los negocios de la visita, tenían más poder que visitadores y jueces y había que acudir a ellos si se querían resolver los problemas.

Volviendo a nuestro pleito, el Procurador Dionisio de Carvajal presentó su escrito de alegaciones en el que manifestaba que en los tres años y medio se contaban 1.267 días y las misas que había dicho en este tiempo eran 768, así que tenía encontradas 116, que junto a las que había dicho sumaban 884 misas, y sobraban vacíos 392 días. Por tanto sobraban días y se presumía el descuido del apuntador. Pidió que el colector a cuyo cargo estaban los libros, la *apuntación* y paga de las misas, declarase con juramento que no había dado a Pedro de Valencia ningún día más que una limosna de misa, y que la causa se diese por concluida definitivamente, a lo que consintió el Fiscal. En su sentencia el Provisor manifestaba que *debo amonestar y amonesto que de aquí adelante cumpla sus obligaciones en apuntar y firmar las misas que dijese con apercibimiento de ser castigado con todo rigor de derecho. Y por la culpa que resulta le condeno en 1500 mrs., un sexto para el fiscal y lo demás en la forma ordinaria, y en las costas cuya tasación en mí reservo, y en que diga las 57 misas conforme a la quenta del contador Francisco Torres Urrutia y de ello de quenta en la primera visita, lo cual se le manda con excomunión*.

Hasta aquí hemos visto la casuística de las misas de difuntos, de aniversario o votivas, de capellanías o de patronatos. Es decir misas encargadas y dotadas por particulares. Pero los beneficiados en el Arzobispado de Sevilla también tenían la obligación de decir las misas de tercia por el pueblo. Las funciones que realizaban los beneficiados en el Arzobispado de Sevilla se limitaban a la asistencia al coro y a la misa de tercia de cada día, los días de fiesta a vísperas y a tercia, y decir la tercera parte de las misas de tercia aplicándolas por el pueblo.

¹⁹²⁴ A.G.A.S. Sección Gobierno. Visitas. Legajo 1.527. Visita a San Salvador de don Dionisio Portocarrero, 1.618.

¹⁹²⁵ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. La visita eclesiástica de Sevilla.

Desde los tiempos del pontificado de don Rodrigo de Castro -1580-1600- se arrastraba la controversia planteada por los beneficiados y los servidores de sus beneficios, los llamados vicebeneficiados, que se negaban a decir estas misas. Durante este período se sucedieron los pleitos y en 1643 encontramos un tratado o cuestión moral escrito por el licenciado don Alonso Bueno, beneficiado propietario de la iglesia de la Magdalena de Sevilla, en el que el autor defendía que los beneficiados podían decir la misa de tercia por su intención o por la de otro cualquiera que le diese la limosna, y que esto lo tenía por *moralmente cierto*.¹⁹²⁶ En estos pleitos, los vicebeneficiados, servidores de los beneficios de algunas iglesias que tenían poco pié de altar, reclamaban a los propietarios de los beneficios que les pagasen la limosna de la misa de tercia que habían dicho.

Los beneficiados, por el contrario, alegaban la costumbre que había en este arzobispado de que los servidores de beneficios dijese las misas y cumpliesen con los demás ministerios por el solo derecho a las obvenciones y pié de altar, y que esto era bastante para satisfacerlo todo. Otros beneficiados alegaron que en sus iglesias por costumbre inmemorial no se habían dicho las misas de tercia más que los domingos, y para zanjar el pleito ofrecieron pagar la limosna de las que habían dejado de decir.

Todas las sentencias fueron a favor de los servidores, condenando a los beneficiados a que les pagasen las misas de tercia que habían dicho, por ser poco el pié de altar de sus iglesias. El problema se planteaba cuando llegaban los visitadores y hacían cargo del alcance de misas, condenando a los beneficiados en las misas de tercia que habían dejado de decir y mandando que se llevasen a la Colecturía General. En los procesos constaban los testimonios de los notarios, que daban fe de que en los libros de visita de las iglesias los visitadores habían hecho cargo y condenado a los beneficiados en las misas de tercia que no habían dicho, y las dejaron por alcance. En el testimonio de un notario se podía leer: *su merced el señor visitador acabó la dicha visita de las misas de tercia y condenó a los dichos beneficiados propietarios en la limosna de ellas y mandó se saque testimonio de estos alcances y se remita a la Colecturía General de Sevilla. Año 1636*.¹⁹²⁷

Los visitadores, desde 1600 hasta 1636, condenaron a los beneficiados en sus visitas a que dijeran las misas de tercia que habían dejado de decir o que diesen la limosna para que se dijeran. Frente a este tratado en defensa de los beneficiados, tenemos la respuesta escrita el 1 de mayo de 1643 por Francisco de Varela, fraile del Colegio de Santo Tomás de Sevilla. Este memorial, escrito a instancias del Provisor y Vicario General, trataba de refutar los argumentos del licenciado Alonso Bueno y dejar sentada la obligación de los beneficiados de decir la misa de tercia por el pueblo: *presento este ante vuesa merced para que repare un daño tan grave como se sigue en todo este arzobispado faltando a el común del socorro espiritual de tantas misas*.¹⁹²⁸

Señalaba que en todos los procesos habidos por esta controversia en cuarenta años -1600-1640- tanto los testigos como las partes convinieron que había costumbre inmemorial en este arzobispado de que los beneficiados dijeran la misa de tercia por el

¹⁹²⁶ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. "Memorial al señor don Jacinto de Sevilla Provisor y Vicario General".

¹⁹²⁷ *Ibidem*.

¹⁹²⁸ *Ibidem*.

pueblo, y si no las dijeren, pagar la limosna para que la dijese otro. Por tanto, estaba claro que había costumbre inmemorial, *interpretativa y confirmativa de sus estatutos sinodales*, de que los beneficiados estaban obligados a decir tales misas, y que no podían recibir limosna por ella de ningún particular.

El padre jesuita Francisco Suárez escribió que para introducirse costumbre no era necesaria sentencia de Juez, pero que si la había aumentaba la certeza, y para probanza y certeza bastaban dos sentencias. Según la ley del Reino para que hubiese legítima costumbre bastaban diez años entre presentes y veinte entre ausentes. Además de costumbre inmemorial en el Arzobispado estaba mandado por los sínodos, pues la costumbre de decir estas misas había sido establecida desde el Sínodo de 1.490 del Cardenal don Diego Hurtado de Mendoza, que en su título *De divinis officiis* mandaba que en la iglesia que hubiese tres beneficiados se dijese la misa cantada todos los días a la hora de tercia. Y además dejaba claro que esa misa no se podía suplir con ninguna misa privada.

Esto mismo se repitió en el Sínodo de don Fernando Niño de Guevara -1604- donde también se insistía que no se cumplía aplicándola por otra persona particular que les diese la limosna: *mandamos que la tal misa no se pueda suplir con ninguna otra misa privada*¹⁹²⁹. Privada quería decir la que se decía por cualquier persona particular, y no la que se decía por el común del pueblo. También una bula de Su Santidad el Papa Sixto mandaba lo mismo, pues cuando se daba un beneficio en una iglesia era como decirle: *te doy derecho espiritual para recibir tales y tantos frutos de los bienes dedicados a dios por rezar el oficio divino, asistir a la misa cantada de tercia todos los días y a cantar tercia y vísperas los días de fiesta y decir cada año ciento veinte misas de tercia y cumplir con las obligaciones de los propios*.¹⁹³⁰

Sin embargo el licenciado don Alonso Bueno mantenía en su tratado que por ser esta una ley o estatuto penal no obligaba en conciencia. Y nuestro memorialista le respondía que era penal en cuanto a decirla en la hora de tercia, según la regla de la diócesis. En este aspecto sí conllevaba pena el incumplimiento, pero en cuanto a que no se pudiese suplir con ninguna misa privada no era mandamiento penal y por tanto obligaba sólo en conciencia. Esta controversia no se daba en ningún obispado excepto en Sevilla porque cuando se fundaron los beneficios en el Arzobispado de Sevilla, y las prebendas de la Iglesia Mayor, no se fundaron beneficios curados. En otros obispados, con la cuarta parte de los diezmos se fundaron los beneficios curados y en estos el cura propio disfrutaba las rentas del beneficio y realizaba las funciones de su ministerio. En Sevilla no se fundaron beneficios curados y los diezmos que debían ser para los párrocos se añadieron a los beneficios simples.

En los demás obispados los beneficiados hacían las mismas funciones de coro y altar que los de Sevilla, pero la parte de los diezmos que tenían acumulados en sus beneficios los de Sevilla, y que debían pertenecer a los párrocos, se compensaba con esta función añadida, decir las misas de tercia por el pueblo. Así pues, esta función estaba incluida en la fundación originaria de los beneficios y por esto la mandaron los Sínodos, *por que ya que este arzobispado carece de beneficios curados que son de*

¹⁹²⁹ A.C.S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Cardenal don Fernando Niño de Guevara. Título De divinis Officiis. Capítulo 1.

¹⁹³⁰ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. "Memorial al señor don Jacinto de Sevilla Provisor y Vicario General".

*tanta importancia para el bien de las almas tengan siquiera este beneficio espiritual de estos sacrificios.*¹⁹³¹ La queja con respecto a esta cuestión fue una constante entre los memorialistas que trataban de remediar los males del Arzobispado. Todos parecían estar de acuerdo en la necesidad de beneficios curados para que los párrocos tuvieran una suficiente sustentación y cumplieran las funciones de su ministerio adecuadamente. Pero en la práctica no se resolvió el problema, quizás por la imposibilidad de remover los privilegios y los intereses creados.

Contra esto argumentaba el licenciado don Alonso Bueno en su tratado: que si hubiera una ley o constitución que mandara a los beneficiados decir las misas de tercia sería injusta, *por faltar la proporción entre el trabajo y el premio*. Consideraba, pues, el ministerio espiritual un trabajo que debía ser remunerado conforme al esfuerzo. Y de aquí la necesidad de que existiese proporción entre trabajo y premio. Pero nuestro fraile le contestaba que lo que los fieles daban por los ministerios no era atendiendo a lo que valía el trabajo, sino a la obligación que tenían de derecho divino y natural de dar el sustento a quien administraba las cosas espirituales. Y si lo mirásemos según la lógica material que proponía, *miradas las circunstancias de este tiempo en que hay tanto numero de sacerdotes, cuantos habrá que hagan todo esto por mucho menos que lo que les vale el beneficio a los beneficiados...y muchos sacerdotes honrados tienen por buena suerte el hallar el servicio de un beneficio y se obligan a todo lo dicho por solo gozar del derecho a las obvenciones y pie de altar.*¹⁹³²

Pues, en esta lógica de la oferta y la demanda de trabajo, el precio justo del trabajo era aquel por el cual lo alquilaban los trabajadores, y cuando había muchos trabajadores y poco en que trabajar valía menos, *luego teniendo los beneficiados por beneficiados derecho a las obvenciones y pie de altar y no solo a los diezmos que en los demás obispados tocan a los beneficios simples, sino a los que han debido a los curados, y a la mitad de las primicias y a los propios, como puede ser injusta la ley por falta de proporción entre el trabajo y el premio.*¹⁹³³

El licenciado don Alonso Bueno, analizando los frutos a los que tenía derecho el beneficiado y los obsequios que se les daban por este derecho, no hallaba ninguno que le diesen por decir la tercera parte de las misas. A lo cual respondía fray Francisco Varela que, pues no se conocía el principio de esta costumbre, era razonable pensar que esta carga se puso en la fundación de los beneficios atendiendo a la parte de los diezmos que debían darse a los párrocos y *se embebieron en los beneficios simples*. Y el haber puesto en los Sínodos la ley general para Sevilla y los demás lugares de la diócesis fue atendiendo a que en Sevilla eran menos los diezmos, pero tenían más obvenciones, propios y anejos, con lo cual *tiene un beneficiado una muy honrada pasadía y así les han puesto las mismas cargas con abundantísimo estipendio*.

Alonso Bueno afirmaba, por el contrario, que no se podían añadir a los propios más cargas que las que les pusieron quienes los fundaron. Y fray Francisco Varela le respondía a los capellanes que, aunque los fundadores sólo le habían dejado la obligación de decir las misas, sin embargo el Sínodo les impuso que asistiesen al Coro y que se vistiesen para el Altar, sin darles a cambio ningún otro premio que las

¹⁹³¹ *Ibidem*.

¹⁹³² A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 2. "Memorial al señor don Jacinto de Sevilla Provisor y Vicario General".

¹⁹³³ *Ibidem*.

obvenciones de la iglesia donde estaban fundadas las capellanías. Y los servidores de beneficios por el mismo derecho a las obvenciones y pie de altar cumplían todas las obligaciones que tenían los beneficiados. Esta disputa ponía una vez más en evidencia que, independientemente del discurso pregonado, el mundo de los sufragios y de las misas se había convertido en un campo de batalla donde se dirimían las ambiciones materiales de los detentadores del poder eclesiástico.

Tenemos otro caso con el que podemos ilustrar el complejo mundo de los patronatos de legos. Los fundadores de las capellanías las dejaban dotadas sobre bienes raíces o sobre capitales invertidos en juros o en censos que dejasen unas rentas para su mantenimiento. A menudo se nombraba un patrono o administrador de los bienes, y éste debía hacer colación de un capellán para que dijese las misas que habían sido encargadas y dotadas en las escrituras del patronato. Pero en algunas herencias quedaban también deudas, y los acreedores embargaban los bienes, con lo cual se ponía en riesgo la dotación de la capellanía y la última voluntad del testador en asunto tan importante como el cuidado de su alma.

En la visita realizada por el licenciado Juan Salinas a la iglesia de San Andrés de Sevilla en 1610, y que terminó en abril de 1613, durando *tres años y un tercio*, se halló un alcance de misas en la capellanía que mandó fundar en la iglesia el canónigo licenciado Isidro de la Cueva.¹⁹³⁴ Esta capellanía tenía como patrón y administrador al canónigo y Tesorero de la Santa Iglesia Catedral, don Fernando Gallinato, y por capellán a Pedro Rodríguez, sacristán del Altar Mayor de la Catedral. El alcance ascendía a 203 misas por decir, y de un alcance pasado que se le hizo a Fernando Gallinato faltaban otras 712 misas.

El 18 de agosto, el Provisor y Vicario General de Sevilla, licenciado don Gonzalo de Campo, mandó en virtud de santa obediencia al capellán Pedro Rodríguez que en seis días pagase al licenciado Pedro Ibáñez Domingo, Colector General de misas del Arzobispado, la limosna de 925 misas que se le había alcanzado en la última visita. Siguiendo el procedimiento habitual firmó el auto el Notario Mayor que hacía las veces de Secretario de la Audiencia, don Cristóbal de Miranda. El Provisor insertaba una Benigna Declaratoria, primera diligencia de censura canónica, contra el capellán Pedro Rodríguez, para apremiarle a cumplir el mandamiento y depositar en el arca de la Colecturía General el importe de las 925 misas, a dos reales cada una. Aducía que las misas estaban dotadas sobre los bienes de la capellanía, por tanto se consideraba carga real, y de ella debía responder el capellán perpetuo y poseedor de los bienes de la dotación; además le condenaba en costas. Al no obedecerla le dio seis días de término, agravándole las censuras y amenazándole con excomulgarlo y ponerlo en la tablilla que se leería los domingos en la misa mayor.

En nombre del reo se presentó el Procurador Francisco de Acosta pidiendo que diesen por libre a su parte, pues había satisfecho sus obligaciones desde el día que se fundó la capellanía, y por certificación de Pedro de Torres Urrutia, Notario Contador de la visita, demostraba haber cumplido, por mandado del Provisor, en el Colegio de San Alberto de Nuestra Señora del Carmen, las 203 misas que debía. Y las otras 712 misas alcanzadas las debía Fernando Gallinato desde el día que tuvo a su cargo fundar la capellanía. A tal fin presentó fe del cumplimiento de las misas en el citado Colegio

¹⁹³⁴ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 933.

firmadas por fray Antonio de Esquivel y carta de pago del procurador fray Diego de la Torre. Así que el Tesorero de la Catedral, don Fernando Gallinato, había quedado como administrador de la capellanía y responsable de sus bienes, pero había dilatado su fundación y no había dicho las misas que se mandaban.

Entonces el Provisor mandó a Fernando Gallinato que depositase el importe de las 925 misas y no lo hizo, así que le agravó las censuras, le acusó la rebeldía y lo excomulgó poniéndolo en la tablilla, de lo cual dio fe el Secretario don Luis Álvarez. Nada menos que el canónigo y Tesorero de la Santa Iglesia Catedral puesto en la tablilla de los excomulgados de la Santa Iglesia Catedral. Pero tras la muerte del Tesorero todas las diligencias del Provisor se encaminaron a reclamarle al capellán que pagara el importe de las misas alcanzadas, haciéndole responsable de las que le habían sido alcanzadas a él y al difunto Gallinato.

El Provisor volvió a reclamar, bajo pena de excomunión, que se depositase el alcance. En nombre de la Colecturía General actuó el Procurador Luis Jofre, que pidió que se ejecutara el auto definitivo, pues había bienes en la capellanía que se podían embargar. El procurador del capellán dijo que su parte estaba dispuesta a pagar pero que el Provisor debía dar un mandamiento para que el canónigo y Deán de la Santa Iglesia, don Diego de Córdoba, que a la muerte de don Fernando Gallinato había quedado como albacea y administrador de su herencia, acudiese con la renta de la capellanía, pues hacía cuatro años que no la cobraba y lo tenía demandado ante el Juez de la Iglesia.

El Deán, como albacea de don Fernando Gallinato, tenía arrendadas unas tierras de la capellanía a Pedro Velásquez Ortiz y a Juan Merchante en 60 ducados; ahora Pedro Rodríguez reclamaba que el Deán le pagase la renta de las tierras de dos años, porque constaba que eran de la capellanía y él tenía pagada la limosna de las misas. También pedía que se notificase a los labradores que tenían arrendadas las tierras que le acudieran a él con las rentas y no al Deán, y mientras tanto que se embargasen. Sin embargo el Deán decía que no pagaba al capellán porque había otros acreedores que tenían prioridad y no había suficientes bienes para satisfacer todas las deudas.

El Procurador de la Colecturía General, Luis Jofre, pedía de nuevo que, puesto que el capellán no había depositado en el arca de tres llaves la limosna, que el Provisor diese la Benigna Declaratoria. Y Pedro Rodríguez decía que por ser la capellanía la última deuda que contrajo don Fernando Gallinato no se le pagaba. Y que él era capellán de la capellanía desde hacía cuatro años y desde entonces no había cobrado ninguna renta de la capellanía, por tanto no tenía obligación de hacer decir ninguna misa. Y apelaba el auto porque era injusto y le agravaba, pues la sentencia mandaba que pagase los alcances de ambos, y el Provisor lo tenía puesto bajo censuras, *atento a que soy presbítero tengo necesidad de decir misas para mi sustento pido me mande a cautela absolución de las censuras*¹⁹³⁵. Pero el Provisor insistió en su sentencia y le mandó agravar las censuras con excomunión mayor.

El 14 de febrero de 1617, el presbítero Pedro Rodríguez se presentó ante el Juez Sinodal, el canónigo licenciado don Manuel Sarmiento de Mendoza, con un Breve y Letras Apostólicas que había conseguido del Nuncio en Madrid, querellándose del Colector General y cometiendo al Juez para el conocimiento del pleito, suplicando le

¹⁹³⁵ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 933.

diese la absolución por el tiempo de la causa. Como correspondía al procedimiento, después de aceptar la comisión del Nuncio para conocer del pleito en grado de apelación, el Juez Sinodal mandó en virtud de santa obediencia al Notario Mayor de la Audiencia Arzobispal de Sevilla, Luis Álvarez, que dentro de dos días de la notificación entregase, pagándole sus derechos, al Notario Mayor de Apelaciones, Juan de Medina, los autos del proceso y causa originales *sin que falte cosa alguna*. En cumplimiento del mandamiento el Notario Mayor y Secretario de la Audiencia del Provisor, don Luis Álvarez de Andrade, hizo sacar un traslado del proceso.

Pedro Rodríguez se sentía agraviado porque el primer fundador de la capellanía fue don Fernando Gallinato y era suya la obligación, y él no era heredero ni tenedor de sus bienes ni de los bienes de la capellanía, así que la deuda no era suya, ni él era su heredero, y no poseía los bienes de la capellanía ni había cobrado, porque se fundó en unas tierras que las tenía y administraba el deán don Diego de Córdoba como albacea del difunto Gallinato.

Por su parte, el Procurador de la Colecturía decía que el Juez Sinodal debía pronunciarse *por no Juez de esta causa*, porque la parte contraria no hizo una relación verdadera al Nuncio y *calló la sustancia y verdad del pleito*, porque se le reclamaban también alcances de sus misas, y si poseía la capellanía le pertenecía también la carga. Esta era la estrategia habitual en caso de apelación, la otra parte solía argumentar que el Breve había sido conseguido con relación falsa y que no se había expuesto toda la verdad del caso. Y como la Audiencia del Nuncio no hacía ninguna averiguación sino que concedía sistemáticamente las apelaciones éstas se hicieron frecuentes, dilatando los procesos y a veces haciéndolos interminables.

En la siguiente audiencia respondió Pedro Rodríguez que la relación que hizo al Nuncio era verdadera porque la capellanía se fundó sobre bienes que heredó el Tesorero don Fernando Gallinato, y había un pleito de acreedores sobre sus bienes. En este pleito el doctor Lázaro Ocaña pretendía que los bienes sobre los que estaba impuesta la capellanía eran de Adán Costillas, su suegro, y tenía una sentencia a su favor por la que a su petición estaba embargada la renta de estos bienes. Por esta causa no le pagaba las rentas y si no había rentas no había capellanía con que pagar la limosna de las misas, ni él tenía obligación de pagarla de su hacienda. El 13 de junio de 1617 el Juez Apostólico, habiendo visto los autos, dijo que recibía la causa a prueba con término de 9 días. Tras el interrogatorio de preguntas Pedro Rodríguez pidió que como se había pasado el término hiciese publicación de testigos.

En la probanza de Pedro Rodríguez se presentó a Pedro García Neyra, vecino de Sevilla de más de 50 años, que dijo saber todo esto por ser uno de los acreedores de don Fernando Gallinato, y firmaba su declaración. También declaró Antonio de Ávila, residente en el Sagrario, de 32 años y vecino de Santa María la Mayor, que dijo que, según el pleito de acreedores que se seguía en Madrid, las tierras que se llamaban *el paguillo*, en el término de la Rinconada, las administraba el Deán, como el resto de la hacienda de don Fernando Gallinato; y que no se pudo poner la dote de la capellanía sobre esta finca porque a petición de Lázaro Ocaña y de los demás acreedores estaba embargada la renta. Que Pedro Rodríguez no había podido cobrar la renta aunque había hecho muchas diligencias para ello, porque el Deán tenía arrendadas las tierras y él había visto las escrituras, y sabía que se le debía la renta desde antes que muriese don Fernando Gallinato. Y que Pedro Rodríguez era capellán por colación de la capellanía y

dijo las misas y satisfizo sus obligaciones hasta que se le impidió el cobro de las rentas. El presbítero Lázaro Fernández, de 40 años, dijo que sabía que Lázaro Ocaña, como heredero de Adán Costillas, seguía el pleito en razón de las tierras de *el paguillo* en el término de La Rinconada, y firmó su declaración. Lo mismo declaró Juan Bautista, y Melchor Serrano, ambos firmaron.

Así pues, se trataba de controlar las capellanías; una institución a caballo entre lo sagrado y lo profano. Investidas de carácter y objetivos religiosos pero fundadas la mayor parte de las veces por seglares, servían para mantener al capellán por medio del estipendio de las misas con una dotación de bienes que escapaban al fisco real y eran difícilmente controlables por los oficiales eclesiásticos, pues las escrituras de fundación no se hallaban en poder de los mayordomos de las iglesias.

En las escrituras de dotación de las capellanías podemos observar el discurso que subyace a esta institución. En primer lugar se afirma que la culpa del hombre instituyó la muerte espiritual y corporal, pero Dios, por su misericordia, envió a su hijo para que, mediante su sacrificio, no se perdiesen las almas. Pero como el hombre es frágil y *hace mil faltas y recaídas*, las almas de los fieles son detenidas en el Purgatorio para pagar, y a través de las misas, que representan el sacrificio que instituyó Cristo, pueden ser redimidas y perdonadas. Así pues, el fundador dotaba la capellanía para que se dijese misas por su alma desde el día de su fallecimiento en adelante *perpetuamente por siempre jamás* (esta expresión se repite cinco veces en dos folios). A tal fin nombraba un patrono y dejaba dotada una cantidad para que dijese las misas, advirtiéndole que *tengan mucho cuidado* (se repite continuamente) de encomendar al pueblo un *pater noster* y un *ave maría por mi alma*, y que se paguen tres reales de plata por cada misa y que cada año el día de los difuntos el mayordomo cobre 2 reales de pan y vino y de la ofrenda a los curas de la iglesia. Finalmente suplicaba al Provisor que hiciera colación de los capellanes, nombrase el patrono y diese colación y canónica institución.¹⁹³⁶

Aunque para la Iglesia el fin último de las memorias y misas era el cumplimiento de la sagrada voluntad del difunto y la intercesión por las ánimas del Purgatorio, que esperaban sufrientes los sufragios de sus deudos para pagar por sus pecados y alcanzar el cielo, tras este dispositivo aparecía una de las fuentes principales de financiación del aparato eclesiástico, pues era frecuente que los testamentos dejasen un número importante de misas por el alma del difunto; y cuando no se especificaban mandas pías, la Iglesia consideraba que debía proteger el alma del difunto *de la codicia de los herederos* y ejecutaba el *quinto por el alma del difunto*, la quinta parte de la herencia, como una suerte de almojarifazgo por el peaje del alma al mas allá.

Era evidente el afán recaudatorio de este sistema, pero la ambición de los detentadores del poder se proyectaba en la supuesta codicia de los herederos, que al fin y al cabo sólo reclamaban su herencia. De esta forma se establecía una relación especular entre los herederos y la Iglesia, en la cual mutuamente se acusaban por la disputa de los bienes. El concepto de culpa quedaba así asimilado al de deuda, pues si el pecado se consideraba una *deuda* que podía ser redimida o pagada con mandas pías, penitencias o limosnas, el difunto debía esperar en el Purgatorio que se saldase la cuenta generada por sus pecados. El alma del difunto dependía de la ejecución de las mandas testamentarias en su vertiente religiosa y la Iglesia se convertía automáticamente en

¹⁹³⁶ A.M.S. Legajo 12.423, año 1574, fol. 719.

administradora de una parte de los bienes del difunto para saldar su cuenta con Dios. Además de la finalidad descrita, las misas de difuntos respondían al sagrado deber del recuerdo del ser querido, pues el olvido podía considerarse una segunda y definitiva muerte. Las memorias, capellanías y misas de difuntos tendrían además esa otra vertiente de mantener vivo al difunto en la memoria. Pues el dogma del Purgatorio introdujo esta dinámica de cosas, el alma deudora era recordada, paradójicamente, porque conservaba ese rasgo de humanidad que era el pecado. Y las misas representaban el intento de reaseguramiento contra la pérdida, contra la muerte y contra la negligencia y el olvido, contra el paso del tiempo.

Ahora bien, la contabilidad de los pecados, y de las misas dichas para su redención, se complicaba cuando los intereses y las ambiciones de los ministros eclesiásticos interferían toda la maquinaria administrativa montada al efecto. Las capellanías fundadas mandaban decir misas y dejaban bienes y rentas para su mantenimiento, y todas estas misas, ya fuesen de aniversario o votivas, de cuerpo presente, rezadas o cantadas, conformaban una fuente de ingresos para el mantenimiento de un sistema de plegarias por los difuntos que debían ser controladas, contabilizadas, traducidas a número y dinero, repartidas convenientemente, y sobre todo había que perseguir la *ambición* y el *fraude* pues iba en detrimento del sagrado deber para el que estaban instituidas, *el cuidado de las ánimas del purgatorio*.

3.7.- El brazo ejecutor: El Alguacil Mayor y la Cárcel Arzobispal

El Alguacil Mayor del Arzobispado representaba la cúspide jerárquica de los Alguaciles eclesiásticos del Arzobispado. En Sevilla tenía 10 ministros bajo sus órdenes y en las vicarías existían los Alguaciles eclesiásticos que hacían las mismas funciones a las órdenes del vicario. Su función era ejercer el poder coactivo de la Dignidad Arzobispal, haciendo secuestros de bienes, deteniendo reos y poniéndolos en la cárcel arzobispal, y velando por el cumplimiento de los preceptos de asistir a misa y de no trabajar en los días señalados. En la jurisdicción real, concretamente en el Cabildo y Regimiento de Sevilla, el oficio equivalente serían los Alguaciles de los Veinte a caballo, y también el Alguacil de las entregas, que hacía embargo de bienes por deudas.

Tenemos unas primeras noticias del Alguacil Mayor del Arzobispo porque en la noche de Fin de Año, y el día siguiente, solía guardar la Iglesia Catedral para impedir excesos de los feligreses y por esto recibía 200 maravedíes por la noche del 31 de diciembre y 100 por el día 1 de enero.¹⁹³⁷ Sin embargo en 1507 los canónigos decidieron que en la noche de Santa María de agosto (25 de agosto), en la que el Alguacil Mayor solía hacer la ronda por la Iglesia Mayor porque había *gentío* toda la noche, no se le diese nada y se le dijese que si quería andar por la Iglesia que lo hiciese pero sin cobrar nada.¹⁹³⁸

El Alguacil Mayor era por costumbre un noble de la ciudad. En 1543 tenemos constancia de que el Alguacil Mayor por don García de Loaysa era Pedro de Monsalve, que fue detenido y encarcelado por deudas que tenía con el médico Juan de la Cueva. El Alguacil Mayor dijo que era hijodalgo notorio, hijo de Diego Álvarez y doña Juana de Vergara, hermano legítimo de Hernán Pérez de Vaena, que fue Jurado de Sevilla y declarado hijodalgo notorio por el Cabildo y Regimiento de la ciudad, y como tal se le mandó devolver el impuesto de la blanca de la carne y se le dio un mandamiento de amparo para que no pudiese ser preso por deudas ni pudiese ser embargado en sus armas, caballos, ni otros bienes.

Ante esto, el Teniente de Asistente Calderón, hizo las averiguaciones de hidalguía y llamó a varios testigos que afirmaron que su padre, Diego Álvarez, había sido Regidor y fue a su vez hijo de un tal Hernando Pérez de Vaena, que fue veinticuatro, y siempre habían sido tenidos por hijosdalgo y había tenido muy *buenos caballos e mulas y esclavos*. Pero mientras se realizaba la averiguación seguía preso en la cárcel de las Atarazanas, y su procurador, para que lo soltasen, pues las Atarazanas estaban llenas de agua por la subida del río y él juraba que mientras estaría en su casa sin salir hasta que bajase el agua, presentó el testimonio y traslado de documentos para demostrar que se le devolvía la blanca de la carne.¹⁹³⁹

En 1547 tenemos noticias de que Miguel de Arévalo, Provisor por el Arzobispo Valdés, que además era Deán y canónigo de Segovia, nombró a Juan de la Torre como uno de los dos alguaciles ejecutores de la ciudad de Sevilla y su Arzobispado para ejecutar los mandamientos dados por los jueces y oficiales eclesiásticos sobre las rentas

¹⁹³⁷ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Aguila, C Tomo 9º, Cabildo Eclesiástico, doc. 13: Estrato de varios autos capitulares, año 1478, 2 de enero.

¹⁹³⁸ *Ibidem*. 25 de agosto de 1507.

¹⁹³⁹ A.H.P.S. Real Audiencia, Legajo 42, 1543-1546.

de la Mesa. Parece que de los diez alguaciles que podía nombrar el Arzobispo, había dos que actuaban exclusivamente como ejecutores de la Mesa para el cobro de las deudas relacionadas con los diezmos y rentas arzobispales. En la escritura de nombramiento y otorgamiento de poder se hacía saber que era *por virtud de la facultad e poder otorgada por sus majestades de ejecutar las deudas tanto de la mesa de su señoría reverendísima como del cabildo e fabrica de la santa iglesia e de otras personas eclesiásticas por virtud de los dichos mandamientos*.¹⁹⁴⁰ Entre las atribuciones que tenía otorgadas en esta escritura aparece cobrar los maravedíes, pan, y derechos del Alguacil Mayor que los deudores de las rentas de la Mesa tenían que pagar. Asimismo llevar los libramientos de la Mesa Arzobispal y cobrar y vender el pan de las rentas eclesiásticas.

Una de las condiciones recogidas en el nombramiento era el compromiso por parte del candidato a entregar 2.000 ducados de oro como fianzas *llanas y abonadas* para responder por los cobros de los derechos del Alguacilazgo Mayor y de la cobranza del pan. En este caso sus fiadores fueron Alonso Ruiz, Jurado y vecino de Santa María, y Juan Guerra, vecino de San Marcos. Además, se comprometía a ejercer *bien y fielmente el oficio de alguacil sin fraude ni dolo ni engaño alguno*. También debía dar cuenta de todo lo cobrado y de los derechos del Alguacil Mayor a quien señalase el Prelado, normalmente el Provisor, y guardar el arancel del oficio que estaba en la Mesa Arzobispal y los capítulos sobre esto que había dado el Provisor que estaban en poder del Notario de la Mesa Arzobispal, Diego Fernández. Y si las partes recibiesen algún daño se obligaban a pagar el principal más los intereses y costas.

Tenemos como ejemplo una de la contabilidades de los cobros y gestiones que realizaban estos Alguaciles ejecutores de la Mesa. Se trata de Cristóbal de Villegas, vecino de San Juan de la Palma, que fue nombrado en el pontificado del Arzobispo Valdés. En 1546 recibió del banquero público Juan Iñíguez, y de Rodrigo Balsa, ambos vecinos de Santa Cruz, una relación de deudas de la Mesa.¹⁹⁴¹ Las deudas eran de las rentas y diezmos del año 1546 que debían los arrendadores.

Eran del beneficio de la iglesia de Santa Cruz de Écija que debía Andrés Castillo, del diezmo de los corderos, que debían dos vecinos de Olvera, Francisco Núñez y Antón Sánchez. Además se debía el diezmo de los Potros y Beceros, de los cochinos y semillas, que debían Juan de Aguilar, hijo de Cristóbal de Aguilar, y su mujer, del vino, de la seda, de la miel y cera, de los menudos, del aceite de la prestamera, de las huertas primeras y de las huertas segundas. La cuenta total de lo que se debía en Écija, Carmona, Marchena, Paradas, Rota y Castilblanco ascendía a 217.800 maravedíes. Previamente el banquero y su socio habían dado poder a Cristóbal de Villegas, en la ciudad de Écija, para que pudiese recibir las rentas de la prestamera del beneficio de Santa María y de todas las demás posesiones y rentas.¹⁹⁴²

El Alguacil se obligó a pagar estas cantidades la tercera parte por el día de San Juan de Junio, otra tercia por el día de Navidad y la otra por el día de Pascua Florida del año siguiente, comprometiéndose a que si alguna de estas deudas se diese por perdida estaría obligado a hacer las diligencias de ejecución, tanteo y remate con los deudores y sus fiadores. Y si fuese necesario reclamaría a los vicarios y a los que tomaron las

¹⁹⁴⁰ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 171.

¹⁹⁴¹ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 558-561.

¹⁹⁴² A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 4.117.

fianzas de las rentas, y si fuese llamado a juicio lo pudiesen prender y ejecutar sus bienes, renunciando a toda apelación y suplicación. Por todas estas gestiones cobraría 100 ducados de oro, que se los cobraría con el último pago.

Con respecto al Alguacil Mayor, parece que se arrendaban los derechos de su oficio, así lo vemos cuando el Contador y Mayordomo Mayor del Arzobispo, Francisco Gutiérrez de Cuéllar, arrendó a Rodrigo de Soria, vecino de Santa María la Blanca, los derechos del alguacilazgo mayor del año 1547 por 25.000 maravedíes. Parece que hubo subasta y remate el 4 de enero de ese año ante el Escribano de Rentas de la Mesa, Diego Fernández, y Rodrigo Soria fue el mayor pagador.¹⁹⁴³ La escritura se firmó ante el Escribano de Rentas de la Mesa, Diego Fernández.

En 1554 tenemos un poder con fecha 23 de febrero otorgado Bartolomé de la Campana, Alguacil de los diez nombrado por el Provisor de don Fernando de Valdés, Gaspar Cervantes Gaete, para el cobro de las deudas tanto de la Mesa Arzobispal como del Cabildo y otras personas eclesiásticas, y de los derechos del Alguacilazgo Mayor y de otros derechos que pertenecían a la Dignidad y a las rentas de la Mesa. Esto incluía cobrar y vender pan de las rentas eclesiásticas y llevar libramientos de la Mesa y *de otras personas*.¹⁹⁴⁴ Por tanto, los alguaciles de los diez, a diferencia de los alguaciles ejecutores de la Mesa, no sólo tenían atribuciones en el cobro de las rentas de la Mesa, si no que sus funciones eran mucho más amplias, abarcando a prácticamente cualquier reclamación de deudas que afectara a personas eclesiásticas. Eso sí, también tenían que entregar 2.000 ducados de oro de fianzas para dar cuenta de los bienes que cobraban. El resto de las condiciones eran las mismas vistas para los alguaciles ejecutores de la Mesa y le fueron leídas y notificadas por el Notario de la Mesa Diego Hernández. Este mismo año también hicieron Alguacil de los diez a Cristóbal de la Torre, con las mismas condiciones vistas.¹⁹⁴⁵

Desde primeros de enero de 1556 se produjo un cambio en las condiciones de nombramiento de los alguaciles de los diez. Parece que, a instancias del Juez de la Iglesia, a partir de entonces empezaron los alguaciles de los diez a llevarse los derechos del Alguacilazgo Mayor. A cambio pagaban a Dignidad y a su Mayordomo de la Mesa 10.000 maravedíes al año, entregados por tercios, y dejaron de cobrar los derechos de los mandamientos, sino solo los derechos del Alguacilazgo Mayor.¹⁹⁴⁶ En el nombramiento de Francisco de Ortiguilla de este año podemos leer que podría ejecutar los mandamientos dados por cualquier jueces eclesiásticos, y *por el Juez de la Iglesia*. Además, añadía que cada año en Pascua de Navidad se comprometía a ir al Provisor y Juez y entregarles la provisión del oficio de Alguacil, y *si quisieren me la debolveran y si no no*. Y si durante el año se la pidieran la tendría que entregar, con causa o sin ella, bajo pena de 100.000 maravedíes, la mitad para la Cámara de su Majestad y la mitad para el Hospital de los Desamparados.¹⁹⁴⁷

En 1570 vemos al Alguacil Mayor Diego Durantes, con poderes del Gobernador del Arzobispado Alonso de Revenga, haciendo requerimientos a un vecino de Jerez de la Frontera, Bartolomé de Ávila, para que le pidiese fianzas de una heredad que había

¹⁹⁴³ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 162-165.

¹⁹⁴⁴ A.P.N.S. Legajo 12.352, año 1554, fol. 547.

¹⁹⁴⁵ A.P.N.S. Legajo 12.353, año 1554, fol. 138.

¹⁹⁴⁶ A.P.N.S. Legajo 12.356, año 1556, fol. 29.

¹⁹⁴⁷ A.P.N.S. Legajo 12.356, año 1556, fol. 778.

arrendado a la Mesa Arzobispal.¹⁹⁴⁸ En el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, su Provisor don Andrés Pérez de Buenrostro, Arcediano de Pedroche, nombró a Juan Gerónimo, vecino de San Marcos, como uno de los Alguaciles de los diez. Fueron sus fiadores Pedro de Mesa, clérigo capellán de la condesa de Castilla, vecino de San Marcos, Francisco de Torres, mercader de vinos vecino de San Salvador, y Diego de Cardenal, mercader de la mar vecino de San Pedro. Con respecto a los derechos del Alguacilazgo Mayor, que los deudores tenían que pagar, se puntualizaba que pertenecían a la Dignidad como rentas de su Mesa. En este caso se nombraban explícitamente entre sus obligaciones la ejecución de los mandamientos de cobro dados por el Mayordomo del Cabildo de la Santa Iglesia y se especificaba más el tipo de diligencias que tendría que hacer:

... que todos los marevedis, pan, trigo e cevada, vino, aceite y gallinas e otras cualesquier cosas que un alguacil cobrare y recibiere e bienes muebles y semovientes e otras que pagare cualesquier persona de qualquier contias de maravedies e otras cosas que deban de rentas dezimales, de todo que recibiere dar cuanta leal y verdadera sin fraude ni engaño ni colusion alguna a la persona o personas que lo ubieren de aver y dentro de tres días primeros siguientes despues que lo recibiere aqui en Sevilla, de todo lo que cobrare y recibiere, si yo el dicho juan geronimo no lo hiziere nos obligamos los cinco de mancomun todo lo que yo juan geronimo dexare de dar e pagar.¹⁹⁴⁹

Además se comprometía a que si alguien presentase alguna *albala* firmada en que apareciera haber cobrado y no los hubiesen recibido en la Mesa, responderían de mancomún los fiadores sin que fuese necesario información sumaria. Y que el Provisor y Juez pudiesen tomarle residencia a su voluntad, y si fuese condenado, de nuevo los fiadores saldrían a pagar. Cuando salían los alguaciles a hacer ejecuciones fuera de Sevilla debían dar razón al Juez de la Iglesia del día que salían y del día que llegaban de vuelta, pues las constituciones sinodales le prohibían estar más de 60 días fuera de la ciudad. A veces, los alguaciles de la Mesa recibían dinero de las personas a las que llevaban mandamientos de ejecución y no daban cartas de pago y de derechos, así que en las condiciones del nombramiento se recogía explícitamente la prohibición de esta mala práctica, bajo pena de la mitad de lo que recibiere para la Cámara del Prelado y la otra mitad para la fábrica de la Iglesia Catedral de Sevilla.

En otra carta de otorgamiento de poderes a otro Alguacil, Francisco Montero, vecino de la Madalena, fueron sus fiadores Gonzalo de Rivas, Gaspar de los Reyes, vecino de San Lorenzo, Francisco de Bobadilla, platero y Gonzalo Bernaldino, platero de oro. En este caso tenemos las escrituras que firmó el Alguacil, Francisco Montero, con cada uno de los fiadores obligando a su vez su persona y bienes con ellos.¹⁹⁵⁰ Aquí observamos una condición nueva que afectaba a los fiadores, si se les pidiese algo ante el Provisor, o cualquier juez eclesiástico o seglar, se comprometían a no salir de la ciudad hasta estar a derecho con el demandante. Y además se modificaban dos condiciones anteriores, en caso de reclamación por haber cobrado y no entregado carta de pago, que fuese suficiente la información sumaria ante dos testigos y el juramento de las partes, sin hacer ninguna otra diligencia. Este parece ser un abuso frecuente, pues al no entregar cartas de pago de las ejecuciones, de los derechos de alguacilazgo, y de las

¹⁹⁴⁸ A.P.N.S. Legajo 12.402, año 1570, fol. 721 y fol. 859.

¹⁹⁴⁹ A.P.N.S. Legajo 12.404, año 1571, fol. 505.

¹⁹⁵⁰ A.P.N.S. Legajo 12.410, año 1572, fol. 236 r.

costas que cobraban, no quedaban reflejadas en las contabilidades y no daban cuenta de ello. Y que cuando saliese de la ciudad se comprometía a volver en 30 días y dar cuenta al Juez de la Iglesia del día que salió y del día que volvió, así como lo que hubiese hecho durante el viaje, y esto a pesar de que en las constituciones sinodales se decía que podía estar 60 días fuera de la ciudad. Todo ello bajo pena de 10 ducados para las reparaciones del Consistorio y Corte Arzobispal.¹⁹⁵¹

Disponemos algunas escrituras que nos proporcionan información acerca de los negocios y las relaciones sociales en que se movían algunos de estos alguaciles. Por ejemplo, Pedro Vasques de Sepeda, Alguacil Mayor del Arzobispado, aparece actuando en nombre de su hijo, Juan de Sepeda, que tenía un beneficio en Sanlúcar de Barrameda, otro en la villa de Salteras y una prestamera en San Julián. Para el cobro y administración de las rentas de estos beneficios se sustituyó en un criado suyo, Juan de Santamaría.¹⁹⁵² También le tenemos en un pleito contra el Fiscal de Su Majestad, el Consejo y Regimiento de la villa de Tordesillas, de donde era natural, y los alcaldes de los hijosdalgos de la Chancillería de Valladolid, sobre su hidalguía.¹⁹⁵³

Sin embargo, los alguaciles de los diez aparecen en otro tipo de negocios y de relaciones sociales de menor cuantía, poniendo de manifiesto la diferencia de status de ambos oficiales. Como ejemplo tenemos en 1548 a un tal Lucas Cocar, Alguacil del reverendísimo Arzobispo de Sevilla, y vecino de San Marcos, que aparece arrendando por tres años a un tonelero, Bernal García, unas casas que tenía en la collación de Santa María, en la Carretería, por 7.000 maravedíes al año.¹⁹⁵⁴ Y otro Alguacil de la Mesa Arzobispal, Juan de Borbolla, dando poder a un procurador de causas, Iñigo López.¹⁹⁵⁵ En 1561 vemos a uno de los alguaciles de los diez, Francisco Martínez, dando un finiquito a un vecino de San Salvador, Diego de Balza, por el pago de unas casas que tenía arrendada en esta collación.¹⁹⁵⁶ En otro caso, el Alguacil Antonio Gálvez aparece comprando a Catalina de Herrera, mujer de Luis de Belmonte, 3 aranzadas de viña y tierra calma en el pago de Casa Bermeja, en el término de Sevilla¹⁹⁵⁷, Juan Gerónimo que aparece arrendando unas casas al Deán y Cabildo¹⁹⁵⁸ o Sebastián Rodríguez, que en nombre de Antonio Calvo, reclamaba al Receptor de las Alcábalas de Jerez de la Frontera lo correspondiente a un Juro que tenía situado sobre las rentas de la ciudad.¹⁹⁵⁹

En 1578 tenemos un concierto para casar a Juana Rodríguez, hija viuda del Alguacil Juan Rodríguez, con Pedro de Oliver, mercader, hijo de Juan de Oliver. La dote y caudal que dejaba era: 440 reales de plata castellanos, una saya de paño que valía 7 ducados, una saya de paño que valía 3 ducados, etc., en total todo montaba 39.958 maravedíes.¹⁹⁶⁰ Este Alguacil tenía algún caudal pues se permitía comprar una esclava mulata de 8 años de edad.¹⁹⁶¹

¹⁹⁵¹ A.P.N.S. Legajo 12.404, año 1571, fol. 598: obligación de alguacilazgo.

¹⁹⁵² A.P.N.S. Legajo 12.411, año 1572, fol. 747.

¹⁹⁵³ A.P.N.S. Legajo 12.419, año 1574, fol. 279.

¹⁹⁵⁴ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 709.

¹⁹⁵⁵ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 151.

¹⁹⁵⁶ A.P.N.S. Legajo 12.367, año 1561, fol. 832.

¹⁹⁵⁷ A.P.N.S. Legajo 12.415, año 1573, fol. 407.

¹⁹⁵⁸ A.P.N.S. Legajo 12.427, año 1575, fol. 152.

¹⁹⁵⁹ A.P.N.S. Legajo 12.426, año 1575, fol. 424.

¹⁹⁶⁰ A.P.N.S. Legajo 12.444, año 1578, fol. 107.

¹⁹⁶¹ A.P.N.S. Legajo 12.446, año 1578, fol. 255.

En 1575 tenemos noticias de un incidente que ocurrió cuando Sebastián Rodríguez, uno de los alguaciles de los diez nombrado por el Arzobispo de Sevilla, dio poder a Gaspar Aragonés, Secretario del Arzobispo, que en ese momento se encontraba en la Corte acompañando al Arzobispo, Francisco de Valdés, pagador de la Casa de Castilla, y a Francisco de Varela, solicitador de la Audiencia de Granada, para que se presentasen ante la Justicia del Consejo de Su Majestad y alcaldes del crimen de sus reales audiencias y chancillerías, en el pleito con el licenciado Pedro de Herrera, Corregidor y Justicia Mayor de Jerez de la Frontera, y su Alguacil Orvaneja. Al parecer éstos le habían quitado las copias y mandamientos que llevaba a Jerez por orden del Juez de la Iglesia y Vicario General, licenciado Martín de Acosta, y le habían impedido la cobranza y ejecución de las rentas decimales. El Alguacil Orvaneja lo llevó preso a la cárcel real de Jerez y después fue echado en una ballesta afrentándolo *con muy feas y desonestas palabras* a él y a un Notario apostólico al que le requirió que le diese un testimonio de cómo no le devolvían los mandamientos.¹⁹⁶²

El Alguacil Mayor solía estar a cargo también de la Alcaydía de la cárcel arzobispal y a menudo subarrendaba este oficio a otra persona. Es el caso de Pedro Vasques de Sepeda que encargó el oficio a Juan Andrés, obligándose éste a darle cuenta de las llaves, prisiones, cálices y ornamentos con los que se decía misa, y en general de todo lo que se contenía en el inventario. En este caso se obligó como fiador del Alcayde sustituto Antón Gutiérrez Lobo, por 1.000 ducados, y se comprometió en el contrato a que llevaría fiel y diligentemente los derechos por el arancel, y no más, y a dar buena cuenta de los presos que le fuesen entregados, tanto él como los porteros de la cárcel, ya fuese por deudas como por otros crímenes y delitos. Y si faltase algún preso o se escapase por su negligencia o de los porteros, o faltase algún ornamento, se obligaba a pagar lo que los presos debiesen de penas pecuniarias o de cualquier interés.¹⁹⁶³

En la cárcel real se daba el mismo fenómeno. En 1577 don Gerónimo de Montalvo, caballero de la Orden de Santiago, y Alguacil Mayor de la ciudad y de la Santa Inquisición, se sustituyó en Bernardino Lucas como Alcayde de la cárcel real, dando cuenta de sus presos, llaves y porteros. A tal fin dio fianzas por valor de 5.500 ducados y presentó hasta 11 fiadores, capitanes, artesanos y varios mercaderes y entre ellos algunos genoveses como Julio Ferrosino.¹⁹⁶⁴

Tenemos algunas noticias sobre la cárcel arzobispal desde 1554. El viernes 19 de enero de este año, Juan de la Barrera, *guadamecilero*, se prometió como *carcelero público comentariense* del preso Antón López, clérigo, ante el Provisor Gaspar Cervantes. El preso estaba enfermo y dadas las condiciones en las que se vivía en la cárcel se hizo necesario sacarlo mediante este procedimiento por el cual un preso salía porque su fiador obligaba su persona y bienes y pasaba a estar preso por él. Esto incluía pagar las penas pecuniarias o entrar en la cárcel si en algún caso el preso eludiese la acción de la justicia.¹⁹⁶⁵ Tenemos constancia de un caso de este tipo, el Alcaide de la cárcel arzobispal en 1572 era Juan Diaz, y tuvo que dar poder a un procurador para que lo representase en el litigio que mantenía con un clérigo que se había escapado de la cárcel y él había tenido que pagar los gastos y costas del pleito.¹⁹⁶⁶ En otro caso,

¹⁹⁶² A.P.N.S. Legajo 12.429, año 1575, fol. 500.

¹⁹⁶³ A.P.N.S. Legajo 12.422, año 1575, fol. 901.

¹⁹⁶⁴ A.P.N.S. Legajo 12.441, año 1577, fol. 99.

¹⁹⁶⁵ A.P.N.S. Legajo 12.352, año 1554, fol. 218.

¹⁹⁶⁶ A.P.N.S. Legajo 12.409, año 1572, fol. 158

Francisco Abreu, vecino de Santa Cruz y varios vecinos de San Salvador, todos mercaderes, se convirtieron en *carceleros públicos comentarienses* de Antón Ruiz Lobo, clérigo presbítero racionero de Osuna, al que el Provisor tenía preso. Bajo esta fianza de 1.000 ducados de oro, el Juez le dio licencia para que tuviese por cárcel todas las casas arzobispales y se pudiese ir a comer y a dormir a su casa, con la condición de que volviese a la carcelería cuando fuese llamado.¹⁹⁶⁷

Con respecto a la cárcel arzobispal nos dice Díaz Coronado: *ai dentro del Palacio una cárcel mui fuerte con separación para hombres y mujeres, cuidan della un Alguacil Mayor, un Alcayde y un Portero, y para las mujeres públicas y escandalosas ai una casa que llaman de recogidas donde se ponen reclusas y cuida dellas una Matrona.*¹⁹⁶⁸ La cárcel arzobispal tenía también su Letrado; en 1504 lo era Juan de Mesa, que cobraba por pleitos y se le pagaba de la Mesa Arzobispal como a los demás oficiales¹⁹⁶⁹. En la sede vacante del Cardenal Manrique fue alcaide de la cárcel arzobispal el canónigo Rodrigo de Solís, y le dieron poder para cobrar a los presos los derechos tocantes a su oficio y un salario de 10.000 maravedís cada año.¹⁹⁷⁰

El oficio de Alcaide de la cárcel era, como otros muchos oficios de la administración arzobispal, arrendado por dinero y a menudo el arrendador lo cedía por una cantidad a un tercero, que era el que desempeñaba las funciones relativas al oficio. A su vez, el que ejercía el oficio se resarcía de la compra y obtenía sus beneficios del cobro de derechos, conforme a los aranceles. Por las noticias que tenemos, la cárcel arzobispal debía ser un lugar con condiciones de vida bastante duras, pues los presos se quejaban a menudo porque *padesian* mucho. De hecho durante el proceso judicial a menudo el Fiscal dilataba las diligencias para mantener al reo en la cárcel el mayor tiempo posible, y de esta manera hacerle padecer por sus culpas. Por otra parte, el Procurador, que actuaba de facto como defensor del reo, en ausencia de letrado, hacía lo posible por conseguir su liberación, aún renunciando los términos de prueba. En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas el Provisor mandó que se reparasen las cárceles arzobispales a costa de las penas y condenaciones que pagaban los presos, para que estuviesen *seguros y a buen recaudo.*¹⁹⁷¹ Y en la de don Rodrigo de Castro los canónigos nombraron a don Luis Ponce como Alcaide de la cárcel.¹⁹⁷²

Tenemos el testimonio de un grupo de presos que se quejaron al Arzobispo por el trato que recibían en la cárcel.¹⁹⁷³ Se trata de unas cartas fechadas en marzo de 1612 y firmadas por *los presos de la cárcel* a iniciativa de Luis Benítez, clérigo vecino de Écija preso por deudas a la fábrica de la Santa Iglesia. En estas cartas los presos se quejaban de agravios, malos tratamientos y cohechos que les hacía el Alcaide, y suplicaban al Prelado, aunque fuese *por servicio de dios*, que mirase las injusticias que les hacía,

¹⁹⁶⁷ A.P.N.S. Legajo 12.353, año 1554, fol. 730.

¹⁹⁶⁸ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. *Capítulo 10, De la cárcel.*

¹⁹⁶⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, 1504, fol. 68-80.

¹⁹⁷⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, 28 de septiembre de 1538.

¹⁹⁷¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-1581.

¹⁹⁷² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

¹⁹⁷³ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471.

pidiendo que *ponga la mano en ello*, porque semejantes culpas merecían castigo y *no es justo que en tan dichoso pontificado con tan gran príncipe cristiano se hagan tales agravios a clérigos y más teniendo v md por amparo dellos*.¹⁹⁷⁴

Los presos decían que el Alcaide de la cárcel, que se llamaba Juan Bautista, era hombre *ocacionado*, soberbio, cruel y deslenguado y que a todos los clérigos y legos que entraban en la cárcel los ultrajaba diciéndoles malas palabras *tan feas que a hombres de baxa suerte no se le podrían decir, martirizándolos tanto, que el jueves pasado 26 de mayo se le fueron dos presos muy honrados por maltratalles*. Que robaba a los presos, les hacía cohechos y amenazaba con meterlos en los calabozos y *echarles prisiones*, y todo para que le diesen dineros.¹⁹⁷⁵ También denunciaban que se excedía en el cobro de sus derechos, conforme a los aranceles, cobrando cinco reales y medio por la carcelería debiendo llevar un real, y dejaba salir a los presos de noche y de día a cambio de dinero,

pues no es justo siendo vuestra señoría ilustrísima tan cristianísimo que tenga en esta cárcel hombre semejante, y de todo lo que hemos dicho se podrá informar de todos los presos que abido desde que él es el Alcayde, llamándoles uno a uno que ellos dirán lo que ay en esto, remediándolo vuestra ilustrísima porque de no querello remediar con esto descargamos nuestras conciencias.¹⁹⁷⁶

Para justificación de todo esto aportaban los presos una serie de testigos que presenciaron los abusos y maltratos, a saber: los presbíteros Miguel Ordóñez, Cristóbal Martín Capitas, Bartolomé de Baias de Paterna, Antonio Jimenez de El Arahall, Juan Benítez de Osuna, el capitán Luis Gómez de León y el seglar de Utrera Juan Benítez. Además denunciaban el trato desigual con los presos que accedían a los cohechos, como el caso de Juan Bautista Granado, sacristán de San Miguel, preso por habersele averiguado que entraba en un emparedamiento a ver a una mujer todas las noches, que *lo dejaba salir a cambio de muchos ducados*. También citaban como testigos de los abusos cometidos por el Alcaide a Pedro Fernández Guisado, clérigo de El Arahall, a Juan Mateo, presbítero de Écija, a Francisco Martínez Claros, presbítero, cura y beneficiado de la Puebla de los Infantes, a Alonso Buitrago, presbítero, a Luis Benítez de Ribera, presbítero de Écija, a Francisco de Valencia, de Jerez, a Martín de Ayala, presbítero, a Juan de Soto, presbítero, a Alonso de Royos y a Rodrigo de Armenta, todos presos en la cárcel arzobispal.

Quince días después de la primera misiva, y ante la pasividad del Prelado, los presos volvieron a escribir; de nuevo era Luis Benítez el que hablaba en nombre de ellos. Y en esta ocasión repetían los *agravios y malos tratamientos* que les había infligido Juan Bautista, Alcaide y Alguacil Mayor de la cárcel arzobispal, y pedían de nuevo que se verificase y en su caso se le castigase. Suplicaban al Prelado que mandase cometer esta información a alguien que averiguase y tomase declaraciones a los testigos.

Luis Benítez de Ribera declaraba que había estado preso desde el 13 de enero hasta el 16 de octubre de 1612 por una deuda con la fábrica de la iglesia, y durante este tiempo había sufrido las vejaciones del Alcaide. Pedía que, puesto que los agravios y

¹⁹⁷⁴ *Ibidem*.

¹⁹⁷⁵ Agravarles la carcelería poniéndoles grilletes o cepos.

¹⁹⁷⁶ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471.

malos tratamientos habían sido a tantos presos, clérigos y legos, y como no se acordaba de los nombres de todos, se mirase el libro de soltura donde se apuntaban los presos que salían de la cárcel, y se les pidiese su declaración. Acusaba al Alcaide de exceder los aranceles llevando por el *carcelaje* cinco reales y quartillo, y a otros llevaba cuatro reales y quartillo, y esto sin tener que prenderlos, sino presentándose ellos. El Miércoles Santo de 1612, en la noche, deshonró a Pedro Fernández Guisado, clérigo de El Arahal diciéndole *vellaco, ladrón, pícaro y que le cortaría la cara y le daría de palos*. Y después lo encerró en un calabozo y lo tuvo en él hasta el Viernes Santo. Y el Jueves Santo 26 de mayo por la noche, se salieron de la cárcel Alonso Benjumea, de Morón, y Marcos Berzocana, de Pedrera, porque no soportaban más, *por los malos tratamientos que recibían*. Y ese día se quejaba el que escribía, Luis Benítez, que sin darle motivo alguno el Alcaide le puso los grillos deshonrándole de *puto judío, traidor, con una espada desnuda amenazándome que me había de matar con ella, poniéndomela en los pechos y diciendo voto a dios que me lo has de pagar y que antes que salgas te diré quien eres*.

En la Cuaresma de 1612, estando preso Juan Bautista Granado, sacristán de San Miguel, y doña Maria, patrona del emparedamiento de San Miguel, por orden del Prelado, estando acusado el primero de entrar todas las noches en el emparedamiento que regía la segunda, y debiendo guardarlos y custodiarlos, no solo no lo hizo sino que todas las noches los dejaba salir fuera de la cárcel a cambio de dinero. Y los dejaba juntarse para hablar muchas noches, e incluso les daba de comer en la capilla de la cárcel donde se decía misa a los presos. Acusaban también al Alcaide de recibir sobornos en forma de *cantidad de vinos, jamones, tozinos y otras cosas* de los presos, concretamente vieron cómo Bartolomé de Baias se lo daba. Y a pesar de que el Provisor don Jerónimo de Leyba dio mandamiento para que no dejase salir a los presos, los dejaba.

Otra de las prácticas que denunciaban los presos era las amenazas y el agravamiento de los rigores de la carcelería para obtener dinero a cambio. Concretamente a Francisco Pérez, clérigo, sin haberle mandado el Provisor echar grillos se los puso para llevarle diez reales por quitárselos, y de esto fue testigo Francisco, el esclavo de Andrés Sánchez Fajardo, corredor de la Lonja. A Alonso García Lobatón, presbítero de Jerez, le llevó doce reales por no echarles los grillos, y de esto fueron testigos Cristóbal Martín Capitas y Miguel Ordóñez, presbíteros.

A Francisco Martínez Claros, presbítero, cura y beneficiado de la Puebla de los Infantes, le echó los grillos sin orden del Provisor, y le cobró por quitárselos dieciocho reales el Alcaide y dos reales su ayudante, el Sotalcaide. A Cristóbal Martín Guerrero, sacristán del beneficiado Francisco Martínez, le llevó diez reales, y de esto fueron testigos Francisco Martín Claros, Cristóbal Martín Guerrero y el Capitán Luis Gómez. Además sin orden alguna de los jueces encerró en un calabozo bajo a Fulano Valderas, clérigo de Paterna, con un par de grillos durante cuatro días, y le llevó por quitárselos dos reales, y esto ocurrió en presencia de Pedro Fernández Guisado y de Luis Benítez.

A Alonso del Oro, de Paterna del Campo, le llevó dos reales a pesar de haberle dado fianza de seguro de carcelería, y le llevó doce reales y varias canastas de fruta por quitarle los grillos. A Pedro Brabo Yuste, cuando lo llevó preso le cobró dieciséis reales por no ponerle grillos, y por dejarle salir fuera le llevó doce reales. Y por dejar salir fuera a Alonso Buitrago le llevó ocho reales. La madre de Juan Bueno, presbítero,

siendo como es una mujer honrada, le dio dos reales por su hijo, y el Alcaide no los quiso recibir porque le parecía poco, dándole con ellos en los ojos diciéndole de mujer ruin y baxa y otras palabras feas y dándole rempujones dos veces en lo qual ubo grande escándalo. Además, declaraba Luis Benítez que, el sábado 25 de junio, sin darle causa ninguna, el Alcaide le echó los grillos y lo encerró en el calabozo donde se encerraban los *sométicos*, desde las once del día hasta el domingo 26 que lo sacó para oír misa¹⁹⁷⁷. Luego lo volvió a encerrar y Luis Benítez le espetó que si era mandato del Prelado, del Provisor, doctor Jerónimo de Leyba, o del licenciado Gonzalo de Ocampo, Juez de la Iglesia, por quien estaba preso, que entraría, pero que de otra manera no lo haría. El Alcaide le contestó que era orden del Provisor don Jerónimo de Leyba y el reo le respondió que le mostrase la orden, que estaba presto a cumplirla, pero que de otra manera no lo haría, y el Alcaide *empezó a darle empujones y golpes vejándolo con otro par de grillos y una cadena mesaquea.*

El 2 de septiembre, al capitán Luis Gómez, hombre de 75 años, sin darle causa alguna, lo trató mal de obra y de palabra, arrastrándolo desde lo alto por una escalera al calabozo donde se encerraban los *sométicos*, echándole cadena y candado y dándole muchos golpes, *de forma que si no se lo quitaran Cristóbal Martín Capitas y Miguel Ordóñez lo hubiera matado*, y en el forcejeo Cristóbal Martín se lastimó el brazo derecho. Había, por tanto, un calabozo especial para los acusados del *pecado nefando*, el delito de sodomía. Y es de suponer que encerrar a un preso en ese calabozo era la mayor deshonra que se le podía infligir, pues los sodométicos estaban estigmatizados aún entre los delincuentes.

Este mismo día llamó el Alcaide a todos los presos para verificar una *colsexa* que había enredado el Alcaide contra Luis Benítez, Pedro Brabo Yuste y el Capitán Luis Gómez, pues parece que las quejas de los presos habían llegado a oídos del Alcaide. Y Luis Benítez, estando presente Miguel Ordóñez, le dixo *sabe vuesa merced señor alguacil mayor y le consta que yo no tengo contra vuesa merced capítulos, el qual me respondió boto a dios que en saliendo que salgáis desto me lo abeis de dar oque os tengo de matar y dar mil puñaladas.*

Y esto pasó en presencia de Miguel Ordóñez, de Pedro Yuste Brabo, de Martín Suirola y del capitán Luis Gómez, y también confesó Miguel Ordóñez que Juan Bautista había dicho estas palabras injuriosas contra Luis Benítez. Además afirmaban que por *consejas* que el dicho Alcaide traía, puso en un calabozo encerrado a Pedro Brabo, con grillos, no abriendo el calabozo para comer, ni *para hacer cosas necesarias de su cuerpo*, sino dándole de comer por un agujero a más de dos tapias en alto, diciéndole que era un bellaco, ladrón, hechicero, embustero y otras palabras feas. Así pues, llegó a oídos del Alcaide que los presos se quejaban del trato que les daba y que Luis Benítez era el que promovía las *consejas* al Prelado.

También afirmaban que desamparaba a los presos cuando estaban enfermos, pues *estando malo Pedro Brabo y debiendo el Alcaide de la cárcel amparar y defender a los presos, no lo hizo, antes le dijo pícaro.* Otra de las prácticas que denunciaban era la incitación por parte del Alcaide para provocar enfrentamientos y riñas entre los presos. Concretamente referían que el Alcaide incitó a Miguel Ordóñez y a Capitas para que riñesen con Luis Benítez. Y para recompensarlos les dio de cenar *picadillo de*

¹⁹⁷⁷ *Sométicos* es la forma sincopada de la palabra “so(do)méticos”, reos del delito de sodomía.

albóndigas y otras cosas en la sala baja que salía al patio del Prelado, dándoles alas para que se enfrentasen a Luis Benítez, y de esto fueron testigos Juan Contreras, presbítero, Pedro Brabo Yuste, Alonso Hoyos y los dichos Cristóbal Martín Capitas y Miguel Ordóñez.

Y terminaban su memorial de agravios con un *pido a vuestra señoría ilustrísima que mande examinar esto como lo dirán los citados testigos y otros que protesto recorrer la memoria y declarar*, sacando los presos y llevándolos de uno en uno ante su señoría ilustrísima, *o ante quien vuesa señoría ilustrísima cometiera y para que estando yo presente les haga contestar esta verdad*. También referían en su escrito que el domingo 11 de septiembre en la noche, estando acostado en uno de los calabozos altos, sin dar causa ninguna, a las 10 u 11 de la noche, con gran alboroto, mandó a Luis Benítez a la parte baja de la cárcel, haciéndole notables malos tratamientos. La parte baja de la cárcel era mucho más húmeda e inhóspita que la parte alta, así que suponía un agravamiento de la carcelería. Estando preso Julio, *ginoves*, por 600.000 ducados que debía por la Cruzada le dio al Alcaide gran cantidad de dineros, de cosas de la China y de vidrios de Valencia, y cantidad de dineros por dejarlo ir a dormir, *lo podrá decir Diego, presbítero, persona que trata con el dicho Julio ginovés*. Parece que el citado Julio defraudó una considerable suma de ducados del impuesto de la Cruzada y por esto se encontraba en la cárcel arzobispal. Era un comerciante y se permitía sobornar al Alcaide para que le dejara salir a dormir.

Estando preso don Juan Moxica, clérigo presbítero, lo trataron mal de palabra muchas veces. También se quejaban los presos que el Alcaide no tenía arancel y cobraba los derechos arbitrariamente, además que como extranjero no podía tener oficio real, conforme a las leyes del Reino. Cuando le preguntaron por qué llevaba más derechos de los que le pertenecían dijo que, *¿cómo los a de dexar de llebar para pagar lo que el paga a don Luis de Quiñones?* Así pues era don Luis de Quiñones el propietario del oficio de Alcaide de la cárcel arzobispal, que luego le arrendó por una cantidad al citado Juan Bautista. Y según la versión de éste, se veía obligado a burlar los aranceles y cometer todo tipo de exacciones con los presos para poder pagar a don Luis.

Terminaban la carta suplicando al Prelado que *por serbicio de dios* lo mandase remediar de forma que

no aya un berdugo en la cárcel de vuesa señoría ilustrísima y no dando lugar a que me quexe en otro tribunal por que como sabe vuesa señoría ilustrísima conforme a las leyes destos Reynos no puede ningún extranjero tener oficio real demás que siempre a tenido la vara y cárcel de v^a ilustrísima un caballero hijodalgo notorio por que es vara para que se onre y no se da a extranjeros.

Pues la vara del Alguacilazgo y cárcel arzobispal siempre la tuvo un noble sevillano, pero es posible que con el tiempo el oficio de Alcayde de la cárcel pasara a desempeñarse por un sustituto, teniente o *coadjutor* del oficio, y parece que en este caso fue arrendado a un italiano, de aquí la queja de los presos.

Todas estas irregularidades no eran nuevas pues ya en el Sínodo del Cardenal Guevara de 1604 se mandó que el visitador y el Juez de la Iglesia pasasen revista a la cárcel cada sábado con asistencia de los notarios de los procesos, de los procuradores, del alguacil mayor y del fiscal. Y que el Provisor y el Juez de la Iglesia multasen con dos reales para los pobres de la cárcel a los oficiales que no asistiesen. En la visita

debían inquirir si los presos vivían *recogida y honestamente*, y si al Alcaide los maltrataba, los soltaba o les daba licencia para salir sin mandato de los jueces. Finalmente, si algún preso quisiese informar en público o en secreto, que lo oyese. A pesar de los intentos del Prelado por contener los abusos cometidos en la cárcel arzobispal, todo parece indicar que estos siguieron ocurriendo, pues en el mismo canon se apostilla,

i porque somos informados que nuestros juezes no han visitado la cárcel, como en el capítulo precedente se manda, i importa mucho que lo hagan: les encargamos y mandamos que cumplan lo contenido...con apercibimiento que les hacemos, que en la residencia que se les tomare les mandaremos hacer cargo dello...¹⁹⁷⁸.

Las cartas de los presos así nos lo indican y abundan en una idea que se desprende de la lectura de los procesos criminales de la justicia eclesiástica: el prendimiento del reo y su puesta en la cárcel se consideraba una humillación necesaria y aneja a la pena. Y aunque el reo no fuese todavía culpado, el sólo hecho de reunir indicios contra él se consideraba suficiente, despreciando la posibilidad de error, pues en un mundo de pecado todos de alguna manera tenían algo que purgar.

En total podemos contar en estas cartas 38 presos, de ellos en 20 casos se afirma con claridad que eran eclesiásticos, en 4 casos podemos suponer sin temor a equivocarnos que eran seglares, se trata de un esclavo, la patrona de un emparedamiento, un capitán y un genovés implicado en el cobro del impuesto de la Cruzada. De los restantes 14 casos no se especifica su estado. Pero podemos afirmar que había mayoría de presos eclesiásticos, en una proporción de al menos 5 eclesiásticos por cada seglar.

¹⁹⁷⁸ A.C.S. Sección VIII. Libro 122 (18). Constituciones del Sínodo del Arzobispo de Sevilla. Fernando Niño de Guevara. XX: Visiten los juezes las cárceles los sabados de cada semana.

3.8.- El Gobierno económico: La Mesa Arzobispal

3.8.1.- Las rentas de la Mesa en la primera mitad del siglo XVI

La Mesa Arzobispal era una oficina, también llamada Contaduría Mayor, donde se administraban los bienes y rentas de la Dignidad Arzobispal. A ella asistían en tiempos de Díaz Coronado -1720 -, un Mayordomo, un Tesorero para la custodia de las rentas, un Contador Mayor, un Oficial Mayor, dos Oficiales Menores y cuatro Notarios Receptores que se llamaban *Verederos* porque salían por las veredas a hacer las cobranzas del trigo de los diezmos de la Dignidad.¹⁹⁷⁹ A finales del siglo XV las rentas de la Mesa Arzobispal sevillana ascendían a más de 6 millones de maravedíes y pasaban de 7 millones a principios del XVI.¹⁹⁸⁰

La Mesa Arzobispal, como órgano de gestión económica de las rentas de la dignidad arzobispal, generaba no pocos conflictos, algunos relacionados con la malversación de los caudales. Como el que ocurrió en 1482, cuando los canónigos don Agustín de Spínola y don Juan de Morales, mayordomos de la Mesa del Cardenal don Pedro González de Mendoza, se presentaron en el Cabildo requeridos por su presidente don Juan de Ayllon, pues tenían preso en la cárcel arzobispal a Gonzalo de Córdoba, anterior Mayordomo del Cardenal, que debía *muchas sumas de maravedíes*.¹⁹⁸¹ Los canónigos les pidieron que lo tuviesen a buen recaudo para que pagase todo lo que debía, pues habían sido descubiertas graves irregularidades en la contabilidad de la Mesa Arzobispal y algunas partidas se le debían a la Mesa Capitular del Cabildo Catedral.

A principios del siglo XVI ya encontramos claramente definida la Mesa Arzobispal como órgano de gobierno económico para el cobro y gestión de las rentas y frutos pertenecientes al Ordinario, y para el pago de los salarios y demás gastos de funcionamiento del Arzobispado. En las primeras décadas del siglo solía haber dos contadores que gestionaban la contabilidad de la Mesa y libraban los pagos necesarios, y varios receptores que los ejecutaban, cobraban las rentas y arrendaban las heredades pertenecientes al Prelado. En tiempos del Cardenal Hurtado de Mendoza había cinco receptores, que fueron los canónigos Alonso de Ayora, Martín de la Campana, el bachiller Lope Rodríguez de Madrigal, Pedro de Yenens y el racionero Marcos de Luzio, a los cuales se les adjudicó un salario de 17.000 maravedíes anuales a repartir entre ellos.¹⁹⁸²

En este momento encontramos la figura del Provisor de la Mesa Arzobispal y de los Pobres, que lo era un tal Andrés de Escoto, y que tenía amplios poderes en la administración económica del Arzobispado. Es muy probable que se tratara simplemente de una denominación del Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal, y la apelación a los pobres se entiende porque en el discurso de la organización eclesiástica

¹⁹⁷⁹ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. *Capítulo I Del Gobierno Económico*.

¹⁹⁸⁰ Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV". *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1979.

¹⁹⁸¹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 73.

¹⁹⁸² A.C.S. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. En las sedes vacantes del Cardenal Hurtado de Mendoza (1503), y de Juan de Zúñiga (1504). Libros 6 y 5 respectivamente.

los beneficiarios últimos de las rentas eran nominalmente los pobres, descontada una cantidad razonable para un digno sustento del Prelado, sus oficiales y criados.¹⁹⁸³

En la sede vacante de Hurtado de Mendoza -1503- aparece un Contador Administrador de la Mesa, el Maestrescuela, con poder para hacer los asientos de la contabilidad de la maquinaria de gobierno, incluyendo los gastos de los salarios de los oficiales de la Mesa, y para administrar, manejar y arrendar las heredades y viñas del Prelado. Este Administrador, igual que el Contador o contadores de la Mesa, debía presentar fianzas para responder en caso necesario, pues manejaba enormes cantidades de dinero y frutos, pan y cebada principalmente. También debía dar cuenta periódicamente de todo lo que recibía y cobraba de las rentas y feudos que pertenecían a la Mesa. Se da la circunstancia de que en este momento el Maestrescuela era también el Subcolector del Nuncio, Colector del Papa para los frutos y rentas de la sede vacante, así que su nombramiento estaba en relación con su función de control y reparto de las rentas arzobispales a la muerte del Prelado.

Así pues, observamos distintos nombres para los mismos cargos y funciones. El Mayordomo Mayor de la Mesa a veces recibía también la denominación de Contador Mayor, y la Mesa Arzobispal se denomina en algunos documentos Contaduría Mayor. También aparece el nombre de Administrador de la Mesa, o incluso, como hemos visto, Provisor de la Mesa Arzobispal y de los Pobres.

Los notarios receptores hacían los pagos, llamados libramientos, de los salarios y de todos los gastos que pertenecían a la Mesa. El Contador o contadores de la Mesa, controlaban y pedían cuenta a los receptores de los pagos y cobros que hacían. En este momento el Cabildo mandó a los contadores de la mesa, Chantre y Maestrescuela, que tomasen las cuentas a los receptores de los frutos. Lo que recibieron de la Mesa Arzobispal en sede vacante como receptores de los frutos y lo que, por mandado del Cabildo, habían pagado, y les diesen su *carta de fin* -carta de pago- de todo lo que estaba a cargo de los receptores.¹⁹⁸⁴

También aparece en esta sede vacante un Notario de los autos capitulares de la Mesa Arzobispal, Juan de Almazán, con 6.000 maravedíes de salario anual. Este dato y la asignación de un día a la semana para las reuniones capitulares de la Mesa distinto de los días adjudicados a las reuniones capitulares de la sede vacante nos hace pensar en la separación de ambas instancias, con autos capitulares de la sede vacante para el gobierno general del arzobispado y autos capitulares de la Mesa para los asuntos específicos de gobierno económico, aunque estos últimos, caso de existir, no los hemos podido encontrar.

El 30 de enero de 1503 mandó el Cabildo que el receptor, racionero Marcos de Luzio, librase los fondos necesarios para la reparación de la Fortaleza de Cantillana y para pagar los haberes del Alguacil Mayor del Arzobispado.¹⁹⁸⁵ Un gasto frecuente, además del pago de salarios de los oficiales, era el de las reparaciones de las Casas

¹⁹⁸³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro nº 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. Sábado primero de abril de 1503.

¹⁹⁸⁴ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539. Martes 8 de agosto

¹⁹⁸⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. Sábado 11 de marzo de 1503.

Arzobispaes y de las torres o fortalezas de los lugares pertenecientes al Prelado. En este caso el Ordinario mandaba a los contadores que librasen las cantidades correspondientes y los receptores las entregasen a los alcaides de las villas. Previamente se había solicitado a los alarifes que apreciaran y tasaran la obra.

El mecanismo de pago era el siguiente: el Mayordomo Mayor mandaba al Contador o contadores que librasen las cantidades correspondientes para realizar los pagos. El oficial que ejecutaba el libramiento era el receptor, que acudía con la orden al Tesorero, y éste entregaba la cantidad en maravedíes o en pan al oficial del gobierno a quien se le debiese o pagaba cualquier otro gasto de la Mesa. El Tesorero era el Depositario de las rentas y frutos del Arzobispado. A principios de siglo tenemos como Tesorero al canónigo Francisco de Ávalos¹⁹⁸⁶, que fue sustituido en 1523 por Manuel Castaño.¹⁹⁸⁷ Con la carta o escritura de pago firmada, el receptor acudía al Contador y se la entregaba para su asiento en la contabilidad. Al final, cuando se le tomase cuenta, todos los libramientos, aceptados y pagados, debían coincidir con los pagos realizados. El receptor también recibía y cobraba cualquier maravedí y el pan de los diezmos y heredades de la Dignidad y daba las escrituras de pago correspondientes. Asimismo tomaba cuentas a algunos oficiales que manejaban fondos de la Mesa, como los alcaides de los lugares pertenecientes al Prelado. Periódicamente el Tesorero y los contadores concurrían juntos para entender de algunos asuntos y ajustar las contabilidades.

La Mesa poseía además un procurador para los pleitos y diligencias que pudieran suscitarse en su funcionamiento. En la sede vacante de don Juan de Zúñiga fue procurador de la Mesa Arzobispal Alonso Gómez, contadores el Chantre y el Maestrescuela y receptores los canónigos Pedro de Rovins y Martín de la Campana.¹⁹⁸⁸ También nombraron alguaciles de la Mesa a Rodrigo de Padilla, Gerónimo de Morales, Alonso de Cuenca, Antón de Aguilar, Cristóbal Sánchez Carvajal, Alonso González Viscarra y García López Estrada. Éstos alguaciles estaban a las órdenes del Alguacil Mayor del Arzobispado, que portaba la vara arzobispal en la ciudad y Arzobispado y como tal ostentaba el poder coactivo de la jurisdicción Ordinaria del Prelado en la ciudad de Sevilla. En las vicarías había además un alguacil eclesiástico realizando estas funciones.

En este mismo período los reyes mandaron que del pan de los diezmos que recibía la Mesa de su feudo de Cantillana se le vendiese la mitad al Consejo de la villa, pagándolo al costo, y el Cabildo así se lo ordenó a sus contadores. Pues era habitual que el pan de los feudos y diezmos de la Mesa se rematase en los canónigos sede vacante, que luego lo vendían al mejor precio o se lo quedaban en épocas de escasez, dejando a los lugares sin este bien básico para su subsistencia. Esto es lo que vemos en la sede vacante de don Alonso Manrique, se remataron dos cahices de trigo de Marchena a cada canónigo, a razón de siete reales y un maravedí la fanega y un par de gallinas con cada cahiz, incluido el Pertiguero; y 79 fanegas y nueve almudes de cebada al racionero

¹⁹⁸⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, 1504, fol. 68-80.

¹⁹⁸⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5, fol. 342 y siguientes. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. Jueves 29 de octubre de 1523.

¹⁹⁸⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, 1504, fol. 68-80.

Diego Bravo, a razón de 180 maravedíes la fanega y un par de gallinas con cada cahiz.¹⁹⁸⁹

La ciudad de Sevilla también solía comprar pan de la Mesa Arzobispal y se procuraba que fuese siempre al costo. En los lugares donde se le debía pan a la Mesa, de los diezmos pontificales pertenecientes al Prelado, los contadores hacían diligencias para venderlo al menos al costo, y si no se remataban lo dejaban estar hasta venderlo a su precio. La Mesa tenía sus propios *alholices* para el depósito del pan en el Palacio Arzobispal y en las casas del Palacio de Umbrete. En el año 1504 se mandó a los contadores que guardasen por lo menos ocho mil fanegas de pan, cinco de trigo y tres de cebada, y *si más pudieren más*.¹⁹⁹⁰ En los lugares que pagaban diezmos al Prelado, y en sus feudos de Cantillana, Almonaster, Zalamea, Brenes, Villaverde y Umbrete, la Mesa tenía *fieles* del pan, que eran los arrendadores de las rentas. Ellos pagaban a la Mesa una cantidad que se determinaba en subasta, que se adjudicaba a la mayor puja, el llamado remate, y se encargaban del cobro a los campesinos dezmeros y a los demás deudores de rentas, custodiando el grano para su entrega a los receptores.

En el pontificado de don Alonso Manrique, el Cardenal tenía arrendada las rentas de la Mesa a su sobrino Juan Antonio Picolomini¹⁹⁹¹, y este a su vez tenía al canónigo Pedro Pinelo como Contador de la Mesa. Esta fórmula la vamos a ver en sucesivas ocasiones, un personaje de confianza del Prelado, o bien un negociante acaudalado que pudiese responder con fianzas, *compraba* la administración de la Mesa y después la gestionaba por personas delegadas. El Prelado, a menudo en la Corte, se descargaba de responsabilidad y el arrendador hacía su negocio.

El Prelado, o el Cabildo sede vacante a su muerte, vigilaba los incumplimientos de los fieles del pan, y a veces mandaba hacer informaciones. Como en 1529, cuando el Cabildo mandó ir a Jerez para hacer información del caso del racionero Rodrigo Tamariz, fiel del pan de la localidad. Parece que se le acusaba de haber vendido pan de la Cilla y echado *tamo* o paja para disimularlo. Él se defendió alegando que no había vendido más que cierto pan que era de unos señores, del beneficio de un negocio. Finalmente cometieron al racionero Maestro Moya para que fuese a Jerez llevando comisión del Juez para compeler a los testigos e hiciese pesquisa sobre el caso.¹⁹⁹² A veces, cuando había litigios sobre los diezmos con algunas localidades, se llegaba a concordias, como la firmada con la villa de Marchena sobre el diezmo de becerros, potricos, borricos y cochinos y sobre la cantidad y los apreciadores de los diezmos.

El Prelado, o el Cabildo sede vacante en su ausencia, solía ordenar a sus contadores que mandaran a los fieles que vendiesen el trigo cuando hacían falta maravedíes para algún gasto puntual y no había liquidez. En la sede vacante de don Alonso Manrique el Cabildo ordenó que se vendiesen cien fanegas de trigo y mandó a los contadores que las entregaran a los receptores de la Mesa para proveer a las

¹⁹⁸⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, martes 12 de noviembre.

¹⁹⁹⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, 1504, fol. 68-80.

¹⁹⁹¹ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 2.222

¹⁹⁹² A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 12. Lunes 8 de febrero de 1529.

necesidades de pago urgentes. También mandaron al contador Vázquez Aldrete que buscara dineros *donde le pareciere que más pronto se avran y mas comodidad*.¹⁹⁹³

Así pues, los contadores vendían y remataban en subasta los frutos de la Mesa en los fieles arrendadores de las rentas. Así lo vemos el viernes 6 de diciembre de 1538, cuando los señores Gascó y Juan Rodríguez Luzero, contadores de la Mesa, hicieron pregonar en la iglesia, en la calle del vino de la villa, y en otras partes, el vino y las tinajas de ese año de la fieltad de Cazalla de la Sierra, y lo remataron en los tiempos y en los términos que solían pagar los arrendadores del vino.¹⁹⁹⁴ También procedieron contra los que no habían dezmado o debían ducados de las rentas arzobispales. Los fieles depositaban el trigo y la cebada en el depósito de la villa, llamado cilla, y los contadores les tomaban cuenta periódicamente. El fiel de la cilla de Utrera era Rodrigo Velagran, que entregó la llave de la cilla y le tomaron la cuenta los contadores.¹⁹⁹⁵

Además de los diezmos y arrendamientos de heredades, los pueblos y lugares arzobispales que pertenecían en feudo al Prelado hacían *dávivas* al Arzobispo periódicamente, y los contadores se encargaban, junto con los alcaides y alcaldes mayores de los lugares, de hacer traer los presentes al Palacio Arzobispal. En la sede vacante de don Alonso Manrique el contador Aldrete repartió las gallinas, perdices y *otras cosas* que solían dar los lugares arzobispales a los canónigos que residían en ese momento en la iglesia. Algunos lugares como Albaida pagaban sus rentas en aceite.¹⁹⁹⁶

En septiembre de 1538 cometieron a los contadores de la Mesa, los señores Juan de Moguer y Baltasar del Río, para que entendiesen en todos los gastos de las honras y exequias del Cardenal muerto, don Alonso Manrique, e hicieran en todo igual que las que se hicieron por su antecesor don fray Diego de Deza.¹⁹⁹⁷ Como no había dinero, cometieron a los contadores que mandasen a los fieles del pan que embargasen 1.000 ducados de pan y luego lo vendiesen para gastos de cera y *en lo demás que fuere menester*. En este período nombraron como Portero y Pregonero del Consistorio, Mesa y Rentas eclesiásticas, a Diego Sánchez, que era también Pregonero Mayor de Sevilla. Su función era hacer los pregones, autos y remates en las subastas de los frutos de la Mesa.

Los contadores tenían en su poder, en una Cámara que había al efecto, los libros de la Hacienda, las escrituras y títulos de la Mesa Arzobispal y del Patrimonio del Arzobispo, para cuando fuese necesario usarlos, pero bajo control del Ordinario o del Cabildo en sede vacante. Éste mandó a los contadores que la custodia de estos valiosos documentos fuese para hacer lo que el Cabildo mandare, guardando siempre la preeminencia en pro del Cabildo. De esta manera advertía contra las intromisiones de otras jurisdicciones, ya fuese la del Nuncio, la del Rey o la del Cabildo seglar. Asimismo recordaban que los contadores debían residir en sus oficinas mañana y tarde, *sin que de su ausencia reciba detrimento la hacienda*.¹⁹⁹⁸ Otra función del Contador, en este momento, era hacer informaciones de habilidad y suficiencia de determinadas

¹⁹⁹³ A.C. S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, p. 110.

¹⁹⁹⁴ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, viernes, 6 de diciembre de 1538.

¹⁹⁹⁵ *Ibidem*, 29 de noviembre de 1538.

¹⁹⁹⁶ *Ibidem*, p. 109.

¹⁹⁹⁷ *Ibidem*, 5 de octubre de 1538.

¹⁹⁹⁸ *Ibidem*, sábado 9 de noviembre de 1538.

personas para ocupar oficios en los lugares del Arzobispado. Así en 1538 la hicieron de un vecino de Cantillana para darle la escribanía del Cabildo seglar de esta localidad que era feudo del Arzobispo.

Para hacer las escrituras y autos de la Mesa nombraron en 1538 por Notario a Diego Hernández, notario apostólico vecino de Sevilla, pues tenían buena información de él, de su suficiencia, habilidad y fidelidad. Luego lo hicieron parecer ante el Cabildo y juró en fe y manos del Arcediano de Sevilla de hacer bien y fielmente su oficio *e no hacer cosa alguna en lo que toca a la renta de la Mesa Arzobispal este año sino lo que fuera mandado por el Cabildo e por los dichos Contadores de la Mesa*.¹⁹⁹⁹ La Mesa también corría con los gastos de mantenimiento de una serie de capillas en algunos lugares del Arzobispado. Concretamente pagaban al capellán de Benacazón y de Gandul, pues eran capillas que pertenecían al Cabildo Catedral y al Prelado y ambos sufragaban los gastos.

El nuevo Prelado de la sede sevillana, don García de Losaysa (1539-1546), era también presidente del Consejo de Indias y confesor de Su Majestad, así que sus múltiples ocupaciones le obligaban a desempeñar sus funciones por sus oficiales. El 28 de julio de 1539, estando en Madrid en la Corte y Consejo de Su Majestad, otorgó poderes al Mariscal de la Isla de la Española Diego Caballero como Contador y Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal.²⁰⁰⁰ El Mariscal era un comerciante de dudosa reputación, dedicado al comercio de esclavos y a las pesquerías de perlas en las Indias, al que vemos en algunos documentos haciendo diversos negocios. El miércoles 14 de octubre de 1545 se substituyó en Juan Fernández, procurador de causas y escribano de la escribanía de las gradas, para realizar negocios con un comerciante en Santo Domingo y para pagar ciertas cantidades en nombre del Rey.²⁰⁰¹ También le dio poderes a su sobrino, Álvaro Caballero, para hacer negocios en Sevilla y en Sanlúcar de Barrameda. Y aparece haciéndose cargo de la curaduría de sus sobrinos a la muerte de su hermano Alonso Caballero y firmando un contrato con Felipe Boscan para llevar 100 negros a la Provincia del Perú y para hacer negocios en las minas de Cabo Verde.²⁰⁰²

En la escritura de poderes aparece cómo el Cardenal, confiando en la recta conciencia del honrado Diego Caballero, vecino de San Salvador, lo hacía su Contador de la Mesa con poder para arrendar, a la persona que le pareciere, todas las rentas, del año 1539 y venideros, pertenecientes a la Dignidad. Y que para arrendar pudiese hacer pregones ante el Notario de la Mesa, o bien poner en su nombre un *hazedor* para que administrase por él las rentas de las haciendas, heredamientos, cortijos, etc. El poder era amplio y le facultaba para hacer las labores en el campo, dar en arrendamiento cualquier propiedad, vender el pan, demandar en cualquier pleito, hacer escrituras, pedir cuentas a las personas implicadas en negocios con la Mesa, pedir a los arrendadores y cogedores tanto en juicio como fuera de él, y por supuesto cobrar las rentas, especialmente los 47.000 maravedíes de juro que tenía la Mesa Arzobispal situada en el almojarifazgo de

¹⁹⁹⁹ *Ibidem*, jueves 14 de noviembre de 1538.

²⁰⁰⁰ Del personaje y sus negocios véase: BERNAL RODRÍGUEZ, A.M.; COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, A.; MARTÍNEZ RUIZ, J.I. y RUIZ LEÓN, M.C. (Eds.). "Sevilla, siglo XVI: Materiales para su historia económica. Enrique Otte Sander". Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2008, p. 267 y ss.; También: OTTE, E.: "Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua", Fundación "John Boulton", Caracas, 1977 y DE AGUADO, fray P.: *Recopilación historial de Venezuela*, Tomo I, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Venezuela.

²⁰⁰¹ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 4.132 v.

²⁰⁰² A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 4.223 v, fol. 4.532.

la aduana de la ciudad de Sevilla por privilegio de Su Majestad *sellado con su real sello*.²⁰⁰³ La escritura se firmó en la Corte ante el Escribano público de Su Majestad Cebrián Pérez.

Diego Caballero, como arrendatario de las rentas, nombró a su vez un *hazedor* o Mayordomo que hiciese las veces en su nombre. Así tenemos, como Mayordomo Mayor del Cardenal, a fray Vicente de Santa Cruz, al que vemos vendiendo a Rodrigo de Illescas, vecino de Triana, un esclavo de 16 años de color loro herrado en los carrillos.²⁰⁰⁴ Rodrigo de Illescas aparece como socio de Diego Caballero, y junto al hermano de éste, Alonso Caballero, en los negocios de Indias.²⁰⁰⁵

A partir de aquí, el Mayordomo Mayor se dedicó a arrendar las propiedades de la Mesa en diversas personas. A Diego de Chaves y a Cristóbal Durán, *cañavereros*, Juan Sánchez, latonero, vecinos de San Martín; a Pedro Martín Delgado, labrador, vecino de San Llorente, Alonso Dalba, labrador vecino de San Julián, y a Mari Hernández, *la cordobesa*, viuda y vecina de Santa María Magdalena, les arrendó por cinco años, hasta el día de San Miguel de 1550, las tierras, cañaverales de Soto y todo lo que pertenecía a la Isla de Villaverde, por 87.500 maravedíes *e con cada millar un par de buenas gallinas vivas y en pie*.²⁰⁰⁶ En el contrato se hacía saber que el lote había sido pujado por Juan Sánchez de la Barrera en 70.000 maravedíes ante Diego Hernández, Notario de la Mesa Arzobispal, y que Diego de Chaves pujó un cuarto más sobre esta postura.

El último Mayordomo Mayor que tuvo Diego Caballero fue Martín de Salazar. En las escrituras, firmadas en las Casas Arzobispales el miércoles 28 de mayo de 1544, ante el escribano público Gaspar de León, se le otorgó poder para que en nombre del Prelado pudiese pedir, demandar, cobrar y recibir cualquier cantidad de maravedíes, pan, trigo, cebada, aceite, gallinas, perdices, vino, menudos o cualquier cosa que perteneciese a la Mesa o a las rentas del patrimonio del Prelado. Después se sustituyó en el capellán perpetuo de la Iglesia de Cantillana, Juan Pantoja, para que pudiese contratar una obra a costa de la Mesa y comprar piedra, cal, arena y cualquier material que necesitase para reparar los muros de la Fortaleza de Cantillana, que pertenecía al Arzobispo.²⁰⁰⁷

Asimismo la escritura de poder le atribuía competencias para recibir las rentas y dar cartas de pago y finiquito, y para cobrar de los almojarifes del Almojarifazgo Mayor de la ciudad los 47.000 maravedíes anuales de un juro que tenía la Mesa. También para vender los bienes de las rentas en público pregón, tanto de las patrimoniales como de los decimales, al mejor precio, al contado o fiado, y contratar personas para cobrar las rentas y para hacer gastos y reparaciones en las posesiones de la Mesa y de las Casas Arzobispales y de los lugares de la Mesa, con la condición de que llevase cuenta y libro de todo para dar cuenta al Prelado o al Contador Mayor. También le otorgaba poder para parecer ante jueces, dar cartas, requerimientos, ejecuciones, ventas y remates de bienes, y poderse sustituir por procuradores, y todo con el acuerdo del Mariscal Diego

²⁰⁰³ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 3.698-3.704.

²⁰⁰⁴ A.P.N.S. Legajo 12.315: año 1544, fol. 102.

²⁰⁰⁵ BERNAL RODRÍGUEZ, A.M.; COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, A.; MARTÍNEZ RUIZ, J.I. y RUIZ LEÓN, M.C. (Eds.). Op. Cit. p. 270.

²⁰⁰⁶ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 3.698-3.704.

²⁰⁰⁷ A.P.N.S. Legajo, 12.316, año 1544, fol. 2.051; Legajo 12.316, año 1544, fol. 2.072.

Caballero, caballero veinticuatro de la ciudad de Sevilla y vecino de San Salvador²⁰⁰⁸, que era el Contador Mayor, y asentándose ante el Notario de la Mese constando la voluntad de ambos. Finalmente presentaba como fiadores a los reverendos señores Cristóbal de Loaysa, Deán de Sigüenza, canónigo y Arcediano de Niebla en la Santa Iglesia de Sevilla, el canónigo Fernando de la Torre, Alonso Gómez de la Serna, vecino de Sevilla, que se obligaron en 6.000 ducados, y prometía en tres meses dar más fiadores por 10.000 ducados, *a satisfacción del Prelado o del Mariscal Diego Caballero*.²⁰⁰⁹

A Martín de Salazar también le vemos en negocios privados, pleiteando por un beneficio en la Iglesia de Zara y presentándose por su procurador, Antón Pérez, en la Chancillería de Granada contra el Juez Apostólico, ministro del Monasterio de la Santísima Trinidad de Sevilla, porque al morir el que ocupaba el beneficio lo había proveído el Nuncio.²⁰¹⁰

Sin embargo, en 1545 hubo un cambio. Diego Caballero dejó de administrar la Mesa Arzobispal y García de Loaysa se la arrendó a Alonso López de Calatayud, Depositario General en la Corte y Chancillería Real de Su Majestad, que residía en la villa de Valladolid. El contrato se firmó en Valladolid ante el escribano apostólico y del número Gerónimo Saavedra el 18 de mayo de 1545. Los testigos fueron fray Vicente de Santa Cruz, que fue el anterior Mayordomo Mayor, Francisco de Villaespasa y Bernardino de Castro, criados del Cardenal. El arrendamiento era por 3 años, desde primeros de enero de 1545 a finales de 1547, por 32.000 ducados cada año, o lo que era lo mismo: *12 quentos de maravedis y 2.000 fanegas de pan mitad trigo mitad cevada y los maravedis debeis pagar en ducados e reales de la moneda de agora que se usa en estos reinos*.²⁰¹¹ Así pues, nos consta documentalmente que de los 6 o 7 millones de maravedíes de principios de siglo, las rentas del Arzobispado ascendieron a mediados de la centuria a algo más de 12 millones de maravedíes.

Ya en Sevilla, Alonso se sustituyó en su hermano Hernan Lopes de Calatayud. Una de las prerrogativas del arrendatario de las rentas del Arzobispado era poder nombrar cada año al que ocupase el oficio de Contador y Mayordomo, que en este caso fue Juan de Llerena, que aparece en el contrato otorgado ante el escribano público García de León.²⁰¹² Ahora bien, esta persona también debía contar con el visto bueno y la confianza del arrendador, el Arzobispo. De hecho solía ser un criado suyo u hombre de confianza, y a menudo el mismo Mayordomo Mayor saliente. Por tanto tenemos una persona que compra las rentas y frutos de la Mesa pagando una cantidad y despositando unas fianzas, y un Mayordomo Mayor que, aunque es un oficial del Arzobispado, actúa en nombre de éste y bajo su supervisión, tales son las condiciones del arrendamiento, pues de esa manera el arrendatario puede velar por sus intereses y el arrendador tiene la garantía de que las propiedades que entrega y las condiciones del contrato están bajo la vigilancia de un hombre de su confianza. Las condiciones del contrato eran las siguientes:

²⁰⁰⁸ A.P.N.S. Legajo, 12.320, año 1545, fol. 3.698-3.704.

²⁰⁰⁹ A.P.N.S. Legajo, 12.315, año 1544, fol. 328-330.

²⁰¹⁰ A.P.N.S. Legajo, 12.320, año 1545, fol. 3.908.

²⁰¹¹ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 2316-2324

²⁰¹² A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 3.132 y ss.

1) El arrendamiento afectaba tanto a los frutos y rentas propios pertenecientes a la Dignidad y Mesa Arzobispal como a los diezmos pontificales, juro, escribanías, sellos, varas y alguacilazgos, heredades, tiendas de las Gradass de Sevilla, *presentes que se pagan en ausencia*, servicios de cogedores, carneros, paja y todo lo demás que pertenecía a la Mesa Arzobispal, *sin que quede reservado a nos cosa alguna*. Lo único que quedaba excluido era el arrendamiento del Colegio *que tenemos en Sevilla*, la paja que necesitase para su caballeriza y la leña para su Casa.

2) Que se le daría el aposento que tenía el Mayordomo Mayor de la Mesa en las Casas Arzobispales, donde solía vivir don Juan Antonio Picolomini, sobrino del Arzobispo Manrique y su Mayordomo de la Mesa. Sin embargo estaba obligado a abandonarla cuando el Prelado estuviese en Sevilla, y se le daría otro aposento. También se le entregaba una Sala donde solían estar las dependencias de la Mesa Arzobispal así como todos los *alholíes* y almacenes con el pan de las rentas que se traían a Sevilla. También se le entregaban los Alholíes de la Borciguenería y todos los molinos de aceite con los silos, cortinales y almacenes de Sevilla, de la villa de Umbrete y de la Casa de Lopas y Rianzuela. Todo esto se entregaría a costa del Arzobispo, en buen estado, bien regado y los molinos molientes y corrientes. Asimismo se mandaba al Mayordomo que mirase el estado en que estaban las instalaciones a la entrega al arrendatario, así como las reparaciones necesarias, tanto de los molinos como de las barcas de Cantillana, para que estuviesen *sanas de quylla y costado y con sus puertas por manera que se navegue con ellas seguramente*. Al finalizar el contrato el Mayordomo debería también revisar que el arrendatario lo entregase todo tan bueno, bien regado y aderezado como lo encontró, incluido el mantenimiento y reparación de las barcas de Cantillana.

3) Todas las heredades y olivares de Umbrete y Lopas se entregarían *aderezadas de prima labor* y labradas a costa de la Mesa, pero después el arrendatario se obligaba a darle cada año sus labores de azada, rozar los pies y desmontar la tierra, *desmarrojarlos* cada dos años, y todo a la vista y testimonio del Mayordomo del Arzobispo. También se le permitía, si fuese necesario para los olivares, que pudiese entresacar estacas y cortar árboles y ramas de los olivares, y cortar de los montes de Lopas chamizas y otras leñas, siempre a vista de *maestros sabedores del oficio*.²⁰¹³

4) La Mesa se comprometía a proporcionar cuatro personas de entre los alguaciles de los diez, señaladas por el arrendatario, para la cobranza de las rentas, que fuesen hombres honrados, de *fidibilidad e conciencia*.

5) Que para recoger la aceituna se contratasen hombres y mujeres de las heredades, mandando al Provisor que se asegurase de que se guardasen las costumbres de los lugares en la contratación.

6) Que cuando un arrendador de las rentas o un Alguacil recibiese dinero de cuentas de hacía 2 o 3 años entrase en la contabilidad de la deuda más vieja.

7) Que todo lo que se cobrase de arrendamientos o ventas se pasase al libro del Mayordomo o Contador sin más solemnidades ni diligencias. Y que para el cobro de las rentas y deudas, todas las provisiones, cartas de censura y mandamientos de los jueces no pagarían derechos de notarios o escribanos.

²⁰¹³ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 2.316-2.324.

8) Que el arrendatario pudiese poner para la Administración y cobranza de las rentas a personas que lo hicieran en su lugar y que residiesen en la Sala de la Mesa Arzobispal y en el aposento del Mayordomo y Escribano Mayor, y si quisiese pasarse a las Casas del Arzobispo se le daría un aposento en ella.

9) Que pudiese dar licencia a los concejos de Cantillana, Brenes y Villaverde para que los vecinos se repartiesen y sembrasen las dehesas, vegas y sotos a suertes, y pudiesen sembrar cáñamo o trigo, según como se solía hacer. Y las suertes que no quisiesen los vecinos que se pudiesen vender, sin que esto fuese en perjuicio de los vecinos, y que lo viese el Mayordomo.

10) Que pudiese apremiar a los pescadores del Guadalquivir para que le diesen todos los *sollos* que pescaren, pagándoles lo justo, y que lo viese el Mayordomo.

11) Que estando el Arzobispo en Sevilla le entregase 1.000 fanegas de trigo a 6 reales la fanega y 1.000 de cebada a 3 reales, para la despensa y mesa del Arzobispo y *no para otra persona e que si mas quisieremos estareis obligado a darnoslo al precio que estubiere en la alhondiga de sevilla*. De las dos mil fanegas quinientas eran para limosna y el resto, si valiese el trigo a más de seis reales la fanega y a más de tres la cebada, no se cobraría a más de esto, y si valiese menos, se pagaría a 4 reales la fanega de trigo y a dos reales y medio la fanega de cebada.

12) El arrendamiento se producía:

a vuestro riesgo e ventura caso fortuito pensado o no pensado asy de cielo como de la tierra o piedra o niebla o yelo o langosta o daño o guerra o hueste o pestilencia o esterilidad o otra cualquier enfermedad contagiosa o cualquier otra manera aunque no vaya aqui especificado o declarado, pensado o non pensado que aveys de pagar los 32.000 ducados sin que de vtra parte en ningun caso se pueda pedir descuento ya sea de lo especificado o mayor o menos o pensado o no pensado de cualquier calidad que sean.²⁰¹⁴

13) El Cardenal Manrique sacó de la Mesa un horno de cocer pan y un almacén de aceite que se solían arrendar, ahora en este contrato se manifestaba que se procuraría que se devolviesen a la Mesa, y si no pudiese ser que se descontarían las rentas, frutos y provechos. En este momento había planteado un pleito por los sobrediezmios y rentas eclesiásticas entre el Cabildo, como administrador de las rentas del Arzobispado, y el Obispo de Málaga, el Marqués de Tarifa, otros señores de diversas ciudades, villas y lugares, y personas particulares. Se entendía que el Cabildo tomaría lo que perteneciese a la Mesa Arzobispal para pagar las costas de los pleitos y esto iría a cargo del arrendatario.

14) Una de las propiedades de la Mesa que se solía arrendar era la carnicería de Cuaresma, así como los cortijos medianos, heredades y Soto de Cantillana y la Isla de Villaverde, todo esto se solía arrendar de 10 en 10 años, de 5 en 5 y de 3 en 3. Si en el período del arrendamiento de las rentas arzobiscales acabase alguno de ellos, el arrendatario podría arrendar a la persona que quisiese.

²⁰¹⁴ A.P.N.S. LEGAJO 12.326, año 1547, fol. 2.316-2.324.

15) El pago de los salarios de los oficiales del arzobispado era a cargo del Arzobispo, tanto el del Provisor como de los demás jueces, como el Alguacil Mayor, alcaldes, visitadores, Obispo auxiliar, capellanes, letrados, procuradores, tanto los de Sevilla como los de Granada, del Cañero Mayor y de todos los demás cargos ordinarios. El arrendatario solo tenía que pagar el salario de los oficiales de la Mesa Arzobispal: Mayordomo, Notario, escribientes, solicitadores y escribano de las rentas y libros para la cobranza de la hacienda.

16) El año 1545 se obligaba el arrendatario a pagar los 4.000 ducados de pensión que tenía el Arzobispado y los *tres o cuatro mil ducados de nuestra despesa y gastos hasta fin de año*. Y en el año 1546 lo que restare de 1545 a cumplimiento de los 32.000 ducados del arrendamiento. Los 4.000 ducados de pensión lo tendría que pagar la mitad en la fiesta de mayo de 1546 y la otra mitad en la feria de octubre de 1546.

17) Finalmente, se establecía que el Subsidio Apostólico, o cualquier otra imposición apostólica o real, fuese a cargo del arrendador, pues el arrendamiento de las rentas se hacía *horro libre quito de toda dezima susidio o impusicion apostolica o real*.

Fue fiador de Alonso López, y principal pagador juntamente con él, Rodrigo de Lerma, vecino de Valladolid, y ambos se obligaron a pagar los 32.000 ducados en 15 días, renunciando a su fuero y jurisdicción y a cualquier leyes, derechos y ordenamientos y sometiéndose a los jueces eclesiásticos. Alonso López de Calatayud hizo a su vez a Juan de Urbina y al Maestresala del Arzobispo, Martín de Salazar, mayordomos y contadores de la Mesa.²⁰¹⁵ En este caso es muy posible que se adoptase la fórmula de dos Contadores Mayores. Estos se sustituyeron en García de Aguilar, y en Antonio Rodrigues, procuradores de causas en el Consistorio y Corte Arzobispal.²⁰¹⁶ Ambos aparecen en multitud de negocios, librando y haciendo pagar distintas cantidades, como los 500 maravedíes que pagaron al Procurador Pedro de Valdés por los gastos ocasionados en el pleito con la señora Duquesa de Béjar.²⁰¹⁷

Era frecuente que los que tenían pensiones o beneficios sobre las rentas del Arzobispado diesen su poder al Mayordomo Mayor para su cobranza, como Cosme Luis de Riaño, criado del Arzobispo, que tenía rentas y beneficios de prestameras y pontificales de su canonjía en la Iglesia de Jerez²⁰¹⁸. A su vez, el Mayordomo Mayor se hacía sustituir por procuradores, en este caso por el clérigo Francisco Dias, de la Iglesia de San Salvador de Jerez de la Frontera.²⁰¹⁹ También se podía sustituir en otros clérigos, como en el caso de Alvaro de Loaysa, canónigo de la Catedral de Sevilla, que a su vez le dio poder al clérigo Pedro de San Miguel ante el escribano de la villa de Talavera, Pedro Sánchez de Nava, para que cobrase las rentas de su canonjía y de sus beneficios y prestameras y del medio pontifical que tenía en Alanís, y en su nombre pudiese cobrar y arrendar. Después, Pedro de San Miguel, en virtud del poder que tenía del canónigo Alvaro de Loaysa, arrendó a Pedro Albarez del Águila, vecino de Sevilla en Santa María, el medio pontifical de Alanís, los beneficios de Palma, Gines, Cazalla de Almanzor y Santo Domingo de Repudio, todo por 150.000 maravedíes y seis barriles de

²⁰¹⁵ A.P.N.S. Legajo, 12.315, año 1544, fol. 344.

²⁰¹⁶ A.P.N.S. Legajo, 12.320, año 1545, fol. 4885v.

²⁰¹⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 18. Sede vacante del Cardenal García de Loaysa. Miércoles 21 de Abril de 1546.

²⁰¹⁸ A.P.N.S. Legajo, 12.315, año 1544, fol. 350.

²⁰¹⁹ A.P.N.S. Legajo, 12.321, año 1546, fol. 1147

aceitunas gordas de dos almudes cada barril, a entregar por Pascua de Navidad y San Juan en Junio. Con la condición además de que cualquier subsidio, cuarta o pedido papal o arzobispal, fuese a cargo del arrendatario. En este contrato se describen muy bien los llamados *casos fortuitos* que se solían ser a riesgo y ventura del arrendatario: así de piedra como de niebla y *guste de rey y aves, langosta, secas, eladas, salidas de río o de cualquier caso fortuito pensado o no pensado que por cosa alguna que acaezca no podáis hacer descuento alguno*.²⁰²⁰

Así pues, la administración de las rentas de beneficios y pensiones sobre la Mesa arzobispal se solía hacer por procuradores, como el caso de Antonio Rodríguez, Arcediano de la villa de la Fuente del Sauco, que tenía una pensión sobre el Obispado de Calis y un beneficio en Guillena, y lo administraba por su sobrino, el clérigo Antonio Rodríguez.²⁰²¹ O el canónigo Diego Vázquez Aldrete, que recibió poderes para administrar las rentas del señor Arias Pardo de Saavedra, Mariscal de Castilla, señor de la villa de Paracuellos y Alcalde Ordinario de Sevilla, cuando éste fue a la Corte.²⁰²²

Los que habían ocupado cargos en la Mesa conocían los entresijos de la maquinaria eclesiástica y estaban bien relacionados con jueces y oficiales. Por esto se convertían en gestores y apoderados de los negocios de otros. Como Martín de Salazar que aparece como apoderado de distintos eclesiásticos administrando sus prebendas, concretamente de un sobrino del arzobispo, don Cristóbal de Loaysa, Deán de Sigüenza, Arcediano de Niebla y canónigo en la Iglesia de Sevilla, del que recibió poderes para cobrar y gestionar los bienes de sus beneficios eclesiásticos.²⁰²³ También de don Diego de Loaysa, del que cobró el pan, las primicias y posesiones que tenía en la iglesia de Santa Catalina a través de un procurador sustituto, Esteban Ruis Cuadrado, clérigo vecino de Santa Lucía.²⁰²⁴

También le vemos haciendo negocios a través de otros procuradores sustitutos, Juan de Llerena y Diego Hernandes vendieron en su nombre un esclavo negro de nombre Roque, de 25 años, al licenciado Iñigo de Rentería, Oydor de la Audiencia de Su Majestad en la Provincia del Perú. En el contrato se aseguraba que no era borracho ni huidor ni ladrón, que estaba sano y no tenía gota coral y que procedía de buena guerra y no de paz.²⁰²⁵ Y en nombre del Alcayde Morillas vendió una esclava de color lora que se llamaba Elena de 20 años de edad.²⁰²⁶ Martín de Salazar también se sustituía en los negocios en el canónigo Juan de Urbina, Luis Gomez de la Serna, el Notario de la Mesa Arzobispal Diego Fernández, en el Procurador de causas Gonzalo de Aguilar y en su sobrino Luis Diaz, para cobrar y recibir dinero, oro, plata, pan, trigo, aceite, cebada, gallinas y cualquier otra cosa que le debieren, tanto en Sevilla como fuera.²⁰²⁷

A la muerte de don García de Loaysa, en la sede vacante de 1546, el Mayordomo Juan de Llerena, en virtud del poder que tenía del arrendatario de las rentas, Hernan Lopes de Calatayud, hermano de Alonso López de Calatayud, dio un testimonio ante

²⁰²⁰ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 3.943.

²⁰²¹ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 4.132 v.

²⁰²² A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 4.132 v.

²⁰²³ A.P.N.S. Legajo 12.322, año 1546, fol. 185.

²⁰²⁴ A.P.N.S. Legajo 12.321, año 1546, fol. 1.135.

²⁰²⁵ A.P.N.S. Legajo 12.322, año 1546, fol. 1.821.

²⁰²⁶ A.P.N.S. Legajo 12.322, año 1546, fol. 2.064.

²⁰²⁷ A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 2.542.

escribano publico al Dean y Cabildo para que no se entremetieran en cobrar ni embargar trigo ni rentas que por la *rata* perteneciesen al arrendatario, pues esto se le debía a los herederos del Cardenal y a los arrendatarios de las rentas, y que de esta parte o rata no se hiciese obra pía ninguna, y si lo hiciesen pediría los daños a razón de 14 reales por fanega de trigo y 7 reales por la de cebada. Sin embargo el Deán y Cabildo decían que conforme a los estatutos y costumbres inmemoriales, cuando el Prelado fallecía se le hacían Honras en la Iglesia por sus beneficiados y así se había hecho a todos los arzobispos pasados y también a Garcia de Loaysa, y para las Honras los beneficiados tomaban mil ducados de los frutos que pertenecían al Arzobispo y siempre se había hecho así, y *tasadas muy moderadamente las dichas honras*.²⁰²⁸

El 18 de agosto de 1546, los albaceas de García de Loaysa, don Juan Suares de Carvajal, Obispo de Lugo y del Consejo de Su Majestad y fray Vicente de Santa Cruz, dieron poder a Martín de Salazar, que fue Mayordomo de la Mesa los años 1544-1545, y éste a su vez se sustituyó en Juan de Llerena, que lo era en ese momento, en el Notario de la Mesa, Diego Fernández, y en su sobrino Alonso Dias²⁰²⁹. Y estos manifestaron que el Cabildo quería hacer las honras del Cardenal contra la voluntad de los herederos, y que en su testamento mandó que se hiciesen las Honras y Exequias al parecer de los albaceas y prohibió expresamente las pompas superfluas y mandó que no se pusiesen mas de doces hachas. Y por esto los albaceas habían hecho las obsequias en el Monasterio de San Gines de Talavera, donde fue sepultado, y por tanto todo lo que gastaron fuese a cargo de los señores Deán y Cabildo.

Mientras tanto, Martín de Salazar, y el Notario de la Mesa Diego Hernández con su sobrino, Alonso Dias, como sus procuradores sustitutos, siguieron haciendo negocios con los frutos y rentas de los beneficios que tenían en el arzobispado distintos pensionados, algunos estantes en la Corte. Cobrando las rentas y frutos de los beneficios de Bernaldino de Castro, de Damián Arias, clérigo de Toledo, y del clérigo Francisco Ingesta, que estaba en la Corte en Madrid, y tenía medio pontifical en Gerena. De Juan de Resa, clérigo capellán de Su Majestad, beneficiado de San Pedro de Huelva, que también estaba en la Corte²⁰³⁰. También le gestionaron las rentas de sus beneficios a Francisco Lopes, clérigo de la diócesis de Sigüenza y capellán del Cardenal, que tenía un beneficio simple servidero en la Iglesia de Santiago de Sevilla, que fue proveído por resignación del canónigo Fernando de la Torre, y también le daba poder para poner capellanes, firmaba el poder en la diócesis de Palencia ante los señores García de Carvajal y Álvaro de Loaysa, clérigos de la diócesis de Toledo.²⁰³¹

Ya en 1547 tenemos documentos en los que aparece el notario Rodrigo Vallesteros, vecino de Santa María la Mayor, como fiel del diezmo del pan de su collación, y Benito Lope de Palencia, arrendatario del pan de la misma.²⁰³² Diego Fernandes siguió siendo Notario de la Mesa, y aparece el 30 de junio en la escribanía pública con Rodrigo de Balza, vecino de Santa Cruz, en su nombre y en el de sus socios, en el negocio de las primicias de Marchena y Parada, porque las quería rematar en la calle de las Gradas y se avisó al Pregonero del Concejo, Alonso Gomes, para que pregonase el remate. El que pujase se obligaba a pagar en buen trigo y cebada, *seco* y

²⁰²⁸ A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 3.132.

²⁰²⁹ A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 3.135, fol. 3.136, fol. 2.608.

²⁰³⁰ A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 2.603 a 2609, fol. 2.603, fol. 2.604, fol. 2.605, fol. 2.606.

²⁰³¹ A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 2.607 .

²⁰³² A.P.N.S. Legajo 12.329, año 1547, fol. 5.017.

*enjuto, y bien granado, tal que sea de rrecibir horro de toda costa e mynsion, la mitad por santa maria de agosto e la otra mitad por santa maria de septiembre.*²⁰³³ Después del remate se obligaba a dar fianzas legas y llanas y abonadas en la villa de Marchena a Rodrigo de Balza.

Después, el Pregonero acudió a las Gradass y pregonó las primicias, diciendo que se rematarían el 30 de junio y que si había alguna persona que quisiese entender en ellas que acudiese al escribano público a dar su postura. Y acudió Fernando de Almonte, vecino de Santa María la Blanca, que puso la primicia en 48 cahices de pan, mitad de trigo y mitad de cebada. A los 15 días apareció un vecino de Marchena que la puso en 49 cahices, el 22 de junio, estando en las Gradass el Pregonero, se volvió a pregonar diciendo que estaban en 49 cahices y Pedro Hernandes, vecino de Sevilla, la puso en 50. Bartolomé Ruiz, de Marchena, la subió a 65 cahices y el último remate el 30 de junio lo puso Fernando Gonzales de las Higueras en 76 cahices, ganando la puja y obligándose.²⁰³⁴

En el año 1547 de nuevo hubo que arrendar el molino del Arzobispo en el río Guadaira, pues aunque la mitad era del Cabildo la otra mitad era de la Mesa y se remató en el mejor pujador en 66.000 maravedís y 264 gallinas al año según la escritura que pasó ante Diego Fernández, Notario de la Mesa.²⁰³⁵ Martín de Salazar se siguió sustituyendo en procuradores en negocios del Corregidor y Justicia Mayor del Puerto de Santa María Diego de Andrade²⁰³⁶, o en la venta del esclavo *moriscocho* Juan de la Barrera.²⁰³⁷ El ex-Mayordomo siguió haciendo negocios y apareciendo en distintos pleitos, como en el que le vemos junto al Obispo Diego de Loaysa como fiadores en la disputa entre Pedro Suarez y Gernónimo Castaño por una canonjía.²⁰³⁸ O cuando, en nombre de Francisco Lopez, clérigo de la diócesis de Sigüenza, y con poder firmado ante un escribano público de Valladolid, actuó cobrando las rentas de un beneficio que tenía el clérigo en Santiago.²⁰³⁹

A veces surgían disputas en la administración de las rentas, como en el caso de fray Vicente de Santa Cruz, residente en la Corte, que había dejado a Martín de Salazar al cobro de sus rentas y ahora le pedía cuenta y le daba poder a su criado, Francisco de Aragón, para que pudiese demandarlo por los maravedís, pan o cualquier cosa que hubiera recibido de la prestamera que tenía en la Iglesia de San Juan de Marchena y de otros beneficios y rentas que dejó a su cuidado.²⁰⁴⁰ También le pidió la cuenta de todo lo que recibió como Mayordomo de la Mesa Arzobispal con el Cardenal don García de Loaysa, así como a sus herederos y albaceas del año 1544. Para esto Martín de Salazar dio poder al beneficiado Juan de Arcymega y al canónigo y Capellán Mayor de Sigüenza, Francisco de Salazar, para que presentasen todas las escrituras, recibos y cartas de pago.²⁰⁴¹

En 22 de febrero de 1547, en Madrid, se produjo el nombramiento de Francisco

²⁰³³ A.P.N.S. Legajo 12.327, año 1547, fol 3.193.

²⁰³⁴ A.P.N.S. Legajo 12.327, año 1547, fol 3.193.

²⁰³⁵ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 177.

²⁰³⁶ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 319.

²⁰³⁷ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 342.

²⁰³⁸ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 404.

²⁰³⁹ A.P.N.S. Legajo 12.325, año 1547, fol. 526.

²⁰⁴⁰ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 1.594.

²⁰⁴¹ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547 fol. 1.627.-1628.

Gutiérrez de Cuellar, caballero de la Orden de Santiago, como Mayordomo Mayor y Contador de los frutos y rentas de la Mesa por el nuevo Prelado, el Inquisidor Valdés.²⁰⁴² Mientras tanto, Martín de Salazar continuaba haciendo negocios y representando los intereses de familiares del antiguo prelado, don García de Loaysa, que habían adquirido distintos beneficios eclesiásticos en el Arzobispado y que a menudo no eran residentes en la diócesis, así como de familiares suyos y distintas personas con las que había trabado algún vínculo durante el período que ocupó el cargo de Mayordomo Mayor de la Mesa. A su vez, para gestionar las rentas y negocios, ya fuesen propios o de estas personas se hacía representar por procuradores. Era el caso de Francisco Cervantes de Salazar, Juan de la Rosa, pariente del escribano público de Alcalá Diego de la Rosa, Pedro de Herrera clérigo de la diócesis de Palencia, Bernaldino de Castro, Andres Becerra canónigo de la Iglesia de Sigüenza, los reverendos señores Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Sigüenza, Damian Arias clérigo de la diócesis de Toledo, Francisco Iniesta clérigo de Valladolid, Francisco López clérigo que le otorgó poder en Madrid y Martín de Covarrubias, a los que representó Martín de Salazar a través de varios procuradores de causas: Juan de la Borbolla, Gonzalo de Aguilar, Juan de Llerena, que había sido Mayordomo de la Mesa los años 1545 y 1546, Rodrigo Cisneros canónigo de San Salvador, Juan de Urbina y Alonso Gómez de la Serna.²⁰⁴³

Uno de los negocios más importantes en los que intervino Martín de Salazar fue como procurador de los herederos y testamentarios del Arzobispo García de Loaysa, don Juan Suarez de Carvajal, Obispo de Lugo, y fray Vicente de Santa Cruz.²⁰⁴⁴ Así le vemos interviniendo en el caso de Diego de la Guardia, cura de San Nicolás, que murió abintestato, y como por costumbre sus bienes correspondían al Arzobispo se le entregaron a García de Loaysa, pero unas sobrinas del difunto a instancia de Pedro de la Guardia, hermano del difunto, los reclamaron. El canónigo licenciado Pedro de Corral escribió a su señoría el Arzobispo diciendo que las doncellas eran pobres y que les hiciese merced de una parte de los bienes. El Arzobispo mandó a Martín de Salazar, su Mayordomo y tenedor de los bienes, que le entregase la tercera parte y éste se lo encargó a Pedro del Corral, que encontró que el difunto había dejado unos tributos que tenía Francisco Barbero. Finalmente, Martín de Salazar, tras realizar el inventario de bienes del clérigo Diego de la Guardia, pidió al pregonero que los rematase en las Gradass en pública subasta.²⁰⁴⁵ El Notario de la Mesa, Diego Fernandes, también fue muy activo haciendo negocios²⁰⁴⁶, algunos directamente relacionados con el comercio de Indias, como el caso en el que recibió de un genovés, Diego Cataño, 35 ducados de oro del seguro de un navío que fue a Nueva España, y de otro genovés, Batista, y de un banquero público de Sevilla, 50.000 maravedís.²⁰⁴⁷

También aparecen otras personas, parientes de arzobispos o bien que habían desempeñado algún oficio en el gobierno arzobispal haciendo negocios, como el Obispo de Marruecos, como albacea de un canónigo de la diócesis de Toledo, dando poder a un mercader de Sevilla que iba a la isla de Santo Domingo²⁰⁴⁸, o Alvaro de Loaysa, beneficiado de la villa de Morón, recibiendo de Juan de Llerena, Mayordomo de la

²⁰⁴² A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 1.832-33; Legajo 12.352, año 1554, fol. 274-275.

²⁰⁴³ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 1.919, fol. 1.924, fol. 1.924, fol. 1.925, fol. 1.925, fol. 1.926, fol. 1.926, fol. 1.927, fol. 1.927, fol. 1.928, fol. 1.930r, fol. 1.930.

²⁰⁴⁴ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 1.931.

²⁰⁴⁵ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 2038, fol. 2042.

²⁰⁴⁶ A.P.N.S. Legajo 12.329, año 1547, fol. 37, 38, 39.

²⁰⁴⁷ A.P.N.S. Legajo 12.327, año 1547, fol. 3032, fol. 3035

²⁰⁴⁸ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 3826.

Mesa, en nombre de Alvaro de Encinas, cambiador de la villa de Valladolid, 40.000 maravedíes de las rentas de los frutos pertenecientes a dicho beneficio.²⁰⁴⁹ O el Mayordomo Mayor y Contador de la Mesa del Inquisidor Valdés, Francisco Gutierrez de Cuellar, que dio poder a un clérigo de la villa de Cuellar, Diego Sanz, y a un vecino del lugar Vallelado, lugar de la jurisdicción de Cuellar, para poder cobrar y demandar las rentas que se le debían de sus heredades, y cobrarlas en maravedíes, pan, vino, gallinas, paja, o cualquier otra cosa.²⁰⁵⁰

Eran numerosas las personas que habían recibido pensiones con cargo a rentas del Arzobispado de Sevilla, por ejemplo, don Juan de Tavira, Cardenal Arzobispo de Toledo, tenía unas aceñas en el Arzobispado de Sevilla, y a su muerte, sus testamentarios, Arias Pardo de Saavedra, señor de Paracuellos, y Diego Tavira, del Consejo General de la Inquisición, reclamaron el cobro de su arrendamiento.²⁰⁵¹

Son abundantes también las informaciones sobre los familiares del Arzobispo Valdés haciendo negocios en Sevilla. Como Hernando de Valdes, vecino de Santa María, que se comprometió a pagar 21 ducados de oro a Pedro de Velasco, señor de la Nao Juan que estaba en el puerto de Sanlúcar de Barrameda, para llevarle a Nueva España con varias cajas de *matolaje* y otras mercancías, y se obligó a pagarle en el Puerto de Veracruz.²⁰⁵² O Meneldo de Valdes, vecino de Santa María, que arrendó unas casas a Antonio Lopez, trabajador vecino de la misma collación, junto a las casas de Rodrigo de Moscoso.²⁰⁵³ Y Rodrigo de Valdes, vecino de Triana, que se obligó en la fianza de unos cargadores de Indias.²⁰⁵⁴ Y Diego de Valdes, camarero del Arzobispo, que aparece con poder para cobrar un dinero que le debían de unos negocios.²⁰⁵⁵ También encontramos al Notario de la Mesa Martín de Lorduy, guipuzcoano estante en Sevilla, vendiendo herramientas y lanzas.²⁰⁵⁶

En el año 1548 tenemos a Francisco Gutiérrez de Cuellar con un poder del licenciado Fernando de Salas, del Consejo de Su Majesta y Oidor de la Chancillería de Granada, para tomar posesión y administrar canonjías, medias raciones, beneficios simples, prestameras o capellanías que le hicieren colación en la Santa Iglesia de Sevilla y su Arzobispado.²⁰⁵⁷ También aparece como Notario de la Mesa Arzobispal Diego Hernandez, recibiendo 86.072 maravedíes que le debían²⁰⁵⁸, y pagando a Juan de Reinoso 21.191 maravedíes por virtud de un mandamiento del Alcalde Ordinario Alonso de Carvajal.²⁰⁵⁹ Diego Hernandez era el curador de un menor, Juan Reinoso, que se iba a Tierra Firme como escribano de la nao de Ortuño de Trabudo, y necesitaba dinero para su sustento y para algunas mercaderías, por eso le pedía al Alcalde Ordinario que mandase que le diesen 50 ducados de oro.²⁰⁶⁰

²⁰⁴⁹ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 3951.

²⁰⁵⁰ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 4331.

²⁰⁵¹ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 4116.

²⁰⁵² A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 4615.

²⁰⁵³ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 4774.

²⁰⁵⁴ A.P.N.S. Legajo 12.329, año 1547, fol. 5020.

²⁰⁵⁵ A.P.N.S. Legajo 12.341, año 1550, fol. 841.

²⁰⁵⁶ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 4684.

²⁰⁵⁷ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 431.

²⁰⁵⁸ A.P.N.S. Legajo 12.332, año 1548, fol. 3.274.

²⁰⁵⁹ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 842.

²⁰⁶⁰ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 863.

También le vemos interviniendo, junto al licenciado don Miguel de Arévalo, que era Dean y canónigo de la Iglesia de Segovia e Inquisidor y Provisor del Arzobispado de Sevilla, a don Martín Godoy de Loaysa, que era Dean de Sigüenza y Arcediano de Niebla en Sevilla, y el doctor Juan Gil canónigo de Sevilla, en la administración del Hospital de Nuestra Señora de los Remedios extramuro de Sigüenza que fundó el canónigo de su iglesia, Maestro Pedro de Almazán, para poder demandar las rentas, tributos y heredades que se le debían al Hospital y que dejó Juan de Almazan, racionero de Sevilla. En realidad todos se hacían sustituir por un Procurador, Juan de Borbolla, vecino de Sevilla, que en última instancia realizaba el trabajo de administración y gestión.²⁰⁶¹

Don Martín Godoy de Loaysa también aparece dando poder al Prepósito de la Iglesia de Sigüenza Cristobal de Morales, a Alonso de la Fuente canónigo en dicha Iglesia, y a Francisco de Palacios, su capellán, para que pudiesen tomar posesión y arrendar los bienes del Arciprestazgo de Sigüenza y del beneficio de Algora en dicha diócesis.²⁰⁶² También aparece Francisco Gutierrez de Cuellar, como Mayordomo y Contador Mayor de la Mesa por el Arzobispo Valdés (1546-1568), entregando a Juan Isidro, canónigo de Sevilla, como representante de don Alonso de Aragón, Abad del Monasterio de Montaragon, 325.736 maravedíes de los 498.301 que le correspondían de la pensión de 1.000 ducados que tenía don Alonso sobre los frutos de la Mesa del Arzobispado de Sevilla.²⁰⁶³

Francisco Gutierrez de Cuellar, como Mayordomo de la Mesa, hacía entrega de distintas cantidades en concepto de pago por las pensiones que algunas personas tenían adjudicadas sobre las rentas de la Mesa. Como Pedro de Marquina, canónigo de Cuenca, que a través de su representante, Francisco Cano, Juez de la Audiencia de los Grados de Sevilla, recibió 149.794 maravedíes por los 300 ducados que tenía de pensión.²⁰⁶⁴ También actuaba, por poderes, administrando beneficios y capellanías en el Arzobispado. Así le vemos cobrando las rentas de la capellanía que tenía el canónigo Francisco de Ortigosa en la Iglesia de San Miguel de Alcalá de Guadaira.²⁰⁶⁵ Y pagando, a través del banco de Alonso de Espinosa, al Colector del Subsidio, canónigo Martín Gascó, 1.211.583 maravedíes que le tocaron a la Mesa en el reparto de 1547 de la paga de fin de junio y fin de octubre.²⁰⁶⁶

El Mayordomo Mayor de la Mesa se solía sustituir además dando poder al Notario de la Mesa, que en este momento era Diego Hernandez, para recibir y cobrar cualquier cosa perteneciente a la Mesa.²⁰⁶⁷ Este incluso solía dar poderes a procuradores o solicitadores de causas, como Juan Ortiz y Tristan Calvete, que le representaron ante los Contadores Mayores de Su Majestad en el pleito que se seguían ante el Alcayde de los Reales Alcázares con el clérigo Martín de Aldana²⁰⁶⁸.

En 1550 Francisco Gutierrez de Cuellar, como Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal por don Fernando Valdés, se sustituyó en Pedro de Polante, el bachiller

²⁰⁶¹ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 863, fol 892.

²⁰⁶² A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 2340.

²⁰⁶³ A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 1234.

²⁰⁶⁴ A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol 1255.

²⁰⁶⁵ A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 1268.

²⁰⁶⁶ A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 1682.

²⁰⁶⁷ A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 1997.

²⁰⁶⁸ A.P.N.S. Legajo 12.331, año 1548, fol. 1999.

Miguel Romero y Francisco Perez.²⁰⁶⁹ También intervino en un pleito en nombre de Diego Marchena, vecino de Carmona, porque el capitán Hernando de Sotomayor había pujado por el diezmo del pan de la collación de San Bartolomé 414 cahices de pan terciados, pero el diezmo volvió a almoneda y se remató en 300 cahices, de manera que hubo quiebra en 114 cahices. De la quiebra, 124 fanegas, 4 almudes y tres cuartillos de trigo y 62 fanegas, 2 almudes y 2 cuartillos de cebada eran del capitán Hernando de Sotomayor, de manera que Diego Marchena dio poder a Francisco Gutierrez y a Bartolomé Ponce de Cabrera para que hiciera los actos ejecutorios de prisión y remate de sus bienes.²⁰⁷⁰

El 25 de enero de 1554 Francisco Gutierrez de Cuellar otorgó poderes en las Casas Arzobispales a Hernan de Saucedo, canónigo de Badajoz, y a Antón Hernández.²⁰⁷¹ Y en este mismo año, aparece con el título de Comendador de la Orden de Santiago, con poder de Fortuño de Ibarguen, Arcediano de Sigüenza y Secretario de Cámara del Arzobispo Valdés, para cobrar los beneficios, prebendas, capellanías y prestameras que tenía en el Arzobispado de Sevilla, y a su vez se sustituyó en el vicario de Lebrija, Bartolomé Gomez.²⁰⁷² En este mismo año los hermanos Juan Maldonado y Anton Maldonado, vecinos de San Vicente, y Lazaro Martínez, notario de San Andres, arrendaron el pan de la Mesa Arzobispal y otras cosas y se obligaron a dar cuenta de todo al Comendador de Santiago Francisco Gutierrez de Cuellar, firmaron la escritura además de los otorgantes los testigos Diego de la Barrera y Francisco Beltran, escribanos de Sevilla y Gaspar de León escribano del número del Oficio de las Gradass, donde se realizaba la escritura.²⁰⁷³

En 1555 el criado y Limosnero del Arzobispo Valdés, Juan de Arzimega, con poder del Prelado, se sustituyó en Francisco Gutierrez de Cuellar para recibir de Francisco Martín, mercader de San Juan del Puerto, 1.984 maravedíes que faltaban por pagar del diezmo de los menudos de este localidad que se le debían al Arzobispo del año 1552, y que eran la mitad de los 3.900 que le pagó a Alonso Devides.²⁰⁷⁴ Ambos, Francisco Gutierrez de Cuellar y el Notario de la Mesa, Alonso Devides, aparecen también vendiendo a un ganadero 55 cabezas de ganado vacuno y entregándole libramientos para los ganaderos de Lopas, en total el negocio valía 265.000 maravedíes, de los que le entregaron a cuenta 90.000.²⁰⁷⁵

Juan de Arcimega, beneficiado a la iglesia de San Llorente y de San Alfonso y vecino de la collación de Santa María, aparece en numerosos negocios con poder del Arzobispo, y sustituyéndose en Francisco Gutierrez de Cuellar, para cobrar el trigo de los diezmos que se debían en Moguer²⁰⁷⁶, los diezmos del menudo de Casaluenga²⁰⁷⁷ o arrendando al notario apostólico Andres de Tarifa una de los dos notarias y Escribanías Mayores del Consistorio y Corte Arzobispal desde primeros de enero de 1557 hasta

²⁰⁶⁹ A.P.N.S. Legajo 12.340, año 1550, fol. 97.

²⁰⁷⁰ A.P.N.S. Legajo 12.340, año 1550, fol. 99.

²⁰⁷¹ A.P.N.S. Legajo 12.352, año 1554, fol. 274-275.

²⁰⁷² A.P.N.S. Legajo 12.353, año 1554, fol. 122.

²⁰⁷³ A.P.N.S. Legajo 12.353, año 1554, fol. 1002.

²⁰⁷⁴ A.P.N.S. Legajo 12.355, año 1555, fol. 2231.

²⁰⁷⁵ A.P.N.S. Legajo 12.355, año 1555, fol. 2124.

²⁰⁷⁶ A.P.N.S. Legajo 12.357, año 1556, fol. 12228.

²⁰⁷⁷ A.P.N.S. Legajo 12.355, año 1555, fol. 50.

diciembre de 1559, por 119.669 maravedíes anuales, a pagar de cuatro en cuatro meses.²⁰⁷⁸

Este, Francisco Gutierrez de Cuellar, como Mayordomo y Contador Mayor se sustituyó por poderes en Matias Hernandez, vicario de Constantina, para demandar a Juan del Castillo y Juan Nuñez, y sus mujeres, vecinos de Constantina, y a Francisco Cardenas y su mujer, vecinos de Sevilla, 17 fanegas, nueve almudes y dos cuartillos del resto del pan de la paga de Santiago del año 1555.²⁰⁷⁹ En otro caso se sustituyó en Juan de Arcimega para que fuese el depositario de 21.558 maravedíes de una esclava que formó parte de una ejecución de bienes en Lopas.²⁰⁸⁰ También aparece en otra escritura con Juan de Almonacid, escribano publico de su majestad y de los fieles ejecutores de Sevilla, vecino de San Llorente, porque Pedro Martín estaba en la cárcel arzobispal por una deuda que le reclamaba Francisco Gutierrez de Cuellar y el escribano se constituyó en su fiador²⁰⁸¹. En otra escritura se sustituye Francisco Gutierrez de Cuellar en Cristobal de Morales y en el vicario de Écija, el bachiller Valle, para hacer gestiones y negocios en este lugar.²⁰⁸² Juan se Arcimega también intervino en el cobro de 35 monedas de la parte hasta fin de julio de la pensión anual que tenía Gaspar Cervantes de Gaete, canónigo de León e Inquisidor Apostólico y Provisor de Sevilla con el Arzobispo Valdés, que en 1557 había pasado como Inquisidor a Zaragoza, por un poder firmado ante Melchor de Portes, escribano publico de Sevilla el 17 de enero de 1556.²⁰⁸³

En otros casos vemos en negocios a criados del Arzobispo, como Acacio de Talavera, residente en la Mesa Arzobispal de Sevilla, que intentaba cobrar por el arrendamiento que había hecho de la Secretaría Mayor de la Audiencia Real de la Nueva Galizia, en la Nueva España.²⁰⁸⁴ O bien el Notario de la Mesa Arzobispal, Diego Hernandes, que aparece vendiendo unas propiedades de su mujer Leonor Nuñez, al Arzobispo Hernando Baldesny, y en su nombre Luis de Campos, se trataba de una heredad de viñas en Umbrete y unas casas principales junto a la Iglesia con su huerta, bodega y Lagar, que tenían una hipoteca o tributo de 10.000 maravedíes.²⁰⁸⁵

3.8.2.- La contabilidad del Mayordomo Francisco Gutiérrez de Cuéllar

Pero sin duda el documento que más información nos ha proporcionado sobre la Mesa Arzobispal de Sevilla en ésta época ha sido la cuenta que se le hizo al Mayordomo Francisco Gutiérrez de Cuéllar en 1555. Previamente, observamos en una escritura de 1545 otorgada por el Arzobispo Valdés que se le denomina “Contador e Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal”, aunque la palabra “contador” está escrita encima de “mayordomo”, como una corrección del título.²⁰⁸⁶ Posteriormente, en el mismo documento, se le denomina Mayordomo Mayor e Contador de los frutos y rentas. No sabemos con exactitud qué matices se esconden en estos cambios, pero sí que

²⁰⁷⁸ A.P.N.S. Legajo 12.358, año 1557, fol. 317-322.

²⁰⁷⁹ A.P.N.S. Legajo 12.356, año 1556, fol. 1060.

²⁰⁸⁰ A.P.N.S. Legajo 12.358, año 1557, fol. 460.

²⁰⁸¹ A.P.N.S. Legajo 12.358, año 1557, fol. 576.

²⁰⁸² A.P.N.S. Legajo 12.358, año 1557, fol. 629.

²⁰⁸³ A.P.N.S. Legajo 12.360, año 1557, fol. 1868

²⁰⁸⁴ A.P.N.S. Legajo 12.357, año 1556, fol. 1919.

²⁰⁸⁵ A.P.N.S. Legajo 12.360, año 1557, fol. 1933 y 1934

²⁰⁸⁶ A.P.N.S. Legajo 12.320, año 1545, fol. 2.222.

ahora el Arzobispo, a través de un criado suyo, toma las cuentas al Mayordomo de la Mesa.

El 23 de julio de 1555, estando en Valladolid en la Corte y Consejo de Su Majestad, el Arzobispo Valdés dio poder a Juan de Arcimega, beneficiado de la Iglesia de San Llorente, para que tomase cuenta al Mayordomo Mayor Francisco Gutiérrez de Cuéllar de todo lo que había estado a su cargo de los frutos de la Mesa desde 1546 hasta 1553. El 23 de mayo de 1554 ya se le había tomado la cuenta hasta abril de 1554 y posteriormente se le tomaría hasta julio de 1555.²⁰⁸⁷ La cuenta se tomó ante el escribano de las rentas de la Mesa Diego Hernández, y cuando éste falleció terminó la relación Gaspar de León, escribano público de Sevilla. La cuenta se realizaría siguiendo las Instrucciones que había dado el Arzobispo el 12 de agosto de 1550 en el Monasterio de las Cuevas, y que eran las siguientes:

- 1) Que si el pan se vendiese fiado, y hubiese quiebra de los compradores, no fuese a cargo de Francisco Gutiérrez de Cuéllar. Siempre que aportase el testimonio de 3 vecinos, hombres de verdad y de quien no se pensaba que faltarían, de que esto era cierto, mostrando testimonio de escribano público de la buena opinión de estas personas.
- 2) El Mayordomo solía encargar a los vicarios o a otras personas particulares de los pueblos para la cobranza de dinero, para vender pan o para trasladarlo de las casas donde estuviese *encamarado* para limpiarlo. En todo caso se pedía que fuesen hombres de buena opinión, de verdad y confianza, y que diesen fianzas por si se dañaba algo, para que esto no fuese a riesgo de Francisco Gutiérrez de Cuéllar. Y lo que gastase en estas diligencias fuese a costa del Arzobispo, no pudiéndose cobrar del deudor que se hiciese *quiebra*.
- 3) Que el pan que se ponía en cámaras (*encamarado*) no fuese a riesgo y ventura de Francisco Gutiérrez de Cuéllar y que fuese en las mejores casas y *encargado en los pueblos a personas de buen recaudo*.
- 4) Que todo lo que se gastase en trasladar el pan de las cillas a las casas para encamararlo, y lo que se gastase en el encamaraje, medirlo y pesarlo, en pagar a las personas que lo tuviesen a su cargo, y en vender, cobrar y llevar el pan a Sevilla, y lo que se gastase en mensajeros, se le descargase en cuenta a Francisco Gutiérrez de Cuéllar con carta de pago.
- 5) En cuanto a los gastos de olivares y reparaciones de casas y fortalezas, heredades, molinos de aceite, barcos de Cantillana, cobranza de maravedíes, gastos de pleitos, materiales y jornales, reparaciones de casas de Cantillana y Almonaster y en general todo lo que superase 200 maravedíes, que se mostrase carta de pago, y que los gobernadores y alcaides firmasen la cuenta de los materiales que gastaren y sobraren. También debían firmar los oficiales que entendiesen en las obras y reparaciones de las Casas Arzobispales de Sevilla y Umbrete, con la cuenta de lo que se gastare.
- 6) Que se le recibieran en cuenta lo que pagase de gastos de los fieles del pan y del Subsidio Apostólico, y de las reparaciones de iglesias y molinos que corrían a cargo del

²⁰⁸⁷ A.P.N.S. Legajo 12.355, año 1555, Cuadernillo sin foliar dentro del Legajo. Cuenta de cargos y descargos que se le tomó a Francisco Gutiérrez de Cuéllar.

Arzobispo y Cabildo de Sevilla, mostrando la fe de los contadores del Cabildo y cartas de pago de las personas a quien se hubiere de pagar. Y en cuanto al Subsidio, Francisco Gutiérrez de Cuéllar debería presenciar y ver el repartimiento que hiciese el repartidor del Subsidio.

7) Que se le recibiese en cuenta los maravedíes y el pan que pagase a los fieles que nombrase en las fieldades, con carta de pago.

8) De todas las deudas que hubiese de pan, gallinas, perdices, aceite, vino y pan encamarado, y de cualquier rentas de la Mesa que se debiese, se le tomarían en cuenta del cargo que hiciese, pues se confiaba en que Francisco Gutiérrez de Cuéllar haría *lo que pudiera hacer por cobrarlas*.

9) Que en la venta del pan que se arrendase a dineros no se pudiese dar orden limitada del tiempo de los precios, y en esto también se confiaba en Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que lo haría *a los tiempos y precios de la manera que le pareciere que mas convenga y que se le haga cargo de lo que vendiere por relacion y quenta que diere dello por su libro*.

10) Para hacer la cuenta de gastos menudos podría Francisco Gutiérrez de Cuéllar hacer cada mes una relación para que la librase el Arzobispo estando en Sevilla o a 6 leguas. Y si estuviese más lejos cada dos meses, y si estuviese fuera del Arzobispado, cada 4 meses.²⁰⁸⁸

11) En el gasto de las aves de Umbrete y del macho de la noria del jardín de la Casa de Sevilla, *se provea lo que fuere menester y se le reciba en cuenta del 8 o 10 reales que suele dar por nabad a algunos guardas de puertas desta ciudad de aginaldo*.

12) Que cada vez que el Arzobispo mandase tomar la cuenta Francisco Gutiérrez de Cuéllar estuviese obligado a dársela en el estado que estuviere. Y cada vez que él se la pidiese al Arzobispo que se le tomase la cuenta.

Finalmente, al pié del documento de las instrucciones Francisco Gutiérrez de Cuéllar prometía que todos los maravedíes y pan que se le descargaron en deudas y lo que estaba encamarado, desde la parte que perteneció al Arzobispo del año 1546, año de sede vacante, hasta 1549, y que aparecían en las cuentas que se cerraron el 26 de octubre de 1549 y el 20 de junio de 1550, más todos los frutos del año en curso, 1550, los administraría lo mejor que pudiese, con diligencia, fidelidad y cuidado, tratando de beneficiarla y aprovecharla *para dar buena quenta conforme a lo que su señoría manda por esta instrucción*.

Así pues, este documento de instrucciones del Arzobispo sería la guía para la toma de las cuentas al Mayordomo, en la que aparecen partidas de distintos años, divididas entre cargos o ingresos y descargos o gastos. A continuación entraremos en el detalle de la contabilidad de los cargos y descargos en la cuenta que el 23 de mayo de 1554 le hizo Juan de Arcimega al Mayordomo Francisco Gutiérrez de Cuéllar de los

²⁰⁸⁸ Al margen del documento podemos leer: *su s^a illma dize que los gastos por menudo se pongan en el libro de toda la quenta para que se vea quando se feneciére y no sea obligado a darla por relacion de mesees como aquí se dize*.

años 1547 a 1553, aunque para los frutos y descargos llegó la cuenta hasta fin de abril de 1554. En la siguiente tabla se relacionan los cargos y descargos de trigo y cebada que se hicieron desde las deudas y quiebras atrasadas, es decir incobrables, desde 1547 hasta 1553. Como las deudas y quiebras no se le cargaban en cuenta al Mayordomo, según la Instrucción del Arzobispo vista más arriba, la cuenta de cargos y descargos cuadraba casi a la perfección.

AÑO	CEBADA	TRIGO	CONCEPTO
Cargo de 1547	30 fanegas y 11 almudes	86 fanegas y 2 cuartillos	De las deudas de la cuenta anterior, aunque después le fueron descargadas
Cargo de 1548	16 fanegas, 4 almudes y 3 cuartillos	33 fanegas y 2 cuartillos	De las deudas del pan
Cargo de 1549	167 fanegas y 1 almud	323 fanegas y 11 almudes	De las deudas del pan
Cargo de 1550	19 fanegas, 9 almudes y 2 cuartillos	104 fanegas, 7 almudes y 3 cuartillos	De las deudas del pan
Cargo de 1551	610 fanegas	463 fanegas, 7 almudes y 3 cuartillos	Deuda de la renta principal
Cargo de 1551	2.210 fanegas, 8 almudes y 3 cuartillos	4.435 fanegas, 9 almudes y 1 cuartillo	Quiebras
Cargo de 1552	355 fanegas y 10 almudes	673 fanegas, 8 almudes y 1 cuartillo	
Cargo de 1553	13.670 fanegas, 5 almudes y 1 cuartillo	27.505 fanegas, 4 almudes y 2 cuartillos	
Cargo de 1553	3 fanegas y 7 almudes y 1 cuartillo	4 fanegas	De la parte de la Mesa Arzobispal del pan de Tocina por el repartimiento del Notario A. Bezerra
Cargo de 1553		25 fanegas y 1 almud	Del pan que hubo de aumento de Brenes, según el libro de cuenta del fiel
Cargo de 1553		8 fanegas y 2 cuartillos	Del aumento que hubo en el pan de Zalamea
Cargos de 1547-1553	17.273 fanegas, 2 almudes y 1 cuartillo	33.664 fanegas y 1 almud y 1 cuartillo	Monta todo el trigo y cebada que se le hace cargo de lo que había quedado por repartir, estaba en deudas o encamarado y por vender
Cargo de 1553		1 fanega	Del aumento del pan de Cantillana
Cargos de 1547-1553	17.273 fanegas, 2 almudes y 1 cuartillo	33.665 fanegas, 5 almudes y 1 cuartillo	Total Cargos
Descargos 1547-1553	17.272 fanegas, 11 almudes y 2 cuartillos	33.665 fanegas, 6 almudes	Total Descargos. Así de lo vendido como de lo gastado, dado en grano y deudas que quedan, que se le descargaron conforme a la instrucción

Del cargo y descargo de gallinas y perdices no hubo alcance, pues cuadraban las que quedaron en cuenta y las vendidas, que fueron 2.460 gallinas y 40 perdices. Del período 1547-1553, tanto de maravedíes que se le cargaron, del pan vendido, del dinero recibido, de algunas partidas de pan de las que no se hizo precio y de las gallinas y perdices vendidas, quedaban en deuda 15.130.912 maravedíes. No se le hizo cargo de 3.863.127 maravedíes de alcance de la cuenta anterior, que terminó el 25 de mayo de 1554, porque mostró el finiquito firmado por el Arzobispo en Valladolid el 23 de mayo

de 1555 ante su Secretario Fortuño de Ybarguen, en el que decía que Francisco Gutiérrez de Cuéllar le había entregado, en mayo de 1554, por mano de Juan Zaracias Recuero, vecino de Avila, 2.720.000 maravedíes, y por mano de Francisco Nuñez Recuero, vecino de Avila, 543.127 maravedíes.

Para la contabilidad del pan se llevaba un Libro del Pan y un Manual de la Cobranza donde aparecía quien lo vendió, a qué precio, a quién, y los recaudos y testimonios de la venta, y cuando se subía o bajaba un precio quedaba escrito de la mano del Notario de la Mesa Arzobispal Diego Hernández. Después, del Libro Manual se sacaba un cuadernillo para tomar la cuenta. En el cargo del pan de las rentas de pontifical de 1555, según el Cuaderno de Repartimiento de las Rentas Decimales firmado por el Notario Repartidor, Antonio Becerra, le tocaron al Arzobispo, de la renta de propios de la Mesa, según los Libros de Fieldades del pan firmado por el Notario y Escribano de las Rentas Diego Hernández: 33.439 fanegas, 11 almudes y 1 cuartillo de trigo y 19.088 fanegas, 8 almudes y 2 cuartillos de cebada. De este pan se metió en los *alholices* de las Casas Arzobispales 4.112 fanegas y 2 almudes de trigo y 915 fanegas, 6 almudes y 1 cuartillo de cebada, como constaba en el libro del pan de ese año. Más tarde, el 2 de julio, se trajeron otras 1.201 fanegas y 6 almudes de trigo y 9 fanegas, 1 almud y 3 cuartillos de cebada.

De lo vendido fuera de Sevilla se le descargaron 4.4004 fanegas, 8 almudes y 3 cuartillos de trigo y 1.811 fanegas y 3 cuartillos de cebada que se había vendido en diversos lugares del Arzobispado a diversas personas, como constaba en el Libro del Pan, en el que aparecían las cantidades, las personas, los lugares, los días y los precios. Montaba todo esto 1 cuento y 589.052 maravedíes. También se vendieron en algunas collaciones de Sevilla a los mayordomos que debían hasta el 20 de junio de 1555.

En cuanto a los cargos de 1554, se le cargó el pan vendido de los *alholíes* de las Casas Arzobispales de Sevilla, y de fuera de Sevilla, desde el 11 de diciembre de 1554 hasta el 20 de junio de 1555. Y se descargó lo que se dio para limosnas, pagos de costas y otros gastos y disminuciones, y también, conforme a la instrucción del Arzobispo, lo que quedaba por vender *encamarado* y en deudas. También se le descargaron distintas cantidades entregadas a los oficiales del Arzobispado, y a distintos criados, fieles del pan y trabajadores, a cuenta de su salario en especie, ayudas de costa o limosnas, como aparece en la siguiente tabla:

SUJETO DEL DESCARGO	CANTIDAD	CONCEPTO
Licenciado Cervantes de Gaete, Provisor	12 fanegas de trigo	A cuenta de su salario del año 1553 de 60 fanegas de trigo y 40 de cebada
Doctor Juan de Escobar, Juez del Consistorio Arzobispal	50 fanegas de trigo y 30 de cebada	Salario de 1554
Francisco Gutiérrez de Cuéllar, Mayordomo de la Mesa	50 fanegas de trigo y 50 fanegas de cebada	Salario de 1554
Diego del Campo Salazar, Alguacil Mayor	4 cahices de trigo y 3 de cebada	Salario por año como pareció por una carta de Su S ^a illma, ademas de lo que se le daba en dinero
Diego Hernández, Notario de la Mesa	3 cahices de trigo y 4 de cebada	Salario de 1554
Alonso de Vides, Oficial de la Mesa Arzobispal	2 cahices de trigo	1 de Salario y ayuda de costa al año y otro de ayuda de costa
Gerónimo del Maço, Oficial de	1 cahiz de trigo por año	Salario de 1554, conforme a la

la Mesa Arzobispal		libranza de Su S ^a que está en poder de Francisco Gutiérrez de Cuellar
Martin de Aguilar, Escribiente de la Mesa	1.000 maravedíes cada mes y 1 fanega de trigo	Salario de 1554
Antonio Becerra, Notario y Repartidor de las Rentas Decimales del Arzobispado de Sevilla	15 fanega de trigo	Salario de 1554
Juan de Santander, Oficial de la Mesa Arzobispal que sucedió a Martin de Aguilar	12 fanegas de trigo	Salario de 1554
Diego de Espinosa, Oficial de la Mesa que sucedió a Juan de Santander	12 fanegas de trigo	Salario de 1554
Pero Núñez, Cursor de la Mesa Arzobispal	12 fanegas de trigo	Salario de 1554
Bernaldo de la Paz, Solicitador de pleitos y negocios de la Mesa	12 fanegas de trigo	Salario de 1554
Francisco de Estrada, Portero de las Casas Arzobispales	1 cahiz de trigo	Salario de 1554
Andrés de Ayala, Alcayde de la Cárcel Arzobispal	24 fanegas de pan	Salario de 1554, que se le da por una declaración del Provisor Cervantes de Gaete y por el doctor Escobar, Juez, por virtud de carta de Su S ^a illma.
Juan Martin, Jardinero de las Casas Arzobispales de Sevilla	6 fanegas de trigo	Salario de 1554
Juan Moreno, Cura de Santa María la Blanca	5 fanegas y 5 almudes de trigo	Salario de 1554
Luys de Moya, Cura de Santa Cruz	5 fanegas y 5 almudes de trigo	Salario de 1554
Ldo Juan de Rueda cura de Umbrete	12 fanegas de trigo de salario	Salario de 1554
Bartolomé Martín, Cura de Olivares	12 fanegas de trigo	Salario de 1554
Fabian de Vargas, Cura de Torres de Guadamar	3 fanegas de trigo	Salario de 1554
Francisco Hernández Pedrosa, Cura de Chucena	12 fanegas de trigo	Salario de 1554
Rodrigo Aguilar, Sacristán de Brenes	8 fanegas de trigo	Salario de 1554
Diego García de Billar, Cura de Benacazon	8 fanegas de trigo	Salario de 1554
Bachiller Pedro de Burgos, Cura de Gandul	4 fanegas de trigo	Salario de 1554
Asencio de Miguel, Sacristán de Gandul	6 fanegas de trigo	Salario de 1554
Lorenzo Fernandez, Cura de Villaverde	9 fanegas de trigo	Salario de 1554
Mari Giménez, mujer que fue de Juan García de Santamaría, vecina de Umbrete.	3 fanegas de trigo	Salario por cuidar las aves y pavos de la casa de Umbrete desde que dejó el cargo de Gobernador Juan de Peón
Alonso Núñez, Escribano público de Umbrete	12 fanegas y media	Salario por el mantenimiento de las aves y pavos
Lope Díaz, Notario de la Visita de Sevilla	12 fanegas de trigo	Salario por la libranza de su S ^a illma. firmada en Valladolid el 23.5.1555

Juan de Mena, Paje de su Señoría Ilustrísima	50 fanegas de trigo	Salario por la libranza de Su S ^a illma. firmada en Valladolid el 23.5.1555
Macho de la Noria	22 fanegas y 2 almudes de cebada	Lo que se comió el Macho de la Noria que saca el agua para regar el jardín, a razón de 3 cuartillos diarios
Distintos Escribanos Públicos como Juan MeJia, Escribano Público de Brenes o Curas, como Lorenzo Fernández Cura de Villaverde y fiel del pan.		Disminuciones en la cebada del año 1554 según aparece con testimonio con juramento de distintos fieles del pan.
Juan Serrano, Fiel del pan de Zalamea		Disminuciones de distintos fieles del pan de los lugares a los que se les tomó cuenta y testimonio con juramento, curas, escribanos, etc.
Francisco Gutiérrez de Cuéllar devolvió a Juan Gómez Herrador vecino de Sevilla arrendador del pan de la collación de la Magdalena		Devolución a un arrendador del pan porque los había pagado demasiados
Francisco Gutiérrez de Cuéllar	12.240 maravedíes	Como fue tanta la falta y disminución en el pan de 1553-1554 Su S ^a envió una cedula para que se le descargase entregándole una tienda como ayuda de costa
Juan de Arcimega	1.000 fanegas de trigo, 66 a las monjas de Huelva	De limosna para Pascua y Navidad a los Monasterios, Hospitales y personas particulares, entregados por Juan de Arcimega, Limosnero de Su Señoría, por una libranza en Valladolid. Todo aparecía en un cuaderno firmado por Juan de Arcimega
Mayordomo del Hospital de Desamparados Cristóbal de Vargas	50 fanegas de trigo	Por una libranza del Arzobispo en Valladolid
Juan de Arcimega	1.000 fanegas de trigo	Limosna de 1555 de Pascua de Resurrección a Monasterios, Hospitales y personas particulares
Juan de Arcimega	30 fanegas de trigo	Limosna a las Monjas de Lebrija

También aparecen estas otras partidas en la contabilidad:

SUJETO DEL DESCARGO	CANTIDAD	CONCEPTO
Entregado a Bartolome Chico, Abad de la Universidad de Sevilla y Administrador del Hospital de Desamparados	50 fanegas	Limosna de Pascua y Navidad al Hospital de los Desamparados
Alonso de Sisto estuvo a cargo del pan y juró esta disminución		Falta y disminución en el pan de Jerez del año 1554
Lo juró Bartolomé del Álamo, a cuyo cargo estaba		Falta y disminución de Cumbres Mayores

A cargo de Francisco Gutiérrez de Cuéllar	8.652 fanegas y un cuartillo de trigo y 996 fanegas y 4 almudes de cebada	Deudas encamaradas en grano en distintos lugares
Se sacó un memorial que quedó firmado por Francisco Gutiérrez de Cuellar y se declara qué personas lo deben y qué cantidad cada uno y los que están encamarados qué persona lo tienen	7.000 fanegas	Encamaradas de deudas sobre las que estaban hechas diligencias como aparecía por el Libro de la Cobranza del pan.
Se le descarga a Francisco Gutiérrez de Cuéllar así de lo vendido como de lo pagado de salarios y limosnas y disminuciones con lo que queda encamarado y deudas	Queda encamarado y en deudas: 34.582 fanegas, 9 almudes y 3 cuartillos de trigo y 19.806 fanegas y 7 almudes de cebada	Resolución de la cuenta del pan y cebada del año 1554
Francisco Gutiérrez de Cuéllar	Cargo del pan de 1554: 35.439 fanegas, 11 almudes y 1 cuartillo de trigo y 19.808 fanegas, 8 almudes y 2 cuartillos de cebada Alcance: 857 fanegas, 1 almud y 2 cuartillos de trigo y 2 fanegas, 1 almud y 2 cuartillos de cebada	Cargo del pan de 1554 y alcance realizado al Mayordomo de lo que debe a su S ^a illma
Francisco Gutiérrez de Cuellar tiene el grano y entregadas las llaves a Alonso de Vides, de las cuales se ha vendido y dado cierta parte y abrió con la llave y se vio por vista de ojos tanta cantidad que parece poco mas o menos ser lo contenido en el alcance	35.439 menos 34.582, restan de alcance 00857	Por el Libro Manual de entrada del pan parece que estan dichas fanegas de este alcance en los Alholíes de las Casas Arzobispales. En este pan se presume que habría falta y disminucion porque se tomó una cantidad de Morón y estaba dañado

De los cargos y descargos de gallinas y perdices de 1554 se cargaron 4.255 gallinas de las rentas de los propios de la Mesa con las *martinyegas*²⁰⁸⁹ y *presentes*, sacado del Libro de los Remates de las Rentas de Propios y corregida con el Libro de la Cobranza de la Mesa. También se cargaron 110 perdices que las villas de Almonaster y Zalamea pagaban cada año de presente al Arzobispo en las rentas de propios.

Por otra parte, se descargaron 1.710 gallinas vendidas a dos reales cada una, y otras 60 maravedíes, según constaba en el Libro de la Cobranza. Las gallinas de precios más bajos se pagaron vivas, pero no se pudo vender a más. Estas gallinas estaban a cargo de Alonso Núñez, vecino de Umbrete, y Francisco Gutiérrez de Cuéllar mandó cecarlas en el Corral de las Casas de Umbrete en compañía de los pavos, y *para criar a los pavos pequeños*, porque las que estaban se murieron, según dijo Juan de Peón, Gobernador de Umbrete. En un memorial aparecen 2.427 gallinas y 40 perdices que se debían y estaban escritas con las personas que las debían, en total se descargaron 4.255 gallinas y 100 perdices.

²⁰⁸⁹ Diccionario de Autoridades: MARTINEGA. s. f. Cierta género de tributo o contribución, llamada así porque se debía pagar el día de San Martín: como se vé en la exposición de Gregorio Lopez de la ley 23. tit. 18. de la 3. Partida. Latín. Vectigal in diem Divi Martini solubile. VILLAIZ. Chron. del R. D. Al. el Sabio, cap. 3. Y el Rey dio luego al Infante Don Phelipe parte de las sus rentas: la martiniega de Avila, y el portazgo. CHRON. DEL R. D. JUAN EL II. Año 37. cap. 275. Ansí de martiniegas y yantares ... como otros qualquier pertenecientes al Señorío.

En esta cuenta aparecen también 6 arrobas de aceite que se sacaron del arrendamiento de los frutos de los olivares de Umbrete para alumbrar la lampara del Santísimo Sacramento de la Iglesia de Umbrete. De esto no se hizo cargo ni descargo, más que el conocimiento del licenciado Juan de Rueda, cura y mayordomo de la fabrica de la Iglesia.

En los cargos de maravedíes del pan, gallinas y perdices del año y de los maravedíes de pontifical y propios aparecen 5.544.985 maravedíes, correspondientes a 17.043 fanegas, 1 almud y dos cuartillos de trigo y 15.317 fanegas 1 almud y 3 cuartillos de cebada que se vendieron de pan de Sevilla y de fuera de Sevilla. Otras cantidades quedaban como deudas, unas las debían Antón Berrugo y otros consortes y vecinos de Carmona, del pan de la Campana, otras un vecino de Gibrleón del pan de Sant Lucar, otras un vecino de Almonaster y su mujer, del pan del Cerro, otras Diego Martín Barriga y su mujer, del pan de Cazalla. En esta cuenta entraron 307 maravedíes que se cobraron de ciertas *albaquías* y restitución del diezmo del pan de Zalamea y diversas *quiebras del pan* de diversos lugares.

En total se cargaron 4.706.261´5 maravedíes que valieron todas las rentas de los propios de la Mesa, tanto de lo temporal de los lugares de la Dignidad como de los frutos decimales, incluyendo el arrendamiento de las barcas, los juros y tributos, las Penas de Cámara que los jueces seculares de los lugares condenaban y otras rentas de la Mesa. Todo esto constaba por una copia del Libro y Registro de las Rentas de los propios donde se especificaban las posturas, pujas y remates de cada renta. Esta copia fue corregida con el Libro de la Cobranza y cotejada con el registro original de Diego Hernandez Notario de las Rentas.

De las rentas de pontifical se cargaron 9.607.761´5 maravedíes, según el Cuaderno firmado por Antonio Becerra, Notario y Repartidor de las Rentas Decimales del pontifical del Arzobispo de Sevilla. Este Cuaderno fue escrito en 57 hojas y corregido y concordado con el Libro de la Cobranza. Además se cargaron 2.202 maravedíes que Juan de Chagoyas, Solicitador de pleitos de Granada, gastó en negocios y pleitos tocantes a las beneficios que vacaron por el Maestrescuela de Palencia y que los proveyó Su S^a en criados suyos y de otros pleitos. También se cargó en cuenta las aves que cuidaba Juan de Logroño, vecino de Umbrete, que vendió 5 gallinas y 1 gallo y 10 pollas de las Casas Arzobispales porque se murieron muchas y no tenían provecho.

De la quiebra del pan de Carmona del año 1551 se cargaron 828 maravedíes que pagaron Pedro del Castillo, Gerónimo del Corral, Juan de Toledo, calcetero, Francisco Diaz, albañil, Antón Berrugo, Juan de Lorca y Rodrigo Yerto, estos tres últimos vecinos de Carmona, por una provisión que llevaron a la Chancillería de Granada sobre las quiebras del pan de Carmona, y se cobró esta cantidad de los gastos de llevar los procesos allí.

En total, por los libros en los que Francisco Gutiérrez de Cuéllar tenía apuntados los cargos del año 1554 montaban todos los cargos del pan vendido dentro y fuera de Sevilla, más las rentas de pontifical y propios, gallinas y perdices y todo lo que pertenecía a la Mesa y a la Dignidad, 22.656.035´5 maravedíes. Si se le sumaban los 15.130.912 maravedíes de los restos de los años 1546-1553 daban un total de 37.787.847 maravedíes.

En cuanto a los descargos que se le hicieron al Mayordomo Francisco Gutiérrez de Cuéllar, por lo que toca a las pensiones que tenían diversas personas sobre las rentas de la Mesa, otorgadas como privilegio, y a los subsidios que se pagaban, especialmente el Subsidio Apostólico, tenemos:

SUJETO DEL DESCARGO	CANTIDADES	CONCEPTO
Juan de Castillejo, Secretario del Consejo Real, y por él Francisco Herrera, vecino y Regidor de Ciudad Rodrigo	200 ducados largos anuales	De pensión sobre los frutos de la Mesa de la paga de Navidad y de San Juan, se descontaron 4.562 maravedíes que cupo de Subsidio, según fe del Repartidor Juan Gutiérrez Pacheco
Juan de Castillejo	200 ducados largos anuales	Pensión sobre los frutos de la Mesa, descontando 2.975 maravedíes del Subsidio Apostólico
Don Rodrigo Manrique, Prior de Carmona	1.200 ducados anuales	Pensión de Cámara sobre los frutos de la Mesa, descontando el Subsidio, entregados a Simon Centurión, genovés estante en Sevilla. El poder firmado ante Damián de Rojas, Escribano público de Valladolid.
Rodrigo de Manrique	Paga parcial de pensión	Entregado a su procurador Luis de Castilla, canónigo de Sevilla, poder ante Damián de Rojas, Escribano público de Valladolid
Don Diego Hurtado de Mendoza, Embajador de Su Majestad en Roma	1.500 ducados largos anuales	Pensión entregada a Gaspar de Torres, Jurado vecino de Sevilla, y a Juan de Torres, vecino y Regidor de Málaga. Se le descontó el Subsidio. Poder ante el Escribano Público de Valladolid Damián de Rojas
Don Iñigo Manrique, Sacristán Mayor de la Reina de Bohemia	600 ducados anuales	Pensión que se le entregó a su procurador Luis Carrillo de Castilla y a su hermana. Se le descontó el Subsidio, la carta de pago pasó ante Mateo de Almonacid, escribano público de Sevilla el 4 de febrero de 1555 y el poder ante Bartolomé de Pradera, escribano de Su Majestad en la ciudad de Londres
Pedro de Marquina	300 ducados anuales	Pensión sobre los frutos de la Mesa, entregada a Hernando de Zárate, clérigo residente en Valladolid, poder ante Martín de Pedrosa el menor, Notario de la diócesis de Cuenca.
Alonso Manrique	200 ducados anuales	Pensión sobre los frutos de la Mesa, entregada a Martín de Villanueva, vecino de Valladolid y a Juan Gómez de Herrera, mercader de Corte, como su procurador. Poder ante Escribano público de Valladolid.
Luis Toledo	1.000 ducados anuales	Pensión sobre los frutos de la Mesa, entregados a Jácome Boti, florentin vecino de Sevilla, y a su procurador Rafael Achioli, vecino de Valladolid
Francisco Gutiérrez de Cuéllar	729.432 maravedíes	Pago del Subsidio Apostólico que se

pagó a Luis Carrillo de Castilla, canónigo de Sevilla, y a Diego de Ávila, su sustituto en nombre del Cabildo a cuyo cargo estaba la cobranza del Subsidio. Ante Pedro Castellanos, escribano público de Sevilla		repartió del año 1554 y le cupo a la Dignidad y Su Mesa, según el repartimiento firmado por el Obispo de Marruecos, Arcediano de Carmona y Diego Rodríguez Luzero, canonigos y contadores de la Mesa Capitular de Sevilla y de Juan Gutiérrez Pacheco, Notario y Repartidor del subsidio
Se le cargó en cuenta a Francisco Gutiérrez de Cuéllar	3.303.124´5 maravedíes	Total de todo lo que se cargó en cuenta de Pensiones y Subsidios

Por lo que respecta a los salarios que se pagaban a jueces, oficiales, del Gobierno Arzobispal y de los feudos temporales del Arzobispo, así como a distintas personas empleadas en las Casas Arzobispales y curas cuyos salarios dependían de la Mesa, tenemos:

Provisor Cervantes Gaete	60.000 maravedíes anuales	Salario anual según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
doctor Juan de Escobar, Juez del Consistorio Arzobispal de Sevilla	50.000 maravedíes anuales	Salario anual según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Obispo don Alonso de Sanabria	100 ducados anuales	Salario anual por ejercer los actos pontificales según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Doctor Gil de Cevadilla, Visitador de Monasterios de Monjas e Iglesias de Sevilla	40.000 maravedíes anuales	Salario anual según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Ldo Juan Rodríguez Luzero, Visitador General del Arzobispado de Sevilla	40.000 maravedíes anuales	Salario anual según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Ldo don Diego Amado, Visitador General	40.000 maravedíes anuales	Salario anual según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
García Gonzalez Barbon, Alcayde y Gobernador de Cantillana	60.000 maravedíes anuales	Salario anual y ayuda de costa según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Alvaro Diaz de Miranda, Alcayde y Gobernador de Almonaster y Zalamea	30.000 maravedíes anuales de salario y 20.000 de ayuda de costa	Salario anual y ayuda de costa según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Juan de Peon Luduecia, Alcayde Mayor y Gobernador de Umbrete y Rianzuela	25.000 maravedíes anuales	Salario anual según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Ordoño Alvarez de Valdes, Alguacil Mayor que sucedio al	25.000 maravedíes anuales	Salario anual según la libranza general de salario de Su S ^a en

anterior		poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Diego Hernandez, Notario de la Mesa	22.000 maravedíes anuales, 17.000 de salario y 5.000 de ayuda de costa	Salario anual y ayuda de costa según la libranza general de salario de Su S ^a en poder de Francisco Gutiérrez de Cuéllar, que dio carta de pago
Andres de Ayala, Alcayde de la Carcel	15.000 maravedíes anuales	Salario anual conforme a la declaración hecha por el Provisor
Ldo Gallegos, Abogado de los Negocios de la Mesa	6.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Ldo Diego Sanchez, Abogado de los Negocios	4.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Ldo Hernan Dalbarez, Abogado de los Pobres de las Audiencia del Provisor y Juez del Consistorio	3.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Bernaldo de Paez, Solicitador de los Negocios de la Mesa	20.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Procurador de los Pobres	15.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Francisco de Hoyos, Procurador de Pobres	15.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Juan Díaz, Procurador de los Negocios de la Mesa en las Audiencia seglares desta ciudad (Procurador de lo Seglar)	3.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Juan de Barbolla, Procurador de los Negocios de la Mesa en las audiencias eclesiásticas	3.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Gerónimo del Mazo, Oficial de la Mesa	12.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Martin de Ayala, Oficial de la Mesa	12.000 maravedíes y 112 fanegas de trigo anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Juan de Santander, Oficial que sucedió a Martin de Aguilar	12.000 maravedíes y 112 fanegas de trigo anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Diego de Espinosa, Oficial para escribir en la Mesa, sucedió a Juan de Santander	12.000 maravedíes y 112 fanegas de trigo anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Pero Nuñez, Cursor de la Mesa	1 ducado cada mes	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Francisco de Estrada, Portero	12 ducados anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Juan Martin, Jardinero	3.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Juan Fernandez, Albañil cañero que repara los caños del agua que viene a las Casas Arzobispales.	2.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Gregorio Martin, Casero de la Casa que tiene Su S ^a en Lopas	2.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Alfonso Marquez, Casero de Lopas que sucedió al anterior	2.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Juan de Arcimega, Limosnero de Su S ^a	20.000 maravedíes anuales	Salario conforme a la libranza de Su Señoría dada por carta
Antonio Becerra, Notario y Repartidor de las Rentas Decimales del Arzobispado....	3.000 maravedíes	Salario por sacar en limpio el Cuaderno de los maravedíes que cupo a la Mesa de los frutos

		decimales de 1554
Alonso Nuñez, Escribano publico de Umbrete	6.000 maravedíes anuales	Salario por su oficio de Mayordomo de los olivares de Umbrete y Lopas
Miguel Alonso, clérigo de Alcala de Guadira y Alonso Noguera, Alcaide de Gandul.	2.700 maravedíes anuales	Entregados como herederos de Fernando Moreno, cura de Gandul de su salario
Bachiller Pedro de Bargas, cura de Gandul sucedio al anterior	2.000 maravedíes anuales	Salario como fiel del pan
Curas de Brenes, Ardales, La Margen, Casaluenga, Campillos, Villaverde, Chucena, Torres de Guadamar, Olivares, Umbrete, Benacazón	1.800 maravedíes anuales	Salario como fieles del pan
Curas de distintas parroquias de Sevilla, Santa Cruz, Santa María la Blanca	1.800 maravedíes anuales	Salario como fiel del pan

Los salarios de abogados y procuradores de Granada y Solicitadores de los negocios de S^a y su Mesa que residían en la Chancilleria de Granada fueron:

- Al licenciado Jimenez, Abogado, 4.500 maravedíes
- Al licenciado Berrio, Abogado, 4.500 maravedíes
- A Anton Perez y Juan Perez de Tiarte, procuradores, cada uno 3.000 maravedíes
- A Damian de Scancelli, Solicitador de pleitos, 6.000 maravedíes
- A Juan de Chagoya, Solicitador que tiene principalmente cargo de todos los negocios, 10.000 maravedíes. Todos recibieron sus salarios por mano de Juan Chagoya y no se pusieron en esta partida los gastos de pleitos, solo los salarios.

En cuanto a los descargos de maravedíes, se le pagaron 22.000 a Anton de Milla, medidor de pan, a razón de un ducado cada mes. Este salario lo concertó con él Francisco Gutiérrez de Cuéllar, conforme al estilo que se solía usar de salario que era de cinco maravedíes por cada cahiz que midiere, y en este tiempo midió 431 cahizes y medio, que en total montaban 12.157 maravedíes. Al licenciado Jacomo de Sobramis, vecino de Sevilla, que fue a tomar residencia, por comisión del Provisor, a Juan de Peon Ludeña, Gobernador de Umbrete y Rianzuela, y a los otros alcaldes y oficiales de las villas, se le pagó de salario 9 reales y medio cada día. La residencia duró desde el 25 de enero hasta 21 de marzo de 1555, y después fue prorrogada por orden del Provisor Cervantes Gaete. La libranza de los gastos fue hecha por Juan de Dios, el Escribano de la Residencia, al que se le pagaron de salario 3 reales y medio cada día.

Al vicario y cura de Teba, Juan Velazquez, se le pagaron 1.800 maravedíes de salario por año, y 1 ducado al mes al Cursor de la Mesa, Pero Nuñez. Francisco Gutiérrez de Cuéllar cobró 430 ducados al año de salario como Mayordomo de la Mesa y al Notario de la Visita de los Monasterios de Monjas se le pagaron 12 ducados de salario. Al beneficiado Alonso Ternero, que había trabajado con el doctor Cevadilla en la visita de las monjas, se le pagó otro tanto. A Diego de Espinosa, Oficial y Escribiente de la Mesa, se le pagaron 12 reales por los días que se ocupó en escribir. Al Alcayde de la Cárcel se le pagaron 15.000 maravedíes de salario anual y también se gastaron diversas cantidades en pagar a las personas que midieron el pan que se vendió. Todas estas partidas fueron libradas por carta desde Valladolid por el Arzobispo Valdés y montaron todos los salarios 953.916 maravedíes.

Las limosnas que aparecen libradas y que pagó Francisco Gutiérrez de Cuéllar al Limosnero del Arzobispo, Juan de Arcimega, y a distintas personas e instituciones son las siguientes:

1) A Juan de Arcimega, Limosnero del Arzobispo, se le entregaron 400 reales de limosna ordinaria semanal y 33.000 maravedíes para dotar tres doncellas, según lo había mandado Su S^a en una cuenta pasada. Después, por una libranza y orden dada por el Arzobispo por carta desde Valladolid, se pasó a entregar al Limosnero 500 reales semanales, siempre con carta de pago, y a partir del 3 de diciembre de 1554 se pasó a dar 20.000 maravedíes de limosna ordinaria cada semana. El 15 de diciembre se dieron 500 reales y mil fanegas de trigo de limosna extraordinaria de Pascua por una orden de Su Señoría enviada por carta desde Valladolid. Después mandó una libranza para que se entregasen 20 ducados más de trigo, unas 100 fanegas, de limosna extraordinaria por Pascua de Resurrección.

2) Para el casamiento de doncellas también se dedicaban ciertas sumas, en esta cuenta aparecen Mari Hernandez, hija de Florentina Hernandez, Juana de Rios, hija de Juan de Rios, y Maria de Almargen, hija de Juan Martinez. A cada una le entregó el Limosnero Juan de Arcimega 6.000 maravedíes, tal como le había indicado en una carta el Arzobispo desde Valladolid. A Gerónimo de Aguilar se le entregaron 15.000 maravedíes para la dote de la doncella con la que se casó, Gerónima de Narbáez, hija de Alonso de Narbáez, sastre, con la fe del que los casó y veló, el licenciado Carrasco, cura del Sagrario. También se pagaron las dotes de Ines Alvarez, hija de Francisca Alvarez, viuda, y se entregaron 10.000 maravedíes a Diego Sanchez Sanbrana, calcetero, marido de Francisca, y de Leonor Rodriguez, hija de Alonso Martin, vecino de Triana, que se casó con Martin Muñoz, Mayordomo de Nuño de Esquivel. A Cristobal de Mexia, vecino de Villaverde, le hizo Su S^a de merced una limosna de 10.000 maravedíes, para que se casase con la hija de Gregorio Espinosa. Dio fe Lorenzo Hernandez, cura de Villaverde. Otra limosna de dote se entregó a Melchor González, espartero, con la fe del cura, el bachiller Gaete, y a Juan Lozano, cardador, mediante carta de libranza del Arzobispo y carta dotal del escribano público Gaspar de León.

3) Para el Hospital de los Desamparados se libraron 50 ducados de limosna, que recibió en la Mesa el Abad Bartolomé Chico, Administrador del Hospital. Por Pascua de Resurrección mandó el Arzobispo que se le entregasen otros 50 ducados y 50 fanegas de trigo. El 26 de julio se libraron, por una carta firmada por el Arzobispo, 200 reales de limosna extraordinaria *por los muchos pobres enfermos que había*. La orden fue refrendada con la firma del Provisor al pie de la carta. Finalmente, el 31 de julio, de nuevo una carta de libranza del Arzobispo refrendada por el Provisor mandó que se diese una limosna extraordinaria por los muchos pobres enfermos que había. En total se libraron de limosnas en este período 1.343. 600 maravedíes.

En cuanto a las cantidades enviadas por el Mayordomo de la Mesa, Gutiérrez de Cuéllar a Valladolid para su entrega al Arzobispo, aparecen las siguientes partidas:

- 1.300.000 reales enviados a Valladolid con Francisco Núñez, arriero, el 26 de julio de 1554.
- 1.360.000 reales enviados a Valladolid con Juan Zacarías, arriero, el 6 de septiembre de 1554.

- 2.40.000 reales enviados el 12 de diciembre de 1554.

Haciendo de correo del dinero que le enviaba Francisco Gutiérrez de Cuéllar al Arzobispo aparecen 3 arrieros, Tristán de Fresneda, Juan Zacarías Recuero y Francisco Núñez de Avila. Además el Mayordomo entregó diversas cantidades en Sevilla a Hernán Cuervo, natural de Asturias, y éste a su vez se lo dio a Diego Valdés, camarero del Arzobispo Valdés, para que se lo entregase en Valladolid al Arzobispo. Estas tres partidas se entregaron ante el escribano público Gaspar Aragonés y sumaron, a 6 de enero de 1555, 4.780.000 maravedíes. El Arzobispo firmó en Valladolid las cartas de pago y se dio por contento y pagado.

Además, el Mayordomo pagó en Sevilla, por una cédula firmada en Valladolid a últimos de octubre de 1554, a Pedro de Balmaseda, residente en Corte, y en su nombre a Bizconte Cataño, genovés estante en Sevilla, con poder firmado en Valladolid ante el escribano de Su Majestad Martín Alonso, 13.000 reales de juro al quitar que vendió al Arzobispo. Y a Alonso de Vega, criado de don Fadrique Enríquez de Ribera, se le pagó por una libranza dada por el Arzobispo en Sahagún, otros 13.000 reales que Mariana de Córdoba dio en Valladolid a Diego Valdés, camarero de Su S^a, con carta de pago ante Gaspar de León. En total montaban todas las descargas, tanto de lo enviado al Arzobispo, como de las partidas entregadas en Sevilla por libranzas del Prelado, 20.872.448 maravedíes.

Lo que se gastó en la labranza de los olivares de Umbrete y Lopas y en otras labores que se hicieron, y en la reparación de los molinos de aceite y la noria de Umbrete, desde primeros de mayo de 1554 hasta final de julio de 1555:

- Rozar los olivares de Umbrete costó 14.943 maravedíes y se utilizaron 293 peones que cobraron de jornal real y medio cada uno. Fue firmada la cuenta por Alonso Núñez, escribano público de Umbrete y en ella aparecen los nombres de los peones y los días que trabajaron, y una carta de pago de Juan Peón de Ludeña, Gobernador de Umbrete, por cuya mano se pagaron los jornales.

- En coger la aceituna, enviar una parte al Arzobispo, y lo demás traerlo a Sevilla pagó el Gobernador 2.483 maravedíes desde el 27 de septiembre hasta el 26 de noviembre de 1554. También en esta cuenta entró el traer el trigo de Sanlúcar para alimentar a las aves de Umbrete y recoger la leña que se cayó con la tormenta de viento, y otros gastos menudos.

- También entró en esta cuenta la reparación de la noria que llamaban *de las cruces*, que estaba en la huerta de las Casas Arzobispales de Umbrete. Se declararon los gastos de materiales y oficiales ante el Notario de la Mesa con fe del escribano de Umbrete, Alonso Núñez.

- La reparación de los molinos de aceite de Umbrete y Lopas, y el molino de Umbrete que llamaban *de los vecinos*, al que se le hizo una viga nueva de madera, que se cortó de los montes y se envió a Sevilla. Entraron en la cuenta tanto la trabazón y amarros de cáñamo y otros materiales como el salario de los oficiales y peones, carpinteros y albañiles. La cuenta la hizo el Gobernador ante el Notario de la Mesa, donde se declaraba cuantos oficiales y peones y jornales y lo que costó cada partida de materiales, todo con fe ante el escribano público de Umbrete.

- Los pregones y diligencias en lugares comarcanos para arrendar el fruto de la aceituna
- Lo que se pagó a Gerónimo Herrera Montiel, carpintero de Umbrete, por la reparación de la viga del Molino de Lopas
- La reparación del molino de aceite *que estaba caydo* en Rianzuela, en la que el Concejo de la villa puso la mitad del gasto. Por una Concordia del Arzobispo Nuño (1352) con los vecinos del lugar se decía que les daba tres molinos de aceite y ellos se obligaban a gastar en las reparaciones 100 maravedíes cada año, y si se cayese sin culpa de los vecinos que el Arzobispo se obligase a edificarlo. Ahora parecía que ninguna de las partes había cumplido la concordia, así que se tomó esta vía, que la costa de edificar y reparar este molino se partiese por mitad entre la Mesa y los vecinos de Rianzuela que tenían olivares. Dio fe del acuerdo Hernando de Tabladillo, escribano de Rianzuela.
- Para arar 660 aranzadas de olivares se le remató a Alonso Martín Franco a 4 reales por aranzada, arándolos a dos hierros, y dio fe de esto Juan de Dios, escribano de Su Majestad, que residía en Umbrete. Fueron visitados para ver si estaban bien arados, así del primer hierro como del segundo, el escribano público Alonso Núñez dio fe y se descontaron lo que los visitantes juzgaron mal arado.
- Para arar de dos hierros otras 260 aranzadas de olivares de Lopas se remataron cien aranzadas a tres reales cada una y ciento sesenta a 4 reales cada una, se hizo testimonio del remate y se visitó descontando lo mal arado
- A Francisco Martin Retuxena, vecino de Umbrete, se le pagaron 15 reales por visitar los olivares para ver si estaban bien arados
- Para *desmahogar* los olivares se hizo la cuenta con el número de peones diarios, pagó de su mano el escribano Alonso Núñez, y el cura de Umbrete, Juan de Rueda, testificó cómo se pagaron ante él los peones, y dio fe el Notario Diego Herrera.
- A Francisco Delgado, vecino de Umbrete, se le pagó por traer a Triana cierta cantidad de aceituna gordal en una carreta, y a dos hombres por llevarla desde Triana a las Casas Arzobispales
- A Francisco Trujillo se le pagó por traer tres cargas de aceite de Umbrete a Sevilla
- A un peón se le pagó por ir a Umbrete con una carta para el Gobernador para que hiciese pregonar quien quería arrendar los olivares de Umbrete y Lopas
- A Alonso Núñez, escribano publico de Umbrete, se le pagó por recoger la leña de los olivares que había caído con la tormenta
- Se pagó por los pregones en los lugares comarcanos de Umbrete para ver quién ponía los precios más bajos por arar los olivares
- Se pagó por pregonar quien quería comprar la chamiza de los montes de Lopas de este año, y al fin no se vendió porque no hubo quien diese lo que valía

- A Alonso Núñez se le pagó por *desmalojar* los olivares de Umbrete.

En total montaban los gastos de los olivares 293.707 maravedíes. En todos estos casos el cura Juan Rueda daba testimonio de cómo se hacía la paga cada semana de los peones en su presencia, y esto después se escribía ante Notario e iba a la Mesa Arzobispal.

Otra de las partidas que encontramos en la contabilidad de Francisco Gutiérrez de Cuéllar son los gastos que se hicieron para almacenar el pan, el llamado *camaraje*, tanto del año 1553 como de lo que había pendiente y se debía de la anterior cuenta desde el 1 de mayo de 1554 hasta el último día de julio de 1555.

Las labores que realizaba los llamados *fieles del pan* consistía en pasar el pan de la Cilla de la localidad a las cámaras para almacenarlo, el llamado *camaraje*. El camaraje había que alquilarlo a algún vecino de la localidad y se solía cobrar en torno a 2 reales, o unos 60 maravedíes, por cahiz, aunque en otros casos se concertaba la cantidad de pan que se almacenaba por un año, y el transporte de la Cilla a la cámara se solía cobrar a tres blancas por fanega. Otro gasto era la *acarreo* del pan desde las cillas en las collaciones o desde los distintos lugares del Arzobispado a los alholíes del Palacio Arzobispal, las *carretadas* se pagaban a razón de 42 maravedíes la carga. En otros casos se trataba del *porte del pan vendido*, y este se solía pagar a 2 reales por cada mil (*por que así es el estilo*). El acarreo del pan también se pregonaba a subasta y se remataba la mejor postura.

A veces, la misma persona encargada de la *fielddad*, lo almacenaba en su casa. Después había que *beneficiarlo*, medirlo y contratar un corredor para negociar la venta, o bien hacer pregones, subastarlo y rematarlo en la merjo postura, y finalmente realizar las gestiones de escribanos para que todo quedase fielmente fijado por escrito y se enviase al Notario de la Mesa para su contabilidad. Todos estos gastos aparecen en las contabilidades como *camaraje* y *costas*.

Los fieles del pan eran nombrados por el Cabildo de canónigos de la Catedral, que era el administrador de los diezmos del arzobispado. Previamente se hacía un repartimiento por Juan Gutiérrez Pacheco, Notario y Contador de la Mesa Capitular, de la parte de los diezmos que correspondía al Arzobispo y la que correspondía al Cabildo, y después el Cabildo nombraba a los fieles y finalmente se le daba carta de pago al fiel del pan por los gastos que había hecho y por su salario. Algunos de los que vemos nombrados por el Cabildo son: Juan Baca, clérigo capellán del coro de la Santa Iglesia de Sevilla, nombrado por el Cabildo para la fieltad del pan Marchena, Gonzalo Rodriguez, clérigo capellán de la Iglesia de San Llorente de Sevilla se le pagaron doce ducados por la fieltad de Villamartin, Cristobal Mendez, clérigo beneficiado de San Roman de Sevilla, fiel del pan de Écija, Juan Martin, clérigo capellán de la Iglesia de San Vicente de Sevilla, fieltad del diezmo del pan de Arcos, Anton Sanchez de Molina, beneficiado de la Iglesia de Cañete, fiel del pan de Cañete, Cristobal Diaz, clerigo de la veintena de Sevilla, fieltad del pan de Teba, Diego Iñiguez, clérigo de Moron, fieltad del pan de Morón, Francisco Aragones, canónigo de Osuna, le entregó la fieltad a Juan Bernal, racionero de Osuna. En total las fieltades del pan costaban a la Mesa 93.108 maravedíes y en total sumaban todas las costas del pan de 1553 con lo que se arrastraba de los años anteriores 401.984'5 maravedíes, y lo gastado en camarajes y costas del pan

de 1554, desde el 1 de mayo de 1554 hasta el 30 de julio de 1555, la cantidad de 469.786 maravedíes.

A menudo encontramos como fieles del pan de las localidades al **cura** o bien a algún clérigo de la localidad, es el caso de A Pedro Martin Calbo, cura de Rociana, Gonzalo Sánchez, cura de Burguillos, Gonzalo Herrera, cura de Bonares, Alonso de Quijada, cura de Mairena, Gonzalo Sánchez, clérigo de Burguillos, Cristóbal de Valles, clérigo de Villalba, Cistóbal de Valladolid, clérigo de Alomonte, Alonso Hernández, cura de Villaverde o Rodrigo Ballesteros, clérigo capellán de la santa iglesia de San Andrés de la Fuenllena. A veces los curas almacenaban el pan en su propia casa o bien lo concertaban con algún vecino. En ocasiones no sólo se encargaban de gestionar el pan de su propia localidad sino de otras villas y donadíos, como Bartolome Mateos, cura de Alcala, que se encargó del pan de la Menbrilla y la Fuenllena, Cristóbal Pérez, cura de Las Cabezas, que también se encargó del pan de Cuartos y Dos Hermanas.

Otras veces eran los vicarios, como el bachiller Luis de Urrutia, vicario de Santololalla que se encargó del camaraje y costas del pan de Cala y Real, Juan Velazquez, vicario de Teba, que se encargó de subir el pan de Morón a donde se había de echar a las cámaras, vender el pan de la Concordia de El Arahal del año 1554, pasar de una casa a otra el pan y subirlo a las cámaras. También se ocupó de vender el pan de ciertos lugares de la Banda Morisca, Moron, Osuna, Teba, Cañete, Pruna, La Torre del Alhaquime, etc. También vemos al vicario del Pedroso, a Pedro de Osuna, vicario de Carmona, al doctor Merchante, vicario de Marchena, a Francisco Sanchez vicario de Niebla, a Diego Infante, vicario de Aracena, Galaroza y Los Hinojales, a Alonso de Sixto, vicario de Jerez, y Alonso Mateos Parreño, vicario de El Pedroso.

El Mayordomo de la Mesa, Francisco Gutiérrez de Cuéllar, solía enviar a personas de su confianza a hacer gestiones por distintos pueblos. Varios de ellos eran vecinos de Sevilla, como Pedro de Ávila, que se encargó del camaraje del pan de Carmona y se le pagó a dos reales por cahiz, y 20 reales de su salario por 4 días que se ocupó en medirlas, venderlas, cobrarlas y gastos menudos, a razón de 5 reales por día. También fue a vender el pan de El Arahal, Morón y Osuna, y se le pagaron cinco reales diarios más los gastos menudos, y más tarde fue a Teba a cobrar al vicario Juan Velazquez lo que había gastado en pasar el pan y subirlo a las cámaras. Después se le tomó en cuenta la venta del pan de Escacena, y se pagó un real por los pregones y la venta del pan de la Torre de Alhaquin, de la Concordia con el Conde de Ureña, en la que pagó a Anton Gomes Carrasco, vecino de la villa, por el camaraje, los gastos en sacar testimonios y otras diligencias. Todos estos gastos los traía después por testimonio y pasaban ante el Notario de la Mesa con carta de pago.

Otro era Francisco Pérez, vecino de Sevilla, que fue a vender el pan de Carmona y pagó a Francisco Núñez, vecino de Carmona, 2 reales por cahiz por el camaraje y 15 reales al que lo midió, por su trabajo y por su corretaje al hacerlo vender, más el salario de nueve días, a medio real, al Pregonero. O Juan de Luna, vecino de Sevilla, al que se le pagaron los días que se ocupó por ir a Villamartin, Villanueva de Camino y Constantina, a entender en la venta del pan del año 1553, más 12 maravedíes que pagó al Pregonero y también en hacer diligencias en la cobranza del de Cazalla y Valencina y Asuaga. A Juan Maldonado, vecino de Sevilla se le dio su salario por ir a vender el pan de Carmona y Juan Casado, vecino de Sevilla, se ocupó del pan de Las Cabezas, Lebrija y Jerez, y de traer los dineros de lo que estaba vendido en Jerez y otras cosas que le

fueron encomendadas que hiciese de camino, y todo esto constaba en una relación y cuenta que se le tomó en la Mesa Arzobispal.

A Diego Baraona, vecino de Sevilla, se le pagó el camaraje y costas del pan del Condado, Francisco de Boza se encargó del pan de Arcos, Villamartín, Tosina, Alcolea, Castilblanco y Castil de las Guardas, y también de la banda morisca (Teba, Pruna, Cañete, Osuna, Marchena y Morón). Francisco Pérez, vecino de Sevilla, pagó al licenciado Francisco Toscano, vicario de Trigueros por su salario de encamarar, vender y cobrar el pan de diversas localidades de su vicaria, como Gibrleon y Moguer.

A veces aparecen vecinos de la localidad como fieles del pan, realizando todas las gestiones anteriormente descritas y cobrando los gastos, como Juan Serrano, vecino de Zalamea y fiel del pan de allí al que se le pagaron de 12.000 reales de porte. Otras veces simplemente realizando distintas gestiones con el pan de la Mesa, como Francisco Cárdenas, vecino de Carmona, al que se le pagó por su salario de 14 días y por los pregones. O Diego Blazquez, zapatero, vecino de la Puebla de los Infantes, que se le pagó por encargarse del pan de su localidad, no se le había pagado antes porque él no había acabado de pagar el dinero que debía del pan. Bartolome Ruiz de Fuentes, vecino de Marchena, un vecino de Cumbres Mayores se encargó del pan de los tres pueblos de Cumbres y Encinasola, y Diego de Écija, sastre vecino de Osuna, del camaraje de Osuna.

Marcos de Castroverde, vecino de Carmona, se encargó del el camaraje, Alonso Sisto, vecino de Jerez, se le pagó por las gestiones del cobro el pan fiado que se debía allí y que entregó al procurador Bartolomé García Yuste, Cristóbal de Morales por el pan de Écija, Hernando de Pedrosa por el pan de Osuna, Bartolomé Ruiz de Fuentes, vecino de Marchena, por el trabajo de cobrar y beneficiar el pan de Marchena varios años, Diego de Écija, sastre, vecino de Osuna, por el camaraje del pan de Osuna, un vecino de Aznalcazar se encargó del pan del donadío de Aznalcazar, un vecino de Lora además fue medidor y asistió de continuo a la venta, Cristobal de Morales, vecino de Écija, camaraje y costas, o un vecino de Lebrija al que se pagó el camaraje y costas de Lebrija, o Miguel Ruiz, al que se le pagó el camaraje y costas de Cantillana.

Otro de los gastos frecuentes que aparece en las contabilidades es el relativo al transporte del grano. En Sevilla se contrataba a algún vecino que lo trasladaba de las distintas collaciones a los silos –*alholíes*- del Palacio Arzobispal, como Juan Gomez, herrador, que llevó el pan de la Madalena, San Gil, Omnium Sanctorum y San Juan, y se le pagó a 9 maravedíes por casa y cahiz. También lo trasladó del donadío del Rincón de Ruylopez a Carmona, y trajo distintas cargas –*carretadas*- desde Jerez y Carmona y el Viso a Sevilla. En otros casos se trataba del *porte del pan vendido*, y vemos a distintos vecinos llevando el pan de sus localidades a la Mesa, a Juan Rodriguez, vecino de Zalamea, se le pagó por el porte del pan vendido 12.500 reales, a Francisco de Lora, vecino de Teba, a Alonso Dominguez, de Villaverde. A Francisco Garía Arias, vecino de Villaverde, se le pagaron 20 reales por llevar el pan, según se había concertado. En otro caso fue un barquero, vecino de Alcalá del Rio, al que se le pagó por traer en su barco pan de Alcalá y de La Rinconada a las Casas Arzobispales.

En otros casos son arrieros los que llevan en carretas el pan, como en Albaida y Soberbina, de los donadíes de Heliche y Zambullon, de Marchena, de Moron, A un arriero de Cantillana. A veces, cuando se ocupaban los arrieros, parece que hacían de

fieles del pan, pues se encargaban también del camaraje y costas, como el caso de Fabian Castaño, arriero vecino de Carmona, o en Utrera, Alcalá y Marchena. En otro caso vemos al Gobernador de Almonaster y Zalamea, Álvaro Díaz de Miranda, mandando pregonar a subasta y rematando el acarreo del pan de Zalamea, que luego pagó a 12 maravedíes por fanega.

Otros gastos que hacía la Mesa eran los relativos al envío de cartas para avisar que se vendiese el pan o para dar órdenes relativas a la gestión del grano. Tenemos en las contabilidades algunos *correos de a pie*, como Pero Gonzales de Bustillo que se le pagó por ir a Mairena, Osuna, Marchena, Teba, Cañete y Pruna con cartas sobre el negocio del pan, o a Antonio Fernandez, portugués, que se le pagaron doce reales por ir a Morón y Osuna con cartas para avisar que enviasen pan de Morón a Sevilla.

Como todo el proceso terminaba en el escribano público de la localidad, que firmaba los testimonios de los gastos, a veces es éste mismo el que se encarga de todas las gestiones, actuando como fiel del pan de la localidad. Es el caso de Francisco García, escribano público de Lora, que se encargó además del pan de Sanlúcar la Mayor y los donadíos cercanos, o Cristóbal de Albornoz, escribano de Cantillana, que se encargó además de pasar el pan de la cilla de la localidad a la Fortaleza, y de una sala a otra de la Fortaleza, y de reparar las salas para guardar el pan, o Andres Martin, escribano publico de Almonester, o Diego de Pineda, escribano de Rianzuela, o los escribanos de Alcalá de Guadaira, de Sant Andres de la Fuenllena, de La Menbrilla y Utrera.

Tenemos varios alguaciles de los diez de Sevilla haciendo gestiones en estos asuntos, a uno se le pagó por un testimonio que trajo del precio del pan de Bollullos, a Andres de Ayala se le dio el salario de 9 días que se ocupo en vender el trigo de Marchena. Lucas de Jácome fue a pagar al clérigo Cristóbal Rodríguez por el camaraje y costas del pan de Bornos. Francisco de Ortiguilla, alguacil de Su S^a, cobró 35 reales de salario de 7 días que empleó en ir a Jerez a llevar ciertos despachos que le dio Francisco Gutiérrez de Cuéllar y a traer dineros del pan que allí se había vendido. También aparece algún otro oficial de la Mesa y criados del Arzobispo, como Bernaldo de Paz, Solicitador de la Mesa, que fue a Arcos y pagó al vicario los gastos, además hizo otras gestiones en el camino.

Al final, ya fue eclesiástico o seglar, escribano, alguacil o vecino, los fieles del pan cobraban su salario y se le resarcía de las costas. Así vemos en las contabilidades como se pagó a Juan Serrano de Salame, fiel del diezmo del pan de Zalamea, El Villar, El Madroño y El Buytron, con la fe de Diego Hernández, Notario de la Mesa y escribano de las rentas. También se pagaron las fieldades del pan de los donadíos de Aznalcazar, Cantillana, Rianzuela, Puebla de los Infantes, Escacena, Chucena, Torralba, Huévar y Tejada. La fieltad del pan de Brenes, y sus costas, se le pagaron a Juan Mejía, escribano público de Brenes, por su salario de encamarar, vender y cobrar el pan y los demás gastos, como reparar las cilla, medir el pan, y pagar a un escribano que diese el testimonio, pues todo esto debía aparecer en el Libro de la fieltad, con cartas de pago y con firma del Notario de la Mesa, Diego Hernández.

Otro gasto que aparece es el relativo al mantenimiento de los almacenes del grano en el Palacio Arzobispal. Así vemos como se le pagó a dos esclavos 128 maravedíes por barrer los *alholies* de las Casas Arzobispales, los altos y los bajos, que habían quedado

sucios del pan del año 1553 para echar el pan del año 1554. También se hicieron gastos en una fanega de sal para hacer salmuera para barrer los *alholies* de las Casas Arzobispales, y en en barrer y limpiar, y a dos negros se le dieron tres reales por *trespalar* el pan nuevo en los alholíes, ese decir por trasladar a paladas el trigo y la cebada de los alholies de Sevilla, y a otros dos negros se le pagó medio real por pasar un poco de pan de una parte a otra de los *alholies* de Sevilla.

También entraron en esta cuenta, desde el 1 de mayo de 1554 hasta el 31 de julio de 1555, los gastos en reparaciones de las Casas Arzobispales y de la villa de Umbrete, así como de otras casas que eran de la Mesa Arzobispal, así como de los Hornos, Cillas, Molino de Guadaira, etc., tanto de dentro como de los lugares de la Arzobispalía, más una viga de talla dorada y pintada que se hizo para la Iglesia de Santa Cruz y que pagó el mayordomo, el racionero Hernán Lopez. Como los gastos de Santa Cruz se compartían con el Cabildo Catedral, el repartimiento lo firmaron el Obispo de Marruecos y el canónigo Luzero como contadores y Juan Gutiérrez Pacheco, su notario y el Fiscal de la Audiencia Alonso Gómez que vio la viga puesta y dijo que era muy necesaria y el Provisor dio un mandamiento para que se pagasen los gastos y se recibiesen en cuenta con carta de pago del racionero.

En Sevilla se reparó el aposento donde vivía en las Casas Arzobispales de Sevilla el Solicitador de Negocios de la Mesa Bernaldo de Paz. El carpintero Pedro de Castilla tasó y después reparó la puerta del pasadizo por donde se pasaba de las Casas Arzobispales a la Torre, y les puso *armellas* y *quinciaderas* de hierro. Se le compraron 4 llaves a un calderero para las puertas de las casas y a otro cerrajero se le encargaron dos llaves más. El cerrajero Guiraldo de la Abadía cobró por una cerradura fuerte con dos llaves *de muy buenas guardas* que se puso en el cajón de la Mesa donde se guardaba el dinero que se cobraba. También se pagaron 36 maravedíes por una llave que compró Francisco de Estrada para una cámara del *alholí* que estaba sobre la caballeriza.

El Portero de las Casas de Sevilla, Francisco de Estrada, reparó los tejados de las Casas y los balcones por donde pasaba la servidumbre en el Aposento principal, compró materiales para las reparaciones y asistió con los oficiales que entendían de esto. El Jardinero de las Casas Arzobispales, Juan Martín, reparó la noria del jardín de las Casas Arzobispales y entregó su correspondiente memoria de gastos con carta de pago. También aparece un gasto de hacer sacar 24 cargas de tierra y basura de las Casas Arzobispales. El carpintero Cristóbal Martín reparó la noria de las Casas Arzobispales, hizo dos ruedas con sus cruces y peñazos, y otras reparaciones. El Albañil cañero Juan de Salamanca adobó y reparó un caño que había en la Sala nueva de las Casas Arzobispales.

Otra de las reparaciones que se realizaron en las Casas Arzobispales de Sevilla fue en el corredor que daba al patio central de los mármoles, y en otro corredor que daba al Jardín de los azulejos, pues se caían los azulejos al suelo porque la madera de los tejados estaba podrida. Para lo cual hubo que llamar al Albañil Juan Beltrán y a otros oficiales de albañilería, carpinteros y peones que utilizaron madera, cal, ladrillo y yeso para hacer los tejados de ambos corredores de nuevo. Se hizo la cuenta de gastos por mano de Pedro de Ávila y se le tomó en la Mesa.

También aparecen en esta cuenta las reparaciones hechas en las Casas Arzobispales de Umbrete y contabilizadas y anotadas por el escribano público de la villa Alonso Núñez. El carpintero Gerónimo Herrol, y un obrero suyo, se ocuparon durante un día en arreglar las puertas de la Huerta del Palacio que daba al campo. Otra de las reparaciones que aparece, por valor de 5 reales, son las realizadas por el cerrajero Alonso López, que puso una tapadera con su cerradura y una llave y aros de hierro en el brocal del pozo del aposento del Mayordomo. También realizó otra tapadera un carpintero y cobró real y medio. Y el carpintero Gerónimo Cabrera puso tres llaves para tres cerraduras en el aposento de Francisco García de Cuéllar, y una puerta nueva en el aposento del doctor Cevadilla, Provisor. Según esto, en el Palacio de Umbrete también tenían sus aposentos los altos oficiales del Consistorio, que acompañaban al Prelado en sus estancias.

Las Casas de la Borciguenería pertenecían a la Mesa, así que había que mantenerlas y realizar las reparaciones correspondientes. El Albañil cañero Juan de Salamanca limpió el sumidero que estaba en las Casas de la Borcineguera, y sacó por allí la inmundicia de la ciudad. También hubo que reparar los tejados, las puertas y la escalera, y hacer cuatro llaves para las puertas. Todo esto lo pagó el que tenía arrendada la Casa, que era de la Mesa.

Otras veces eran los inquilinos los que realizaban las reparaciones en las propiedades de la Mesa, como Bartolomé Sanchez Bravo, vecino de Cantillana, que tenía arrendado el Horno de la Plaza y el de la Puerta Nueva de la localidad y presentó el testimonio de los gastos que había realizado firmado ante notario y ante el vicario de Cantillana. A Benito Pantoja, cura de Cantillana y fiel del pan de Villaverde, hubo que pagarle los gastos de la reparación de la cilla de Villaverde. Los gastos realizados en Alcalá de Guadaira se le pagaron a Gonzalo Martin, molinero, por el arriendo del molino y por la mitad del gasto que se hizo en el *mondar y limpiar el molino*, según el reparto que se hizo por el Obispo de Marruecos y el canónigo Luzero. En total montó lo gastado en reparaciones desde el 1 de mayo de 1554 hasta el 31 de julio de 1555 la cantidad de 92.199 maravedíes.

En cuanto a los gastos de escritorio de la Mesa encontramos libros blancos, papel, tinta, hilo, cera, velas, un aguamecí, y otras cosas que se necesitaron en la Mesa. Se pagó a Rodrigo de Valles, librero, 40 reales por un libro grande encuadernado en tablas de papel y en cuero de color encina para asentar en él las rentas de maravedíes de la Mesa Arzobispal. Este era el Libro principal de la cobranza, pero había además otros dos libros encuadernados en pergamino para asentar las rentas del pan del año y otro Libro manual para el pan que entraba en Sevilla. Además, había otros cinco libros encuadernados en pergamino para las fieldades de los lugares, y otros que estaban por encuadernar, como el del registro y traslados de la cuenta que se tomó a Francisco Gutiérrez de Cuéllar el año 1554. Al mismo librero se le pagaron dos libros blancos de a cuatro manos cada uno, uno manual para la cobranza de maravedíes y otro para asentar los gastos.

Al librero Diego del Valle se le pagaron 8 libros blancos, uno grande encuadernado en tablas de cuero de color para las rentas de maravedíes del año 1555, otro para la cobranza del pan de dicho año, otro manual y cinco libros grandes para las fieldades de los lugares. En papel, tinta, hilo, cera, velas y otros gastos menudos para la Mesa se gastaron 6.793 maravedíes. A Juan Garcia Torquemada, *guadamacilero*, se le

pagó por una sobremesa de cuero colorado que se compro para la Mesa que tenía 17 piezas y media a real y medio cada una. También se gastó en portes de cartas y envió de dineros a la Corte, a Granada, o a distintos lugares del Arzobispado, referentes a rentas del pan vendido, como parece por el libro de gastos. Como las cartas enviadas al Arzobispo a la Corte, al Arcediano de Sigüenza o a Granada enviadas al Solicitador Juan de Chagoya. También se pagaron 26 cajones de madera para enviar dinero a Valladolid, talegones de lienzo para recoger el dinero que se cobraba y ceras para liarlos. En total montaban los gastos en libros, papel, tinta, portes de cartas, cajones, talegones, ceras y otras cosas de la Mesa, 23.949 maravedíes.

En pleitos de tribunales de Sevilla y Granada, en escrituras, traslados, salarios y derechos de escribanos, relatores, escribientes, abogados y mensajeros de distintos negocios de la Dignidad y su Mesa Arzobispal se pagaron, desde primeros de mayo de 1554 hasta el 31 de julio de 1555, 42.260 maravedíes. Bernaldo de Paz era Solicitador de los negocios de la Mesa Arzobispal y aparece realizando diversas gestiones. Pagando a un Alcalde Ordinario sus derechos por una probanza que se hizo para un pleito sobre el Subsidio, dando al Notario Luzio ciertos autos en el pleito de Alonso Péres Hurtado, pagando 6 reales al licenciado Salamanca por la asesoría, y al Notario Alonso Guerrero por los derechos, de un pleito que se trataba ante un Juez Apostólico, el Comendador del Espíritu Santo, en Triana, contra Grabiél y Pedro Sánchez Nieto sobre el pan de Teba. También pagó dos reales a Gaspar Gómez, Alcalde Ordinario de Sevilla, ante quien se presentó la receptoria que se trajo de Valladolid en el pleito con el Deán y Cabildo sobre el Subsidio. Bernaldo de Paz también se encargó de los pleitos por menudo y dio un memorial con carta de pago donde detallaba todos los gastos. También se le pagaron 8 reales por dos requisitorios sacados de la justicia seglar para prender a Juan de Galas y Diego Pérez, vecinos de Carmona, sobre cierta deuda que debían a la Mesa.

A veces sustituía a Bernaldo de Paz como solicitador Pedro de Ávila, que aparece cobrando 2.665 maravedíes por los gastos que hizo en pleitos tocantes a la Mesa. En concreto gastó doce reales en Carmona por los protestos que hizo contra seis personas sobre las quiebras del pan de 1551, y por las ejecuciones contra los arrendadores del pan de esta localidad de los años 1553 y 1554. También se le pagaron 811 maravedíes por cuatro días que se ocupó en ejecutar estas requisitorias y otros negocios que de camino le encomendaron. Y cinco reales diarios más los gastos en sacar testimonios cuando se ocupó durante seis días en ir a lugares del Condado a sacar testimonios del valor del pan que se debía a la Mesa para poner en los procesos, y en el camino se vio en Sanlúcar con el Alguacil Medina, que andaba cobrando y se decía que le habían robado y matado.

Juan Díaz era el Procurador en los negocios de la Mesa en las audiencias seglares de Sevilla, y por esto se le pagaron distintos gastos de pleitos. Junto a Bernaldo de Paz aparece cobraron 729 maravedíes de costas del pleito que se trató con Diego López, arrendador de las penas de sacrilegios de 1554, según pareció por un memorial.

También aparecen numerosos gastos realizados por *correos de pié* de distintas personas que se desplazaron haciendo gestiones. Como Pedro Nuñez, peón, al que se le pagó por ir a llevar un requerimiento contra un Corregidor porque impedía la ejecución de los negocios de la Mesa a los alguaciles del Arzobispo. A Juan Rodríguez, correo de a pie, se le pagó por ir a Carmona y a Écija con despachos de la Mesa contra el Corregidor sobre el pleito de la renta del aceite, y por el traslado de un Breve sobre este pleito se pagó a un escribano un real. A Antonio Herrera, por ir a Granada con ciertos

negocios de pleitos de la Mesa contra el Corregidor de Carmona y contra los arrendadores del diezmo del aceite de Écija, se le pagaron tres reales cada día. Otro correo de a pie que aparece en las cuentas es Pedro Gonzales, que fue a Granada a llevar cierto proceso de las quiebras del pan.

Y a Juan de Paredes, peón de Sevilla, se le pagaron 5 reales por ir a Aznalcázar a notificar un mandamiento al vicario sobre el pleito del vino de Aznalcázar, y también por ir a Córdoba a entregar a Juan Castellón, Secretario de la Inquisición, cierto despacho para presentarlo ante un Juez Apostólico en el pleito con los arrendadores de los aceites de Écija, y por hacer una probanza para este pleito en el camino de vuelta a Sevilla. También fue a Écija a tomar declaración a dos alguaciles, Cristóbal Morales y Gerónimo Miguel, sobre la resistencia que se le había hecho en Écija cuando pretendía ejecutar ciertos mandamientos. El Alguacil Lucas Cózar envió un mensajero desde Écija a Sevilla dando aviso que el Corregidor no le dejaba ejecutar los mandamientos que llevaba. Estos testimonios urgían porque estaba un Receptor en Granada esperándolos para proseguir el pleito.

También aparecen escribanos públicos haciendo distintas gestiones y pleitos, como Hernando de la Hoz, que cobró 11 reales por los traslados de tres provisiones de Granada que se notificaron al doctor Escobar, Juez de la Iglesia, por parte de los vecinos de Écija, y 3 reales por tres traslados de una cédula del *Príncipe nuestro señor* para que fuesen insertas en las respuestas del doctor. Este negocio consistía en que la Chancillería de Granada impedía que la Audiencia de los Grados de Sevilla conociese los pleitos en vía de fuerza que el juez eclesiástico de Sevilla hacía en pleitos contra los vecinos de Écija. O, Soto, escribano de Diego de Perea, Alcalde Ordinario, que cobró un real por un requerimiento que hizo al Alcalde sobre lo del Subsidio. Francisco de la Vega, escribano en el oficio de Hernando de la Cruz, cobró por los traslados de tres provisiones de Granada que notificaron a los arrendadores del diezmo del aceite de Écija de 1553, *porque este pleito ha sido muy seguido se han hecho muchas veces estos traslados*. O Juan de la Torre, que cobró por un traslado de unas informaciones que se hicieron en Écija sobre no obedecer los mandamientos del Juez. También aparecen los escribientes del Notario, licenciado Gallegos, Gonzalo Ramires, y Gerónimo de Bruna, que cobró cuatro reales de ocho escritos que hizo en negocios de la mesa ordenados Gallegos.

Al escribano público de Sevilla Gaspar de León se le pagaron 1.581 maravedíes por los derechos de escrituras que hizo en negocios de la Mesa Arzobispal desde el 1 de mayo de 1554 hasta fin de diciembre, como constaba en un memorial que dio con cada escritura. Más tarde aparece otra cuenta de escrituras de la Mesa cobrada por Gaspar de que asciende a 2.040 maravedíes. Otros escribanos públicos de Sevilla que trabajaron para la Mesa fueron Andres de Toledo, al que se le pagaron 646 maravedíes de escrituras de negocios de la Mesa. A Diego de Potes, escribano publico de Sevilla, se le pagó por escrituras que ante él se otorgaron en negocios de la Mesa, dos traslados del poder que tenía Bernaldo de Paz y dos obligaciones del pan de Osuna y de Utrera. A Hernando de la Hoz, escribano publico de Sevilla, se le pagaron 14 reales porque asistió con Diego de Potes, escribano publico, a la probanza que el Cabildo de la Iglesia hizo sobre el pleito del Subsidio.

Algunos oficiales de la Mesa que aparecen haciendo gestiones son Diego Hernandez, Notario de la Mesa, que pagó de su bolsa las costas que se hicieron en un

pleito contra Sebastian de Solis, calcetero, sobre quiebras del pan, y porque el pleito no llegó a ser sentenciado se acabó en concierto. O Diego Herrero, Notario de la Mesa, que había gastado 87 maravedíes en un pleito con Juan de Peralta sobre la quiebras de los menudos de San Vicente de 1548 y fue condenado en costas como deudor, y Anton de la Coba, Notario del Consistorio, al que se le pagaron tres ducados por lo que se ocupó en las probanzas del pleito del Subsidio que se hicieron dos veces.

A veces los pleitos terminaban en apelación en la Audiencia de Grados de Sevilla, así vemos pagos a distintos relatores. Al licenciado Ribera, Relator de los Grados de Sevilla, por la relación del pleito de Diego Herrero Delgado, vecino de Beas, y también se le pagaron distintas cantidades por un pleito de Pedro del Castillo. Al licenciado Mansilla se le pagaron 9 reales por los derechos de las relaciones que hizo de ciertos pleitos de la Mesa. Al licenciado Esquivel por los derechos de las relaciones se le pagaron 64 maravedíes. A Pedro de Godoy se le pagaron 1.700 maravedíes por recibir las probanzas, posiciones, cuentas y otros autos sobre el pleito del Subsidio, lo cual fue tasado por el Notario Anton de la Coba.

O en la Real Chancillería de Granada, donde vemos a un Receptor cobrando por las informaciones que hizo contra el Corregidor y consortes por una ejecutoria por la resistencia que había hecho al Alguacil Lucas de Cózar. También en este Tribunal se le pagaron 1.074 maravedíes a otro Receptor, Diego de Ávila, por los derechos de una probanza contra la villa de Carmona porque se negaban a pagar el derecho de Alguacilazgo Mayor en las ejecuciones de los alguaciles, y 1150 maravedíes por otra probanza que hizo sobre el mismo pleito para pedir una provisión. Pero sin duda el hombre de la Mesa en Granada era Juan de Chagoya, Solicitador de los Negocios de Su Señoría en la Chancillería de Granada. Francisco Gutiérrez de Cuéllar le entregó diversas cantidades para los gastos de los pleitos que allí se trataban, una primera entrega de 14.500 maravedíes para los primeros gastos, y 33.500 maravedíes para pagar los salarios de abogados, procuradores y solicitadores del año 1554, y sobraron 2.500 maravedíes.

Otro gasto extraordinario, y curioso, que aparece en la contabilidad es el que se le hizo a Juana Hernandez, mesonera vecina de Sevilla, a la que se pagaron once reales por mano de Francisco Estrada, Portero de las Casas, para que diese aviso de donde estaba el bachiller Bartolome de Poza, vicario del Castil de las Guardas, que se iba huyendo con ciento cuarenta y tantas fanegas de trigo de la Mesa del año de 1554. Finalmente, tras el aviso de la mesonera, fue detenido y se hallaba preso en la cárcel arzobispal.

Los gastos extraordinarios, que no entraban en ningún título de los gastos habituales que se recogían en este tipo de contabilidades, ascendieron a 36.716 maravedíes. Se le pagaron a Diego Barragán por trasladar 34 pliegos y medio de la cuenta y por el papel que se gastó. A Pedro de Ávila se le pagó por el trabajo de buscar a algunos deudores que tenían deudas viejas, pues *por diligencia e industria* se descubrieron algunos de ellos y se ocupó en otros negocios que se le encomendaron. A Francisco de Ortiguilla, Alguacil de los Diez, se le pagaron 3 reales por sacar un instrumento de posesión en Utrera de una casa que era de Pedro García, sastre, la cual se le embargó por una deuda que tenía de ciertas cuentas del pan.

Se compraron tres espuelas para llevar a Umbrete 3 *tres paxaros que se dicen flamencos*. A Alonso García Berlanga, arriero de Écija, se le pagó por traer a Sevilla

5.500 reales que Gerónimo Miguel, Alguacil de los Diez, había cobrado de una deuda de las rentas de la Mesa, también trajo otros 2.100 reales de otra deuda que cobró también en Écija. A Juan Ruiz, correo de a pié, se le pagaron 3 reales porque fue de Lebrija a Jerez a llevar una carta al Alguacil Lucas de Coca, para que trajese a Sevilla los dineros que había cobrado. A los Guardas de las Puertas de Carmona, Macarena, las dos Puertas Reales y El Arenal de Sevilla se le pagaban 6 reales de aguinaldo por la Pascua de Navidad.

A Hernán Cid, vecino de Umbrete, se le entregaron 9.802 maravedíes a cuenta de los 16.500 maravedíes que se le debían a Bartolomé Rodríguez, carbonero vecino de Umbrete, porque por una provisión de la Chancillería de Granada se mandaba que se le entregase por cuatro bueyes que le fueron rematados por bienes de Juan Martín Moreno, vecino de Sanlúcar la Mayor. El licenciado Clemente Pérez, Juez de Residencia, fue a las villas de Umbrete y Rianzuela y mandó que esta cantidad fuese depositada en Hernán Cid, como Receptor de las Penas de Cámara de Umbrete del año 1552, y dio cuenta de todas las demás penas de cámara de ese año y lo pagó a la Mesa, y después una provisión de Granada mandó que se le devolviese a Bartolomé Rodríguez. Y visto por el Provisor licenciado Cervantes dio un mandamiento para que el Juez de Residencia del año 1555 de Umbrete, licenciado Sobranes, para que de las penas de cámara de Umbrete y Rianzuela se le devolviesen a Hernán Cid los 16.500 maravedíes y como no hubo más que 4.301 maravedíes de penas de cámara en Umbrete y 2.301 en Rianzuela, se le entregaron a cuenta, y el resto que eran 9.802 maravedíes dio mandamiento el Provisor, licenciado Cervantes, para que se le pagasen de las penas de cámara de Cantillana, Brenes y Villaverde del año 1554.

A Melchor de Hojeda, escribiente, se le pagaron 798 maravedíes por 17 días que escribió en la Mesa haciendo relación del pan vendido para dar esta cuenta, a razón de 1.000 cada mes y una fanega de trigo que fue moderado a doce reales. A Luis de Bivaldo, clérigo de Umbrete, en nombre de Rodrigo de Leon, clérigo de Jerez, heredero de Alonso Requiél, Capellán Mayor de la capilla de la Iniesta, se le pagaron 340 maravedíes por el menoscabo que recibió la ropa que Alonso de Requiél había prestado para aposentar a los criados del Arzobispo cuando estuvo en Sevilla. A Melchor Mendes, escribiente, por 7 días y medio que se ocupó en escribir en el registro de esta cuenta después de despedido Melchor de Hojeda. A Baltasar Pérez, escribiente, por ocho días que se ocupó en escribir en negocios de la Mesa por necesidad que hubo.

También se pagaron 1.828 maravedíes de la paja que se comió el macho de la noria en 457 días, a razón de 4 maravedíes diario, aunque en el momento de tomar la cuenta la paja valía mas cara, Francisco Gutiérrez de Cuéllar no quiso que se le descargase mas. A Lorenzo Hernandez, cura de Villaverde, se le pagó lo que había gastado en traer a Sevilla paja de Villaverde y a Cristobal de Albornoz, fiel del pan de Cantillana, por recoger y poner en el pajar la paja de Cantillana. A Juan Mejía, escribano y fiel del pan de Brenes, se le pagó por el alquiler de una pajar en que encerró la paja de Brenes. También se pagó por la reparación de un pajar en el que se almacenó la paja de Brenes, que estaba en una casa que se adquirió por la ejecución de una deuda de un vecino del lugar.

A Diego de Santiago, correo de a pie, se le pagaron 14 reales por ir a Écija y a Marchena a llamar a un alguacil y otros negocios tocantes a la Mesa. A Francisco Boca, vecino de Sevilla, por el salario de tres días por ir, en compañía de Juan Zacarias,

arriero, a llevar 120.000 reales al Arzobispo a Valladolid. Se le dieron 6 reales y medio cada día porque llevaba un caballo y un arcabuz, mas seis reales que dio a un balletero que los acompañó desde Azuaga a Castuera por nuevos caminos, pues por allí habían robado a otros. A Alonso Núñez, escribano público de Umbrete, se le pagó por el mantenimiento de los pavos y aves, no se les dio trigo sino que se les compró salvado. También se le descargó a Francisco Gutiérrez de Cuéllar 12.240 maravedíes en que se arrendó la tienda *dozena* que se sacó de la caballeriza de los cuales el Arzobispo le hizo merced, como apareció por una cedula firmada.

De la renta del *albarraniego* de Zufre de 1553 se le habían cargado demasiado por error del repartidor de la dicha renta. Cuando el deudor vino a pagar trajo fe de cómo Antonio Becerra, Notario Repartidor, decía que cabía menos a la parte del Arzobispo y así lo enmendó el repartidor en el cuaderno. El Arzobispo mandó hacer limosna y gracia a la mujer de Benito Hernández, carpintero difunto, porque había recibido demasiado en la obra del cuarto que se hizo en las Casas Arzobispales y había un pleito cuando éste murió. En ejecución del pleito se le había embargado una capa y ahora en una carta enviada desde Valladolid el Arzobispo mandaba a su Limosnero Juan de Arcimega que devolviese la capa.

Después se descargaron de la cuenta una serie de deudas que tenían distintas personas e instituciones con el Arzobispo. Como las monjas del Convento de Santa Marta la Real de Sevilla, a las que se le prestaron 60.000 maravedíes y a las monjas del Socorro se les prestó también la misma cantidad, las operaciones fueron firmadas por el bachiller Juan Ruiz, Mayordomo del Monasterio y Mateo de Almonacid, escribano público, con un traslado del Visitador de Monjas, doctor Cevadilla, y una obligación de la Priora del convento en la que confesaba haberlos recibido y de la Abadesa y monjas del Convento de Nuestra Señora Santa María del Socorro.

En total se le descargaron en deudas que distintas personas tenían con el Arzobispo y su Mesa un total de 9.168.898 maravedíes. Además se descargaron 4.462 maravedíes que se le pagaron a los escribientes que se encargaron de escribir esta cuenta y se sacaron tres traslados del original, que quedaron en poder de Gaspar de León, un de los traslados se envió al Arzobispo y otro a Francisco Gutiérrez de Cuéllar. Pagaron al librero Rodrigo de Valles por la encuadernación de los 4 traslados y por el cuaderno de deudas.

El total de lo que se le descargó en cuenta a Francisco Gutiérrez de Cuéllar fueron 37.99.149⁵ maravedíes y se le cargaron 37.787.847⁵ maravedíes, el total el alcance de lo que debía al Arzobispo sumaba 688.698 maravedíes. Asimismo fue alcanzado en 857 fanegas, un almud y dos cuartos de trigo y dos fanegas, un almud y dos cuartos de cebada del pan del año de 1554. Esto se trajo a Sevilla y se depositó en los *alholies* a cargo de Alonso Devides. Finalmente Juan de Arcimega daba por buena la cuenta, y por bien hecho el cargo, el descargo y el alcance, pues todo se hizo con traslados, escrituras, repartimientos y fe de notarios, con sus libros, recaudos, libranzas, cartas de pago de Su Señoría, así de salarios como de pensiones y escrituras. Después Francisco Gutiérrez de Cuéllar juró por Dios, por Santa María y por el Hábito de Santiago que llevaba en su pecho, poniendo la mano derecha, que la cuenta era buena y verdadera, que no había fraude ni engaño, y que si supiese de algún yerro lo declararía.

Uno de los escribanos de la Mesa Arzobispal más activos haciendo negocios particulares fue Alonso Devides, vecino de la collación de Santa María, al que tenemos junto a Juan de Salazar, de Santa María Magdalena, al que le debía 800 reales de plata que le *prestó por me hacer placer e buena obra*, y le prometía pagárselos por el día de San Juan de junio.²⁰⁹⁰ Por otra escritura aparece otra deuda con Juan de Salazar de 3.000 reales de plata, 2.000 que le debía Pedro Perez por ciertas prendas que a instancia de Devides le vendió y 1.400 reales por el oro y la hechura de dos cadenas, cuatro *axorcas* de oro que le compró y los restantes 600 reales que le prestó en dinero al contado.²⁰⁹¹ En 1562 tenemos a Alonso Devides viviendo en la collación de San Salvador y como mercader pagando 157.000 maravedíes por 70 libras de seda torcida fina negra que compró a 54 reales la libra, mas 8 libras de seda de colores torcido fino a 68 reales la libra.²⁰⁹²

A veces también vemos cobrando a los arrendadores de las rentas arzobiscales y escriturando los pagos, como Gonzalo Perez, notario apostólico de San Bartolomé, que pagó 2.635 maravedíes a Albar Lopez, platero de San Salvador, por lo que montaban las rentas de los *estremeños* de Cahar y de la Torre de Alhaquime de 1563, pues esta renta había sido rematada en Gonzalo Pérez y fueron fiadores Albar Lopez y su suegro, que pagaron dicha renta.²⁰⁹³ El suegro se llamaba Alonso Herrero y era *cabritero* y habían cobrado la renta de los ganados becerros y el arrendamiento de los corderos y la lana y otras cosas pertenecientes a esta renta.²⁰⁹⁴

En 1569, ya fallecido el Arzobispo, su valedor, aparece Simón de Valdés como Contador y Mayordomo Mayor de la Fábrica de la Santa Iglesia Mayor junto al banquero público Pedro de Morga, vecino de Santa Cruz, entregando a Diego de Valdés, Abad de Cenero en la Santa Iglesia de Oviedo, para que éste a su vez se las entregara al Rector del Colegio de Santa Cruz de Valladolid, las rentas de las prestameras, beneficios y capellanías que el citado Colegio tenía en el Arzobispado de Sevilla, en total *tres quentos y sesenta mil maravedíes*.²⁰⁹⁵

3.8.3.- Las rentas de la Mesa en el último tercio del siglo XVI

Otro notario de la Mesa en esta época era Alonso de Coronado, al que también vemos haciendo negocios, en uno, junto a su mujer doña Ines Melgarejo, comprando unas casas del Duque de Medina Sidonia²⁰⁹⁶, y en otro caso comprando unas viñas.²⁰⁹⁷ En 1569, el Gobernador del Arzobispado por el Arzobispo Gaspar de Zúñiga, Alonso de Revenga, le nombró como Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal²⁰⁹⁸, y al año siguiente aparece arrendando a Juan Rodríguez Castellanos, labrador, y a su mujer, Leonor Ramírez, la Isla de Villaverde con todas sus pertenencias, hasta el día de San Miguel de 1575.²⁰⁹⁹

²⁰⁹⁰ A.P.N.S. Legajo 12.366, año 1560, fol. 338.

²⁰⁹¹ A.P.N.S. Legajo 12.366, año 1560, fol. 449.

²⁰⁹² A.P.N.S. Legajo 12371, año 1562, fol. 533.

²⁰⁹³ A.P.N.S. Legajo 12373, año 1563, fol. 405.

²⁰⁹⁴ A.P.N.S. Legajo 12373, año 1563, fol. 407.

²⁰⁹⁵ A.P.N.S. Legajo 12401, fol. 63-64.

²⁰⁹⁶ A.P.N.S. Legajo 12.366, año 1560, fol. 1.435, 1.437, 1.438, 1.439, 1.441.

²⁰⁹⁷ A.P.N.S. Legajo 12.367, año 1561, fol. 303.

²⁰⁹⁸ A.P.N.S. Legajo 12401, año 1569, fol. 694-697.

²⁰⁹⁹ A.P.N.S. Legajo 12.402, año 1570, fol. 530.

En cuanto a las rentas de la Mesa de 1570, administradas por Alonso Coronado como Mayordomo de la Mesa en sede vacante²¹⁰⁰, tenemos como descargos 775 fanegas de trigo y 50 de cebada que dio por vendidas del pan entrado en Sevilla por orden del Gobernador Alonso de Revenga y del Arcediano de Niebla, Juez Subcolector de la Cámara Apostólica por la sede vacante, al precio de la tasa. La operación montó 249.600 maravedíes mas 30.763 que cobró por los *acarretos*, en total fueron 280.363 maravedíes que se cargaron en esta cuenta. Después, siempre con libranza y carta de pago de Alonso de Revenga, el trigo y la cebada se entregó como pago a los oficiales, se vendió a distintas personas, o se dio como limosna.

48 fanegas de trigo y 56 de cebada se le dieron al doctor Mejía de Lasarte, Provisor de Sevilla a cuenta de su salario. A varios curas se le pagó el salario de su curato, a Joan Lobo, cura de Chucena se le dieron 8 fanega de su salario del curato hasta fin de agosto del año de 1570, a razón de 12 fanegas de trigo por año, y dio la libranza con carta de pago. A Joan Moreno, cura de Santa Maria la Blanca de Sevilla, a razón de 5 fanegas y cinco almudes de trigo por año, a Martin Gil, cura de Olivares, a razón de 12 fanegas de trigo por año, a Alonso Bravo, cura de Umbrete, de su salario, a razón de 12 fanegas de trigo al año, y al licenciado Cristobal de Bustamante, cura de Gandul, a razón de 10 fanegas de trigo al año.

A Sebastian Rodriguez, Alcalde de la Cárcel Arzobispal de Sevilla, se le entregaron 15 fanegas, siete almudes y un cuartillo de trigo de su salario, desde siete de noviembre de 1570 hasta fin de agosto, a razón de 24 fanegas de trigo por año. A Cristobal de Escobar Morales, escribano de la Mesa Arzobispal, de su salario a razón de 18 fanegas de trigo por año. A Antonio Becerra, Notario Repartidor de las rentas decimales de Sevilla y su arzobispado, *lo que se le suele dar*, 15 fanegas de trigo. A Alonso Devides, Notario de la Mesa Arzobispal y Escribano de rentas, 96 fanegas de trigo y 84 fanegas de cebada de su salario, conforme a lo que gozaba en tiempos del predecesor de su señoría ilustrísima.

A Francisco de Estrada, Portero de las Casas Arzobispales y Cursor de la Mesa Arzobispal, de su salario a razón de 18 fanegas de trigo por año por portero conforme al salario ordinario, y por portero y cursor de la mesa a razón de 24 fanegas de trigo por año. A Alonso Coronado, Mayordomo Mayor de la Mesa, a razón de 100 fanegas de trigo y 100 fanegas de cebada, a Juan Bonifacio de Coronado, Oficial de la Mesa Arzobispal, a razón de 18 fanegas de trigo, a Juan Vilares, escribiente de la Mesa Arzobispal, de su salario a razón de 18 fanegas de trigo por año, y a Joan de Burgos, Casero de Lopas, se le dio su salario de casero a razón de 12 fanegas de trigo por año.

En varios lugares del Arzobispado se vendió trigo y cebada al precio de la tasa por un valor total de 8.175.075´5 maravedíes, los cuales se cargaron al señor Alonso Coronado. Aunque el Gobernador Alonso de Revenga dio instrucciones para que se vendiese el pan al mayor precio, siempre que Su Majestad diese licencia para venderlo a mas precio de la tasa. Debido a la mala coyuntura económica y a la escasez de grano, el Teniente de Sevilla y Juez de Comisión Varela sacó por fuerza y mano de los *alholíes* de las Casas Arzobispales 1.376 fanegas de trigo, y se lo llevó a la Alhóndiga. El Gobernador Alonso de Revenga hizo protestas y requerimientos ante el Escribano de

²¹⁰⁰ A.P.N.S. Legajo 12.405, año 1571, fol. 195-201.

Comisiones, Francisco Gil, y pretendía cobrarlos de la ciudad. Después, el Teniente de Sevilla y Juez de Comisión licenciado Maldonado volvió a sacar 1.644 fanegas de trigo de los *alholies* de las Casas Arzobispales, y esta vez lo depositó en poder de Simón de Valdés, depositario de los bienes de su señoría nombrado por el Teniente.

El Deán Alonso de Revenga, como Gobernador, dio libranzas para vender trigo a varias personas, al Obispo Maestro Fray Gaspar de la Torre le dieron 12 fanegas, que con el transporte montaban 4.488 maravedíes. A Mosén Antón, por orden del Deán se le vendieron por 6 reales la fanega con el transporte. Para la Casa de la Condesa de Castellar, por orden dada por carta por el Arzobispo y libranza del Deán y Gobernador, se le vendió pan y se le entregó en Sevilla a su criado Diego Yáñez Fajardo. A Joan de Sandoval, se le vendieron 10 fanegas a 11 reales la fanega, lo que montó 3.740 maravedíes. Al Inquisidor Bravo y a Diego Ortiz Melgarejo se les vendió a 11 reales como mandaba la Pragmática de la tasa, más lo que costaba el *acarreto*. Por orden del Deán se vendieron 309 fanegas de trigo a dos beneficiados y 506 fanegas a Francisco Duarte, Factor de la Casa de la Contratación, al peón que limpiaba las Casas Arzobispales se le vendieron dos fanegas de cebada por 11 reales, y a la panadera del Arzobispo se le dieron 2 fanegas de trigo para el gasto de su casa a 11 reales la fanega.

A otros se le dio libranzas de trigo como limosna, dos fanegas de trigo se le dio a Bartolome Ramirez para limosna a los pobres moriscos, y una fanega de trigo a Joan Ortega que el señor Alonso de Revenga le dio de limosna.

Y a otros se le libraron en pago por diversos servicios, 20 fanegas de trigo y 200 fanegas de cebada que por diez libranzas del señor Deán se le dieron a Hernando de Canto, Pablo de Barrionuevo, Joan de Inestrosa y a Gabriel de la Puerta por el gasto de las cabalgaduras del Arzobispo y de sus criados que trajeron el cuerpo de su señoría a Sevilla y de 480 hogazas de pan para el gasto de los criados. Después se libraron 123 fanegas de trigo y 506 fanegas de cebada en diversas veces para el gasto de la Casa y Caballeriza del Prelado, a razón de once reales la fanega de trigo y a seis reales la fanega de cebada, montó todo 149.226 maravedíes. En otra libranza aparecen 18 fanegas de cebada que se dieron para la cabalgaduras de su señoría ilustrísima, que estaban en una partida de 480 fanegas de cebada. Pero estas 18 no se tomó carta de pago porque fue para los acemileros por el gasto de las seis acémilas que vinieron el día de Pascua.

Las deudas de las rentas del pan de la Mesa Arzobispal constaban por una relación sacada del Libro de las Rentas, y firmada por Alonso Coronado, en total sumaban 8.129 fanegas y 11 almudes y 1 cuarto de trigo y 11.688 fanegas y 2 cuartos de cebada. El total del pan que se descargó a Alonso de Coronado montaba 32.913 fanegas, 5 almudes y 1 cuarto de trigo y 18.146 fanegas, 9 almudes y 3 cuartos de cebada. Como el cargo ascendía a 33.129 fanegas, 5 almudes y 1 cuarto de trigo y 18.722 fanegas y 3 cuartos de cebada, fue alcanzado en 216 fanegas de trigo y 575 fanegas y 3 almudes de cebada, a razón de 11 reales la fanega de trigo y 215 maravedíes la fanega de cebada, que era el precio de la tasa, más la costa de acarreto, montó el alcance 204.463 maravedíes. El señor Alonso Coronado hizo cédula firmada de su mano por la qual se obligó que si Su Majestad diese licencia o permitiese tácita o expresamente que el pan de su señoría en grano se vendiese a mas precio de la tasa, pagaría la demasía. Después el Mayordomo pidió que se le recibiese la disminucion de la cebada como era costumbre, atento a las

causas que había, y no se le admitió, pero que si el señor Alonso de Revenga le pareciere, vistas las dichas causas, que hiciese otra cosa.

En cuanto a los cargos que se le hizo al Mayordomo Mayor, de la hacienda y frutos de la Mesa Arzobispal, ascendieron a 10.798.467 maravedíes, 3.184 gallinas y 100 perdices, que por las fes presentadas por Alonso Devides, Notario de la Mesa Arzobispal, montaron las rentas de maravedíes de pontifical y propias del año 1570, según una relacion sacada del Libro de las Rentas de la Mesa de dicho año.

De esta cantidad, 2.000 ducados le prestó Alonso Revenga al Factor Francisco Duarte, por una cédula de Su Majestad, y otros 1.000 ducados le prestó a Lope de Otaso, por otra cédula, más 1.870.000 maravedíes que prestó al genovés Esteban Doria, que se lo entregó en mano Alonso de Vides. Después hubo otras cantidades que recibió Alonso Coronado del Receptor de las Fábricas del Arzobispado Juan de Rosales, pertenecientes a las rentas de las monjas y frailes. También recibió por cédula Alonso Coronado de Juan de Rosales, por mano del Alguacil Juan Guerrero, lo que se cobró de las rentas del partido de Jerez

También se cargaron en cuenta lo que entregó el vicario de Cantillana, Francisco Merchante, como depositario de las Penas de Cámara, a cuenta del pago de las condenas pecuniarias hechas por el licenciado Cáceres de Rueda, Juez de Residencia, en los lugares de Cantillana, Brenes y Villaverde. El Juez descubrió en sus pesquisas en Umbrete que el Gobernador Francisco de Torres debía las penas de cámara del Arzobispo. También se cargó la *rata* o parte que correspondía al Arzobispo de la renta de la Alcaydía de Almonaster, que se la libró Alonso Coronado al vicario y fueron 22.500 maravedíes. Y se vendieron ciertas acémilas y cabalgaduras de la caballeriza del Prelado por valor de 149.226 maravedíes, 123 fanegas de trigo y 506 fanegas de cebada. Los cargos montaban en total 15.056.560 maravedíes, y para dar cuenta al Prelado y al señor Alonso de Revenga, Deán y Gobernador del Arzobispado, en su nombre se hizo cédula por Alonso Coronado.

También se descargaron ciertas cantidades que el Banco de Gerónimo y Antonio Espinosa asentó a cuenta del Deán por 100 de fanegas de cebada de Osuna con el acarreo 27.775 maravedíes. Más 6.800 maravedíes que se le dieron al escribiente que escribió estas cuentas y dos traslados, una copia para al Alonso de Revenga, otra para Alonso Coronado y el original para el escribano ante quien se otorgó la escritura. En total montaron los descargos 15.043.150 maravedíes y el cargo 15.056.560 maravedíes, por tanto el alcance ascendía a 13.410 maravedíes, con lo que la cuenta se dio por buena y se pagó el alcance.²¹⁰¹

El 12 de junio de 1571 Pedro de la Rosa fue nombrado Mayordomo de la Mesa Arzobispal por el nuevo Prelado, don Cristóbal de Rojas, que hasta ese momento había ocupado la silla de Córdoba. Pedro de la Rosa aparece en el documento de atribución de poderes, otorgado en el Palacio Arzobispal de Córdoba ante el clérigo Miguel de Armesto, el Mayordomo de la Mesa de Córdoba Sancho Artacho, el Vicario General de Córdoba licenciado Martín de Acosta, y firmado por el Arzobispo electo y su escribano Gonzalo Fernández, con capacidad para:

²¹⁰¹ A.P.N.S. Legajo 12.405, año 1571, fol. 225-227

demandar e recibir e cobrar los mrr pan trigo cevada y escanda y centeno vnio aceite aves carneros lino e todas las otras cosas pertenecientes a la dinidad arzobispal asi lo hasta agora... como lo que cayere y corriere y deviere de aqui adelante por todo el tiempo que a nuestra voluntad para que pueda tomar e fenescer quantas de los dichos frutos e rentas... que pueda parescer y hacer las demandas, pedimentos, execuciones...²¹⁰²

Después vemos al Mayordomo, ante el escribano público Gaspar Aragonés, ejerciendo sus poderes y recibiendo de García Gonzales de Avila, Jurado vecino de la ciudad de Écija, 545.345 maravedíes en nombre del Cabildo y Regimiento de la ciudad, pues estaba obligada a pagar como parte de las 1.759 fanegas y dos almudes de trigo que la ciudad de Écija tenía en su depósito del trigo que pertenecían al Arzobispo de los frutos de la Mesa del año 1571, a 310 maravedíes por fanega que era el precio de la tasa.

Cristóbal de Rojas tuvo una relación intensa con los banqueros públicos de Sevilla. En concreto con Pedro de Morga y Juan de Arregui con los que contrató diversos préstamos²¹⁰³. Por libranzas del Contador de la Mesa Miguel de Lorduy se pidió el 19 de julio de 1572 un crédito para pagar al Banco público de los Espinosa y al Arcedino de los Pedroches una deuda de 1.051.504. Después los banqueros entregaron a Miguel de Lorduy diversas partidas que se pagaron por cédulas y montaban 3.760.412 maravedíes.

1.459.962 maravedíes se le pagó a Simon de Valdes, 1.353.068 al Cardenal Granvela de su pensión sobre las rentas de la Mesa, 356.40 se pagaron de la pensión de don Luis de Torres, 1.500.000 maravedíes se pagaron en Madrid al licenciado Jimenez de Cascante en el banco de Antonio Vasques, 750.000 a Juan Antonio Corzo, 1.125.000 a don Joan de Saabedra, 500.000 que se proveyeron en Madrid al Marques de Denia, hermano del Arzobispo, 208.000 se pagaron del deposito de don Diego Hurtado de Mendoza, 486.494 que se dieron a Pedro de la Rrosa para pagar el *acarreto* del pan, 396.515 por los seguros que se hicieron sobre el pan que se envió a Cordoba, 375.000 que se pagaron a Simon de Gaztelu, Camerero de Su S^a ilustrísima, para la pensión del Cardenal Mafeo, 82.631 maravedíes que se le pagaron al Obispo de Segorbe, 70.000 que Pedro de la Rosa dejó de pagar de 2.000 ducados que el Arzobispo le tenía que dar para los 4.000 que le dieron en Madrid sobre el banco de Antonio Vasquez, y 64.799 que se pagaron al padre Loarte de la Compañía de Jesús. Montaba toda la deuda 20.002.024 maravedíes²¹⁰⁴.

A esto había que descontar diversas cantidades que se fueron entregando a cuenta de la deuda, 3.000.000 de maravedíes que pagó Simón de Valdés a cuenta del pan de la Mesa que estaba a su cargo, 374.000 maravedíes que pagó Pedro de la Rosa, 745.000 maravedíes que entregó Joan Antonio Corzo al Banco de los Espinosa, etc. El balance de la cuenta era un alcance o deuda del Arzobispo de 3.532.042 maravedíes que se comprometía a devolver y pagar a los banqueros Pedro de Morga y Juan de Arregui a final el año 1574. Para asegurar el pago entregaba 17.546 fanegas de trigo macho de lo que tenía que cobrar de los frutos de la Mesa del año 1573 en diversas collaciones y

²¹⁰² A.P.N.S. Legajo 12.407, año 1571, fol. 527-529.

²¹⁰³ A.P.N.S. Legajo 12.417, año 1573, fol. 618.

²¹⁰⁴ A.P.N.S. Legajo 12.417, año 1573, fol.618.

lugares. Para esto entregaba los libramientos del trigo para los arrendadores de los partidos, lugares y collaciones, y le daba poder para vender el trigo a las personas y precios que quisieren.

Felipe II vendió con autoridad apostólica las villas de Cantillana, Brenes y Villaverde a Juan Antonio Corzo Vicentelo, con sus posesiones y rentas jurisdiccionales y temporales desde primeros de enero de 1575, y le dio por privilegio real a la Dignidad Arzobispal, como compensación, un Juro situado sobre las alcabalas de la ciudad de Sevilla de 988.985 maravedíes. Sin embargo, el Mayordomo de la Mesa y por él el Notario de la Mesa Alonso de Vargas, había recibido varias rentas del año 1575 que ya pertenecían al comprador de las villas. En concreto se trataba de 217.320 maravedíes en tres partidas de las rentas de las barcas de la villa de Cantillana y otros 4.488 maravedíes del arrendador del Horno del Arroyuelo de la villa de Cantillana, que ambas sumaban 221.808 maravedíes. Como estas sumas se le debían se le pagó con el trigo y rentas de una serie de lugares, y a tal fin se le proporcionó una relación con las cantidades y quiénes eran los arrendadores y tributarios de las rentas de la Dignidad o del diezmo del aceite de Cantillana, de los tributos que se pagaban de las suertes de las viñas de la Vega Palacio de Cantillana, de los arrendadores de la Isla de Peres Piga, en el término de la villa de Brenes, y de los arrendadores de la Isla de Villaverde.

Y para esto se le dio poder a Juan Antonio Corzo Vincentelo para que las pudiese cobrar, cediéndole y traspasándole todos los derechos de las rentas temporales de las villas desde primeros de enero de 1575. Pero Juan Antonio Corzo debía pagar las rentas eclesiásticas, como el diezmo de la fruta de la Vega Palacio de Cantillana y otros diezmos que era anexos a la Alcaydia de la villa, como el diezmo de la teja y el ladrillo, que era anejo a la renta del almojarifazgo de la villa de Cantillana²¹⁰⁵

Tras la muerte de don Cristóbal de Rojas, en la sede vacante de 1580, los canónigos deliberaron acerca del reparto del pan de las fábricas y decidieron que la primera persona a quien se repartiese pan fuese el racionero Jerónimo Briceño, y que se le diesen cien fanegas de trigo y cuarenta de cebada, pagándolo a la tasa, *atento a que es pobre y no tiene pan alguno de su ración para comer*.²¹⁰⁶ En esta sede vacante también cometieron a los canónigos Pedro Vélez y Fernán Pérez de Saucedo para que hicieran todas las diligencias necesarias en Sevilla y fuera para que se proveyese el servicio del altar y no hubiese falta, y que los contadores librasen lo que ellos ordenasen para pagar a los clérigos necesarios.

Otro conflicto sonado entre Arzobispo y Cabildo ocurrió en octubre de 1580 cuando los canónigos hicieron una *representación de quejas y agravios* de su Prelado al Rey, al que consideraban su protector, *defensa y amparo de la iglesia*, pues se sentían *notados de culpa*.²¹⁰⁷ La cuestión era que, según ellos, desde tiempo inmemorial el Cabildo de canónigos había administrado las rentas decimales y elegido a las personas que la gestionaban en todo el arzobispado. Sin embargo, Cristóbal de Rojas, *inducido*

²¹⁰⁵ A.P.N.S. Legajo 12.429, año 1575, fol. 483.

²¹⁰⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

²¹⁰⁷ A.M.S. Sección XI. Archivo del Conde de El Águila. C Tomo 9º Cabildo Eclesiástico, doc. 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 309-317. Un documento de 1580 de pleitos ante Negrón.

por algunos de sus ministros y criados que por su propio interés pretendían quitarles este nombramiento y obligarlos a elegir a los vicarios que él señalaba para ejecutar la jurisdicción eclesiástica, los acusaba de no administrar como debían. En esta disputa el Juez de la Iglesia discernió censuras contra el Cabildo y éstos acudieron a la Real Audiencia en vía de fuerza que les concedió la apelación, así que finalmente el pleito terminó en la Corte Romana.

Conforme a derecho, la administración de los diezmos correspondía al Arzobispo y Cabildo desde la erección de la Iglesia de Sevilla y su división en Arcedianazgos, pero la costumbre fue que la jurisdicción la ejercitase el Arzobispo, a través del Juez de la Iglesia, y la administración el Cabildo, con el derecho de arrendar, afianzar y repartir las rentas y señalar administradores, tal como hacían cuando nombraban a los colectores del Subsidio y Excusado que pagaban al Rey, y así lo reafirmó el Concilio de Trento.

Los canónigos afirmaban que ningún prelado había intentado tal novedad, pues el Cabildo había ejercido la administración de los diezmos con personas de buenas partes, rectitud, letras y buena conciencia. Pues todos ayudaban con su aviso y diligencia a la buena administración, y esto no lo podría hacer el Prelado porque no tenía ministros con la experiencia y fidelidad que se requería y se harían grandes dilaciones y perjuicios a las rentas. Y si tenía noticia de que alguno se excedía, como Ordinario podía proceder guardando la forma del Concilio, y no proceder de esta manera con molestia y vejación. En definitiva, el Prelado pretendía que sus vicarios se hicieran cargo de la administración de los diezmos, que de esta forma controlaba, y el Cabildo aducía que éstos no tenía experiencia ni estaban *abonados* para ejercer la administración.

Según los canónigos, para infamarlos, el Prelado los había culpado de inobedientes porque no salieron a recibirlo cuando vino a la Catedral a hacer la consagración del Obispo de Yarcas. Y por esto hizo preso a un canónigo. Sin embargo el Concilio de Cardenales declaró que no debía haberlos prendido y le hizo notorio agravio al Cabildo, pues lo hizo sin adjuntos, pues habían asistido al oficio de la Consagración y los ministros fueron beneficiados. Y el hecho de no salir a recibirlos era porque no sabían que lo quería y que estaban obligados a dejar las horas que estaban diciendo para salir del Coro a recibir al Prelado y para este pleito ante Su Santidad se había servido del embajador del Rey, y esto *no debía permitirlo Su Majestad si quiere hacer a todos justicia*.

Además se quejaban que el Prelado los agraviaba porque les había quitado la nominación que tenían desde tiempo inmemorial de elegir a los predicadores para las fiestas dotadas de difuntos del Cabildo y para los sermones de Cuaresma. Sobre esto llegaron a una Concordia con don Fernando Valdés para que de diez predicadores que señalase el Cabildo eligiese el Prelado a tres, y después esto lo aceptó el Cardenal Gaspar de Zúñiga, hasta que Cristóbal de Rojas, cuando el Cabildo nombró para predicar a su canónigo magistral, el doctor Zumel, lo despidió con palabras ásperas y nombró a un fraile teatino.

A continuación pedían al Rey que recabase información sobre este asunto de Juan de Obando, que había sido Provisor y Gobernador del Arzobispado, y que ahora era Presidente de la Real Hacienda y Consejo de Indias, y que no permitiese que don Juan de Zúñiga, que era deudo del Prelado, favoreciese la causa del Arzobispo. Y todo esto para que ellos puedan *con mayor sosiego emplearse en los continuos sacrificios* y

oraciones que siempre hacen por la vida y felices sucesos de v md como sus capellanes y oradores perpetuos.

En el pontificado de don Rodrigo de Castro -1580-1600- fue Mayordomo de la Mesa el Arcediano de Niebla; Aragonés se remite a él, pues, *save y dirá mejor que nadie como persona que usso el oficio de Mayordomo por el dicho Cardenal don Rodrigo de Castro, solo se me ofrece que será muy necesario que solo aya mayordomo de inteligencia y confianza.*²¹⁰⁸ El Mayordomo de la Mesa hacía diligencias, cobraba y recibía, sin concurrir ni asistir con el Tesorero, *porque suele aver como avido entre ellos muncha competencia y discordia.*²¹⁰⁹ El Mayordomo tenía orden de entregar cada fin de mes el dinero al Tesorero, el cual lo recibía y lo guardaba en un cofre de la recámara del Prelado, dando carta de pago de cada partida ante el notario o ante el escribano público que solía hacer las escrituras de la Mesa Arzobispal. Cuando se tomaba cuenta al Mayordomo se cotejaba con las cartas de pago del Tesorero. El Secretario Aragonés planteaba si no sería mejor que las libranzas de pagos de pensiones, salarios y gastos de la Casa del Arzobispo fuesen dirigidas al Mayordomo o al Tesorero directamente. Y cuando se les tomase cuenta a cada uno se pasaría a aquel de los dos a quien fueron dirigidas, para evitar la competencia y el conflicto entre ambos.

Cada año, por lo menos, el Contador tomaba cuentas al Mayordomo y al Tesorero. Al Veedor y al Despensero se las tomaba *muy ordinariamente*, y cada semana al Mayordomo de la Casa Arzobispal y al Caballerizo. El Tesorero hacía periódicamente relaciones de las cuentas de algunos de los oficiales del Gobierno Arzobispal; en 1600 tenemos noticias de que el Tesorero de la Mesa tomó las cuentas a los mayordomos de los hospitales dependientes del Arzobispo.²¹¹⁰ Además de los oficiales citados había una serie de oficiales menores en la Mesa que también eran inspeccionados periódicamente, y sobre todo al abandonar el cargo. El martes 15 de octubre de 1600 cesaron a Juan Castejón en el oficio que servía en la Mesa Arzobispal y le mandaron que acudiese con la razón y rentas tocantes a su oficio a los contadores; el oficio vacante lo ocupó Silvestre de Tuesta, vecino de Sevilla.

Aragonés recomendaba que el Contador tuviese un libro donde ir escribiendo los pleitos de las audiencias, y sobre todo los que estuviesen pendientes tocantes a la Dignidad Arzobispal y a la Hacienda; dando orden de proseguirlos y *fenecellos* y que cada quince días el agente que los tuviese a su cargo mostrase la relación y diese cuenta de ellos y del estado en que estuvieren. También recomendaba Aragonés que quedasen anotados los pleitos que se fueren ventilando, y que por lo menos cada fin de mes se pidiese cuenta al Fiscal del estado de cada pleito, hasta estar *fenecidos* y ejecutadas las sentencias. Y que el Provisor y Juez de la Iglesia llevasen un libro donde se anotasen todos los pleitos pendientes, tanto a petición del Fiscal como de parte, tanto contra clérigos como contra legos. Especialmente de los sacrilegios, pues las condenas por este delito iban directamente a la Cámara del Arzobispo configurando una parte importante de las Penas de Cámara.

²¹⁰⁸ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Legajo 633. “Memorial del Secretario Aragonés sobre los oficios y gobierno del Arcobispado”.

²¹⁰⁹ *Ibidem.*

²¹¹⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

En efecto, había un interés especial en que los pleitos incoados por los delitos de Cámara se agilizaran llegando a sentencia definitiva, pues sus condenas pecuniarias suponían una de las partidas de la financiación de la Mesa Arzobispal. Además, este libro era necesario para llevar el control de los pleitos de la jurisdicción y de los delitos de que conocían el Provisor y el Juez de la Iglesia, pues *muchos los llevan los ricos en grado de apelación a Jueces Delegados de la Sede Apostólica*.²¹¹¹ Se trataba de impedir que se burlase la jurisdicción del Ordinario y se perdiesen ingresos de las penas pecuniarias y derechos de los oficiales, por esto recomendaba Aragonés que hubiese en esto buena diligencia como había en tiempos de don Cristóbal de Rojas.

En realidad todo este mecanismo ya estaba legislado en el Sínodo de don Rodrigo de Castro de 1586, repetido en el del Cardenal Guevara de 1604. En estas constituciones se mandaba que fuese el Juez de la Iglesia el que llevara el libro donde se escribiesen los sacrilegios que se cometían en el arzobispado para que hiciese cargo de ellos el Receptor de Penas de Cámara. En este libro se apuntaban todas las denuncias con el día, mes y año, y el nombre y lugar de residencia del denunciado, así como el Notario ante el que se hicieron los autos.²¹¹²

De las Penas de Cámara se pagaban algunos gastos de funcionamiento de los tribunales eclesiásticos; el 6 de febrero de 1571 el Cabildo mandó que de las Penas de Cámara o gastos de justicia se pagase al licenciado Juan de Porras lo que se le debía de su salario del tiempo del Arzobispo don Fernando Valdés, pues había ido a tomar residencia a los oficiales de Cantillana.²¹¹³ En 1580 se mandó que se reparasen las cárceles del arzobispado a costa de las Penas y condenaciones, *de suerte que los presos estén seguros y a buen recaudo*.²¹¹⁴ Y que los jueces tuviesen cuidado de aplicar los gastos de justicia y las penas que les parecieren para hacer las diligencias que su Majestad mandaba por una cédula acerca de los moriscos.²¹¹⁵ A partir de este año podemos observar en los pleitos criminales del Arzobispado que, descontada la sexta parte de la pena pecuniaria reservada al Fiscal, el resto se adjudicaba para ayuda de los gastos de su Majestad contra los infieles. Por supuesto las costas del proceso, cuya tasación quedaba bajo la potestad del Juez, siempre corrían de parte del reo sentenciado.

También se utilizaban estos fondos para sufragar otro tipo de gastos, como la publicación de jubileos. En la sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones -1624- encontramos que el Provisor, don Félix de Guzmán, informó del Jubileo y se mandó publicar un edicto para señalar los días y parroquias donde se ganaba, y *que todo se hiciese a costa de las Penas de Cámara y lo mandase pagar el Provisor*.²¹¹⁶

²¹¹¹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Legajo 633. "Memorial del Secretario Aragonés sobre los oficios y gobierno del Arcobispado".

²¹¹² A.C. S. Sección VIII. Libro 122(18). Constituciones del Sínodo del Arzobispado de Sevilla. Fernando Niño de Guevara, año 1604. XXVII. Aya un libro donde se asienten los sacrilegios.

²¹¹³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga. 1571.

²¹¹⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-81.

²¹¹⁵ Se trata de una cédula real por la que se mandaba que se aplicase una parte de las penas pecuniarias y gastos de justicia a sufragar la lucha contra los moriscos.

²¹¹⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. 20-12-1623.

En un memorial de 1610 se insiste en la necesidad de incrementar los gastos de justicia para poder cumplir las requisitorias contra amancebados, alcahuetas e incestuosos, y para sufragar los gastos de los que llevaban sus pleitos en grado de apelación.²¹¹⁷ Porque las culpas *se escribían* pero no se seguían los pleitos y los culpables quedaban sin castigo. Así que era necesario que una persona de los tribunales eclesiásticos solicitase la vista de tales pleitos e hiciera cumplir las requisitorias, y lo que se gastase en los pleitos se le cobraría a los reos y se ingresaría en la Cámara.

Las penas pecuniarias suponían la inmensa mayoría de las condenaciones, y junto al pago de costas configuraba una justicia donde la culpa se identificaba con la deuda, y la purgación de aquella se realizaba con el pago de ésta. En un mundo progresivamente monetarizado las penas pecuniarias fueron sustituyendo a las corporales, algunos trabajos nos indican que el 63% de las penas de las sentencias de los tribunales eclesiásticos eran pecuniarias en esta época.²¹¹⁸ Con esto se configuraba una justicia en la que subyacía el interés económico, y en la que los tribunales se autofinanciaban mediante el pago de costas, derechos de los oficiales y penas pecuniarias. Además, con las penas pecuniarias se pagaba al Provisor, Fiscal, notarios y otros oficiales menores y criados del Arzobispo, obras de Palacio e iglesias y ayuda a los pobres.

Como pena preventiva a menudo se utilizaba la confiscación o *sequestro* de bienes, asegurando de esta forma el pago de la estancia en la cárcel, los gastos de justicia y las condenas. La estructura se sostenía así sobre el cobro y la exacción y los oficiales y detentadores del poder judicial eclesiástico se convertían en los principales beneficiarios del sistema de castigos. Esto explica que se favoreciese la delación e incluso se considerase obligatoria bajo pena de excomunión, potenciando de esta manera la figura del denunciante e incluso haciéndole partícipe de las penas pecuniarias impuestas al condenado, pues un tercio de estas solía reservarse para él.

Los sacrilegios pagaban una pena de 1.200 maravedíes por cada persona que lo cometía, y estos eran propios de la Dignidad Arzobispal. Había un Depositario de ellos y el Fiscal le entregaba las cantidades, y por costumbre se llevaba la sexta parte, aunque esto lo podía cambiar cada Prelado. En realidad al Fiscal le correspondía la sexta parte de las condenaciones en todos los pleitos criminales en los que acusaba, y esta costumbre se mantuvo a lo largo de todo el período estudiado aunque esto era a voluntad del Prelado. Las otras cinco partes se solían aplicar la mitad a gastos de justicia y la otra mitad a obras pías. Esto era también a voluntad del Prelado. En la década de los 30 del siglo XVII encontramos algunos pleitos criminales en los que el reparto de estas cinco partes se hace mitad para la Cámara del Prelado y mitad para gastos de justicia y obras pías.

Lo que se aplicaba a la Cámara y a gastos de justicia lo entregaba el Fiscal al Depositario que solía ser el Mayordomo o el Notario de la Mesa Arzobispal. Así pues, el delito se convertía en una forma de financiación del aparato judicial y además, a través de los denominados *delitos de Cámara* en una fuente de ingresos para la Dignidad Arzobispal. El montante que iba a parar a las arcas de la Mesa Arzobispal en concepto de condenaciones de pleitos era nada desdeñable. Suponía la totalidad de los

²¹¹⁷ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Casos en los que ay necesidad de reformation”.

²¹¹⁸ I. Pérez Muñoz. *Pecar, delinquir y castigar: El Tribunal eclesiástico de Coria en los siglos XVI y XVII*. Salamanca, 1992. p. 89.

llamados delitos de cámara y casi la mitad del resto de las condenaciones pecuniarias. Pues descontada la sexta parte que correspondía al Fiscal, la mitad del quinto restante se le entregaba al Mayordomo de la Mesa, como Depositario, en concepto de gastos de justicia.

Y podemos comprobar, tras analizar 86 pleitos de justicia criminal, que la inmensa mayoría de las sentencias contemplaban penas pecuniarias. Así un agente extrajudicial, el Mayordomo de la Mesa Arzobispal, se convertía en el mayor beneficiario de las exacciones pecuniarias de la maquinaria judicial. Y el Contador, con su libro de registro y control de los pleitos, se convertía a su vez en garante de los intereses del Prelado en la *recaudación* judicial, pues cada fin de mes pedía cuentas al Fiscal del estado de cada pleito y de la ejecución de las sentencias.

En cuanto a la parte de las condenas que se aplicaban a obras pías, Aragonés dejaba al arbitrio del nuevo Prelado los cambios que le parecieren oportunos, pero informaba que la costumbre que se había seguido en el Arzobispado era que *las penas que el Provisor o Juez de la Iglesia sentenciar, por costumbre cada uno en su tribunal las aplica y reparte a los pobres que le parece, en esto su señoría ilustrísima mandara lo que fuere servido al menos hasta que venga a su Iglesia y sepa la cantidad que esto puede montar por año.*²¹¹⁹

Además, la otra vertiente económica del aparato judicial la componían las tasas y derechos que cobraban los oficiales. Las alusiones a los ingresos que proporcionaban los oficios son frecuentes, y también a las rivalidades entre jueces y oficiales, y a las intromisiones en las competencias y prerrogativas de unos oficios en otros. Ya vimos cómo Díaz Coronado nos indicaba, refiriéndose a los oficiales del Provisor, que sin necesidad de *exceder los aranceles* podían vivir cómodamente de su oficio, *i es tanto lo que ocurre en estos casos que tocan al Juzgado Provisoral que sin exceder de los aranceles lo paran con desencia todos sus ministros;*²¹²⁰ y los del Juzgado de Testamentos: *son plazas sin quitarse la vida trabajando dan para vivir desentamente*²¹²¹, señalándonos la encrucijada del negocio judicial, las implicaciones sociales y económicas derivadas del ejercicio de las funciones, y la constante tentación del fraude en el cobro de aranceles o en la intervención de los oficiales a favor de las partes a cambio de dinero.

Por esto fue una constante en los sínodos, disposiciones y mandamientos de los prelados, la advertencia de que no se cobrasen derechos excesivos. Y a tal fin se publicaban periódicamente los aranceles oficiales de las audiencias y se ponían en público en las mismas. En los edictos de aranceles se advertía repetidamente que no se cobrasen derechos de más, pues parece que este era un incumplimiento frecuente. La otra cara de la exacción era la distribución, pues se consideraba que los auténticos destinatarios de las rentas del Obispo eran los pobres de su diócesis. Así las limosnas eran un gesto necesario, y si el Prelado deseaba ser querido, admirado y considerado un gran príncipe tenía necesariamente que ser generoso con las limosnas. Díaz Coronado

²¹¹⁹ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. *Memorial del Secretario Aragonés sobre los oficios y gobierno del Arcobispado.*

²¹²⁰ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla.* Cuadernillo sin foliar. Capítulo 2, *Del Juzgado del Provisor.*

²¹²¹ *Ibídem.* Capítulo 4, *Del Juzgado de Testamentos.*

nos dice que *por lo común siempre an sido tenidos por prelados grandes los que an sido grandes limosneros y al menos no pueden serlo sin esto.*²¹²²

Así pues, en teoría, eran los pobres los primeros acreedores de las rentas de la Dignidad Arzobispal. En Palacio había una oficina donde asistía diariamente un capellán limosnero que hacía las veces de Limosnero Mayor del Arzobispado. Un día daba limosnas a hombres y otro a mujeres y niños, esto se denominaba Limosna General. Pero de manera puntual socorría a conventos de religiosas pobres o a familias de gente principal caídos en desgracia. A los curas de las parroquias de Sevilla se les enviaba todos los meses unas cédulas para que las repartiesen entre los pobres vergonzantes de sus parroquias, después los pobres se presentaban con las cédulas al Limosnero en Palacio, y éste les daba cuatro reales por cada una y se quedaba con las cédulas, que se repartían al mes siguiente del mismo modo. En algunos lugares del Arzobispado se usaba dejar el diezmo que tocaba a la Dignidad Arzobispal para que los curas la repartieran en Pascua a los pobres.

En cuanto a la evolución del gobierno económico de la Mesa observamos el aumento de las rentas y el progresivo control contable. Todas las operaciones se realizaban con memoria de gastos y carta de pago y con el correspondiente testimonio de escribano a las espaldas del documento. Después, el Notario de la Mesa lo registraba en los libros y en los momentos de inspección o toma de cuentas se revisaba y cotejaba todo.

²¹²² A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 3, *De las limosnas que se dan*.

4.- LA PERIFERIA DEL GOBIERNO ARZOBISPAL

4.1.- El Gobierno Temporal de los lugares arzobispales

Como consecuencia del repartimiento tras la conquista, la Iglesia sevillana recibió como feudos bajo su jurisdicción una serie de tierras y poblaciones. Hasta 1285 estos feudos pertenecieron conjuntamente al Arzobispo y Cabildo, pero, a partir de la Concordia firmada este año, las mesas Arzobispal y Capitular se separaron y se verificó el reparto de los bienes.²¹²³ El Arzobispo pasó a ser señor de Zalamea con El Cerro, Almonaster, Cantillana, Brenes, Villaverde, Umbrete, Rianzuela, El Villar, Lopas y el Cortijo de Niebla, nombrando para su gobierno temporal a los oficiales de los cabildos seglares.²¹²⁴ En cada villa o localidad el Prelado tenía potestad para poner un Alcayde Gobernador, que a veces era también Alcalde Mayor, y éste podía nombrar por comisión al resto de los oficiales: Alcalde Mayor, alcaldes ordinarios, Mayordomo del Consejo, regidores, Alguacil, alcaldes de la Hermandad, cuadrilleros de la Hermandad, escribanos, etc. Otras veces era el Provisor por delegación del Prelado el que elegía a éstos, y en sede vacante el Cabildo de canónigos, ejerciendo la jurisdicción ordinaria del Prelado, solía designar a todos los cargos del gobierno temporal de los lugares del Arzobispo, aunque también podía, tras la elección del Alcayde, delegar en éste el resto de los nombramientos. Por tanto los súbditos de los feudos del Arzobispo estaban bajo su jurisdicción tanto temporal como espiritual.

En la gestión y gobierno de los lugares de la jurisdicción eclesiástica, uno de los fenómenos que aparece más frecuentemente en la documentación son los conflictos con los concejos y vecinos de las villas y lugares de la jurisdicción real, y en concreto con el Concejo y Regimiento de la ciudad de Sevilla y su Tierra. Una de las noticias más tempranas de este hecho es la carta enviada en 1408 por Juan II al Concejo de Sevilla a propósito del pleito que mantenía con el Arzobispo, pues según éste algunos lugares de la Tierra de Sevilla y del conde de Niebla habían usurpado las dehesas de la villa de Zalamea, que era del Arzobispo.²¹²⁵

En su sentencia el Provisor había fallado que estos lugares eran de jurisdicción eclesiástica pues los lindes iban desde el primer mojón viniendo de la *Majada de las Cañas*, por donde se partía el término de la villa de Zalamea con el del Condado de Niebla, que estaba en el término de *Majadilla de Mascote viejo*, hasta el término de la *Majada*. Desde allí seguía la linde a otro mojón que llamaban *el postrero de la tiesa* y continuaba por el *Charco Angostizo*, *el postrero de la Rosa*, *las juntas del Barranco de la Higuera*, que daba al río Tordillo, *la asomada del Barranco del Puerco*, en el Cabezo y lomo del Castillo, *la cima del Barranco del Palmito y del Barranco de la Paxara*, en el lomo entre los barrancos, *el barranco del Madero*, *el Arroyo del Puerco*, donde daba el Arroyo del Gallego, y hacia abajo desembocaba la linde en el Río Tinto y llegaba al término de la ciudad de Sevilla. Es decir, desde el Arroyo del Gallego, en el Río Tinto,

²¹²³ GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., BORRERO FERNÁNDEZ, M. y MONTES ROMERO-CAMACHO, I.: *Sevilla en tiempos de Alfonso X el Sabio*. Sevilla, 2000, p. 186-187.

²¹²⁴ Véase SÁNCHEZ HERRERO, J.: “La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV”. *Actas del Coloquio de Historia de Andalucía*. La división interna de las diócesis. Córdoba, 1979.

²¹²⁵ A.M.S. Sección XV. Inventario de los papeles del Mayordomazgo del siglo XV por Francisco Collantes de Terán, doc. 93, 13 de mayo de 1408.

hacia abajo hasta el Molino del Cascajar donde se llegaba al término de Niebla, quedando el río entre los límites de los términos de Tejada, Escacena y Paterna, y la villa de Zalamea. En 1502 de nuevo se reavivó el litigio, el Consejo de Zalamea inició un pleito ante el Juez de Términos contra la ciudad de Sevilla por el pasto común del lugar de Tejada y hubo una sentencia a favor de la ciudad de Sevilla, los de Zalamea decían que estaban en posesión de pacer y cortar y beber agua en los términos de Tejada.²¹²⁶

En 1518 todavía continuaba el pleito, pues en diciembre se presentó la villa de Zalamea ante el Provisor, don Antonio del Corro, diciendo que varios vecinos de Tejada les habían tomado bestias, ganados, cabras, vacas, puercos, bueyes, y dineros, y les habían exigido hasta 8.000 maravedíes por devolverlos, y los vecinos temían salir para ir a la ciudad de Sevilla porque los prendían. Según los de Zalamea, los vecinos de Tejada, Paterna y Escacena, con mucha gente armada, a pie y a caballo, con armas ofensivas y defensivas y con gran escándalo y alboroto, habían entrado en los términos de la villa de Zalamea y *metido vara de justicia* en la villa, cometiendo sacrilegio, pues habían quebrantado la jurisdicción de la Santa Iglesia prendiendo a los pastores y llevándolos presos a las villas. Ante esto, el Provisor mandó por monitoria, cartas y censuras, a los concejos y vecinos de Tejada, Paterna y Escacena, que restituyesen lo que habían tomado y respetasen la posesión que tenían la villa de Zalamea y el lugar de Berrocal y sus vecinos de los prados, pastos, ejidos y abrevaderos. Sin embargo siguieron sin obedecer los mandamientos, y en 1519 el Vicario General acudió ante los oidores de la Chancillería de Granada por vía de fuerza diciendo que la villa de Sevilla los había vejado. Paralelamente las villas citadas acudieron en auxilio de la jurisdicción real para que cesase la intervención de la jurisdicción eclesiástica.²¹²⁷

Y, puesto que el Arzobispo Diego de Deza se negaba a absolver a los vecinos sin que previamente se presentasen ante él y jurasen no ir más contra el lugar de Zalamea y sus términos, y esto era ir contra derecho y contra las provisiones reales, el 13 de mayo de 1519 a las cuatro de la tarde, estando el Provisor, licenciado Antonio del Corro, en el Corral de los Olmos, el Procurador de la ciudad le notificó un mandamiento de la Chancillería de Granada para que no se entrometiese en conocer la causa y absolviese sin condiciones a todas las personas que tenía excomulgadas, especialmente a Diego Martel.

El 20 de septiembre de ese mismo año a las ocho de la noche, se presentaron en las casas de la morada del escribano de la collación de San Johan dos hombres vecinos de Paterna del Campo y el regidor de la villa de Tejada, Cristoval Guzman, en nombre de los concejos, para decir que estaban prestos a cumplir la provisión de la Chancillería de Granada y devolver las prendas que fueron tomadas. Para esto pedían al escribano Joan de Armenta y al Procurador del Concejo de Zalamea que fuesen a las villas a por las siguientes prendas: a Paterna por una ballesta con dos dardos, una lanza, un puñal y unas alforjas, y a Tejada por el vino que fue tomado a los vecinos de Zalamea, una taza de plata y cinco o seis cabezas de ganado.²¹²⁸

En 1494 se sustanció otro pleito que fue presentado por la ciudad de Sevilla contra el Arzobispo ante el Juez de Términos, y terminó en la Chancillería de Granada.

²¹²⁶ AMS. Sección I. Archivo de Protocolos. Carpeta 77, doc. nº 162.

²¹²⁷ *Ibidem*. Carpeta 36, siglo XVI, doc. nº 24.

²¹²⁸ *Ibidem*. Carpeta 174, docs. nº 46 y 47.

Se trataba de una disputa entre la villa de Cortegana, que era de Sevilla, y Almonaster, que era de jurisdicción del Arzobispo, porque los vecinos de Cortegana habían entrado con sus ganados y bestias en tierras de la jurisdicción eclesiástica de Almonaster.²¹²⁹ Como consecuencias del litigio, los vecinos de Cortegana fueron hechos presos y condenados por jueces de la Iglesia y condenados a penitencia pública. Entre las pruebas se presentaron unas sentencias dadas por el rey don Alfonso en 1334 y en 1372 por las que sabemos que Sevilla había poblado un lugar llamado *Valenzia* dentro del término de Almonaster, y ahora el Concejo de ésta impedía a los vecinos pastar en el término asignado a esta nueva población. El Rey falló a favor del Concejo de Sevilla y declaró que cesara esta prohibición, la sentencia fue apelada en la Chancillería de Granada y se confirmó, aunque no fue cumplida.

El 30 de enero de 1493 los Reyes Católicos mandaron, en Barcelona, cumplir lo que se había dispuesto en las Cortes de Toledo, reintegrando a Sevilla lo que se le había usurpado y mandando al Arzobispo que no los perturbase, pues habían tenido posesión desde tiempo inmemorial de estas tierras y desde el rey don Alfonso se le reconocía el derecho a los términos y a la jurisdicción civil, criminal, y a las aguas y pastos. Sin embargo los vecinos de Almonaster seguían oponiéndose a que los de Cortegana usasen sus derechos y disfrutasen de la tierra en disputa. La Reina doña Juana de nuevo mandó, en abril de 1511, una ejecutoria para que se cumpliese bajo pena de mil doblas castellanas de oro.

En 1502 se inició otro pleito entre la villa de Cantillana y el Arzobispo como dueño de ella.²¹³⁰ El licenciado Pedro de Maluenda, Juez de Términos, falló a favor del Arzobispo, aunque la ciudad apeló ante los reyes y su Consejo.²¹³¹ Se disputaban pastos comunes de un Soto y Dehesa donde pastaban bueyes y que la jurisdicción eclesiástica venía reclamando desde el pontificado de don Diego Hurtado de Mendoza. Los alcaldes que puso el Arzobispo detuvieron y condenaron a los vecinos que pasaban por la Dehesa y Soto con sus perros para guardar el ganado y al boyero que guardaba los bueyes. Cuando falleció el Cardenal los vecinos volvieron a ocuparlas, pues las consideraban como tierras de propio y no de la Mesa Arzobispal, pero don Gerónimo Manrique, Chantre de la Santa Iglesia, que era Alcalde Mayor por la sede vacante, envió un mandamiento para que, bajo pena de 10.000 maravedíes, los alcaldes de la ciudad se presentasen ante él y los tuvo presos varios días y los desterró de la villa y los condenó en mil maravedíes cada uno. Finalmente los Reyes Católicos reconocieron la propiedad de la dehesa por parte del Consejo y vecinos de Cantillana y no del Arzobispo.

En 1515 tenemos noticias de otro pleito, esta vez entre el Arzobispo don Diego de Deza y la villa de la Puebla por los límites del lugar de Rianzuela, que pertenecía al Prelado.²¹³² El pleito terminó en el Consejo Real en grado de apelación, que dio la razón al Arzobispo, aunque en primera instancia un juez había dado la razón a la villa. El Prelado presentó documentos y memoria de hombres de aquellas tierras y montes según las cuales éstas pertenecían al Prelado desde hacía más de 60 años. Los lindes de las tierras en disputa iban desde Rianzuela hasta una encina que estaba en el camino, pasando por un mojón que llamaban del *meadero* y desde allí por *el carril del madroño* hasta el camino denominado *arenoso*. Primero un Juez Pesquisidor dio la razón a

²¹²⁹ *Ibídem*. Carpeta 67, doc. 71.

²¹³⁰ *Ibídem*. Carpeta 79, doc. 191.

²¹³¹ *Ibídem*. Carpeta 67, doc. 166.

²¹³² *Ibídem*. Carpeta 24, doc. 137 y Carpeta 25, doc. 16.

Puebla del Rio, pues según esta parte desde *más tiempo de memorias de hombres* el ganado de los vecinos había comido y bebido allí, y habían cortado la *chamara*²¹³³ y la leña. Sin embargo los vecinos de Rianzuela decían que ellos recogían *chamara* y leña y la vendían públicamente y pastaban con su ganado, y los de la Puebla lo hacían clandestinamente. Como consecuencia de la disputa, los alcaldes de la Puebla habían prendido a las personas de Rianzuela que cortaban leña y pastaban con su ganado.

En diciembre de 1518 tenemos otra sentencia de un Juez de Términos que declaraba abierto y de pasto común el donadío de Lopas, que pertenecía a la dignidad arzobispal.²¹³⁴ Este pleito era una continuación del de 1503 en el que la ciudad de Sevilla demandaba al arzobispo y al alcalde y vecinos de Umbrete sobre el uso de los pastos y abrevaderos y cosas comunes del heredamiento y olivares de Lopas que lindaban con el término de Aznalcázar y con Gelo del Cabildo. El Cabildo sede vacante apeló ante la Chancillería de Granada pero ésta falló que los vecinos de Sevilla estaban en posesión de pastar y abrevar con su ganado en el heredamiento de Lopas, y mandaron al Deán y Cabildo sede vacante y a los alcaldes de Umbrete que no perturbasen ni molestasen a los vecinos. Finalmente, la ciudad de Sevilla envió al Alguacil Mayor don Esteban de Guzman para que fuese al término de Lopas y junto al mojón que estaba en el término que iba a Quema, en presencia del Escribano y Notario público y del Procurador, *metiese en posesión* el pasto de la heredad de Lopas para que los vecinos de Sevilla pudiesen pastar con su ganado.

Los pleitos continuaron, y en 1570 vemos al Gobernador Alonso de Revenga dando poder a Francisco de Torres, Gobernador de Umbrete, Rianzuela y Lopas y a Francisco Camacho, vecino de Brenes, para que respondiesen a la requisitoria del Teniente de Asistente de Sevilla Juan de Liébana y presentasen testigos por los daños y menoscabos que realizaban algunos vecinos en los olivares, y para que presentasen ante los juces de Cantillana, Rianzuela y Villaverde la requisitoria del Teniente de Asistente para que se cumpliese.²¹³⁵ En el pleito entre el Concejo y justicias de la villa de Cantillana contra la Dignidad Arzobispal, el Gobernador del Arzobispado dio poder al escribano público de Brenes Juan Mexía para que hiciera de procurador en el pleito.²¹³⁶

En 1570 tenemos otro pleito contra Juan de Fuentes, vecino de Jerez de la Frontera, porque sin título había entrado en una heredad llamada *Romanica Chica*, que pertenecía a la dignidad arzobispal de Sevilla. Como consecuencia, Alonso de Revenga, Gobernador del Arzobispado nombrado por Gaspar de Zúñiga, dio poder, ante Josepe de Acuña y Antonio de Maldonado, familiares del Arzobispo, y el Secretario Antonio de Aguilar, al solicitador Gregorio Varela y a los procuradores Gonzalo de Palma y Juan de Cisneros, todos de la Audiencia Real de Granada, para que le pusieran un pleito.²¹³⁷ Juan de Fuentes era veinticuatro de Jerez y firmó un arrendamiento con el Arcediano de Niebla, Fernando de Saucedo, pero según el Gobernador éste no tenía poder para hacerlo.²¹³⁸

²¹³³ Diccionario de Autoridades: leña menuda, hojas y palillos delgados.

²¹³⁴ AMS. Sección I. Archivo de Protocolos. Carpeta 83, doc. 230.

²¹³⁵ A.P.N.S. Legajo 12.399, fol. 418; Legajo 12.400, fol. 219.

²¹³⁶ A.P.N.S. Legajo 12.399, fol. 417.

²¹³⁷ A.P.N.S. Legajo 12.399, fol. 193-195.

²¹³⁸ A.P.N.S. Legajo 12.399, fol. 423.

De entre los lugares Arzobispales destacaba sin duda Umbrete. Quizá porque aquí se radicaba la residencia de verano del Prelado y también por la riqueza de sus heredades. Son constantes los mandamientos para que no se descuidasen sus campos y para que se arasen y trabajasen sus olivares. En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza mandaron los canónigos al receptor de las rentas de la Mesa que librase al alcalde de Umbrete 24.000 maravedíes para arar los olivares de Umbrete, Rianzuela y Lopas. Y al Escribano Mayor del Consistorio, Pedro de Moguer, que de las rentas de la Escribanía Mayor diese al citado alcalde otros 20.000 maravedíes para el arado de las tierras de los olivares. El martes 11 de abril mandaron al notario que escribiese una carta al alcalde para que hiciese dar *otra reja* a los olivares y el 27 de ese mes insistían en que se diese un segundo *yerro* a los olivares, mandando al receptor que librase otros 17.072 maravedíes para ello. Este mismo día mandaron que se diesen dos rejas a los olivares de Lopas. También nos consta la preocupación por el mantenimiento y la reparación del molino de aceite de Umbrete.²¹³⁹ En enero de 1505 mandaron al Mayordomo del Comunal que pagase los salarios de 80 peones, 50 del Arzobispo y 30 del Cabildo, por *defoliar* los molinos del Arzobispo. En la sede vacante de fray Diego de Deza (1523) mandaron al canónigo Juan de Herrera que visitase la Casa de Umbrete y Lopas y sus olivares y mandase hacer todo lo que conviniese para su cuidado.²¹⁴⁰

En 1503 encontramos al Maestrescuela como Alcalde Mayor de Cantillana, que recibía como retribución por su oficio 5.000 maravedíes anuales pagados por la Mesa Arzobispal.²¹⁴¹ El Chantre y canónigo, Alonso de Ayora, fue Alcalde Mayor de Umbrete y Rianzuela, Diego López de Cortegana, Alcalde Mayor de Almonaster, Fernando Alfaro, Alcalde Mayor de Zalamea, y el canónigo Pedro Yenens, Alcalde Mayor de Brenes y Villaverde, cada uno con un salario de 5.000 maravedíes al año. El 24 de enero el Maestrescuela había dejado el oficio de Alcalde Mayor de Cantillana, pues acumulaba varios cargos y se lo dieron al canónigo Alonso Álvarez.²¹⁴²

En la sede vacante de don Juan de Zúñiga (1504) nombraron de nuevo alcaydes de las fortalezas. Al Deán de Sevilla le correspondió la villa de Umbrete con su término, al canónigo Pedro Pinelo la villa de Cantillana, al canónigo Fernández la villa de Villaverde con su término, la villa de Brenes al canónigo señor Francisco de Morats, la villa de Almonaster al doctor Diego Cortegana y al señor canónigo Fernando Ramos la villa de Zalamea. Después les dieron poder para que pudiesen quitar a los alcaldes y proveerlos igual que en tiempos del arzobispo don Diego Hurtado de Mendoza.²¹⁴³

Todos los alcaydes tuvieron un salario de 5.000 maravedíes anuales excepto el de Almonaster que tenía 20.000 y el de Cantillana 17.000. Así pues, los canónigos en sede vacante, igual que el Prelado, otorgaban poder a los alcaydes para que estos nombraran a su vez alcaldes mayores y ordinarios o ratificaran a los que ya había.²¹⁴⁴ Los alcaldes nombrados impartían justicia en los lugares pero con la posibilidad de apelar de sus

²¹³⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Autos Capitulares de sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. Viernes 12 de mayo de 1503.

²¹⁴⁰ *Ibidem*. Libro 5, fol. 342 y siguientes. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. julio de 1523, fol. 342.

²¹⁴¹ *Ibidem*. Libro 6. Autos Capitulares de sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, jueves 22 de junio.

²¹⁴² *Ibidem*. 24 de enero 1503

²¹⁴³ *Ibidem*. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. Año 1504, fol. 68.

²¹⁴⁴ *Ibidem*.

sentencias al Ordinario. Así nos consta la apelación de un vecino de Umbrete de una sentencia dada por la justicia del Cabildo seglar de la villa contra él en 1484.²¹⁴⁵

De la documentación consultada se desprende que el oficio de Alcayde Gobernador, que solía recaer en los canónigos en sede vacante, no comportaba el deber de residencia en la villa o lugar, pero conllevaba un salario anual nada despreciable. De hecho el Cabildo seguía tomando decisiones importantes desde Sevilla, que trasladaba al Consejo para que las ejecutase. Así pues, los consejos de las villas pertenecientes al Prelado recibían órdenes de éste, de su Provisor o del Cabildo de canónigos en sede vacante, según quien ostentase en ese momento la jurisdicción del Ordinario. El 19 de agosto de 1503 el Cabildo mandó al Consejo de Cantillana que dejase pasar libremente el pan que el rey y la reina mandaron traer desde el Maestrazgo para que se proveyese la ciudad de Sevilla, y al pasar por su término les diesen los mantenimientos que fueren menester, así como una *cilla* para que depositasen el pan que traían, sin ponerles impedimentos ningunos ni en pasarlo en barca ni en cargarlo para llevarlo hasta Sevilla por el río.²¹⁴⁶ Otras veces el Cabildo cometía al Alcayde para que ejecutase las decisiones que ellos habían tomado. En 1504 mandaron que Juan Sánchez, Alcayde de Umbrete, pidiese al Juez de Términos que hiciera justicia sobre unas tierras que pretendían usurpar a Lopas.²¹⁴⁷

Una de las preocupaciones que con más insistencia encontramos en las fuentes es la relativa al mantenimiento y reparación de las murallas, castillos y fortalezas de los lugares de la Dignidad. A tal fin el Prelado o el Cabildo sede vacante en funciones de Ordinario mandaba a los alcaydes y alcaldes mayores y a los receptores de las rentas de la Mesa Arzobispal que hicieran todas las gestiones y gastos oportunos. Y esto implicaba la disputa por las rentas arzobispales entre el Colector del Nuncio, en defensa de la parte de la Cámara Apostólica, y el Cabildo sede vacante, en defensa de la parte o rata que correspondía al Arzobispado. A veces intervenía también en la disputa el heredero del Prelado o incluso los Reyes que reclamaban parte de estas rentas. Normalmente el Cabildo mandaba a un Contador o Receptor de los frutos de la Mesa Arzobispal para que librase las cantidades necesarias, pues por derecho se reservaba una parte de estas para las reparaciones, tanto de los feudos como del Palacio Arzobispal y Torres de la ciudad bajo jurisdicción eclesiástica. El martes 7 de enero de 1503 el Cabildo mandó al receptor Marcos Luzio, racionero de la Catedral, que diese al alcalde mayor de Cantillana 1.200 maravedíes para comprar dos quintales de yeso, 14 fanegas de cal blanca y 500 ladrillos para que un albañil reparase la fortaleza.²¹⁴⁸ Más tarde, el 11 de marzo, mandaron al receptor que librase otros 250 maravedíes que faltaban para finalizar las reparaciones, más otros cinco reales para Fernando de Aguiar por llevar los materiales y estar con los maestros albañiles dándoles órdenes de lo que debían hacer.

En 1504 hubo un terremoto que derribó una parte de la fortaleza de Cantillana y se corría peligro de derrumbe al llegar las aguas de otoño, así que mandaron a los contadores de la Mesa Arzobispal que tomasen al maestro de la obra de la Catedral, a los alarifes de Sevilla, y a todos los operarios que necesitasen, y que pudiesen saber algo para el remedio de la obra, y los llevasen a ver el daño que se había hecho en la

²¹⁴⁵ *Ibidem*. Libro 3. año 1484, fol. 24.

²¹⁴⁶ *Ibidem*. Libro 6. Autos Capitulares de sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 19 de agosto de 1503.

²¹⁴⁷ *Ibidem*. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. 1504. viernes dos de agosto de 1504, p. 68-80.

²¹⁴⁸ *Ibidem*. Libro 6. Autos Capitulares de sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 7-1-1504.

fortaleza. Y todo lo que vieren dañado y en peligro de derrumbe lo mandasen reparar *e adobar* sin dilación alguna, pagando al maestro y alarifes por su trabajo.²¹⁴⁹

Tras el nombramiento de los alcaydes de las fortalezas y a veces también de los alcaldes mayores, alcaldes ordinarios y otros oficiales menores, se recibían peticiones para ocupar las escribanías de las villas. En enero de 1505 un tal Alonso Sánchez pidió una escribanía de Brenes que estaba vacante y lo cometieron al Alcalde para que si fuese *avil* se la diese.²¹⁵⁰ Los concejos de las villas arzobispales tenían una escribanía que solía ser concedida en gracia a algún vecino de la localidad. En 1523 los canónigos en sede vacante le dieron la escribanía de Brenes al sacristán, para que *mejor pueda servir a la iglesia e consejo del dicho lugar de Brenes*, pues no podía subsistir con los 2000 maravedíes de ingresos anuales que le daba la sacristanía, y el lugar tenía necesidad de un sacristán.²¹⁵¹

Parece que por tradición las escribanías tenían que recaer en un vecino de la localidad y en alguna ocasión se dieron protestas cuando se nombró a una persona de fuera. Sabemos que en 1539 hubo una *conjuración* de los vecinos de Cantillana para no recibir al escribano del Consejo que había nombrado el Cabildo sede vacante y hubo que enviar un Juez con comisión para hacer las averiguaciones de lo que había ocurrido. A tal fin, mandaron a los colectores de la Cámara Apostólica que librasen todos los maravedíes que se debían al licenciado Baptista del viaje que hizo a Cantillana para hacer pesquisa sobre la *conjuración* que hubo en el pueblo para no recibir al escribano del Consejo que el Cabildo había proveído.²¹⁵² Y al Chantre le mandaron que fuese a Cantillana a elegir a un hombre *honesto y abonado del pueblo* para el cargo de Alcalde Ordinario en lugar del que lo había sido. En 1571 mandaron al Alcayde y Alcalde Mayor de Umbrete que pusiese escribano del Consejo, con tal que la persona elegida fuese natural del pueblo, que fuese suficiente y que no fuese Cristóbal López Geja.²¹⁵³

También el Ordinario tomaba juicio de residencia periódicamente a los oficiales del gobierno temporal de sus feudos y enviaba visitadores para hacer inspección. El 7 de noviembre de 1503 cometieron al canónigo Luis Ordóñez para que fuese a Zalamea, con salario de 250 maravedíes, para hacer una pesquisa sobre un *mues* que el Alcalde Mayor había hecho allí. En 1523 mandaron al Arcediano de Jerez que fuese a visitar la fortaleza de Cantillana con dos ducados de salario diario. El sábado primero de agosto nombraron para visitar las casas y fortalezas del Arzobispado de Sevilla a los señores Luis Ordóñez y Fernando de la Torre. Se trataba de inspeccionar las *casas y haciendas y bienes* de Cantillana, Villaverde y Almonaster. A cada uno mandaron que se le diese de salario dos ducados diarios y que los pagase el Colector; también se les emplazaba que pusieran por inventario todos los bienes y lo que faltare. Al canónigo Juan de Herrera le encargaron que visitase la Casa de Umbrete y Lopas y los olivares y mandase cuidarlos.²¹⁵⁴ En diciembre de 1538 los canónigos en la sede vacante de don Alonso Manrique cometieron al Chantre para que tomase residencia a los oficiales de

²¹⁴⁹ *Ibidem*. Libro 6. Autos Capitulares de sede vacante de Juan de Zúñiga, martes 6 de agosto de 1504.

²¹⁵⁰ *Ibidem*. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga. 1504. martes 7 de enero de 1505.

²¹⁵¹ *Ibidem*. Libro 5. Folio 342 y siguientes. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. Jueves 29 de octubre de 1523.

²¹⁵² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539. Lunes 24 de marzo de 1539.

²¹⁵³ *Ibidem*. 27 de enero de 1571.

²¹⁵⁴ *Ibidem*. Libro 5. Folio 342 y siguientes. Sede vacante de don Fray Diego de Deza. Julio de 1523, fol. 342.

Cantillana. A veces se enviaban jueces especiales con comisión para investigar casos concretos.

En la sede vacante de don Alonso Manrique (1538-1539) los alcaydes nombrados por el Cabildo juraron en manos del Arcediano de Sevilla, que ejercía como presidente, que harían justicia y equidad con los vecinos y moradores de los lugares que les fuesen encomendados y pondrían personas para el gobierno y administración de justicia que conviniesen al *bien e sosiego de los lugares*. Alcayde y Alcalde Mayor de Cantillana fue el Chantre don Juan Rodríguez de Balza con 50.000 maravedíes de salario anual, Alcayde y Alcalde Mayor de Almonaster fue el canónigo señor Bernardino de Isla con 30.000 maravedíes de salario, Alcayde de Zalamea el canónigo Francisco de la Cuesta con 25.000 maravedíes, de Umbrete el canónigo Juan de Moguer con 25.000 maravedíes, de Villaverde Diego de Sevilla con 25.000 maravedíes y de Brenes el canónigo Luis de Peñalosa con 25.000 maravedíes de salario anual. Al Alcayde de Cantillana le mandaron que nombrase alguacil de la localidad con 7.500 maravedíes anuales, incluidos en el salario del Alcayde. Como resultado de las disputas y negociaciones con el Colector Apostólico por el reparto de las rentas en sede vacante se fueron rebajando los salarios de los oficiales hasta llegar en junio de 1539 a unas cantidades que distaban mucho de las pretensiones iniciales, pues además se realizó el prorrateo por los meses que habían ejercido sus cargos: al Alcayde y Alcalde Mayor de Cantillana con su Alguacil 8.700 maravedíes y al resto de alcaydes y alcaldes mayores de los lugares 2.500 maravedíes de salario anual.²¹⁵⁵

En esta sede vacante los canónigos mandaron que todos los alcaydes, alcaldes mayores y guardas de fortalezas y casas llevasen maestros de albañilería y carpintería para ver las reparaciones necesarias. Y juramentados los maestros, hiciesen testimonio público firmado por los albañiles y carpinteros con la cantidad de maravedíes que dijese que era menester para hacer las reparaciones; después mandaron que los contadores de la Mesa Arzobispal se concertaran con ellos para el pago de las cantidades.²¹⁵⁶ El cinco de octubre los canónigos mandaron que se embargasen en los fieles todo el pan y trigo que tocaba a la Mesa Arzobispal por 13.000 maravedíes, pues esta era la tasación que se hizo en la sede vacante anterior para las reparaciones de las fortalezas y posesiones de la Mesa Arzobispal, y el Cardenal Manrique la recibió a su llegada de manos del canónigo Juan de Herrera. Y que se tasase y apreciase por los alarifes y que los contadores de la Mesa la librasen a los alcaydes y alcaldes mayores para que pagasen los gastos que montasen las citadas reparaciones.²¹⁵⁷

En 1539 mandaron librar en el escribano mayor del Consistorio, Pedro de Moguer, para que de los maravedíes de la renta de la Escribanía Mayor del año anterior que estaba a su cargo diese a Francisco García, Alcalde Mayor de Umbrete, 20.000 maravedíes para arar los olivares de Umbrete que pertenecían a la Mesa Arzobispal.²¹⁵⁸ Y que el Notario de los Autos Capitulares de sede vacante mandase una carta al citado Francisco García para que *ficiese dar otra reja* a los olivares de Umbrete que estaban a su cargo, mandando librar los maravedíes que fuesen necesarios.

²¹⁵⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, viernes último de febrero de 1539.

²¹⁵⁶ *Ibidem*. Libro 16. sede vacante de don Alonso Manrique. Sábado 9 de noviembre de 1538.

²¹⁵⁷ *Ibidem*. 5-10-1538.

²¹⁵⁸ *Ibidem*. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, 5 de octubre de 1538.

El tres de febrero advirtieron al canónigo Juan de Moguer, alcalde de Umbrete, que los olivares y heredades de Umbrete y Lopas estaban para labor y tenían necesidad de *desmachojas e arar e rotar e deschamilar e dar sus labores a sus tiempos* como era costumbre en el Aljarafe, para que no se perdiesen para el Arzobispo que fuese proveído y para sus sucesores.²¹⁵⁹ Y que se dirigiese al Colector Apostólico, el Arcediano de Ecija, y le pidiese lo necesario para las labores y reparaciones de los olivares, al cual exhortaron y amonestaron que pagase, y si no se lo diese que lo requiriese en forma, protestando los daños y menoscabos en las heredades que se pudiesen derivar.

También aparece otra persona encargada del cuidado de los olivares de Umbrete, Fernando Sánchez, al que se le libraron el 27 de abril 17.072 maravedíes para que hiciese arar de *segundo yerro* los olivares.²¹⁶⁰ Y para los olivares de Lopas que pertenecían también a la Mesa Arzobispal libraron en Alonso Fernández de Villanueva, de los frutos y rentas de la Mesa que estaban a cargo del contador, canónigo Pedro de Yenens, 18.560 maravedíes para labrar *de dos rejas*. El 22 de agosto mandaron al Chantre y al Maestrescuela que hicieran *desmarhojar* los olivares de Umbrete y Rianzuela porque estaban informados que había mucha necesidad de ello.²¹⁶¹ Y el martes 15 de octubre mandaron a los contadores que proveyesen lo que fuese menester para el palomar y los conejos que tenía el Cardenal en su Casa Arzobispal de Umbrete.²¹⁶² El contador Aldrete dio al alcalde de Umbrete dos fanegas de trigo y dos de cebada para el palomar y los conejos.

Los lugares arzobiscales pagaban diezmos al Prelado y además solían enviarle *presentes y dádivas* en Navidad, Pascua y otros momentos del año. En la sede vacante de don Alonso Manrique los canónigos mandaron a los contadores de la Mesa que se informasen de los presentes y dádivas que solían hacer los pueblos y lugares arzobiscales y que acordasen con los alcaydes y alcaldes mayores de los lugares para que hiciesen traer los presentes y repartirlos en el Cabildo entre los canónigos. Al contador Vázquez de Aldrete le mandaron que repartiese las *gallinas, perdices y otras cosas*.²¹⁶³

A veces el oficio de Alcayde y Alcalde Mayor se acumulaba en la misma persona. Así lo observamos en la sede vacante del Cardenal García de Loaysa cuando nombraron Alcayde y Alcalde Mayor de Cantillana al canónigo Luis de Peñalosa, Alcayde y Alcalde Mayor de Almonaster al canónigo Juan de la Cuesta, sustituido más tarde por el canónigo Bernardino de Isla, Alcayde de Zalamea al canónigo Diego Rodríguez Luzero, Alcayde de Umbrete al canónigo Francisco Pamanedo y Alcayde de Villaverde al canónigo Sebastián Monzón.²¹⁶⁴ Y unos días más tarde dijeron que el Alcayde de Umbrete entendiese también del lugar de Vicuña.²¹⁶⁵ En el poder otorgado por el Arzobispo Valdés a su Provisor, el licenciado Ovando, observamos cómo el Prelado dio facultad a éste para nombrar a todos los oficiales de la jurisdicción temporal y para que

2159 *Ibidem*. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539. Viernes 3 de febrero de 1539.

2160 *Ibidem*. 27-04-1539.

2161 *Ibidem*. 22-08-1539.

2162 *Ibidem*. 15-10-1539.

2163 *Ibidem*. 24 de diciembre de 1538.

2164 A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 18. Sede Vacante de García de Loaysa, Viernes 28 de abril de 1546. p. 70.

2165 *Ibidem*. Martes 4 de mayo de 1546. p. 82.

podiesen conocer en cualquier causa civil o criminal en primera instancia, de oficio o a pedimento de parte.²¹⁶⁶

Siendo ya Arzobispo don Fernando Valdés, el Cabildo tomó las últimas decisiones en materia de reparto de las rentas en sede vacante; mandaron que atentos a la declaración del Nuncio Colector Apostólico se repartiesen entre Cantillana, Brenes y Villaverde 60.000 maravedíes que les correspondían de la sede vacante y que a Cantillana correspondiese a razón de 30.000 por año y a Brenes y Villaverde 15.000 a cada uno por año.²¹⁶⁷

En la sede vacante de Gaspar de Zúñiga y Avellaneda (1571) hicieron Gobernador Alcayde y Alcalde Mayor de Cantillana al canónigo doctor Baltasar de Esquilache, Alcayde y Alcalde Mayor de Almonaster al canónigo Luis de Lezana, Alcayde y Alcalde Mayor de Umbrete al canónigo Juan de Urbina, Alcayde y Alcalde Mayor de Zalamea al canónigo Andrés Méndez, Alcayde y Alcalde Mayor de Villaverde a Hernando Mohedano y Alcayde y Alcalde Mayor de Brenes al canónigo Melchor de Matamoros. Esta vez nombraron también al resto de los oficiales de los Concejos de las villas. En Villaverde eligieron como alcaldes ordinarios a Alonso Domínguez y a Alonso Sánchez, a Francisco Martín como alguacil y a Juan García de Arias, Benito García, Sebastián Sánchez Barrera y Esteban Díaz como regidores; a Juan García de la Fuente, el mozo, lo nombraron como Mayordomo del Concejo, a Juan Sánchez, yerno de Alonso Domínguez, y a Bartolomé Martín, como alcaldes de la Hermandad, y a Alonso Sánchez y Alonso Martín como cuadrilleros, mandando que fuesen obedecidos, entregándoles sus varas y guardándoles sus preeminencias.

En Brenes nombraron también oficiales del Concejo: a Diego Pérez Paguillo y a Juan Gallego como alcaldes ordinarios, a Bartolomé Rodríguez Calvijo, Juan Pérez del Guiso, Acensio Rodríguez y Francisco Hernández Cabrera como regidores, a Juan Gallego Rico y a Bartolomé Mexía como alcaldes de la Hermandad, a Juan Fernández Cabrera como alguacil, y pospusieron la elección del Mayordomo del Concejo para otra ocasión. En Zalamea nombraron a Diego Delgado de la Juliana y Alonso Pérez León como alcaldes ordinarios y a Juan Seslano, de la calle Tejada, como alguacil; a Juan Seslano, de la cal de la iglesia, Alonso García Obejero, Pedro, Juan y Alonso González Calbo como regidores; a Bartolomé Alonso Moreno como Mayordomo del Concejo y a Andrés López y Bartolomé García Beato como alcaldes de la Hermandad²¹⁶⁸.

A veces algún súbdito de los lugares arzobispales se dirigía al Prelado o al Cabildo sede vacante para pedir justicia. En estos casos, el Ordinario cometía al Gobernador de la villa o a su Alcalde Mayor para que proveyese justicia. Este es el caso de Diego Pérez, vecino de Cantillana, que se dirigió en 1571 al Cabildo implorando justicia.²¹⁶⁹ En 1571 de nuevo tenemos constancia de una visita de residencia: mandaron que se le pagase al licenciado Juan de Porras, de los ingresos de penas de cámara y gastos de justicia, el salario que se le dejó a deber en la sede vacante de don Hernando

²¹⁶⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 24. jueves 26 de marzo de 1556.

²¹⁶⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 20.

²¹⁶⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante de Gaspar de Zúñiga. Libro 296 (1). Jueves 18 de enero de 1571.

²¹⁶⁹ *Ibidem*. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539. Jueves primero de febrero de 1571.

Valdés de cuando fue a tomar residencia a los oficiales de la villa de Cantillana²¹⁷⁰. En esta sede vacante los canónigos mandaron a los alcaldes y justicias que no sacasen ni gastasen el pan de Cantillana, Brenes ni Villaverde, y que lo guardasen hasta que el Cabildo proveyese otra cosa²¹⁷¹.

Las rentas y diezmos de los lugares arzobispales se solían arrendar por el Mayordomo Mayor del Arzobispado. En 1570 Simón de Valdés arrendó a un vecino de Villanueva del Ariscal, Juan Suárez, y a dos vecinos de Umbrete, Pedro González y Bartolomé Sánchez Infante, la renta de la aceituna gorda.²¹⁷² El molino de Alcalá, que llamaban *del Arzobispo*, era mitad del Cabildo y mitad de la dignidad arzobispal, y se arrendaba por años. En 1570 tenemos la escritura que se hizo ante el Notario de la Mesa Diego Fernández en la que aparece que se arrendó al mejor pujador, un terciopelero, Jorge López, al que se le remató por 66.000 maravedís y 24 gallinas al año.²¹⁷³

En 1575 dos labradores de Rianzuela, uno como deudor y otro como fiador y pagador, arrendaron y se les remató en subasta el diezmo del vino de la localidad por 106.000 maravedís y 36 pares de gallinas vivas y buenas.²¹⁷⁴ Este mismo año el Arzobispo dio poder a Agustín Espínola, hijo de Francisco de Espínola, residente en la Corte y a Esteban de Ayala, residente en Sevilla, para que cobrasen a las personas y molinos donde estuviesen almacenados 8.000 arrobas de aceite de esquilmo y fruto de los olivares de Lopas y Umbrete. También les daba poder para cobrar a los arrendadores que debían 15.000 fanegas de trigo de la Dignidad que fue repartido entre arrendadores del Marquesado de Teva, Sierra de Aroche y Constantina y El Condado, con poder para embargar bienes y prender personas.²¹⁷⁵

También se solían dar las tierras a censo perpetuo a los labradores. En 1576 se dieron cuatro aranzadas de tierra de olivares y viñas, que estaban en el Pago de los Panaderos, que lindaba con las tierras del clérigo Pedro Mesa y con el majuelo que Juan Hormigo tenía cercado, cerca del término de Bollullos, por 12.000 maravedís al año.²¹⁷⁶ Al año siguiente el labrador de Umbrete Martín Sánchez tomó a censo perpetuo dos aranzadas de tierra en el mismo lugar por seis maravedís al año.²¹⁷⁷ Las condiciones del arrendamiento de las tierras eran:

- Entregar el doble en caso de impago y las costas si hubiese pleito.
- Compromiso de plantar en tres años las dos aranzadas de viña so pena de decomiso de las tierras y pagar lo que se debiera.
- Después de plantada la tierra se obligaba, a su costa, a darle cada año sus labores.
- Compromiso de no vender ni enajenar las tierras.
- Renuncia a las leyes en su favor y a pedir descuento en caso de que no hubiese provecho.
- Obligaba su persona y bienes y se hipotecaba.

²¹⁷⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante de Gaspar de Zúñiga, 1571 . Libro 296 (1). Martes 6 de febrero de 1571.

²¹⁷¹ *Ibidem*. Jueves primero de febrero de 1571.

²¹⁷² A.P.N.S. Legajo 12.399, fol. 584.

²¹⁷³ A.P.N. Legajo 12.325, año 1547, fol. 177 r.

²¹⁷⁴ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 525.

²¹⁷⁵ A.P.N.S. Legajo 12.428, año 1575, fol. 533.

²¹⁷⁶ A.P.N.S. Legajo 12.436, año 1576, fol. 755

²¹⁷⁷ A.P.N.S. Legajo 12.437, año 1577, fol. 73.

También tenemos constancia de que las alcaldías de los lugares del Arzobispo se arrendaban, como el caso de Alonso Marin y Diego de Espinosa, labradores de Umbrete que entregaron en 1575 al Mayordomo Mayor de la Mesa, Pedro de la Rosa, 19.000 maravedíes y 38 gallinas buenas y vivas, renunciando a su riesgo y ventura, para arrendar la alcaldía de Umbrete.²¹⁷⁸

A veces vemos a los Gobernadores de los lugares envueltos en negocios, como el caso de Cristóbal Torres, clérigo de Sanlúcar la Mayor y Gobernador y Justicia Mayor de las villas de Almonaster y Zalamea por el Arzobispo don Cristóbal de Rojas, que recibió en 1575 del señor Juan Alonso de Medina vecino de San Nicolás 37.274 maravedíes que le libró Rodrigo de Avilés, vecino de Córdoba, en el banco de Antonio y Pedro de Espinosa por orden del señor Pedro de Medina y Velasco, veinticuatro de Córdoba. En realidad los tenía que pagar a su padre, Francisco de Torres, a instancia de Pedro de Albarado, Mayordomo del Obispo de Córdoba, que los daba de los 100 ducados que Diego Morales le entregó de los frutos de sus beneficios.²¹⁷⁹

Finalmente, en el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, Felipe II mandó desamortizar algunos bienes eclesiásticos y se vendieron la mayor parte de los feudos arzobispales sevillanos. El Arzobispo dio poder al escribano público de Umbrete Alonso Nuñez para que se hallase presente en la tasación y aprecio de la villa de Rianzuela y su término con todas sus pertenencias, pues el Rey había mandado que un juez hiciese el aprecio.²¹⁸⁰ En la sede vacante los canónigos nombraron Alcalde Mayor de la villa de Umbrete a don Juan Bautista Montoya, Arcediano de Niebla y canónigo, y le mandaron que escribiese al Rey para impedir que se vendiese también la villa y sus olivares, donde el Arzobispo tenía su Palacio, y finalmente quedó como único reducto de las posesiones de la Dignidad.²¹⁸¹

El jueves 20 de octubre de 1580 se leyeron en el Cabildo sede vacante de Sevilla sendas cartas enviadas por Felipe II y por el Duque de Medina Sidonia para que contribuyesen con hombres y dinero para su inminente entrada en Portugal. El Arzobispo fallecido don Cristóbal de Rojas había ofrecido gente para este servicio y ahora el Rey pedía la mitad de lo que le prometió. Sin embargo los canónigos respondieron diciendo que la situación había cambiado desde la muerte del Prelado pues el Arzobispado de Sevilla ya no tenía pueblos sujetos, por haberse vendido todos excepto Umbrete, y que ellos no eran los responsables de la administración y cobranza de las rentas en sede vacante sino el Colector de la Cámara Apostólica.

A partir de este momento los únicos vasallos temporales del Arzobispo de Sevilla fueron los habitantes de Umbrete.²¹⁸² En la sede vacante de don Rodrigo de Castro fue Alcalde Mayor de Umbrete el canónigo don Luis Manuel Cano al que cometieron como Gobernador que confirmase la elección de los oficiales del Concejo de la villa, dándole

²¹⁷⁸ A.P.N.S. Legajo 12.424, año 1.575, fol 638.

²¹⁷⁹ A.P.N.S. Legajo 12.427, año 1.575 fol. 369.

²¹⁸⁰ A.P.N.S. Legajo 12.426, año 1.575, fol. 947.

²¹⁸¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval, martes 25 de septiembre de 1580.

²¹⁸² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601. lunes 30 de abril de 1601.

el poder del Cabildo para gobernar la villa y su término.²¹⁸³ También le mandaron que como Gobernador hiciera juntar a los letrados para ver la provisión que había traído del Consejo Real un vecino, Alonso Muñoz, y que había mandado ejecutar un Alcalde de Corte, don Luis de Mercado.²¹⁸⁴ En la sede vacante de don Fernando Niño de Guevara nombraron Alcalde Mayor de Umbrete y lugares anejos a la Dignidad Arzobispal al canónigo doctoral e Inquisidor Pedro de Villagómez²¹⁸⁵, y en la de don Pedro de Castro (1623) al canónigo Francisco Melgar con un salario anual de 24.000 maravedíes, 19 fanegas y nueve almudes de trigo y otras tantas de cebada.²¹⁸⁶

²¹⁸³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sábado 27 de diciembre de 1600.

²¹⁸⁴ *Ibidem*. Jueves 14 diciembre de 1600.

²¹⁸⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Ordinario. Libro 243. jueves 8 de enero de 1609.

²¹⁸⁶ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro, 1623-1624.

4.2.- El Gobierno eclesiástico de la periferia

La estructura eclesiástica territorial periférica de la diócesis se organizaba en torno a las vicarías. A la cabeza de cada una de ellas se encontraba el Vicario, nombrado por el Ordinario, y bajo su mando el Alguacil eclesiástico, que portaba la vara y ejercía el poder coactivo de la jurisdicción eclesiástica. Completaba el cuadro el Notario eclesiástico de la vicaría, que daba fe de los autos y diligencias practicadas por el vicario.

Desde la Baja Edad Media se aplicaron reformas que supusieron la supresión de la figura del Arcediano y del Arcipreste como oficiales con jurisdicción sobre una parte del territorio y su sustitución por los vicarios. Los antiguos arcedianos y arciprestes eran dignidades vitalicias, este privilegio les permitía evitar con facilidad los intentos de control del Prelado. Pero en la Edad Moderna, con la nueva planta organizativa, los vicarios se convirtieron en oficiales nombrados discrecionalmente por el Arzobispo a través de su Provisor delegado, como se especificaba en sus títulos de nombramiento, y esto quería decir que podían ser cesados a voluntad del Prelado, con causa o sin ella. Por tanto su obediencia y sometimiento a los dictados del centro estaba asegurada.

Estas reformas pretendían el control del espacio diocesano, procediendo, a través de la centralización²¹⁸⁷, a reducir las competencias de la oficialidad periférica, sobre todo en lo que respecta a la jurisdicción contenciosa y a la supresión de su autonomía, sometiéndolos directamente al Vicario General, en el caso sevillano, al Provisor.²¹⁸⁸ La división entre jurisdicción contenciosa y gubernativa o de gracia la encontramos en la mayoría de los tratadistas. El vicario foráneo tendría, según derecho canónico, la jurisdicción limitada y gubernativa y no la judicial o contenciosa, y de sus autos se podía apelar al Obispo. Pero en el arzobispado de Sevilla los vicarios también tenían jurisdicción contenciosa limitada en varias parcelas de competencias y formaban los expedientes pero no los fallaban, pues eran meros delegados.²¹⁸⁹

Se trataba de obtener una red de oficiales repartidos por el territorio que aseguraran el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, impartiendo justicia, vigilando y castigando, moldeando las conductas y las conciencias de los súbditos, disciplinando en suma; actuando en nombre de la jurisdicción eclesiástica pero con un claro carácter subsidiario del poder real, pues la implantación de éste en algunos rincones del territorio era débil y su presencia escasa.²¹⁹⁰

²¹⁸⁷ Véase: PALOMO, F.: “La autoridad de los Prelados postridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotónio de Braganza en el Arzobispado de Evora, 1578-1602”, *Hispania Sacra*, 47, Madrid 1995, p. 604.

²¹⁸⁸ Véanse entre otros: PRODI, P.: “Lineamenti dell’organizzazione diocesana in Bologna durante el episcopado di Gabriele Paleotti (1566-1597)”, en G. BENZINI y M. PREGARI (eds.), *Problemi di vita religiosa in Italia nel ‘500*, Padova, 1960, pp 323-394; PINTO CRESPO, V. y GALÁN CABILA, J.L.: “La Iglesia rural madrileña. Organización y control religioso (siglos XVI-XVII)” en S. MADRAZO y V. PINTO (eds.), *Madrid en la época moderna: Espacio, sociedad y cultura, Madrid*, U.A.M.-Casa de Velásquez, 1991, pp. 69-95; Ver también CANDAU CHACÓN, M.L.: *El clero rural de Sevilla en el siglo XVIII*, Sevilla, 1994.

²¹⁸⁹ DE LA FUENTE, V. y GÓMEZ SALAZAR, F.: *Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos*. Tomo I. Madrid, 1868. El Tribunal del Obispo.

²¹⁹⁰ Véase PALOMO, F., Op. Cit.

Los vicarios tenían una importante participación en la gestión y cobro de las rentas eclesiásticas, pues era frecuente que fueran también sus administradores en el territorio de la vicaría. Así lo vemos en la sede vacante de don Iñigo Manrique de Lara (1484-1485), cuando los canónigos ordenaron a su Mayordomo del Comunal, el jurado Juan de Lugo, que cobrase al vicario de Écija los maravedíes que debía, haciendo todas las diligencias necesarias hasta llegar a poner en entredicho a la ciudad si fuese necesario.²¹⁹¹ Y dieron poder al Alguacil Mayor, Antón Serrano, para enviar alguaciles por todo el arzobispado para hacer las ejecuciones de los mandamientos para el cobro de las rentas, con la condición de que no pudiese hacer más de una ejecución por cada deuda y que los mandamientos fuesen registrados por el lugarteniente del Alguacil. Se trataba de impedir un abuso frecuente, cuando una misma persona tenía más de una ejecución de deuda, el alguacil hacía diligencias distintas y cobraba los derechos multiplicados, incluyendo los gastos de su desplazamiento al lugar.

Cuando los pleitos relacionados con el cobro de diezmos eran de los arrendadores contra los deudores que no pagaban, se solía cometer a los vicarios a petición de los arrendadores de los diezmos. El vicario abría la sumaria información, tomaba declaración de testigos y dictaba autos, pero si el pleito proseguía o afectaba *super iure decimandi*, no lo conocía el vicario y lo remitía al Juez de la Iglesia en Sevilla que emitía la sentencia.

Aunque los vicarios eran oficiales del Arzobispo, el Cabildo Catedral tenía sumo interés en su nombramiento, pues, como administradores de las rentas eclesiásticas querían contar con vicarios afectos. En 1481, siendo Arzobispo don Pedro González de Mendoza, el Cabildo Catedral nombró una diputación de negocios formada por el Arcediano de Écija, el licenciado Porras, Pedro de Toledo y Andrés Moreno, para que entendiesen con el vicario de Jerez sobre los pleitos relativos a la administración de los diezmos.²¹⁹² Después oyeron la proposición del canónigo Joan Saavedra sobre el vicario que había que poner en Écija y del que había en Carmona, y los canónigos dijeron que *poner los dichos vicarios no pertenecía a ellos salvo a los oficiales del revmo. Cardenal* pero que habían rogado al Provisor, Francisco Pérez, que pusiese al racionero Juan de Molina y a otro racionero.²¹⁹³ Así pues, el Cabildo pretendía influir en el nombramiento de los vicarios, colocando oficiales afines a sus intereses en la administración de los diezmos de las vicarías, pero se encontraron evidentemente con la oposición del Provisor que sólo atendió como ruego la propuesta de dos candidatos racioneros.

Eso sí, en sede vacante los canónigos nombraban y cesaban vicarios, y en caso de litigios nombraban una *diputación de vicarios* para que resolviese el asunto. En 1485 nombraron por vicario de Écija al beneficiado de la Iglesia de Santa María de Écija, Juan Alfonso²¹⁹⁴; después nombraron vicario de El Puerto de Santa María al bachiller Juan Pérez de Morales y mandaron al vicario de Sanlúcar que diese a Juan de Avila dos mil maravedíes para reparar la cilla de la ciudad.²¹⁹⁵

²¹⁹¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, año 1484, Sede vacante de don Iñigo Manrique de Lara, fol. 19v. Los documentos que siguen a continuación correspondientes al Libro 3 poseen una datación confusa, pues aparece primero el año 1485, después 1482, y finalmente 1481.

²¹⁹² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, año 1481, fol. 57.

²¹⁹³ *Ibidem*, fol. 60.

²¹⁹⁴ *Ibidem*. Jueves 24 de marzo de 1485, fol. 20.

²¹⁹⁵ *Ibidem*. Viernes 12 de agosto de 1485.

En Gibraleón, un litigio entre la jurisdicción eclesiástica y la señorial había terminado en excomuniones y pleitos. El vicario, Cristóbal Martín, en defensa de la jurisdicción eclesiástica, había excomulgado al regidor del Concejo, Diego Fontiveros, y éste, en nombre de la Duquesa de Plasencia, señora jurisdiccional de la villa, había denunciado al vicario ante el Cabildo sede vacante. El Cabildo sede vacante depuso al vicario para complacer a la Duquesa, mientras se averiguaba la verdad de lo que contra él se alegaba, pero, tras la información sumaria, el vicario fue restituido en su oficio y el regidor absuelto de la excomunión.²¹⁹⁶ En este y en otros casos similares observamos que, si bien la maquinaria de la oficialidad eclesiástica realizaba funciones de control de la población subsidiariamente del poder seglar, real, municipal o señorial, los roces y los conflictos jurisdiccionales eran constantes.

En la sede vacante de don Diego Hurtado de Mendoza (1503) nombraron vicario de Rota al beneficiado de Sanlúcar de Barrameda Juan de Herrera, para que pudiese *oyr y decidir de cualesquier causas y facer todas las otras cosas que los dichos vicarios de antes que el han tenido el cargo*.²¹⁹⁷ En septiembre fueron informados que el vicario de Almonaster no *regía como era obligado* y cometieron al canónigo Diego López de Cortegana para que le escribiese y le hiciera saber *como sabían ellos algunas cosas de sus negligencias en el oficio*, y que escribiese a su sobrino, el canónigo, para ver si se podía proveer otro vicario sin abrir causa al que había.²¹⁹⁸ En octubre se quejaron los beneficiados y clérigos de Carmona del vicario y del sustituto que había puesto éste. Los canónigos decidieron revocar al sustituto y mandaron que sólo pudiese nombrar sustituto en caso de alguna indisposición.²¹⁹⁹

Una de las diligencias que solían practicar era asistir a los remates de obras y ventas de frutos y arrendamientos de las posesiones de las fábricas y patronatos y otros bienes espirituales. A veces, para evitar las costas de enviar *hacedores de rentas* a los lugares, se les encargaba a los vicarios las mayordomías de las fábricas y las administraciones de los patronatos y rentas eclesiásticas, y se les cometía que *pusieran a la vara* los diezmos y rentas eclesiásticas que posteriormente se remataban en Sevilla. Así que su participación en la gestión de los diezmos y las rentas eclesiásticas incluía desde el arrendamiento de las mismas hasta los pleitos por su cobro.

En 1562 nos consta que los canónigos propusieron al Prelado que para evitar los gastos de enviar *hacedores* de rentas a los lugares del arzobispado se cometiese a los vicarios que pusiesen a la vara algunas rentas como las de la *vellota* y las *rentillas del aceyte* para luego rematarlas en Sevilla a la vez que las del aceite.²²⁰⁰ Así que controlaban la gestión de los diezmos y el arrendamiento y almacenamiento del grano en las cillas, y a veces se veían envueltos en pleitos por los abusos, malversaciones e irregularidades que se producían en su gestión y cobro.

Cuando los vicarios eran nombrados *hacedores de las rentas eclesiásticas* de su vicaría su poder sobre la gestión de estas eran mucho mayor y, por tanto, la oportunidad

²¹⁹⁶ *Ibidem*, Jueves 24 de marzo de 1485, fol. 1. y 14.

²¹⁹⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. Sábado 17 de junio de 1503.

²¹⁹⁸ *Ibidem*, 19 de septiembre de 1503.

²¹⁹⁹ *Ibidem*, Martes 11 de octubre de 1503.

²²⁰⁰ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 27. Viernes 26 de junio de 1562.

de abusos crecía. Las rentas eclesiásticas se subastaban entre los administradores o arrendadores pero la connivencia y el cohecho entre arrendadores y vicarios era frecuente. Los administradores solían pagar una pila o depósito por el remate de las rentas, y al final del cobro se les devolvía, pero podía ocurrir que el vicario las retuviese poniendo de manifiesto la complicidad de ambas partes en el cohecho y la falsedad del proceso de subasta.²²⁰¹ En Écija se planteó un pleito entre el vicario, Alonso Chico de Molina, y el administrador de las rentas de la vicaría, que en este caso no eran la misma persona.²²⁰² En 1577 el vicario había cobrado cierta cantidad de pan a los arrendadores de los diezmos por el derecho de las pilas, cuando esto pertenecía como derecho de afianzamiento al administrador de las rentas. Aún así, parece que el vicario estaba bien relacionado y era un personaje influyente, pues esto no impidió que le refrendaran su título de vicario y además le nombraran lector de la Cátedra de Casos de Conciencia que se leía en la ciudad. Eso sí, antes le mandaron que devolviese a los arrendadores el pan que les había llevado. Y a tal fin nombraron una diputación formada por el Arcediano de Jerez y canónigo, don Baltasar Astudillo, y el Arcediano de Niebla y canónigo, don Juan Bautista de Montoya, para que fuesen y obligasen al vicario a la devolución de las pilas.²²⁰³

En 1582 fue visitador de Écija el canónigo de Sevilla Isidro de Cueva y en 1585 aparece de nuevo como vicario Alonso Chico de Molina, que en febrero de este año fue encausado por el Fiscal del Provisor por amancebamiento con una moza soltera, con la que tuvo una hija, y por varios delitos de incontinencia con otras mujeres de la localidad.²²⁰⁴ Del proceso se deduce que, en el contexto de la epidemia de peste de 1580-1581 que dio lugar a una recesión económica y posterior hambruna, el vicario aprovechaba su condición de administrador del trigo de una obra pía para casar huérfanas para conseguir los favores de mujeres pobres y desesperadas. En la relación de 1586 aparece de nuevo Chico de Molina como cura, junto a los seis beneficiados y una prestamera. Es posible que fuese apartado de su oficio mientras duraba la causa, pero la condena, si es que la hubo, no pudo ser muy severa, pues desde 1589 a 1593 hizo la visita el doctor Auñón de Orellana y en sus informes desde 1591 aparece de nuevo Alonso Chico de Molina como vicario de Ecija, y lo fue hasta 1597, año en que fue visitador don Aparicio Rendón.

El licenciado Juan Bautista Aldrete nos cuenta que de la acumulación de oficios en los vicarios se derivaban muchos perjuicios a las rentas eclesiásticas: *y más si son pobres los dichos vicarios y an procurado las dichas mayordomías y administraciones para remedio de sus necesidades*.²²⁰⁵ Algunas iglesias se aprovechaban de estos errores y el vicario no los podía corregir *porque no manifiesten lo que los tales vicarios*

²²⁰¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 27, año 1580: “que se trayga relación por los señores diputados de negocios del pleyto que se trato con el vicario de ecija sobre las pilas que se llevan a los administradores por el afianzamiento de las rentas del pan y si llebo el vicario estas pilas el año pasado de 77 y si lo ha buuelto a los arrendadores lo qual sepan los señores contadores del administrador de rentas de ecija y trayan relacion al cabildo para proveer justicia”.

²²⁰² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval, Lunes 17 de octubre de 1580.

²²⁰³ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval, Jueves 20 de octubre de 1580.

²²⁰⁴ A.G.A.S. Sección Justicia Criminal. Legajo 4472. El Fiscal contra Alonso Chico de Molina, vicario de Écija.

²²⁰⁵ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Memorial del licenciado don Juan Bautista Aldrete”.

*hacen*²²⁰⁶. Se veían, pues, desautorizados e imposibilitados de denunciar en otros lo que ellos mismos hacían y así quedaban impotentes para corregir los abusos, como era su obligación. También ocurría que no podían ser jueces y parte *que tan prohibido es en derecho*, y los visitadores no lo remediaban *antes les dan gusto por el respecto que les tienen y más si son favorecidos por los Oficiales destas Audiencias*.²²⁰⁷ Como en otros casos los mutuos intereses trabados a lo largo del tiempo conformaban una realidad de poder con potente implantación local. Pero para resistir los intentos por parte del poder central de desmontar estos aparatos había que completarlo con un tentáculo proyectado hacia el centro. Y aquí es donde aparecen las relaciones familiares o clientelares con los oficiales de las Audiencias o con los beneficiados de la Catedral. El remedio que proponía Aldrete era que ningún vicario fuese mayordomo ni tuviese administración de patronatos ni de bienes eclesiásticos, para que cumplieran con su oficio con más libertad.

Los canónigos en sede vacante se reservaban una serie de competencias, especialmente las relacionadas con los nombramientos y provisiones de gracia. Así, prohibían al Provisor y al resto de oficiales que proveyesen capellanías, beneficios y vicarías.²²⁰⁸ Para la elección y nombramiento de vicarios, los canónigos recibían peticiones de distintos candidatos, y, tras examinar las informaciones de vida, costumbres y suficiencia, proveían las distintas plazas. En 1571 la vicaría de El Pedroso estaba vacante por desistimiento del vicario, así que nombraron a Alonso Gómez, *atentos a sus virtudes y suficiencia*.²²⁰⁹ En caso de quejas o de manifiesto incumplimiento de algún vicario diputaban a un beneficiado de la Catedral para que hiciese averiguaciones antes de tomar una decisión. El martes 16 de enero de 1571 se recibió en el Cabildo una carta y petición de los clérigos de Jerez en la que se quejaban de su vicario, y mandaron a don Jerónimo Manrique que se informase de la verdad y lo refiriese en Cabildo para tomar una decisión.²²¹⁰

En tiempos de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1571-1580) el prelado nombraba 43 vicarios foráneos en las cabezas de las vicarías y estos conocían de una serie de causas propias de su oficio y otras en las que eran cometidos por los jueces. En cada pontificado se solía llamar a los curas y vicarios para refrendar sus licencias. En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval mandaron a todos los vicarios de los lugares del Arzobispado que en el plazo de 15 días viniesen a refrendar las licencias que tenían para usar sus oficios ante el Provisor sede vacante. Después hicieron un llamamiento para proveer los vicarios de Jerez, Cantillana, Castillo de las Guardas y Zufre, que estaban vacantes²²¹¹, y mandaron al Provisor sede vacante que refrendase el título de vicario de Moguer al clérigo Rodrigo de Lozana. Eligieron al clérigo, bachiller Juan Solier, como vicario de Cantillana y como vicario de Jerez nombraron al canónigo, licenciado Mariano de Quirós.

También trataron sobre una propuesta del canónigo Fernán Pérez de Saucedo para proveer la vicaría de Carmona y cometieron al canónigo, doctor Negrón, para que

²²⁰⁶ *Ibidem*.

²²⁰⁷ *Ibidem*.

²²⁰⁸ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 296 (1). Sede vacante de Gaspar de Zúñiga. Enero de 1571.

²²⁰⁹ *Ibidem*. Martes 23 de enero de 1571.

²²¹⁰ *Ibidem*. Martes 16 de enero de 1571.

²²¹¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, Sábado 8 de octubre de 1580.

hiciese información del que había nombrado.²²¹² Votaron verbalmente y eligieron como vicario de la villa de Carmona y su vicaria al doctor don Lope de León, clérigo presbítero, por el tiempo que fuese voluntad del Cabildo, y le cometieron sus veces y mandaron despacharle su título en forma, y mandaron que el que había sido vicario de Carmona hasta ahora se le acomodase en otro lugar pues no se le cesaba por deméritos.²²¹³ A menudo los beneficiados apadrinaban a un candidato para una vicaría importante, como la de Carmona, desplazando al que la ocupaba. Eso sí, como no había sido cesado, se le buscaba otra ubicación en el organigrama arzobispal. Aunque el oficio de vicario era un nombramiento deseable para cualquier clérigo, alguna vez un candidato lo rehusaba, como el caso de Gregorio de Ayala, clérigo de Cantillana, que rehusó el nombramiento en 1580.²²¹⁴

A veces, las denuncias contra un vicario podían provenir de un candidato rival que apetecía el oficio, o bien de un clero enemistado con su superior por el control que éste ejercía sobre ellos. Todas las quejas sobre los vicarios eran vistas por el Provisor, y en sede vacante por el Cabildo. También éstos veían las peticiones de vicarías, como la del licenciado Vargas que fue vicario de Trigueros y se quejaba de que se le hubiese quitado la vicaria *con falsa relación*. Cometieron a los canónigos Antonio González y al doctor Luciano Negrón para que se informasen y lo refiriesen en Cabildo.²²¹⁵ Después llamaron para ver si habían de remover al vicario de Jerez de la Frontera y nombrar otro²²¹⁶, mandaron llamar para proveer la vicaria de Moguer, y el jueves siguiente eligieron al presbítero de la villa, Francisco Luzero.²²¹⁷

El sábado 4 de febrero de 1581 decidieron que el vicario de Cantillana, bachiller Juan Solier, que se encontraba en Sevilla, se presentara personalmente en el Cabildo ante los canónigos para dar cuenta de lo que contra él había propuesto el canónigo doctor Cuevas.²²¹⁸ El miércoles siguiente llamaron para proveer la vicaría de El Puerto de Santa María por muerte del licenciado Juan Pérez de la Calle, eligieron al clérigo presbítero, licenciado Juan de Herrera, y decidieron que la de Cantillana no se proveyese en el bachiller Solier. El viernes siguiente eligieron como nuevo vicario de Cantillana al doctor García *por el tiempo que fuese su voluntad* y mandaron expedirle su título en forma.

El lunes 27 de febrero decidieron que se nombrase al doctor García de Alonso en la primera vicaría que hubiese vacante, y si no, se le diese la de Sanlúcar de Barrameda cuando marchase el vicario, que decía que se iba a Italia. Después eligieron nuevo Provisor, reservándose las provisiones de vicarías, capellanías y gracias, para que no las pudiese proveer el Provisor entrante, sino el Cabildo *como está mandado*.²²¹⁹ El jueves siguiente se desistió de la vicaría de Jerez el canónigo licenciado Mariano de Quirós, y mandaron llamar para proveerla, luego nombraron al canónigo Alonso Grandes Vargas. El martes 11 de abril cometieron al canónigo Isidro Cuevas que se informase cómo se solía proveer la vicaría de El Arahál, y el sábado 29 nombraron vicario de Gibraltor al clérigo presbítero Valentín de Solier. Mandaron llamar para proveer las de Sanlúcar de

²²¹² *Ibidem*. Jueves 27 de octubre de 1580.

²²¹³ *Ibidem*. Sábado 29 de octubre de 1580.

²²¹⁴ *Ibidem*. Martes 25 de octubre de 1580.

²²¹⁵ *Ibidem*. Jueves 3 de noviembre de 1580.

²²¹⁶ *Ibidem*. Miércoles 9 de noviembre de 1580.

²²¹⁷ *Ibidem*. Martes 15 de noviembre de 1580.

²²¹⁸ *Ibidem*. Sábado 4 de febrero de 1581.

²²¹⁹ *Ibidem*. Sábado 1 de abril de 1581.

Barrameda y Cantillana que estaban vacantes y nombraron al presbítero doctor García Alonso en Sanlúcar y a Alonso Fernández de Mesa en Cantillana.

La cuestión sobre el proceder en la provisión de la vicaría de El Arahal se refería a los usos y costumbres inmemoriales que, en el caso de poblaciones que pertenecían a un señor jurisdiccional, pasaban por negociaciones y sistemas de consulta con el gobernador del estado señorial o con el Concejo de la villa para proveer oficiales eclesiásticos con el acuerdo de ambas partes. Se trataría de, *mutatis mutandi*, una reproducción a pequeña escala del derecho de presentación del patronato regio.

A menudo el Juez de la Iglesia terminaba conociendo los pleitos en los que estaban incurso los vicarios, pues la mayoría de ellos se referían a cuestiones de la administración de los diezmos, y estas causas eran competencia de este juez eclesiástico. En esta sede vacante el vicario de El Castillo de las Guardas estaba implicado en una serie de pleitos con vecinos de la localidad; el Cabildo mandó al Provisor que se exonerara de estos pleitos para conocerlos ellos y nombró al canónigo Fernando de Mohedano para que visitara la villa e informara al Cabildo. Finalmente cometieron al Juez de la Iglesia para que conociese e hiciese justicia en las culpas que resultaban de la visita al Castillo de las Guardas. El jueves 18 de abril llamaron para proveer la vicaría de Huelva y el martes siguiente se la dieron al clérigo presbítero Francisco Romero. El martes 20 de junio mandaron proveer la vicaría de Gibralfaro que había vacado por muerte de Juan Solier y el jueves siguiente nombraron al clérigo presbítero de la villa, Rodrigo Gómes. Días más tarde recibieron cartas del Consejo y de los clérigos de la localidad quejándose de este nombramiento e informando sobre su persona. El martes 27 de junio de 1581 se discutió el problema que se había planteado con el vicario de Utrera y ordenaron al Provisor que hiciese justicia *procurándole honrar en lo que pudiere*. Después decidieron que se continuase y pasase ante el Juez de la Iglesia el pleito que había con el vicario de Trigueros pues correspondía a su tribunal.

La jerarquía del poder jurisdiccional partía, pues, del Arzobispo, pasaba por el Provisor y Vicario General y otros jueces de su nombramiento, y llegaba a los vicarios nombrados por éstos por delegación del Arzobispo; finalmente terminaba en los curas más antiguos de cada parroquia pues el paso del tiempo y la mucha edad lo habían decantado como elemento de confianza, fe y crédito, y resorte de control sobre la vida de la parroquia o iglesia, último jalón del espacio jurisdiccional. Si tenemos en cuenta que los vicarios eran los ojos del Arzobispo en su jurisdicción, los vigilantes y representantes del Prelado sobre el terreno, se trataba de una provisión muy importante pues aseguraba el tejido de poder a través del territorio del Arzobispado. Ahora bien, la delegación de funciones entrañaba descentralización y el peligro de la asunción indebida de competencias, pues el aparato quedaba mermado, mutilado en sus altas instancias, en detrimento de la centralización. En el siglo XVI, todavía como residuo de la independencia medieval de los ministros eclesiásticos territoriales, se dio un conflicto con los vicarios de Écija y Marchena en tiempos del Arzobispo don Cristóbal de Rojas. Y se llevaron pleitos contra estos dos vicarios, pues pretendían conocer en primera instancia apoyándose en algunos actos positivos y comisiones que se les habían dado, y, especialmente el vicario de Marchena, consiguieron *auto de interim*, es decir, reconocimiento provisional de sus pretensiones mientras se resolvía el pleito en las instancias de apelación.

A la muerte de don Cristóbal de Rojas y Sandoval el Cabildo sede vacante se encontró el pleito. El 20 de octubre de 1580 cometieron a los contadores de la Catedral para que viesan el pleito y lo trataran con el Procurador de la Audiencia del Provisor, Melchor de Aguilar.²²²⁰ Después cometieron al canónigo, licenciado Juan Rodríguez, para que escribiese a la Chancillería de Granada donde estaba el pleito y se pidiese que, puesto que la silla arzobispal estaba vacante e indefensa que mandasen sobreseer el negocio.²²²¹ El Secretario de Cámara, Gaspar Aragonés, hizo probanzas en contra por orden del Prelado y don Rodrigo de Castro se encontró a su llegada el pleito pendiente. Al final la vicaría de Écija se redujo en sus pretensiones por autos del Consejo de Castilla y la de Marchena por sentencia de la Chancillería de Granada. Los vicarios de Écija y Marchena perdieron la batalla jurídica a pesar de haberla seguido hasta agotar todas las instancias de apelación, pero terminaron siendo reducidos por la jurisdicción real en Madrid, en un caso, y en Granada, en el otro. No ganaron nada en sus pretensiones pues al final quedaron en que sólo podían llamar a legos a la cabeza de su distrito según *la ley de los 4 casos*; es decir, en las causas matrimoniales, beneficiales, criminales y decimales, todas las causas en las que el eclesiástico podía conocer de legos y en ninguna otra. Para Aragonés el problema se reducía a la ambición de poder de los vicarios, y para evitarlo había que restringir su jurisdicción: *y por escusar estos pleitos y que algunos vicarios tienen ambición de mandar es necesario no dalles mano sino restringillos*.²²²²

A la muerte de su sucesor, don Rodrigo de Castro (1600), el Secretario de Cámara, Gaspar Aragonés, advertía al Provisor, Luciano Negrón, que, *dado que eran oficios muy onerosos es justo proveer a las personas beneméritas*,²²²³ así que recomendaba que no hubiese precipitación y no se proveyesen sin exponer con anterioridad al Prelado los sujetos dignos, y enviarle relación e informes de las calidades de los candidatos para que el nuevo Prelado, don Fernando Niño, a su llegada, dispusiese a su voluntad. Mientras tanto, en ausencia de vicario, el cura más antiguo presidía la iglesia, y por costumbre, a él se le cometían los casos en que solía entender el Vicario. Especialmente en ciudades importantes como Écija, Jerez, Carmona, Osuna, Morón, Marchena, San Lucar la Mayor, Alcalá de Guadaira, El Arahál, Utrera, Aracena, Cazalla y Constantina. Asimismo Aragonés advertía al Provisor y al Juez de la Iglesia para que no diesen comisión general a ningún vicario para el conocimiento de causas, pues por costumbre inmemorial y las constituciones del Arzobispado no tenían jurisdicción más que para pleitos civiles que no excediesen de 6 reales. La comisión general suponía el peligro de la asunción de competencias y de extensión de la jurisdicción del vicario a costa del centro, reproduciendo las veleidades de independencia que se querían evitar.

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600) los canónigos de nuevo se reservaron las provisiones de las vicarías y mandaron que los que fuesen nombrados oficiales en sede vacante no hicieran ni proveyeran oficios.²²²⁴ A continuación mandaron llamar para nombrar a los vicarios y ratificaron a los que estaban, exepcto al

²²²⁰ *Ibidem*. 20 de octubre de 1580.

²²²¹ *Ibidem*. 27 de octubre de 1580.

²²²² A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Lo que se ofrece que será necesario advertir al Illmo Cardenal don Fernando Niño...”.

²²²³ *Ibidem*.

²²²⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. Martes 19 de septiembre de 1600.

de Jerez, donde nombraron al clérigo Alonso Adame, en Carmona a Juan de Vilches, en Constantina al licenciado Barrera, en Zufre a Melchor Gálvez, en Santa Olalla a Juan Martínez, en Utrera a Alonso Estevan de la Barreda y en Rota al licenciado Gaspar Correa, y mandaron que en quince días viniesen a Sevilla a por sus títulos. Días más tarde nombraron también como vicario de Alanís a Juan Rodríguez Melgarejo y mandaron al Provisor que viese su petición de licencia para tener un Oratorio en su casa de campo.²²²⁵ También cambiaron al vicario de Zufre y nombraron al presbítero Alonso Vasques Valladares; como vicario de Morón pusieron al presbítero de la villa, doctor García de Avila²²²⁶, en Aracena nombraron al clérigo presbítero Miguel Parrales, pues se había desistido del oficio el doctor Luis Infante, y finalmente también nombraron vicarios en Cazalla y Zalamea.²²²⁷

Durante la Edad Moderna los vicarios fueron ganando protagonismo en detrimento de los visitadores, pues la presencia de éstos en su vereda era efímera mientras los vicarios residían en su distrito: *la obligación que tienen los vicarios de dar cuenta de las cosas de su vicaría porque los visitadores van de tarde en tarde y no se puede tener relación de lo que ay para remediar lo que tuviese necesidad de remedio.*²²²⁸ A veces por la tardanza o por indisposición se cometía al vicario tareas propias de los visitadores. Como por ejemplo el tomar las cuentas a los mayordomos de las fábricas y a los colectores de las iglesias, e incluso el nombramiento de éstos. En la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601) tenemos algunos ejemplos; el Provisor mandó al vicario de El Puerto que tomase las cuentas de los mayordomos y de los colectores de las fábricas, y que hiciese relación de los que fuesen más a propósito para ser nombrados mayordomos y colectores²²²⁹. También cometieron al Provisor para que reclamase al vicario de Zalamea que tomase las cuentas de las mayordomías y de las colecturías de la villa.

En esta sede vacante los canónigos también mandaron al Provisor que actuase contra el vicario de Écija, Juan de Montoro, porque había entregado los libros de visita de las iglesias del lugar al beneficiado Aldrete para llevarlos a Granada y presentarlos en un pleito que mantenían los beneficiados con el visitador Pedro de Santander. Así que el vicario había actuado contra los intereses del gobierno arzobispal, al cual representaba, y a favor de los beneficiados de la localidad, a los cuales era su obligación vigilar y controlar.²²³⁰

El vicario foráneo era una pieza fundamental de la maquinaria de gobierno arzobispal. Dominaba el distrito de su vicaría y ejecutaba las órdenes emanadas desde el centro. Un mandato de la Corona, como fue la orden de hacer el inventario de la plata blanca y dorada que había en el reino, llegaba al Ordinario de Sevilla, y éste, a través de su Provisor, la hacía llegar a los vicarios y curas más antiguos. Se trataba de inventariar, ante los apuros de la Hacienda Real, toda la plata en poder de los eclesiásticos. Los curas más antiguos de las parroquias, y los vicarios en los distritos de sus vicarías,

²²²⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 1600-1601. jueves 19 de octubre de 1600.

²²²⁶ *Ibidem*. sábado 30 de diciembre de 1600.

²²²⁷ *Ibidem*. sábado 30 de diciembre de 1600; martes 2 de enero de 1601; jueves 19 de enero de 1601.

²²²⁸ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Informe del Secretario de Cámara Cristóbal Aybar. 1615.

²²²⁹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601. sábado 30 de diciembre de 1600. sábado 10 de enero de 1601.

²²³⁰ *Ibidem*. sábado 30 de diciembre de 1600; martes 2 de enero de 1601.

recogieron los inventarios, en los que se incluía el peso y la hechura de todas las piezas, pero no así las de las fábricas de las iglesias, que tras un forcejeo inicial quedó exenta del registro e inventario, que enviaron finalmente al Asistente de la ciudad.²²³¹

En 1601, de nuevo haciendo las veces del visitador ausente, el vicario de Jerez, licenciado Adame, cometido por el Provisor, prosiguió la visita de su vicaría que había dejado inconclusa el visitador.²²³² Y un mes más tarde, el Provisor mandaba al vicario de Morón que enviase la relación de *todo lo que ay cerca de la dicha iglesia del dicho lugar y el dinero en cuyo poder está*.²²³³ Los vicarios, como administradores de las rentas decimales, solían tratar con los mayordomos de las iglesias. El jueves 15 de febrero de 1601 cometieron al vicario de Cañete la Real, Francisco Segovia, para que, como administrador de las rentas decimales, recibiese las fianzas del mayordomo de la iglesia hasta que fuese el visitador.²²³⁴ Y al vicario de Jerez para que tomase las cuentas al bachiller Luis de Alvarado, clérigo presbítero y mayordomo de la iglesia de Sant Dionis.²²³⁵ Al Provisor le mandaron que reclamase al vicario de Zalamea que tomase las cuentas de la mayordomía y colecturía de misas de Zalamea, y que enviase comisión a Sanlúcar de Barrameda para que el vicario hiciese relación de los patronatos que había en la ciudad y las obligaciones que contenían.²²³⁶ Y que el Provisor viese la información que había hecho el notario Juan de Montoro contra el vicario de Écija e informase al Cabildo.

En la sede vacante de don Pedro de Castro (1624) también se reservaron las provisiones de capellanías, vicarías y gracias. Los vicarios informaban al Ordinario de todo lo referente a los clérigos de su distrito. El martes 24 de enero de 1624 preguntaron los canónigos al vicario de El Puerto por un cura del que había hecho un informe el visitador Centeno. De nuevo, al tomar posesión de la jurisdicción ordinaria del Arzobispado, los canónigos en sede vacante nombraron vicarios, ratificando a los que había o cesando y nombrando otros nuevos²²³⁷; a tal fin cometieron a Francisco Melgar y a Joan Pichardo para que viesan las personas *más a propósito*. En la vicaría de Sanlúcar de Barrameda nombraron a Luis de León Garavito, que ya lo era, y además tenía la recomendación por carta del Duque de Medina Sidonia. Los señores jurisdiccionales, en el territorio de su estado, proponían sus candidatos para vicarios, y hacían gestiones ante el Ordinario en Sevilla para que fuesen nombrados. Normalmente se atendían estas peticiones, pero el peligro de nombrar un vicario *de ruego* era su dependencia del poder señorial y el subsiguiente conflicto de lealtades.

También podía suceder que el señor pidiese al Ordinario que cesase a un vicario con el que no estaba en buenas relaciones. El Duque de Medina Sidonia pidió por carta a los canónigos que nombrasen otro vicario en el Puerto de Santa María porque el que

²²³¹ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. sábado 30 de diciembre de 1600; martes 2 de enero de 1601; lunes 30 de abril de 1601.

²²³² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, sábado 19 de mayo de 1601.

²²³³ *Ibidem*. Sábado 17 de febrero de 1601.

²²³⁴ *Ibidem*. sábado 30 de diciembre de 1600; martes 2 de enero de 1601; lunes 30 de abril de 1601; jueves 15 de febrero de 1601.

²²³⁵ *Ibidem*. Martes 20 de febrero de 1601.

²²³⁶ *Ibidem*. Jueves 16 de abril de 1601.

²²³⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, Martes 23 de enero de 1624.

había tenía *mala correspondencia* con la Duquesa. El Cabildo respondió que se detendría al vicario para castigarle y se le enviaría licencia a la señora Duquesa para que ella, *con su familia de mujeres*, pudiese cumplir con el precepto pascual en la parroquia que quisiera.²²³⁸ Se ve que el vicario había sido inflexible y no había consentido en los privilegios que demandaba la Duquesa de confesar y comulgar en la parroquia que quisiese, sino en la que le correspondía según padrón. Este celo en el cumplimiento de su deber le costó el cargo, pues los preceptos, aún los más sagrados, siempre estaban sometidos a las excepciones y las gracias, es decir a la acción de los privilegiados.

Los canónigos también confirmaron a los administradores de las rentas que eran vicarios con título del Arzobispo don Pedro de Castro y les dieron nuevo título. A los administradores de Jerez, El Puerto de Santa María, Écija, Morón, Marchena, Constantina, Cazalla, Utrera, Zalamea, Trigueros y Alcalá de Guadaira los ratificaron en sus cargos y mandaron que en ausencia del de Alcalá hiciese el oficio el cura más antiguo, Pedro Gaitán. Además nombraron al vicario de Jerez, doctor Fernando de Vera, como administrador del Hospital de la Sangre con las preeminencias que habían tenido sus antecesores, y le encargaron que reparase el Hospital, cometiendo al visitador de hospitales, don Juan de Guzmán, para que hiciese las gestiones y acordase con el vicario.²²³⁹ El Administrador de las rentas de Gibraleón, Martín de Abrigo, pidió la vicaría y se cometió a los diputados de vicarías para que lo viesan.²²⁴⁰

Después se proveyeron las vicarías que faltaban, menos las de Aznalcázar, Cala, Gibraleón, Sanlúcar la Mayor y la Palma, *por no estar bien ajustada la información que hicieron los diputados*, así que mandaron que la recibiese el Provisor y el canónigo don Félix de Guzman, con el Secretario de los Autos Capitulares sede vacante.²²⁴¹ Cuando había varios candidatos la elección se sometía a votación; es el caso del vicario de Sanlúcar la Mayor donde salió elegido Bartolomé de Morales.²²⁴²

Tras recibir las informaciones de los candidatos, el jueves 25 de enero nombraron a los vicarios de Aznalcázar, licenciado Moreno de Ortega, de Cala, a Sebastián de Herrera, que ya lo era, de La Palma, al cura más antiguo de la localidad, Francisco Sánchez, y de Sanlúcar la Mayor mandaron llamar para otro día. El vicario de La Puebla de Cazalla, en una carta enviada al Cabildo, se defendía de una acusación aduciendo que si los clérigos de la localidad se quejaban de él era porque *los componía mandándoles residiesen y cumpliesen sus obligaciones*²²⁴³; mandaron que el Provisor viese la carta para estar advertido. Los diputados de vicarios vieron las causas que éstos tenían pendientes e informaron al Cabildo, que decidió los nombramientos. El vicario de Gibraleón tenía pendiente una causa ante el Juez de la Iglesia, que como juez competente en las causas decimales conocía los pleitos que se generaban en la administración de los diezmos.²²⁴⁴ Los diputados informaron y el Cabildo decidió darle la vicaría al que había sido nombrado nuevo Administrador de las rentas decimales, Martín Priego de Ábrego.²²⁴⁵

²²³⁸ *Ibidem*. Martes 16 de abril de 1624.

²²³⁹ *Ibidem*. Martes 16 de abril de 1624.

²²⁴⁰ *Ibidem*. Jueves primero de febrero de 1624.

²²⁴¹ *Ibidem*. 4 de enero de 1624, fol. 14.

²²⁴² *Ibidem*. Sábado 10 de febrero de 1624.

²²⁴³ *Ibidem*. Jueves 25 de enero de 1624, fol. 14.

²²⁴⁴ *Ibidem*. Sábado 10 de febrero de 1624.

²²⁴⁵ *Ibidem*. Jueves 15 de febrero de 1624, fol. 22.

No sólo el poder señorial tenía sus intereses y sus candidatos en la maquinaria eclesiástica, también las villas y ciudades, a través de sus concejos, hacían gestiones y presiones para ganar poder e influencias, o al menos para no perderlo. Así se planteó la disputa entre dos localidades, Almonaster y Aroche, por ser sede de la vicaría de la sierra. El Administrador de las rentas eclesiásticas de Aroche había sido nombrado vicario, y la sede de la vicaría, que antes había estado en Almonaster, pasó al domicilio del nuevo vicario en Aroche. El Consejo de Almonaster pidió por carta que se le restituyera la vicaría²²⁴⁶, y dos días más tarde, el que fue vicario de Almonaster también se unía a la petición de devolución; el Cabildo mandó que en un plazo de 8 días el vicario de Aroche se fuese a vivir a Almonaster, y si no, que se le diese el título al que lo era antes. Finalmente el Cabildo le concedió dos meses para que mudase su casa a Almonaster.

En un escrito, el canónigo Félix de Guzman, aducía que el bachiller Alvaro González había sido vicario *con la aprobación general*²²⁴⁷ desde hacía más de 22 años, y debía ser ratificado en su oficio; y que Pedro Vásquez, que ahora era el vicario, residía en la villa de Aroche, mientras el oficio estaba en Almonaster desde tiempo inmemorial, para comodidad de los eclesiásticos y de los seglares de la vicaría, pues si se la mudaba a Aroche sería un gasto para los negociantes. A esta protesta también se allegó el Arcediano de Écija, don Fernando de Andrada, y el canónigo Bartolomé del Salto. De parte del nuevo vicario intervino don Diego Arias de Mendoza que contradijo el término tan breve que se le daba para mudarse y defendió la necesidad de mudar la vicaría a Aroche, pues por la petición de Pedro Vásquez constaba que después de venderse la jurisdicción de Almonaster, hacía 40 años, nunca más fue cabeza de vicaría. Y que en 1582 fue vicario de Almonaster Diego Cornejo, que era el cura de Zalamea, y vivió allí y no en Almonaster, y luego le sucedió Juan Salvador, cura de Cortegana, que vivió y murió en Cortegana, y hacía más de 36 años que estaba la administración de la vicaría en la villa de Aroche y era de tanta comodidad para los de Aroche, tanto clérigos como legos, como para los de Almonaster.

En esta lucha de intereses contrapuestos era imprescindible tener quien apadrinase los propios, y nada mejor que un beneficiado de la Catedral o un oficial del Arzobispo para lanzar un tentáculo de la periferia al centro. De esta forma se tejía una red de favores, una clientela que a menudo estaba trufada de parentesco, pero no necesariamente, y siempre de fidelidades mutuas.

El Vicario tenía mucho poder en su distrito, así que su nombramiento era muy importante pues tenía consecuencias de gran alcance para el mantenimiento y el reforzamiento de la jurisdicción eclesiástica. Al mismo tiempo el oficio era apetecido por muchos, y el Provisor recibía recomendaciones y presiones para nombrar vicarios de entre los candidatos presentados. En sede vacante normalmente los canónigos, o el Provisor, confirmaban a los vicarios en sus puestos, pero también era el momento del *ajuste de cuentas* o de colocar a los individuos que mejor sirvieran en la periferia a los intereses de los prebendados de la Iglesia Matriz, sobre todo teniendo en cuenta la intervención de los vicarios en la gestión y el cobro de las rentas eclesiásticas. A menudo nombraban a sus familiares o clientes contribuyendo a la formación de una alianza de intereses mutuos entre el centro y la periferia. El mecanismo consistía en el

²²⁴⁶ *Ibidem*. Martes 23 de enero de 1624.

²²⁴⁷ *Ibidem*. Martes 6 de febrero de 1624.

nombramiento de una comisión de diputados para que informara al Cabildo sede vacante de los méritos de cada candidato.

La expansión de los regulares a menudo planteaba problemas a las iglesias, pues suponía una competencia por las limosnas de los seglares. En esta disputa, el vicario defendía los intereses del clero secular y contaba con la ayuda del Provisor en Sevilla. El vicario de El Puerto, Francisco Negrete, pidió al Provisor que se estorbase la entrada de los frailes franciscanos descalzos en la localidad, pues querían establecerse junto a la iglesia²²⁴⁸. Sin embargo, en otros casos el vicario podía convertirse en el mejor valedor de una orden religiosa que quisiera implantarse en una localidad, cuando se considerase que era de utilidad y que no entraba en colisión con los intereses del clero secular. Tenemos el ejemplo del vicario de Écija que juntó al clero de la ciudad para proponerles la utilidad de la fundación de un convento de frailes terceros. En vista de que el clero no puso ningún impedimento el Cabildo mandó llamar para darles la licencia²²⁴⁹.

Los vicarios solían absolver y dispensar en algunos casos reservados con comisión del Ordinario. En Écija dieron comisión a su vicario para que pudiese dispensar con los casados que no se habían velado y también lo autorizaron para hacer las informaciones para casarse, siempre que los contrayentes fuesen naturales de la localidad, contradiciendo la prohibición que había dado el Juez de la Iglesia, al cual correspondía la competencia en materia matrimonial. Se trataba de facilitar a los contrayentes las diligencias para que no tuviesen que desplazarse a Sevilla. El Cabildo ordenó al Juez que hiciese lo que se hacía en tiempos del Arzobispo don Pedro de Castro, dando comisión al vicario para que hiciese las informaciones²²⁵⁰.

En caso de necesidad los vicarios podían pedir licencia para administrar los sacramentos. El vicario de Cumbres Mayores pidió que, por ser Cuaresma y no haber más que un cura que administrase los sacramentos en la localidad, se le diese carta de cura porque hacían falta más ministros²²⁵¹. Y el vicario de Lebrija pidió que le diesen carta de cura, y, puesto que por su oficio no tenía derechos, le diesen tres reales por cada entierro; el Cabildo decidió darle la carta de cura como pedía, pero le negó la percepción de derechos por los entierros, remitiéndose en esto a lo que mandaba el Sínodo del Arzobispado.²²⁵² Como se ve, tras la petición de licencia no latía sólo la preocupación por satisfacer las necesidades sacramentales de la parroquia, sino el deseo de percibir derechos adicionales por su administración.

En mayo de 1624, en la sede vacante de don Pedro de Castro, hubo un conflicto de jurisdicciones entre el Provisor del obispado de Cádiz, sufragáneo de Sevilla, y el Provisor del Arzobispado, en el que se vio envuelto el vicario, que recibía órdenes desde Sevilla. El Deán juntó un Cabildo extraordinario para oír la petición del clero de El Puerto de Santa María pues decían que habían apresado al vicario por mandato del Obispo de Cádiz con la ayuda de una escuadra de soldados del Duque de Fernandina, y lo habían embarcado para Cádiz.²²⁵³ Dos días más tarde de nuevo se reunió el Cabildo extraordinario en domingo para escuchar la información que el Provisor traía sobre el

²²⁴⁸ *Ibidem*. Jueves 25 de enero de 1624.

²²⁴⁹ *Ibidem*. Jueves 15 de febrero de 1624, fol. 22 bis.

²²⁵⁰ *Ibidem*. Lunes 26 de febrero de 1624.

²²⁵¹ *Ibidem*. Miércoles 28 de febrero de 1624.

²²⁵² *Ibidem*. Martes 7 de mayo de 1624.

²²⁵³ *Ibidem*. Viernes 3 de mayo de 1624.

caso del vicario de El Puerto. A continuación hicieron entrar en Cabildo al notario Gibraleón, que esperaba a la puerta y traía la información que enviaba el notario de la vicaría. En ella constaba que el notario del Provisor de Cádiz, un tal Robles, había notificado un mandamiento para que nadie obedeciese los mandatos del Provisor de Sevilla y que se borrasen los excomulgados que hubiese puestos por su orden. El Cabildo mandó que fuese a El Puerto el Fiscal eclesiástico con título de vicario y se enviase la información de lo ocurrido al Arzobispo electo, Luis Fernández de Córdoba, que se escribiesen cartas al Consejo Real y al Consejo de Guerra dándoles cuenta de los excesos cometidos y se escribiese también al señor don Diego Brochero, del Consejo de Estado, que estaba en Cádiz, para que hiciese soltar al vicario y tratase con el Duque de Fernandina, pues tenía intención de burlar el entredicho que había puesto sobre la ciudad y enterrar a los muertos con los capellanes de galera.²²⁵⁴ El Provisor informó que en El Puerto estaban cerradas las iglesias y cercadas por soldados para que no entrasen los clérigos a publicar la excomunión de los que habían apresado al vicario; el Cabildo mandó que se enviase informe de esto al Consejo Real.²²⁵⁵

Al vicario se le cometían algunas causas particulares para conocer deudas contra clérigos hasta una cuantía de 30 ducados como máximo. Si se excedía de esta cantidad o si el actor demandante era pobre para pleitear se cometía al vicario que fulminase el proceso hasta la conclusión y lo remitiese después en el estado en que se hallase al Juez de la Iglesia para que lo viese y sentenciase. Si no se excedía de tres mil maravedíes, en los pleitos en los que los seglares pobres demandaban por servicios prestados a los clérigos, se cometían a los vicarios para evitar los gastos que se originarían de llevar el litigio al Juez de la Iglesia en Sevilla²²⁵⁶. Los vicarios no solían ser juristas y sólo se le cometían *provanzas*, informaciones de testigos y otros autos particulares, y al final todas las causas llegaban ante el Provisor o Juez de la Iglesia dependiendo de quien tuviese la competencia en el negocio.

El vicario tenía jurisdicción limitada en el ámbito territorial de su vicaría, donde realizaba una serie amplia de diligencias, de oficio o cometido por los jueces eclesiásticos. Disponía de un Notario de la vicaría para los autos y diligencias que fuesen necesarios y aranceles aprobados en los Sínodos que regulaban el pago de derechos por parte de los *administrados*. A veces surgían disputas por el cobro de derechos entre el vicario y su notario. En 1624 El Juez de Residencia informó que en Alanís el notario de la vicaría no quería escribir las causas con el vicario, así que avisó al Provisor para que le enviase un mandamiento para que lo hiciera²²⁵⁷.

Los vicarios hacían autos y diligencias en virtud de comisión del Provisor para imponer censos sobre solares, tierras y viñas. Examinaban testigos en numerosos negocios, como dispensas y nulidades matrimoniales, palabras de casamiento, nulidades de profesión de religiosos y religiosas, divorcios, información de inmunidades, de pobreza y otras. Estas diligencias solían contener exámenes de testigos en la sumaria información para después hacer las ratificaciones en plenario ante el Juez. También realizaban informaciones *de genere et moribus* y exámenes de testigos en negocios civiles y criminales cometidos por el Provisor o Juez de la Iglesia. Tanto el vicario

²²⁵⁴ *Ibidem*. Domingo 5 de mayo de 1624.

²²⁵⁵ *Ibidem*. 9 de mayo de 1624.

²²⁵⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Carta al Prelado del doctor Bartolomé Díaz Jiménez”.

²²⁵⁷ *Ibidem*. Jueves 8 de febrero de 1624.

como el notario tenían sus aranceles de derechos que debían cobrar por cada diligencia que practicasen. Los aranceles oficiales insistían en que no se excediesen los derechos cometiendo fraudes, aumentándolos con la extensión de pies y cabezas de las diligencias de examen, *ni otra alguna interpretación que se le quiera dar*.²²⁵⁸ También mandaban que, en aquellos lugares apartados y pobres en los que por costumbre se hubiesen llevado menos derechos de los que mandaba el arancel, se respetase la costumbre y no se excediesen por los vicarios, curas, notarios y ministros, entendiéndose que el arancel era para los que buenamente pudiesen pagarlo pero no para los pobres *que por obligación de justicia se les debe despachar como tales enteramente o ayudados y aliviados en la mitad*.²²⁵⁹

Dentro de los derechos iban incluidas las comprobaciones de las fe de bautismo y de casamiento, que se realizaban por el notario por mandado del vicario, y otras que se pidiesen en los escrutinios de los ordenandos. Una parte del informe que recibían los vicarios en estos escrutinios era *in voce*; el vicario que lo tramitaba tenía obligación, no sólo a través de los testigos presentados por el ordenando, gente abonada y de suficiente edad para conocer a los padres y abuelos del candidato, sino del resto de los vecinos, de cerciorarse de la idoneidad del aspirante. Se trataba de comprobar no sólo la suficiencia moral y la conducta intachable del aspirante a ordenarse, sino su limpia generación, evitando a cualquier candidato que tuviese entre sus ascendientes mácula de judío, morisco, o penitenciado por la Inquisición. Y así debía ponerlo por escrito en el escrutinio. Los aranceles mandaban que no se llevasen derechos por estos informes *in voce*, corrigiendo cualquier abuso que hubiese habido en contrario (*no es decente llevar por esto derechos*), pues el informe era obligación del vicario y totalmente oral, sin participación del notario y sin declaración por escrito de los testigos. Tampoco los debían llevar por leer los Edictos, en los que se anunciaba públicamente la intención del aspirante a ingresar en órdenes, o por las tres moniciones que se hacían en el Ofertorio de la misa mayor, porque la publicación y lectura era obligación del cura, el cual llevaba un real por cada publicación, que incluía la fe que había de dar de haber leído y publicado los Edictos.

El vicario también exploraba la voluntad de las novicias, en virtud de comisión del Provisor, ya fuese de convento sujeto al Ordinario o exento. Recibía mandamientos de ejecución de los jueces y los llevaba a cabo, como el nombramiento de notarios y alguaciles eclesiásticos, que los hacía cometido por el Provisor. También actuaba cometido en los pregones y *albalas*, en el remate y venta de bienes y fincas, o para darlas a tributo o en arrendamiento, temporal o vitalicio. Donde no había pregoneros el notario fijaba unas cédulas o edictos en lugares públicos, dando fe de haberlas fijado y haber permanecido 30 días, como se mandaba en derecho. Donde había pregonero el notario de la vicaría le daba la cédula expresando en ella lo que se pretendía vender o dar a tributo. Cumplido el término, el pregonero se presentaba ante el notario y hacía declaración bajo juramento de haber pregonado en los términos y sitios públicos establecidos. Después citaba a remate y pronunciaba sentencia de remate y pronunciación, culminando la venta.

También hacía las diligencias de fianza, de tasación de costas, los mandamientos de apremio y los requerimientos y embargos de bienes y depósitos, auxiliado por el

²²⁵⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. “Arancel de los derechos que han de llevar los vicarios y Alguaciles eclesiásticos de la vicaría”.

²²⁵⁹ *Ibidem*.

alguacil eclesiástico y el notario de la vicaría. Sacaba instrumentos y exhortos mediante compulsorios, daba posesión de capellanías, sepulturas y beneficios, y posesión y amparo de fincas. Hacía diligencias de visita y reconocimiento, aprecio, posesión y amparo de alguna casa, tierra, heredad o finca, en la ciudad o en el campo, por comisión y junto con el notario. En caso de desplazamiento al campo o a otra ciudad, el vicario y notario incrementaban sus derechos; los aranceles siempre recomendaban que se tasasen los derechos con moderación, anotándolos en la ejecución de la comisión para que se vieses y reconociesen por el Juez y en caso de exceso se mandase restituir el doble, a la primera vez, y a la segunda se privaría del oficio a notario y vicario. En las capellanías de nueva erección el vicario nombraba *apreciadores* para que valorasen las fincas con las que se pretendía dotar la nueva capellanía. Después los apreciadores debían aceptar y jurar el nombramiento. El vicario hacía las declaraciones y aprecio, y también solía hacer exámenes de testigos en razón de las libertades y seguridad de las fincas, para que no estuviesen gravadas con tributos o cargas; en todas estas diligencias intervenía el notario, y el vicario emitía su informe.

Los provisos nombraban a los alguaciles eclesiásticos de los lugares y los vicarios, cometidos por el Provisor le entregaban la *vara*, símbolo del poder coactivo arzobispal en el espacio jurisdiccional de la vicaría, a la persona elegida para desempeñar este oficio. A veces los vicarios proveían el oficio de alguacil de su vicaría, que después era refrendado por el Provisor entregándole su título. El alguacil eclesiástico era un oficio de nombramiento episcopal con funciones de vigilancia del cumplimiento de los preceptos, como la asistencia dominical a misa, la prohibición de trabajar en días de fiesta, la obligación de pagar los diezmos, etc. Ejecutaba los mandamientos del vicario o del Provisor en el distrito de la vicaria, prendiendo a los reos, secuestrando bienes, denunciando los pecados públicos o multando a los contraventores de las leyes eclesiásticas.

Los alguacilazgos de las vicarías se arrendaban como otros oficios del gobierno arzobispal. Tenemos constancia de que en 1485 ya se hacía así, pues los canónigos sede vacante, tras escuchar la relación hecha por el canónigo magistral, decidieron sobre el arrendamiento del alguacilazgo de Cantillana.²²⁶⁰ También nos consta que además de los alguaciles eclesiásticos de las vicarías se utilizaba a los *alguaciles de los diez*, dependientes del Alguacil Mayor del Arzobispado, para ir haciendo ejecuciones de mandamientos por todo el Arzobispado. Intervenían sobre todo en el cobro de deudas relacionadas con las rentas eclesiásticas. Este año mandaron los canónigos que el Alguacil Mayor, Juan de Lugo, enviase los alguaciles por el arzobispado para hacer las ejecuciones, pero que no pudiese hacer más que una ejecución por cada deuda y que fuesen registrados por el lugarteniente del Alguacil.²²⁶¹

En la sede vacante de don Diego Hurtado de Mendoza (1503) de nuevo estaban arrendados los alguacilazgos de Écija y Carmona, pero por una decisión real que se pregonó en la ciudad de Sevilla se prohibió que usasen sus oficios como lo solían hacer. Las quejas de los seglares por los abusos cometidos por los alguaciles eclesiásticos en el cobro de las rentas eclesiásticas había llevado a los Reyes a prohibir que éstos ejercieran su oficio como lo hacían. Los canónigos suspendieron los arrendamientos porque el pregón real perjudicaba gravemente a los alguaciles, que ahora no podían hacer

²²⁶⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3. Año 1485, fol. 9.

²²⁶¹ *Ibidem*, fol. 19.

ejecuciones y cobrar derechos a los seglares.²²⁶² También encontramos la figura del Alguacil de Rentas, en el condado lo fue el señor don Francisco de Medina y en el partido de Jerez el Prior de Magacela.²²⁶³ Suponemos que es otro nombre para designar el mismo oficio, fenómeno frecuente en la época.

En sede vacante los canónigos solían recibir peticiones para el oficio de Alguacil eclesiástico de las vicarías igual que para otros oficios. En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval el Cabildo nombró un alguacil de los diez *sin vara*, Pedro de Peñaranda, para cobrar las rentas eclesiásticas en lugar del que había, Juan Vazquez Cañas, que murió.²²⁶⁴ Y en la de don Rodrigo de Castro (1600), Alonso Delgado Arias, vecino de Valencina del Alcor, pidió al Cabildo que le hiciera merced de la vara de alguacil eclesiástico de la villa que había vacado por muerte de Cristóbal de Mesa.²²⁶⁵

El 13 de marzo de 1615 tenemos un caso en el que el vicario de El Arahál, licenciado Gonçalo Fernandes de Caçorla, *por quanto de presente no ay en esta villa alguacil eclesiástico nombrado por el señor Provisor*²²⁶⁶, y alegando la falta que hacía este oficio a la administración de justicia de la ciudad y su jurisdicción, nombró alguacil eclesiástico de la vicaria a Pedro Jiménez Bohórques, clérigo de menores y vecino de la villa. El alguacilazgo lo ejercía en el término de la vicaria y el nombramiento lo realizaba el vicario por 30 días hasta que trajese la provisión del Arzobispo o de su Provisor. Al mismo tiempo el vicario mandaba deponer la vara, y que no se admitiesen autos, de Miguel Fernández, que hasta entonces había desempeñado el oficio. De todo lo cual dio fe y verdadero testimonio el notario de la vicaría Francisco Beltran, que, además, notificó el mismo día personalmente el auto del vicario al mencionado Pedro Jiménez de Bohórques, el cual dijo que acataba el oficio y *juró en forma de derecho de lo usar bien y fielmente*.²²⁶⁷

El acto jurídico se completó con la firma del nuevo alguacil, la del notario que dio fe y la de dos testigos, vecinos de la villa. Dos días más tarde, el domingo 15 de marzo, el notario dio fe, a petición de Pedro Jiménez Bohórques, que había visto a Miguel Fernández, anterior alguacil eclesiástico, portando la vara públicamente, a pesar de habersele comunicado su cese y el nombramiento del nuevo alguacil. El 29 de marzo, el notario de la vicaría, Francisco Beltrán, comunicó al arzobispo, don Fernando Niño, que el que había traído la vara hasta ahora no la quería soltar y la seguía portando públicamente en las plazas e iglesias de la villa a los ojos del vicario, *con desvergüenza y atrevimiento*; y cómo éste consentía la situación, pues el alguacil cesado, Miguel Fernández, había acudido a Osuna, al Gobernador del Duque, para querellarse ante él por habersele depuesto la vara de alguacil, llevando los papeles que tenía otorgados por la Duquesa. El Gobernador del Ducado envió un alguacil del señorío el 28 de marzo en la noche, prendiendo a un yerno de Pedro Jiménez Bohórques y a un hijo suyo que era notario de la Santa Cruzada, y los llevaron a la cárcel pública *donde están con un par de*

²²⁶² A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. Martes 12 de junio de 1503.

²²⁶³ *Ibidem*. Jueves 15 de junio de 1503.

²²⁶⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 5 de abril de 1581.

²²⁶⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

²²⁶⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Leg. 1. “Auto de nombramiento de Alguacil eclesiástico de El Arahál”.

²²⁶⁷ *Ibidem*.

*grillos y les secuestraron sus bienes y dixo que no podía prender al viejo por estar ordenado.*²²⁶⁸ El poder señorial, representado por el Gobernador del Duque, pretendía imponer su potestad en el nombramiento del alguacil eclesiástico de la villa y al verse contrariado y no poder detener al nuevo alguacil, porque *estaba ordenado*, y como eclesiástico era intocable para la jurisdicción del Duque, se vengó deteniendo a sus parientes. Pedro Bohórquez preguntó *qué avían hecho sus hijos para que les prendieran*, y el alguacil del Gobernador y los demás que iban con él le dijeron que hiciera dejación de la vara y que luego los soltarían, y *el pobre viejo viendo esto y que no tenía el amparo ni el favor del vicario hizo dejación del oficio de alguacilazgo.*²²⁶⁹

El notario de la vicaría, Francisco Beltrán, acusaba al vicario de connivencia, o al menos de pasividad, ante el atropello cometido por la jurisdicción ducal contra la jurisdicción eclesiástica. Y en carta enviada al Prelado decía que el vicario debería haber hecho información de todo esto desde el principio, y, sin embargo, favoreció al corregidor y alguacil ducal y no hizo diligencia alguna, consintiendo que le quitasen la vara a Pedro Jiménez Bohórquez en la plaza pública. Señalaba, además, que deponiendo al alguacil nombrado por el Prelado se alzaban públicamente contra la vara del Arzobispo *aviéndosela dado el Cardenal Guevara por 30.000 maravedís cada año a Miguel Fernández y luego usarla con nombramiento del vicario.*²²⁷⁰ Así pues, el Cardenal don Fernando Niño de Guevara, había nombrado, a través de su Provisor delegado, a Miguel Fernández como alguacil eclesiástico de El Arahál, arrendándole el oficio por treinta mil maravedís al año.

Ahora, al intentar deponerlo y nombrar otro, acudía a la jurisdicción ducal para pedir su amparo. La compra del oficio se compensaba con los aranceles y derechos que cobraba el oficial. En el caso de los alguaciles, todas las diligencias que hemos citado, pero muy especialmente parece que uno de los delitos que proporcionaba mayores ingresos era el incumplimiento de la prohibición de trabajar en días de fiesta, pues generaba importantes cantidades en condenas, gastos de justicia y pago de licencias. Se trataba de un colectivo, los artesanos y tenderos, con poder económico y sobre el cual se podían aplicar las exacciones penales de una manera más efectiva.

El notario se consideraba ante todo un criado y servidor del Arzobispo, que lo había nombrado, y al cual debía fidelidad y obediencia; por eso avisó al Provisor y al Arzobispo de que el vicario tenía un aliado en la Santa Iglesia de Sevilla, el racionero Cazorla, y que procurasen que éste no supiese que él estaba informando al Provisor, porque se lo haría saber al vicario. De nuevo nos encontramos con el esquema anteriormente citado, el racionero de la Catedral, Cazorla, aparece como el protector y *agente* en Sevilla, sede del poder central arzobispal, del vicario Fernández de Cazorla, muy probablemente pariente suyo. El notario decía que todo esto lo hacía porque era el deber de su oficio de criado y *que no se le pague con mala obra*, porque si llegase a noticia del vicario su denuncia (vía racionero Caçorla) le daría *pesadumbre*. Afirmaba que *todo se probara como ha dicho y ha pasado al pie de la letra*²²⁷¹, pues tenía papeles que lo demostraba, y avisaba que no se cometiese la información más que a un notario que enviase el Arzobispo que fuese clérigo, y de confianza, para que con

²²⁶⁸ *Ibídem.*

²²⁶⁹ *Ibídem.*

²²⁷⁰ *Ibídem.*

²²⁷¹ *Ibídem.*

libertad defendiese las partes del Arzobispo y excomulgase a los culpables de levantarse contra la jurisdicción del Prelado.

Uno de los documentos que aportaba el notario era el traslado de un auto del vicario de 22 de agosto en el que mandaba notificar a Miguel Fernández *alguacil que a sido eclesiástico por provisión de la señora duquesa de Ossuna no trayga ni use el dicho oficio.*²²⁷² Así el vicario afirmaba en un auto que el alguacil eclesiástico era de provisión de la señora Duquesa de Osuna y no del Prelado. Esto sólo se entiende teniendo en cuenta que el vicario había sido nombrado a postulación del Duque o la Duquesa y, tironeado por dos poderes, uno el señorial en Osuna, cercano, poderoso y numeroso, representado en el Arahal por el Corregidor, el Cabildo seglar y los demás oficiales de nombramiento del Duque, y otro, el eclesiástico, en Sevilla, lejano y débil, representado en el Arahal por él mismo en primer lugar y por los demás clérigos de la villa y su notario eclesiástico de la vicaría, terminase sucumbiendo al primero. A la debilidad del poder eclesiástico contribuía sin duda la rivalidad entre los oficiales del gobierno arzobispal en Palacio y los miembros del Cabildo de la Catedral que continuamente pujaban por escapar al control del Prelado. No es casual que el vicario se sintiese protegido no sólo por el Duque sino por su pariente eclesiástico en Sevilla, el racionero Caçorla.

El 27 de agosto el notario avisó en otra carta que siendo vicario nadie testificaría contra él y que Miguel Fernández alegaría que la vara era suya, presentando probanzas de la posesión, pero que solo había usado el oficio por arrendamiento que él y otros antes que él hicieron a los arzobispos, y que aunque dijese que lo habían usado por provisión de la señora Duquesa de Osuna, no lo usaron en virtud de ella sino del nombramiento del vicario, y terminaba: *esté v md advertido por que van con intención de acudir por vía de fuerza al Audiencia Real.*²²⁷³ Finalmente suplicaba que no se mostrase esta carta mas que al Provisor porque *este vicario tiene quien le dice todo lo que pasa y lo avisa.*²²⁷⁴

Mientras tanto, el vicario emplazó al alguacil saliente a que se presentase ante él, sin la vara, y diese cuenta de los depósitos que tenía mandados por el vicario de las penas de quebrantamiento de fiestas. A las seis de la tarde del mismo día, el notario estaba en la plaza publica y llegó el vicario preguntándole si había visto a Miguel Fernández, el notario le respondió que estaba en la villa, y viéndolo el vicario lo llamó, y Miguel Fernández vino, y en presencia del notario el vicario le dijo: *señor compadre una diligencia de fuerza se quiere hazer no ay que tomar pesadumbre*, y Miguel Fernández respondió: *para eso me llama, lo qual respondió....y se quito el sombrero y bolbio las espaldas y se fue.*²²⁷⁵ El vicario mandó al notario que diese fe de lo que había pasado, y se hallaba presente Miguel de Luna, clérigo presbítero comisario de la Santa Cruzada y vecino de la villa. El vicario y el alguacil eclesiástico cesante se llamaban de compadres y esto añade otro elemento al problema. Se trata de la fidelidad personal, el parentesco y las tramas de solidaridad y ayuda mutua en el medio rural frente a los vínculos jurídicos con el lejano poder arzobispal en Sevilla. El domingo 23 de agosto, el notario dio fe de nuevo que Miguel Fernández persistía en su actitud de portar la vara públicamente por la villa, y el 25 de agosto se escenificó en la plaza pública de la villa

²²⁷² *Ibídem.*

²²⁷³ *Ibídem.*

²²⁷⁴ *Ibídem.*

²²⁷⁵ *Ibídem.*

el conflicto de jurisdicciones en presencia del notario de la vicaria Francisco Beltrán. El vicario rogó al corregidor, en presencia del notario y de Miguel Fernández, que le diese su favor para notificar a éste su cese, para que abandonase la vara de alguacil eclesiástico. Miguel Fernández respondió al corregidor: *para eso me llama v md señor corregidor, y se quitó el sombrero y bolbió las espaldas y se fue.*²²⁷⁶

El vicario volvió a suplicar al Corregidor que le hiciese aguardar para poder notificarle el auto y el corregidor le dijo que lo haría. Pero el auto no se pudo notificar porque no hubo auxilio del corregidor. A continuación el notario dio fe que había visto a Miguel Fernández portando la vara de alguacil por la villa públicamente, como acostumbraba. El Arzobispo comunicó al notario que acudiese al Procurador de la Audiencia Arzobispal, Blas de Santa Maria. El notario respondió al Arzobispo remitiéndole toda la información del caso con el portador, Francisco Jiménez, que *va a dar quenta a v md y al señor Provisor de lo que ha pasado serca de la vara.*

El notario acusaba en una carta al vicario de *hacer las partes del duque y no del Arzobispo*, pues dijo en un auto que el alguacil eclesiástico había sido nombrado por provisión de la señora duquesa de Osuna, siéndolo en realidad por nombramiento del Provisor de 7 de junio de 1607:

como consta en los papeles que yo remití a v md, la diligencia que el señor Provisor le mando no la hizo sino en la forma que v md vera donde claro se echa de ver quanto poco se le da de todo quitándole al pobre moço sus derechos como lo dirá el testimonio que envió y el moço esta determinado a no usar el oficio por el Provisor. Y como se le han quitado al pobre moço sus derechos está determinado a no usar el oficio.²²⁷⁷

Era frecuente que el Ordinario concediese a los señores jurisdiccionales la merced de elegir a los oficiales eclesiásticos, vicarios o alguaciles, en el territorio de sus estados, pero el nombramiento era episcopal. El peligro de tal concesión era sin duda que los oficiales elegidos por los señores pertenecían a la parcialidad de su señor y mantenían una fidelidad dividida. En este caso se pone de manifiesto que el vicario fue cómplice en un intento de usurpar la jurisdicción del Prelado en el nombramiento del Alguacil eclesiástico de la vicaría.

Unos meses más tarde el vicario Cazorla se vio envuelto en otro pleito con el alguacil eclesiástico de Arahál, población perteneciente a su vicaría. Francisco Jiménez de la Ventosa, capellán, clérigo de órdenes menores y alguacil eclesiástico de la villa, reclamaba al vicario por considerar que le pertenecían las ejecuciones de los mandamientos del Juez de la Iglesia por deudas de clérigos²²⁷⁸, pues el Juez de la Iglesia tenía la competencia en este asunto. El notario apostólico y de la vicaría, Francisco Beltrán, dio fe, a petición del alguacil eclesiástico, que el vicario, desde que era vicario, llevaba los derechos en todas las ejecuciones de mandamientos, a razón de 4 reales y 14 maravedíes, y un real por aceptar la comisión. El alguacil eclesiástico nombrado por el Provisor, preguntaba al Juez de la Iglesia si los mandamientos los debía ejecutar él o el vicario. El vicario se defendía diciendo que él los había ejecutado por costumbre, porque el Juez le daba comisión para hacerlo. En realidad se trataba de la rivalidad entre

²²⁷⁶ *Ibíd.*

²²⁷⁷ *Ibíd.*

²²⁷⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1.

el alguacil eclesiástico y el vicario por la ejecución de las sentencias en pleitos ejecutivos por deudas. El fondo era evidentemente un asunto económico, pero el hecho de que el Juez de la Iglesia tuviese que servirse de ministros no nombrados por él, sino por el Provisor, para hacer ejecutivas sus sentencias, complicaba aún mas las cosas.

En la sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones (1623-1624) de nuevo tenemos constancia de cómo el vicario nombraba al alguacil eclesiástico de manera provisional, y a la espera de la confirmación del Provisor. En la villa de Sanlúcar la Mayor pidió la vara de alguacil Pedro de Villagómez, porque no había Alguacil, y *por esta causa no guardarse el sínodo*²²⁷⁹, y los canónigos mandaron que se hiciese información sobre esta persona. Finalmente mandaron que el vicario de Sanlúcar la Mayor proveyese el cargo de alguacil *pues lo señalaba cuando era necesario y esto se hacía como antes*.²²⁸⁰

²²⁷⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval. (1580-81). Jueves 15 de febrero de 1581, folio 22 bis.

²²⁸⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones, 1623-1624. 10 de febrero de 1624.

5.- LA CONEXIÓN ENTRE EL CENTRO Y LA PERIFERIA

5.1.- Los visitantes Generales del Arzobispado

Debajo de la clave del gobierno judicial se deven también comprender los visitantes del Arzobispado por ser según derecho jueces ordinarios en sus visitas de cuias sentencias correctorias no se puede apellar al Provisor.²²⁸¹

Efectivamente el visitador tenía jurisdicción limitada en su visita, conocía en primera instancia de multitud de causas y sus sentencias en materia de corrección de clérigos no eran apelables ante el Provisor. Díaz Coronado nos informa que tenía escrito un tratado sobre el *gobierno de visita* que pensaba sacar a público algún día, *no para instruir visitantes sino para exponer lo que pudo aprender en su experiencia*. Según él, el número de visitantes siempre fue a voluntad de los prelados, aunque solía haber seis, uno de monjas, otro de fábricas de Sevilla y hospitales, otro de puertos y tres visitantes generales para todo el Arzobispado repartidos por veredas. En el pontificado de Gil de Taboada (1720-1722) se redujo el número de visitantes generales a dos, que visitaban el arzobispado de tres en tres años. Díaz Coronado afirmaba la importancia de los visitantes como enviados del Prelado para la búsqueda de la salud espiritual de los súbditos y para la reforma y utilidad del clero, tanto de la cabeza como de los miembros del estamento:

quan necesario que los visitantes estén mui expertos en disciplina y que tengan las prendas que corresponde quien lleva la voz y autoridad del Prelado deviendo tener presente que según los cánones sagrados el fin primero de la visita es:

Propter salutem subditorum
tam clericorum quam laicorum
A propter utilitatem ecclesiarum et reformationem
tam capite quem membris.

De donde se debe referir que para el cumplimiento destas circunstancias debe el visitador no carecer de las correspondientes virtudes.²²⁸²

Los visitantes generales recorrían todo el Arzobispado por veredas, excepto los puertos, donde había un visitador particular. A cada visitador se le asignaban dos contadores y éstos llevaban sus oficiales. El Secretario Aragonés nos refiere que en 1600 tanto los visitantes generales como los visitantes de puertos tenían muchas y graves dependencias

que ocurren en la visita así en lo litigioso como en lo espiritual porque como no todos los hombres y mujeres pueden acudir a Sevilla para buscar el remedio que necesitan están esperando al visitador para desahogar sus interiores i oír de su boca el consuelo o corrección.²²⁸³

²²⁸¹ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 8, *De los Visitadores Generales y el de Puertos*.

²²⁸² *Ibidem*.

²²⁸³ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragonés.

Así pues, los visitantes repartían el consuelo y la corrección por todas las veredas del Arzobispado. Díaz Coronado, que fue él mismo visitante general, nos habla de ellos en estos términos:

si el visitante es piadoso, inclinado a oír con charidad a los pobres se logra mucho fruto... pues predicaba misión en todos los pueblos y pudiera deponer de casos admirables i desto resultó agregar a la jurisdicción ordinaria muchas cosas que estaban usurpadas, y otras perdidas porque en cargando desde el pulpito la obligación que tenían de dar quien dello supieran, lo que estaba injustamente enajenado o testamentos ocultos se solían dar noticia y se remediava mucho porque contemplando que el visitante lleva la voz viva y vezes del Prelado alienta mucho a los fieles quando ai zelo.

El visitante llevaba la voz viva del Prelado por todo el Arzobispado, y habría que añadir sus ojos y oídos, en su empeño por la corrección de los súbditos. Ejercía la predicación y administraba la penitencia, *oyendo con caridad a los pobres*, y persuadiendo y amenazando con excomuniones lograba la delación de muchas cosas. Pues, *cargando desde el pulpito*, recordaba la obligación que tenían los fieles de decir lo que supieran, y de estas *colaboraciones* resultaron *casos admirables*, como la recuperación para la jurisdicción ordinaria de cosas que estaban usurpadas o el descubrimiento de testamentos ocultos en los que los deudos querían escamotear las *mandas* por el alma del difunto. Era por tanto una figura redundante del control jurisdiccional, por si el cura, el clero parroquial y el vicario no eran suficientes, el visitante remataba el trabajo intentando obturar cualquier vía de escape de la trama de poder arzobispal.

La visita más antigua de la que tenemos noticia es la de Sanlúcar la Mayor, de la que existe una serie que comienza en 1461 y llega hasta el año 1591.²²⁸⁴ El 19 de marzo de 1461 la comenzó un canónigo de la Santa Iglesia y Visitador de Sevilla y su Arzobispado. Podemos observar desde este momento una estructura y un procedimiento de la visita que se va a repetir a lo largo del tiempo con muy pequeños cambios. El visitante, junto a su notario contador de la visita, pasaba revista y sacaba relación de los beneficiados de la parroquia, después visitaba las capellanías que había fundadas con sus rentas y los ornamentos que poseían. El capítulo de ornamentos, vestimentas y objetos sagrados ocupaba un lugar importante en la inspección, se contaban los objetos de plata, las capas, los frontales, los libros sagrados, el latón, el cobre, los *fierros*, el estaño y la madera. Asimismo las imágenes sagradas con sus ropas y los libros donde se registraban las misas, el de fábrica a cargo del mayordomo y los de capellanías y fundaciones pías de las iglesias a cargo del colector.

Después se pasaba revista a la hacienda y posesiones de la fábrica, el trigo y las rentas de las que se mantenía. Finalmente el notario, ante el visitante y testigos, levantaba acta de la visita, en la que recibía juramento en forma de derecho del mayordomo, en virtud del cual le preguntaba si la cuenta que le había tomado era buena, leal y verdadera. Y bajo juramento el mayordomo afirmaba que la cuenta del gasto había sido buena, leal y verdadera y que no había engaño ni confusión alguna. El visitante procedía entonces a nombrarle mayordomo para otro período o a sustituirle por otro. En esta serie no hemos encontrado los papeles de la visita de *vita et moribus* de los feligreses ni del clero de las parroquias.

²²⁸⁴ A.G..A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1526. Visita de Sanlúcar la Mayor.

En 1503 encontramos al Visitador de Sevilla, cometido por el Cabildo, entendiendo en los libros que se publicaban en la ciudad, viéndolos, corrigiéndolos y en su caso dando licencia para que se imprimiesen.²²⁸⁵ No sabemos si en este momento esto era competencia habitual del Visitador de Sevilla o el Cabildo sede vacante se reservó esta potestad para sí y no la delegó en su Provisor, como era habitual, diputando posteriormente para ello al Visitador de Sevilla.

En 1504 se nombraron de nuevo visitadores, uno de la ciudad y tres de fuera, manteniéndose la misma estructura organizativa. A todos les dieron poder para ejercer su oficio, de la misma manera que lo habían hecho sus predecesores, y les encargaron sus conciencias para que lo hicieran bien y fielmente. Muy expresamente les instaron a no llevar más derechos de los que se contenían en el arancel de tiempos del Cardenal Hurtado de Mendoza. En este momento, el doctor Matrezo, que como Visitador de Sevilla lo era también de monjas, visitó a unas beatas que querían hacer una casa de religión; se trataba de unas emparedadas que pretendían licencia del Ordinario. Este esquema organizativo se va a mantener prácticamente durante todo el siglo XVI y XVII con algunas ligeras modificaciones.

Parece que el oficio de visitador era un cargo apetecible, pues encontramos en sede vacante disputas entre canónigos por ocuparlos, y otros casos en los que, tras ocupar un cargo de mucho trabajo y riesgo, el Prelado recompensaba con el oficio de visitador. Era frecuente que la familia del Prelado, como una auténtica corte, se repartiera los distintos oficios, pasando de los más ingratos y peor considerados a los más apreciados y mejor remunerados. En 1523 el canónigo Francisco de Ávalos, que había sido Tesorero de la Mesa, pidió al Arzobispo, y éste se la concedió, una de las visitas generales del Arzobispado.²²⁸⁶ Tenemos algunos documentos fragmentarios del siglo XVI de distintas parroquias de Sevilla y de algunos pueblos que nos dibujan el estado de la visita durante estos años. En la visita de la parroquia de San Juan de Sevilla, comenzada el 24 de mayo de 1533 por el Inquisidor General don Alonso Manrique, y en la del año siguiente, se mandó que los curas tuviesen diligencia en saber todos los pecados públicos de los seglares, y que cuando hubiese retraídos refugiados en las iglesias lo hicieran saber al Provisor para que los mandase echar. Finalmente el visitador condenó a cada uno de los beneficiados de la iglesia y al sacristán a un real de plata por *ciertas negligencias*.

Posteriormente todo lo relacionado con las inmunidades de los lugares sagrados, las causas derivadas de su violación, y especialmente los *retraídos* o refugiados en las iglesias que huían de la justicia real, sería competencia de la Audiencia del Juez de la Iglesia.²²⁸⁷ Pero como el reparto de competencias entre los jueces era a la discreción de los prelados, parece que en este momento el Provisor tenía esta competencia, aunque a partir del pontificado del Inquisidor Valdés encontramos pleitos de justicia criminal sobre retraídos vistos y sentenciados ya por el Juez de la Iglesia.

²²⁸⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libros 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, martes 24 de octubre de 1503.

²²⁸⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de Diego de Deza. 29 de octubre de 1523.

²²⁸⁷ A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visita. Legajo 1527.

Otro de las mandamientos del visitador para los curas era que tuviesen cuidado que los mercaderes, artesanos y tenderos guardasen las fiestas, y que los parroquianos fuesen a misa; y a los contraventores de los preceptos que les aplicasen las penas contenidas en las constituciones. La persecución del *quebrantamiento de las fiestas* aparece también desde muy pronto como una preocupación de la maquinaria de vigilancia y castigo arzobispal. Se trataba de mercaderes y artesanos, dos segmentos sociales sospechosos por su vinculación con la usura, y a la vez capaces de proporcionar buenos maravedíes en multas y condenas pecuniarias. Durante todo el siglo XVI siguió creciendo y perfeccionándose la maquinaria para perseguir este delito. Los alguaciles eclesiásticos de las vicarías bajo el mando de los vicarios, y en la ciudad de Sevilla el Alguacil Mayor con sus oficiales, se especializaron en la persecución del quebrantamiento de las fiestas. Aunque la persecución de este delito, sobre todo cuando había reincidencia o cuando el asunto terminaba en litigio, correspondía a la Audiencia del Provisor, era el visitador el que a menudo vigilaba y controlaba que los vicarios y sus alguaciles actuaran con diligencia, imponiendo multas y procurando que no se concordasen con los contraventores a cambio de dinero. Un siglo después, a finales del pontificado de Pedro de Castro (1623), el Visitador del partido de Jerez, licenciado Jerónimo Caro, impuso unos mandatos para que pudiesen trabajar las *atahonas* de la ciudad los días de fiesta desde la salida del sol hasta el toque de campana, que indicaba que se alzaba el cuerpo de Cristo en la misa mayor de la Iglesia Colegial.²²⁸⁸ Se trataba de permitir que hubiese pan en la ciudad en los días de fiesta y, al mismo tiempo, asegurar la asistencia a misa mayor de todos los fieles, fueran cuales fueran sus ocupaciones.

En la visita de 1536 el visitador de nuevo condenó a los curas y beneficiados; esta vez el documento es más explícito, se trataba de misas que debían, pues no decían algunas de testamentos y otras de tercia por el pueblo, asunto este último que daría lugar a un largo pleito entre Arzobispo y Universidad de beneficiados, pues los beneficiados pretendían que no estaban obligados a decirlas sin cobrarlas y el Ordinario mantenía que era obligación vinculada al beneficio. También condenó al cura Rodrigo Martín en 35 reales, por tener siete faltas de asistencia al coro. En la visita de 1538 siguieron las condenas porque los curas beneficiados que servían las capellanías estaban obligados a decir 25 misas cada mes y no las decían. Fueron condenados a decir 100 misas cada uno en los siguientes doce meses, excepto Jorge González que había dicho las suyas. Las condenas en misas, resultantes de los *alcances* hechos por los visitadores, van a ser una constante de la visita; en la de 1542 y siguientes se repiten los alcances de misas. En la visita de San Salvador de 1585 se contabilizaron 13.500 misas cada año que se tenían que decir, a razón de 36 o 37 misas cada día, y resultaron *alcanzados* en 300 misas. Parece que los capellanes, curas y beneficiados difícilmente podían decir las misas que debían y a veces engañaban en las contabilidades.

En la sede vacante de don Alonso Manrique (1538) todos los visitadores juraron ejercer el oficio bien y fielmente, cada cual en su partido, sin llevar más derechos que los estipulados en los aranceles y de entender en las cuentas de las fábricas de las iglesias que visitaren con toda diligencia y cuidado, y *en todo lo demás tocante a su oficio y en todo lo que vieren en dios y en sus conciencias que conviene al bien de las iglesias y ministros dellas y al servicio de dios*. Aquí encontramos un mandamiento que se va a repetir también insistentemente: que las iglesias que fueron visitadas en ese año

²²⁸⁸ A.C. S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299.

no las volviesen a visitar para no agravar en costas a las fábricas. Eran los abusos más frecuentes cometidos por los visitantes, el fraude en el cobro de aranceles, la intromisión en las veredas de los otros visitantes, las tentaciones derivadas de las enmarañadas contabilidades de las fábricas y la repetición de la visita a una iglesia en el mismo año para cobrar derechos de visita. Este año aparece como novedad un Visitador de Monjas de Sevilla y su Arzobispado, el doctor Herrera, independiente del Visitador de Sevilla y con el mismo salario que los demás visitantes.

Tenemos una escasísima información de la visita en tiempos del Arzobispo García de Loaysa, sabemos que en 1540 fue su Visitador de la vicaría de Carmona el doctor Diego de Albornoz, y Visitador de Sevilla el Obispo de Lucinio.²²⁸⁹ Éste mandó a los curas de San Juan de Sevilla que cada domingo y fiestas leyesen en la misa mayor todos los excomulgados por sus nombres, los que estuviesen sin velar, los casados clandestinamente, los casados en grados prohibidos, los que estuviesen por confesar y comulgar y *por otra cualquier causa*. Lo cual nos da algunas pistas acerca de las esferas de la vida de los fieles a controlar por el poder eclesiástico y las resistencias de los seglares a ser disciplinados. A todos ellos, además de la excomunión, les correspondían penas pecuniarias, amén del arancel que se cobraba por la absolución de la excomunión. Así pues, para los pecadores benevolencia, siempre que mostrasen arrepentimiento y acatamiento de los preceptos, obediencia al cabo.²²⁹⁰ La culpa era tasada, tenía su precio, y el mejor reconocimiento de la propia culpa y del poder del *otro* era el pago de las condenas; el visitador mandaba a los curas que los casados clandestinamente, los no velados, y todos los que pidiesen absolución, previamente hicieran penitencia pagando al mayordomo de la fábrica la tasa de la absolución.

Hasta aquí tenemos un catálogo completo de los pecados más celosamente perseguidos por el gobierno arzobispal a través de sus visitantes, y de los abusos e irregularidades más frecuentes cometidos por éstos y por el clero parroquial. Del lado de los seglares tenemos los pecados públicos²²⁹¹, el retraimiento en las iglesias, el quebrantamiento de las fiestas, los que se dejaban estar excomulgados, los casados clandestinamente, en grados prohibidos o sin velar, y los que no confesaban o comulgaban. Del lado del clero y oficiales eclesiásticos tenemos los *alcances* o el incumplimiento del deber de decir las misas, y el acuerdo con los quebrantadores de las fiestas, a cambio de dinero, para no abrirles causas. Y del lado de los visitantes, el cobro indebido de aranceles y derechos de visita y la vuelta a visitar una iglesia en el mismo año.

Poseemos alguna información fragmentaria de la vereda de Écija desde mediados del siglo XVI.²²⁹² En 1553, en el pontificado del Inquisidor Valdés, fue su visitador don Diego Amado, Abad de la Colegial de Osuna, que ya había visitado para este Prelado, desde 1542, la vicaría de Carmona. En 1553 visitó la Iglesia Mayor de Santa Cruz de la ciudad de Écija y nos dejó una relación de sus beneficiados. En 1556, en el mismo pontificado de Valdés, cursó la visita don Andrés de Bajarena, dejando relación de beneficiados y vicario. En 1557 hizo la visita Juan del Valle, vicario y cura de la

²²⁸⁹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1527.

²²⁹⁰ MEREU, I.: *Historia de la Intolerancia en Europa*. Barcelona, 2003. Mereu define esto como la alternativa entre consenso o represión. p. 21 y ss.

²²⁹¹ Dentro de esta categoría se encontraban multitud de delitos como el amancebamiento o el trato ilícito. Y en general todos aquellos que eran cometidos a vista de todos y con escándalo de los parroquianos.

²²⁹² A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visita. Legajo 1322.

localidad, dejando una relación de seis beneficiados. En 1558 y 1559 de nuevo visitó el vicario, y desde entonces hasta 1580 aparecen seis beneficiados y una prestamera en todas las visitas de Écija. En 1569 fue visitador Juan Martín y en 1574 visitó el licenciado Salazar, y seguía habiendo seis beneficiados. En 1576 visitó la fábrica de la Iglesia Mayor el vicario de la localidad, Sebastián de Heredia, y en 1577, con el nuevo prelado, don Cristóbal de Rojas, aparece Joan Salazar como visitador, dejando relación de los beneficiados. En 1580 hizo la visita el Auxiliar del Prelado, Obispo de Medauros, dejando relación de los beneficiados, prestamera y del vicario de la villa, que era don Alonso Chico de Molina.

En la visita de la Iglesia Mayor Santa María de Ecija, desde el año 1553 hasta 1586, los servidores de beneficios se citan siempre como curas, sin especificar servidores simples o curas simples. Excepto en la visita de 1577 en la que se llaman servidores de beneficios. Desde 1580, y después de los pleitos movidos por la Universidad de Beneficiados y el intento del Prelado de dotar de beneficios curados a las parroquias, aparecen curas simples, porque algunos servidores de beneficios se desistieron y pasaron a titularse curas simples. Además constaban más de 200 memorias a cargo de curas, conservando su título originario. Después, cuando los beneficiados ganaron inhibitoria del Nuncio paralizando el proceso de conversión de los beneficios simples en beneficios curados de nuevo aparecen interpolados servidores de beneficios y curas simples

En las visitas de otras iglesias de Écija, desde 1542, solo se citan servidores, y había muchas memorias a cargo de curas, aunque los libros modernos decían *memorias a cargo de beneficiados*, y éstos las tomaban y las servían, no haciendo nada los curas, igual que en las iglesias de Sevilla. En 1582 fue visitador el canónigo de Sevilla Isidro de Cueva y desde 1589 a 1593 hizo la visita el doctor Auñón de Orellana, y lo fue hasta 1597, año en que fue visitador don Aparicio Rendón.

En 1571 tenemos como visitadores de Sevilla y su Arzobispado a los señores canónigos Diego Godo Mexía, Hernán Ruiz de Hojeda, Juan Martínez Alvarado y Antonio González.²²⁹³ Eligieron los oficios por antigüedad de sus canonjías, con renuncia de algunos canónigos más antiguos. Además, tenemos como Visitador de los Monasterios de monjas de Sevilla y su Arzobispado sometidos al Ordinario, al Chantre, don Gonzalo Briz. En febrero de este año visitó la iglesia de San Bartolomé de Sevilla el canónigo y visitador Hernán Ruiz de Hojeda y mandó que se le quitase el asiento que tenía en la iglesia la mujer del veinticuatro Gonzalo de Céspedes. De esto se derivó un pleito que se disputó en la Audiencia del Provisor, don Gerónimo Manrique. El Cabildo sede vacante mandó que no se hiciese *novedad* en el asunto y que si se le hubiese quitado realmente el asiento se le restituyera, dando la razón al veinticuatro y desautorizando a su propio visitador. La cuestión de la ocupación simbólica de los lugares públicos, y especialmente en el ámbito sagrado, era de suma importancia y generaba multitud de conflictos. En este, y otros casos similares, parece que la inercia de la costumbre mostraba fuerza suficiente como para paralizar cualquier cambio, aunque estuviese bien fundado en el derecho positivo, representado por las constituciones y concilios de la Iglesia y por el Derecho común. Pues a menudo las personas principales conseguían en las iglesias parroquiales ciertas preeminencias de lugar contrarias a derecho, que luego eran difícilmente reversibles.

²²⁹³ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares sede vacante de Gaspar de Zúñiga y Avellaneda. Libro 296.

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1580) se planteó una disputa con respecto al repartimiento de las veredas de las visitas.²²⁹⁴ Conforme al uso y costumbre inmemorial, y tal como consta en los libros de las sedes vacantes, tras el reparto de los oficios por los canónigos in sacris según sus antigüedades, los cuatro que habían salido visitadores del Arzobispado echaban por suertes ante el Deán las veredas de la visita. En este reparto se constituían las veredas incluyendo una serie de iglesias parroquiales de Sevilla junto con un partido o partidos de fuera. En esta ocasión le tocó a Alonso Zamora la vereda de Sevilla con las iglesias de San Salvador, San Miguel, San Marcos, San Ildefonso, San Pedro, Santa Marina y San Miguel, y de fuera de Sevilla el partido de Jerez y Arcos con su comarca, que comprendían los lugares de Las Cabezas, Lebrija, Trebujena, Sanlúcar de Barrameda, Chipiona, Rota, El Puerto de Santa María, Jerez, Arcos, Espera, Bornos, Villamartín, Zahara, La Torre, Pruna, Cañete, Teba, Ardales, Peña Rubia, El Almargen, La Puebla de Campillos, Osuna, Marchena, Morón, El Arahál, La Puebla de Cazalla y Paradas.

Los visitadores, canónigos Fernando de Mohedano y Alonso de Zamora, pidieron licencia para salir fuera de la ciudad a realizar su visita, como era preceptivo, pero el Cabildo se la negó a la espera de que se solucionase la disputa que se había suscitado con el reparto de las veredas. En vista del conflicto entre los visitadores, el Cabildo mandó que no saliesen a visitar a ninguna parte, excepto a la villa de Cantillana y la Algaba, pues habían recibido aviso que *había necesidad*. A estos lugares mandaron a Fernando Mohedano de Saavedra, pero le advirtieron que no visitase ningún otro pueblo y se volviese después a la ciudad. Parece que algunos visitadores no quedaron conformes con la suerte que les tocó en el reparto de las veredas y se entabló una disputa. Finalmente el Cabildo trató de cambiar la fórmula del repartimiento, a lo que respondió el visitador Zamora presentando un escrito en el que exponía que ya había comenzado a usar su oficio ocupándose en visitar las iglesias del cuerpo de Sevilla, y había proveído autos y mandamientos tocantes a la visita del partido de Jerez y su comarca.

Y alegaba que el cambio era contra derecho pues no se podía alterar ni quitar el repartimiento, el oficio ni la jurisdicción que le había tocado como a canónigo más antiguo, por derecho propio. Pues el nombramiento no era una *gracia*, la cual se podía revocar con o sin motivo en cualquier momento, sino que le correspondía por derecho adquirido por antigüedad. Y pues la visita no estaba entera, sino repartida la jurisdicción en veredas, no se podía hacer novedad, quitarle ni mudarle del oficio, declarando la nulidad de cualquier auto del Cabildo en este sentido y amenazando con apelar ante Su Santidad. Para intentar solucionar el problema encargaron al canónigo Andrés Salcedo que hiciese de nuevo cuatro repartimientos de la visita y se votase por votos secretos. Esto fue notificado a los cuatro visitadores y el visitador Zamora acudió con su apelación a la Real Audiencia, que mandó al Cabildo que le remitiese los autos. En su escrito de apelación repetía sus argumentos, que había sido nombrado en su vereda por su suerte y por su derecho y no por gracia ni merced del Cabildo. Y que éste no tenía facultad para disminuirle su jurisdicción ni ponerle impedimento alguno en su ejercicio, pues el Cabildo sólo tenía jurisdicción para oír en grado de apelación a los que se considerasen agraviados en la visita. Por tanto apelaba que se proveyese algo contra su jurisdicción, porque, según él, esta apelación *a futuro gravamine* se admitía en derecho

²²⁹⁴ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares sede vacante de Cristóbal de Rojas y Sandoval. Libro 297.

canónico, previniendo y anticipándose al auto que trataba de volver a repartir las veredas, por lo que el auto quedaba sin fuerza y no era válido. También argumentaba que estando en sede vacante si se procediera a un nuevo proceso de reparto de las veredas, perdiéndose tiempo, podría llegar el nuevo arzobispo y *quedaría yo frustrado en mi jurisdicción*, sobre todo en el caso de las visitas que requerían celeridad y brevedad *que el derecho y el santo concilio tridentino mucho encomiendan*. Así que todo su afán era ejercer su jurisdicción antes de que llegase el nuevo Prelado y nombrase a otro visitador.

Tras esto, Andrés Salcedo apareció con cuatro *hijuelas* o repartimientos para las veredas y se votó por cédulas secretas, saliendo por mayoría de votos el doctor Negrón, y en su nombre Isidro de Cuevas, para el condado de Niebla con su partido, el señor Fernando Mohedano, para Jerez y las villas con su partido, el señor Alonso de Zamora para las dos sierras con su partido y don Luis Ponce de León para la *vanda morisca* con su partido. Tras el repartimiento de las veredas para los visitadores generales mandaron que saliese cada uno a su partido. Aunque, como era costumbre, se les ordenó que primero visitasen las iglesias de Sevilla y después diesen cuenta al Cabildo antes de salir a visitar por el Arzobispado. El doctor Negrón tuvo que ausentarse y visitó en su lugar el doctor Isidro Cuevas que acabó de visitar las iglesias de dentro de la ciudad.

Ya hemos visto cómo la contabilidad y distribución de las misas de las iglesias era una de las principales tareas de los visitadores. En 1580 los visitadores generales tomaron la cuenta de todas las misas, tanto las que estaban dichas como las que estaban por decir, y la entregaron al Colector General de misas del Arzobispado.²²⁹⁵ Y de las alcanzadas, que no habían sido dichas, acomodaron a las parroquias de los lugares más desfavorecidos. Al cura de Casa Luenga le adjudicaron una misa cada día entre semana y otra los días de fiesta para que pudiese subsistir allí, pues era un lugar pequeño y apartado y no disponía rentas para mantenerlo. En este año el Mayordomo Mayor de Fábricas, don Antonio González, tomó las cuentas a los mayordomos de los monasterios de monjas del Arzobispado sujetos al Prelado, haciéndose acompañar de un notario contador. A veces el visitador lo acompañaba en esta visita, en este caso el Visitador de Monjas era el doctor Pedro Zumel.

En esta sede vacante algunos canónigos requirieron al Visitador General Alonso de Zamora para que en la visita que hacía en San Salvador de Sevilla proveyese algunas cosas *que convenía que se remediasen* y propusieron que se diputase algún beneficiado para hacer averiguación sobre ello e informar al Cabildo. Sin embargo el Prior y canónigos de San Salvador apelaron la decisión del Cabildo presentando dos querellas por ciertos agravios que según ellos les había hecho el visitador Alonso de Zamora. Se trataba de una disputa por el derecho de nombramiento de los curas y otros oficiales de la iglesia, y de esto se derivó un pleito que terminó en la Audiencia del Provisor. A propósito de este litigio se leyó en el Cabildo una petición del Prior y canónigos de El Salvador sobre el nombramiento del mayordomo de fábrica que había hecho el visitador, así como quejándose de que no terminaba la visita. El visitador respondió sometiendo a censuras canónicas, pues tenía jurisdicción para ello como Juez de la visita. El Prior y canónigos pidieron la absolución de las censuras en diciembre de 1580 y el Cabildo se la proveyó hasta el 7 de enero de 1581, para las Pascuas, y teniendo en cuenta que el visitador estaba fuera de Sevilla. Asimismo mandaron al visitador que

²²⁹⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares sede vacante de Cristóval de Rojas y Sandoval. Libro 297.

terminase con brevedad y presentase la relación de la visita de la Colegial de San Salvador. Uno de los canónigos de la Colegial, Pedro de Pineda, presentó una petición sobre ciertos autos del visitador pidiendo la absolución y lo absolvieron por seis días con reincidencia y cometieron el asunto para que lo resolviese el Provisor.

En la visita de la parroquia de san Vicente, el visitador, doctor Isidro de Cuevas, trató con el mayordomo sobre ciertos problemas con una capellanía vacante por muerte del licenciado Castellanos, y el Cabildo mandó al visitador que no *innovase* nada y que viese si la visita que había realizado el anterior visitador, doctor Negrón, estaba acabada. Después prosiguió su visita por el arzobispado, y en Cantillana denunció al vicario de la villa, bachiller Juan Solier, al que el Cabildo mandó que se presentase personalmente a dar razón del asunto. Los visitadores también debían velar por que se guardasen las formas dentro de las iglesias. Que se respetaran los lugares sagrados y que las imágenes estuviesen en lugares decentes. En 1580, el Cabildo sede vacante, dio orden a su visitador, canónigo Fernán Pérez de Saucedo, para que de noche y cerradas las puertas, y sin tocar las campanas, mudase el crucifijo de la iglesia de San Isidro a un lugar más decente dentro de la iglesia.

Los visitadores tenían que intervenir a menudo en las disputas por los lugares preeminentes en las iglesias, ya fuese por los asientos para los vivos o por las sepulturas para los muertos, pues incluso después de muertos se pretendía mantener el estatus y rango social que daban los lugares sagrados, amén de la seguridad y protección que ofrecía el templo. A finales de 1580 el visitador Fernando Mohedano hizo informaciones sobre la pretensión de Ana de Marmolejo, vecina de Cantillana, que pedía licencia por medio de su procurador, Alonso Pérez de Ribera, para que ella y sus hijas pusiesen cojines en la iglesia de la villa y sus yernos sillas. En este caso, tras el informe desfavorable del visitador, el Cabildo decidió no concedérselo, ante lo cual la peticionaria comunicó que seguiría pleiteando para conseguirlo en otras instancias. Aunque suponemos que la señora pertenecería a alguna familia de notables locales, su estatus no era comparable al del veinticuatro anteriormente visto, y su pretensión no contaba con la fuerza de la costumbre y de los hechos consumados.

El miércoles 10 de mayo de 1581 cometieron al visitador Fernando Mohedano de Saavedra para que visitara el Castillo de las Guardas y le dieron facultad y poder para conocer, sentenciar y definir todos los negocios que había allí, tanto civiles como criminales, tanto en visita como fuera de ella, y mandaron que ningún otro juez conociese de las causas de aquel pueblo sino sólo el visitador; y que si fuese necesario se le notificase a los notarios para que no diesen procesos de las causas sino con mandamiento suyo y no de otro juez, excepto en el pleito de las primicias y obvenciones que se trataba entre los curas y los beneficiados. Dos días después aclararon que la comisión que le habían dado se entendiese sólo para los pleitos contra el clérigo Sebastián López y contra el vicario de la villa, Diego Sánchez, y también para los pleitos que había entre ellos, y que quedaban como estaban los demás pleitos y causas ante los jueces que los tenían. El Cabildo sede vacante actuaba como Ordinario e interponía su autoridad y jurisdicción atribuyendo competencias a los jueces a su voluntad. Pero parece que el Provisor pretendió intervenir en estos pleitos y terminó enfrentándose al visitador y sobreseyendo las causas que éste había abierto, dictando una censura en forma de benigna declaratoria contra el notario de la visita, Juan de Ybarra, y mandándole que le entregara los procesos. Después, el Cabildo suspendió el sobreseimiento de las causas que el Provisor había dictado y la censura canónica contra

el notario y le mandaron al visitador y a su notario que prosiguieran las causas. Finalmente, después de la instrucción por parte del visitador y su notario, el Cabildo mandó al Juez de la Iglesia que conociera e hiciera justicia en las culpas que resultaban. Así pues, a pesar del poder del Provisor y de las altas y numerosas competencias que acumulaba, el Cabildo se mostraba celoso de sus prerrogativas y recordaba, con acciones como esta, que eran los depositarios de la jurisdicción ordinaria del Prelado en ausencia de éste.

Después cometieron al visitador Isidro de Cuevas para que pudiese visitar los pueblos que quisiese en la sierra de Constantina, y el martes 30 de mayo autorizaron a Antonio González para visitar Los Palacios. Si embargo el día 17 de junio se le negó la petición al canónigo y visitador Luciano de Negrón, para que, de vuelta de Madrid, parase en Écija a hacer la visita. Pues el Cabildo pretendía controlarlo todo, y los visitadores debían recibir autorización expresa e instrucciones antes de salir a hacer la visita. Al hilo de la pretensión de Negrón, el Cabildo recordó a los visitadores mediante un auto que antes de salir por las veredas debían visitar las parroquias de Sevilla, y que no pusiesen más tiempo del que realmente se hubiesen ocupado en la visita, haciendo relación de todo lo que hubiesen hecho y el tiempo que les hubiese ocupado, *encargándoles las conciencias*.

Una de las competencias más importantes de los mayordomos de las iglesias era el cobro y administración de los diezmos y rentas de las fábricas. Y especialmente la venta del pan de los diezmos que recibían las fábricas y que había que sacar a pregón y rematar en el mejor postor. Pero para esto, previamente el Provisor debía dar su orden de libramiento al Mayordomo Mayor de Fábricas, y éste, a su vez, a los visitadores, que finalmente autorizaban a los mayordomos de las fábricas. En junio de 1581, el Ordinario, de donde partía en última instancia toda potestad jurisdiccional, cometió al Provisor y al Mayordomo Mayor de Fábricas para que cursaran mandamientos por todo el Arzobispado para que todos los mayordomos cobrasen y guardasen el pan de las rentas de las fábricas.

Se prohibía en este mandamiento que se diesen libramientos a nadie para que se le repartiese pan y que se notificase a los notarios de la visita, Simón de Aguilar y Andrés López, y a los visitadores generales, para que no distribuyesen pan alguno de las fábricas que visitaren ni diesen libramientos ni mandamientos a nadie de ningún pan hasta que el Cabildo sede vacante, antes de Santiago, que era la primera paga, llamase para tratar la *orden que más convenga al servicio de nuestro señor en repartir el pan*.²²⁹⁶ Se trataba de retener el pan, sobre todo en situaciones de carestía, para evitar acaparaciones y para que se vendiese en su tiempo a buen precio. Esta orden hay que entenderla en la coyuntura de principios de la década de los ochenta del siglo XVI, tras la epidemia de peste de 1580 y la carestía posterior. Había que asegurar el paradero del trigo y evitar en lo posible que se repartiese por parte de los mayordomos o visitadores a espaldas del poder central en Sevilla. Después se procuraba que se rematara en los mismos canónigos. El 20 de julio de 1581 los canónigos mandaron llamar para proveer el reparto del pan de las fábricas y declararon que la primera persona a quien se repartiese pan de las fábricas fuese al racionero Jerónimo Briceño, en cantidad de cien fanegas de trigo y cuarenta de cebada, pagándolo a la tasa, *atento a que es pobre y no*

²²⁹⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval. (1580-1581).

*tiene pan alguno de su ración para comer*²²⁹⁷. A tal fin cometieron al canónigo Antonio González para que trajese relación del pan que había en las fábricas para poderse repartir, y la memoria de los monasterios, lugares píos y personas a quienes se solía socorrer en los repartos.

En la visita de San Salvador, hecha por el doctor Licanor en 1585, se pasó revista a la plata, ornamentos, rentas y posesiones de la fábrica y a las obras pías y sus rentas; el visitador indagaba y registraba los datos de su fundación y quién era su patrón o administrador, y resultaba que en la mayoría de los casos pertenecían a dignidades de la Iglesia, a racioneros y a hospitales. También se contabilizaron las casas de la parroquia, los vecinos y las personas de confesión, que eran 8.149. De éstos se mandó llevar al Provisor, como cada año, la copia de la lista de los que habían confesado.²²⁹⁸

En la visita particular de los canónigos resultó que hacían bien y decentemente su oficio divino y que en sus personas no se hallaba cosa notable de reprensión. Respecto a los curas del Sagrario de San Salvador, el visitador afirmó que los conocía por doctos y buena gente y no había hallado ninguno negligente en su oficio, *ni que aya fallecido algún feligrés sin sacramento por su culpa ni que dexten de yr doquiera que los llamen a cualquier ora*. Esta era una queja frecuente de los feligreses que dio lugar a no pocos pleitos, los curas semaneros se resistían a ir a casa de los moribundos a sacramentarlos, sobre todo si era de noche. Su negligencia provocaba en los parroquianos *gran escándalo y murmuración*, es decir alarma, miedo y una reacción de queja contra los clérigos por tan grave incumplimiento. Por lo demás, el Sagrario lo tenían con la decencia requerida, las cuentas de la colecturía de misas, por el colector, y de fábrica, por el mayordomo, eran correctas. Y en definitiva el visitador había hallado en la iglesia *mucha paz y hermandad y vicios no los he podido descubrir en los sacerdotes ni en los legos cosa que se pueda deducir en juicio probada y cualificada*.

En el mismo año se visitó San Juan de la Palma, contabilizando el número de casas, vecinos, personas de confesión y menores.²²⁹⁹ Había 1.983 personas de confesión, entre las que se contaban 130 esclavos cautivos, negros y moriscos, y 258 moriscos y moriscas libres; además había 390 personas que no confesaban, en total 2.372 personas. Sorprende el elevado número de transgresores del deber de confesión. En estos casos el párroco los amonestaba y hacía un segundo padrón, si seguían sin confesar enviaba el padrón al Provisor y éste les imponía las penas canónicas correspondientes hasta llegar a la excomunión mayor. También se hizo una relación de los beneficiados de la iglesia y sus servidores y del valor de sus beneficios, así como de la nómina de clérigos y capellanes. Después se visitaron los ornamentos de la iglesia y la hacienda de la fábrica, así como las memorias de obras pías, los memoriales y remembranzas y las fiestas y hospitales con sus alcances de misas a cargo del colector de la parroquia. Por el escrutinio realizado halló que los servidores de los beneficios habían dejado de decir las vísperas cantadas, y algunas misas de tercia, pues aunque habían llamado a ella con la campana, las decían rezadas. Les condenó a cada uno en 1.000 maravedíes de pena aplicados a gastos de justicia y consintieron en la condena.

²²⁹⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóval de Roxas y Sandoval. (1580-81).

²²⁹⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1527.

²²⁹⁹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1527.

El jueves primero de febrero de 1600 llamaron los canónigos para ver si se vendería el pan de las fábricas, y cometieron al Provisor para que diese licencia al Mayordomo Mayor de Fábricas de Sevilla y su Arzobispado para que pudiese vender la mitad del pan de las fábricas, llevándolo a pregón ante escribano y rematándolo en la persona que más diere. Pero en noviembre mandaron suspender la venta de pan de las fábricas hasta fin de enero de 1601. Como el precio del trigo oscilaba dependiendo de la época del año, era frecuente que se diese orden para que se mantuviese en la Cilla hasta un momento más propicio²³⁰⁰.

Los mayordomos vendían el trigo y la cebada de las fábricas desde año nuevo en adelante, en virtud de la licencia y mandamiento que les daba el Provisor. Esta venta se debía hacer por pregón en las plazas, pero solía ocurrir que a través de terceros interpuestos los mismos mayordomos compraban la mercancía a las posturas más bajas posibles; y así, con el dinero y hacienda de las fábricas, *grangeaban*, y después esperaban para vender el pan con más ventaja y sacar ganancia, descuidando todo ese tiempo las faltas y necesidades de las iglesias y sus ministros. De este modo el beneficio lo obtenían los mayordomos y no las fábricas, y *es negocio considerado entre los que bien sienten y les duele ver lo que pasa*. Y todo esto ocurría porque a veces los visitantes nombraban mayordomos por favores y éstos apetecían el cargo para *socorro de sus necesidades*, y así eran perjudicadas las iglesias por los que debían mirar por el bien de ellas; y más *si eran algo largos de consciencias y tienen traça para que en las cuentas se ajuste todo y no aya falta*.²³⁰¹ En este memorial, el licenciado Aldrete daba a entender que había connivencia entre visitantes y mayordomos, pues éste defraudaba en la contabilidad de la fábrica y aquel le tomaba la cuenta a su medida y lo mantenía en el cargo.

Cada iglesia debía tener un libro de protocolo donde se asentaban las cuentas de su hacienda y las rentas que poseía. Tenía otro libro donde se asentaba la visita y la cuenta del mayordomo, de las capellanías y memorias pías. El visitador le tomaba cuenta al mayordomo, haciendo el balance de la renta de la fábrica por el libro de protocolo, y en la cuenta final se cargaba el pan y los maravedíes pontificales, que eran la parte de los diezmos que correspondían al Prelado y que también se llamaban novenos de los diezmos, porque eran la novena parte, y se repartían por la Contaduría de las Rentas Decimales de la Iglesia Mayor de la ciudad.

También se cargaban en la cuenta de la fábrica las entradas de sepulturas, que eran dos reales por cada *cuerpo mayor* (adultos) que se enterraba en la sepultura de fábrica y uno por los *cuerpos menores* (niños). La limosna que se daba a los clérigos que se enterraban en sus *bestimientos*, que solían ser de tres o cuatro ducados cada uno, también se cargaban en la cuenta. Se cargaban asimismo las sepulturas de fábrica que se adjudicaban perpetuamente a personas particulares que solían ser de diez ducados cada una; asimismo se cargaban las limosnas de mandas o testamentos, el material vendido de la iglesia o cualquier otra cosa que hubiese producido aprovechamiento para la fábrica.

²³⁰⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 1600-1601.

²³⁰¹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial del ldo. Juan Bautista Aldrete

Se descargaban de la cuenta los salarios ordinarios que se pagaban a los monaguillos, sacristanes, organistas y otros servidores de la iglesia, que solían ser, tres mil maravedíes al sacristán, a los monaguillos (solía haber tres o cuatro en cada iglesia) ocho reales a cada uno cada mes, y al organista otros tres mil maravedíes. Por *atizar* las lámparas se pagaban seiscientos maravedíes y otros seiscientos por barrer la iglesia; por decir la doctrina a los niños los advientos y cuaresmas se pagaban mil maravedíes y por hacer el monumento en Semana Santa mil quinientos maravedíes. En algunas iglesias ricas solían ser mayores los salarios, pero en ninguna más del doble.

También se descargaban los gastos de obras y ornamentos que se compraban, previa licencia del Provisor, e informando a los visitadores de la necesidad que había y de la cantidad presupuestada para gastar. Aunque el Sínodo del Cardenal Guevara (1604) mandó que no se hiciesen bordados para las iglesias por lo mucho que costaban, se siguieron haciendo encargos por parte de los mayordomos.²³⁰² Se aconsejaba que se reparasen los viejos, concertándolo primero con un bordador que lo hiciese dentro de la propia iglesia, donde el mayordomo pudiese verlo cada día, y señalándole un tiempo para que lo acabase; y en el ínterin que le pagase tasadamente y que comiese a cargo de la iglesia, de manera que cuando terminase se le restase y se le pagase. Esto para evitar lo que solía ocurrir, *que los bordadores tenían un tributo sobre las fabricas para sacalle cada año dineros so color de que la obra se está haciendo*, y cuando les apretaban para que mostrasen lo que tenían hecho mostraban otras obras ajenas, y así entretenían durante años y al final la obra estaba por comenzar y pagada por la fábrica, y *es trabajosa cosa tratar con burladores estando pagados*.

Algo similar ocurría con las obras de retablos, monumentos y órganos, pues la dificultad de estos encargos era la misma,

por que ay retablo en yglesia deste arçobispado que se an casado viznietos del maestro a quien se encargó, yéndose dando en dote de unos en otros, y oy en día a pagado la yglesia mucha cantidad de maravedíes y ay puestas quatro tablas y figuras en el altar con harta indecencia que no valen la quinta parte de lo que est pagado.²³⁰³

Y lo peor de todo era que la partida correspondiente no se remataba, pues el maestro pretendía que se le pagase lo que se le debía. Otra causa frecuente de dilación en la terminación de los encargos era la escasa posibilidad de inversión de las fábricas, por esto se recomendaba que si había obras más urgentes no se acudiese a estos gastos. A pesar de todo la tendencia siguió siendo el descuido de las obras y reparaciones urgentes y el encargo de obras de arte, retablos, imágenes y mantos bordados. En definitiva se descargaban de la cuenta todos los gastos que se ocasionaban en las iglesias, incluidos los ocasionales y poco habituales, como el de la crianza de una niña que el Sacristán Mayor de Alosno encontró a la puerta de la iglesia.²³⁰⁴

Después de la cuenta del mayordomo se visitaban las capellanías por sus libros, y se hacía cargo a los capellanes de las misas que decían por meses desde la anterior visita, enviando el balance a la Colecturía General donde se *libraban* por el Provisor a las personas que habían de decir las misas. Seguidamente se visitaban las memorias

²³⁰² A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Advertencias al Arzobispo de Joseph Pérez, notario, en el que se ofrece para todo lo que vuesa merced mandare, año 1611.*

²³⁰³ *Ibidem.*

²³⁰⁴ A.D.H. Catálogo de Pueblos. Alosno, 1659.

particulares por sus libros, dónde estaban firmadas las misas, quién las decía, por quién se decían y en el día que se decían; estas misas solían ser a cargo de los beneficiados y se solían quedar los *alcances* que se hacían de ellas.

Solía haber problemas con las escrituras de las instituciones, capellanías y memorias, pues a menudo faltaban de los archivos. Como estaban en poder de los capellanes y beneficiados, al morir alguno era fácil que se perdiesen y no quedaba razón de ellas en las iglesias. Era necesario que hubiese un libro donde se asentasen y un control de las escrituras, y así se pidió por parte de algunos memorialistas, pues de su pérdida se seguía un vacío jurídico importante, porque en ausencia de documento escrito sólo quedaba una garantía tan poco sólida como la costumbre inmemorial.

Efectivamente, los mayordomos tenían prohibido sacar las escrituras e instrumentos públicos originales de las iglesias, pues a menudo se perdían con grave perjuicio para las fábricas. El poco cuidado con los papeles de la hacienda de las iglesias, aunque estaba mandado que hubiese archivo para guardarlos, ponía en grave riesgo a estas, pues los mayordomos se los llevaban a su casa y solían perderse. Otras veces ocurría que moría el mayordomo y quedaban muchas escrituras presentadas ante escribanos para pleitos, y el nuevo mayordomo no sabía en poder de quién estaban. En un memorial de 1611 citado se afirmaba que por este motivo estaban las haciendas de las fábricas *en el aire, mucha della se cobra solo por la costumbre que ay y deben por que si los deudores se defendiesen seria un pleito ordinario con cada uno y la fabrica no tendría hacienda para proseguillos*.²³⁰⁵

Los visitantes en su visita no podían remediar esto, pues no se podían detener a seguir pleitos ordinarios para hacer reconocer a cada inquilino de una hacienda de la fábrica su deber para con ella. Y si apremiaban a los mayordomos para que entregasen las escrituras también se originaría un pleito ordinario, pues a ellos no se las entregaron por inventario cuando se hicieron cargo de la mayordomía, por *correr esta mala costumbre muy de atrás*. Nuestro memorialista proponía que los vicarios o curas más antiguos,

por la mejor vía que se pudiese hiciesen reconocer a los inquilinos de los tales bienes dándoles comisión para ello y que no se entienda la defensa que los reos tienen por que en muchos lugares son gente de campo y no advierten en ello y con facilidad lo harán.²³⁰⁶

Hasta tal punto estaba la hacienda de algunas iglesias indefensa y sin soporte jurídico de documentos escritos que se confiaba en la inocencia de los arrendatarios, gente de campo en su mayor parte. Para remediar esto se propuso que se pusieran los papeles en los archivos y que en cada uno hubiese dos llaves, una que la tuviese el mayordomo y otra el cura más antiguo. Y que tuviesen un libro blanco donde se anotase por ambos y lo firmasen al pie cuando se sacase una escritura, y para qué y ante qué escribano se presentaba. Así cuando se devolviese la escritura se pondría al margen del libro, y, en las visitas, se podría ver qué escritura faltaba y hacer que volviese al archivo en caso necesario. Pero para hacer efectiva esta orden sería necesario poner algunas

²³⁰⁵ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Advertencias al Arzobispo de Joseph Pérez, notario, en el que se ofrece para todo lo que vuesa merced mandare, año 1611.*

²³⁰⁶ *Ibídem.*

penas *llevaderas* al cura, y que se ejecutasen en las visitas, dándole alguna cosa de la hacienda cada año por el trabajo de cuidar de esto.

Después de visitadas las capellanías y memorias, se tomaba cuenta de la colecturía, que eran las misas de testamentos y la *pitancería*, cuya razón la llevaba el colector de la parroquia en un libro donde asentaba el día que enterraban a un difunto y las misas que dejaba en su testamento para decir en la iglesia. Estas misas se iban firmando en el libro por los sacerdotes que las decían, con razón del día, mes y año. Antes que se sacase la cruz para el entierro, el colector daba fe del testamento, donde constaban las misas que mandaba el difunto; y estas fes las guardaba el colector para presentarlas en la visita y poder comprobar los alcances de estas misas y que se habían cumplido, pues de lo contrario había que apremiar al albacea, cumplido un año, para que las cumpliese. Tras esto, el Visitador ponía en el libro de la visita las necesidades que había, los mandamientos para que se guardasen y las cosas que había que *remediar*. El Mayordomo sacaba una fe de las necesidades que señalaba el visitador y las cosas que había que reformar, y las presentaba al Provisor para que diese licencia, sobre todo si suponían gastos en obras y ornamentos.

Por último se ponía en el libro de la visita el nombramiento del nuevo Mayordomo y del Colector y Apuntador de las misas de la fábrica, capellanías y memorias. El Mayordomo daba sus fianzas ante un escribano publico y traía una fe de ella al notario, anotándose en el libro, al margen del nombramiento, quiénes eran los fiadores, ante el escribano que se obligaban y el día, mes y año que se hacía la escritura. Los colectores no solían dar fianzas, a menos que le pareciera al Visitador que no era *abonado*; entonces, para mayor seguridad, le hacía dar una fianza y la ponía en el margen del nombramiento, como con el Mayordomo. Por último cerraba el libro los derechos de la visita, según los días que se habían empleado, las escrituras y los autos.

Así pues, una de las más importantes funciones de los visitadores era controlar e inspeccionar las contabilidades de las iglesias. A tal fin nombraban a los mayordomos y les tomaban *quenta* regularmente. A menudo los mayordomos usaban los bienes y rentas de las iglesias para su lucro personal defraudando la confianza puesta en ellos. Esto era posible porque los mayordomos manejaban las rentas de las iglesias, cobraban los diezmos y las demás rentas de la fábrica, contrataban con los artesanos las imágenes y ornamentos que necesitaba la iglesia, y todo esto suponía el manejo de un presupuesto considerable.

Los mayordomos tenían poco salario, una iglesia con 500 o 600 ducados de renta no daba a su mayordomo mas de 3.000 o 4.000 maravedíes cada año. De esto resultaba que a veces los mayordomos ponían pleito a la fábrica para que le pagasen lo que merecían, y en esto se gastaba mucho dinero. El memorialista citado proponía que llevasen un tanto por ciento de lo que gastasen, para recompensar su trabajo y animarles a que gastasen en *ornato del culto divino*²³⁰⁷. Otra solución que se planteó fue que los visitadores se compusiesen con los mayordomos para acordar su salario, pero para esto debían tener comisión del Prelado o de su Provisor.

Ya vimos cómo era deber del visitador *tomar la quenta* de los mayordomos, inspeccionando y revisando para que no se produjesen fraudes. Asimismo los nombraba

²³⁰⁷ *Ibídem.*

y les tomaba juramento en el que debían ofrecer fianzas como garantía de su gestión económica, así como fiadores que se comprometían a responder por el Mayordomo en caso de necesidad. La combinación del bajo salario de los mayordomos, la pobreza de alguno de ellos y las importantes cantidades de dinero que manejaban daba lugar a algunas desviaciones. Por tanto una de las tareas más importantes del Visitador era la inspección y control del gobierno de las iglesias que realizaban los mayordomos, especialmente en su vertiente económica. Una acción típica de los visitadores era la que observamos en junio de 1581, cuando el visitador, canónigo Antonio González, revisó la visita de la fábrica y mayordomo de San Salvador de Sevilla que había realizado su predecesor en el cargo Alonso Zamora, pues parecía que había una serie de irregularidades que no habían sido subsanadas, tomando medidas para el *buen gobierno y administración de la fábrica*²³⁰⁸.

Era la Colegial, por su importancia y complejidad, uno de los casos más difíciles de la visita de Sevilla. Los desequilibrios en la contabilidad, los llamados *alcances* eran habituales en la visita, y a menudo como consecuencia de esto se derivaba el cese del mayordomo y su sustitución por otra persona, amén de los pleitos que se pudiesen seguir contra el mayordomo saliente. En este caso, el 10 de junio, el Cabildo sede vacante aprobó y confirmó la suspensión y remoción que había hecho el visitador González de la mayordomía de la fábrica que tenía el clérigo Juan de Morales, y su sustitución por el clérigo, bachiller Juan Váez. El Mayordomo saliente pidió que se suspendiese la comisión que tenía el visitador para revisar la visita de San Salvador y proveer sobre ella y el Cabildo le respondió que prosiguiese la *justicia que a su parecer tenía*, pero que el visitador continuaría su labor de inspección. Finalmente cometieron a otro canónigo, Fernán Pérez de Saucedo, para que tomase las llaves y las cuentas de la mayordomía saliente a Juan de Morales. También hubo problemas este año con el Mayordomo de la fábrica de Aracena; el visitador Fernando de Mohedano informó de lo que pasaba en aquella mayordomía el 17 de junio de 1581.

Durante los pontificados de don Cristóbal de Rojas (1571-1580) y de don Rodrigo de Castro (1581-1600), el Secretario Aragonés, que sirvió a ambos, nos informa que en el Arzobispado había cuatro visitadores, uno en Sevilla y tres fuera, que se repartían el territorio en veredas, la Banda Morisca, la Sierra y el Condado²³⁰⁹. La Banda Morisca se extendía desde Sanlúcar de Barrameda, confinando con los obispados de Cádiz y Málaga, y llegaba por el norte hasta Osuna, entraba en la vereda de Jerez y tenía 30 lugares. La Sierra llegaba desde Aracena y Zufre hasta Écija, confinaba con el Obispado de Córdoba, y tenía 40 lugares. El Condado iba desde Aracena hasta el límite del Obispado de Badajoz por el norte, por el sur hasta Ayamonte y el río Guadalquivir, y por el oeste limitaba con la *raya* de Portugal, y tenía 70 lugares.

Para visitar cada una de las veredas eran necesarios dos años, visitando diez meses cada año, *que es lo mas que se puede visitar cada año*. Los derechos que llevaban los visitadores en sus visitas eran, a principios del siglo XVII, una dobla (365 maravedíes), en cada iglesia por la visita de la pila bautismal, y dos reales por las *quentas* que tomaban al mayordomo de la fábrica, así como por la *carta de mayordomía* en la que nombraban mayordomo para el siguiente período. Además llevaban dos reales por la

²³⁰⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares sede vacante de Cristóbal de Rojas y Sandoval. Libro 297.

²³⁰⁹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del Secretario Aragonés*.

visita de las cofradías y dos ducados por los patronatos; y desde el Sínodo de 1609 dos reales por la visita de cada capellanía. Todo les suponía cada año en torno a 250 ducados. El Notario Contador de la visita cobraba, conforme al arancel del Sínodo de 1604, cuatro reales de salario cada día. Cobraba de la fábrica de la iglesia el tiempo que se ocupaba en tomar sus cuentas, y de las capellanías, a *prorrata*, el que se ocupaba en los alcances de misas de estas. Además cobraba por los documentos escritos doce maravedíes por hoja y los mismos derechos que los visitantes por las cofradías y patronatos. Todo les podía suponer al año unos 400 ducados.

Tanto el visitador como el notario contador debían comer a su costa; las fábricas no tenían obligación de darles nada por este concepto, excepto las vicarías de Lepe y otros cuatro lugares de poca consideración que tenían por costumbre *acer la costa* todo el tiempo que duraba la visita, descontándose en la cuenta del mayordomo. Cada iglesia tenía su hacienda y un mayordomo, nombrado por el visitador en cada visita, que la administraba y que se encargaba de la mayordomía a su riesgo; pero antes el visitador se informaba bien de su hacienda y se le tomaban fianzas, *y ordinariamente se da a los mas onrados y ricos de los lugares*.

Otra de las esferas en las que la gestión de los mayordomos producía numerosos conflictos era la contratación, supervisión y pago de las obras y ornamentos de las iglesias. En 1580 el bordador Alonso Ortiz le puso un pleito al mayordomo de la fábrica de San Lorenzo de Sevilla que terminó en un conflicto de competencias entre el Provisor y el Juez de la Iglesia. El Cabildo mandó que los notarios ante quienes pasaban los pleitos los remitiesen al Prior y canónigo, Pedro Vélez de Guevara, para que los viese e informase de ellos a los canónigos sede vacante. A veces el visitador podía excederse en la autorización de obras de arte, ornamentos o reparaciones. Y podía ocurrir que se concertara con el Mayordomo para dársela a algún maestro por interés.

El Visitador debía dar cuenta fielmente de todo al Prelado o a su Provisor que, a través del Oficio de Fábrica, controlaba las obras que se encargaban por parte de los mayordomos o los visitantes, dando licencias para las mismas. Pero en sede vacante era el Cabildo el que controlaba directamente las obras. En 1624 éste mandó pedir al Visitador de la vereda de Écija un informe de las obras nuevas que había mandado hacer y a quién las había encargado, tanto de retablos como de *monumentos* y otras cosas. A finales de este año, el Mayordomo del Convento de San Clemente, don Manuel Sarmiento, había concertado un retablo en 22.000 ducados con un maestro escultor, pero el Cabildo cometió a su Provisor para que mandase al nuevo mayordomo que no librase ningún dinero y parase la obra; pues previamente había que hacer las cuentas finales con el mayordomo saliente y llevarlas al Cabildo para aprobarlas, y mientras, la obra no se debía comenzar, notificándose al maestro escultor Juan Montañés, con quien se había concertado. Además mandaron que se comunicara al mayordomo que no diese ningún dinero, y que se hiciera saber al señor Manuel Sarmiento que primero debía ver las cuentas y el diseño de la obra el Visitador de los Hospitales don Juan de Guzmán, que lo era en ausencia de Alonso Buján. Pero el maestro argumentó que del contrato ya se habían hecho escrituras ante el escribano Diego Ramírez y por tanto quería proseguir la obra, el Cabildo mandó que viese las escrituras el señor don Félix y el señor don Luis Melgarejo, canónigos.

El visitador también intervenía en los contratos de arrendamiento que hacía la fábrica de sus posesiones, ya fueran tierras o casas. Y a veces estos arrendamientos se

renovaban por *vidas*, en condiciones muy favorables para los arrendatarios. También se interesó el Cabildo por las *vidas* que había dado el Visitador de Ecija, y pidió a los mayordomos que mandaran relación de esto.

Otra de las tareas del visitador consistía en el control de los colectores de misas de las parroquias. Éstos tenían la responsabilidad de apuntar en el libro las misas, pagando a los capellanes y beneficiados por las que decían, y cobrándoles por las que dejaban de decir. Como vimos, la contabilidad de las misas suponía un quebradero de cabeza constante para la maquinaria arzobispal. El visitador González revisó la colecturía y colector de San Sebastián del Campo de Sevilla el 10 de junio de 1581, y ante las irregularidades observadas, proveyó para que en lo sucesivo se tomara bien la cuenta de las misas. Los colectores también manejaban presupuestos considerables del cobro de las misas que no se decían, y que debían entregar al visitador cuando les hacía la cuenta. En 1600 el visitador Tamayo tomó la cuenta al colector de San Juan de la Palma de lo que debía, asegurándole la deuda y dándole tiempo de espera para que la pagara.

Los visitadores también nombraban a los colectores, y a veces les pedían fianzas como garantía del dinero que manejaban, sobre todo cuando el montante de las misas era considerable. En 1600 el Visitador del partido de Jerez nombró al vicebeneficiado Sebastián Benítez como colector de la fábrica del Puerto de Santa María, pidiéndole fianzas. El nombramiento de los mayordomos y colectores correspondía, en el reparto de tareas y responsabilidades que el Prelado hacía de su maquinaria de gobierno, al Visitador con el Provisor, el primero proponía al más idóneo, e incluso lo nombraba cuando estaba fuera de Sevilla, con el consentimiento y el visto bueno del segundo. En diciembre de 1623, en San Miguel de Sevilla, el visitador Centeno nombró *con el Provisor* al nuevo colector por muerte del anterior. Sin embargo todo nombramiento pertenecía en puridad jurisdiccional al Ordinario, o a quien perteneciera la administración de la jurisdicción en cada momento. Así que el Cabildo declaró que el nombramiento que había hecho el Provisor fue en el ínterin, confirmando el nombramiento hecho por el Provisor.

El Cabildo sede vacante era muy celoso de sus facultades, afirmando a cada momento su jurisdicción y sancionando las decisiones del Provisor para dejar claro quien era el depositario del poder. Como dijimos, el colector de la parroquia gestionaba la contabilidad de las misas que se decían tanto a cargo de beneficiados como de capellanes, tomando razón de las que se decían y cobrando las que no se decían (alcanzadas) para su posterior entrega al visitador, que a su vez las depositaba en la Colecturía General de misas en el Palacio Arzobispal. Este órgano estaba presidido por el Colector General del Arzobispado, que a su vez dependía del Provisor. Una vez depositado el importe de las misas alcanzadas en la Colecturía General, el Provisor daba orden para que se *librasen* las misas alcanzadas en las visitas y traídas a la Colecturía General. Este libramiento iba generalmente a las parroquias pobres que no tenían misas, ni sustento sus ministros, y también a los clérigos regulares, siempre que los seculares tuviesen suficientes misas para decir.

A principios de 1624 el Provisor propuso una solución sobre las misas alcanzadas en La Rinconada, Palos y Moguer, y mandó al visitador Fernando de Andrada que asegurase el alcance a los colectores, pues a veces éstos hacían malversación del dinero que tomaban de las misas alcanzadas. Y que se tomase razón en los libros de la colecturía de la parroquia, como era deber del colector, así como en la Colecturía

General. En enero de 1624 el Cabildo trató sobre algunas decisiones que había tomado el visitador, doctor Checa, que no se ajustaban a derecho. Éste había nombrado colector de la Colegial de San Salvador a un clérigo que había sido fraile carmelita, Juan Baptista Moreno, además el Notario contador que había nombrado no era suficiente y no guardaba la forma del Sínodo, pues visitaba dos y tres iglesias juntas, para tratar sobre el tema mandaron salir del cabildo al visitador.

Los visitadores nombraban a los mayordomos de las fabricas de su vereda, en la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600) el visitador nombró al bachiller Gonzalo Fernández, clérigo presbítero, como Mayordomo de Cañete la Real y cometieron al vicario, que era también Administrador de las rentas decimales de la vicaría, para que recibiese las fianzas que debía entregar, hasta que el Visitador fuese de visita. A veces era el Ordinario el que nombraba mayordomos, o en su defecto el Cabildo o por poderes el Provisor o el Mayordomo Mayor de Fábricas. En este año nombró el Cabildo a Cristóbal Márques como Mayordomo de la Fábrica del Puerto de Santa María, dando sus fianzas. Y en Ecija renovaron por un año al beneficiado Aldrete como Mayordomo de Santa Cruz, aunque después el visitador lo denunció dando la sumaria al Fiscal del Provisor que siguió el pleito poniéndole capítulos relacionados con delitos cometidos en el desempeño de sus funciones como mayordomo en el año anterior. Finalmente acabaron destituyéndolo y nombrando al bachiller Cristóbal de Tejada, clérigo presbítero, y dando fianzas al visitador.

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600-1601) fueron los cuatro visitadores generales de Sevilla y su Arzobispado, Jerónimo Gudiel, Jerónimo de Zúñiga, Pedro de Santander y Diego Tamayo, que eligieron sus oficios por antigüedad de sus canonjías.²³¹⁰ El visitador de los hospitales fue el tesorero y canónigo, Fernando Gallinato, y el visitador del convento de monjas de Santa Justa y Rufina, que fundó el Obispo de Esquilache, fue don Iñigo de Villalobos. El Cabildo vigilaba la acción de los visitadores, que como todos los oficiales, tendían a extralimitarse en sus competencias. Pedro de Santander, de visita por Ecija, se entrometió en los testamentos y en los alcances de visitas pasadas y el Cabildo tuvo que advertirle para que renunciase a estos excesos. En su informe aparecen cinco curas en Écija que llevaban los derechos de sus curatos simples, a saber, las ofrendas que hacían los padrinos de los bautizados enteras, el cepillo y la candela, los derechos de las velaciones enteras, las ofrendas de velas, aras y fe de bautismo, y los derechos de amonestaciones. Es decir todas las cosas que por costumbre servían los curatos simples, con licencia y provisiones del Provisor de Sevilla.

Otra de las funciones de los visitadores era tomar la cuenta de la contabilidad de las misas, y cuando había alcances, mandaba dar las misas que estaban sin decir a los conventos de frailes con licencia de la colecturía general de misas. El visitador Diego Tamayo mandó dar 200 misas a los frailes franciscanos de San Benito por una vez, pero le mandaron que en adelante no sacase más misas fuera. La visita de Écija de 1603, que duró hasta 1605, la realizó Antonio de Hojeda, en su relación aparece que uno de los seis beneficios simples lo poseía don Diego de Ulloa, canónigo de Sevilla, Arcediano de Écija y sobrino del Arzobispo don Rodrigo de Castro. La de 1608 la hizo Gerónimo de Herrera.

²³¹⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares en sede vacante. Libro 287

Tenemos una carta dirigida al Arzobispo don Pedro de Castro, fechada en 3 de julio de 1611, informando de los abusos del mayordomo de Villaraza.²³¹¹ La enviaba un antiguo servidor del Arzobispo, Gregorio de Contreras, que ahora era Regidor de la villa, denunciando que Cristóbal Lopes Plata, cura de Villaraza y Mayordomo de la fábrica desde hacía 5 o 6 años, no administraba fielmente los bienes de la iglesia, y advertía que se le tomasen las cuentas de nuevo, pues las que se le habían tomado en la sede vacante *no eran buenas*. Describía al cura como *clérigo forastero y pobrísimo* que había procurado valerse de su oficio de Mayordomo procediendo con gran perjuicio de los bienes de la iglesia. Además, al denunciar que las cuentas que se le habían tomado no eran buenas, señalaba directamente al Visitador como cómplice de los manejos del Mayordomo. También informaba que en la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600) ya se había dado noticia de todo esto al Provisor, pero resultó ser íntimo amigo suyo, y *le daba muchos presentes*. Así que mandó a tomarle cuentas a un notario que se las tomó *muy a su gusto*, dejando algunas partidas por pasar en cuenta, y por la amistad del Provisor se le dejó en el oficio. Finalmente, avisaba Gregorio Contreras, que el Visitador estaba en la vicaría de Huelva, que estaba a seis leguas del lugar, y no tenía que ir a Villaraza hasta dentro de cuatro o cinco meses, con lo cual el Mayordomo estaba a gusto en la tardanza y tenía por cierto que lo volverían a dejar en el oficio.

Así que propuso que se le volviesen a tomar las cuentas que hizo el notario en la sede vacante y se le removiese de su oficio; y que el visitador debía compeler con censuras de excomunión para que asistiese el licenciado Juan de Buendía, su compadre, y Francisco Vázquez, Regidor de la villa, que había sido antes Mayordomo, para que *cristianamente* informasen al visitador y vieses la disolución que había en los bienes de la iglesia *a quien todos tenemos obligación de acudir*. Finalmente prometía decir al visitador a su llegada muchas cosas de las obras del clérigo, pero advertía que el mayordomo intentaría evitarlo acomodándolo en la posada y agasajándolo para llevarlo a su parcialidad, táctica que vemos repetida en otros casos.

La conexión del Prelado con la visita del arzobispado se producía a través de su Secretario de Cámara que departía y elevaba informes al Prelado y se comunicaba epistolarmente con los visitadores transmitiendo las órdenes y mandamientos del Arzobispo. En un memorial, escrito el 10 de diciembre de 1610, el licenciado Calderón advertía al nuevo Prelado que llegaba de algunas cosas para el *buen gobierno del Arzobispado*.²³¹² Decía que lo hacía, *domino teste*, con ánimo y celo de servir a Dios y remediar algunos casos, y se quejaba de la deficiente formación jurídica de algunos visitadores, pues algunos no eran letrados ni hombres de ciencia y experiencia, y esto redundaba en su dependencia de los notarios contadores que los acompañaban, que a veces terminaban siendo dueños de la visita. Según él, los visitadores iban *asidos a la corriente de los notarios* que llevaban consigo, y éstos no se preocupaban del aprovechamiento de las fábricas sino del suyo propio. Y había visitadores que *están mirando a la cara de los notarios para hablar, teniendo solo el nombre de visitadores*. Otro problema que señalaba era la dilación interesada de la visita, pues, según él, por muy grande que fuese la iglesia se podía hacer en quince días, y solían tardar tres y

²³¹¹ A.G.A.S. Sección II. Gobierno, Asuntos Despachados. Legajo 633. *Carta de Gregorio Contreras de 3 de julio de 1611, de Villarrasa, que dice fue servidor del Prelado muchos años y regidor de la villa.*

²³¹² A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del licenciado Calderón escrito el 10 de diciembre de 1610 al nuevo Prelado que llega, le advierte de varias cosas para el buen gobierno del Arzobispado.*

cuatro meses (la visita de San Salvador de Sevilla en 1611 tardó veintidós meses). Y esto porque en lugar de tomar las cuentas por el mismo libro regular de cargos, descargos y alcances, el notario trasladaba en un cuaderno las cuentas al pie de la letra para gastar días y tiempo y llevar más salarios. El Notario contador solía llegar a las diez de la mañana y se iba a las once, volvía por la tarde a las cuatro y se iba a las cinco, y algunos días no iba a la Mayordomía de la Iglesia y se quedaba en su casa, o acudía a sus negocios privados, *con salario y sin trabajo*.

Además, denunciaba que los mayordomos, para tener a los notarios propicios y que les tomasen las cuentas a su modo, les consentían y les daban una parte de los intereses, *como se ha hecho en San Salvador*. Citaba, para dar fe de esto, al Maestro Ribera, que fue Mayordomo de la Fábrica, y a otros que prometía referir si era necesario. Se quejaba de que con todo esto la fábrica, en lugar de su aumento, *queda defraudada y gastada*. Y denunciaba que los notarios causaban también muchos pleitos a los clérigos pobres, porque los ricos se defendían y tenían influencias y no se atrevían con ellos.

Jamás visitaban las capellanías citando al capellán, sino en su ausencia. Y así se les hacían alcances de misas, y se les pedían sin deberlas las más de las veces, haciéndoles un pleito ordinario que les costaba más de gastos que lo principal. Según él, trataban de esta manera de favorecer a los regulares, dándoles misas que supuestamente sobraban en las parroquias, y esto porque recibían regalos de ellos. En los escrutinios secretos que se hacían en las visitas, si resultaba *alguna flaqueza* contra algún sacerdote, la *ponen en tela de juicio* públicamente y lo prendían, llevándolo por las audiencias *con grandísimo escándalo*. También se quejaba que infamaban a las mujeres casadas, cuando acusaban a algún clérigo de incontinencia con ellas, y se daban casos en que procedían contra sacerdotes diciendo que estaban en pecado con una mujer que tenían en su casa y resultaba ser su hermana o su sobrina. Citaba un caso en el que el sacerdote murió de pena y afrenta por este motivo. Y todo esto, según el licenciado Calderón, por no ser *el Juez, juez, y el notario, notario*. Finalmente señalaba a una familia de notarios que trataban de controlar la visita de Sevilla: *están en esto tan encastillados dos hermanos y un sobrino Pedro de Torres, Francisco de Torres y Baltasar de Torres, que ayer no tenían capa y oy tienen más de diez mil ducados de beneficios de fábricas y clérigos*.²³¹³

Otro memorial de 1611 aconsejaba que los visitadores contaran con los vicarios a la hora de tomar cuenta a los mayordomos de las fábricas, que se razonaran los gastos del servicio de la iglesia, incluidos los de cera, y que los viese el vicario; y que no se le admitiese nada en cuenta sin que estuviese firmado en el libro de gastos por el mayordomo y por el vicario, pues cuando llegaba la visita no se podían verificar los gastos. También advertía que los mayordomos a quien se les tomase cuenta no lo volviesen a ser, aunque las hubiesen dado buenas, porque se quedaban con las mayordomías; y que el visitador no nombrase mayordomos sin consultar con el vicario y lo viese el Prelado. Finalmente recomendaba que se limitara a un mes el tiempo para tomar las cuentas y hacer la visita, pues se hacían eternas y se multiplicaban los gastos para las iglesias.²³¹⁴

²³¹³ *Ibidem*.

²³¹⁴ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. *Memorial del doctor Bartolomé Díaz Jiménez por la villa de Utrera, en carta al Arzobispo de 14 de abril de 1611*.

Los litigios entre Prelado y Cabildo Catedral fueron una constante en los tiempos modernos. A partir de Trento se intentó la recuperación del terreno perdido por los obispos en la Edad Media a favor de las iglesias mayores. Sevilla fué una de las sedes que más destacó por su carácter litigante, aunque esto dependió mucho del carácter de los distintos prelados. Hubo algunos que contemporizaron con las prerrogativas del Cabildo, y otros, muy celosos de su jurisdicción, intentaron ejecutar los decretos del Concilio de Trento en lo que se refiere a la centralización de las decisiones y del poder en el ámbito de los obispados.

Cuando llegó a Sevilla don Fernando Niño de Guevara se encontró un pleito pendiente entre el Cabildo y el Ordinario por la visita que realizaba aquel a algunas capillas de dentro y de fuera de Sevilla. Como resto de la jurisdicción de que había gozado la Iglesia Mayor en tiempos pasados, todavía a principios del siglo XVII, se permitía tener un visitador para estas capillas, cosa que no podía permitir el Prelado, pues la visita era una prerrogativa exclusiva del Ordinario. El Cabildo insistía en su jurisdicción sobre estas capillas y, especialmente en sede vacante, aprovechaba la coyuntura para reafirmar su derecho a usar la jurisdicción llegando incluso a dictar sentencias e imponer penas. Tenemos en la sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval una prueba del caso, cuando el Cabildo dio licencia al Visitador de las Iglesias sujetas al Cabildo, doctor Isidro de Cumas, para que en su visita usase enteramente de la jurisdicción e impusiese censuras y penas.²³¹⁵ Y en la sede vacante siguiente, de don Rodrigo de Castro, el Cabildo volvió a darle poder a su Visitador, don Fernando Gallinato, para que pudiese proceder con censuras y tomar juramento a las personas que le pareciere.

Por fin, tras años de litigios, en 1603 se pusieron de acuerdo ambas partes para llegar a una concordia y poner fin al pleito, que por otra parte no tenía un desenlace claro, pues la causa fué remitida al Nuncio ante quien se llevó en grado de apelación. El 17 de septiembre del citado año se reunieron en las Casas Arzobispales don Fernando Niño de Guevara, por sí y en nombre de los demás señores arzobispos sus sucesores, y de la otra los señores Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Sevilla al completo, a saber:

El doctor don Luciano de Negrón, coadjutor del Arcediano de Sevilla y canónigo, que además había sido Provisor sede vacante hasta la llegada del Cardenal Guevara, no siendo confirmado en su oficio. Don Antonio Pimentel, Chantre y canónigo, don Fernando Gallinato, Tesorero y canónigo, don Francisco Enríquez de Rivera, Maestre escuela y racionero, don Alonso Alvarez de Córdoba, Arcediano de Niebla, el doctor don Juan García Bahamonde, Prior y comisario, don César Raimundo, Arcediano de Reina y racionero, don Mateo Vázquez de Lecca, Arcediano de Carmona y canónigo, Andrés de Saucedo, canónigo, el licenciado Fernando de Maceda, canónigo, licenciado Bernardino Rodríguez, canónigo, licenciado Pedro de Villagómez, canónigo, don Benito de Vega y Alarcón, canónigo, licenciado Pedro Rodríguez de León, canónigo, licenciado don Luis Melgarejo, canónigo, don Iñigo Colmenares y Villalobos, canónigo, Jerónimo Gaudiél Espina, canónigo, don Luis Manuel, canónigo, don Juan de Medina y Villavicencio, canónigo, Pedro de Santander, canónigo, Alonso Buján de Somoza, canónigo, Diego de Tamayo, canónigo, don Bartolomé de Olaya de Rojas, canónigo, Gaspar Vélez Alburquerque, canónigo, Bernardino de Isla, racionero, Gonzalo de Solís, racionero, Diego de Morales, racionero, Fernando Sainz de Cepeda, racionero,

²³¹⁵ A.C.S. Sección I. Secretaria. Autos capitulares en sede vacante. 297 (2). 25-9-1580.

Francisco Cuadrado de la Serna, racionero, Juan Pichardo, racionero, licenciado Bartolomé Serafín, racionero, Alonso Martín, racionero, Martín Gómez, racionero, Juan Manuel, racionero, y Andrés Díaz Meca, racionero.

Y firmaron una Concordia ante el Notario apostólico Fernando Torres, que había obtenido su licencia en la Corte Romana y tenía su registro en el Archivo Vaticano el 23 de mayo de 1599. Actuaron como testigos el doctor Balza, Secretario de Cámara del Prelado, y su Camarero, Esteban de Monterroso. Después se repitió el acto en la Catedral en el lugar donde se reunían capitularmente, presidiendo don Luciano de Negrón, y siendo llamados al efecto por su Pertiguero, don Cristóbal Biedma, que actuó como testigo junto a Juan Sánchez, presbítero. A continuación el Dean mandó que los prebendados firmaran la Concordia de la que dió fe el mismo Notario apostólico antes citado.

Básicamente el pleito consistía en que los prebendados de la Catedral siempre habían elegido a uno de ellos para que visitara una serie de capillas de dentro y de fuera de Sevilla, y le llamaban Visitador de las capillas. El Prelado pretendía que, si era visitador, se tenía que presentar ante él y recibir su aprobación, conforme al Concilio de Trento. Así mandó que don Juan García de Bahamonde, Prior de las Ermitas y canónigo, que a la sazón hacía el oficio de Visitador de las capillas por el Cabildo, se presentase ante el Prelado y se desistiese del oficio de visitador. Por parte del Deán y Cabildo se alegaba que sus visitadores no visitaban las capillas jurisdiccionalmente, y así no se les podía comprender en el decreto tridentino, sino que era sólo en razón del patronazgo y administración que tenían de las capillas, y de las capellanías y memorias perpetuas que en ellas estaban fundadas. Así que, en vista de que el pleito se alargaba en Roma y su desenlace se dilataba, y *por vien de paz y por ser el fin de los pleitos dudosos e por evitar los daños e inconvenientes que de ellos se siguen y pueden seguir convinieron e concordaron*.²³¹⁶ El Cabildo renunció al derecho de visita de las capillas de Sevilla, que eran: Santa Cruz, Santa María la Blanca, San Roque y San Bernardo. Y de las de fuera de Sevilla: Eliche, Albaida, Quema, Chucena, La Torre, Gelo, Olivares, Benacazón, Gandul y Casaluenga.

La persona nombrada por el Cabildo para la administración de las capillas las seguiría visitando extrajudicialmente y podría ver y remediar lo que tuviese necesidad, pero no podría entrar en las iglesias con solemnidad, recibimiento ni ceremonial como solían hacer los visitadores. Y se les prohibía visitar el Santísimo Sacramento, el Sagrario, los olios, la crisma y la pila bautismal con solemnidad, aunque podían ver si estaban decentemente aderezadas y compuestas y si había algo que remediar y proveer. No podían publicar su visita ni compeler a los eclesiásticos, ni rogar a los seglares para que asistieran a ella, como solían hacer los visitadores; no podían leer el Edicto, ni publicarlo, ni visitar los testamentos de los difuntos, pues todo esto pertenecía a la jurisdicción ordinaria del Prelado, y lo hacían los visitadores como jueces cometidos por él. Sin embargo se acordó que pudiesen tomar cuenta extrajudicialmente de las misas que los difuntos mandaban que se dijese en las capillas.

Tampoco seguir inquiriendo el comportamiento y disciplina (*moribus et vita*) de los curas, beneficiados, sacristanes y mayordomos, ni de otras personas eclesiásticas o seglares que pertenecieran a las capillas, bajo pretexto de que lo hacían para dar noticia

²³¹⁶ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cuadernillo de 1603.

al Provisor. Pero de palabra y extrajudicialmente se podían informar de cómo procedían todas estas personas que nombraban a su voluntad, para poderlos remover si no cumplían en sus oficios. Se insistía en la Concordia que no podían estos administradores nombrados por el Cabildo decretar ni sentenciar nada de carácter jurisdiccional, y se ponía especial énfasis en los términos. Por ejemplo no debían usar la palabra *fallo* en sus resoluciones, porque esto pertenecía al ámbito de lo jurisdiccional y no se les reconocía autoridad de visita, sino sólo para ciertos autos de carácter administrativo.

También se les negaba el poder de escribir o decretar nada en los libros de bautismo y desposorios, sino sólo verlos para informar extrajudicialmente, velando de que el cura los tuviese, como estaba obligado, y de todo lo que pudiese tocar a su administración. Otra cosa en la que se insistía por parte del Prelado era que la persona que en adelante se eligiese no se llamase *visitador*, sino otro nombre que al Cabildo le pareciere. Finalmente la visita jurisdiccional de las capillas se declaró que pertenecía exclusivamente al Prelado y a sus visitantes, y se les prohibió que visitasen y tomaran cuentas de las cofradías que estaban fundadas en las capillas, ni de las que se fundasen en lo sucesivo. Excepto a los mayordomos de las cofradías del Santísimo Sacramento que estaban fundadas en las capillas, a éstos les podían tomar cuentas extrajudicialmente de cómo gastaban los bienes y rentas de las cofradías, para evitar que por mala administración defraudasen los bienes de las fábricas de las capillas. Porque estaba estipulado que si no bastasen las rentas y limosnas de las cofradías para la cera y las demás cosas, estaban obligadas las fábricas de las capillas a suplirlo. Por tanto, podían tomar cuenta a los mayordomos de las fábricas de las capillas de sus bienes y rentas, porque los administradores eran el Dean y Cabildo.

En cuanto a la administración, podían ordenar y mandar lo que conviniese para la gestión de los bienes y rentas, y visitarlos cuando fuese necesario. Pero la cuenta la debían tomar privada y particularmente, y si había problemas no podían llegar a ninguna jurisdicción por vía de fallo, no pudiendo ejecutar los alcances sino que se debían remitir al Provisor o a los jueces ordinarios. También tomar cuenta a los colectores de las capillas, capellanías, obras pías, memorias perpetuas y demás personas a cuyo cargo estaba el cumplimiento de las mandas. Velar porque se cumpliesen, vigilar el estado de los bienes y haciendas de las dotaciones y hacer los alcances. Pero todo *sin palabra que suene a jurisdicción*, como *fallo*.

Además, el Visitador de las capillas no podía reclamar los alcances con apremio ni compulsión sino pidiéndolos ante el Arzobispo o su Juez. En realidad el Prelado pretendía, sobre todo, poner a salvo su jurisdicción en el plano de la palabra. Por esto se insistía en que no se usase el término *visitador*, aunque el administrador del Cabildo, de *facto*, conservara las mismas atribuciones. De ahí que se prohibiese el término *fallo* o cualquier otro que sonase a jurisdicción. Era una lucha en el plano simbólico, de las palabras y los términos, pero no por eso menos importante y operativa, pues si se cedía en las palabras se terminaba cediendo en los hechos.

Por parte del Cabildo se consiguió que los alcances de misas, ya fuesen de capellanías, de misas votivas o de testamentos, tendrían que quedar todas en la colecturía de la capilla, y no irían a ninguna otra iglesia que no fuese la Iglesia Mayor; y el diputado nombrado por el Cabildo las podía hacer mandar en las capillas. Si al tiempo que el visitador del Cardenal visitare las capillas hubiese misas por decir y el Cabildo o su diputado no hubiesen dado la orden o no se hubiese ejecutado, el visitador

del Arzobispo podía mandar decirlas y cumplir la orden dada por el Cabildo o su administrador sin que fuesen a la Colecturía General ni saliesen a otra iglesia que no fuese la Iglesia Mayor. De esta forma el Cabildo se aseguraba que los ingresos por las misas de capellanías, obras pías y memorias no escapasen de su poder y control. La Concordia dejaba la administración del Deán y Cabildo sobre las capillas intacta:

queda como hasta aquí con su fuerza y vigor, con todos los derechos y preheminencias que hasta aquí han tenido sin que por ésta concordia se les perjudique por que el administrador de las capillas, sus bienes, sus rentas y de las capellanías y memorias perpetuas que están fundadas y se fundaren de aquí adelante sigue siendo el Cabildo.

También dejaba al Deán y Cabildo la potestad de nombrar curas, siempre que fuesen aprobados por el Provisor para administrar sacramentos, mayordomos, sacristanes y demás oficiales movibles *ad nutum*.

Se declaró en la Concordia que el visitador del Prelado no podía en sus visitas conocer de la buena o mala administración del Cabildo ni de la persona nombrada por él. Esto quedaba reservado al Arzobispo, que lo debía hacer por su persona, sin cometerlo a otro y cuando visitare la Iglesia Mayor y su Sagrario y las capillas bajo jurisdicción del Cabildo. O visitando sola cualquiera de ellas podría conocer de su administración por vía ordinaria, pero sin impedir la ejecución de lo que estuviere ordenado por el Cabildo o la persona nombrada por él. El Cabildo se aseguraba así la práctica inmunidad en la administración de las capillas, puesto que las visitas de los prelados por sus personas eran rarísimas. Porque, aunque estaban obligados, no solían visitar más que por sus visitadores. Valga de ejemplo el Prelado que otorgó este acuerdo, don Fernando Niño de Guevara. Cuando llegó a la sede sevillana hacía 70 años que no se visitaba el Arzobispado por el Prelado, y aunque fue uno de sus propósitos, a la hora de su muerte se arrepentía con amargura en su testamento de no haberlo hecho. También se acordó que si fuera de la visita hubiese querrela a pedimento de parte, demanda civil o denuncia de oficio del Fiscal, por la mala administración de los bienes de las capillas, el Arzobispo por su persona o su Provisor y Vicario General podría conocer estos casos por vía ordinaria, pero sin impedir la ejecución de lo que hubiese ordenado el Cabildo.

En las causas criminales se debía guardar el derecho y estatuto de la Santa Iglesia de Sevilla, como en las demás causas criminales contra los prebendados de la Catedral; esto es, el Provisor con los adjuntos nombrados por el Cabildo entendía de la causa. En cuanto a las obras y reparaciones de las capillas, el Cabildo podía hacer y reparar todo lo necesario para su buen gobierno, y pagar los salarios a curas, sacristanes, mayordomos, apuntadores y otros ministros y oficiales. Como estas iglesias eran pobres y no tenían diezmos, tradicionalmente se pagó por mitad de los bienes del Arzobispo y del Cabildo, llevándose ambos los diezmos por mitad. Por este acuerdo todos los arzobispos quedaban obligados a pagar al Cabildo, o a su Mayordomo, todos los maravedíes que correspondiesen al Prelado de cualquier gasto de los citados, excepto los hechos por obras nuevas de plata, oro, seda u otra cosa de aderezos o sus reparaciones. La parte del Cabildo insistió en que esto se pagara sin dilación para que *no padeciera el culto divino*.

Con respecto a la Capilla de San Clemente, que vulgarmente llamaban el Sagrario de la Santa Iglesia, sito en el claustro de ella, se dejó fuera de la Concordia y ninguno de

sus capítulos le afectó; así que quedaba exenta como la misma Iglesia Metropolitana. En este caso la persona nombrada por el Cabildo se siguió llamando Visitador, sin obligación de presentarse ni pedir aprobación al Prelado, conforme al Concilio de Trento, pero sin hacer más de lo que hacía ni entrometerse en visitar más de lo que visitaba al momento de la Concordia. Con esta Concordia se declaró que quedaban finalizados los pleitos *como si no obiera abido tal pleyto*. Y para más fuerza y seguridad juraron el Cardenal y el Presidente y Cabildo: *por dios y santa maria y por los santos evangelios de dios que guardarían la Concordia so pena de 2.000 ducados de oro aplicados por mitad a la Cámara Apostólica y la otra mitad para la parte obediente*. Las partes atribuyeron a esta Concordia el valor de sentencia definitiva e hicieron renuncia general a cualquier leyes, fueros, reglas y derechos; y como garantía de su cumplimiento obligaron por parte del Prelado los bienes y rentas de su Mesa Arzobispal, y por parte del Dean y Cabildo los bienes y rentas de su Mesa Capitular, así como muebles y bienes raíces espirituales y temporales habidos y por haber.

Por último pidieron a Su Santidad que aprobase y confirmase la Concordia y supliese los defectos que pudiese tener; a tal fin ambas partes dieron poder a sus procuradores para que en la Corte Romana lo pidieran al santo padre Clemente VIII y éste mandó que se diputasen jueces al efecto. A pesar de la Concordia, el Cabildo siguió denominando Visitador de las Capillas al oficial, y así lo vemos en 1609 cuando el Cabildo cometió a Juan Martínez de Villalobos, coadjutor del canónigo don Francisco Velasco, para que visitase la iglesia de Burguillos, que era una capilla del Cabildo.

En la sede vacante de don Fernando Niño de Guevara los cuatro visitantes fueron los canónigos Pedro de Santander, Alonso Buján, Fernando Gallinato y Fernando Arias de la Hoz. Don Mateo Vázquez, Arcediano de Carmona, fue Visitador de los Hospitales del Arzobispado y el canónigo don Francisco de Velasco fue Visitador de Monjas de dentro y fuera de Sevilla. Pero la visita más importante era sin duda la que el Prelado debía realizar periódicamente en su diócesis, aunque esto rara vez sucedía. En 1610 un memorial anónimo nos informa que *a mas de setenta años que no se visita por el Prelado el Arçcobispado, y nuestro señor instruyó de lo que en esto devían hazer visitando la tierra de Samaria y Galilea para que cognosciessen sus ovejas y ellas a su pastor y se remediassen los daños espirituales y temporales y se hiciese confirmación*.²³¹⁷

De hecho, a la muerte de don Rodrigo de Castro, se elevó una queja al Rey para que el nuevo Prelado que venía, don Fernando Niño de Guevara, visitara por su persona el Arzobispado pues era muy necesario para remediar los males que lo aquejaban. Pero éste no lo hizo, es más, en su testamento se quejó con amargura de este incumplimiento y se reprochaba a sí mismo:

porque con la falta de salud que en algunos años avemos tenido y otras ocupaciones... no avemos podido salir en persona a bissitar los lugares de ntro arzobispado aunque lo avemos deseado mucho hazer con que suplicamos a ntro sr nos perdone con las demás culpas y defetos e negligencias que contra su divina magestad en la administración y gobierno desta iglesia avemos cometido y para alguna satisfacción de la culpa que deste particular uvieremos tenido emos tratado

²³¹⁷ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 633. Memorial de algunas advertencias para el gobierno espiritual del Arzobispado de Sevilla que dieron al Cardenal Guevara.

con el padre francisco de quessada provincial de la compañía de jesus e con el padre estevan de ojeda preposito de la cassa professa de Toledo...

Parece que los prelados tenían una enorme resistencia a salir de su Palacio y toparse con los problemas de las iglesias directamente, preferían ejercer su autoridad por personas interpuestas. Además, la complejidad de los asuntos del gobierno arzobispal, y a menudo su condición de consejeros del Rey, les impedía ocuparse personalmente de la visita. A principios del siglo XVII, el Secretario Aragonés nos informa que las iglesias de Sevilla y su arzobispado habían sido visitadas en la sede vacante, y mientras llegaba don Fernando Niño de Guevara proponía que el Provisor llamase a los notarios de la visita y les pidiese los registros y papeles de las iglesias, las cuentas de los mayordomos de las fábricas y de las capellanías y los libros de las iglesias. Y si alguno se hubiese traído los libros, *que lo suelen hacer so color de copiar en ellos las cuentas que han tomado*, que se les advirtiese e instruyese que estaba prohibido y que no los volviesen a sacar de las iglesias.

Asimismo se remitía a las constituciones del arzobispado para todo lo relativo a las obligaciones de los visitadores y para los aranceles de las audiencias, de los visitadores y de los notarios. Constituciones que hizo el Cardenal don Rodrigo Castro en el Sínodo que celebró, *donde están recogidas las del Concilio provincial que celebrego el cardenal don Yñigo Manrique y las de los Signodos que ante mí hizo el arcobispo don Cristoval de rrojas y sandoval*.²³¹⁸ Y viendo los visitadores las constituciones del Arzobispado y los negocios pendientes, deberían instruirse e informarse y poner *por memoria* lo que les pareciese que convenía hacer, para que el Prelado a su llegada mandase *tomar residencia* a todos los oficiales y ministros. O bien esperar que se cumpliesen los tres años que correspondían desde la ultima residencia que hizo el licenciado Villagómez por comisión del Cardenal don Rodrigo de Castro y *los papeles y otras residencias que en su tiempo se tomaron passaron por mi mano y tengo los rregistros dellas y los tres años de la ultima no son cumplidos y si conviene luego rrespeto de la sede vacante su illustrisima mandara lo que fuere servido*. Por tanto encargaba a los visitadores que hiciesen memoria de todo lo que les pareciere que había que solucionar para que sirviese de base a una visita de residencia, aunque la última no hacía tres años que se hizo y esta era la periodicidad prescrita y frecuentemente incumplida.

El 23 de octubre de 1611 comenzó la visita de la iglesia de San Julián de Sevilla a cargo del visitador doctor Juan de Salinas por el Cardenal don Pedro de Castro y Quiñones²³¹⁹. Fue su Notario Contador Francisco de Torres, que aparece en algunos memoriales como acaparador de la visita de Sevilla con no muy buenas artes. En los escrutinios finales de la visita sobre la vida y costumbres de los clérigos de la parroquia resultaron algunos delitos contra seglares y eclesiásticos y se dio noticia al Fiscal del Provisor para que los prosiguiera. En todas las visitas de Sevilla de ese año, y las posteriores hasta 1618, aparecen como notarios los Torres, los dos hermanos y el sobrino. En la visita de San Juan de la Palma, comenzada el 21 de agosto de 1611 y realizada por el mismo visitador y el mismo notario contador, hicieron el escrutinio de la vida y costumbres de los clérigos y no resultó *sobre que escribir jurídicamente*.²³²⁰

²³¹⁸ A.G.A.S. Sección Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo nº 633. Memorial del Secretario Aragonés.

²³¹⁹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1527.

²³²⁰ A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1527

La de San Lorenzo se comenzó el domingo 29 de enero de 1611, en este caso también resultaron causas contra algunos clérigos, y hechas las informaciones de la sumaria ante el Notario Receptor Pedro de Robles se remitieron al Provisor. De nuevo Salablanca y Torres hicieron la visita de Santa Marina el 10 de abril de 1611 y resultó proceder contra los beneficiados por no decir habitualmente las misas de vísperas, pero no se pudo hacer nada por la falta de libros de apuntamiento. La visita de San Isidro duró desde principios de 1610 hasta finales de 1612, y en el escrutinio secreto de la vida y costumbres de los clérigos, hecha con ellos mismos y con algunos legos de la parroquia, se halló en general buena relación de todos, vivían recogida y virtuosamente dando buen ejemplo. En la información sobre legos halló que un escribano público tenía tablaje de juegos prohibidos en su casa y que otro hombre trataba escandalosamente con cierta mujer soltera, viviendo y estando juntos como si fueran casados. De ambos casos había en la parroquia *nota y escándalo*, y de lo uno y de lo otro hizo memoria con sus nombres y los de los testigos y casas donde vivían para que el Fiscal del Provisor les hiciese la causa y la siguiese.

En la visita de San Martín de Sevilla, que comenzó en abril de 1610 y duró hasta fin de abril de 1612, hecha por el visitador Francisco de Salablanca, no halló pecados públicos ni cosas escandalosas en el escrutinio secreto que hizo con la clerecía de la iglesia y algunos legos, vecinos honrados. Todos los clérigos eran muy recogidos y daban buen ejemplo, toda la parroquia estaba muy satisfecha. La visita de la iglesia de San Miguel, que hizo también don Francisco de Salablanca, comenzó en 1610 y duró dos años, aunque el tiempo máximo estimado para la visita era de 15 días. En ella aparece la descripción del templo, sus retablos, capillas, santos olios y pila bautismal.²³²¹ También la relación de beneficiados y la advertencia de que a veces no asistían todos, sino por turnos, a los tres oficios divinos, ni a los entierros y memorias perpetuas, como mandaba el Sínodo. Había 57 capellanías en la iglesia, 17 a cargo de la fábrica y el resto a cargo de particulares. En el escrutinio con la clerecía de la iglesia y de algunos legos, *gente honrada* de la parroquia, pareció que todos los clérigos vivían recogida y ejemplarmente.

En cuanto a los legos no se vio cosa escandalosa ni pecado público que señalar. Fue informado por algunos clérigos y legos de que, en un emparedamiento que estaba pared con la iglesia y cuya fundación no había podido hallar ni saber donde estaba, no se guardaba la clausura y había algunas indecencias como salir las mujeres que estaban allí recogidas los días que querían de día y de noche a comedias y otras cosas profanas. Y hablaban con las gentes por las ventanas. Los informantes culpaban indirectamente de todo esto a la Madre Mayor, pues, según ellos, no tenía la virtud y el valor para sujetarlas y gobernarlas. Los intentos de los ministros del Arzobispo de remediar estos abusos en la casa de emparedadas de San Miguel habían sido inútiles porque aducían que era casa y hacienda de legos y por tanto exenta de la jurisdicción eclesiástica. Incluso acudieron en recurso de fuerza a la Real Audiencia de Sevilla que dio auto en su favor. Se les permitió tener ventanas que daban a la iglesia para oír misa guardando la clausura porque se presumía que era a título de que allí se vivía virtuosa y religiosamente, como a los principios se hacía; pero después no se guardó la clausura y las emparedadas vivían escandalosamente, así que se decidió cerrar las ventanas que daban a la iglesia. De esta manera se separaba el ámbito sagrado de la iglesia del ámbito

²³²¹ A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1527.

profano de unas mujeres que, por no guardar clausura, vivían en el mundo. La solución que propuso el visitador era nombrar a un clérigo virtuoso de la parroquia para que fuese superintendente de las casas y cuidara de las mujeres, sabiendo cómo vivían y acudiendo a menudo a interesarse por la vida de cada persona particular para hacerlas vivir más ajustadamente a la clausura.

En 1618 era Visitador de Sevilla por el Cardenal don Pedro de Castro, Dionisio Portocarrero, que en una carta enviada al Secretario de Cámara del Prelado el 7 de noviembre le informaba de las visitas que estaban en marcha en las distintas parroquias de la ciudad.²³²² En Santa Catalina y en San Román, cuyas cuentas estaban siendo revisadas por el notario Baltasar Torres, el visitador había acomodado a un mayordomo por la mañana y a otro por la tarde. La de San Nicolás, cuyas cuentas las tomaba el tío del anterior, el notario Francisco Torres, seguía *en el mismo estado*. Portocarrero informaba, asimismo, que había dejado propuestas las de La Magdalena y la de San Lorenzo para que los notarios tomaran las cuentas a los mayordomos en su ausencia, pues tenía que salir de la ciudad. Prometía enviar las *relaciones* (informes al Arzobispo) desde Madrid de las cosas particulares de las visitas que había concluido en San Pedro, San Ildefonso y Omnium Sanctorum, donde hizo visita general.

Finalmente advertía que para la visita de Sevilla era necesario que hubiese más notarios, para que se pudiese dar la vuelta a la vereda al menos cada dos años. Pues las visitas se hacían muy largas, sobre todo por el trabajo interminable de los notarios contadores, y de esto se seguían algunos inconvenientes, como la introducción de malas costumbres *que se envejecían haciéndose ley para la memoria de los hombres*. Como se tardaba tres años o más en volver a visitar las parroquias, los ministros que lo hacían mal duraban más tiempo del que convenía. Los alcances de los mayordomos se hacían muy grandes y empeoraba la situación de las finanzas de las iglesias, llegando a perderse los alcances de misas por muerte de los capellanes. Y como la mayor parte de los clérigos eran pobres no se podían cobrar las deudas. Portocarrero proponía que hubiese un notario particular que siempre se ocupase de tomar las cuentas de la colecturía de misas y que las tomase cada año. De hecho, pretendió ocupar en esto al notario Cuevas, para que ayudase a los Torres, pero Francisco de Torres lo contradijo diciendo que el Arzobispo le había hecho la merced de la visita de Sevilla a él y a su sobrino, Baltasar de Torres. Y aunque hacía muchos años que Cuevas pretendía trabajar en la visita de Sevilla, el Prelado no le había querido hacer la merced.

Ante esto el visitador Portocarrero se permitía discrepar del Prelado, *no me parece que tiene razón*, porque esta merced se hacía en perjuicio de la iglesia y en daño del gobierno público, puesto que de haber más notarios no se seguía a ellos ningún daño, pues iban a andar siempre ocupados. Salvo que su interés fuese el ser dueños absolutos de la visita, para que se dependiese de ellos en todo y que las visitas fuesen de más tiempo. Los Torres decían que si se introducía Cuevas en la visita ellos dejarían el oficio *siéndole por cosa de menos inconveniente*. Finalmente señalaba Portocarrero que a los visitadores se les daba poder limitado para inquirir y remitir al Provisor las sumarias informaciones; y así lo hacían, pero si las cosas que se advertían luego no se remediaban, se perdía su trabajo, señalando al Tribunal del Provisor como responsable de no seguir las causas con la diligencia debida; o lo que es lo mismo, de hacer *acepción de personas*, favoreciendo a los que tenían influencias cerca del tribunal.

²³²² A.G.A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1527. Visita General de Sevilla de Dionisio Portocarrero, carta de 7 de noviembre de 1618.

Citando como ejemplo el caso de la relación que él mismo hizo de San Martín, donde abrió causas que luego no siguió el Fiscal del Provisor.

El 2 de julio de este mismo año el doctor Juan Salinas comenzó la visita de la Colegial de San Salvador y la prosiguió Portocarrero desde principios de marzo de 1618.²³²³ Desde entonces hasta que escribió su carta el 7 de noviembre de 1618 nos informa que había concluido las cuentas del mayordomo y que había visitado las capellanías y patronatos. En su escrito hacía unas advertencias y señalaba una serie de incumplimientos y desviaciones, algunas de las cuales no eran sólo para esta iglesia sino con carácter general. Quedaba por tomar la cuenta del colector presente, pues había quedado acabada la cuenta del licenciado Simón, su antecesor. También estaban pendientes las capillas, cofradías, altares, las cofradías fundadas en el Sagrario de la Catedral, la Obra Pía de casamiento de doncellas de la Catedral que se solía inspeccionar en la visita de la Colegial y el Hospital o Iglesia de San Joseph, donde estaba fundada la cofradía de los carpinteros de la parroquia.

Finalmente vio los títulos de las canonjías de los canónigos de la Colegial y de las capellanías fundadas en la iglesia, con sus escrituras y títulos de sus fundaciones, para que no se pudiese pretender *que lo que se dijo se omitió* ni que se dejaba de visitar. Ante la dificultad de ver las escrituras y títulos, dictó un auto suspendiendo la resolución de la visita hasta que esto se acabase de visitar, volviendo el visitador o proveyendo el Arzobispo otra persona que lo hiciese. Se quejaba de que había sido la visita más larga que otras veces porque el visitador anterior, doctor Salinas, no hizo nada en los 8 meses que corrió su visita, desde julio hasta febrero; ocupándose el notario sólo en hacer las cuentas de las muchas obras que tuvo la iglesia y en ver las escrituras de las fundaciones de los patronatos y ponerlos en orden, pues hasta ahora no lo habían hecho.

En cuanto a la visita de las cofradías y obras pías de casamiento de doncellas, el visitador dio un mandamiento para que los mayordomos exhibiesen los libros y diesen cuentas. Los de la Cofradía del Santísimo Sacramento y Ánimas del Purgatorio y de la Granada obedecieron y mostraron sus libros, pero tenían ya autos de una visita hecha por el Visitador del Sagrario de la Catedral, el canónigo doctor Balsa. Los de la Cofradía de Casamiento de Doncellas se defendieron diciendo que era novedad, porque tocaba al Cabildo visitar esta obra pía. El visitador dio cuenta de esto al Prelado y éste le mandó que no proveyese nada *por excusar ruido*, y que viese los libros de esta visita. El Cabildo diputó al Arcediano de Sevilla y al canónigo Melgarejo para ver este asunto con el visitador y le dijeron que tenían necesidad de ver los papeles del Archivo para ver si en ellos había algo al respecto de estas pretensiones.

El dos de noviembre, estando el visitador de camino hacia Madrid, el Arcediano de Sevilla respondió que los autos estaban bien proveídos por el doctor Balsa, porque el Visitador de la Catedral que inspeccionaba las otras capillas de San Salvador, donde el Cabildo tenía menos autoridad, había proveído autos semejantes y de mayor jurisdicción. Por tanto no había razón para impedir que lo hiciese el Visitador del Sagrario, y como el visitador del Prelado no había visitado nunca la Obra Pía de las doncellas no era justo tratar de visitarla ahora.

²³²³ *Ibidem*.

Ambas razones le parecieron al visitador muy frívolas porque la costumbre que hubiese en unas capillas de la iglesia no se podía extender a otras donde no la hubo nunca, en perjuicio de la jurisdicción ordinaria, que era de derecho. El Notario de la Visita, Francisco de Torres, terció afirmando que había hecha una visita de esta obra pía en la forma en que ahora se pretendía, y si no la hubiese habido no había costumbre ni derecho que impidiese la visita ordinaria del Ordinario. Porque lo que se argumentaba era que, siendo en la Catedral, la había de visitar el Prelado por su persona, y esto no era correcto porque esta obra pía no la administraba el Cabildo sino personas particulares; y lo que ocurrió es que, después, el Cabildo dio un mandamiento para visitar esta obra pía y nombró un canónigo para que la visitara, con el propósito de introducir posesión para intentar luego manutención, que era lo que había intentado el Arcediano de Sevilla con los autos del visitador doctor Balsa.

Según Portocarrero esto no tenía fundamento porque el acto sobre el que se fundaba no daba posesión ni era mantenible y era necesario hacer contradicción judicial antes de que los actos parecieran consentidos y se hicieran mantenibles. Y advertía que el Visitador de las Capillas de la Catedral iba ganando cada día nuevas preeminencias y que convenía mucho *yrle a la mano*, porque había hecho en los últimos días un mandamiento librando misas de la colecturía y también había mandado a los vicarios de la comarca de la Dehesa de la Garnacha hacer información de testigos con comisión de los administradores de las rentas decimales; y aunque Portocarrero lo advirtió varias veces no se hizo nada. Se trataba de la eterna lucha entre el Cabildo Catedral y el Prelado por el poder y la jurisdicción que alcanzó uno de sus momentos de máxima intensidad en el pontificado de don Pedro de Castro.

En la visita de la Capilla de Nuestra Señora de las Aguas, de la iglesia de San Salvador, aconsejaba proceder con mucha atención y que se tomase la cuenta del patronato de casar huérfanas que fundó el canónigo Cernieles; porque entendía que había muchos bienes de la Cofradía y Patronato usurpados, y censos redimidos que se volvieron a imponer. Finalmente informaba que quedaba por visitar el inventario de las cosas de la sacristía, poniendo en el libro de la visita los ornamentos nuevos que se habían hecho. Otro de los hechos denunciados por el visitador era que el canónigo de la Colegial, Felipe Rodríguez, asistía en Roma a negocios del Cabildo sin licencia del Prelado. Así que proponía que se le instase a pedirla para ver *cuan necesaria era su asistencia allí*.

Denunciaba también que los oficios divinos se cantaban atropelladamente, y en especial los del corrillo donde se decían las fiestas de particulares y memorias perpetuas que se decían tras las vísperas del Coro Mayor, pues estaba pegado a él e impedía las completas. Los maitines se decían también inmediatamente tras las completas y rezados, y cuando eran solemnes se atropellaban, tañendo el órgano los responsorios y laudamus para concluir más aprisa; y los canónigos y capellanes entraban y salían del coro sin orden, hablando y leyendo papeles y rezando en *diveriales*. Proponía también que se amonestase a los capellanes, y si era posible que les escribiese el Arzobispo, porque no obedecían al presidente, en particular dos de ellos, Blanzuela y Cernieles.

Portocarrero señalaba que en el libro cuadrante donde se apuntaban las misas de capellanías no había cargos de cada una, ni de las que requerían servicio personal. En el libro de puntuación del coro tampoco había razón de las misas que tenían servicio en el coro, y así no se podía cumplir ni unas ni otras. Los capellanes tenían obligación de

decir las misas por su persona y no lo hacían, cumpliendo con depositar la limosna de dos reales en la colecturía de la iglesia. O bien procuraban un convento que las pidiese como *alcanzadas* y se les libraban, concertando con ellos y ganando un superávit; pues las misas de capellanía, según se estableció en el Sínodo, se pagaban a cuatro reales y los conventos estaban dispuestos a decirlas por menos de la tasa, que era dos reales. Así que ordenaba que se pusiesen en los libros, y que los colectores no admitiesen depósito ni servidor si no era nombrado por el Provisor. Era conveniente que no se librasen misas en las colecturías hasta que los visitadores enviasen relación de los alcances, porque en estos se decía qué misas eran de servicio personal, y para esto había que ver los libros de las fundaciones de las capellanías, porque los protocolos que había en las iglesias eran muy sumarios.

Aconsejaba que se recogiesen y encuadernasen todos los títulos y se guardasen perpetuamente, porque ya faltaba la memoria de muchos antiguos, por el descuido que había en esto. Portocarrero iba ordenando y haciendo advertencia general de esto en las iglesias que visitaba, y citaba al Mayordomo de San Román, el presbítero Francisco Moreno, que lo iba cumpliendo bien. Con dichos protocolos se pretendía hacer también inventario de todos los bienes de las capellanías y memorias de cada iglesia, por personas nombradas por los visitadores, porque aunque la constitución sinodal lo decía no se fiaba de los mayordomos, pues lo hacían con negligencia y no se podía averiguar la verdad sino visitándose por una persona puesta por el visitador.

Después decidió no remover al mayordomo que había en San Salvador, por haber dado buena cuenta y ser *hombre diligente entero y muy a propósito para esta iglesia*, pero era necesario que renovara sus fianzas. Portocarrero y otros opinaban que el Retablo de la iglesia, que se concertó por el Mayordomo Mayor del Arzobispado, doctor Larios Monje, y por el mismo Portocarrero, con un maestro en 2.260 ducados, no se debió encargar, pero después de hecho no se podía dejar de recibir, pues así le pareció al Arzobispo después de consultárselo varias veces. Pero proponía que se le pagase en tres pagas, hasta fin de 1619, y cuando se recibiese que se le diese barniz blanco y asentarle para que se fuese dorando, sin que se quedase arrinconado. El claustro de la iglesia se había renovado con licencias que el Provisor dio al Mayordomo, pero éste se excedió en otras obras, por valor de 5.000 reales, como reparar y encalar el Cabildo, hacer un archivo o construir aposentos en lo alto del claustro con su escalera, no estando esto a cargo de la fábrica.

La torre tenía necesidad de reparación y la sacristía de algunos ornamentos, y la fábrica de la iglesia de comenzarse, para así poder gozar de las limosnas y socorros que se entendía que habría. Miguel de Zumárraga tenía hecha una traza *muy acomodada* y Portocarrero dejó en la visita una advertencia para que se pagase primero el retablo, pues era una deuda y como tal tenía prioridad; después de proveída la iglesia de lo necesario se haría lo que más conviniese. La fábrica de San Salvador tenía a su cargo memorias perpetuas que cumplía el Cabildo, pero no se apuntaban en la colecturía, el visitador ordenó que se hiciera en un libro particular por el colector de la iglesia, y que el mayordomo las pagase por certificación suya y de ninguna otra manera, y que este mandato se pusiese en el libro de la visita. También tenía la fábrica dos tablas en la carnicería de la ciudad, que se arrendaban por un puerco y un carnero que se le daba al Cabildo, pero ahora ya no se arrendaba y el Cabildo seguía cobrando de la fábrica el puerco y el carnero. Mandaba que el Mayordomo no lo pagase, y ponerlo en el libro de la visita.

Tenía obligación el Cabildo de dar a la fábrica un Letrado y un Procurador pagado, y hacer visitar a su costa las posesiones de la iglesia, y no lo hacía, pues el mayordomo no había recibido en cuenta lo que había gastado en esto; y se le había mandado que lo pidiese al Cabildo y que lo guardase para adelante, poniéndolo en el libro de la visita. Además, como la iglesia tenía letrado y procurador, que no se le repartiese para el salario de letrado y procurador de fábricas. El Cabildo tenía obligación de decir cada año 13 fiestas de balde de los derechos de fábrica, mandaba el visitador que se viese si los cumplía y poner memoria de ellas en el libro de cargos de fábrica que se mandó poner en la colecturía.

También señalaba el visitador que había muchas memorias que tenían sermones dotados, los cuales no se podían decir los mismos días por concurrir con otros, y convenía hacer memoria de los que eran y que se cumpliesen en otros días en los que hubiese sermón de fábrica, y que el Mayordomo tuviese en cuenta cómo se cumplían. Sobre la sacristía alta vivía un capellán que tenía todos los servicios del altar mayor y estaba allí con título de guarda de la iglesia, en lugar del sacristán mayor. Pero era conveniente que al sacristán se le hiciese un aposento y que sobre la sacristía no viviese nadie.

Era un inconveniente que fuese colector algún cura, porque asistía por la mañana a la colecturía y faltaba a la administración de los sacramentos. El colector era el cura licenciado Toro, y estaba notado porque había dado a los frailes de la merced muchas misas, y se entendía que tenía apuntadas más de las que habían podido decir estos frailes. Era conveniente inspeccionar sus libros con esta advertencia y que se mirase que no diesen los colectores misas a los frailes, porque faltaban para los clérigos y éstos se quejaban de que había muchos fraudes. Proponía que sólo se diesen a los conventos las que sobrasen cada año. Finalmente advertía que era conveniente que el colector diese fianzas porque se hacían alcances de importancia que sumaban muchos maravedíes. Además, este cura vivía amancebado desde muy antiguo, *con grande escándalo*; su amiga vivía en un aposento dentro de la iglesia y tenía un hijo que estaba habitualmente con él en la iglesia, proponía el visitador que se remediase esto y que se pusiese en su lugar a otro cura, Gonzalo Jiménez, que había sido en los últimos tres años el cura nocturno de la iglesia, aprobado para administrar sacramentos pero sin licencia de cura.

Muchas capellanías, cofradías, patronatos y hospitales tenían fiestas fundadas que cumplía el Cabildo, y aunque en la visita de las cofradías se tomaba cuenta de cómo estaban dichas fiestas, para más seguridad proponía que se hiciese un libro y una tabla de todas y que estuviese en poder del colector; el cual las apuntaría, y que de otra manera no se diesen por cumplidas. El Cabildo debía cumplir cada año estas fiestas y las demás de su cargo, y el colector no debía apuntar las que no se hubiesen cumplido.

También señalaba que a Diego Rodríguez, escribano de sacas, le faltaba por imponer 350.000 maravedíes de principal de la capellanía número 90, había que compelerle a que lo hiciera. El sacristán de la sacristía baja, y los clérigos, administraban sacramentos de la eucaristía a sanos y a enfermos, siendo contra la constitución; advertía del peligro, si se permitiese, que se asentase por costumbre en esta iglesia y en otras. El sacristán de la sacristía alta, Barahona, había sido acusado de delitos escandalosos y había contra él un largo proceso en el tribunal del Provisor; y *personas tan notadas no son buenas para andar tan cerca del ministerio del altar*. El

año anterior, el otro sacristán de la iglesia fingió una noche que había un fantasma en la iglesia, para asustar a unos retraídos, y de esto hubo un gran ruido en la parroquia; decía el visitador que tales cosas se debían evitar porque introducían supersticiones en la gente ignorante y era conveniente castigarlo para que no pareciese que se consentía.

En 1619 el visitador del arzobispado doctor don Alonso Cavallero de los Olivos respondía a un memorial que le había remitido el licenciado don Cristoval Aybar Secretario de Cámara del Prelado.²³²⁴ Aquí podemos observar cómo el Secretario de Cámara dirigía de facto la visita, aunque departía en la Cámara con el Prelado, recibía las relaciones de los visitadores y recababa informes de su conducta, diligencia y cumplimiento. En concreto, el Secretario acusaba al visitador de una serie de “abusos” cometidos en su visita a Aracena y sus aldeas.

1) Lo primero que denunciaba era que el visitador entró en el pueblo con cinco criados, dos notarios y una mula. Y además comía con sus criados a costa de la iglesia, porque el Mayordomo les daba de comer y guisaba la comida en su casa y se la llevaba a la posada y por esto hubo gran escándalo en el pueblo. El visitador se excusó diciendo que sus dos pajes, un esclavo, notario y ayudantes *es de grande importancia y consideración en la visita y es la menos parte que puede usar el visitador y de hecho se usa en los demas visitadores compañeros y aun algunos dellos usa mas criados*, y que en aquel partido siempre los mayordomos han tenido obligación de comprar la comida para los visitadores y *hacerla adereçar en su casa*, y que algunos visitadores lo hacían a cuenta de la fábrica pero él lo pagó hasta el ultimo maravedí para *prevenir esta calumnia*. Por esto siempre actuó con recato, tomando carta de pago de todos los gastos, y en la visita de Aracena no fue el mayordomo el que le envió la comida, porque había muerto, sino uno de los fiadores de la cuenta del mayordomo. Además se defendía diciendo que había dado fe de estos pagos ante un escribano público y lo tenía con sus papeles de la visita, y en caso de necesidad lo podía mandar al Prelado. Añadía que si esto no bastare para dar satisfacción de éste cargo, el Prelado podía mandar hacer mas diligencias al respecto.

2) También se le acusó de que buscó dos mil reales prestados por Diego Librero, cura de Aracena y mayordomo de las monjas, y los envió a su casa a Xerez con un criado. A esto juró *in verbo sacerdotis* que era verdad que le prestaron dinero porque estuvo enfermo y para sustentarse y curarse necesitó dinero pues había gastado el que sacó de su casa y tuvo necesidad de pedir alguno prestado. Pero fue a personas que no tenían dependencia de la visita y el criado que envió a Xerez fue para que trajese dinero para devolver el préstamo, porque había dejado vendida una partida de vinos que valía 800 ducados.

3) Con respecto al espinoso tema de los alcances de misas se le acusaba de que los cobraba a 4 reales y a veces a 8 y cobró gran cantidad de esta manera y al que no le quería pagar más que a dos reales le notificaba un mandamiento de excomunión *late sententia*. Decía Alonso Cavallero que esto era costumbre inmemorial en el arzobispado y además constaba en las constituciones sinodales que los visitadores podían decir misas de capellanía en los lugares y cobrar la limosna de estas misas atrasadas a cuatro reales o a mas. Y que en Aracena no llevo mas limosna *que las misas que he dicho en el tiempo de la dicha visita*.

²³²⁴ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471. *Responde don Alonso Cavallero a un memorial que se dio contra él a Su S^a Illma.*

4) Sobre los derechos por visitar las memorias decía el Secretario que llevaba demasiados, por ejemplo las de dos mil maravedíes de renta llevaba tres ducados de derechos. Y Alonso Cavallero decía que no llevó mas de dos ducados por la visita de cada capellanía pues es lo que establecía el Sínodo. Y de las cuentas de Fábrica tampoco llevó derecho demasiados pues sólo cobró 15 ducados y otras veces han pagado 16 y ahora la habían subido a 26 ducados. El visitador se defendía diciendo que algunas de las Fábricas de las aldeas las visitó hacía cuatro años y les puso el santísimo sacramento pues no lo tenían ni se visitaban por ningún visitador ni notario, y tampoco tenían rentas. Como el visitador les puso rentas, la visita de la Fábrica que antes se solía hacer en una hora ahora ocupaba al notario un día o dos y por eso le había subido de 4 a 6 ducados, pero esto era mucho menos de lo que le debía llevar por la visita e invitaba a buscar en las visitas de sus antecesores en la Fábrica principal de la villa y en las demás obras pías para ver que él llevó casi la mitad menos de lo que otros llevaban.

5) Otro capítulo era que en las iglesias en que había santísimo sacramento llevó la cuenta el visitador y el notario por visitarlo y no lo visitaron. A esto respondió que era *diabolica falsedad y que dios me libre de malas intenciones y boluntades*. También le recriminaba que ponía en la iglesia junto al Altar Mayor un cojín de terciopelo y una silla con alfombra y que se murmuraba por esto diciendo que si viniese su señoría ilustrísima *que mas se avía de hacer*. A esto respondía que en todos los lugares del Arzobispado donde tenían alfombras y cojines de terciopelo se lo ponían al visitador el día de la publicación del Edicto y la visita al santísimo sacramento, porque era la ceremonia principal y en publico el visitador representaba a la persona del Prelado. Y esto se hacía con los demás visitadores y en ninguna de las ciudades principales del arzobispado donde se hacía esto mismo nadie había reparado en ello ni le había parecido mal, *y si no se deja hacer con mandar v illma que no se haga esta remediado*.

6) También se le acusaba de que pudiendo hacer la visita de Aracena y sus aldeas en 20 días gastó mas de dos meses y esto en detrimento de las fabricas que les costó mas de 200 ducados. Sin embargo el visitador aducía que ningún visitador había visitado esta villa y sus aldeas en menos de dos meses y medio. Citaba a su antecesor el licenciado Muñoz de León que estuvo mas de tres meses, sin embargo él sólo había empleado en su primera visita 30 días, ocupándose de ir personalmente a todas las aldeas, poniendo en 4 de ellas el santísimo sacramento, y *procurando* con los vecinos de las aldeas para dotarlos de rentas suficientes. Y en la última visita estuvo en la cama *con muy poca salud, y la falsedad de que me opone el ser tardo en la visita pienso que se podra averiguar asi en la villa como en todos los lugares deste arzobispado*, y terminaba afirmando que él visitaba mas lugares en un día que otro visitador en cuatro.

7) Otras acusaciones giraban en torno a su actitud con respecto a los clérigos *que no le acompañaban*, a los que trataba muy mal de palabra e incluso a alguno le hizo una causa. Frente a esto se remitía al archivo del Tribunal del Provisor donde se podía ver si había alguna de estas causas.

8) Con respecto a los alcances de la colecturía le acusaba de tomar las misas dependiendo del dinero que tuviesen y así lo hizo en el Castillo de las Guardas en el que de 500 misas cobró solo mil reales. Esto lo calificaba de calumnia pues la limosna de las misas que hubo de alcances del Castillo de las Guardas las cobró el Colector General en su mayor parte por mandamientos del Provisor, y el colector de la iglesia pidió tiempo

para poder cobrar el resto de las limosnas de las personas que las debían para remitirlas a la Colecturía General.

9) Continuaba el memorial denunciando que el visitador cobraba *derechos demasiados* por la visita del convento de monjas de Aracena, en concreto les cobró 40 ducados por la visita, además de la comida y “regalos”. Alonso Cavallero decía que este convento tenía la obligación de sustentar al visitador y a sus criados y esto no varió en todo el tiempo que duraron las visitas del convento, y que el visitador anterior licenciado Muñoz de León, que visitó el convento antes, descargó al mayordomo 22.000 maravedíes de gastos que había hecho el convento en darles de comer, y esta es una partida que aparece en ésta visita. Y esto le pareció a él una exorbitancia así que no consintió cobrar mas que el tiempo que duró su visita a razón de 500 maravedís cada día, y cualquier Receptor de la Audiencia del Provisor llevaba 600 maravedíes por cada día de su ocupación. Y señalaba que en la visita que estaba haciendo a los conventos, el anterior visitador, licenciado Gerónimo de Mendoza, había llevado 700 reales, y *esto no debió escandalizar al que dio el abiso*.

Sin embargo él, teniendo más ocupaciones que las que tuvo el visitador anterior, había llevado por sus derechos y los de su notario 4.500 maravedíes, y sin enviarles el convento en todo el tiempo la comida. Y en la visita que acababa de hacer en el Puerto de Santa María en el convento de monjas del Espíritu Santo, en el que se ocupó muchos días padeciendo *extraordinarias pesadumbres y molestias* por tratar de reducir aquel convento a forma de clausura, pues estaban sin ella, y *otras cosas muy dignas de remedio*, no les llevó ni un maravedí por todo el tiempo que se ocupó en la visita *por que hice reputacion el darles a entender que solo el zelo de la honra de dios me podia mover al trabajo que en aquella visita padecí*.

10) También se le acusaba de vender el trigo de la fábrica y dar salario a un clérigo por ser su amigo y enviarlo a la ciudad a comprar ornamentos que necesitaba la iglesia, y la iglesia no necesitaba cubrirse de ornamentos sino acabarla por que la gente no cabía los días de fiesta. Y se defendía diciendo que en la primera visita que realizó hacía cuatro años mandó que se prosiguiese la obra de la iglesia. Sin embargo hacían falta para acabar la obra por lo menos 30.000 ducados, y la fábrica, pagadas las obligaciones que tenía tasadas, le sobraban unos 600 ducados de superávit. Además en la iglesia no había ni una casulla con que decir misa ni una capa de oro con que salir del altar y esta necesidad de ornamentos no se podía dilatar hasta que se terminase la obra. Además, el trigo lo vendió a 18 ducados y la cebada a 9, y ahora valía a 12 y 13 ducados el trigo y a 5 o 6 ducados la cebada, de manera que la venta del pan de la fábrica le importó mas de 250 ducados que hoy se hubiera perdido porque el pan había bajado, *como lo perderán las demas fábricas que no lo han vendido*.

11) El autor del memorial decía que el visitador le había dicho al vicario de Aracena que pretendiese una visita *por que a mí ésta me vale esta cada año 1.500 ducados*. Y Alonso Cavallero decía:

Y yo me holgara saber quien dio este memorial para pedir por partido me hiciera la costa de lo que gasto en la visita aunque fuera muy moderado, y darle algunos dineros de mi bolsa y que tomara todos los ynteresses de toda la visita pues es notorio que los intereses y aprovechamientos de las visitas deste arzobispado son las mas tenues y cortas que las demas visitas de la andaluzía.

12) También le acusaba que el vicario tenía una causa contra unos clérigos por que dieron de puñadas a un Alguacil de los Veinte de Aracena y le maltrataron y quitaron unos presos, y por ser amigo de los clérigos los ocultó. Y contestaba que en persona entregó la causa al Provisor y se hizo presentación en su Audiencia, como consta en la dicha causa.

13) Por último se le acusaba que el ultimo mayordomo que pretendió la iglesia de la villa, teniendo un cuñado platero le dio un cáliz que dijo que valía mas de 50 ducados y engañó en el precio porque el cáliz tuvo de costa 900 ducados y que el caudal del platero y el del pretendiente a la mayordomía no sabe si valían mucho mas. A esto el visitador dijo:

juro por el santísimo sacramento del altar que pagué todo el precio y valor del caliz en presencia del vicario de Aracena y de muchos clérigos y el platero. Ysi no bastara mi verdad y juramento los que se hallaron presentes a la paga del caliz lo dirán. Y lo que me movió a hacer aquel caliz en la villa fue por que me dijeron que aquel platero era grande oficial y aver yo hallado en un lugar cerca de Aracena que visite un caliz de muy buena forma por cuyo modelo se hizo el mio y tengo particular inclinacion en materia de ornamentos. Y los que oy tengo mios y plata del servicio del altar valen mas de 500 ducados y esto es poco para servir a su s illma con el lustre que pide el ser su criado y el presentar su persona.

Y terminaba diciendo que temía a dios y procuraba cumplir con sus obligaciones a pesar de la calumnias de este memorial. Firmaba *un criado de v s illma alonso cavallero de los Olivos*, y dijo que estaba presto de cumplir el contenido del mandamiento, dio fe de la notificación Pablo del valle.

A pesar de que el visitador se defendió convincentemente de las acusaciones, el Prelado mandó buscar en los archivos sus antecedentes y en el Juzgado del Provisor aparecieron otros dos documentos de tres años antes. Eran sendos mandamientos del Provisor, a instancias del Prelado, al Visitador don Alonso Cavallero y a su notario contador con fecha 21 de Noviembre de 1616. En ellas el Provisor y Vicario General don Gonzalo de Campo, Arcediano de Niebla y canónigo de la Santa Iglesia por el ilustrísimo don Pedro de Castro y Quiñones, por comisión del Prelado y bajo pena de excomunión mayor, con las tres moniciones canónicas (*trina canónica monitione*), le mandaba que no repartiese ni librase misas a conventos y ni a otras cualesquier personas, ni las diese en el libro de visita ni en otras partes. Ni las descargase, sino fuere las que parecieren dichas en la misma iglesia y apuntadas en el libro cuadrante por el colector de la iglesia o con mandamiento de la Colecturía General.

También bajo pena de excomunión mayor se mandó al visitador que no sacase para sí ni para cualquier otras personas misas de cualquier calidad de los lugares e iglesias que visitare, pero que pudiese recibir y cobrar la limosna de misas que él por su persona dijere en la iglesia que visitare durante el tiempo de la visita, y no más. Asimismo que enviase a la Colecturía General todos los alcances de misas que hubiese, tanto rezadas como cantadas, tanto de capellanías como de memorias y patronazgos, misas de tercia, cargos de beneficios, colecturías de testamentos y los demás que hubiese. Y que enviase el dinero de las partidas de misas a la Colecturía General, siendo señaladas en el testimonio de la visita con advertencia que se cobraron en reales para la Colecturía General, de tal modo que el testimonio que enviare concordase en todo con el alcance de misas de los libros de visita.

También se le mandaba que las misas que dejare para socorro de los clérigos de la iglesia donde visitare se depositen efectivamente *yn totum* en la Colecturía en el plazo de diez días. Y apremiase con censuras a las personas a cuyo cargo estuviesen la paga de las misas para que lo diesen en la Colecturía y no los absolviese con censuras hasta que no lo hubiesen depositado. Asimismo que avisase a la Colecturía General las faltas de misas que viese en las iglesias, para que se le socorriese desde ella o desde las colecturías de las iglesias comarcanas.

Al notario de la visita eclesiástica, Pablo del Valle, le envió otro mandamiento bajo pena de excomunión mayor en el que le decía que no hiciese libramientos de misas con su orden ni con la del visitador, ni las descargase por dichas en los libros ni en otra parte, sino las que parecieren dichas en el libro cuadrante de la iglesia donde fuera la visita, con libramiento de la Colecturía General. Asimismo que diese fe de todo los alcances de misas que hiciese del cualquier genero de misas, tanto de capellanías como de memorias, patronazgo, colecturía de testamentos, cargos de beneficios y misas de fabrica. Y que al acabar la visita diese testimonio en pliego a la Colecturía General sin entregarlos a frailes de cualquier religión, y diese fe de las partidas de misas que dejaba a la colecturía de la iglesia donde visitare, y a la parte a cuyo cargo estuviese la paga de las misas, para que hiciesen los depósitos. El colector de la iglesia se haría cargo de las misas para el socorro de los clérigos que les faltaren y esto se llevaría a la Colecturía General para ver que concordaba con lo que aparecía en la visita que quedaba en la iglesia.

Así pues, la conexión del Prelado con la visita del arzobispado se producía a través de su Secretario de Cámara, que se comunicaba epistolarmente con los visitadores y elevaba informes al Prelado, transmitiendo sus órdenes y mandamientos. Los visitadores enviaban cartas informando del estado de la visita al Secretario del Prelado y éste departía con el Arzobispo y comunicaba sus decisiones por correo. El 18 de abril de 1623, Francisco de Vallejo Solís, Visitador del partido del Condado, en una carta enviada desde Gibraleón, informaba dónde había estado y avisaba de las *señales de ojo* que iban en los márgenes de sus cartas.²³²⁵ Había visitado, desde 1622, Manzanilla, Aznalcázar, Paterna, San Juan del Puerto, Huelva, Moguer, Lepe, y Cartaya. Se trataba de *señas clericales* o claves para informar de la vida y costumbre de los clérigos. Previamente se había puesto de acuerdo con el Secretario de Cámara, licenciado Cristóbal de Aybar, y le había dejado en su escritorio *en una gaveta alta* un papel con las *señas clericales*; era todo un sistema codificado para informar de asuntos espinosos, de los vicios y virtudes del clero que iba visitando. Ahora trataba de añadir algunas claves a las ya acordadas, a saber:

La señal de *mucho* (+) y la señal de *razonable* (R); cuando el clérigo fuese en una cosa mucho y en lo demás razonable llevaba una señal de *mucho* y la letra de *razonable* en lo demás. Por ejemplo, virtuoso y en lo demás razonable (R+). La otra señal era el círculo (O), cuando fuese *mucho*, cuando *no* fuese *mucho* de alguna cosa llevaba medio círculo (C), y cuando fuese *mucho duplicado* (OO). Finalmente suplicaba al Secretario que lo añadiese en su papel, pues él lo hacía en el suyo. Además de esta información al Prelado, vía Secretario de Cámara, el visitador remitió por carta de 19 de febrero los casos judiciales que eran competencia del Provisor.

²³²⁵ A.G..A.S. Sección Gobierno. Libros de Visitas. Legajo 1322.

De Aznalcázar avisaba que su fabrica tenía de renta 500 ducados y había alcanzado al Mayordomo en 200. Nombró por mayordomo a Fernando Matheo López, vicebeneficiado, y por colector mantuvo a Martín de Trujillo, presbítero. Informaba de los patronatos que había fundados, uno para casar huérfanas, y hacía relación de los clérigos con sus respectivas señas en clave:

- (N+) = Francisco Delgado, vicario de 60 años.
- (R) = Alonso Moreno, cura vicebeneficiado, de 50 años.
- (R+) = Juan de Vargas, cura vicebeneficiado de 38 años.
- (N+) = Matheo López, vicebeneficiado, de 54 años.
- (RN) = Francisco Gómez, vicebeneficiado, de 48 años.
- (N++) = Juan Domínguez, de 32 años.
- (R) = Martín de Trujillo, de 40 años.
- (R) = Lucas Martín, de 28 años.
- (R) = Juan Ponce, de 46 años.

En la sede vacante de don Pedro de Castro²³²⁶ los canónigos eligieron, por orden de antigüedad, las veredas y las parroquias de Sevilla de la visita en la forma siguiente:

- 1) El doctor Checa eligió San Salvador, San Lorenzo, Santiago, San Isidro, San Nicolás y San Julián con la Banda morisca, y dentro de esta, Utrera, Carmona y Écija.
- 2) Joan González Centeno eligió San Ana, San Juan de la Palma, San Bartolomé, San Miguel, San Ildefonso y Santa Lucía con Jerez, Arcos, Villamartín, Zahara, Teba y Cañete con sus vicarías.
- 3) Don Fernando de Andrada eligió La Magdalena, San Martín, San Pedro, Santa Marina, San Andrés y San Marcos con las dos sierras, menos Aracena y Aroche.
- 4) Don Pedro de Villagómez eligió San Vicente, Omnium Sanctorum, San Esteban, Santa Catalina, San Román y San Gil con el condado, incluyendo la vicaría de Aroche y Aracena.

Inmediatamente el Cabildo mandó que no saliesen a visitar los lugares de fuera de Sevilla sin que previamente dejaran visitadas las parroquias de la ciudad, y que en la visita guardasen la forma del Sínodo. El visitador Centeno pidió licencia para visitar Los Palacios y Dos Hermanas, pues había acabado la visita de San Miguel, y el Cabildo se la concedió. El Cabildo se preocupó de que se guardase la legalidad de la visita, amonestando al doctor Checa, uno de los cuatro visitadores, porque había puesto un colector de misas en la Colegial de San Salvador, Juan Bautista Moreno, que había sido fraile del Carmen, y un Notario que era *insuficiente*, pues había sido ya denunciado y encausado, y además no guardaba la forma del Sínodo cuando visitaba las iglesias, porque visitaba dos o tres iglesias juntas para cobrar más derechos. Al hilo de esta amonestación hicieron una notificación general a los visitadores, y al resto de los jueces, para que no nombrasen en ningún oficio a nadie que hubiese sido fraile, y si lo hubiesen hecho que lo quitasen y pusiesen a otro en su lugar, y de no hacerlo el Cabildo se reservaba el derecho de poner personas en el lugar que hubiesen nombrado. Y en cuanto

²³²⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Sede vacante. Libro 299 (4). Sábado 28 de diciembre de 1623.

al notario se le requirió para que se presentase ante el Secretario y le dijese quién era y qué causas pendientes tenía.²³²⁷

Por lo que respecta a visitar dos iglesias juntas mandaron que se guardase el Sínodo, que prohibía que se visitara más de una iglesia al mismo tiempo, pero parece que esto se incumplía frecuentemente, pues las advertencias y llamadas de atención a los visitantes eran constantes. En esta sede vacante, el Cabildo, en vista de que se ignoraba el auto que había dictado, tuvo que mandar por segunda vez que no se visitase más de una iglesia al mismo tiempo. Pero como toda prescripción tenía como contrapartida la excepción en forma de gracia o merced, a veces los visitantes pedían licencia para visitar dos iglesias conjuntamente, como el visitador Centeno que obtuvo licencia para hacerlo.²³²⁸

El visitador también visitaba las iglesias de fundación privada. En vida del Arzobispo don Pedro de Castro, se cometió al doctor Navarro para que fuese a la Monclova a ver donde se había de poner el Santísimo Sacramento en una iglesia que el conde había erigido como patronato de legos; y el 20 de febrero de 1624 el visitador volvió a visitar la iglesia que había edificado el conde de la Monclova en su territorio, pues pedía licencia para poner el Santísimo Sacramento. La iglesia tenía renta para su fábrica y ministros de cura y sacristán, y se cometió el asunto al doctor Checa para que lo viese cuando fuese de visita Écija.

Los monasterios también debían obtener licencia para poner el Santísimo Sacramento en sus iglesias. Fray Diego Trujillo, en nombre de los frailes del convento de Nuestra Señora del Carmen, pidió licencia para ponerlo en una casa que tenían en los *disiertos de Zahara*, junto a Ronda. Decían que habitualmente vivían allí diez o doce religiosos y cuando moría alguno no había con qué sacramentarlo. Se cometió el asunto al visitador, Manuel Sarmiento, y se informó diciendo que esta Casa era de gran provecho para todos los ganaderos de la región, pues podían ir a oír misa y a que se les enseñase la doctrina cristiana. En los negocios de los monasterios sujetos al Prelado, como en otros, el visitador actuaba como correa de transmisión entre la instancia central del poder arzobispal y la periferia. En 1624 los frailes de San Francisco pidieron licencia para trasladar una casa que tenían en Villamartín a otro sitio, este asunto se cometió al visitador de ese partido, el canónigo Centeno, para que viese si convenía darle la licencia.

En Écija también se cometió al visitador, doctor Checa, para que informase de las gestiones del vicario, que al parecer había juntado al clero de la vicaría para proponerles la fundación que querían hacer los frailes terceros en la ciudad. El visitador informó que el clero había manifestado que no había ningún impedimento, y que consideraban que era útil para el barrio donde querían fundar el convento. Esta era la última de las condiciones necesarias para dar la licencia a los frailes y el Cabildo finalmente decidió dársela para que fundasen su convento.

A veces el Provisor mandaba a los visitantes que hiciesen relación de las capellanías vacantes de su vereda para ser proveídas. En esta sede vacante los canónigos

²³²⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Sede vacante. Libro 299 (4). Martes 2 de enero de 1624

²³²⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Sede vacante. Libro 299 (4). Martes 2 de enero de 1624. 8 de marzo de 1624.

prohibieron al doctor Checa, que estaba visitando Écija, que diese *ayuda de costa* a nadie por servicios que hubiese prestado, ni al clero parroquial, ni a sus notarios. Los visitantes, en su vereda y partido, también daban misas alcanzadas de las iglesias donde sobraban a iglesias pobres y necesitadas de lugares apartados. Ahora bien, este poder discrecional de los visitantes tenía siempre como límite lo dispuesto por el Ordinario a través de su Provisor o de su Secretario de Cámara y por los Sínodos; por ejemplo que no se diesen las misas a frailes si faltase al clero secular. En su visita el doctor Checa repartió las misas de manera irregular y el Cabildo mandó a un diputado, el canónigo Félix de Guzmán, para que viese lo que había hecho contra el orden de los sínodos.

Los visitantes, como enviados del poder central por las veredas del Arzobispado, transmitían las órdenes y las disposiciones del Ordinario en una amplia gama de cuestiones. En esta sede vacante estaba pendiente ante el Juez de la Iglesia, don Tomás de Ayala, un pleito entre curas y capellanes por la percepción de las obvenciones y derechos en las iglesias. El Cabildo avisó a su visitador para que cursase la orden de que mientras se resolvía el pleito se repartiesen por rueda y que los curas no pudiesen ganar las obvenciones de vestuarios ni el cura semanero pudiese salir fuera de la iglesia a los entierros.

En cuanto a la gestión de las mayordomías en esta sede vacante tenemos alguna información acerca de nombramientos y de petición de fianzas por parte de los visitantes. En diciembre de 1623 quedó vacante la mayordomía de Santa Ana y el Cabildo cometió a su visitador para que buscase candidato. Después el visitador Juan Checa informó a los canónigos de la causa por la que le había quitado la mayordomía de San Lorenzo a Francisco Pérez, nombrando en su lugar a Diego Pinero. En vista de la información y petición presentada por el destituido, el Cabildo mandó que se quedase el que había nombrado el visitador. También informó el visitador Centeno de las fianzas que le había dado el licenciado Andrés Mateos Guerra, mayordomo de Santa Ana nombrado por el visitador Caro. El Cabildo contestó que las fianzas corriesen por cuenta y riesgo del visitador. El que fue mayordomo de San Andrés de Sevilla en el año 1622, Francisco Sarmiento, pidió que le desagraviasen de ciertas partidas que le cargó el visitador Fernando de Andrada en su visita. El Cabildo mandó al visitador que lo viese e informase.

Tenemos algunas noticias con respecto al bajo salario que tenían los mayordomos, y que según algunos era una tentación para defraudar la hacienda de las fábricas. Algunos se permitieron pedir aumentos de sus honorarios. Tenemos el caso de Rodrigo de Almansa, mayordomo de Santa Catalina, que en 1624 pidió aumento por el trabajo que realizaba en la cobranza de las rentas de la fábrica, en seguir los pleitos que estaban pendientes y en las reparaciones de la iglesia. El visitador don Pedro de Villagómez le tomó las cuentas e informó del asunto. Se cometió el negocio al canónigo Tapia, Mayordomo Mayor de Fábricas del Arzobispado, y este informó al Cabildo que finalmente decidió que se le diesen 15.000 maravedíes y se le descargasen en cuenta como salario. Lo mismo pidió Jerónimo de Saavedra, mayordomo de San Martín de Sevilla, y le dieron 200 maravedíes. También hizo la misma petición el mayordomo de San Andrés, Juan de San Juan, cometiéndose el asunto al visitador Andrada para que informara.

El mayordomo de San Vicente, Juan Valentín, que debía ser de la satisfacción del visitador pues llevaba cuatro años en su cargo, pidió *ayuda de costa*. El visitador Pedro de Villagómez le tomó la cuenta y verificó que eran ciertas las cosas que alegaba, faltaban *esportillas* en la fábrica y había hecho cobranzas sin costas para la iglesia. Después de informar al Cabildo se le dieron 20.000 maravedíes en ayuda de costa en satisfacción de los que había puesto.

Pero sin duda la más importante de las tareas del visitador con respecto a los mayordomos era tomarles cuenta de las contabilidades de las fábricas de las iglesias, que a veces se hacían con gran retraso. En 1624 el visitador Pedro de Villagómez pidió licencia al Cabildo para tomar cuentas a los mayordomos en el Condado de Niebla, pues hacía cuatro años que no se visitaban estas iglesias. Eran bastante frecuentes los alcances en estas contabilidades, es decir el manejo fraudulento de las rentas que daba lugar a la apropiación por parte de los mayordomos de rentas de las fábricas. De esto se derivaban pleitos ejecutivos ante el Juez de la Iglesia para reclamar estas cantidades. En esta sede vacante el mayordomo Sancho de la Torre pidió plazo de *dos venidas de galeones* por el alcance que le había hecho el visitador Pedro de Villagómez.

A partir del pontificado de don Pedro de Castro, el empeño por dotar a las parroquias de beneficios curados hizo que los visitadores redoblasen sus esfuerzos por inquirir la vida y costumbre de los candidatos a ocupar los oficios. Aunque averiguar la vida y costumbres de los clérigos siempre había sido una de las obligaciones del visitador, ahora se trataba no sólo de informarse para corregir sino de elegir a los más aptos para ocupar los nuevos curatos que se estaban erigiendo o para sustituir las vacantes que se producían. Así en sede vacante vemos cómo el Cabildo daba órdenes a los visitadores para que hicieran relaciones de los curas de sus veredas informándose de la vida, costumbre y suficiencia de cada uno. Además diputaron al Arcediano de Sevilla, don Juan Manuel, y al Arcediano de Jerez, don Fernando Sánchez Álvarez, para que entendiesen con los visitadores en este negocio y les notificasen que inquiriesen la vida y costumbre de los clérigos de sus veredas.

Basándose en estas relaciones nombraron por cura de Aznalcázar al bachiller Martínez, por muerte de don Juan de Abrego, y mandaron al Provisor que le diese carta de cura, comprobando primeramente que estaba aprobado para confesar. El visitador Centeno también dio buena información de Diego de la Torre, beneficiado de San Juan de la Palma, y el Cabildo le dio el curato, mandando al Provisor que le cursara su carta de cura. También proveyeron de cura a las parroquias de San Andrés y de Santa Marina de Sevilla.

En esta sede vacante el visitador Juan González Centeno trató el negocio de los clérigos de Santa Ana de Triana, que se quejaban de que el doctor Larios Monje, que cuando fue visitador de Sevilla obtuvo el beneficio curado de esta iglesia, había puesto en su lugar un cura para sustituirle. El 18 de enero de 1624 el Cabildo mandó al visitador que notificara al doctor Larios que sirviese personalmente su beneficio curado, pues esa era su obligación y esa era la intención de reforma que tenían los beneficios curados que se estaban erigiendo en el Arzobispado. Además generó un pleito, pues como los ayudantes que puso en su lugar no eran curas, los capellanes protestaban que no se les prefiriese a ellos en los entierros en el vestuario de capas, ni en las preeminencias de lugar, porque los curas habían obtenido un auto de ínterin para ser preferidos a los capellanes pero los sustitutos no lo eran. Efectivamente, en la sede

vacante de don Cristóbal de Rojas, el Cabildo proveyó que los curas simples de Santa Ana fueran preferidos en los entierros de la parroquia a los clérigos y capellanes que no servían beneficios. Los curas presentaron la manutención que tenían y las actas de curas suplicando que no se prefiriera a los curas que sustituían al doctor Larios Monje.

También hacían los visitadores relaciones de los curas que había en las iglesias, y el Ordinario decidía cuáles era justo conservar en sus oficios y cuáles convenía remover, ordenando al Provisor que lo dispusiera y ordenara. A veces los informes del visitador eran contrastados con los del vicario; en esta sede vacante el Cabildo aprovechó que estaba en Sevilla el vicario del Puerto de Santa María para comparar su información sobre los clérigos de su vicaría con los informes del visitador Centeno. El poder que tenían los visitadores al hacer sus relaciones era tal que de ellas dependían los nombramientos o suspensiones de los curas.

A veces sucedían abusos, enemistades o parcialidades y los curas cesados acudían en grado de apelación al Cabildo. Tenemos noticias de algunos casos en los que se restituyeron los beneficios curados que habían sido despojados algunos curas a causa del informe del visitador. El visitador Checa hizo relación de los curas que había en las iglesias de su vereda y en Sevilla en las iglesias de San Nicolás y San Lorenzo. En esta iglesia Diego Valvín fue despojado del beneficio curado que tenía, pero tras su apelación mandó el Cabildo que se le restituyera, y que el visitador hiciera más información sobre el cura Ballesteros y la llevase al Cabildo, pues consideraba que no era suficiente la averiguación. Este visitador también hizo relación e informó de la petición de Jerónimo Villalobos, al que le habían quitado el curato de Santa María de Carmona, sin embargo el Cabildo mandó que se le diese la carta de cura.

El visitador Pedro de Villagómez hizo relación de los curas de San Vicente, mandando el Cabildo que se le quitara el curato a Osorio y que se llamase para proveerlo en otra persona. Finalmente se lo dieron al licenciado González Vásquez, cura de Bonares, y cometieron al visitador de la vereda de este lugar para que procurase un cura en el lugar que quedaba vacante. Para la iglesia de Omnium Sanctorum llamaron para nombrar un cura, pues dos de ellos estaban enfermos. Por desistimiento del cura, bachiller Rodrigo de Liaño, que hacía el oficio de cura en Cumbres, se cometió al visitador de ese partido, Fernando de Andrada, para que buscase sustituto, informando previamente del candidato o candidatos. Tras haber oído la relación el Cabildo dejó la decisión en manos del visitador.

A veces eran los candidatos los que dirigían su petición de curatos que habían quedado vacantes, en este caso el Ordinario mandaba a su visitador que se informase de los candidatos. En Cartaya pidió un clérigo el curato que estaba vacante; en Villamartín Juan de Vitoria pidió un curato que había quedado vacante por desistimiento del que lo servía, este caso se cometió al visitador Centeno para que cuando volviese a visitar la villa buscase un sustituto, y en el ínterin le dieron carta de cura al que lo solicitaba pues hacían falta confesores en la localidad y sólo había otro cura más. En Paterna pidió el curato Gabriel Colmenero y se cometió al visitador, Pedro de Villagómez, para que informara. En una carta informaba Pedro Vásquez, beneficiado de Bornos, que allí se había nombrado por cura a Fulano de Villavicar, y en él no concurrían las partes necesarias; el Cabildo cometió a Centeno que se informase de la vida y costumbre del susodicho. También se pidieron los curatos de San Nicolás, que estaba vacante, de Omnium Sanctorum, de Aznalcázar y de Manzanilla y se dio aviso a los visitadores para

que cada uno en lo que correspondiese a su vereda hiciera información de los candidatos.

Finalmente mientras el doctor Checa estaba de visita en Écija, y el resto de los visitantes en sus veredas, el Cabildo dio orden de que se volviesen, pues habían llegado a España las bulas de nombramiento del nuevo Prelado. De nuevo tuvieron que insistir al doctor Checa, pues le habían escrito tres veces y no se volvía de Écija, así que le tuvo que escribir el Deán personalmente y que se le diese la carta en mano con un auto y que se notificase en las iglesias que estaba visitando que no se le admitiese por visitador ni le entregasen papales.

Podemos ilustrar los incumplimientos de los mayordomos con el siguiente caso.²³²⁹ En marzo de 1635 el Fiscal del Provisor, don Cristóbal de Bustos, denunció a Juan Pablo de Medina Vejarano, presbítero, beneficiado y cura de la iglesia de Almonte y Comisario del Santo Oficio de la Inquisición, y pidió al Provisor que lo mandara prender. Había recibido en 1632, cuando era Mayordomo de la fábrica de la iglesia, 50 ducados para redimir un censo impuesto sobre los bienes dejados en herencia por Diego Martín Barbero a Juan Domínguez, su cuñado. El Fiscal lo denunciaba por usurpar el dinero y no decir las misas de la memoria dejada en el testamento, no dando aviso ni al visitador en su visita ni al Provisor. Este cometió a Marcos Fernández de los Reyes, Notario Receptor, para que fuese a Almonte e hiciese averiguación del caso. Al llegar a la villa dictó un auto mandando que pareciesen a declarar, bajo pena de excomunión mayor, los testigos del caso y el escribano ante el que se había hecho la escritura. También requirió al que era en ese momento Mayordomo de la fábrica, el presbítero Alonso Acacio Vejarano, para que confesase cómo efectivamente los 50 ducados fueron impuestos para que se dijese unas misas por la memoria del difunto Diego Martín, y que estaban impuestos sobre los bienes que dejó en herencia a su hermana y cuñado. Además el Mayordomo, como depositario de los libros de la visita, sabía de esta irregularidad y no la había denunciado al visitador, estando obligado a manifestarlo.

A continuación comenzaron a deponer los testigos, Antón Martínez Borrejón, labrador de 73 años, vecino de la calle del Cerro, Baltasar de Herrera, labrador de 45 años, vecino de la calle Concepción, y el Mayordomo, Alonso Acacio Bejarano, presbítero de 40 años. Todos ratificaron las acusaciones y Antón Martínez indicó incluso que estuvo presente en la entrega de los 50 ducados, y que del pago se hizo con escritura pública ante el escribano Juan de Luna. El Mayordomo Alonso Acacio Vejarano, contestó al Notario Receptor que no podía entregar el original de la escritura pero que le daría un traslado. Efectivamente los mayordomos tenían prohibido sacar las escrituras e instrumentos públicos originales de las iglesias, pues a menudo se perdían con grave perjuicio para las fábricas.

Después el notario tomó confesión al reo y éste declaró que Juan Domínguez Gotosso y su mujer, María de la Barrera, tenían obligación de decir cada año 14 misas rezadas por el alma de Diego Martín Barbero, hermano de María, que dejó situadas sobre ciertos bienes que su hermana heredó de él. Con el cargo y condición de que podían pagar a la fábrica los 50 ducados y los bienes quedarían libres, y a cargo de la fábrica el decir las misas. Así que Juan Domínguez, el heredero, redimió los 50 ducados y los pagó al Mayordomo en moneda de vellón, obteniendo a cambio carta de pago.

²³²⁹ A.O.H. Almonte. Criminales 1617-1661. El Fiscal contra Juan Pablo de Medina Vejarano, beneficiado de Almonte.

Después el acusado otorgó poderes al Procurador de la Audiencia, Luis Arias de Párraga, el cual en nombre del reo pidió que se le *oyga por procurador*, y en un escrito presentado en el curso de una audiencia manifestó que su cliente:

como hijo de obediencia se presenta aunque se halla sin culpa... sino fuera tal cura y sus compañeros ser biejos y no poder faltando mi parte acudir a administrar los santos sacramentos suplica se le oiga por su procurador así por lo dicho como por ser hombre achacoso.²³³⁰

El Fiscal pidió que se le negara porque *las causas que da para no parecer no son bastantes y esta causa es muy grabe*; y el Juez, como era costumbre, siguió las indicaciones del Fiscal y denegó la petición, pero a cambio le dio la ciudad por cárcel, suavizando la carcelería y poniéndolo en libertad con la sola restricción de no salir de la ciudad y presentarse cuando lo mandase el Provisor. El Procurador pidió también que se le tomase confesión fuera de la cárcel, pero el Juez no accedió y confesó el 28 de marzo de 1635 en la cárcel arzobispal. En ella el reo juró *in verbo sacerdotis* en forma de derecho, y prometió decir la verdad ante el Notario Receptor que le sometió al interrogatorio. A continuación declaró que había ido diciendo las misas como constaba en el libro de la colecturía de la iglesia, y se le tomó cuenta en la visita por el maestro Juan Jiménez Bernal, Visitador del Arzobispado. El Notario requirió al Mayordomo de la fábrica y al escribano ante el que se hizo la redención del censo para que entregasen las escrituras.

De ella se dedujo que la herencia fue dejada con una carga (censo) sobre los bienes de 80 ducados, y a cargo de la fábrica el decir las misas. Y Juan Domínguez Gotoso, heredero, quiso redimir (pagar) 50 ducados pagándoselos al Mayordomo de la fábrica, y éste en vez de declararlos al Visitador y al Provisor se los quedó y no los contabilizó en el libro de fábrica, y por supuesto las misas tampoco se dijeron. En vista de estos hechos el Provisor dictó un auto por el que se dio mandamiento de prisión contra el reo. Finalmente el Fiscal presentó la acusación, en la que le imputaba los delitos derivados de la sumaria información, de los autos del proceso y de su confesión. Y afirmaba que el delito era muy grave, así que pedía y suplicaba al Juez que lo condenase en las mayores y más graves penas que por derecho pudiese y las ejecute en su persona y bienes. El Procurador se remitió a la confesión, y, con una expresión repetitiva y ritualizada utilizada en los procesos criminales, dijo que *se afirmaba en lo favorable y negaba lo perjudicial*, mostrando de esta manera la falta de argumentos de la defensa y dando por dichos, jurados y ratificados los testigos de la sumaria información como si se hubieran ratificado en juicio plenario, renunciando los términos de prueba y publicación, y concluyendo definitivamente. También pedía que si no se concediese la conclusión que se le diese al reo la libertad bajo fianza para poder acudir a su iglesia, pues estaba sólo y era necesario allí.

El 29 de marzo otro Provisor se hizo cargo del caso, se trataba de Dionisio de Monsarrate, que, como pedía el Fiscal, denegó la libertad del reo, pero aceptó la renuncia del término de prueba y publicación pedida por el procurador; y aunque el Fiscal presentó el interrogatorio de testigos, para pasar a la fase de ratificación de declaraciones en plenario, el Juez mandó concluir la causa. El Procurador siguió insistiendo en pedir la libertad y en todo caso que lo dejaran libre bajo fianza. En la

²³³⁰ *Ibidem*.

sentencia, el Juez le amonestó y apercibió, como de costumbre, y le condenó bajo pena de excomunión mayor en que depositase los 50 ducados que había usurpado, más los réditos desde el día de la redención hasta el día del depósito y 3.000 maravedíes de multa.

5.2.- El Visitador de Fábricas y Hospitales

Al Visitador de Fábricas y Hospitales de Sevilla le asistían cuatro notarios contadores con sus oficiales,

i por lo extravagante ai otro notario contador con su oficial, esta visita es de menos trabajo que las otras porque no tienen que syndicar quentos ni quimeras del pueblo porque lo que ocurre lo castigan el Provisor o Juez de la Iglesia según a quien le toca.²³³¹

Siendo Visitador de los Monasterios Gaspar de Torres, obispo de Medauros, dio licencia a la Abadesa, prioras y monjas del convento de San Clemente de Sevilla para derribar las casas que tenía el convento en la collación de Santa María e incorporarlas a la Cárcel Real, pues así lo había ordenado el presidente y oidores de la Real Audiencia. Las casas las tenían arrendadas por tres vidas por contrato firmado ante el escribano público Mateo de Almonacid, pero en 1575 necesitaban licencia de Martín de Acosta, Juez y Vicario General, que era también Visitador de los Monasterios sujetos al ordinario, para poder comprar otra posesión que les rentase.²³³²

El Visitador de Hospitales en tiempos de la sede vacante de Cristóbal de Rojas (1580) fue el canónigo Antonio González que tomaba las cuentas de los monasterios y hospitales a sus mayordomos. En el de San Clemente de Sevilla tuvo que interponer penas y censuras para vencer la resistencia del mayordomo y lograr su cooperación, pues se planteó una disputa por el encargo de un retablo al maestro escultor Juan Montañés González.²³³³ Ante la actitud contraria de algunos mayordomos, el Visitador, si era necesario, llegaba hasta la excomunión, privándolos de sus oficios. El 7 de enero de 1581 el Visitador General don Luis Ponce hizo gestiones acerca del Mayordomo que había que poner en el Hospital del Amor de Dios para la cobranza de la hacienda y para solicitar los pleitos, y esto con el parecer del Administrador del Hospital.²³³⁴ El canónigo, doctor Juan Hurtado, visitó la cofradía y hermandad que estaban en el Hospital de los Ángeles de Sevilla, fuera de la Puerta de Carmona, y tomó las cuentas al Mayordomo.

El 26 de abril de 1581, en plena epidemia de peste, el Visitador de los Hospitales, Isidro de Cuevas, dio licencia para que pudiesen tener el Santísimo Sacramento en el Hospital de Triana por dos meses, para que con mayor facilidad sacramentasen a los enfermos de peste y a tal efecto que asistiese uno de los curas de Santa Ana. El lunes 19 de junio, el Cabildo cometi6 a los diputados de la peste para que viesan si podr6a estar *decente y cómodamente* el Santísimo Sacramento en el Hospital de las Vírgenes que estaba en la Cestería, y si lo aprobasen que estuviese por dos meses por la enfermedad y por el inconveniente de cerrarse la puerta de la ciudad por las medidas de aislamiento contra la peste.

²³³¹ A.G.A.S. Sección Justicia. Legajo 1265. *Extrato Breve del Gobierno Judicial, Político y Económico del Arzobispado de Sevilla*. Cuadernillo sin foliar. Capítulo 7, *Del Visitador de Fábricas de Sevilla, Hospitales y Extravagantes*.

²³³² A.P.N.S. Legajo 12.423, fol. 680

²³³³ A.C.S. Sección I Secretaría. Autos Capitulares sede vacante de Cristóbal de Rojas y Sandoval. Libro 297

²³³⁴ *Ibidem*.

En 1600 el Secretario Aragonés aconsejaba al Provisor que pidiese los libros y cuentas de los Hospitales Generales a los que habían quedado reducidos los muchos particulares que había en Sevilla en tiempos de don Rodrigo de Castro. A continuación daría órdenes al Visitador para que le informase del estado en que estaban los bienes y cuentas de los hospitales y la forma de proceder en la cura, sustento y gobierno de los pobres. Después el Provisor informaría al Prelado para que viese lo que convenía remediar. El Visitador de los Hospitales de Sevilla y su Arzobispado era don Fernando Gallinato, que acompañándose por su notario contador, Pedro García de Neyra, visitó las haciendas y las personas de los administradores de los dos hospitales a los que habían quedado reducidos los que había en la ciudad.²³³⁵ También hizo un tanteo de las cuentas de Tomás Gómez, Mayordomo del Hospital del Espíritu Santo, y de las fianzas que tenía dadas como garantía de su gestión. Era bastante frecuente que en su labor de inspección de las cuentas de los hospitales que estaban a cargo de los mayordomos y administradores, el Visitador encontrara desfases y alcances en la contabilidad. Al citado Tomás Gómez le hizo la cuenta y salió un alcance que debía pagar y deudas perdidas de anteriores mayordomos, las cuales apremió para que se cobraran.

El Visitador de Hospitales también intervenía en las gestiones para los traslados de inmuebles. En 1601 el Visitador Fernando Gallinato trató con el Duque de Alcalá y con la ciudad de Sevilla para pasar el Hospital del Espíritu Santo a las Casas del Duque en San Blas, en la parroquia de Santa Marina. Otra de las tareas importantes era tomar la cuenta a los mayordomos y a menudo aparecían alcances, desequilibrios contables, que era necesario reclamar por vía judicial. Al Administrador del Hospital del Amor de Dios, Luis de Miranda, le sacó el visitador un alcance de 2.270.800 maravedíes que le debían los inquilinos de las posesiones del Hospital del tiempo en que fue mayordomo. Miranda reconoció como buena la deuda y se obligó a pagarla pidiendo un año de espera; excepto 83.000 maravedíes que daba de *ditas perdidas*. Después de tomarle la cuenta, el Visitador nombró al licenciado Muñoz como nuevo Mayordomo, informándose previamente de su persona y hacienda y si los fiadores que tenía eran abonados.

En el Hospital del Amor de Dios se recibió este año por médico a Jerónimo de Contreras, para que en compañía del médico Valdés, que ya prestaba sus servicios en el hospital, atendiese a los enfermos, asignándole un salario de 100 ducados anuales. En marzo de 1601 cometieron los canónigos sede vacante al visitador de hospitales don Fernando Gallinato para nombrar cirujano del Hospital del Espíritu Santo, viendo los estatutos del hospital y las calidades que debían tener los candidatos. Se nombró por examinador a don Manuel Sarmiento, canónigo magistral. También ponía el Visitador al Enfermero Mayor y a sus ayudantes, señalándoles sus salarios.

A la muerte de don Pedro de Castro quedó la visita del Hospital de San Bernardo sin terminar, así que lo primero que ordenaron los canónigos al nuevo Visitador de Hospitales nombrado por ellos, el canónigo don Alonso de Buján, fue que la prosiguiese hasta terminarla. El Ordinario nombraba, a través de sus oficiales, Provisor o Mayordomo Mayor de Fábricas, a los administradores, mayordomos, abogados y escribano, y también a los médicos de los hospitales bajo su jurisdicción, y los visitadores los recibían y mandaban a los administradores que les pagasen sus salarios. Los mayordomos podían pedir que se les reeligiase y esto se cometía al Visitador de

²³³⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares en sede vacante. Libro 287

Hospitales para que viese su idoneidad. También se recibían peticiones de los abogados de los hospitales y del Escribano de Fábricas, que hacía los negocios de los hospitales. En la sede vacante de don Pedro de Castro (1624), el Visitador de Hospitales, canónigo Buján, había dado el oficio de Abogado de Fábricas del Hospital del Espíritu Santo al licenciado Caballero, quitándoselo al que lo tenía, don Alonso de Aguilar; éste pidió que le restituyeran en la plaza que le había quitado Buján, y el Cabildo ordenó al Visitador que si tenía *deméritos* los presentase en Cabildo y sino que lo mantuviese en su oficio. Pues el Visitador no tenía poder discrecional para quitar y poner oficiales, pero si había razones suficientes debía informar al Cabildo antes de proceder a su destitución. En las sedes vacantes también se recibían peticiones para ser confirmados, o para obtener algún oficio, en los hospitales. Melchor de Hoces, Mayordomo del Hospital del Espíritu Santo, pidió que le confirmasen en su mayordomía y Diego Ramírez y Alonso Alarcón se disputaron la muy lucrativa escribanía de los hospitales. En estos casos se mandaba al Visitador que lo viese, confirmando o presentando informes para destituir y cambiar a algún oficial.

En 1624 el médico de los hospitales, doctor Saavedra, presentó una petición de *ayuda de costa* pues había trabajado mucho, el Cabildo mandó que le diesen 500 reales como entrega extraordinaria y por esta vez. Después, el Visitador, don Alonso Buján, continuó la visita del Hospital de San Bernardo que quedó interrumpida por la muerte del Arzobispo don Pedro de Castro. En el Hospital del Amor de Dios tuvo que intervenir en el conflicto entre el Mayordomo que había sido nombrado para el año 1624, al cual se le acusaba de tener ciertos deméritos, y Melchor Martínez de Espejo, que había hecho la cobranza de la renta arzobispal con el anterior mayordomo y que ahora pretendía la mayordomía. Ambos presentaron peticiones defendiendo su causa, que fue cometida al Visitador para que decidiera. Alonso Buján pidió al Cabildo que le dieran el título de Notario de Hospitales a Pedro de Torres Urrutia, que había sido muchos años Notario Contador de la visita de Sevilla, y el Cabildo mandó al Provisor que se lo diera.

En enero de 1623 fue Administrador del Hospital de Carmona el licenciado Gregorio Pacheco. Diego Díaz Osorio y Fernando de Segura, que era Administrador de las rentas de Niebla, pidieron la Administración del Hospital de Niebla, el asunto se cometió al Visitador de Hospitales para que viese qué opositor era el más idóneo y terminó eligiendo al primero. También había un Escribano de los Hospitales que solía hacer todas las escrituras y negocios de los mismos; en 1624 se presentaron dos opositores para ocupar la plaza, Alonso de Alarcón y Diego Ramírez, y salió nombrado Diego Ramírez, que lo había sido antes, y ante el que estaban todos los registros de posesiones que tenían los hospitales.

Diego Yangués había mandado fundar un Hospital de Convalecientes en Sevilla y el asunto se trataba en la Corte; el Cabildo cometió el asunto al Arcediano de Sevilla para que escribiese al conde de Olivares, al Confesor del Rey y al Presidente del Consejo de Castilla; y al doctor Soria para que escribiese a los cuatro consejeros diputados para ese negocio para que no mudasen la voluntad del testador, pues quiso que se fundase en Sevilla, *por ser tan necesario*.

El Visitador Alonso de Buján informó de la carta que había mandado el Cabildo seglar de la ciudad de Écija pidiendo que se reparase el Hospital de la Sangre porque debido a su estado no se podían curar los enfermos. Mandaron que se escribiese al

Administrador autorizándole a gastar lo que fuese necesario para el *ministerio de que se curasen los enfermos*. Asimismo el Cabildo seglar de Jerez escribió a Sevilla para que se reparase el Hospital de la Sangre de aquella ciudad y lo cometieron al Visitador de Hospitales para que cuando fuese a Jerez viese el estado del hospital y la necesidad de las reparaciones. El vicario de Jerez también envió cartas informando de la necesidad de las reparaciones y se cometió el asunto a don Juan de Guzmán, Visitador de los Hospitales, que volvía tras un período de ausencia en el que lo había sustituido Buján.

5.3.- El Visitador de Monjas

El Visitador de Monjas tenía su Juzgado en Sevilla, y en él se despachaban todas las dependencias de los asuntos de las monjas sujetas a la jurisdicción del Prelado. Esta Audiencia tenía en tiempos de Aragonés su Secretario y Notario, y para las cuentas de las rentas de los conventos había notarios contadores con sus oficiales. Así pues, la Audiencia del Ordinario poseía también el gobierno y la visita de algunos monasterios de clausura. En el pontificado de don Rodrigo de Castro (1581-1600) fue Visitador de los Monasterios el doctor Muñoz, canónigo del Cabildo. A él se remitía el secretario Aragonés para que se informase al Arzobispo.

Ya vimos cómo a principios del siglo XVI todavía el Visitador de Sevilla lo era también de Monjas de todo el Arzobispado, y para ello disponía de sus visitadores a los que dirigía. La primera noticia que tenemos del Visitador de monjas es de 1504; el doctor Matreco visitando una beata que quería fundar una casa de religión con licencia del Ordinario. En 1538 encontramos la primera noticia de un visitador de monjas independiente del visitador de Sevilla, el doctor Herrera. Es de suponer que la multiplicación de los asuntos, y en éste caso la proliferación de las órdenes femeninas y la irrupción del fenómeno de las beatas y los emparedamientos, hicieron necesario la creación de una figura nueva especializada en el negocio, el Visitador de Monjas.

Este visitador delegó en otra persona la visita de los monasterios y de los *abitos y velos*, pues también estaban bajo su jurisdicción las casas de emparedadas y beatas. El Cabildo le mandó que no cometiese la visita a ninguna persona, y que si no podía atender su oficio lo comunicara, para que proveyeran la persona o personas que lo ejercieran; y que si hubiese dado poderes a alguno de sus delegados los revocase. El doctor Herrera se disculpó aduciendo indisposición para ir a visitar y a dar *abitos civiles* a los monasterios. También le mandaron que cuando requiriese alguna consulta superior que recurriese al Provisor, como a Juez supremo y ordinario, salvo en las cosas que fuesen de tal importancia que se hiciese necesario acudir a dar parte al Cabildo, como administrador de la jurisdicción ordinaria del Prelado; y que en la próxima visita llevase consigo a los señores Provisor y licenciado Rivera.

Este mismo año dieron licencia al canónigo Juan de Moguer para que fuese al Monasterio de Nuestra Señora de la Real y permitiese librar a las religiosas que quisieren, aunque fuese en tiempo que las monjas no solían librar, como era la Cuaresma, o por estar impedidas las libranzas por cualquier otro motivo. Para hacer más completa la libertad de salir a las monjas mandaron expresamente a la Madre Priora que obedeciese el mandamiento. La misma licencia dieron al canónigo Diego de Sevilla para el Monasterio de San Clemente de Sevilla. El Cabildo sede vacante tomó una serie de decisiones contrarias a las normas de disciplina conventuales, que exigían el mantenimiento de la clausura para acabar con los abusos que se producían con la entrada de legos en los monasterios y con la salida de las monjas a casa de legos. Seguramente se trataba de monjas pertenecientes a familias principales, a menudo del linaje de los propios canónigos o de regidores del Cabildo seglar, pues la política de las gracias y excepciones permitía dar cabida a los privilegios en cualquier sistema normativo.

En 1571 tenemos como Visitador de los Monasterios de Monjas de Sevilla y su Arzobispado sometidos al Ordinario, al Chantre, don Gonzalo Briz, que también

visitaba los emparedamientos de Sevilla y Arzobispado, dando licencias a las beatas legas para estar en ellos.²³³⁶ En 1580 el Mayordomo Mayor de Fábricas, don Antonio González, tomó las cuentas a los mayordomos de los monasterios de monjas del Arzobispado haciéndose acompañar de un notario contador.²³³⁷ A veces el visitador lo acompañaba en esta visita, en este caso el visitador de monjas era el doctor Pedro Cumiel.

En la sede vacante de Cristóbal de Rojas y Sandoval (1580-1581) mandaron que se abriesen las redes o ventanas por donde se solía ver misa en el emparedamiento de San Ildefonso, junto a la iglesia del mismo nombre, y cometieron al doctor Pedro Cumiel para que lo viese y lo pusiese con el mayor recato y honestidad. También se dio un mandamiento para que en ningún monasterio de monjas entrasen personas legas, y que las que estaban dentro si saliesen no volviesen a entrar. Asimismo se prohibió que se hicieran escalas en los monasterios por donde se pudiese acceder a ellos, ni se tomaran lecciones de música ni de otra cosa alguna impartidas por personas de fuera del monasterio; ni dentro de ellos se lavasen ropas de fuera ni la de dentro se lavase fuera, todo bajo pena de sus oficios a las superiores de los monasterios. Y a estas se les mandaba que no alterasen ni mudasen cosa alguna sin comunicarlo primero al Ordinario a través de su visitador, y proveyesen para la conservación de la salud de los monasterios, atentos a la *enfermedad que anda*, para que quedasen libres de contagio. Paradójicamente el apartamiento del mundo, que pretendía poner a salvo de las enfermedades del alma, se convertía también en una forma de ponerse a salvo de las enfermedades del cuerpo, en este caso de la epidemia de peste.

A veces los visitadores de monjas también visitaban los oratorios privados que menudeaban por el Arzobispado. El sábado 2 de enero de 1581 el visitador Hurtado visitó el oratorio que tenía el licenciado Bernui en su casa, e hizo una relación de la decencia que tenía, pues, aunque privado, como lugar sagrado debía mantener unas condiciones mínimas de *decencia*, es decir de separación con el ámbito profano de la casa.

El Prelado, o en su defecto el Cabildo sede vacante, daba las licencias para que se pudiesen recibir novicias y pupilas legas en los monasterios, y también para salir por causas muy justificadas, pero los visitadores tenían amplias competencias delegadas en esta materia. En esta sede vacante dieron permiso a doña Juana de Saravia para que entrase en el monasterio de la Concepción de San Miguel. En marzo de 1581, doña María de Fuentes, monja profesa del Monasterio de las Dueñas, quiso salir a curarse y presentó el parecer de los médicos, y conforme al derecho y Motu Proprio del Papa le dieron poder al visitador para que le diesen la licencia. En 1624, doña María de la Paz Laynes, monja de la Concepción de San Miguel pidió licencia para mudarse a otro convento por seis meses, *por la falta de salud* y con el consejo de los médicos; se cometió el asunto al visitador Laynes para que lo comprobara y viese los Breves que había sobre esto. Finalmente le dieron licencia para que se mudase por seis meses, con el parecer de las monjas del convento a donde iba a mudarse, y que fuese *vía recta al nuevo convento*.

²³³⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares sede vacante de Gaspar de Zúñiga y Avellaneda. Libro 296.

²³³⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares sede vacante de Cristóbal de Rojas y Sandoval. Libro 297.

El Ordinario dirigía la visita personalmente o a través de personas delegadas, que podían ser el Provisor, el Gobernador del Arzobispado en ausencia del Prelado, o su Secretario de Cámara. En sede vacante el Cabildo dirigía la visita cometiendo a sus visitadores las actuaciones necesarias. El martes 13 de junio de 1581, estando de visita en el Monasterio de Santa Catalina de Aracena Pedro Cumiel, se sintió indispuerto y el Cabildo le avisó que la suspendiese y no la tratase más. Cuatro días después, el 17 de junio, cometieron al visitador general Fernando Mohedano de Saavedra, que estaba visitando el pueblo en ese momento, para que prosiguiese la visita del monasterio de monjas, porque el visitador Pedro Cumiel estaba indispuerto por las enfermedades y la edad.

El sábado 8 de julio, Mohedano acabó la visita del Monasterio de Santa Catalina de Aracena y el Cabildo le autorizó a proveer nuevos oficiales en los oficios del monasterio si era necesario. Dos días después lo cometieron para que visitase el Monasterio de monjas de la Madre de Dios de Cazalla y proveyese haciendo elección de abadesa y de las oficiales que fuesen necesarias. El 10 de julio parece que Cumiel ya se había recuperado de su dolencia y el Cabildo le cometi6 para que viese la visita que el can6nico Fernando Mohedano de Saavedra, Visitador General del Arzobispado, había hecho del Monasterio de monjas de Santa Catalina de Aracena, y la última visita que antes de esta se hizo.

El Monasterio de Santa Justa y Rufina tenía su visitador particular, que ponía el Cabildo, pues era una obra pía que administraba. En 1601 el Visitador era Iñigo de Villalobos, pariente del fundador, el Obispo de Esquilache. El 13 de abril el Cabildo concedió licencia para recibir por monja a doña Catalina de Guzmán, hija de Pedro de Guzmán, con 700 ducados de dote, por petición escrita de la Abadesa y monjas. Previamente mandaron al Visitador, don Iñigo de Villalobos, que hiciera información de parentesco de don Pedro de Guzmán con el fundador, el Obispo de Esquilache. Y mandaron al visitador que hiciese escritura de la cantidad de dote en la que se obligaba y que le pareciere razonable. También se recibió en el Monasterio de la Concepción de San Miguel cuatro monjas con 750 ducados de dote cada una. Otro de los nombramientos que solía hacer el Ordinario, o su visitador por delegación, era el de los médicos y cirujanos de los conventos; en la sede vacante de don Rodrigo de Castro nombraron al doctor Sosa para que curase en los conventos de monjas.

En la sede vacante de don Rodrigo de Castro (1600) el doctor Juan Hurtado pidió el oficio de Visitador General de los Monasterios de Monjas de Sevilla y su Arzobispado.²³³⁸ Su primer negocio fue nombrar al capellán del Monasterio de la Concepción de San Miguel como capellán de la Real Cámara, y en el puesto que dejaba vacante en el convento puso a un tal Espinosa. Después, los can6nicos lo cometieron para que averiguase y sacase a la luz el caso de Lucía de Permía, que se hallaba en una cueva *honda* por donde venía el agua de los caños de Carmona, en el término de Alcalá de Guadaira; y que había despertado la devota curiosidad de muchos fieles que iban a verla. Se trataba de uno de los episodios de religiosidad popular que proliferaban en la época, relacionados con las apariciones y los milagros, que era necesario controlar y mantener dentro de los cánones y las formas de religiosidad oficiales. Como se trataba de una mujer, y su conducta se asemejaba a la de las recogidas y beatas, se encargó de ello el Visitador de Monjas.

²³³⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares sede vacante. Libro 287.

El nombramiento de los mayordomos de los conventos también correspondía al Prelado, aunque éste lo solía delegar en su Provisor, y finalmente era el Mayordomo Mayor de Fábricas o el Visitador el encargado de la elección. Pero los Cabildos sede vacante eran celosos de su prerrogativa de nombrar los oficiales del arzobispado, así que mandaban a los visitadores que recibiesen a los mayordomos de los conventos. En 1600, el visitador Hurtado recibió a Tomás Gómez, clérigo presbítero, como mayordomo del Convento de Monjas de San Clemente de Sevilla, dando por fiadores a Francisco de Ayala y a Juan Rodríguez. El mayordomo del Convento, igual que los mayordomos de las fábricas de las iglesias, eran los responsables de la administración de los bienes de los que el convento obtenía sus rentas para mantenerse.

El 8 de febrero de 1624, el veinticuatro de Sevilla don Fernando de Saavedra, pidió que se le diese *una vida más* en el arrendamiento que tenía hecho de olivares del convento de monjas del Socorro de Sevilla. Aducía que había hecho mejoras en la casa del cortijo y se ofrecía a hacer otras labores necesarias de mejora. El visitador Sarmiento se informó de la veracidad de todo esto y presentó un informe al Cabildo que le respondió que siendo así se le diese la vida más que pedía. También hizo la visita del Monasterio de monjas de Bornos, con el salario que había establecido don Cristóbal de Rojas hacía 20 años, cinco ducados diarios a costa del convento, y le dieron licencia para que pudiesen entrar novicias con 700 ducados de dote. El Visitador de Monjas solía decidir acerca de la elección de los confesores para los conventos de monjas; esta era una elección difícil dado que el delito de sollicitación en confesión estaba a la orden del día, y los confesores a menudo se convertían en directores espirituales de sus pupilas.

También proponía las dotes que se habían de llevar para las que entrasen en los conventos por monjas. Y a menudo decidía sobre quien debía entrar y con cuánto de dote. El doctor Hurtado decidió en muchos casos; concretamente tenemos noticias del Convento de Aracena y del Convento de Cazalla, donde recibieron a dos hermanas, doña Ambrosia de Zárate y doña Andrea de Zárate, por 900 ducados de dote por ambas, atendiendo a las necesidades que tenía el convento de reparaciones. También dieron licencia al visitador para que admitiera dos monjas parientes de doña María de Ayala, fundadora del Monasterio del Socorro. El 7 de noviembre de 1600 el Cabildo le encargó que hiciese gestiones para que la hija del Secretario Montejano, que estaba por lega en el Convento de las Dueñas, se quedase allí. También dio licencia para recibir por monjas a dos hermanas en el Convento de la Encarnación, doña María de Lara y doña Catalina Bernal, dando cada una 600 ducados de dote. El 18 de noviembre de 1600 se recibieron las hijas de Diego López por músicas en el monasterio de Santa Justa y Rufina y en el Monasterio de Huelva el visitador dio licencia para que recibieran a doña Leonor Enriques con una dote de 500 ducados.

Tenemos en 1624 otra serie de peticiones de ingresos en conventos. En enero se hizo una petición por el Convento de Huelva para recibir cuatro monjas a 600 ducados cada una, pues el Arzobispo don Pedro de Castro les había dado licencia para ello. Más tarde, en marzo, se hizo otra petición para entrar otras dos monjas por 600 ducados cada una. También pidieron licencia las monjas de Paterna para recibir tres monjas a 600 ducados y el visitador informó favorablemente, dando el Cabildo la licencia al visitador para que las mandase recibir. Las monjas del Socorro pidieron licencia para recibir a seis monjas a 1000 ducados cada una, porque estaba la casa *cayéndose* y se necesitaba el dinero;

argumentaban en su petición que se habían recibido otras a ese precio en tiempo de don Pedro de Castro. En la Concepción en San Juan de la Palma también pidieron licencia para recibir una monja por 1000 ducados de dote, el visitador mandó que el escribano viese las escrituras que se habían hecho en tiempos del Arzobispo don Pedro de Castro para ver si se habían admitido por ese precio, finalmente se les dio licencia. Las monjas descalzas de Santa Catalina pidieron licencia para recibir una monja de balde porque era una de las que debían entrar cuando se fundó el convento, pues faltaron cinco de las fundadoras. Cometieron al visitador Juan de Salinas para que se informase si el convento estaba *descansado y sobrado* y en ese caso se le diese licencia. En el convento de Santa Paula pidieron licencia para entrar por monja doña Ana de Zulueta por 1300 ducados de dote y en el de Las Dueñas se hizo una petición para recibir por otros 1300 ducados. El visitador informó sobre una petición de las monjas de Lebrija pidiendo licencia para entrar dos monjas por 900 ducados, *por ser el lugar tan corto y aver pocas monjas en el convento*; se les dio la licencia.

Las monjas de San Leandro pidieron al visitador don Manuel Sarmiento permiso para recibir una monja por 1000 ducados por haberse criado en el convento desde niña y ser huérfana; el Cabildo cometió al visitador que siendo cierto la admitiera. También hizo una petición para entrar en este convento doña Ana de Almonte, pidiendo que entrase una hija suya por 1300 ducados y se cometió a Sarmiento para que los asegurara con escritura y se la recibiese. El Monasterio de monjas de Jerez pidió recibir tres monjas, dos de ellas habían profesado ya y la tercera no había profesado por no tener dote, todo lo cual se hizo constar por escritura pública. El Cabildo mandó al visitador que pagando 600 ducados la profesaran. El visitador Sarmiento informó cómo en el convento de Dominicas Descalzas quería entrar una monja y no tenía más de 1000 ducados de dote, pero un cuñado suyo que era médico se obligaba por escritura a curarlas de balde toda su vida sin salario ninguno. El Cabildo dio su consentimiento pero advirtiéndole que se hiciesen las escrituras.

Don Manuel Sarmiento propuso a doña María de Ochoa y a doña Isabel Manzano para monjas en Las Dueñas por 1300 ducados cada una; el Cabildo dio la licencia. También consintió el Cabildo en la petición de las monjas de Osuna que querían recibir una que no tenía más de 600 ducados, pues era la dote ordinaria del convento. El convento de Santa Paula informó, a través del visitador, que estaba muy falto de músicas y que dos hermanas *muy diestras* querían entrar de balde; el Cabildo cometió al visitador que viese el estado en que estaba el convento. Era habitual que cuando se hacía el contrato de entrada en el convento, con escritura pública, una parte de la dote se entregara como entrada en metálico y el resto quedaba avalado mediante fianza como seguro de pago futuro.

También intervenía el visitador cuando alguna monja pretendía salir del convento por causas justificadas o cuando intentaba pasar a otro convento. El visitador Hurtado mandó a doña María de la Feria, del convento de Huelva, que había pasado a San Leandro de Sevilla, que volviese a su monasterio y ésta lo recusó tratando de impedirlo; el Cabildo apoyó a su visitador diputando a don Luis Ponce para que verificara las causas de la recusación y lo sentenciara. Finalmente le mandaron que en 8 días volviese a su convento de Huelva *muy onradamente y restituyéndola en su lugar y celda y que lleve cartas para su convento y se le envíen para que la reciban con mucho amor y benevolencia*. En 1624 el Abad de San Bernardo de la villa de Madrid envió una petición para que se diera licencia a la hermana de don Mateo de Montesdoca, monja en

las Dueñas, para ir a Madrid a fundar un convento de Bernardas; el Doctoral fue cometido para ver si se ajustaba a derecho, e informó al Cabildo, que votó por habas, saliendo que no se le diese la licencia conforme a los motu propios que lo prohibían.

Aunque era el Prelado o el Cabildo sede vacante en su ausencia el que tenía la potestad para autorizar la erección de monasterios, así como para autorizar obras en las fábricas, el visitador de monjas presentaba las peticiones e informaba, y si se daba licencia lo comunicaba y seguía el proceso de cerca. En noviembre de 1600 informó al Cabildo del convento de monjas descalzas que se había fundado en Écija y que estaba en obras. A veces las obras requerían la autorización del Nuncio, pues implicaban enajenación o adquisición de bienes. En 1600 el Cabildo escribió al Nuncio por la necesidad que tenía el Convento de la Concepción en San Miguel de labrar un pedazo de dormitorio y dos celdas que se habían caído.

También inspeccionó las obras del Monasterio de Bornos y se encargó de buscar dinero y tomarlo a tributo para terminarla. En 1624 el visitador don Manuel Sarmiento informó al Cabildo que las monjas de Osuna querían vender una casa que tenían junto al convento que habían comprado para incorporarla y por falta de dinero no la habían podido hacer. El Cabildo mandó al visitador que se informase de la utilidad de la venta, y si era verdad que se estaba cayendo, y de ser así que se le diese la licencia para venderla.

Otro de los asuntos espinosos en los que intervenía el visitador de monjas era en la elección de abadesas. En febrero de 1601 se dio licencia a las monjas del Convento de Santa Justa y Rufina de Sevilla para que reeligieran abadesa a doña Elvira Maldonado por otro trienio, aunque no fuese de su misma orden. Y el 17 de febrero de 1601 el Visitador General de Monjas, doctor Hurtado, y el Visitador del Monasterio de Santa Justa y Rufina, don Iñigo de Villalobos, presentaron una relación de las cuentas de los gastos ordinarios y extraordinarios del convento que había dado su abadesa doña Elvira Maldonado. Por aquellas cuentas constaba que había puesto y gastado dinero suyo por valor de 24.000 reales, pero tras la tasación ordinaria que hicieron los visitadores diputados, como se solía hacer en los demás conventos, vieron que sólo montaban 9.000 reales, y no quisieron tomar en cuenta las demás partidas mandando que se le librasen a doña Elvira Maldonado 14.000 reales en vez de los 24.000 que decía haber gastado en gastos ordinarios y extraordinarios.

En 1624 las monjas de San Clemente pidieron licencia para reelegir a la abadesa que tenían; el Cabildo mandó a su Secretario que viese las constituciones para ver si lo prohibían. Se leyeron las constituciones de las monjas de San Clemente y se vio que no había ningún impedimento para la reelección, pero el visitador advirtió del motu propio de Gregorio XIII que impedía las reelecciones de abadesas en los conventos. A pesar de esto, los canónigos interpretaron que ese decreto sólo trataba de impedir las reelecciones en Italia y Sicilia, y decidieron que si tenía dos partes de los votos de las monjas que se votase así, y que el visitador pudiese reelegirla.

Una parte de las monjas había contradicho la reelección, apelando al Santo Concilio de Trento y al Papa Gregorio XIII, que mandaba que, para el buen gobierno de los conventos, no hubiese reelecciones de abadesas ni prioras. Se pretendía evitar la ambición, *que es cosa muy indigna de religiosas y se vienen a perpetuar en sus oficios*, y porque si se reelegían una vez se podrían reelegir muchas veces. El canónigo Luis

Melgarejo secundó la posición de las monjas disidentes porque, según él, era contra derecho que las elecciones se hicieran por dos partes de votos, siendo necesario que concurriesen todos los votos; y que si faltase uno o lo contradijese anulaba la reelección, porque si bastasen dos partes de votos entonces las monjas que firmaron la apelación habían perdido su voto. El Rey terminó terciando en el asunto y, por carta, pidió que se suspendiese la ejecución del motu propio de Gregorio XIII que trataba del gobierno de las abadesas en los conventos sujetos al Ordinario, por haber suplicado de él a su santidad. El Monarca pretendía impedir la intromisión de la Corte Romana en el gobierno de los conventos, y el Cabildo, como fiel aliado de la Monarquía mandó que se suspendiese el Breve. Así pues el gobierno de los conventos de monjas también estaba sometido a las luchas de poder, y aunque por mandato de la Santa Sede no se podían hacer reelecciones de abadesas, esto quedó en suspenso por apelación real, manteniendo intacto el poder del Ordinario y de su visitador en las elecciones.

En el Convento de San Leandro había sido abadesa seis años Elvira Maldonado y en la Real pretendían que hubiese reelección. El Cabildo mandó a su Visitador de Monjas que no hiciese nada en los conventos sin su orden, y mandaron traer las constituciones de San Leandro para ver si se prohibían las reelecciones y determinar lo que había que hacer. Luego trataron cómo se haría la reelección, si votándose por habas, si se haría como en el de San Clemente, con dos tercios, o bien con la mitad de los votos. Salió por mayoría que fuese como en San Clemente, con la mitad de los votos, y teniendo la mayor parte de votos con las dos partes la pudiesen reelegir; y que el visitador, Manuel Sarmiento, vigilase que el escrutinio fuese secreto y que las monjas fuesen libres para votar, encargándole la conciencia.

Para los conventos del Socorro y de la Real dijeron que la reelección de la abadesa tuviese la mayoría de votos, guardándose la misma forma que en San Leandro y que el visitador vigilase el proceso. En la elección de la abadesa de la Real se dieron instrucciones al doctor Laynes para que, teniendo la que lo fundó un tercio de los votos, la confirmase, y no teniéndolo en el primer escrutinio, no la admitiese; y después la que mayor parte de votos tuviese la eligiese y la confirmase. En el convento de la Real había cumplido su trienio la abadesa y se cometió al doctor Laynes, que hacía el oficio de visitador por don Manuel Sarmiento, que pusiera como presidenta, interinamente, a la superiora, y como decían que estaba enferma que la viese el médico y dijese si tenía salud para continuar.

Cuando surgían disputas en los monasterios era el Visitador de Monjas el indicado para mediar; en noviembre de 1600 el doctor Hurtado trataba de apaciguar a dos monjas del Monasterio de Cazalla que discutían por dos niñas que estaban para monjas en el convento, una hija de don Fernando de Monsalve y la otra de Juan Forero. En enero de 1601 medió para conseguir *la paz y quietud* del Monasterio de monjas de San Pedro de Osuna.

A veces encontramos la intercesión de alguna persona principal en las pretensiones de las órdenes para fundar conventos en los lugares bajo su jurisdicción. El 18 de noviembre de 1601 discutieron los canónigos sobre las pretensiones de erigir un convento de monjas en Bornos bajo los auspicios de la Marquesa de Tarifa; diputaron al Visitador, doctor Hurtado, al licenciado Pedro Rodríguez de León y a don Luis de Melgarejo para que se juntasen con los letrados nombrados por la Marquesa para tratar el asunto. También los conventos de monjas intentaban influir en la toma de decisiones

sobre el nombramiento de oficiales del gobierno arzobispal que les afectaban directamente. A finales de 1623 las monjas de Osuna hicieron una petición para que se nombrara por vicario al Chantre de la villa, que les era favorable, y el visitador don Manuel Sarmiento informó que tenía nombrado a don Gonzalo de Morales, que ya era vicario; el Cabildo mandó que se viese lo que pedían las monjas²³³⁹ 1623.

En enero de 1624 el visitador don Manuel Sarmiento fue advertido que no podía admitir monjas sin dote en los conventos sin licencia especial del Ordinario. Pues en el convento de San Clemente había recibido a dos monja para músicas, una sin dote y otra por la mitad de la dote que se solía dar. En Santa Paula se habían recibido dos a 1300 ducados cada una y el Cabildo mandó al Visitador que no diese licencia para entrar monjas por menos de la cantidad que se solía dar de dote, excepto si lo pidiese el convento; también se plantearon si había que modificar la cantidad de las dotes pues el Visitador aducía que el Arzobispo don Pedro de Castro había puesto la dote a 1600 ducados y así no entraban monjas en los conventos. El Cabildo mandó que se guardase la orden del Arzobispo y que la que tuviese alguna causa para que se dispensase con ella de esa cantidad lo pidiese. Así una monja de las Dueñas, por ser pobre y no poder dar más de mil ducados, pidió que se le dispensase y el Cabildo mandó que el Visitador se informase a qué cantidad se recibían las monjas en aquel convento.

También encontramos al Visitador de monjas interviniendo en algunos asuntos de frailes. En enero de 1624 informaba del riesgo que se tenía con el convento de San Agustín porque habían llegado frailes a la ciudad para poner al Provincial en su casa de San Agustín. Cometieron a don Manuel Sarmiento y al doctor Lucas de Soria para que viesen si los podían componer y que viese los papeles el Provisor, porque se temía algún escándalo para impedirlo.

Los conventos de monjas, como lugares sagrados, eran también espacios deseados por los fieles para su descanso eterno. En 1624 el visitador Sarmiento lidió con la pretensión de Juan Gutiérrez de Tello que quería traspasar los huesos de don Diego de Portugal, su suegro, al convento de Santa Paula, por ser descendiente de la fundadora, y para ello presentaba papeles que lo probaban. También pedía que sus hijos fuesen enterrados en el Convento. De esto se derivó un pleito que, por parte del Cabildo, estudió el Doctoral para ver si estas pretensiones eran conforme a Derecho.

²³³⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares en Sede Vacante. Libro 299 (4). D. Pedro de Castro y Quiñones (1623-1624).

5.4.- La redundancia del control: La Visita de Residencia

La visita de residencia era una inspección periódica que se realizaba a todo el aparato del gobierno arzobispal cada tres años, o a la llegada de cada nuevo prelado, para verificar su funcionamiento y dar oportunidad de denunciar por irregularidades a cualquier oficial o ministro. El Juez de Residencia solía ser un canónigo de la Catedral, aunque a veces podemos encontrar ministros de otros obispados realizando esta labor. Se puede considerar la visita de residencia una medicina de choque, un mecanismo de inspección extraordinaria de la maquinaria de gobierno, en previsión de que los demás remedios habituales hubiesen fracasado. Se suponía que si fallaban los mecanismos de inspección ordinaria, representados por el vicario y cura más antiguo, como elementos fijos en su ámbito territorial, y por el visitador, como elemento de vigilancia móvil, la residencia era la última *ratio* del poder central para controlar las desviaciones en el funcionamiento del sistema.

Era, por tanto, el mecanismo de cierre de un sistema de control redundante, en el que los distintos órganos se vigilaban mutuamente para alcanzar la máxima funcionalidad en el disciplinamiento de la feligresía. Además, se pretendía que el Juez de la visita, como inquisidor extraordinario, no tuviese apegos corporativos, locales, familiares ni personales con los miembros de las distintas instancias del gobierno arzobispal, y de ahí se derivase su independencia para castigar los abusos y corregir las conductas desviadas.

Los monarcas castellanos solían emplear dos procedimientos para fiscalizar la administración, el juicio de residencia, cuando se trataba de averiguar la conducta de un funcionario y la visita si la averiguación se refería a un tribunal, una región o una provincia. En ambos casos un magistrado comisionado para ello recibía las acusaciones y quejas que se presentaban contra los funcionarios, oía los descargos de estos y tomaba las medidas pertinentes para castigar a los culpables y para el remedio de los errores y abusos.

Estos procedimientos fueron usados ya por los últimos monarcas medievales con carácter extraordinario, y se hicieron regulares y se generalizaron en tiempos de Felipe II. En este sentido podemos postular un cierto paralelismo, pues la misma necesidad de *saber* para *gobernar* que observamos en la maquinaria de gobierno seglar, y que se denota en la constante utilización en los documentos de expresiones como *porque hemos sabido, que se sepa, sepades, que se envíe información*, la tenemos también en el gobierno eclesiástico.

En el Sínodo provincial de 1512 el Arzobispo fray Diego de Deza exhortó a todos los asistentes a que dijese y propusiesen todo lo que les parecía que se debía proveer *para el servicio de Dios Nuestro Señor*. Tanto en el servicio divino como en el servicio de las iglesias y en la vida y costumbres de las personas eclesiásticas del arzobispado, y que propusiesen todas las quejas que tuviesen tanto de los provisos y oficiales de Sevilla como de los sufragáneos y de personas particulares; y los agravios que hubiesen recibido, para que se tomasen medidas para su remedio. Para esto nombró al licenciado Diego Rodríguez Luzero y al licenciado Hernando de Montemayor, Arcediano de Almarán y racionero de la Iglesia de Sevilla, para que oyese las causas y quejas y

después de concluidas hiciesen informes al Arzobispo para que junto con las personas que tenían voto en el Concilio las determinasen²³⁴⁰.

En la sede vacante, tras la muerte de fray Diego de Deza (1523), el Cabildo comitió a dos de sus canónigos para que, ante un Notario, tomaran juramento a todos los oficiales y les hicieran jurar que habían hecho bien su oficio y los maravedíes que habían cobrado en concepto de derechos. Y que después averiguasen lo que cobraban los notarios, y si alguno hubiese llevado derechos de más que se les obligase a devolverlos²³⁴¹. Esta diligencia se venía repitiendo y respondía a la constante preocupación por el abuso en el cobro de los derechos por parte de los oficiales, problema que se agudizaba con los oficios que se arrendaban.

Tanto la inquisición en el Concilio como esta diligencia en sede vacante, aunque no puedan considerarse en puridad una visita de residencia, muy bien pueden representar un mecanismo precursor de lo que sería después una inspección más elaborada y organizada, y no una simple inquisición o toma de juramento a los oficiales de que hacían bien sus oficios y posterior averiguación de que no cobraban derechos abusivos. La primera noticia de visitas de residencia que tenemos se remonta al pontificado de Alonso Manrique. Se trataba de tomar la residencia a las justicias de la villa de Cantillana, perteneciente a la jurisdicción del Prelado en este momento. Se nombró Juez de Residencia al Chantre de la Catedral de Sevilla, y la petición de inspección provenía del Consejo de la villa que demandaba que se hiciese *todo lo concerniente a la residencia e sobre todo haga justicia*.

Por tanto, además de nombrar a los oficiales de los lugares arzobispales, también periódicamente se tomaba *residencia* de ellos, haciendo visita de inspección como se solía hacer con el resto de los oficiales de las audiencias. Así, el martes 6 de febrero de 1571 mandaron que se pagase al licenciado Juan de Porras, de las Penas de Cámara o gastos de justicia, su salario de cuando fue mandado en tiempos del Cardenal don Fernando Valdés a hacer visita de residencia a Cantillana.

En 1571 también nos ha quedado noticia de la visita de residencia a Cantillana que realizó el licenciado Juan de Porras, en la que inspeccionó a todos los oficiales del gobierno temporal de la villa, pues se trataba de un feudo del Arzobispo²³⁴². En los poderes otorgados por los arzobispos a sus gobernadores aparece entre las competencias:

poder para tomar residencia al provisor y a los otros jueces, vicarios, alcaldes, visitadores e todos los otros oficiales, alguaciles mayores y ejecutores, fiscales, procuradores, escribanos eclesiásticos e seglares que por nos y en nuestro nombre estan puestos, así como al Deán y Cabildo de la Santa Iglesia y de las iglesias colegiales así como a los arcedianos, curas beneficiados y capellanes.²³⁴³

²³⁴⁰ A.C.S. Sección IX, Legajo 42, documento 4. Constituciones Sinodales de Diego de Deza (1512). *Su señoría reverendísima hizo otra habla en romance dando las causas y razones por que avia convocado el dicho concilio*.

²³⁴¹ Véase el capítulo “El Provisor”, p. 1.

²³⁴² A.C.S. Sección I. Secretaría. 1.3 Autos Capitulares de sede vacante. 296 (1).

²³⁴³ A.P.N.S. Legajo 12.401, año 1570, fol. 1015-1019: El 23 de septiembre de 1569 el Arzobispo Gaspar de Zúñiga nombró en la villa de Peñaranda a Alonso de Revenga como Gobernador del Arzobispado de Sevilla y le encomendó que hiciese residencia a todos los oficiales bajo pena de excomunión y multa de 20.000 maravedíes para la Cámara del Prelado; Legajo 12.402, año 1570, fol. 715.

También nombró al licenciado García Cáceres de Rueda como Juez de Residencia y gobernador en lo espiritual y en lo temporal de todas las villas y lugares del arzobispado. Y le dio poder para nombrar escribanos, alguaciles y oficiales que pudiesen hacer la residencia y señalarles salario, y para que viese las residencias que se habían hecho hasta entonces en los lugares y tomase residencia a todos los gobernadores, alcaldes, alguaciles, merinos, alguaciles ejecutores, regidores, procuradores, escribanos públicos, notarios.²³⁴⁴

Sabemos, gracias al Memorial que el Secretario de Cámara Gaspar Aragonés hizo a la muerte de don Rodrigo de Castro (1600), que, en estos momentos de transición los visitadores solían hacer informes de los problemas que había que resolver, para que a la llegada del nuevo Prelado mandase tomar residencia a todos los oficiales y ministros. O bien esperar que se cumpliesen los tres años que correspondían desde la última residencia, en este caso la que hizo el licenciado Villagómez por comisión del Cardenal don Rodrigo de Castro. Aragonés fue protagonista de excepción de algunas de estas visitas de residencia, pues el Secretario de Cámara solía ser también Secretario de la Visita; pasó revista a toda la maquinaria del gobierno arzobispal y aconsejó que vistas las constituciones y los expedientes de los negocios, se hiciese memoria de todo, para que a la llegada del Arzobispo Niño de Guevara mandase tomar residencia de todos los oficiales y ministros que habían pasado desde la última residencia:

y los papeles y otras residencias que en su tiempo se tomaron passaron por mi mano y tengo los registros dellas y los tres años de la ultima no son cumplidos y si conviene luego rrespetto de la sede vacante su illustrisima mandara lo que fuere servido.²³⁴⁵

Se trataba de una inspección de todos los oficiales de las Audiencias para verificar que se cumplían las constituciones, que se respetaban los aranceles y que no se cometían irregularidades.

En un memorial de 1611 se insistía en la necesidad de residenciar a los oficiales y ministros de las audiencias y *que se muden todos los oficios y se residencien si fuera posible*.²³⁴⁶ Más tarde, en octubre de 1613, el doctor don Bernardo de Aldrete, canónigo de la Santa Iglesia de Córdoba, como Juez de Residencia del Arzobispado de Sevilla inspeccionó las audiencias del Ordinario de Sevilla y en ellas encontró algunas irregularidades.²³⁴⁷ El 17 de octubre inició un juicio de residencia contra Pedro Robles, Notario Receptor del Provisor, pues le había llegado la noticia de que fue con comisión a la villa de Cazalla a hacer una información plenaria en una causa criminal y había retenido los autos en su poder, dilatando las diligencias y favoreciendo al acusado. El pleito había sido interpuesto por Juan de Oviedo, cura de la villa, contra Antonio Pérez Calvo, vicario de Cazalla. El notario llegó a Sevilla el 9 de octubre, y el 17, día en que se abría la causa de residencia, todavía no había entregado los autos y proceso original en el Oficio del Provisor. Así que se le acusaba de retener en su poder los autos y

²³⁴⁴ A.P.N.S. Legajo 12.401, año 1570, fol. 1018-1019.

²³⁴⁵ A.G.A.S. Sección II. Legajo 633. Memorial del Secretario Aragonés sobre los oficios y gobierno del Arzobispado.

²³⁴⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Legajo 633. *Advertencias 1611*.

²³⁴⁷ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471. *Residencia de Bernardo de Aldrete*.

proceso original y no dar cuenta al Provisor de las diligencias que había practicado, favoreciendo con su dilación al encausado.

El Juez de Residencia mandó que se le tomase declaración y se le hiciesen las preguntas que conviniesen para la averiguación del caso, y que para esto se presentase ante el Juez dentro de una hora desde la notificación, bajo pena de excomuniación mayor. En su declaración dijo que salió de Sevilla el domingo 6 de octubre en la tarde, llevando el proceso original y las comisiones para realizar la plenaria con los descargos del reo, y llegó a Cazalla el lunes siguiente. Llevaba ocho días de término para realizar las probanzas, así que estuvo en la villa toda la semana y llegó de vuelta a Sevilla el sábado 12 de octubre. En este tiempo hizo la probanza del querellante, examinando a los testigos, y de parte del reo examinó a tres testigos que le presentó. Cada uno le pagó por la probanza y días de ocupación seis ducados y les dio carta de pago a cada uno.

A la pregunta de por qué no había entregado al notario el proceso original y las probanzas, y si el no hacerlo había sido a instancias del reo, respondió que al llegar avisó a los procuradores y le dijeron que el Juez había concedido otros ocho días de término. Y que el Procurador Luis Jofre le dijo que *había de gozar del término* y que no entregase las probanzas. A esto el Juez de Residencia le espetó que quién era Luis Jofre para decirle que dejase de entregar el proceso y probanzas, como era su obligación. No conocemos el final del proceso pero la sentencia no debió ser muy dura, normalmente una amonestación, apercibimiento y condena pecuniaria, pues tanto el procurador, Luis Jofre, como el notario, Pedro Robles, siguieron ejerciendo sus funciones en la Audiencia del Provisor.

El doctor Bernardo de Aldrete también abrió otro proceso de residencia en 1613 en Cazalla de la Sierra. Del testimonio de los testigos se desprendía que había un conflicto entre el vicario Antonio Pérez Calbo y los frailes de un convento de la localidad pues el Prior de San Agustín Fray Francisco Ruiz había insultado al vicario diciéndole a voces en la plaza que vivía mal y que era un *grandísimo bellaco*.²³⁴⁸ Según los testigos, el vicario tenía enemistades y parcialidades con todos y tuvo pendencias con los frailes agustinos y franciscanos deshonorando a los clérigos diciendo públicamente en la Sacristía que eran *unos rruynes que se lo abain de pagar*. Y en lugar de apaciguar a los clérigos los obligaba a tomar las armas contra los frailes por las pasiones que había entre ellos, y fueron testigos de todo esto don Juan Niño y Alonso Rodríguez, escribano público. El Prior lo amenazó en la plaza que iría a quejarse a Su ilustrísima y eran tantas las voces que los frailes salieron del convento para defenderlo mientras los clérigos defendían al vicario *adonde se entendio que ubierea una grand desgracia*. Aquella misma noche el vicario junto a tres o cuatro legos fueron con espadas a buscar a los frailes, que estaban en casa de un arriero despachando alguna cosa para Sevilla, con ánimo de prenderlos. El canónigo de Sevilla don Francisco Velasco tuvo que llamarlo para apaciguarlo y decirle que se ponían en mucho peligro y riesgo.

Parece que los sucesos se remontaban a dos años antes cuando un gitano entró en la iglesia huyendo y para que no lo sacasen *se abraco de las faldas de una imagen de ntra sra de bulto que allí esta vestida*, y llegó Francisco Gallego, que era alcalde de la

²³⁴⁸ A.G.A.S. Sección III. Justicia Criminal. Legajo 4471. *Probanzas echas en la vicaria de cazalla de la sierra contra algunos clérigos, 1613.*

justicia seglar, y tiró del gitano y derribó y *echó en el suelo a la Virgen*, y los frailes reprochaban al vicario que no hizo causa de esto, quedando sin castigo.

Según otros testigos en Cazalla siempre había habido clérigos forasteros de Extremadura, y nadie les pedía la licencia para estar allí, pues el vicario era hombre de *mal exemplo*, contaba cuentos deshonestos en la Sacristía y *se quedaba en su casa acostado*. Uno de los testigos contaba que una madre y su hija fueron a su casa una noche a cierto negocio y el vicario apagó la lumbre y *se lo quiso hacer*, y las mujeres salieron huyendo de su casa. Ana de Góngora contó que una noche fue a casa del vicario a rogarle un negocio tocante a una viña de su propiedad que el vicario tenía tomada y estando en la conversación comenzó a luchar con ella haciéndole fuerza para usar mal con ella, y batallando la llevó hasta la cama y la testigo se defendió como pudo, la echó de espaldas y se resistió lo que pudo. Después se fue a su casa muy afrentada y corrida pues es muy pobre, viuda y con muchos hijos, así que no tuvo más remedio que volver y le rogó a una amiga que fuese con ella, pues el vicario le había hecho promesas y le había dado su palabra de darle la viña, pero ahora le dijo que se la daría antes a uno que pasase por la calle, así que perdió la viña por ser pobre y no tener quien la defienda.

Otro testigo refería que estando en el Coro con otros clérigos entró una mujer casada, cuyo marido y otro hombre del lugar tenían la renta de la sisa, entonces el vicario dijo que aquella mujer *se aprovechaba mucho de la renta del Rey*, dando a entender que era amiga del socio de su marido.

Este mismo testigo decía saber *por la gran publicidad que obo en el lugar* que el vicario tuvo tres días a una mujer de Sevilla encerrada en su casa e incluso que lo contó en la Sacristía y se quejaba que la gente lo dijese, y alborotó diciéndole a Juan Martín, notario que le abrió una causa, *que botaba a Dios que abia de morir a sus manos por el agravio que le había hecho*. También era público que una esclava mulata *se desvergonzó* del vicario dándole voces y diciéndole que estaba amancebado con su ama.

Dentro de las diligencias de la Visita de Residencia, preguntado un vecino llamado Diego de Aguilar por el interrogatorio de vicarios foráneos dijo que desde más de ocho años que estaba en la villa no había hecho su oficio con la rectitud y fidelidad que se requiere *por que da mal exemplo asi a clerigos como a legos con su bida y palabras*, contando cuentos deshonestos y haciendo cosas indignas de su oficio, y todo el mundo sabía que tenía deshonorada a su prima segunda con la que tenía amistad carnal.

Un sacerdote declaró que excedía la comisión que tenía, es decir sus competencias, pues prendía clérigos y legos amancebados y los soltaba sin hacer causa ni remitirla al Provisor. A Tomé de Morales, lego, porque habían dicho *no se qué de él*, envió al Alguacil diciéndole que era *un picaro bellaco mal nacido delante de mi y de los demas sacerdotes y nos parecio muy mal y gran crueldad*. Contaban los vecinos que fue con el Alguacil de la vicaría Francisco Díaz a detener a Francisco Martín, clérigo de menores, *el cual es público que trata con una mujer casada estaba*. Ésta estaba en la puerta rezando el Rosario y el vicario entró y le dijo que buscaba a un delincuente, ella le dijo que era casada y honrada y que allí no había ningún delincuente y que no la afrentase porque su marido estaba en Sevilla y si lo supiese la mataría. El vicario halló al clérigo Francisco Martín y arremetió con él y *andubieron bregando de manera que*

cayeron en el suelo y se alborotó y escandalizó la vecindad y lo truxo a moxicones a la cárcel pública donde le echó una cadena y grillos, y así apresó a otros muchos sin remitir las causas y excediendo las comisiones que tenía.

Este mismo testigo decía que trataba muy mal de palabra y obra tanto a clérigos como a legos, y a Francisco Candil, presbítero, delante de él y de otros clérigos le dijo muchas palabras soberbias y afrentosas, lo cogió por los hombros, lo zarandeo con las manos *dándole rrempujones de manera que medio lo cae*, y el padre y el hermano de Francisco salieron de su casa con ánimo de matarlo y tuvieron que decir que era mentira para quitarlos y que no le hiciesen tal.

El presbítero Domingo Rodríguez le rogó que no alborotase a los sacerdotes y le contestó que por qué se atribuía esa gravedad, *por aceitero o por pregonero*, poniendo defectos de sus padres y abuelos. Y lo mismo hizo con el presbítero Juan Martín, diciéndole que era *salero y harriero*, burlándose de los linajes de las gentes más honradas del lugar y afrentándolos diciendo: *balgame dios cómo fulano es hombre de bien sino que el pobre es hijo de moro o judío o cornudo o borracho*. Y a las mujeres honradas: *pues esa mujer me a dado con lo suyo por estas varbas*.

El día del Corpus del año anterior había dicho a un testigo que su hermana era una puta, y cuando lo supo su marido fue a casa del vicario diciéndole que era un bellaco amancebado y que se lo había de pagar, y si el vicario no se hubiese encerrado en su aposento hubiese habido una desgracia. Incluso el sobrino del vicario afirmaba que su tío estaba amancebado con su ama.

La décima pregunta del interrogatorio de la Visita de Residencia era relativa a la guarda de las fiestas y las penas que se ponía a los que la quebrantaban. A esto contestaron que ponía derechos moderados y conforme al arancel y a muchos no les llevaba derechos. La decimotercera cuestión trataba de indagar en posibles actividades de negocios impropias del estado clerical, y los testigos dijeron que tenía a su cargo haciendas ajenas y era factor y vendedor de vinos, y esto era un escándalo en la ciudad.

Con respecto a su comportamiento en el Coro, a pesar de que los visitantes habían mandado que no se hablase, él no paraba desde que entraba a los oficios divinos hasta que salía, y se dedicaba a leer las cartas mientras se decían los oficios, con gran murmuración tanto de clérigos como de legos.

Como era habitual, el vicario se defendió tachando a los enemigos de la acusación. Expresamente aparecía así en el procedimiento, el nombre del testigo y las tachas que le ponía. En general argumentaba que los que lo acusaban eran sus enemigos con pasión, y que los que sabían que eran desapasionados no los examinaban y que detuvo a clérigos amancebados con toda cortesía posible y remitió la causa al Provisor y lo soltó con una fianza. Y en realidad se merecía un premio por haber procedido contra los que vivían escandalosamente en pecado público. Como Bartolomé, que aunque la justicia seglar lo sabía no lo castigaba, y el vicario lo obligó a casarse, Francisco Candil que andaba con mozos legos de noche y de día. En cuanto a los negocios se defendía diciendo que había acudido a dar dineros al mayordomo de la hacienda de don Luis Venegas por los ruegos del Inquisidor Alonso de Hoces y el Obispo de Sigüenza, hermano de don Luis Venegas, y a instancias de don Hernán Ramírez de Molina dio dineros a Cristóbal Centeno para que comprara algunas partidas de lino. Con respecto a

los frailes de San Agustín decía que lo que pasaba era que debían el Subsidio y notificó un auto ante escribano para que Juan Guillén no le pagase lo que le debía al convento, bajo pena de excomunión, hasta que estos no pagasen el Subsidio que debían.

A Diego Gallego de Aguilar y a su padre les reprendió porque tenían tabla de juego público en su casa desde hace más de 20 años y aunque un visitador le mandó que no lo hiciera no obedeció. A Miguel Valero le reprendió un amancebamiento muchas veces y lo sacó de casa de una mujer una noche y lo llevó a la iglesia a reprenderle, y le quitó la mayordomía de las limosnas de la Ánimas del Purgatorio porque no procedía con rectitud y con mandamiento del Provisor le tomó cuenta.

Domingo Rodríguez lo tachaba porque *se acuchilló públicamente* con Juan Martin Gallegos, Notario de la visita, porque ambos solicitaban a una mujer casada pretendiendo impedir el uno al otro la entrada en la casa para tener amistad con ella, y los prendió y remitió la causa.

En la sentencia el Juez de Residencia mandaba al vicario que reprendiese con moderación de palabra y con templanza para que no hubiese quejas, y que aunque no estuviese presente a las causas de sacrilegio no dejase de abrir causa, esto porque decía que en la causa del gitano no se hallaba presente y cuando se enteró ya lo habían soltado de la cárcel. Que no soltase a los detenidos sin hacer proceso y remitir las causas,, dando noticia a los jueces conforme a derecho, y en lo demás le absolvía, excepto en la novena que lo recibía para definitiva en causa criminal a petición de Juan de Oviedo. Finalmente le condenaba en las costas conforme a la tasación

En enero de 1624, tras la muerte del Arzobispo don Pedro de Castro y Quiñones, se realizó otra visita de residencia a los oficiales del Arzobispado por el doctor don Fernando de Quesada, canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, con comisión del Deán y Cabildo de canónigos in sacris sede vacante.²³⁴⁹ Quesada aceptó la comisión, y el Cabildo, como administrador de la jurisdicción Ordinaria del Prelado, cometió al Juez la visita y residencia de los tribunales y audiencias eclesiásticas del Arzobispado, es decir de los provisores, jueces de la Iglesia, vicarios generales, jueces de comisiones y de testamentos, colectores generales, visitadores de monjas y visitadores de Sevilla y su Arzobispado, Mayordomo Mayor y Letrado de Fábricas, vicarios, fiscales, secretarios, notarios mayores y menores, alguaciles mayores, alcaides de la cárcel arzobispal y torres, receptores, notarios de ejecuciones, procuradores, notarios de vicarías y de visita, alguaciles de los diez y eclesiásticos de los lugares, cursores y demás personas que hubiesen tenido y ejercido algún oficio de la jurisdicción ordinaria en Sevilla y su Arzobispado en el tiempo del Arzobispo don Pedro de Castro y Quiñones.

En un documento impreso, el Edicto, se anunciaba la visita, que se dirigía a todas las personas eclesiásticas y seglares de cualquier estado y condición que fuesen, estantes y habitantes de Sevilla y su Arzobispado y vicaría de Lepe. Este se enviaba a todas las iglesias para que se publicase por el cura en la misa mayor y se colgase en la puerta de la iglesia a la vista de todos. En el Edicto se hacía un llamamiento a todos los que se sintiesen agraviados o damnificados o pretendieren pedir justicia contra las personas que habían usado los oficios citados, para que, en un plazo de 30 días desde la publicación del Edicto, se presentasen ante el Juez de Residencia y su Notario o enviasen a sus

²³⁴⁹ A.C.S. Sección III. Justicia. Libro 42.

procuradores para demandar o acusar a los jueces, ministros u oficiales, en razón de los agravios o excesos que hubiesen cometido en el uso de sus oficios.

El catálogo de irregularidades y ofensas recibidas por los denunciantes era muy amplio e incluía abusos como no haber administrado justicia y dado los despachos y expediciones con brevedad, fidelidad y forma, como estaban obligados. Si los demandantes habían pagado derechos en más de lo que disponían los aranceles o si habían tenido que dar dádivas o presentes para obtener justicia o las cosas de gracia y gobierno. Si habían recibido ofensa, injuria o malos tratos de hecho o de palabra; si los oficiales habían ocultado papeles y escrituras omitiendo el derecho y justicia de las partes y habían sido causa de que no la hubieran conseguido. Por último, si habían usado en perjuicio de las partes tratos ilícitos, agravios o extorsión u otros malos tratos.

Cualquiera que se sintiese perjudicado podía pedir y demandar ante el Juez de Residencia el daño e intereses que le hubieren causado. Ahora bien, si pasados los 30 días no acudiesen, se les consideraba excluidos y no partes, y se les ordenaba que nunca más refiriesen el asunto (*os pondré perpetuo silencio*). En caso de denuncia se hacían las pesquisas, información y escrutinio secreto, guardando la forma del derecho. Seguidamente se daban cargos de las culpas y se admitían los descargos, y a petición de los querellantes, y contra todos de oficio, se daban sentencias interlocutorias y definitivas. Para todo lo cual el Juez señalaba por estrados las casas de su morada, donde serían notificadas las sentencias y autos como si en las personas de las partes se notificasen.

Finalmente, mandaba el Secretario de la visita, que se enviase el Edicto a todos los curas de las iglesias de todos los lugares y villas del Arzobispado, y que los vicarios, curas y beneficiados fijasen el Edicto en las puertas de las iglesias; que el cura leyese el Edicto y diese fe de ello y después los vicarios enviasen los testimonios de su fijación ante el Juez, en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión mayor, mandando bajo la misma pena que nadie borrarse ni quitase el Edicto de donde se fijase. El Juez de la Visita mandaba a los vicarios de los lugares que a la vista de su mandamiento y Edicto impreso lo hiciese leer y publicar en domingo o fiesta de guardar al tiempo del Ofertorio de la misa mayor, firmando al pié del Edicto y dando fe del cumplimiento del mandamiento. A continuación debía empezar a hacer la información secreta llamando a todas las personas que tuviesen noticia de casos de *residencia* y haría parecer a los testigos y les interrogaría al respecto ante notario clérigo. Las informaciones secretas se remitirían con toda brevedad, en sobre cerrado y sellado junto con el parecer del vicario sobre el caso, y con persona segura para poner el caso en la residencia y proveer justicia. El Edicto daba además poder al vicario o cura para ligar y absolver en las cosas necesarias para la ejecución de esta comisión, pudiendo decretar censuras y penas.

Este Edicto se envió a todas las iglesias y vicarias del Arzobispado firmado por el Secretario del Juez de Residencia, Pedro Dávila, ante el que se realizaban las diligencias y se dictaban los autos. A continuación en cada iglesia se fijó en la puerta y se leyó en el Ofertorio de la misa mayor. El cura o sacristán de la iglesia dio fe de ello al dorso del documento impreso y firmándolo lo devolvió al Juez de Residencia. Nos consta documentalmente cómo Juan Gómez del Castillo, Sacristán de la Iglesia Mayor de la villa de El Pedroso, leyó el Edicto en el Ofertorio de la misa mayor del 11 de febrero de

1624, y a continuación lo fijó en la puerta de la Iglesia, enviándolo firmado al Juez de Residencia al día siguiente.

Después, los vicarios de los lugares, en virtud de la comisión, hacían parecer ante sí a una serie de testigos significados y les preguntaban acerca de los oficiales de las audiencias, tomándoles declaración y preguntándoles si habían usado bien sus oficios, si los visitadores habían hecho bien sus visitas, con diligencia, y si los curas habían hecho bien sus oficios.

El 10 de marzo, en la residencia de El Pedroso, los testigos interrogados por el vicario declararon que los oficiales, cura, y visitador, Pedro Millán Gallegos, y otros, habían hecho bien su oficio y habían usado bien sus jurisdicciones y no habían oído ni entendido nada en contrario. Uno de los testigos fue el escribano público de la villa, Alonso Muñoz Herrera, de 30 años, como persona principal y de crédito. También declaró Juan Muñoz, mayordomo de la Iglesia Mayor, que dijo asimismo que conocía a los visitadores, Pedro de Millán Gallegos y al doctor don Alonso Cavallero de los Olivos, y a los vicarios y a otras personas, y que todos habían usado sus oficios con mucha puntualidad y *no a avido cosa en contrario*. Finalmente el vicario, licenciado Pedro de la Parra, a la vista de la información dijo que no tenía de qué informar en la visita y remitía las diligencias practicadas al Juez de Residencia.

Sin embargo, en la residencia de Alanís, el vicario avisó al Juez de Residencia que el notario de la vicaría no quería escribir las causas con él, remitiendo el Juez la causa al Provisor para que enviase un mandamiento al notario para que lo hiciese. Suponemos que sería la típica disputa entre vicario y su notario por la percepción de los derechos en las diligencias que practicaban.²³⁵⁰

Las resistencias a la jurisdicción del Juez de Residencia eran frecuentes, sobre todo si amenazaban con poner al descubierto abusos o fraudes por parte de los oficiales o ministros eclesiásticos. Una de las claves para realizar una residencia efectiva era el acceso a los archivos, pues en él estaban todos los pleitos sentenciados y se podía comprobar la veracidad de las acusaciones contra los oficiales. El Juez de Residencia, don Fernando de Quesada, dio un mandamiento para que en 24 horas le entregasen las llaves de los archivos, bajo pena de excomunión mayor, y los notarios mayores del Provisor, resistiéndose a obedecer, acudieron al Cabildo que mandó que se le diesen todos los papeles y pleitos que pidiese, dejando recibo y registro de los que se le entregasen. También hubo problemas con el Notario de Residencia que nombró Quesada, pues se trataba de un notario seglar, de los de la plaza de San Francisco, y el Cabildo mandaba que fuese un notario eclesiástico de los tribunales arzobispaes. Suponemos que el Juez de Residencia pretendía que su notario fuese una persona independiente y ajena a la maquinaria que pretendía residenciar.

Los términos temporales, tan necesarios en el procedimiento judicial, podían convertirse, a causa de las dilaciones interesadas, en un método de burlar la justicia. Así ocurrió en esta residencia, el Edicto establecía 30 días de plazo para su realización, y algunos pleitos llegaron pasado ese término, con lo cual quedaban fuera de la jurisdicción de la residencia. Es evidente que los oficiales que debían enviar los autos y procesos al Juez dilataron el tiempo para que, pasados los 30 días, el pleito terminara

²³⁵⁰ *Ibidem*. Jueves 8 de febrero de 1624.

sustanciándose en los tribunales ordinarios, donde podían hacer valer sus influencias. Para que no se escamotease la justicia, el Juez de Residencia pidió al Cabildo que declarase que su jurisdicción era para tomar residencia por todo el tiempo que fuese necesario y así lo declaró el Cabildo.

Después informó Quesada que en la ciudad de Jerez habían desobedecido sus mandamientos, prendiendo al licenciado Silva que fue a cobrar las costas hechas en la residencia del vicario. El Cabildo mandó que se le escribiese al vicario para que diese ayuda y favor a los ministros que enviase el Juez de Residencia, y para que ejecutase sus mandamientos. El Juez de la Iglesia, don Tomás de Ayala, y el Juez de Residencia abrieron causa a los canónigos de Jerez por el exceso que habían cometido apedreando y prendiendo al licenciado Silva cuando fue a ponerlos en la tablilla de los excomulgados por desobedecer los mandamientos del Juez de Residencia. Y mandaron que se buscasen personas que fuesen por ellos y los trajesen presos a Sevilla, llevando carta para el Corregidor por si fuese necesario invocar el brazo seglar. Don Pedro de Bastán, en nombre de los canónigos de Jerez, pidió que el Juez de la Iglesia los oyese por su procurador.

6.- LOS PODERES SUPERIORES: LA CORONA Y EL PAPADO

6.1.- La jurisdicción real y la jurisdicción eclesiástica: del conflicto al entendimiento

Es evidente el celo de la Corona por mantener un clero creíble y disciplinado que hiciese su parte en la división tácita de papeles en el disciplinamiento social. Pero junto a la colaboración también salta a la vista que la competencia y los conflictos de jurisdicciones fueron frecuentes. Desde finales del siglo XIV tenemos algunas evidencias al respecto, como la disputa que ocurrió entre el estado eclesiástico y los arrendadores de las penas de amancebamiento de clérigos. En 1396 el Cabildo eclesiástico se quejaba de que Alvar Díaz de Mendoza y Martín Ruiz de Arteaga, caballeros de la ciudad a quienes el Rey había concedido las penas impuestas por su padre don Juan en 1388 en las Cortes de Briviesca por los amancebamientos de clérigos con barraganas o mancebas, daban escándalo con su cobranza, infamando a los eclesiásticos.²³⁵¹

Pues, según ellos, muchos eclesiásticos tenían mujeres en sus casas *sin vicioso riesgo*, y a todas querían culpar los dueños de la pena. Por esto mandó el Rey que cesara este derecho por carta plomada de 18 de febrero. Así que tenemos el caso, realmente curioso, de la concesión real a dos seglares de los derechos derivados de las penas pecuniarias por un delito cometido por clérigos. Aunque el Rey se aseguraba de esta manera su persecución, era una intromisión del poder seglar en la jurisdicción eclesiástica contraria a Derecho, que establecía la separación de jurisdicciones. Esto nos indica cierta sujeción de la jurisdicción eclesiástica a la real en este momento concreto, aunque la tensión entre jurisdicciones estaba sujeta a un equilibrio dinámico, en el que, dependiendo de la firmeza y autoridad de una u otra instancia se darían distintas situaciones a lo largo del tiempo. Además, como solía ocurrir en estos casos, el arrendador de la pena perseguía el delito con el celo interesado del que pretendía ganar a costa de inculpar, y de ahí la queja de los eclesiásticos. Este caso también nos proporciona información acerca del interés de la Corona por mantener un clero creíble, cosa fundamental para el sostén del discurso de la obediencia colectiva representado por la religión, y de la más que probable benevolencia o impunidad con que se trataban estos delitos por parte de los jueces eclesiásticos, que hacía necesaria la intervención de la justicia seglar.

La otra cara del conflicto de jurisdicciones era la sujeción a los poderes seglares, así podemos observarlo en un mandamiento de 6 de septiembre de 1409 que los jurados de los barrios y collaciones de la ciudad hicieron para el repartimiento entre los vecinos de los peones que debían hacer la obra para ahondar el arroyo Tagarete desde la Torre del Oro hasta la Puerta del Osario. De manera que el agua corriese hasta el río y no formase charcos en los muros de la ciudad causando daño en ellos y en los Alcázares y Atarazanas. El repartimiento se hizo en la Casa del Cabildo el 3 de septiembre, se

²³⁵¹ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: Anales eclesiásticos y seculares de la Muy noble y muy leal ciudad de Sevilla que contienen sus más principales memorias desde el año de 1246 hasta el de 1671, Sevilla, 1677, libro noveno, p. 257.

exceptuó a los Maestres de las Órdenes, Condes y Ricos hombre, pero no se excluyeron a los clérigos, moros ni judíos.²³⁵²

Desde la Edad Media tenemos noticias de cómo bajo el paraguas protector del fuero muchos clérigos intentaban escapar a la acción de la justicia seglar. El 14 de junio de 1417 el Corregidor, caballeros veinticuatro y *omes buenos* del Concejo de Sevilla ordenaron a su Mayordomo, Diego Gonzales de Villafranca, que diese 30 florines de oro por llevar al Papa Benedicto XIII la suplicación hecha por la ciudad en relación con los agravios que recibía del Arzobispo don Alfonso de Egea y de sus oficiales cuando impedían actuar a la justicia del crimen seglar contra los malhechores que cometían excesos y delitos alegando que eran de corona. Y para que pidiese al Papa que el Juez Conservador que designase para que conociera estos agravios no fuese sufragáneo del Arzobispo de Sevilla.²³⁵³

El 6 de marzo de 1419, Pedro Alvarez de Solís, Trotero Mayor del Cabildo y Regimiento, pagó 400 maravedíes para que uno de sus troteros llevase cartas a la Corte sobre la excomunión que los oficiales de la Iglesia habían puesto sobre los alcaldes que el Corregidor dejó en la ciudad, porque no querían entregar a unos individuos que habían tomado presos.²³⁵⁴ Y el 30 de agosto de este mismo año el Cabildo y Regimiento de la ciudad de Sevilla seguía un pleito con la jurisdicción eclesiástica por las excomuniones que sus jueces pusieron a los oficiales de la ciudad que participaban en la construcción de las Torres y Muros de la ciudad y en los pertrechos del Puente del Viar.²³⁵⁵

El 26 de julio de 1423 encontramos un Promotor de la Justicia Seglar, Juan García de la Magdalena, para los pleitos de los que se decían clérigos.²³⁵⁶ En 1426 tenemos noticias de cómo el Escribano Mayor del Concejo, Juan de Pineda, y su lugarteniente, Alfonso Lopes, cobraron del Mayordomo 200 maravedíes del pago de escrituras en el pleito que la ciudad mantenía contra los clérigos de corona ante el bachiller García Sánchez del Castillo y Juan Martínez de Vitoria, comisarios en este asunto.²³⁵⁷ Los enfrentamientos entre los jueces eclesiásticos y el Cabildo seglar de la ciudad fueron tan enconados que en marzo de 1426 el Rey tuvo que enviar a Sevilla por tres meses al bachiller García Sánchez del Castillo para que hiciese averiguaciones sobre los debates que había entre los oficiales de la Iglesia de Sevilla y los jueces y oficiales seglares. Como pasó este tiempo sin que terminase sus indagaciones le pidió que se quedase otro mes pagándole a razón de 100 maravedíes diarios.²³⁵⁸ Y el 11 de marzo de 1426 el Cabildo mandó pagar a Diego Álvarez Maldonado por el trabajo que hizo en presentar testigos ante Juan Martínez de Vitoria y el bachiller García Sánchez del Castillo, jueces que veían el debate entre la jurisdicción eclesiástica y la seglar.²³⁵⁹

Por un documento fechado el 29 de agosto de 1429 sabemos que Fray Diego Martínez, Prior del Monasterio de la Orden de San Jerónimo, fue como procurador ante

²³⁵² A.M.S. Sección XV: Inventario de los papeles del Mayordomazgo del siglo XV por Francisco Collantes de Terán, año 1409, doc. nº 48.

²³⁵³ *Ibidem*, año 1416, doc. 156.

²³⁵⁴ *Ibidem*, Tomo II, año 1418, doc. nº 89, II.

²³⁵⁵ *Ibidem*, Tomo II, año 1419, doc. nº 9.

²³⁵⁶ *Ibidem*, Tomo II, año 1423, doc. 56.- IV.- por albala de 26 de julio.

²³⁵⁷ *Ibidem*, Tomo II, año 1423, doc. nº 43, 26 de julio de 1423.

²³⁵⁸ *Ibidem*, Tomo II, año 1425, doc. nº 45.

²³⁵⁹ *Ibidem*, Tomo II, año 1425, doc. nº 83.- XVIII.- 11 de marzo de 1426

el Rey y el Santo Padre acerca de la guarda de la jurisdicción del Rey y de la ciudad de Sevilla.²³⁶⁰ También tenemos noticias de otra gestión realizada por el Obispo de Cádiz en junio de 1430 en el negocio por el entredicho que los jueces eclesiásticos habían puesto a la ciudad de Sevilla.²³⁶¹ Más tarde, en el Concilio Nacional celebrado en Sevilla en 1478, presidido por don Pedro González de Mendoza y con la presencia en la ciudad de los Reyes Católicos, se dictaron cánones contra la disolución de los clérigos *que se dizen de corona*.²³⁶² Aunque no tenemos los textos de este Concilio, algunas de sus disposiciones se repitieron en las Cortes de Toledo de 1480:

manifiestos son los daños e inconvenientes que se siguen de la disolución de los clérigos, que se dizen de corona, e andan en habito de legos; sobre lo qual queriendo remediar la Congregación General que la clerecia de estos Reynos fizo en la ciudad de Sevilla el año que pasó de 1478 e vieron fecho e ordenado una constitucion el tenor de la cual es esta que se sigue: quanto al quinto capitulo que se contiene de los coronados e del privilegio de ellos; cada Perlado en su Arzobispado e Obispado por sus Provisores e Oficiales pongan luego sus cartas de Edito en que manden a todos los clerigos de primera corona conjugados o por conjuagar que dentro de 30 dias presenten los titulos que tienen de sus coronas con apercibimiento que si dentro del dicho termino no lo entregaren que no puedan gozar del privilegio clerical y que los clerigos de primera corona conjugados, o por casar, que puedan gozar e gozen de la dicha corona si dentro de los dichos treinta dias lo mostraren. E dende adelante tragieren corona abierta, tamaño como una blanca vieja e el abito ropa e vestimenta que trugieren encima sean obligados de la traer los dichos clerigos conjugados 4 dedos de la rodilla abajo. E que no sean de las personas prohibidas por derecho e que no se mezclen en los oficios prohibidos en derecho ni sean publicos rufianes ni tengan mujeres publicas a ganar e que si pasados los 30 dias no se abstuvieren de la dicha inormidad e inhonesto vivir que no puedan gozar ni gozen de la dicha inmunidad no trayendo abito ni tonsura decente e de aquí adelante los padres e parientes que hicieren ordenar a sus hijos o parientes de primera corona e menores de 13 años juren que los hacen ordenar para que sean clerigos e los mayores de 14 años los perlados no los ordenen sino lo hacen con intencion de ser proveidos in sacris.²³⁶³

A pesar de lo que se había proveído en el Concilio Nacional de Sevilla y en las Cortes de Toledo en 1480 los Reyes Católicos se quejaban de que las leyes no habían producido el efecto esperado, por lo que manifestaron su intención de pedir a Su Santidad que corrigiese a los clérigos de corona. Esto se concretó en dos Bula del Papa Alexandro VI expedidas en 1493 y 1502 sobre el hábito y tonsura de los clérigos de corona. Aunque los prelados publicaron estas bulas en su diócesis, según aparece en el

²³⁶⁰ A.M.S. Seccion XV: Inventario de los papeles del Mayordomazgo del siglo XV por Francisco Collantes de Teran. Tomo II, año 1429, doc. nº 44.

²³⁶¹ *Ibíd.*, Tomo II, año 1430-31, doc. nº 20, 16 de junio de 1430

²³⁶² Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, Libros en Cuarto, M Tomo 14. Memorias Académicas, doc. 5: Celebracion de un Concilio Nacional en Sevilla en 1478. Disertación de D. Diego Alejandro Galvez presbitero, en que se prueba haverse celebrado en Sevilla un Concilio Nacional en el año de 1478. Por don Diego Alejandro de Galvez Presbitero Academico Numerario. Leida en la Real Acadamia en Sabado 20 de marzo de 1786. Juan Joseph Ortiz de Amaya fue el descubridor del Concilio. En 1478 fue el nacimiento y bautismo del infante don Juan, lo relata el cura de los Palacios Andres Bernaldez y no dice nada del Concilio, los RRCC estaban en Sevilla y el Cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza presidió el Concilio. Odorico Reynaldo.

²³⁶³ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805. Cortes de Toledo, Libro I, Ley 16, Título 3º: Constitución de la Congregación que se hizo en Sevilla contra la disolución de los clérigos de corona.

libro de bulas impresas de los Reyes Católicos de 1503, Julio II tuvo que reiterar el mandamiento estableciendo que todos los clérigos de corona llevasen corona abierta y cabello a dos dedos debajo de la oreja y que fuese algo más largo hacia atrás, *que la ropas no fuesen coloradas ni verdes ni amarillas ni de otro color desonesto, que fuese un tavarado capriz cerrado o loba entera no abierta y que llegase a un palmo del empeine del pie.*²³⁶⁴

Otro asunto en el se manifiesta la preocupación de los Reyes por el buen funcionamiento de la maquinaria de gobierno arzobispal lo tenemos en la cuestión del cobro de derechos. El sábado 6 de mayo de 1503 los canónigos de Sevilla trataron en sede vacante sobre una carta que recibieron de la Reina en la que pedía que los derechos que llevaban el Notario del Consistorio y el Carcelero de la Cárcel Arzobispal no fuesen más de los que llevaban los escribanos de los juzgados seglares y el carcelero de la cárcel seglar.²³⁶⁵ Se trataba de asegurar que los derechos que llevaban los jueces, escribanos y ministros de la Iglesia fuesen equiparables a los que llevaban los oficiales reales. Además de interesarse por el cumplimiento en el cobro de los aranceles y el correcto funcionamiento de la cárcel arzobispal, la Reina advertía que el carcelero no soltase los presos sin permiso de sus superiores, pues los solía dejar salir a cambio de dinero. Era evidente la arbitrariedad en el cobro de los aranceles y en el comportamiento de algunos de los oficiales del Arzobispado y la Corona estaba interesada en mantener algún grado de control sobre su funcionamiento.

Otro colectivo que también pretendía privilegios y excepciones como estamento eclesiástico eran los estudiantes. El 14 de septiembre de 1509, durante el pontificado de fray Diego de Deza, *estando el licenciado Flores, canónigo de la Iglesia de Sevilla y Provisor y Vicario General, sentado en su audiencia oyendo y librando los pleitos*, se presentó Juan de Villafranca en nombre del Procurador de la ciudad de Sevilla y entregó un escrito en el que decía *que algunos que se dicen estudiantes traen sobrecartas del Maestrescuela de la ciudad de Salamanca que eran refrendadas por el Provisor de Sevilla y esto era contra la Bula de Su Santidad y de Su Alteza.*²³⁶⁶

A veces, la Iglesia utilizaba el entredicho a la ciudad y las excomuniones contra los jueces seglares como arma para hacerse obedecer. En 1514 tenemos un caso en el que un Alcalde de la Hermandad había detenido y encarcelado a un tal Pedro Palacios por haber matado a un hombre. Y aunque se decía de corona, el Juez ordinario no quiso entregarlo a la justicia eclesiástica y lo acusó además de usar un título de clérigo falso. El juez eclesiástico puso entredicho a la ciudad y mandó que repicasen las campanas de la Iglesia Mayor por su honra.²³⁶⁷

En 1540 tenemos noticias de un pleito contra Diego Daza, su hijo bastardo Bernabé y un siervo suyo, y Pedro Vaquero, por herir al Comendador Dionisio Enríquez en la mano derecha. El Procurador del Comendador pidió que los prendiesen y le secuestrasen sus bienes muebles y raíces, semovientes y maravedíes y después se hiciese información y averiguación del delito. El Juez de la Iglesia lo había declarado de

²³⁶⁴ *Ibidem*.

²³⁶⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza. 13 de enero de 1503.

²³⁶⁶ *Ibidem*, doc. n° 1014.- carta del procurador mayor de la ciudad al provisor sobre las citaciones que el maestrescuela de salamanca envia contra vecinos de la ciudad, 14 de septiembre de 1509.

²³⁶⁷ *Ibidem*, doc. n° 1124.- Regidores y oficiales de sevilla excomulgados, año 1514, 16 de agosto.

corona y como la justicia seglar lo había prendido le puso excomunión y entredicho a la ciudad. Finalmente el pleito terminó en la Chancillería de Granada, y el Asistente, el 10 de marzo, apeló la carta y sobrecarta que emitió ésta diciendo que era un delincuente principal que había cortado la mano derecha al Comendador.²³⁶⁸ En 1547 aparece otro pleito eclesiástico similar contra un clérigo de corona, llamado Benito Daza, vecino de Osuna, que se seguía en la Chancillería de Granada contra la justicia seglar de la villa.²³⁶⁹

Al año siguiente, en Valladolid a 21 de julio, el Consejo Real estableció que, mientras se resolvían las apelaciones, los jueces eclesiásticos absolvieran a los excomulgados y alzasen los entredichos y censuras, y que si el Juez eclesiástico no enviase el proceso ni otorgase la apelación, que la Audiencia seglar diese *sobrecartas*, admitiendo de esta forma que *hacía fuerza*, poniendo pena al notario o escribano ante quien pasasen los autos y concediendo *de facto* la apelación. En los casos en que los jueces eclesiásticos no podían conocer, se mandaba que remitiesen la causa a los jueces seglares. También se estableció que cuando se trajesen bulas, impetras, provisiones o letras de beneficios patrimoniales o pensiones sobre los obispados contra las pragmáticas de los reinos y las constituciones sinodales, que las justicias no consintieran que las usasen y las enviasen directamente a la Real Audiencia de Sevilla. Y si algunos notarios legos intentasen notificarlas o usarlas los prendiesen, pusiesen en la cárcel de la Audiencia y le embargasen sus bienes. Asimismo cuando algún extranjero viniese con alguna impetra para algún beneficio, dignidad o pensión, que se diese provisión a las justicias para que no se consintiese que las usasen, y se suplicase ante Su Santidad. Y si no obedeciese las cartas que no usase las bulas, que se secuestrasen sus bienes y temporalidades y se presentasen ante la Audiencia. En caso de que interviniese el Fiscal de la Cámara Apostólica y la Curia Romana, se mandaba que el Fiscal de la Audiencia informase al Consejo Real por si fuese necesario escribir a Su Santidad, a algunos cardenales o al Embajador en Roma.²³⁷⁰

Finalmente, para evitar los abusos de los clérigos que pretendían escapar a la acción de la justicia seglar, el Concilio de Trento estableció que solo gozasen del privilegio del fuero los que tuviesen beneficio eclesiástico o, con licencia del prelado, estuviesen prestando algún servicio, estudio o ministerio de la iglesia. Sin embargo muchos intentaban acogerse al fuero eclesiástico para escapar de la justicia real y apelaban de los autos de los jueces seglares. Para evitar esto, el Consejo Real mandó que se hiciesen averiguaciones e informaciones de las calidades de los supuestos clérigos, y que en principio los jueces eclesiásticos no procediesen y remitiesen las causas a las justicias seglares, pues a menudo los ministerios o los estudios se inventaban para escapar de la justicia y era un fraude evidente.²³⁷¹ También se estableció que los títulos y licencias de los coronados se presentasen a las justicias seglares de la cabeza del partido o jurisdicción y se asentaran en un *libro de los coronados*, con su nombre y fe de notario en las espaldas o al pie del documento. Y cuando estuviese en la cárcel, presentándose ante la justicia eclesiástica o pretendiese

²³⁶⁸ *Ibidem*, doc. nº XXVIII, 10 de marzo de 1540.

²³⁶⁹ A.P.N.S. Legajo 12.328, año 1547, fol. 4302.

²³⁷⁰ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, O, Tomo 44, Ordenanzas de la Real Audiencia, impresas en Sevilla en 23 de junio de 1603, Libro I, Tit. XIII. De la orden de proceder y determinar de negocios; La forma como se ha de proveer en las causas eclesiásticas que vienen por vía de fuerza a la Audiencia, Valladolid 20 de agosto de 1548.

²³⁷¹ *Novísima Recopilación de las Leyes de los Reinos de España dividida en XII libros*. Madrid, 1805, Lib. I Título XIII, De la Orden, Aranjuez 4 de enero de 1565.

que se le entregase a ella, debía mostrar a la justicia seglar sus cartas y censuras y todo lo que tocase a su hábito y tonsura, así como la información, testimonio y licencias. En estas debían declarar el cura y dos parroquianos, o dos religiosos si fuese de un monasterio, o el maestro, catedrático y estudiantes que hubiesen estudiado con él.²³⁷²

Otro de los campos de colisión entre la jurisdicción eclesiástica y la seglar fue el relativo al cobro de las rentas eclesiásticas, pues afectaba directamente a los seglares. Los Reyes respondieron con firmeza en defensa de su jurisdicción y frente a las intromisiones de la Iglesia, pero el conflicto venía de muy atrás. Los arrendadores de diezmos y rentas eclesiásticas eran seglares y previamente a su nombramiento debían jurar y contratar renunciando a su fuero, sometándose a la jurisdicción eclesiástica, para que, en caso de que se suscitase algún pleito por su administración, pudiesen ser prendidos y secuestrados sus bienes por la justicia eclesiástica. De esta forma la Iglesia se aseguraba la capacidad para detener y embargar a los arrendadores en caso de fraude o impago. Pero esto era contra las leyes reales que prohibían a los jueces eclesiásticos prender a legos por deudas. Los obispos argumentaban que si la Iglesia no podía actuar contra los arrendadores de sus rentas en caso de impago estas decrecerían y esto iría en detrimento de las tercias reales que se cobraban sobre los diezmos.

Este argumento parecía ser muy convincente, y tenía un precedente, pues el rey don Juan II mandó el 15 de mayo de 1426 en Toro que cuando los legos se sometiesen a la jurisdicción eclesiástica pudiesen ser presos y embargados por el juez eclesiástico. Así pues, los prelados siguieron entrometiéndose en prender legos para ponerlos en su cárcel, aduciendo que estos eran arrendadores de diezmos y rentas eclesiásticas y previamente se habían sometido a la jurisdicción eclesiástica para poder ser prendidos sus cuerpos y sus bienes. Sin embargo la ciudad de Sevilla se sintió agraviada por esta disposición, y visto por doctores, canonistas y legistas *antiguos y modernos*, estos determinaron que las ejecuciones mandadas por un Juez eclesiástico las debía hacer el Juez ejecutor seglar, que los ministros eclesiásticos no podían llevar *vara de justicia* y que los jueces eclesiásticos no podían encarcelar ni tener preso a un lego salvo en los crímenes de herejía, sacrilegio y estupro. Por supuesto, con excepción de los súbditos de los territorios de los feudos eclesiásticos.²³⁷³

En el reinado de los Reyes Católicos observamos las continuas quejas del Cabildo seglar de Sevilla a los Reyes por las injerencias de las autoridades eclesiásticas en la justicia y gobierno de la ciudad. Los conflictos de jurisdicción en los que el Provisor y Vicario General, Sancho Matienzo, y el Juez Oficial y Vicario General, Pedro de Fuentes, acabaron excomulgando a los oficiales del Concejo fueron frecuentes. También tenemos documentos en los que los canónigos en sede vacante se quejan del agravio y los perjuicios que les infringían los alguaciles reales cuando detenían a los alguaciles eclesiásticos que pretendían ejecutar cobros de rentas en vecinos seglares. O bien cuando el Corregidor hacía pregones sobre los diezmos en los que mandaba a los jueces eclesiástico no detener a legos.²³⁷⁴

²³⁷² *Ibidem*, Como se ha de proveer en las causas eclesiasticas de los que se llaman de corona y las cosas que an de concurrir para que gozen del privilegio del fuero esto dice con la orden siguiente acordada por el consejo real y por los señores de el señalada en el original., Madrid a 4 de enero de 1565, fol. 319.

²³⁷³ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 1148-1152.

²³⁷⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 5. Sede vacante de don Juan de Zúñiga, año 1504, fol. 68.

También menudearon los pleitos entre los concejos de las villas y los jueces eclesiásticos porque los arrendadores y receptores de los diezmos utilizaban la justicia eclesiástica para reclamar a sus deudores seculares. En 1503 se entabló un enconado pleito entre la villa de Bollullos y el Juez de la Iglesia Pedro de Fuentes, que terminó poniendo entredicho a la localidad. La Reina tuvo que intervenir y mandó a Pedro de Fuentes que enviase el proceso al Consejo en un plazo de 20 días.²³⁷⁵ Asimismo por una cédula enviada al Juez y a los contadores intervenía en el pleito que tenían interpuesto con los vecinos de Sanlúcar, Albaida y Gelves.²³⁷⁶

En otro caso, tenemos una carta firmada en Toledo el 13 de mayo de 1534, en la que el Consejo Real se hacía eco de las quejas de los vecinos de Moguer contra los jueces eclesiásticos de Sevilla, tanto los ordinarios como los conservadores, pues decían que *recibían mucha fatiga* a causa de los entredichos que en ella se ponían *por no oír misa e los otros dibinos oficios*.²³⁷⁷ Lo que ocurría era que había un pleito por el cobro de los diezmos y los eclesiásticos presionaban a los vecinos con una vigilancia más estrecha sobre el cumplimiento de los preceptos. Ante esto, el Consejo Real mandó que no se pusiese entredicho por deudas y que los arrendadores y hacedores del Marqués de Tarifa, señor de Moguer, no llevasen jueces conservadores para molestar a los vecinos, pues conocer en estos casos era contrario a Derecho, mandando que remitiesen las causas a los jueces ordinarios de la villa, bajo pena de perder la naturaleza y temporalidades y pena de 50.000 maravedís para la Cámara Real.

Por un documento fechado en Valladolid el 2 de octubre de 1537 sabemos que el Marqués de Tarifa procedía sobre las tercias de los diezmos y seguía desobedeciendo los mandatos reales. Los vecinos de Moguer de nuevo se quejaron y pidieron al Rey que enviase una sobrecarta sobre el asunto. Y en efecto, el Consejo Real, por una carta fechada en Granada el 3 de marzo de 1542, mandaba a fray Pedro de Gíbraleón que en el plazo de diez días se presentase personalmente en la Corte y Chancillería, so pena de pérdida de naturaleza y temporalidades y 200.000 maravedís para la Cámara Real. Paralelamente se notificó a fray Alberto de Escobar, Prior del Monasterio de El Carmen, como Juez Conservador en estos pleitos, para que no enviase entredichos a la villa de Moguer. También se envió el mismo requerimiento a Francisco Gutiérrez de Cuéllar, Mayordomo de la Mesa Arzobispal, que dijo que la obedecía y acataba, a don Sebastián Ponce, Maestrescuela y canónigo, Colector de la Cámara Apostólica, que dijo que la obedecía y que no daría entredichos contra la villa, al Abad del Monasterio de Santo Domingo de Silos, como Juez Conservador, que dijo que la acataba y no daría entredichos, al Deán y Cabildo de Sevilla, el canónigo Martín Gascó, y así con otros tantos.

El pleito continuó, así lo observamos en una provisión de 1548 al bachiller fray Pedro de Gíbraleón, Prior del Monasterio del Carmen de Sevilla, como Juez Apostólico, porque en la Corte y en la Chancillería de Granada se había presentado Alonso Álvarez como Procurador del Concejo, Justicia, Regidores, Oficiales y *Omes Buenos* de la villa de Moguer con una querella a petición de Pedro Álvarez, Diego Álvarez y el doctor Gascó, arrendadores y receptores de los diezmos de Moguer.

²³⁷⁵ A.M.S. Sección XVI. Catálogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. nº 946.

²³⁷⁶ *Ibidem*, doc. nº 948, distintos pleitos.

²³⁷⁷ *Ibidem*.

El Consejo Real dio una carta provisión y sobrecarta para que los jueces eclesiásticos ordinarios o delegados no conociesen contra los vecinos seglares a petición de los arrendadores y receptores de los diezmos y que las causas las remitiesen a los Alcaldes Ordinarios y seglares, evitando de esta manera las excomuniones y entredichos que solían utilizar contra las personas y las villas. Pero las *cartas* del Consejo Real eran desobedecidas y se hacía necesario insistir con *sobrecartas*. Hasta tal punto que el Juez eclesiástico había excomulgado al Alcalde Ordinario de la villa, Diego Beltrán, y a Cristóbal Serpa y Juan Díaz, sus alguaciles, y había puesto entredicho a la localidad. Así que el Concejo de la villa pedía al Rey que enviase un ejecutor de la Corte para que hiciera cumplir las cartas reales obligando al Juez a levantar las excomuniones y entredichos que pesaban sobre los vecinos.²³⁷⁸ La insistencia y la repetición de los mandatos con las cartas y sobrecartas pone de manifiesto el curioso fenómeno del “obedézcase pero no se cumpla”.²³⁷⁹ El poder monárquico como una retícula llena de agujeros por donde es posible escapar al cumplimiento en el plano de lo real, pero conservando siempre la obediencia en el campo de lo simbólico.

Así pues, cuando la villa en conflicto estaba dentro de la jurisdicción señorial el choque con los intereses eclesiásticos se complicaba. En 1576 se planteó un pleito entre el señor de Osuna y la villa de su jurisdicción. Don Juan Téllez Girón, conde de Ureña y señor de Osuna, dotó una Iglesia Colegial en la villa con tierras, dos molinos y dos hornos. Sin embargo los vecinos ganaron un pleito para que no hubiese estanco y pudiesen ir a moler el pan y el aceite donde quisiesen, con la consiguiente pérdida de rentas para la Iglesia Colegial. Ante esto se entabló un pleito en Roma entre la ciudad, por una parte, y el conde y la Colegial, por otra, en la que éstos argumentaban que disminuirán las rentas y se perderá la iglesia y la devoción.²³⁸⁰

Íntimamente ligada a esta cuestión se haya la polémica por el nombramiento de alguaciles eclesiásticos con poder coactivo sobre los seglares. En las Cortes de Madrigal, celebradas por el Rey Juan II en 1438, se constató que *de doce años a esta parte en algunas ciudades e villas los alguaciles eclesiásticos han tomado la osadía de traer vara non teniendo facultad para ello lo cual es contra razón e justicia e cosa non usada en los tiempos antiguos*.²³⁸¹ El peligro, según un memorial de queja presentado por el Cabildo de la ciudad de Sevilla, era que el Prelado, si se le permitía, llegase a *posesyon*, es decir, la fuerza de la costumbre podía convertir en derecho lo que no era más que una usurpación de la jurisdicción real por parte de los eclesiásticos. Por esto suplicaban al Rey que mandase que no llevasen vara y que cualquier Alcalde, Merino, Alguacil real u otra persona privada les pudiese tomar la vara a un Alguacil eclesiástico y quebrársela sin pena alguna.

En las Cortes de Madrigal, Juan II también se hacía eco de algunas prácticas de los eclesiásticos contra su jurisdicción real. Algunos, para evitar pagar deudas, pedían ser condenados por los jueces eclesiásticos y éstos daban mandamientos para que sus

²³⁷⁸ A.P.N.S. Legajo 12.330, año 1548, fol. 1.148-1.152.

²³⁷⁹ La figura jurídica del *obedézcase pero no se cumpla* nació en el siglo XIV (Cortes de Burgos y Briviesca de 1379 y 1387) y se generalizó como medio válido para dejar de aplicar aquellas normas que, pese a haber sido promulgadas por autoridad legítima, frecuentemente el Rey, suponían una vulneración de las leyes o fueros propios, normas, usos o costumbres del lugar. De esta manera la *Auctoritas* del Rey quedaba salvaguardada, y las normas del lugar, que allí se consideraban justas, seguían rigiendo con plena eficacia.

²³⁸⁰ A.P.N.S. Legajo 12.436, año 1576, fol. 67 y siguientes.

²³⁸¹ FERNÁNDEZ GÓMEZ, M. y OSTOS SALCEDO, P.: *Op. cit.*, doc. nº VI-147. 12-1-1503.

bienes quedasen embargados por el juez eclesiástico, impidiendo a la justicia real actuar sobre los mismos por otras deudas, aunque la deuda con la jurisdicción eclesiástica fuese en realidad *cabteloso fito e symulado y el deudor se está en los dichos bienes e los tiene e posee e lleva los frutos dellos e con esta cabsa dexa de pagar otras debdas*.²³⁸² Otros hacían que sus mujeres pidiesen ante los jueces eclesiásticos ser entregadas en sus arras y dotes en los bienes de sus maridos, y los jueces las mandaban amparar y defender, y, si las justicias reales hacían ejecuciones en los bienes de sus maridos por deudas, los jueces eclesiásticos daban cartas de excomunión contra los justicias seculares. Eran distintas formas de sustraerse a la justicia real y ampararse en la eclesiástica, con evidente daño de la primera y reforzamiento y ampliación de la segunda.

El Cardenal de Ostia, don Juan Cervantes, que fue administrador perpetuo del Arzobispado de Sevilla a partir de 1446 tenía puesto y cedido en el oficio de Alguacil Mayor y alguaciles eclesiásticos a diversas personas que hacían ejecuciones de sentencias y prendían a legos. Alguno de ellos fue hecho *Alguacil de espada* y eran numerosos, portando armas y causando muchos enfrentamientos y escándalos. Si los alguaciles reales los prendían y les quitaban las armas, los jueces eclesiásticos daban cartas de excomunión contra ellos hasta que los soltaban y les devolvían sus armas, usurpando de esta forma la jurisdicción real con gran escándalo de la ciudad. Ante esto, don Juan II, estando en Soria en 1447, dio una carta a los vicarios y jueces eclesiásticos para que no se entrometiesen ni prendiesen legos ni los pusiesen en la cárcel arzobispal, salvo en las cosas que pertenecían privativamente a la jurisdicción eclesiástica, y en todo caso los legos debían ser prendidos por la justicia seglar y no por la eclesiástica y su carcelero.

El 12 de mayo de 1448 el Rey Don Juan II mandó en Tordesillas que los ministros de la jurisdicción real no consintieran que el Alguacil, Fiscal, Carcelero o cualquier otro oficial del Obispo o Arzobispo portasen vara de justicia públicamente por la ciudad, villas y lugares del reino y que si lo hicieran que se les resistiera y no se les consintiera que prendieran a ningún lego, ni lo tuviesen preso, ni aún en el caso de que hubiese hecho obligación, contrato o juramento de someterse a la jurisdicción eclesiástica. Excepto naturalmente en el caso de los delitos especificados, y cuando tuviese que hacer ejecuciones que las hiciese el Alguacil ejecutor seglar previa invocación del *auxilio del brazo seglar*. Esta misma orden se repitió en Tordesillas el 2 de mayo de 1454 y fue mandada guardar por el rey don Fernando el Católico el 24 de abril de 1503.²³⁸³

La disputa entre jurisdicciones por el nombramiento por parte del Arzobispo de los llamados *alguaciles de los diez*, que tenían especial protagonismo en el cobro de los diezmos y en la ejecución de embargos y detenciones en caso de litigio o impago, continuaron. El 26 de marzo de 1493 tenemos una carta del Cabildo a los reyes denunciando que el Alguacil Mayor nombrado por el Arzobispo ponía en su nombre otros muchos alguaciles que hacían ejecuciones y prendían a personas legas sometidas a la jurisdicción real en cuestiones que por derecho no les competían. Ante esto, el Cabildo seglar de la ciudad pidió a los Reyes que no consintieran que los alguaciles eclesiásticos usasen su oficio prendiendo legos y llevándolos a la cárcel arzobispal. Los Reyes respondieron prohibiendo a los arzobispos de Sevilla nombrar a los diez

²³⁸² *Ibidem*.

²³⁸³ *Ibidem*.

alguaciles para el cobro de sus rentas, e incluso llegaron a plantear que se permitiese entrar en la Catedral a los alguaciles del Concejo para apresar a los delincuentes refugiados allí.²³⁸⁴

Sin embargo, el Cardenal escribió al Rey aduciendo que por no tener alguaciles ejecutores de las rentas estas no se cobraban, pues los deudores, viendo que no podían ser apremiados y que la Iglesia había perdido su poder coactivo, no pagaban. Y lo que era más grave, se dejaban estar excomulgados *en gran cargo de sus conciencias*. Así que pedía licencia y facultad al Rey para poner alguaciles. El Rey mandó hacer información sobre este asunto, qué se había hecho en el pasado y qué costumbres se habían guardado. Finalmente dio licencia al Arzobispo para que, en nombre del Rey y por virtud de una carta real de poder, pudiese nombrar diez hombres *llanos e de buena fama* como alguaciles, y en su ausencia que los nombrase el Provisor. Ahora bien, se advertía que no se entrometiesen en otra cosa ni llevasen vara, y que en los mandamientos se expresase que el Alguacil era nombrado por el Arzobispo pero por virtud del poder que el Rey y la Reina le dieron para ello. Además, antes de usar el oficio debían presentarse en el Cabildo de la ciudad.²³⁸⁵

A la muerte de don Diego Hurtado de Mendoza expiraron los oficios de alguaciles, como todos los demás de nombramiento del Prelado. Así que, en la sede vacante, el Cabildo seglar de la ciudad de Sevilla informó al Rey que los alguaciles del Arzobispo, o de la sede vacante, se habían entrometido en hacer ejecuciones de sentencias en personas legas contra las leyes del Reino. Y se le pedía que, puesto que había expirado la carta otorgada a don Diego, se revocase; y en adelante no pudiesen los prelados poner alguaciles eclesiásticos. Finalmente, el Rey, el 12 de enero de 1503, revocó la orden y mandó que en adelante, ni en ningún tiempo, pudiesen los arzobispos ni la sede vacante nombrar alguaciles eclesiásticos y que las ejecuciones mandadas por los jueces eclesiásticos las hiciesen las justicias seglares conforme a las Leyes de las Cortes de Madrigal.

El 14 de noviembre de 1505 la Reina Juana dio una cédula en Salamanca que ratificaba lo mandado en Toro el 10 de abril de ese año, es decir, que el Cabildo eclesiástico de Sevilla no nombrase a diez alguaciles ejecutores para la cobranza de sus rentas.²³⁸⁶ Con esta cédula se presentó el Jurado Rodrigo Cataño en nombre del Concejo y Regimiento de Sevilla en el Corral de los Olmos, donde estaba reunido el Deán y Cabildo, y lo leyó. En este documento, la Reina refería que la ciudad de Sevilla le había hecho relación diciendo que el Cardenal Juan de Zúñiga, Arzobispo de Sevilla (1504), ganó una Carta de los Reyes para que pudiese tener diez ejecutores de rentas, pero que a la muerte del Cardenal, el Cabildo en sede vacante, *calladamente*, lo quería mantener, incluso después de la llegada del nuevo Arzobispo. Sin embargo, los canónigos respondieron que la ciudad había presentado una relación falsa porque la merced era perpetua, para todo tiempo, y los Reyes no habían declarado su voluntad de revocarla. Y que no había inconveniente en que el Cabildo tuviese diez ejecutores, aunque el Arzobispo y su Iglesia tuviese otros diez, porque todos eran convenientes en el oficio

²³⁸⁴ FERNÁNDEZ GÓMEZ, M., OSTOS SASLCEDO, P. y PARDO RODRÍGUEZ, M. L.: *El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*, Madrid 2001, Tomo IV- doc. 99 y IV- doc. 128, 26 de marzo de 1493.

²³⁸⁵ *Ibidem*, Tomo VI- doc. 147. 12-1-1503, Madrid.

²³⁸⁶ A.M.S. Sección I, Archivo de Privilegios, Carpeta 5, doc. nº 47.

para la ejecución de la justicia en lo que tocaba a las rentas y jurisdicción de la Iglesia.²³⁸⁷

Visto el asunto por el Consejo Real, se acordó que solamente el Arzobispo podía tener los diez alguaciles, y que la sede vacante no usase el privilegio de poner ejecutores para cobrar sus rentas, revocando cualquier carta en contrario, bajo la pena de los que usan oficios sin tener poder ni facultad, y se mandó al Asistente y a su Lugarteniente que penasen este delito con 10.000 maravedís para la Cámara Real y que los culpables parecieran ante los Reyes en la Corte.

Sin embargo, en 1547 el Arzobispo de Sevilla de nuevo envió una relación al Consejo Real en la que informaba que las personas que tenían deudas con la Iglesia a cuenta de los diezmos se dejaban estar excomulgadas, *en gran cargo de sus conciencias y de los que con ellos platicaban y contrataban*, y pedía que para remediar esto diese facultad para proveer alguaciles que ejecutasen las deudas, pues los Reyes Católicos mandaron hacer información de cómo no se había usado este privilegio en contra de la jurisdicción real y no atribuyéndose derecho alguno al Arzobispo ni a la Iglesia. También pedía que en su ausencia pudiese nombrar estos *diez ombres llanos e de buena fama*, su Provisor, para que pudiesen ejecutar las rentas del Arzobispado y Fábricas y del Deán y Cabildo y personas eclesiásticas que fuesen mandadas por los jueces eclesiásticos, sin entrometerse en otra cosa y sin llevar vara. Y que en los mandamientos dijese *mandamos a vos fulano alguacil nombrado del reverendo arzobispo de sevilla por merced del poder que del emperador e reina su madre le dieron para ello*.²³⁸⁸ Esta relación incorporaba una Pragmática de 1503 que prohibía a los alguaciles del Arzobispo llevar vara, prender legos y efectuar ejecuciones de sus bienes.²³⁸⁹

Desde entonces, cuando los arzobispos nombraban a sus alguaciles eclesiásticos lo presentaban al Cabildo de la ciudad. En el pontificado de don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1571-1580) el Arzobispo presentó a Juan López, vecino de Sevilla, que sustituía a Juan de Valdés, que lo había sido hasta entonces.²³⁹⁰ El 15 de junio de 1586 el Cardenal don Rodrigo de Castro hacía saber cómo por virtud de una provisión y facultad real podía nombrar diez alguaciles ejecutores para la cobranza de las rentas decimales en la ciudad de Sevilla y su arzobispado, y haciendo uso de esta prerrogativa nombraba a Pedro González Chamorro en el lugar que había dejado vacante Juan Xuares.²³⁹¹ Don Rodrigo de Castro presentó en 1587 en el Cabildo seglar a Francisco de Acosta, que sustituía a Francisco Camacho, y en 1596 presentó a Gerónimo Romero, que sustituía a Alonso Pérez de Mena.²³⁹² Más tarde, en 1599, el Arcediano de Écija, canónigo y Gobernador del Arzobispado por el Cardenal Rodrigo de Castro, nombró a García Lopes Bahamonde en lugar de Marcos de Herrera y a Francisco de Molina en lugar de Pedro Valenzuela.²³⁹³

²³⁸⁷ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos del Archivo Municipal (1280-1515), doc. n° 945.

²³⁸⁸ A.P.N.S. Legajo 12.329, año 1547, fol. 37-39.

²³⁸⁹ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos del Archivo Municipal (1280-1515), doc. n° 945.

²³⁹⁰ A.M.S. Sección III. Escribanías del Cabildo (siglo XVI), A, Tomo 2°, doc. n° 25, Alguacil eclesiastico.

²³⁹¹ A.M.S. Sección XIII, Archivos Importantes, siglo XVI, Tomo 1, doc. n° 32: en quinze de junio de 1586.

²³⁹² *Ibidem*, docs. n° 31 y 34.

²³⁹³ *Ibidem*, docs. n° 35, 36 y 37.

En los pontificados posteriores, de Fernando Niño de Guevara y de don Pedro de Castro, se siguió manteniendo la prerrogativa del nombramiento de alguaciles eclesiásticos para que ejecutasen los mandamientos de los jueces del Consistorio Arzobispal y se cumplió con el trámite de presentación ante el Cabildo seglar.²³⁹⁴ En el poder que se le otorgaba se hacía constar que había sido nombrado *por virtud y facultad que de su majestad tenemos*.

Los *recursos de fuerza* representaban otro episodio importante en la lucha de jurisdicciones. Aunque los jueces eclesiásticos pregonaban su superioridad moral sobre los jueces seculares, cuando aquéllos negaban la apelación a un seglar o se entrometían en causas *mere profanas*, se podía recurrir en *vía de fuerza* a la jurisdicción real. Y, aunque en Sevilla existía una Audiencia, denominada Audiencia de Grados, con el tiempo se fue estableciendo la costumbre de recurrir en vía de fuerza a la Chancillería de Granada. Sin embargo, en una ordenanza del año 1525, producto de una visita a la Audiencia que hizo el licenciado Xuarez de Carvajal, se estableció que los pleitos eclesiásticos relacionados con la visita de religiosos y monjas que hacían sus superiores no viniesen por vía de fuerza a Granada.²³⁹⁵ Por esto el Consejo Real mandó en Valladolid, el 17 de noviembre de 1553, que los jueces de la Chancillería se inhibiesen y enviasen los procesos originales a la Real Audiencia de Sevilla para que ésta pudiese conocer la causa y alzar los entredichos y excomuniones que se solían poner en estos casos por los jueces eclesiásticos.²³⁹⁶

La vía de fuerza era utilizada también en los numerosos enfrentamientos y pleitos que se dirimían entre los distintos poderes e intereses eclesiásticos, configurándose la jurisdicción real como instancia superior de arbitraje entre las distintas jurisdicciones. En algunos casos vemos cómo incluso algunos eclesiásticos acuden a la figura del Rey como amparo ante los abusos de los oficiales de la Iglesia. El 11 de mayo de 1544 el Emperador Don Carlos escribió al Deán y Cabildo, al Provisor y a los jueces eclesiásticos intercediendo por el canónigo Pedro Suárez de Robleda que se había quejado de que Diego de Loaysa, Obispo de Manduriense, y otros criados del Cardenal García de Loaysa, le hicieron promesas y le persuadieron para que resignase su canonicato y firmó engañado. El Santo Padre dictó bulas y letras en su perjuicio y ahora se veía sin rentas para sustentarse. El Rey mandó que nadie usase las bulas y letras para dicho canonicato, pero ni el Juez Pedro del Corral, que era Vicario General, ni don Juan Fernández Temiño, Provisor, respondieron a la carta, así que con fecha 20 de agosto de 1544 se repitió el mandato, y esta vez dijeron que obedecerían.²³⁹⁷

En otro caso, en el pleito que mantenían en 1547 el Provisor don Miguel de Arévalo con el Chantre Juan de Medina y los jueces diputados por el Deán y Cabildo, se vio por la Audiencia de Granada a petición del Deán y Cabildo y se dictaminó que el Provisor al no otorgarles la apelación *hacía fuerza*, así que mandaba que tornase todo al

²³⁹⁴ A.M.S. Sección IV. Escribanía del Cabildo (siglo XVII), A, Tomo 3º, doc. nº 36, Alguacil de la Mesa Arzobispal.

²³⁹⁵ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 44, Ordenanzas de la Real Audiencia, impresas en Sevilla en 23 de junio de 1603, Libro II, título 5, ley 40, Ordenanzas de el año de 1525 que resultaron de la visita de esta Audiencia que hizo el licenciado Xuarez de Carvajal

²³⁹⁶ *Ibidem*, “Como ha de conocer y proveer esta Audiencia y no la de Granada en los negocios que vienen por vía de fuerza o querella de los jueces eclesiásticos que estuvieren en esta ciudad y su tierra y distrito”.

²³⁹⁷ A.P.N.S. Legajo 12.316, año 1544, fol. 1522.

estado en que estaba y absolviese las excomuniones, so pena de extrañamiento de los reinos y pérdida de temporalidades y 50.000 maravedíes para la Cámara Real.²³⁹⁸

En 1557 tenemos un caso en el que el Juez Oficial y Vicario General de Sevilla, doctor Escobar, se entrometió a conocer una causa sobre el cobro del tercio real de los diezmos contra la villa de Osuna a petición del Conde de Ureña. El pleito terminó en vía de fuerza en la Chancillería de Granada y el Consejo Real dictaminó en Valladolid el 24 de diciembre que se enviase el proceso a la Real Audiencia de Sevilla, que el Juez eclesiástico absolviese a los excomulgados, y que en adelante no se llevasen estos pleitos a Granada, habiendo jueces en Sevilla, su Tierra y jurisdicción.²³⁹⁹

También las apelaciones y recursos de fuerza en los negocios tocantes a la ejecución del Concilio de Trento eran asunto privativo del Consejo Real, sin embargo, algunos, entre ellos el Deán y Cabildo en sus disputas con el Arzobispo, acudieron a la Audiencia de Grados de la ciudad de Sevilla en vía de fuerza. Ante esto, el Consejo Real dictaminó en el El Escorial el 3 de julio de 1566 que solo los prelados entendiesen este asunto y las apelaciones fuesen al Consejo.²⁴⁰⁰

El otorgamiento de poderes para mantener procuradores permanentes en la Real Audiencia en Sevilla y en la Chancillería de Granada por parte de los jueces eclesiásticos nos pone en la pista de la importancia de estos tribunales de apelación en los litigios que mantenían las distintas instancias eclesiásticas. En 1571, el Gobernador Alonso Revenga, el Provisor licenciado Juan Rodríguez y el Juez Oficial licenciado Cáceres de Rueda dieron poder a dos procuradores para que se presentasen en los pleitos ante su Majestad y los señores presidentes y oidores de la Real Audiencia.²⁴⁰¹ Y en 1572 tenemos a Martín de Acosta, Juez Oficial y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado, dando poder a Gerónimo Ximénez y Estaban de Santander, procuradores de causas del Consejo de su Majestad, para que pudiesen parecer ante los presidentes y oidores de las audiencias reales.²⁴⁰²

La reducción de los hospitales en el Arzobispado de Sevilla también trajo consigo algunos conflictos de jurisdicciones, pues tenían más de 1.700 posesiones arrendadas a otras tantas personas seglares que pagaban rentas cada tercio de año. Cuando se producían impagos los mayordomos de los hospitales y sus procuradores los demandaban ante los jueces eclesiásticos y pedían ejecuciones y remate de bienes. A menudo los legos acudían en vía de fuerza a la Audiencia Real pero el Juez eclesiástico no les concedía las apelaciones argumentando que en la comisión que dio el Rey para la reducción se estableció la inhibición de la Audiencia en los litigios y la competencia privativa en éstos para el Consejo Real. Sin embargo, a pesar de lo que se contenía en la comisión, éste mandó, el 7 de noviembre de 1592, que los jueces eclesiásticos aceptasen los recursos de fuerza cuando se interpusiesen en la Real Audiencia de la ciudad.²⁴⁰³

²³⁹⁸ A.P.N.S. Legajo 12.326, año 1547, fol. 2345.

²³⁹⁹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 44, Ordenanzas de la Real Audiencia de Sevilla, impresas en Sevilla en 23 de junio de 1603. Valladolid, 24 de diciembre de 1557. La princesa.

²⁴⁰⁰ *Ibídem*, La Audiencia conozca en grado de apelacion de los negocios contra legos deudores de los hospitales reducidos, fol. 206.

²⁴⁰¹ A.P.N.S. Legajo 12.400, fol. 597; fol. 613; *Ibídem*. Legajo 12.402, fol. 70.

²⁴⁰² A.P.N.S. Legajo 12.409, año 1572, fol. 157.

²⁴⁰³ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, O Tomo 44, Ordenanzas de la Real Audiencia de Sevilla, impresas en Sevilla en 23 de junio de 1603. La audiencia no conozca de los negocios tocantes a la execuion del santo concilio de trento por via de fuerza ni en otra manera, sino del Consejo, fol. 268.

Otra cuestión de discrepancia se produjo cuando en los recursos de fuerza contra jueces eclesiásticos la Audiencia Real de la ciudad les imponía pena de temporalidades y extrañamiento aún no habiendo rebeldía. Esto consistía en embargar sus bienes temporales, declararlos *por ajenos y extraños en estos reinos*, y condenarlos en penas pecuniarias de más de 100.000 maravedíes para la Cámara de Su Majestad.²⁴⁰⁴ El Consejo dictaminó en Madrid el 3 de abril de 1591 que esta práctica era contra la costumbre y el estilo de las Audiencias de Valladolid y de Granada.

Otro de los conflictos entre la ciudad de Sevilla y la jurisdicción eclesiástica que mejor representó la lucha por la preeminencia fue la disputa por los asientos en los Sínodos. En el que celebró el Cardenal don Fernando Niño de Guevara en 1609, la ciudad y sus diputados se quejaron porque según ellos se les señalaron unos asientos inferiores a los que les correspondía. Además, la no asistencia suponía no poder intervenir ni opinar sobre las decisiones que se tomaron, como por ejemplo los capítulos contra la jurisdicción real en materia de fiestas y sobre la comida de grosura de los sábados.

Como consecuencia, se dieron peticiones, tanto por parte de la ciudad como del Consejo Real para que no se diese la licencia para imprimir el texto del Sínodo y la ciudad encargó una Alegación jurídica a su favor probando que se le debía haber señalado en el Sínodo un asiento inmediato al de la diputación del Cabildo eclesiástico, y además, se habían aprobado capítulos que eran contrarios a la jurisdicción real que ellos representaban. Finalmente, el Consejo Real dictó una provisión, refrendada por el Escribano de Cámara Cristóbal Núñez de León, para que en los sínodos tuviese la diputación de la ciudad su asiento frente al prelado, entre las bancas que estaban a ambos lados, junto a la diputación de la iglesia, y con igualdad de gradas a dichas bancas.²⁴⁰⁵ Finalmente se les dio licencia para que se imprimiesen las sinodales borrándose solo los casos cuya absolución estaba reservada a Su Santidad por la Bula *In Caena Domini*.²⁴⁰⁶

También tenemos constancia de las protestas del Cabildo seglar por algunas decisiones que se tomaban en los sínodos eclesiásticos que afectaban a los seglares. Por ejemplo el aumento de los derechos que cobraban los vicarios y los curas en los entierros y en las fiestas. El Cabildo solía protestar de que no se le consultasen estas cosas antes de decidir en un tema que tocaba a la república.²⁴⁰⁷ Argumentaban que esto era en daño de la gente pobre, pues calculaban que el aumento, como el Arzobispo de Sevilla era cura general en el arzobispado, le supondría al Prelado unos ingresos adicionales de más de 40.000 ducados.

Uno de los ámbitos de disputa entre jurisdicciones más enconados fue la cuestión del pago de impuestos. La ciudad siempre luchó por limitar los privilegios y obligar a los vecinos a pagar. Tenemos un documento de 29 de diciembre de 1411 en el que se

²⁴⁰⁴ *Ibidem*, Carta para la audiencia en que el consejo declara como y en que casos en los autos y contra los jueces eclesiásticos se a de poner pena pecuniaria y de las temporalidades y de ser avidos por estraños.

²⁴⁰⁵ A.M.S. Sección I, Archivo de Privilegios, Carpeta 26, doc. nº 326, Sínodos, asientos, 25 de noviembre de 1608.

²⁴⁰⁶ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, P, Tomo 47 Papeles de Sevilla en la Corte, Sínodo y sinodales, fol. 191.

²⁴⁰⁷ A.M.S. Sección XIII, Archivos Importantes, siglo XVI, Tomo 12, doc. nº 21.

establece en las ordenanzas de los fieles ejecutores que *todos los omes o mujeres que sean apanyaguados del arzobispo e de los canonigos de la iglesia et de otros quales quier que moraren por las collacoinas de la ciudad paguen la vela, salvo que matuvieren caballo y armas.*²⁴⁰⁸

Entre las prerrogativas que tenía la Iglesia se encontraba el derecho a sacar ciertas cantidades de pan para su venta. El Rey había autorizado por carta al Patriarca de Constantinopla y Arzobispo de Sevilla, Alonso de Egea, para que pudiese sacar 500 cahizes de trigo por mar. Pero en 1412 se dio una situación en la que otras muchas personas intentaban hacer lo mismo y se organizaron alborotos y pleitos, en los cuales fue herido en la cara el aposentador del Cabildo cuando supervisaba la saca del pan por el Puerto de Santa María.²⁴⁰⁹

En otro caso, a cuenta de la sisa que se impuso como impuesto extraordinario al estamento eclesiástico se entabló un pleito que terminó con un auto de excomunión contra los oficiales del Cabildo que se fijó en las puertas de las iglesias de la ciudad el 16 de agosto de 1514. En concreto tenemos el documento que prueba que a las tres, después del mediodía, estando a la puerta de la Iglesia de San Isidro, el Procurador del Cabildo y Regimiento, Juan de Villafranco, en nombre de los regidores y jurados y en presencia del escribano público Bernal González, dio fe que en la puerta de la Iglesia estaba fijado un papel con 4 clavos en el que estaban escritos el Teniente de Asistente, dos Alcaldes Mayores, 7 veinticuatro y 3 jurados del Cabildo y Regimiento de Sevilla en la tablilla de excomulgados por no haber obedecido las órdenes del Juez eclesiástico en el pleito sobre la sisa que impusieron al estado eclesiástico Sevilla.²⁴¹⁰ A continuación, a instancias del Asistente tomaron declaración a testigos de cómo las puertas de las iglesias estaban cerradas y no dejaban entrar a nadie a oír misa, pues estaba puesto entredicho sobre la ciudad. Muchos vecinos acudieron al Monasterio de San Agustín, que estaba fuera de la ciudad, y allí sí se dijo misa.

Otro tema que provocó continuos roces entre jurisdicciones fue el privilegio que tenían los eclesiásticos de meter vino en la ciudad sin pagar impuestos. En 1503 tenemos la sentencia de un juez eclesiástico sobre la entrada en Sevilla del vino de los clérigos en el que terminó excomulgando al Asistente, Regidores, Jurados y oficiales, mandando que se les evitase en sus parroquias, por desobedecer la sentencia. De nuevo vemos al Procurador del Cabildo y Regimiento de la ciudad presentándose ante Pedro de Fuentes, canónigo y Juez Oficial para defender las acciones de los fieles ejecutores en materia de entrada del vino en la ciudad. El Escribano Mayor del Consistorio Arzobispal, Pedro de Moguer, clérigo y notario público por autoridad apostólica, dio fe de la excomunión.²⁴¹¹

Tras las apelaciones correspondientes, la sentencia que mantenía el privilegio de los eclesiásticos de meter vino sin pagar impuestos fue dada por don Lope de Sandoval, Deán y canónigo de Córdoba, como Juez Apostólico en la causa. En ella mandaba que

²⁴⁰⁸ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. nº 17.- 29 de diciembre de 1411, II.- arancel del almotacenazgo y ordenanzas dadas por los fieles ejecutores

²⁴⁰⁹ A.M.S. Sección XV. Inventario de los papeles del Mayordomazgo del siglo XV por Francisco Collantes de Teran, año 1412, docs. nº 90, 93 y 94.

²⁴¹⁰ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. nº 1124.- regidores y oficiales de sevilla excomulgados, año 1514, 16 de agosto.

²⁴¹¹ *Ibidem*, doc. nº 932.

dejasen a los señores Dean y Caibildo *libres e desembargadamente meter vino que ovieren menester para sus casas y familia*, y al Asistente Conde de Cifuentes, Alguacil Mayor, alcaldes mayores, veinticuatro y jurados, los condenaba en 17.578 maravedíes de costas y les mandaba cartas denunciatorias y ejecutoria de entredicho. Y como habían apelado la sentencia, se la denegaba y mandaba que se les pusiera en la tablilla de los excomulgados en las distintas iglesias parroquiales y que se pusiera entredicho en cada uno de los ayuntamientos, villas y lugares donde se declarase que tenían que pagar impuestos por meter vino.

Otra cuestión que fue fuente constante de conflictos fue el privilegio que tenían los clérigos de no pagar los pechos concejiles. Este privilegio lo encontramos ya establecido por Juan II en las Cortes de Guadalajara de 1390 a petición del Arzobispo de Sevilla. La misma provisión se volvió a repetir en Tordesillas el 2 de abril de 1448, en ella el Arzobispo don García, el Deán y Cabildo y la clerecía del Arzobispado de Sevilla se quejaban de que algunas personas *en gran riesgo de sus conciencias e en peligro de sus animas, menospreciando las censuras eclesiasticas y lo que las leyes disponen*, no pagaban las rentas eclesiásticas y además se habían hecho estatutos y ordenanzas por las autoridades seculares contra los privilegios de la Iglesia, por tanto reclamaban mantener en su libertad *los monasterios e iglesias e a los clérigos e gobernadores contra los abusos de los concejos que pretendían que los clérigos pagasen los pechos concejiles*.²⁴¹²

Tenemos un padrón de Sevilla del siglo XIV en el que aparecen familiares del Arzobispo y Cabildo francos de impuestos concejiles.²⁴¹³ Entre ellos, Pasqual Fernandez, Alguacil del Arzobispo, *acontiado* con 50 maravedíes, el Trompeta del Arzobispo, los hijos del Arcediano de la villa y su madre, Alfonso Rodriguez, hijo del Arcediano, un alfajeme²⁴¹⁴, franco por el Arzobispo, y Pero Sanchez, sobrino del arcediano.²⁴¹⁵ En el barrio de la Mar tenemos a Johan Gonzalez, Escribano de la Iglesia, con 100 maravedies, en San Estebaan a Catalina Martin, hija de Bartolome Martin, sacristán, en San Alfonso a Anton Garcia, Escribano que hacía los libros para la Iglesia, con 200 maravedíes, en Santiago a Domingo Ruiz, Procurador del Arzobispo, con 300 maravedíes, en Santa Catalina a Johana Fernandez, la viuda, que moraba cerca del Arcediano de Ecija, en San Johan a Johan Sánchez y su mujer, criado de Johana Martinez, con 100 maravedíes, en San Pedro a Garcia Gonzalez, Mayordomo de la Iglesia, con 300 maravedíes, Pero Martinez, criado del Arzobispo, con 100 maravedíes y Gonzalo Fernandez, Procurador del Arzobispo, con 50 maravedíes, en San Miguel a los hijos del Arcediano de la Villa y su madre, con 300 maravedíes, en Sant Llorente a Alfonso Rodriguez, hijo del Arcediano, con 100 maravedíes, en Sant Vicente a los hijos

²⁴¹² A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. nº 294.- Provision de Juan II confirmando a peticion del arzobispo de sevilla lo dispuesto en las Cortes de guadalajara de 1390 sobre los abusos que se cometen en las rentas eclesiasticas, tordesillas, 2 de abril de 1448.- 4 fols.

²⁴¹³ ÁLVAREZ, M., ARIZA, M. y MENDOZA J.: *Un padrón de Sevilla del siglo XIV. Estudio filológico y edición*. Sevilla, 2001, p. 93. Todo el trabajo se basa en el documento: A.M.S., Seccion XVI, doc. 14, Vid. COLLANTES DE TERÁN, A. CatÁlogo de la Sección XVI del Archivo Municipal de Sevilla, I (1280-1515); Véase también GONZÁLEZ GONZALEZ, J. “La poblacion de Sevilla en el siglo XIV”, *Hispania*, 129, Madrid, 1975, pp. 49-74; y COLLANTES DE TERÁN, A. *Sevilla en la Baja Edad Media: la ciudad y sus hombres*, Sevilla (2 edicion, 1984), pp. 155 y ss., 267 y ss.

²⁴¹⁴ Diccionario de Autoridades: Alfajeme es el barbero, sangrador, dentista, afilador.

²⁴¹⁵ ÁLVAREZ, M., ARIZA, M. y MENDOZA J.: *Un padrón de Sevilla del siglo XIV. Estudio filológico y edición*. Sevilla, 2001, p. 59.

del Chantre Diego Alfonso de Peraza, con 500 maravedíes y en La Madalena a la mujer que fue de Pero Garcia Mal, frayle, con 100 maravedíes.²⁴¹⁶

Por un documento de 1456 sabemos el Arzobispo Fonseca había firmado una Concordia sobre este tema después de un pleito que había llegado hasta la Corte de Roma y había terminado con una sentencia favorable al Arzobispo, Deán y Cabildo. En este texto se describe cómo reunidos ambos cabildos en el Corral de los Olmos, debajo de los portales que estaban ante las casas capitulares del Deán y Cabildo y de los señores alcaldes mayores, alguaciles y regidores, y estando presentes todos los dignidades, canónigos, racioneros y medio racioneros con sus procuradores, el notario dio fe ante Nicolás Sánchez Cifuentes, Provisor y Vicario General, de cómo el Arzobispo interponía su decreto y autoridad para que se guardasen los privilegios que tenían y siempre tuvieron los familiares o francos de pechos de todos los bienes *asy muebles como rayces bienes*.²⁴¹⁷

En la Concordia se establecía además que la ciudad no turbase este privilegio y que no empadronara, prendiera ni embargara a los familiares. El Arzobispo podía tener 40 familiares de entre los oficios que fuese menester para su casa y servicio, y si viniese personalmente a la ciudad podía ampliar el número de oficiales. Los beneficiados constituidos en dignidad podían tener seis familiares, los canónigos cuatro cada uno, los racioneros dos y los medio racioneros uno cada uno. Todos con la condición de que fuesen personas que tuviesen alguna propiedad, trigo o dinero, pero con haciendas medianas o menores y cuyo caudal no fuese de los mayores. Con respecto a los dignidades la condición era que de los seis, dos fuesen de mediana hacienda y caudal, y los otros cuatro de menor cuantía. De los canónigos que uno de los cuatro pudiese ser de mediana hacienda y los otros tres de menor hacienda. De los racioneros que uno pudiese ser de mediana hacienda y de los medio racioneros tendrían que ser todos de menor *contía*. Y para esto los contadores, *sin engaño odio ni malquerencia alguna*, debían *acontiar* los bienes de los familiares para controlar estas condiciones. También se estableció que cuando los beneficiados se ausentasen de la ciudad por el servicio de la Iglesia, por estudios, por litigios o por cualquier otra causa, dejando deshabitada su casa, que por sí o por otra persona pudiese tener sus familiares. Y que por muerte de algún familiar o por propia voluntad se pudiesen mover y poner otros.²⁴¹⁸

Desde el siglo XV encontramos en el Arzobispado de Sevilla la costumbre de que el Arzobispo y el Deán y Cabildo nombrasen una serie de familiares que quedaban libres de pagar estos pechos. Para esto, los jurados del Cabildo debían *acontiar* los bienes de estos familiares que quedaban exentos. En un documento del siglo XV sin fechar podemos leer que algunos de estos familiares eran el regidor Juan de Casaus, con 208.000 maravedíes, Rodrigo Ruiz de Sevilla con 301.000, la mujer de Andrés de Toledo, que tenía una casa de su morada y una resolana de su servicio que podía valer todo unos 50.000 maravedíes, y García del Castillo, al que no se le hallaron bienes en esta ciudad.²⁴¹⁹

²⁴¹⁶ p. 67- 146

²⁴¹⁷ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. n° 326.- Acuerdo entre los cabildos eclesiastico y secular en relacion con los familiares y con el diezmo del aceite, año 1456, 10 fols.

²⁴¹⁸ *Ibidem*.

²⁴¹⁹ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. n° 877.- cuantia de 4 familiares del arzobispo.

En otro documento aparece Alfonso Díaz, herrador, vecino de la collación de San Ildefonso como familiar del Arzobispo, que declaró que tenía una casa de su morada que podía valer unos 20.000 maravedíes, pagaba un tributo a la Iglesia Catedral de 80 maravedíes, y tenía además tres yeguas que valían unos 5.000 maravedíes, 18 varas de hierro que valdrían 2.000 maravedíes, y una esclava vieja con dos hijitas, una de cinco años y la otra de tres o cuatro, que valdría la madre 5.000 y a las hijas las había ahorrado ante escribano público.²⁴²⁰ Fueron llamados como testigos para *acontiar* a Alfonso Díaz, Fernando de Sevilla y Juan Rodríguez, mesoneros, Alonso de Cabrera, especiero, todos vecinos de San Ildefonso. Estos dijeron además que tenía unas viñas que no sabían cuánto valía, y cinco yeguas mayores que valdrían unos 8.000 maravedíes.

También encontramos entre estos papeles del siglo XV el caso de un tal Gonzalo de Orihuela, boticario, familiar del Arzobispo, que fue *acontiado* en 200.000 maravedíes.²⁴²¹ En 1445 tenemos un documento que nos muestra cómo Diego López de Enciso, bachiller en derecho, canónigo y Provisor y Vicario General por el Arzobispo don García, hacía saber a los jurados, sotajurados, cogedores, empadronadores, regidores, repartidores y *acontiadores* de los pechos y tributos de la collación de San Julián de la ciudad de Sevilla, que el bachiller en leyes Antón González y el Procurador Promotor del Arzobispo, Luis García, se habían presentado ante él mostrando un documento en el que se recogía el privilegio de no pagar *pechos ni contías ni tributos ni costas todos los familiares et paniaguados et caseros et continuos et comensales del Arzobispo*. Por tanto, pedían que Gil Martínez, que era familiar del Arzobispo, fuese sacado del padrón, y si le hubiesen ya cobrado algún dinero, se le devolviera. Bajo pena de tres moniciones canónicas y sentencia de excomunión mayor de todos los oficiales. Como consecuencia de esta *Albala* o cédula, el 24 de septiembre un clérigo beneficiado de San Julián leyó la carta al jurado de la collación, Alfonso López, y éste dijo que *estaba presto de cumplir todo lo que en la carta se contenia asy como fijo de obediencia es presto de cumplir los mandamientos de la santa madre iglesia et rogo a mi que asi lo asentase por respuesta e yo lo puse en las espaldas de esta carta*.²⁴²²

Hemos hallado la nómina de los familiares del Deán y Cabildo del año 1456, en la que aparecen un total de 205 personas familiares de los beneficiados de la Catedral que no pagaban pechos concejiles.²⁴²³ Entre estos se encontraban el Chantre, el Arcediano de Sevilla y el Maestrescuela que nombraban cinco cada uno. El Arcediano de Niebla, el de la villa, el Arcediano de Jerez y el Arcediano de Reina, seis, pero sólo uno el Arcediano de Écija. Los canónigos nombraban 31 familiares, cuatro cada uno, los racioneros, diecinueve, dos cada uno, los *compañeros* diecisiete, uno cada uno. Los que estaban de adjuntos a algún beneficio no nombraban familiares, entres estos se encontraban en este momento el Deán, el Tesorero, el Arcediano de Écija y el Arcediano de Reina. Los familiares eran de distintas collaciones pero abundan los vecinos de cal de Génova, Triana, barrio de castellanos, San Vicente y San Salvador. Y en cuanto a las profesiones abundan los comerciantes y artesanos, plateros, canteros, cesteros, etc.

²⁴²⁰ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. nº 879.

²⁴²¹ *Ibidem*, doc. nº 880.- boticario y familiar del arzobispo, Sin fecha, letra del XV.

²⁴²² *Ibidem*, doc. nº 283. Albala del Provisor y Vicario General del Arzobispado para que se quite de los padrones a Gil Martinez por ser familiar del Arzobispo, 24 de setiembre de 1445.

²⁴²³ *Ibidem*, doc. nº 319. Nomina de los familiares del Dean y Cabildo eclesiastico de sevilla, 6 de marzo de 1456, 7 fols.

El 2 de junio de 1478 los Reyes Católicos firmaron una provisión estableciendo un acuerdo sobre el problema de los familiares con el Cabildo Catedral de Sevilla. En él hacían saber a los alcaldes, alguaciles y veinticuatro del Concejo de Sevilla que el Arzobispo don Pedro González de Mendoza había hecho una relación mostrando las exenciones de impuestos que tenían 40 familias y seis familiares de cada canónigo. Y que a pesar de la Concordia a la que se llegó con el Cabildo seglar de la ciudad se les había empezado a repartir *contías de maravedíes*, quebrantando sus prerrogativas.²⁴²⁴

En lo sucesivo seguimos encontrando relaciones de familiares del Arzobispo por collaciones. En la de San Vicente tenemos a Antón Fernández, al que el jurado de la collación le *acontió* 200.000 maravedíes que valían sus viñas y la casa de su morada, o Pedro Pérez que dijo que no tenía bienes salvo la ropa de su casa.²⁴²⁵ Y también *Albalas* de los jueces eclesiásticos mandando a los contadores de la ciudad que sacasen de los padrones a los familiares del Deán y Cabildo y del Arzobispo. Y también para que asentasen como familiares a algunas personas en lugar de otras, como el caso de Isabel de Sotier, vecino de San Martín, que fue asentada en lugar del sedero Juan de Jerez el 22 de febrero de 1500.²⁴²⁶

Otra fórmula para evadir el pago de impuestos era el nombramiento de *bacinadores* que se encargaban del cobro de limosnas para determinados hospitales o monasterios. En Sevilla el Hospital de San Lázaro tenía este privilegio y nos han llegado algunos documentos de nombramiento como el de Alfonso Pérez, trabajador vecino de la collación de Santa Lucía, que sustituyó como bacinador a Pedro de Almonte el 3 de enero de 1500. El procedimiento consistía en el envío de una petición a los contadores y éstos a su vez mediante cédula mandaban a los jurados de la collación que evaluaran la cuantía de sus bienes.²⁴²⁷

Estos conflictos se extendían también a las tierras y lugares bajo jurisdicción del Concejo de la ciudad de Sevilla. En 1507 los vecinos de Fregenal pidieron que se hiciera justicia contra 14 clérigos de corona casados que el Obispo de Badajoz tenía en la villa como familiares sin tener las cuantías exigidas. Los clérigos se quejaban de que el Alcalde de la Justicia de la localidad los tuvo presos más de 50 días y después los envió a Sevilla, agraviándolos y vejándolos y haciéndoles daños y muchas costas. Ante esto, el Obispo de Badajoz, que los había nombrado por familiares suyos, puso entredicho a la villa de Fregenal y los clérigos aducían que habían sido *acontiadados* por el Concejo de la villa y que tenían derecho a las exenciones.²⁴²⁸

Con respecto al privilegio de mantener carnicería para los clérigos no sometida al control y a los impuestos de los fieles ejecutores del Cabildo seglar también hubo enfrentamientos, pues el Concejo de la ciudad había intentado limitar el privilegio e intervenir en la entrada de carne y en la venta de la misma en las carnicerías del Cabildo eclesiástico. Tenemos un primer documento de 15 de marzo de 1498 en el que los

²⁴²⁴ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. n° 401. Provision de los RRCC sobre los familiares acuerdo con el Cabildo Catedral, Sevilla, 2 de junio de 1478.

²⁴²⁵ *Ibidem*. doc. n° 695.- Relacion de familiares del arzobispo que viven en la collacion de san vicente, 27 de enero de 1496.

²⁴²⁶ *Ibidem*. doc. n° 776, Albalas del canonigo Martin de la Campana a los contadores de Sevilla.

²⁴²⁷ *Ibidem*, doc. n° 774.

²⁴²⁸ *Ibidem*. doc. n° 999.

oidores de la Chancillería de Ciudad Real dieron una provisión en el pleito que mantenía el Cabildo eclesiástico con la ciudad de Sevilla a cuenta de la carnicería de los clérigos sita en el Colegio de San Martín.²⁴²⁹ En 1535 continúa el pleito, aunque ahora la carnicería aparece situada en San Miguel. Esta vez la Chancillería de Granada dio una provisión para que los escribanos de Sevilla trasladasen todos los documentos en relación con este pleito. El Procurador del Cabildo eclesiástico, Antón Peres, hizo una relación en la que informaba de la sentencia que habían dado los jueces de la Audiencia de Grado de Sevilla reconociendo el derecho que tenían a tener carnicerías en el Corral de San Miguel, y de cómo la justicia de los veinticuatro y sus fieles ejecutores habían mandado que los carniceros que se obligasen con el Cabildo eclesiásticos no pudiesen hacerlo con las carnicerías de la ciudad en los cuatro años siguientes, ni tampoco los carniceros que fuesen compañeros de negocio de los obligados. Esto los dejaba fuera de las suertes en que entraban los carniceros de las carnicerías de la ciudad, y los eclesiásticos lo consideraban una extorsión para que nadie quisiese abastecer sus carnicerías ni entenderse con ellos.²⁴³⁰

Finalmente, una ejecutoria de don Fernando y doña Isabel confirmaba la sentencia de la Chancillería de Ciudad Real de 6 de julio de 1520 y reconocía, en el pleito que se había tratado en la Corte y Chancillería de Ciudad Real entre la ciudad de Sevilla y el Deán y Cabildo, clérigos y beneficiados, el derecho que tenían desde hacía más de 40 años de tener carnicerías en el corral de San Miguel para que matasen la carne que necesitasen y pudiesen comprar las viandas al precio que valiese en la ciudad o menos si se concertasen con sus carniceros, con la condición de no vender carne a ningún seglar. Y mandaban al Juez de Términos, licenciado Pedro Ruiz de Villena, que llamase a las partes y testigos y les informase de la restitución del privilegio, para que no fuesen molestados prendiendo vacas y carneros y llevándolas a matar y pesar a las carnicerías de la ciudad. Una de las consecuencias de esta sentencia fue la orden de puesta en libertad del carnicero Diego Daza, aunque la ciudad contestó que él y otros carniceros estaban presos por otros muchos delitos que habían cometido, en el pesar las carnes, en vender a mayor precio y otros muchos fraudes contra la República.²⁴³¹

El Deán y Cabildo habían argumentado en el pleito que ellos pagaban las alcabalas y concertaban los precios y en esto no había ningún perjuicio para la ciudad, y diputaban a una persona para que viese el peso. Puesto que en la ciudad había dos tablas de carnicerías que se llamaban de los catalanes, que eran criadores y mercantes vecinos de la ciudad, y se vendían a una blanca menos que en las carnicerías arrendadas por el Cabildo seglar, y el ganado de sus carniceros andaba en la Dehesa del Campo de Tablada y había sido prohibido por el Cabildo seglar.

Por parte del Cabildo de la ciudad se argumentaba que en el Corral de San Miguel, donde antes se leía Gramática, vivía Fernan Alonso Ferrero, que se había retraído allí por haber matado a un hombre, pues se consideraba lugar sagrado. Y no solo él, pues los mismos carniceros habían cometido delitos y se acogían a sagrado y se quedaban a vivir allí y de esta manera muchos delitos quedaban impunes. Otra de las

²⁴²⁹ *Ibidem*. doc. nº 739.

²⁴³⁰ *Ibidem*. doc. nº 789.- X.- Provision de la Chancilleria de Granada para que los escribanos de sevilla trasladen todos los documentos en relacion con la carniceria de San Miguel. Granada, 18 de agosto de 1535, fol. 68.

²⁴³¹ *Ibidem*, doc. nº 789.- XXIV.- Sobrecarta de la Audiencia de Granada para que pongan en libertad al carnicero de los clerigos.

acusaciones de la ciudad era que muchas personas legas iban a comprar carne a la carnicería de los clérigos y defraudaban las sisas y contribuciones. Y además, si alguna vez tuvieron tabla de carne había sido sin atribuirle derecho alguno en propiedad, pues no tenían título ni privilegio. Lo que pasaba era que en otro tiempo no había habido suficientes carniceros obligados en la ciudad para abastecerla de carne y por esto se permitía, a quien quisiese, matar carne y venderla en cualquier tabla. Después, algunas personas empezaron a obligarse por seis años pero exigían que no hubiese otros carniceros, y desde luego ninguno del Deán y Cabildo.²⁴³² Como era habitual en este tipo de pleitos, en 1591 todavía tenemos una Defensa Jurídica en el pleito entre la ciudad y el Juez de la Iglesia, pues los eclesiásticos se negaban a pagar un impuesto sobre la carne para obras necesarias para la ciudad.²⁴³³

Con respecto al pago del diezmo del aceite también se entabló una disputa entre el Cabildo seglar y el eclesiástico. En tiempos del Arzobispo Fonseca (1456) hubo un pleito entre el Cabildo seglar y el eclesiástico a cuenta del pago del rediezmo, o tercera parte del diezmo, del aceite de la villa de Alcalá de Guadaira que los jueces habían decretado que el Concejo y los vecinos de la villa debían pagar al Arzobispo y Cabildo. Este pleito había llegado hasta la Corte de Roma donde el Arzobispo y el Deán y Cabildo *ovieron vitoria* con tres sentencias favorables contra la ciudad de Sevilla y contra los vecinos, moradores, agricultores y labradores de la villa de Alcalá.²⁴³⁴ En estas se mandaba que la ciudad no impidiese la percepción de la tercia parte del diezmo del aceite con amenaza de excomunión por los jueces eclesiásticos contra regidores, alguaciles y jurados. La ciudad aceptó las sentencias de la Corte romana y se avino a que cobraran las tercias del aceite desde el año 1544, y en el arrendamiento del año 1555 se dispuso que el arrendador se obligaba a pagar y a poner cogedores, depositarios y mayordomos que las recibiesen.²⁴³⁵

Hemos encontrado rastros de otros conflictos relacionados con el cobro de impuestos, como la cuestión que generó un pleito en 1556 en el que el Provisor Cervantes Gaete, el Juez de la Iglesia doctor Juan Escobar, Juan de Arcimega, beneficiado de San Llorente y Alonso Devides, Notario de la Mesa Arzobispal, le dieron poder a dos procuradores de causas, Bernaldo de Paz y Luis Hernández, para que se presentasen ante el licenciado Luis Hernández, Oidor de la Real Audiencia, y presentase apelaciones ante Su Santidad sobre el pleito del subsidio eclesiástico del año 1555.²⁴³⁶

Otra cuestión que generó la resistencia de los eclesiásticos a cumplir decisiones emanadas desde el ámbito seglar fue la orden de Felipe III de registrar toda la plata labrada del Reino, sin excepción de personas ni iglesias. La situación de las finanzas reales entre 1598 y 1607, año de la suspensión de pago a los prestamistas a corto plazo de la Hacienda Real, obligó en 1600 a ordenar la declaración y registro de toda la plata en poder de particulares y de la Iglesia, una medida previa, se temía, a la confiscación total o parcial. Como en este momento los únicos vasallos temporales del Arzobispo de

²⁴³² *Ibidem*.

²⁴³³ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. Colección de Papeles Varios, Tomo 2, doc. n° 6.

²⁴³⁴ A.M.S. Sección XVI. Catalogo de la Sección Diversos (1280-1515), doc. n° 326.- Acuerdo entre los cabildos eclesiástico y secular en relación con los familiares y con el diezmo del aceite, 1456, 10 fols.

²⁴³⁵ *Ibidem*.

²⁴³⁶ A.P.N.S. Legajo 12.356, año 1556, fol. 54.

Sevilla eran los habitantes de Umbrete los canónigos sede vacante mandaron hacer el inventario y registro de todos los vecinos de la localidad.²⁴³⁷

La medida suscitó tan violenta y total oposición que la medida tuvo que ser revocada en agosto de 1601.²⁴³⁸ La Pragmática llegó al Asistente de Sevilla, Conde de Montesclaros, para que la ejecutase, y como era sede vacante, el Cabildo respondió con prontitud, obedeciendo y dando los inventarios de su plata, pero con respecto a la de las iglesias dijeron que lo tenían que consultar con juristas y teólogos. El problema principal, según el informe que el Asistente envió al Rey el primero de mayo, era que muchos seglares se apresuraban a meter su plata en las sacristías y sagrarios de los monasterios y el Cabildo emitió cartas de excomunión para que los curas, sacristanes y otros religiosos no ocultasen la plata de los seglares entre las que estaban dedicadas al culto divino.²⁴³⁹

A pesar de los continuos enfrentamientos, el elemento seglar paracía necesitar al eclesiástico como mantenedor del discurso de la cohesión social y la reconciliación. Así lo vemos en 1416, cuando en plena lucha de bandos nobiliarios, la ciudad mandó al Mayordomo Gonzales de Villafranca que entregase 5 cahices de cebada, 50 pares de gallinas, 12 carneros y dos cargas de vino bueno a don Fernando, Obispo de Córdoba, por los gastos que había hecho al venir a Sevilla a tratar de poner paz en los debates y contiendas que había entre don Enrique, conde de Niebla, don Alfonso de Guzmán, su hermano, don Pedro Ponce de León, señor de Marchena, don Juan de Guzmán, hermano del Conde, don Pedro de Zúñiga y don Martin Fernández de Portocarrero.²⁴⁴⁰

En este afán de colaboración con el estamento eclesiástico, el Cabildo mantenía distintas medidas, algunas incluso reguladas en sus Ordenamientos, como las ayudas a las personas principales venidas a menos, a los frailes predicadores, a determinados ermitaños, etc. Vemos cómo durante el siglo XV se dedican distintas cantidades a la compra de libros de sermones, como el de Nicolao Lyra, que compró fray Manuel de San Francisco con la ayuda de 1.000 maravedíes del Cabildo seglar, y con lo que quedaba obligado a pedir por la salud y mejora de las almas de muchos cristianos y para rogar a Dios por las almas de los reyes pasados y por la vida y salud del Rey, así como por el bien de sus reinos y de la ciudad.²⁴⁴¹

También mantenía el Cabildo una limosna anual a Juan de Buenavista, *ermitaño de la vida pobre*, para ayudarle en la obra que hacía en Las Guardacabrillas, en el término de Córdoba, *excusando muchos robos y muertes de hombres y muchos males que allí se hacian y podrian hacerse de cuya obra se seguia mucho servicio de dios y provecho y bien de la comarca y gente de ella*.²⁴⁴²

²⁴³⁷ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601. lunes 30 de abril de 1601.

²⁴³⁸ LINDE, L. M. *Don Pedro Girón, Duque de Osuna: La Hegemonía Española en Europa a Comienzos del siglo XVII*. Madrid, 2005, p. 79.

²⁴³⁹ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, doc. n° 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 323.

²⁴⁴⁰ *Ibidem*, doc. n° 25, 17 de noviembre de 1416.

²⁴⁴¹ A.M.S. Sección XV. Inventario de los papeles del Mayordomazgo del siglo XV por Francisco Collantes de Teran. Tomo II, doc. n° 29, primeros de octubre de 1427.

²⁴⁴² *Ibidem*, doc. n° 92, año 1416.

Con respecto a la predicación, también el Cabildo de la ciudad ayudaba al Maestro de Teología de la Orden de Santo Domingo, fray Álvaro, para que él y otros frailes viniesen a Sevilla a dar sermones, *de los que se seguía servicio de Dios y provecho y salud de las almas de los vecinos y moradores, quitándose muchos pleitos y escándalo*. En concreto tenemos un documento por el que se le pagó la suma de 6.192 maravedíes para su mantenimiento desde el sábado 21 de octubre de 1419 hasta el sábado 13 de abril de 1420. Y de nuevo se le pagaron 5.800 maravedíes cuando vino a predicar desde el 23 de diciembre hasta el 2 de junio de 1421, que fueron 160 días a razón de 35 maravedíes diarios, mas 200 que se le entregaron a su partida.²⁴⁴³ Todos los años también se pagaba un bachiller y un licenciado que hacían de letrado y abogado de las viudas, huérfanos y pobres.²⁴⁴⁴

Más tarde, en 1424 le dieron, de las limosnas que mandaban los reyes de Castilla dar cada año, 3.000 maravedíes para ayudar en la edificación de un monasterio en Córdoba, en atención a los muchos y continuos trabajos que dicho maestro se tomó en Sevilla en sus sermones.²⁴⁴⁵ Finalmente el 11 de febrero de 1426 de nuevo encontramos una ayuda a fray Álvaro de 1.000 maravedíes para su mantenimiento durante el tiempo que estuviese predicando en Cuaresma.²⁴⁴⁶

Otras ayudas eran extraordinarias, como la que se le dio a los frailes Juan y Pedro, del Monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí, que estaban en el desierto alejado de pueblos para que pudiesen socorrer a los frailes que allí había, puesto que la ciudad más cercana era Damasco y había sido destruida por el Rey Morato, quedando dicho monasterio sin la provisión que recibía de esta ciudad, por cuya razón el Arzobispo Marco los había enviado a pedir limosna por toda la Cristiandad.²⁴⁴⁷ O los 1.000 maravedíes que se le dieron a fray Méndez, Obispo de Rubicón, como limosna para ayudar a su mantenimiento y el de su gente que partía a su obispado a las Islas Canarias visitando y haciendo cristianos a los infieles de dichas islas.²⁴⁴⁸

Otra de las limosnas que se solía entregar anualmente y que estaba mandada por el Rey en sus Ordenamientos era los 800 maravedíes que se daban a la Priora y monjas del Monasterio de Santa María la Real, que a cambio se obligaban a rogar por la almas de los Reyes de Castilla y por la vida y salud del Rey y por la paz y el sosiego de los reinos y conservación de la ciudad.²⁴⁴⁹ Otra de las contribuciones que hacía el Cabildo de la ciudad al estamento eclesiástico para que cuidasen del Rey y de su Reino era el pago al Tesorero, capellanes, sacristán y guardas de la Capilla de los Reyes en la Iglesia Mayor, donde yacían enterrados los reyes, por los oficios y aniversarios que hacían por sus almas y por la vida y salud del Rey.²⁴⁵⁰ En 1570 el Rey concedió una pensión a su Capellán Mayor y a los capellanes de la Capilla Real y mandó que solo hubiese un mayordomo con 1.200 maravedíes de pensión.²⁴⁵¹

²⁴⁴³ *Ibidem*, doc. nº 98, año 1420.

²⁴⁴⁴ *Ibidem*, doc. nº 63, año 1420.

²⁴⁴⁵ *Ibidem*, doc. nº 17, 26 de junio de 1424.

²⁴⁴⁶ *Ibidem*, doc. nº 37, año 1425.

²⁴⁴⁷ *Ibidem*, doc. nº 99, 18 de abril de 1421.

²⁴⁴⁸ *Ibidem*, doc. nº 73, 28 de septiembre de 1422.

²⁴⁴⁹ *Ibidem*, docs. nº 112 y 113, 11 de agosto de 1421.

²⁴⁵⁰ *Ibidem*, doc. nº 39.- 5 de agosto de 1420.

²⁴⁵¹ A.P.N.S. Legajo 12.399, año 1570, fol. 602

En este sentido, existen numerosas cartas que nos muestran cómo el Rey pide la intercesión del Cabildo eclesiástico y del Arzobispo para que con sus oraciones y plegarias se ganase *el buen suceso* de la Monarquía en su lucha contra los herejes y enemigos. En una carta del Rey al Arzobispo y Cabildo fechada en Lisboa el 9 de abril de 1582 le pedía que realizaran las plegarias y oraciones *porque las cosas de la cristiandad que estan en grave trance vaya bien* y porque la predicación y la oración lograra la enmienda de las almas y las costumbres *y especialmente de las personas eclesiásticas*.²⁴⁵² En otra carta fechada en Toledo el 25 de mayo de 1593 el Rey recordaba las plegarias que habían hecho contra los herejes y enemigos y cómo ahora habían ocurrido sucesos buenos, y con esto *se echa de ver su piedad y el fruto de vuestras oraciones*.²⁴⁵³

Tras la muerte de Felipe II, el nuevo Rey pidió al Cabildo en una carta de 22 de junio de 1599 que se hiciese continua oración para que se *encaminara el buen suceso de la Monarquía*. El 31 de enero de 1602 de nuevo se dirigía el Rey al Cabildo por las dificultades en defensa de la cristiandad y porque *sin el favor divino los medio humanos son de poco provecho contra los herejes y enemigos*, y en otra fechada en Valladolid el 28 de febrero de 1603 pedía que se hiciesen procesiones, oraciones y sacrificios para que las plegarias diesen sus frutos y que el Cardenal extirpase los vicios y pecados públicos. En otros muchos momentos vemos cómo los Reyes por carta solicitan del Cabildo sus oraciones y plegarias, como en la muerte de la reina y en la venida del Príncipe de Gales en 1623 *para encomendar a nuestro señor los negocios que se trataren*, o en ocasión de las guerras en Flandes.²⁴⁵⁴

²⁴⁵² A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila, doc. nº 15, Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, p. 323 y siguientes.

²⁴⁵³ *Ibidem*.

²⁴⁵⁴ *Ibidem*, p. 367.

6.2.- La disputa por las rentas en sede vacante

Durante el Cisma de Aviñón las rentas de la Santa Sede fueron intervenidas en los estados romanos y crecieron las necesidades del Erario Pontificio. Una de las consecuencias de este hecho fue el aumento de las exacciones y concretamente el intento de controlar las rentas de los obispados y arzobispados en sede vacante en los llamados *expolios* de los prelados. Esta novedad no fue general en todas las naciones católicas. En algunas encontraron resistencia y nunca fueron admitidas, como en Alemania; en otras fueron recibidas al principio y desechadas después, como en Francia, y, en otras lo fueron parcialmente, como en España, donde los expolios y vacantes sólo tuvieron lugar respecto de los obispados, porque los clérigos, según costumbre antigua confirmada por las Leyes Recopiladas, tenían derecho de testar de los bienes profecticios. Así lo vemos en 1482 cuando la Santa Sede intentó mediante una Bula que ningún clérigo pudiese testar sin licencia de la Sede Apostólica, y fue apelada por el Cabildo sede vacante sevillano, pues según los canónigos iba en contra de la *antiquísima costumbre de los Reinos de España*.²⁴⁵⁵

Para la recaudación de estas rentas los pontífices romanos enviaban colectores a las provincias, en las cuales tenían que atenerse a los convenios particulares que se tenían con las iglesias o cabildos.²⁴⁵⁶ En la Edad Media debió haber peligro de usurpación o malversación de los bienes de los obispos durante las vacantes, porque en las Partidas observamos cómo los cabildos encomendaban al Rey los bienes de la Iglesia, que los tenía bajo su protección hasta que los entregaba a su sucesor. Este derecho de *guardanía* cesó con el nombramiento de los colectores apostólicos. Las Cortes mostraron su desagrado por esta novedad que *iba en perjuicio de los pobres* y de las iglesias y fue motivo de reclamaciones por parte de la Corona, que pidió el restablecimiento del antiguo orden.²⁴⁵⁷

La lucha por las rentas de las sedes vacantes se explica si tenemos en cuenta que se trataba de importantes sumas. Tenemos el caso de Francisco de Sandoval, Oidor de la Audiencia de Grados, que teniendo obligación de poner 400 ducados del Expolio del Cardenal don Fernando Niño de Guevara en poder del Depósito General no lo hizo y se los entregó a Gerónimo González de Villanueva, con el que tenía tratos. Cuando éste murió sin haber dado instrucciones ni órdenes sobre este depósito, acudió a su casa y sacó de ella *muchos talegos de monedas y dejó encerrados papeles y joyas y se llevó las llaves*.²⁴⁵⁸ Otro ejemplo es el de don Pedro de Orense, Arzobispo de Burgos muerto en 1756, al que hallaron por expolio en su casa 3.500 doblones de a ocho en oro y 3.000 reales de a ocho en plata, 120 docenas de platos de plata, 120 arrobas de plata labrada, 130 pectorales de diamantes y esmeraldas, 100 sortijas de diamantes, 36 barras de oro en pasta que cada uno pesó 52 libras, las rentas de dos años del arzobispado que no

²⁴⁵⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 115. 19-6-1482.

²⁴⁵⁶ *Novísima Recopilación de las leyes de España: Dividida en XII libros. En que se reforma la Recopilación publicada por el Señor Don Felipe II en el año 1.567, reimpresa últimamente en el de 1.775: Y se incorporan las pragmáticas, cédulas, decretos, órdenes y resoluciones Reales, y otras providencias no recopiladas y expedidas hasta el de 1.804. (Con tres índices generales)* / mandada formar por Carlos IV. Madrid: (s.n.), 1.805-1.829. Libro II, Tit. XIII, Ley 1ª.

²⁴⁵⁷ Estas reclamaciones se contenían en el famoso Memorial de Chumacero y Pimentel a Urbano VIII en nombre de Felipe IV en sus artículos 8 y 9 donde se pedía la reforma de los expolios y vacantes.

²⁴⁵⁸ A.M.S. Sección XIII. Archivos Importantes, siglo XVII, Tomo 5, Oidor: una carta donde se denuncia que Francisco de Sandoval.

había cobrado, muchas rentas de lugares y de particulares que había comprado, el homenaje y alhajas de su casa, todo se estimaba en millón y medio de ducados.²⁴⁵⁹

Finalmente, el Concordato de 1753 acordó que los expolios y frutos de sede vacante se destinasen a obras piadosas, para lo cual el Rey nombraría ecónomos y colectores bajo su protección que los administrasen y distribuyesen.²⁴⁶⁰ En compensación el Rey depositó en Roma 233.333 escudos y se obligó a pagar una renta anual de 5.000 con destino a la manutención y subsistencia de los nuncios apostólicos.²⁴⁶¹

Toda esta problemática podemos observarla en el arzobispado de Sevilla en cada sede vacante, cuando se planteaba el problema del reparto de las rentas del Arzobispado y de la herencia del Cardenal muerto. A tal fin intervenía el Subcolector Apostólico de la Santa Sede que reclamaba su parte. Una figura clave en esta lucha era el Receptor o receptores de la Mesa arzobispal, pues de ellos dependía el cobro de las rentas. También eran frecuentes las intervenciones de la Corona, pues en caso de litigio podían apoderarse de ellas con mayor o menor fundamento de derecho. Y cómo no, los herederos del Arzobispo muerto, que también reclamaban la *rata* o parte que les correspondía.

Un primer caso lo tenemos el año 1485 en el pleito por el reparto de las rentas de la Mesa de la sede vacante de don Pedro González de Mendoza, que fue Arzobispo de Sevilla de 1474 a 1482 y de aquí pasó a Toledo. A éste le siguió don Íñigo Manrique de Lara, que lo fue de 1483 a 1485, y fue sustituido por don Diego Hurtado de Mendoza que ocupó la silla de 1486 a 1503. Pero en el pontificado de don Íñigo Manrique de Lara todavía se dirimían las cuentas de la sede vacante de don Pedro González de Mendoza. El 23 de diciembre de 1485 se presentó a Cabildo Diego Sánchez, Procurador del Arzobispo don Diego Hurtado de Mendoza, con un mandamiento del que al parecer había sido nombrado por Subcolector Apostólico para el cobro de las rentas de la Mesa, don Pedro de Frías, Juez y Vicario General en la Audiencia de Alcalá de Henares por don Pedro González de Mendoza, Cardenal de España y Arzobispo de Toledo.

El documento venía refrendado y autorizado por el Notario Apostólico y Secretario del Arzobispo y en virtud del mismo requería al Cabildo sede vacante para que mandase responder al Cardenal en su reclamación de los frutos que se debían de la Mesa Arzobispal, desde el día que fue proveída la Iglesia de Sevilla tras su salida y pase a Toledo, tal como se contenía en la Bula de la Sede Apostólica. Los canónigos dijeron que obedecían el mandamiento apostólico, pero dieron orden al Receptor de las rentas del Arzobispado nombrado por el Cardenal para que no se entrometiese ni recibiese nada en el cobro de las rentas ni en la parte del Arzobispo.

Pero el conflicto no se entablaba solo entre la Santa Sede y el Cabildo sino que los Reyes, por carta de 10 de enero de 1485, habían comunicado al Mayordomo Mayor de la Mesa Arzobispal, el Jurado Antón Serrano, que habían nombrado a Alfonso de Toledo, vecino de Córdoba, para que recibiese *las rentas, pechos, e derechos e diezmos*

²⁴⁵⁹ A.M.S. Sección XI, Archivo del Conde de El Águila, V, Tomo 66, *bienes encontrados a la muerte de un Arzobispo*.

²⁴⁶⁰ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Águila. Tomo 2º/6º. Arzobispos de Sevilla, tomo 2º.

²⁴⁶¹ GOLMAYO, P.B.: *Instituciones de Derecho Canónico*. Madrid: Librería de Sanchez, 1859. Tomo II, p. 300 y ss.

*e primicias que pertenecen a la Mesa Arzobispal de la Iglesia de Sevilla así en Sevilla como en otros lugares deste arzobispado a nuestra suplicación.*²⁴⁶² Días más tarde, Alfonso de Toledo informaba a los Reyes que los concejos y corregidores y otras personas del Arzobispado que debían pagar las rentas eclesiásticas no se las entregaban como debían por mandato real. Ante esto, los Reyes mandaron a todos los corregidores, asistentes, concejos, alcaldes, alguaciles, caballeros veinticuatro, jurados y *omes buenos* del Arzobispado que diesen todo el favor y ayuda que les pidiese su Receptor de las rentas para que:

fagais y ejecutéis en los tales consejos e arrendadores e fieles e cogedores meros e otras personas que deben pagar. E los bienes que así fizieredes las dichas execuciones los vendais e remateis en almoneda publica... e entreguéis al dicho Alfonso de Toledo los maravedíes.

Los distintos oficiales de la jurisdicción real se veían así en la encrucijada de tener que obedecer los mandatos regios, exponiéndose a ser excomulgados por los jueces eclesiásticos que se resistían a que los Reyes interviniesen en el cobro de las rentas eclesiásticas en sede vacante. Finalmente los canónigos mandaron pagar los salarios a los oficiales de la Mesa Arzobispal.²⁴⁶³

En la sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza de nuevo se planteó la disputa por el reparto de las rentas de la Mesa Arzobispal. El Subcolector de Su Santidad fue el Maestrescuela y en calidad de tal debía reclamar la parte de las rentas de la sede vacante *a prorrata* que correspondía a la Cámara Apostólica Romana. El sábado 21 de enero de 1503, los canónigos sede vacante discutieron sobre unas provisiones del Rey y la Reina que habían llegado y que trataban de cosas tocantes a la administración del Arzobispado y de la Mesa y sobre la *rata* que pertenecía al Cardenal muerto y ahora a sus herederos. Se trataba de una cédula de los Reyes dirigida al Subcolector Apostólico, el Maestrescuela, sobre la administración del Arzobispado y su Mesa y sobre la renta de los frutos de la Mesa arzobispal.

La cédula venía también dirigida al Tesorero de la Mesa Arzobispal, llamado Morales, pues los Reyes reclamaban la parte de los frutos y rentas pertenecientes al Cardenal. El Subcolector respondió que no podía dar la cédula al Deán porque la quería ver para responder, pues, aunque canónigo, su fidelidad al Cabildo estaba condicionada por la que debía, como Subcolector de las rentas del arzobispado sede vacante, al Nuncio Colector General. En febrero de 1503 mandaron los canónigos a un peón de la obra de la Catedral de correo a Madrid con cartas del Cabildo para los Reyes sobre la cobranza de los frutos de la Mesa. Después, dijeron al canónigo Pedro Pinelo, que había sido nombrado Tesorero del Subcolector, que saliese del Cabildo cuando se trataran temas del Tesorero, porque era la costumbre. Pedro Pinelo aducía que, aunque se tratase de cosas del Tesorero, él podía estar presente, y después de *muchas pláticas*, votaron y salió que no estuviese presente en el Cabildo. Pedro Pinelo obedeció pero pidió un testimonio de cómo le mandaron salir siendo un canónigo ordenado. Este tipo de disputas ponía de manifiesto el conflicto de lealtades que se producía cuando un canónigo era nombrado oficial al servicio de otra jurisdicción, en este caso del Colector de la Cámara Apostólica.

²⁴⁶² CARANDE, R. y CARRIAZO, J.M.: *El Tombo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*. Tomo III. Sevilla, 1968, años 1479-1485. Doc. II-402.

²⁴⁶³ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 3, fol. 24. año 1485.

El 2 de Marzo de 1503 los canónigos sede vacante mandaron a uno de los receptores de la Mesa, el canónigo Pedro Yenens, para que de lo que había cobrado de los frutos de la Mesa pagase 1.440 maravedíes a Francisco Padilla, peón de la obra de la Santa Iglesia de Sevilla, por haber ido de correo a la Corte con cartas del Cabildo sobre el negocio de la cobranza de los frutos de la Mesa. En este viaje y estancia empleó 32 días y se le pagó a 45 maravedíes cada uno.²⁴⁶⁴ En la Corte se encontraban las otras partes interesadas en el reparto de las rentas arzobispales en sede vacante, el Nuncio Colector General de los Reinos de España que defendía los intereses de la Santa Sede, y el monarca, que pretendía que las rentas provenientes de sus súbditos no terminasen en Roma. A su vez el Nuncio nombraba a un Subcolector, que solía ser un canónigo, para la defensa de la parte de la Cámara Apostólica en el reparto de estas rentas.

Los Reyes solían reclamar en sede vacante que los Alcaldes de las Fortalezas les pagasen una cédula por la tenencia de las mismas. En 1503 el escribano real Juan de la Fuente presentó una cédula de la reina doña Isabel para que los alcaldes le pagasen las tenencias. El Cabildo respondió que ya les había sido presentada otra cédula por el mismo Juan de la Fuente e hicieron una información para ver las personas que tenían las fortalezas. En Cantillana la tenía mosén Diego Vadillo, al cual mandaron pagar por el cargo el mismo salario que había establecido el Cardenal Hurtado de Mendoza. En Almonaster sin embargo no había alcaide que tuviese la fortaleza. Además, contestaban a la reina que estaban en sede vacante y los frutos de la Mesa Arzobispal los recibía y cobraba el Subcolector del Nuncio, que era el Maestrescuela; pues por un Breve del Papa se les mandaba *con grandes censuras* que *desembargaran* y dejasen libertad al Maestrescuela y a su padre, micer Francisco Pinelo, para que los cobrasen. Así que no podían pagar las tenencias de los alcaldes pues los canónigos en sede vacante no tenían a su cargo la cobranza de los frutos, *así que sus altezas enviasen el recaudo a quien tuviese cargo de la cobranza para que los pagase*.²⁴⁶⁵

A principios de mayo apareció el Colector Apostólico nombrado por la Santa Sede para el cobro de la parte que le tocaba de los frutos y rentas de la Mesa Arzobispal. Se trataba del Protonotario don Francisco Ortiz, Arcediano de Briviesca y canónigo de Toledo, que presentó una provisión al Cabildo en la que mandaba que cobrasen todo lo que hallasen de todos los frutos y rentas del Arzobispo Cardenal difunto y los pusiesen en depósito junto con lo que después recibió la Mesa Arzobispal en sede vacante. El Cabildo sede vacante respondió dando poder al Capellán de la Capilla de los Reyes, Juan de Pinos, para que en sus nombres se presentase ante él y le intimase una apelación de su parte como administradores de la Mesa Arzobispal, y para que en sus nombres pudiera parecer también apelando ante el Rey y la Reina y ante los del Consejo.

Así que la disputa por las rentas arzobispales en sede vacante se mantenía a tres bandas, por una lado el Cabildo como administrador de la jurisdicción ordinaria del Prelado tras su muerte, por otra el Colector en nombre de la Cámara Apostólica y por otra los Reyes que, haciendo valer su derecho de *guardanía*, en medio de la disputa trataban de sacar algún beneficio apoderándose de las rentas de la segunda sede episcopal española por su importancia económica. Además, en algunos momentos aparece también el heredero del Prelado muerto que reclama su parte de la herencia.

²⁴⁶⁴ *Ibidem*. 13 de Enero de 1503.

²⁴⁶⁵ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Autos Capitulares de sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, año 1503, Martes 18 de julio.

El martes 27 de junio se presentaron dos breves del Papa Alejandro VI, uno dirigido a los canónigos y otro al Maestrescuela (Subcolector Apostólico) y a Francisco Pinelo (Tesorero del Subcolector), en los que mandaba cobrar los frutos y rentas de la Mesa Arzobispal sede vacante y pagar su salario a los receptores a razón de 24.000 maravedíes anuales, que era lo que el Cardenal Hurtado de Mendoza daba de salario por el oficio de Contador de la Mesa. El Subcolector del Nuncio pretendía nombrar a sus propios oficiales, concretamente a los Receptores de las rentas, que de esta manera debían obedecerle a él en todo lo referente al cobro y depósito de los maravedíes y demás rentas de la sede vacante. Se trataba de nombrar sus propios oficiales, asegurándose así su fidelidad. De esta forma el conflicto se iba a verificar entre los contadores o receptores de las rentas de la Mesa Arzobispal y los receptores nombrados por el Subcolector, y entre el Tesorero de la Mesa y el Tesorero nombrado por el Subcolector.

Ante esto, los canónigos dieron orden a su Notario de los autos capitulares de la sede vacante que notificase a su Receptor de los frutos y rentas del Arzobispado, Marcos de Luzio, que no obedeciese al Subcolector Apostólico ni le acudiese con los maravedíes de las rentas de la Mesa, y que a partir de este día todo lo que diese al Maestrescuela, como Subcolector de Su Santidad, lo hiciese con licencia del Tesorero de la Mesa nombrado por ellos. En julio mandaron al Chantre y al canónigo Fernando Alfaro que se reuniesen con el Subcolector para que hiciesen la cuenta de los frutos y rentas de la Mesa que habían cobrado los receptores desde el día de la muerte del Cardenal. El martes 8 de agosto mandaron a los contadores de la Mesa que averiguasen las cuentas de los receptores (los canónigos Pedro de Yenens, Alonso de Ayora, Martín de la Campana y Lope Rodríguez) correspondiente a los frutos que recibieron de la Mesa Arzobispal en sede vacante, y lo que por mandado de los canónigos habían pagado, y les diesen su *carta de fin*. Después *platicaron* sobre ciertos maravedíes que quedaban por pagar, de lo que los canónigos mandaron librar a los que tenían *cargo de la gobernación del Arzobispado*, y de otras cantidades libradas. Y cometieron al Subcolector de los frutos, en nombre y con poder de la Cámara Apostólica, para que diese todos los días que hicieren falta para cumplir dichos libramientos.

El 19 de septiembre mandaron al Notario que hiciese la libranza de los salarios de todos los oficiales de la sede vacante, que fue refrendada por el Subcolector Apostólico, el Maestrescuela, para que se pagase a cada uno de ellos las cuentas contenidas en las nóminas, pues los salarios de los oficiales del Arzobispado se pagaban de la parte que le correspondía a la Cámara Apostólica. Después, se trató con los albaceas sobre el Testamento y el reparto de la herencia del Cardenal Hurtado de Mendoza. También mandaron al Subcolector que retuviese todos los maravedíes que hubiese tomado de Diego de Vadillo, Alcalde de Cantillana, hasta que restituyese las ropas que tomó prestadas a los vecinos de la villa.

El miércoles 20 de octubre de 1503 decidieron que lo que se pagaba por el Molino a la Fábrica de la Iglesia de Olivares de los fondos de la Mesa Arzobispal lo pagase el Subcolector de la parte de la Cámara Apostólica, pues este molino y el que se pagaba de la Mesa Capitular era todo *para libros y ornamentos y otras cosas que era menester para el servicio de la Iglesia, pues el Prelado y los canónigos en sede vacante estaban obligados a lo pagar*.²⁴⁶⁶ El día siguiente lo dedicaron a discutir sobre lo que

²⁴⁶⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 6. Sede vacante del Cardenal Hurtado de Mendoza, 20 de octubre de 1503.

correspondía al Papa y al Prelado de las rentas arzobispales y determinaron que lo vieses sus letrados, pues había varios pleitos pendientes sobre el reparto de la hacienda del Cardenal muerto. El martes 5 de diciembre *advocaron* (asumieron) todos los pleitos que tocaban a la Hacienda del Cardenal, en que habían proveído sentencia los jueces ordinarios, y admitieron las apelaciones hechas por los albaceas del Cardenal, cometiendo las causas al Provisor, bachiller Lope de Madrigal, para que procediese en ellas. Finalmente el Cabildo mandó a sus contadores para que vieses la parte que pertenecía al pago de los frutos que rentó el arzobispado desde el día que murió don Diego Hurtado de Mendoza hasta que fue proveído don Juan de Zúñiga, y que se liquidase con la Sede Apostólica todo lo que se le debiese; pero al Contador Martín de la Campana le ordenaron que no pagase la *rata* que correspondía al Cardenal muerto, pues había pendiente un litigio con los herederos del Cardenal por el reparto de la herencia.

Una de las primeras medidas que tomaba el Cabildo, en aras de defender las rentas de la sede vacante de las apetencias del Colector Apostólico, era nombrar unos diputados de las Honras por el Cardenal muerto, para que vieses la cuenta y forma que habían tenido en la sede vacante anterior y tomasen las medidas oportunas, a fin de asegurar las rentas necesarias para la ceremonia. Sobre todo las *obsequias* que se daba a los beneficiados de la Catedral por su asistencia de luto a las honras fúnebres. Los diputados invitaban a todos los señores que estuviesen en la ciudad, *duques, condes y marqueses*, así como al Cabildo seglar, al Santo Oficio, y a todas las *señoras e dueñas desta ciudad* y les rogaban que estuviesen presentes a las honras del Cardenal.²⁴⁶⁷ En la sede vacante de don Alonso Manrique (1538) los diputados nombrados fueron los canónigos Juan de Moguer y Baltasar del Río, que junto con los contadores embargaron las rentas necesarias para hacer las *onras del reverendo Cardenal muerto*, y concretamente 1.000 ducados que era costumbre gastar en las *obsequias que solía hacer el Prelado*. Para lo cual dieron orden de que se embargase el pan de los diezmos que estaba en poder de los fieles de Écija y Jerez y *otros cualquier maravedíes que se hallaren*. Estas *obsequias* se repartían por los contadores entre los señores beneficiados que estuviesen presentes con luto a las honras del Cardenal. Como no había dinero efectivo para las costas y gastos mandaron que se vendiese el pan necesario para alcanzar la cantidad de ducados indicada.

El otro contencioso que se planteó en esta sede vacante era sobre los salarios de los oficiales del Arzobispado. Y lo cierto es que la intervención del Colector del Nuncio, reclamando la parte de las rentas arzobispales que correspondían a Su Santidad, hizo que los canónigos rebajaran sus pretensiones salariales, pues los salarios de los oficiales sede vacante se pagaban de los maravedíes correspondientes a la Cámara Apostólica. El mecanismo era el siguiente: el Cabildo, como administrador del Gobierno Arzobispal en sede vacante, ordenaba a los receptores de los frutos y rentas de la Mesa que, de la cantidad que correspondía a la Cámara Apostólica, descontasen los salarios y pagasen a los oficiales de la sede vacante. En este caso las cantidades parecieron excesivas al Subcolector Apostólico, que era el Arcediano de Écija, y el Nuncio, como Colector General para los Reinos de España, presionó para que se moderasen.

²⁴⁶⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, 28 de septiembre de 1538.

El viernes último de febrero de 1538 cometieron al licenciado Sandoval para que, junto al Letrado del Cabildo, hiciesen un requerimiento al Arcediano de Écija, que había sido nombrado Subcolector Apostólico, y al Nuncio, don Juan Pogio, para que pagasen los salarios a los oficiales de la sede vacante según lo que había señalado el Cabildo. Pero se ve que el Subcolector no estaba de acuerdo con las cantidades que se habían adjudicado los canónigos sede vacante y apeló su decisión. Otro problema era que el Subcolector Apostólico de nuevo pretendía nombrar sus propios oficiales de la Mesa, para asegurarse de esa forma el cobro de las rentas. El 5 de octubre de 1538 el Cabildo cometió a los canónigos licenciado Sandoval, licenciado Santillán y doctor Ramírez para que viesan la provisión que había intimado el Subcolector y *platicasen* con él, informasen al Cabildo y respondiesen e hiciesen las apelaciones que les parecieren. También escribieron sobre este asunto al Nuncio, contradiciendo su intención, y cometieron a los letrados del Cabildo para que estudiasen el negocio del reparto de los frutos del Arzobispado sede vacante y nombramiento de oficiales. Así como eran frecuentes las disputas también lo eran las negociaciones y las idas y venidas de los correos a Madrid. En esta sede vacante mandaron a los contadores que librasen veinte ducados de oro en los receptores para pagar el salario de los carteros y de los diputados enviados a la Corte para negociar con el Nuncio el reparto de las rentas.²⁴⁶⁸

Es de notar el aumento considerable de los salarios de los oficiales en esta sede vacante, en algunos casos con subidas del 400 % (Provisor y Juez de la Iglesia pasaron de 15.000 a 60.000 maravedíes) y en otros de hasta del 500 % (Alcaides de Zalamea, Brenes, Villaverde y Umbrete pasaron de 5.000 a 25.000 maravedíes, y el Alcaide de las Casas y Palacio Arzobispal de 3.000 a 15.000 maravedíes). Los momentos de sede vacante suponían para el Cabildo de canónigos una oportunidad de adquisición de poder sobre rentas y asuntos que habitualmente no les competían, y a menudo paraba en abusos. En este caso se trataba de la lucha por las rentas arzobiscales entre el Cabildo y la Cámara Apostólica, representada por el Colector del Nuncio, pues los salarios de los oficiales se pagaban de la parte correspondiente a ésta.

El aumento de los salarios de los oficiales no era más que otra forma de retener las rentas que pertenecían a la Cámara Apostólica. Efectivamente, por auto capitular *platicando sobre los salarios de los oficiales... por ciertos respectos que a ello les movía avía e ovieron por bien en lo que toca a los salarios se guarde este auto y no el pasado*²⁴⁶⁹: al Provisor 40.000 maravedíes, al Juez 40.000, al Juez de Testamentos 30.000, a los cuatro visitadores, a cada uno 22.000, al Obispo Auxiliar 30.000, al Visitador de Monjas 22.500, al Alcaide y Alcalde Mayor de Cantillana 33.884, al de Almonaster 22.500, al de Zalamea 18.750, al de Umbrete 18.750, al de Villaverde 18.750, al de Brenes 18.750, al Alcaide y Guarda de la Casa Arzobispal 11.250, al Alguacil Mayor 22.500, al Alcaide de las cárceles 10.000, a los dos contadores 30.000 maravedíes y 100 fanegas de pan a repartir entre ellos, al Alcaide de las dos Torres 8.000 y al Secretario de la sede vacante 20.000.

Eso suponía un aumento desproporcionado con respecto a la sede vacante anterior, así que el Nuncio siguió presionando y tuvieron que rebajar sus pretensiones mandando librar en el Arcediano de Écija, Subcolector Apostólico, las partidas de los

²⁴⁶⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, 12 de noviembre de 1538.

²⁴⁶⁹ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, lunes último día de septiembre de 1538, Auto de los Salarios.

salarios de los oficiales de la sede vacante siguientes: al Provisor 10.000 maravedíes, al Juez Oficial 7.500, al Juez de Suplicaciones 5.000, a los visitadores del Arzobispado 4.000 a cada uno, al Obispo para los actos pontificales 12.500, al Visitador de Monjas 5.000, al Alcaide y Alcalde Mayor de Cantillana con su Alguacil 17.500, al Alcalde Mayor de Almonaster 5.000, al de Zalamea 5.000, al de Umbrete 5.000, al de Villaverde 5.000, al de Brenes 5.000, al Secretario de los autos capitulares 3.000, al Alcaide de las casas arzobispales 1.500, al Alcalde de las dos Torres 2.500, al Alguacil Mayor 5.000 y al Alcalde de la cárcel arzobispal 5.000.

Finalmente, tras este forcejeo inicial, y teniendo en cuenta el tiempo que habían ejercido sus oficios los oficiales sede vacante, que no había sido el año completo, el miércoles 11 de junio de 1539 terminaron recortando aún más los salarios hasta llegar a las cantidades siguientes: para el Provisor 5.000 maravedíes, para el Juez 3.750, para el Juez de Testamentos y Obras Pías 2.500, para el Obispo 6.250, para el Visitador de Monjas 2.500, para el Alcaide y Alcalde Mayor de Cantillana 8.700, para el de Almonaster 2.500, para el de Zalamea 2.500, para el de Umbrete 2.500, para el de Villaverde 2.500, para el de Brenes 2.500, para el Alcaide de las casas arzobispales, para el Alcaide de las dos Torres 1.850, para el Alcaide de la cárcel 2.500 y finalmente para el Secretario de los autos capitulares de la sede vacante 1.500 maravedíes. La nómina montaba en total 54.750 maravedíes y como se ve la distancia entre las pretensiones iniciales y el resultado final de la negociación con el Colector Apostólico fue notable.

Para el cobro del pan o de cualquier otra renta era necesario el poder del Ordinario, y en las sedes vacantes, cuando intervenía el Subcolector del Nuncio, se producían fricciones entre jurisdicciones. En 1538 el receptor nombrado por el Subcolector del Nuncio, Arcediano de Écija, pretendió recibir frutos y rentas de la Mesa, y el Cabildo mandó que no se entrometiese a cobrar ni recibir pan ni maravedíes ni otras cosas tocantes a la Mesa, bajo pena de excomunión. A tal fin envió a los correos por todo el Arzobispado con una orden para que ninguna persona se entrometiese a cobrar cosas de la Mesa sin el poder del Cabildo.²⁴⁷⁰

Para hacer frente a este desafío a la jurisdicción ordinaria, el Cabildo emitió un edicto de embargo para todos los fieles del pan de Sevilla y su Arzobispado, tanto eclesiásticos como seglares, mandando que no diesen a nadie el pan que tocaba a la Mesa Arzobispal, bajo ciertas penas. Después el contador Alonso Ordiales hizo la prorrata de lo que correspondía a la Cámara Apostólica y de lo que correspondía a la Mesa Arzobispal, que era del heredero del Cardenal. A la parte de la Cámara correspondía el pago de los salarios de los oficiales sede vacante y a la de la Mesa el pago de las reparaciones que fuesen necesarias en las casas y fortalezas. A continuación alzaron el embargo de la parte de la Mesa y mandaron a los fieles del pan de Sevilla y su Arzobispado, tanto eclesiásticos como seglares, que diesen su parte a Juan Antonio Picolomini, heredero del Cardenal Alonso Manrique, una vez descontados los gastos de reparaciones. Pero no alzaron el embargo de la prorrata que pertenecía a la Cámara Apostólica.

En cuanto al nombramiento de los oficiales, el enfrentamiento también fue enconado. El Colector pretendía nombrar a sus propios oficiales y el Cabildo defendía

²⁴⁷⁰ *Ibidem*.

su derecho a nombrar a todos los oficiales en sede vacante, excepto los que se arrendaban, que pertenecían a la Cámara Apostólica. El 7 de noviembre de 1538 se presentó en el Cabildo Juan Zayas, como Secretario que dijo ser del Señor Juan Pogio, Nuncio de Su Santidad, y dijo que él había sido nombrado y proveído de oficio de Notario de la Audiencia del Provisor y Secretario y Notario de los autos capitulares de la sede vacante por su señor el Subcolector Apostólico. Pero añadió que, como la presentación y provisión del dicho oficio tocaba al Cabildo sede vacante, *se desistía y desistió, y se apartaba y apartó* de la dicha nominación y provisión, renunciando cualquier derecho y dejando los oficios a los señores del Cabildo para que lo proveyesen en la persona o personas que quisieren *e vien tuvieren como cosa cuya provisión toca a los dichos señores*.²⁴⁷¹

Después de esto, atentos a la *avilidad suficiencia e buena fama* de los señores Juan Zuárez, Notario Apostólico, y don Juan de Zayas, estantes en la ciudad de Sevilla, los nombraron por notarios de la Audiencia del Provisor de Sevilla y su Arzobispado, *con todos los derechos e ovenciones que suelen tener y han tenido los Notarios de la dicha Audiencia*.²⁴⁷² Está claro que hubo un acuerdo previo, los notarios se desistieron de sus cargos renegando de la jurisdicción del Subcolector, y el Cabildo sede vacante les premió nombrándolos de nuevo en sus oficios. De esta forma los notarios aseguraron su continuidad cambiando de señor, pues el Colector desaparecería tras el cobro de sus rentas, mientras el Cabildo continuaría ejerciendo influencia y poder en el gobierno arzobispal. Preferían la fidelidad a un señor menos poderoso pero más cercano.

Para el pago de los salarios mandaron que se hiciera la nota de los oficiales de la Mesa Arzobispal y se les pagase a fin de noviembre, obligándose con el Contador de la Mesa que si en algún tiempo les fuere demandado el dinero de los salarios que llevaban lo pagarían de sus bienes. Y que el Chantre hiciera sacar una fe de los salarios de los oficiales para el requerimiento que hizo el Subcolector. También hubo problemas con los ducados que pedía el Subcolector al Notario de la Vicaría de El Puerto de Santa María, pues los notarios de las vicarías, como oficios que se arrendaban, pertenecía cobrarlos al Subcolector.

El viernes 8 de noviembre mandaron los canónigos que de todos los maravedíes, pan, trigo y cebada del año 1538 que se hallare en poder de los fieles, como arrendadores de los diezmos que tocaban a la Mesa Arzobispal, no se entregase nada al Subcolector hasta que se hiciera la renta y se pagaran las deudas conocidas del tiempo del Cardenal Manrique, las reparaciones de las iglesias y fortalezas, los salarios de los oficiales y capellanes, y otras costas, cargos y gastos a los que estaba obligada la Mesa Arzobispal. Advirtiéndole a los fieles arrendadores que no lo pagaran al Subcolector, y si lo pagasen sin comisión del Cabildo, responderían con sus bienes y haciendas. Después, mandaron a Alonso Ordiales, Notario repartidor de los frutos y rentas, tanto de los que tocaban al Arzobispo como a la Mesa Capitular, que no se sacase repartimiento alguno de pan ni maravedíes que tocaban a la Mesa del año 1538 hasta que el Cabildo lo mandase, y que los contadores y receptores de las rentas de la Mesa Arzobispal no consintieran que ninguna persona se entrometiese en cobrar pan ni maravedíes ni otras cosas, ni del año anterior ni de la sede vacante, sin que primero tuviesen el poder del

²⁴⁷¹ A.C.S.. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, jueves 7 de noviembre de 1538.

²⁴⁷² *Ibidem*.

Cabildo, pues el Subcolector del Nuncio ya había procedido a nombrar a sus oficiales para el cobro de las rentas.

Uno de estos era Diego Arias, vecino de Sevilla, que había sido nombrado por el Subcolector Receptor de la Mesa Arzobispal para el cobro de los frutos y rentas. El Cabildo le ordenó que no se entrometiese a cobrar ni recibir pan ni maravedíes bajo pena de excomunión. Y al fiel de Utrera, Rodrigo Velagran, y posteriormente a los demás fieles del pan de los lugares, que de los diezmos pontificales que tenían depositados, vendiesen todo el pan que le indicase el Contador Diego Vázquez Aldrete y entregasen todo el dinero efectivo que hicieran al Receptor de la Mesa Arzobispal. Y esto para liquidar las rentas del Arzobispado y repartirlas entre el Colector del Nuncio de la Santa Sede y lo que pertenecía al Cardenal muerto y a sus herederos, una vez descontados los salarios de los oficiales de la parte de la Cámara Apostólica y los gastos de reparaciones y obras de las fortalezas y fábricas de la parte del Arzobispo.²⁴⁷³

El 14 de noviembre dieron orden a los contadores de la Mesa Arzobispal para que vendiesen cien fanegas de trigo de lo que tenía Juan Díaz Aragonés, fiel del pan de la collación de Santa María de Sevilla, y de las rentas de las monjas y frailes que tocaban a la Mesa, a pesar de cualquier embargo o requerimientos que les hubiesen hecho. Y de las rentas de las monjas y frailes en la Iglesia de Lebrija que vendiesen cien fanegas de pan, y si no las hubiese en Lebrija que las tomasen de Utrera y las entregasen a los receptores de la Mesa nombrados por el Cabildo. Se trataba de pagar al Subcolector del Nuncio que había presentado un requerimiento embargando el trigo y había nombrado a sus propios receptores para el cobro. El jueves 28 de noviembre cometieron al Arcediano de Sevilla, al Chantre Juan de Moguer, a Rodrigo de Solís y al doctor Ramírez, con los contadores de la Mesa, para que se entendiesen con el Subcolector y con los herederos y albaceas del Cardenal e hicieran la *rata* de lo que pertenecía al Cardenal y de lo que pertenecía a la Cámara Apostólica, y se pusiera recibo de lo que tocaba a la cobranza y todo lo demás que conviniese a la Hacienda, dando su parte al heredero del Cardenal.

El 29 de noviembre mandaron a los legados del Cabildo para que fuesen con el Letrado de la sede vacante a ver la copia del Breve que presentó el Colector del Papa y que *estuviesen prevenidos* para responder, advirtiéndole *que ninguna iglesia deste reino tiene la administración como la tiene esta santa iglesia de Sevilla*.²⁴⁷⁴ Pues el Nuncio les había intimado una Monitoria y tenían que responder si obedecerían a sus pretensiones de nombrar sus propios receptores de las rentas. El Cabildo Catedral sevillano pretendía que tenía mayores prerrogativas que el resto de las iglesias de España en sede vacante, pues además del gobierno y administración del Arzobispado, había nombrado desde tiempo inmemorial a los oficiales mayores y menores del gobierno arzobispal.

Una de las partes en el reparto de las rentas era del heredero del Cardenal, Juan Antonio Picolomini, su sobrino, que fue su Mayordomo Mayor. El 19 de diciembre, por nuevo mandamiento hecho a los fieles del pan de Sevilla y su Arzobispado se les ordenaba, como arrendadores de las rentas, que diesen y entregasen a Juan Antonio Picolomini, heredero del Cardenal, todo el pan del año que le tocaba *prorrata* a la Mesa

²⁴⁷³ *Ibidem*, p. 121.

²⁴⁷⁴ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 16. Sede vacante de don Alonso Manrique, 1538-1539, 29 de noviembre de 1538.

Arzobispal, según el cálculo hecho por el Contador Alonso de Ordiales, pero no alzaron el embargo que tenían hecho con la *prorrata* de la Cámara Apostólica. Acordaron obedecer los mandamientos del Nuncio Juan de Poggio y alzaron el secuestro y embargo que tenían hecho sobre los frutos del Arzobispado de la *rata* que correspondía a la Cámara Apostólica, pero protestaron y apelaron de la cédula, porque se perjudicaba la preeminencia de su Iglesia. Y afirmaron que obedecían por las censuras que les había puesto el Nuncio en la Monitoria, en la que mandaba a los oficiales que hicieran la *rata* de lo que pertenecía al heredero del Cardenal y de lo que pertenecía a la Cámara Apostólica y se la diesen al Colector para cobrarla. Finalmente, mandaron que los receptores de la Mesa pagasen la parte que correspondía a Juan Antonio Piccolomini, heredero del Cardenal, y también la que correspondía a la Cámara Apostólica. Pero decidieron seguir el pleito en grado de apelación, haciendo venir a los letrados del Cabildo para ver la forma de obedecer el Breve.

Todas las reparaciones de iglesias y fortalezas se realizaban de la parte de las rentas de la Mesa que pertenecía a los herederos del Cardenal; por esto había que realizarlas antes de que se produjera el reparto. A tal fin mandaron que se embargasen ciertas cantidades en los fieles de los diezmos de todo el pan y trigo que tocaba a la Mesa para asegurar el pago de las reparaciones. El Arzobispo fray Diego de Deza había entregado al canónigo Juan Herrera, antes de morir, la cantidad de 13.000 maravedíes para el arreglo de las fortalezas, casas, y posesiones de la Mesa Arzobispal. Estas cantidades fueron tasadas en la sede vacante anterior y ahora se tomaban como referencia para el gasto de las reparaciones. Esta tasación se le encomendaba a los alarifes, que averiguaban y apreciaban con los alcaides y alcaldes mayores de las fortalezas las cantidades que eran necesarias.

En el año 1546, Íñigo López, Escribano Mayor del Consistorio, tenía arrendado su oficio con sus derechos al Arzobispo García de Loaysa, pero al morir éste, le sucedió en la administración de la sede vacante el Subcolector de la Cámara Apostólica, Maestrescuela Sebastián Ponce, que mantuvo el contrato de arrendamiento. El escribano se obligó a pagarle y como el Subcolector estaba procediendo contra los deudores de la Mesa Arzobispal, y hacía diligencias contra ellos, y esto le podía perjudicar, se comprometió en el contrato a dar todos los despachos a la Mesa y Cámara sin cobrar derechos y sin pedir descuentos en el precio del arrendamiento.²⁴⁷⁵

En la sede vacante de Gaspar de Zúñiga y Avellaneda (1571) de nuevo nos encontramos a los canónigos mandando a los alcaldes y justicias de Cantillana, Brenes y Villaverde que guardasen el pan y no consintiesen sacarlo y gastarlo sin la autorización de los canónigos sede vacante, pues eran rentas de feudos arzobispales que ahora pasaban a ser controladas directamente por el Cabildo.²⁴⁷⁶ Después, el Cabildo sede vacante mandó a los notarios de las audiencias del Provisor y del Juez de la Iglesia, así como al Teniente de la cárcel arzobispal, que acudiesen a la Cámara Apostólica con el *servicio* que pagaban al Arzobispo y les dieron poder para ejercer sus cargos. Esto nos indica que los notarios, y algunos otros oficiales, todavía pagaban a la Mesa Arzobispal un arrendamiento por sus oficios, y a la Cámara Apostólica en sede vacante, que era la que gestionaba y cobraba las rentas en este período y pagaba los salarios a los oficiales del gobierno arzobispal. Y como representante de ella al Subcolector del Nuncio, don Hernando Saucedo, Arcediano de Niebla, al que permitieron estar presente en la

²⁴⁷⁵ A.P.N.S. Legajo 12.323, año 1546, fol. 3170.

²⁴⁷⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de Cabildo Pleno. Libro 30. 10 de julio de 1570.

elección de los oficios con la condición de que no se le proveyese de ninguno tocante a la sede vacante. En el caso del Teniente de la cárcel se planteó un litigio ante el Provisor, porque nunca antes había intervenido el Subcolector en su nombramiento, ni había recibido el arrendamiento de este oficio.

Hernando de Saucedo mandó inventariar los bienes del Arzobispo Gaspar de Zúñiga al albacea testamentario Alonso de Revenga²⁴⁷⁷, y al Contador y Mayordomo Mayor en nombre de la Cámara Apostólica, Simón de Valdés, que cobrase lo que debían los arrendadores de los diezmos. Días después, aparece éste cobrando a los arrendadores del diezmo de los corderos de Arcos de la Frontera (Cádiz), el mercader Martín Sánchez y Bartolomé de Jaén, 23.400 maravedíes que le debían a la Cámara Apostólica y a la Mesa Arzobispal de la segunda paga de la renta del año 1569.²⁴⁷⁸

En 1571 todavía se arrastraban las cuentas del expolio de don Fernando Valdés, muerto en 1568. El Receptor y Administrador de las Rentas de la Mesa, por la Cámara Apostólica, en la sede vacante del citado prelado había sido Simón de Valdés, pariente del Arzobispo y hombre de confianza que desempeñó distintos oficios durante su pontificado. Después siguió siéndolo con el Arzobispo Gaspar de Zúñiga, y ocupó el oficio de Mayordomo de la Mesa Arzobispal y a su muerte también fue el Administrador de su Expolio. Ahora aparecía recibiendo del administrador del Almojarifazgo de la ciudad, el señor Pedro Luis Torregrosa, y en su nombre el genovés Vicencio Spínola, la renta de los juros que tenía la Dignidad Arzobispal sobre el almojarifazgo de la ciudad de Sevilla por privilegio de Su Majestad, tanto de tiempos del Arzobispo Valdés como de Gaspar de Zúñiga.²⁴⁷⁹

También le vemos mandando al pregonero que diese de viva voz en almoneda pública unas casas que tenía Gaspar de Zúñiga en Lebrija (Sevilla),²⁴⁸⁰ y pagando distintas pensiones sobre las rentas de la Mesa Arzobispal que tenían distintos señores, tanto seglares como eclesiásticos.²⁴⁸¹ A la llegada del nuevo Arzobispo, don Cristóbal de Rojas, siguió haciendo gestiones como Receptor de los expolios pasados, y recibió del prelado 3.103.759 maravedíes que había cobrado el Mayordomo de la Mesa, Pedro de la Rosa, pertenecientes a la Cámara Apostólica.²⁴⁸² En 1573 se reunieron el Subcolector de la Cámara Apostólica, el Arcediano de Écija don Gerónimo Manrique, el Receptor de la Cámara, Simón de Valdés, y el Mayordomo de la Mesa de don Cristóbal de Rojas, Pedro de la Rosa, para ver la parte de los frutos y rentas de la sede vacante de don Gaspar de Zúñiga que estaban pendientes. Parte de estas rentas correspondían a los 47.000 maravedíes de Juro que tenía la Dignidad Arzobispal de renta anual sobre el Almojarifazgo de Sevilla por privilegio real. Estos los recibió Simón de Valdés del Administrador del Almojarifazgo.²⁴⁸³ Para los pleitos relacionados con los expolios Simón de Valdés se sustituyó en Andrés de Hervás, Francisco de Aguilera y Pedro de Palomares, procuradores de causas en la Chancillería Real de Granada.²⁴⁸⁴

²⁴⁷⁷ A.P.N.S. Legajo 12.403, año 1571, fol. 926.

²⁴⁷⁸ A.P.N.S. Legajo 12.399, año 1570, fol. 514.

²⁴⁷⁹ A.P.N.S. Legajo 12.404, año 1571, fol. 199; Legajo 12.404, año 1571, fol. 200.

²⁴⁸⁰ A.P.N.S. Legajo 12.404, año 1571, fol. 399.

²⁴⁸¹ A.P.N.S. Legajo 12.409, año 1572, fol. 294.

²⁴⁸² A.P.N.S. Legajo 12.413, año 1573, fol. 843.

²⁴⁸³ A.P.N.S. Legajo 12.413, año 1573, fol. 868.

²⁴⁸⁴ A.P.N.S. Legajo 12.418, año 1573, fol. 291.

En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas, el 1 de abril de 1581, se reprodujo el enfrentamiento por la provisión de los oficios entre el Cabildo de canónigos y el Colector del Nuncio en nombre de la Cámara Apostólica. El Deán renunció al oficio de Provisor porque tenía que ir a Madrid, a la Corte, y había que elegir a un nuevo Provisor. Los canónigos reunidos en Cabildo mandaron al canónigo Fernando Pérez de Saucedo que se saliera porque era Subcolector de la Cámara Apostólica y por tanto agente del Nuncio, y se trataba de un tema sobre el que había un viejo litigio: la elección de los oficiales del arzobispado en sede vacante.²⁴⁸⁵ Salió elegido por mayoría don Alonso Fajardo de Villalobos, Obispo de Esquilache.

Todo lo que afectase a las posesiones y rentas de la Dignidad debía contar en sede vacante con el visto bueno del Colector de Su Santidad. En este caso se trataba de hacer una obra de ensanche de la calle Abades, por el lateral del Palacio Arzobispal, y el Cabildo y Regimiento de Sevilla pidió licencia al Colector, el Obispo de Forlì Juan Francisco Canobio, y en su nombre al Subcolector, residente en Sevilla. Parece que la calle era muy angosta y una de las más *pasajeras* de la ciudad, y para el *aprovechamiento* de la República había que derribar una pared de Palacio.²⁴⁸⁶

El Subcolector Apostólico, como representante de la Cámara Apostólica romana, se hizo cargo de las rentas de la Mesa Arzobispal para su cobro, gestión y reparto. Esto incluía el cobro de los arrendamientos de distintas propiedades de la Dignidad Arzobispal. Por ejemplo, Gonzalo Pérez, zapatero, pagó a la Cámara Apostólica, y al Subcolector Hernán Pérez de Saucedo en su nombre, el arrendamiento de la tienda nº 90 de las Gradass, que estaban a las espaldas de las Casas Arzobispaless, por 13.000 maravedíes cada año.²⁴⁸⁷

Como parte de estas rentas, pretendía también el nombramiento de los oficiales, pues así recibía los importes de los arrendamientos. Sin embargo el Cabildo siempre se opuso a esta pretensión y de aquí derivó un pleito interminable. El Cabildo dio poder al Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos para que nombrasen notarios, fiscales y demás ministros de sus audiencias, dándoles los oficios libres, sin arrendamiento ni pago alguno de dinero. De nuevo se planteaba el problema de la elección de los notarios y demás oficiales, pues el Subcolector Apostólico, el canónigo Hernán Pérez de Saucedo, nombró otros notarios a quienes les arrendó el oficio por una cantidad concertada. Los canónigos cometieron al Provisor, doctor Negrón, y al Alcaide de las Casas Arzobispaless, doctor Hojeda, para que trataran el asunto con el Colector de la Cámara Apostólica e impidiesen que sus colectores arrendasen los oficios, pues pretendían que el Cabildo debía nombrar a los oficiales del Consistorio, y si fuese necesario hicieran las diligencias que conviniesen en Sevilla y fuera de Sevilla.²⁴⁸⁸

Ante la falta de acuerdo el Deán lo contradijo y el 28 de septiembre de 1581 el Subcolector procedió con mandamientos y censuras ante el Notario Juan de Arévalo, para que en el plazo de 24 horas revocasen el nombramiento de los notarios de los

²⁴⁸⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-1581.

²⁴⁸⁶ A.P.N.S. Legajo 12.464, año 1581, fol. 76.

²⁴⁸⁷ A.P.N.S. Legajo 12.468, año 1581, fol. 255.

²⁴⁸⁸ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-1581.

tribunales, hasta declararlos excomulgados.²⁴⁸⁹ El lunes 7 de noviembre el Colector envió desde Madrid copia del Breve y Motu Proprio de Su Santidad por el cual concedía a los colectores la jurisdicción y los nombramientos de contadores de la Mesa, Alcaide del Palacio Arzobispal, notarios de los juzgados y ministros para la administración y cobro de los frutos del Arzobispado y mandaba a los oficiales nombrados por el Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos que no usasen sus oficios y aceptasen los que nombrase el Subcolector. Los canónigos obedecieron el Breve y mandaron a los oficiales nombrados por ellos que los obedecieran, pero protestaron y alegaron sus derechos, ordenando a don Juan Bautista Montoya, Arcediano de Niebla, al canónigo doctor Luciano de Negrón, su Provisor, y al doctor Hojeda que hiciesen diligencias, tanto en Sevilla como en Madrid, y escribiesen a la Corte, al Presidente de Castilla y a las demás personas que les pareciere las cartas necesarias, informando cuán justa y concordemente hicieron la elección de los oficiales, pues los colectores de la Cámara Apostólica pretendían arrendarles los oficios, y los canónigos habían dado poder a los jueces para que los nombrasen.

Y si les pareciere necesario, que fuese un correo a Madrid y lo librasen los contadores de la Mesa. En vista de la importancia del negocio, decidieron enviar a un canónigo como agente a Madrid y eligieron al Arcediano de Écija, don Bernardo de Rojas y Sandoval, con sus horas y salario,

para que fuese a la Corte a hacer las diligencias que conviniesen por parte del Cabildo ante el Colector General de la Cámara Apostólica en razón de los Breves y provisión que les habían notificado sobre el nombramiento del Alcaide de las Casas Arzobispales, Contadores, y Notarios sede vacante.²⁴⁹⁰

Cuando llegó el voto al canónigo don Alonso Zamora dijo que votaba que don Bernardo de Rojas no fuese a este negocio, porque en realidad iba a resolver asuntos suyos y ya lo tenía negociado y procurado. Y si tenía que ir alguien a tratar este negocio que fuese un beneficiado que tuviese voto en la sede vacante y entendiese los negocios, para saber lo que había que hacer, pues don Bernardo como deudo y familiar del Arzobispo fallecido, don Cristóbal de Rojas y Sandoval, no había asistido a los cabildos de sede vacante, así que pedía que nombrasen otro beneficiado. Por tanto contradecía y apelaba que fuese a su costa lo que se gastare. Después, pidieron licencia para entrar en el Cabildo los racioneros Gabriel Liñán y doctor Quirós y dijeron, por sí y en nombre de los demás racioneros y de los señores dignidades que no eran canónigos, que tenían noticia que los canónigos querían enviar a la Corte a un beneficiado para que siguiese un pleito contra un Breve de Su Santidad a favor del Colector General, y le querían dar horas y salario, y esto era contra los Estatutos de la Iglesia y contra el Breve, y lo contradecían por no haberse guardado el orden, apelando y protestando la nulidad.

En este caso los racioneros y dignidades hacían alianza de intereses para negarse a pagar de las rentas comunes de la Mesa Capitular los gastos ocasionados por los pleitos de los canónigos. Más tarde, cometieron a don Pedro Vélez de Guevara y a don Isidro de Cuevas, como diputados del Cabildo, para que tratasen este negocio. Y el Deán trató con Bernardo de Rojas que fuese a Madrid sin salario, pero éste se negó. Finalmente, señalaron para ir al doctor Isidro de Cuevas, sin salario pero con las *horas manuales* y

²⁴⁸⁹ A.M.S. Sección XI. Libro 9, doc. n° 13. Memorial de Negrón.

²⁴⁹⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 1580-1581.

gallinas, las cuales mandaron que se les apuntaran todo el tiempo que se ocupara en el asunto, pero este tampoco aceptó. Teniendo en cuenta que había varios negocios de cierta importancia pendientes en la Corte, ante el Nuncio, como la pretensión de Écija de hacerse Obispado, la cuestión de los nombramientos de los notarios, alcaides de las casas arzobispales y otros oficios, así como otros negocios de preeminencias en sede vacante, acordaron *atentos que son negocios de mucha importancia qualidad y preeminencia vaya un señor beneficiado*. Y votando verbalmente nombraron al señor doctor Luciano de Negrón para que fuese con un salario de 4 ducados diarios y las horas manuales, y que se lo librasen los contadores de la Mesa Capitular.

En Madrid, encontraron el apoyo del Fiscal del Consejo Real, que se querelló contra el Subcolector por ponerles notarios y oficiales y que dio una provisión para que no procediese a nombrarlos. En una carta, Negrón explicaba cómo el Deán y Cabildo en sede vacante habían nombrado, como de costumbre, al Provisor, al Juez de la Iglesia y al Juez de Suplicaciones y éstos a su vez habían nombrado sus notarios, fiscales y otros ministros de sus audiencias, sin pagar nada y sin arrendamientos.²⁴⁹¹ Sin embargo, el Subcolector Apostólico nombró a otras personas arrendándoles los oficios, y ante la oposición del Deán procedió con censuras hasta excomulgarlo.

Después de esto, el Colector Apostólico de Su Santidad, que residía en Madrid, envió el Breve de Su Santidad por el que se concedía a los colectores que tuviesen jurisdicción, y notarios, ministros y oficiales, para la administración y cobranza de las rentas y frutos del arzobispado en sede vacante. Ante esto el Deán y Cabildo acudieron al Fiscal del Consejo Real que dio provisiones al Subcolector para que no procediese ni nombrase notarios.

Uno de los argumentos que esgrimía el Cabildo, y que hizo suyo el Fiscal, era que cuando el Breve daba competencias al Subcolector para nombrar oficiales solo se entendía para la administración y cobranza de la Hacienda perteneciente a la sede vacante y no para los oficiales del gobierno arzobispal. Además, el Concilio de Trento, los concilios provinciales de Toledo y Santiago y las Leyes del Reino, prohibían que se arrendasen los oficios de Notario porque eran ocasión para que llevasen más derechos a los litigantes. Y en cumplimiento de esto, el Arzobispo don Cristóbal de Rojas había dejado de arrendar estos oficios cinco años antes de su fallecimiento para evitar el *notable daño para los que litigan por que los oficiales por desquitar lo que pagan de sus arrendamientos no se contentan con los derechos de los aranceles reales y ordinarios y llevan todos los derechos que quieren*.²⁴⁹² Así pues, fue don Cristóbal de Rojas y Sandoval en 1575 el que cesó los arrendamientos de los oficios arzobispales.

El 2 de enero de 1600, ante la inminencia de la muerte del Arzobispo, el Cabildo ya se estaba preparando para afrontar el eterno problema de la disputa con el Colector por el nombramiento de los oficiales en sede vacante. Así que decidieron que se escribiera al Cardenal de Toledo, al Duque de Lerma y al Nuncio para exponer las razones que les asistían en este contencioso. Y al canónigo de la Iglesia de Sevilla Benito de Vega, que estaba en Madrid, para que siguiese las instrucciones en la defensa del derecho de la Iglesia de Sevilla en cuanto a proveer los notarios, procuradores y

²⁴⁹¹ A.M.S. Sección XI. Archivo de El Conde del Águila, doc. nº 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo. Un documento de 1580 de pleitos ante Negrón, p. 309

²⁴⁹² A.M.S. Sección XI. Libro 9. doc. 13. Memorial de Negrón.

demás oficiales, e hiciese las diligencias oportunas con la Nunciatura Apostólica para tomar la Concordia sobre este negocio, haciendo uso del poder que el Cabildo otorgó a don Antonio Pimentel para este asunto²⁴⁹³. De nuevo vieron la Concordia hecha con la Cámara Apostólica en sede vacante y procedieron a la elección de los demás oficios, y se les dio poder y juraron en forma de derecho de hacer bien sus oficios y guardar los aranceles eclesiásticos. A continuación se leyó una petición de don Félix Guzmán, Subcolector Apostólico, en la que apelaba de haberle mandado salir del Cabildo y decía que él debía estar presente en todos los Cabildos como canónigo, proponiendo que los Notarios, cuyos oficios constaba que se habían arrendado otras veces, los nombrase el Subcolector y los demás los proveyese el Cabildo. Éste respondió que en las sedes vacantes pasadas los Subcolectores se habían salido del Cabildo en la elección de los oficios y nombramiento de notarios.

Los litigios con el Subcolector Apostólico por el nombramiento de los oficiales de la sede vacante y por el reparto de las rentas arzobispales fueron una constante en todo el período que hemos estudiado. Los canónigos solían recibir peticiones para el oficio de Alguacil eclesiástico de las vicarías igual que para otros oficios. En la sede vacante de don Cristóbal de Rojas y Sandoval el Cabildo nombró un alguacil de los diez *sin vara*, Pedro de Peñaranda, para cobrar las rentas eclesiásticas en lugar del que había, que murió, Juan Vázquez Cañas²⁴⁹⁴. Y en la de don Rodrigo de Castro (1600), Alonso Delgado Arias, vecino de Valencina del Alcor, pidió al Cabildo que le hiciera merced de la vara de alguacil eclesiástico de la villa que había vacado por muerte de Cristóbal de Mesa.²⁴⁹⁵

Para debatir sobre esto mandaron salir del Cabildo al Chantre y canónigo don Antonio Pimentel, pues había sido nombrado Subcolector de la Cámara Apostólica y había un pleito pendiente entre el Cabildo y el Colector del Nuncio por el nombramiento de los alguaciles eclesiásticos. Después ordenaron traer las escrituras de las sedes vacantes anteriores, de don Cristóbal de Rojas y de don Gaspar de Zúñiga, para ver lo que se había hecho. Entre esta documentación estaba la Concordia que se alcanzó en 1597 entre Su Santidad y todas las iglesias de España y *particularmente con la de Sevilla*, confirmada en 1599 por el Papa Clemente VIII. A esta Concordia fue diputado por la Iglesia de Sevilla el mismo don Antonio Pimentel y en ella se trató sobre la provisión de los oficios en sede vacante, con excepción de las notarías, que se arrendaban²⁴⁹⁶.

Los canónigos acusaban al Subcolector de exceder el Breve, queriendo proveer todos los oficios, así que cometieron a los canónigos doctor Juan Hurtado y a don Juan Manuel para que se juntasen con los letrados e hicieran todas las diligencias que conviniesen para que se respetase la Concordia y de su derecho de proveer todos los oficios en sede vacante. Y viesen los recaudos que había que enviar a Roma para reclamar a Su Santidad los derechos del Cabildo, primeramente por vía de gracia, justificándolos, y si por esta vía no lo obtuviesen, por vía de justicia. Pero, a pesar de la

²⁴⁹³ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares, 2 de enero de 1609.

²⁴⁹⁴ A.C.S. Sección I. Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 297 (2). Sede vacante de don Cristóbal de Roxas y Sandoval, 5 de abril de 1581.

²⁴⁹⁵ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

²⁴⁹⁶ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro. 1600-1601.

Concordia y de los requerimientos del Subcolector, los canónigos siguieron nombrando a los alguaciles eclesiásticos, aunque con la contradicción y protesta del Subcolector.²⁴⁹⁷ Así, tras la petición de un vecino de Valencina del Alcor, Alonso Delgado Arias, el Cabildo le hizo la merced de la vara de Alguacil eclesiástico de la villa, que había vacado por muerte de Cristóbal de Mesa.

En otro documento vemos al Subcolector arrendando a un vecino de San Marcos, Luis de Santillán, los olivares anejos a la Hacienda de la villa de Umbrete por la cantidad de 1.320 ducados, tras la correspondiente subasta y remate²⁴⁹⁸. Con la condición de que los molinos de la Dignidad fuesen entregados molientes y corrientes, para que pudiesen moler la aceituna. A cambio se comprometía a pagar además 12 arrobas de aceite al Mayordomo de la Mesa. También se recogía en el contrato que el arrendador no podía cortar ni arrancar ninguna rama de encina ni chaparro, ni maltratar los olivares, ni *enapellarlos* para coger las aceitunas, sino solo *remesellos*. La Mesa, gestionada ahora por el Subcolector, recibiría el cuarto de la aceituna que pagaban los vecinos de Umbrete que molían en los molinos, y esto no entraba en el arrendamiento. En la escritura se recogía además que la Mesa corría con lo gastos de los derechos de la contaduría que se solía pagar por los remates, a razón de 15 el millar, más los derechos del Notario Mayor de la Mesa. Otro contrato similar se firmó para arrendar el fruto pendiente de la bellota y aceitunas del heredamiento de Lopas por 365 ducados. Aquí se incluía además dejar la *yerba* para el ganado del Arzobispo desde el día de Carnestolendas, y entregar a la Mesa ocho fanegas de bellota limpia y buena, sin pudrir, a la Mesa Arzobispal. En otro documento el Subcolector aparece arrendando unas *atahonas* de la Mesa Arzobispal que estaban dentro de las Casas Arzobiscales por 60 reales mensuales.²⁴⁹⁹

En la sede vacante de 1624 de nuevo se repitieron estos conflictos, el Cabildo mandó salir al Subcolector para proveer los oficios que faltaban de la sede vacante y éste protestó e hizo requerimientos. El Cabildo proveyó los oficios de notarios y receptores de las audiencias del Provisor, Juez de la Iglesia y Juez de Testamentos, y aumentó las plazas que había en el Tribunal del Provisor nombrando por procuradores a Francisco de Soto, a Alonso Cortés y a Francisco Osorio, con lo cual ascendía el número a nueve procuradores. El Subcolector Apostólico, don Félix, Arcediano de Sevilla, hizo un requerimiento y apelación de estos nombramientos y el Cabildo de nuevo mandó traer la Concordia con los colectores para proveer los oficios. Y *haviendo oído como se excedía el Subcolector de lo acordado en ella*²⁵⁰⁰ cometieron a los señores don Manuel Sarmiento, Magistral, al canónigo doctoral don Francisco Melgar, a don Diego Arias de Mendoza y al doctor Lucas de Soria, para que hicieran averiguación de los oficios que se arrendaban y a qué precios, para componerlo con el Nuncio.

²⁴⁹⁷ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 287 (3). Sede vacante de don Rodrigo de Castro, 1600-1601.

²⁴⁹⁸ A.P.N.S. Legajo 12.604, año 1600, fol. 208-211.

²⁴⁹⁹ A.P.N.S. Legajo 12.606, año 1601, fol. 520.

²⁵⁰⁰ A.C.S. Sección Secretaría. Autos Capitulares de sede vacante. Libro 299 (4). Sede vacante de don Pedro de Castro y Quiñones. (20-12-1623).

7.- CONCLUSIONES

Podemos concluir con algunas evidencias que confirman el paradigma del que partíamos, el disciplinamiento social y la confesionalización, si bien aportaremos algunos datos que pueden añadir, matizar o discutir algunos aspectos no nucleares de este marco teórico. Según los datos que se desprenden de esta investigación, la evolución del gobierno arzobispal de Sevilla pone de manifiesto el proceso de centralización, racionalización y modernización de esta organización, que es uno de los elementos centrales del marco explicativo en el que nos situamos. En la Edad Moderna asistimos a un proceso de aumento de la burocracia y de las competencias de los distintos órganos del aparato de gobierno arzobispal. E incluso, a partir de Trento -en el caso sevillano esto coincide con el pontificado de Cristóbal de Rojas y Sandoval- al nacimiento de nuevos órganos, como la Colecturía General de Misas, en un afán de reforma y control en un asunto en el que los abusos y fraudes eran tan escandaloso, pues se trataba de evitar que se dejaran de decir misas, pagadas generalmente en los testamentos, por el alma de los difuntos.

Un rasgo a destacar es el paso de una situación de dispersión de poderes vitalicios a la configuración de una jerarquía con vértice en el Prelado con poder discrecional para nombrar oficiales por el tiempo que fuese su voluntad. Este proceso, por lo demás, es paralelo al que ocurre en la jurisdicción real. Aún así, en este sistema se confundía el espacio privado de la vivienda en Palacio de una cohorte de oficiales *criados* del Arzobispo, *la familiatura*, que además lo acompañaban en su peregrinaje de sede en sede, con el espacio público de los estrados y las audiencias, que solía radicarse en estancias contiguas de Palacio.

Durante la Edad Media se va configurando una estructura organizativa que ya a principios del siglo XVI aparece conformada y va a continuar sin apreciables cambios hasta el siglo XVII. Aunque se da un aumento del número de oficiales y de órganos dentro del gobierno arzobispal, las formas organizativas presentan una gran permanencia en el tiempo, y las competencias de los distintos órganos tienden también a permanecer sin grandes modificaciones.

Así pues, junto a los cambios es importante destacar las continuidades y las inercias, pues observamos una gran pervivencia a lo largo del tiempo en cuanto a cuestiones estructurales. En este sentido hay que destacar:

- 1) El paso de la organización basada en la multiplicidad de los arcedianos, también denominados provisoros en algunos documentos, a la forma tripartita del Consistorio, que va a continuar durante toda la Edad Moderna.
- 2) La temprana aparición de los visitadores y sus funciones, y su permanencia en el tiempo, aunque con algunos cambios en las veredas.
- 3) La permanencia de las formas organizativas dentro de las Audiencias, aunque con el aumento del número de oficiales.

No en vano la resistencia a los cambios, la permanencia, y el tiempo inmemorial de la tradición, se consideraban fuente de derecho, mientras que los que *hacían novedad*

cometían una grave falta, fenómeno precursor de los que en el siglo XVIII se iban a denominar despectivamente como *novatores*.

Es evidente que a través del período estudiado se materializa un aumento de la maquinaria de control y de inspección acompañada también de una mayor uniformización y centralización de la organización, como han señalado numerosos trabajos para otros casos y lugares. Y todo esto como resultado del celo reformador y del *descargo de la conciencias* de las élites en sus subordinados. Esto coincide con el incremento del clero y de los recursos fiscales y propagandísticos de la Iglesia.

El fortalecimiento de la estructura burocrática supuso un número creciente de funcionarios subalternos. Y el delito suponía el sustento para una pléyade de oficiales que vivían, más que de sus salarios, de las oportunidades que les brindaba el ejercicio del cargo. Pues, aunque se repetía que los oficios daban para mantener una vida cómoda y digna a los oficiales, en la práctica, a medida que aumentaba la inflación crecían las irregularidades y los abusos en el cobro de derechos, y a pesar de la reiteración y el empeño en su persecución, con el agravamiento de las penas a los contraventores, estas siguieron produciéndose. Y esto porque los derechos que se recogían en los aranceles, exigüos porque pretendían ser ejemplo de caridad, obligaban a otro tipo de exacciones, máxime si el oficio se había arrendado.

Esto dejaba al descubierto los intereses materiales que tenían los detentadores del poder judicial en la persecución de los delitos. Ante la inexistencia de otros frenos, se insistía en las cualidades morales que debían tener, la virtud y letras, y así se recogía en las escrituras de poderes que se le otorgaban y se repetía hasta la saciedad en el discurso de los memoriales y sínodos, pues estaba en cuestión *la honra de lo eclesiástico*. Todo parece indicar que los continuos conflictos de jurisdicción, las invasiones de unos oficiales en los asuntos de otros y las luchas de poder por la atribución de competencias, que comenzaban con el reparto discrecional que hacía cada Prelado, tenían un claro trasfondo económico y como *desideratum* los frecuentes abusos y excesos en el cobro de aranceles. Las continuas referencias en los memoriales a la suficiencia de los ingresos que proporcionaban los oficios para llevar una vida cómoda nos pone en la pista del anclaje social que suponía ejercer el oficio y de la relación entre el incremento de las competencias y el número de oficiales y el aumento de los delitos.

Había un gran interés en el registro minucioso de los pleitos y en ver cuáles estaban *fenecidos* y cuáles no, y en concreto los que conllevaban penas de cámara. En estos había un especial celo en llevarlos a sentencia definitiva, pues sus condenas pecuniarias suponían una de las partidas de la financiación de la Mesa Arzobispal. Se pretendía evitar las frecuentes componendas por dinero y que quedasen los pleitos sin acabar, o bien que se los llevasen en grado de apelación y se perdiese jurisdicción e ingresos en gastos de justicia y penas pecuniarias. Así, un memorial de 1610 recomendaba que se incrementasen los gastos de justicia para poder cumplir las requisitorias contra amancebados, alcahuetas e incestuosos. Si el cobro de *derechos demasiados* era la norma, entonces todo dependía de la cantidad de diligencias y negocios en los que se viese envuelto el oficial, y esto explicaría el origen de la multiplicación de competencias, y quizás de delitos.

Es evidente que las necesidades de tipo económico están muy presentes en una coyuntura que obliga a situarse en los límites de la marginalidad a una masa de gente

forastera, *estantes*, viudas, doncellas pobres, incluso hidalgos venidos a menos que ceban la maquinaria judicial. Con un sistema basado en la presunción de culpabilidad, el delito consistía, más que en infringir una norma en estar por razones económicas en la marginalidad donde todo era objeto de sospecha. Así vemos como los alguaciles buscan y hacen rondas por las casas grandes, corrales, donde viven en aposentos o salas arrendadas esa *ínfima plebe ciudadana*, fugitivos de la justicia, amancebados, sospechosos de cometer *ofensas a dios*.

La creciente monetarización de la economía suponía que la culpa adquiría un carácter pecuniario, el trasgresor se convertía en deudor y el juez-sacerdote en acreedor de los pecados ajenos. El dinero quedaba de esta forma inserto en la cadena significativa deuda-culpa-pecado, y *estar en deuda* se convertía en prerequisite para la subordinación, la dependencia y la obediencia al poder eclesiástico. Como consecuencia de todo lo anterior podemos concluir que, junto al celo en la persecución de los pecados públicos por parte de los oficiales de la justicia eclesiástica, era evidente el afán recaudatorio de los perseguidores del delito. De forma que la ambición de los detentadores del poder eclesiástico era proyectada sobre los seglares, con lo que juez y reo terminaban colocándose a un lado y otro del espejo y la proyección de la culpa terminaba convirtiéndose en un medio de ejercer el poder y obtener la obediencia.

El castigo aplicado se correspondía con el sistema social que generaba el mecanismo punitivo. Una sociedad en la que el dinero comenzaba a ser un elemento de poder se dotaba de unos sistemas punitivos basados en el castigo pecuniario. Así vemos que la mayoría de las sentencias de la justicia eclesiástica incorporan la condena pecuniaria en forma de multa y pago de costas de juicio. De esta forma el aparato judicial se hacía dependiente de la aplicación del castigo, y podría parecer que la multiplicación de los oficios y competencias y las necesidades de sus oficiales de aplicar penas pecuniarias condicionasen en buena medida los delitos y su persecución. De alguna manera, a la vista de la tendencia a la extensión de las jurisdicciones, podríamos conjeturar que los delitos existían, en alguna medida, para mantener el funcionamiento de los tribunales eclesiásticos.

Otro aspecto a destacar es el celo en la persecución de los delitos. La maquinaria de gobierno se sustentaba en un sistema redundante de vigilancia y control, en el que el reaseguramiento para que nadie escapase, y la obsesión por el perfeccionamiento de la maquinaria, se convertían en un verdadero sistema de reaseguramiento. De las penas pecuniarias se pagaban algunos gastos de justicia como reparaciones o salarios o incluso los gastos de publicación de edictos. A partir de 1580 una cédula real sobre los moriscos mandaba que una parte de las penas se dedicasen a los gastos de su Majestad contra los infieles, y así lo vemos, descontada la sexta parte de la pena que era para el Fiscal, el resto se adjudicaba a este fin.

El delito se convertía en una forma de financiación del aparato de justicia eclesiástica. Las penas pecuniarias configuraban una justicia donde la culpa se identificaba con la deuda. En un mundo progresivamente monetarizado las penas pecuniarias fueron sustituyendo a las penas corporales, algunos trabajos nos muestran que el 63% de las penas impuestas por los tribunales eclesiásticos eran pecuniarias.²⁵⁰¹

²⁵⁰¹ I. Pérez Muñoz. *Pecar, delinquir y castigar: El Tribunal eclesiástico de Coria en los siglos XVI y XVII*. Salamanca, 1992. p. 89.

Así pues, gastos de justicia y penas pecuniarias sostenían económicamente el aparato de justicia eclesiástica y el pago de sus oficiales.

El secuestro de bienes, e incluso el encarcelamiento, no era más que una forma de asegurar el pago. Cuando el reo estaba en libertad se mandaba ingresar en prisión para que se le leyera la sentencia, de esta forma se aseguraba que pagase la condena y los gastos para obtener su libertad. La delación también se favorecía a través del pago al denunciante de un tercio de las condenaciones, haciéndole partícipe de las penas pecuniarias impuestas al condenado.

La otra vertiente del problema eran las tasas y derechos que cobraban los distintos oficiales que, aunque fijadas en los aranceles, a menudo eran burladas. Las intromisiones en los asuntos ajenos y los repartos de competencias entre los jueces y oficiales forman parte de conflicto. También las numerosas alusiones en los sínodos y en los memoriales a los ingresos que proporcionaban los oficios y a la comodidad de vida que proporcionaban

Este proceso de disciplinamiento y confesionalización es evidente también en la sacramentalización del matrimonio, y así ha sido destacado en numerosos estudios. En este caso, como en otros, se producía un choque de culturas, entre las formas de control social tradicionales, gestadas desde abajo, y las nuevas formas burocratizadas construidas desde arriba. La transformación del ritual privado del matrimonio en procedimiento canónico escrito se inscribía en este empeño, y mostraba claramente la función subsidiaria de la Iglesia y la colaboración con la Monarquía en un vasto programa de disciplinamiento social, que implicaba un enorme poder para moldear las conciencias y los comportamientos individuales y colectivos. En este caso, los rituales tradicionales, con un alto contenido simbólico, fueron incorporados por la Iglesia, que además sustituyó la autoridad de las personas *de autoridad y mano* de la comunidad por sus propios agentes, que de esta forma pasaron a ejercer un gran poder como *dadores* de mujeres, regulando las tramas de parentesco e interviniendo en la conformación de la estructura social.

Otro ámbito en el que el choque de culturas, y por tanto la necesidad de disciplinamiento, se hizo necesaria, fue en las expresiones de la llamada religiosidad popular. Eso sí, conscientes de las dificultades de controlar una parcela tan sensible de la vida de los seglares, los padres de Trento pretendían una centralización, homogenización y disciplinamiento gradual, aconsejando la regla de la prudencia más que la de la ley, advirtiéndoles a los prelados que tuviesen en cuenta que, dada la diversidad, no era fácil una regla general.

Así, vemos como se intentaban reglamentar las procesiones, separando los sexos, prohibiendo las actitudes indecorosas y deshonestas y la utilización de elementos profanos de uso cotidiano y alto valor simbólico, como camas, en la construcción de los palios y monumentos religiosos. Todo lo que supusiese color, insignias, elementos festivos o imágenes profanas, que daban lugar a risas y espectáculos, se consideraba una indecencia y *ocasión de muchas culpas*.

La dialéctica sagrado-profano impregnaba todo el discurso religioso en torno a las manifestaciones de la devoción popular. En esta dualidad operaba el deslizamiento de la cadena significativa, a través de los mecanismos de la metáfora y la metonimia, hacia el

par limpio-sucio. El primer elemento se identificaba con la devoción, el recogimiento y la compostura de la religiosidad oficial y el segundo con los excesos y pecados de la religiosidad popular. En este sentido, la expresión *compurgarse*, alude a la íntima conexión entre delito y pecado y al hecho de que éste último suponía una mancha. Aunque es un término del Derecho Canónico, que duda cabe que por su etimología y significaciones alude a la purificación. Así pues, tenemos una cadena signifiante que nos lleva desde el delito, pasando por el pecado, a la culpa y la mácula. La compurgación sería el acto de satisfacción o expiación, la corrección mediante la depuración de las culpas y la limpieza del alma, y todo ello en el fuero externo del tribunal eclesiástico de un Juez carismático.

Desde este punto de vista podemos distinguir dos formas de entender el fenómeno religioso, por una parte la oficial y litúrgica, con un acercamiento ritualizado a lo sagrado y donde predominaba el tabú del contacto, y por otra la popular, caracterizada por la inmersión festiva en el hecho religioso. Además, ambas formas coincidían con la dialéctica cultura popular-cultura de élites, pues los caballeros compartían el paradigma de la religiosidad oficial, la compostura, el orden, la decencia en el vestido, la contención de los deseos y la devoción. Sin embargo los *caras tapadas* no sólo exhibían unos comportamientos distintos, que vendrían a coincidir con lo que venimos denominando religiosidad popular, sino que se negaban e incluso se avergonzaban de ese estilo de procesionar y de vivir la religión.

Esta religiosidad de las élites se identificaba con el recuerdo de la pasión y muerte de Cristo en sacrificio por la salvación de los hombres, y con la penitencia para satisfacer las culpas y pecados de todo el año. Y para esto había que estar con compostura, silencio y devoción, con hábito externo que expresase dolor interno y arrepentimiento de los pecados, sin vanidad ni demostración exterior. Algunas de las situaciones que había que evitar eran las salidas nocturnas de las cofradías y las vigiliass, que daban lugar a banquetes, cantares seculares y danzas, y que conllevaban la mezcla de sexos, la libertad para los apetitos y las malas inclinaciones. Su discurso se basaba en la omnipresencia del pecado y la expiación de la culpa.

Por otra parte, la religiosidad popular tendía a un contacto sin intermediarios con los objetos sagrados, que parecían pertenecer a los seculares en el contexto festivo de la calle. En la mentalidad popular, la celebración religiosa se confundía con las manifestaciones más profanas de la fiesta. Como la fiesta del obispillo, en la que aparecía el fenómeno de la inversión de status, tan típico del Carnaval. Esto incluía la ostentación y notoriedad en el vestir, sobre todo en las mujeres, las señales del cortejo y el reclamo que los sexos se enviaban en un mundo dominado por la imagen. Frente al hábito riguroso que expresaba el dolor y el arrepentimiento propios de la celebración litúrgica, la religiosidad barroca hizo profusión exhibicionista de adornos y elementos visuales. En este caso la imagen cautivante, el imaginario al servicio de la religión, entraba en competencia con ese otro imaginario al servicio de la vanidad o del cortejo entre sexos. El predominio de la exhibición, del espectáculo y de la captación del otro por la imagen y por los signos que se nos describe, se asemeja a la parada o cortejo entre sexos, tan similares en los hombres y en los animales.

Otro rasgo de esta religiosidad era la utilización de atributos humanos en las imágenes sagradas, como la Virgen, que aparece ante todo como mujer y madre en las manifestaciones profanas, buscando a su hijo resucitado vestida con copetes, rizos y

arandelas. O el Cristo, al que se bajaba de la cruz para enterrarle, como si fuese el Padre muerto al que había que dar sepultura. Y esto era incompatible con la idea de religión que pretendía mantener la jerarquía eclesiástica, basada en el recogimiento y la devoción.

Todas estas manifestaciones nos muestran la humanización de los personajes sagrados y una cercanía que chocaba con el empeño del estamento eclesiástico de mantener unas formas reglamentadas y ritualizadas de acercamiento a lo sagrado, que ellos establecían y controlaban, pues estaban en juego dos discursos sobre el hecho religioso. Esto se ponía de manifiesto en los conflictos de status y preeminencias que ocurrían en las procesiones entre los seglares y el estamento eclesiástico, pues la separación sagrado-profano operaba como límite de campos de saber y de poder. O en las facciones que formaban los cofrades selladas con lealtades juramentadas, pues se situaban en formas de socialización alternativas, poniendo en cuestión el papel de la *religio* en el mantenimiento de la *comunitas*.

Como consecuencia, la jerarquía insistía continuamente en que no se mezclasen ambas instancias y los seglares no tratasen con las cosas sagradas. Esta dialéctica se agudizaba en la religiosidad barroca y traducía una tensión entre la cultura de las élites y la cultura popular. El empeño de las élites parecía ser prohibir todo lo que saliese de la ortodoxia y de la devoción institucionalmente constituida; disciplinar, en suma, una serie de manifestaciones de devoción que escapaban al control del estamento eclesiástico.

Sin embargo este proceso de disciplinamiento y burocratización se hacía a costa de la pérdida de la carga afectiva, de la capacidad de expresión y descarga emocional que suponían las manifestaciones religiosas populares, por esto, a pesar de ser consideradas deshonestas, escandalosas y pecaminosas, y a pesar de las disposiciones sinodales prohibiéndolas, de los alguaciles eclesiásticos y del auxilio del brazo seglar reprimiéndolas, los conflictos y desórdenes siguieron produciéndose. Las informaciones de los memoriales y crónicas y las repetidas prohibiciones nos aportan la evidencia del choque dialéctico entre una concepción de la religiosidad popular basada en la esperanza y el consuelo materno y una religiosidad de las élites basada en la obediencia paterna y la represión.

En este orden de cosas la imago religiosa formaba parte del imaginario de la ciudad como campeona de la fidelidad monárquica y de la obediencia católica, alimentando el orgullo narcisista y la identidad de los sevillanos. La preocupación por la imagen de la ciudad era otra de las obsesiones de las élites sevillanas. Sevilla se consideraba a sí misma imagen y modelo de la monarquía, *escala general de muchas naciones*, así que tenía el deber de mantener el modelo tanto para las gentes de otros lugares de España como para la multitud de naciones europeas que tenían colonias de comerciantes en la ciudad. El temor era que murmurasen y calumniasen en sus países acerca de los defectos del catolicismo español.

La Iglesia se arrogó la alta misión de **generar discursos** atribuyendo significados, estableciendo categorías significantes, prescripciones y prohibiciones, y sus límites, y tratando de introducir certezas. Ahora bien como ningún límite es claro y limpio, había que administrar su ambigüedad y sus excepciones. Este discurso a menudo se articula en una dialéctica de oposiciones binarias, como el par público-privado y delito-pecado.

Esto lo vemos cuando los tratantes y artesanos trabajan dentro de su casa o con la casa-tienda abierta, y cómo la puerta aparece como marcador ambiguo que se puede *arrempujar* convirtiendo el pecado en delito.

Un elemento sustancial de este discurso fue el establecimiento de límites frente al inquietante fluir de un tiempo continuo e infinito, estableciendo marcadores temporales a través de los días sagrados, y especialmente del domingo, renovación del principal misterio de la religión cristiana: el sacrificio y resurrección de Cristo, tránsito entre mundos y marcador de la divisoria del espacio y el tiempo social. Aquí la tensión aparecía de nuevo entre las actividades sagradas y las profanas, y la intensificación de la represión con el establecimiento de límites rígidos e inamovibles o la flexibilización de éstos para permitir el desenvolvimiento social y la viabilidad de actividades necesarias para la supervivencia social. Otro elementos de suavización de los límites y flexibilidad lo encontramos en la *moderación* de las penas de excomunión para algunos delitos, pues el rigor en su aplicación era claramente disfuncional

Se trataba de administrar el negativismo social que suponía la prohibición del sexo y las actividades económicas, dos males necesarios, que se dejaban en manos de los seglares y de minorías como judíos y extranjeros, considerados inferiores o incluso perseguidos, pero necesarios.

Una cuestión relevante para entender el fenómeno de la fiesta como rito de paso es la reflexión acerca del tipo de prohibiciones y prescripciones que se establecían para proteger el momento de tránsito. Éste exigía ponerse en una condición especial de pureza ritual, de aquí la insistencia en la actitud de devoción, recogimiento, evitación de conductas profanas, abstinencias y restricciones. Éstas eran sobre todo las relacionadas con la expresión de las pulsiones, con la sexualidad, las restricciones sobre la alimentación en las vigias y las ambiciones materiales en el ámbito de las actividades económicas. El trabajo *servil*, el *lucro seglar*, se consideraban actividades indignas, frente a las actividades en *servicio de dios*, las obras devotas, espirituales y de sacrificio. El rito de paso obligaba no sólo a una actitud interna devota sino a una disposición externa acorde con las circunstancias, incluso en algún caso se establece que los tenderos no estuviesen con delantal sino con vestidos de domingo.

El día de fiesta simbolizaría el estado de perfecta armonía entre el hombre y sus semejantes y el descanso sería expresión de paz y dignidad. El momento cumbre de este día sería la ceremonia de la misa y dentro de ésta el ritual de la común-uniión de los hermanos que actualizaría periódicamente el sacrificio de Cristo y la vuelta a la armonía fraterna. Sin embargo la compulsión de orden parecía un deseo condenado a la insatisfacción, pues las pulsiones negadas o proyectadas en los tratantes reaparecían en la ambición de los detentadores del poder eclesiástico. Las irregularidades y los abusos, el cobro de penas y de gastos de justicia, ponían a juez y reo frente a frente en el espejo. La imagen de la ambición de los tratantes tenía su negativo, su imagen especular, en la otra cara de la moneda, la codicia de los alguaciles y fiscales.

En otros casos también vemos muy claramente cómo los eclesiásticos despliegan sus ambiciones materiales y sin embargo cargan las culpas sobre los seglares. La entrada a saco en los testamentos se hace en nombre de la defensa del alma del difunto de la codicia de sus parientes seglares. De esta forma el poder se atribuía la facultad de poner nombre a lo bueno y a lo malo, estigmatizando las conductas de los otros y

proyectando las propias culpas, poniendo a salvo los propios deseos y *abonando* las propias conductas. En el lenguaje del derecho se utilizaba la expresión *tachar* y *abonar*, se tachaba a los testigos y a las conductas de la parte contraria y se abonaban a los propios. La administración del discurso suponía el poder de adjudicar significantes, etiquetas, categorías y significados, consiguiendo que los seglares aparecieran como culpables, en deuda, por tanto subordinados y dependientes.

Una parte nuclear de este discurso fue el **disciplinamiento eclesiástico**. La preocupación por mantener la disciplina en el seno de la Iglesia responde al deseo de sustentar el discurso ideológico que le da el poder. Pocas veces podemos observar en la historia un deseo de reforma de una institución tan tenazmente mantenido a lo largo de los siglos. En todos los Concilios y Sínodos desde la antigüedad observamos con claridad los cánones y constituciones que pretenden un clero creíble y cumplidor. También los Reyes estaban muy interesados en este empeño de mantener un clero creíble para los seglares. La pregunta es ¿por qué esta tenacidad a pesar de las infinitas dificultades, por qué esta reiteración?. La respuesta es que la obediencia colectiva y el control social dependían en buena medida de esto.

El clero se ofrecía como un modelo de identificación para los seglares. Es el modelo paterno, con el que se pretende conseguir que el eclesiástico sea un modelo de conducta y de actitud vital. Y esto a pesar de los reiterados incumplimientos. Pero ¿qué clase de conducta se pretende en el clero y por qué? La respuesta no puede ser otra que una conducta basada en la contención de las pulsiones. Pulsiones que se despliegan en un amplio abanico, sexuales, codicia y ambición material y pecuniaria etc. Y esto por que son las pulsiones las que llevan inevitablemente al conflicto y la ruptura social. De aquí que para mantener la cohesión y la paz social sea tan importante la contención de las pulsiones. En esto consiste la religión de la hermandad, de la fraternidad. Así pues la religión sería el intento de mantener la cohesión o el espíritu de la comunidad (la *communitas*) frente a las tensiones de la jerarquía y de la lucha social.

El eclesiástico era un pacificador, un ejemplo de renuncia, de sacrificio, su modelo era Cristo que dio lo más preciado, su vida, por sus hermanos. Y este sacrificio continuamente renovado en el ritual de la misa mantenía unida a la comunidad. Para el clérigo la renuncia a la sexualidad se manifestaba simbólicamente en la tonsura, que se puede interpretar como la castración simbólica. En los primeros concilios algunos cánones recogen la prohibición de que el clérigo se castre a sí mismo siguiendo el ejemplo de Orígenes que para aplacar sus instintos se amputó sus genitales. La imposibilidad de realizar la renuncia absoluta a las pulsiones nos lleva a la conclusión de que se pretende un imposible. La represión de las pulsiones lleva inevitablemente en la mayoría de los casos a la manifestación desviada de estas.

Pues en efecto la misión del eclesiástico parecía ser la de mediador de los conflictos sociales, elaborando y difundiendo discursos de fraternidad y de concordia. Y sin embargo la paradoja del pleitismo y las disputas constantes, entre ellos y con los seglares. El objetivo último que se pretendía era conseguir que el eclesiástico fuese un paradigma de vida creíble para los legos, por esto fue un empeño mantenido con tenacidad en el tiempo. Así, tenemos una importante fuente documental, los pleitos criminales contra clérigos, por verter en hábito indecente, por ser tablajeros, jugar o tener en su casa tablaje de juegos, por incontinencias o amancebamientos, por violencias y toda clase de incumplimientos.

Pero, ¿hasta qué punto los incumplimientos erosionaron la imagen de los eclesiásticos y de la Iglesia como institución? O lo que es lo mismo: ¿tenían estos comportamientos desviados una trascendencia social? Parece razonable convenir que no se trataba de una cuestión cuantitativa sino cualitativa, esto es, de la *percepción de una estafa estructural*.

Salvo el proceso a Pedro Vallecillo, realizado en público y con gran despliegue ceremonial y escenificación ritual, en 1554, en adelante vemos por las sumarias que los procesos se procuraban realizar con el máximo secreto. Esto puede indicar un cambio de tendencia a partir de Trento. Ahora la consigna es la ocultación del delito. Era una consigna que partía de las altas esferas eclesiásticas y que pretendía minimizar el impacto sobre la imagen de la institución eclesiástica de las desviaciones de algunos de sus miembros. Los procedimientos son básicamente los mismos, pero en este proceso, anterior a Trento, la publicidad y la participación colectiva en la ceremonia pública de la lectura de la sentencia, recuerda los métodos de la penitencia pública medieval.

Tenemos algunos indicios para calibrar la percepción de los legos de este fraude estructural, los textos de los procesos judiciales. Una expresión frecuente, con respecto a la descripción que se hace de los sentimientos que provocaba el delito eclesiástico era *la gran nota, escándalo y murmuración* o el *gran escándalo del pueblo cristiano* que provocaban. La *murmuración* era un rasgo común a todos los casos, parece que el delito eclesiástico era motivo de comentarios entre los vecinos y provocaba los mismos sentimientos morbosos que como un eco lejano sigue provocando en el presente.²⁵⁰² Estos sentimientos nos hablan de la preocupación del creyente por la imagen de la Iglesia, la duda con respecto a los que se ofrecían como modelos de vida y costumbres, en tiempos en los que la *verdadera religión* estaba puesta en cuestión, el morbo con tintes anticlericales que satisfacía un cierto deseo de venganza sobre unas personas que se atrevían a proponerse como referentes y sobre una institución que tenía tanto poder, pues el reverso inevitable de la atribución de poder es la atribución de culpa.

En este sentido, los eclesiásticos desempeñan la función de lo que los antropólogos denominan “entes liminales”, es decir, fuera de la estructura, de la jerarquía. En los documentos de la época se refieren a esto cuando manifiestan la necesidad de que el eclesiástico no aparezca como un *ombre del mundo*, como una persona normal sometida a las contingencias de los deseos y de la lucha social. Por esto mismo, los entes liminales tienen la capacidad de representar la *comunidades*. El problema surge cuando el desempeño de la *communitas* genera poder, en el ejercicio de la alta misión se produce una inevitable acumulación de poder, necesaria para gestionar los recursos que el desempeño de la *communitas* genera.

La clave de la cuestión es que el clérigo no debía ser una persona como las demás. Precisamente su esencia es estar separado de los demás, su carácter sacral lo aparta, lo eleva y también lo sacrifica a los intereses de la comunidad. Como ente liminal, al ser ordenado tiene que renunciar a las pulsiones que son las que provocan las rivalidades, los conflictos y el pecado. La renuncia a la ambición material, a las pulsiones sexuales y agresivas, a la soberbia y la inobediencia se realizaba en el plano simbólico a través de

²⁵⁰² Véase la importancia de los mentideros y corrillos en las calles para la formación de la opinión: OLIVARI, M.: *Avisos, Pasquines y Rumores. Los Comienzos de la opinión pública en la España del Siglo XVII*, Madrid, 2014.

la *tonsura* que era la castración simbólica. En el Concilio de Trento podemos leer una cita que propugna la castración para entrar en el reino de los cielos, en los concilios también encontramos clérigos castrados, el Obispo de Salamina dijo estar castrado.

El descargo de la conciencia y la delación parecían ser una constante subyacente en todo el quehacer del gobierno arzobispal. El Prelado llevaba sobre sus espaldas el peso de las culpas de todos los fieles que les habían sido encomendados y se descargaba cometiendo a sus subordinados el control y la vigilancia de éstos. Así que era de suma importancia que las personas sobre las que el Prelado descargaba su conciencia no traicionaran la alta misión que les había sido encomendada, pues en última instancia, en el supremo momento del Juicio, él sería el responsable de todo su rebaño. La delación formaba parte de esta configuración de cosas, pues obligaba a todos a denunciar en descargo de sus conciencias y servicio de Dios. En esta tarea estaban implicados tanto eclesiásticos como seglares pues la vigilancia era mutua.

Toda delegación de funciones se acompañaba de la fórmula del descargo de la conciencia. De esta forma, cometer un asunto se convertía, en términos de procedimientos burocráticos, en la expresión de la descarga de la conciencia, especialmente en aquellos asuntos que implicaban pecados públicos o abusos cometidos por eclesiásticos. El Prelado llevaba sobre sus espaldas el peso de las culpas de todos los fieles que les habían sido encomendados, y se descargaba cometiendo a sus subordinados el control y vigilancia de estos. Así que era de suma importancia que las personas sobre las que el Prelado descargaba su conciencia no traicionaran la alta misión que les había sido encomendada, pues en última instancia, en el supremo momento del Juicio, él sería el responsable de todo su rebaño. El cargo de conciencia se desplazaba en orden jerárquico descendente hasta llegar al último jalón de la pirámide que lo formaban los seglares, sobre ellos acababan recayendo todas las culpas.

A menudo encontramos la culpa y la reparación en forma de obras pías, misas y ofrendas de todo tipo. Era frecuente que las penas pecuniarias, como consecuencia de la culpa y del pecado y por tanto de la ofensa a Dios, se emplearan para reparar las culpas en forma de obras pías, misas, y ofrendas de todo tipo, o para reconstruir iglesias dañadas por terremotos. El círculo se cerraba, los pecados eran una ofensa a Dios y los terremotos el castigo sobre la colectividad que consentía. La Catedral dañada era el castigo merecido y la reparación de la culpa se expresaba en la reparación del edificio dañado.

La reparación estaba presente en todas las actividades religiosas, las misas, las mandas pías, las fundaciones y patronatos tenían una vertiente importante de reparación de la culpa. La culpa derivada de los delitos se debía compurgar con acciones reparadoras del daño hecho a la divinidad. Como por ejemplo la reconstrucción de Iglesias o la lucha contra los infieles. Por esto las condenaciones de los delitos se emplearon a menudo en estos menesteres. Y la culpa sale de la mala conciencia, del ejercicio constante de la codicia, de la lucha de poder, de la grave contradicción entre lo que se pregona y lo que se hace. Esta es una culpa persecutoria o atricción en el lenguaje de la época. Se teme el castigo divino porque se sabe culpable. Hay que seguir las pista a las conductas que tienen que ver con las pasiones, los impulsos, la ambición etc.

En este sentido algunos de los formulismos consistentes en expresiones como *actuar en servicio de Dios*, *movidos del celo cristiano*, tratando de evitar *las ofensas a nuestro señor*, que tan a menudo aparecen como acicate y motor de la corrección de los abusos y que ponen de manifiesto una constante insatisfacción y un deseo de superación. La expresión *descargo de la conciencia* esta continuamente presente en los nombramientos que hacia el prelado pues los hacia confiando que la persona nombrada haría la tarea fielmente en su nombre. hora bien, ¿que *carga* de conciencia es esta que el Prelado debe repartir entre sus subordinados pues es tan pesada que él sólo no puede sostener?. Sin duda se trata de perseguir los pecados públicos, las ofensas a dios, corrigiendo los abusos de los ministros eclesiásticos y disciplinando al pueblo seglar. Los pecados públicos son los que afectan a todos y todos tienen el deber de denunciar, para evitar que la ira de Dios se descargue sobre la colectividad. La vigilancia mutua es el resultado de este fenómeno. Todos están amenazados por las ofensas a Dios que producen los pecados, de ahí que todos tengan la obligación de denunciarlos. Los pecados públicos son por tanto una amenaza para la colectividad, de ahí que provoquen el *escándalo* (el temor) de los parroquianos. El pecado de un miembro de la comunidad afecta a toda la comunidad, el castigo colectivo está presente en la conciencia de la comunidad, el ejemplo es la transmisión del pecado de padres a hijos y el pecado de Adán que se transmite a toda la especie. . En el fondo se ignora la responsabilidad individual, y se mantiene el concepto de *alma colectiva*, parece que el grupo tiene entidad por encima del individuo y lo que hace uno repercute en el grupo. El pecado significa ante todo la transgresión, la desobediencia que amenaza a la colectividad, la alternativa es la obediencia: *si por la transgresión de uno pecaron muchos, por la obediencia de uno muchos se constituirán en justos*²⁵⁰³. Se refiere al sacrificio de Jesucristo por la humanidad pues no hay mayor obediencia que acatar la voluntad del Padre cuando esto significa aceptar la muerte.

Pensamos que el motor de la acción es la culpa, y que el resultado es un despliegue de actividad, por otra parte típico de esta situación, que da lugar a la proliferación de instituciones, cargos y oficios que pretenden el control de la población. La corriente de mentalidad providencialista de la época explicaría cómo el castigo divino es la consecuencia de los pecados de los fieles que ofenden a Dios. El sentido de culpa de los jueces les hace perseguir en los seglares lo que ellos mismos no son capaces de solucionar en sus propias personas, esto es, las pulsiones, el egoísmo, la rivalidad, la vanidad, el orgullo, y todo esto en forma de misión de la Iglesia en la sociedad de los hombres, han sido elegidos para acabar con los pecados publicos.

Los pecados ofenden a Dios y se multiplican los azotes, no cesarán los castigos si no censan nuestras ofensas, castiga con la espada de la calamidad: los eclesiásticos no reconocían sus culpas: *se aprovecha de los términos convertibles de la dialéctica permitir que las mismas culpas sean penas y las mismas penas sean nuevas culpas*.

En esta carta encontramos algunas evidencias de que, al menos en una parte del estamento eclesiástico, había conciencia de su culpabilidad. Actuaba el mecanismo de la proyección, pues se culpaba a los pecados públicos envejecidos, hasta tal punto está instalado el mecanismo que el propio acusador termina él mismo desplegando sus deseos de obtener recompensa por su delación. La clave está en la expresión: *padece castigos sacados del ingenio de dios y se aprovecha de los términos controvertibles de*

²⁵⁰³ Romanos 5, 12.

la dialéctica, sabe hacer y permitir que las mismas culpas sean penas y las mismas penas sean nuevas culpas. Hay por tanto una dialéctica de términos que sugiere que se alimentan mutuamente o funcionan en una suerte de circularidad. Las culpas se convierten en penas o castigos, pues los sentimientos de culpa hacen temer y percibir las calamidades como penas o castigos merecidos²⁵⁰⁴ Estos castigos recibidos, pestes, carestías y calamidades, alimentan a su vez los sentimientos de culpa. Dios es el que castiga porque las pasiones humanas ofenden a dios, este parece ser el sentido de los pecados, la desobediencia al mandato paterno. Dios responde castigando.

Sin embargo al final termina pidiéndole: aunque son muchos y grandes negocios los que dependen de v s illma y yo no tengo persona cerca de v s illma, aunque mis deseos son cortos mis necesidades son largas, y aunque soy prebendado de la Santa Iglesia de Sevilla es como coadjutor con reserva de futuro a 14 años y tengo una madre pobre y viuda a quien sustento en honra con mi pobreza la qual meduque como a theologo.

El miedo al castigo divino es omnipresente, se percibe en el miedo a las catastrofes naturales y la percepción de estas como castigo por los pecados y ofensas a Dios. Hasta el punto que estaba establecido en la Catedral que todas las noches en invierno a las 9 y en verano a las 10 se diesen 20 golpes de campana para evitar los daños a la ciudad²⁵⁰⁵ Es clara la contradicción entre el discurso manifiesto de los valores y actitudes que propugna la Iglesia y que pretende ser un modelo de identificación y comportamiento para los legos y la realidad de las pulsiones egoístas, las luchas de poder, el dinero, las rivalidades y odios personales que a menudo terminan en enfrentamientos violentos. El Juez cristiano no litiga, es un buen componedor, la moral y el derecho canónico son superiores. Es posible que esta contradicción produjese sentimientos de culpa o mala conciencia. Un yo ideal muy elevado y una realidad que lo frustra y produce culpa. ¿Cómo se puede mantener esta tan gran y flagrante contradicción entre lo que se propugna y se exige y las conductas de los que se erigen en jueces, sin ningún tipo de sentimiento de mala conciencia o culpa?. Es posible que el mecanismo de la proyección tan útil y consolador, según el cual invariablemente la culpa la tiene algún otro exterior a nosotros pudiese explicar este fenómeno. En este caso se trataría de proyectar las culpas de un clero egoísta, que traiciona continuamente la alta misión que se ha encomendado sobre los creyentes. En este orden de cosas se entiende la visión apocalíptica y pesimista de los memorialistas cuando hablan de los pecados públicos envejecidos, caundo tratan de investir de culpa la sexualidad, las costumbres festivas etc. El caso prototípico de los memorialistas, sujetos llenos de celo cristiano que se plantean ese ideal del yo elevado, denuncian los pecados y ambiciones ajenas para finalmente terminar exhibiendo sus deseos que suele ser algún oficio.

Además, en el discurso de la jerarquía religiosa a menudo aparecía el providencialismo según el cual se debía temer un gran pecado si no se remediaban estos abusos, pues el pecado era ante todo una ofensa a dios que podía ser expiada con el castigo sobre la colectividad que consentía.

²⁵⁰⁴ De ahí el refrán: en la culpa está la pena.

²⁵⁰⁵ A.M.S. Sección XI. Papeles del Conde del Aguila. Libro 9 en folio. Documento 13. Autos Capitulares de la Santa Iglesia de 27 de noviembre de 1525.

Si además eran en la Catedral merecían el hundimiento de los navíos de mercaderías y la expulsión azote en mano para que la iglesia quedase purificada.²⁵⁰⁶ Tenemos innumerables ejemplos de este fenómeno, las rogativas por la buena marcha de la guerra,²⁵⁰⁷ las alusiones a la invasión musulmana como la *pérdida de España* por nuestros delitos,²⁵⁰⁸ el tañido diario de campanas para evitar los daños a la ciudad,²⁵⁰⁹ y en definitiva ese rasgo de mentalidad providencialista según el cual las catástrofes naturales, las plagas y epidemias, y las derrotas en la guerra, eran un castigo de la ira divina por las ofensas y pecados cometidos²⁵¹⁰

Según la tradición bíblica el castigo contra los pecados públicos se realiza contra la colectividad, es el pueblo entero el que ofende a dios con los pecados públicos, conocidos por todos. Con esto se inquiere que todos están obligados a “evitarlos”, y esto nos lleva directamente a la delación. Todo cristiano tiene la obligación de evitar las ofensas a dios por tanto de velar por que no se cometan o no queden impunes, La ofensa colectiva merece un castigo colectivo por esto que en Ortiz de Zúñiga encontramos pánico ante eclipses u otros fenómenos considerados señales o castigos colectivos....en las peste de 1649 hay una descripción muy interesante.

El miedo al castigo colectivo que suponen las ofensas a dios se deja entrever en los *entredichos* censuras que acaban recayendo en toda la comunidad para que ésta presiona a la autoridad civil y la haga desistir de sus posiciones. Este resorte de control mental hace innecesario el castigo, pues la culpa implica la interiorización del castigo. El castigo físico no se ejerce porque erosionaría el discurso eclesiástico de la fraternidad y la mansedumbre y mantener el discurso es importante.

²⁵⁰⁶ A.G.A.S. Sección II. Gobierno. Asuntos Despachados. Legajo 1. Cuadernillo de 1610. “Memorial a don Fernando Niño de Guevara”. Cit. J. Sánchez Herrero. *Historia de la Iglesia de Sevilla*. (C. Ros Ed.). Sevilla, 1992, p. 498. El memorialista parece ser Francisco de Porras de la Cámara, célebre literato y racionero de la Catedral.

²⁵⁰⁷ A.M.S. Sección III. Escribanía del Cabildo (siglo XVI). Tomo 16, Rogativas. *Rodrigo de Castro escitando a continuar las rogativas por los negocios de inglaterra y avisando haber escrito al provisor del arzobispado para comenzar con general procesion las ceremonias consiguientes a los ruegos del pueblo católico en conflictos y adversas circunstantias*.

²⁵⁰⁸ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. Colección de Papeles Varios. Tomo 8 (documentacion eclesiástica) Rollo microfilm 106. Historia de la conquista de Granada, despues de la perdida de España por nuestros delitos.

²⁵⁰⁹ A.M.S. Sección XI Archivo del Conde de El Aguila, doc. 15: Cartas Autógrafas y documentos importantes del Cabildo eclesiástico sacados de su Archivo, Autos Capitulares, p. 367 y siguientes. Tañido con la campana gorda todas la noches en dando las 9 en invierno y las 10 en verano: 20 golpes a compas para evitar los daños desta ciudad de noche en 27 de nobiembre de 1525.

²⁵¹⁰ A.M.S. Sección XII. Inventario del Archivo del Conde de Mejorada. Tomo 1º, doc 53: Memorias de cosas notables de la iglesia de sevilla por el canonigo Juan de Loaysa. Jueves 23 de enero de 1620, un esclabo de Juan Gallardo de Cespedes Velasco veinticuatro y Teniente de los Reales Alcazares por el Conde de Olivares, llamabase el esclabo Anton de nacion mozambique; rajando un tronco de naranjo y cortandolo en trozos se hallaron en el corazon del palo dos cruces una en cada partes iguales y parejas que la una salia de la otra del tamaño y hechura de estas (hay un dibujo) y eran del mismo color que en la que nuestro señor murio y el grueso dellas como un papel: hizose informacion de ello con 8 testigos ante Lázaro de Olmedo escribano de los Alcazares que las vio; y el día que se descubrieron estas cruces fue de la maior tormenta que se avia visto por muchos años y de la perdida de la armada que iba a la china que fue el año de 1620.

Se ha pretendido que la causa de este fenómeno es el esfuerzo por conseguir el *disciplinamiento social* en el marco de la construcción del Estado Moderno. La centralización y el aumento del control se ha interpretado como la respuesta del mundo católico a la Reforma protestante. Ahora bien, este despliegue de actividad y de celo implicaba un mayor grado de autoexigencia por parte de los controladores, en este sentido son muy indicativos los numerosos intentos de *reforma*, de inspecciones o residencias sobre los aparatos de gobierno y de legislaciones para acabar con las irregularidades. Cabría preguntarse: ¿qué mueve a las élites a aumentar el grado de exigencia y de autoexigencia con respecto a la erradicación del pecado y a la búsqueda de una mayor perfección moral? Pues este empeño conllevaba un aumento de la tensión. La respuesta al dilema que se propone implica un cierto cambio de perspectiva. Podría ser visto desde el paradigma de la Historia como evolución lineal y autoconsciente del hombre hacia el progreso y la racionalidad. Desde este punto de vista el aumento del control y el poder por parte de las élites pretendería la construcción de formas más avanzadas de organización social, y por consiguiente la construcción del Estado Moderno.

Pero si consideramos otro tipo de motivaciones quizás el cambio sea la consecuencia no deseada o no buscada consciente y deliberadamente por un hombre moderno que busca la resolución de su miedo y de su culpa y la angustia que esto conlleva. Según esto, el descargo de la conciencia sería la expresión de este fenómeno. Los prelados y sus jueces sienten la pesada carga del deber y de la culpa y esto les impulsa al *zelo* en la persecución de los delitos y al aumento de la actividad como recurso de reparación de la culpa.

En este sentido el aumento de la burocracia, del control y la centralización sería la consecuencia no del deseo de aumentar el poder y de construir el Estado Moderno sino del intento de escapar de la culpa mediante la reparación. El aumento de los recursos, de las obras pías, de los testamentos, penas pecuniarias como reparación de la culpa porque se emplean en obras pías o en el aumento de la maquinaria judicial, en el rescate de cautivos, en la lucha contra el infiel.

El celo de las élites denota una conciencia severa, estricta, exigente consigo misma hasta la automortificación, que necesita descargarse en los demás, proyectar parte de la culpa para aliviar la tensión sobre uno mismo. La intensificación del control, la búsqueda de la eficacia, partiría, no de la voluntad consciente y finalista de conseguir un aparato de gobierno, una administración o un Estado más complejo y perfecto, sino de los sentimientos de culpa y sus consecuencias. Una consecuencia de esta conciencia hipertrofiada es la continua insatisfacción, nunca es suficiente, la culpa de los otros se percibe para estos hombres como una carga propia, el gobierno consiste para ellos en asumir como propias las culpas de los gobernados. Para aliviar la presión y la angustia que se deriva de esto se acude a la actividad, un aumento de actividad que tiene como consecuencia la intensificación de las tareas de gobierno, la multiplicación de órganos y funciones, la centralización.

Por tanto no es una voluntad consciente y deliberada de construir el Estado Moderno sino la consecuencia del desarrollo de un nuevo carácter social. Y este carácter social viene determinado y animado por personalidades como las de los Obispos que tienen poder para difundirla para actuar como modelos de comportamiento social.

Según el modelo explicativo del disciplinamiento social la Monarquía y la Iglesia en los albores del mundo moderno europeo hicieron esfuerzos por controlar el territorio y los súbditos vigilarlos y disciplinarlos. La rivalidad entre estados y la lucha por el poder serían los motores de esta acción que supondrían la multiplicación de los órganos y de las funciones de las maquinarias administrativas religiosas y seculares. Sin duda esto sería considerar la historia como una evolución autoconsciente del hombre, cuya motivación supondría una perspectiva teleológica, pues el objetivo final sería la construcción del Estado Moderno.

Ahora bien, podríamos legítimamente preguntarnos acerca de los auténticos deseos de los protagonistas de la historia. En este sentido para los ordinarios significaría un esfuerzo de centralización, de vigilancia y control, un despliegue de energías que contrasta con la idea que tenemos de los prelados absentistas de la época. Esta explicación nos parece insuficiente por esto proponemos considerar la posibilidad de encontrar motivaciones profundas y motores inconscientes que justifiquen el repentino despliegue de actividad y energías en aras a la consecución de la disciplina social.

8.- BIBLIOGRAFÍA

ALONSO MORGADO, J.: Prelados sevillanos o episcopologio de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla con noticias biográficas de los señores Obispos Auxiliares y otros relacionados con esta Santa Iglesia, Sevilla: Tipografía de Agapito López, 1906.

ARANA DE VARFLORA, F.: Compendio histórico de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.: en la Oficina de Vázquez, Hidalgo y Compañía, Sevilla, 1789.

ARIAS, Juan: Practica eclesiástica para uso y exercicio de Notarios públicos y apostólicos y Secretarios de Prelados. Con un Tratado Breve de Visitación de Iglesias. Madrid 1596.

AGUIRRE, J.: Curso de Disciplina eclesiástica general y particular de España. Madrid: Est. Tip. de Saavedra y Cía, 1871

ALDEA VAQUERO, Quintín: Diccionario de Historia eclesiástica. Madrid 1972.

ALONSO MORGADO, José Alonso., Prelados sevillanos. Sevilla 1906.

ALZOG, Juan. Historia Universal de la Iglesia. Barcelona 1852.

ARANA Y VARFLORA, Fermín. Hijos de Sevilla. Sevilla 1996.

BALANCY, Elisabeth., Violencia civil en la Andalucía Moderna (XVI-XVII). Sevilla 1999.

BENLLOCH POVEDA, A.: “Jurisdicciones eclesiásticas en la Edad Moderna: el proceso”. En Instituciones de la España Moderna, Coordinado por MARTÍNEZ RUIZ, E. y DE PAZZIS PI, M. Madrid Actas, 1996.

BERARDI, Caroli Sebastiani., Commentaria in Jus Ecclesiasticum Universum. Madrid 1803.

BERAULT-CASTEL Y BARÓN DE HENRION. Historia General de la Iglesia. París 1843.

BERGIER, Abate., Diccionario Enciclopédico de Teología. Madrid 1833.

BLANCO, P. L.: Respuesta pacífica de un español a la carta sediciosa del francés Gregorie que se dice Obispo De Blois. Madrid: en la Imprenta Real por Don Pedro Peryra, 1798. Carta 25.

Biografía Eclesiástica Completa. Madrid 1848.

CHAUNU, P.: “Un nouveau champ pour l’histoire sérielle: le quantitatif troisième niveau”, en Méthodologie de l’histoire et des sciences humaines, París, 1967, pp. 216-

217; D. González-Cruz: Religiosidad y ritual de muerte en la Huelva del siglo de la Ilustración. Huelva, 1993, pp. 21-22.

CANDAU CHACÓN, María Luisa: La carrera eclesiástica en el siglo XVIII. Universidad de Sevilla 1993.

CANDAU CHACÓN, M^a Luisa: El clero rural de Sevilla en el siglo XVIII. Sevilla 1994.

CANDAU CHACÓN, M^a Luisa: Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del siglo XVIII. Sevilla 1993.

CAPARRÓS, J. J. Disciplina eclesiástica general de Oriente y Occidente, particular de España y última del Santo Concilio de Trento. Madrid: Imp. de Norberto Lorenci, 1847.

CARANDE, R. y CARRIAZO, J. de M. ed. El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla. Sevilla 1968

CARO, Rodrigo. Adiciones al Principado y Antigüedades de la ciudad de Sevilla y su Convento jurídico. Sevilla 1932.

CARO, R.: Antigüedades y Principado de la Ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorografía de su Convento Jurídico o Antigua Chancillería (1634). Sevilla: Alfar, 1982,

CARO, Rodrigo. Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla. Sevilla 1992.

CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de Mata. Anecdótico sevillano. Sevilla 1988.

CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de Mata. Paseos por la Historia de Sevilla. Sevilla 1999.

CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de Mata. Los Anales de Garci-Sanchez, jurado de Sevilla. Sevilla 1953.

CARRIERE. José. Praelectiones Theologicae de contractibus. 3 Tomos. Paris 1844.

CASCALES RAMOS, A., La Inquisición en Andalucía. Sevilla 1986.

CASTILLO DE BOBADILLA, Jerónimo. Política de Corregidores y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra: y para Prelados en lo espiritual y temporal entre legos, jueces de comisión, regidores, abogados, y otros oficiales públicos. Madrid 1597.

CAVALARIO, Domingo: Instituciones del Derecho Canónico. Valencia: Librería de Mallen y sobrinos, 1837. Tomo III, p. 67 y ss.

CLAVERO SALVADOR, Bartolomé. Usura. Del uso económico de la religión en la Historia. Madrid 1984.

CLAVERO SALVADOR, Bartolomé. Historia y Derecho. Bilbao 1995.

Colección de las Alocuciones Consistoriales, Encíclicas y demás Letras Apostólicas. Madrid 1865.

Consulta sobre el privilegio de los veynte. Zaragoza 1588.

COVARRUBIAS, Joseph. Máximas sobre recursos de fuerza y protección. Madrid 1788.

COVARRUBIAS LEYVA, D. Arzobispo: Practicorum Quaestionum, Salmanticae: Excudebat Andreas à Portonarijs..., 1556, Liber unus, cap. 4º, n. 8.

D. BOUIX. Tractatus de Judiciis eclisiasticis. Paris 1866.

D. BOUIX. De Jure regularium. Paris 1867.

D. BOUIX. Tractatus de Parocho. Paris 1880.

D. BOUIX. Tractatus de Principiis Juris Canonici. Paris 1882.

DE ARIÑO, Francisco: Sucesos de Sevilla de 1592-1604. Sevilla 1993.

DE EGUIZÁBAL, José Eugenio: Apuntes para una Historia de la legislación española sobre la imprenta desde el año 1480 al presente. Madrid 1873.

DE LA FUENTE, Vicente: Historia eclesiástica de España. Madrid 1855.

DE LA FUENTE, Vicente: Cartas de los Secretarios del Cardenal Cisneros (1516-17). Madrid 1876.

DE LA FUENTE, Vicente y GOMEZ SALAZAR, Francisco: Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos. 2 Tomos. Madrid 1868.

DE LA PEÑA Y FERNANDEZ, Enmanuel. Introductio in Jus Eclesiasticum. Hispali 1899.

DE MOTALVAN, Bernardino. Practica civil y criminal e Instrucción de Escrivanos dividido en nueve Tratados. Madrid 1562.

DE LA PASTORA Y NIETO, Isidoro., Diccionario de Derecho Canónico. Madrid 1847.

DEL PASO Y DELGADO, Nicolás., Derecho Canónico en tres Tratados. Granada 1874.

DELGADO TORRENEYRA, Antonio P. Avisos y documentos de Prelados. 1589.

DE VILLANUÑO, Mathiae P.M.F., Summa Conciliorum Hispaniae. Barcelona 1850.

DE ROBLES, Juan. El culto sevillano. Sevilla 1631.

DE SOTO, Domingo., De la Justicia y del Derecho (De Iustitia et Iure). Instituto de Estudios Políticos. Madrid 1967.

DEVOTI, Joannis. Institutionum Canoniarum. Madrid 1854.

DIAZ IGLESIAS CASTAÑEDA, Epifanio. Historia General de la Iglesia. Madrid 1852.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio. La sociedad española del siglo XVII. Archivum. Granada. Madrid 1970.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio. Instituciones y sociedad en la España de los Austrias. Barcelona 1985.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: “Un informe sobre el estado de la sede hispalense en 1581”, Hispania Sacra, 6, 1953, pp. 181-195.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio. Autos de la Inquisición de Sevilla. Sevilla 1981.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio. Orto y ocaso de Sevilla. Sevilla 1946.

ESPINOSA DE LOS MONTEROS, Pablo. Teatro de la Santa Iglesia metropolitana de Sevilla. Sevilla 1635.

ESPINOSA DE LOS MONTEROS, Pablo. Historia, antigüedades y grandezas de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla. Sevilla 1627

ESTANYOL Y COLOM, José. Instituciones de Derecho Canónico. Compendio de las lecciones de esta asignatura. Barcelona 1893.

ESTANYOL I COLOM, J.: Instituciones de Derecho Canónico. Compendio de las lecciones de esta asignatura explicadas por José Estanyol i Colom. Barcelona: Imprenta y Litografía de José Cunill y Sala, 1893.

FERASIN, Egidio. Matrimonio e celibato al concilio di Trento. Roma 1970.

FERNANDEZ GOMEZ, Marcos, OSTOS SALCEDO, Pilar, PARDO RODRIGUEZ, Maria Luisa. El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla. Tomos I-X. Madrid 2001.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, M. y OSTOS SALCEDO, P.: El Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla. Tomo XI (1502-1503). Madrid: Fundación Ramón Areces, 2001.

FERRER, Abagin R.P.Fr. Impugnación crítica de la obra titulada independencia constante de la Iglesia de España. Barcelona 1844.

FERRERES, Juan B., Derecho Sacramental y penal especial. Barcelona 1918.

- FLEURY, Abad Claudio., Discursos sobre la jurisdicción eclesiástica. Madrid 1820.
- FLÓREZ P., Clave historial con que se abre la puerta a la historia eclesiástica y política. Madrid 1790.
- GALAN Y JUNCO, Gelasio. Instituciones Canónicas de Juan Devoti Obispo de Anagni. Valencia 1830.
- GARCIA VILLOSLADA, Ricardo y LLORCA, Bernardino. Historia de la Iglesia Católica. B.A.C. Madrid 1960.
- GESTOSO Y PEREZ, José., Curiosidades Antiguas de Sevilla. Sevilla 2001.
- GOLMAYO, Pedro Benito. Instituciones de Derecho Canónico. Madrid 1859.
- GOMEZ SALAZAR, Franciso y DE LA FUENTE, Vicente: Lecciones de disciplina eclesiástica y suplemento al tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos. 2 Tomos. Madrid: Imprenta de Gómez Fuentenebro, 1877.
- GÓMEZ DE SALAZAR, Francisco y DE LA FUENTE, Vicente. Tratado teórico-práctico de procedimientos eclesiásticos. 2 Tomos. Madrid 1868.
- GONZALEZ DE TORNEO, Francisco. Practica de escrivanos. Sevilla ¿?.
- GONZÁLEZ MORENO, Joaquín., Vía Crucis a la Cruz del Campo. Sevilla 1992.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, C.A.: Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en Las Indias en los siglos XVI y XVII, Sevilla, 2001, p. 26.
- GRETINEAU-JOLI. Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús. Barcelona 1853.
- GUICHOT, J.: Historia de la ciudad de Sevilla y pueblos importantes de su provincia. Sevilla: Imp. de Gironés y Orduña , 1875-1886.
- INFANTE, Ildefonso. Manual de Derecho publico eclesiástico. Madrid 1853.
- INGUANZO, Pedro., Discurso sobre la confirmación de los Obispos. Madrid 1836.
- Instrucción y memorial para escrivanos y jueces executores, assi en lo civil como en lo criminal y escrituras publicas. Granada 1585.
- JEDIN, Hubert. Manual de Historia de la Iglesia. Barcelona 1979.
- JIMENEZ-CASTELLANOS BALLESTEROS, Carmen y SANCHEZ-CERVERA ORIOL, Pilar. Catálogo de las obras impresas del siglo XVI. Sevilla 1990.
- JUSEU Y CASTANERA, Juan. Instituciones de Derecho Canónico. Valencia 1899.
- KAMEN, H.: Cambio cultural en la sociedad del Siglo de Oro. Cataluña y Castilla siglos XVI-XVII. Madrid: Siglo veintiuno, 1998.

LADERO QUESADA, M. A. y GONZALEZ JIMENEZ, M.: Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el Reino de Sevilla. 1408-1503. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1979.

LAMENNAIS, Abate Felicitas. Tradición de la Iglesia acerca de la confirmación de los Obispos. Madrid 1839.

LOPEZ DE AYALA, I.: El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento, Roma 1565. Barcelona: Edición a cargo de Latre, M., 1847.

LUBRERAS, Pedro Fr., La moral de Santo Tomás. Valencia 1931.

MACH, José P., Tesoro del Sacerdote. Barcelona 1861.

MAGIN FERRER, Fr., Compendio de la Historia del Derecho de la Iglesia en España. Barcelona 1849.

MANS PUIGARNAU, J. M.: Decretales de Gregorio IX: versión medieval española. Barcelona: Universidad, 1942.

MANTECÓN MOVELLÁN, Tomas Antonio. Conflictividad y disciplinamiento social en la Cantabria rural del Antiguo Régimen. Santander 1997.

MARTIN CARRAMOLINO, Juan. La Iglesia de España económicamente considerada. Madrid 1850.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique y DE PAZZIS PI, Magdalena Coord. Instituciones de la España Moderna. Madrid 1996.

MATTER, M.J.. Histoire Universelle de l'Eglise Chretienne. Strasbourg 1829.

MATUTE Y GAVIRIA, Justino. Noticias relativas a la Historia de Sevilla. Sevilla 1828.

MATUTE Y GAVIRIA, Justino. Hijos de Sevilla señalados en santidad, letras y artes o dignidad. Sevilla 1886.

MATUTE Y GAVIRIA, Justino. Memoria de los Obispos de Marruecos. Sevilla 1886.

MATUTE Y GAVIRIA, Justino. Adiciones y correcciones a Los Hijos de Sevilla de don Fermín Arana y Varflora. Sevilla 1886.

MATUTE Y GAVIRIA, Justino. Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla. Sevilla 1887.

MATUTE Y GAVIRIA, J.: Aparato para escribir la Historia de Triana y de su Iglesia Parroquial. Sevilla, 1818. Edición facsímil de la Sociedad de Bibliófilos andaluces, 1977.

- MEREU, Italo. Historia de la Intolerancia en Europa. Barcelona 2003
- MONTERROSO Y ALVARADO, Gabriel. Practica civil y criminal e instrucción de escrivanos. Valladolid 1563.
- MORALES y ALONSO, Juan Pedro. Libro Isagógico. Granada 1880.
- MORALES y ALONSO, Juan Pedro. Tratado de Derecho eclesiástico general y particular de España. 3 Tomos. Sevilla 1881.
- MORENO CEBADA, Emilio. El Santo Concilio Ecuménico del Vaticano. Barcelona 1882.
- MORENO LABRADOR, Esteban., Analogías de la Fé. Cádiz 1866.
- MORGADO, Alonso. Historia de Sevilla. Sevilla 1587.
- MUÑIZ, T., Procedimientos eclesiásticos. 2 Tomos. Sevilla 1925.
- MUÑOZ ROMERO, T.: Colección de Fueros y Cartas Pueblas. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1852. Fuero de Santiago, Siglo XIV.
- MUÑOZ TORRADO, A.: La Iglesia de Sevilla en el siglo XIII. Sevilla: Lib. e Imp. de Izquierdo, 1914.
- NICOLÁS, Augusto. Estudios filosóficos sobre el Cristianismo. 3 tomos. París 1847.
- Novísima Recopilación y Siete Partidas. Madrid 1975.
- Notas de Valdepeñas, escrivano del crimen de la Audiencia Real de Granada. Summa de Notas para la practica de escrivanos. Granada 1561.
- NUÑEZ ROLDÁN, Francisco. El pecado nefando del Obispo de Salamina. Un hombre sin concierto en la corte de Felipe II. Sevilla 2002.
- ORTIZ DE SALZEDO, F.: Curia Eclesiástica para Secretarios de Prelados, Juezes eclesiásticos, Ordinarios y Apostólicos, y Visitadores y Notarios Ordinarios, Apostólicos y de visita. Madrid 1625. Otra edición: Pamplona 1691.
- ORTIZ DE ZÚÑIGA, D.: Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla. Madrid: Imprenta Real, 1795. Ed. facsímil, Sevilla: Caja de Ahorros San Fernando, 1985.
- PACHECO, Francisco. Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones. Sevilla 1985.
- PALOMO, F.: “La autoridad de los Prelados postridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotonio de Braganza en el Arzobispado de Evora (1578-1602)”, en Hispania Sacra, 96, 1995.

PALOMO, Federico: “Disciplina Cristiana. Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la Historia Religiosa de la Alta Edad Moderna” en Cuadernos de Historia Moderna, 18, 1997

PEREZ GARCÍA, R.: “Los Sínodos sevillanos de Cristóbal de Rojas y Sandoval”, Archivo Hispalense, 250, Sevilla, 1999.

PEREZ-EMBED WAMBA, F.J.: El Cabildo de Sevilla en la Baja Edad Media, Madrid: Instituto “Enrique Flórez”, 1977, p. 45.

PERAZA, Luis. Historia de la ciudad de Sevilla. Sevilla 1987.

PEREZ MUÑOZ, Isabel. Pecar, delinquir y castigar: El Tribunal eclesiástico de Coria en los siglos XVI y XVII. Cáceres 1992.

PEREZ TOVIA, Anselmo. Prolegómenos o Introducción al estudio e Historia del Derecho Canónico. Sevilla 1846.

PERRONE, Juan. Praelectiones Teológicas. 2 Tomos. Madrid 1852.

Praelectiones Juris Canonici. Paris 1893.

PRIETO SANCHIS, Luis e IBAN, Ivan C., Lecciones de Derecho eclesiástico. Madrid 1985.

RANKE, Leopold. The ecclesiastical an political history of the Popes of Rome. London 1841.

RUBIO MERINO, Pedro., Archivística eclesiástica. Sevilla 1999.

R.P.FR. MAGIN FERRER. Historia del Derecho de la Iglesia en España. Barcelona 1845.

Recopilación de los Ordenamientos de Sevilla. Sevilla 1527.

REDONET, Luis. Enterramientos y cementerios. Boletín de la Real Academia de la Historia. CXX (1947).

RENAN, Ernest. Histoire des origines du Christianisme. Paris 1864.

RIBELOT, Alberto. El Derecho de las Cofradías de Sevilla. Sevilla 2004.

RODA PEÑA, José., El Humilladero de la Cruz del Campo y la religiosidad Sevillana. Sevilla 1992.

ROMO, Judas José., Discurso Canónico acerca de la Congrua del Clero. Madrid 1846.

ROS, Carlos. Los Arzobispos de Sevilla. Sevilla 1986.

SAN AGUSTIN. Obras. Madrid 1963.

SAN BUENAVENTURA. Obras. BAC. Madrid 1955.

SANCHEZ GORDILLO, Alonso Abad. Memorial sumario de los Arzobispos de Sevilla y otras obras. Introducción, transcripción y notas de José Sánchez Herrero. Sevilla 2003.

SANCHEZ GORDILLO, Alonso Abad. Religiosas estaciones que frecuenta la religiosidad Sevillana. Sevilla 1982.

SANCHEZ HERRERO, José. La diócesis de Sevilla entre finales del siglo XVI y principios del XVII. Las visitas ad limina de don Rodrigo de Castro de 1597 y de don Fernando Niño de Guevara de 1605. Isidorianum nº 1. Sevilla 1992.

SANCHEZ HERRERO, J.: Las diócesis del Reino de León. Siglos XIV-XV. León: Centro de Estudios e Investigación "San Isidoro", 1978.

SANCHEZ HERRERO, J.: "Geografía eclesiástica de España". En Miscelánea de Trabajos de Investigación dedicados al Profesor don Vicente García. Sevilla (s.n.), 1982.

SANCHEZ HERRERO. J.: "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII y XIV" en Actas del Coloquio de Historia de Andalucía. Córdoba: Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1979.

SANZ SANCHO, I.: La Iglesia y el Obispado de Córdoba en la Baja Edad Media (1236-1426). Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1989. Vol. 1, pp. 121-124.

SANCHEZ HERRERO, José. Huelva en la Edad Media. Congreso de la Universidad de Huelva 1998.

SANCHEZ HERRERO, José. La Iglesia y la religiosidad andaluza durante los siglos XIII al XV. Lisboa 1998.

SANTO TOMÁS. Summa Teológica. Madrid 1880.

SECO CARO, Carlos. Tribunales eclesiásticos regionales. Sevilla 1981.

SIMON DIAZ, José. Mil biografías de los siglos de oro. Cuadernos Bibliográficos. Nº 46. Madrid 1985.

SPENCER, Herbert. Las Instituciones eclesiásticas. Madrid 1892.

SUAREZ, Francisco. Tratado de las Leyes y de Dios legislador. Madrid 1967.

SUAREZ DE PAZ, Gonzalo. Praxis ecclesiasticae et secularis. Salamanca 1583.

TEJADA y RAMIRO, J.: Colección de cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española. Madrid: Imprenta de José María Alonso, 1849-1855.

TOMAS y VALIENTE, Francisco. *El Derecho penal de la Monarquía Absoluta* (siglos XVI, XVII, XVIII). Madrid 1992.

TREVOR ROPER, H.R. *Religión, Reforma y Cambio social*. Barcelona 1985.

VAZQUEZ y LOPEZ AMOR, Antonio. *Examen histórico legal del derecho de Patronato de la Corona de España*. Madrid 1882.

V.V. A.A. *Histoire des rapports de l'Eglise et l'Etat en France*. París 1898.

WALTER, M. Fernando. *Manual del Derecho eclesiástico universal*. Lima 1844.

V.V.A.A. ROS, Carlos, dir. *Historia de la Iglesia de Sevilla*. Sevilla 1992.

WAGNER, Klaus. *El doctor Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su biblioteca*. Sevilla 1979.

XIMENA, Juan Miguel., *Curso de Historia y disciplina particular de la Iglesia de España*. 2 Tomos. Madrid 1846.